

Mo Yan

GRANDES PECHOS AMPLIAS CADERAS

KAILAS FICCIÓN

女
東

Premio Nobel de Literatura 2012

Cover illustration by [illegible]

Mo Yan

GRANDES PECHOS
AMPLIAS CADERAS

NOVELAS FICCIÓN



Premio Nobel de Literatura 2012

Copyrighted material

Mo Yan

GRANDES PECHOS AMPLIAS CADERAS



El premio Nobel de literatura 2012 nos refleja en esta apasionante historia

el valor de la figura femenina en una sociedad patriarcal y opresora (Víctor

Fernández, Servicios Centrales).

En un país de opresión, múltiples injusticias y evidente dominación

masculina, Mo Yan exalta la figura y el cuerpo femenino. La protagonista,

Shangguan Lu, una férrea superviviente que da a luz a ocho niñas hasta

conseguir al deseado varón que hará perpetuar la estirpe, arriesga su vida

en diferentes ocasiones para salvar la de sus hijos y nietos en medio del

caos, de las guerras y las penurias de la violenta sociedad china del último

siglo.

Sola, con escasa ayuda y sometida a la agitación política del feudalismo o

de la era maoísta, Madre, que fue obligada a crecer con los pies vendados y

a casarse con un herrero estéril, representa el homenaje del autor a la

resistencia y al universo femenino.

El carácter y temperamento de Shangguan Lu y de sus hijas contrasta con

el del único varón de la familia —y también el narrador de la historia— el

pequeño y mimado Jintong quien, lactante hasta la adolescencia, vive

ensimismado con el seno femenino, una imagen que se condensa en esta

obra épica, cómica y trágica a un tiempo, como la verdadera realidad

china.

Kenzaburo Oe, Nobel de Literatura 1994: alguna vez dijo: *Si pudiera*

escoger al próximo Premio Nobel, sería Mo Yan.



Mo Yan

Grandes pechos amplias caderas

ePub r1.0

bigbang951 24.04.14



Título original: *Fēng rǔ fēi tún*

Mo Yan, 1996

Traducción: Mariano Peyrou

Diseño de portada: Marcos Arévalo

Editor digital: bigbang951

ePub base r1.1

Al alma de mi madre

Lista de personajes principales

En chino, el apellido va delante del nombre. Entre familiares, los nombres

propios se emplean mucho menos que los términos que designan relaciones

(Primera Hermana, Hermano Menor, Viejo Tres, etc.). A lo largo de esta

novela, varios de los personajes cambian de nombre, y algunos de ellos lo

hacen, por distintas razones, en más de una ocasión. Los apodos, que

pueden incluir números, son corrientes.

Madre: Shangguan Lu. Nombre durante la infancia: Xuan'er.

Huérfana desde niña, fue criada por su tía y su tío, Gran Zarpa. Casada con

el herrero Shangguan Shouxi. Se convirtió al cristianismo al final de su

vida.

Hermana Mayor: Laidi, hija de Madre y de Gran Zarpa.

Casada con

Sha Yueliang y madre de Sha Zaohua. Después de la fundación de la

República Popular, la obligaron a casarse con Sol Callado, un soldado

tullido y mudo. Después tuvo un hijo con Hombre-pájaro Han, llamado

Papagayo Han.

Segunda Hermana: Zhaodi, hija de Madre y de Gran Zarpa.

Casada

con Sima Ku, el comandante de las fuerzas antijaponesas.

Madre de las

mellizas Sima Feng y Sima Huang.

Tercera Hermana: Lingdi, también conocida como el hada-pájaro, hija

de Madre y de un buhonero que comerciaba con crías de pato.

Primera

esposa de Sol Callado, madre de Gran Mudo y de Pequeño Mudo.

Cuarta Hermana: Xiangdi, hija de Madre y de un curandero ambulante.

Quinta Hermana: Pandi, hija de Madre y de un carnicero de perros.

Casada con Lu Liren, comisario político del Batallón de Demolición.

Madre de Lu Shengli. Desempeñó diversos puestos oficiales. Se cambió el

nombre a Ma Ruilian tras la fundación de la República Popular.

Sexta Hermana: Niandi, hija de Madre y del monje superior del

Monasterio de Tianqi. Casada con el americano Babbitt, piloto de un

bombardero.

Séptima Hermana: Qiudi, fruto de una violación a Madre por parte de

cuatro desertores. Vendida a una mujer rusa como huérfana, se cambió el

nombre a Qiao Qisha.

Octava Hermana: Yunü, una melliza engendrada por Madre y por el

misionero sueco Malory. Nació ciega.

Yo (narrador) : Jintong, el único hijo varón de Madre, nacido a la vez

que Octava Hermana.

Shangguan Shouxi: Herrero, el marido impotente de Madre.

Shangguan Fulu: Herrero, padre de Shangguan Shouxi.

Shangguan Lü: Esposa de Shangguan Fulu, madre de Madre.

Sima Ting: Administrador de la Casa Solariega de la Felicidad, en la

población de Dalan. Después ejerció funciones de alcalde.

Sima Ku: Hermano menor de Sima Ting, esposo de Zhaodi (Segunda

Hermana). Un patriota, unido a los nacionalistas durante la Guerra de

Resistencia (1937-1945).

Sima Liang: Hijo de Sima Ku y de Zhaodi (Segunda Hermana).

Sha Yueliang : Esposo de Laidi (Hermana Mayor), comandante de la

Banda de Mosqueteros del Burro Negro durante la Guerra de Resistencia

(1937-1945). Desertó y se pasó al lado japonés.

Sha Zaohua: Hija de Sha Yueliang y Laidi (Hermana Mayor). Creció

junto a Jintong y Sima Liang.

Hombre-pájaro Han: Amante de Lingdi (Tercera Hermana).

Pastor Malory: Misionero sueco. Tuvo una aventura ilícita con Shangguan Lu y engendró a los mellizos Jintong y Yunü.

Papagayo Han: Hijo de Hombre-pájaro Han y Laidi.

Lu Liren: También conocido como Jiang Liren y, más adelante, como

Li Du. Ejerció varios cargos oficiales para los comunistas.

Lu Shengli: Hija de Lu Liren y Shangguan Pandi (Quinta Hermana).

Llegó a ser alcaldesa de Dalan.

Sol Callado: Hijo mayor de la Tía Sol. Vecino de la familia

Shangguan. Nació mudo. Se comprometió con Laidi (Hermana Mayor),

quedó tullido en combate y regresó para casarse con ella.

Ji Qiongzhi: Profesora de Jintong, para quien resulta un gran estímulo.

Capítulo 1

I

Desde su *kang* —la plataforma de ladrillo y tierra prensada en la que solía

dormir—, donde estaba acostado tranquilamente, el Pastor Malory vio un

haz de luz roja y brillante que iluminaba el pecho rosado de la Virgen

María y la cara regordeta del Niño Bendito, que ella sostenía entre sus

brazos, y que estaba con el trasero desnudo. El agua de las lluvias del

último verano había dejado unas manchas amarillas sobre el óleo del

retablo, dando a la Virgen María y al Niño Bendito una expresión ausente.

Una araña de patas largas colgaba de un hilo plateado junto a la luminosa

ventana, meciéndose en una ligera brisa. «Por la mañana, las arañas traen

felicidad, y por la tarde prometen riqueza». Eso era lo que la pálida pero

hermosa mujer había dicho, un día, al ver a una de estas criaturas de ocho

patas. Pero ¿a qué felicidad puedo aspirar yo? Todos los pechos y culos

celestiales de sus sueños fulguraron en su mente. Oyó, provenientes del

exterior, el ruido de los carros y los graznidos de las grullas en la ciénaga

lejana, además de los balidos enfadados de su cabra lechera.
Los gorriones
golpeaban ruidosamente contra el papel que tapaba la ventana.
Las urracas,
los llamados pájaros de la felicidad, cotorreaban en los álamos
cercanos.
Por la apariencia que tenía todo, bien podría ser que la
felicidad estuviera
hoy en el aire.
Entonces, de repente, su mente se aclaró, y la hermosa mujer
con una
tripa increíblemente grande apareció de forma violenta,
rodeada por un
halo de luz cegadora. Sus labios temblaron nerviosamente,
como si
estuviera a punto de decir algo. Estaba en el undécimo mes de
embarazo,
así que hoy debía de ser el día. En un instante, el Pastor
Malory
comprendió el significado de la araña y de las urracas. Se
incorporó y bajó
de su *kang*.
Después de coger un cántaro de barro negro, caminó hasta la
calle que
había detrás de la iglesia, donde vio a Shangguan Lü, la esposa
de
Shangguan Fulu, el herrero, que estaba inclinada, barriendo la
calle frente a
la tienda. Su corazón se detuvo por un instante y sus labios
temblaron.
«Dios de mi vida —murmuró—. Señor Todopoderoso...». Se
santiguó con

un dedo y retrocedió lentamente hasta una esquina para observar, en silencio, a la alta y decidida Shangguan Lü que, callada y concentrada, barría el polvo que se había humedecido con el rocío y lo dirigía hacia su recogedor, separando cuidadosamente los trozos de basura y dejándolos a un lado. Sus movimientos eran torpes pero vigorosos; su escoba, trenzada con campanillas de mijo dorado, era como un juguete en sus manos. Tras llenar el recogedor y apisonar el polvo que quedaba en el suelo, se irguió. Justo cuando Shangguan Lü había empezado a irse, oyó un fuerte ruido a su espalda y se dio la vuelta para ver de qué se trataba. Algunas mujeres venían corriendo a través de la puerta negra de la Casa Solariega de la Felicidad, donde tenían su hogar las familias acomodadas de la ciudad. Iban vestidas con harapos y sus caras estaban manchadas de hollín. ¿Por qué estas mujeres, que normalmente se visten con sedas y satenes, y que nunca se dejan ver sin antes haberse pintado los labios, van vestidas así? En ese momento, un carretero conocido por todos como Viejo Paro surgió del conjunto montado en su nuevo carro, con su dosel verde oscuro

y sus ruedas de goma. Las mujeres subieron a bordo incluso antes de que se detuviera del todo. El carretero bajó y se sentó en uno de los húmedos leones de piedra a fumarse una pipa en silencio. Sima Ting, el administrador de la Casa Solariega de la Felicidad, emergió del conjunto con un ave de cetrería, moviéndose tan rápida y grácilmente como un jovencito. Bajando de un salto, el carretero le echó una rápida mirada al administrador, que le quitó la pipa de las manos, dio unas cuantas pitadas bien ruidosas y dirigió la vista hacia el cielo rosáceo de la primera hora de la mañana, bostezando con fuerza.

—Hora de irse —dijo—. Espérame en el Puente del Río del Agua Negra. Tardaré un momento.

Con las riendas en una mano y el látigo en la otra, el carretero hizo girar el carro. Las mujeres que iban en la parte de atrás gritaban y charlotteaban. El látigo restalló en el aire y los caballos empezaron a trotar.

Las campanas de cobre que llevaban los caballos alrededor del cuello empezaron a cantar vigorosamente, las ruedas del carro crepitaban en el camino de tierra y unas nubes de polvo se levantaban al paso del vehículo.

Después de echar una meada en medio de la calle, Sima Ting le gritó

al carro, que ya estaba lejos; después, aferró su ave de cetrería y se subió a

la torre, que consistía en una plataforma de unos cien metros de altura

apoyada sobre noventa y nueve gruesos troncos y coronada por una bandera

roja que se mecía plácidamente en el limpio aire de la mañana. Shangguan

Lü lo estuvo observando mientras él escudriñaba el noroeste. Con su cuello

largo y su boca puntiaguda, se parecía un poco a un ganso que se hubiera

metido en un canal de irrigación.

Una nube de niebla que parecía de pluma llegó rodando por el cielo y

se tragó a Sima Ting para regurgitarlo después. Los matices sangrientos de

la salida del sol tiñeron su cara de rojo. A Shangguan Lü le pareció que la

cara se le cubría de una deslumbrante capa de jarabe pegajoso. Cuando

levantó el ave de cetrería por encima de su cabeza, tenía la cara tan roja

como la cresta de un gallo. Shangguan Lü escuchó un débil sonido

metálico. Era el gatillo que accionaba el disparador. Con el trasero del ave

apoyado en su hombro, se quedó quieto, esperando solemnemente. Lo

mismo hizo Shangguan Lü, mientras el peso del recogedor le entumecía las

manos y hacía que le doliera el cuello por sujetarlo en una posición tan

forzada. Sima Ting bajó el ave de cetrería y se enfadó como un niño

pequeño en pleno berrinche. Ella lo escuchó maldecir a la pistola: «¡Tú,

pequeño bastardo! ¿Cómo te atreves a no disparar?». Lo volvió a levantar y

apretó el gatillo. ¡*Pam!* Una llamarada siguió al penetrante sonido, y

simultáneamente oscureció los rayos del sol e iluminó su cara enrojecida.

Entonces, una explosión interrumpió el silencio que se cernía sobre el

pueblo; la luz llenó el cielo de brillantes colores, como si un hada, de pie

sobre la punta de una nube, estuviera regando la tierra con radiantes

pétalos de flores. El corazón de Shangguan Lü se aceleró, excitado. Aunque

no era más que la esposa del herrero, manejaba el martillo y el yunque

mucho mejor de lo que nunca lo haría su marido. La mera visión del metal

y el fuego le calentaba la sangre en las venas. Los músculos de sus brazos

se agitaron como látigos. Acero negro que golpeaba contra el rojo, chispas

volando por el aire, la camisa empapada de sudor, arroyuelos de agua

salada descendiendo por el valle entre los pechos bamboleantes, el

penetrante olor del metal y de la sangre llenando todo el espacio que hay

entre el cielo y la tierra. Observó a Sima Ting retroceder en su percha; el

límpido aire de la mañana, a su alrededor, se había cargado con el olor de

la pólvora. Dando vueltas por la pequeña plataforma, anunció a toda la

ciudadanía de Gaomi del Noreste:

—Atención, compañeros y conciudadanos adultos: se acercan los

japoneses.

II

Shangguan Lü vació el recogedor sobre la superficie del *kang*, cuyas

esterilla de hierba, sábanas y manta habían sido enrolladas y apartadas a un

lado, y después miró con preocupación a la mujer de su hijo, Shangguan

Lu, que gemía mientras cogía el borde del *kang*. Cuando hubo terminado

de apelmazar la tierra con las dos manos, le dijo suavemente a su nuera:

—Ya puedes volver a subir.

Shangguan Lu se estremeció bajo la dulce mirada de su suegra. Fijó la

vista tristemente en el amable rostro de su suegra y entonces temblaron sus

labios cenicientos, como si quisiera decir algo.

—El diablo se ha vuelto a apoderar del viejo bastardo de Sima, haciendo que disparara su pistola a primera hora de la mañana —exclamó

Shangguan Lü.

—Madre... —dijo Shangguan Lu.

Frotándose las manos para quitarse la tierra, Shangguan Lü murmuró

casi en silencio:

—Mi buena nuera, haz lo que puedas. Si este es también una niña,

habré sido una tonta por seguir defendiéndote.

Unas lágrimas brotaron en los ojos de Shangguan Lu, que se mordió el

labio para no decir nada; sosteniéndose el abultado vientre, volvió a subir

al *kang*, que estaba cubierto de tierra.

—Tú ya has pasado por esto —dijo Shangguan Lü mientras tendía un

rollo de algodón blanco y unas tijeras sobre el *kang*—. Sigue adelante y ten

ese bebé. —Después, con un gesto de impaciencia, añadió—: Tu suegro y

el padre de Laidi están en el establo atendiendo a la burra negra. Este va a

ser su primer potrillo, así que yo también debería ir a echarles una mano.

Shangguan Lu asintió. Se oyó el sonido de otra explosión, traído por

el viento; los perros, atemorizados, se pusieron a ladrar. Entonces pudieron

escuchar la voz de Sima Ting, que decía: «Compañeros y conciudadanos,

tenéis que escapar si queréis conservar la vida, no esperéis ni un minuto

más...». Sintió que el bebé que llevaba en su interior dio una patada, como

en respuesta a los gritos de Sima Ting; el penetrante dolor la hacía sudar

por cada uno de los poros de su cuerpo. Apretó los dientes para evitar que se le escapara el alarido que surgía de su interior. A través de la niebla causada por las lágrimas, vio el exuberante pelo negro de su suegra, que se arrodilló frente al altar y colocó tres varillas de incienso en el quemador de Guanyin. Un humo fragante, con olor a sándalo, comenzó a ascender, dibujando volutas, hasta que llenó la habitación.

—Compasivo Bodhisattva Guanyin, el que socorre a los caídos en desgracia y a los desprotegidos, protégeme y ten piedad de mí, entrega un hijo varón a esta familia...

Apretando su panza curvada e hinchada con las dos manos, Shangguan Lu clavó la vista en el enigmático y brillante rostro de cerámica de Guanyin, que estaba en su altar, y dijo unas oraciones para su interior mientras unas nuevas lágrimas empezaban a rodar por su cara. Quitándose los pantalones humedecidos y subiéndose la camisa para que la tripa y los pechos quedaran al descubierto, cogió el *kang* por el borde. Entre contracciones, se pasó los dedos por el pelo intentando desenredárselo y se apoyó contra la esterilla de hierba y mijo, que estaba enrollada contra la pared.

Vio su perfil reflejado en la superficie de un espejo que colgaba en la celosía de la ventana: el pelo empapado de sudor, los ojos grandes, rasgados y sin brillo, la nariz pálida y con el puente alto y los labios gruesos pero agrietados sin dejar de temblar ni por un momento. Un rayo de sol cargado de humedad atravesó la ventana y cayó sobre su vientre. Sus venas azules e hinchadas y su piel blanca y marcada por la viruela le parecieron espantosas. Se sintió presa de sentimientos encontrados, oscuros y luminosos, como el azul claro del cielo de verano de Gaomi del Noreste que se cubría de nubes tenebrosas y llenas de lluvia. Apenas podía soportar mirar esa tripa enorme, increíblemente tirante. Una vez había soñado que su feto, en realidad, era un trozo de acero frío. En otra ocasión, soñó que era un sapo enorme y lleno de verrugas. Era capaz de soportar la idea del pedazo de acero, pero la imagen del sapo la hizo estremecerse. «Señor del Cielo, protégeme... Ancestros Venerables, protegedme... Padre del Cielo, Madre de la Tierra, espíritus amarillos, hadas astutas, ayudadme, por favor...». Y así estuvo rezando y suplicando, presa de terribles contracciones. Se aferró al colchón, con los músculos

tensos y doloridos y los ojos a punto de salirse de sus órbitas.
Sobre el

fondo líquido de la luz roja, unos hilos de color blanco
incandescente

giraban y se enroscaban y brillaban enfrente de ella como la
plata cuando

se derrite en un horno. Finalmente, su fuerza de voluntad no
pudo evitar

que el alarido se abriera paso a través de sus labios; voló por la
celosía y se

desplazó calle arriba y calle abajo, y por los alrededores,
donde se encontró

con el grito de Sima Ting y ambos se entrelazaron, formando
una trenza

sonora que culebreó hasta llegar a las orejas peludas del
corpulento pastor

sueco Malory, un hombre de cabeza voluminosa y pelo rojizo
y áspero.

Malory iba subiendo por los peldaños de madera podrida del
campanario, y

detuvo el paso. Sus ojos bovinos, de un azul profundo, siempre
húmedos,

llorosos y capaces de conmoerlo a uno hasta lo más profundo
de su alma,

emitieron súbitamente unas chispas danzantes de
sobrecogimiento y júbilo.

Santiguándose con sus gruesos y enrojecidos dedos, exclamó,
con un fuerte

acento de Gaomi: «Dios Todopoderoso...». Comenzó a subir
de nuevo por

la escalera, y cuando llegó a lo alto, hizo tañer una oxidada
campana de

bronce. Su desolado sonido se expandió a través del amanecer neblinoso y

rosáceo.

En el preciso momento en el que la campana empezó a sonar, cuando

el grito que anunciaba el ataque de los japoneses se cernía en el aire, un

flujo de líquido amniótico brotó de entre las piernas de Shangguan Lu. El

olor característico de una cabra lechera ascendió por el aire, así como el

aroma, a veces penetrante y a veces sutil, de los brotes de algarrobo. La

escena en la que había hecho el amor con el Pastor Malory debajo del

algarrobo, el año anterior, se le apareció ante los ojos con una claridad

notable, pero antes de poder disfrutar del recuerdo su suegra entró

corriendo en la habitación con las manos manchadas de sangre, llenándola

de miedo, ya que vio unas centellas verdes surgiendo de esas manos.

—¿Ya ha llegado el bebé? —le preguntó su suegra, casi a gritos.

Ella asintió con la cabeza, avergonzada.

La cabeza de su suegra temblaba, brillando, a la luz del sol, y entonces

se dio cuenta con asombro de que el pelo de la anciana se había vuelto

canoso.

—Pensaba que ya lo habrías tenido.

Shangguan Lü se acercó a tocarle la tripa. El contacto con aquellas
manos —con los nudillos grandes, las uñas duras, las piel áspera, todas
cubiertas de sangre— le dio ganas de retroceder, pero carecía de la fuerza
necesaria para alejarse de ellas, por lo que se instalaron sin ninguna
ceremonia en su hinchada panza, haciendo que se le parase el corazón por
un instante y enviando una corriente helada que recorrió sus entrañas.
Tenía ganas de gritar, y eran gritos de terror, no de dolor. Las manos de
Shangguan Lü indagaron la zona, presionaron un poco y finalmente
apretaron con violencia, como si estuvieran comprobando si un melón está
suficientemente maduro. Al final se apartaron y quedaron colgando al sol,
pesadas, sin esperanzas, tras haber constatado que el melón aún tiene que
madurar un poco más. Su suegra flotaba etéreamente ante sus ojos, salvo
por aquellas manos, que eran sólidas, extrañas, independientes, libres para
dirigirse adonde quisieran. La voz de su suegra parecía venir desde muy
lejos, desde las profundidades de un estanque, transportando el hedor del
fango y los borborismos que producen los cangrejos:
—... un melón cae al suelo cuando llega su momento, y nada lo puede

parar... tienes que ser más dura, *xa-xa hu-hu*... ¿o quieres que la gente se

burle de ti? ¿No te molesta que tus siete preciosas hijas se burlen de ti? —

Observó cómo una de esas manos descendía débilmente hasta que, con

gran desagrado, la sintió apretándole la tripa otra vez, produciendo unos

suaves sonidos huecos, como los que hace un tamborcito húmedo de piel

de cabra—. Todas las jóvenes sois unas mimadas. Cuando tu marido vino

al mundo, yo estuve cosiendo suelas de zapatos todo el tiempo...

Finalmente, el golpeteo se detuvo y la mano se retiró hacia la sombra,

donde su perfil se parecía a la zarpa de una bestia salvaje. La voz de su

suegra centelleó en la oscuridad; la fragancia de las flores de algarrobo se

mecía a su alrededor.

—Mira esa panza. Es enorme y está cubierta por unas marcas muy

raras. Debe ser un niño. Buena suerte para ti, y para mí, y para toda la

familia Shangguan, desde luego. Bodhisattva, acompáñala, Señor del Cielo,

ven a su lado. Si no tienes un hijo varón no estarás mejor que una esclava

durante el resto de tu vida, pero si tienes uno, serás una señora. Créeme o

no me creas, eso es cosa tuya. En realidad, no es...

—¡Te creo, Madre, te creo! —dijo Shangguan Lu reverentemente. Su

mirada se posó en las oscuras manchas de la pared, y su corazón se llenó de

tristeza cuando afloraron los recuerdos de lo que había pasado tres años

antes. Acababa de parir a su séptima hija, Shangguan Qiudi, y su marido,

Shangguan Shouxi, estaba tan cegado por la rabia que había cogido un

martillo y la había golpeado en la cabeza, manchando la pared con su

sangre.

Su suegra colocó un cesto dado la vuelta junto a ella. Su voz ardía a

través de la oscuridad como las llamas de un incendio:

—Di esto: «El bebé que tengo en la panza es niño, es un pequeño

príncipe». ¡Dilo!

El cesto estaba lleno de cacahuets. El rostro de la mujer estaba

cargado de una sombría amabilidad; era en parte una deidad, y en parte una

madre cariñosa, y Shangguan Lu se conmovió hasta las lágrimas.

—El bebé que hay dentro de mí es niño, un pequeño príncipe. Tengo

dentro de mí un príncipe... es mi hijo...

Su suegra le puso unos cacahuets en la mano y le dijo que exclamara:

«Cacahuets, cacahuets, cacahuets, niños y niñas, el equilibrio entre el

yin y el yang».

Cerrando el puño con los cacahuets dentro, llena de gratitud,
repitió

el mantra: «Cacahuets, cacahuets, cacahuets, niños y niñas,
el equilibrio

entre el yin y el yang».

Shangguan Lü se agachó; las lágrimas que caían de sus ojos
pasaron

desapercibidas.

—Bodhisattva, acompaña, Señor del Cielo, ven a su lado.

¡Una gran

alegría colmará pronto a la familia Shangguan! Madre de
Laidi, acuéstate

aquí y pela cacahuets hasta que llegue el momento. Nuestra
burra está a

punto de parir, y es su primera cría, así que no puedo
quedarme aquí

contigo.

—Ve, Madre —dijo Shangguan Lu, emocionada—. Señor del
Cielo,

protege a la burra negra de la familia Shangguan, haz que
alumbre sin

problemas...

Dejando escapar un suspiro, Shangguan Lü cruzó la puerta.

III

La luz tenue de una inmunda lámpara de aceite de haba que
descansaba

sobre una piedra de molino, en el establo, parpadeaba
nerviosamente,

dejando escapar desde la punta de su llama ráfagas de un
humo negro que

ascendían dibujando tirabuzones. El olor de la lámpara de aceite se combinaba con el hedor de las deposiciones y los orines de la burra. El aire estaba totalmente viciado. El negro animal yacía en el suelo, entre la piedra de molino y una artesa de piedra de color verde. Lo único que vio Shangguan Lü al entrar fue la temblorosa luz de la lámpara, pero escuchó la voz ansiosa de Shangguan Fulu preguntando: —¿Qué ha sido?

Se giró hacia ese sonido y frunció los labios, y después atravesó la habitación pasando junto a la burra y a Shangguan Shouxi, que estaba dándole un masaje en el vientre al animal; caminó hasta la ventana y arrancó la cortina de papel. Una docena de dorados rayos de sol iluminaron la pared opuesta. Entonces fue hasta la piedra de molino y apagó la lámpara de un soplido, liberando al olor del aceite quemado de tener que competir con los demás olores rancios. La cara oscura y aceitosa de Shangguan Shouxi adquirió un brillo dorado; sus minúsculos ojillos negros brillaron como dos pedazos de carbón ardiendo.

—Madre —dijo con temor—, vámonos. Todo el mundo de la Casa Solariega de la Felicidad ya se ha ido, y los japoneses llegarán en cualquier

momento...

Shangguan Lü miró fijamente a su hijo con una expresión que significaba: ¿Por qué no puedes ser un hombre? Evitando los ojos de ella,

él agachó la cabeza, empapada de sudor.

—¿Quién te ha dicho que se dirigen hacia aquí? —preguntó enfadada

Shangguan Lü.

—El administrador de la Casa Solariega de la Felicidad ha disparado

su pistola y ha dado la voz de alarma —murmuró Shangguan Shouxi,

secándose el sudor del rostro con el brazo, que estaba cubierto de pelos de

burro. Era diminuto, comparado con el musculoso brazo de su madre. Sus

labios, que habían estado temblando como los de un bebé sobre una teta, se

quedaron quietos cuando enderezó la cabeza. Levantando sus pequeñas

orejas para identificar mejor los sonidos, dijo—: Madre, Padre, ¿escucháis

eso?

La voz áspera de Sima Ting entró perezosamente en el establo.

«Ancianos, madres, tíos, tías... hermanos, cuñadas... hermanos y

hermanas... corred, poneos a salvo, escapad mientras podáis, escondeos en

los campos hasta que haya pasado el peligro. Los japoneses se acercan.

Esto no es una falsa alarma, es de verdad. Conciudadanos, no perdáis ni un

minuto más, corred, no arriesguéis vuestras vidas por unas pocas cabañas

destartaladas. Mientras estáis vivos, las montañas siguen siendo verdes,

mientras estáis vivos, el mundo sigue girando...

Conciudadanos, corred

mientras podáis, no esperéis hasta que sea demasiado tarde...».

Shangguan Shouxi pegó un respingo.

—¿Has oído eso, Madre? ¡Vámonos!

—¿Irnos? ¿Irnos dónde? —dijo Shangguan Lü tristemente—. Claro

que la gente de la Casa Solariega de la Felicidad ha salido huyendo. Pero

¿por qué íbamos a unirnos a ellos? Nosotros somos herreros y granjeros.

No le debemos ningún arancel al emperador, no tenemos impuestos

pendientes con la nación. Somos ciudadanos leales, esté quien esté en el

poder. Los japoneses también son humanos, ¿no es cierto? Han ocupado el

noreste, pero ¿dónde estarían si no tuvieran un pueblo para labrar los

campos y pagar por sus casas? Tú eres su padre, el cabeza de familia.

Dime, ¿no tengo razón?

Los labios de Shangguan Fulu se abrieron para mostrar dos filas de

dientes fuertes y amarillentos. Era difícil saber si se trataba de un gesto

risueño o de enojo.

—¡Te he hecho una pregunta! —gritó ella, enfadada—. ¿Qué ganas

con enseñarme esos dientes amarillos? ¡No sirves ni para tirarte un pedo!

Con cara de mal humor, Shangguan Fulu dijo:

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Si tú dices que nos vayamos, nos

vamos, y si dices que nos quedemos, nos quedamos.

Shangguan Lü suspiró.

—Si vemos buenas señales es que estaremos bien. Si no, no podremos

hacer nada para evitarlo. Así que ponte a trabajar y apriétale la panza.

Abriendo y cerrando la boca para darse valor, Shangguan Shouxi

preguntó en voz alta, pero sin mucha confianza:

—¿Ya ha llegado el bebé?

—Cualquier hombre que merezca ese nombre sabe concentrarse en lo

que está haciendo —dijo Shangguan Lü—. Tú ocúpate de la burra y déjame

a mí los asuntos de mujeres.

—Es mi esposa —murmuró Shangguan Shouxi.

—Nadie ha dicho que no lo sea.

—Apuesto a que esta vez será un niño —dijo Shangguan Shouxi

mientras presionaba con fuerza sobre el vientre de la burra—. Nunca antes

la había visto tan gorda.

—Eres un inútil... —Shangguan Lü estaba empezando a perder la

confianza—. Protégenos, Bodhisattva.

Shangguan Shouxi quería decir algo más, pero la cara de tristeza de su

madre selló sus labios.

—Vosotros dos seguid con lo vuestro aquí —dijo Shangguan Fulu—,

y yo mientras iré a ver qué está pasando ahí fuera.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó Shangguan Lü, cogiendo a su

marido por los hombros y arrastrándolo de vuelta a donde yacía la burra—.

¡Lo que pasa ahí fuera no es asunto tuyo! Tú sigue masajeando la panza de

la burra. Cuanto antes dé a luz, mejor. Querido Bodhisattva, Señor del

Cielo. Los antepasados de la familia Shangguan eran hombres de hierro y

acero; ¿cómo pueden haberme tocado dos ejemplares tan inútiles?

Shangguan Fulu se agachó, y con sus manos, que eran tan delicadas

como las de su hijo, apretó el vientre de la burra, que sufría contracciones.

El animal yacía entre él y su hijo; apretando por turnos, uno tras otro,

parecían estar a ambos lados de un columpio. Subían y bajaban,

masajeando la piel de la burra. El padre era débil, el hijo era débil, y

apenas conseguían nada con sus suaves manos, torpes y mullidas como el

algodón. De pie, detrás de ellos, Shangguan Lü no podía hacer nada más

que mover la cabeza de un lado al otro, desesperada, hasta que se acercó a

su marido, lo cogió por el cuello y lo sacó de en medio.

—Venga —ordenó—, fuera de aquí.

Mandó a su marido, un herrero que no era digno de ese oficio, rodando hasta la esquina, donde se quedó, trepado sobre un saco de heno.

—Y tú, levántate —le exigió a su hijo—. Siempre estás por el suelo.

Nunca dejas tu ración de comida sin terminar, pero no hay forma de

encontrarte cuando hace falta que eches una mano. Señor del Cielo, ¿qué

he hecho yo para merecer esto?

Shangguan Shouxi dio un respingo como si le acabaran de perdonar la

vida y salió corriendo junto a su padre, en un rincón. Los pequeños ojillos

oscuros de ambos giraban en sus órbitas, y los dos tenían una expresión en

la que se combinaban la astucia y la estupidez. El silencio que reinaba en el

establo volvió a romperse con los gritos de Sima Ting, provocando un

estremecimiento en el padre y en el hijo; parecía como si sus intestinos o

sus vejigas estuvieran a punto de traicionarlos.

Shangguan Lü se arrodilló en el suelo frente a la panza de la burra, sin

preocuparse por la suciedad, con cara de solemne concentración. Después

de arremangarse, se frotó las manos, haciendo un ruido penetrante como si estuviera restregando las suelas de dos zapatos. Apoyando la mejilla en la panza del animal, escuchó atentamente, con los ojos entrecerrados.

Entonces acarició la cara de la burra. «Burra —le dijo—, venga, termina de una vez con esto. Es la maldición de todas las hembras». Después apartó un poco el cuello del animal, se inclinó sobre él y apoyó las manos en su vientre. Como si estuviera aplanando una superficie, empujó hacia abajo y hacia afuera. Un gemido lastimero surgió de la boca de la burra y sus piernas se separaron con una cierta rigidez y los cuatro cascos golpearon con violencia, como si se estuviera tocando a retreta en cuatro tambores simultáneamente. Su irregular ritmo hacía que se tambalearan las paredes.

La burra levantó la cabeza, la dejó un momento suspendida en el aire y después la dejó caer de nuevo al suelo. El golpe produjo un sonido húmedo y pegajoso. «Burra, aguanta un poco más —murmuró—. ¿Quién nos puso a las hembras en primer lugar? Aprieta los dientes, empuja... empuja más fuerte...». Colocó las manos junto a su pecho para transferirles un poco

más de fuerza, inspiró profundamente, contuvo la respiración y apretó

hacia abajo lenta y firmemente.

La burra se estaba esforzando; un líquido amarillo brotó de los orificios de su nariz mientras movía la cabeza en todas las direcciones y la

golpeaba contra el suelo. Al otro extremo de su cuerpo, el líquido

amniótico y las heces húmedas y pegajosas se diseminaban a su alrededor.

Horrorizados, padre e hijo se cubrieron los ojos.

«Compañeros, convecinos, la caballería japonesa ya ha partido del

cuartel del condado. He oído a testigos presenciales decir que no se trata de

una falsa alarma. Corred, poneos a salvo antes de que sea demasiado

tarde...». Los gritos de Sima Ting llegaban a sus oídos con total claridad.

Shangguan Fulu y su hijo abrieron los ojos y vieron a Shangguan Lü

sentada junto a la cabeza de la burra, con su propia cabeza inclinada,

intentando recobrar el aliento. Su camisa blanca estaba empapada de sudor,

con lo que las duras y sólidas paletillas de sus hombros adquirirían un

relieve prominente. La sangre fresca se acumulaba entre las patas de la

burra mientras la espigada pata de su cría asomaba desde el canal del

parto; parecía algo irreal, como si alguien la hubiera introducido ahí para

hacer una broma.

Una vez más, Shangguan Lü apoyó, entre espasmos, la mejilla sobre

la panza de la burra, y escuchó. A Shangguan Shouxi el rostro de su madre

le pareció un albaricoque demasiado maduro, de un color dorado y sereno.

Los persistentes alaridos de Sima Ting flotaban en el aire, como una mosca

que busca un pedazo de carne podrida, pegándose primero a las paredes y

después zumbando hasta la piel de la burra. Shangguan Shouxi sentía

punzadas de miedo en el corazón, y su piel temblaba; sentía que iba a

suceder una catástrofe inminentemente. No tenía suficiente valor como

para salir corriendo del establo, ya que tenía una vaga sensación, un

pálpito, que le decía que en cuanto atravesara la puerta caería en manos de

los soldados japoneses, esos hombrecillos rechonchos, cuyas extremidades

también eran cortas y regordetas, de narices semejantes a dientes de ajo y

ojos saltones, que comían corazones e hígados humanos y se bebían la

sangre de sus víctimas. Lo matarían y se lo comerían, y no dejarían nada de

él, ni siquiera los huesos. Y en ese mismo momento, lo sabía, avanzaban en

grupo por las calles de los alrededores intentando atrapar a las mujeres y a

los niños mientras galopaban y arrasaban y resoplaban como caballos salvajes. Se giró para mirar a su padre, con la esperanza de sentirse un poco más seguro. Lo que vio fue a un Shangguan Fulu con la cara pálida como la ceniza, a un herrero que era la vergüenza de su oficio, sentado sobre un saco de heno, con los brazos alrededor de las rodillas, balanceándose hacia adelante y hacia atrás y golpeando la pared con la espalda y la cabeza. A Shangguan Shouxi le empezó a doler la nariz, sin que él supiera por qué, y las lágrimas empezaron a nublarle la vista.

Tosiendo, Shangguan Lü levantó lentamente la cabeza. Acariciando la cara de la burra, suspiró. «Burra, oh, burra —dijo—, ¿qué has hecho? ¿Cómo has podido expulsar su pata de esa manera? ¿Es que no sabes que lo primero que tiene que salir es la cabeza?». De los ojos sin brillo del animal salían chorros de agua. Se los secó con la mano, se sonó ruidosamente la nariz y se dirigió a su hijo.

—Ve a buscar al Tercer Maestro Fan. Tenía la esperanza de que no necesitaríamos comprarle dos botellas de licor y una cabeza de cerdo, pero tendremos que gastarnos ese dinero. ¡Ve a buscarlo!

Shangguan Shouxi retrocedió hasta la pared, aterrorizado, sin poder

apartar la mirada de la puerta por la que se salía a la calles, al exterior.

—Las ca-calles están lie-llenas deja-japoneses —tartamudeó —, todos

esos ja-japoneses...

Rabiosa, Shangguan Lü se levantó, se acercó violentamente a la puerta

y la abrió de un golpe, dejando entrar al viento preestival del Sudeste, que

estaba cargado con un penetrante olor a trigo maduro. La calle estaba en

calma, absolutamente silenciosa. Un grupo de mariposas que parecía

ligeramente irreal pasó volando, trazando un dibujo de alas multicolores en

el corazón de Shangguan Shouxi; él tuvo la certeza de que se trataba de un

mal presagio.

IV

El veterinario y maestro arquero de la población, Tercer Maestro Fan, vivía

en el extremo este de la ciudad, junto a unos pastos que se extendían hasta

el Río del Agua Negra. La ribera del Río de los Dragones llegaba

directamente a la parte de atrás de su casa. Obligado por su madre,

Shangguan Shouxi salió caminando de la casa, pero con las piernas

temblando. Vio que el Sol, una bola blanca de fuego, estaba sobre la cima

de los árboles, y que la docena —más o menos— de ventanas de cristales

tintados de la aguja de la iglesia resplandecía brillantemente.
El

administrador de la Casa Solariega de la Felicidad, Sima Ting,
estaba

dando saltitos en lo alto de la torre de vigilancia, que era
aproximadamente

de la misma altura que la aguja. Todavía estaba dando, a
voces, la alarma,

advirtiéndole de que los japoneses estaban en camino, pero
ahora con la voz

ronca, afónico. Unos cuantos holgazanes lo miraban con los
brazos

cruzados. Shangguan Shouxi se quedó quieto en medio de la
calle, tratando

de decidir cuál era el mejor camino para ir a la casa de Tercer
Maestro Fan.

Podía elegir entre dos rutas distintas: una iba directamente,
atravesando la ciudad, y la otra pasaba junto a la orilla del río.
El

inconveniente de la ruta de la ribera era la posibilidad de
encontrarse con

los grandes perros negros de la familia Sol. Los Sol vivían en
unas casas

destartaladas, todas dentro de un recinto situado al final del
camino, en

dirección norte. La pared que las rodeaba, baja y mal
construida, era la

percha favorita de todos los pollos. La cabeza de familia, la
Tía Sol, se

ocupaba de cinco nietos, todos ellos mudos, cuyos padres
parecían no

haber existido nunca. Los cinco llevaban toda la vida jugando
en esa pared,

en la que habían hecho unas grietas creando unas formas de monturas, de

manera que podían cabalgar a lomos de caballos imaginarios. Empuñando

garrotes, tirachinas o rifles tallados en palos, miraban desafiantes a quien

pasara cerca, fueran personas o animales, con una expresión verdaderamente amenazadora en los ojos. La gente salía del paso con

relativa facilidad, pero los animales no; sin importarles si se trataba de un

ternero extraviado o de un mapache, de un ganso, un pato, un pollo o un

perro, en cuanto se daban cuenta de su presencia se lanzaban detrás de él

junto a sus grandes perros negros, convirtiendo la aldea en su coto privado

de caza.

El año anterior habían capturado un burro que se había escapado de la

Casa Solariega de la Felicidad; después de matarlo, lo habían desollado y

descuartizado al aire libre. La gente se paraba a mirar, esperando ver la

reacción de la gente de la Casa Solariega de la Felicidad, que era una

familia rica y poderosa. El tío era comandante de regimiento, y tenía una

compañía de guardaespaldas armados. Todo el mundo quería ver qué

harían con alguien que mataba abiertamente a uno de sus burros. Cuando el

administrador llegó al lugar de los hechos, la mitad del condado sufrió un estremecimiento. Ahí estaban esos chicos salvajes, descuartizando un burro de la Casa Solariega de la Felicidad a plena luz del día, cosa que casi equivalía a pedir que los descuartizaran a ellos. Imaginad la sorpresa de la gente cuando el ayudante del administrador, Sima Ku, un tirador que tenía una enorme mancha roja de nacimiento en el rostro, le dio un dólar de plata a cada uno de los mudos en lugar de desenfundar su pistola. Desde aquel día, fueron unos tiranos incorregibles, y todos los animales con los que se encontraban maldecían a sus propios padres por no haberlos dotado de alas. Cuando los chicos estaban en sus monturas, sus cinco perros negros, que parecían recién salidos de un estanque de tinta, se estiraban perezosamente junto a la base de la pared, con los ojos cerrados casi por completo, aparentemente disfrutando de un sueño plácido. Los cinco mudos y sus perros sentían un rechazo particular por Shangguan Shouxi, que vivía en la misma calle que ellos, aunque él no era capaz de recordar dónde ni cómo había podido ofender a esos diez temibles demonios. Pero

cada vez que se cruzaba con ellos, pasaba un mal rato. Les sonreía

ligeramente, pero nunca pudo evitar que los perros salieran volando hacia

él como cinco flechas negras, e incluso aunque en sus ataques nunca

llegaban hasta el contacto físico, y nunca lo mordieron, se ponía tan

nervioso, tan crispado, que le parecía que el corazón se le iba a parar. La

mera idea de encontrárselos lo hacía estremecerse.

También podía dirigirse hacia el sur, por la calle principal de la ciudad, y llegar igualmente a la casa de Tercer Maestro Fan por ese

camino. Pero eso significaba que tendría que pasar junto a la iglesia, y a

esa hora, el hombre alto, robusto, rubicundo y de ojos azules que era el

Pastor Malory estaría instalado bajo el espinoso fresno, con su penetrante

aroma, ordeñando a su vieja cabra, la de las barbas ásperas e irregulares,

exprimiendo las ubres infladas y rojas del animal con sus manos grandes,

suaves y peludas, y echando una leche tan blanca que parecía casi azul en

un oxidado cuenco de esmalte. Siempre había un enjambre de moscas

pelirrojas zumbando alrededor del Pastor Malory y de su cabra. El

penetrante aroma del fresno, el olor a viejo carnero de la cabra y el rancio

olor corporal del hombre se mezclaban formando una
pestilencia repulsiva
que se expandía por el aire al contacto con el sol y
contaminaba los
alrededores. Nada le molestaba más a Shangguan Shouxi que
la posibilidad
de encontrarse con el Pastor Malory observándolo desde abajo,
desde
detrás de su cabra, ambos desprendiendo un hedor
indescriptible, para
lanzarle una de esas miradas ambiguas, tan típicas de él, a
pesar de que el
esbozo de una sonrisa compasiva mostraba que se trataba de
una mirada
amistosa. Al sonreír, el Pastor Malory enseñaba unos dientes
tan blancos
como los de un caballo. Siempre estaba pasándose un dedo
mugriento por
el pecho, hacia adelante y hacia atrás. ¡Amén!
Y cada vez que esto sucedía, el estómago de Shangguan
Shouxi se
retorcía con una corriente de sentimientos variados y
ambivalentes, hasta
que se daba la vuelta y salía corriendo como un perro azotado
con un
látigo. Evitaba a los malvados perros de la casa de los mudos
por miedo;
evitaba al Pastor Malory y a su cabra lechera por asco. Lo que
más lo
irritaba era que su esposa, Shangguan Lu, sentía algo especial
por este
diablo pelirrojo. Ella era su seguidora más devota; para ella, él
era como

un dios.

Después de debatir consigo mismo durante un buen rato,
Shangguan

Shouxu decidió tomar el camino del Noreste a pesar de que lo
perturbaba la

torre de vigilancia, con Sima Ting subido en su percha y todo
lo que

ocurría abajo. Todo parecía normal por allí, excepto, por
supuesto, el

administrador, que seguía comportándose como un mono. Ya
no estaba

petrificado ante la posibilidad de encontrarse con los diablos
japoneses, y

tuvo que admirar la capacidad de su madre para evaluar
correctamente una

situación. Pero para sentirse más seguro se agachó y cogió un
par de

ladrillos. Oyó el rebuzno de un pequeño burro, en algún lugar,
y a una

madre que llamaba a sus hijos.

Cuando pasó junto al recinto de los Sol, se sintió aliviado al
ver que

no había nadie en la pared: no estaban los mudos subidos en
sus monturas,

ni tampoco ningún pollo trepado en lo alto ni, lo más
importante, los

perros echados perezosamente junto a la base. En realidad se
trataba de un

muro bastante bajo, y sus grietas lo acercaban aún más al
suelo, por lo que

pudo contemplar el terreno sin que nada le obstruyera la
mirada. Una

matanza estaba en marcha. Las víctimas eran los orgullosos pero solitarios pollos de la familia; la asesina era la Tía Sol, una mujer que tenía múltiples talentos marciales. La gente solía decir que, cuando era joven, había sido una célebre bandida que saltaba hasta el suelo desde los aleros de los tejados y que era capaz de trepar por las paredes. Pero cuando tuvo problemas con la justicia no le quedó más remedio que casarse con un hombre que se dedicaba a reparar estufas llamado Sol.

Shangguan Shouxi contó los cadáveres de siete pollos, de un color blanco brillante y salpicados con unas manchas de sangre que eran la única señal de su lucha con la muerte. Un octavo pollo, con la garganta cortada, escapó volando de las manos de la Tía Sol y cayó al suelo, donde se apoyó sobre el cuello, aleteó un poco y comenzó a correr en círculos por los alrededores. Los cinco mudos, desnudos hasta la cintura, se habían refugiado bajo el alero del tejado de la casa, y desde ahí observaban alternativamente a los pollos y el afilado cuchillo que se movía en la mano de su abuela. Sus expresiones y movimientos eran alarmantemente idénticos; incluso el recorrido que seguían sus ojos parecía que había sido

cuidadosamente orquestado. Con toda la fama que tenía en la aldea, la Tía

Sol había quedado reducida a una esquelética anciana llena de arrugas, a

pesar de que su rostro y su expresión, su porte y sus gestos todavía

evocaban un resto de lo que había sido. Los cinco perros estaban sentados

en grupo, muy juntos, con la cabeza levantada y una mirada fija y

misteriosa que desafiaba cualquier intento de saber qué podía significar.

Shangguan Shouxi estaba tan hipnotizado por la escena en el terreno

de los Sol que se detuvo a mirar con la mente limpia de ansiedad y, lo cual

era aún más significativo, sin acordarse de las órdenes de su madre. Era un

pequeño hombrecillo de cuarenta y dos años de edad asomándose por

encima de un muro, un público cautivado consistente en una sola persona.

Sintió la mirada gélida de la Tía Sol que lo atravesó como un cuchillo,

rápida como un torrente, afilada como el viento, y se sintió desnudo. Los

mudos y sus perros también se giraron para mirarlo. Unas miradas

malvadas y desapacibles surgieron de los ojos de los mudos; los perros

echaron la cabeza hacia atrás, preparándose para el ataque, enseñaron los

colmillos y gruñeron mientras se les erizaba el pelo de la parte posterior

del cuello. Cinco perros como cinco flechas en una cuerda tensa,

preparados para volar. Es el momento de irse, pensó, cuando oyó que la Tía

Sol tosía de manera amenazante. Los mudos agacharon la cabeza

abruptamente, henchidos de excitación, y los cinco perros se echaron al

suelo obedientemente, con las patas extendidas hacia adelante.

—¡El sobrino Shangguan, tan digno de respeto! ¿A qué se dedica tu

madre? —preguntó con calma la Tía Sol.

Intentó darle una buena respuesta; había tanto que quería decir, pero

no le salía ni una palabra. Poniéndose rojo, empezó a tartamudear, como un

ladrón al que pillan con las manos en la masa.

La Tía Sol sonrió. Agachándose, cogió a un gallo negro y rojo por el

cuello y le acarició las sedosas plumas. El gallo cacareó nerviosamente

mientras ella le iba arrancando las plumas de la cola y las metía en un saco

hecho de juncos entretejidos. El gallo se defendía como un demonio,

clavando locamente sus espolones en el fangoso suelo.

—¿Tus hijas saben jugar al bádminton? Los mejores volantes se hacen

con las plumas de la cola de un gallo vivo. Ay, cuando me pongo a

recordar...

Se detuvo en la mitad de la frase y lo miró fijamente mientras su

mente se extraviaba en ensoñaciones. Esa mirada parecía que golpeaba

contra el muro hasta atravesarlo. Shangguan Shouxi no parpadeó y

mantuvo el aliento, lleno de miedo. Al fin, la Tía Sol pareció desinflarse

delante de sus ojos, como una pelota pinchada; su mirada pasó de tener

efectos abrasadores a ser suavemente lastimera. Cogió al gallo por las

patas, deslizó la mano izquierda hasta la base de sus alas y lo atenazó

fuertemente por el cuello. Incapaz de moverse, el animal abandonó la

lucha. Entonces, con la mano derecha, comenzó a arrancar las finas plumas

de la garganta hasta que se pudo ver la piel de color violeta y rojizo del

gallo. Por último, tras darle unos leves golpecitos en la garganta con el

dedo índice, cogió el resplandeciente cuchillo, que tenía la forma de una

hoja de sauce, y de uno solo tajo le abrió la garganta, dejando salir un

torrente de sangre roja como la tinta. Las gotas más grandes empujaban a

las más pequeñas, que salieron primero. La Tía Sol recuperó la posición

inicial lentamente, con el gallo sangrante todavía entre las manos, y lanzó

a su alrededor una mirada llena de melancolía, con los ojos entrecerrados

por la brillante luz del sol. Shangguan Shouxi se sintió alegre. El aire

estaba cargado con el aroma de los álamos. ¡Mierda! Oyó la voz de la Tía

Sol y vio cómo el gallo negro volaba por el aire hasta caer pesadamente en

el suelo, en medio del patio. Exhalando un suspiro, dejó caer sus manos del

muro.

De pronto se acordó de que se suponía que había ido a buscar a Tercer

Maestro Fan para que ayudara con el parto de la burra. Pero cuando se

estaba girando para marcharse, el gallo, que estaba cubierto de sangre pero

todavía luchaba por su vida, logró milagrosamente llegar a sus pies

impulsándose con las alas. Como le faltaban bastantes plumas, la cola

destacaba, elevándose en una extraña y repulsiva desnudez, asustando a

Shangguan Shouxi. La sangre todavía le brotaba de la garganta abierta,

pero la cabeza y la cresta, por todo lo que había sangrado, se le estaban

poniendo de un color blanco mortecino.

Y pese a todo, seguía intentando mantener la cabeza erguida. ¡Lucha!

Logró mantenerla alta hasta que se le dobló y quedó colgando flácidamente. Volvió a levantarla en el aire, y volvió a caer, y la levantó

una vez más; parecía que ya iba a quedarse así. El gallo se
sentó, moviendo
la cabeza de un lado a otro; la sangre y unas burbujas de
espuma goteaban
de su boca y un poco después, del corte que tenía en el cuello.
Los ojos le
brillaban como pepitas de oro. Molesta por esta visión, la Tía
Sol se limpió
las manos con unas pajas; parecía como si estuviera
masticando algo,
aunque tenía la boca vacía. Escupió en el suelo y le gritó a los
cinco perros:
«¡Vamos!».

Shangguan Shouxi se cayó de espaldas.
Cuando se puso de nuevo de pie, vio que las plumas negras
volaban
por todo el patio. Los perros estaban despiezando al arrogante
gallo,
llenando el suelo de carne cruda y sangre fresca. Como una
manada de
lobos, los perros se disputaban sus entrañas. Los mudos
aplaudían y reían,
haciendo *gu-gu*. La Tía Sol se sentó en el umbral de su casa
con una larga
pipa entre los dedos, fumando como una mujer que está
sumida en
profundos pensamientos.

V

Las siete hijas de la familia Shangguan —Laidi (Hermano
Venidero),
Zhaodi (Hermano Aclamado), Lingdi (Hermano Acomodado),
Xiangdi

(Hermano Deseado), Pandi (Hermano Anticipado), Niandi (Hermano

Querido) y Qiudi (Hermano Buscado)—, guiadas por una fragancia sutil,

salieron desde la habitación lateral que daba al Este y se agruparon bajo la

ventana de Shangguan Lu. Siete pequeñas cabezas, con trozos de paja

colocados en el pelo, se reunieron para ver qué estaba pasando dentro.

Vieron a su madre sentada en el *kang*, pelando cacahuetes ociosamente,

como si no pasara nada fuera de lo normal. Pero la fragancia seguía

saliendo por la ventana de su madre. Laidi, que tenía dieciocho años y que

fue la primera en comprender lo que estaba haciendo Madre, pudo verle el

pelo sudoroso y los labios ensangrentados y percibió los atemorizadores

espasmos de su vientre hinchado y las moscas que volaban por toda la

habitación. Los cacahuetes quedaban hechos migajas.

La voz de Laidi sonó cascada cuando gritó: «¡Madre!». Sus seis

hermanas pequeñas la siguieron. Las lágrimas lavaban las mejillas de las

siete chicas. La menor, Qiudi, lloraba lastimeramente; sus pequeñas

piernas, llenas de picaduras de chinches y mosquitos, empezaron a temblar

y salló disparada hacia la puerta. Pero Laidi llegó más rápido y la cogió en

brazos. Sin dejar de sollozar, la pequeña daba puñetazos en la cara de su

hermana.

—Quiero ir con mamá, quiero ir con mi mamá...

A Laidi le empezó a doler la nariz y se le nubló la garganta.

Cálidas

lágrimas rodaban por su rostro.

—No llores, Qiudi —le decía a su hermana pequeña intentando

consolarla y dándole palmaditas en la espalda—. No llores.

Mamá nos va a

dar un hermanito, un hermanito monísimo, con la piel clarita.

Desde fuera de la habitación se escuchaban los lamentos de

Shanguan Lu.

—Laidi —dijo débilmente—, llévate a tus hermanas de aquí.

Son

demasiado pequeñas para comprender lo que está pasando. Ya deberías

saberlo.

En ese momento, un gemido de dolor brotó de su boca, y las otras

cinco chicas volvieron a arremolinarse en torno a la ventana.

—Mami —gritó Lingdi, que tenía catorce años—. Mami...

Laidi dejó a su hermanita en el suelo y corrió hasta la puerta.

Tropezó

con la madera podrida del marco de la puerta y cayó sobre un fuelle,

rompiendo un gran cuenco de cerámica verde oscura que estaba lleno de

pienso para los pollos. Cuando logró volver a ponerse de pie, vio a su

abuela, que estaba arrodillada ante el altar de Guanyin, donde el humo del

incienso dibujaba círculos en el aire.

Temblando de la cabeza a los pies, colocó el fuelle en su sitio y se

agachó para recoger los pedazos del cuenco roto, como si juntándolos

podiera reducir la gravedad de su metedura de pata. Su abuela se levantó

rápidamente, como un caballo sobrealimentado, balanceándose de un lado

al otro, y moviendo la cabeza como una loca, mientras una serie de

extraños sonidos brotaba de su boca. Encogiéndose, con la cabeza entre las

manos, Laidi se preparó para el golpe que pensaba recibir. Pero en lugar de

pegarle, su abuela la cogió por el lóbulo de la oreja, pálido y delgado, y tiró

hacia arriba y la impulsó hacia la puerta. Con un chirrido, salió tambaleándose al patio y cayó en el camino de ladrillos. Desde ahí vio

cómo su abuela se agachaba para comprobar el estado del cuenco roto; su

postura ahora se asemejaba a la de una vaca que está bebiendo en un río.

Después de lo que pareció un rato muy largo, se enderezó, llevando en la

mano algunos de los trozos y dándoles golpecitos con el dedo, haciendo

sonar un agradable crujido. Su arrugado rostro tenía un aspecto cansado;

las comisuras de los labios apuntaban hacia abajo y se confundían con dos

profundas arrugas que corrían directamente hasta su barbilla, como si se

las hubieran añadido a la cara después de pensárselo mejor.

Arrodillándose en el camino, Laidi sollozaba:

—Abuela, ven y pégame hasta matarme.

—¿Pegarte hasta matarte? —dijo, llena de pena, Shangguan Lü—. ¿Y

con eso este cuenco volverá a estar entero? Procede del reinado de Yongle,

de la dinastía Ming, y fue parte de la dote de tu bisabuela.

¡Valía tanto

como un burro nuevo!

Totalmente pálida, Laidi le suplicaba a su abuela que la perdonara.

—¡Ya va siendo hora de que te cases! —suspiró Shangguan Lü—. En

lugar de levantarte temprano para dedicarte a tus labores, estás aquí

haciendo una escena. ¡Y tu madre ni siquiera tiene la suerte de morirse!

Laidi tenía la cabeza metida entre las manos y no dejaba de lamentarse.

—¿Qué esperabas, que te diera las gracias por destrozar uno de

nuestros mejores utensilios? —se quejó Shangguan Lü—. Ahora deja de

agobiarme y llévate a tus hermanas, que no sirven para nada más que para

ponerse hasta arriba de comida, al Río de los Dragones a pescar gambas.

¡Y no volváis a casa hasta que no tengáis un cesto lleno!

Laidi se puso de pie, cogió en brazos a su hermanita Qiudi y se fue

corriendo afuera.

Shangguan Lü hizo salir a Niandi y a las demás chicas haciendo *sh*,

como quien quiere espantar a los pollos, y después cogió un cesto de hojas

de sauce para depositar las gambas y se lo pasó a Lingdi.

Sosteniendo a Qiudi con un brazo, Laidi estiró su mano libre y cogió

la de Niandi, quien cogió la de Xiangdi, quien cogió la de Pandi. Lingdi,

con el cesto para gambas en una mano, cogió la mano libre de Pandi con la

suya y las siete hermanas, tironeando y recibiendo tirones, lloriqueando y

sorbiéndose los mocos, salieron a la calle mojada por el sol y barrida por el

viento en dirección al Río de los Dragones.

Cuando pasaron junto al patio de la Tía Sol, notaron un fuerte olor

flotando en el aire y vieron un humo blanco que salía de la chimenea. Los

cinco mudos estaban llevando leña al interior de la casa, como una hilera

de hormigas. Los perros negros, con las lenguas afuera, hacían guardia en

la puerta, expectantes.

Cuando las chicas subieron a la ribera del Río de los Dragones,

tuvieron una vista completa de toda la zona. Los cinco mudos se fijaron en ellas. El más mayor de ellos frunció el labio superior, cubierto por un bigote grasiento, y le sonrió a Laidi, a quien le empezaron a arder las mejillas instantáneamente. Se acordó de cuando había ido al río a buscar agua y el mudo había introducido un pepino en su cubo, sonriéndole, como un zorro astuto, pero sin intenciones malignas, y a ella le había dado un vuelco al corazón por primera vez en su vida. Se había puesto roja como un tomate y había agachado la cabeza, clavando la mirada en la brillante superficie del agua y contemplando el reflejo de su rostro sonrojado. Más tarde, se había comido el pepino, y su sabor se le había quedado grabado durante mucho tiempo. Miró hacia arriba, a la colorida aguja de la iglesia y a la torre de vigilancia. Un hombre, en lo alto, bailaba como un mono dorado mientras gritaba: «¡Compañeros, convecinos, la caballería japonesa ya ha partido de la ciudad!». La gente se reunía a los pies de la torre y observaba la plataforma, donde el hombre se agarraba, de vez en cuando, a la balaustrada y se asomaba para mirar hacia abajo, como si fuera a contestar las preguntas

que nadie había planteado. Después se enderezaba de nuevo,
daba otra
vuelta a la plataforma y juntaba las manos formando un
megáfono para
lanzar la advertencia de que los japoneses pronto llegarían a la
aldea.
De repente, el ruido de un carromato llegó desde la calle
principal. De
dónde había venido era un misterio; parecía como si,
sencillamente,
hubiera caído del cielo o surgido de la tierra. Tres hermosos
caballos
tiraban de ese gran carro de ruedas de goma, y el sonido de sus
doce cascotes
lo acompañaba, levantando nubes de polvo amarillo al
avanzar. Uno de los
caballos era de color amarillo melocotón, otro era rojo dátil y
el tercero era
verde como un puerro fresco. Robustos, suaves y fascinantes,
parecían
hechos de cera. Un pequeño hombrecillo de piel oscura estaba
despatarrado
en la vara que había detrás del caballo delantero y, desde una
cierta
distancia, parecía como si estuviera montado sobre el mismo
caballo. Su
látigo, adornado con borlas rojas, danzaba en el aire haciendo
pa pa pa, y
él cantaba algo como *jau jau jau*. Sin advertencia previa, tiró
fuertemente
de las riendas y los caballos relincharon, dejaron las patas
rígidas y el

carromato se detuvo. Las nubes de polvo que los habían ido siguiendo
envolvieron rápidamente al carro, a los caballos y al conductor. Cuando el
polvo volvió al suelo, Laidi vio a los sirvientes de la Casa Solariega de la
Felicidad corriendo, transportando cestas llenas de licores y de
atados de
paja y cargándolas en el carromato. Un tipo fornido se colocó en los
escalones que conducían a la puerta de entrada de la Casa Solariega de la
Felicidad, gritando a todo volumen. Una de las cestas cayó al suelo con un
sonido sordo, un hígado de cerdo se salió y el licor empezó a
desparramarse por el suelo. Cuando dos sirvientes se apresuraron a recoger
la cesta, el hombre que estaba en la puerta bajó la escalinata de un salto,
hizo restallar su brillante látigo en el aire y los golpeó con la punta en la
espalda. Los sirvientes se cubrieron la cabeza con las manos y se echaron
al suelo para recibir los latigazos que se merecían. El látigo bailaba como
una serpiente que reptaba por el suelo. El olor a licor se elevó por el aire. El
yermo era inmenso y estaba en silencio, y el trigo de los campos se
doblaban por la fuerza del viento como oleadas de oro. En la torre de
vigilancia, el hombre gritaba: «Corred, corred, poneos a salvo...».

La gente salía de sus casas, como hormigas que correteaban por todas partes sin ninguna dirección. Algunos iban andando, otros corriendo y otros se quedaban quietos, congelados en algún sitio; algunos iban hacia el Este, otros hacia el Oeste y otros se desplazaban en círculos, mirando alternativamente en todas direcciones. El olor que permeaba el recinto de los Sol era más fuerte que nunca, mientras una nube de vapor opaco salía al exterior por la puerta principal. Los mudos estaban en alguna parte donde no se los veía y el silencio reinaba en el patio, roto sólo ocasionalmente por algún hueso de pollo que salía volando a través de la puerta para que se lo disputaran los cinco perros negros. El vencedor se llevaba su premio hasta la pared, para acurrucarse en un rincón a roerlo, mientras los perdedores miraban con los ojos enrojecidos hacia el interior de la casa y gruñían suavemente.

Lingdi tironeó de su hermana.

—Vamos a casa, ¿vale?

Laidi negó con la cabeza.

—No, vamos a bajar al río a coger gambas. A mamá le vendrá bien una sopa de gambas cuando nuestro hermanito haya nacido.

Así que se fueron caminando en fila de a una hasta la orilla del río,

donde la plácida superficie del agua reflejaba los delicados rostros de las

chicas Shangguan. Todas ellas habían heredado la nariz elevada de su

madre y los bonitos y voluminosos lóbulos de sus orejas. Laidi sacó del

bolsillo un peine de caoba y peinó, una por una, a todas sus hermanas;

varios trozos de paja y bastante polvo cayeron al suelo. Hacían muecas y se

quejaban cuando el peine les tiraba de las raíces. Cuando terminó con sus

hermanas, Laidi se pasó el peine por su propio pelo y le dio la forma de

una trenza, que se echó para atrás. La punta le llegaba a la redondeada

cadera. Después de guardar el peine, se arremangó las perneras del

pantalón, mostrando un par de pantorrillas bonitas y bien formadas.

Después se quitó los zapatos de satén azul, adornados con flores rojas.

Todas sus hermanas se quedaron mirándole los pies fijamente; los tenía

heridos por las ataduras de los zapatos.

—¿Qué estáis mirando? —les preguntó enfadada—. Si no llevamos un

montón de gambas a casa, la vieja bruja nunca nos perdonará.

Sus hermanas se pusieron rápidamente a quitarse los zapatos y a

arremangarse los pantalones. Qiudi, la más pequeña, se quedó desnuda.

Laidi estaba de pie sobre el lodo, cerca de la orilla del lento río, mirando

cómo las algas se movían suavemente en el fondo de su cauce. Los peces

nadaban alegremente por ahí y las golondrinas volaban a ras de la

superficie del agua. Entró en el río y gritó:

—Qiudi, tú quédate ahí para recoger las gambas. Todas las demás, al agua.

Entre risas y grititos, las chicas se metieron en el río.

A medida que sus talones, acentuados por las ataduras que le habían

puesto cuando era pequeña, se hundían en el fango, y las algas que había

bajo el agua le acariciaban dulcemente las pantorrillas, Laidi experimentó

una sensación indescriptible. Doblada por la cintura, metió los dedos en el

lodo con mucho cuidado, alrededor de las raíces de las plantas, que era el

mejor lugar para encontrar gambas. De repente, algo se movió entre sus

dedos, produciéndole un escalofrío delicioso. Una gamba de agua dulce,

casi transparente, del grosor de sus dedos, yacía en la palma de su mano;

cada una de sus antenas era una obra de arte. La lanzó a la ribera. Con un

arrebato de alegría, Qiudi corrió hacia ella y la capturó.

—¡Primera Hermana, yo también he cogido una!

—¡Yo he cogido una, Primera Hermana!

—¡Y yo también!

La tarea de recoger todas las gambas era demasiado para una niña de

dos años como Qiudi, que se tropezó y se cayó, y después se sentó en el

dique y se puso a llorar. Muchas de las gambas lograban saltar de vuelta al

río y desaparecían en el agua. Así que Laidi se levantó y llevó a su

hermana hasta el borde del río, donde le lavó la espalda, que estaba llena

de barro. Cada contacto del agua con la piel desnuda le producía un

espasmo y un grito combinados con un torrente de palabras sin sentido.

Dándole una palmada en el trasero, Laidi dejó ir a la más pequeña, que casi

volando se fue hasta lo alto del dique, donde cogió un palo de entre unos

matojos y apuntó con él a su hermana mayor, maldiciéndola como una

vieja gruñona. Laidi se rio.

Para entonces, sus hermanas ya habían avanzado bastante río arriba.

Docenas de gambas saltaban y se agitaban en la soleada ribera del río.

—¡Atrápalas, Primera Hermana! —gritaba Qiudi.

Empezó a meterlas en la cesta.

—Ya te cogeré cuando lleguemos a casa, pequeña diablesa.

Después se agachó de nuevo, con una sonrisa en la cara, y siguió capturando las gambas, actividad que fue suficiente para que se olvidara de sus preocupaciones. Abrió la boca y brotó una cancioncilla, sin que ella supiera de dónde procedía: «Mamá, mamá, qué mala eres, me has casado con un vendedor de aceite al que nadie quiere...».

Alcanzó rápidamente a sus hermanas, que estaban, hombro con hombro, en la zona menos profunda del río, con los traseros levantados en el aire y las barbillas casi rozando la superficie del agua. Avanzaban con lentitud, con las manos hundidas en el agua, abriendo y cerrando, abriendo y cerrando. Unas hojas amarillentas que habían arrancado flotaban en las aguas, entre el barro que producían al remover el fondo. Cada vez que una de ellas se erguía significaba que habían cogido otra gamba. Lingdi, después Pandi, después Xiangdi, una tras otra se enderezaban y lanzaban gambas en dirección a su hermana mayor, que corría de un lado a otro capturándolas, mientras Qiudi trataba de colaborar.

Antes de que se dieran cuenta ya casi habían llegado al arqueado puente peatonal que cruzaba el río.

—Salid de ahí —gritó Laidi—. Todas fuera de ahí. La cesta ya está

llena, podemos volver a casa.

De mala gana, las chicas salieron del agua y se quedaron de pie en el

dique, con las manos descoloridas por el prolongado contacto con el agua y

las pantorrillas cubiertas con una capa de barro violáceo.

—¿Cómo puede ser que hoy haya tantas gambas en el río, hermanita?

—¿Mamá ya nos ha dado un hermano varón, hermanita?

—¿Cómo son los japoneses, hermanita?

—¿Es verdad que se comen a los niños, hermanita?

—¿Por qué los mudos han matado a todos sus pollos, hermanita?

—¿Por qué la abuela siempre nos está chillando, hermanita?

—Una vez soñé que en la tripa de mamá había un barbo gigante,

hermanita.

Una pregunta tras otra y ni una sola respuesta por parte de Laidi,

cuyos ojos estaban fijos en el puente, cuyas piedras brillaban a la luz del

sol. El carromato de ruedas de goma, con sus tres caballos, había llegado

hasta allí y se había detenido al comienzo del puente.

Cuando el rechoncho conductor tiró de las riendas, los caballos se

pararon, ansiosos, sobre el suelo del puente. De las piedras se alzaron

algunas chispas y un fuerte traqueteo. Algunos hombres estaban de pie, por

ahí cerca; iban desnudos de cintura para arriba, con unos cinturones de

cuero que ceñían sus pantalones y unas hebillas de latón que fulguraban al sol. Laidi conocía a esos hombres: eran los sirvientes de la Casa Solariega de la Felicidad. Algunos de ellos se subieron al carromato y empezaron a bajar los contenedores de paja de arroz, después descargaron las cestas de los licores, veinte, en total. El conductor tiró con fuerza de las riendas para guiar a los caballos hacia una zona del terreno que estaba vacía, al lado de la entrada del puente, en el mismo momento en el que el ayudante del mayordomo, Sima Ku, salía de la aldea montando en una bicicleta negra construida en Alemania, la primera que se había visto en Gaomi del Noreste. El abuelo de Laidi, Shangguan Fulu, que nunca había podido tener las manos quietas, una vez había intentado, cuando pensaba que nadie lo veía, acariciar el manillar, pero eso había sucedido en primavera. Los ojos de enfadado de Sima Ku casi disparaban llamaradas azules. Llevaba una larga túnica de seda sobre unos pantalones de algodón blancos e importados, atados por los tobillos con unas cintas azules con borlas negras, y unos zapatos de suelas de goma blancas. Las perneras de sus

pantalones se agitaban, como si las hubieran llenado de aire; el dobladillo

de su túnica iba metido en un cinturón tejido con seda blanca y anudado

por delante, dejando un extremo largo y otro corto. Una estrecha banda de

cuero que venía desde su hombro izquierdo le cruzaba el pecho como a los

militares, y se conectaba con un pequeño morral de cuero a través de un

trozo de seda de color rojo fuego. Sonaba el timbre de la bicicleta alemana,

anunciando su llegada como si cabalgara en el viento. Bajó de la bicicleta

de un salto y se quitó el sombrero de paja de ala ancha para abanicarse; el

lunar rojo que tenía en la cara parecía una brasa caliente.

—¡A trabajar! —les ordenó a los sirvientes—. Apilad la paja en el

punto y humedecedla con el licor. Vamos a incinerar a estos perros de

mierda.

Los sirvientes se pusieron a llevar la paja al punto hasta que la pila

llegaba a la altura de la cintura. Unas polillas blancas que habían venido

entre la paja revoloteaban por los alrededores; algunas se caían al agua y

terminaban en el estómago de los peces, y a otras se las comían las

golondrinas.

—¡Empapad la paja con el licor! —ordenó Sima Ku.

Los sirvientes cogieron las cestas y, haciendo un esfuerzo tremendo,
las subieron hasta el puente. Después de quitarles los tapones, echaron el
licor sobre la paja, un licor magnífico, de alta graduación, cuya fragancia
intoxicaba toda esa zona del río. La paja empezó a crujir.
Chorros de licor
iban de un lado a otro, atravesando el puente y bajando por su fachada de
piedra, deslizándose hasta llegar al río, convirtiéndose en una cascada
cuando las doce cestas estuvieron vacías y dejando la pared de
piedra
totalmente limpia. La paja cambió de color y una sábana transparente de
licor caía en el agua, más abajo; no pasó mucho tiempo hasta que unos
pequeños pececillos blancos aparecieron en la superficie. Las hermanas de
Laidi querían vadear el río y capturar los peces alcoholizados, pero ella los
detuvo:
—¡No os acerquéis ahí! ¡Nos vamos a casa!
Pero estaban hipnotizadas por las actividades que tenían lugar en el
puente. En realidad, Laidi sentía tanta curiosidad como ellas, y mientras
intentaba llevarse a sus hermanas de allí, seguía mirando una y otra vez al
puente, donde estaba Sima Ku, dando palmas con aire de superioridad.

Tenía los ojos encendidos y una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—¿A quién se le podría haber ocurrido una estrategia tan brillante? —

les graznó a los sirvientes—. ¡A nadie más que a mí, maldita sea! ¡Venga,

pequeños nipones, venid a comprobar cuánto es mi poder!

Los sirvientes rugieron a modo de respuesta. Uno de ellos le preguntó:

—Segundo Mayordomo, ¿lo encendemos ya?

—No, no hasta que hayan llegado.

Los sirvientes escoltaron a Sima Ku hasta el principio del puente y el

carromato de la Casa Solariega de la Felicidad se dirigió de vuelta a la

ciudad. Lo único que se oía era el ruido del licor goteando sobre el río.

Con la cesta de gambas en la mano, Laidi llevó a sus hermanas hasta

lo más alto del dique, apartando los arbustos que crecían en el repecho que

había que subir. De pronto, una cara delgada y negra apareció ante ella.

Con un estremecimiento, dejó caer la cesta, que rebotó en un arbusto y

rodó cuesta abajo hasta el borde del agua; se salieron todas las gambas,

formando una masa brillante que se movía en todas las direcciones. Lingdi

salió corriendo por la pendiente para recuperar la cesta, mientras sus

hermanas recogían las gambas. Retrocediendo hacia el río, Laidi mantuvo

la mirada fija en aquella cara negra en la que se esbozaba una sonrisa como

pidiendo perdón, que dejaba al descubierto dos hileras de dientes que

brillaban como perlas.

—No tengas miedo, hermanita —le oyó decir—. Somos guerrilleros.

No grites. Vete de aquí lo más rápido que puedas.

Miró alrededor y vio docenas de hombres vestidos de verde, escondidos entre los matorrales, con una mirada de dureza en los ojos.

Algunos iban armados con rifles, otros llevaban granadas y otros unas

espadas oxidadas. El hombre del rostro sucio y sonriente tenía una pistola

de color azul en la mano derecha y un objeto resplandeciente que hacía un

ruidito en la izquierda. No fue hasta mucho más tarde cuando ella se dio

cuenta de que ese objeto era un temporizador de bolsillo; para entonces, ya

estaba compartiendo su cama con aquel hombre de rostro oscuro.

VI

Tercer Maestro Fan, borracho como un caballero, entró mascullando en la

casa de los Shangguan.

—Los japoneses se acercan. Qué mala sincronización con vuestra

burra. Pero ¿qué puedo decir yo, ya que fue mi caballo el que la preñó? El

que le pone el cascabel al gato debe ser el que se lo quite.

Shangguan

Shouxi, veo que tienes suficientes agallas como para sacar esto adelante.

¡Ay, mierda, qué agallas tienes! Si estoy aquí es sólo por tu madre. Ella y

yo... *ja, ja*... ella hizo un rascador de cascos para mis caballos...

Shangguan Shouxi, con el rostro cubierto de sudor, siguió a Tercer

Maestro Fan hasta la puerta.

—¡Fan Tres! —gritó Shangguan Lü—. ¡Cabrón, el dios local aparece

muy pocas veces!

Fingiendo estar sobrio, Tercer Maestro Fan anunció: «Fan Tres ha

llegado». Pero la visión de la burra echada en el suelo hizo que pasara de

estar completamente borracho a medio sobrio.

—¡Dios mío, mirad eso! ¿Por qué no me habéis mandado llamar

antes?

Tiró al suelo las alforjas de cuero que llevaba, se agachó para acariciar las orejas de la burra y le dio unos golpecitos en la tripa.

Después dio una vuelta alrededor de la parte trasera del animal y tiró

con fuerza de la pata que salía del canal del parto.

Levantándose, movió la

cabeza tristemente y dijo:

—He llegado demasiado tarde, es una causa perdida. El año pasado,

cuando tu hijo me trajo la burra para que se apareara, le dije que era

demasiado flaca y débil y que deberíais cruzarla con uno de su especie.

Pero él insistió en que la cubriera un caballo. Ese caballo mío es un

semental japonés de pura raza. Uno de sus cascos es más grande que la

cabeza de vuestra burra, y cuando la montó, casi se parte bajo su peso.

Como un gallo y un gorrión. Pero es un buen semental, así que cerró los

ojos y se la folló. ¡Si hubiera sido otro caballo, joder! Mirad, la cría no va a

salir. Vuestra burra no está hecha para tener mulas. Sólo sirve para

producir burros, esta burra esmirriada...

—¿Ya has terminado, Fan Tres? —Shangguan Lü interrumpió su

monólogo, enfadada.

—He terminado, sí, he dicho lo que quería decir. —Cogió su bolsa de

cuero, se la echó al hombro y, volviendo a pasar de medio sobrio a

completamente borracho, avanzó tambaleándose hacia la puerta.

Shangguan Lü lo cogió del brazo.

—¿Te vas? —le dijo.

Fan Tres sonrió de una manera desagradable.

—Vieja cuñada —le dijo—, ¿es que no has oído al mayordomo de la

Casa Solariega de la Felicidad? La aldea está casi desierta.
¿Quién es más

importante, la burra o yo?

—Tres, tienes miedo de que no te dé lo que te mereces,
¿verdad?

Bueno, tendrás dos botellas de buen licor y una enorme cabeza
de cerdo. Y

no te olvides de que, en esta familia, lo que yo prometo se
cumple.

Fan Tres echó un rápido vistazo al padre y al hijo.

—Soy muy consciente de eso —dijo sonriendo—. Eres
probablemente

la única mujer mayor de todo el país que trabaja de verdad
como herrero.

La fuerza de esa espalda que tienes...

Una extraña sonrisa hizo que se le contrajera la cara.

—¡Por el culo de tu madre! —Shangguan Lü maldijo dándole
un

golpe en la espalda—. No te vayas, Tres. No estamos hablando
de una, sino

de dos vidas. Ese semental es tu hijo, por lo que esta burra es
tu nuera y la

mula que hay en su tripa es tu nieta. Haz lo que puedas. Si la
mula vive, te

lo agradeceré y te recompensaré. Si se muere, maldeciré mi
propio destino

miserable, no a ti.

—Has convertido a estos cuadrúpedos en mi familia —dijo
Fan Tres

tristemente—, así que ¿qué puedo decir? Veré si puedo traer a
esta burra

moribunda de vuelta a la tierra de los vivos.

—Muy bien. ¿Por qué hacer caso a los delirios de ese loco de Sima?

¿Qué podrían querer los japoneses de una aldea pacífica y aislada como la

nuestra? Además, al hacer esto, estás acumulando virtudes, y los espíritus

siempre se mantienen alejados de los virtuosos.

Fan Tres abrió su bolsa y sacó una botella llena de un líquido verde y

viscoso.

—Este es un tónico secreto, que ha ido pasando, en mi familia, de

generación en generación. Funciona de una forma milagrosa en los partos

de nalgas y en otras irregularidades obstétricas en los animales. Si esto no

lo consigue, ni siquiera el Mono mágico podría traer a ese animal al

mundo. Señor —instó a Shangguan Shouxi—, venga aquí y écheme una

mano.

—Lo haré yo —dijo Shangguan Lü—. Él es un bobo inútil.

Fan Tres dijo:

—La gallina Shangguan acusa al gallo de no poner huevos.

—Si tienes que insultar a alguien, Tercer Hermano Menor —dijo

Shangguan Fulu—, hazlo en mi cara, y no te escondas por ahí.

—¿Estás enfadado? —preguntó Fan Tres.

—Este no es momento para discutir —dijo Shangguan Lü—.

¿Qué

tengo que hacer?

—Levanta la cabeza de la burra —dijo él—. Voy a darle el tónico.

Shangguan Lü separó las piernas, reunió fuerzas y cogió la cabeza de

la burra. El animal se agitó; por los agujeros de su nariz salía aire

espasmódicamente.

—¡Más arriba! —dijo Fan Tres.

Ella hizo un esfuerzo para levantarla aún más; de su nariz ahora

también salía el aire en espasmos.

—Vosotros dos, ¿estáis muertos o vivos? —protestó Fan Tres.

Los dos hombres Shangguan se apresuraron a ayudar y casi tropiezan

con las patas de la burra. Shangguan Lü hizo girar los ojos; Fan Tres

sacudió la cabeza. Al final consiguieron levantar lo suficiente la cabeza de

la burra, que echó hacia atrás los labios y enseñó los dientes. Fan Tres

introdujo en la boca del animal un embudo hecho con un cuerno de buey y

vació en su interior el contenido de la botella.

—Esto funcionará —dijo Fan—. Ya podéis bajarle la cabeza.

Mientras Shangguan Lü intentaba recobrar el aliento, Fan Tres sacó su

pipa, la llenó y se puso a fumar en cuclillas. Dos columnas de humo blanco

salieron rápidamente por su nariz.

—Los japoneses han tomado la capital del condado y han asesinado al

gobernador, Zhang Weihan, y han violado a todas las mujeres de su

familia.

—¿Eso te lo han dicho los Simas? —le preguntó Shangguan Lü.

—No, me lo dijo mi hermano de sangre. Vive cerca de la Puerta Este,

en la capital.

—La verdad nunca llega a más de diez *li* de distancia — dijo

Shangguan Lü.

—Sima Ku se ha llevado a los sirvientes de la familia para prenderle

fuego al puente —dijo Shangguan Shouxi—. Eso es más que un rumor.

Shangguan Lü miró enfadada a su hijo.

—Nunca te he oído decir una frase optimista ni adecuada, pero no te

cansas de propagar las tonterías y los rumores. Mírate, eres un hombre, has

tenido un montón de hijos y no se puede saber si eso que llevas sobre los

hombros es una cabeza o una calabaza vacía. ¿A ninguno de vosotros se os

ha ocurrido pensar que los japoneses tienen madres y padres, como todo el

mundo? No tienen nada en contra de nosotros, así que ¿qué deberíamos

hacer? ¿Salir huyendo? ¿Creéis que se puede correr más rápido que una

bala? ¿Escondernos? ¿Hasta cuándo?

Como respuesta a sus reproches, los hombres Shangguan no podían

hacer nada más que agachar la cabeza y morderse la lengua. Pero Fan Tres

sacudió la ceniza de su pipa e intentó salvar la situación.

—A largo plazo, nuestra hermana ve las cosas con más claridad que

nosotros. Me siento mucho mejor después de lo que nos ha dicho. Tiene

razón. ¿Dónde podríamos ir? ¿Dónde nos esconderíamos? Yo quizá sea

capaz de correr y de esconderme, pero ¿qué hago con mi burro y mi

semental? Son como un par de montañas. ¿Dónde se puede esconder una

montaña? Uno puede esconderse un día, pero nunca logrará que no lo

descubran al cabo de medio mes. Por el culo de su madre, digo yo.

Saquemos a ese bebé de mula de ahí y luego ya pensaremos en lo que

vamos a hacer.

—¡Esa es una buena actitud! —dijo Shangguan Lü, contenta.

Fan se quitó la chaqueta, se ciñó el cinturón y se aclaró la garganta,

como un maestro de artes marciales que está a punto de enfrentarse a su

oponente. Shangguan Lü asintió con aprobación.

—Eso es lo que a mí me gusta ver, Tres. Un hombre deja como legado

su buen nombre, un ganso salvaje deja como legado su graznido. Si traes a

esa mula al mundo, te daré una botella extra de licor y tocaré el tambor

para cantarte alabanzas.

—Eso es una estupidez —dijo Fan—. De todos modos, ¿a quién se le

ocurrió cubrir a vuestra burra con mi semental? Eso se llama sembrar y

cosechar. —Dio la vuelta alrededor de la burra, tiró de la pata de la mula y

murmuró—: Burra, mi pequeña nuera, estás ante la puerta del infierno y

vas a tener que esforzarte para escapar. Mi reputación está a tu servicio.

Caballeros —dijo, dándole unos golpecitos a la burra en la cabeza—, traed

una cuerda y un buen palo. No puede hacerlo ahí tirada. Tenemos que

conseguir que se ponga de pie.

Los hombres Shangguan miraron a Shangguan Lü, quien les dijo:

—Haced lo que os ha dicho.

Cuando el padre y el hijo lo hubieron hecho, Fan pasó la cuerda bajo

la burra, justo por donde estaban sus patas delanteras, después hizo un

nudo y le pidió a Shangguan Fulu que pasara el palo a través del agujero

que formaba la cuerda.

—Ponte ahí —le ordenó a Shangguan Shouxi—. Agáchate y levanta el

palo y apóyate en los hombros.

Los hombres Shangguan empezaron a levantar el palo, que se les

clavaba duramente en los hombros.

—Eso es —dijo Fan—. Vale, no hay prisa. Levantaos cuando os lo

diga, y más vale que tengáis buenos hombros. Sólo tenéis una oportunidad.

Este animal no puede aguantar muchos más sufrimientos.

Cuñada, tu sitio

es detrás de la burra. Lo que tienes que hacer es evitar que la cría se caiga

al suelo.

Dio la vuelta hasta colocarse en la parte trasera del animal, y allí se

frotó las manos, cogió la lámpara de la piedra de molino, se roció las

palmas de las manos con aceite y volvió a frotárselas y después les sopló

encima. Cuando intentó meter una de las manos por el canal del parto, la

pequeña pata se agitó salvajemente. Para entonces, ya tenía todo el brazo

dentro de la burra, hasta el hombro, y su mejilla estaba en contacto con el

casco violeta de la mula. Shangguan Lü no podía apartar los ojos de él, y le

temblaban los labios.

—Vale, caballeros —dijo Fan con voz apagada—. Cuando cuente

hasta tres, levantadla con toda vuestra fuerza. Es cuestión de vida o muerte,

así que no dejéis que se me caiga encima, ¿de acuerdo?

Tenía la barbilla apoyada en el trasero del animal; parecía que intentaba atrapar algo con la mano en sus profundidades.

—¡Uno... dos... y tres!

Con un fuerte gruñido, los hombres Shangguan hicieron una demostración de valor poco habitual en ellos, y se tambalearon bajo su

carga. Imitando el esfuerzo que se hacía a su alrededor, la burra se dio la

vuelta, estiró las patas delanteras y levantó la cabeza. Sus patas traseras se

movieron y se doblaron debajo de ella. Fan Tres rodó con la burra, hasta

que estuvo casi boca abajo en el suelo. Su cabeza desapareció de la vista de

los demás, pero sus gritos continuaban: «¡Levantadla! ¡Seguid levantándola!». Los dos hombres estaban empleando todas sus fuerzas y

Shangguan Lü se deslizó bajo la burra y con la espalda empezó a

presionarle la tripa. Con un fuerte rebuzno, se apoyó sobre sus patas y se

puso de pie, y en ese momento algo grande y viscoso resbaló por el canal

del parto y salió al exterior junto a una gran cantidad de sangre y un

líquido pegajoso, que cayó directamente sobre los brazos de Fan Tres y de

ahí se fue al suelo.

Fan limpió rápidamente el líquido de la boca de la pequeña mula,

cortó el cordón umbilical con su cuchillo y anudó el trocito restante, y

después llevó al animal a un lugar de la estancia en el que el
suelo no
estaba sucio, y ahí le limpió todo el cuerpo con unos harapos.
Con los ojos
llenos de lágrimas, Shangguan Lü murmuraba una y otra vez:
—Gracias al Cielo y la Tierra, y a Fan Tres.
La cría de mula logró ponerse de pie un momento, pero no
mantuvo el
equilibrio y pronto cayó de nuevo al suelo. Su piel era suave
como el satén,
y su boca tenía el color rojo violáceo de un pétalo de rosa. Fan
Tres la
ayudó a levantarse de nuevo.
—Buena chica —le dijo—. De tal palo tal astilla. El caballo es
mi hijo
y tú, pequeña, tú eres mi nieta. Cuñada, tráeme un poco de
arroz aguado
para mi hija burra, que ha vuelto de entre los muertos.

VII

Shangguan Laidi no había guiado a sus hermanas más que una
docena de
pasos cuando escuchó una serie de sonidos agudos que
parecían los
graznidos de algún pájaro extraño. Miró al cielo para ver de
qué se trataba
y justo en ese momento oyó el ruido de una explosión en
medio del río. Le
pitieron los oídos y se le nubló la mente. Un barbo destrozado
voló por el
aire y aterrizó a sus pies. Hilillos de sangre brotaban de su
cabeza naranja,

que se había partido en dos; las aletas se le movían frenéticamente y las tripas se le habían salido del vientre. Cuando tocó tierra, un poco de barro caliente procedente del río alcanzó a Laidi y a sus hermanas. Perpleja y un tanto somnolienta, se dio la vuelta para ver cómo estaban sus hermanas, que le devolvieron la mirada. Vio un trozo de algo pegajoso en el pelo de Niandi, como si fuera hierba masticada; y siete u ocho escamas plateadas de algún pez se le habían quedado pegadas a Xiangdi en la mejilla. Unas olas oscuras se agitaban en el río a unos pocos pasos de donde estaban ellas, formando un remolino. El agua, caliente, se elevaba por el aire y después volvía a caer al centro del remolino. Una fina lámina de niebla flotaba por encima de la superficie, y Laidi pudo distinguir el agradable olor de la pólvora. Intentó pensar qué había podido ocurrir, atenazada por el presentimiento de que era algo muy malo. Tenía ganas de gritar, pero lo único que hizo fue soltar un torrente de lágrimas que cayeron ruidosamente al suelo. ¿Por qué estoy llorando? No, en realidad no estoy llorando, pensó. ¿Por qué iba a llorar? A lo mejor son gotas de agua del río, no son

lágrimas. El caos se apoderó de su cabeza. La escena que había ante ella —

el sol que pasaba entre los travesaños del puente, el río agitándose, con el

agua totalmente embarrada, los densos matorrales que había a sus pies, un

montón de golondrinas atolondradas y sus hermanas anonadadas— la

envolvía con una caótica combinación de imágenes, como si fuera un

ovillo enmarañado. Sus ojos se fijaron en su hermana menor, Qiudi, que

tenía la boca abierta y los ojos cerrados; le caían lágrimas por las mejillas.

A su alrededor se extendió un sonido crepitante, como de alubias friéndose

al sol. Los secretos que había ocultos entre los arbustos hacían unos

extraños crujidos, como de pequeñas criaturas que se arrastran

serpenteando, pero no se oía nada a los hombres que había visto hacía unos

pocos minutos. Las espinosas ramas apuntaban silenciosamente hacia

arriba y sus hojas, semejantes a monedas de oro, brillaban débilmente.

¿Todavía estarían ahí? Y si era así, ¿qué estaban haciendo? Entonces

escuchó un grito seco y distante:

—Hermanitas, al suelo... hermanitas... al suelo, boca abajo...

Escudriñó el paisaje buscando el lugar del que venían los gritos. En lo

más profundo de su mente, un cangrejo caminaba en círculos y le generaba

un dolor terrible. Vio algo negro y brillante que caía del cielo.

Una

columna de agua gruesa como un buey se alzó lentamente desde el río, del

lado este del puente de piedra, y se difuminó en todas direcciones cuando

alcanzó la altura del dique, como las ramas de un sauce llorón.

En unos

segundos, los olores de la pólvora, de los lodazales del río y de los peces y

gambas destrozados se juntaron en su nariz, tratando de apoderarse de ella.

Los oídos le pitaban con tal fuerza que no podía oír nada, pero se le ocurrió

que veía las ondas sonoras viajando por el aire.

Otro objeto negro cayó en el río, enviando una segunda columna de

agua hacia el cielo. Algo azul golpeó contra la ribera del río, con los bordes

curvados hacia afuera como el diente de un perro.

Cuando se agachó para recogerlo, una chispita de humo amarillo

surgió de la punta de uno de sus dedos, y un dolor agudo recorrió todo su

cuerpo. Instantáneamente, los ruidos estremecedores del mundo volvieron

a apoderarse de ella, como si el penetrante dolor que sentía en el dedo

procediera de sus oídos y acabara con el bloqueo en el que se encontraban.

El agua formaba ruidosas olas y el humo se expandía hacia arriba. Unas

explosiones retumbaron en el aire. Tres de sus hermanas
estaban aullando

y las otras tres estaban echadas en el suelo con las manos
protegiéndose los

oídos y con el culo en pompa, como esos pájaros estúpidos y
extraños que,

cuando los persiguen, esconden la cabeza debajo de la tierra
pero se

olvidan de sus cuartos traseros.

—¡Hermanitas! —Otra vez oyó una voz entre los arbustos—.
Al

suelo, boca abajo y venid arrastrándoos hasta aquí.

Se echó al suelo, boca abajo, y buscó al hombre que había
entre los

arbustos. Por fin lo encontró entre las flexibles ramas de un
sauce rojo. El

extraño de la cara oscura y los dientes blancos le hacía gestos
con una

mano.

—¡Date prisa! —le gritó—. Arrástrate hasta aquí.

En su mente confusa se abrió un hueco por el que entraron
unos rayos

de luz. Oyendo el relincho de un caballo, se giró para mirar a
su espalda y

vio un potro dorado, que al galope se subió en el puente de
piedra por el

extremo que daba al Sur, con las orgullosas crines al viento.
Iba sin

embridar y era hermoso, libre, vivaz, disfrutando de su
juventud.

Pertenecía a la Casa Solariega de la Felicidad y era hijo del
semental

japonés de Tercer Maestro Fan; en otras palabras, era uno de sus nietos.

Ella conocía a ese maravilloso potro, y le gustaba mucho. A menudo lo

había visto galopando arriba y abajo por los caminos, volviendo locos a los

perros de la Tía Sol. Cuando llegó a la mitad del puente, se detuvo como si

no pudiera atravesar la pared de paja, o como si se hubiera mareado por el

licor con el que la habían empapado. Levantó la cabeza y escrutó la paja.

¿Qué estaría pensando?, se preguntó Laidi. Otro chillido desgarró el aire

mientras un trozo de metal brillante y cegador, que parecía venir desde

muy lejos, se estrellaba contra el puente con un rugido atronador. El potro

desapareció ante sus ojos; una de sus patas, chamuscada, aterrizó junto a

unos arbustos cercanos. Tuvo náuseas y un líquido ácido y amargo le llegó

a la garganta desde el estómago, y en ese momento lo comprendió todo. La

pata destrozada del potro le enseñó en qué consistía la muerte, y una

sensación de horror la hizo temblar, con un castañeteo de dientes. Se puso

de pie de un salto y arrastró a sus hermanas a los arbustos.

Sus seis hermanas pequeñas se acurrucaron a su alrededor, aferrándose unas a otras como dientes de ajo que envuelven el tallo. Laidi

escuchó esa voz áspera, que ya le resultaba familiar,
dirigiéndose a ella,
pero las agitadas aguas del río impidieron que entendiera lo
que decía.
Protegiendo a su hermanita pequeña entre sus brazos, sintió el
calor
ardiente de la carita de la niña. La calma había vuelto al río
por el
momento, dándole a la capa de humo la oportunidad de
disiparse. Más
objetos negros y sibilantes volaban por encima del Río de los
Dragones,
dejando atrás unas largas colas antes de impactar sobre la
aldea
produciendo un sonido sordo al explotar, al que seguían unos
débiles gritos
femeninos y el estruendo que los edificios hacían al
derrumbarse. En el
dique de enfrente no se veía ni un alma; lo único que había era
una acacia
solitaria. En la orilla del río, un poco más arriba, había una
hilera de sauces
llorones cuyas ramas acariciaban la superficie del agua. ¿De
dónde venían
esos extraños y aterradores objetos volantes?, se preguntaba
Laidi una y
otra vez. Un grito —*Ai yaya*— acabó con su concentración. La
imagen del
ayudante del mayordomo de la Casa Solariega de la Felicidad,
Sima Ku,
montando en su bicicleta por el puente, apareció a través de las
ramas.

¿Qué estará haciendo?, se preguntó. Debe ser por lo del caballo. Pero

llevaba una antorcha encendida, así que no se trataba del caballo, cuyo

cuerpo estaba diseminado por todo el puente y cuya sangre teñía el agua

del río que pasaba por debajo.

Sima Ku frenó, bajó de su vehículo y lanzó la antorcha sobre las pajas

empapadas de licor. Unas llamas azules ascendieron hacia el cielo.

Cogiendo su bicicleta, pero demasiado azorado como para montarse de

nuevo, la llevó corriendo por el puente, con las llamas azules lamiéndole

los talones. De su boca seguía brotando ese grito extraño y aterrador, *Ai*

yaya. Cuando un crujido fuerte y repentino hizo volar su sombrero de paja

de ala ancha, que cayó en el río, soltó la bicicleta, se dobló por la cintura,

se tropezó y cayó de bruces contra el suelo del puente. *Crac, crac, crac,*

una cadena de ruidos parecidos a una ristra de petardos. Sima Ku se aferró

al suelo del puente y empezó a reptar como un lagarto. De pronto, ya no

estaba, y los crujidos dejaron de oírse. El puente casi desapareció,

engullido por unas llamas azules que no producían ningún humo; las del

centro se elevaban más arriba que las otras, y tiñeron de azul el agua que

había debajo. El pecho de Laidi se encogió en el aire asfixiante, que

transportaba oleadas de calor. Tenía la nariz caliente y humedecida. Las

olas de calor se transformaron en ráfagas de viento sibilante. Los arbustos

estaban húmedos, como sudorosos; las hojas de los árboles se habían

rizado y secado. Entonces, escuchó la voz aguda de Sima Ku que surgía

desde atrás del dique:

—Que les den a vuestras hermanas, pequeños japos. Habréis cruzado

el Puente de Marco Polo, pero nunca cruzaréis el Puente del Dragón

Ardiente.

Y entonces rompió a reír:

— *Ah ja ja ja, ah ja ja ja, ah ja ja ja...*

La risa de Sima Ku parecía interminable. En la orilla de enfrente,

sobre el dique, apareció una fila de gorras amarillas, seguidas por una

hilera de cabezas de caballos y los uniformes amarillos de los jinetes.

Docenas de soldados a caballo habían llegado al dique, y a pesar de que

todavía estaban a cientos de metros de distancia, Laidi vio que sus caballos

eran exactamente iguales que el semental de Tercer Maestro Fan. ¡Los

japoneses! ¡Los japoneses ya están aquí! Han llegado los japoneses...

Evitando el puente de piedra, que estaba envuelto en
llamaradas
azules, los soldados japoneses dejaron descansar a sus caballos
a los lados
del dique; había docenas de ellos, chocándose torpemente uno
contra otro,
amontonados, ocupando todo el terreno hasta el lecho del río.
Podía oír los
gritos y los gruñidos de los hombres y los relinchos que daban
los caballos
mientras entraban en el río. El agua pronto les cubrió las patas
hasta que
sus vientres parecían estar apoyándose sobre la superficie. Los
jinetes se
acomodaron en sus monturas, sentándose erguidos,
manteniendo la cabeza
alta, con los rostros blancos a la brillante luz del sol, que no
permitía
distinguir sus rasgos con claridad. Con la cabeza levantada, los
caballos
parecían estar galopando, cosa que, de hecho, era imposible.
El agua, como
un denso jarabe, tenía un olor dulce y pegajoso. Haciendo un
esfuerzo por
avanzar, los enormes caballos generaban unas ondas azules en
la superficie
del agua. A Laidi le parecían pequeñas lenguas de fuego que
quemaban la
piel de los animales, lo cual era el motivo por el que tenían las
cabezas tan
levantadas, y por el que se desplazaban sin parar hacia
adelante, con la cola

flotando detrás. Los jinetes japoneses, sujetando las riendas con ambas
manos, subían y bajaban en sus monturas, con las piernas formando una
rígida V invertida. Vio un caballo de color castaño detenerse en el medio
del río, levantar la cola y soltar una serie de excrementos. El jinete que lo
montaba, ansioso, clavó sus tacones en los flancos del caballo para que
volviera a ponerse en marcha. Pero el caballo, negándose a seguir, sacudió
la cabeza y mordisqueó ruidosamente la brida.
«¡Al ataque, camaradas!». El grito le llegó desde los arbustos que
había a su izquierda, seguido por un sonido apagado, como de seda
rasgada. Y después, el traqueteo de los disparos, decidido y monótono,
grueso y delgado. Un objeto negro, del que salía un humo blanco, golpeó la
superficie del río con un sonido sordo y formó una columna de agua que se
elevó en el aire. El soldado japonés que montaba al caballo castaño fue
impulsado hacia adelante de una forma extraña, y después hacia atrás,
mientras sus brazos se agitaban salvajemente por el aire. La sangre fresca y
negra que brotó de su pecho empapó la cabeza de su caballo y tiñó el agua.
El caballo se encabritó, exponiendo sus patas delanteras, que estaban

cubiertas de barro, y su brillante pecho. En el momento en que sus cascos

delanteros atravesaron de nuevo la superficie del agua, el soldado japonés

fue lanzado hacia atrás, boca arriba, por encima de los cuartos traseros del

animal. Otro soldado japonés, este montado en un caballo negro, voló hasta

caer de cabeza en el río. Un tercero, que iba en un caballo azulado, también

fue impulsado fuera de su montura pero logró abrazarse al cuello del

animal y ahí quedó colgando, sin su gorra, con un hilillo de sangre que

salía de su oído e iba a parar al río.

En el río reinaba el caos; los caballos que habían perdido a su jinete relinchaban y saltaban por todas partes, tratando de volver a la orilla. Los soldados japoneses estaban echados hacia adelante sobre sus monturas, sujetándose con las piernas y apuntando con sus relucientes rifles a los arbustos. Abrieron fuego. Docenas de caballos, dando bufidos, llegaron como pudieron a un banco del río. Con el agua chorreándoles desde la panza y los violáceos cascos cubiertos de fango, arrastraban unos largos hilos brillantes en su camino hacia el centro del río. Un alazán con la frente blanca, que llevaba a un japonés pálido en el lomo, fue dando brincos hacia el dique; sus cascos golpeaban torpe y nerviosamente sobre el banco del río. El soldado que lo montaba, con los ojos entrecerrados y los labios apretados, le dio unas palmadas con la mano izquierda y desenvainó una espada plateada con la derecha, cargando contra los arbustos. Laidi distinguió unas gotas de sudor rodando hasta la punta de su nariz y cayendo sobre las gruesas crines de su montura, y pudo oír el ruido que hacía el caballo al exhalar el aire por la nariz; también notó el hedor ácido del sudor del caballo. Súbitamente, un humo rojo empezó a

salir de la frente del alazán y sus cuatro ágiles patas se quedaron rígidas.

Su piel fue surcada por más arrugas de las que Laidi habría podido contar,

las patas se le convirtieron en goma y, antes de que el jinete supiera qué

estaba sucediendo, ambos cayeron sobre los arbustos.

La caballería japonesa se dirigió al sur a lo largo de la ribera del río,

subiendo hasta el lugar donde Laidi y sus hermanas habían dejado los

zapatos. Allí los soldados apaciguaron a los caballos y atravesaron los

arbustos en dirección al dique. Laidi siguió mirando, pero habían

desaparecido. Entonces se volvió para mirar al alazán muerto, que estaba

tirado con la cabeza ensangrentada y con sus grandes ojos azules, sin vida,

mirando fija y tristemente al profundo azul del cielo. El jinete japonés

yacía boca abajo en el barro, atrapado bajo su caballo, con la cabeza

doblada en un ángulo extraño, con una mano sin sangre estirada hacia la

ribera, como si estuviera tratando de coger algo. Los cascos del caballo

habían amasado el suave y soleado lodo del banco del río. El cuerpo de un

caballo blanco yacía junto al banco, en el río, meciéndose lentamente en el

agua hasta que se dio la vuelta y sus patas, que acababan en unos cascos del

tamaño de jarros de arcilla, se levantaron por el aire de forma terrorífica.

Un momento más tarde las aguas se agitaron y las patas del caballo se

deslizaron de nuevo bajo su superficie, esperando una nueva oportunidad

para apuntar al cielo. El caballo castaño que tanto había impresionado a

Laidi ya estaba lejos, río abajo, arrastrando consigo a su jinete muerto, y

Laidi se preguntó si no estaría buscando a su compañero, pues se le ocurrió

que podría ser la esposa del semental de Tercer Maestro Fan, que había

estado separada de su pareja durante mucho tiempo.

El fuego continuaba quemando el puente; las llamas, ahora amarillas,

hacían que salieran espesas columnas de humo de las pilas de paja. El

suelo verde del puente se arqueaba en el aire, hacia arriba, gruñendo y

jadeando y gimoteando. En la cabeza de Laidi, el puente en llamas se había

transformado en una gigantesca serpiente que sufría estertores en su

agonía, intentando con desesperación volar hacia el cielo, y que tenía la

cabeza y la cola clavadas a la tierra. Pobre puente, pensó con tristeza. Y esa

pobre bicicleta alemana, la única máquina moderna de todo Gaoni, ya no

era nada más que un trozo de metal chamuscado y deforme. Sentía en la

nariz la invasión de los olores de la pólvora, la goma, la sangre y el barro,

que cargaban al aire y lo volvían denso y pegajoso; y tenía el pecho

sofocado por los hedores repulsivos, y le parecía que estaba a punto de

explotar. Peor aún, una capa gelatinosa se había formado en los arbustos

quemados que estaban frente a ellas, y una ola de calor centelleante se

dirigió hacia ella, encendiendo unas pequeñas llamas en la maleza.

Protegiendo a Qiudi entre sus brazos, le gritó al resto de sus hermanas que

se alejaran de los arbustos. Después, de pie sobre el dique, las contó hasta

comprobar que estaban todas a su lado, descalzas y con extrañas muecas en

las caritas, con la mirada perdida y los lóbulos de las orejas enrojecidos.

Salieron corriendo dique abajo y llegaron hasta un pedazo de terreno

abandonado, que todo el mundo decía que había sido el emplazamiento

fundacional de la casa de una mujer musulmana, donde estaban sus

irregulares paredes, y que desde hacía mucho tiempo estaba cubierto de

plantas de marihuana y otras hierbas silvestres. Mientras corría sobre esta

mezcla de plantas, le pareció que sus piernas estaban hechas de pasta. Las

ortigas se le clavaban dolorosamente en los pies. Sus hermanas, llorando y quejándose, llegaron torpemente detrás de ella. Se sentaron todas entre la marihuana y se abrazaron. Las más pequeñas escondieron la cabeza entre las ropas de Laidi; sólo ella la mantuvo levantada, observando, llena de temor, el avance furioso del fuego por el dique.

Los hombres de uniforme verde que había visto antes de que empezara todo el lío surgieron corriendo de entre el mar de llamas, chillando como demonios, con la ropa ardiendo. Escuchó la voz que ya le resultaba familiar gritar: «¡Tiraos al suelo y poneos a rodar!». Fue el primero en lanzarse al suelo, y empezó a rodar dique abajo, como una bola de fuego. Una docena de bolas de fuego, o más, lo siguieron. Las llamas se apagaron, pero un humo verde salía de la ropa y el pelo de los hombres.

Sus uniformes, que tan sólo unos momentos antes eran del mismo atractivo verde que el de la maleza entre la que se escondían, ahora eran poco más que harapos ennegrecidos que colgaban de sus cuerpos.

Uno de los hombres no siguió a los demás cuando llegó su turno de rodar por el suelo; aullaba en su agonía mientras corría como el viento, cubierto de llamas, cuesta arriba, hacia las plantas de marihuana silvestre

donde las chicas estaban escondidas, dirigiéndose
directamente a un pozo
de agua sucia, lleno de diferentes hierbas y plantas acuáticas
de anchos
tallos rojos, hojas gruesas y tiernas del color de la pluma de
ganso y flores
con capullos rosas y suaves como el algodón. El hombre
cubierto de llamas
se lanzó al pozo, salpicando agua en todas las direcciones y
haciendo salir
de su escondrijo a una camada de crías de rana. Unas
mariposas blancas,
que estaban poniendo sus huevos, revolotearon por el aire y
desaparecieron
bajo la luz del sol, como si las hubiera consumido el calor.
Ahora que las
llamas se habían apagado, el hombre se quedó ahí tirado,
negro como el
carbón, con la cabeza y el rostro manchados de barro y un
minúsculo
gusano serpenteando por su mejilla. Laidi no podía verle ni los
ojos ni la
nariz, solamente la boca, que se abría para dejar salir unos
gritos
torturados: «Madre, madre querida, voy a morir...». Un
pequeño barbo
dorado, acompañando a los lamentos, también salió de su
boca. Sus
lastimeros movimientos removieron un fango que se había ido
acumulando
ahí durante años y soltaba un olor repugnante.
Sus camaradas yacían en el suelo, quejándose y maldiciendo,
con sus

rifles y sus machetes tirados alrededor, excepto el hombre delgado de la

cara oscura, que todavía tenía su pistola en la mano.

—Camaradas —dijo—, vámonos de aquí. Los japoneses van a volver.

Como si no lo hubieran oído, los chamuscados soldados se quedaron

en el suelo, donde estaban. Dos de ellos se pusieron de pie, temblando, y

dieron unos cuantos pasos torpemente hasta que les cedieron las piernas.

—¡Camaradas, vámonos de aquí! —gritó de nuevo, dándole un golpe

al hombre que tenía más cerca.

El hombre reptó un poco hacia adelante y, haciendo un esfuerzo, logró

ponerse de rodillas.

—Comandante —gritó lastimosamente—, mis ojos, no veo nada...

Ahora ella sabía que el hombre de la cara oscura se llamaba Comandante.

—Camaradas —dijo ansiosamente—, los japoneses van a volver.

Debemos estar preparados...

Por el Este, Laidi vio a veinte o más soldados japoneses a caballo,

formando dos columnas, en lo alto del dique, y dirigiéndose hacia abajo

como una marea, en estricta formación a pesar de las llamas que había en

torno a ellos. Los caballos iban al trote por la colina, con las cabezas altas,

cada uno pisándole los talones al que tenía delante. Cuando llegaron al

Camino de la Familia Chen, el caballo que iba primero se giró para tomar

oblicuamente la pendiente, y los demás hicieron lo mismo. Atravesaron

una amplia zona de campo abierto (una tierra que servía para secar el grano

de la familia Sima y que era plana y suave, y estaba cubierta por una arena

dorada), y después fueron cogiendo velocidad, galopando en línea recta.

Todos los jinetes japoneses blandían unas espadas largas y estrechas que

brillaban al sol y caían sobre el enemigo como el viento, mientras sus

gritos de guerra rompían el silencio.

El comandante levantó la pistola y disparó hacia las tropas de caballería que avanzaban cada vez más velozmente; una línea de humo

blanco ascendió por el aire, procedente de la boca del cañón. Después tiró

la pistola y avanzó cojeando, lo más rápido que pudo, hacia el lugar en el

que se escondían Laidi y sus hermanas. Un caballo de color albaricoque lo

rozó al pasar a su lado a toda velocidad; su jinete se inclinaba hacia

adelante en la montura mientras peinaba el aire con su espada. El

comandante se tiró al suelo justo a tiempo para evitar que la espada lo

alcanzara en la cabeza, pero no lo suficiente como para impedir que le rebanara un trozo del hombro derecho, que voló por el aire y aterrizó en los alrededores. Laidi vio el trozo de carne, grande como la palma de una mano, que se encogía como una rana desollada. Con un aullido de dolor, el comandante rodó por el suelo y empezó a arrastrarse hasta una enorme bardana y se quedó ahí quieto. El soldado japonés hizo que su montura diera la vuelta y se lanzó directamente contra un hombre bastante grande que estaba en pie, con una espada en la mano. Con el miedo pintado en el rostro, el hombre alzó su espada débilmente, como si quisiera darle al caballo en la cabeza, pero cayó al suelo, golpeado por los cascos del animal, y antes de que pudiera darse cuenta el jinete se inclinó sobre él y le abrió la cabeza con su espada. Los sesos salpicaron los pantalones del soldado japonés. En apenas un instante, una docena de hombres, que habían escapado de los arbustos en llamas, yacían en el suelo para descansar eternamente. Los jinetes japoneses, todavía enloquecidos de excitación, aplastaban los cuerpos bajo los cascos de sus caballos. Justo, en ese momento otra unidad de caballería, seguida por un

enorme contingente de soldados de infantería con uniformes de color

caqui, apareció desde el pinar que había al oeste de la aldea y se unió a la

primera unidad. Al ver llegar a los refuerzos, la caballería se dirigió hacia

la aldea por la entrada norte-sur. Los soldados de a pie, con sus cascos en

la cabeza y sus rifles en la mano, siguieron a sus camaradas de a caballo y

cayeron sobre la población como langostas.

En el dique, el fuego se había extinguido. Un humo negro y espeso se

elevaba hacia el cielo. Donde había estado el dique, Laidi sólo podía ver

negrura, y los arbustos consumidos emanaban un agradable olor a

quemado. Enjambres de moscas que parecían haber caído del cielo se

lanzaron sobre los cadáveres destrozados y sobre los charcos de sangre que

se habían formado junto a ellos, y sobre las ramas y las hojas chamuscadas

y sobre el cuerpo del comandante. Las moscas parecían cubrir todo lo que

se veía.

Le pesaban los ojos y tenía los párpados pegajosos ante esa constelación de extrañas imágenes que nunca antes había visto: estaban las

patas heridas de los caballos, caballos con cuchillos clavados en la cabeza,

hombres desnudos con unos miembros enormes colgándoles entre las

piernas, cabezas humanas rodando por el suelo cloqueando como gallinas y
pequeños peces con patitas esqueléticas saltando sobre las plantas de
marihuana que había a su alrededor. Pero lo que más la aterrorizó fue el
comandante, que ella pensaba que había muerto hacía ya mucho rato;
poniéndose lentamente de rodillas, se arrastró hasta el pedazo de carne que
le habían cortado del hombro, lo alisó un poco y lo colocó en el sitio del
que había sido arrancado. Pero el trozo de carne dio un saltito inmediatamente y se escondió entre unas hierbas, así que lo recogió y lo
golpeó contra el suelo hasta que estuvo dentro. Entonces arrancó un trozo
de tela de su ropa y envolvió la carne en ella.

VIII

Un tumulto en el patio despertó a Shangguan Lu. Tuvo un bajón cuando se
dio cuenta de que tenía la tripa más hinchada que nunca, incluso ahora que
la mitad del *kang* estaba manchado con su sangre. La tierra fresca que su
suegra había diseminado por el *kang* se había convertido en un barro
pegajoso y empapado de sangre, y lo que hasta entonces sólo había sido un
vago presentimiento se volvió claro como el agua. Miró cómo un
murciélago con unas membranas de color rosa entre las alas bajaba

volando de una de las vigas del techo, y una cara morada se le apareció

sobre la pared negra que tenía enfrente; era la cara de un bebé varón

muerto. Sintió como si le estuvieran retorciendo las entrañas, y un

pinchazo en el corazón que se convirtió en puro dolor.

Después, la visión

de un pequeño pie con unas brillantes uñas asomando por entre sus piernas

logró toda su atención. Todo ha terminado, pensó, mi vida ha terminado.

La idea de la muerte le produjo un sentimiento de profunda tristeza, y se

vio a sí misma metida en un ataúd barato, con su suegra mirándola con un

gesto de enfado y su marido de pie a su lado, compungido pero en silencio.

Las únicas que lloraban eran sus siete hijas, que formaban un círculo

alrededor del ataúd...

La voz estentórea de su suegra sonó imponiéndose a los lamentos de

las niñas. Abrió los ojos y la alucinación desapareció. La luz del sol

entraba vigorosamente por la ventana, así como el fuerte aroma de las

acacias en flor. Una abeja repiqueteaba contra la cortina de papel.

—Fan Tres, no te preocupes por lavarte las manos —oyó decir a su

suegra—. Mi preciosa nuera todavía no ha tenido a su hijo. Lo único que ha

podido conseguir es parir una pierna. ¿Puedes venir a ayudarla?

—Cuñada mayor, no seas tonta. Piensa un poco en lo que estás diciendo. Soy un médico de caballos, no puedo atender un parto humano.

—La gente y los animales no son tan diferentes.

—Eso es una tontería, cuñada mayor. Ahora tráeme un poco de agua

para que me lave. Y olvídate de mis honorarios y vete a buscar a la Tía Sol.

La voz de su suegra explotó como un trueno:

—¡Deja de fingir que no sabes que no puedo soportar a esa vieja

bruja! El año pasado me robó una de mis gallinitas.

—Bueno, eso es cosa tuya —dijo Fan Tres—. A fin de cuentas, es tu

nuera la que está de parto, no mi esposa. De acuerdo, lo haré, pero que no

se te olviden el licor y la cabeza de cerdo, porque voy a salvar dos vidas de

tu familia.

Su suegra cambió el tono de su voz, de enfado a melancolía:

—Fan Tres, muéstrate un poco más amable. Además, con lo que están

luchando ahí afuera, si salieras y te encontraras con los japoneses...

—¡Ya basta! —dijo Fan—. En todos los años que hemos sido amigos

y vecinos, esta es la primera vez que hago algo así. Pero primero aclaremos

una cosa: la gente y los animales tal vez no sean tan diferentes, pero una

vida humana importa más...

El ruido de unos pasos, mezclado con el sonido de alguien que se

sonaba la nariz, venía hacia ella. No me digas que mi suegro y mi marido y

ese personaje astuto que es Fan Tres van a entrar cuando yo estoy aquí

tirada, desnuda. Pensar eso hizo que se enfadara y se avergonzara. Unas

nubes blancas flotaban delante de sus ojos.

Cuando hizo un esfuerzo por incorporarse y encontrar algo con lo que

cubrir su desnudez, el charco de sangre sobre el que estaba acostada se lo

impidió. El ruido intermitente de las explosiones que llegaba desde el

extremo de la aldea se acercó por el aire, matizado por un clamor

misterioso pero en cierto modo familiar, como el ruido amplificado de una

horda de minúsculas criaturas reptantes o el crujir de innumerables

dientes... He oído esto antes, pero ¿qué es? Pensó y pensó. Entonces, el

esbozo de un recuerdo se transformó rápidamente en una luz brillante que

iluminó la plaga de langostas que había presenciado hacía una década o

más. Los enjambres rojizos habían tapado el sol; era un flujo rabioso de

insectos que habían dejado todos los árboles pelados, incluso los sauces. El

irritante sonido penetraba hasta el tuétano de sus huesos. ¡Han vuelto las

langostas! Lo pensó con horror, hundiéndose en una ciénaga de

desesperación. «Señor del Cielo, déjame morir, no lo soporto más... ¡Dios

del Cielo, Virgen Santa! Concededme vuestra gracia, apiadaos de mí y

salvad mi alma...». Rezó esperanzada, pese a hallarse presa de la

desesperación, dedicando sus plegarias tanto a la deidad suprema china

como a la de Occidente. Cuando terminó de hacerlo, su angustia mental y

sus sufrimientos físicos se habían reducido un poco, y recordó aquel día,

hacia el final de la primavera, en que se había acostado en el césped con el

Pastor Malory, el pelirrojo de ojos azules, y él le había dicho que el Señor

del Cielo chino y el Dios occidental eran uno y el mismo, como los dos

lados de su mano, de la misma manera que la *lianhua* y la *hehua* son, las

dos, flores de loto. O, pensó ella tímidamente, como una polla y un pito

son la misma cosa. Él se había puesto en pie entre las acacias, cuando la

primavera daba paso al verano, con esa cosa orgullosamente empinada...

Los árboles de los alrededores estaban en flor, y había flores blancas y

flores amarillas, un arco iris de colores que bailaba en el aire,
con sus

poderosos aromas intoxicándola por completo. Se sintió
elevarse por el

aire, como una nube, como una pluma. Con el pecho henchido
de gratitud,

observó la sonrisa en el rostro del Pastor Malory, una sonrisa
sombria y

sagrada, amistosa y amable, y los ojos se le llenaron de
lágrimas.

Cuando cerró los ojos, las lágrimas rodaron por sus arrugas
hasta

llegarle a las orejas. Alguien empujó la puerta y la abrió; su
suegra dijo

suavemente:

—Madre de Laidi, ¿qué te pasa? Debes aguantar, niña. Nuestra
burra

ha tenido una pequeña mulita. Ahora, si tú tienes este hijo, la
familia

Shangguan podrá al fin estar satisfecha. Puedes ocultarles la
verdad a tus

padres, pero no a un médico. Como no tiene ninguna
importancia si una

matrona es hombre o mujer, le he pedido a Tercer Maestro Fan
que

venga...

Ese extraño toque de ternura la conmovió. Abriendo los ojos,
miró el

aura dorada del rostro de la anciana y asintió débilmente. Su
suegra se dio

la vuelta y le ordenó a Fan Tres:

—Ahora ya puedes entrar.

Entró muy serio, haciendo un esfuerzo por parecer digno. Pero en

cuanto entró, desvió la mirada, como si hubiera visto algo terrible, y se

puso pálido.

—Cuñada mayor —digo suavemente mientras retrocedía hacia la

puerta, con los ojos llenos de miedo y clavados en el cuerpo de Shangguan

Lu—, levanta tu mano piadosa y déjame que me vaya.

Amenázame con

matarme, si quieres, pero no puedo hacer lo que me pides.

Se volvió y salió corriendo por la puerta. Entonces chocó contra

Shangguan Shouxi, que estaba estirando el cuello para ver qué sucedía

dentro. Disgustada, Shangguan Lu percibió el rostro calavérico y

puntiagudo de su marido, que se parecía a una rata más que nunca,

mientras su suegra salía corriendo tras los pasos de Fan Tres.

—¡Fan Tres, perro de mierda!

Cuando su marido asomó la cabeza por la puerta por segunda vez,

reunió las fuerzas suficientes para levantar un brazo y, señalándolo, decirle

fríamente —no podía estar segura de si las palabras realmente salieron por

su boca—: «¡Ven aquí, hijo de perra!». En ese momento a ella se le había

olvidado el odio que sentía hacia su marido, la enemistad que tenía con él.

¿Por qué tomármela con él? Quizá fuera un hijo de perra, pero es mi suegra

la que es una perra, una vieja perra...

—¿Me estás hablando a mí? —preguntó Shangguan Shouxi desde

donde estaba, detrás del *kang*, mirando por la ventana avergonzado—.

¿Qué quieres?

Ella contempló con simpatía a este hombre con quien había vivido

durante veintiún años y sintió unas punzadas de remordimiento. Un mar de

capullos de acacia ondeaba en el aire. Con una voz tan fina como un pelo,

le dijo:

—Este hijo... no es tuyo...

Rompiendo a llorar, Shangguan Shouxi le dijo:

—Madre de mis hijos... no te me mueras ahora... iré a buscar a la Tía

Sol...

—No... —Miró a su marido a los ojos y le imploró—: Vete a suplicarle al Pastor Malory que venga...

Fuera, en el patio, Shangguan Lü, sintiendo un dolor peor que si le

estuvieran arrancando la piel a tiras, se sacó una pequeña bolsita de papel

de parafina del bolsillo, la abrió y apareció un brillante dólar de plata. Lo

apretó fuertemente mientras las comisuras de los labios se le tensaban en

una mueca y los ojos le brillaban como ascuas. El sol caía sobre su cabeza

canosa. Un humo negro se elevaba en el aire caliente. Oyó unos ruidos por el norte, cerca del Río de los Dragones. Las balas silbaban por el aire.

—Fan Tres —sollozó—, ¿puedes quedarte ahí de pie mirando como se muere una persona? «No hay nada más venenoso que el aguijón de un avispon, y nada más despiadado que el corazón de un médico». Dicen que «el dinero puede convertir al diablo en una piedra de molino». Bueno, este dólar de plata ha estado apoyado contra mi piel durante veinte años, pero será tuyo a cambio de la vida de mi nuera.

Puso la moneda en la mano de Fan Tres, pero este lo dejó caer al suelo como si fuera un trozo de metal incandescente. Una película de sudor cubría su cara grasienta, y las mejillas le temblaban con tanta violencia que le distorsionaban los rasgos. Echándose su bolsa por detrás del hombro, le gritó:

—Cuñada mayor, por favor, déjame que me vaya... Me pondré de rodillas y me golpearé la cabeza contra el suelo...

Casi había llegado a la puerta cuando Shangguan Fulu, desnudo de cintura para arriba, llegó trastabillando. Sólo tenía un zapato puesto, y llevaba el pecho desnudo y esquelético untado con algo verde, parecido al

aceite de motor, como una herida abierta y supurante.

—¿Dónde has estado, cadáver viviente? —lo insultó
Shangguan Lü,

enfadada.

—Hermano mayor, ¿qué está pasando ahí fuera? —le preguntó
Fan

Tres, lleno de ansiedad.

Ignorando tanto el insulto como la pregunta, Shangguan Fulu
se quedó

ahí de pie, con una sonrisa idiota en la cara, tartamudeando
unas sílabas

que parecían el ruido que hacen los pollos cuando pican en el
fondo de un

plato de barro.

Shangguan Lü cogió a su marido por la barbilla y lo sacudió
con

fuerza, moviéndole la boca hacia arriba y hacia abajo,
estirándosela en

dirección horizontal y después vertical. Unas gotas de saliva
brotaron de

una de las comisuras de sus labios. Él tosió, después escupió y
al final se

tranquilizó un poco.

—¿Qué está pasando ahí fuera?

Miró a su esposa con una profunda tristeza. Todavía se le
agitaba la

boca cuando sollozó:

—Los jinetes japoneses han llegado hasta el río...

Los secos golpes de los cascos de los caballos al acercarse los
dejaron

a todos helados. Una bandada de urracas con plumas blancas
en la cola

pasó volando por encima de sus cabezas, y sus graznidos
llegaron a todos
los rincones. Después, los cristales coloreados de la aguja de la
iglesia se
rompieron en silencio, miles de trocitos de cristal se
desperdigaron
brillando bajo la luz del sol. Pero inmediatamente después de
que el cristal
saliera volando, el sonido crujiente de una explosión engulló la
aguja,
enviando unas secas ondas sonoras, como el traqueteo de unas
ruedas de
hierro, que se expandieron en todas direcciones. Una poderosa
ola de calor
tumbó a Fan Tres y a Shangguan Fulu como si fueran espigas
de trigo. A
Shangguan Lü, la envió, tambaleándose, contra la pared. La
chimenea, de
arcilla negra con adornos tallados, rodó por el tejado y aterrizó
en el
camino de ladrillos que había frente a ella, haciendo un fuerte
ruido y
rompiéndose en pedazos.
Shangguan Shouxi salió de la casa corriendo.
—Madre —sollozó—, se está muriendo, se va a morir. Ve a
buscar a
la Tía Sol...
Ella miró a su hijo.
—Si te llega el momento de morir, te mueres. Si no, no te
mueres.
Nada puede cambiar eso.

Escuchándola pero sin acabar de entender el significado de lo que

decía, los tres hombres la miraban con lágrimas en los ojos.

—Fan Tres —dijo—, ¿tienes un poco más de esa poción secreta que

acelera el proceso del parto? Si tienes, dale una botella a mi nuera. Si no, al

infierno con todo, y contigo también.

Sin esperar respuesta, enfiló la puerta, con la cabeza bien alta y

sacando pecho, sin mirar a nadie.

IX

La mañana del quinto día del quinto mes lunar de 1939, en la aldea más

grande del concejo de Gaomi del Noreste, Shangguan Lü condujo a su

enemiga mortal, la Tía Sol, al interior de su casa, ignorando las balas que

silbaban por encima de sus cabezas, para que ayudara a su nuera a parir a

su bebé. En el mismo momento en que cruzaron la puerta, en el campo

abierto que había cerca del puente, los jinetes japoneses estaban pisoteando

los cadáveres de los guerrilleros.

Shangguan Fulu y su hijo estaban en el patio, confusos y sin hacer

nada, junto a Fan Tres, el médico de los caballos, que tenía entre las

manos, orgullosamente, una botella llena de un líquido verde y viscoso.

Los tres hombres estaban en el mismo lugar cuando
Shangguan Lü se había

ido a buscar a la Tía Sol, pero ahora se les había sumado el
pelirrojo Pastor

Malory. Vestido con una amplia túnica china, con un pesado
crucifijo de

bronce colgado del cuello, estaba de pie entre la ventana de
Shangguan Lu,

con la cabeza alta, dándole la cara al sol de la mañana,
entonando una

plegaria en el dialecto local:

—Jesús Amado, Señor del Cielo, Dios piadoso, acércate a
tocar la

cabeza mía, la de tu devoto servidor, y las de los amigos aquí
reunidos.

Danos la fuerza y el valor que nos hace falta para enfrentarnos
a este

desafío. Haz que la mujer que hay dentro traiga a su hijo sano,
dale a la

cabra mucha leche y a las gallinas ponedoras muchos huevos,
pon un velo

oscuro ante los ojos de los invasores malvados, haz que sus
balas se

atasquen en sus armas y que sus caballos se extravíen y
perezcan en

ciénagas y pantanos. Señor Amado, envía todos tus castigos
sobre mi

cabeza, déjame que yo sufra el dolor de todas las criaturas.

Los otros hombres guardaban silencio mientras escuchaban su
plegaria. El aspecto de sus rostros revelaba lo profundamente
conmovidos

que se hallaban.

Con una sonrisa burlona, la Tía Sol empujó al Pastor Malory a un lado

y cruzó la puerta. El Pastor dijo «amén» mientras trastabillaba, con los

ojos como platos, intentando no perder el equilibrio, persignándose

apresuradamente para dejar terminada su plegaria.

El pelo plateado de la Tía Sol estaba recogido con un moño que un

adorno de plata brillante mantenía en su sitio; las dos trenzas, a los lados,

iban junto a unas espigas de ajeno. Llevaba una chaqueta de algodón

blanca y almidonada con una solapa diagonal que se abotonaba en uno de

los costados, y tenía un pañuelo blanco metido entre dos botones. Sus

pantalones negros de algodón iban anudados alrededor de los tobillos por

encima de un par de zapatillas verdes, también de algodón, con unos

adornos negros y suelas blancas. Un fresco aroma a jabón emanaba de su

cuerpo. Tenía unos pómulos prominentes, la nariz alta y unos labios que

formaban una línea recta sobre su barbilla. Sus ojos, penetrantes y llenos

de brillo, estaban profundamente hundidos en sus hermosas cuencas. Su

postura y su actitud, que denotaban su confianza en sí misma, contrastaban

radicalmente con la próspera y bien alimentada Shangguan Lü. Quitándole

a Fan Tres la botella con el líquido verde, Shangguan Lü se acercó a la Tía

Sol y le dijo con suavidad:

—Tía, esta es la poción de Fan Tres para acelerar el parto. ¿La va a

usar?

—Mi querida señora Shangguan —dijo la Tía Sol con un desagrado

evidente, echándole a Shangguan Lü una mirada de una belleza gélida y

que después dirigió hacia los hombres que estaban en el patio —, ¿a quién

le ha pedido que atienda este parto, a mí o a Fan Tres?

—No se enfade, Tía. Como se suele decir: «Cuando un paciente se

está muriendo, hay que encontrar médicos donde se pueda», y «cualquiera

que tenga pechos es una madre». —Haciendo un esfuerzo para resultar

amable, mantuvo la voz baja y controlada—. Se lo estoy pidiendo a usted,

por supuesto. No habría molestado a alguien tan eminente si no estuviera al

borde de la desesperación.

—¿No me acusó usted una vez de robarle unos pollos? —preguntó la

Tía Sol—. Si quiere que haga de partera, díglele a todo el mundo que se

mantenga alejado.

—Si eso es lo que desea, así se hará —dijo Shangguan Lü.

La Tía Sol se quitó un delgado trozo de tela roja que llevaba atado a la

cintura y lo colocó tapando la celosía de la ventana. Después entró en la

casa y, cuando llegó a la puerta del dormitorio interior, se detuvo, se volvió

y le dijo a Shangguan Lü:

—Señora Shangguan, venga conmigo.

Fan Tres se acercó apresuradamente a la ventana para recuperar la

botella con el líquido verde que Shangguan Lü había dejado allí. La metió

en su bolso y se dirigió con rapidez hacia la puerta del patio, sin apenas

mirar atrás a los Shangguan padre e hijo.

—¡Amén! —repitió el Pastor Malory, haciendo una vez más el signo

de la cruz. Después saludó con la cabeza a los Shangguan padre e hijo en

señal de amistad.

Un chillido de la Tía Sol llegó del interior de la habitación, seguido de

los horribles lamentos de Shangguan Lu.

Shangguan Shouxi se puso de cuclillas y se tapó los oídos con las

manos. Su padre empezó a dar vueltas por el patio, con las manos

apretadas detrás de la espalda, cabizbajo, como si estuviera buscando algo

que se le hubiera perdido.

El Pastor Malory repitió su plegaria en voz baja, con los ojos apuntando al cielo azul y neblinoso.

Justo en ese momento, la mula recién nacida salió del establo con las

piernas temblorosas. Su piel, ligeramente húmeda, brillaba como el satén.

Su madre, muy débil, salió tras ella, acompañada por los lamentos

agonizantes de Shangguan Lu. Con las orejas levantadas y la cola metida

entre las piernas, la burra se encaminó torpemente hacia el agua, pasando

bajo un granado, mirando con temor a los hombres que había en el patio.

Ellos la ignoraron. Shangguan Shouxi, con las orejas tapadas, estaba

llorando con fuerza. Shangguan Fulu todavía estaba paseando por el patio.

El Pastor Malory estaba rezando con los ojos cerrados. La burra metió el

hocico en el agua y bebió ruidosamente. Cuando se hubo saciado, caminó

con lentitud hasta las plantas de cacahuete sostenidas por tallos de sorgo, y

empezó a mordisquear estos tallos.

Mientras tanto, en el interior de la casa, la Tía Sol introdujo la mano

por el canal del parto para sacar la otra pierna del bebé. La madre

embarazada lanzó un aullido antes de desmayarse. Después, tras insertar un

talco amarillo en los agujeros de la nariz de Shangguan Lu, la Tía Sol

agarró las piernas del bebé y esperó con calma. Shangguan Lu se quejó al

recobrar la conciencia, y después estornudó, generando una serie de

violentos espasmos. La espalda se le arqueó y después volvió pesadamente

a su posición. Eso era lo que la Tía Sol había estado esperando: tiró del

bebé, que descendió por el canal del parto, y en el momento en el que su

cabeza larga y plana salió del cuerpo de su madre hizo un fuerte sonido,

como si lo hubieran disparado con un cañón. La chaqueta blanca de la Tía

Sol quedó toda salpicada de sangre.

Shangguan Lü empezó a aporrearse el pecho y a sollozar.

—¡Deja de llorar! Hay otro ahí dentro —le pidió la Tía Sol, enfadada.

La tripa de Shangguan Lu se agitaba y sacudía horriblemente; la

sangre que fluía entre sus piernas arrastró a otro bebé cubierto de pelusilla.

Al ver el pequeño objeto con forma de gusano que tenía el bebé entre

las piernas, Shangguan Lü cayó de rodillas junto al *kang*.

—Qué lástima —dijo, pensativa, la Tía Sol—. Otro que nace muerto.

Sintiéndose repentinamente mareada, Shangguan Lü cayó hacia

delante y se golpeó la cabeza contra el *kang*. Se puso en pie con dificultad,

apoyándose en el *kang*, y miró a su nieta, cuyo rostro se había vuelto gris

como una piedra. Entonces, con un quejido de desesperación, salió a toda

prisa de la habitación.

La sombra de la muerte se cernía sobre el patio. Su hijo estaba de

rodillas, y el muñón sangriento que había sido su cuello descansaba en el

suelo, junto a un arroyo de sangre fresca que serpenteaba por ahí. Su

cabeza, que tenía una mirada de terror congelada, estaba apoyada

perfectamente en el torso. Su marido estaba mordiendo un ladrillo de los

del sendero. Tenía uno de los brazos metido bajo el abdomen y el otro

estirado hacia el frente. Una mezcla de materia gris y sangre roja y

brillante, procedente de una herida que tenía abierta en la parte de atrás de

la cabeza, dejaba un reguero en el camino, a su alrededor. El Pastor Malory

estaba de rodillas, haciendo la señal de la cruz y murmurando algo en una

lengua extranjera. Dos enormes caballos, con las riendas apoyadas en la

espalda, se estaban comiendo los tallos de sorgo que sujetaban las plantas

de cacahuets, mientras la burra y su mula recién nacida se hallaban en una

esquina del muro; el animal joven había metido la cabeza bajo una de las

patas de su madre, y su cola se agitaba como si fuera una serpiente. Dos

japoneses vestidos de caqui estaban ahí de pie; uno de ellos limpiaba su

espada con un pañuelo y el otro se dedicaba a cortar los tallos de sorgo con

la suya, haciendo caer los cacahuetes al suelo, donde se los comían los dos

caballos, cuyas colas se movían alegremente.

Shangguan Lü sintió de pronto que la tierra se salía de su eje, y tuvo

un único pensamiento: recuperar a su hijo y a su marido. Pero lo que hizo

fue caer pesadamente al suelo, como una pared que se desploma.

La Tía Sol pasó dando un rápido rodeo para evitar el cuerpo de

Shangguan Lü y se dirigió a paso firme hacia la puerta del patio. Pero uno

de los soldados japoneses, que tenía unos ojos notablemente abiertos y

unas pestañas cortísimas, tiró al suelo su pañuelo y avanzó para cortarle el

paso, poniéndose de pie rígidamente entre ella y la puerta. Apuntando al

corazón de ella con la punta de su espada, dijo algo que ella no pudo

comprender, con una expresión de estupidez en el rostro. Lo miró

tranquilamente, con el esbozo de una mueca burlona en los labios. Dio un

paso atrás. El soldado japonés dio un paso adelante. Ella retrocedió dos

pasos más, y él avanzó otros dos, con la punta de su espada todavía

apoyada en el pecho de ella. Él empezó a apretar un poco más, y en ese

momento la Tía Sol dio un manotazo y le apartó la espada a un lado.

Después, uno de sus pies voló como un relámpago por el aire y aterrizó

precisamente en la muñeca de él, haciendo que la espada se le cayera de la

mano. Rápidamente le dio un golpe en pleno rostro. Con un alarido de

dolor, el soldado japonés se cubrió la cara. Su camarada se acercó

corriendo, espada en mano, y trató de rebanarle la cabeza a la Tía Sol, pero

ella la esquivó y lo cogió de la cintura, sacudiéndolo hasta que él también

soltó su espada. Después le dio un puñetazo en el oído, y aunque no pareció

ser un golpe muy fuerte, la cara se le empezó a hinchar inmediatamente.

Sin mirar atrás, la Tía Sol salió del patio; uno de los soldados levantó

su rifle y disparó. Su cuerpo se quedó rígido durante un momento y

después se desplomó hacia delante en el camino de entrada de la casa de

los Shangguan.

En ese momento, los dos mudos más jóvenes, que habían ido a buscarla, fueron abatidos por la misma bala en la escalinata que conducía a

la puerta de los Shangguan. Los tres mudos mayores estaban, en ese

momento, ocupados haciendo filetes del lomo de un caballo muerto en la

ribera del río, donde el olor de la pólvora espesaba el aire.

Alrededor del mediodía, un enjambre de soldados japoneses llenó el terreno de los Shangguan. Los jinetes encontraron una cesta en el establo, y en ella metieron los cacahuets sueltos y los llevaron hasta el camino para darles de comer a sus agotados caballos. Dos de los soldados capturaron al Pastor Malory. Después, un médico militar, con unas lentes apoyadas sobre el pálido puente de la nariz, siguió a su comandante al interior de la habitación en la que yacía Shangguan Lu. Con un escalofrío, abrió su botiquín, se puso un par de guantes quirúrgicos y cortó el cordón umbilical de los bebés con un cuchillo de acero inoxidable. Cogiendo al bebé varón por los pies, le dio unas palmaditas en la espalda hasta que empezó a oír un llanto áspero. Después cogió a la bebé chica y repitió el procedimiento hasta que percibió señales de vida. Después de limpiarles con iodo los cortes del ombligo, los envolvió en unas gasas de algodón blancas y le puso unas inyecciones a Shangguan Lu para detener la hemorragia. Mientras el médico llevaba a cabo estas actividades para salvarles la vida a la madre y a los niños, un periodista estuvo tomando fotografías desde

diversos ángulos. Un mes más tarde, esas fotografías aparecerían en una revista japonesa, como testimonio de las amistosas relaciones entre China y Japón.

Capítulo 2

I

Corría el vigésimo sexto año del reinado Guangxu del Gran Qing, de la

dinastía Manchú, el año 1900 del calendario occidental.

Mi abuelo materno, Lu Wuluan, se dedicaba a las artes marciales;

apenas dejaba huellas cuando caminaba. Como líder de los Lanzas Rojas,

su trabajo era entrenar y armar a las tropas y construir búnkeres y

trincheras para resguardarse de los ataques de las tropas enemigas. Pero

tras varios meses de vana espera, la vigilancia de las fuerzas locales se

había relajado, y durante la brumosa séptima mañana del octavo mes lunar,

las fuerzas alemanas, bajo el liderazgo del Magistrado del Condado Ji

Guifen, rodearon la aldea de Nido Arenoso, en el concejo de Gaomi del

Noreste. Cuando ese día de lucha hubo concluido, cerca de cuatrocientos

soldados de la resistencia de Nido Arenoso yacían muertos. Ahí estaba

incluido mi abuelo, que fue asesinado por los soldados alemanes después

de que clavara su lanza en el vientre de uno de los enemigos, y su esposa,

que había escondido a su hija, Xuan'er, en un gran contenedor de harina

antes de colgarse de una viga para conservar su castidad. Mi madre, que

ahora era huérfana, cumplía ese día sus primeros seis meses de vida.

Al día siguiente, mi tía y mi tío encontraron a mi madre en el contenedor de harina, casi sin vida, con el cuerpo cubierto de harina. Tras

limpiarle la boca y la nariz y darle unas palmadas en la espalda, mi tía,

aliviada, escuchó a su pequeña sobrina toser y empezar a llorar.

Cuando Lu Xuan'er cumplió cinco años, su tía se hizo con unas cintas

de bambú, un mazo de madera y un trozo de tela blanca y gruesa.

II

—Xuan'er —le dijo a su sobrina—, ya tienes cinco años. Ha llegado el

momento de que te vendemos los pies.

—¿Por qué me tienen que hacer eso?

—Una mujer sin los pies vendados nunca podrá encontrar marido.

—¿Y por qué tengo que encontrar marido?

—No piensas que yo voy a estar cuidándote toda la vida, ¿verdad? —

le respondió su tía.

El tío de Madre, Gran Zarpa Yu, era un hombre relajado y jugador. En

su vida social era temerario y arrogante, pero en casa era dócil como un

gatito. Estaba sentado frente al fuego, asando unos pequeños pececillos

para acompañar la bebida. Sus inmensas manos no eran ni mucho menos

tan torpes como parecían. El aroma hipnotizador de los pescados a la brasa

llegó hasta las narices de Xuan'er. Ella quería particularmente a su

perezoso tío porque cada vez que su tía se iba a trabajar, él se quedaba en

casa para comerse lo que no debía comerse, y en el momento en que no

debía hacerlo. Algunas veces se hacía unos huevos fritos, otras se

preparaba una carne en salazón, pero en cualquier caso siempre había algo

para Xuan'er, con la condición de que no le dijera ni una palabra a su tía.

Después de quitarle con las manos las espinas a uno de los pececillos,

peló un trozo, se lo colocó sobre la lengua y lo enjuagó con un trago.

—Tu tía tiene razón —dijo—. Las niñas que no se vendan los pies,

cuando crecen, se convierten en unas solteronas de pies enormes que nadie

quiere.

—¿Has oído lo que ha dicho?

—Xuan'er, ¿sabes por qué me casé con tu tía?

—Porque es una buena persona.

—No —dijo Gran Zarpa Yu—, fue porque tiene unos pies diminutos.

Xuan'er miró hacia abajo, a los pies de su tía, y después a los suyos.

—¿Mis pies serán como los tuyos?

—Eso depende de ti. Si haces lo que yo te diga, los tuyos serán incluso más pequeños.

Cada vez que Madre hablaba de cuando le habían vendado los pies, lo

hacía con un sentimiento en el que se mezclaban la acusación a quienes le

habían causado tanto sufrimiento y el orgullo por su gloria personal.

Nos dijo que la voluntad de hierro de su tía, y su destreza, eran conocidas en todo el concejo de Gaomi del Noreste. Todo el mundo sabía

que ella era la cabeza de familia, y que Gran Zarpa Yu solamente servía

para jugar y para cazar pájaros. Los cincuenta acres de terreno, los dos

burros que lo araban, las tareas domésticas y la contratación de los

empleados, todo era cosa de la tía de Madre, que apenas medía un metro

cincuenta y que nunca pesó más de cuarenta kilos. El hecho de que una

persona tan pequeña pudiera hacer tantas cosas le resultaba un misterio a

todo el mundo. Había prometido criar a su sobrina y convertirla en una

joven dama, y desde luego no estaba dispuesta a escatimar esfuerzos con

respecto al vendaje de los pies. Primero le vendó los dedos con las cintas

de bambú y los envolvió apretándolos con fuerza, provocando fuertes

alaridos de protesta por parte de su sobrina. Después envolvió los pies con

la tela blanca, que había sido tratada con alumbre, poniendo una capa tras

otra. Una vez hecho eso, golpeó sobre los dedos con su mazo de madera.

Madre decía que el dolor era como si le estuvieran golpeando la cabeza

contra la pared.

—Por favor, no tan apretado —Madre le suplicó a su tía.

—Te lo pongo apretado porque te quiero —le dijo su tía con una

mirada penetrante—. Si no te quisiera, no me importaría que te quedara

más suelto. Llegará un día en el que tendrás un par de perfectos lotos

dorados y me lo agradecerás.

—Bueno, pues no me casaré, ¿de acuerdo? Me ocuparé de cuidaros a

ti y al tío durante toda la vida.

Al oír esto, el tío se ablandó:

—A lo mejor los puedes dejar un poco más sueltos, ¿no crees?

—¡Sal de aquí, perro holgazán! —dijo la tía, cogiendo una escoba y

lanzándosela.

Él se puso en pie de un salto, cogió unas monedas y salió de la casa

corriendo.

En lo que pareció un abrir y cerrar de ojos, el Gran Qing cayó y fue

reemplazado por una república. Xuan'er, entonces, tenía dieciséis años y

unos pies de loto perfectos.

Su tío, que estaba muy orgulloso de los pequeños pies vendados de

Xuan'er y veía a su extraordinariamente bella sobrina como a un tesoro

con un alto valor en el mercado, colgó un cartel sobre la puerta de entrada,

en el que se podían leer las siguientes palabras: «Salón del Loto Fragante».

—Nuestra Xuan'er se casará con un *zhuangyuan*, con un académico

con las mejores calificaciones en el Examen Imperial —solía decir.

—Gran Zarpa —le contestaban—, la dinastía Manchú ha caído. Ya no

hay más *zhuangyuan*.

—Entonces se casará con el gobernador militar de alguna provincia, y

si no puede ser, con un magistrado de algún condado.

Corría el verano de 1917. Al llegar a su cargo, el recientemente

nombrado magistrado de Gaomi, Niu Tengxiao, prohibió el consumo y la

venta de opio, ilegalizó el juego, intentó eliminar a todos los ladrones y

prohibió los vendajes de los pies. La venta de opio pasó al mercado negro,

el juego continuó como si nada y se demostró que era imposible acabar con

el robo. Sólo quedaba la prohibición de los vendajes de los pies, a la que

casi nadie se oponía, por lo que el Magistrado del Condado Niu recorrió

personalmente las aldeas para promover su orden, cosa que le supuso un

prestigio considerable.

Ocurrió durante el séptimo mes, uno de esos días claros, tan extraños.

Un sedán descapotable entró en la ciudad de Dalan. El magistrado del

condado hizo llamar al alcalde, que hizo llamar a los líderes de la

comunidad, que hicieron llamar a los líderes vecinales, que hicieron llamar

a los residentes; todos ellos se reunieron en el descampado donde se hacía

la trilla, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. Los que no asistieran

serían condenados a pagar un saco de grano.

A medida que la multitud se iba congregando, el Magistrado Niu se

fijó en el cartel que había sobre la puerta del Tío Gran Zarpa.

—Me sorprende encontrar esta clase de emociones en el hogar de un

campesino —dijo.

—Hay un par de perfectos lotos dorados en esa casa, Magistrado —le

explicó servilmente el alcalde—. La depravación en el gusto se ha

convertido en una enfermedad nacional. Eso que ahora llaman lotos

fragantes antes no eran nada más que pies hediondos.

La multitud se instaló para escuchar lo que el Magistrado Niu había

ido a decirles. Madre nos dijo que iba vestido con una túnica negra de

cuello alto y un sombrero de copa marrón. Tenía un bigote oscuro y llevaba

unas gafas con montura de oro. La cadena de su reloj de bolsillo colgaba

frente a su túnica, y llevaba un bastón. Tenía una voz rasposa, casi como la

de un pato, pero a pesar de que no tenía ni idea de lo que decía, estaba

segura de que hablaba con gran elocuencia.

Madre, que era una chica muy tímida, se aferraba a la ropa de su tía.

Cuando empezó el proceso de vendaje de sus pies, dejó de salir a la calle y

empleaba casi todo su tiempo tejiendo redes o haciendo adornos. Nunca

antes había visto a tanta gente, y estaba demasiado asustada como para

fijarse en lo que sucedía. Le parecía que los ojos de todo el mundo estaban

fijos en sus minúsculos pies atados. Madre nos contó que ese día iba

vestida con una chaqueta de satén de color verde puerro, de anchas mangas

y costuras de seda de alta calidad. Su brillante trenza negra le llegaba casi

hasta las rodillas. Llevaba unos pantalones color granate, también con las

costuras hechas a mano. En los pies, un par de zapatos de tacón alto, con

adornos rojos y suelas de madera le asomaban de vez en cuando desde

debajo de los pantalones y tamborileaban sobre el suelo cuando caminaba.

Como le costaba mantenerse de pie, tenía que agarrarse a su tía.

Durante su discurso, el magistrado mencionó concretamente el Salón

del Loto Fragante cuando hablaba de los males de la tradición del vendaje

de los pies. «Es una venenosa herencia de un sistema feudal —dijo—, un

manifestación enfermiza de una forma de vida». Todo el mundo se giró a

observar los pies de Madre, que no se atrevía a levantar la mirada.

Entonces, el magistrado leyó la proclamación que iba en contra del vendaje

de los pies, y después dio paso a las mujeres que había traído para que

interpretaran el *Popurrí de los pies naturales*. Seis mujeres jóvenes

salieron ágilmente del descapotable, parloteando entre ellas mientras

enseñaban con orgullo sus bellas figuras. «¡Compañeros, vecinos,

ancianos, niños y niñas, abrid bien los ojos y fijaos en esto!», dijo el

magistrado. Todo el mundo miraba fijamente a las mujeres, que llevaban el

pelo corto, con un flequillo cubriéndoles la frente, e iban vestidas con unas

blusas color azul celeste de manga larga cuyos cuellos apuntaban hacia

abajo y con unas cortas faldas blancas que dejaban ver una gran parte de

sus piernas. Unos cortos calcetines blancos y unas zapatillas del mismo

color completaban su atuendo.

Un soplo de aire fresco había llegado al corazón del concejo de Gaomi

del Noreste.

Tras formar una línea y saludar al público, las jóvenes alzaron las

cejas y comenzaron a recitar al unísono: «Tenemos unos pies naturales, no

unas anormalidades resultado de una moda pasajera. Nuestros cuerpos son

tesoros que recibimos de nuestras madres y nuestros padres». Saltaron un

poco, levantando muy alto los pies en el aire para mostrar su belleza

natural. «Podemos correr y saltar y jugar bajo la lluvia, porque no tenemos

esos pies mutilados que causan tanto dolor». Saltaron y correataron un

poco más. «El sistema feudal es malo para las mujeres, que son sólo

juguetes. Nosotras, en cambio, tenemos unos pies naturales, así que quitaos

vuestras vendas, chicas, y unios a nosotras y empezad a disfrutar».

Las chicas de los «pies naturales» se alejaron saltando y botando, y

ocupó su lugar un cirujano ortopédico que traía consigo un pie gigante para

demostrar cómo los huesos rotos de los pies vendados alteran su forma

para siempre.

Justo antes de que concluyera la reunión, el Magistrado Niu tuvo una

idea repentinamente. Ordenó que la chica con los principales lotos dorados

de Gaomi del Noreste subiera al estrado y mostrara lo desagradables que

pueden llegar a ser los pies vendados.

Madre estuvo a punto de desmayarse de miedo, y se escondió detrás

de su tía.

—No se pueden ignorar las órdenes del magistrado del condado —

dijo el alcalde. Pero Madre se abrazó con fuerza a la cintura de su tía y le

suplicó que no la obligara a subir ahí arriba.

—Adelante, Xuan'er —intentó convencerla su tía—.

Enséñales tus

pies. Ellos saben lo que están buscando, lo harás bien. No me digas que

esos lotos dorados que yo creé personalmente no pueden competir con los

cascos de esas seis burras y derrotarlos.

Así que su tía la acompañó hasta el estrado y después se hizo a un

lado. Xuan'er se tambaleaba al caminar, como un sauce en el viento; para los hombres educados en la tradición de Gaomi del Noreste, ese era el signo de la verdadera belleza. La miraban fijamente, deseando con desesperación ser capaces, sólo con abrir bien los ojos, de levantarle una de las perneras del pantalón para disfrutar de una vista mejor de uno de esos minúsculos pies. Como una polilla atraída por una llama, la mirada del magistrado voló hacia un punto debajo del dobladillo de su pantalón, y ahí la mantuvo durante un instante, boquiabierto, antes de recuperar la compostura.

—Mirad, ahí lo tenéis —dijo—. Una chica tan encantadora convertida en un monstruo incapaz de hacer ningún trabajo manual. Sin detenerse a valorar las consecuencias, la tía de Madre se opuso a

lo que había comentado el magistrado:

—Las chicas de lotos dorados son para adorarlas. ¡Para los trabajos

manuales están los sirvientes!

Con la mirada de la tía clavada en él, el magistrado preguntó:

—¿Es usted la madre de esa niña?

—¿Qué pasa si lo soy?

—¿Y esos pies son cosa suya?

—¿Qué pasa si lo son?

—Poned a esta salvaje a buen recaudo —ordenó—, y no la liberéis

mientras los pies de su hija sigan vendados.

—¡Me gustaría ver cómo lo intentáis! —la voz de Gran Zarpa Yu

sonó atronadora y él surgió de entre la multitud, con los puños apretados,

para proteger a su esposa.

—¿Quién es usted? —le preguntó el magistrado.

—Alguien mayor que tú —dijo Gran Zarpa, desafiante.

—¡Prendedlo! —ordenó el magistrado, lleno de rabia.

Algunos de sus subordinados se acercaron con prudencia e intentaron

reducir a Gran Zarpa, que los apartó de un manotazo.

La multitud tomó partido en el incidente, y algunos aprovecharon la

confusión provocada por el intercambio de opiniones para coger puñados

de tierra y lanzarlos hacia donde estaban las seis chicas de los pies

naturales.

La población de Gaomi del Noreste siempre ha sido conocida por su

valentía, y eso es algo que el magistrado debería haber tenido en cuenta.

—Hoy tengo cosas muy importantes de las que ocuparme, así que lo

dejaré correr por esta vez, pero eliminar los vendajes de los pies de las

mujeres es un asunto de política nacional, y cualquiera que se oponga a esa

política será severamente castigado.

El magistrado se abrió paso entre la multitud y se montó en su coche.

—Vámonos —le dijo al chófer.

Este se dirigió a la parte de delante y giró la manivela hasta que el

motor se encendió haciendo un fuerte bramido. Las chicas de los pies

naturales y otros acompañantes se apiñaron en el interior del vehículo

mientras el chófer se acomodaba en el asiento del conductor y cogía el

volante. El coche se alejó, dejando atrás un rastro de humo.

Un jovenzuelo que estaba entre la gente empezó a aplaudir.

—¡Nuestro Gran Zarpa ha hecho huir al magistrado del condado!

Aquella noche, Shangguan Lü, la mujer del herrero del pueblo, Shangguan Fulu, entregó un rollo de tela blanca a una casamentera llamada

Gran Boca Yuan y le pidió que se presentara ante la familia Yu con una

propuesta de matrimonio en nombre de su único hijo, Shangguan Shouxi.

—Cuñada mayor —le dijo Gran Boca a la tía de Madre mientras se

daba unos golpecitos en los pies con un abanico de juncos—, si la dinastía

Manchú no hubiera caído, no me atrevería a cruzar el umbral de tu casa

aunque me pusieran un taladro en la espalda. Pero ahora vivimos en la

República China, y las chicas con los pies vendados ya no despiertan

ningún interés. Los hijos de las familias pudientes han
cambiado su forma
de pensar. Llevan uniformes, fuman cigarrillos y van detrás de
las chicas
que han estudiado en el extranjero, chicas con los pies
grandes, chicas que
pueden correr y saltar y conversar y pasárselo bien y sonreír
cuando un
chico les pasa el brazo por encima del hombro. Me temo que
tu sobrina es
un fénix caído, lo cual es peor que un ave común. La familia
Shangguan
pasará eso por alto, por lo que creo que es el momento de
quemar el
incienso. Shangguan Shouxi es un chico guapo y tiene buenos
modales, y la
familia posee un burro y una mula. Con la herrería no se han
hecho ricos,
pero tampoco les va nada mal. Xuan'er difícilmente encontrará
una familia
mejor.
—¿He criado a una dama perfecta para que se case con el hijo
de un
herrero?
—¿No has oído que la esposa el emperador Xuantong tuvo
que irse a
la ciudad de Harbin a lustrar zapatos? La vida es imprevisible,
cuñada
mayor.
—Dile a los Shangguans que vengan a verme personalmente.
A la mañana siguiente, Madre espío, a través de una ranura
que había

en la puerta, para tener una primera impresión de la robusta mujer que

sería su suegra, Shangguan Lü. También vio cómo su tía y Shangguan Lü

discutían sobre la dote hasta que ambas se acaloraron y se pusieron rojas.

—Vuelve a tu casa y plantea el tema —dijo la tía de Madre—. O la

mula o dos acres de tierra cultivable. Criar a la niña durante diecisiete años

tiene que valer algo.

—De acuerdo —dijo Shangguan Lü—. Tú ganas. La mula es tuya, y

nosotros nos quedaremos con vuestro carro de ruedas de madera.

Con una palmada, el trato entre las dos mujeres quedó cerrado. Su tía

la llamó:

—Xuan'er, sal a conocer a tu suegra.

III

A los tres años de haberse casado con Shangguan Shouxi, Xuan'er seguía

sin tener hijos.

—Lo único que haces es comer, y todavía no has puesto ni un huevo

—protestó su suegra, dirigiéndose a la gallina que tenía la familia. Su

mensaje estaba claro.

El tiempo, esa primavera, no podría haber sido mejor, y el negocio de

la herrería producía abundantes beneficios. Hacían guadañas nuevas y

reparaban guadañas rotas; tenían una buena cantidad de
clientes fijos entre
los labradores. La fragua estaba emplazada en mitad del patio,
bajo una
sábana de hule que la mantenía protegida del sol. El agradable
olor del
carbón ardiendo se cernía sobre todo el patio, y unas lenguas
de fuego de
color rojo oscuro centelleaban a la luz del día. Shangguan Fulu
manejaba
las tenazas y su hijo, Shouxi, se ocupaba del fuelle. Shangguan
Lü iba
vestida con una harapienta túnica que se ceñía a la cintura con
un delantal
de hule lleno de manchas negras producidas por las chispas, y
llevaba un
viejo sombrero de paja en la cabeza; ella era la que se
encargaba de
manejar el martillo. Con la cara cubierta de sudor y de hollín,
sólo se
habría podido saber que era una mujer por las dos
protuberancias que tenía
en el pecho. Los golpes del martillo sobre el acero
incandescente
resonaban de la mañana a la noche. Por regla general, la
familia sólo comía
dos veces por día: Xuan'er era la responsable de cocinar y de
hacerse cargo
de los animales domésticos de la familia, incluidos los cerdos.
Estas
labores la tenían ocupada todo el día. Y a pesar de todo, su
suegra no

estaba satisfecha con ella, y la vigilaba incluso mientras martilleaba el

acero al rojo vivo, sin dejar de murmurar. Cuando se le acababan las quejas

con respecto al comportamiento de su nuera, dirigía su atención a su hijo, y

de él pasaba a su marido. Todos estaban acostumbrados a las reprimendas

de la cabeza de familia, que también era la mejor herrera del grupo.

Xuan'er odiaba y temía a partes iguales a su suegra, pero también la

admiraba. Al final del día, se quedaba de pie cerca de ella mirándola

trabajar, y eso era como unas pequeñas vacaciones. El lugar solía estar

lleno de gente que iba y venía.

Su hijo, Shouxi, era pequeño todo él —nariz, ojos, cabeza, brazos,

manos— y resultaba casi imposible encontrar alguna semejanza con su

fornida madre, que muy a menudo suspiraba y decía: «Si la semilla no es

buena, es un desperdicio de tierra fértil». Él trabajaba con el fuelle

mientras ella golpeaba el acero y le daba forma.

Un día, después de haber terminado de templar la última guadaña, se

la acercó a la nariz, como si por el olor pudiera determinar su calidad.

Después se encogió de hombros y, con una voz que mostraba todo su

cansancio, le dijo:

—Sirve la cena.

Como un soldado de infantería que ha recibido una orden de un

general, Shangguan Lu se puso a corretear de un lado a otro con sus

pequeños pies vendados y puso la mesa bajo el peral, donde una única

lámpara colgante daba una luz tristona y amarillenta y atraía a hordas de

polillas que volaban ruidosamente a su alrededor. Shangguan Lu había

preparado una fuente de panecillos rellenos de tuétano de cerdo salvaje y

rábanos, un cuenco de sopa de judías de soja para cada uno y un montón de

puerros con una salsa para mojarlos. Echó una mirada incómoda a su

suegra para ver cómo reaccionaba. Si había mucha comida, pondría cara de

enfado y se quejaría por el despilfarro; si era una comida sencilla, dejaría

sobre la mesa su cuenco y sus palillos dando un golpe y protestando, de

mal humor, porque estaba sosa. Ser su nuera no era nada fácil. El vapor de

los panecillos y de las gachas de arroz envolvía el aire. A esta hora, la

familia, agotada de oír el ruido del metal golpeando contra el metal, solía

quedarse en silencio. La suegra de Xuan'er se sentó en el centro, su hijo a

uno de los lados y su marido al otro, mientras que Xuan'er se quedó de pie,

junto a la mesa, aguardando las instrucciones de su suegra.

—¿Has dado de comer a los animales?

—Sí, Madre.

—¿Has cerrado el corral de los pollos?

—Sí, Madre.

Shangguan Lü se reclinó para sorber un poco de sopa.

Shangguan Shouxi escupió un trozo de hueso y gruñó:

—Hay gente que come panecillos rellenos de cerdo, pero nosotros nos

tenemos que comer los huesos, como los perros...

Su madre golpeó la mesa con los palillos.

—Tú —le dijo—, ¿de dónde has sacado el derecho a ser exigente con

lo que comes?

—Pero si tenemos un montón de trigo en el granero y un montón de

dinero en el armario —dijo Shouxi—. ¿Para qué lo estamos guardando?

—Tiene razón. —Su padre se sumó a la conversación—. Nos merecemos una recompensa. Nuestro trabajo es muy duro.

—El trigo del granero y el dinero en el armario, ¿de quién son? —

preguntó la suegra de Xuan'er—. Cuando estire la pata y emprenda mi

viaje final hacia el Cielo del Oeste, ¿creéis que me lo voy a llevar

conmigo? No, lo voy a dejar para vosotros.

Xuan'er inclinó la cabeza y contuvo el aliento.

Shangguan Lü se puso en pie violentamente y se desató la tormenta.

—Escuchadme —gritó desde el interior de la casa—. ¡Mañana vamos

a freír unos buñuelos, vamos a cocer a fuego lento unas tiras de cerdo,

vamos a hacer unos huevos duros, vamos a matar un pollo y vamos a hacer

varios postres y tartas! ¿Por qué no? Uno de nuestros ancestros debe haber

hecho algo para hacernos sufrir. Traemos una mujer estéril a la familia y lo

único que sabe hacer es comer. Bueno, ya que nuestro árbol genealógico se

va a terminar aquí, ¿para qué estamos ahorrando?

¡Terminémoslo todo y

ya está!

Xuan'er se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar.

—¡Debería darte vergüenza llorar así! —le gritó Shangguan Lü—.

¡Llevas tres años comiéndote nuestra comida y ni siquiera nos has aportado

una niña, por no hablar de un niño! ¡Te estás comiendo nuestra casa y

nuestro hogar! Mañana volverás al lugar del que viniste. No voy a dejar

que esta familia se quede sin descendencia y se extinga sólo por tu culpa.

Esa noche, Xuan'er no pasó ni un solo minuto sin llorar. Cuando

Shouxi intentó acercarse a ella, ella lo rechazó débilmente.

—A mí no me pasa nada —dijo entre lágrimas—. A lo mejor eres tú.

Sin apartarse de ella, Shouxi gruñó:

—Cuando una gallina no puede poner un huevo, le echa la culpa al gallo.

IV

La cosecha ya se había terminado e iba a comenzar la estación de las

lluvias. La tradición local exigía que las mujeres casadas recientemente

volvieran a la casa de sus padres para pasar los días más calurosos del año.

La mayoría de las que llevaban casadas tres años regresaban orgullosamente, dándole la mano a un niño, amamantando a otro y

llevando a un tercero en su interior. También solían llevar un paquete lleno

de patrones para hacer zapatos. Pobre Xuan'er. Lo único que llevó en su

vuelta a casa, además de tristeza, fueron las cicatrices y los cardenales que

le había hecho su marido, los recuerdos de los insultos y las maldiciones de

su suegra, un paquete minúsculo y patético y los ojos rojos e hinchados de

tanto llorar. Hay que decir que por muy cariñosa que sea una tía, no se

puede comparar con una madre, por lo que, aunque regresó con un montón

de amargas quejas, tuvo que guardárselas para sí y poner la mejor cara

posible.

En cuanto entró por la puerta, su tía se dio cuenta de todo.

—Aún nada, ya lo veo.

Ese sencillo comentario hizo que de los ojos de Xuan'er brotaran

lágrimas de dolor.

—Qué raro —murmuró su tía—. Se diría que tres años tienen que ser

suficiente para engendrar algo.

Durante la cena, esa noche, Gran Zarpa Yu se fijó en los cardenales

que Xuan'er tenía en los brazos.

—Esto de pegar a la esposa no es aceptable en una república moderna

—dijo, enfadado—. ¡Me gustaría quemar ese nido de tortugas que tienen!

—Ya veo que ni siquiera con arroz se te puede cerrar esa boca que

tienes —dijo la tía, echándole una mirada a su marido.

Por una vez, había un montón de comida frente a Xuan'er, pero se

obligó a sí misma a no comer demasiado. Su tío le puso un gran trozo de

pescado en su cuenco.

—Ya se sabe, no se le puede echar nada en cara a tu familia política

—dijo la tía—. ¿Por qué la gente toma a una mujer por esposa? Para

continuar el árbol genealógico.

—Tú no has continuado mi árbol genealógico —le dijo su marido—, y

yo he sido bueno contigo, ¿no?

—¿Y a ti quién te ha preguntado? Prepara el burro, que voy a llevar a

Xuan'er a la ciudad para que la vea un médico de mujeres.

Montada sobre el burro, Xuan'er atravesó los campos del
concejo de
Gaomi del Noreste, donde por todas partes había ríos y
arroyos. El sol
lanzaba rayos de un calor intenso, que hacían salir vapor del
suelo y
arrancaban crujidos del follaje que había a su alrededor. Un
par de
libélulas, conectadas por su parte posterior, pasaron zumbando
a su lado;
un par de golondrinas volaban juntas por el cielo. Unas
pequeñas ranitas
que acababan de perder la cola cruzaron el camino dando
saltos; unas
langostas que acababan de salir de sus huevos se columpiaban
sobre el
césped que había en la cuneta. Una camada de conejos recién
nacidos
seguía a su madre en busca de alimento. Unos patitos
chapoteaban detrás
de su madre, con sus pequeños pies rosados haciendo ondas en
la superficie
del agua, en un estanque... Los conejos y las langostas tienen
crías; ¿por
qué yo no puedo tenerlas? Sintió un vacío en su interior, y se
acordó de la
leyenda que hablaba de la existencia de una bolsa para criar
niños que hay
dentro de la tripa de las mujeres, de todas las mujeres menos
ella, por lo
que parecía. Por favor, Matrona de los Hijos, te lo ruego, dame
un hijo...

A pesar de que su tío tenía casi cuarenta años, no había perdido las
ganas de jugar. En lugar de coger las riendas del burro, dejó que el animal
trotara por su cuenta mientras él salía del camino, una y otra vez, para
coger flores silvestres, con las que hizo un ramo para Xuan'er, para que se
protegiere del sol, según le dijo. Después de perseguir a los pájaros hasta
quedarse sin aliento, se metió en lo profundo del bosque, donde encontró
un melón silvestre del tamaño de un puño cerrado, y se lo dio a Xuan'er.
—Es dulce —le dijo, pero cuando ella lo mordió resultó ser tan
amargo que le dejó la lengua casi paralizada.
Después se arremangó los pantalones y saltó dentro de un estanque,
donde capturó rápidamente un par de insectos del tamaño de una pepita de
melón y se puso a agitarlos en su mano.
—¡Cambio! —le gritó.
Acercando la mano cerrada a la nariz de Xuan'er, le preguntó:
—¿A qué huelen?
Ella sacudió la cabeza y dijo que no lo sabía.
—Huelen como las sandías —dijo él—. Son bichos de la sandía.
Proviene de las semillas de sandía.
Xuan'er no pudo evitar pensar que su tío realmente era un niño grande
y juguetón.

¿Cuál fue el resultado del examen médico? Xuan'er no tenía ningún

problema.

—¡La familia Shangguan pagará por esto! —dijo la tía de Xuan'er,

indignada—. Su hijo es estéril como una mula y no tienen ningún derecho

a pagar sus frustraciones con Xuan'er.

Pero nada de esto salió de la casa.

Diez días más tarde, durante una tormenta, la tía preparó una cena

suntuosa, regada con el licor más fuerte de su marido. Su sobrina estaba

sentada frente a ella, y colocó una copa verde ante cada una. La luz de una

vela proyectaba su sombra contra la pared de atrás mientras ella llenaba

ambas copas con licor. Xuan'er vio que a su tía le temblaba la mano.

—¿Por qué estamos bebiendo licor, Tía? —preguntó Xuan'er. Tenía la

inquietante sensación de que algo estaba a punto de ocurrir.

—Por ninguna razón en particular. Hoy llueve, el tiempo está bochornoso, y se me había ocurrido que nos podríamos quedar en casa

charlando, tú y yo, a solas. —La tía levantó su copa—. Bebe.

Xuan'er cogió su copa y miró a su tía con miedo. La mujer brindó con

ella antes de echar la cabeza hacia atrás y vaciar su copa.

Xuan'er también vació la suya.

—¿Qué tienes planeado hacer? —le preguntó la tía a Xuan'er.

Con cara de tristeza, Xuan'er se limitó a sacudir la cabeza.

Su tía volvió a llenar las dos copas.

—Me temo que vamos a tener que aceptar las cosas como son
—dijo

—. El hecho de que su hijo sea estéril es algo que debemos tener siempre

presente. Ellos están en deuda con nosotros, no nosotros con ellos. Niña,

quiero que comprendas que en este mundo algunas de las cosas más bellas

se consiguen en la oscuridad, sin que nadie lo vea. ¿Entiendes lo que quiero

decir?

Xuan'er sacudió la cabeza, completamente confundida. La cabeza ya

le daba vueltas por las dos copas del fuerte licor que se había tomado.

Esa noche, Gran Zarpa Yu se metió en la cama de Xuan'er.

Cuando se despertó, a la mañana siguiente, con un terrible dolor de

cabeza, quedó sorprendida al oír a alguien que roncaba a su lado. Abrió los

ojos con dificultad y ahí, desnudo, tumbado a su lado, estaba su tío, con

una de sus grandes zarpas apoyada en su pecho. Con un chillido, tiró de la

manta para taparse y rompió a llorar, despertando a Gran Zarpa. Como un

niño que se ha metido en problemas, salió de la cama de un salto, recogió

su ropa del suelo y le dijo, tartamudeando:

—Tu tía... me dijo que lo hiciera...

La primavera siguiente, poco después del Festival del Barrido de las

Tumbas, Xuan'er dio a luz a una niña raquítica de ojos negros.

Su suegra se arrodilló ante el icono de cerámica del Bodhisattva y

tocó el suelo con la frente tres veces.

—Gracias al Cielo y la Tierra —dijo respetuosamente—. La niebla

por fin se ha disipado. Ahora le suplico al Bodhisattva que nos proteja y

que nos envíe un nieto el año que viene.

Entró en la cocina a preparar unos huevos fritos y se los llevó a su

nuera a su habitación.

—Toma —le dijo—. Cómetelos.

Xuan'er miró a la cara a su suegra y los ojos se le llenaron de lágrimas de agradecimiento.

Su madre miró a la niña que yacía envuelta en un harapiento pedazo

de tela y dijo:

—La llamaremos Laidi: Hermano Venidero.

V

Mi segunda hermana, Zhaodi —Hermano Aclamado—, también fue fruto

de la semilla de Gran Zarpa Yu.

Cuando Xuan'er alumbró una segunda niña, la disconformidad de la

abuela se manifestó con una claridad absoluta. A Madre no le llevó mucho

tiempo darse cuenta de la cruel realidad de que, para una mujer, no casarse

no era una opción, no tener hijos no era aceptable y tener sólo hijas no era

algo para sentirse orgullosa. El único camino hacia el estatus dentro de una

familia pasaba por tener hijos varones.

El tercer hijo de Madre fue concebido en un cañaveral pantanoso.

Ocurrió al mediodía, poco después de que naciera Zhaodi. La abuela había

mandado a Madre al cañaveral que había al sudoeste de la aldea para que

cogiera caracoles para dárselos a los patos. Esa primavera, un hombre que

vendía patitos había llegado a la población. Era un extraño alto y robusto

que llevaba un trozo de tela azul sobre los hombros y unas sandalias de

cañamo en los pies, y siempre iba cargado con dos cestas llenas de patitos

amarillos cubiertos de pelusilla. Rápidamente se congregó una multitud

para admirar a los pequeños animales y escucharlos hacer *cuac* con sus

minúsculos picos de color rosa, mientras se arremolinaban unos junto a

otros en el interior de las cestas. Shangguan Lü dio un paso al frente y

compró una docena; otros la siguieron, y muy pronto los patitos se

agotaron. El buhonero dio una vuelta por el pueblo y se marchó. Esa tarde,

unos bandidos raptaron a Sima Ting y se lo llevaron de la Casa Solariega

de la Felicidad, y no lo soltaron hasta que la familia pagó un rescate de

varios miles de dólares de plata. La gente comentaba que el buhonero de

los patitos en realidad era un espía que trabajaba para los bandidos y les

había informado detalladamente de la disposición de la Casa Solariega de

la Felicidad.

En cualquier caso, los patos que había vendido eran excelentes. A los

cinco meses, habían crecido hasta alcanzar el tamaño de diminutos botes.

Shangguan Lü, que adoraba a esos patos, envió a su nuera a buscar

caracoles, pensando con antelación en el día en el que los patos empezaran

a poner huevos.

Madre cogió una jarra de arcilla y un colador de metal y los llevó, en

una pértiga, donde le dijo su suegra. En los canales y estanques que había

cerca de la aldea ya no quedaba ni un caracol, pues los habían cogido los

aldeanos que criaban patos, pero el día anterior, de camino hacia el

mercado de una localidad llamada Liaolan, Shangguan Lü había visto que

las aguas de un estanque muy próximo estaban llenas de caracoles.

Sin embargo, cuando Madre llegó, la superficie del estanque estaba

cubierta de unos patos de plumaje verdoso que se habían comido todos los caracoles. Sabiendo que su suegra le gritaría si regresaba con las manos vacías, decidió ponerse a caminar por un sendero que bordeaba el estanque, para ver si podía encontrar alguna franja de agua que no hubiera sido visitada por los patos en la que todavía quedaran algunos caracoles para llevarse a casa. Sintiendo una pesadez en los pechos, se acordó de sus dos hijas pequeñas, que la esperaban en su hogar. Laidi acababa de aprender a caminar, y Zhaodi apenas tenía un mes. Pero su suegra concedía más valor a los patos que a sus nietas, a las que se negaba a coger en brazos ni siquiera cuando lloraban. En cuanto a Shangguan Shouxi, en fin, decir que era un hombre era una exageración terrible. Fuera de la casa, era tan inútil como un moco, y cuando estaba ante su madre se comportaba de una manera totalmente servil, pero su forma de tratar a su esposa era de una crueldad abyecta. Tampoco tenía buena mano con las niñas, y cuando abusaba de Madre, ella le decía, enfadada: —Vamos, burro, pégame. Ninguna de las niñas es tuya y si llego a tener mil hijos no habrá ni uno de ellos que lleve una gota de sangre de la

familia Shangguan en sus venas.

Debido a su relación con Gran Zarpa Yu, no sabía cómo tratar a su tía,

así que aquel año no regresó a su casa.

—Se han muerto todos —dijo cuando su suegra la presionó para que

volviera de visita—, así que no tengo dónde ir.

Gran Zarpa, evidentemente, sólo podía engendrarle niñas, así que se

puso a buscar un donante mejor. Vamos, suegra, marido, pegadme e

insultadme todo lo que queráis. Pero ya veréis, cualquier día de estos voy a

tener un niño y no será un Shangguan y os iréis todos al infierno.

Sumida en estos pensamientos, siguió andando, separando las cañas

que casi sellaban el sendero. Los crujidos que se oían y el olor del añublo

de las plantas acuáticas le despertaron un pálido temor. Los pájaros

graznaban en el follaje de los alrededores y las ráfagas de brisa hacían que

las plantas se bambolearan. Justo delante de ella, apenas a unos pasos, un

jabalí se interpuso en su camino. Tenía unos colmillos con aspecto

malvado que le salían a ambos lados del alargado hocico. La miró

fijamente con sus pequeños ojillos, cuyas cejas estaban hechas de gruesas

cerdas, y le dedicó unos gruñidos para intimidarla. Madre se estremeció y

se dio cuenta de que estaba en un lugar desconocido. ¿Cómo he llegado hasta aquí?, se preguntó. Todo el mundo, en Gaomi del Noreste, sabe que los escondrijos de los bandidos están por aquí, en las profundidades de los cañaverales. Nadie, ni siquiera las tropas del ejército, se atreve a internarse por aquí.

Madre miró atrás con ansiedad, pero se dio cuenta al instante de que el paso de personas y animales en distintas direcciones había formado un cúmulo inextricable de huellas, por lo que no podía distinguir las que había dejado ella. Con un ataque de pánico, avanzó un poco por varios de los senderos, pero no llegó a ninguna parte, así que empezó a llorar y a lamentarse por sus problemas. Algunos rayos de sol, aislados, lograban filtrarse entre la vegetación hasta el suelo, donde se pudrían las hojas que habían estado cayendo durante años. Madre piso un enorme excremento, cosa que, aunque olía horriblemente, le subió la moral; sólo podía significar que había, o había habido, gente por los alrededores. «¡Hola! — gritó—. ¿Hay alguien ahí?». Se quedó a la escucha mientras sus gritos se perdían entre las cañas. Cuando miró al suelo vio que, en medio del

excremento había grandes trozos de vegetales, lo cual significaba que no

era una deposición humana sino de un jabalí o de algún otro animal

salvaje. Intentó una vez más seguir una de las sendas, pero rápidamente se

desanimó, se sentó en el suelo y empezó a llorar con desesperación.

De pronto, sintió algo frío en la espalda, como si unos ojos siniestros

la estuvieran observando desde un escondite situado detrás de ella. Se giró

para mirar, pero no vio nada más que las hojas entrelazadas de unos tallos

de caña; los más altos apuntaban hacia el cielo. Una ligera brisa corría

entre las cañas, produciendo un suave susurro. Los sonidos de los pájaros,

procedentes de lo más profundo del bosque, tenían algo de voces humanas.

El peligro acechaba por todas partes. Había un montón de ojos verdes

escondidos entre las cañas, sobre las que parecían moverse fuegos fatuos.

Se puso muy nerviosa, se le erizó el vello de los brazos y se le endurecieron los pechos. En el momento en el que la abandonó el

pensamiento racional, cerró los ojos y salió corriendo hasta que pisó las

aguas poco profundas de una ciénaga, haciendo que una nube de mosquitos

se elevara por el aire y se dirigiera hacia ella. La aguijonearon sin piedad.

Un sudor pegajoso supuraba por todos los poros de su piel,
atrayendo aún
más mosquitos. En algún momento había perdido la jarra de
arcilla y el
colador metálico; ahora corría para huir del ataque de los
mosquitos,
chillando lastimeramente. Cuando estaba a punto de
abandonar toda
esperanza, su Dios le envió, para salvarla, al buhonero que
vendía patos.
Llevaba un chubasquero de palma sobre los hombros y un
sombbrero
impermeable de forma cónica en la cabeza. Cogió a Madre y
la condujo a
un lugar elevado del terreno, donde las cañas no crecían con
tanta
densidad. Allí esperaba una pequeña tienda. Entraron.
Afuera, sobre una hoguera, colgaba una cazuela de metal; en
su
interior se estaba cociendo mijo.
—Por favor, amable hermano —dijo Madre, cayendo de
rodillas en la
tienda—, ayúdame a salir de aquí. Soy la esposa del herrero
Shangguan.
—¿Qué prisa tienes? —le dijo el hombre, con una sonrisa—.
No suelo
recibir muchas visitas por aquí, así que al menos déjame hacer
un poco de
anfitrión.
Una piel de perro impermeable cubría la cama, que estaba
situada en
una plataforma un tanto elevada.

—Tienes picaduras de mosquitos por todas partes —dijo el hombre,

soplando una mecha humeante de una sustancia repelente hecha de

artemisia—. Los mosquitos que hay por aquí pueden tumbar un buey, así

que no es de extrañar que hayan hecho tan buen trabajo en tu delicada piel.

Un humo serpenteante con aromas de artemisia llenó la tienda mientras él buscaba en una cesta que colgaba de uno de los soportes y

sacaba una pequeña caja metálica de color rojo que contenía un bálsamo

naranja. Se lo extendió a Madre en las picaduras hinchadas que tenía en los

brazos y en la cara; su frescor le penetró profundamente en la piel. Después

cogió un pedazo de cristal de azúcar y se lo metió en la boca. Lo que estaba

a punto de suceder, dado el remoto emplazamiento en el que un hombre y

una mujer se encontraban solos, era inevitable. Madre estaba segura de

ello. Con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Amable hermano, haz conmigo lo que desees, pero por favor,

sácame de este lugar lo antes que puedas. Tengo hijos lactantes que me

están esperando en casa.

Madre se entregó a ese hombre sin oponer ninguna resistencia, y no

sintió ni dolor ni placer. Su única esperanza era que le proporcionara un

hijo varón.

VI

Se trataba de un joven muy delgado, con la nariz aguileña y los ojos de

buitre, que deambulaba por las calles y los alrededores tocando una

campana de bronce y repitiendo: «Mi abuelo era médico en la corte y mi

padre tenía una farmacia, pero yo no tengo ni un centavo y sufro una

profunda pena, por lo que debo ir de un lado para otro con mi campana».

Un día, volviendo de los campos con un saco de césped cargado a la

espalda, Madre lo vio. Estaba empleando unas pinzas para extraer unos

pequeños «gusanos dentales» de color blanco de la boca de un hombre.

Cuando llegó a casa le contó a su suegra, que tenía un fuerte dolor de

muelas, lo que había visto.

Después de llevar al médico a la casa, Madre le sostuvo la lámpara

mientras él hurgaba con el dedo, buscando la muela dolorida de Shangguan

Lü.

—Señora —le dijo—. Su problema es lo que llamamos «diente de

fuego», no «gusanos dentales».

Entonces le clavó a Shangguan Lü unas agujas de plata en la mano y

en la mejilla, y después buscó a su espalda y sacó unos talcos medicinales

de un bolso que traía y se los introdujo a Shangguan Lü en la boca. En

cuanto lo hizo, el dolor desapareció.

Habiendo concluido el tratamiento, solicitó que lo instalaran, para

pasar la noche, en la habitación del lado este de la casa familiar. A la

mañana siguiente les ofreció un dólar de plata a cambio de que le dejaran

usar la habitación para recibir y atender pacientes. Ya que le había curado

su dolor de muelas, y como además les estaba ofreciendo un brillante dólar

de plata, la abuela le dio acomodo muy contenta.

El hombre vivió en el hogar de los Shangguan durante tres meses,

pagando por el alquiler de la habitación y la comida el primero de cada

mes. Era como un miembro más de la familia.

Un día, Shangguan Lü le preguntó si tenía alguna clase de droga para

la fertilidad. Él dijo que sí, y le escribió una receta a Madre que consistía

en comerse diez huevos de gallina fritos en aceite de sésamo y miel.

—A mí también me gustaría probar un poco —dijo Shangguan Shouxi.

Un día, Madre, que sentía una cierta atracción por el misterioso

médico, se deslizó en su dormitorio y le confesó que su marido era estéril.

—Esos gusanos dentales —le confesó él a ella—, estaban en mi

pequeña caja metálica desde el principio.

En cuanto estuvo seguro de que Madre estaba embarazada, le pareció

que había llegado el momento de ponerse en camino. Pero antes de irse no

sólo le dio a Shangguan Lü todo el dinero que había ganado curando a los

pacientes en su casa, sino que además la nombró formalmente su madre

adoptiva.

VII

Durante la cena, a Madre se le cayó un cuenco y se le rompió. Dentro de su

cabeza se produjo una explosión, y supo que aún le quedaba mucho por

sufrir.

Después del nacimiento de mi cuarta hermana, un manto negro cubrió

el hogar de los Shangguan. En la cara de mi abuela había una permanente

expresión de desagrado; su aspecto se había endurecido, y se parecía a una

guadaña que estuviera dispuesta a rebanar la cabeza de Madre a la mínima

provocación.

La antigua tradición que señala que la mujer, después de parir, se

quedó en la cama durante un mes fue abolida en la casa. Antes de que

tuviera tiempo de limpiar lo que había quedado entre sus piernas tras el

nacimiento del bebé, Madre oyó el ruido de unas tenazas golpeando contra

el marco de su ventana y la voz de su suegra que le decía:

—Te creerás que has hecho otra aportación, ¿no? Una mierda de hija

tras otra, y te creerás que te has ganado el derecho de que tu suegra te

atienda como si fuera tu sirvienta. ¿Así te educaron en la casa de Gran

Zarpa Yu? Se supone que eres la nuera, en esta familia, pero actúas como

si fueras la suegra. A lo mejor he perturbado el orden celestial, en una

reencarnación anterior, matando un viejo buey, y este es mi castigo. ¡Debía

estar loca, ciega como un murciélago, para aceptar que una mujer como tú

se casara con mi hijo! —Entonces volvió a golpear la ventana con las

tenazas—. ¡Te estoy hablando a ti! ¿Te estás haciendo la sorda, o la tonta,

o qué? ¡No has escuchado nada de lo que te he dicho!

—Te he oído —sollozó Madre.

—Entonces, ¿qué es lo que estás esperando? Tu suegro y tu marido

están fuera, trillando el grano, y yo he confundido la escoba con un azadón,

de tan ocupada que estoy intentando hacer cuatro cosas a la vez. Pero tú,

como una princesa malcriada, estás ahí tirada, disfrutando del lujo. Si de

una vez aportaras un hijo a esta familia, yo misma te lavaría los pies en

una tina de oro.

Madre se levantó de la cama, se puso unos pantalones y se cubrió la

cabeza con una bufanda mugrienta. Echándole a su hija recién nacida, que

todavía estaba sucia y cubierta de sangre, una mirada cargada de ganas de

ir a atenderla, se secó los ojos con una de sus mangas y salió al patio con

las piernas temblando, aguantando los terribles dolores que sentía lo mejor

que pudo. El sol de pleno verano casi la cegó mientras llenaba un cucharón

con agua de la cuba y se lo bebía de un trago. ¿Por qué no me puedo

morir?, pensó. Vivir así es una tortura insoportable. ¡Podría acabar con

esto yo misma! Pero entonces vio que su suegra estaba pellizcando a Laidi

en la pierna con sus tenazas mientras Zhaodi y Lingdi se abrazaban

atemorizadas sobre una pila de paja, sin hacer ni un ruido y deseando poder

esconder sus pequeños cuerpos para que no las vieran. Laidi aulló como un

cerdo cuando lo están degollando y rodó por el suelo.

—¡Yo te voy a dar motivos para que llores! —gruñó Shangguan Lü

pellizcando las piernas de la niña una y otra vez con la destreza y la fuerza

que le habían proporcionado sus años de trabajo como herrera.

Madre salió corriendo y cogió a su suegra por el brazo.

—Madre —le suplicó—, déjela. Sólo es una niña, no sabe nada. —Se

arrodilló temblando ante su suegra—. Si tiene que pellizcar a alguien,

pellízqueme a mí...

Su suegra explotó; tiró las tenazas al suelo, muy enfadada, y se quedó

quieta un momento antes de empezar a golpearse el pecho mientras

gritaba:

—¡Dios mío, esta mujer me va a llevar a la tumba!

En cuanto Madre logró salir al campo, Shangguan Shouxi la golpeó

con un rastrillo.

—¿Por qué has tardado tanto, inútil perezosa? Por tu culpa estoy a

punto de morirme de cansancio de todo lo que he tenido que trabajar.

Ella cayó al suelo y se quedó sentada, escuchando a su marido, que se

había quemado con el sol y parecía un pajarillo asado a la barbacoa,

gritarle ásperamente: «Deja de hacer teatro. ¡Levántate y ponte a trillar el

grano!». Le tiró el rastrillo al suelo, frente a donde estaba ella, y se retiró a

refrescarse un poco bajo una acacia.

Apoyándose en las dos manos, Madre logró ponerse de nuevo en pie,

pero cuando se agachó para coger el rastrillo estuvo a punto de desmayarse. Se incorporó ayudándose con el rastrillo; el cielo azul y la

tierra amarilla giraban como gigantescas ruedas, tratando de marearla y de

hacer que se volviera a caer al suelo. Sin embargo, logró quedarse erguida

a pesar de los dolores desgarradores que sentía en el vientre y de las

atroces contracciones que tenía en el útero. Unos fluidos frescos y

nauseabundos seguían goteando de entre sus piernas, empapándole los

muslos.

Los diabólicos rayos del sol quemaban la tierra como llamas blancas

incandescentes. Los tallos de grano y los estambres felizmente situados

sobre ellos ofrecían la última humedad que les quedaba, que tomaba la

forma de vapor. Soportando lo mejor que podía el dolor que le atravesaba

todo el cuerpo, Madre les dio vuelta a los estambres que estaban en la era,

secándose al sol, para acelerar el proceso antes de llevarlos a la trilladora.

Entonces se acordó de lo que su suegra le había dicho: en el azadón hay

agua, pero en el rastrillo hay fuego.

Una langosta de color verde esmeralda que había viajado hasta la era

montada en un estambre desplegó sus alas rosáceas y voló hasta la mano de

Madre, que se fijó en los delicados ojos compuestos, como de jade, del

pequeño insecto, y después se dio cuenta de que le faltaba la mitad del

abdomen, que había sido segado por la hoz. Y a pesar de todo, continuaba

viviendo, y todavía podía volar. A Madre le pareció que ese indomable

deseo de vivir era extremadamente conmovedor. Sacudió la muñeca para

que la langosta se fuera volando, pero se quedó donde estaba, y madre

suspiró mientras notaba la sensación en la piel que le producían los pies

del diminuto insecto. Entonces se acordó de cuando concibió a Zhaodi, su

segunda hija, en la tienda de su tía en el campo de melones, donde las

brisas que llegaban del Río del Agua Negra enfriaban los melones de color

púrpura que crecían entre las plateadas hojas de las vides. Laidi todavía

tomaba el pecho en esa época. Hordas de langostas, con las alas de color

rosa, como la que ahora tenía en la mano, provocaban un zumbido que

rodeaba todo el melonar. Su tío, Gran Zarpa Yu, se arrodilló frente a ella.

—Tu tía me ha liado para que hiciera esto —le dijo—, y desde la

primera vez no he podido sentirme tranquilo ni una sola vez.
He

renunciado al derecho a considerarme un hombre. Xuan'er,
coge ese

cuchillo y líbrame de mi miseria.

Señaló a un puntiagudo cuchillo de cortar melones que había
en un

estante mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Madre sintió una

confusa mezcla de emociones. Se acercó a él y le acarició la
cabeza calva.

—Tío —le dijo—, no te culpo de nada. Son ellos, ellos son los
que me

han empujado a esto. —En ese momento, cuando señalaba los
melones que

había en el exterior de la tienda, su voz se volvió más aguda
—.

¡Escúchame! ¡Vamos, ríete! Tío, la vida da muchas vueltas. Yo
hice todo

lo que pude para mantenerme casta, para cumplir con mi
deber, y ¿cuál fue

mi recompensa? Me gritaron, me pegaron y me enviaron de
vuelta al hogar

de mi infancia. ¿Qué tengo que hacer, entonces, para que me
respeten?

¡Quedarme embarazada de otros hombres! Antes o después,
tío, mi barco

va a naufragar, y si no es aquí será en cualquier otra parte. —
Una sonrisa

sardónica se dibujó en su boca—. ¿Qué es eso que dicen, tío?
¿No abones

los campos de los demás?

Su tío se levantó, lleno de ansiedad. Ella se abalanzó sobre él,
de un

modo muy poco adecuado para una dama, y le bajó los
pantalones.

Padre e hijo descansaban en una fresca sombra, cerca de la era
de la

familia Shangguan. El perro estaba espatarrado junto a la base
de un

ruinoso muro, con la lengua rosa colgándole indolentemente
hacia un lado;

el animal jadeaba debido al opresivo calor. El cuerpo de Madre
estaba

cubierto de un sudor pegajoso que desprendía un olor rancio.
La garganta

le ardía, le dolía la cabeza, tenía náuseas y las venas de la
frente tan

hinchadas que parecía que estaban a punto de estallarle. Sentía
la mitad

inferior de su cuerpo como si fuera algodón embutido en un
tubo. Estaba

totalmente lista para morir, ahí en la era, pero logró reunir
fuerzas para

seguir trabajando. Unas ráfagas de luz dorada en el suelo
hacían que los

estambres que había en el suelo parecieran cobrar vida, como
cardúmenes

de pequeños pececillos de colores o millones de serpientes
haciendo eses.

A medida que daba vueltas al grano, Madre tuvo una
sensación de tristeza

trágica. ¡Cielo, abre los ojos y mira! Vecinos, abrid los ojos y
mirad. Que

vuestros ojos disfruten con este miembro de la familia
Shangguan, que está
trabajando en una era mientras el sol golpea sobre su cabeza,
justo después
de dar a luz, con la sangre todavía húmeda en las piernas. ¿Y
qué me decís
de mi marido y de mi suegro? Esos dos hombrecillos que están
descansando a la sombra. Analizad tres mil años de historia
imperial y no
encontraréis un sufrimiento más amargo. Al final, mientras las
lágrimas le
caían por las mejillas, se desmayó, superada por el calor y por
sus propias
emociones.
Cuando volvió en sí, estaba acostada sobre la delgada sombra
del
muro en ruinas, cubierta con un lodo que atraía a enjambres
enteros de
moscas, tirada ahí como un perro muerto. La mula de la
familia se hallaba
junto al borde de la era, cerca de Shangguan Lü, que en ese
momento les
estaba dando latigazos a los vagos de su marido y su hijo.
Cubriéndose la
cabeza con los brazos, los dos hombrecillos llenaban el aire de
chillidos
mientras intentaban, sin ningún éxito, evitar los golpes.
—Deja de pegarme, deja... —suplicaba el suegro de Madre—.
Venerable esposa, estamos trabajando. ¿Qué más quieres?
—¡Y tú, tú, pequeño bastardo! —gritó, dirigiendo el látigo
hacia

Shangguan Shouxi—. ¡Cada vez que hacéis alguna de las vuestras, sé que es idea tuya!

—No me pegues, Madre —dijo Shangguan Shouxi, escondiendo la

cabeza entre los hombros—. ¿Quién te cuidaría en tu vejez, quién se

ocuparía de todos los trámites de tu funeral si, por error, me mataras?

—¿De verdad crees que dependo de ti para eso? —dijo ella con

tristeza—. Espero que usen mis huesos como leña antes de que nadie venga

a enterrarme.

El padre y el hijo, con un gran esfuerzo, lograron ponerle el arnés a la

mula; una vez lo lograron, recogieron sus herramientas y salieron al

campo.

Con el látigo en la mano, Shangguan Lü se acercó caminando hasta el

muro.

—Levántate y vete dentro, mi guapa y pequeña nuera —dijo acusadoramente—. ¿Por qué te quedas ahí tirada, sólo para hacer que yo

parezca mala? ¿Para que los vecinos me maldigan cuando no esté delante,

diciendo que no sé cómo tratar a mi nuera? ¡He dicho que te levantes! ¿O

es que estás esperando a que alquile un palanquín con ocho hombres que te

lleven dentro? No sé qué tiempos son estos que me han tocado vivir, en que

una nuera se cree que es superior a su suegra. Espero que tengas un hijo un

día de estos, así tendrás la oportunidad de ver cómo es ser la suegra de

alguien.

Cuando Madre se puso de pie, manteniendo el equilibrio a duras

penas, su suegra se quitó el sombrero con forma de cono que llevaba y se

lo puso en la cabeza a ella.

—Vamos, vamos. Coge unos pepinos del huerto, y esta noche los

puedes hacer con huevos para los dos hombres. Y si te parece que tienes

fuerzas, vete a buscar un poco de agua para lavar las verduras. No sé cómo

hago para aguantar hasta el final del día. Supongo que es verdad lo que

dicen, os llevo a todos los demás montados en la espalda.

Se dio la vuelta y se dirigió a la era, mascullando algo para sí.

Esa noche hubo rayos y truenos. Era un peligro para el grano que

estaba en la era, que era el resultado de un año de sangre y sudor. Por eso,

con el cuerpo todavía aguijoneado por el dolor, Madre se arrastró afuera

con el resto de la familia, para poner el grano a cubierto.

Cuando

terminaron, parecía un pollito empapado, y cuando por fin pudo ir reptando

hasta su cama, estaba convencida de que se había presentado ante las

puertas de Yama, el rey del infierno, y de que sus pequeños demonios le

habían puesto una cadena alrededor del cuello para arrastrarla al interior.

Instintivamente, Madre se agachó para recoger los pedazos del cuenco

que había roto. En ese momento, escuchó un bramido terrible; sonó como

si un buey estuviera sacando la cabeza del agua. Después recibió un golpe

en la cabeza que la tiró al suelo.

—¡Vamos, rómpelo! —gritó su suegra. Las palabras explotaron en su

boca mientras tiraba por ahí la mano del mortero para triturar el ajo, que

ahora estaba manchada de sangre—. ¡Rómpelo todo, no importa, esta

familia se está destruyendo de todos modos!

Madre hizo un esfuerzo para ponerse en pie; el golpe había sido en la

nuca. La sangre caliente le caía por el cuello.

—Madre —sollozó—, fue un accidente.

—¿Cómo te atreves a contestarme?

—No te estoy contestando.

Mirando de reojo a su hijo, la anciana dijo:

—No puedo manejarla, pedazo de mierda inútil. ¿Por qué no la pones

en un pedestal y le rindes adoración?

Shouxi comprendió perfectamente lo que le estaba pidiendo. Cogió un

palo que había tirado en una esquina y golpeó a Madre por la cintura.

Madre cayó redonda al suelo. Entonces empezó a pegarle, una y otra vez,

mientras su madre miraba con aprobación.

—Shouxi —intervino su padre—, déjalo ya. Si la matas, tendremos

problemas con la ley.

—Las mujeres son unas criaturas inútiles —dijo Shangguan Lü—, y

es necesario pegarles. A una mujer se le pega hasta que se vuelve sumisa

del mismo modo que se convierte la pasta en tallarines.

—¿Y entonces por qué siempre me estás pegando? —preguntó Shangguan Fulu.

Agotado de usar el palo, Shouxi lo dejó caer al suelo y se quedó ahí de

pie, jadeando.

La cintura y las caderas de Madre estaban húmedas y pegajosas.

—¡Maldita sea, eso apesta! —dijo su suegra, olfateando el aire—. ¡Un

par de bofetadas y se caga en los pantalones!

Apoyándose sobre los codos, Madre levantó la cabeza y dijo, con un

tono de malicia en la voz que no tenía precedentes:

—Vamos, Shangguan Shouxi, márame ahora que ya te has puesto.

Eres un hijo de perra si no...

En cuanto las palabras salieron de su boca, perdió la conciencia.

Se despertó en mitad de la noche y vio que el cielo estaba
lleno de

estrellas. Y ahí, en la brillante Vía Láctea, aquella noche del
año 1924, un

cometa atravesó los cielos volando, inaugurando una era de
trastornos y

agitación.

Tres criaturas indefensas yacían a su lado: Laidi, Zhaodi y
Lingdi.

Xiangdi estaba echada en la cabecera del *kang* llorando
ásperamente. Unos

gusanos reptaban por encima y hacia el interior de los ojos y
las orejas de

la bebita recién nacida; eran larvas de moscas que habían
desovado ahí ese

mismo día.

VIII

Rebosante de asco por la familia Shangguan, Madre se entregó
durante tres

días seguidos a un soltero llamado Gao Dabiao, que era
carnicero de

perros. Gao era un hombre con los ojos bovinos y los labios
torcidos hacia

arriba; nunca se lo vio, fuera cual fuera la estación, sin su
chaqueta

almohadillada, tan rígida por toda la grasa de perro que le
había caído

encima que parecía una armadura. Todos los perros, por muy
malvados que

fuera, salían huyendo en cuanto él aparecía, y después se
volvían y le

ladaban desde una distancia segura. Madre fue a verlo un día
en que

estaba en la ribera norte del Río de los Dragones, donde había
ido en busca

de hierbas silvestres. En ese momento, él estaba cocinando un
guiso de

carne de perro.

—¿Has venido a comprar carne de perro? —le preguntó
cuando ella

irrumpió a través de su puerta—. Todavía no está lista.

—No, Dabiao. Esta vez te he traído la carne yo a ti. ¿Te
acuerdas de

aquella vez, en la ópera al aire libre, cuando me tocaste en un
momento en

que nadie nos miraba? —Gao Dabiao se sonrojó—. Bueno,
hoy no tienes

que preocuparte por si hay alguien mirando o no.

Una vez se aseguró de que estaba embarazada, Madre se fue al
santuario de las matronas, en la tienda de la familia Tan, y allí
quemó un

poco de incienso, se arrodilló y tocó el suelo con la frente,
hizo sus votos y
donó el poco dinero que se había llevado consigo cuando se
casó. Pero
nada cambió: tuvo otra hija, a la que llamó Pandi.
Madre no pudo determinar, hasta mucho tiempo después, si el
padre
de su sexta hija era Gao Dabiao o el pequeño y delgado monje
del Templo
de Tianqi. Cuando Niandi tenía siete u ocho años, Madre se
dio cuenta
gracias a la forma de su cara, a su larga nariz y a sus largas
pestañas.
En la primavera de aquel año, Shangguan Lü contrajo una
extraña
enfermedad. Tuvo unas erupciones, en forma de escamas
plateadas que le
picaban muchísimo, por todo el cuerpo, desde el cuello para
abajo. Para
evitar que se rascara hasta desollarse, a su marido y a su hijo
los obligaron
a atarle las manos por detrás de la espalda. La enfermedad
tenía a esta
mujer de hierro aullando día y noche; fuera, en el patio, el
muro y la áspera
corteza del ciruelo estaban manchados de sangre por donde
ella se había
estado frotando la espalda para aliviar los terribles picores.
—No lo soporto más, este picor me está matando... He
ofendido a los
cielos, ayudadme, por favor, ayudadme...
Los dos hombres Shangguan eran tan incompetentes que ni
con una

piedra rodillo se podía conseguir que se tiraran un pedo, ni con un punzón

se podía sacarles sangre, por lo que la responsabilidad de encontrar ayuda

para su suegra, naturalmente, recayó en Madre. Finalmente, tras montar en

la mula de la familia de un extremo al otro de Gaomi del Noreste, pidió

ayuda a una docena de médicos por lo menos, de los que empleaban

métodos terapéuticos tanto chinos como occidentales; algunos se iban tras

escribir una receta, y otros se iban directamente. Así que Madre llevó a un

chamán, y después a un hechicero, pero sus pociones mágicas y sus aguas

espirituales también fracasaron. De hecho, el estado de Shangguan Lü

empeoraba día a día.

Un día, llamó a Madre junto a su cama.

—Esposa de Shouxi —le dijo—, ya lo dice el refrán: los padres y los

hijos están unidos por la amabilidad y las madres y las suegras, por la

enemistad. Cuando yo me muera, la supervivencia de esta familia

dependerá de ti, porque esos dos son un par de asnos que nunca van a

crecer.

—No hables así, Madre —le dijo mi madre—. He oído decir a Tercer

Maestro Fan que hay un monje muy sabio en el Templo de Tianqi, en el

concejo de Madian, que tiene unos poderes médicos impresionantes. Le

traeré para que te vea.

—Es un desperdicio de dinero —le dijo su suegra—. Yo conozco el

origen de mi enfermedad. Hace mucho tiempo, cuando me casé, maté un

gato maldito echándole agua hirviendo encima. Ese animal odioso nos

robaba los pollos todo el tiempo, y yo sólo quería darle una lección. Nunca

pensé que moriría, y ahora se está tomando la venganza.

Pese a todo, Madre hizo el viaje de treinta *li* montada en la mula.

El monje tenía la cara pálida, era guapo de una manera lánguida y olía

muy bien. Mientras escuchaba lo que le decía Madre, contaba las cuentas

de su rosario.

—Señora patrona —le dijo al fin—, este monje indigno ve a sus

pacientes aquí, en el templo. Nunca hago visitas a domicilio, así que

vuelva a su casa y traiga a su suegra para que la vea.

Y eso fue precisamente lo que hizo Madre. Enganchó la mula a un

carro y llevó a su suegra al Templo de Tianqi, donde el monje le anotó dos

recetas, un líquido para que se tomara y otro para que se lavara la piel.

—Si esto no funciona —les dijo—, no hace falta que vuelvan a verme.

Si funciona, vuelvan y les daré otra receta.

Madre fue directamente a la farmacia, compró las medicinas y volvió

a casa para prepararlas y administrárselas a su suegra que, después de tres

tomas de una de las pociones y de bañarse dos veces con la otra, casi

milagrosamente, dejó de sentir los picores.

Feliz hasta el delirio, la paciente cogió algo de dinero del cofre de la

familia y envió a Madre de vuelta para que le diera las gracias al monje y

recogiera la nueva receta.

Mientras esperaba a que le hiciera la nueva receta, Madre le preguntó

al monje si había alguna manera en que él la podría ayudar a tener hijos en

lugar de hijas. Su conversación se fue volviendo cada vez más íntima —un

monje apasionado y una mujer deseosa de tener un hijo varón — y se

hicieron amantes.

En cuanto a Gao Dabiao, el carnicero de perros de la Aldea de la Boca

Arenosa, su breve romance con Madre le había abierto el apetito. Por eso,

la tarde en que Madre volvía a casa con su mula desde el Templo de

Tianqi, pasando junto al Río del Agua Negra cuando la Luna estaba

sustituyendo al Sol en el cielo, Gao Dabiao apareció de entre los tallos de

sorgo y se interpuso en su camino.

—¡Lu Xuan'er, eres una mujer muy voluble!

—Dabiao —le dijo Madre—, sentí lástima por ti, por eso cerré los

ojos y te dejé salirte con la tuya una vez o dos. Pero eso es todo.

—¡No puedes dejarme tirado sólo porque hayas conseguido a ese

pequeño monje!

—¡Eso es una tontería!

—A mí no me puedes engañar. Haz lo que te digo o haré que todo el

concejo de Gaomi del Noreste se entere de que has tenido una aventura con

el monjecito con la excusa de curar a tu suegra.

Madre dejó que Gao Dabiao la llevara al interior del sorgo.

La enfermedad de su suegra se curó del todo, pero de todos modos el

rumor de la relación ilícita de Madre con el monje llegó a los oídos de la

anciana.

Por eso, cuando nació Niandi y su suegra vio que era otra niña, la

cogió por las piernas y se dispuso a sumergirla en el orinal que había en el

dormitorio.

Madre salió de la cama de un salto, se abrazó a las piernas de su

suegra y le suplicó:

—Madre, ten piedad, por favor. Hazlo por mí, que te he estado

cuidando todos estos meses, perdónale la vida a esta pequeña...

—Me parece justo —dijo su suegra, bajando la voz—. Pero ese asunto

con el monje, ¿es cierto?

Madre no dijo nada.

—¡Dímelo! ¿Esta niña que tengo entre los brazos es una bastarda?

Madre negó con la cabeza sin dudarlo.

Su suegra tiró al bebé sobre la cama.

IX

En otoño de 1935, un día que estaba en la ribera del Río de los Dragones

cortando el césped, Madre fue violada por un grupo de cuatro soldados

armados que huían tras sufrir una derrota militar.

Cuando todo acabó, Madre miró el río y decidió tirarse y ahogarse.

Pero cuando estaba a punto de ponerse a caminar al encuentro con la

muerte, vio el reflejo del hermoso cielo azul de Gaomi del Noreste sobre el

agua clara. Una brisa fresca alivió la sensación de humillación que le había

nacido en el pecho, así que metió las manos en el río y se echó agua en la

cara para lavarse el sudor y las lágrimas, se acomodó un poco la ropa y

volvió caminando hasta su casa.

A comienzos del verano del año siguiente, ocho años después del

nacimiento de su hija anterior, Madre dio a luz a la séptima,
Qiudi. El

nacimiento de otra niña más hizo que su suegra se desesperara.
Caminando

a tropezones, cogió una botella de uno de los aparadores de su
dormitorio y

dio unos tragos gigantescos de un fuerte licor antes de sumirse
en terribles

lamentos. Madre también estaba muy decepcionada y en el
momento en

que miraba con disgusto la cara arrugada de su hija recién
nacida, su único

pensamiento fue: Señor del Cielo, ¿por qué eres tan miserable?
Lo único

que tenías que hacer era añadir un poquito más de arcilla a esta
criatura y

habría salido varón.

Entonces su marido entró en la habitación hecho una furia,
apartó la

manta a un lado y retrocedió, tambaleándose. Lo primero que
hizo cuando

se recuperó de la impresión fue buscar, detrás de la puerta, el
palo que se

usaba para golpear la ropa después de lavarla, y darle a su
mujer en la

cabeza. La sangre salpicó la pared y el hombrecillo,
enloquecido, se dio la

vuelta y salió de la casa corriendo. Cogió de la fragua un par
de tenazas al

rojo vivo, volvió corriendo a la habitación de su esposa y le
hizo una marca

en la zona interior de uno de los muslos.

Un humor amarillo que olía a carne quemada llenó la habitación al instante. Con un estremecimiento de dolor, Madre se cayó de la cama y se hizo una bola en el suelo, con todo el cuerpo crispado. Cuando Gran Zarpa Yu se enteró de que habían marcado a Lu Xuan'er como al ganado, fue a toda prisa hasta la casa de la familia Shangguan con un rifle de caza y, sin decir ni una palabra, lo apuntó al pecho de Shangguan Lü y apretó el gatillo. El rifle falló. Mientras preparaba el arma para efectuar un segundo disparo, Shangguan Lü había corrido al interior de la casa, cerrando tras ella con un portazo. Con rabia creciente, disparó contra la puerta cerrada, haciendo un agujero en ella y provocándole un chillido de miedo a Shangguan Lü, al otro lado. Entonces, Gran Zarpa Yu empezó a aporrear la puerta con la culata de su rifle, respirando fuertemente pero sin decir nada. Su cuerpo fornido se movía hacia adelante y hacia atrás. Parecía un oso. Las hijas de Madre se arremolinaron atemorizadas en la habitación de al lado mirando lo que pasaba en el patio. El marido y el suegro de Madre, uno con un martillo de acero y el otro con las tenazas, se acercaron a Gran Zarpa prudentemente. Shouxi fue el

primero que actuó, atacando a Gran Zarpa por la espalda con sus tenazas.

Gran Zarpa se dio la vuelta y le soltó un rugido a su contrincante. A Shouxi

se le cayeron las tenazas de las manos, y él habría salido corriendo si no

fuera porque las piernas le temblaban como si fueran de goma. Intentó,

forzadamente, sonreír.

—¡Te voy a matar, hijo de perra! —tronó Gran Zarpa dándole a

Shouxi un golpe con su rifle que lo tiró al suelo.

Le dio tan fuerte que el arma se partió en dos. El padre de Shouxi se

acercó rápidamente a Gran Zarpa con su martillo, pero falló completamente el golpe y casi pierde el equilibrio con el impulso. Gran

Zarpa le ayudó dándole un golpe en el hombro y lo envió al suelo, donde

quedó, despatarrado, junto a su hijo. Gran Zarpa se puso a golpear a los dos

hombres alternativamente y después cogió el martillo, lo levantó por

encima de su cabeza y dijo: «¡Ahora voy a abrirte esa cabeza de melón,

hijo de perra!», en el mismo momento en que Madre salía cojeando al

patio.

—Tío —le gritó—, esto es un asunto familiar. No necesito tu ayuda.

Dejando caer el martillo, Gran Zarpa, con una expresión de dolor en el

rostro, miró a su sobrina, que estaba ahí de pie como un árbol
que se ha
secado.

—Xuan'er —le dijo—, todo lo que tú has sufrido...

—Cuando dejé el hogar de los Yu —dijo Madre—, me
convertí en

miembro de la familia Shangguan, y si eso me mata o me
mantiene viva no

es problema tuyo.

La incursión de Gran Zarpa Yu sirvió para rebajarla arrogancia
de la

familia Shangguan. Al darse cuenta de cómo había maltratado
a su nuera,

Shangguan Lü empezó a darle un trato más humano.

Shangguan Shouxi,

que se había librado de morir por muy poco, también empezó
a mirar a su

esposa de otra manera, y a someterla a menos abusos.

Mientras tanto, la carne quemada de Madre comenzó a
pudrirse y a

oler. Esta vez, pensó, no voy a sobrevivir, por lo que se mudó
a la

habitación lateral.

Una mañana, temprano, la campana de la iglesia la sacó de su
duermevela. A pesar de que la campana tañía todos los días, en
aquel

momento parecía estar hablándole a ella, con ese hipnótico
sonido de

bronce que excitaba su alma y la elevaba y hacía que se
estremeciera su

corazón. ¿Por qué no he oído este sonido antes? ¿Qué era lo
que me tapaba

las orejas? Cuando meditaba sobre este cambio, el dolor que sufría en todo

el cuerpo empezó a abandonarla lentamente.

Nada interrumpió su pensamiento hasta que unas ratas se le subieron

encima y empezaron a mordisquearle la carne putrefacta. La vieja mula

que la había traído desde la casa de su tía le echó una mirada melancólica,

consolándola, inspirándola y dándole valor.

Madre se levantó con la ayuda de un bastón y arrastró su cuerpo

putrefacto hasta el camino, avanzando de manera vacilante, paso a paso, y

logró subir hasta la puerta de la iglesia.

Era domingo. El Pastor Malory estaba de pie en el púlpito polvoriento, con la *Biblia* en la mano, entonando un fragmento de San

Mateo para un puñado de ancianas con el pelo canoso.

«Estando María, su madre, desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba

esperando un hijo. José, su esposo, que era hombre justo, no queriendo

ponerla en evidencia, pensó en abandonarla en secreto. Pero mientras

pensaba en estas cosas, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le

dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo

que en ella ha sido concebido es obra del Espíritu Santo. Ella dará a luz un

hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”».

Este fragmento hizo brotar las lágrimas de los ojos de Madre, y esas

lágrimas cayeron sobre el cuello de su camisa. Tiró el bastón a un lado y se

hincó de rodillas. Mirando a la cara del estropeado Cristo de madera que

había sobre una cruz de hierro, le dijo sollozando:

—Señor, he llegado muy tarde a Ti...

Las ancianas se quedaron mirando a Shangguan Lu sin entender nada.

El hedor de su carne putrefacta las atufaba.

El Pastor Malory dejó su *Biblia* y se bajó de la plataforma en la que

estaba para levantar a Xuan'er, que se había quedado arrodillada. Unas

lágrimas cristalinas asomaron a sus ojos azules y amables.

—Pequeña hermana —le dijo—, he estado esperándote mucho tiempo.

A comienzos del verano de 1938, en una arboleda poblada de acacias,

en algún remoto rincón de la Aldea de la Loma Arenosa, el Pastor Malory

se arrodilló con reverencia ante Madre, cuyas heridas ya se habían

empezado a curar, y le acarició el cuerpo delicadamente con sus manos

temblorosas y enrojecidas. Le temblaban los labios, que estaban

ligeramente húmedos, y sus ojos de un azul límpido se podían confundir

con pedazos del profundo cielo azul del concejo de Gaomi del Noreste, que

se filtraba por los huecos que dejaban las acacias en flor.

—Pequeña hermana —le dijo, tartamudeando—, mi amada compañera... mi pequeña paloma... mi mujer ideal, tus muslos brillan

tanto como el jade más hermoso, esculpidos por un artista magistral, tu

ombbligo es como una copa perfectamente redonda y llena de un combinado

embriagador... tu cintura es como un haz de trigo atado con una cinta de

lilas... tus pechos son como dos cervatillos mellizos, como el fruto

flexible de las palmeras. Tu nariz es fragante como una manzana, tu boca

huele como el mejor de los licores. Mi amor, eres hermosa, eres una pura

delicia. ¡Me haces feliz hasta el delirio!

Disfrutando de las palabras de aprobación y del amable aprecio del

Pastor Malory, Madre se sentía ligera como una pluma de ganso flotando

en los cielos azules de Gaomi del Noreste y en los ojos azules del Pastor

Malory mientras el sutil aroma de los capullos rojos y blancos de las

acacias pasaba sobre ella como si fuera una ola.

Capítulo 3

I

Después de que le pusieran una inyección para detener la
hemorragia,
Madre empezó a volver en sí lentamente. Yo fui lo primero
que vio —más
específicamente, lo que vio fue un pequeño pene levantado
como la
crisálida de un gusano de seda entre mis piernas—, y la luz
reemplazó a la
falta de interés de su mirada. Me cogió entre sus brazos y me
besó, como
una gallina que picotea unos granos de arroz. Llorando
ásperamente,
busqué su pezón y ella me lo puso en la boca. Empecé a
mamar, pero en
lugar de encontrar leche, lo que saqué tenía el sabor de la
sangre. Yo
lloraba con fuerza, y Octava Hermana —que había nacido
justo antes que
yo— sollozaba de forma intermitente. Madre me acostó al
lado de mi
hermana y, haciendo un esfuerzo, logró bajar del *kang*.
Caminó, a punto de
perder el equilibrio, hasta la tina del agua, se agachó y se
bebió un
cucharón lleno. Miró con apatía los cadáveres que habían
quedado en el
patio. La burra adulta y su pequeña mula estaban en pie,
temblando junto a
un lecho de cacahuets. Mis hermanas mayores entraron en el
patio, con un
aspecto lamentable, y corrieron hacia Madre llorando
débilmente antes de
desmoronarse en el suelo.

El humo blanco salía de nuestra chimenea por primera vez desde la
catástrofe. Madre abrió la despensa de la abuela y sacó unos
huevos
conservados en escabeche, dátiles, cristal de azúcar y un viejo
pedazo de
ginseng que llevaba años ahí metido. Lo echó todo al *wok* y,
cuando el agua
comenzó a hervir, los huevos se movieron velozmente, de un
lado para
otro. Finalmente, Madre llamó a todas las chicas e hizo que se
sentaran
alrededor de una gran fuente.
—Vamos, niñas —les dijo—, a comer.
Mis hermanas cogieron la comida caliente de la fuente y se
pusieron a
comer con ansiedad. Madre se tomó solamente el caldo, tres
cuencos
llenos, hasta que se lo acabó todo. Se quedaron en silencio
durante un rato,
y después se abrazaron y se pusieron a llorar. Madre las dejó
llorar hasta
que quedaron agotadas antes de anunciarles:
—Niñas, tenéis un hermanito y una hermanita más.
Madre me amamantó. Su leche sabía a dátiles, a cristal de
azúcar y
huevos en escabeche; era un líquido magnífico. Abrí los ojos.
Mis
hermanas me estaban mirando, muy excitadas. Les devolví la
mirada con
los ojos nublados. Después de vaciar los pechos de Madre,
rodeado por los

gritos de mi hermanita, cerré los ojos. Entonces oí que Madre cogía a

Hermana Octava y suspiraba: «Tú no me hacías ninguna falta».

Al día siguiente, temprano, el sonido de un gong rompió el silencio de

la zona. Sima Ting, el administrador de la Casa Solariega de la Felicidad,

gritó ásperamente:

—Conciudadanos, sacad a vuestros muertos, llevadlos a todos fuera.

Madre se quedó de pie en el patio, cogiéndonos a mí y a Hermana

Octava en sus brazos y llorando en voz alta. En sus mejillas no había ni una

lágrima. La rodeaban sus hijas; algunas estaban llorando y otras no, pero

tampoco había lágrimas en ninguna de sus mejillas.

Sima Ting entró en el patio con su gong de bronce. Parecía una

calabaza seca. Era un hombre de una edad incalculable con la cara llena de

profundas arrugas. Tenía una nariz semejante a una fresa y unos ojos

negros y profundos que no dejaban de girar en sus cuencas; eran los ojos de

un niño pequeño. Los hombros, caídos por el paso de los años, le daban el

aspecto de una vela agitándose en el viento, pero sus manos eran hermosas

y bien redondeadas, con hoyuelos en las palmas. Se acercó andando hasta

donde estaba Madre e hizo sonar el gong con toda su fuerza.
Un sonido

mineral emergió del instrumento: *clong-ua-ua-ua-ua*. Madre dejó de

sollozar, estiró el cuello y contuvo el aliento durante al menos un minuto.

—¡Qué tragedia! —dijo Sima Ting con un suspiro exagerado.

Tenía una tristeza desesperada escrita en los labios, en las comisuras

de la boca, en las mejillas e incluso en los lóbulos de las orejas. Y sin

embargo, y a pesar de la evidente sensación de justificada indignación,

había un deje de burla escondida en el espacio que hay entre la nariz y los

ojos, una mirada de furtiva satisfacción. Anduvo hasta el cuerpo rígido de

Shangguan Fulu y se quedó sin moverse, a su lado, durante un momento.

Después se acercó al cuerpo decapitado de Shangguan Shouxi, y se agachó

junto a su cabeza para mirarle los ojos muertos, como si quisiera establecer

un contacto emocional. De las comisuras de los labios le caían unas gotas

de saliva. En contraste con la expresión de paz de la cara de Shangguan

Shouxi, Sima parecía un tanto estúpido y salvaje. «Vosotros, la gente, no

me habéis hecho caso, ¿por qué no me habéis hecho caso?», les

recriminaba a los muertos en voz baja, hablando para sí. Volvió donde

estaba Madre.

—Esposa de Shouxi, voy a ir a buscar a alguien para que se los lleve.

Con este tiempo... bueno, ya sabes.

Tenía un aspecto celestial, y Madre también. El cielo estaba de un

color gris plomizo y opresivo, y hacia el Este, el amanecer, de un rojo

sangre, estaba siendo derrotado por unas oscuras nubes.

Nuestros leones de

piedra estaban húmedos.

—La lluvia, viene la lluvia. Si no nos los llevamos, cuando se ponga a

llover y después salga el sol, ya puedes imaginarte lo que les pasará.

Madre nos cogió a mi hermana y a mí entre sus brazos y se arrodilló

enfrente de Sima Ting.

—Administrador —le dijo—, soy una viuda con un montón de niños

huérfanos, así que a partir de ahora tendremos que depender de ti. Niñas,

venid a hacerle una reverencia a vuestro tío.

Todas mis hermanas mayores se arrodillaron frente a Sima Ting, que

hizo restallar el gong —*bong bong*— con todas sus fuerzas.

—¡Que les den a sus ancestros! —maldijo, mientras las lágrimas le

surcaban la cara—. Todo esto es culpa de ese bastardo de Sha Yue-liang.

La emboscada que preparó hizo enfurecer a los japoneses, que se lanzaron

como locos a asesinarlos a nosotros, la gente del pueblo.
Levantaos, niñas,
levantaos todas y dejad de llorar. La vuestra no es la única
familia que está
sufriendo. Por mi habitual mala suerte, el jefe del condado me
ha dejado a
cargo de este pueblo. Ha huido para salvar la vida, pero yo
sigo aquí. ¡Qué
le den a sus ancestros! A ver, vosotros, Gou San, Yao Si, dejad
de perder el
tiempo. ¿Estáis esperando a que os mande un palanquín para
que vaya a
buscaros?

Gou San y Yao Si entraron corriendo en el patio, doblados por
la
cintura y seguidos por algunos de los holgazanes del pueblo.
Eran los
chicos de los recados de Sima Ting, su guardia de honor, sus
seguidores, su
prestigio y su autoridad, los medios que él empleaba para
cumplir con su
deber. Yao Si tenía un cuaderno de notas, con una cubierta de
papel de
estruja, bajo el brazo, y un lápiz apoyado detrás de la oreja.
Gou San se
agachó a darle la vuelta a Shangguan Fulu, para que pudiera
mirar hacia
arriba, a las nubes rojas de la mañana. Entonces recitó:
«Shangguan Fulu,
con la cabeza aplastada, era el cabeza de familia». Yao Si se
humedeció un
dedo, abrió el cuaderno de registro de hogares y fue pasando
páginas hasta

que encontró la que correspondía a la familia Shangguan.
Entonces cogió

el lápiz que tenía detrás de la oreja, se arrodilló sobre una sola
pierna y

apoyó el cuaderno en la otra. Tras tocar la punta del lápiz con
la lengua,

escribió el nombre de Shangguan Fulu.

—Shangguan Shouxi —la voz de Gou San, de repente, ya no
sonaba

tan decidida— con la cabeza separada del cuerpo.

Un lamento se abrió paso desde la garganta de Madre. Sima
Ting se

volvió hacia Yao Si:

—Vamos, anótalo, ¿me has oído?

Yao Si dibujó un círculo alrededor del nombre de Shangguan
Shouxi

pero no escribió la causa de su muerte. Sima Ting levantó el
mazo que

tenía en la mano y golpeó a Yao Si en la cabeza.

—¡Por tu madre! ¿Cómo te atreves a meterte por atajos con los
muertos? ¿Te crees que puedes aprovecharte de que no sé leer?
¿Es eso?

Con una mirada de cansancio y dolor, Yao Si le suplicó:

—No me pegue, anciano maestro. Lo tengo todo aquí. —Se
señaló la

cabeza—. No se me va a olvidar nada, ni en mil años.

Sima Ting lo miró fijamente.

—¿Y por qué se te ocurre que vas a vivir tanto? Mil años, ni
que

hubieras nacido de una tortuga.

—Anciano maestro, no era más que una figura retórica. No nos vamos

a pelear por esto.

—¿Y quién se está peleando? —dijo Sima Ting, y volvió a darle con

el mazo en la cabeza.

—Shangguan —dijo Gou San, que estaba enfrente de Shangguan Lü,

girándose hacia Madre para preguntarle—: ¿Cuál era el nombre de soltera

de tu suegra?

Madre sacudió la cabeza. Yao Si dio unos golpecitos en el cuaderno

con la punta de su lápiz y dijo:

—Se llamaba Lü.

—Shangguan, nacida Lü —gritó Gou San, agachándose para mirar al

cadáver—. Qué cosa tan rara, no tiene ninguna herida —murmuró, girando

la cabeza de Shangguan Lü de un lado para el otro. Entonces, un suave

quejido surgió de entre los labios de ella, haciendo que Gou San se

enderezara de golpe y empezara a retroceder, sin poder salir de su asombro

y tartamudeando—: Ha vuelto... ha vuelto a la vida.

Shangguan Lü abrió lentamente los ojos, como un bebé recién nacido,

tratando de ver pero sin ser capaz de enfocar bien. Madre dio un grito:

«¡Ma!». Nos dejó a mí y a mi hermana al cuidado de dos de las chicas

mayores y salió corriendo hacia donde estaba su suegra, deteniéndose

abruptamente cuando se dio cuenta de que los ojos de la anciana se habían

posado sobre mí, que estaba en los brazos de Primera Hermana.

—Atención, todos —dijo Sima Ting—, la anciana ha regresado

brevemente de la muerte para ver al bebé. ¿Es un niño?

La mirada de Shangguan Lü me hizo sentirme incómodo y me puse a

llorar.

—Dejadla que vea a su nieto —dijo Sima Ting—, para que pueda irse

en paz.

Madre me cogió de los brazos de Primera Hermana, se hincó de

rodillas y me sostuvo muy cerca de la anciana.

—Ma —le dijo, con lágrimas en los ojos—, no tenía otra opción...

Una luz brilló en la mirada de Shangguan Lü cuando se fijó en lo que

había entre mis piernas. Algo sonó en su abdomen, y después siguió un

olor rancio.

—Ya está —dijo Sima Ting—, esta vez sí que se ha ido.

Madre se levantó, conmigo en brazos y, enfrente de un montón de

hombres, se abrió la blusa y me metió uno de sus pezones en la boca. Con

la cara protegida contra sus pesados pechos, dejé de llorar. Sima Ting

anunció:

—Shangguan, nacida Lü, esposa de Shangguan Fulu, madre de Shangguan Shouxi, ha muerto; se le ha roto el corazón por las muertes de

su marido y su hijo. Muy bien, ¡lleváosla!

Los encargados de retirar los cadáveres se acercaron a Shangguan Lü

con unos ganchos de metal, pero antes de que pudieran colocárselos

debajo, ella se incorporó lentamente, como una viejísima tortuga. El sol

brillaba y su cara hinchada parecía un limón, o una tarta de Nochevieja.

Con una mueca burlona en la cara, se sentó con la espalda apoyada contra

el muro, como una montaña en miniatura.

—Cuñada mayor —le dijo Sima Ting—, estás fuertemente aferrada a

la vida.

Cubriéndose la boca con toallas rociadas con licor de sorgo para

protegerse del olor de los cuerpos en proceso de putrefacción, los

seguidores del máximo responsable del pueblo llevaban a hombros una

puerta de madera en la que todavía se podían detectar los restos de un

pareado de año nuevo[2]. Después de dejar la puerta en el suelo, cuatro de los holgazanes del pueblo —que ahora habían sido designados oficialmente

como encargados de retirar los cadáveres— cogieron con rapidez a

Shangguan Fulu por los brazos y las piernas y lo depositaron sobre la

puerta. Entonces, dos de ellos se llevaron la puerta fuera del patio. Uno de

los rígidos brazos de Shangguan Fulu colgaba a uno de los lados de la

puerta, y se balanceaba como un péndulo.

—Llevaros a esa anciana que está junto al portón —gritó uno de los

holgazanes.

Dos hombres se acercaron a toda velocidad.

—Es la vieja Tía Sol. ¿Cómo puede ser que haya muerto ahí? —se

preguntó en voz alta alguien que pasaba por el sendero—. Ponedla en el

carro. —No dejaban de oírse comentarios.

Depositaron la puerta al lado de Shangguan Shouxi, que yacía en la

misma posición en la que había muerto. Unas burbujas transparentes le

salían de la boca y se alejaban flotando hacia el cielo hasta que explotaban,

cuando Shouxi trataba de entrar dando gritos en el Paraíso, como si hubiera

un cangrejo escondido en su interior. Los encargados de la recogida de

cadáveres no estaban seguros de lo que debían hacer.

—Oh, diablos —dijo uno de ellos—, vamos allá.

Empezó a preparar su gancho de metal pero Madre lo detuvo de un

grito:

—¡A él no le pongáis ganchos!

Me volvió a entregar a Shangguan Laidi y después, con un fuerte

lamento, se lanzó sobre el cuerpo descabezado de su marido. Estiró el

brazo para alcanzar la cabeza pero retiró la mano al contacto con la carne.

—¡Déjalo, cuñada! —le dijo uno de los holgazanes, con una voz

amortiguada por la toalla que le cubría la boca—. Esa cabeza no se puede

volver a unir al cuerpo. Vete a mirar lo que hay en el carro que está ahí

afuera. Lo único que queda de algunos de esos cuerpos es una pierna,

después de que los perros se encarguen de ellos. Podría estar mucho peor.

Apartaos, niñas. Daos la vuelta y no miréis.

Abrazó a Madre y la llevó, medio empujándola, a un lado, junto a mis

hermanas.

—¡Cerrad los ojos, todos! —nos advirtió una vez más.

Cuando Madre y mis hermanas abrieron los ojos de nuevo, ya se

habían llevado todos los cuerpos del patio.

Salimos tras el carro, que iba lleno de cadáveres apilados y levantaba

un montón de polvo a su paso. Tiraban de él tres caballos como los que mi

hermana Laidi había visto esa otra mañana: uno era amarillo melocotón,

otro rojo dátil y otro verde puerro. Pero ahora avanzaban con lentitud, sin

energía, con las cabezas gachas y el color de sus pelajes apagado, opaco. El

caballo que iba delante, el amarillo melocotón, cojeaba de una de las patas

y tenía que hacer un esfuerzo terrible para dar cada paso. El conductor

había dejado el látigo arrastrando por el suelo y la mano que tenía libre

descansaba sobre la vara. Tenía el pelo negro por los lados pero

completamente blanco por el centro, como un pájaro carbonero. Al menos

una docena de perros, a ambos lados del camino, miraba con hambre los

cadáveres que llevaba el carro. Una procesión de supervivientes iba detrás,

siguiéndolo, casi ocultos entre el polvo. A su vez, nos seguía el nuevo

responsable del pueblo, Sima Ting, y sus subordinados, con Gou San y Yao

Si al frente. Algunos llevaban azadas sobre los hombros, otros los ganchos

de metal. Un hombre cargaba con una pértiga de bambú con tiras de tela

roja atadas al extremo. Sima Ting todavía llevaba su gong, y lo golpeaba

cada cierto número de pasos. A cada tañido, los familiares de los fallecidos

se lamentaban, pero no parecían dispuestos a llorar, y en cuanto se

extinguía el sonido del gong abandonaban sus lamentos. En lugar de sufrir

por los miembros muertos de sus familias, daba la sensación de que

estaban llevando a cabo una tarea que les había encargado el nuevo alcalde.

Así seguimos nosotros detrás del carro de caballos, llorando de vez en

cuando. Pasamos junto a la iglesia, con su campanario derruido, y junto al

molino de harina donde Sima Ting y su hermano menor, Sima Ku, le

habían puesto un arnés al viento hacía cinco años. Como una docena de

raquíticos molinos de viento seguían de pie por encima del molino,

temblando en el viento, y siempre parecía que estaban a punto de caerse. A

la derecha, pasamos junto al emplazamiento de una empresa que había

creado, veinte años atrás, un hombre de negocios japonés que se dedicaba a

la producción de algodón americano. Después pasamos junto al escenario

que había en la era de la familia Sima, donde Niu Tengxiao, el magistrado

del condado de Gaomi, había promulgado que las mujeres se quitaran los

vendajes de los pies. Finalmente, el carro giró a la izquierda, siguiendo el

Río del Agua Negra, y se dirigió hacia un campo que se extendía hasta la

región de los pantanos. Ráfagas de aire húmedo procedentes del Sur traían

el hedor de la podredumbre. Los sapos que había en los charcos a los lados

del camino y en las partes menos profundas del río croaban débilmente.

Una multitud de gordos renacuajos modificaba el color del agua.

El carro aceleró cuando entró en el campo. El conductor, Viejo Carbonero, hizo restallar su látigo sobre el caballo que iba delante, sin

importarle nada que cojeara de una pierna. El carro rebotaba salvajemente

sobre el camino, lleno de baches, y los cadáveres desprendían una terrible

pestilencia. Algo húmedo se filtraba hacia el suelo a través de las grietas

de la base del carro. Para entonces, el llanto había desaparecido por

completo y los familiares de los muertos se tapaban la boca y la nariz con

las mangas. Sima Ting y sus seguidores pasaron a nuestro lado,

rozándonos, y alcanzaron el carro; corrían doblados por la cintura y

dejaron atrás el carro y el hedor. Una docena de perros enloquecidos

llegaron desde ambos lados del camino, procedentes de los campos de

trigo, desatando el infierno con sus terribles ladridos.

Aparecían y

desaparecían entre los tallos de trigo, como las focas cuando nadan contra

las olas. Era un día perfecto para los cuervos y los halcones. Todos los

cuervos de Gaomi del Noreste descendieron al depósito de agua del pueblo,
como una nube negra que se cerniera sobre el carro de caballos. Rodearon
toda la zona, y sus graznidos de excitación llenaban el aire mientras ellos
dibujaban multitud de formas en su vuelo antes de caer en picado. Los
cuervos más ancianos se lanzaban directamente sobre los ojos de los
cadáveres, picoteándolos con sus picos duros y afilados. Los más jóvenes,
que tenían menos experiencia, atacaban las calaveras, creando un
estruendoso tamborileo. Viejo Carbonero los azotaba con el látigo, y con
cada golpe acababa al menos con una de las aves, que se convertía en
papilla bajo las ruedas del carro. Siete u ocho halcones dibujaron unos
círculos en el cielo, a gran altura, un tanto obligados por las corrientes de
aire que se oponían más abajo, donde estaban los cuervos. Estaban
igualmente interesados por los cadáveres, pero se negaban a unir sus
fuerzas a las de los cuervos; se sentían claramente superiores a ellos.
El sol asomó desde detrás de una nube, arrojando sobre las florecientes plantas de trigo un brillo resplandeciente y obligando al viento
a cambiar de dirección, lo cual generó una quietud momentánea que hizo

que las olas de trigo se quedaran dormidas, o se murieran. Un enorme plato
dorado, que parecía que se extendía hasta el horizonte, apareció debajo del
sol. Las espigas de trigo maduro eran como minúsculas agujas doradas que
hacían brillar al mundo. El carro de caballos se metió por un estrecho
sendero que había en mitad del campo, obligando al conductor a emplear
toda su pericia para pasar entre dos filas de tallos de trigo. Los caballos
que iban delante, el de color amarillo melocotón y el verde puerro, no
podían avanzar por el sendero uno al lado del otro, por lo que o el amarillo
trotaba entre los tallos de trigo o sería el verde el que se viera forzado a
atravesar la capa dorada. Como dos niños pequeños y caprichosos, se
empujaban mutuamente y se hacían salir del sendero. El carro, por ese
motivo, redujo su velocidad, cosa que hizo que los cuervos se pusieran
frenéticos. Docenas de ellos se posaron sobre las cabezas de los cadáveres
y empezaron a picotearlas, aleteando sin parar. Viejo Carbonero estaba
demasiado ocupado como para preocuparse por los cuervos. Seguro que la
cosecha de ese año iba a ser buena, ya que los tallos estaban bastante

gruesos, los estambres muy llenos y los granos bien redondeados. Las

espigas de trigo que cepillaban los vientres de los caballos y se frotaban

contra el carro y contra sus ruedas producían un crujido que ponía la piel

de gallina. Los perros asomaban la cabeza entre los tallos, con los ojos

cerrados para protegerse de las espigas. Les resultaba muy fácil seguir al

carro; sólo tenían que guiarse por el olfato.

La procesión en la que íbamos se hizo más delgada y más larga

cuando entramos en el campo de trigo. Ya nadie lloraba, ni siquiera se oía

un débil sollozo. Cada cierto tiempo, un niño se tropezaba y se caía, y

alguien, casi siempre de su familia, le echaba una mano y lo ayudaba a

ponerse de pie. En esta solemne unidad, los niños se negaban a llorar

aunque fuera en voz baja. Reinaba el silencio, pero era un silencio tenso e

incómodo. El carro, al pasar, y los perros enloquecidos asustaban a las

perdices del campo, que salían aleteando por el aire antes de volver a

instalarse en un mar de oro. Las serpientes del trigo, unas víboras rojas y

venenosas que sólo viven en Gaomi del Noreste, reptaban entre el trigo

como relámpagos, haciendo estremecerse a los caballos; los perros se

arrastraban siguiendo los surcos a lo largo, sin atreverse a mirar hacia arriba. El sol se hallaba parcialmente escondido tras unas oscuras nubes, y la mitad que se veía lanzaba unos ardientes rayos de luz sobre la tierra. Las sombras de las nubes parecían sobrevolar el trigal, apagando momentáneamente las llamas doradas que consumían a los tallos cuando los iluminaba la luz. Cada vez que el viento cambiaba de dirección, millones de espigas obedecían a las corrientes; los granos de trigo, en voz muy baja, se iban contando las atemorizadoras noticias. Al principio, unas cálidas ráfagas de viento del Noreste acariciaron las puntas de los tallos, y los estambres les dieron forma cuando pasaron a través de ellos, y abrieron unas diminutas y gorgoteantes corrientes que cruzaron el plácido mar de trigo. Después el viento ganó en intensidad, y se abrió paso con violencia entre los tallos. La bandera roja que portaba un hombre que iba al frente comenzó a agitarse, y rugieron las nubes que había en lo alto. Una serpiente dorada se retorció en el cielo del Noreste, que estaba teñido de un rojo sangre. Un trueno llegó rodando hasta la tierra. Hubo otro instante de silencio, durante el cual los halcones que

volaban en círculos en las alturas se dirigieron hacia el campo
y
desaparecieron entre los tallos de trigo. Los cuervos, por su
parte, salieron
en estampida en dirección al cielo, graznando con fuerza. La
tormenta
estalló y puso el trigo a moverse con fuerza; algunos de los
tallos se
balanceaban del Norte al Oeste y otros del Este al Sur. Las olas
más largas
y ondulantes empujaban y eran empujadas por otras, más
cortas e
irregulares, formando un remolino amarillo. Parecía como si el
mar de
trigo estuviera hirviendo en un inmenso caldero. Los cuervos
se
dispersaron. Cayeron unas gotas de lluvia pálidas y débiles,
acompañadas
por piedras de granizo del tamaño de huesos de albaricoque. El
aire, de
repente, estaba helado. Las piedras de granizo bombardeaban
las espigas de
trigo, la piel y las orejas de los caballos, los vientres
descubiertos de los
muertos y las cabezas desnudas de los vivos. De vez en
cuando, un cuervo,
con la cabeza rota por una piedra de granizo, caía muerto ante
nosotros.

Madre me cogió con fuerza, protegiendo mi frágil cabeza
escondiéndola en el cálido valle que se extendía entre sus
grandes pechos.

Había dejado a Octava Hermana, que era un ser humano
superfluo desde el

mismo momento de su nacimiento, en el *kang*, acompañando a Shangguan

Lü, que había perdido la cabeza y se arrastraba por la habitación del lado

occidental de la casa engullendo trozos de mierda de burro.

Mis hermanas se quitaron las camisas y se cubrieron la cabeza con

ellas, todas menos Laidi, porque las pequeñas manzanas verdes que eran

sus pechos de niña ya se le notaban bajo la camisa; ella se cubrió la cabeza

con las manos, pero se empapó de todos modos. El viento le ceñía

fuertemente la camisa al cuerpo.

Al fin, nuestra agotadora caminata nos condujo al cementerio público,

que consistía en diez acres de terreno abierto rodeado de campos de trigo.

Sobre muchos de los montones de tierra que cubrían las tumbas había unos

carteles de madera en estado de descomposición.

El aguacero pasó y las nubes se alejaron, en diversas direcciones,

hasta perderse de vista, cediendo su lugar a un impresionante cielo azul y a

una luz cegadora. De las piedras de granizo, que se estaban derritiendo,

subían pequeñas columnas de vapor. Algunos de los tallos de trigo que

habían sido dañados se irguieron; otros nunca volverían a hacerlo. Las

ráfagas de viento helado, abruptamente, se volvieron cálidas, y calentaron

los maduros granos de trigo, que ya estaban adquiriendo un color amarillo

brillante.

Mientras nos amontonábamos al borde del cementerio, vimos cómo

nuestro alcalde, Sima Ting, recorría la zona, haciendo saltar con cada uno

de sus pasos a varias langostas, cuyas alas externas, de un verde suave, al

agitarse dejaban ver las de debajo, que eran de color rosa. Se detuvo frente

a un arbusto de crisantemo salvaje, que estaba cubierto de pequeños

capullos amarillos. Dando una patada en el suelo, gritó:

—Aquí, aquí es donde quiero que empecéis a cavar.

Siete hombres morenos que llevaban espadas sobre los hombros

avanzaron lánguidamente, mirando hacia adelante y hacia atrás, como si

quisieran memorizar todos los rostros que había alrededor. Finalmente, se

giraron para mirar a Sima Ting.

—¿Qué estáis mirando? —gritó Sima—. ¡Cavad!

Entonces, tiró su gong y su mazo. El gong aterrizó en un matojo de

hierbas con los estambres blancos, donde se escondía un lagarto que se dio

un buen susto; el mazo, por su parte, aterrizó sobre unas dalias. Cogió una

de las espadas, clavó la punta en el suelo y empujó con un pie, llevándola

un poco hacia uno de los lados a medida que iba penetrando en la tierra.

Haciendo un gran esfuerzo, levantó la espada cargada con tierra y hierba y

dio un giro de noventa grados, sujetando la espada frente a sí. Entonces dio

otro giro de ciento ochenta grados y, con un fuerte gruñido, lanzó volando

el trozo de tierra, que se agitó en el aire como un gallo muerto y aterrizó

sobre unos dientes de león. Devolviéndole la espada a su propietario, dijo,

un tanto falto de aliento:

—Ahora cavad. Estoy seguro de que ya podéis oler esta peste.

Los hombres comenzaron a cavar, lanzando la tierra por el aire. Poco

a poco, fue tomando forma una zanja, cada vez más profunda.

Para entonces ya era mediodía. El sol hacía que la tierra se volviera de

un blanco resplandeciente. El hedor que emanaba del carro era cada vez

más fuerte, e incluso aunque estábamos a favor del viento, un olor que

revolvía las entrañas nos seguía. Entonces volvieron los cuervos. Sus alas

brillaban con un color entre el azul y el negro. Sima Ting recuperó su gong

y su mazo y, desafiando valientemente al hedor, subió al carro. «Bastardos

alados, a ver si alguno de vosotros tiene agallas para venir aquí. ¡Os voy a

descuartizar!». Golpeó el gong y empezó a dar saltos, gritando maldiciones

al aire. Los cuervos volaban en círculos a unos quince metros por encima
del carro, y sus graznidos caían hacia la tierra junto a sus deposiciones y a
algunas plumas viejas. El Viejo Carbonero cogió el palo de la bandera roja
y lo agitó hacia donde estaban los cuervos, que se dividieron en grupos y se
lanzaron en picado emitiendo unos agudos chillidos y empezaron a girar
alrededor de las cabezas de Sima Ting y del Viejo Carbonero; tenían unos
ojos diminutos y ovalados, unas poderosas y rígidas alas y unas garras
repulsivamente sucias. Los hombres les plantaron cara e intentaron
ahuyentarlos, pero las aves no se rendían y sus picos siempre daban en el
blanco. Entonces, los hombres emplearon el gong y el mazo y el palo de la
bandera como armas, haciendo que se incrementaran los ruidos de la
batalla. Los cuervos heridos cerraban las alas y caían pesadamente sobre el
césped de terciopelo, entre las flores blancas, y después se desplazaban
cojeantes hasta el campo, arrastrando las alas tras ellos. Los perros
enloquecidos que se escondían entre los tallos les caían encima como un
tiro, y los despedazaban en un abrir y cerrar de ojos. En un instante, sobre

el suelo habían quedado los restos, unas plumas pegajosas, y los perros se retiraban hasta el comienzo del campo y se echaban al suelo indolentemente, jadeando con fuerza, con sus lenguas de color escarlata colgando a un lado de la boca. Algunos de los cuervos que no habían sufrido heridas continuaban su ataque a Sima Ting y el Viejo Carbonero, pero el grueso de su ejército atacaba al carro de una manera ruidosa, excitada, repulsiva; sus cuellos eran como resortes, sus picos como leznas, y celebraban un banquete de deliciosa carroña humana, un banquete diabólico. Sima Ting y el Viejo Carbonero cayeron al suelo, exhaustos, con ríos de sudor embarrando sus rostros polvorientos.

La zanja, para entonces, tenía una profundidad tal que cubría hasta los hombros, por lo que lo único que podíamos ver, de vez en cuando, era la parte superior de la cabeza de alguno de los que estaban cavando dentro y los pedazos de barro, blanco y húmedo, que lanzaban hacia afuera. El aire estaba cargado con el fresco olor de la tierra.

Uno de esos hombres salió de la zanja y se acercó a Sima Ting.

—Alcalde —le dijo—, hemos encontrado agua.

Sima lo miró con los ojos petrificados y levantó lentamente el brazo.

—Ven a mirar —le dijo el hombre.

—Ya es suficientemente profunda.

Sima le mostró un dedo doblado al hombre, que se quedó muy sorprendido por esa señal.

—¡Idiota! —gruñó Sima—. Ayúdame a levantarme.

El hombre se agachó y ayudó a Sima a ponerse en pie.
Quejándose,

Sima se golpeó la cintura con los puños y, con la ayuda del otro hombre, se

acercó al borde de la zanja.

—Maldita sea —juró Sima Ting—. Salid de ahí, bastardos.
Seguiríais

cavando hasta llegar al infierno y no os daríais cuenta. —Los hombres

salieron de la zanja y sintieron el golpe del hedor que procedía de los

muertos. Sima le dio un golpe al carretero—. Ponte en pie —ordenó—, y

trae ese carro aquí. —El carretero no se movió—. Gou San, Yao Si —tronó

Sima—, meted a ese hijo de perra en la zanja el primero.

Gou San, que estaba de pie junto a los demás hombres, dio un gruñido

como respuesta.

—¿Dónde está Yao Si? —preguntó Sima.

—Ese culo inquieto gilipollas ya se ha escabullido —dijo Gou San,

enfadado.

—Aplástale el cuenco de arroz a ese bastardo cuando volvamos —le

dijo Sima, dándole otro golpe al carretero—. Vamos a ver si este está

muerto.

El carretero se puso de pie, con una expresión de resignación en el

rostro, y le echó una mirada temerosa a su carro, que estaba donde

empezaba el cementerio. Algunos cuervos se apiñaban en el fondo de la

zanja, dando saltitos arriba y abajo y emitiendo unos fuertes y penetrantes

graznidos. Los caballos se habían echado en el suelo y tenían los hocicos

enterrados en la hierba; unos cuervos se les habían instalado en la grupa. El

resto de los cuervos estaban sobre el césped, dándose un banquete. Dos de

ellos se disputaban un enorme trozo, uno se echaba atrás, el otro tenía que

avanzar un poco y obligaba al primero a seguir retrocediendo. En algunos

momentos los dos se quedaban quietos, clavados sobre sus garras, y

agitaban las alas frenéticamente, y estiraban la cabeza, con las plumas del

cuello erizadas, mostrando la piel violácea de debajo, y entonces sus

cuellos parecían a punto de separarse del resto del cuerpo. Un perro surgió

de la nada y se apoderó del pedazo de entrañas, arrastrando a los dos

pájaros por el césped.

—Libérame, alcalde —imploró el carretero cayendo de rodillas

enfrente de Sima Ting, que cogió un trozo de tierra y se lo lanzó a los

cuervos.

Estos apenas se dieron cuenta. Después, se dirigió a las familias de los

fallecidos y murmuró:

—Eso es todo, ya está. Podéis iros a casa.

Madre fue la primera de la multitud alucinada que se hincó de rodillas, seguida por los demás, y un aullido lastimero brotó de su

garganta.

—Sabio Sima, ponlos a descansar —le suplicó Madre.

El resto de la multitud también se lo suplicó. «Por favor, por favor,

ponlos a descansar. Padre, Madre, nuestros hijos...».

De la cabeza agachada de Sima brotaba un sudor que le corría cuello

abajo. Con un gesto de exasperación, volvió caminando al lugar en el que

se encontraban sus hombres y les dijo suavemente:

—Hermanos, he tolerado vuestras estrategias de matones, vuestros

robos, vuestras peleas, vuestra forma de aprovecharos de las viudas,

vuestros saqueos de las tumbas, y muchos otros pecados contra el Cielo y

la Tierra. Uno entrena soldados durante mil días para una única batalla. Y

ahora, hoy, tenemos un trabajo por hacer, aunque los cuervos nos

arranquen los ojos y nos picoteen el cerebro. Yo, el alcalde,
voy a ser el
primero, y me follaré a dieciocho generaciones de mujeres de
la familia de
cualquiera que intente escaquearse. Cuando hayamos
terminado, os llevaré
de vuelta y os emborracharé a todos. Ahora, ¡ponte en pie! —
le dijo al
carretero, tirándole de la oreja—. ¡Y trae aquí ese carro!
Hombres, caged
vuestras armas. ¡Comienza la batalla!

En ese momento, tres jovenzuelos de piel oscura surgieron
entre las
olas de trigo. Eran los nietos mudos de la Tía Sol. Todos
llevaban los
mismos pantalones cortos de colores, y nada más. El más alto
de los tres
blandía una espada que giraba por el aire, haciendo un sonido
sibilante. El
segundo llevaba una daga con un mango de madera, y el
tercero cerraba la
comitiva arrastrando por el suelo una espada de larga
empuñadura. Con los
ojos como platos, gruñeron e hicieron una serie de gestos que
describían su
angustia. A Sima Ting se le iluminaron los ojos cuando les dio
unas
palmaditas en la cabeza.

—Jovenzuelos —les dijo—, vuestra abuela y vuestros
hermanos están
ahí, en el carro. Vamos a enterrarlos. Esos malditos cuervos
han ido

demasiado lejos. Son los japoneses, así que luchemos contra ellos.

¿Entendéis lo que os digo?

Yao Si, que había reaparecido de algún lugar, les hizo unos signos a

los chicos. Lágrimas y llamaradas de rabia brotaron de los ojos de los

mudos, que cargaron contra los cuervos con sus cuchillos y espadas

brillando en el aire.

—Y tú, diablo escurridizo, ¿dónde te habías metido? —le preguntó

Sima a Yao Si, cogiéndolo por los hombros y sacudiéndolo con violencia.

—Fui a buscar a esos tres.

Los mudos subieron de un salto a la parte trasera del carro, y llenaron

de sangre con mucha rapidez sus brillantes cuchillos y espadas, enviando a

unos cuantos cuervos desmembrados contra el suelo.

«¡Cargad!», gritó

Sima Ting. Los hombres se amontonaron sobre el carro para luchar contra

los cuervos. Las maldiciones, los sonidos del combate, los chillidos de los

cuervos y el agitar de sus alas creaban un conjunto de ruidos que convergía

con los fétidos olores, a muerte, a sudor, a sangre, a barro, a trigo y a flores

silvestres.

Los cuerpos destrozados fueron echados de cualquier manera en la

zanja. El Pastor Malory se quedó de pie sobre el montón de tierra
removida, junto a la zanja, y se puso a recitar: «Señor, acoge las almas de
estas víctimas desgraciadas...». Las lágrimas brotaron de sus ojos azules y
bajaron atravesando las cicatrices moradas, resultado del látigo; desde ahí
fueron goteando sobre su túnica negra, que estaba abierta, y sobre el
crucifijo de bronce que descansaba en su pecho.
Sima Ting lo apartó del borde de la zanja.
—Malory —le dijo—, vete hacia allá y relájate un poco. No te olvides
de que has escapado por muy poco de las garras de la muerte.
Mientras los hombres echaban tierra al interior de la zanja, el Pastor
Malory producía una larga sombra bajo el sol poniente. Madre se quedó
ahí, mirándolo y sintiendo cómo su corazón se aceleraba bajo su pesado
pecho izquierdo. Para el momento en que los rayos del sol habían
adquirido un color rojizo, en el centro del cementerio se había erigido una
inmensa protuberancia de tierra que señalaba el lugar bajo el que estaba la
tumba. Sima Ting se arrodilló y tocó el suelo con la frente en ese lugar, y
lo mismo hicieron los demás supervivientes, soltando unos lamentos
obligatorios pero débiles. Madre instó a los familiares de las víctimas a

que también se prosternaran ante Sima Ting y sus ayudantes
en señal de
gratitud.

—Eso no hace ninguna falta —dijo Sima.

Los miembros del equipo funerario se encaminaron hacia el
poniente

para regresar a casa. Madre y mis hermanas estaban bastante al
final de la

multitud, que se estiraba durante cerca de quinientos metros.
El Pastor

Malory cerraba el grupo, avanzando con piernas temblorosas.
Unas gruesas

sombras humanas se proyectaban sobre los campos de trigo.
Bajo los rayos

de color rojo sangre del sol, la aparentemente infinita
expansión del

silencio se quebraba con el ruido de los pasos, el silbido que
producía el

viento al pasar entre los tallos de trigo, el áspero sonido de mi
llanto y el

primer ulular melancólico de un gordo búho que se despertaba
de su sueño

diurno en su refugio, sobre una morera, en el cementerio. Tuvo
un efecto

terrible: a todos los que lo oyeron se les paró el corazón.
Madre se detuvo

para mirar atrás, al cementerio, donde una niebla violeta se
elevaba desde

el suelo. El Pastor Malory se agachó para coger en brazos a mi
séptima

hermana, Qiudi.

—Pobrecilla —le dijo.

Sus palabras se quedaron resonando en el aire mientras un millón de insectos lo rodeaba, zumbando.

II

Fue la mañana del Festival del Medio Otoño, unos cien días después de que naciéramos mi hermana y yo, cuando Madre nos llevó a ver al Pastor

Malory. La puerta de la iglesia que daba a la calle estaba cerrada a cal y

canto y estropeada con unos blasfemos *graffiti* de contenido antirreligioso.

Cogimos el camino que llevaba a la parte de atrás de la iglesia y allí oímos

el eco de los golpes que dimos en la puerta, que reverberaron en el bosque.

La cabra, desnutrida, estaba atada a una estaca que había junto a la puerta.

Tenía una cara tan larga que se parecía más a un burro o a un camello o a

una anciana que a una cabra. Levantó la cabeza para echarle una mirada

llena de melancolía a Madre, que le dio un toquecito en la barbilla con la

punta del zapato. Tras una larga queja, volvió a bajar la cabeza y siguió

pastando. Un ruido estruendoso llegó acompañando al sonido de las toses

del Pastor Malory. Madre llamó al timbre.

—¿Quién es? —preguntó el Pastor Malory.

—Yo —contestó Madre con suavidad.

La chirriante puerta se abrió lo suficiente para que Madre
pudiera

deslizarse hacia dentro llevándonos a nosotros en brazos. El
Pastor Malory

cerró la puerta tras ella, y después se volvió hacia nosotros y
nos abrazó

con sus largos brazos.

—Mis adorables pequeños, sangre de mi sangre...

Sha Yueliang y su recientemente formada banda de hombres,
la Banda

de Mosqueteros del Burro Negro, subieron, rebosantes de
ánimo, el camino

que nosotros acabábamos de recorrer en nuestra procesión
funeraria, y se

dirigieron hacia la aldea. En uno de los lados del sendero, el
sorgo crecía

muy alto entre el trigo. Al otro lado, las cañas se extendían
hasta el borde

del Río del Agua Negra. El verano, muy soleado y con
abundantes lluvias

dulces, había resultado ser muy fructífero para todo tipo de
plantas. Las

hojas eran gordas y los tallos gruesos, incluso desde antes de
que hubiera

sedas arriba de las altas cabezas de los sorgos. Las cañas que
crecían en el

río eran exuberantes y negras, y sus tallos y sus hojas estaban
cubiertos por

un fino vello blanco. A pesar de que ya estábamos a la mitad
del otoño, no

había ninguna sensación otoñal en el ambiente. Y sin embargo
el cielo

tenía el profundo color azul del otoño, y el sol era otoñalmente hermoso.

Sha Yueliang lideraba una banda de veintiocho hombres. Todos ellos

montaban unos burros negros idénticos, procedentes de la zona sur del

país, del montañoso Condado de Wulian. Sus cuerpos eran gruesos y

musculosos y sus piernas cortas, por lo que los caballos siempre los

superaban en velocidad, pero tenían una fuerza asombrosa y eran capaces

de recorrer distancias muy largas. Sha había elegido estos veintiocho

burros de entre más de ochocientos. Jóvenes, negros y llenos de energía, no

estaban castrados y habían recibido la bendición de tener unas voces

fuertes y estridentes. Así eran sus monturas. Los veintiocho animales

formaron una línea negra que parecía un arroyo en movimiento. Una niebla

blanca y lechosa flotaba por encima del sendero, y los rayos de sol se

reflejaban en el lomo de los burros. Cuando divisó la castigada torre del

reloj y de vigilancia, Sha tiró de las riendas de su burro, que avanzaba en

primer lugar. Los que iban detrás siguieron avanzando testarudamente. Se

dio la vuelta y, mirando a sus hombres a la cara, les ordenó que

desmontaran y que se lavaran y limpiaran a sus burros. Una expresión

sobria y seria adornó su rostro oscuro y huesudo y les echó una reprimenda

a sus hombres, que estaban holgazaneando por los alrededores tras haberse

bajado de sus monturas. Él consideraba que lavarse y limpiar a los

animales eran actividades gloriosas y muy elevadas. Les dijo a sus

hombres que habían surgido un montón de guerrillas antijaponeses, por

todas partes, como hongos, pero que la Banda de Mosqueteros del Burro

Negro iba a ser la más importante de todas debido a su estilo único, y que

se convertiría en la única fuerza de ocupación del Concejo de Gaomi del

Noreste. Para impresionar a los aldeanos, debían tener un cuidado especial

con lo que hacían y con lo que decían. Bajo los efectos de su arenga, la

moral de la banda subió; tras quitarse las camisas y tenderlas en el suelo,

se metieron en el río, en la zona menos profunda, y se pusieron a lavarse,

salpicando agua en todas las direcciones. Sus cabezas recientemente

afeitadas resplandecían bajo la luz del sol. Sha Yueliang sacó una pastilla

de jabón de su mochila y la cortó en tiras; después repartió estas tiras entre

sus hombres, diciéndoles que no se dejaran ni una mota de polvo en el cuerpo. Se metió en el río para unirse a ellos y se agachó hasta que su hombro herido casi tocó el agua, de manera que llegaba a frotarse el cuello, que estaba bien sucio. Mientras los jinetes se lavaban, los burros pastaban entre las abundantes hojas de las cañas acuáticas o mascaban los tallos de sorgo o se mordisqueaban las nalgas unos a otros. Algunos, simplemente se quedaban de pie, enfrascados en profundos pensamientos, o extraían los tallos más carnosos de sus vainas y se los restregaban contra el vientre.

Mientras los burros se dedicaban a hacer lo que les apeteciera más, Madre lograba liberarse del abrazo del Pastor Malory, diciéndole: —¡Estás aplastando a los bebés, burro tontorrón!

El Pastor Malory sonrió disculpándose, dejando ver dos bonitas filas de dientes blancos; acercó a nosotros una de sus grandes manos rojizas, se detuvo un segundo, y entonces acercó la otra. Cogiéndole uno de los dedos, comencé a gorjear, pero Octava Hermana siguió durmiendo como un tronco, sin llorar ni chillar ni hacer ningún ruido. Había nacido ciega.

Levantándome con un brazo, Madre dijo: «Míralo, se está riendo».

Después me depositó sobre esas manos grandes y sudorosas
que me
estaban esperando. El Pastor Malory bajó la cabeza y la colocó
junto a la
mía, tan cerca que yo veía cada uno de los mechones pelirrojos
de su
cabeza, los pelos marrones de la barba que tenía en la barbilla,
su nariz
aguileña y el brillo de benevolencia de sus ojos. De repente,
sentí unos
dolores agudos que me recorrían la espalda de arriba a abajo.
Sacándome el
pulgar de la boca, solté un aullido y las lágrimas me
empezaron a brotar a
borbotones; el dolor parecía penetrarme hasta los huesos. Sentí
que
apoyaba sus labios barbudos sobre mi frente —parecía que le
temblaban—
y olí una poderosa vaharada de su aliento a leche de cabra y
cebollas.
Me devolvió a los brazos de Madre.
—Lo he asustado —dijo avergonzado.
Madre le pasó a Octava Hermana después de cogerme a mí.
Me dio
unas palmaditas y me acunó entre sus brazos.
—No grites —me susurró—. ¿Sabes quién es ese? ¿Le tienes
miedo?
No le tengas miedo, es un hombre bueno, es tu... tu padrino.
Mis dolores de espalda continuaban y mi llanto se volvió más
áspero,
así que Madre se abrió la blusa y me metió uno de sus pezones
en la boca.

Lo atrapé como un hombre que se está ahogando atrapa un madero, y
succioné con desesperación. Su leche tenía un cierto sabor a hierba, que
sentía cuando me bajaba por la garganta. Pero los terribles dolores que
tenía en la espalda me obligaron a soltar su pecho para llorar un poco más.

Cerrando los puños ansiosamente, el Pastor Malory fue corriendo hasta la
base del muro, de donde arrancó unas plantas y empezó a agitarlas de un
lado a otro frente a mí para que dejara de llorar. No funcionó, por lo que
volvió a toda prisa y arrancó un girasol grande como la luna y rodeado de
unos pétalos dorados, y me lo trajo y lo sacudió en el aire para que yo lo
viera. A mí me atraía el aroma de la flor. Mientras el Pastor Malory iba y
volvía corriendo con frenesí, Octava Hermana dormía plácidamente entre
sus brazos.

—Mira eso, cariño —me dijo Madre—. Tu padrino te ha traído la luna
del cielo.

Yo estiré los brazos para coger la luna, pero los penetrantes dolores
que sentía me detuvieron.

—¿Qué le pasa? —preguntó Madre, con los labios pálidos y la cara
bañada en sudor.

El Pastor Malory le contestó:

—Quizá tenga alguna molestia.

Con la ayuda del Pastor Malory, Madre me quitó el traje rojo que me

había hecho para celebrar el centésimo día de mi llegada a este mundo y

descubrió un alfiler que se había quedado atrapado en uno de los

dobladillos. Me había hecho docenas de heridas en la espalda, que estaba

cubierta de puntitos sanguinolentos. Madre lanzó el alfiler por encima del

muro.

—Mi pobre bebé —dijo entre lágrimas—, ¡es todo culpa mía! ¡Culpa

mía!

Se golpeó su propia cara con dureza. Y después volvió a hacerlo una

segunda vez. Fueron dos golpes secos. Entonces el Pastor Malory le cogió

la mano, y después la rodeó y nos abrazó a los dos, dándole a Madre besos

en las mejillas, las orejas y el pelo con sus labios húmedos.

—No es culpa tuya —le dijo—. La culpa es mía. Échame la culpa a

mí.

Su ternura tuvo un efecto calmante en Madre, que se sentó en el

camino, ante la puerta de la casa, y volvió a meterme uno de sus pezones

en la boca. Su dulce leche me humedeció la garganta mientras el dolor que

sentía en la espalda iba desapareciendo gradualmente. Tenía los labios

rodeando el pezón y las manos sobre un pecho, y con un pie le protegía el

otro, haciendo un movimiento como si le estuviera dando un masaje.

Madre apartó ese pie, pero en cuanto lo soltó, volvió a su posición anterior.

—Yo revisé la ropa cuando se la puse —dijo con incertidumbre—.

¿De dónde habrá salido ese alfiler? ¡Seguro que ha sido la vieja bruja la

que lo ha puesto ahí! ¡Odia a todas las mujeres de esta familia!

—¿Lo sabe? Lo nuestro, quiero decir —preguntó el Pastor Malory.

—Se lo he dicho —le contestó Madre—. No dejaba de presionarme y

ya no podía soportar más sus abusos. Es una bruja vieja y terrible.

El Pastor Malory entregó a Octava Hermana de vuelta a Madre.

—Aliméntala —le dijo—. Los dos son regalos de Dios, y ninguno

debería ser tu favorito.

La cara de Madre se sonrojó mientras cogió al bebé que él le daba.

Pero cuando intentó darle el pezón, le di un golpe en el estómago a mi

hermana, que empezó a chillar.

—¿Has visto eso? —preguntó Madre—. ¡Qué pequeño tirano! Vete a

buscar un poco de leche de cabra para dársela a la niña.

El Pastor Malory le dio de comer a Octava Hermana y después la

acostó en el *kang*. Ella no gritó ni lloró. Después, él se puso a estudiar la

pelusilla rizada que yo tenía en la cabeza. Madre se dio cuenta de que me

miraba extrañado.

—¿Qué estás mirando? ¿Es que te parecemos desconocidos?

—No —dijo él, sacudiendo la cabeza y con una sonrisa tonta en el

rostro—. Ese pequeño desgraciado chupa como un lobo.

—Como alguien que yo sé —contestó Madre, juguetonamente.

Él sonrió de una manera aún más tonta.

—No te referirás a mí, ¿verdad? ¿Qué clase de niño era yo?

Se le nublaron los ojos al acordarse de su juventud, que había transcurrido en un lugar que estaba a miles de kilómetros de allí. Dos

lágrimas cayeron de sus ojos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Madre.

Él soltó una risa seca, intentando ocultar que estaba avergonzado,

mientras se secaba los ojos con sus dedos gruesos y nudosos.

—No es nada —dijo—. Llevo en China... ¿cuánto tiempo hace ya?

En la voz de Madre sonó un matiz de disgusto:

—No puedo acordarme de una época en la que no estuvieras. Eres de

aquí, exactamente igual que yo.

—No —dijo él—. Tengo mis raíces en otro país. Me envió el arzobispo en calidad de mensajero de Dios; hubo un tiempo en el que tenía

un documento que lo acreditaba.

Madre rio.

—Pero viejo —le dijo—, mi tío dice que eres un diablo extranjero

farsante, y que eso que tú llamas tu documento era una falsificación obra

de un artesano del Condado de Pingdu.

—¡Qué tontería! —el Pastor Malory se irguió rápidamente, como si

estuviera profundamente ofendido—. ¡Ese Gran Zarpa Yu es un idiota!

—No hables así de mi tío —dijo Madre con tristeza—. Siempre estaré

en deuda con él.

—Si no fuera tu tío —le dijo el Pastor Malory—, lo liberaría de su

virilidad.

Madre se rio.

—Puede obligar a una mula a sentarse con la fuerza de sus manos.

—Si tú no crees que yo sea sueco —dijo él, descorazonado—, entonces no lo creerá nadie.

Sacó su pipa, la relleno de tabaco y se puso a fumar en silencio.

Madre suspiró.

—¿No te basta con que yo admita que eres un verdadero extranjero?

¿Por qué te enfadas conmigo? ¿Has visto alguna vez a un chino que sea tan

peludo como tú?

En la cara del Pastor Malory apareció una sonrisa infantil.

—Algún día volveré a mi hogar —dijo. Y después, tras una pensativa

pausa, añadió—: Aunque si realmente tuviera la posibilidad de hacerlo,

quizá no me iría. No, a no ser que tú vinieras conmigo.

—Tú nunca te irás de aquí —dijo ella—, y yo tampoco, así que

deberíamos adaptarnos lo mejor que podamos. Además, ¿no dices tú

siempre que no tiene importancia de qué color tiene el pelo una persona,

que sea rubia, morena o pelirroja, porque todos somos corderos del rebaño

de Dios? También dices que lo único que necesita un cordero es un pastizal

verde. ¿Es que un pastizal del tamaño de Gaomi del Noreste no es

suficiente para ti?

—Sí, es suficiente —contestó emocionado el Pastor Malory—. ¿Por

qué me iba a ir a ninguna otra parte si tú, mi pasto de los milagros, estás

aquí?

Viendo que Madre y el Pastor Malory estaban ocupados con sus cosas,

la burra que estaba en la piedra del molino comenzó a mordisquear la

harina. El Pastor Malory se acercó a ella y le dio un sonoro golpe,

poniéndola a trabajar de nuevo a toda velocidad.

—Los bebés están durmiendo —dijo Madre—, así que te ayudaré a

cribar la harina. Vete a coger una esterilla de paja y yo la tenderé a la

sombra. —El Pastor Malory volvió con una esterilla y la tendió bajo un

frondoso árbol; a pesar de que Madre me había acostado sobre esa fresca

esterilla, mi boca estaba prendida desafiante-mente a su pezón —. Este niño

es como un pozo sin fondo —dijo—. Me devorará hasta el tuétano antes de

que me dé cuenta.

El Pastor Malory mantenía a la burra en movimiento; la burra hacía

girar la piedra del molino y la piedra machacaba los granos de trigo que se

convertían en un grueso polvo que salía al exterior por la parte superior de

la piedra. Madre se sentó bajo el árbol, puso una canasta de sauce sobre la

esterilla y colocó un estante sobre ella. Después echó el polvo en un tamiz,

para cribarlo, y empezó a agitarlo hacia adelante y hacia atrás, rítmicamente, manteniendo siempre el mismo pulso. La harina, blanca

como la nieve, caía a la canasta, y las cáscaras rotas quedaban en el fondo

del tamiz. La brillante luz del sol se filtraba a través de las hojas y caía

sobre su cara y sus hombros. Una sensación hogareña flotaba en el

ambiente del patio. El Pastor Malory iba detrás de la burra, dando vueltas

alrededor de la piedra del molino, para evitar que se detuviera.
Era nuestra

burra; el Pastor Malory la había pedido prestada esa mañana
para que lo

ayudara a moler el trigo. El sudor que tenía en la espalda
oscurecía el

pelaje del animal, que iba al trote para evitar el aguijón del
látigo. El

balido de una cabra, al otro lado del muro, anunció la llegada a
la puerta de

la mula que había venido al mundo el mismo día que yo. La
burra soltó una

coz con sus cascos traseros.

—Deja entrar a la mula —dijo Madre—, y date prisa.

Malory fue corriendo hasta la puerta y empujó la encantadora
cabeza

del animal hacia atrás, para destensar un poco la correa que lo
ataba a un

poste. Después la soltó del poste y saltó hacia atrás mientras la
mula

irrumpía a través de la puerta, llegaba corriendo junto a su
madre y cogía

uno de sus pezones con la boca. Eso calmó a la burra.

—Los humanos y los animales somos muy parecidos —dijo
Madre,

soltando un suspiro. Malory asintió mostrando que estaba de
acuerdo.

Mientras nuestra burra amamantaba a su cría bastarda por los
alrededores de la piedra del molino, al aire libre, en el terreno
de Malory,

Sha Yueliang y su banda de hombres estaban cepillando a sus
monturas, y

después de hacerlo en las crines y en el ralo pelo que tenían en las colas,

les secaron el pelaje con unas delicadas telas de algodón y los enceraron.

Después de la limpieza, los veintiocho burros parecían otros. Veintiocho

jinetes estaban junto a ellos, orgullosos y llenos de energía, y sus

veintiocho mosquetes brillaban de una manera deslumbrante. Cada uno de

los hombres llevaba dos calabazas atadas al cinturón, una grande y una

pequeña. La grande contenía pólvora y la pequeña perdigones. Las

calabazas habían sido tratadas con tres capas de aceite de árbol de tung.

Las cincuenta y seis calabazas, bien pulidas, relucían al sol. Los hombres

llevaban pantalones de color caqui y chaquetas negras, y se cubrían la

cabeza con unos sombreros cónicos tejidos con tallos de sorgo. Por ser el

jefe del escuadrón, Sha Yueliang llevaba una borla roja en su sombrero.

Miró satisfecho a sus hombres y a sus monturas y dijo: «Id bien erguidos,

hermanos. Le vamos a enseñar a esa gente de qué es capaz una banda de

hombres con unos mosquetes y unos burros negros relucientes». Se montó

en su burro, le dio una palmada en el lomo y se puso en marcha. Sí, puede

que los caballos sean ágiles, pero los burros son animales
modélicos para
desfilar. Los hombres que montan a caballo tienen un aire de
majestad,
pero los que montan en burro tienen una sensación de
completud. Poco
después, el escuadrón aparecía en las calles de Dalan. Después
de haber
quedado empapadas por un verano lluvioso, las calles estaban
firmes y
brillantes, no como durante la estación de las cosechas, cuando
estaban tan
secas y polvorientas que un caballo, al galope, podía levantar
una gran
nube de polvo. La banda de Sha dejaba un rastro de blancas
huellas de
cascos y, por supuesto, de los sonidos que hacían los animales
cuando las
formaban al pisar. Todos los burros de Sha tenían herraduras,
como si
fueran caballos. Un golpe de genio que había tenido Sha. Los
crujientes
ruidos primero atrajeron a los niños del vecindario, y después
a Yao Si, el
contable del ayuntamiento, que salió a la calle con una túnica
de mandarín
que pertenecía a otra época y con un lápiz colocado tras la
oreja, y se
plantó frente al burro de Sha Yueliang. Inclinandose
profundamente y
sonriendo con amplitud, le preguntó:
—¿Qué tropas comandas? ¿Vas a intentar resistir aquí o
solamente

estás de paso? Estoy a tu servicio.

Sha bajó de su burro de un salto y le contestó:

—Somos la Banda de Mosqueteros del Burro Negro, un comando

antijaponés. Tenemos órdenes de organizar la resistencia en Dalan. Para

eso, necesitaremos un lugar donde acuartelarnos, alimento para nuestras

monturas y una cocina. Si nos proporcionáis comida sencilla, como huevos

y pan de pita, será suficiente para nosotros. Pero nuestros burros son

animales de resistencia, y tienen que alimentarse bien. El heno debe ser

bueno y estar limpio de impurezas, el forraje debe estar hecho con pasteles

de judías desmigajados y agua del pozo. Ni una gota de agua embarrada del

Río de los Dragones.

—Señor —dijo Yao Si—, las tareas de tanta importancia no pueden

confiarse a alguien de mi posición. Debo pedir instrucciones al venerable

alcalde de la ciudad, que acaba de ser nombrado jefe de los Cuerpos para el

Mantenimiento de la Paz por la Armada Imperial.

—¡Ese gilipollas! —juró oscuramente Sha Yueliang—. Cualquiera

que sirva a los japoneses es un perro traicionero.

—Señor —le explicó Yao Si—, él no aceptó ese cargo gustosamente.

Como propietario de vastos acres de terreno y de muchos animales de tiro,
él no necesita nada. Esa tarea le fue impuesta. Por otra parte, alguien tiene
que hacerlo, y quién mejor que nuestro administrador...
—¡Llévame ante él! —exigió Sha.
Sus hombres se bajaron de sus monturas para descansar un poco en el
ayuntamiento mientras Yao Si llevaba a Sha a la puerta de la residencia del
alcalde, que consistía en siete filas de quince habitaciones, conectadas por
un jardín, y con una puerta que daba a la habitación contigua, como si fuera
un laberinto. La primera imagen que Sha Yueliang tuvo de Sima Ting fue
en medio de una discusión con Sima Ku, que yacía en la cama, recuperándose de las quemaduras que había sufrido el quinto día del quinto
mes. Había incendiado un puente, pero en lugar de acabar con los
japoneses, lo único que había conseguido era chamuscarse la piel de la
espalda. Sus heridas estaban tardando muchísimo en cicatrizar, y ahora
consistían en úlceras de decúbito que lo obligaban a estar acostado boca
abajo para que la espalda no entrara en contacto con nada.
—Hermano mayor —dijo Sima Ku, apoyándose en los codos y
levantando la cabeza—, eres un bastardo, un bastardo estúpido. —Sus ojos

echaban ascuas—. El jefe de los Cuerpos para el
Mantenimiento de la Paz

es un perro al servicio de los japoneses, un burro que
pertenece a las

guerrillas, una rata que se esconde en su madriguera, una
persona odiada

por las dos partes. ¿Por qué has aceptado ese trabajo?

—¡Eso es una estupidez! ¡Eso que estás diciendo es una
estupidez! —

se defendió Sima Ting—. Sólo un maldito imbécil podría
aceptar ese

trabajo gustosamente. Los japoneses me pusieron una
bayoneta en el

vientre. Por medio de Ma Jinlong, su jefe, me dijo: «Tu
hermano menor,

Sima Ku, se ha unido a Sha Yueliang, el bandido, para quemar
un puente y

tendernos una emboscada. Han causado bajas importantes en
la Armada

Imperial. Al principio, pensamos en quemar tu residencia, la
Casa

Solariega de la Felicidad, pero ya que pareces ser un hombre
razonable

hemos decidido perdonarte». Así que tú eres uno de los
motivos por los

que ahora yo soy el jefe de los Cuerpos para el Mantenimiento
de la Paz.

Sima Ku, sin tener ningún otro argumento que oponer, juró
enfadado:

—Y mi maldito culo, no sé si se curará alguna vez.

—A mí me haría feliz que no se te curara nunca —dijo Sima
Ting

vehementemente—. Así me darías muchos menos problemas.

Se volvió para marcharse, y entonces vio a Sha Yueliang, que estaba

apoyado en la puerta, sonriendo. Yao Si dio un paso adelante, pero antes de

que pudiera hacer las presentaciones, Sha anunció:

—Sima, Jefe de los Cuerpos, yo soy Sha Yueliang.

Sima Ku se dio la vuelta en la cama antes de que su hermano pudiera

reaccionar.

—Que me lleven los demonios, así que tú eres Sha Yueliang, apodado

Sha el Monje.

—Actualmente soy el comandante de la Banda de Mosqueteros del

Burro Negro —le contestó Sha—. Todo mi agradecimiento a los hermanos

Sima por incendiar el puente. Vosotros y yo, somos cómplices en

cooperación.

—Así que todavía estás vivo, ¿eh? ¿Y qué clase de batallitas de

mierda estás librando estos días?

—¡Emboscadas! —dijo Sha.

—Conque emboscadas... Si no hubiera sido por mí y por mi antorcha,

te habrías quedado para siempre en ese fango —dijo Sima Ku.

—Tengo un bálsamo para curar las quemaduras —dijo Sha con una

amplia sonrisa—. Le diré a uno de mis hombres que te lo traiga.

Sima Ting le dio instrucciones a Yao Si:

—Saca algo de comida para darle la bienvenida al comandante Sha.

Yao Si contestó tímidamente:

—Todo nuestro dinero fue destinado a organizar los Cuerpos para el

Mantenimiento de la Paz.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? —dijo Sima Ting—. La Armada

Imperial no sirve sólo a nuestra familia, sirve a ochocientos hogares. Y la

banda de los mosqueteros no se organizó en beneficio de nuestra familia,

sino para el de todos los ciudadanos del concejo. Haz que cada familia

aporte algo de comida y de dinero, ya que estos hombres son los invitados

de toda la población. Nosotros pondremos el vino y los licores.

—Sima, el Jefe de los Cuerpos, sirve bien a dos amos, y obtiene

beneficios de ambos.

—¿Y qué puedo hacer? —se lamentó Sima Ting—. Como decía el

viejo Pastor Malory: «¿Quién va a ir al Infierno, sino yo?».

El Pastor Malory destapó su olla y echó en el agua hirviendo unos

fideos hechos con la nueva harina y los removió con unos palillos antes de

volver a poner la tapa. «El fuego tiene que estar más fuerte», le gritó a

Madre, que asintió y lo avivó echando unos tallos de trigo, dorados y

fragantes, en el interior de la cocina de leña. Sin soltar el
pezón, miré las
llamas y escuché cómo los tallos crepitaban al arder mientras
recordaba lo
que acababa de suceder: me habían acostado en la canasta, al
principio de
espalda, pero yo me había dado la vuelta y me había colocado
panza abajo
para poder mirar a Madre mientras ella hacía los fideos. Su
cuerpo se
movía hacia arriba y hacia abajo, y esas dos calabazas llenas
que tenía en
el pecho se balanceaban, invocándome, transmitiéndome una
señal secreta.
A veces, sus puntas, que parecían dátiles, se encontraban,
como si se
estuvieran besando o susurrando algo al oído, pero la mayor
parte del
tiempo se movían rebotando hacia arriba y hacia abajo,
rebotando y
gritando como una pareja de palomas felices. Me estiré,
tratando de
tocarlas, mientras se me caía la baba. Entonces, de repente, se
volvieron
tímidos e irritables, y se sonrojaron sus rostros y delicadas
perlas de sudor
comenzaron a deslizarse hacia abajo por el valle que había
entre ellos. Vi
un par de luces azules bailando sobre ellos. Eran puntos de luz
que
provenían de los ojos del Pastor Malory. En ese momento, dos
manos

cubiertas por un vello rubio aparecieron desde donde se encontraban los

ojos azules y me quitaron mi comida, haciendo que mi corazón estallara en

una llamarada amarilla. Abrí la boca para llorar, pero eso no hizo más que

empeorar las cosas. Las pequeñas manos se retiraron hacia los ojos de

Malory, pero las manos grandes que había al final de sus brazos alcanzaron

el pecho de Madre. Él estaba ahí, de pie, alto y grande, detrás de ella.

Aquellas manos tan feas giraron alrededor de las dos palomas blancas y las

cubrieron. Acarició sus plumas con sus toscos dedos, que después

pellizcaron y se movieron como unas tijeras sobre sus cabezas. ¡Mis

pobres calabazas! ¡Mis preciosas palomas! Lucharon para liberarse y abrir

sus alas, y después las pegaron mucho a sus cuerpos, dejándolas muy cerca,

muy apretadas, hasta que se volvieron todo lo pequeñas que podían

volverse, antes de impulsarse hacia arriba y desplegar las alas, como si

quisieran salir volando lejos de allí, hasta los confines de la selva, hasta el

borde del cielo, flotando suavemente en lo alto, junto a las nubes, bañadas

por los vientos y acariciadas por el sol, para después ponerse a lamentarse

con el viento y a cantar con el sol, y finalmente hundirse silenciosamente

en dirección a la tierra y desaparecer en las profundidades de un lago. De

mi garganta surgieron unos fuertes sollozos, y un río de lágrimas me nubló

la vista. Los cuerpos de Madre y Malory se agitaban al unísono. Madre se

quejó suavemente:

—Déjame, pedazo de burro. El bebé está llorando.

—Pequeño bastardo —dijo Malory, lleno de resentimiento.

Madre me cogió y me meció nerviosamente.

—Precioso —me dijo, avergonzada—, hijo mío, ¿qué le he hecho a mi

propia carne, a mi propia sangre?

Me colocó las palomas blancas bajo la nariz y yo agarré urgentemente, cruelmente, una de sus cabezas con los labios. Mi boca era

bien grande, pero deseaba que aún lo fuera más. Era como la boca de una

serpiente, y lo único que yo podía pensar era cómo cerrarla en torno a la

paloma que me pertenecía para mantenerla fuera del alcance de los demás.

«Más espacio, bebé mío». Madre me dio unas suaves palmadas en el

trasero. Tenía una en la boca y había aferrado a la otra con las manos. Era

un conejito blanco con los ojos rojos, y cuando le pellizqué la oreja, sentí

el frenético pulso de su corazón.

—Pequeño bastardo —dijo Malory, soltando un suspiro.

—Deja de llamarlo bastardo —dijo Madre.

—Eso es lo que es —dijo Malory.

—Me gustaría que lo bautizaras y le pusieras un nombre. Hoy cumple

cien días.

Mientras preparaba la masa con sus expertas manos, Malory dijo:

—¿Bautizarlo? Ya me he olvidado de cómo se hace eso. Estoy haciéndote unos fideos como aprendí de esa mujer musulmana.

—¿Estabais muy unidos? —le preguntó Madre.

—Sólo éramos amigos.

—No te creo —dijo Madre.

Malory soltó una estentórea risotada mientras estiraba y aplastaba la

suave masa, y después la golpeó contra la tabla de cortar.

—¡Cuéntamelo! —insistió Madre.

Él volvió a golpear la masa y la estiró y aplastó un poco más. En

algunos momentos la manipulaba como si fuera el arco de un instrumento

de cuerda, y en otros parecía como si estuviera tirando de una serpiente

para sacarla de su agujero. Incluso Madre se sorprendió de que un

occidental con unas manos tan bastas pudiera llevar a cabo esta actividad

típicamente china con tanta habilidad.

—A lo mejor —dijo—, no soy sueco en absoluto, y lo que llamamos

mi pasado no ha sido más que un sueño. ¿Tú qué opinas?

Madre sonrió con frialdad.

—Te he preguntado por aquella mujer de los ojos negros. No cambies

de tema.

El Pastor Malory aplanó la masa, como si se tratara de un juego de

niños, y después empezó a hacer ondas con ella, tensándola y destensándola rápidamente. La masa, que tenía un aspecto pajizo, empezó

a dar vueltas en espiral, adoptando diversas formas hasta que, con un

rápido golpe de muñeca, el Pastor Malory hizo que se expandiera como la

cola de un caballo. Madre alabó esa muestra de destreza.

—Hace falta una buena mujer para hacer fideos así.

—De acuerdo —dijo Malory—, joven madre, deja ya de darle vueltas

a esas ideas locas. En cuanto enciendas el fuego, voy a cocinar esto para ti.

—¿Y después de comer?

—Después de comer, bautizaré al pequeño bastardo y le pondré un nombre.

Mostrando un enfado fingido, Madre dijo:

—En realidad, los bastardos son los hijos que tuviste con esa mujer musulmana.

Las palabras de Madre quedaron resonando en el aire en el momento

en que, en otra parte, Sha Yueliang y Sima Ting estaban brindando.

Durante el banquete, habían llegado al siguiente acuerdo: los burros de la

banda de mosqueteros emplearían la iglesia como establo, los hombres se

alojarían en las casas de las familias de la localidad, y Sha Yueliang

escogería personalmente el emplazamiento para su cuartel general cuando

terminaran de comer.

Sha y cuatro guardaespaldas entraron en nuestro recinto siguiendo a

Yao Si. Mi hermana mayor, Laidi, llamó su atención inmediatamente

cuando estaba junto al depósito de agua peinándose tranquilamente y

contemplando su reflejo sobre la superficie del agua, con las blancas nubes

en el cielo azul a su espalda. Acababa de terminar un plácido verano en el

que había comido abundantemente y tenía algunas bonitas prendas de ropa

que ponerse, así que se la veía radicalmente más madura. Sus pechos

apuntaban hacia afuera con orgullo; su pelo, que solía estar seco y fosco,

ahora tenía un brillo oscuro; su cadera se había estrechado y se había

vuelto suave y redondeada, y sus nalgas se habían curvado hacia arriba. En

una centena de días había mudado de piel, dejando de ser una adolescente

esquelética para convertirse en una hermosa joven, como una mariposa que

surge de un capullo. Tenía la nariz bonita y alta, igual que Madre, así como

sus pechos grandes y sus nalgas llenas de vitalidad. Los ojos de la

encantadora y tímida virgen lanzaban unos rayos de melancolía mientras se

contemplaba en el depósito de agua y se acariciaba los rizos sedosos con

un peine de madera. Su grácil reflejo emitía una intensa nostalgia. Sha

Yueliang quedó conmovido hasta lo más profundo del alma.

—Aquí instalaremos el cuartel general de la Banda de Mosqueteros

del Burro Negro —le dijo con decisión a Yao Si.

—Shangguan Laidi —gritó Yao Si—, ¿dónde está tu madre?

Sha apartó a Yao con un movimiento de su mano antes de que la chica

pudiera contestar. Se acercó caminando al depósito de agua y miró larga y

profundamente a Laidi, que le devolvió la mirada.

—¿Te acuerdas de mí, chica? —le preguntó.

Ella asintió, y sus mejillas se sonrojaron.

Entonces mi hermana se dio la vuelta y salió corriendo hacia la casa.

Después del quinto día del quinto mes, mis siete hermanas se habían

trasladado a la habitación que en otro tiempo ocuparon Shangguan Lü y

Shangguan Fulu. Su antigua habitación ahora se usaba para almacenar unos

mil quinientos kilos de mijo. Sha Yueliang siguió a Laidi al interior de la

casa, donde vio a las otras seis chicas dormidas sobre el *kang*.
Con una

sonrisa amistosa, dijo:

—No tengas miedo, somos combatientes antijaponeses y no
queremos

hacer ningún daño a la población local. Tú ya has visto cómo
luchamos.

Esa fue una batalla heroica, heroica y trágica, peleada
fieramente por la

gloria de los siglos, y llegará el día en que la gente reviva
nuestras hazañas

y nos cante alabanzas.

Hermana Mayor bajó la cabeza y se retorció la punta de la
trenza

mientras se acordaba de los extraordinarios acontecimientos
del quinto día

del quinto mes. El hombre que ahora estaba frente a ella había
despegado

de su piel, tira a tira, los restos destrozados de su uniforme.

—Pequeña niña, o mejor dicho, joven dama, el destino nos ha
unido

—le dijo, antes de volver a salir al exterior.

Mi hermana lo siguió hasta la puerta y observó cómo entraba
en la

habitación lateral que daba al Este, después a la que daba al
Oeste. En la

habitación del Oeste, quedó maravillado por la luz verde que
había en los

ojos de Shangguan Lü. Tapándose la nariz, salió rápidamente
de la

habitación y ordenó a sus tropas:

—Apilad el grano para hacer un poco de sitio y buscadme un lugar

para dormir.

Mi hermana se asomó a la puerta mirando a este hombre esquelético,

encorvado y de piel oscura que se parecía a una acacia japonesa que

hubiera sido partida por un rayo.

—¿Dónde está tu padre? —le preguntó.

Yao Si, que estaba sentado en el suelo con la espalda contra el muro,

le contestó, solícito:

—Su padre fue asesinado el quinto día del quinto mes por los diablos

japoneses, no, quiero decir... por la Armada Imperial. Su abuelo,

Shangguan Fulu, también murió ese mismo día.

—¿La Armada Imperial, has dicho? ¡Los japos! ¡Los pequeños diablos japos! —rugió Sha Yueliang, dando una patada al suelo como

expresión de su repulsa—. Joven dama —le dijo—, tu deuda de venganza,

profunda como un mar de sangre, es nuestra deuda, y nos la cobraremos

algún día, te lo prometo. ¿Y ahora quién es el jefe de tu familia?

—Shangguan Lu —dijo Yao Si, contestando por ella.

Mientras tanto, a Octava Hermana y a mí nos estaban bautizando.

La puerta de la residencia del Pastor Malory daba directamente a la

iglesia, donde unas descoloridas pinturas al óleo colgaban de las paredes.

La mayoría representaba a niños desnudos y alados, llenos de redondeces,

como boniatos de los gordos. Hasta mucho más tarde no me enteré de que

se llamaban ángeles. Al final de la iglesia había un púlpito de ladrillo y una

talla en un trozo de madera de azufaifo de un hombre con el torso desnudo

colgaba de frente. Debido tal vez a la escasa habilidad del tallador, o a la

dureza de la madera, el hombre que colgaba apenas parecía un hombre.

Mucho más tarde me enteré de que se trataba de Nuestro Señor Jesús, un

héroe asombroso, un verdadero santo. Aproximadamente una docena de

filas de bancos polvorientos, llenos de excrementos de pájaro, se

diseminaban de aquí para allá frente al púlpito. Madre entró cogiéndome a

mí con un brazo y a Octava Hermana con el otro, asustando a los gorriones

que vivían ahí dentro, que salieron volando y comenzaron a golpear las

ventanas. La puerta principal de la iglesia daba a la calle. A través de sus

grietas, Madre pudo ver que fuera había una serie de burros negros

moviéndose de un lado para otro.

El Pastor Malory había cogido una gran palangana de madera y la

había medio llenado de agua caliente; en el agua, flotaba una esponja de lufa. Entre el vapor que salía de la palangana se veían sus ojos entrecerrados. El peso de la palangana hacía que se tuviera que inclinar, por lo que caminaba torpemente, con el cuello echado hacia afuera. Cada vez que tropezaba, el agua le salpicaba la cara, pero lograba recuperar el equilibrio y continuaba avanzando hasta que consiguió llegar junto al púlpito y colocó la palangana sobre él, a modo de pila bautismal.

Madre se le acercó y nos entregó a él, que me colocó en la palangana.

Los pies se me curvaron hacia adentro en cuanto entraron en contacto con el agua caliente. Mis gritos lacrimosos reverberaban en el melancólico vacío de la iglesia. Unas crías de golondrina que estaban en un nido blanco, sobre una de las vigas, estiraron el cuello para observarme con sus ojos negros y somnolientos. Justo en ese momento, sus padres entraron volando a través de una de las ventanas rotas trayendo unos gusanos en los grandes picos. Después de devolverme a los brazos de Madre, Malory revolvió el agua con una de sus grandes manos. El Cristo de madera de azufaifo nos observaba cálidamente desde donde estaba colgado. Los ángeles de la

pared perseguían a los gorriones desde las vigas hasta las contravigas,
desde el muro que daba al Este hasta el que daba al Oeste,
desde la escalera
de madera en espiral hasta el delgado campanario, y desde el campanario
de nuevo hasta los muros, donde por fin descansaban. Sus nalgas brillantes
rezumaban unas perlas cristalinas de sudor. El agua giraba en la palangana,
creando un pequeño remolino en el centro. Malory comprobó la
temperatura del agua con la mano.
—Muy bien —dijo—, se ha enfriado un poco. Mételo.
Me habían quitado la ropa. La leche rica y nutritiva de Madre me
había vuelto gordito y me había aclarado la piel. Si hubiera cambiado mi
mirada de tristeza por una mirada de enfado, o si hubiera sonreído con
solemnidad, y además hubiera tenido un par de alas en la espalda, habría
sido un ángel, y esos pequeños niños rechonchos que había en la pared
habrían sido mis hermanos. Dejé de llorar en cuanto Madre me acostó en la
palangana porque el agua estaba caliente y transmitía una sensación muy
confortable. Me senté y jugué con el agua, chillando de alegría mientras
salpicaba por todas partes. Malory sacó su crucifijo de bronce del agua y lo
apoyó sobre mi cabeza.

—Desde este mismo momento —dijo—, eres uno de los hijos amados

de Dios. ¡Aleluya!

Entonces cogió la esponja de lufa, que estaba bien cargada de agua, y

la exprimió sobre mi cabeza. «¡Aleluya!». Madre copió a Malory:

«¡Aleluya!», dijo, y yo reí, lleno de felicidad, mientras el agua bendita me

bañaba la cabeza.

Madre estaba radiante cuando metió a Octava Hermana en la palangana junto a mí; después cogió la esponja y nos lavó con suavidad

mientras el Pastor Malory nos echaba agua en la cabeza con un cucharón.

Yo chillaba de alegría a cada cucharada, pero Octava Hermana sollozaba

ásperamente. Yo agarraba todo el tiempo a mi oscura y esquelética

hermana melliza.

—Todavía no tienen nombre —dijo Madre—. Eso es cosa tuya.

El Pastor Malory dejó el cucharón.

—Eso no es algo que se pueda tomar a la ligera. Necesito un poco de

tiempo para pensármelo.

—Mi suegra decía que si tenía un hijo varón, debía llamarlo Pequeño

Perro Shangguan —dijo Madre—, porque crecería mejor con un nombre

humilde.

El Pastor Malory negó vigorosamente con la cabeza.

—No, no me parece bien. Los nombres como perro o gato son una

ofensa a Dios. También van contra las enseñanzas de Confucio, que dijo:

«Sin nombres apropiados, el lenguaje no puede decir la verdad».

—Tengo uno —dijo Madre—. A ver qué te parece. Podemos llamarlo

Shangguan Amen.

Malory se rio.

—Ese es todavía peor. No lo intentes más y déjame que lo piense.

El Pastor Malory se levantó, juntó las manos detrás de la espalda y se

puso a caminar febrilmente en la atmósfera rancia de la deteriorada iglesia.

Sus veloces pasos eran la manifestación exterior de la batidora que había

en su cabeza, en la cual se mezclaban diversas clases de nombres y

símbolos, antiguos y modernos, chinos y occidentales, celestiales y

mundanos. Fijándose en su forma de caminar, Madre sonrió y me dijo:

—Mira a tu padrino. Esa no es forma de elegir un nombre. Parece

como si estuviera a punto de anunciar un fallecimiento.

Tarareando en voz baja, Madre cogió el cucharón de Malory, lo llenó

de agua y nos la echó por encima de la cabeza.

—¡Ya lo tengo! —dijo en voz alta, y se detuvo en medio de su

vigésimo noveno viaje hacia la puerta principal de la iglesia,
que estaba
cerrada.

—¿Cómo se va a llamar? —preguntó Madre, muy excitada.

Pero antes de que él pudiera decírselo, se oyó un clamor en la
puerta.

Eran ruidos que indicaban que había una multitud ahí afuera, y
hacían

temblar la puerta. Alguien estaba gritando y armando bronca.
Madre se

levantó y miró aterrorizada, todavía con el cucharón en la
mano. Malory

pegó un ojo a la grieta que había en la puerta. En ese
momento, no

sabíamos lo que estaba pasando fuera, pero vimos cómo su
rostro

enrojecía, y no podíamos saber si era porque se había enfadado
o porque se

estaba poniendo nervioso. Se volvió hacia Madre, y le dijo:

—Salid de aquí, rápido. Al patio de delante.

Madre se agachó para cogerme. Antes, por supuesto, tiró el
cucharón,

que rebotó ruidosamente en el suelo, como un sapo en época
de celo.

Abandonada en la palangana, Octava Hermana se puso a
llorar. El cerrojo

se partió en dos y cayó al suelo mientras la doble puerta se
abría

súbitamente y un joven con la cabeza rapada y un mosquete
irrumpía en la

iglesia. Le dio un empujón a Malory en el pecho y lo mandó

tambaleándose hasta el muro posterior. Un ángel con el trasero desnudo

estaba suspendido por encima de su cabeza. Cuando el cerrojo de la puerta

cayó al suelo, me solté de los brazos de Madre y caí de nuevo en la

palangana, salpicando un montón de agua hacia arriba y casi aplastando a

Octava Hermana.

Inmediatamente entraron a toda prisa cinco mosqueteros, pero su

brutal arrogancia se esfumó en cuanto echaron un vistazo a la iglesia. El

que había estado a punto de enviar al Pastor Malory al otro mundo de un

empujón, se rascó la cabeza.

—Aquí dentro hay gente. ¿Por qué? —miró a sus cuatro camaradas.

—¿No nos habían dicho que la iglesia estaba abandonada desde hace

años? ¿Cómo es que hay gente aquí dentro?

Protegiéndose el pecho con ambas manos, Malory se acercó a los

soldados, que sintieron temor y vergüenza ante su digna apariencia.

Si hubiera soltado una parrafada en un idioma extranjero combinada

con una serie de gestos con las manos, los soldados posiblemente se

habrían dado la vuelta para salir corriendo. Incluso si hubiera hablado

chino con un fuerte acento extranjero, eso habría bastado para evitar que se

pusieran violentos. Pero el desgraciado Pastor Malory les habló en un

perfecto chino de Gaomi del Noreste.

—¿Qué es lo que queréis, hermanos? —les dijo, y les hizo una profunda reverencia.

Yo seguía ahí tumbado, llorando —Octava Hermana había dejado de

llorar para entonces— y los soldados estallaron en una sonora carcajada y

empezaron a tratar al Pastor Malory como si fuera un mono de feria. Uno

de los soldados, que tenía la boca torcida, se le acercó y le hizo cosquillas a

Malory en los pelos de la oreja con un dedo.

—Un mono *Ja, ja, ja*, es un mono.

Sus camaradas se unieron a la burla.

—¡Mirad, este mono tiene una mujer escondida aquí!

—¡No estoy de acuerdo! —gritó Malory—. ¡No estoy de acuerdo!

¡Soy extranjero!

—Extranjero. ¿Habéis oído eso? —dijo el soldado de la boca torcida

—. ¿Me estás diciendo que un extranjero puede hablar un perfecto chino de

Gaomi del Noreste? Creo que eres un hijo bastardo de un mono y un ser

humano. Traed aquí dentro uno de los burros, tíos.

Sujetándonos a Octava Hermana y a mí entre sus brazos, Madre se

acercó y agarró a Malory por el codo.

—Vámonos, es mejor que no se enfaden.

Malory se liberó y salió corriendo para sacar al burro fuera de la

iglesia a empujones. El animal enseñó los dientes, como un perro furioso, y

rebuznó fuertemente.

—¡Apártate! —le ordenó uno de los soldados, empujando a Malory.

—La iglesia es un lugar sagrado, que pertenece a Dios. No podéis

meter un burro aquí. Esto no es un establo —dijo el Pastor Malory,

desafiante.

—¡Diablo extranjero y estúpido! —lo insultó uno de los soldados, un

hombre con la cara pálida y los labios morados—. Mi anciana madre me

contó que ese hombre —dijo, señalando al Cristo de madera de azufaifo

que colgaba frente a ellos—, nació en un establo para caballos. Los burros

son primos de los caballos, así que si tu dios tiene una deuda con los

caballos, también la tiene con los burros. Si un establo para caballos puede

servir como sala de partos, ¿por qué no puede servir una iglesia como redil

para burros?

El soldado, evidentemente satisfecho con la fuerza de su razonamiento, se quedó mirando fijamente a Malory con una sonrisa de

autosuficiencia.

Malory hizo el signo de la cruz y comenzó a llorar.

—Castiga a estos malos hombres, Señor. Golpéalos con tu rayo, haz

que los muerda la serpiente venenosa, déjalos morir a manos de los

japoneses...

—¡Perro traidor! —aulló el soldado de la boca torcida, dándole a

Malory una sonora bofetada.

Su golpe iba dirigido a la boca, pero falló ligeramente y donde le

alcanzó fue en la nariz ganchuda, de la que brotó un chorro de sangre

fresca. Con un grito de dolor, Malory alzó las manos hacia el Cristo de

azufaifo.

—Señor —empezó a decir— Dios Todopoderoso...

Los soldados primero miraron al Cristo de azufaifo, que estaba cubierto de polvo y de excrementos de pájaro, y después a la cara

ensangrentada del Pastor Malory. Finalmente, posaron la mirada sobre el

cuerpo de Madre, que estaba cubierto de manchas viscosas que se parecían

al rastro que dejan los caracoles. El soldado que sabía dónde había nacido

Jesús sacó la lengua, como una almeja con pies, y se lamió sus labios de

color violeta. Para entonces, veintiocho burros negros habían abarrotado la

iglesia. Algunos se desplazaban sin ningún rumbo, dando vueltas por ahí, y

otros se rascaban la espalda contra la pared o se aliviaban o se portaban

mal, y algunos otros mordisqueaban las paredes de adobe.

—¡Señor! —imploró Malory. Pero su señor no se conmovió.

En su ataque de furia, nos arrancaron a Octava Hermana y a mí de los

brazos de Madre y nos tiraron entre los burros. Madre corrió hacia nosotros

como una loba, pero los soldados la detuvieron antes de que pudiera

rescatarnos. En ese momento fue cuando la tomaron con Madre,

empezando por boca torcida, que se acercó a ella y le cogió uno de los

pechos. Labios morados llegó a toda prisa y, empujando a boca torcida

para quitarlo de en medio, cubrió con sus manos mis palomas, mis

preciosas calabazas. Con un fuerte chillido, Madre le pegó un zarpazo en la

cara, pero él no se desanimó y, con una mueca maligna, le arrancó la ropa.

Lo que pasó después quedará en secreto, angustiosamente, durante

toda mi vida. Fuera, en el patio, Sha Yueliang estaba intentando seducir a

mi hermana mayor, mientras en la habitación que daba al lado este, Gou

San y su hatajo de perros callejeros colocaban un montón de paja en una

esquina para preparar las camas. Los cinco mosqueteros —el grupo al que

le habían asignado la tarea de cuidar a los burros— lanzó a Madre sobre la

paja. En el suelo, entre los burros, Octava Hermana y yo ya nos habíamos

quedado afónicos de tanto llorar. Malory dio un salto, cogió una de las

mitades del cerrojo roto y golpeó la cabeza de uno de los soldados con él.

Uno de sus camaradas apuntó a las piernas de Malory y disparó. El sonido

del disparo retumbó en la habitación mientras un puñado de perdigones impactaba contra las piernas de Malory, haciendo que saltaran perlas de sangre por el aire. El cerrojo roto se le cayó de las manos y él impactó contra el suelo. Miró fijamente al Cristo de azufaifo manchado por los pájaros y comenzó a murmurar algo en su sueco natal, olvidado hacía ya tantos años; las palabras se le arremolinaban en la boca y salían volando como si fueran mariposas. Los soldados se iban turnando para atacar a Madre; los burros se turnaban para olisquearnos a Octava Hermana y a mí. Sus fuertes rebuznos atravesaban el techo de la iglesia y se perdían en un cielo frío y desolado. El sudor bañaba el rostro del Cristo de azufaifo. Cuando estuvieron satisfechos, los soldados nos echaron a Madre, a Octava Hermana y a mí a la calle. Los burros nos siguieron al exterior, pero salieron corriendo al percibir el olor de unas burras. Mientras los soldados intentaban controlar a sus monturas, el Pastor Malory se arrastró, con las piernas arqueadas y tambaleantes por los perdigones, hasta la escalera, desgastada por el uso a lo largo de los años, que ascendía al campanario. Se

las apañó para impulsarse hacia arriba apoyándose en el
alféizar de la
ventana, y a través de las vidrieras rotas tuvo una visión
panorámica de
Dalan, el núcleo municipal de Gaomi del Noreste, donde había
vivido y
dejado sus huellas durante décadas: una ordenada serie de filas
de casitas
con el techo de paja; las calles amplias y de color gris; las
copas de los
árboles, verdes y envueltas en la neblina; los ríos y arroyuelos
brillantes
que rodeaban las minúsculas aldeas; la superficie del lago,
semejante a un
espejo; la espesura de las cañas, que se bamboleaban con el
viento; los
estanques, llenos de agua y rodeados de hierbas silvestres; el
lodazal rojo,
que era una zona de juegos para las aves migratorias; el campo
abierto, que
se expandía y desplegaba hasta donde empezaba el cielo; la
cadena de
montañas del Buey Acostado, de color amarillo dorado; las
arenosas
colinas, con sus acacias en flor... Cuando su mirada se dirigió
hacia la
calle, donde Madre yacía como un pescado muerto, con el
vientre desnudo
expuesto bajo el cielo, su corazón se llenó de una profunda
tristeza y las
lágrimas le nublaron la vista. Mojó el dedo en la sangre que
rezumaban sus

piernas y escribió unas palabras en la pared gris del campanario: Niño

Dorado Niña de Jade.

Después gritó con todas sus fuerzas:

—¡Perdóname, Señor Amado!

El Pastor Malory se arrojó desde lo alto del campanario y cayó como

un pájaro gigantesco con las alas rotas. Sus sesos salpicaron en todas

direcciones, como tantas veces hace la mierda de los pájaros, al golpearse

contra la calle.

III

Se acercaba el invierno, y Madre empezó a usar la chaqueta de satén azul

que había sido de su suegra. Cuatro ancianas de la aldea, que habían sido

bendecidas con muchos hijos y nietos varones, habían ido a la casa el día

del sexagésimo cumpleaños de la abuela para hacerle esta chaqueta, que

supuestamente le pondrían para meterla en el ataúd. Pero ahora era la

chaqueta invernal de Madre. Madre le cortó dos agujeros en la parte más

alta, de modo que pudiera sacar los pechos cuando yo tuviera hambre.

Habían sido atacados durante ese otoño terrible, cuando el Pastor Malory

saltó al encuentro con la muerte, pero esas desgracias pasaron y sus

magníficos pechos demostraron que eran indestructibles. Eran como esa

gente que se conserva siempre joven, o como los pinos perennes. Para

mantenerlos a salvo de las miradas indiscretas y, lo que era más

importante, para protegerlos de los vientos helados e impedir que su leche

perdiera el calor, Madre cosió unas solapitas rojas sobre los agujeros. Su

capacidad inventiva fundó una tradición, y todavía hoy en día se usan en

Dalan unas chaquetas de lino con solapitas, aunque ahora los agujeros son

más redondos, las solapitas están hechas de un material más suave y van

adornadas con brillantes flores que les bordan encima.

Mi abrigo de invierno era un grueso morral, que estaba hecho con una

buena lona y tenía un cordón, en la parte de arriba, para ajustarlo, y dos

correas de las que se lo colgaba Madre justo debajo de sus senos. Cuando

llegaba la hora de darme de comer, bajaba las manos al vientre y

manipulaba el morral hasta que yo estaba perfectamente colocado: quieto,

en posición de rodillas y con la cabeza apoyada en sus pechos. Entonces,

girando la cabeza a la derecha, podía poner la boca sobre su pezón

izquierdo, y si la giraba a la izquierda, podía mamar del derecho. Era un

sistema que, por servir igualmente para dar de comer de ambos pechos,

resultaba muy cómodo. Pero el morral no era perfecto, ya que me

inmovilizaba las manos y me impedía sujetar un pecho mientras mamaba

del otro, como tenía la costumbre de hacer. Para entonces ya había

despojado definitivamente a Octava Hermana de su derecho a mamar, y

cada vez que se acercaba a uno de los pechos de Madre, yo le daba

zarpazos y patadas hasta que la pobre ciega se quedaba seca de tanto llorar.

Sobrevivía a base de gachas, cosa que entristecía mucho al resto de mis

hermanas.

El proceso de alimentarme durante los largos meses de invierno

estuvo marcado por la ansiedad, ya que cuando mis labios estaban

envolviendo el pezón izquierdo, yo sólo podía pensar en el derecho. Me

parecía que una mano peluda aparecería de pronto en la cavernosa apertura

y se llevaría con ella al pecho que en ese momento estaba ocioso.

Totalmente dominado por ese sentimiento, solía alternar los pezones con

rapidez, abandonando el izquierdo, del que acababa de empezar a salir la

leche, por el derecho; pero en cuanto había comenzado a mamar de este,

volvía a cambiarme al izquierdo. Madre me miraba intrigada, dándose

cuenta de que yo mamaba del izquierdo pero no apartaba los ojos del

derecho, y se percataba con rapidez de lo que me pasaba. Dándome en la

cara una ducha de besos con sus labios helados, me decía suavemente:

Jintong, Niño Dorado, mi pequeño tesoro, toda la leche de mamá es para ti

y nadie va a quitártela. Sus palabras hacían que disminuyera mi ansiedad,

pero no la eliminaban por completo, puesto que yo podía sentir que esas

manos peludas estaban siempre rodeándola, esperando su oportunidad.

Una mañana en que caía una ligera nevada, Madre se puso su blusa de

dar el pecho y me colocó sobre su espalda, donde yo podía estar caliente

envuelto en algodón. Les dijo a mis hermanas que se llevaran unos nabos

rojos al sótano. Yo no sabía ni me importaba de dónde habían salido esos

nabos, pero me atraían sus formas: puntiagudos en uno de los extremos, se

iban ensanchando hasta la base y despertaban mi hambre, mi deseo de teta.

Así que esos nabos rojos y grandes se sumaron a las aceitosas calabazas

con sus pieles brillantes y sus lustrosas pequeñas palomas blancas. Cada

cual tenía su propio y exclusivo color, su aura y su temperatura, y cada

cual se parecía al pecho de una mujer de una manera o de otra. Ambos

acabaron simbolizando los pechos, cada uno en una estación del año

diferente y con un estado de ánimo distinto.

El cielo pasaba, en cuestión de minutos, de estar despejado a estar

nublado; caían unos copos de nieve y unos segundos después habían

desaparecido. Mis hermanas, todas vestidas con ropas finas, encogían el

cuello para protegerlo entre los hombros cuando soplaban los helados

vientos del Norte. Mi hermana mayor era la encargada de meter los nabos

en unas canastas; Segunda y Tercera Hermanas eran las encargadas de

llevar las canastas; Cuarta y Quinta Hermanas eran las encargadas de

almacenarlas en el sótano; Sexta y Séptima Hermanas tenían libertad para

ayudar aquí y allá; y Octava Hermana, que todavía no tenía la edad

suficiente como para poder realizar ninguna tarea, estaba sentada en el

kang, sola, enfrascada en profundos pensamientos. Sexta Hermana cargaba

los nabos de a cuatro y los llevaba hasta la entrada del sótano; Séptima

Hermana hacía lo mismo, pero de a dos. Entretanto, Madre, con su pequeño

Niño Dorado, daba vueltas por la zona entre los montones de nabos, dando órdenes a las chicas, criticándolas cuando el trabajo que llevaban a cabo no era totalmente perfecto y soltando suspiros de emoción. Las órdenes de Madre tenían el objeto de elevar la calidad del trabajo, de conservar a los nabos en buen estado y lograr que pasaran saludablemente el invierno. Sus suspiros representaban el principal pensamiento que había en su cabeza: la vida es dura, y la única manera de sobrevivir es trabajando duramente. Mis hermanas reaccionaban con pasividad ante las órdenes de Madre, con tristeza ante sus críticas y con apatía ante sus suspiros. Todavía hoy no estoy seguro de por qué aparecieron tantos nabos en nuestra parcela como por arte de magia, pero lo que sí he podido entender es por qué Madre hizo un esfuerzo tan grande para tener la despensa llena ese invierno.

Cuando el trabajo de almacenamiento estuvo concluido, en el suelo quedó alrededor de una docena de nabos de varias formas, todos ellos semejantes a pechos humanos. Madre se arrodilló frente a la abertura de entrada al sótano y estiró los brazos hacia abajo para tirar de Xiangdi y

Pandi y sacarlas por el agujero, una tras otra. Durante todo el proceso yo
me quedé cabeza abajo dos veces; cada una de ellas, dirigí la mirada bajo
la axila de Madre y vi fugazmente unos copos de nieve que flotaban bajo
una luz neblinosa y gris. Lo último que hizo Madre fue mover una
palangana rota —que estaba llena de algodón para rellenar almohadones y
cáscaras de grano— para tapar el agujero por el que se entraba al sótano.
Mis hermanas se pusieron en fila contra la pared, bajo una viga, como si
estuvieran esperando la siguiente orden de Madre. Pero ella lo único que
hizo fue suspirar:
—¿Cómo voy a poder haceros ropa para el invierno, chicas?
Mi tercera hermana, Lingdi, dijo:
—Puedes hacernos chalecos de algodón rellenos de algodón para
almohadones.
—¿Qué te crees, que no se me ha ocurrido eso? Lo que me hace falta
es dinero. ¿De dónde voy a sacar el dinero para comprar los materiales?
Mi segunda hermana, Zhaodi, dijo, con una cierta luminosidad en la
voz:
—Vende la burra negra y la pequeña mula.
—Si hacemos eso —dijo Madre con un tono de reproche—, ¿cómo

vamos a labrar la tierra el año que viene?

Mi hermana mayor, Laidi, estuvo mordiéndose la lengua todo el

tiempo, y cuando al fin Madre le echó un vistazo, bajó la cabeza.

—Mañana —le dijo Madre con ansiedad—, tú y Zhaodi podéis llevar

la pequeña mula a la ciudad y venderla.

Mi quinta hermana, Pandi, dijo, haciendo pucheros:

—Pero si todavía está mamando. ¿Por qué no vendemos mejor un

poco de grano? Tenemos mucho.

Madre echó un vistazo por la puerta abierta de la habitación del lado

este de la casa. En la cuerda de tender había un par de medias de algodón

pertenecientes a Sha Yueliang, el jefe de la banda de soldados.

La pequeña mula estaba íntimamente ligada al patio de nuestra casa.

Había nacido el mismo día que yo, y también era de sexo masculino. La

diferencia era que yo sólo podía ponerme de pie en la pieza de tela en que

mi madre me llevaba a la espalda, mientras que la mula ya era casi tan alta

como su madre.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo Madre, antes de darse la vuelta

y entrar de nuevo en casa—. La venderemos mañana.

Pero desde detrás de nosotros nos llegó un penetrante grito:

—¡Madre adoptiva!

Sha Yueliang, que había desaparecido durante tres días, entró al patio

caminando, guiando a su burro negro. Sobre el lomo del burro había un par

de alforjas moradas bien llenas, de las que asomaba algo muy colorido.

—¡Madre adoptiva! —gritó otra vez, con un tono de intimidad en la

voz.

Madre se dio la vuelta y vio una extraña sonrisa en el oscuro y huesudo rostro de ese hombre encorvado.

—Comandante Sha —dijo Madre con insistencia—, ¿cuántas veces te

he dicho que no soy tu madre adoptiva?

Manteniendo inexorablemente la sonrisa que le dibujaba arrugas en la

cara, Sha le contestó:

—No, no lo eres, tú eres mucho más que eso. Quizá tú no me tengas

en muy alta estima, pero las obligaciones filiales que tengo contigo no

conocen límite.

Se dio la vuelta y les ordenó a dos de sus soldados que llevaran el

burro al patio de la iglesia y que lo descargaran de sus alforjas y le dieran

de comer. Madre le echó al burro negro una mirada llena de veneno, y yo

hice lo mismo. Él abrió las ventanas de sus narices para olisquear a nuestra

burra, cuyo aroma surgía de la habitación que daba al Oeste.

Sha abrió una de las alforjas y sacó una chaqueta de piel de zorro, que
brilló cuando la sacudió bajo la nieve, que se derretía, debido al calor de la
prenda, en cuanto se acercaba a un metro de distancia.
—Madre adoptiva —le dijo, acercándose a ella con el abrigo—. Por
favor, acepta este regalo de tu hijo adoptivo.
Madre trató de dar un paso atrás, nerviosa, pero no consiguió evitar
verse envuelta en la chaqueta de piel de zorro. A mi alrededor se hizo la
oscuridad. El hedor de la piel del animal y el penetrante olor de las bolas
de naftalina estuvieron a punto de asfixiarme.
Cuando al fin pude ver algo de nuevo, el patio se había convertido en
una especie de zoológico. Un abrigo de color púrpura, hecho con piel de
marta, colgaba desde los hombros de mi hermana mayor, Laidi, que
también llevaba un zorro de ojos brillantes anudado en torno al cuello. Mi
segunda hermana, Zhaodi, estaba envuelta en una chaqueta de piel de
comadreja. Un abrigo de piel de oso pardo colgaba desde los hombros de
mi tercera hermana, Lingdi; un abrigo de color amarillo oscuro, de piel de
corzo, colgaba desde los hombros de mi cuarta hermana, Xiangdi; un
abrigo de piel de perro colgaba desde los hombros de mi quinta hermana,

Pandi; un abrigo de piel de oveja colgaba desde los hombros de mi sexta

hermana, Niandi; y un abrigo de piel de conejo colgaba desde los hombros

de mi séptima hermana, Qiudi. El abrigo de piel de zorro de Madre estaba

tirado en el suelo.

—¡Quitaros esos abrigos de una vez, todas! —gritó—.

¡Quitároslos!

Mis hermanas hicieron como si no la hubieran oído. Movían de un

lado a otro la cabeza, que disfrutaba del calor de los cuellos de sus abrigos,

y se dedicaban a acariciar las pieles de los abrigos de las demás. La

expresión de sus rostros mostraba que estaban deleitándose en estar

inmersas en ese calor, y que también las calentaba esa sensación de deleite.

Madre, que estaba ahí de pie, tiritando, dijo débilmente:

—¿Os habéis vuelto todas sordas?

Sha Yuenliang sacó los dos últimos abrigos de una de las alforjas y

acarició suavemente la piel negra que cubría la satinada prenda marrón.

—Madre adoptiva —dijo, con un tono emocionado—, estas son pieles

de lince. Sólo había un par de lince en un radio de cien *li* desde Gaomi del

Noreste. Al viejo Geng y a su hijo les llevó tres años capturarlos. Este es el

macho y esta es la hembra. ¿Habéis visto un lince alguna vez?

—Sus ojos

se clavaron en las chicas, que estaban todas tapadas con sus pieles. Como
no le contestaron, se puso a explicarles cosas sobre los lince, como si
fuera un maestro de escuela dando una clase—. Un lince es un gato, pero
más grande, y se parece al leopardo pero en más pequeño. Puede subir a los
árboles y nadar. Es capaz de dar saltos de varios metros y de capturar
pájaros en las ramas de los árboles. Es un animal muy inteligente. Esta
pareja de lince, en concreto, vivía entre los montes donde se entierran los
muertos de Gaomi del Noreste, lo cual hizo que fuera más difícil
capturarlos que subir al cielo trepando. Pero al final los cogieron. Madre
adoptiva, estas dos chaquetas son mi regalo para el joven hermano Jintong
y su hermana melliza.
Diciendo esto, desplegó las dos pequeñas chaquetas de piel de lince,
animales que cuando estaban vivos podían trepar a los árboles, nadar y dar
saltos de varios metros. Después se agachó, recogió el abrigo de color rojo
fuego de piel de zorro, lo sacudió y lo depositó en los brazos de Madre.
—Madre adoptiva —le dijo con voz suplicante—, por favor, no hagas
que me pierdan el respeto.

Cuando cayó la noche, Madre echó el cerrojo en la puerta y le dijo a

Laidi que viniera a nuestra habitación. Me acostó a la cabecera del *kang*,

junto a mi hermana melliza, y yo estiré un brazo y le arañé la cara. Ella

chilló y se acurrucó en la esquina, todo lo lejos de mí que pudo. Madre

estaba demasiado ocupada cerrando con pestillo la puerta del dormitorio

como para preocuparse por nosotros. Mi hermana mayor estaba de pie

junto a la cabecera del *kang*, envuelta en su abrigo púrpura de marta, con la

estola de zorro alrededor del cuello, con pinta de avergonzada y orgullosa

al mismo tiempo. Madre se subió al *kang*. Se quitó una horquilla del moño

que tenía en la parte posterior de la cabeza y tiró un poco de la mecha de la

lámpara de aceite para que alumbrara con un poco más de fuerza. Después

se sentó con la espalda muy recta y dijo con tono de reproche y

condescendencia: «Siéntate, jovencita. No tengas miedo de que se manche

tu nuevo abrigo». Laidi se ruborizó y se sentó en un taburete junto al *kang*,

haciendo pucheros para mostrarle que se sentía herida. Su estola de piel

hacía que su astuta barbilla se elevara un poco; una luz verde y oleosa

brillaba en sus ojos.

El patio se había convertido en el territorio de Sha Yueliang.
Desde

que montó su campamento en la habitación del lado este de
nuestra casa, la

puerta de entrada nunca estuvo del todo cerrada. En esta noche
en concreto,

en la habitación del lado este estaban pasando muchas más
cosas que de

costumbre. La brillante luz de una lámpara de gas se veía a
través de la

persiana de papel de la ventana, iluminando todo el patio y
añadiéndoles un

cierto resplandor a los copos de nieve que se movían en el aire.
La gente

corría de un lado para el otro, la puerta no dejaba de abrirse y
de cerrarse,

chirriando cada vez, y el crujiente sonido de los cascos de los
burros subía

y bajaba por la calle. Dentro de la habitación, una risa
profunda y

masculina tronaba en la noche entre las apuestas: ¡Tres
jardines de

melocotones! ¡Cinco burros de carga! ¡Siete ciruelos en flor y
ocho

caballos! El olor de la carne y el pescado atrajo a mis seis
hermanas hasta

la ventana de la habitación del lado este, donde se instalaron
apoyadas en

el alféizar, hambrientas, mientras se les hacía agua la boca.
Madre observó

a mi hermana mayor como un halcón, con los ojos en llamas.
Laidi le

devolvió la mirada desafiante, sin someterse. Unas chispas azules

surgieron del encuentro de sus ojos.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Madre.

—¿A qué te refieres? —preguntó Laidi, acariciando la exuberante

cola del zorro.

—No te hagas la tonta conmigo —le dijo Madre.

—Madre —dijo Laidi—. No sé adonde quieres llegar.

Cambiando el tono de su voz para adoptar uno más triste, Madre dijo:

—Laidi, eres la mayor de nueve hijos, así que si te metes en líos, ¿en

quién voy a confiar?

Mi hermana se puso de pie de un salto y, con un tono de indignación

en la voz que yo nunca le había oído antes, le dijo:

—¿Y qué es lo que esperas de mí, Madre? Tú sólo te preocupas por

Jintong. ¡Para ti, las chicas no valemos más que un montón de cagadas de

perro!

—Laidi —dijo Madre—, no cambies de tema. Puede que Jintong sea

oro, pero vosotras, las chicas, sois plata. Así que no me vuelvas a decir

nada de cagadas de perro. Ya es hora de que madre e hija tengan una

conversación sincera. Ese tipo, Sha, es como una comadreja que se acerca a

los pollos para felicitarles el año nuevo. No tiene buenas intenciones, y

estoy segura de que te ha echado el ojo.

Laidi bajó la cabeza y volvió a acariciar la cola de zorro mientras las

lágrimas asomaban a sus ojos.

—Madre —le dijo—, me haría muy feliz casarme con un hombre

como él.

Madre reaccionó como si le hubiera caído encima un rayo.

—Laidi —le dijo—, tendrás mi bendición para casarte con quien tú

quieras con tal de que no sea ese Sha.

—¿Por qué?

—Tú no te preocupes por eso.

Con un matiz de odio en la voz, que pareció fuera de lugar en una

chica de su edad, Laidi dijo:

—La familia Shangguan ya me ha tratado como a una bestia de carga

durante suficiente tiempo.

La dureza de su comentario dejó a Madre asombrada. Escrutó el rostro

de su hija, que estaba rojo de rabia, y después dirigió la mirada más abajo,

a la mano que acariciaba la cola de zorro. Sentí cómo cogía algo que estaba

por ahí cerca; era el cepillo para limpiar el *kang*. Levantándolo por encima

de su cabeza, gritó histéricamente:

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡A ver si te voy a dar una paliza

de muerte!

Madre saltó del *kang*, blandiendo el cepillo en el aire. Pero Laidi, en

lugar de prepararse para encajar el golpe que le iba a caer, levantó la

cabeza, desafiante, y la mano se le congeló a Madre a media altura. Cuando

al fin impactó, lo hizo sin ninguna fuerza. Dejando caer el cepillo al suelo,

Madre le echó los brazos al cuello a mi hermana y sollozó:

—Laidi, nosotros y ese Sha vivimos en dos mundos distintos. No

puedo resignarme a mirar cómo mi propia hija se lanza sobre una pira en

llamas...

Para entonces, Laidi también estaba sollozando.

Cuando quedaron agotadas de llorar, Madre le secó a mi hermana la

cara con el dorso de su mano y le imploró:

—Laidi, dame tu palabra de que no tendrás nada con ese Sha.

Pero Laidi se mantuvo en su sitio.

—Madre —le dijo—, esto es algo que de verdad quiero, y no sólo por

mí, sino por el bien de toda la familia.

Por el rabillo del ojo, Laidi miró el abrigo de piel de zorro y las dos

chaquetas de lince que había sobre el *kang*.

Madre también se mantuvo en su sitio.

—Quiero que todas devolváis estos abrigos mañana.

—¿Es que no te importa si nos morimos congeladas? —dijo mi

hermana.

—Un maldito vendedor ambulante de abrigos de piel, eso es lo que es

—protestó Madre.

Mi hermana quitó el pestillo de la puerta y se marchó a su habitación

sin mirar atrás.

Madre se sentó, exhausta, en el borde del *kang*; yo oía los rncos

suspiros que brotaban de su pecho.

Después oí, a través de la ventana, el sonido de los pasos dubitativos

de Sha Yueliang. No sabía qué decir, tenía la lengua de trapo y la boca

medio paralizada. Yo sabía que tenía ganas de golpear contra la ventana y,

con un tono de ternura, sacar el tema del matrimonio. Pero el alcohol había

aplanado sus percepciones sensoriales y había imposibilitado que sus actos

se correspondieran con sus deseos. Dio un golpe tan fuerte en el cristal de

la ventana que atravesó con la mano la persiana de papel, con lo que el aire

frío del exterior entró en la casa junto al hedor a alcohol que desprendía su

aliento. Con el tono de voz típico de los borrachos, desagradable y, sin

embargo, inspirador de un cierto cariño, bramó:

—Madre...

Madre bajó del *kang* de un salto y se quedó un tanto aturdida durante

un instante, y después volvió a subir al *kang* y me sacó de debajo de la

ventana, donde estaba acostado.

—Madre —dijo Sha—, Laidi y yo, ¿cuándo podemos casarnos? No

soy un hombre con mucha paciencia...

Madre apretó los dientes.

—Oye, tú, Sha —le dijo—. Es como si el sapo quisiera gozar del

cisne. ¡Sigue soñando!

—¿Qué has dicho? —le preguntó Sha Yueliang.

—He dicho: ¡Sigue soñando!

Como si de repente hubiera dejado de estar borracho, Sha dijo, pronunciando perfectamente:

—Madre adoptiva, nunca en la vida le he suplicado nada a nadie.

—Y yo no te he pedido que me supliques nada.

Soltando una carcajada burlona, él le contestó:

—Madre adoptiva, te estoy diciendo que Sha Yueliang consigue y

hace exactamente lo que le da la gana...

—Primero tendrás que matarme.

—Dado que quiero casarme con tu hija —dijo Sha riéndose—, ¿cómo

iba a matarte, a ti, a mi futura suegra?

—Entonces ya puedes ir olvidándote de lo de casarte con mi hija.

Otra carcajada.

—Tu hija ha crecido, ahora es una mujer, y tú ya no puedes decidir su

destino. Ya veremos lo que ocurre, mi querida suegra.

Sha fue caminando hasta la ventana de la habitación del lado este,

abrió un hueco en la persiana de papel y metió un puñado de caramelos en

el cuarto.

—Pequeñas cuñadas —gritó—, tomad unos caramelos.

Mientras Sha

Yueliang esté por aquí, comeréis dulces y tomaréis bebidas picantes

conmigo...

Esa noche, Sha Yueliang no durmió. Estuvo dando vueltas por el patio

y, salvo alguna tos de vez en cuando, o cuando se lanzaba a silbar, cosa que

hacía realmente bien, puesto que era capaz de imitar las voces de una

docena de pájaros diferentes, estuvo cantando a pleno pulmón arias de

óperas antiguas o canciones antijaponesas contemporáneas. En un

momento dado cantaba sobre Chen Shimei, el malvado marido que fue

decapitado por orden del magistrado de Kaifeng cuando este se enfadó, y al

momento siguiente cantaba sobre seccionar, con su espada, el cuello de un

soldado japonés. Para evitar que este héroe de la resistencia, que estaba

ebrio de alcohol y de amor, irrumpiera en la habitación, Madre añadió un

segundo cerrojo en la parte más alta de la puerta y, por si eso no fuera

suficiente, amontonó contra ella todas las cosas que fue capaz de mover,

desde un fuelle hasta un armario, pasando por una pila de ladrillos rotos.

Después, tras colocarme a salvo en su espalda, cogió un enorme cuchillo de

carnicero y se puso a caminar por la habitación de un lado a otro. Ninguna

de mis hermanas se quitó su nuevo abrigo de piel; se acurrucaron todas

juntas, con una gota de sudor en la punta de la nariz, durmiendo a pesar de

todo el ruido que hacía Sha. La baba que salía de la boca de Qiudi mojó el

abrigo de piel de marta de Zhaodi; Niandi se durmió junto al abrigo de piel

de oso, como un corderito. Ahora que lo recuerdo, Madre nunca tuvo

ninguna oportunidad de vencer en su enfrentamiento con Sha Yueliang, que

se había ganado a mis hermanas con sus abrigos de pieles, por lo que

formaron un frente único con él; tras perder el apoyo de las masas, Madre

se convirtió en una luchadora solitaria.

Al día siguiente, llevándome a la espalda, Madre fue corriendo a

contarle a Tercer Maestro Fan que había decidido que la mejor forma de

devolverle lo que le debía a la Tía Sol por sus servicios de matrona era

casando a Laidi con uno de los chicos mudos de la familia Sol, el héroe de

la batalla contra los cuervos. El mismo día que se anunciara la decisión

quedaría establecido el compromiso, la dote se entregaría al día siguiente y

la boda se celebraría un día más tarde. Tercer Maestro Fan clavó los ojos

en Madre con una expresión de confusión en la mirada.

—Tío —dijo Madre—, no te preocupes por los detalles. Yo me encargaré de hablar con el Casamentero Xie.

—Pero esto es hacer las cosas al revés.

—Sí, así es —contestó Madre.

—¿Y por qué lo haces así?

—Por favor, tío, no me hagas preguntas. Simplemente ocúpate de que

el mudo llegue a nuestra casa a mediodía con sus regalos de compromiso.

—¿Y qué puede ofreceros él como regalo? —preguntó Tercer Maestro

Fan.

—Dile que traiga lo que pueda —le contestó Madre.

De camino a casa, noté el miedo y la profunda ansiedad de Madre.

Tenía motivos para estar preocupada. En cuanto entramos en el patio, nos

encontramos con un montón de animales, bailando y cantando: una

comadreja, un oso pardo, un corzo, un perro, una oveja y un conejo. El

único que faltaba era la marta. La marta de color púrpura, con un zorro

envolviéndole el cuello, estaba sentada sobre unos sacos de grano en la

habitación que daba al lado este, mirando fijamente al comandante, que

estaba limpiando la bolsita en la que llevaba la pólvora y el mosquete.

Madre arrastró a Laidi de los sacos de grano y expuso, fría como el

hielo:

—Comandante Sha, está prometida a otro. Supongo que los soldados

de la resistencia que combaten bajo sus órdenes no son del tipo de hombres

que se van con las mujeres de otros. ¿Estoy en lo cierto?

—Por supuesto —le contestó Sha, sin ninguna emoción.

Madre sacó a mi hermana mayor de la habitación del lado este.

A mediodía, el chico mudo de la familia Sol se presentó ante nuestra

puerta con un conejo salvaje. Llevaba una pequeña chaqueta acolchada, y

por debajo de ella se le veía la tripa, y por arriba el cuello. Las mangas

apenas cubrían sus gruesos brazos hasta la mitad. Todos los botones se le

habían perdido, por lo que usaba una cuerda de cáñamo para sujetarse los

pantalones. Gesticuló y se inclinó ante Madre, con una sonrisa idiota

surcándole el rostro. Le ofreció el conejo a Madre sujetándolo con las dos

manos. Tercer Maestro Fan, que había venido con el mudo, dijo:

—Viuda de Shangguan Shouxi, he hecho lo que me pediste.

Madre le echó un vistazo al conejo salvaje, que tenía una burbuja de

sangre en una de las esquinas de la boca, y se quedó petrificada donde

estaba. Entonces, señaló al chico mudo de la familia Sol y dijo:

—Tío, me gustaría que los dos os quedarais un rato. No os vayáis a

casa todavía. Cocinaremos el conejo con unas zanahorias como cena de

compromiso.

Los sollozos de Laidi irrumpieron desde la habitación del lado este.

Al principio, sonaba como el llanto de una niña pequeña, agudo e infantil.

Eso se mantuvo así durante unos minutos, y después fue reemplazado por

unos gemidos profundos y entrecortados, acompañados por una sucesión de

insultos terriblemente sucios. Después de unos diez minutos, cuando las

lágrimas se acabaron, dieron paso a unos gritos áridos y quebradizos.

Laidi estaba sentada en el suelo de tierra de la habitación que daba al

lado este, enfrente del *kang*, ensuciándose el precioso abrigo sin

preocuparse por ello en absoluto. Miraba fijamente, de frente, sin lágrimas

en el rostro, con la boca abierta, semejante a un pozo seco.

Unos gritos

áridos y quebradizos brotaban de ese pozo seco interminablemente. Mis

otras seis hermanas estaban sollozando con suavidad, y sus lágrimas caían

rodando sobre una piel de oso, bailaban sobre una piel de corzo, brillaban

sobre una piel de comadreja, humedecían una piel de oveja y manchaban

una piel de conejo.

Tercer Maestro Fan asomó la cabeza por la puerta. Los ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas y los labios le temblaron,

como si hubiera visto un fantasma. Retrocedió hasta salir de la habitación,

se dio la vuelta y se largó de allí lo más rápido que pudo.

El chico mudo de la familia Sol estaba en el salón de nuestra casa,

observando con curiosidad todo lo que estaba al alcance de su vista.

Además de su sonrisa idiota, la expresión de su rostro revelaba una maraña

de pensamientos inextricables, una desolación fosilizada, una tristeza

indiferente. Incluso en un momento determinado distinguí en su cara una

temerosa expresión de rabia.

Madre le metió un cable por la boca al conejo y lo colgó de una viga.

Los alaridos de terror que soltaba mi hermana mayor no le hicieron

ninguna mella. Madre tampoco hizo caso a la extraña expresión del mudo y

siguió dedicándose al conejo con su viejo y oxidado cuchillo de carnicero.

Sha Yueliang salió de la habitación del lado este con su
mosquete colgado

a la espalda. Sin ni siquiera levantar la mirada, Madre le dijo
fríamente:

—Comandante Sha, hoy es el compromiso de boda de mi hija
mayor y

este conejo es el regalo de compromiso.

—Qué regalo tan extravagante —dijo Sha Yueliang con una
carcajada.

Madre le rebanó la cabeza al conejo.

—Hoy se ha comprometido, mañana se entregará la dote y
pasado

mañana se celebrará la boda. —Madre se volvió y miró
fijamente a Sha

Yueliang—. ¡No te olvides de asistir al banquete de bodas!

—¿Cómo iba a olvidarme? —contestó Sha—. Seguro que no
me

olvidaré.

Entonces se dio la vuelta y salió por la puerta con su
mosquete,

silbando fuertemente una melodía.

Madre siguió desollando al conejo, aunque estaba claro que no
podía

concentrarse del todo en la tarea. Cuando terminó, lo colgó
sobre la puerta

de entrada y volvió a meterse en casa, llevándose a mí a la
espalda y al

cuchillo en la mano. «¡Laidi! —gritó—. Los lazos entre los
padres y los

hijos están hechos de hostilidad y amabilidad. ¡Vamos,
ódame!» En

cuanto este exabrupto salió de su boca, se puso a llorar en silencio.

Mientras las lágrimas le humedecían el rostro y le temblaban los hombros,

ella cortaba los nabos en rodajas. ¡*Chac!* El primer nabo se separó en dos

mitades de color blanco verdoso. ¡*Chac!* Cuatro mitades. ¡*Chac!* ¡*Chac!*

¡*Chac!* Madre hacía rodajas cada vez más rápido, y sus movimientos eran

cada vez más exagerados. Los nabos, ahora troceados, yacían en la tabla de

cortar. Madre levantó su cuchillo una vez más; casi cayó flotando por el

aire al escapársele de la mano, y aterrizó sobre el montón de nabos

troceados. La habitación estaba totalmente cargada con su olor acre.

El chico mudo de la familia Sol miró a Madre y le hizo un respetuoso

gesto levantando el pulgar, y también soltó una serie de gruñidos. Madre se

secó los ojos con la manga y le dijo: «Ya puedes irte». Él agitó los brazos y

dio una patada al suelo. Levantando la voz, Madre señaló en dirección a su

casa. «Ya puedes irte. ¡Quiero que te vayas!».

Cuando por fin comprendió lo que quería decir Madre, me hizo un

gesto con la cara; el bigote que le crecía sobre el hinchado labio superior

parecía como una pincelada de pintura verde. Primero hizo como si fuera a

trepar a un árbol, después pareció que se iba a echar a volar como un

pájaro, y al fin hizo como si tuviera en la mano un pequeño pájaro

luchando por escaparse. Sonriendo, me señaló a mí y después se señaló su

propio pecho, justo encima del corazón.

Una vez más, Madre señaló en dirección a su casa. Él se quedó

petrificado durante un momento y después asintió, demostrando que había

comprendido. Cayendo de rodillas ante Madre —quien retrocedió

rápidamente, de modo que ahora él se encontraba frente a la tabla de cortar

con las rodajas de nabo—, golpeó la frente contra el suelo al prosternarse.

Después se puso de pie y se fue, caminando orgullosamente.

Agotada por todas las actividades del día, Madre durmió un montón

aquella noche. Cuando se despertó, a la mañana siguiente, vio varios

conejos salvajes colgando de un árbol de parasol, de un cedro y del

albaricoque, que parecían cargados con frutas exóticas.

Apoyándose en el marco de la puerta, se sentó lentamente en el

umbral.

Con su abrigo de piel de marta puesto, y con la piel de zorro rojo

envuelta alrededor del cuello, la joven Shangguan Laidi, de dieciocho años,

se había escapado con el jefe de la Banda de Mosqueteros del Burro Negro,

Sha Yueliang. Se habían llevado la mula negra con ellos. Todos esos

conejos salvajes eran el regalo de compromiso que Sha Yueliang le había

hecho a mi madre, y eran también una exhibición de su arrogancia. Mis

hermanas segunda, tercera y cuarta fueron cómplices del plan de huida de

Primera Hermana, que se llevó a cabo en mitad de la noche, cuando Madre

estaba sumida en un profundo sueño y roncaba fuertemente, y mis

hermanas quinta, sexta y séptima también dormían a pierna suelta.

Segunda Hermana salió de la cama y, caminando descalza para no hacer

ruido, se acercó a la puerta y apartó todas las cosas que Madre había

apilado tras ella. Después, mis hermanas tercera y cuarta abrieron la doble

puerta. Antes, aquella noche, Sha Yueliang había engrasado los goznes

para escopetas, por lo que las puertas se abrieron sin hacer ni un ruido.

Bajo los fríos rayos de luna de la alta noche, las chicas se abrazaron y se

despidieron. Sha Yueliang sonrió furtivamente ante los conejos que

colgaban de los árboles.

Al día siguiente tendría que haber sido la boda del mudo y mi

hermana mayor. Madre estuvo sentada al borde del *kang*,
cosiendo en
silencio telas con aguja e hilo. Justo antes del mediodía, el
mudo, incapaz
de contener la impaciencia, se presentó en la casa. Empleando
gestos con
las manos y expresiones faciales, le indicó a Madre que había
venido en
busca de su mujer. Madre bajó del *kang* y señaló a la
habitación del lado
que daba al Este, y después a los árboles del patio donde
todavía colgaban
los conejos, ahora tiesos por la congelación. No fue necesario
que dijera ni
una palabra; el mudo comprendió exactamente lo que había
sucedido.

Esa noche, todos nos sentamos alrededor del *kang* a comer
rebanadas
de nabo y a sorber *congee* [\[3\]](#) de trigo. De repente oímos a
alguien que golpeaba a la puerta de la calle. Segunda
Hermana, que había ido un
momento a la habitación que daba al Oeste a llevarle algo de
comida a
Shangguan Lü, entró corriendo y dijo, casi sin aliento:
«Madre, hay
problemas. El mudo y sus hermanos están en la puerta, y han
traído un
montón de perros». Mis hermanas entraron en pánico, pero
Madre se quedó
sentada donde estaba, dándole de comer tranquilamente a mi
hermana
melliza Yunü —Niña de Jade— y sin dejar de prestarles
atención a las

rebanadas de nabo, que masticaba ruidosamente. Parecía tan
tranquila
como una coneja embarazada. El escándalo que se había
armado en la
puerta se acabó tan repentinamente como había comenzado.
En el tiempo
que se tarda en fumarse una pipa pequeña, tres figuras oscuras
y con el
rostro enrojecido saltaron el muro de la parte sur del patio.
Eran tres
hermanos mudos de la familia Sol. Tres perros negros, con la
piel
reluciente como si se la hubieran embadurnado con manteca
de cerdo,
entraron al patio junto a ellos. Pasaron por encima del muro
como arco iris
negros y aterrizaron en el suelo sin hacer ni un ruido. Los
mudos y sus
perros se quedaron quietos, como congelados, durante un
instante, bajo la
profunda luz roja de la puesta de sol, como si fueran estatuas.
El mayor
aferraba una brillante espada de Burma, el segundo tenía un
cuchillo de
caza de acero inoxidable colgado a la cintura y el tercero
llevaba una gran
espada oxidada de mango corto. Los tres portaban sobre los
hombros unas
mochilas de algodón, de color azul y decoradas con flores
blancas, como
quien está a punto de emprender un largo viaje. Mis hermanas,
aterrorizadas, contuvieron el aliento, pero Madre siguió
sentada, sorbiendo

su *congee* tranquilamente. Sin previo aviso, el mayor de los mudos soltó un rugido, y lo siguieron sus dos hermanos y después los perros. Las gotas de saliva procedente de bocas humanas y caninas bailaban bajo los últimos rayos del sol como brillantes insectos. Entonces, los mudos hicieron una demostración de su habilidad con sus espadas y cuchillos, como una repetición de la batalla que habían librado contra los cuervos durante el funeral en los campos de trigo. Aquella noche de invierno, los cuchillos y las espadas centellearon mientras tres hombres fornidos y de poca estatura, vagamente semejantes a perros de caza, saltaban por el aire, estirándose todo lo que podían, y cortaban en pedazos los conejos muertos que colgaban de los árboles de nuestro patio. Sus perros aullaban frenéticamente y sacudían la cabeza de un lado para el otro, sacudiendo a izquierda y derecha los destrozados cadáveres de los conejos. Cuando los hombres terminaron, todo nuestro patio estaba cubierto de pedazos de conejo. Unas pocas y solitarias cabezas de conejo quedaron colgando de las ramas, como frutas que nadie ha recogido y que el viento se ha encargado de secar. Guiando a sus perros, los mudos, satisfechos, dieron unas cuantas

vueltras por el patio para mostrar su autoridad antes de volver a pasar por

encima del muro, rozándolo, como golondrinas, y desaparecer en la

penumbra de la noche al caer.

Sosteniendo su cuenco frente a ella, Madre sonrió ligeramente. Esa

extraña sonrisa quedó grabada a fuego en nuestras mentes.

IV

Las primeras señales de que una mujer está envejeciendo le aparecen en los

pechos y van avanzando desde los pezones hacia atrás. Después de que

nuestra hermana se diera a la fuga, los rosados pezones de Madre, que

siempre se habían mantenido juguetonamente erguidos, se inclinaron hacia

abajo, como las espigas de grano cuando están maduras. Al mismo tiempo,

el rosa se volvió rojo dátil. Durante esos días su producción de leche

decaió, y ya no era ni de cerca tan fresca ni tan bien oliente ni tan dulce

como siempre había sido. De hecho, esa leche, que ahora era anémica,

sabía un poco a madera podrida. Afortunadamente el paso del tiempo fue

haciendo que su estado de ánimo mejorara poco a poco, especialmente una

vez que se comió una gran anguila, tras lo cual sus pezones decaídos

resurgieron y se elevaron y su color se aclaró. Pero las profundas arrugas

que habían aparecido en la base de cada pezón, como pliegues en las

páginas de un libro, seguían siendo perturbadoras; desde luego, ahora se

habían suavizado, pero a pesar de todo quedaba un trazo indeleble de su

declive. Para mí, esto fue como una advertencia; gracias al instinto, o tal

vez a la intervención divina, se produjo un cambio en mi actitud temeraria

e indulgente con respecto a los pechos. Supe que debía considerarlos como

algo precioso, y conservarlos y protegerlos, tratándolos con el cuidado que

se merecían esos exquisitos contenedores.

El invierno de aquel año fue especialmente amargo, pero fuimos

avanzando hasta la primavera sanos y salvos y llenos de confianza gracias

a que teníamos media habitación llena de trigo y el sótano con pilas de

nabos hasta el techo. Durante los días más fríos, las fuertes nevadas nos

obligaban a quedarnos encerrados en casa, mientras afuera a algunos

árboles se les quebraban las ramas bajo el peso de la nieve que se les

acumulaba encima. Cubiertos con los abrigo de piel que nos había dado

Sha Yueliang, nos acurrucábamos en torno a Madre y caíamos en una

especie de hibernación. Pero un día salió el sol y comenzó a derretir la

nieve. En los aleros del tejado se formaron carámbanos de hielo y los
gorriones fueron reapareciendo poco a poco, y gorjeaban para nosotros
desde las ramas de los árboles que había en el patio. Por nuestra parte, nos
desperezamos y fuimos saliendo de nuestro sopor invernal. Mis hermanas
experimentaron una profunda repulsión por la nieve derretida que nos
había servido durante tanto tiempo, y la misma comida de nabos hervía en
agua de nieve, una tras otra hasta cientos de veces. Mi segunda hermana,
Zhaodi, fue la primera que mencionó que la nieve de aquel año traía un
olor a sangre, y añadió que si no nos dábamos prisa en bajar al río para
traer agua fresca, seguramente sufriríamos una extraña enfermedad y ni
siquiera Jintong, que todavía se alimentaba de leche materna, podría
sobrevivir. Para entonces, Zhaodi había asumido con mucha naturalidad el
rol de liderazgo de Laidi. Tenía unos labios gruesos y carnosos y hablaba
con una voz potente que la hacía muy atractiva. Se convirtió en la voz de la
autoridad, puesto que había asumido toda la responsabilidad en la
preparación de las comidas en cuanto el invierno se había cernido sobre

nosotros, mientras Madre se sentaba en el *kang*, timorata como una vaca

lechera que ha sufrido heridas, envolviéndose de vez en cuando en la

preciosa piel de zorro, como debía hacer, para mantener el calor y

garantizar la continuidad del flujo de leche de buena calidad hasta sus

pechos. Mirando a Madre, mi segunda hermana dijo imperiosamente:

—Desde hoy, iremos a buscar agua al río.

Madre no puso ninguna objeción. Mi tercera hermana, Lingdi, puso

mala cara y se quejó del sabor de los nabos hervidos en agua de nieve y

repitió su propuesta de que vendiéramos la burra y usáramos el dinero para

comprar algo de carne.

—Estamos rodeados de hielo y nieve —dijo Madre sarcásticamente

—, así que ¿dónde sugieres que vayamos a venderla?

—Entonces vamos a cazar conejos salvajes —dijo Tercera Hermana

—. Con todo este hielo y toda esta nieve tienen tanto frío que casi no se

pueden mover.

Madre palideció de rabia.

—Chicas, recordad una cosa: no quiero volver a ver un conejo salvaje

en lo que me queda de vida.

De hecho, hubo mucha gente en la aldea que se hartó de comer conejo

salvaje durante aquel amargo invierno. Los conejos, pequeños y regordetes,

se arrastraban por los campos nevados como gusanos, en un estado de

letargo tal que incluso las mujeres con los pies vendados podían atraparlos

con facilidad. Fue una época dorada para los zorros. Debido a las batallas,

que no se acababan nunca, todos los rifles de caza habían sido confiscados

por las guerrillas de uno u otro signo, privando a los aldeanos de sus armas

más eficaces. Y las batallas también tenían un efecto debilitador en el

estado de ánimo de dichos aldeanos, por lo que en el momento álgido de la

temporada de caza los zorros, a diferencia de años anteriores, no tenían

nada que temer. Durante las noches, tan largas que parecían interminables,

los zorros campaban libremente en los pantanos y todas sus hembras

quedaron preñadas. Sus lastimeros aullidos casi volvían loca a la gente.

Empleando una pértiga, mis hermanas tercera y cuarta llevaron un

gran cubo de madera hasta el Río de los Dragones. Las siguió mi segunda

hermana, que llevaba un martillo pilón. Cuando pasaron junto a la casa de

la Tía Sol, sus ojos se dirigieron hacia el patio, que estaba más desolado de

lo que se pueda imaginar, sin un solo signo de vida. Una
bandada de
cuervos formaba una línea junto al muro, como recordatorio
de todo lo que
había sucedido allí. La excitación de aquella época había
desaparecido
hacía mucho tiempo, así como los mudos, que se habían
marchado con
destino desconocido. Las chicas atravesaron la nieve, que les
llegaba por
las rodillas, hasta la orilla del río, observadas por varios
perros-mapache
desde los ásperos arbustos. El Sol estaba atravesando el cielo
del Sudeste y
sus rayos diagonales brillaban sobre el lecho del río. El hielo
que había
junto a la orilla estaba blanco, y caminar sobre él era como
pisar tortitas
crocantes; crujía bajo los pies de las chicas haciendo un ruido
como *ge-ge-*
cha-cha. En el centro, el hielo era azul pálido, duro, suave y
brillante. Mis
hermanas pasaron sobre él caminando con precaución, y
cuando mi cuarta
hermana resbaló y cayó, arrastró tras ella a mi segunda
hermana, que la
tenía cogida de la mano. El cubo y el martillo pilón dieron un
golpe fuerte
y sonoro contra el hielo, y las chicas rieron.
Segunda Hermana escogió un trozo de hielo limpio y lo atacó
con el
martillo pilón, que había pertenecido a la familia Shangguan
durante

generaciones, levantándolo bien alto por encima de su cabeza
con sus

delgados brazos e impulsándolo hacia abajo con fuerza. Los
ruidos agudos

y huecos que hacía el acero en contacto con el hielo volaban
por el aire y

hacían que la persiana de papel de nuestra ventana temblara.
Madre me

mimó la parte de arriba de la cabeza, sobre la pelusa amarilla,
y después

acarició la piel de mi abrigo. «Pequeño Jintong —me dijo—,
pequeño

Jintong, tu hermana está haciendo un gran agujero en el hielo.
Volverá con

un cubo lleno de agua y con medio cubo lleno de pescado». Mi
octava

hermana, envuelta en su abrigo de piel de lince, estaba
tumbada acurrucada

en una esquina del *kang*, con una extraña sonrisa dibujada en
el rostro,

como una pequeña y peluda Diosa de la Misericordia. El
primer golpe que

dio Segunda Hermana produjo una marca blanca del tamaño
de una nuez.

Varias astillas de hielo quedaron pegadas al martillo. Lo
levantó otra vez,

haciendo un esfuerzo para poder elevarlo por encima de su
cabeza, y volvió

a dejarlo caer, esta vez de una forma más titubeante. Sobre el
hielo

apareció otra marca blanca, esta a varios centímetros de
distancia de la

primera. Para el momento en que unas veinte manchas cubrían el trozo de

hielo, Zhaodi estaba casi sin aliento, y unas grandes y densas vaharadas de

humo blanco salían de su boca. Levantó el martillo una vez más, pero al

hacer un último esfuerzo para dar el golpe, perdió el equilibrio y cayó de

cabeza sobre el hielo. Tenía la cara pálida como la ceniza y sus gruesos

labios habían adquirido un color rojo brillante. Además, se le nubló la vista

y sobre la punta de la nariz tenía unas gotas cristalinas de sudor.

Para entonces, mis hermanas tercera y cuarta ya estaban murmurando,

dando voz a su disgusto con su hermana mayor, mientras ráfagas de viento

procedente del Norte barrían la superficie del lecho del río y les cortaban la

cara como si fueran cuchillos. Segunda Hermana se levantó, se escupió en

las manos, volvió a coger el martillo pilón y golpeó el hielo con él. Pero

este nuevo golpe la envió despatarrada al suelo por segunda vez.

Justo cuando estaban recogiendo el cubo y la pértiga para

transportarlo y estaban a punto de encaminarse hacia casa, frustradas,

resignadas al hecho de que iban a tener que seguir empleando nieve

derretida, o hielo, para cocinar, una docena de caballos que tiraban de

trineos y dejaban un rastro de polvo de nieve apareció galopando por encima del río helado. Debido a los brillantes rayos del sol que rebotaban en el hielo y al hecho de que los caballos venían del Sudeste, al principio Segunda Hermana pensó que habían arribado a la Tierra viajando en esos mismos rayos solares. Brillaban como haces de luz dorada y centelleaban a gran velocidad. Los cascos de los caballos refulgían como la plata al repiquetear sobre el hielo, herraduras de hierro que llenaban el aire con sus fuertes impactos y enviaban esquirlas de hielo que llegaban volando hasta los rostros de mis hermanas, que se quedaron ahí mirando boquiabiertas, demasiado estupefactas como para ni siquiera pensar en salir corriendo. Los caballos pasaron a su lado al galope antes de detenerse, de forma impresionante, sobre el suave y brillante hielo. Mis hermanas se dieron cuenta de que los trineos estaban recubiertos con una gruesa y amarilla capa de aceite de tung, que relucía como el vidrio de colores. En cada uno de los trineos había cuatro hombres sentados; todos ellos llevaban gorros hechos con lustrosa piel de zorro. La escarcha blanca les cubría la barba,

las cejas, las pestañas y la parte delantera de los gorros. Unas densas

vaharadas de humeante niebla surgían de sus narices y sus bocas. Sus

caballos eran pequeños y delicados, y tenían las piernas cubiertas de pelo

bastante largo. Por su tranquilo comportamiento, Segunda Hermana dedujo

que se trataba de los legendarios ponis de Mongolia. Un tipo alto y fornido

bajó del segundo de los trineos de un salto. Llevaba un grueso abrigo de

piel de oveja, abierto por el frente, donde dejaba ver un chaleco de piel de

leopardo. El chaleco iba ceñido con un cinturón de cuero, del cual colgaban

un revólver metido en su cartuchera por un lado y un hacha por el otro. Él

era el único que llevaba un sombrero de fieltro con alas en lugar de una

gorra de cuero; las orejas quedaban así desprotegidas, por lo que se las

tapaba con unas orejeras de piel de conejo.

—¿Vosotras sois las hijas de la familia Shangguan? —les preguntó.

El hombre que estaba ante ellas era Sima Ku, el ayudante del administrador de la Casa Solariega de la Felicidad.

—¿Qué estáis haciendo aquí fuera? —Él mismo dio la respuesta antes

de que ellas pudieran contestarle—. Ah, intentando abrir un agujero en el

hielo. ¡Ese no es un trabajo para chicas! —se dio la vuelta y les gritó a los

hombres que iban en los trineos—: bajad aquí, vosotros, y
ayudad a mis

vecinas a hacer un agujero en el hielo. Mientras tanto, les
daremos algo de

agua a esos ponis de Mongolia.

Docenas de hombres bajaron de los trineos. Estaban hinchados
y

tosían y escupían sin parar. Varios de ellos se arrodillaron,
empuñaron las

hachas y comenzaron a golpear el hielo: *pa, pa, pa*. Las
esquirlas de hielo

volaban por el aire mientras el suelo se llenaba de las marcas
de los golpes.

Uno de los hombres, que lucía una barba en la cara, acarició el
filo de su

hacha y, después de sonarse la nariz, dijo:

—Hermano Sima, a este ritmo podemos seguir trabajando
hasta que

sea de noche y no lograremos atravesar el hielo.

Sima Ku se arrodilló, sacó su propia hacha y probó a dar unos
cuantos

golpes sobre el hielo.

—¡Maldita sea! —juró—. Es como una superficie de acero.

El hombre de la barba dijo:

—Hermano mayor, si todos vaciamos la vejiga en un mismo
punto,

quizá el hielo se derrita y se abra un agujero.

—¡Eres un gilipollas! —lo insultó Sima Ku, sufriendo un
ataque de

risa. Se dio una palmada en el trasero y entonces abrió la boca,
ya que la

herida que había sufrido en la espalda todavía no se le había cicatrizado del

todo, y exclamó—: Ya lo tengo. El técnico Jiang, que venga aquí.

Un hombre pequeño y huesudo se le acercó y lo miró a la cara, sin

decir ni una palabra. Pero la expresión de su rostro mostraba claramente

que estaba a la espera de órdenes.

—¿Esa cosa que has traído puede atravesar el hielo?

Jiang sonrió con suficiencia y le contestó, con una voz frágil y femenina:

—Será como aplastar un huevo con un martillo de hierro.

—Entonces, date prisa —le dijo Sima Ku, muy excitado—, y hazme

sesenta y cuatro, es decir, ocho veces ocho agujeros en este río de hielo.

Hagamos que mis vecinos se benefician de la presencia de Sima Ku. —

Entonces se volvió hacia mis hermanas—: Y vosotras, chicas, quedaros ahí

y no os mováis.

El técnico Jiang retiró el lienzo impermeable que cubría el tercer

trineo; aparecieron dos objetos de hierro, pintados de verde, con forma de

enormes piezas de artillería. Con una serie de movimientos bien

ensayados, soltó un largo tubo de plástico y lo envolvió alrededor de la

cabeza de uno de los objetos. Después miró el reloj; dos pequeñas

manecillas rojas, finas como lápices, hacían tic-tac rítmicamente. Al final

se puso un par de guantes de tela, apretó un objeto metálico que se parecía

a una gran pipa de opio, que iba unido a dos tubos de goma, y lo hizo girar.

La cosa se puso en marcha. El ayudante del técnico, un chico delgado que

no podía tener más de quince años, encendió una cerilla y la acercó a los

petardeantes extremos de los tubos. Unas llamas azules, gruesas como

crisálidas de gusanos de seda, salieron de los tubos haciendo un fuerte

fsssh. Le dio a gritos instrucciones al jovenzuelo, quien se subió al trineo y

dio vuelta a las cabezas de los dos objetos, con lo que las llamas azules

inmediatamente se volvieron de un blanco cegador, más brillante que la luz

del sol. El técnico Jiang cogió uno de los intimidantes objetos y le echó

una mirada a Sima Ku, quien le guiñó un ojo y levantó la mano bien alto

para bajarla después, gritando: «¡Comienza a cortar!».

Jiang se agachó y acercó la llama blanca al suelo helado. Un vapor de

color blanco lechoso se elevó como un chorro de unos treinta centímetros

por el aire, acompañado por un fuerte chisporroteo. El brazo controlaba la

acción de la muñeca, la muñeca controlaba la dirección de la enorme pipa

de opio, y la pipa de opio escupía unas llamas blancas que hicieron un

agujero en el hielo. Jiang levantó la vista.

—Ahí tienes tu agujero —dijo.

Con ciertas dudas, Sima Ku se agachó para mirar el hielo y vio que en

la superficie se había arrancado un pedazo de hielo del tamaño de una

piedra de molino, quemando su perímetro y dejando unas pequeñas astillas

en los bordes. El agua del río se empezó a arremolinar alrededor de él.

Entonces Jiang hizo una cruz sobre el trozo de hielo con la llama blanca,

dividiéndolo en cuatro partes. Les puso el pie encima para hundirlas, una

por una, y el río que fluía por debajo del hielo las arrastró. Un agua azul

brotaba del agujero.

—Perfecto. —Sima Ku alabó el trabajo del hombre, que también

recibió las miradas de admiración de los que lo rodeaban—. Ahora, haz

unos pocos agujeros más, para nosotros —ordenó Sima.

Empleando todas sus habilidades, el técnico Jiang hizo docenas de

agujeros más en el hielo de más de medio metro de grosor que cubría el

Río de los Dragones. Resultaron tener contornos muy variados: círculos,

cuadrados, rectángulos, triángulos, trapecios, octógonos, e incluso algunos

con forma de pera, todos colocados como en una página de un libro de

geometría.

—Técnico Jiang —dijo Sima Ku—, ¿has saboreado las mieles del

éxito! Bueno, hombres, subamos otra vez a los trineos.

Tenemos que llegar

al puente antes de que se haga de noche. Pero primero les daremos de beber

a los caballos un poco de agua del Río de los Dragones.

Los hombres llevaron a sus caballos hasta los agujeros para que

bebieran del río, y Sima Ku se dirigió a Segunda Hermana.

—Tú eres la segunda hija, ¿verdad? Bueno, vete a casa y dile a tu

madre que cualquier día de estos voy a machacar a ese bastardo de Sha

Yueliang y a devolverle a tu hermana mayor al mudo.

—¿Sabes dónde está ella? —le preguntó mi hermana, sin andarse con

rodeos.

—Sha Yueliang se la llevó con él a vender opio, con él y con esa

mierda de banda de burros que tiene.

Sin atreverse a preguntar nada más, Segunda Hermana observó cómo

Sima Ku se montaba en su trineo y partía en dirección oeste a toda

velocidad, seguido por los otros once trineos. Giraron en el puente de

pedra, por encima del Río de los Dragones, y desaparecieron de su vista.

Mis hermanas, todavía fascinadas por el espectáculo milagroso que

acababan de presenciar, ya no sentían el frío. Se quedaron mirando

fijamente todos los agujeros que había sobre el hielo, desde los triángulos a

los óvalos, desde los óvalos a los cuadrados, desde los cuadrados a los

rectángulos, y mientras tanto el agua del río les empapaba los zapatos antes

de congelarse. El aire fresco que salía de los agujeros les llenaba los

pulmones. Un sentimiento de reverencia por Sima Ku se apoderó de mis

hermanas segunda, tercera y cuarta. Ahora que mi hermana mayor les

había servido como un modelo glorioso, en la mente inmadura de Segunda

Hermana un pensamiento empezó a tomar forma: ¡Se casaría con Sima Ku!

Pero alguien, por lo visto, le había advertido fríamente que Sima Ku tenía

tres esposas. De acuerdo, pensó ella. ¡Yo seré la cuarta! Justo en ese

momento, Cuarta Hermana gritó: «¡Hermana, mira ese gran palo de carne!».

El llamado palo de carne era, en realidad, una anguila con la piel

plateada que había emergido hasta la superficie y que estaba retorciéndose

torpemente en el agua. Su cabeza, semejante a la de una serpiente, era del

tamaño de un puño, y tenía unos ojos fríos y amenazadores, como los de

una víbora agresiva. Cuando alcanzó la superficie con la cabeza, de su boca

salieron unas burbujas que explotaron en el aire. «¡Es una anguila!», gritó

Segunda Hermana, cogiendo la pértiga de bambú que usaba para llevar

cosas y golpeando con ella sobre la cabeza del animal. El gancho que había

en el extremo hizo que salpicara un montón de agua. La cabeza de la

anguila se hundió y desapareció bajo la superficie, pero salió a flote

inmediatamente después. Le había reventado los ojos. Segunda Hermana la

golpeó de nuevo. Los movimientos de la anguila se volvieron cada vez más

lentos hasta que se quedó rígida, toda estirada. Segunda Hermana soltó la

pértiga y, cogiéndola por la cabeza, arrastró la anguila fuera del agua.

Estaba rígida como si se hubiera congelado; de hecho, se había convertido

en un palo de carne. Las chicas emprendieron el tortuoso regreso al hogar.

Hermanas Tercera y Cuarta transportaban el agua, y Segunda Hermana

llevaba el martillo en una mano y la anguila en la otra.

Madre le cortó la cola a la anguila y troceó el cuerpo en dieciocho

partes. Cada pedazo que cortaba caía al suelo haciendo un ruido seco.

Después hirvió la anguila del Río de los Dragones en el agua que le habían traído del Río de los Dragones e hizo una sopa deliciosa. A partir de aquel día, los pechos de Madre se volvieron nuevamente juveniles, a pesar de que las marcas de las arrugas que he mencionado antes permanecieron en las puntas, como páginas de un libro que se han plegado. Esa noche, la exquisita sopa también sirvió para levantarle la moral a Madre y para devolverle la expresión de santidad a su rostro, parecida a la expresión piadosa del Guanyin Bodhisattva o a la de la Virgen María. Mis hermanas se sentaron alrededor de su asiento de loto. Sus queridas niñas la acompañaron durante esa noche de paz. Los vientos del Norte aullaban sobre el Río de los Dragones, convirtiendo nuestra chimenea en un silbato. Las ramas de los árboles del patio, cubiertas de hielo, se quebraban al agitarse con las ráfagas de viento. Un carámbano de hielo se separó del alero del tejado y se destrozó ruidosamente contra la piedra para hacer la colada que había justo debajo. Durante aquella misma noche maravillosa, Sima Ku cruzó el puente metálico que había sobre el Río de los Dragones, a unos treinta *li* de la

aldea, y estaba a punto de escribir un nuevo capítulo en la historia del

Concejo de Gaomi del Noreste. La vía de tren que pasaba por ese puente

formaba parte de la Línea Jiaoji, que había sido construida por los

alemanes. Los guerreros de la Brigada del Lobo y los de la Brigada del

Tigre habían combatido en una heroica y sangrienta batalla, empleando

todas las tácticas imaginables para retrasar la construcción, pero

finalmente habían sido incapaces de impedir que el camino de acero

cortara el blando bajo vientre del Concejo de Gaomi del Noreste,

dividiéndolo en dos. Tal como lo expresara su antepasado, Sima el Urna:

«Maldita sea, es como abrirles el vientre a nuestras mujeres». El dragón

metálico había vomitado un grueso humo negro al pasar rodando a través

de Gaomi del Noreste, como si rodara por encima de nuestros pechos.

Ahora la línea ferroviaria estaba en manos de los japoneses, quienes la

empleaban para transportar carbón y algodón, que en última instancia

servirían para limpiar las armas y para preparar la pólvora que usarían

contra nosotros.

El Cinturón de Orion se dirigía al Oeste; una luna creciente se alzaba

por encima de las copas de los árboles. El castigador viento del Oeste

llegaba barriendo la superficie del río helado, arrancándole gemidos y

gruñidos al puente de acero a su paso. Era una noche amargamente, casi

diabólicamente fría, tan fría que el hielo se quebraba sobre la superficie del

río, creando unos dibujos similares a los de una telaraña. Los crujidos que

hacía al quebrarse eran más fuertes que el ruido de disparos. La brigada de

trineos de Sima Ku alcanzó la base del puente y se detuvo al borde del río.

Sima Ku bajó de su trineo de un salto, con un dolor en la espalda como si

lo hubiera estado arañando un gato. La tenue luz de las estrellas hacía que

el río brillara levemente, pero el cielo, entre las estrellas y el río, estaba tan

oscuro que uno no podía verse los dedos de la mano. Dio una palmada, y a

su alrededor otras palmadas le contestaron. La misteriosa oscuridad lo

llenaba de energía y de excitación. Más tarde, cuando le preguntaron cómo

se sentía antes de destruir el puente, había dicho: «Estupendo, como si

fuera Nochevieja».

Sus tropas, a tientas, llegaron hasta el puente; Sima Ku se había

subido a uno de sus postes, y se sacó un hacha del cinturón y la emprendió

a golpes con un soporte. Saltaban chispas y se oía un estridente sonido

metálico.

—¡Por las piernas de una puta! —maldijo—. Solamente acero.

Una estrella fugaz atravesó el cielo, dejando el rastro de su larga cola

y parpadeando mientras llenaba el cielo de unas maravillosas chispas

azules que iluminaron, momentáneamente, el espacio entre el cielo y la

tierra. Gracias a la luz de esta estrella fugaz, pudo observar bien el poste de

cemento y los soportes de acero.

—Técnico Jiang —gritó—, ven aquí arriba.

Apoyándose en sus camaradas, que lo levantaron, Jiang logró trepar al

poste, seguido por su joven aprendiz. En el poste los trozos de hielo

proliferaban como setas, y cuando Sima Ku se estiró para darle la mano al

chico, resbaló en el hielo y se dio un golpe contra el suelo. El chico

consiguió quedarse en lo alto del poste. Sima aterrizó con la espalda, de

donde la sangre y el pus todavía no habían dejado de salir.

—Ay, madre —gritó—. ¡Madre querida, cómo duele esto!

Sus hombres, a toda prisa, lo ayudaron a levantarse del hielo, pero eso

no hizo que se pararan los gritos de dolor, gritos tan fuertes que llegaban

hasta los cielos.

—Hermano mayor —le dijo uno de sus hombres—, vas a tener que

aguantarlo como puedas. No te arriesgues más.

Eso hizo que dejara de gritar. De pie, estremeciéndose de frío y de

dolor, Sima ladró una orden:

—Vamos, ponte a ello, técnico Jiang. Corta unos cuantos y nos vamos. Los analgésicos que me dio ese maldito Sha Yueliang no hacen

más que empeorar mi estado.

Uno de sus hombres le dijo:

—Hermano mayor, creo que eso es lo que él quería, y tú caíste en su

trampa.

Sima le contestó, curioso:

—No me digas que nunca has oído ese refrán que dice:
«Cuando uno

está enfermo, cualquier remedio es bueno».

—Aguántalo como puedas, hermano mayor —repitió el hombre—. Yo

me haré cargo de tu problema cuando lleguemos a casa. No hay nada mejor

para las quemaduras que el aceite de tejón. Siempre funciona.

¡Brruum! Una explosión de chispas azules, blancas por los bordes,

surgió de entre los soportes del puente, con un brillo tan fuerte que las

lágrimas brotaron en los ojos de los hombres. Los espacios huecos del

puente, sus postes, sus soportes de acero, los abrigo de piel de perro, los

gorros de piel de zorro, los trineos amarillos, los ponis de Mongolia y todo lo que había alrededor del puente se hizo visible con absoluta claridad; incluso se vio un pelo que había caído sobre el hielo. Las dos personas que había sobre el puente, el técnico Jiang y su joven aprendiz, se habían resguardado bajo uno de los soportes de hierro como un par de monos, mientras su «inmensa pipa de opio» escupía llamas blancas incandescentes que cortaban el metal. Un humo blanco se elevaba dibujando volutas en el aire mientras el lecho del río emitía el olor, misteriosamente agradable, que desprende el metal mientras se quema. Sima Ku observó las chispas de todos los colores completamente fascinado, olvidándose del dolor de su espalda. Las centelleantes llamas devoraban el metal como los gusanos de seda consumen las hojas de las moreras. Casi de forma instantánea, un trozo de un soporte se desprendió del puente y se quedó clavado formando un ángulo con el hielo que había debajo. «¡Corta, corta, corta este puente de mierda en pedazos!», aullaba Sima Ku.

—Ya es casi la hora, hermano mayor —le dijo a Sima Ku el hombre que le estaba aplicando el aceite de tejón en la espalda herida —. Está

previsto que el tren pase justo antes del amanecer.

Al menos una docena de soportes de acero, escogidos al azar, habían

sido cortados con la gran antorcha, que seguía escupiendo llamas azules y

blancas debajo del puente.

—Esos cabrones se caen con facilidad —dijo Sima Ku—.

¿Estás

seguro de que el puente se caerá bajo el peso del tren?

—Si corto más, me temo que el puente se caerá por su propio peso

antes de que llegue el tren.

—De acuerdo, entonces ya puedes bajar. En cuanto a vosotros —les

dijo a los otros—, echadle una mano a ese par de tipos duros y dadles una

botella de nuestro licor a cada uno, como recompensa.

Las chispas azules se extinguieron. Los miembros de la brigada

ayudaron al técnico Jiang y a su aprendiz a bajarse del poste y a subir a uno

de los trineos. En la oscuridad de antes del amanecer, los vientos dejaron

de soplar, pero el aire seguía estando tan frío que helaba hasta los huesos.

Los ponis de Mongolia tiraron de los trineos, a tientas, a través de la

oscuridad, por el suelo helado. Antes de que hubieran recorrido un

kilómetro, Sima Ku les ordenó detenerse. «Después del duro trabajo de

toda una noche —dijo—, ha llegado el momento de sentarse a contemplar el espectáculo».

El sol apenas había empezado a teñir el límite inferior del cielo de

rojo cuando sonó la máquina de vapor del tren de carga. El río brillaba, los

árboles de ambas riberas estaban cubiertos de oro y plata, el puente de

acero se extendía silenciosamente a través del río. Sima Ku se frotó las

manos nerviosamente, mientras las maldiciones y los juramentos se le

acumulaban en la boca. El tren y sus sonidos metálicos eran cada vez más

amenazadores a medida que se acercaban a ellos; cuando se aproximó al

puente, un fuerte silbido resonó entre el cielo y la tierra. La locomotora

vomitaba un humo negro, de las ruedas salía una niebla blanca, y el

chirrido del acero en contacto con el acero hizo que los hombres se

estremecieran de miedo mientras la superficie helada del río temblaba. Los

miembros de la brigada observaban el tren intermitentemente, y les

tapaban los oídos a sus caballos apretándoles las orejas contra las crines

del cuello. El tren, ordinario y vulgar, enfiló a toda velocidad el puente,

que parecía que se iba a mantener en pie, sólido, inamovible. En una

cuestión de segundos, los rostros de Sima Ku y sus hombres se volvieron

pálidos como la ceniza, pero instantes después todos estaban saltando

sobre el hielo y lanzándolo por el aire. Los gritos de alegría de Sima Ku

eran los más fuertes de todos, y sus saltos los más grandes, a pesar de la

gravidad de las heridas que tenía en la espalda. El puente se derrumbó en

unos pocos segundos, y la locomotora y un montón de juntas de madera,

vías de acero, arena y barro cayeron al vacío. La locomotora impactó

contra uno de los pilares, que también se vino abajo. El ruido era

ensordecedor: grandes pedazos de hielo bañados en la luz del amanecer,

junto a enormes rocas, trozos de metales retorcidos y vigas de madera

destrozadas volaban por el cielo. Con un rugido, docenas de vagones de

carga adoptaron la forma de un acordeón detrás de la locomotora; algunos

cayeron hacia abajo, sobre el río, y otros se desintegraron misteriosamente

a lo largo de las vías. Se empezaron a oír diversas explosiones,

comenzando por el vagón que transportaba explosivos, al que seguía el de

las municiones de detonación. La superficie helada del río se abrió en dos,

y el agua que había debajo saltó por el aire formando grandes chorros.

Junto al agua brotaron peces, gambas, e incluso algunas tortugas de caparazones verdes. Una pierna humana, con una bota puesta, aterrizó sobre la cabeza de uno de los ponis de Mongolia; hizo que se le doblaran las patas delanteras y casi lo deja sin sentido. Una de las ruedas del tren, que pesaba cientos de kilos, impactó contra el hielo, formando un géiser de agua que volvió a caer sobre la superficie, llenándola de barro. Las fuertes ondas sonoras dejaron a Sima Ku sordo mientras él contemplaba a los ponis de Mongolia que corrían salvajemente por el hielo, arrastrando los trineos tras de sí. Los hombres de la brigada estaban estupefactos, algunos sentados y otros de pie. A algunos de ellos les salían oscuras gotas de sangre de los oídos. Sima Ku gritaba con todas sus fuerzas, pero no podía oírse; sus hombres tenían la boca abierta, como si también estuvieran dando gritos, pero él tampoco los podía oír a ellos...

Sin embargo, Sima Ku se las apañó para dirigir a sus tropas otra vez hasta el lugar del río en el que habían estado la mañana anterior abriendo agujeros en el hielo con su aparato de llamas azules y blancas. Mis hermanas segunda, tercera y cuarta habían salido para coger más agua e

intentar capturar algún pez, pero los agujeros habían quedado tapados

durante la noche por una capa de hielo del grosor de una mano. Segunda

Hermana los había vuelto a abrir con su martillo. Cuando Sima Ku y sus

hombres llegaron al lugar en cuestión, sus caballos corrieron a beber el

agua del río. Al cabo de unos minutos, cuando ya estaban saciados,

comenzaron a tener escalofríos, las patas les empezaron a temblar, y se

desplomaron sobre el hielo; todos y cada uno de ellos murieron

repentinamente. El agua helada les había desgarrado los pulmones,

dilatados por el esfuerzo.

A primera hora de aquella mañana, todas las criaturas vivas del

Concejo de Gaomi del Noreste —seres humanos, caballos, burros, vacas,

pollos, perros, gansos, patos— sintieron las poderosas explosiones que

hubo en el sudoeste. Las serpientes que estaban hibernando creyeron que se

trataba de los truenos que anuncian la estación en la que se despiertan los

insectos, por lo que salieron reptando de sus cuevas y en unos instantes

murieron congeladas.

Sima Ku guio a sus tropas hasta la aldea, para descansar y reorganizarse, y como bienvenida recibió una sarta de los peores insultos

por parte de Sima Ting. Pero como a todo el mundo las explosiones le habían alterado la capacidad auditiva, todos creyeron que le estaba dedicando las más elevadas alabanzas; Sima Ting siempre tenía una expresión de autosuficiencia y felicidad cuando insultaba. Las tres mujeres de Sima Ku habían empleado todos los remedios populares y todas las clases de medicamentos que había a su alcance para paliar los dolores de la espalda quemada y congelada del hombre que compartían. La primera esposa le había puesto una escayola, que la segunda esposa le había quitado para lavar la zona con una loción que había preparado mezclando una docena de extrañas hierbas medicinales, después de lo cual la tercera esposa la había cubierto con un polvo compuesto de hojas aplastadas de pino y de ciprés, raíces de encina, clara de huevo y bigotes de ratón chamuscados. Con tanta actividad, que hacía que su espalda estuviera húmeda en un momento determinado y seca un instante después, a las viejas heridas se les unieron otras nuevas. Llegó un momento en el que Sima Ku se envolvió en una chaqueta impermeable que se cerraba con dos

cinturones de cuero, y en cuanto veía que alguna de sus tres esposas se acercaba a él, levantaba el hacha por el aire o cargaba el rifle. Pero aunque no se le curaron las heridas de la espalda, recuperó el oído. Lo primero que oyó fueron los amargos juramentos de su hermano:

«¡Tú, imbécil de mierda, vas a acabar con todo el mundo en esta aldea, ya verás!». Con una mano que era tan suave y tan sonrosada como la de su hermano, con los dedos carnosos y la piel muy fina, cogió a su hermano por la barbilla. Al ver el bigote irregular, amarillento y semejante al de una rata, que le había crecido sobre el agrietado labio superior, que siempre llevaba perfectamente afeitado, sacudió la cabeza tristemente y dijo: «Tú y yo venimos de la semilla del mismo padre, así que insultarme a mí es como insultarte a ti mismo. ¡Vamos, insúltame, insúltame todo lo que quieras!». Entonces dejó caer la mano.

Sima Ting se quedó boquiabierto, mirando fijamente la ancha espalda de su hermano. Lo único que pudo hacer fue sacudir la cabeza. Recogió su gong y salió a la calle, subió torpemente las escaleras de su torre de vigilancia y se puso a escudriñar el Noroeste.

Un tiempo después, Sima Ku volvió con sus hombres al puente, donde

rebuscaron entre los escombros hasta encontrar cosas útiles
como algunos
pedazos retorcidos de vía, una rueda de tren, pintada de color
rojo brillante,
y un montón de trozos, de forma indescriptible, de bronce y de
hierro;
colocaron todo eso en exhibición a la puerta de la iglesia,
como prueba de
su gloriosa victoria militar. Con la saliva burbujeando en las
comisuras de
los labios, Sima alardeaba ante la multitud, una y otra vez,
contándoles
cómo había destruido el puente y hecho descarrilar el tren de
carga de los
japoneses. A medida que iba repitiendo su relato lo iba
adornando con
nuevos elementos; la historia se volvía más interesante y rica
en detalles
cada vez que la contaba, y al final era tan excitante y tenía un
carácter tan
aventurero como un romance popular. Mi segunda hermana,
Zhaodi, era
quien lo escuchaba más ardientemente. Al principio sólo era
una más entre
la multitud, pero antes de que pasara mucho tiempo ya pudo
contemplar de
cerca la nueva arma que habían empleado; en su imaginación,
se convenció
de que había participado en la destrucción del puente, como si
hubiera
servido a las órdenes de Sima Ku desde el principio, como si
se hubiera

trepado con él a los postes del puente y se hubiera caído tras él sobre la

superficie helada del río. Cada vez que a él le volvía el dolor en la espalda,

ella hacía una mueca, como si los dos compartieran las mismas heridas.

Madre siempre había dicho que los hombres de la familia Sima eran

unos lunáticos. Para entonces, ya se había dado cuenta de lo que Zhaodi

tenía en mente, y tenía la premonición de que el drama en el que se había

involucrado Laidi se iba a representar otra vez, y muy pronto. Con

ansiedad creciente, miraba a los oscuros ojos de su hija y veía la aterradora

pasión que ardía en su interior. ¿Cómo podía ser que esos ojos y esos

labios, gruesos, desvergonzados, de un rojo brillante, pertenecieran a una

chica de diecisiete años? Era como una criatura bovina en celo.

—Zhaodi, hija mía —le dijo Madre—. ¿Te das cuenta de la edad que

tienes?

Hermana Segunda miró fijamente a Madre.

—¿Tú no te habías casado con mi padre cuando tenías mi edad? ¡Y

nos contaste que tu tía tuvo mellizos a los dieciséis años, los dos

regordetes como cerditos! —Lo único que podía hacer Madre, llegado este

punto, era suspirar. Pero Hermana Segunda todavía no había terminado—.

Sé que vas a decirme que él ya tiene tres esposas; bueno, yo seré la cuarta.

Y sé que vas a decirme que él es de la generación anterior a la mía; es

verdad, pero no tenemos el mismo apellido ni estamos emparentados, así

que no estoy infringiendo ninguna norma.

Madre desistió de intentar imponer su autoridad sobre Hermana

Segunda y dejó que hiciera lo que quisiera. Parecía bastante tranquila, pero

yo me daba cuenta de que por dentro estaba desgarrada debido al cambio

de sabor de su leche. Durante esos días, cuando Segunda Hermana se

dedicaba a perseguir a Sima Ku, Madre llevó a mis otras seis hermanas al

sótano para que la ayudaran a cavar una salida por el muro que daba al Sur,

entre los nabos y las pilas de tallos de sorgo que había almacenados.

Echamos en la letrina parte de la tierra que sacamos, y llevamos otra parte

al establo de la burra, pero la mayoría se fue por el pozo que había en aquel

almacén.

El Año Nuevo transcurrió plácidamente. Durante la noche del Festival

de las Faroles[4], Madre me cargó a su espalda y sacó a mis seis hermanas a

disfrutar de la fiesta. Todas las familias de la aldea habían colgado faroles junto a las puertas de sus casas. Se trataba de faroles pequeños, excepto los dos faroles rojos del tamaño de depósitos de agua que colgaban en la entrada de la Casa Solariega de la Felicidad; cada uno de ellos estaba iluminado por una vela de tocino de cabra más gruesa que mi brazo. La luz que emitían parpadeaba brillantemente. ¿Dónde estaba Zhaodi? Madre ni siquiera se molestó en preguntarlo. Se había convertido en la guerrillera de la familia, en alguien que podía pasar tres días fuera de casa y luego presentarse sin avisar. Estábamos a punto de encender los petardos de la última noche del año para darle la bienvenida al dios de la riqueza cuando Zhaodi apareció vestida con un impermeable negro. Enseñó orgullosamente el cinturón de cuero que llevaba ceñido, muy ajustado, alrededor de su estrecha cintura, y el revólver de plata que colgaba

pesadamente de él. Con un tono un tanto burlón, Madre le dijo:

—¿A quién se le hubiera ocurrido que en la familia Shangguan habría,

un día, otro salteador de caminos?

Parecía estar al borde de las lágrimas, pero Hermana Segunda simplemente se rio con la risa de una chica enamorada, cosa que despertó

en Madre la esperanza de que todavía no era demasiado tarde para hacerla

entrar en razón.

—Zhaodi —le dijo—, no puedo permitir que te conviertas en otra de

las concubinas de Sima Ku.

Pero Zhaodi hizo un gesto desdeñoso, y esta vez ese desdén revelaba a

una mujer malvada, por lo que el rayo de esperanza que había brillado

brevemente en el corazón de Madre se extinguió.

El primer día del año, Madre fue a felicitar a su tía y le contó lo que

había pasado con Laidi y Zhaodi. Esta anciana tía suya, una mujer con una

vasta experiencia, le dijo:

—En lo que se refiere a sus asuntos románticos, hay que dejar que los

hijos y las hijas sigan su propio camino. Por otra parte, con yernos como

Sha Yueliang y Sima Ku, se acabaron tus preocupaciones. Esos dos tipos

son halcones que vuelan alto.

—Lo que a mí me preocupa es que no van a morir en la cama
—dijo

Madre.

Su tía le contestó:

—En general, los que mueren en la cama son los inútiles.

Madre intentó seguir discutiendo del tema, pero su tía la apartó con un

gesto de impaciencia, acabando con las quejas de Madre como quien

espanta una mosca.

—Deja que le eche un vistazo a tu hijo —le dijo.

Madre me levantó de la bolsita de tela y me acostó sobre la cama. A

mí me daba miedo la pequeña cara de su tía, profundamente arrugada, y

especialmente sus radiantes ojos verdes, muy hundidos en sus cuencas. Su

protuberante frente estaba completamente desprovista de pelo, no tenía

cejas, pero alrededor de los ojos tenía la piel cubierta por unos finos pelos

amarillos. Me acarició el cabello con su mano huesuda, y después me

retorcí la oreja, me pellizcó la nariz e incluso me palpó entre las piernas

en busca de mi pequeño pito. Disgustado por su humillante manoseo, me

esforcé por escapar reptando hacia una de las esquinas de la cama, pero

ella me atrapó y gritó:

—¡Ponte de pie, pequeño bastardo!

Madre le dijo:

—Tía, ¿cómo puedes esperar que se ponga de pie? Sólo tiene siete meses.

—Cuando yo tenía siete meses, ya era capaz de salir hasta el corral de los pollos a buscar huevos para traérselos a tu abuela —dijo la anciana.

—Pero él no es como tú, tía. Tú eres una persona muy especial.

—¡Creo que este pequeño diablo también es especial! Qué pena lo de ese Malory —dijo la anciana.

Madre se puso roja, y después palideció. Yo fui reptando hasta la

parte de atrás de la cama, me apoyé con las manos en el alféizar de la

ventana y me impulsé hasta quedar de pie.

—¿Has visto? —dijo la anciana, aplaudiendo—. ¡Te dije que podía

ponerse de pie, y lo ha hecho! ¡Mírame, pequeño bastardo!

—Se llama Jintong, tía. ¿Por qué no dejas de llamarlo pequeño bastardo?

—Si es o no es un bastardo, sólo su madre lo sabe. ¿Acaso lo es, mi

querida sobrina? En cualquier caso, para mí sólo es un apodo: pequeño

bastardo. Igual que pequeño huevo de tortuga, pequeño conejito, pequeña

bestezuela. ¡Camina hacia mí, pequeño bastardo!

Yo me di la vuelta, con las piernas temblando, y miré a los ojos de

Madre, que estaban llenos de lágrimas.

—¡Jintong, mi pequeño niño bueno! —dijo Madre, acercándose a mí.

Yo me lancé entre sus brazos abiertos. Realmente estaba caminando—. Mi

hijo ya camina —murmuró Madre, abrazándome con fuerza—. Mi hijo ya camina.

—Los hijos y las hijas son como los pájaros —le dijo su tía—.

Cuando les llega el momento de echarse a volar, no puedes retenerlos. ¿Y

qué hay de ti? Quiero decir: ¿Qué harías tú si todos ellos murieran?

—Me las apañaría bien —contestó Madre.

—Eso es lo que quería oír —dijo la anciana—. Debes dejar siempre

que tus pensamientos se eleven hasta el cielo, o se sumerjan en el océano, y

si todo lo demás falla, que escalen una montaña, pero evita echarte la culpa

por las cosas que pasen. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí, entiendo —dijo Madre.

Cuando se estaban despidiendo, la anciana le preguntó:

—¿Tu suegra todavía vive?

—Sí —dijo Madre—. Está revolcándose en mierda de burro.

—Esa vieja bruja fue una fortaleza durante toda su vida —dijo la

anciana—. ¡Nunca pensé que alguna vez caería tan bajo!

Si no hubiera sido por ese encuentro en privado, el primer día del

nuevo año, yo no habría sido capaz de caminar a los siete meses, y Madre

no se habría interesado por sacarnos a mirar los faroles; habría sido un

Festival de los Faroles muy aburrido para nosotros, y la historia de la

familia, muy probablemente, habría sido distinta. Las calles estaban

atestadas de gente, pero nadie nos resultaba familiar. Los habitantes de la

aldea tenían un aire de estabilidad y unidad. Los niños agitaban las luces de

bengala, que nosotros llamábamos cagadas doradas de ratón y que

susurraban y restallaban mientras los pequeños se iban abriendo paso a

través de la multitud. Nos detuvimos frente a la Casa Solariega de la

Felicidad para echar un vistazo a los gigantescos faroles rojos que había a

ambos lados de la entrada; su ambigua luz amarilla iluminaba las palabras

«Casa Solariega de la Felicidad», que estaban talladas en un cartel y

pintadas de color oro. Se escuchaban diversos ruidos provenientes del patio

interior, que estaba brillantemente iluminado. Una multitud se había

congregado a la puerta del recinto. Estaban ahí de pie, en silencio, con las

manos metidas dentro de las mangas, como si esperaran algo. La bocona de

mi tercera hermana, Lingdi, le preguntó a la persona que estaba a su lado:

—¿Van a darnos un poco de gachas, tío?

El hombre se limitó a negar con la cabeza, pero alguien que había tras

ella le contestó:

—Eso no lo hacen hasta el octavo día del duodécimo mes, jovencita.

—Entonces, ¿por qué están todos aquí de pie, alrededor de la puerta?

—preguntó ella, dándose la vuelta.

—Porque van a representar una obra moderna —le dijo él—. Nos han

dicho que un actor famoso, de Jinan, ha venido a la aldea.

Madre le dio un pellizco en la cara antes de que ella pudiera continuar

con la conversación.

Al fin, cuatro hombres salieron del recinto de los Sima; cada uno de

ellos llevaba un objeto metálico de color negro sobre una alta pértiga de

bambú. De dondequiera que estuvieran surgían llamas, con lo que la zona

de alrededor de la puerta parecía pasar de la noche al día. Pero no, era más

brillante que la luz del día. Las palomas que habían hecho su nido en la

deteriorada torre del campanario de la iglesia, no demasiado lejos del

recinto, se asustaron y salieron volando; zureaban ruidosamente mientras

pasaban a nuestro lado en la oscuridad de la noche. Alguien, entre la

multitud, gritó: «¡Lámparas de gas!». A partir de ese momento, supimos

que en el mundo, además de los faroles de aceite de soja, las lámparas de keroseno y las lámparas de luciérnagas, existían las lámparas de gas, y que daban una luz cegadora. Los fornidos portadores de las lámparas formaron un cuadrado frente a la puerta del recinto de la Casa Solariega de la Felicidad, como cuatro columnas negras. Unos cuantos hombres más atravesaron ruidosamente la puerta llevando una estera de paja enrollada. Cuando llegaron al espacio que habían formado los cuatro hombres con sus lámparas de gas, echaron al suelo la estera, deshicieron los nudos de los cordeles que la ataban y dejaron que se extendiera sola. Después se agacharon, cogieron la manta desenrollada por las esquinas y empezaron a mover las oscuras y peludas piernas. Debido a la gran rapidez de sus movimientos, y a que estaban a la luz de las lámparas de gas, veíamos unos borrones oscuros que parecían tener al menos cuatro piernas, aparentemente conectadas por unos hilos finos y translúcidos. Y nos daba la impresión de ver, en esa imagen, a unos escarabajos atrapados en una tela de araña, luchando esforzadamente por escapar. Cuando la estera estuvo extendida como ellos querían, se levantaron, de cara a la multitud, y

adoptaron una pose. Todos tenían la cara pintada, como brillantes máscaras

hechas con la piel de un animal: una pantera, un ciervo moteado, un lince y

uno de esos mapaches que se alimentan de las ofrendas en los templos.

Después volvieron al interior del recinto ejecutando un baile que consistía

en alternar dos pasos hacia adelante con uno hacia atrás.

Esperamos en silencio entre los susurros que emitían las cuatro lámparas de gas, igual que la nueva estera de paja. Los cuatro hombres que

sujetaban las lámparas con pértigas se transformaron en piedras negras.

Pero entonces el penetrante sonido de un gong nos llenó de energía y nos

dimos la vuelta para mirar hacia la puerta de entrada, a pesar de que la

vista que teníamos del interior estaba bloqueada por una pared toda pintada

de blanco sobre la que se podía leer, tallada y en letras doradas, la palabra

«fortuna». Continuamos esperando durante un tiempo que se nos hizo una

eternidad hasta que el jefe de la Casa Solariega de la Felicidad, que había

sido alcalde de Dalan y que actualmente era el jefe de los Cuerpos para el

Mantenimiento de la Paz, Sima Ting, apareció, con aspecto decaído.

Llevaba un gong en bastante mal estado, que él golpeaba sin ningún interés

mientras rodeaba toda la zona dibujando un círculo con sus pasos. Después

se situó en el centro de la estera y anunció: «Compañeros y conciudadanos,

abuelos y abuelas, tíos y tías, hermanos y hermanas, niños y niñas: mi

hermano ha conseguido una victoria gloriosa al destruir el puente de

hierro. La noticia ha llegado muy lejos, y hemos recibido visitas de amigos

y parientes que nos han traído de regalo más de veinte pinturas para

felicitarnos. Para celebrar esta gloriosa victoria, mi hermano ha invitado a

una compañía de actores para que actúen hoy. Él mismo se subirá al

escenario totalmente disfrazado y actuará en una nueva obra concebida con

finés educativos y dirigida a todos los habitantes de la aldea. Mientras

celebramos el Festival de los Faroles, no debemos olvidar nuestra heroica

Guerra de Resistencia ni permitir que los japoneses ocupen nuestra

población. Yo, Sima Ting, soy un hijo de China, y ya no serviré más como

jefe de las marionetas que son los Cuerpos para el Mantenimiento de la

Paz. Compañeros y conciudadanos, como chinos que somos no podemos

obedecer a esos japoneses hijos de perra». Cuando terminó de soltar su

rítmica arenga, se inclinó ante la multitud ceremoniosamente y corrió a

unirse a los músicos —un violinista, un flautista y un guitarrista— que en

ese momento estaban saliendo a la calle, arrastrando sus taburetes.

Los músicos se sentaron cerca de la estera de paja y comenzaron a

afinar sus instrumentos bajo la dirección del flautista. Las notas altas

caían, las notas agudas se elevaban en espiral hacia el cielo. Los sonidos

coordinados del violín, la flauta y la guitarra formaban un único tejido de

tres partes; cuando estuvieron todos afinados, dejaron de tocar y se

quedaron esperando. Entonces salieron los percusionistas: llevaban bajo un

brazo sus instrumentos, tambores, gongs y platillos, y el taburete bajo el

otro. Se sentaron enfrente de los otros músicos. El tambor empezó a

marcar el pulso furiosamente, seguido por el penetrante sonido del gong y

por los agudos golpes de un pequeño tamborcillo. Se unieron a ellos el

violín, la guitarra y la flauta, con una serie de notas que nos encantó las

piernas de tal manera que no éramos capaces de movernos, y el alma de tal

otra que tampoco éramos capaces de pensar. La melodía era suave y

pegadiza, triste y melancólica, y a veces se parecía a un lamento y otras a

un murmullo. ¿Qué clase de obra de teatro era esta? Nuestra forma de

cantar de Gaomi del Noreste, el «maullido de gato», era a veces llamada

«atarle las piernas a la parienta». Cuando se cantaba un «maullido de

gato», los tres valores principales de las relaciones sociales se invertían;

cuando uno oía un «maullido de gato», se olvidaba hasta de su padre y de

su madre. Entonces, a medida que el pulso se iba acelerando, el público

empezó a dar golpes con los pies; nos empezaron a temblar los labios y se

nos aceleró el corazón. La espera fue como la de una flecha colocada sobre

el arco en tensión, a punto de disparar: cinco, cuatro, tres, dos, uno... La

voz llegó a su punto más alto y después quedó en silencio, para volver a

subir ásperamente, más y más alto, hasta que atravesó los cielos.

Yo era entonces una niña, dulce y graciosa, encantadora y tímida...

¡Na! Con el sonido de la voz flotando en el aire, mi segunda hermana,

Zhaodi, salió del recinto de la familia Sima cuidadosamente, como si

estuviera caminando sobre el agua, con una flor de algodón rojo prendida

en el pelo y vestida con una chaqueta azul, de mangas muy anchas, sobre unos pantalones de barrer que casi le tapaban del todo las pantuflas, llenas de adornos. Llevaba una canasta sobre el brazo izquierdo y un palo de madera en la mano derecha. Entró flotando en la luz de las lámparas de gas y se detuvo en el centro de la estera de paja, donde adoptó una pose dramática. Sus cejas ya no eran cejas; eran lunas crecientes en el borde del cielo. Su mirada limpia caía sobre nuestras cabezas. Su nariz era delgada y angulosa, y sus gruesos labios estaban pintados de un rojo más exuberante que los brotes de los cerezos en mayo. La rodeaban un silencio absoluto, diez mil ojos que no pestañeaban, diez mil corazones latiendo con fuerza. Una energía constreñida se abrió paso en un sonoro rugido de aprobación. Entonces mi segunda hermana abrió las piernas, se agachó por la cintura y salió corriendo hasta completar un círculo. Sus extremidades eran flexibles como ramas de sauce, y sus pasos silenciosos como una serpiente que reptaba sobre una tela. Esa noche no había nada de viento, pero hacía un frío terrible, y mi hermana llevaba ropas muy finas. Madre observaba

sorprendida; la figura de mi hermana había madurado rápidamente después

de que se comieran la anguila: sus pechos eran del tamaño de peras y

estaban hermosamente formados, y quedaba claro que ella estaba destinada

a conservar la gloriosa tradición de las mujeres de la familia Shangguan,

que tenían grandes pechos y amplias caderas. Ni siquiera respiraba con

dificultad después de trazar un círculo con sus pasos; nada había cambiado

en su porte ni en su actitud. Entonó la segunda frase de la canción: *Me*

casaré con un hombre valiente, Sima Ku. Esta frase era suave y simétrica,

no subía al final, como la primera, pero tuvo un fuerte efecto sobre el

público. La gente empezó a murmurar. ¿Esta de quién es hija? Es una chica

de la familia Shangguan. ¿Pero la hija de los Shangguan no había huido

con el jefe de la banda de mosqueteros? Es su segunda hija. ¿Desde cuándo

es la concubina de Sima Ku? ¿Qué dices, gilipollas? ¡Esto es una ópera!

¡Callaros de una puta vez los dos! Mi tercera hermana, Lingdi, y las demás,

gritaron desde el público para proteger la reputación de Segunda Hermana.

Volvió la calma. *Mi marido, que es un experto destruyendo puentes, lanzó*

*unos cócteles molotov al Puente del Río de los Dragones. En
el quinto mes,*

durante el Festival del Barco del Dragón, unas llamas azules ascendieron

por el aire, incinerando a los diablos japoneses, que aullaron llamando a

sus madres y a sus padres. Mi marido sufrió heridas graves en la espalda.

Anoche, cuando una tormenta cegó el cielo y la tierra llenándolos de nieve,

mi marido, al frente de sus tropas, destruyó el puente de hierro ... Entonces

mi hermana cantó lo de sus intentos por abrir un agujero en el hielo con un

hacha, y después hizo como si estuviera lavando ropa en el agua. Temblaba

de la cabeza a los pies, como una hoja muerta en la punta de una rama en lo

más crudo del invierno. La gente estaba cautivada por su representación.

Algunos lanzaban gritos de aprobación, otros se secaban los ojos con las

mangas. Mientras una explosión de tambores y platillos hizo que se

desgarrara el aire, Segunda Hermana se puso de pie y miró hacia lo lejos.

Oigo una explosión en el sudoeste y veo llamas alzándose hasta el cielo.

Debe ser mi marido, que ha destruido el puente, y el tren de los diablos

japoneses se ha ido para siempre al infierno con el que lo construyó. Debo

volver a casa corriendo para calentarle un cuenco de vino y matar un par

de gallinas para hacer un estofado... Entonces mi hermana reunió su ropa

a su alrededor e hizo como si se estuviera subiendo a una embarcación,

mientras continuaba cantando su canción: *Levanto la vista y veo que estoy*

cara a cara con cuatro lobos feroces ... Los cuatro hombres de las caras

pintadas y de los pies ágiles que habían extendido las esteras aparecieron

dando un salto mortal a través de la puerta del recinto. Rodearon a mi

hermana y le tiraron unos cuantos zarpazos; parecían gatos acorralando un

ratón. El hombre cuya cara estaba pintada como la de un mapache cantó,

con una voz misteriosa: *Soy Tatsuda, jefe de un pelotón japonés, y voy en*

busca de una chica joven y guapa. Me han dicho que hay algunas

auténticas bellezas en Gaomi del Noreste. Levanto la vista y veo una

hermosa cara justo delante de mí. Oye, tú, jovencita, ven conmigo, ven con

un soldado imperial y disfrutarás de una buena vida. El hombre capturó a

mi hermana, que se puso rígida como una tabla. Sujetándola en lo alto, por

encima de sus cabezas, los cuatro «diablos japoneses» dieron una vuelta

alrededor de las esteras. Los tambores y los platillos empezaron a tocar un

ritmo frenético que sugería una tormenta que se aproxima. El público se amontonó ansiosamente sobre el escenario. «¡Dejad a mi hija en el suelo!», gritó Madre, subiéndose al escenario a toda prisa. Yo iba en posición de pie en la mochila en la que me llevaba; la sensación que me dieron sus actos en ese momento retornaría más tarde, montando a caballo. Madre, como un águila que se lanza sobre un conejo, le clavó sus garras en los ojos a «Tatsuda, jefe del pelotón». Con un grito de alarma, él soltó a mi hermana, y lo mismo hicieron los otros tres hombres, dejándola caer sobre la estera. Los tres actores salieron del escenario en estampida, abandonando a «Tatsuda, el jefe del pelotón» en las garras de Madre, que le rodeó la cintura con las piernas mientras le arañaba la cara y la cabeza con las uñas. Segunda Hermana se levantó y agarró a Madre entre sus brazos. «¡Madre, Madre! —le gritó—. ¡Estamos actuando, esto no es real!». Algunas personas del público subieron corriendo al escenario y arrancaron a «Tatsuda, el jefe del pelotón» de las garras de Madre. Su rostro era un conglomerado de arañazos sangrientos. Se dio la vuelta y entró corriendo por la puerta del recinto como si le fuera la vida en ello.

Jadeando, intentando recuperar el aliento, todavía furiosa,
Madre dijo:

—¿Quién se atreve a aprovecharse de mi hija? ¿Quién de entre
todos

vosotros se atreve?

—Madre —le espetó Segunda Hermana muy enfadada—, has
estropeado una obra estupenda.

—Escucha lo que te digo, Zhaodi —le dijo Madre—.
Vámonos a casa.

No podemos participar en esta clase de obras.

Trató de coger a Segunda Hermana del brazo, pero esta se
soltó.

—Madre —le dijo en voz baja—, no me hagas quedar en
ridículo

delante de toda esta gente.

—Eres tú la que me hace quedar en ridículo a mí —le contestó
Madre

—. ¡Ven a casa conmigo ahora mismo!

—No pienso hacerlo —le dijo Segunda Hermana, en el mismo
momento en que Sima Ku se subía al escenario cantando en
voz alta: *Me*

voy cabalgando a casa después de volar un puente...

Llevaba puestas unas botas de montar y una gorra del ejército,
y en la

mano un látigo de cuero. A lomos de un caballo imaginario,
daba patadas

en el suelo y avanzaba, subiendo y bajando en sincronía con el
movimiento

de las riendas imaginarias que tenía agarradas. Los golpes de
los tambores

y los chasquidos de los platillos hacían estremecerse a los
cielos; los

instrumentos de cuerda y de bambú sonaban en armonía. Por encima de todo ello, las melodías de una flauta desgarraban las nubes y el firmamento, sacándole el alma del cuerpo a cualquiera que pudiera oírlo, no de miedo sino inspirándolos. El rostro de Sima Ku parecía tan frío y duro como el hierro fundido; estaba sombrío como la muerte, y no mostraba ni rastro de la más mínima timidez: *De pronto oigo un barullo en la orilla del río, y azoto a mi caballo con el látigo para que vaya más rápido. Un huqin[5] de dos cuerdas imita el sonido del relincho de un caballo: Hui-er, hui-er, hui-er... Tengo el corazón ardiendo, mi caballo corre como el viento, ahora avanza un paso, ahora avanza tres pasos ...*

Los tambores y los platillos iban cada vez más rápido, *bong-bong*, siempre hacia adelante, un halcón girando, cortando en dos el aire; un viejo buey jadea, falto de oxígeno, y el león baila sobre una pelota llena de adornos.

Sima Ku hizo sobre la estera de paja todos los trucos acrobáticos que conocía. No se podía creer que todavía tuviera una pesada escayola en la espalda. Segunda Hermana empujó ansiosamente a Madre, que seguía gruñendo, para meterla de nuevo entre el público, donde tenía que estar.

Tres hombres que representaban a soldados japoneses se dirigieron con rapidez al centro del escenario y se agacharon, con la intención de levantar de nuevo a Segunda Hermana. A «Tatsuda, el jefe del pelotón» no se le veía por ninguna parte, por lo que tenían que hacerlo entre los otros tres; dos de ellos la levantaron por la cabeza y los hombros y el tercero la cogió de los pies, metiendo su cara pintada entre las piernas de ella. La imagen era tan cómica que el público no pudo evitar reírse un poco, y llegaron las carcajadas cuando él hizo un gesto gracioso con la cara. Entonces empezó a sobreactuar, y el público se partía de risa estruendosamente, cosa que hizo fruncir el ceño a Sima Ku. De todas maneras, él continuó cantando: *De repente oigo gritos y alaridos. Son los soldados japoneses en otra de sus incursiones asesinas, y yo sigo avanzando sin pensar en mí mismo. Llego y cojo al perro japonés por los hombros. ¡Suéltala!* Sima Ku llegó y cogió por la cabeza al «soldado japonés» que estaba metido entre las piernas de Segunda Hermana. Entonces fue cuando empezó la pelea. Ahora ya no eran cuatro contra uno sino tres contra uno. Los «japoneses» fueron derrotados

con rapidez; Sima había rescatado a su «esposa». Cogiendo a mi hermana
en brazos, junto a los «japoneses», que estaban a cuatro patas sobre la
estera, Sima Ku atravesó la puerta del recinto entre los alegres
sones de la
música. Los cuatro hombres que sostenían las lámparas de
keroseno
volvieron a la vida súbitamente y cruzaron la puerta tras los
pasos de Sima,
llevándose la luz y dejándonos a los demás en la oscuridad.
A la mañana siguiente, los japoneses de verdad rodearon la
aldea. El
sonido de los disparos de rifle, los cañonazos de la artillería y los
estridentes relinchos de los ponis guerreros hicieron que nos
despertáramos
sobresaltados. Cogiéndome en brazos, Madre se llevó a mis
siete hermanas
al sótano de los nabos, avanzando a tientas en la oscuridad del
húmedo y
lóbrego túnel hasta que salimos a un espacio un poco más
amplio, donde
Madre encendió una lámpara de aceite. Bajo su tenue luz, nos
sentamos
sobre una estera de paja, abrimos bien las orejas y tratamos de
escuchar los
diversos sonidos que venían del piso de arriba.
No sé cuánto tiempo estuvimos ahí sentados hasta que
escuchamos
una fuerte respiración en el túnel oscuro. Madre cogió un par
de tenazas de

herrero y apagó rápidamente la lámpara, con lo que la habitación volvió a

quedar sumida en la oscuridad. Yo empecé a llorar. Madre me metió uno

de los pezones en la boca. Estaba frío, duro y rígido, y tenía un sabor

salado y amargo.

El sonido de la respiración se acercó; Madre levantó las tenazas sobre

su cabeza con ambas manos en el preciso instante en el que oí a mi

segunda hermana, Zhaodi, decir, con una voz un poco rara:

—Madre, soy yo, no me pegues...

Con un suspiro de alivio, Madre dejó caer las manos frente a ella.

—Zhaodi —le dijo—, casi me matas del susto.

—Enciende la lámpara —dijo Zhaodi—. Hay alguien conmigo.

Madre logró encender la lámpara. Su pálida luz brilló en la cueva una

vez más. Segunda Hermana estaba cubierta de barro y tenía un arañazo en

la mejilla. Llevaba un bulto entre los brazos.

—¿Qué es eso? —le preguntó Madre, muy sorprendida.

Segunda Hermana hizo una mueca con la boca mientras unas lágrimas

translúcidas dibujaban surcos a través de la suciedad de su cara.

—Madre —le dijo, con voz temblorosa—, este es el hijo de su tercera

esposa.

Madre se quedó de piedra.

—¡Llévatelo adonde lo hayas encontrado! —dijo enfadada.

Segunda Hermana se acercó a Madre, se hincó de rodillas, la miró

desde abajo y le dijo:

—Madre, ¿no puedes tener algo de piedad? Acaban de eliminar a toda

su familia. Este es el único que queda para continuar con el linaje de los

Sima...

Madre levantó una esquina del bulto, mostrando la cara delgada,

morena y alargada del único hijo superviviente de la familia Sima. El

pequeñín estaba profundamente dormido y respiraba con regularidad.

Fruncía ligeramente la boca, como si estuviera soñando que mamaba. Mi

corazón se llenó de odio por él. Escupí el pezón y aullé. Madre volvió a

introducirme el pezón en la boca, más frío e incluso más amargo que antes.

—Dime que te lo quedarás, Madre, por favor.

Madre se frotó los ojos y no dijo nada.

Segunda Hermana se levantó, depositó el bebé envuelto en los brazos

de Tercera Hermana, Lingdi, cayó nuevamente de rodillas y golpeó el suelo

con la cabeza, prosternándose.

—Madre —dijo, entre lágrimas—. Soy su mujer mientras viva, y seré

su fantasma cuando me muera. Por favor, salva a este niño y no lo olvidaré

en toda mi vida.

Segunda Hermana se levantó y se dio la vuelta para marcharse de

nuevo por el túnel. Madre la cogió por un brazo y la detuvo.

—¿Dónde vas ahora? —dijo sollozando.

Segunda Hermana le contestó:

—Madre, le han herido en la pierna y está escondido bajo la piedra del

molino. Debo ir con él.

La calma del exterior se vio interrumpida por el sonido de los cascos

de los caballos y por el martilleo de las armas de fuego. Madre se situó

bloqueando la salida del sótano de los nabos.

—Haré lo que me pides, pero no voy a dejar que arriesgues tu vida ahí

afuera.

—La pierna no deja de sangrarle, Madre —dijo Segunda Hermana—.

Si no me reúno con él, se desangrará hasta la muerte. Y si él muere, ¿para

qué quiero yo seguir viviendo? Deja que me vaya, Madre, por favor...

Madre dejó escapar un aullido pero inmediatamente hizo un esfuerzo

por callarse.

—Madre —le dijo Segunda Hermana—, me arrodillaré y prosternaré

ante ti de nuevo.

Cayó de rodillas y tocó el suelo con la frente, y después enterró la cara

entre las piernas de Madre. Pero después apartó las piernas de Madre y

salió a toda prisa de la habitación.

V

Las diecinueve cabezas de los miembros de la familia Sima colgaban de

una especie de perchero, del lado de afuera de la puerta de la Casa

Solariega de la Felicidad; era el día de la adoración de los ancestros, nos

acercábamos a Qingming[\[6\]](#), en medio de la cálida primavera, y las flores

estaban en su apogeo. El perchero estaba construido con cinco gruesos

tablones de madera de abeto chino, muy duros, y se parecía en cierto modo

a un columpio. Las cabezas habían quedado sujetas con cable de acero. A

pesar de que los cuervos y los gorriones las habían picoteado hasta

arrancarles la mayor parte de la carne, todavía no hacía falta demasiada

imaginación para distinguir las cabezas de la esposa de Sima Ting, de los

dos tontorrones de sus hijos, de las esposas primera, segunda y tercera de

Sima Ku, de los nueve hijos e hijas que había tenido con estas tres mujeres,

y del padre, la madre y los dos hermanos menores de la tercera mujer de

Sima Ku, que estaban de visita en aquel momento. El aire estaba pesado en

la aldea después de la masacre. Los supervivientes parecían fantasmas en vida; durante el día se encerraban en la oscuridad de sus habitaciones y sólo se atrevían a salir cuando ya había caído la noche. Después de que se fuera aquel día, no tuvimos absolutamente ninguna noticia de Segunda Hermana. El bebé varón que nos confió no dejó de causarnos problemas. Madre tuvo que amamantarlo para evitar que se muriera de hambre durante los días que pasamos metidos en nuestro escondrijo del sótano. Con la boca y los ojos completamente abiertos, mamaba ansiosamente una leche que tendría que haber sido mía. Tenía una capacidad sorprendente: mamaba hasta secar los pechos y después lloraba pidiendo más. Cuando gritaba, sonaba como un cuervo, o como un sapo, o tal vez como un búho. Y su mirada se parecía a la de un lobo, o a la de un perro, o tal vez a la de un conejo. Eramos enemigos a muerte. El mundo no era suficientemente grande para los dos. Aullé protestando cuando se hizo con los pechos de Madre como si fueran suyos; él gritó con la misma fuerza cuando yo intenté recuperar lo que era mío. Cuando lloraba, sus ojos seguían abiertos. Eran los ojos de un lagarto. ¡Maldita sea Zhaodi por traer

a casa un demonio nacido de un lagarto!

El rostro de Madre se hinchó y empalideció por este régimen de doble

lactancia, y yo noté tenuemente que unos bultitos amarillos empezaron a

salirle por todo el cuerpo, parecidos a los nabos que habíamos tenido en el

sótano durante ese largo invierno. El primero le salió en uno de los pechos,

y tuvo como consecuencia una disminución en su producción de leche;

esta, además, adoptó un sabor más dulce, que recordaba al de los nabos. ¿Y

tú qué, pequeño bastardo Sima, es que ese sabor te ha dado miedo y vas a

dejar de mamar? Se supone que la gente valora y protege lo que es suyo,

pero eso era cada vez más difícil. Si yo no mamaba, él seguro que lo haría.

Preciosas calabazas, pequeñas palomas, cuencos de esmalte, vuestra piel se

ha arrugado, os habéis secado, vuestros canales sanguíneos se han puesto

morados, vuestros pezones están casi negros; estáis cayendo sin remedio.

Para que el pequeño bastardo y yo pudiéramos sobrevivir, Madre sacó

valientemente a mis hermanas del sótano a pleno día. El grano que

habíamos almacenado en el granero familiar ya se había consumido, nos

habíamos quedado sin la mula y sin la burra, los cuencos y las sartenes y

todos los platos se nos habían roto, y el Bodhisattva Guanyin de la ermita

era un cadáver decapitado. Madre se había olvidado de llevarse su abrigo

de piel de zorro al sótano, y el abrigo de piel de lince que nos pertenecía a

mí y a mi octava hermana había desaparecido. La piel de los otros abrigos,

que mis hermanas no se quitaban nunca, se había ido deteriorando, y para

entonces tenía el aspecto de un animal salvaje y sarnoso. Shangguan Lü

estaba tumbada bajo la piedra del molino, en el almacén. Se había comido

los alrededor de veinte nabos que Madre le había dejado antes de bajar a

esconderse al sótano, y había cagado una pila de zurullos que parecían

adoquines. Cuando Madre entró a verla, cogió un puñado de los zurullos

petrificados y se los lanzó. La piel de su rostro parecía la piel de un nabo

que se hubiera congelado y colgara. Su cabello blanco se parecía al nailon

cuando se llena de nudos; algunos pelos se erguían rígidamente hacia

arriba, y otros le colgaban por la espalda. Una luz verde brillaba en sus

ojos. Sacudiendo la cabeza, Madre colocó varios nabos en el suelo, frente a

ella. Lo único que nos habían dejado los japoneses —o quizá hubieran sido

los chinos— era medio granero lleno de remolachas que ya habían

comenzado a echar brotes. Sobrepasada por el disgusto, Madre encontró

una jarra de arcilla que no estaba rota en la que Shangguan Lü había

escondido su precioso arsénico, y echó el polvo rojo en la sopa de nabos.

Cuando el polvo se hubo disuelto, un aceite coloreado se extendió por la

superficie de la sopa y un olor asqueroso se expandió por la habitación.

Madre revolvió la mezcla con un cucharón de madera hasta que quedó bien

homogénea y después la echó lentamente en un *wok*. Las comisuras de los

labios se le fruncieron en un gesto extraño. Después de verter un poco de la

sopa de nabos en un viejo cuenco, Madre dijo:

—Lingdi, dale esta sopa a tu abuela.

—Madre —le dijo Lingdi—, le has echado veneno, ¿verdad?

Madre asintió.

—¿Vas a envenenar a la abuela?

—Moriremos todos juntos —dijo Madre, a lo cual mis hermanas

respondieron poniéndose a llorar, incluida mi octava hermana, la ciega,

cuyos débiles sollozos no sonaban mucho más fuertes que el zumbido de

un avispón. Sus ojos, grandes y negros pero incapaces de ver, se llenaron

de lágrimas. Octava Hermana era la más desgraciada de los desgraciados,

la más triste de los tristes.

—Pero nosotras no queremos morir, Madre —suplicaron, llorosas,

mis hermanas.

Incluso yo me sumé al coro:

—Madre... Madre...

—Mis pobres niñitos queridos... —dijo Madre.

Para entonces, ella también estaba llorando. Lloró durante muchísimo

tiempo, siempre acompañada por sus hijos sollozantes.

Finalmente, se sonó

con fuerza la nariz, volvió a coger el viejo cuenco y lo lanzó, con todo su

contenido, al patio.

—¡No vamos a morir! ¡Si la muerte no nos da miedo, nada nos lo

dará!

Tras hacer ese comentario, se levantó y nos hizo salir a la calle en

busca de comida. Eramos los primeros vecinos que nos atrevíamos a salir a

la calle. Cuando vieron las cabezas de los miembros de la familia Sima,

mis hermanas sintieron miedo. Pero al cabo de unos pocos días, la aldea

presentaba un aspecto totalmente distinto. Madre cogió al pequeño

bastardo Sima entre sus brazos de manera que estaba justo enfrente de mí.

Señalando las cabezas, le dijo con suavidad:

—Quiero que no te olvides nunca de eso, desgraciado.

Madre y mis hermanas caminaron hasta salir de la aldea y llegaron a

un campo donde empezaron a sacar unas raíces para cocerlas después de

enjuagarlas y pasarlas por el mortero. Tercera Hermana, la más lista,

encontró una madriguera de ratones de campo. Lo que hizo que esto fuera

un excelente descubrimiento no fue sólo que suponía añadir carne a nuestra

dieta, sino que también la comida que ellos habían almacenado pasaba a

ser nuestra. Después, mis hermanas hicieron una red de pesca con un poco

de hilo de cáñamo, y con ella capturaron algunos peces oscuros y delgados

y algunas gambas que habían sobrevivido al invierno en el estanque de la

localidad. Un día, Madre me metió en la boca una cucharada de sopa de

pescado; la escupí inmediatamente y comencé a quejarme con todas mis

fuerzas.

Después le metió otra cucharada en la boca al mocoso de Sima; el

muy imbécil se la tragó toda al instante, así que Madre le ofreció otra

cucharada. Él también se la tragó.

—¡Qué bien! —exclamó Madre, muy excitada—. Después de tanto

mal karma, al menos este niño sabe comer. —Entonces se volvió hacia mí

—. Bueno, ¿y tú qué? Ya es hora de destetarte a ti también.
Presa del pánico, me aferré fuertemente a su pecho.
La aldea, poco a poco, empezó a volver a la vida después de
que
nosotros tomáramos la iniciativa. Fue una época terrible para
los ratones
de campo de la zona. Después de ellos, le tocó el turno a las
liebres, a los
peces, a las tortugas, a las gambas, a los cangrejos, a las
serpientes y a las
ranas. En toda la zona, las únicas criaturas que sobrevivieron
fueron los
sapos, debido a su veneno, y los pájaros, gracias a sus alas. Y a
pesar de
todo, si no hubiera sido por el crecimiento, muy oportuno, de
un montón de
hierbas silvestres comestibles, la mayor parte de los habitantes
de la aldea
se hubieran muerto de hambre. Después de que pasara
Qingming, los
capullos de melocotón empezaron a caerse y comenzó a salir
un vapor de
los campos que estaban en barbecho y que pedían a gritos que
los
cultivaran de nuevo. Pero no teníamos ni animales de granja ni
semillas.
Para el momento en que unos renacuajos pequeños y
regordetes
aparecieron nadando en los pantanos, y en el agua del ovalado
estanque de
la localidad, y en las zonas menos profundas del río, los
habitantes de la

aldea ya se habían puesto en ruta. En el cuarto mes, la mayoría se había

ido; en el quinto, la mayoría ya había vuelto a su hogar. Tercer Maestro

Fan dijo: «Aquí al menos hay suficientes hierbas silvestres y plantas

comestibles para no morir de hambre. Eso no pasa en todas partes». Para el

sexto mes, mucha gente de otros lugares había empezado a aparecer en

nuestra aldea. Dormían en la iglesia, y sobre el suelo del recinto de los

Sima, y en los molinos abandonados. Como perros enloquecidos por el

hambre, nos robaban la comida de las manos. Finalmente, Tercer Maestro

Fan organizó a los hombres de la aldea para expulsar a los forasteros. Era

nuestro líder. Los forasteros tenían su propio líder, un hombre joven con

las cejas muy pobladas y los ojos grandes. Era un maestro capturando

pájaros; siempre iba con un par de tirachinas colgando del cinturón y,

sobre el hombro, llevaba una bolsa de arpillera llena de proyectiles hechos

con barro seco. Un día, Tercera Hermana lo vio en acción. En el aire había

una pareja de perdices, que estaba en medio de sus rituales de apareamiento. Sacó uno de sus tirachinas y disparó un proyectil de barro

hacia el cielo, aparentemente sin ni siquiera apuntar. Una de las perdices

cayó al suelo como una piedra, aterrizando justo a los pies de Tercera

Hermana. El ave tenía la cabeza destrozada. Su pareja graznaba mientras

daba vueltas en círculo por encima de sus cabezas. El hombre sacó otro

proyectil, lo disparó al aire y la segunda ave también cayó al suelo. Él se

agachó, la recogió y se acercó a mi hermana. La miró directamente a los

ojos; ella no bajó la vista, devolviéndole una mirada llena de odio. Para

entonces, Tercer Maestro Fan ya había pasado por nuestra casa para

hablarnos del movimiento que encabezaba para expulsar a los forasteros,

cosa que había hecho que aumentara el odio que sentíamos por ellos. Pero

en lugar de recoger el pájaro que había a los pies de Tercera Hermana, tiró

junto a ella el que tenía en la mano y se dio la vuelta y se marchó sin

decirle ni una palabra.

Tercera Hermana volvió a casa con las perdices. La carne fue para

Madre, la sopa que se hizo con ellas se la comieron mis hermanas y el

pequeño bastardo Sima, y los huesos fueron para mi abuela, que los hizo

crujir fuertemente. Tercera Hermana no le contó a nadie que el forastero le

había dado las perdices, que se transformaron rápidamente en sabrosos

jugos que terminaron en mi estómago. Unas cuantas veces
Madre esperó a
que yo me durmiera para meterle uno de sus pezones en la
boca al pequeño
bebé Sima, pero él lo rechazó. Prefería alimentarse de hierbas
y cortezas.
Dotado de un apetito sorprendente, se tragaba cualquier cosa
que le
metieran en la boca. «Es como un burro —comentó Madre un
día—. Nació
para comer hierba». Incluso las cagadas que hacía eran como
las
deposiciones equinas. Y aún más: Madre creía que tenía un par
de
estómagos para rumiar la comida. A menudo veíamos cómo
trozos de
hierba le subían desde el estómago hasta la boca, y después
observábamos
cómo él cerraba los ojos y los mascaba lleno de satisfacción,
mientras en
las comisuras de sus labios se le formaban unas blancas y
espumeantes
burbujas. Después de pasar un rato mascando la hierba,
estiraba el cuello y
se la tragaba, haciendo un sonido gorgoteante.
Los combates entre los aldeanos y los forasteros estallaron
después de
que Tercer Maestro Fan les pidiera amablemente que se
fueran. El
representante de los forasteros, el joven que le había dado las
perdices a
Tercera Hermana, se llamaba Hombre-pájaro Han; era el
especialista en

cazar pájaros. Con las manos apoyadas en los tirachinas que llevaba en la cintura, discutió con mucho vigor, sin ceder ni un centímetro. Dijo que Gaomi del Noreste, en un determinado momento, había sido una tierra baldía y despoblada, y que en aquel momento todo el mundo era forastero. Así que, si vosotros podéis vivir aquí, ¿por qué no vamos a poder nosotros? Pero esas palabras eran agresivas y anticipaban una pelea; muy pronto comenzaron los manotazos y los empujones. Un joven aldeano, un tipo impetuoso que todos conocían como Tísico Seis, apareció como un rayo desde detrás de Tercer Maestro Fan, cogió un palo de hierro y le golpeó con él en la cabeza a la anciana madre de Hombre-pájaro Han, abriéndole el cráneo. Empezó a brotar un líquido gris y la anciana murió al instante. Hombre-pájaro dejó escapar un lamento que más bien pareció el aullido de un lobo herido. Se sacó un tirachinas del cinturón y disparó dos proyectiles que dejaron ciego a Tísico Seis ahí mismo. Entonces se desató el infierno, y poco a poco los forasteros empezaron a llevarse la peor parte. Llevando al hombro el cuerpo de su madre, Hombre-pájaro Han se empezó a retirar,

combatiendo a cada paso durante todo el camino hasta las colinas arenosas

que había al oeste de la ciudad. Allí dejó a su madre en el suelo, cargó su

tirachinas y apuntó a Tercer Maestro Fan.

—No deberías haber tratado de matarnos, jefe. ¡Hasta los conejos

muerden cuando se los acorrala! —Antes de que terminara la frase, uno de

sus proyectiles cortó el aire con un zumbido e impactó sobre la oreja

izquierda de Tercer Maestro Fan—. Ya que somos todos chinos —dijo

Hombre-pájaro Han—, por esta vez te perdono.

Con una mano tapándose la oreja partida, Tercer Maestro Fan se retiró

sin decir ni una palabra.

Los forasteros levantaron docenas de tiendas en esa colina arenosa y

la hicieron suya. Hombre-pájaro Han enterró a su madre entre la arena, y

después cogió sus tirachinas y empezó a recorrer la calle arriba y abajo,

jurando con su extraño acento. Lo que les decía a los aldeanos era lo

siguiente: Yo soy un solo hombre, así que si mato a uno de vosotros,

estaremos empatados, y si mato a dos, iré ganando por uno. Mi esperanza

es que todo el mundo pueda vivir en paz. Después de ver los ejemplos de

Tísico Seis, cuyos ojos habían quedado ciegos y de Tercer Maestro Fan,

que tenía la oreja destrozada, ninguno de los aldeanos quería enfrentarse a

él.

—Pensad solamente que acaba de perder a su madre —dijo

Tercera

Hermana—, así que ¿qué más puede temer?

A partir de aquel momento, los forasteros y los aldeanos convivieron

pacíficamente a pesar del resentimiento que todo el mundo sentía. Mi

tercera hermana y Hombre-pájaro Han se veían casi todos los días en el

lugar en que él había dejado las perdices a los pies de ella. Al principio,

estos encuentros se daban sin haberse planeado, pero antes de que pasara

mucho tiempo se convirtió en el lugar convenido para su cita; allí se

quedaban esperando a que llegara el otro, tardara lo que tardara. Los pies

de Tercera Hermana pisaban tanto ese lugar que aplastaron el césped que

allí había hasta que dejó de crecer. En cuanto a Hombre-pájaro Han, se

limitaba a presentarse, lanzarle unos pájaros a los pies y marcharse sin

decir ni una palabra. A veces se trataba de una pareja de tórtolas y otras de

una gallina joven, y en una ocasión trajo un pájaro enorme que debía pesar

cerca de quince kilos. Tercera Hermana casi no fue capaz de llevárselo a

casa sobre la espalda. Ni siquiera Tercer Maestro Fan, el hombre más sabio

que había por allí, tenía la menor idea de qué clase de pájaro se trataba. Lo

único que puedo decir es que nunca he comido nada tan delicioso en mi

vida. Naturalmente, el sabor me llegó de forma indirecta, a través de la

leche de mi madre.

Aprovechándose de que tenía una relación muy cercana con nuestra

familia, Tercer Maestro Fan alertó a Madre y le advirtió de que prestara

una especial atención a lo que estaba pasando entre mi tercera hermana y

Hombre-pájaro Han, y lo hizo en unos términos un tanto humillantes y

ofensivos. «Joven sobrina, tu tercera hija y ese cazador de pájaros... ah, es

un ataque a la moral pública, y es mucho más que lo que los aldeanos están

dispuestos a soportar». Madre dijo: «Sólo es una niña», a lo que Tercer

Maestro Fan contestó: «Tus hijas son distintas de las otras chicas de su

edad». Madre despachó a Tercer Maestro Fan diciéndole: «¡Vuelve por

donde has venido y dile a esos cotillas que se vayan al infierno!».

Pero una cosa era reprocharle a Tercer Maestro Fan lo que había dicho

y otra muy distinta era controlar a Tercera Hermana. Cuando volvió a casa

con una grulla de cresta roja que estaba medio muerta, Madre se la llevó

aparte para tener una charla en serio.

—Lingdi —le dijo—, no podemos seguir alimentándonos con pájaros

ajenos.

—¿Por qué no? —le preguntó Lingdi—. Para él, cazar un pájaro es

más fácil que atrapar una pulga.

—De todas maneras, son sus pájaros, por muy fácil que le resulte

cazarlos. ¿No sabes que la gente espera que le devuelvan los favores?

—Algún día se lo pagaré todo —dijo Tercera Hermana.

—¿Se lo pagarás con qué? —le preguntó Madre.

—Me casaré con él —dijo Tercera Hermana alegremente.

—Lingdi —le contestó Madre con un tono sombrío—. Tus dos hermanas mayores ya han avergonzado a esta familia mucho más de lo que

nadie se habría podido imaginar. Esta vez no voy a ceder, y no me

importará lo que digas.

—Madre —le dijo Lingdi, con indignación creciente—, para ti es muy

fácil decir eso. Si no fuera por Hombre-pájaro Han, ¿te crees que él tendría

el aspecto que tiene ahora? —me señaló, y después señaló al niño de la

familia Sima—. ¿O él?

Madre miró mi rostro rubicundo y después al bebé Sima, de mejillas

sonrosadas, y se quedó sin saber qué decir. Tras un momento, dijo:

—Lingdi, a partir de hoy ya no comeremos más pájaros de los que

caza él, y no importa lo que tú digas.

Al día siguiente, Tercera Hermana volvió a casa con un montón de

palomas silvestres y, con un gesto de enfado, las arrojó a los pies de

Madre.

El octavo mes llegó sin previo aviso. Bandadas de gansos salvajes

atravesaron el cielo de camino hacia el sur, y se instalaron en los pantanos

al sudoeste de la aldea. Tanto los aldeanos como los forasteros se lanzaron

a por ellos con garfios y redes y otros métodos que, con el paso de los años,

habían demostrado ser eficaces para atrapar gansos salvajes.

Al principio,

las capturas eran exuberantes, y las plumas flotaban por encima de las

calles y las callejuelas de la población. Pero los gansos salvajes no iban a

aceptar eternamente el papel de víctimas con tanta facilidad, por lo que

empezaron a anidar en los rincones más profundos e inalcanzables de los

pantanos, en lugares que incluso los zorros consideraban inhabitables. Así

se acabaron las partidas de caza de los aldeanos. Y a pesar de todo, Tercera

Hermana seguía viniendo a casa día tras día con un ganso salvaje, a veces

muerto, a veces vivo, y nadie podía imaginar cómo se las apañaba Hombre-

pájaro Han para capturarlos.

Enfrentada a una realidad cruel, Madre tuvo que ceder y llegar a un

acuerdo. Si nos negábamos a comernos las aves que Hombre-pájaro Han

capturaba para entregarnos, a todos nos aparecerían síntomas de

desnutrición, como tenía la mayoría de los aldeanos: edema, respiración

asmática, luces parpadeantes en los ojos, como fuegos fatuos. Y lo único

que significaría comerse los pájaros de Han era que a la lista de sus yernos,

en la que figuraban el jefe de una banda de mosqueteros y un especialista

en destruir puentes, se añadiría ahora un experto cazador de pájaros.

La mañana del decimosexto día del octavo mes, Tercera Hermana

acudió al lugar habitual de sus citas. En casa nos quedamos esperando que

volviera. Ya estábamos un poco hartos de comer ganso cocido, de su sabor

grasiento, y teníamos la esperanza de que Hombre-pájaro Han nos

ofreciera un cambio de dieta. No nos atrevíamos a esperar que Tercera

Hermana trajera a casa otro de esos deliciosos pájaros inmensos, pero unas

cuantas palomas o tórtolas o patos salvajes no nos parecía demasiado

pedir.

Tercera Hermana volvió a casa con las manos vacías y los ojos rojos

por haber llorado. Madre le preguntó qué le pasaba.

—Hombre-pájaro Han ha sido capturado por unos hombres armados,

que llevaban uniformes negros e iban en bicicleta —dijo ella.

Alrededor de una docena de hombres jóvenes habían sido capturados

con él; los habían atado a todos juntos, como a un puñado de langostas.

Hombre-pájaro Han había opuesto una poderosa resistencia; los fuertes

músculos de sus brazos se habían hinchado mientras él se esforzaba por

romper las cuerdas que lo inmovilizaban. Los soldados le habían pegado en

las nalgas y en la cintura con la culata de sus rifles y le habían golpeado las

piernas para que siguiera andando. Los ojos se le habían llenado de furia, y

estaban tan rojos que parecían a punto de empezar a derramar sangre o

fuego. «¿Quién ha dicho que me podíais arrestar?», gritaba Hombre-pájaro

Han. El jefe del escuadrón cogió un puñado de barro y se lo puso en la cara

a Hombre-pájaro Han, cegándolo temporalmente. Él aulló como un animal

atrapado. Tercera Hermana corrió tras ellos, y cuando estaba a punto de

alcanzarlos se detuvo y gritó: «Hombre-pájaro Han...». Ellos continuaron

su marcha, bajaron por el camino, y ella volvió a alcanzarlos corriendo, se

detuvo y gritó: «Hombre-pájaro Han...». Los soldados se dieron la vuelta y

miraron a Tercera Hermana, riéndose de ella con malicia. Finalmente,

Tercera Hermana gritó:

—Hombre-pájaro Han, te esperaré.

—¿Quién coño te ha pedido que me esperes? —le contestó él a gritos.

Ese mediodía, mientras mirábamos un cuenco de sopa de hierbas

silvestres tan ligera que nos veíamos reflejados en ella, todos, incluida

Madre, nos dimos cuenta de lo importante que Hombre-pájaro Han se

había vuelto en nuestras vidas.

Durante dos días y dos noches, Tercera Hermana estuvo tirada en el

kang, despatarrada, llorando sin parar. Nada de lo que Madre intentó para

calmarla funcionó.

El tercer día después de que se llevaran a Hombre-pájaro Han, Tercera

Hermana

se

levantó

descalza

del *kang*,

se

abrió

la

blusa

desvergonzadamente, salió al patio y trepó sobre el granado, haciendo que

sus flexibles ramas se doblaran, describiendo una curva muy cerrada.

Madre salió corriendo para hacerla bajar, pero ella saltó acrobáticamente

del granado al árbol de parasol, y desde ahí a una altísima catalpa. Desde lo

más alto de la catalpa saltó al suelo y cayó sobre la parte superior del

tejado de la casa, que estaba hecho de paja y hojas de palma. Sus

movimientos eran increíblemente ágiles, como si le hubiera brotado un par

de alas. Se sentó a horcajadas sobre el tejado, mirando al frente, con una

sonrisa radiante pintada en el rostro. Madre estaba en el suelo, mirando

hacia arriba y suplicándole tristemente: «Lingdi, pequeña niña buena de

mamá, baja, por favor. Nunca volveré a inmiscuirme en tu vida, podrás

hacer siempre lo que te apetezca...». Tercera Hermana no reaccionaba. Era

como si se hubiera convertido en un pájaro y ya no comprendiera el

lenguaje humano. Madre llamó a Cuarta Hermana, Quinta Hermana, Sexta

Hermana, Séptima Hermana, Octava Hermana y al pequeño mocososo Sima;

les dijo que salieran al patio y que se pusieran a gritarle a Tercera

Hermana. Mis hermanas la llamaron con los ojos llenos de lágrimas, pero

Tercera Hermana las ignoró. Lo que hizo fue empezar a picotear su propio

hombro, como si se estuviera limpiando las plumas. No dejaba de mover la

cabeza de un lado para otro, como si estuviera en una silla giratoria. Y no

sólo era capaz de picotearse el hombro; también alcanzaba a mordisquearse los pequeños pezones. Yo estaba convencido de que podría

llegar hasta las nalgas e incluso a los talones, si quisiera. No había ni un

sólo lugar al que su boca no pudiera llegar si ella quería. De hecho, por lo

que a mí respectaba, cuando Tercera Hermana estaba ahí sentada a

horcajadas en lo alto del tejado, ya había ingresado en el reino de las aves:

pensaba como un pájaro, se comportaba como un pájaro y tenía la

expresión de un pájaro. Y por lo que a mí respectaba, si Madre no les

hubiera pedido a Tercer Maestro Fan y a un grupo de hombres jóvenes y

fuertes que la bajaran con la ayuda de un poco de sangre de perro negro, a

Tercera Hermana le habrían salido alas y se habría convertido en un

hermoso pájaro, si no un fénix, un pavo real, y si no un pavo real, al menos
un faisán dorado. Pero fuera cual fuera el pájaro en el que ella se
convertiría, habría desplegado sus alas y volado en busca de Hombre-
pájaro Han. En cualquier caso, lo que finalmente ocurrió, un desenlace de
lo más vergonzoso, fue lo siguiente: Tercer Maestro Fan le ordenó a Zhang
Maolin, un tipo bajito y ágil a quien todo el mundo apodaba El Mono, que
se subiera al techo con un cubo lleno de sangre de perro negro. El Mono se
le acercó por detrás y la empapó con la sangre. Ella se puso en pie de un
salto y desplegó sus brazos para salir volando hacia el cielo, pero sólo
logró trastabillar, caerse del tejado y aterrizar en el camino de ladrillo que
había debajo con un ruido sordo. La sangre empezó a brotarle de una
profunda brecha del tamaño de un albaricoque que se le hizo en la cabeza y
se desmayó.
Llorando de una manera incontrolable, Madre cogió un puñado de
césped y lo presionó contra la cabeza de Tercera Hermana para detener el
flujo de sangre. Después, con la ayuda de Cuarta Hermana y Quinta
Hermana, le limpió la sangre de perro y la llevó dentro de la casa para

acostarla sobre el *kang*.

Cuando estaba anocheciendo, Tercera Hermana volvió en sí.
Con los

ojos llenos de lágrimas, Madre le preguntó:

—¿Estás bien, Lingdi? —Tercera Hermana levantó la vista
para mirar

a Madre y pareció que asentía con la cabeza, aunque tal vez no
lo hubiera

hecho. Las lágrimas caían de sus ojos—. Mi pobre niña
maltratada —dijo

Madre.

—Se lo van a llevar a Japón —dijo Lingdi fríamente—, y no
volverá

hasta dentro de dieciocho años. Madre, quiero que me hagas
un altar.

Ahora soy un hada-pájaro.

Esas palabras cayeron sobre Madre como un rayo. Un
torbellino de

sentimientos encontrados le sacudió el corazón. Miró a la cara
de Tercera

Hermana, una cara que parecía endemoniada, y sintió que
tenía mucho que

decir, pero no pudo articular ni una sola palabra.

En la breve historia del Concejo de Gaomi del Noreste, seis
mujeres

habían sido transformadas en zorro, puercoespín, comadreja,
serpiente

blanca, tejón y hada-murciélago, siempre como resultado de
amores no

correspondidos o de malos matrimonios. Todas ellas llevaron
una vida

llena de misterio y se ganaron el temeroso respeto de los demás. Ahora en mi casa había aparecido un hada-pájaro, que aterrorizaba a Madre y la ponía de mal humor. Ella, en cualquier caso, no se atrevió a decir nada que fuera contra los deseos de Tercera Hermana, puesto que en el pasado había habido un precedente sangriento: hacía alrededor de una docena de años, Fang Jinzhi, la mujer de un comerciante de burros, Yuan Jinbiao, fue descubierta en brazos de un joven en el cementerio. Algunos miembros de la familia Yuan le dieron una paliza al joven hasta matarlo, y después le pegaron a Fang Jinzhi hasta que la dejaron casi sin vida. Sobrepassada por la vergüenza y la rabia, tomó arsénico, pero se salvó gracias a que alguien le metió excrementos humanos por la garganta. Cuando se despertó, dijo que estaba poseída por un hada-zorro y pidió que le hicieran un altar. La familia Yuan se negó. A partir de aquel día, la leña que la familia tenía almacenada se incendiaba a menudo, y los cazos y las sartenes y los demás cacharros se les rompían sin motivo aparente. Cuando el abuelo de la familia cogió su jarra para el vino, un lagarto salió de su interior. Cuando

la abuela estornudó, sus dos dientes frontales salieron volando a través de

las narices. Y cuando estaban cocinando unos raviolos *jiaozi* rellenos de

carne, lo que encontraron en la olla fueron sapos. Los Yuans al final se

rindieron y le construyeron un altar al hada-zorro e instalaron a Fang Jinzhi

en una habitación aislada para que pudiera meditar.

El lugar para que meditara el hada-pájaro se preparó en una de las

habitaciones laterales. Con la ayuda de mis hermanas cuarta y quinta,

Madre limpió los restos y las cosas que había dejado Sha Yueliang, quitó

todas las telarañas de las paredes y el polvo del techo y después puso unas

nuevas cortinas de papel en la ventana. Colocaron una mesa de incienso

contra la pared que daba al Norte y encendieron tres palitos de incienso de

sándalo que habían sobrado de cuando, a principios de año, Shangguan Lü

había estado adorando al Guanyin Bodhisattva. Deberían haber puesto una

imagen de un hada-pájaro sobre la mesa de incienso, pero no tenían ni idea

de qué aspecto tenía. Por eso, Madre le pidió instrucciones a Tercera

Hermana:

—Hada —le dijo piadosamente arrodillándose en el suelo—, ¿dónde

puedo encontrar la imagen de un ídolo para la mesa de incienso?

Tercera Hermana se sentó formalmente en una silla, con los ojos

cerrados, y las mejillas se le sonrojaron, como si estuviera disfrutando de

un maravilloso sueño erótico. Sin atreverse a meterle prisa ni a hacerla

enfadar, Madre se lo volvió a preguntar, todavía más piadosamente. Mi

tercera hermana abrió la boca en un enorme bostezo, con los ojos aún

cerrados, y contestó con una voz gorjeante, que estaba entre el lenguaje de

los humanos y el de los pájaros, con lo que sus palabras eran prácticamente

imposibles de entender: «Habrà una imagen mañana».

A la mañana siguiente, un pordiosero con nariz de halcón y ojos de

águila llamó a nuestra puerta. En la mano izquierda llevaba un palo para

atizar a los perros hecho con un tronco hueco de bambú, y en la derecha

tenía un cuenco de cerámica con dos profundos desconchados en el borde.

Estaba mugriento, como si se hubiera estado revolcando por el barro o

hubiera hecho un viaje de mil kilómetros a pie. Tenía las orejas llenas de

tierra, y barro seco alrededor de los ojos. Sin decir una palabra, entró en el

salón de nuestra casa, libre y espontáneo, como si estuviera en la suya. Le

quitó la tapa a la olla que había en la cocina, metió un cucharón en la sopa

de hierbas y empezó a sorberlo. Cuando hubo terminado, se sentó en la

encimera, todavía sin decir nada, y clavó su mirada afilada en el rostro de

Madre. A pesar de que se sentía incómoda, ella hizo un esfuerzo para

aparentar que estaba tranquila.

—Distinguido huésped —le dijo—, somos pobres y no tenemos nada

para ti. Por favor, no te ofendas si te ofrezco esto.

Le alcanzó un puñado de hierbas silvestres y él rechazó su ofrecimiento. Lamiéndose los agrietados y sanguinolentos labios, él dijo:

—Tu yerno me ha pedido que te traiga un par de cosas —pero no sacó

nada para nosotros y, mientras observábamos sus ropas escasas y hechas

jirones y su piel mugrienta y ajada, que se veía a través de los múltiples

rotos, no éramos capaces de imaginarnos dónde podría haber escondido lo

que nos traía.

—¿De cuál de mis yernos estamos hablando? —le preguntó Madre,

visiblemente intrigada.

El hombre con nariz de halcón y ojos de águila le contestó:

—No me preguntes. Lo único que sé es que es mudo, que sabe escribir, que es un extraordinario espadachín, que en una ocasión me salvó

la vida y que yo le devolví el favor. Ninguno de nosotros dos
está en deuda
con el otro. Y es por eso que no hace más de dos minutos yo
me estaba
preguntando si debería darte estos dos tesoros o no. Si cuando
me serví un
poco de vuestra sopa tú, la señora de la casa, hubieras hecho
un solo
comentario grosero o impertinente, me los habría quedado yo.
Pero no
solamente no dijiste nada grosero ni impertinente sino que
además me
ofreciste un puñado de hierbas silvestres, así que he decidido
entregártelos.
—Dicho esto, se puso de pie, apoyó su cuenco desconchado en
la encimera
y añadió—: Esta es una pieza hecha con una magnífica
cerámica, tan rara
como los unicornios y las aves fénix. Quizá sea la única en el
mundo de su
clase. Ese mudo yerno tuyo no era consciente de su valor. Lo
único que
sabía es que era parte del botín que obtuvo en uno de sus
saqueos, y quería
que lo tuvieras tú, tal vez por lo grande que es. Bueno, aquí
está. —
Entonces golpeó el suelo con su bastón de bambú, que emitió
un sonido
hueco—. ¿Tienes un cuchillo?
Madre le pasó su cuchillo de carnicero. Él lo usó para cortar
unos
hilos invisibles que había a cada extremo y el bambú se
dividió en trozos

que, al separarse, dejaron caer un rollo de pergamino pintado.
El lo

desenrolló; nos llegó un olor a moho y putrefacción. Ahí, en el
medio de la

seda amarillenta, había un dibujo de un enorme pájaro. Nos
quedamos

asombrados. La imagen era una réplica exacta del inmenso,
incomparablemente delicioso pájaro que Tercera Hermana
había traído a

casa una vez. En la pintura estaba de pie, erguido, con la
cabeza levantada,

contemplándonos despectivamente con sus ojos inexpresivos.
El hombre

de la nariz de halcón y los ojos de águila no nos contó nada
sobre el rollo

de pergamino ni sobre el pájaro que estaba pintado en él. Lo
que hizo fue

volver a enrollarlo, dejarlo sobre el cuenco de cerámica, darse
la vuelta y

salir por la puerta sin mirar atrás. Los brazos, liberados ahora
de su carga,

le colgaban a los lados del cuerpo y se movían rígidamente al
ritmo de sus

largas zancadas.

Madre quedó quieta donde estaba, rígida como un pino, y yo
era un

nudo en el tronco de ese pino. Cinco de mis hermanas parecían
sauces, y el

niño Sima un roble joven. Todos estábamos ahí de pie, como
un pequeño

bosque frente al misterioso cuenco de cerámica y el rollo del
pergamino

con el dibujo del pájaro. Si Tercera Hermana no hubiera roto el silencio

con una risa burlona, podríamos habernos convertido en árboles de verdad.

Su predicción se había cumplido. Con una reverencia extraordinaria,

llevamos el rollo de pergamino a la habitación acondicionada para que

Tercera Hermana meditara y lo colgamos frente a la mesa de incienso.

Además, y ya que el cuenco de cerámica desconchado tenía una historia tan

extraordinaria, ¿qué mortal era digno de usarlo? Por ello, Madre,

sintiéndose muy afortunada, lo colocó sobre la mesa de incienso y lo llenó

de agua fresca para el hada-pájaro.

La noticia de que en nuestra familia había aparecido un hada-pájaro se

extendió rápidamente por todo Gaomi del Noreste y aún más allá. Un flujo

constante de peregrinos empezó a llegar a la puerta de nuestro hogar en

busca de filtros mágicos y predicciones de futuro, pero el hada-pájaro no

recibía a más de diez por día. Se arrodillaban en el suelo, del lado de afuera

de la ventana de su habitación de meditación; ahí había un minúsculo

agujero que permitía que se escaparan, como pájaros, sus predicciones para

los curiosos y sus prescripciones para los enfermos. Las prescripciones que

Tercera Hermana —quiero decir, el hada-pájaro— dispensaba eran

realmente únicas y estaban envueltas en un aura de travesura. Esto es lo

que le prescribió a una persona que sufría problemas de estómago: un

polvo confeccionado con siete abejas, un par de bolas hechas con

excrementos por un escarabajo pelotero, una onza de hojas de melocotón y

un cuarto de kilo de cáscara de huevo machacada; esta mezcla debía

tomarse disuelta en agua. Y para otra persona, que llevaba una gorra hecha

con piel de conejo y que tenía una enfermedad en los ojos: una pasta hecha

con siete langostas, un par de grillos, cinco mantis religiosas y cuatro

gusanos de tierra, que debía extenderse sobre la palma de las manos.

Cuando el paciente cogió el papel con la prescripción que le habían

hecho a través del agujerito de la ventana y lo leyó, una mirada irreverente

apareció en su rostro, y lo oímos mascullar: «Es un hada-pájaro, no te

digo... Lo único que hay en esta prescripción es alimento para pájaros».

Cuando se alejó de la ventana, todavía mascullando algo, no pudimos

evitar sentirnos avergonzados de Tercera Hermana. Las langostas y los

grillos son exquisiteces para los pájaros, pero ¿por qué iban a servir para

curar las enfermedades en los ojos de los seres humanos? Sin embargo,

mientras yo estaba todo confundido, el hombre con problemas en la vista

volvió casi volando, pasó a nuestro lado, cayó de rodillas ante la ventana,

golpeó el suelo con la cabeza como si estuviera machacando dientes de ajo

y dijo repetidamente: «Gran Hada, perdóname, Gran Hada, perdóname...».

Sus súplicas de perdón le provocaron una carcajada burlona a Tercera

Hermana. Al final nos enteramos de que cuando ese hombre tan parlanchín

había tomado el camino hacia su casa, un halcón cayó del cielo y le clavó

las garras en la cabeza antes de remontar el vuelo llevándose su gorra.

También un hombre malintencionado se arrodilló junto a la ventana

fingiendo que estaba aquejado de uretritis. El hada-pájaro le preguntó a

través de la ventana:

—¿Qué te duele?

El hombre le dijo:

—Cuando orino, es como si tuviera que expulsar cubitos de hielo.

La habitación quedó repentinamente en silencio, como si el hada-

pájaro se hubiera marchado avergonzada. El hombre, obsceno y audaz,

acercó un ojo al agujero de la ventana, pero antes de que pudiera ver nada

se estremeció de dolor: un monstruoso escorpión había caído de la ventana

sobre su cuello y lo había picado. El cuello se le hinchó inmediatamente, y

después la cara, hasta que sus ojos no eran más que hendiduras, como los

de una salamandra.

El hada-pájaro había usado sus poderes místicos para castigar a aquel

hombre terrible, para el deleite bullicioso de la buena gente y el

incremento de su propia reputación. En los días que siguieron, entre los

peregrinos que venían para que les curaran sus dolores o para que les

hablaran de su futuro se empezaron a oír acentos de lugares lejanos.

Cuando Madre les preguntó, se enteró de que algunos habían venido desde

zonas tan alejadas como el Mar del Este y otros desde el Mar del Norte.

Cuando les preguntó cómo habían llegado a enterarse de los poderes

místicos del hada-pájaro, se quedaron con los ojos como platos, sin saber

qué decir. Tenían un olor salado que, nos informó Madre, era el olor del

océano. Los peregrinos se quedaban esperando pacientemente y, durante

unos días, dormían en el suelo de nuestro patio. El hada-pájaro seguía una

agenda que ella misma había programado: cuando había visto a diez

peregrinos, se retiraba para el resto del día, y un silencio mortal se

apoderaba de la habitación del lado este. Madre enviaba a Cuarta Hermana

a llevarle agua fresca. Cuando ella entraba, Tercera Hermana salía.

Después entraba Quinta Hermana con algo de comer, y Cuarta Hermana

salía. El flujo de chicas entrando y saliendo dejaba atónitos a los

peregrinos, que no sabían cuál de las chicas era realmente el hada-pájaro.

Cuando Tercera Hermana se separaba del hada-pájaro, era sólo una

chica más, aunque con una serie de expresiones y movimientos muy poco

frecuentes. Hablaba pocas veces, miraba casi siempre con el rabillo del

ojo, prefería estar de cuclillas a sentarse, bebía solamente agua y estiraba

mucho el cuello a cada trago, exactamente igual que un pájaro. No comía

ningún tipo de grano, pero claro, tampoco lo hacíamos nosotros, puesto que

no había. Los peregrinos traían ofrendas adecuadas para las costumbres de

un pájaro: langostas, crisálidas de gusano de seda, afidios, escarabajos y

luciérnagas. Algunos también llegaban con alimentos para una dieta

vegetariana, como semillas de sésamo, piñones y pipas de girasol. Por

supuesto, todo se lo dábamos a Tercera Hermana, y lo que ella no se comía

lo dividíamos entre Madre, mis otras hermanas y el pequeño heredero de

los Sima. Mis hermanas, que eran todas unas hijas maravillosas, se

ofrecían unas a otras sus respectivas crisálidas de gusano de seda. La

cantidad de leche que producía Madre era cada vez menor, aunque la

calidad seguía siendo alta. Fue durante esos extraños días cuando Madre

intentó desacostumbrarme a la alimentación al pecho, pero tuvo que

abandonar la idea cuando se hizo evidente que yo estaba dispuesto a llorar

hasta la muerte antes de ceder.

Para demostrar su gratitud por el agua hervida y por el resto de servicios que les ofrecíamos y, mucho más importante, por los éxitos del

hada-pájaro, que los libraba de sus molestias y preocupaciones, los

peregrinos que habían venido atravesando los océanos nos dejaron, al

partir, un saco de arpillera lleno de pescado seco. Estábamos más

conmovidos de lo que se puede expresar con palabras, y acompañamos a

nuestros visitantes hasta el río. Fue entonces cuando vimos docenas de

barcos de pesca de anchos mástiles anclados en el Río de los Dragones, que fluía con lentitud. En la larga historia del Río de los Dragones nunca se había visto nada más que unas pocas balsas de madera; se empleaban para cruzarlo cuando se desbordaba. Pero, gracias al hada-pájaro, el Río de los Dragones se había convertido en una rama de los vastos océanos. Eran los primeros días del décimo mes, y los fuertes vientos del Noroeste peinaban la superficie del río. Los que se dirigían hacia el mar subían a bordo de sus embarcaciones, izaban sus velas grises y llenas de remiendos y navegaban hacia el centro del río. Sus timones agitaban tanto las aguas que las enturbiaban al pasar. Las bandadas de gaviotas de color gris plateado, que habían venido siguiendo los barcos de pesca, ahora los acompañaban en su camino de vuelta. Sus chillidos se cernían sobre el río mientras ellas pasaban volando a ras del agua y se elevaban inmediatamente muy por encima de ella. Algunas incluso se dedicaron a entretenernos volando cabeza abajo, o quedándose quietas, suspendidas, en el aire. Los aldeanos se habían reunido en la orilla del río, en principio sólo para mirar, pero

empezaron a sumar sus voces a la espectacular despedida que se organizó

para los peregrinos que habían venido desde tan lejos. Las velas de los

barcos ondearon, agitadas por el viento, sus timones comenzaron a

moverse hacia adelante y hacia atrás, y lentamente se alejaron río abajo.

Tenían que viajar por el Río de los Dragones hasta el Gran Canal, y desde

ahí hasta el Río del Caballo Blanco, que los llevaría al Mar de Bohai. El

viaje les llevaría veintiún días. Esta información me la dio Hombre-Pájaro

Han, en una clase de geografía, unos dieciocho años más tarde. La visita de

estos peregrinos al Concejo de Gaomi del Noreste fue una puesta en acción

virtual de los viajes marítimos que Zheng He y de Xu Fu habían hecho

unos siglos antes, y constituyeron uno de los capítulos más gloriosos en la

historia del Concejo de Gaomi del Noreste. Y todo gracias a un hada-pájaro

de la familia Shangguan. Esta gloria disipó las nubes de tristeza que había

en el pecho de Madre; quizá ella esperara que otra hada-animal haría su

aparición en la casa, un hada-pep, por ejemplo. Pero en realidad, nunca se

sabe, quizá no esperaba nada de eso.

Después de que los pescadores se marcharan en sus barcos, recibimos

la visita de un personaje eminente. Llegó en un elegante
Chevrolet de color
negro, rodeado por unos fornidos guardaespaldas armados con
Mausers que
iban de pie, del lado de afuera, junto a cada una de las puertas.
También le
escoltaban las nubes de polvo que levantaba el coche al pasar
por las
carreteras llenas de tierra de la aldea. Los pobres
guardaespaldas parecían
burros que se hubieran estado revolcando por el suelo. El
automóvil llegó
hasta la puerta de entrada de nuestro patio y se detuvo allí.
Uno de los
guardaespaldas abrió la puerta de atrás. Lo primero que
apareció fue una
diadema de perlas y jade, seguida por un cuello, y al final un
gran torso.
Tanto por su figura como por su expresión, la mujer parecía un
ganso
exageradamente grande.
En términos más estrictos, un ganso también es un ave. Pero
por muy
alto que fuera su estatus, cuando llegó preguntando por el
hada-pájaro se
esperaba que tuviera una actitud cortés y reverente. Nada se le
escapaba al
hada-pájaro, que sabía todo lo que iba a suceder, por lo que no
se toleraban
ni la hipocresía ni la arrogancia. La mujer se arrodilló ante la
ventana,
cerró los ojos y se puso a rezar en voz baja. Tenía la cara del
color de los

pétalos de rosa, de donde se podía deducir que no había venido para que le

curaran ninguna enfermedad. Las joyas la cubrían de la cabeza a los pies,

así que no estaba buscando ricos. ¿Qué podía necesitar una mujer como esa

del hada-pájaro? Un trozo de papel blanco apareció por el agujerito de la

ventana. Cuando la mujer lo abrió y lo leyó, el rostro se le puso del color

de la cresta de un gallo. Arrojó unos cuantos dólares de plata al suelo, se

levantó y se alejó de allí. ¿Qué había escrito en ese trozo de papel? Sólo el

hada-pájaro y la mujer lo sabían.

Los visitantes siguieron acercándose a nuestro hogar durante días, y

después dejaron de venir. Para cuando llegaron los fríos del invierno, ya

nos habíamos comido todo el pescado seco que había en el saco de

arpillera, y nuevamente la leche de Madre sabía a césped y a corteza de

árbol. El séptimo día del duodécimo mes, nos enteramos de que la secta

cristiana más grande de la zona iba a abrir un comedor en la Catedral de la

Puerta del Norte. Madre y todos los niños, con nuestros cuencos y palillos

en la mano, caminamos toda la noche junto a diversos grupos de aldeanos

hambrientos en dirección a la capital del condado. Dejamos a Tercera

Hermana y a Shangguan Lü a cargo de la casa. Debido a que una de ellas

era más hada que humana, y la otra menos humana que demonio, estaban

más capacitadas para lidiar con el hambre. Madre le lanzó un puñado de

césped a Shangguan Lü.

—Madre —le dijo—, si eres capaz de morir, hazlo cuanto antes. ¿Por

qué sufres con nosotros de este modo?

Era la primera vez que uno de nosotros cogía la carretera que iba a la

capital del condado. Cuando digo «carretera», me refiero al pequeño

sendero gris, formado por las pisadas de los hombres y las bestias, por el

que avanzábamos. No podría decir cómo el coche de aquella mujer rica

había logrado llegar hasta nuestra aldea. Avanzábamos bajo la fría luz de

las estrellas. Yo iba en la espalda de Madre, el pequeño heredero de los

Sima en la de Cuarta Hermana, Octava Hermana en la de Quinta Hermana,

y mis hermanas sexta y séptima andaban por su cuenta. La medianoche

llegó y pasó, y mientras tanto escuchamos los gritos intermitentes de los

niños en las selvas que nos rodeaban. Séptima Hermana, Octava Hermana y

el pequeño heredero de los Sima también empezaron a llorar. Madre

expresó su disconformidad, pero incluso ella estaba llorando, así como

Cuarta Hermana y Quinta Hermana. Estas dos, de pronto, tropezaron y

cayeron al suelo. Pero tan pronto como Madre levantaba a una y la dejaba

para coger a la otra, la primera se volvía a caer. Esto ocurrió durante un

rato, hasta que Madre, al fin, se sentó en el frío suelo, junto a todos los

demás, acurrucándose para calentarse mutuamente. Me cambió de lado y

me puso al frente y colocó su fría mano bajo mi nariz para comprobar si

todavía respiraba. Seguramente pensó que el frío o el hambre me podían

haber apartado de ella. Yo respiré débilmente para que supiera que seguía

vivo. Entonces, ella corrió las cortinas que cubrían sus pechos y me metió

un pezón helado en la boca. Parecía un cubito de hielo que se estuviera

derritiendo lentamente en mi boca y me la estuviera dejando dormida por

el frío. El pecho de Madre no tenía nada que ofrecer. Por muy fuerte que yo

succionara, lo único que lograba sacar fueron unos pocas gotitas de sangre.

¡Hacía frío, hacía tantísimo frío! Y en medio de aquel frío, los espejismos

flotaban ante los ojos de la gente muerta de hambre que nos rodeaba: una

cocina encendida, una olla humeante y llena de pollo y pato,
platos y platos
de empanadillas de carne, todo eso y hierba verde y hermosas
flores.
Frente a mis ojos había dos pechos del tamaño de calabazas,
rebosantes de
rica leche, vivos como un par de palomas y perfectos como
cuencos de
porcelana. Olían maravillosamente y tenían un aspecto
bellísimo. Un
líquido ligeramente azulado, dulce como la miel, brotaba de
ellos, llenando
mi tripa y empapándome de la cabeza a los pies. Yo envolvía
aquellos
pechos con los brazos y nadaba en esas fuentes de líquido... y
por encima
de mi cabeza, millones y billones de estrellas giraban en el
cielo, en
círculos, formando gigantescos pechos: pechos en Sirio, la
estrella Perro;
pechos en la Osa Mayor; pechos en Orion, el Cazador; pechos
en Vega, la
chica que teje; pechos en Altair, el Vaquero; pechos en
Chang'e, la bella en
la Luna; los pechos de Madre... Escupí el pezón de Madre y
miré hacia la
carretera. Un hombre que llevaba por encima de la cabeza una
lámpara
medio rota hecha con piel de cabra se acercó a nosotros. Era
Tercer
Maestro Fan. Estaba desnudo de cintura para arriba, y entre el
ácido hedor

a piel de animal quemada y bajo el brillo de su lámpara,
aullaba:

«Compañeros, convecinos: no os sentéis, bajo ninguna
circunstancia. Si os

sentáis, os congelaréis hasta morir. Vamos, compañeros,
convecinos,

seguid avanzando. Seguir avanzando es seguir vivos, sentarse
es morir».

La sentida exhortación de Tercer Maestro Fan hizo que mucha
gente

se levantara, abandonando el ilusorio calor que sentían
quedándose

acurrucados y que era, sin ninguna duda, el camino hacia la
muerte. Se

pusieron en pie y empezaron a desplazarse atravesando el frío,
lo cual era

su única posibilidad de sobrevivir. Madre se levantó, me
volvió a cambiar

a la posición de la espalda, cogió al pequeño y desgraciado
heredero de los

Sima y lo acomodó entre sus brazos, y después cogió el brazo
de Octava

Hermana y empezó a darles pataditas a Cuarta Hermana,
Quinta Hermana,

Sexta Hermana y Séptima Hermana para que se pusieran de
pie. Fuimos

tras los pasos de Tercer Maestro Fan, que había usado su
chaqueta de piel

de cabra como antorcha para iluminar el camino. Lo que nos
hacía avanzar

no eran nuestros pies sino nuestra fuerza de voluntad, nuestro
deseo de

llegar a la capital del condado, de llegar hasta la Catedral de la Puerta del

Norte, de aceptar la misericordia de Dios, de aceptar un cuenco de gachas

del duodécimo mes.

Docenas de cadáveres se acumulaban a los lados de la carretera en

esta solemne y trágica procesión. Algunos yacían con la camisa abierta y

una expresión beatífica en el rostro, como si quisieran calentarse el pecho

con las llamas de las antorchas que iban pasando a su lado.

Tercer Maestro Fan murió con los primeros brillos del amanecer.

Todos comimos las gachas del duodécimo mes que Dios nos brindó;

mi ración me llegó a través de los pechos de mi madre. Nunca olvidaré la

escena que rodeó la comida. Unas urracas se instalaron en la cruz, bajo el

alto techo de la catedral. Fuera, un tren jadeaba mientras avanzaba por sus

raíles. Dos enormes calderos, llenos de carne de ternera estofada,

humeaban sobre el fuego. Un sacerdote, vestido con una sotana negra,

estaba de pie junto a los calderos y rezaba mientras cientos de campesinos

hambrientos hacían cola delante de él. Los feligreses servían las gachas,

con unos grandes cucharones, en cuencos; un cucharón a cada uno, fuera

cual fuera el tamaño del cuenco. Los fuertes ruidos que hacía la gente al sorber dejaban constancia de que las gachas, diluidas en innumerables lágrimas, se consumían rápidamente. Cientos de lenguas rosadas lamían los cuencos hasta dejarlos limpios, y entonces la cola volvía a formarse. En los calderos se echaban montones de sacos de arpillera llenos de arroz y montones de cubos de agua; en esta ocasión, según deduje yo por el sabor de la leche, las gachas estaban hechas con arroz, sorgo mohoso, soja medio podrida y granos de cebada con sus cáscaras.

VI

Cuando volvíamos a casa, tras haber comido las gachas del duodécimo mes, nuestra sensación de hambre era más fuerte que nunca. Nadie había tenido suficiente energía como para enterrar a los cadáveres que se alineaban junto al sendero que atravesaba la selva; nadie podía reunir ni siquiera la energía necesaria para acercarse a echarles un vistazo. La única excepción era el cuerpo de Tercer Maestro Fan. En el momento álgido de la crisis, un hombre del que la gente normalmente se mantenía a distancia se había quitado la chaqueta de piel de cabra, la había convertido en una

antorcha y, con su luz y sus gritos, nos había devuelto el sentido común.

Esa clase de amabilidad, el don de la vida, nunca se puede olvidar. Por eso,

siguiendo a Madre, la gente arrastró el cuerpo del anciano, que parecía un

palo, a un lado de la carretera para cubrirlo de tierra.

Cuando llegamos a casa, lo primero que vimos fue al hada-pájaro

dando vueltas por el jardín, de un lado para otro, sujetando algo envuelto

en un abrigo de marta violeta entre los brazos. Madre tuvo que apoyarse en

el quicio de la puerta para evitar caer al suelo. Tercera Hermana se le

acercó y le entregó el bulto.

—¿Qué es esto? —preguntó Madre.

Con una voz casi totalmente humana, Tercera Hermana dijo:

—Un bebé.

—¿De quién es? —le preguntó Madre, aunque a mí me parece que ya

lo sabía.

—¿De quién crees? —le dijo Tercera Hermana.

Evidentemente, el abrigo de piel de marta violeta de Laidi sólo podía

emplearse para envolver al bebé de Laidi.

Era una niña, tan morena como un trozo de carbón, con los ojos

negros como los de un gallo de pelea, labios finos y unas orejas grandes y

pálidas que, en su rostro, parecían fuera de lugar. Estas características

demostraban con suficiente contundencia cuáles eran sus orígenes: era la

primera sobrina de la familia Shangguan, y nos la habían brindado

Hermana Mayor y Sha Yueliang.

El disgusto de Madre estaba escrito claramente en su cara; ante eso, el

bebé respondió con una sonrisa de gatita. A punto de desmayarse de rabia,

Madre se olvidó por completo de todo el asunto de los poderes místicos del

hada-pájaro y le dio a Tercera Hermana una patada en la pierna.

Dando un alarido de dolor, Tercera Hermana pegó unos saltitos, a

punto de perder el equilibrio, y cuando volvió la cabeza fue evidente que

en su rostro había una mirada de pájaro enfurecido. La boca se le había

endurecido y apuntaba hacia arriba, lista para picar a alguien. Levantó los

brazos, como si estuviera a punto de echarse a volar. Sin preocuparse por si

era un pájaro o un ser humano, Madre juró:

—Maldita seas, ¿quién te dijo que aceptaras su bebé? —La cabeza de

Tercera Hermana se movía con rapidez de un lado a otro, como si estuviera

comiendo insectos subida en un árbol—. ¡Laidi, eres una guarrilla sin

ninguna vergüenza! —juró Madre—. ¡Sha Yueliang, eres un rufián sin

corazón y un bandido! Lo único que sabes es hacer un bebé,
pero no eres
capaz de cuidarlo. Te crees que me lo puedes mandar a mí y
que todo
saldrá bien, ¿verdad? ¡Bueno, pues despierta de una vez! Voy a
sumergir a
tu pequeña bastarda en el río para que sirva de alimento para
las tortugas, o
la tiraré en medio de la calle para que se la coman los perros, o
al pantano
para que se la coman los cuervos. ¡Espera y ya verás!
Madre cogió al bebé y se lanzó a recorrer todas las calles,
arriba y
abajo, repitiendo sus amenazas de usarlo de alimento para las
tortugas, los
perros y los cuervos. Cuando llegó a la orilla del río, se dio la
vuelta y
volvió corriendo a la calle, y después se dio la vuelta otra vez
y volvió
corriendo al río. Poco a poco, el ritmo de sus pasos se fue
haciendo más
lento y el tono de su voz más suave, como un tractor al que se
le está
acabando el combustible. Finalmente, se dejó caer en el mismo
lugar
donde había muerto el Pastor Malory, miró hacia arriba, a la
ruinosa torre
del campanario, y murmuró:
—Algunos han muerto y otros han huido, dejándome sola.
¿Cómo voy
a sobrevivir y darles de comer a tantos pollitos hambrientos?
Dios Amado,

Señor del Cielo, ¿por qué no me dices algo? ¿Cómo voy a sobrevivir?

Yo empecé a llorar, derramando mis lágrimas sobre el cuello de

Madre. Después, la bebita empezó a llorar, y sus lágrimas se le metieron

hasta dentro de las orejas.

—Jintong —dijo Madre tiernamente—, mi orgullo y mi alegría, por

favor, no llores. —Después dedicó su ternura a la bebita—: Y tú, pobre

niña, tú no deberías haber venido. La abuela no tiene suficiente leche ni

siquiera para tu pequeño tío. Si tratara de darte de comer a ti también, los

dos os moriríais de hambre. No es que no tenga corazón, es que no puedo

hacer nada...

Madre acostó a la bebita, que seguía envuelta en el abrigo de marta

violeta, en las escaleras que había frente a la puerta de la iglesia, y después

se dio media vuelta y empezó a correr hacia casa como si su vida estuviera

en juego, pero no había dado más de diez pasos cuando sus piernas dejaron

de moverse. La bebita estaba chillando como un cerdo en el matadero, y

esos gritos eran una cuerda invisible que había hecho que Madre se

detuviera.

Tres días más tarde, siendo ya una familia de nueve miembros,

estábamos en el mercado de la capital del condado, en la sección de

comercio con seres humanos. Madre me llevaba en la espalda, y el pequeño

bastardo de Sha Yueliang iba en sus brazos. Cuarta Hermana llevaba al

pequeño mocososo de Sima. De Octava Hermana se encargaba Quinta

Hermana, y Sexta Hermana y Séptima Hermana iban caminando solas.

Tras rebuscar un rato en el basurero de la ciudad, encontramos unas

verduras podridas para comer, y después, armados de valor, nos dirigimos

a la sección de comercio con seres humanos, donde Madre les colgó unas

etiquetas de paja a mis hermanas quinta, sexta y séptima del cuello, y

después esperó a que llegara un comprador.

Una fila de sencillas cabañas de madera con paredes blancas y feas se

desplegaba ante nosotros. Las chimeneas de hojalata que se levantaban por

encima de las paredes vomitaban un humo negro en el aire, que las

corrientes de viento traían hasta donde estábamos nosotros, cambiando de

forma por el camino. De vez en cuando unas prostitutas, con el pelo

revuelto y caído en línea recta hacia abajo, con unos amplios escotes, los

labios pintados de un rojo brillante y los ojos somnolientos, salían de las

cabañas, algunas llevando palanganas y otras cubos. Se dirigían a un pozo cercano en busca de agua. De la boca del pozo salía vapor. Cuando tiraban de la polea con sus manos blancas y poco habituadas a trabajar, la cuerda hacía un sonido vibrante y nasal. En el momento en el que el cubo, demasiado grande, aparecía en la boca del pozo, empujaban con un pie para poder fijar un anillo en su gancho, inmovilizar el cubo y arrastrarlo delicadamente hasta el borde, donde se había formado una fina capa de hielo, con unas burbujitas redondas que parecían rollitos hechos al vapor, o pezones. Las chicas volvían corriendo a sus cabañas con el agua, volvían corriendo a buscar más, y sus zuecos de madera golpeaban ruidosamente el suelo mientras sus pechos helados y parcialmente expuestos emanaban un olor semejante al del azufre. Intenté mirar por encima del hombro de Madre, pero lo único que conseguí ver fueron sus pechos en danza, como flores de opio o valles de mariposas. Estábamos en una calle ancha, frente a una pared muy alta que lograba detener el viento del Noroeste y nos proporcionaba un poco de calor. A ambos lados había más gente como nosotros protegiéndose, gente raquítica

y con aspecto de tener ictericia, temblando, pasando hambre y frío.

Hombres y mujeres. Madres e hijos. Los hombres estaban bien entrados en

años y tenían tantas arrugas como la madera cuando se pudre. Aquellos que

no estaban ciegos —y muchos de ellos lo estaban— tenían los ojos rojos,

hinchados y supurantes. En el suelo, a su lado, había un niño de pie o

acurrucado. Chicos y chicas. En realidad, era imposible distinguir los

chicos de las chicas, ya que todos tenían pinta de haber salido de una de las

chimeneas que había al otro lado de la calle. Hollín humano. Todos tenían

etiquetas pegadas al cuello, la mayoría de ellas hechas con cañas de arroz;

aún se veían las hojas secas y amarillentas. No se podía evitar pensar en el

otoño, en caballos y en la reconfortante fragancia y en los alegres sonidos

que emitían al mascar caña de arroz en medio de la noche. Algunos, menos

exigentes, empleaban unas pajas que habían arrancado en cualquier parte.

La mayor parte de las mujeres estaban rodeadas de un montón de niños,

como Madre, aunque ninguna tenía tantos como ella. En algunos casos,

todos los niños tenían etiquetas pegadas en el cuello; en otros, sólo

algunos. Lo diré otra vez: se trataba casi siempre de etiquetas hechas con
caña de arroz, con hojas secas y amarillentas que emanaban la fragancia de
la hierba recién cortada y el espíritu del otoño. Por encima de los niños con
sus etiquetas se veían las pesadas y somnolientas cabezas de los caballos,
los burros y las mulas, con los ojos tan grandes como platillos de bronce,
los dientes rectos y blancos y los labios gruesos, sensuales y rodeados de
duros pelos, moviéndose de un lado para otro.
Alrededor del mediodía, un carro tirado por un caballo llegó desde el
Sudeste por la carretera oficial. El caballo, grande y blanco, avanzaba con
la cabeza bien alta y la frente cubierta por sus crines de hilos de plata.
Tenía los ojos bondadosos, una mancha rosa que le recorría la nariz y los
labios morados. Un lazo de terciopelo rojo le colgaba del cuello, y ahí tenía
atada una campana de bronce. La campana iba tañendo con un sonido
penetrante mientras el caballo traía el carro hacia nosotros, balanceándose
de un lado a otro. Vimos que sobre el caballo había una gran montura, y
que las varas del carro tenían unos remaches de cobre. Las ruedas estaban
decoradas con unos radios blancos. El dosel estaba hecho de un material

blanco que había sido tratado con muchas manos de aceite de árbol de tung

para protegerlo de los elementos. Nunca antes habíamos visto un carro tan

lujoso, y estábamos seguros de que el pasajero que iba montado en él sería

mucho más noble que la mujer que había ido a ver al hada-pájaro en su

Chevrolet, así como no teníamos ninguna duda de que el hombre que iba

sentado en la parte delantera, con un sombrero de copa y un bigote con las

puntas hacia arriba, no era un conductor común y corriente. Su rostro

estaba aseado y dos luces brillantes surgían de sus ojos. Era más reservado

que Sha Yueliang, más sombrío que Sima Ku, y tal vez solamente Hombre-

Pájaro Han podría haberlo igualado, en el caso de que dispusiera de su

vestuario y de su sombrero.

El carro se detuvo lentamente y el hermoso caballo blanco empezó a

golpear el suelo con sus cascos, acompañando rítmicamente a la campana

de bronce. El conductor corrió una cortina y apareció la persona que iba

dentro. Era una mujer con un abrigo de piel de marta violeta y una estola

de zorro rojo alrededor del cuello. Deseé con todas mis fuerzas que fuera

mi hermana mayor, Laidi, pero no era. Era una extranjera. Tenía la nariz

alta, los ojos azules y una cabellera dorada. ¿Qué edad tendría? Me temo

que sólo sus padres lo sabían. Después de que se bajara del carro, la siguió

un niño pequeño de pelo negro, espectacularmente guapo, que llevaba un

uniforme escolar azul y un abrigo de lana del mismo color. Todo en él

decía que era el hijo de la extranjera, todo salvo su aspecto, que no se

parecía en nada al de ella.

La gente que estaba en la zona se arremolinó a su alrededor, como una

banda de ladrones, pero se detuvieron tímidamente antes de llegar a ella.

«Señora, honorable dama, por favor, cómpreme a mi nieta».

«Señora,

elegante dama, mire a este hijo mío. Es más sufrido que un perro, no hay

ningún trabajo que no sea capaz de hacer...». Hombres y mujeres

intentaban, con humildad, venderle sus hijos e hijas a la extranjera.

Solamente Madre se quedó donde estaba, hipnotizada por la visión del

abrigo de marta violeta y la estola de zorro rojo. No había ninguna duda de

que echaba de menos a Laidi. Tenía a la hija de Laidi en brazos, y su

corazón se aceleró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

La aristócrata extranjera se tapó la boca con un pañuelo y dio una

vuelta por el mercado de seres humanos. Su fuerte perfume nos hizo

estornudar al pequeño bastardo de Sima y a mí. Se arrodilló frente a un

anciano ciego y le echó un vistazo a su nieta. Asustada por la estola de

zorro rojo que envolvía el cuello de la extranjera, la niña abrazó las piernas

de su abuelo y se escondió detrás de él, mirándome fijamente con los ojos

llenos de terror. El anciano ciego olfateó el aire y, al darse cuenta de que se

le había acercado una aristócrata, estiró la mano.

—Señora —le dijo—, por favor, salve a esta criatura. Si se queda

conmigo, morirá de hambre. Señora, no tengo ni un céntimo...

La mujer se levantó y le dijo algo casi susurrando al chico del uniforme escolar, que se volvió hacia el anciano ciego y le preguntó en voz

alta:

—¿Qué relación tiene con esta niña?

—Soy su abuelo, un abuelo inútil, un abuelo que merece la muerte...

—¿Y sus padres? —preguntó el chico.

—Han muerto de hambre, todos han muerto de hambre. Los que

debían morir no lo hicieron, y murieron los que no tenían que morir. Señor,

tenga piedad y llévesela con usted. No quiero que me den ni un céntimo,

con tal de que le den a la niña la oportunidad de vivir...

El chico se volvió y le murmuró algo a la extranjera, que asintió con la cabeza. El chico se agachó e intentó apartar a la niña de su abuelo, pero cuando le tocó el hombro con la mano, ella lo mordió en la muñeca. El chico chilló y dio un salto hacia atrás. Encogiéndose de hombros exageradamente, la mujer se quitó el pañuelo de la boca y lo usó para envolverle la muñeca al chico.

Con una sensación que tal vez fuera de terror o tal vez de deleite, esperamos durante un tiempo que se nos hizo eterno. Al fin, la mujer de las ricas joyas y el fuerte perfume y el jovenzuelo con la muñeca herida vinieron y se detuvieron justo delante de nosotros. Mientras tanto, a nuestra derecha, el anciano ciego sacudía de un lado al otro su bastón de bambú, intentando pegarle a la niña que había mordido al chico, pero ella se apartaba siempre, como si estuvieran jugando al escondite, por lo que él sólo lograba golpear el suelo y la pared. «¡Pequeña malcriada del infierno!», suspiró el anciano. Yo aspiré ávidamente el perfume de la extranjera. Entre el aroma a acacia blanca, detecté un rastro de pétalos de rosa, y entre ese otro aroma, detecté el perfume sutil de capullos de

crisantemo. Pero lo que me embriagó completamente fue el olor de sus

pechos, incluso a pesar del ligero pero desagradable olor a cordero que

emanaban. Desplegué al máximo las aletas de mi nariz y aspiré

profundamente. Ahora que el pañuelo con el que se había cubierto la boca

se estaba usando para otra cosa, en otro lugar, su boca había quedado

expuesta a la vista. Era una boca grande, una boca como la de Shangguan

Laidi, con unos labios gruesos como los de Shangguan Laidi. Esos gruesos

labios estaban cubiertos con una pintura roja y brillante. Debido a lo

elevado que estaba su puente, su nariz se parecía de alguna manera a las

narices de las chicas Shangguan, pero también había diferencias entre

ellas: las puntas de las narices de las chicas Shangguan eran como

pequeños dientes de ajo, cosa que hacía que parecieran un poco alocadas y

monas al mismo tiempo, pero la nariz de la extranjera era ligeramente

ganchuda, lo cual le daba a su aspecto un toque de depredadora. Su corta

frente se arrugaba profundamente cada vez que ella miraba algo con

disgusto. Yo sabía que los ojos de todo el mundo estaban clavados en ella,

pero puedo decir con orgullo que nadie la observó tan
meticulosamente

como la observé yo. Y nadie podía imaginarse lo grande que
fue mi

recompensa. Mi mirada atravesó su grueso corpiño de cuero y
pude

contemplar sus pechos, que eran más o menos del mismo
tamaño que los

de Madre. Eran tan encantadores que estuve a punto de
olvidarme del frío y

del hambre que tenía.

—¿Por qué quieres vender a tus hijos? —preguntó el
jovenzuelo,

levantando su mano vendada para señalar a mis hermanas.

Madre no le contestó. ¿Es que una pregunta tan estúpida como
esa

merecía una respuesta? El jovenzuelo se dio la vuelta y le
murmuró algo a

la mujer extranjera, que se había fijado en el abrigo de piel de
marta

violeta en el que estaba envuelta la hija de Laidi, que dormía
en brazos de

Madre. Estiró el brazo y acarició la tela. Entonces vio la
mirada de la

bebita, una mirada parecida a la de una pantera, perezosamente
siniestra, y

tuvo que darse la vuelta.

Yo tenía la esperanza de que Madre le daría la hija de Laidi a
la

extranjera. No hacía falta que nos pagara nada, e incluso le
regalaríamos el

abrigo de piel de marta violeta. Esa bebita me daba asco. Se
tomaba una

ración de leche que me correspondía a mí, a pesar de que no se la merecía.

Ni siquiera mi hermana gemela, Shangguan Yunü, se la merecía. ¿Quién le

había concedido ese derecho? ¿Qué pasaba con Laidi, qué problema había

con sus pechos?

La mujer extranjera miró a todas mis hermanas, una tras otra, por

turnos, comenzando por Quinta Hermana y Sexta Hermana, que tenían unas

etiquetas pegadas en el cuello de sus camisas. Después se fijó en Cuarta

Hermana, Séptima Hermana y Octava Hermana, que no tenían etiquetas.

Casi ni vieron al pequeño bastardo de Sima, pero ciertamente se

interesaron por mí. Yo me imaginé que mi principal atractivo era la mata

de pelusa amarilla que me cubría la cabeza. La forma en que examinaron a

mis hermanas fue muy llamativa. Aquí está la serie de órdenes que el

jovenzuelo les dio a mis hermanas: Baja la cabeza. Agáchate. Da una

patada hacia adelante. Levanta los brazos. Ahora muévelos hacia adelante

y hacia atrás. Ábrelos mucho, y ahora di: «Ah, ah». A ver cómo suena tu

risa. Da unos cuantos pasos. Ahora corre. Mis hermanas hicieron todo lo

que él les dijo que hicieran, y mientras tanto la extranjera las miraba,

asintiendo y negando alternativamente con la cabeza. Al final, señaló a

Séptima Hermana y le dijo algo en voz baja al jovenzuelo.

El jovenzuelo le dijo a Madre, mientras señalaba a la mujer extranjera, que era la Condesa Rostov, una filántropa que deseaba adoptar

y criar a una guapa niña china. Se ha decidido por esta hija suya. La suya es

una familia muy afortunada.

Madre estuvo a punto de ponerse a llorar. Le pasó la hija de Laidi a

Cuarta Hermana para poder, con los brazos libres, abrazar a Séptima

Hermana.

—Qiudi, hija mía, la suerte te sonríe...

Sus lágrimas cayeron sobre la cabeza de Séptima Hermana, que dijo,

entre sollozos:

—No quiero ir, Madre. Tiene un olor muy raro...

—Pero pequeña tontita —le dijo Madre—, ese es un olor maravilloso.

—Bueno, valiosa hermana —interrumpió el jovenzuelo con impaciencia—, ahora tenemos que fijar una cifra.

—Señor —le dijo Madre—, ya que se la vamos a dar a esta dama para

que la críe, es como si mi hija hubiera sido bendecida por el destino. No

quiero nada de dinero... solamente espero que se ocupen bien de ella.

El jovenzuelo le tradujo esto a la mujer extranjera. Entonces, en un

chino torpe, ella dijo:

—No, tengo que pagarle.

—Señor, ¿puede preguntarle a la dama si podría llevarse a otra, así

tendrá una hermana a su lado? —dijo Madre.

Nuevamente, él tradujo para la extranjera. Pero la Condesa Rostov

negó firmemente con la cabeza.

El jovenzuelo le puso como una docena de billetes rosas a Madre en la

mano y le hizo una señal al conductor, que esperaba de pie, junto al carro.

El hombre llegó corriendo y le hizo una reverencia al jovenzuelo.

El conductor cogió a Séptima Hermana y la llevó al carro. Fue entonces cuando ella empezó a llorar, estirando hacia nosotros sus brazos

delgados como lápices. Sus hermanas se unieron a ella en el llanto, e

incluso el pequeño y desgraciado niño de Sima abrió la boca y chilló,

haciendo *uaaa*, y después guardó silencio brevemente antes de hacer otra

vez *uaaa* y volver a quedarse callado. El conductor depositó a Séptima

Hermana en el interior del carro. La mujer extranjera los siguió. Cuando el

jovenzuelo estaba a punto de montar, Madre corrió hacia él, lo agarró del

brazo y le preguntó con ansiedad:

—Señor, ¿dónde vive la dama?

—En Harbin —contestó él fríamente.

El carro se incorporó a la calle y desapareció rápidamente
detrás de

los bosques. Pero los gritos de Séptima Hermana, el *ding-dong*
de la

campana del caballo y los fragantes pechos de la mujer se me
quedaron

muy vivos en la memoria.

Con aquellos pocos billetes rosas en la mano, Madre se quedó
de pie,

quieta como una estatua, una estatua de la que yo formaba
parte.

Esa noche, en lugar de dormir a la intemperie, cogimos una
habitación

en una posada. Madre le dijo a Cuarta Hermana que saliera y
comprara

diez pasteles de sésamo, pero en su lugar volvió con cuarenta
rollitos

hervidos, todavía humeantes, y un gran paquete de cerdo
estofado.

—Pequeña Cuatro —le dijo Madre muy enfadada—, habíamos
ganado

ese dinero vendiendo a tu hermana.

—Madre —le contestó Cuarta Hermana a través de las
lágrimas—,

mis hermanas se merecen al menos una comida decente, y tú
también.

—Xiangdi —dijo Madre, también llorosa—, ¿cómo voy a
comerme

esos rollos y esa carne?

—Si no lo haces —le dijo Cuarta Hermana—, piensa en las
consecuencias que eso tendrá para Jintong.

Madre cayó enferma.

Tenía el cuerpo tan caliente como un trozo de metal arrancado de un

cubo para enfriar los metales candentes, y emanaba el mismo desagradable

olor a vapor. Nos sentamos a su alrededor a mirarla, con los ojos como

platos. Los de Madre estaban cerrados y tenía los labios llenos de

ampollas; de su boca surgían todo tipo de palabras atemorizadoras. Iba de

los gritos más fuertes a los susurros más suaves, y pasaba de un tono alegre

a uno trágico. Dios, la Sagrada Madre, ángeles, demonios, Shangguan

Shouxi, el Pastor Malory, Tercer Maestro Fan, Yu el Cuarto, la Tía Abuela,

el Tío Segundo, el Abuelo, la Abuela... duendecillos chinos y deidades

extranjeras, gente viva y gente muerta, relatos que conocíamos y relatos

que no, todo brotaba sin cesar de la boca de Madre, todo se agitaba, se

reunía, actuaba y se transformaba ante nuestros ojos. Para comprender los

afligidos discursos de Madre hacía falta comprender todo el universo; para

poder memorizar los afligidos discursos de Madre hacía falta conocer toda

la historia del Concejo de Gaomi del Noreste.

El posadero, que tenía una grave enfermedad en la piel y el rostro

lleno de lunares, se alarmó por los gritos de Madre y, presa del pánico,

arrastró su cuerpo flácido hasta nuestra habitación. Le puso la mano en la

frente a Madre y la apartó rápidamente, diciendo con ansiedad:

—¡Pedid que venga un médico ahora mismo o se os muere!

Le preguntó a Cuarta Hermana:

—¿Tú eres la mayor?

Ella asintió.

—¿Por qué no has llamado a un médico? ¿Por qué no dices nada,

niña?

Cuarta Hermana rompió a llorar. Postrándose de rodillas frente al

posadero, dijo:

—Te lo ruego, tío, salva a nuestra madre.

—Niña —dijo el posadero—, deja que te pregunte cuánto dinero os

queda.

Cuarta Hermana sacó los billetes que le quedaban a Madre en el

bolsillo y se los ofreció al posadero.

—Aquí tienes, tío, este es el dinero que conseguimos vendiendo a

nuestra séptima hermana.

Cuando el dinero obtenido por Séptima Hermana hubo desaparecido,

Madre abrió los ojos.

—¡Madre ha abierto los ojos, Madre ha abierto los ojos! —gritamos

alegremente con los ojos llenos de lágrimas.

Madre levantó una mano y nos acarició las mejillas, uno por uno.

«Madre... Madre... Madre... Madre... Madre...» dijimos.

—Abuelita, abuelita —dijo tartamudeando el desgraciado heredero de

los Sima.

—¿Y ella? —dijo Madre, señalándola.

Cuarta Hermana la cogió, envuelta en su abrigo de piel de marta

violeta, y la sujetó en el aire para que Madre la acariciara. En cuanto la

tocó, Madre cerró los ojos, mientras dos lágrimas rodaban por su cara.

Al oír los ruidos de la habitación, el posadero entró poniendo mala

cara y le dijo a Cuarta Hermana:

—No quiero parecer cruel, niña, pero yo también tengo mis cargas

familiares, y lo que me debéis por el alquiler de la habitación durante estas

dos semanas, y por la comida, y por las velas y el aceite...

—Tío —le dijo Cuarta Hermana—, tú eres el gran benefactor de esta

familia. Te pagaremos todo lo que te debemos, pero por favor, no nos

eches ahora. Nuestra madre está enferma...

La mañana del 18 de febrero de 1941, Xiangdi le dio un paquete lleno

de dinero a Madre, que se acababa de recuperar de su enfermedad.

—Madre —le dijo—, ya le he pagado al posadero. Esto es para ti.

—Xiangdi —le preguntó Madre nerviosamente—, ¿de dónde has

sacado este dinero?

Cuarta Hermana se rio tristemente.

—Madre, llévate a mi hermano y a mis hermanas de aquí. Este no es

nuestro hogar...

Madre palideció y agarró a Cuarta Hermana de la mano.

—Xiangdi, dímelo...

—Madre —dijo Xiangdi—, me he vendido... Conseguí un buen

precio, gracias al posadero, que me ayudó a regatear...

La mujer que regentaba el prostíbulo le había hecho a Cuarta Hermana

un examen como el que se le haría a una cabeza de ganado.

—Demasiado delgada —había dicho.

—Señora dueña —le había dicho el posadero—, con un saco de arroz

solucionará eso.

La mujer entonces le había mostrado dos dedos.

—Doscientos, y que quede claro que estoy siendo muy generosa.

—Señora dueña, la madre de esta niña está enferma, y tiene muchas

hermanas. Por favor, déle un poco más...

—Ah —había dicho la señora—, es difícil hacer el bien en estos

tiempos. —Pero el posadero había insistido, y Cuarta Hermana se había

puesto de rodillas—. De acuerdo —había dicho la señora—. Tengo el

corazón demasiado blando. Les daré otros veinte. Esa es mi máxima oferta.

La noticia afectó de una forma terrible a Madre, que cayó lentamente

al suelo.

Entonces oímos la áspera voz de una mujer fuera de la habitación.

—Vámonos, niña. No tengo todo el tiempo del mundo.

Cuarta Hermana se arrodilló y se prosternó ante Madre. Tras ponerse

nuevamente de pie, le acarició la cabeza a Quinta Hermana, le dio unas

palmaditas en la cara a Sexta Hermana, le hizo un mimo en la oreja a

Octava Hermana y me dio a toda prisa un beso en la mejilla. Después me

agarró por los hombros y me sacudió. Su rostro emocionado parecía un

capullo de cerezo en medio de una tormenta de nieve.

—Jintong, mi Jintong —dijo—. Crece rápido y crece bien. ¡Ahora la

familia Shangguan está en tus manos!

Entonces miró a su alrededor, por toda la habitación, y unos sollozos

brotaron de su garganta. Se tapó la boca, como si tuviera la necesidad de

salir corriendo a vomitar, y desapareció de nuestra vista.

VII

Llegamos a casa pensando que nos encontraríamos a Lingdi y a Shangguan

Lü muertas, pero nos habíamos equivocado completamente. En el patio

estaba sucediendo toda clase de cosas. Dos hombres con la cabeza recién

afeitada estaban sentados contra la pared de la casa, dedicados a la tarea de

coser unas telas. Eran unos magos de la aguja y el hilo. Otros dos hombres,

que estaban sentados muy cerca de ellos y que también se habían afeitado

la cabeza hacía poco, estaban tan enfrascados en sus actividades como los

dos primeros, limpiando los rifles negros que tenían en la mano. Había

otros dos hombres bajo el árbol de parasol. Uno estaba de pie y sujetaba

una brillante bayoneta, y el otro estaba sentado en un banco, con la cabeza

gacha y una tela blanca alrededor de su cuello; se veían unas burbujas

blancas de jabón sobre su cabeza empapada en agua. El hombre que estaba

de pie flexionaba de vez en cuando las rodillas y le sacaba brillo a la

bayoneta frotándola contra sus pantalones. Después cogió la cabeza

húmeda y enjabonada del otro hombre con la mano que le quedaba libre y

apuntó hacia ella con la bayoneta, como si estuviera buscando el punto más

apropiado para clavársela. Apoyó la cuchilla contra el cráneo, cosa que

hizo que unas burbujas de jabón saltaran a derecha y a izquierda, se colocó

con la espalda en posición casi horizontal y movió la cuchilla de un lado

para otro, afeitando el pelo enjabonado y dejando a su paso superficies de

piel pálida. Había otro hombre más, de pie en el lugar en el que una vez

habíamos almacenado cacahuetes. Tenía en la mano un hacha con un

mango larguísimo y las piernas completamente abiertas, y estaba frente a

las nudosas raíces de un viejo olmo. Había un montón de leña a su espalda.

Levantó el hacha por encima de su cabeza, dejándola quieta en el aire

durante un momento, en que la luz del sol refulgió en la hoja, y después la

dejó caer con fuerza, soltando un gruñido mientras la hoja entraba en las

nudosas raíces del árbol. Después, con un pie apoyado contra las raíces,

agitó el mango hacia adelante y hacia atrás para liberar la hoja. Dio un par

de pasos hacia atrás, recuperó su posición inicial, se escupió en las manos

y volvió a levantar el hacha por encima de su cabeza. Las nudosas raíces

del olmo crujieron y se abrieron en dos con un fuerte ruido; uno de los

trozos salió volando por el aire, como si hubiera habido una explosión, y

golpeó en el pecho a Quinta Hermana, Shangguan Pandi, que soltó un

chillido. Todos los hombres, los que estaban cosiendo y los que estaban

limpiando los rifles, levantaron la mirada. El hombre que estaba afeitando

a otro y el que estaba cortando leña se dieron la vuelta para mirar. El que

estaba siendo afeitado intentó levantar la cabeza, pero el que tenía la

bayoneta lo empujó inmediatamente hacia abajo de nuevo.

—No te muevas —le dijo.

—Han venido unos mendigos —exclamó el hombre que estaba

cortando leña—. Viejo Zhang, han venido unos mendigos.

Un hombre vestido con un delantal blanco y una gorra gris, que tenía

la cara completamente surcada por profundas arrugas, salió por la puerta

de nuestra casa, casi haciendo una reverencia. Se había arremangado, y se

veían sus dos brazos totalmente cubiertos de harina.

—Hermana mayor —dijo el hombre con un tono de voz amistoso—,

ve a probar en otra parte. Somos soldados y tenemos la comida racionada,

por lo que no nos sobra nada para daros.

—¡Esta es mi casa! —le contestó Madre con frialdad.

Todos los que estaban en el patio dejaron inmediatamente de hacer lo

que estaban haciendo. El hombre con la cabeza enjabonada se puso de pie

de un salto, se limpió la suciedad de la cara con la manga y nos dio la

bienvenida con unos fuertes gruñidos. Era el mudo de la familia Sol.

Corrió hacia nosotros, gruñendo y agitando los brazos para explicarnos
todas esas cosas que no podíamos entender. Lo miramos a la cara, que era
más bien basta, y en las nuestras se dibujó una expresión de sorpresa
mientras un montón de pensamientos confusos comenzaban a tomar forma
en nuestras mentes. Los ojos apagados y amarillentos del mudo empezaron
a girar en sus órbitas mientras le temblaban las mejillas regordetas.
Dándose media vuelta, corrió a la habitación lateral de la casa y volvió a
salir con el gran cuenco de cerámica desconchado y el rollo de pergamino
con el dibujo de un pájaro, sujetándolos frente a nosotros mientras se le
acercaba el hombre de la bayoneta. Le dio unas palmaditas en el hombro y
le preguntó:
—¿Conoces a esta gente, Sol Callado?
El mudo dejó el cuenco en el suelo, cogió un trozo de leña, se puso de
cuclillas y escribió en la arena una frase con unas letras enormes y
deformadas: ES MI SUEGRA.
—Así que la señora de la casa ha regresado —dijo cálidamente el
hombre que afeitaba al mudo.
—Somos el Quinto Escuadrón del Batallón para la Destrucción del

Ferrocarril. Yo soy el jefe del escuadrón. Mi nombre es Wang.
Por favor,

acepte mis disculpas por ocupar su casa. Nuestro comisario
político le ha

puesto a su yerno un nuevo nombre: Sol Callado. Es un buen
soldado,

bravo, valiente, un modelo para todos nosotros. Nos iremos de
su casa

ahora mismo, señora. Viejo Lu, Pequeño Du, Gran Buey Zhao,
Sol Callado,

Pequeño Qin Séptimo, entrad y quitad vuestras cosas del *kang*
para que la

señora se pueda instalar en su casa.

Los soldados dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron
al

interior. Volvieron al cabo de unos minutos con sus colchones
y sábanas.

Tenían las piernas cubiertas por polainas, y llevaban zapatos
de algodón

con la suela almohadillada. Se habían colgado sus rifles de los
hombros y

las granadas se arracimaban alrededor de sus cuellos. Se
alinearon en

formación en el patio.

—Señora —le dijo a Madre el jefe del escuadrón—, ahora ya
puede

entrar. Mis hombres se quedarán aquí fuera mientras informo
al comisario

político.

El escuadrón de soldados, incluido el hombre que ahora se
llamaba

Sol Callado, se quedó quieto y de pie, prestando atención,
como una hilera

de pinos.

El jefe del escuadrón salió corriendo con el rifle en la mano y nosotros entramos en la casa, donde dos ollas de bambú y cañas estaban

colocadas sobre la cocina, donde ardían unos troncos de madera que las

calentaban lentamente. Sentimos el olor de los rollitos hervidos. El anciano

cocinero le sonrió a Madre, como pidiéndole disculpas, mientras echaba

más leña a la cocina.

—Le pido perdón por haber hecho cambios en su cocina sin haberle

pedido permiso antes. —Entonces señaló a una profunda ranura que había

bajo la cocina y le dijo—: Esa ranura es mejor que diez fuelles.

Las llamas estaban tan calientes que parecía que la base de la olla

estaba casi a punto de derretirse. Lingdi, con las mejillas encendidas y

sonrojadas, estaba sentada en el umbral de la puerta, con los ojos

entrecerrados, mirando el vapor que salía de las fisuras de las ollas que

formaba espirales, volando por encima de la cocina, hasta formar capas en

el aire.

—¡Lingdi! —gritó Madre, por probar.

—¡Hermana, Tercera Hermana! —gritaron Quinta Hermana y Sexta

Hermana.

Lingdi nos echó una mirada indiferente, como si fuéramos desconocidos o como si nunca nos hubiéramos marchado.

Madre nos llevó por todas las habitaciones, que estaban limpias y

ordenadas, sintiéndose cada vez más rara. Iba como pisando huevos.

Decidió volver a salir.

El mudo nos hizo un gesto desde donde estaba, en formación. El

pequeño heredero de los Sima, demasiado pequeño para tener miedo, se

acercó a tocar las prietas polainas de los soldados.

El jefe del escuadrón volvió con un hombre de mediana edad que

llevaba gafas.

—Señora, este es el Comisario Jiang.

El Comisario Jiang era un hombre con la cara pálida y el bigote bien

afeitado. Llevaba un ancho cinturón de cuero y guardaba una pluma
estilográfica en el bolsillo de su camisa. Después de saludarnos
educadamente, sacó un puñado de objetos de todos los colores de una
pequeña bolsa de cuero que le colgaba de la cadera.
—Aquí tengo unas golosinas para sus pequeños —dijo, y se puso a
repartir los caramelos equitativamente entre todos nosotros; incluso la
bebita envuelta en el abrigo de piel de marta violeta recibió dos caramelos,
que Madre aceptó en su nombre. Aquella fue la primera vez que saboreé un
caramelo—. Señora —dijo el Comisario Jiang—, espero que usted acepte
alojar a este escuadrón en las habitaciones laterales de su casa.
Madre asintió, medio paralizada.
Él tiró del puño de su camisa para mirar el reloj.
—Viejo Zhang —gritó—, ¿ya están listos esos rollitos hervidos?
—Casi a punto —contestó Viejo Zhang, asomándose al exterior
rápidamente.
—Dales de comer a los niños primero —dijo el comisario—. Le diré
al intendente que mande más raciones para los soldados.
Viejo Zhang prometió que lo haría.
Entonces el comisario le dijo a Madre:
—Señora, a nuestro comandante le gustaría conocerla. ¿Me

acompaña?

Madre estaba a punto de darle la bebida a Quinta Hermana cuando el

comisario le dijo:

—No, tráigala a ella también.

Seguimos al comisario —en realidad, Madre fue quien lo siguió; yo

iba sobre su espalda y la bebida en sus brazos— hasta la calle, y fuimos tras

él todo el camino hasta la puerta de la Casa Solariega de la Felicidad,

donde dos centinelas armados nos saludaron juntando los talones,

manteniendo el rifle en posición vertical en la mano izquierda y cruzando

la mano derecha hasta tocar las brillantes bayonetas.

Recorrimos pasillo

tras pasillo hasta que llegamos a una gran sala, donde dos cuencos llenos

de comida humeante esperaban sobre una mesa rectangular de color

morado. En uno había faisán cocido y en el otro conejo cocido. También

había una cesta con rollitos hervidos, tan blancos que eran casi azules. Un

hombre con barba se acercó sonriendo.

—Bienvenidos —dijo—, bienvenidos.

—Señora —dijo el comisario—, este es el Comandante Lu.

—Por lo visto, tenemos el mismo apellido —dijo el comandante—.

Fuimos miembros de una misma familia, hace mucho tiempo.

—¿De qué nos acusan, Comandante? —preguntó Madre.

El comandante se quedó momentáneamente sorprendido, pero después

soltó una carcajada y dijo:

—¿De dónde ha sacado esa idea, señora? No le he pedido que venga

porque haya hecho nada malo. Hace diez años, su yerno, Sha Yueliang, y

yo éramos amigos íntimos, así que cuando me enteré de que usted había

vuelto, ordené que trajeran comida y vino para darle la bienvenida.

—Ese no es mi yerno —dijo Madre.

—No hay ninguna necesidad de ocultarlo, señora —dijo el comisario

—. ¿No es acaso la hija de Sha Yueliang esa que usted lleva en brazos?

—Esta es mi nieta.

—Primero comamos —dijo el Comandante Lu—. Usted debe estar

muriéndose de hambre.

—Comandante —le dijo Madre—. Nos vamos a casa.

—No se apresure —dijo el Comandante Lu—. Sha Yueliang me envió

una carta pidiéndome que cuidara a su hija. Él sabe lo dura que está siendo

la vida para usted. ¡Pequeña Tang!

Una soldado espectacularmente guapa entró corriendo en la habitación.

—Coge al bebé de la señora para que ella pueda sentarse a comer.

La soldado se acercó a Madre, le sonrió y cogió a la bebita.

—Esta no es la hija de Sha Yueliang —insistió Madre—. Es mi nieta.

Volvimos a recorrer los mismos pasillos, cruzamos la misma calle y

camínamos por los mismos callejones en el camino de vuelta a casa.

Durante los siguientes días, la joven y guapa soldado llamada Pequeña

Tang se encargó de proporcionarnos comida y ropa. La comida incluía

latas de galletas con forma de animales, leche en polvo en botellas de

cristal y jarritas de miel. La ropa consistía en piezas de tela de seda y de

satén, chaquetas almohadilladas y pantalones con bonitos adornos, e

incluso una gorra con orejeras de piel de conejo.

—Todo esto —nos dijo—, son regalos para ella, de parte del Comandante Lu y del Comisario Jiang. —Señaló a la bebita, que estaba en

brazos de Madre—. Por supuesto, el Pequeño Hermano también puede

comerse la comida —añadió, señalándome a mí.

Madre le echó una mirada sin interés a la soldado, la Señorita Tang,

que tenía unas mejillas rojas como manzanas y los ojos de color

albaricoque.

—Llévese esas cosas, Señorita Tang. Son demasiado buenas para

niños de familia pobre.

Entonces Madre me metió un pezón en la boca y metió el otro en la

boca de la bebita Sha. Ella succionó llena de felicidad; yo succioné lleno

de rabia. Me tocó la cabeza con la mano; yo le di una patada en el trasero,

cosa que la hizo llorar. También escuché los suaves y ligeros sollozos de

mi octava hermana, Shangguan Yunü, que tenía esa clase de llanto que

hasta al Sol y a la Luna les gusta oír.

La Señorita Tang dijo que el Comisario Jiang le había puesto un

nombre a la bebita.

—Es un intelectual, se ha graduado en la Universidad Chaoyang de

Beiping, es escritor y pintor y habla inglés con fluidez. Zahoua, Flor del

Dátil. ¿Qué le parece el nombre? Por favor, señora, mantenga en secreto

sus sospechas. El Comandante Lu hace esto solamente porque es bueno de

corazón. Si lo que quisiéramos fuera llevarnos a esta niña, sería tan fácil

como chasquear los dedos.

La Señorita Tang se sacó del bolsillo un biberón de cristal y le colocó

una tetina de goma. Después puso un poco de miel y la leche en polvo en

un cazo —entonces detecté el olor de la mujer extranjera que se había

llevado a Xiangdi, y supe que la leche en polvo provenía de una mujer

extranjera—, añadió agua caliente, lo removió todo y lo vertió en la

botella.

—No deje que su hijo y ella se peleen por su leche. La van a dejar

seca, antes o después. Permítame que le dé un biberón —dijo, y cogió a

Sha Zaohua.

Zaohua siguió con la boca aferrada al pezón de Madre, estirándolo

como si fuera uno de los tirachinas de Hombre-Pájaro Han. Cuando al fin

lo soltó, el pezón se retrajo lentamente, como una sanguijuela sobre la que

se ha echado agua hirviendo, que tarda un cierto tiempo en volver a la

normalidad. El dolor que yo sentí era por el pezón; el asco que sentí fue

por Sha Zaohua. Pero para entonces esa pequeña y asquerosa diablesa

estaba en brazos de la Señorita Tang, chupando frenética y alegremente esa

imitación de leche que había en esa imitación de un pecho. Yo no la

envidiaba en absoluto, ya que una vez más, los pechos de Madre eran

solamente para mí. Había pasado mucho tiempo desde que yo había podido

dormir tan bien. En mis sueños, yo succionaba hasta la embriaguez y el

éxtasis. ¡El sueño estaba lleno del aroma de la leche!

Tenía una deuda de gratitud con la Señorita Tang. Cuando terminó de

darle de comer a Zaohua, dejó el biberón en el suelo y abrió el abrigo de

piel de marta violeta, haciendo que se expandiera el rancio olor a zorro que

rodeaba a la bebita. Entonces me di cuenta de lo blanca que era la piel de

Zaohua. Nunca se me habría ocurrido que alguien con la cara morena

podiera tener la piel del resto del cuerpo tan blanca. La Señorita Tang

vistió a Zaohua con el abrigo almohadillado de satén y le puso la gorra de

piel de conejo, transformándola en una bebita hermosa. Tiró a un lado el

abrigo de piel de marta violeta, cogió a Zaohua en brazos y la levantó por

el aire. Zaohua se reía, feliz, mientras la Señorita Tang la tenía agarrada.

Sentí que Madre se ponía tensa mientras se preparaba para quitarle a

Zaohua. Pero la Señorita Tang se le acercó y se la devolvió.

—Esta bebita haría muy feliz al Comandante Sha, tía —le dijo.

—¿Al Comandante Sha?

—¿Es que no lo sabe? Su yerno es el comandante de la guarnición de

la Ciudad de Bohai —le dijo la Señorita Tang—, donde tiene una dotación

de más de trescientos hombres, y su propio Jeep americano.

La Señorita Tang sacó un peine de plástico rojo y peinó a Quinta

Hermana y Sexta Hermana. Mientras le peinaba el pelo a Sexta Hermana,

Quinta Hermana se quedó a su lado, mirándola, y su mirada era como un

peine que iba desde la cabeza de la Señorita Tang hasta sus pies, y después

volvía a subir a la cabeza. Más tarde, cuando la Señorita Tang la estaba

peinando a ella, a Quinta Hermana se le puso la piel de gallina en la cara y

en el cuello. Cuando terminó de peinar a las dos chicas, la Señorita Tang se

marchó.

—Madre —dijo Quinta Hermana—. Yo quiero ser soldado.

Dos días después, Pandi llevaba un uniforme gris del ejército. Su

principal ocupación era ayudar a la Señorita Tang a cambiar a Sha Zaohua

y a darle de comer.

Nuestras vidas dieron entonces un giro a mejor. Como decía una

canción de esa época:

*Pequeña niña, pequeña niña, se acabaron tus preocupaciones,
si no puedes encontrar a un jovenzuelo, prueba con un viejo.*

Mientras sigues a tus camaradas en el camino,

calabazas y cerdo estofado te esperan al sol,

y, todavía en el cazo, un rollito caliente y humeante...

Hubo bastantes calabacitas deliciosas y cerdo estofado y, desde luego,

rollitos calientes y humeantes. Pero los nabos y el pescado en salazón

mantuvieron su frecuente presencia en nuestra mesa, así como el pan de

maíz.

—El ajo nunca se estropea, aunque haya sequía, y los soldados nunca

mueren de hambre —dijo Madre soltando un suspiro—. El ejército se ha

convertido en nuestro benefactor. Si hubiera sabido que iba a suceder esto,

no habría vendido a mis hijas. Xiangdi, Qiudi, mis pobrecitas niñas...

Durante esa época, la calidad y la cantidad de la leche de Madre

fueron tan altas como en su mejor momento. Yo al fin salí de la pequeña

bolsa que había sido mi hogar y pude dar unos veinte pasos, y después

cincuenta, y después cien. Y, finalmente, ya no tuve que gatear más. Mi

lengua, también, empezó una nueva vida: aprendí a decir tacos como el que

más. Cuando el mudo de la familia Sol me apretó el pito, lo insulté muy

enfadado:

—¡Que te jodan!

Sexta Hermana se apuntó a unas clases de literatura que daban en la

iglesia. Cuando barrieron las deposiciones de los burros que una vez habían

estado alojados ahí, arreglaron los bancos y los volvieron a colocar en su

lugar. Los ángeles alados habían desaparecido; tal vez se hubieran ido

volando. El Cristo de madera de azufaifo también había desaparecido; tal

vez se hubiera ido al Cielo, o tal vez alguien lo hubiera robado y llevado a

casa para convertirlo en leña. En una pared había colgada una pizarra con

una fila de grandes caracteres blancos. La angelical Señorita Tang dio unos

golpecitos en la pizarra con su puntero.

Combatid a Japón. Combatid a Japón. Las mujeres daban el pecho a

los niños o remendaban la ropa, y el hilo de cáñamo silbaba mientras ellas

repetían lo que decía la Camarada Tang: Combatid a Japón. Combatid a

Japón.

Yo deambulaba entre las mujeres, y me quedaba ensimismado en

presencia de todos aquellos pechos. Quinta Hermana subió al escenario de

un salto y se dirigió a las mujeres que estaban sentadas por debajo de ella:

—Las masas son el agua, nuestros soldados hermanos son los peces,

¿de acuerdo? ¡De acuerdo! ¿Qué es lo que más temen los peces? ¿Qué es lo

que temen? ¿Temen a los anzuelos? ¿Temen a las águilas pescadoras? ¿A

las serpientes de agua? ¡No, lo que más temen son las redes! ¡Sí, eso es lo

que más temen, las redes! ¿Qué es lo que tenéis en la parte de atrás de la

cabeza? Eso es, rodetes. ¿Y qué es lo que hay cubriendo esos rodetes?

Redes. —De pronto, las mujeres comprendieron, y empezaron a

cuchichear, a susurrar, sonrojándose un instante, empalideciendo al

instante siguiente—. Cortad vuestros rodetes y quitaos esas redes. Proteged

al Comandante Lu y al Comisario Jiang, y proteged a su batallón de

demoliciones. ¿Quién será la primera en hacerlo?

Pandi levantó unas tijeras por encima de su cabeza y se puso a abrirlas

y cerrarlas, como si cortara el aire, convirtiéndolas en un cocodrilo

hambriento. La Señorita Tang dijo:

—Pensad, todas las mujeres que estáis sufriendo, tías, abuelas y

hermanas, que nosotras, las mujeres, hemos estado oprimidas durante tres

mil años. Pero ahora podemos ir con la cabeza bien alta. Hu Qinlian,

cuéntanos: ¿el borracho de tu marido, Nie Media Botella, todavía se atreve

a pegarte?

La joven interpelada, asustada, se levantó con un bebé entre los

brazos, paseó su mirada por las heroicas figuras de los soldados Tang y

Shangguan, y agachó la cabeza rápidamente.

—No —dijo.

La soldado Tang dio una palmada.

—¿Habéis oído? Mujeres, ni siquiera Nie Media Botella se atreve ya a

pegar a su esposa. Nuestra Sociedad para Proteger a las
Mujeres es un

hogar para las mujeres, un lugar dedicado a arreglar los males
cometidos

contra las mujeres. Mujeres, ¿de dónde ha salido esta nueva
vida de

igualdad y felicidad? ¿Ha caído del cielo? ¿Ha surgido de la
tierra? No. En

realidad procede de una única fuente: la llegada del batallón de
demoliciones. En la ciudad de Dalan, en el Concejo de Gaomi
del Noreste,

hemos construido una base, sólida como una roca, en una zona
que está

fuera del alcance de las tropas enemigas. Somos
autosuficientes, estamos

preparados para luchar, y vamos a mejorar la vida de la gente,
especialmente la de las mujeres. No más feudalismo, no más
supersticiones; tenemos que cortar las redes, y hacerlo no sólo
por el

batallón de demoliciones sino por nosotras mismas. ¡Mujeres,
cortad

vuestros rodetes, quitaos las redes y hagámonos todas
peinados tipo paje!

—¡Madre, tú primero! —dijo Pandi, y se acercó a Madre
abriendo y

cerrando las tijeras.

—Sí, la cabeza de la familia Shangguan debería cortarse el
pelo a lo

paje —dijeron al unísono unas cuantas mujeres—. Nosotras la
seguiremos.

—Madre, si lo haces tú primero, harás que tu hija se sienta
muy

orgullosa —dijo Quinta Hermana.

Madre se sonrojó de inmediato. Se inclinó y dijo:

—Adelante, Pandi, córtalo. Si pudiera ayudar al batallón de demoliciones, me cortaría dos dedos sin pensarlo ni un segundo.

La soldado Tang empezó a aplaudir y todas las mujeres la siguieron.

Quinta Hermana le soltó a Madre su negro cabello, que cayó cuello

abajo como si fuera una catarata o una glicina. La expresión en la cara de

Madre reflejó la que tenía en la suya la figura casi desnuda de la Madre

Sagrada, María, en la pared. Sombria, preocupada, tranquila y sumisa, pero

en cualquier caso anhelando sacrificarse. La iglesia donde me habían

bautizado todavía olía a antiguas deposiciones de burro pisoteadas. Los

recuerdos del Pastor Malory haciendo el ritual para mí y para Octava

Hermana flotaban por encima de la gran pila de madera. La Madre Sagrada

nunca se tapaba los pechos, pero los de mi madre estaban muy ocultos tras

una cortina.

—Adelante, Pandi, córtalo. ¿Qué es lo que estás esperando?

—dijo

Madre.

Así que las tijeras de Pandi se abrieron ampliamente y empezaron a

morder. *Clic, clic*. El pelo de Madre cayó al suelo. Ella levantó la cabeza.

Ahora tenía un peinado tipo paje; el pelo apenas le llegaba a los lóbulos de

las orejas y dejaba a la vista su gracioso cuello. Liberada de su pesada

carga, su cabeza ahora parecía joven y vivaz. Ya no tenía ese aspecto como

si estuviera sedada, sino una pinta un tanto traviesa. Sus movimientos eran

ágiles, como los del hada-pájaro. Tenía la cara de color rojo brillante. La

soldado Tang se sacó un pequeño espejo ovalado del bolsillo y lo sostuvo

en el aire para que Madre pudiera mirarse. Avergonzada, trató de esconder

la cabeza echándola a un lado. Lo mismo hizo la imagen del espejo.

Observando tímidamente al paje que la contemplaba, con la cabeza varias

tallas más pequeña que antes, miró rápidamente en otra dirección.

—¿No estás guapa? —le preguntó la Soldado Tang.

—Estoy espantosa... —dijo Madre, en voz muy baja.

—Ahora que la Tía Shangguan tiene un corte de pelo estilo paje, ¿a

qué estáis esperando todas las demás? —preguntó la Soldado Tang en voz

alta.

«Córtalo. Vamos, córtamelo. Cada vez que cambian las dinastías, los

cortes de pelo cambian. Córtamelo a mí. Es mi turno». *Clic, clic*. Grititos

de sorpresa, suspiros de arrepentimiento. Yo me agaché para recoger un
rizo. El pelo estaba tirado por todo el suelo: negro, marrón oscuro, grueso,
fino. El pelo más grueso era negro y áspero. El más fino era suave y
marrón oscuro. El de mi madre era el mejor. De él se podía sacar aceite
retorciéndolo por las puntas.
Esa fue una época feliz, mucho más llena de vida que aquella otra en
la que Sima Ku hizo añicos el puente. Los miembros del batallón de
demoliciones tenían un amplio abanico de talentos: algunos cantaban, otros
bailaban, y otros incluso tocaban instrumentos de música, desde la flauta
hasta el laúd, pasando por el arpa. Los frágiles muros de la ciudad estaban
cubiertos de pintadas escritas con cal. Cada amanecer, cuando salía el sol,
cuatro jóvenes soldados se subían a lo alto de la torre de vigilancia donde
solía estar Sima y ensayaban con el bugle. Al principio, sonaba como si
estuvieran llamando al ganado, pero antes de que pasara mucho tiempo ya
se parecía más a los chillidos de los cachorritos de perro. Al final, en
cualquier caso, las notas subían y bajaban, retorciéndose hacia aquí y hacia
allá, altas y bajas, y el resultado era una música que agradaba al oído. Los

jóvenes soldados sacaban pecho, estaban ahí de pie
manteniendo la cabeza

bien alta y el cuello un tanto rígido, con los mofletes inflados
tras los

bugles de color oro adornados con borlas rojas. De los cuatro
instrumentistas, el más guapo se llamaba Ma Tong. Tenía una
boca muy

delicada, hoyuelos en las mejillas y unas orejas grandes y
protuberantes.

Era alegre, estaba lleno de energía y siempre andaba haciendo
algo. Su

boca era dulce como la miel. Tenía una gran influencia sobre
más de veinte

mujeres de la aldea, sus madres adoptivas. Cada vez que lo
veían, sus

pechos temblaban, y sentían un fuerte deseo de meterle un
pezón en la

boca. En una ocasión, Ma Tong vino a nuestra casa para
transmitirle alguna

orden al jefe del escuadrón. Cuando llegó, yo estaba sentado
en cuclillas

debajo del granado, dedicado a mirar cómo las hormigas
subían por el

tronco. Sintiendo curiosidad por lo que yo estaba haciendo, se
puso de

cuclillas él también y empezó a mirar conmigo. Lo que se veía
lo atrapó

aún más que a mí, y demostró ser mucho más habilidoso que
yo a la hora

de matar hormigas. Incluso me enseñó a mearlas encima. Unas
orgullosas

flores de granado formaban un toldito por encima de nuestras
cabezas.

Estábamos en el cuarto mes lunar. Hacía bastante calor, el
cielo estaba azul
y las nubes eran blancas. Bandadas de golondrinas se mecían
en las
perezosas corrientes del viento del Sur.
Madre hizo una predicción: un hombre que en su juventud es
tan
guapo y vital como Ma Tong no está destinado a llegar a la
madurez. Dios
ya le ha concedido demasiado, ya ha bebido todo lo que ha
querido del
pozo de la vida, y no puede esperar llegar a viejo y tener
muchos hijos y
nietos. Su predicción se cumplió: una noche estrellada, los
gritos de un
joven rompieron el silencio. Comandante Lu, Comisario Jiang,
perdónenme, se lo ruego, sólo por esta vez... Soy el único
heredero de mi
familia, el único nieto de mis abuelos, el único hijo de mis
padres. Si me
matan, será el final de nuestro linaje. Madre Sol, Madre Li,
Madre Cui,
todas vosotras, madres adoptivas, venid a rescatarme... Madre
Cui, tú que
tienes una relación especial con el Comandante Lu, sálvame,
por favor...
Los lastimeros gritos de Ma Tong se fueron alejando de la
aldea, hasta que
un único y seco disparo trajo un silencio mortal. El joven
buglista con
aspecto angelical ya no existía. Ninguna de sus madres
adoptivas pudo
salvarlo. Su delito había sido robar balas para venderlas.

Al día siguiente, en la calle apareció un ataúd rojo. Un escuadrón de soldados lo colocó sobre un carro tirado por caballos. Estaba hecho de madera de ciprés de diez centímetros de grosor, sobre la que se habían dado nueve manos de barniz, y cubierto con nueve capas de tela. Podría estar diez años sumergido en agua sin que le entrara ni una gota. Las balas tampoco hubieran podido atravesar este ataúd, destinado a conservarse bajo tierra durante mil años. Era tan pesado que hicieron falta más de doce soldados para levantarlo cuando el jefe del escuadrón dio la orden.

Una vez el ataúd estuvo montado en el carro, la tensión que reinaba entre las tropas se hizo palpable. Los soldados se movían de un lado para otro, dando vueltas, con una expresión de nerviosismo en el rostro.

Entonces apareció un anciano con una barba blanca montado en un burro, que se acercó y desmontó al lado del carro. Dio unos golpes en el ataúd y comenzó a lamentarse. Tenía la cara bañada en lágrimas, y algunas de ellas goteaban desde la punta de su barba. Era el abuelo de Ma Tong, un hombre muy culto que en otro tiempo había sido oficial de la dinastía Manchú. El

Comandante Lu y el Comisario Jiang aparecieron y se quedaron junto al

anciano sin saber muy bien qué hacer. Cuando hubo llorado todo lo que

podía llorar, se dio la vuelta y observó a Lu y a Jiang.

—Anciano Señor Ma —dijo Jiang—, usted ha leído muchos libros y

tiene un buen criterio sobre lo que es el bien y sobre lo que es el mal.

Hemos castigado a Ma Tong con la más profunda pesadumbre.

—Con la más profunda pesadumbre —repitió Lu.

El anciano le escupió a Lu en la cara.

—Aquel que roba anzuelos es un ladrón. Pero el que roba una nación

es un noble. Combatid contra Japón, decís, combatid contra Japón, ¡pero

sólo os dedicáis al libertinaje y a la corrupción!

Con una voz sombría, el Comisario Jiang le dijo:

—Señor, nosotros somos una unidad antijaponesa que de verdad

siente orgullo por su estricta disciplina militar. Puede que haya soldados

que se dediquen al libertinaje y a la corrupción, pero nosotros no.

El anciano dio unos pasos alrededor del Comisario Jiang y del

Comandante Lu, soltó una fuerte risotada y se alejó, seguido por su burro,

que iba con la cabeza gacha. El carro que transportaba el ataúd se fue tras

el burro. Los gritos que el carretero le daba a su caballo eran como el

apagado canto de las cigarras.

El incidente de Ma Tong sacudió las bases del batallón de demoliciones, e hizo que desapareciera la falsa sensación de seguridad y alegría que había generado. El tiro que acabó con la vida de Ma Tong nos vino a decir que en tiempos de guerra, la vida humana no vale más que la vida de una hormiga. El incidente de Ma Tong, que, superficialmente, pareció ser una victoria de la disciplina y la justicia militares, tuvo un efecto particularmente negativo sobre algunos miembros del batallón de demoliciones. Durante los siguientes días hubo una racha de borracheras y peleas. Los del escuadrón que se habían instalado en nuestra casa empezaron a mostrar diversos signos de satisfacción. El jefe del escuadrón, Wang, dijo públicamente:

—¡Ma Tong fue un chivo expiatorio! ¿Qué cantidad de munición puede haber vendido un chico como él? Su abuelo era un alto oficial, y su familia posee miles de acres de ricas tierras de cultivo, y un montón de burros y caballos. Él no necesitaba ese dinerillo. Tal como yo lo veo, ese joven murió en manos de esas disolutas madres adoptivas que tenía. No es de extrañar que el anciano dijera: «Combatid contra Japón, decís, combatid

a Japón, ¡pero sólo os dedicáis al libertinaje y a la corrupción!»..

El jefe del escuadrón aireó sus protestas por la mañana. Esa misma

tarde, el Comisario Jiang se presentó en nuestra casa con dos guardias

militares.

—Wang Mugen —dijo Jiang, muy serio—, acompáñame al cuartel

general del batallón.

Wang escrutó a sus tropas.

—¿Quién de vosotros, hijos de perra, ha sido el que me ha traicionado?

Los hombres intercambiaron miradas nerviosas, y sus rostros se

volvieron de un color gris pálido. Todos salvo el mudo, Sol Callado, que

dejó salir una risa gutural de las profundidades de su garganta, se acercó

caminando hasta donde estaba el comisario y, haciendo un amplio abanico

de gestos con ambas manos, contó cómo Sha Yueliang le había robado la

esposa. El comisario dijo:

—Sol Callado, eres el nuevo jefe del escuadrón.

Sol Callado levantó la cabeza y miró fijamente al comisario, quien le

cogió la mano, se sacó una pluma estilográfica del bolsillo y le escribió

algo en la palma a Sol. Sol dio la vuelta a la mano y estudió lo que decía.

Después, agitó los brazos muy excitado, mientras en sus ojos marrones

relampagueaba la luz. Con una despectiva carcajada, Wang Mugen dijo:

—A este ritmo, el mudo no tardará mucho en empezar a hablar. —El

comisario les hizo una señal a los guardias, que se situaron a ambos lados

de Wang Mugen—. Cuando has acabado con la piedra del molino —gritó

Wang—, matas al burro y te lo comes. Ya se te ha olvidado que yo hice

volar el tren blindado.

Ignorando sus gritos, el comisario se acercó al mudo y le dio unas

palmaditas en el hombro. Encantado al recibir este trato, Sol sacó pecho y

saludó, mientras llegaba el sonido de los gritos de Wang Mugen, que se

alejaba por el camino:

—¡Hacerme enfadar es lo mismo que poner una mina debajo de tu

cama!

Lo primero que hizo el mudo tras ser ascendido a jefe del escuadrón

fue exigir que mi madre le entregara a su mujer. En ese momento, ella se

encontraba junto a la piedra del molino tras la cual se había escondido

Sima Ku cuando lo hirieron, moliendo azufre para el batallón de

demoliciones. A unos cien metros de allí, Pandi estaba enseñándoles a las

mujeres cómo golpear la chatarra con los martillos. Y unos
cien metros
más allá de Pandi, un ingeniero del batallón de demoliciones
estaba
trabajando con unos aprendices en un gran fuelle que tenía que
ser
manejado entre cuatro hombres, enviando ráfagas de aire hacia
el interior
del horno. Enterrados en la arena, bajo sus pies, había moldes
para hacer
minas. Madre tenía la boca cubierta con un pañuelo y se
dedicaba a hacer
que el burro girara alrededor de la piedra del molino. El olor a
azufre hacía
que se le llenaran los ojos de lágrimas y que el burro no parara
de
estornudar. El hijo de Sima Ku y yo estábamos protegidos
detrás de unos
árboles, bajo la atenta vigilancia de Niandi, por órdenes de
Madre, que no
quería que estuviéramos cerca de la piedra del molino. El
mudo, con un
rifle Hanyang colgado cruzándole la espalda, andaba
pavoneándose por los
alrededores de la piedra del molino, haciendo molinetes con
una espada de
Burma que había pasado de mano en mano en su familia
durante
generaciones. Vimos cómo se interponía en el camino del
burro, levantaba
la espada hacia donde estaba Madre y la giraba por encima de
su cabeza,

haciéndola cantar en el aire. Madre estaba detrás del burro,
con una escoba
casi sin cerdas en la mano. Tenía los ojos totalmente clavados
en él. Él le
enseñó la palma de la mano y se rio. Ella asintió, como
dándole la
enhorabuena. Entonces se dibujaron un montón de expresiones
diversas en
la cara del mudo. Madre sacudió la cabeza, una y otra y otra
vez, como
para negarle lo que fuera que él quería. Al final, el mudo
levantó el brazo
en el aire y dejó caer el puño con fuerza sobre la cabeza del
burro. Las
piernas delanteras del animal se doblaron y cayó contra la
piedra del
molino.
—¡Serás bastardo! —gritó Madre—. ¡Eres un bastardo dejado
de la
mano de Dios!
Una sonrisa maligna cruzó el rostro del mudo, que se dio
media vuelta
y se fue pavoneándose, del mismo modo que había llegado.
Al otro lado, la puerta del horno de fundir se abrió con un
largo
gancho y un metal fundido de color blanco incandescente se
vertió desde el
crisol, produciendo unas hermosas chispas mientras una parte
se
derramaba al suelo. Madre logró que el burro volviera a
ponerse en pie
tirándole de las orejas, y después se acercó caminando
lentamente hasta

donde yo estaba jugando. Entonces se quitó el pañuelo amarillento que le

cubría la boca, se levantó la blusa y me metió en la boca un pezón

ahumado con sabor a azufre. Yo estaba considerando muy en serio la

posibilidad de escupir esa cosa maloliente y picante cuando Madre me

empujó súbitamente, casi arrancándome mis dos dientes de leche.

Seguramente tenía los pezones irritados, pero supongo que no tuvo tiempo

para preocuparse por eso. Salió corriendo hacia la casa, con el pañuelo

ondeando al viento. Yo me imaginaba vividamente esos pezones que

hedían a azufre frotándose contra la áspera tela de su blusa, y el líquido

venenoso empapándole la ropa. Parecía irradiar electricidad cuando corría.

Estaba experimentando una emoción muy peculiar; si se trataba de alegría,

era, sin ninguna clase de duda, una alegría muy dolorosa. ¿Por qué había

salido corriendo de esa manera? No tuvimos que esperar mucho tiempo

antes de obtener respuesta.

—¡Lingdi! ¡Mi Lingdi! ¿Dónde estás? —gritó Madre, yendo desde las

dependencias principales hasta la habitación lateral.

Shangguan Lü se arrastró desde la habitación del frente de la casa,

apoyando el vientre en el sendero que comenzaba en la puerta,
y levantó la
cabeza como si fuera una gigantesca rana. Los soldados habían
ocupado su
habitación, la del ala Oeste, donde cinco de ellos yacían sobre
la piedra del
molino, con la cabeza orientada hacia el centro, mientras
estudiaban un
libro atado con hilos. Levantaron la vista y se alarmaron al
darse cuenta de
nuestra llegada. Sus rifles estaban alineados contra la pared y
había minas
colgando de las vigas, negras, redondas y aceitosas, como
huevos de araña
pero muchísimo más grandes.
—¿Dónde está el mudo? —preguntó Madre.
Los soldados sacudieron la cabeza. Madre se dio la vuelta y se
dirigió
a toda prisa al ala oeste. El rollo de pergamino del hada-pájaro
estaba
tirado de cualquier manera sobre una mesa a la que le faltaban
las patas,
sobre la que descansaban un trozo mordisqueado de pan de
maíz y una
cebolla verde. El cuenco de cerámica desconchado, que
también estaba
sobre la mesa, estaba lleno de unos huesos blancos, que quizá
eran de un
pájaro o quizá de algún otro pequeño animal. El rifle del mudo
estaba
apoyado contra la pared, y sus granadas colgaban de una viga.
Nos quedamos en el patio, de pie, llenando el aire de gritos

desesperanzados. Los soldados salieron de la casa corriendo, con ganas de saber qué había pasado. Justo en ese momento el mudo salió arrastrándose del sótano de los nabos. Tenía la ropa cubierta de tierra amarilla y manchas blancas de moho. Su mirada denotaba cansancio y satisfacción.

—¡Qué tonta he sido! —rugió Madre, golpeando el suelo con un pie.

Al final del sendero, en el extremo del patio, bajo una pila de hierba seca, el mudo había violado a mi tercera hermana, Lingdi. La llevamos arrastrándola desde donde yacía hasta el interior de la casa, y la acostamos sobre el *kang*. Madre lloró todo el tiempo mientras empapaba su pañuelo sulfuroso en agua y limpiaba a Lingdi meticulosamente, de la cabeza a los pies. Sus lágrimas caían sobre el cuerpo de Lingdi y sobre su propio pecho, donde todavía se podían apreciar marcas de dientes. Curiosamente, Lingdi sonreía. Una luz embrujadora refulgía en su mirada.

En cuanto se enteró de la noticia, Quinta Hermana volvió a casa corriendo y se puso a observar a Tercera Hermana. Sin decir ni una palabra, salió afuera corriendo, se sacó una granada del cinturón, tiró de la anilla y la lanzó al ala este. Pero no hubo ninguna explosión; era

defectuosa.

El mudo debía ser ejecutado exactamente en el mismo sitio donde le

habían disparado a Ma Tong: un terreno cenagoso y maloliente en el

extremo sur de la localidad, lleno de maleza podrida por el centro y

rodeado de montones de basura. El mudo, atado de pies y manos, fue

llevado a rastras hasta el límite de la ciénaga. Le pusieron frente a un

pelotón de fusilamiento de una docena de hombres, más o menos. Después

de soltar un emocionante discurso destinado a la edificación de los civiles

que se habían congregado para mirar, el Comisario Jiang ordenó a los

soldados que montaran sus armas. Preparados, dijo el comisario, apunten...

Shangguan Lingdi, toda de blanco, apareció flotando por encima de ellos

antes de que las balas pudieran salir de los cargadores. Parecía que

caminaba por el aire, como una verdadera hada. ¡Es el hada-pájaro!, gritó

alguien. Los recuerdos de la legendaria historia y de los milagros del hada-

pájaro acudieron a la mente de todos los presentes. Todo el mundo se

olvidó de inmediato del mudo. El hada-pájaro nunca había estado tan bella.

Bailaba enfrente de la multitud, como una cigüeña que desfilara a través de

los pantanos. Su rostro era una paleta de brillantes colores:
lotos rojos,
lotos blancos. Su figura estaba en perfecta armonía, y sus
labios
entreabiertos eran absolutamente encantadores. Se acercó
bailando hasta
donde estaba el mudo, se detuvo frente a él y levantó la cabeza
para
mirarlo a la cara. Él respondió con una sonrisa tonta. Ella
estiró un brazo y
le acarició la pelusilla que tenía en la cabeza y le dio un
pellizco en la
nariz, que se parecía a un ajo. Al final, para sorpresa de todo el
mundo,
bajó la mano y agarró la cosa que tenía entre las piernas, que
era lo que
había originado todo aquel lío. Entonces se giró hasta quedar
frente a los
que la estaban mirando y soltó unas risitas. Las mujeres
miraron hacia otro
lado. Los hombres se quedaron mirando fija y estúpidamente,
con una
mueca de lascivia en el rostro.
El comisario tosió y dijo, de un modo tenso y antinatural:
—Quitadla de en medio y continuad con la ejecución.
El mudo levantó la cabeza y dejó escapar una serie de extraños
gruñidos, tal vez para dejar claro que se oponía.
La mano del hada-pájaro seguía acariciando esa cosa ahí
abajo, y sus
labios carnosos habían adoptado una expresión codiciosa pero
al mismo

tiempo natural y saludable de puro deseo. Nadie había hecho caso a la

orden del comisario.

—Jovencita —preguntó el comisario en voz alta—, ¿fue una violación

o fue algo consentido?

El hada-pájaro no le contestó.

—¿Te gusta? —le preguntó el comisario.

Nuevamente el hada-pájaro no le contestó.

El comisario se metió entre la multitud y se puso a buscar a Madre.

—Tía —le dijo, y era evidente que se sentía avergonzado—, en tu

opinión... tal como yo lo veo, quizá deberíamos permitir que se conviertan

en marido y mujer... Sol Callado hizo algo malo... pero no tan malo como

para tener que pagarlo con su vida...

Sin decir ni una palabra, Madre se dio la vuelta y emprendió el regreso atravesando la multitud. Caminaba como si llevara una tabla de

piedra sobre sus espaldas. La gente la siguió con la mirada hasta que

oyeron unos lamentos brotar de su garganta. Entonces no pudieron seguir

mirándola.

—Desatadlo —ordenó el comisario sin convencimiento antes de dar

media vuelta y abandonar el lugar.

VIII

Era el séptimo día del séptimo mes lunar, el día en que el Niño Pastor y la

Doncella Hilandera se encuentran en la Vía Láctea. Hacía calor, el

ambiente estaba pegajoso, el aire tan poblado de mosquitos que se iban

estrellando unos contra otros. Madre extendió una esterilla de paja y todos

nos acostamos a escuchar sus débiles murmullos. En el crepúsculo, empezó

a lloviznar. Madre dijo que se trataba de las lágrimas de la Doncella

Hilandera. Había mucha humedad, y sólo de vez en cuando soplaba un

poco de viento. Por encima de nuestras cabezas se agitaban las hojas del

granado. Los soldados que estaban alojados en las alas este y oeste

encendieron sus velas hechas en casa. Los mosquitos se estaban cebando en

nosotros, pese a los intentos de Madre de mantenerlos alejados con la

ayuda de su abanico. Todas las urracas del mundo habían elegido aquel día

para volar hacia lo alto del cielo azul y despejado; había montones de ellas,

el pico de cada una limitaba con la cola de otra, sin dejar ningún espacio

vacío, y formaban un puente que atravesaba la Vía Láctea para que el Niño

Pastor y la Doncella Hilandera se encontraran otro año. Las gotas de la

lluvia y las del rocío eran las lágrimas que dejaban caer de tantas ganas que
tenían de estar juntos. Entre los murmullos de Madre, Niandi y yo, además
del pequeño heredero de la familia Sima, mirábamos hacia arriba, al cielo
repleto de estrellas, intentando encontrar esas estrellas en concreto. A
pesar de que Octava Hermana, Yunü, era ciega, ella también levantaba la
cara en dirección al cielo, mostrando unos ojos más brillantes que las
estrellas que no era capaz de ver. Los pesados pasos de los centinelas que
regresaban de hacer guardia resonaron en el sendero. Afuera, en los
campos, los sapos croaban formando un potente coro. En el enrejado de
alubias, un grillo cantaba su canción: *Yiya yiya dululu, yiya yiya dululu*.
Cuando la noche se fue haciendo más profunda, unos grandes pájaros se
echaron a volar salvajemente por el aire. Nosotros observábamos sus
siluetas blancas y suaves y escuchábamos el sonido que hacía el viento al
acariciar sus plumosas alas. Los murciélagos revoloteaban muy excitados.
De los árboles caían gotas de agua y percutían en el suelo, como si
estuvieran tocando a retreta. Sha Zaohua estaba acurrucada en los brazos

de Madre, respirando con un ritmo regular. En el ala este,
Lingdi chillaba
como una gata, y la torpe silueta del mudo parpadeaba bajo la
luz de una
bombilla. Se habían casado. El Comisario Jiang había oficiado
la boda, y
ahora la habitación de meditación del hada-pájaro se había
convertido en
una *suite* nupcial donde podían dar rienda suelta a sus
pasiones. El hada-
pájaro salía a menudo medio desnuda al patio, y una vez el
mudo casi le
rompe el cuello a un soldado que se distraía contemplando sus
pechos
desnudos.

—Es tarde, es hora de irse a la cama —dijo Madre.

—Dentro hace calor, y la habitación está tomada por un
enjambre de

mosquitos —dijo Sexta Hermana—. ¿No podemos quedarnos
a dormir aquí

fuera?

—No —le contestó Madre—, la humedad os puede sentar mal.

Además, están esos en el cielo, los que recogen flores... Creo
que he oído

cómo uno de ellos decía: «Ahí hay una hermosa florecilla,
vamos a

cogerla. Dentro de poco volveremos y entonces la podremos
coger».

¿Sabéis quiénes eran? Los espíritus de las arañas, cuyo único
objetivo es

echar a perder a las jóvenes vírgenes.

Nos acostamos sobre el *kang* pero no pudimos dormir. La única
excepción, curiosamente, fue Octava Hermana, que se quedó
profundamente dormida con una hilera de babas colgando de
la comisura
de sus labios. Tosíamos a cada rato, porque nos tragábamos el
humo del
incienso que se usaba como repelente de mosquitos. La luz de
las lámparas
de las habitaciones de los soldados salía a través de sus
ventanas y se
colaba por la nuestra, posibilitando que viéramos algo de lo
que había en el
patio. Un pescado de agua salada que nos había hecho llegar
Laidi superaba
en hedor a la letrina de afuera con su rancio olor a podrido.
Nos había
mandado un montón de objetos valiosos, como telas de satén,
muebles y
objetos curiosos, todo confiscado por el batallón de
demoliciones. El
cerrojo de la puerta chirrió. «¿Quién anda ahí?», preguntó
Madre, cogiendo
el cuchillo de carnicero que guardaba junto a la cabecera del
kang. No hubo
respuesta. Quizá tuviéramos alucinaciones auditivas. Madre
volvió a dejar
el cuchillo de carnicero en su lugar. Desde el suelo, en la
cabecera del
kang, unos estallidos luminosos instantáneos parpadearon en
el extremo
del cabo de artemisa humeante que se suponía que mantenía
alejados a los

mosquitos.

De repente, una figura delgada se levantó en la cabecera del *kang*.

Madre dejó escapar un chillido de terror. Lo mismo hizo Sexta Hermana.

La oscura figura cayó sobre el *kang* y le puso una mano en la boca a

Madre, que luchó para hacerse con el cuchillo. Pero justo cuando estaba a

punto de usarlo, escuchó a la figura decir:

—Madre, soy yo, Laidi...

Madre soltó el cuchillo, que cayó sobre la esterilla de paja que había

encima del *kang*. ¡Su hija mayor estaba en casa! Hermana Mayor estaba de

rodillas en el *kang*, sollozando. Nos fijamos en su rostro sombrío y yo me

di cuenta de que lo tenía cubierto de pequeños puntitos brillantes.

—Laidi... mi primera hijita... ¿eres realmente tú? No eres un fantasma, ¿verdad? Ni siquiera te tendría miedo si lo fueras. Deja que te

mire... —Madre buscó una cerilla junto a la cabecera del *kang*.

Primera Hermana hizo un gesto con la mano y le dijo en voz muy

baja:

—No enciendas la lámpara, Madre.

—Laidi, no tienes corazón. ¿Dónde os habéis metido el Sha ese y tú

durante todos estos años? Has hecho que las cosas fueran muy difíciles

para tu madre.

—Tengo mucho que contarte, Madre —dijo ella—. Pero antes que

nada, ¿dónde está mi hija?

Madre levantó a la pequeña Sha Zaohua, que estaba profundamente

dormida, y se la pasó a Hermana Mayor.

—¿Te consideras su madre? A lo mejor sabes cómo tener un bebé,

pero no tienes ni idea de cómo criarlo. Los animales más tontos lo hacen

mejor que tú... por culpa de ella, tu cuarta hermana y tu séptima

hermana...

—Un día de estos, Madre, podré pagarte todo lo que has hecho por mí

—dijo Primera Hermana—. Y también a Cuarta Hermana y a Séptima

Hermana.

En ese preciso momento, Sexta Hermana se acercó a nosotros.

—¡Primera Hermana! —gritó.

Laidi levantó la mirada de Sha Zaohua y tocó la cara de Sexta Hermana.

—Sexta Hermana. ¿Dónde está Jintong? ¿Y Yunü? Ah, Jintong, Yunü,

¿todavía recordáis a vuestra hermana mayor?

—Si no hubiera sido por el batallón de demoliciones —dijo Madre—,

toda la familia se habría muerto de hambre.

—Madre —dijo Primera Hermana—, esos hombres que se llaman

Jiang y Lu no son buena gente.

—A nosotros nos tratan bien, así que no deberíamos decir nada malo

de ellos.

—Eso es parte de su plan. Le han enviado a Sha Yueliang una carta

exigiéndole que se rinda. Si no lo hace, dicen que tomarán a nuestra hija

como rehén.

—¿Cómo pueden hacer eso? —preguntó Madre—. ¿Qué tiene que ver

una bebida con la guerra?

—Madre, el motivo por el que he venido a casa es que tengo que

rescatar a mi hija. He venido con una docena de soldados, más o menos, y

tenemos que volver inmediatamente. Dejaremos que Jiang y Lu disfruten

de su aparente victoria por el momento. Madre, la deuda que tenemos

contigo es más grande que una montaña, y espero que algún día me dejes

saldarla. La noche es larga, los sueños son muchos. Ahora me tengo que

ir...

Pero antes de que pudiera irse, Madre le quitó a Sha Zaohua de los

brazos.

—¡Laidi! —le dijo, muy enfadada—. No te creas que puedes convencerme tan fácilmente. Acuérdate de cómo la abandonaste entonces

para que yo la cuidara. Bueno, pues no he escatimado esfuerzos para criarla

hasta ahora, así que ni se te ocurra que puedes venir y llevártela sin más.

Todo eso que dices del Comandante Lu y del Comisario Jiang son un

montón de mentiras. Lo que pasa es que ahora quieres ser madre, ahora que

tú y ese Monje Sha habéis consumido toda vuestra pasión, ¿no es eso?

—Madre, él es jefe de brigada de las Fuerzas Imperiales Japonesas, y

tiene a su cargo más de mil hombres.

—No me importa cuántos hombres tiene a su cargo ni qué clase de

jefe es —dijo Madre—. Que venga a buscar a esta niña en persona, y dile

que le he guardado todos esos conejos que colgó de los árboles.

—Madre —dijo Primera Hermana—, esto afecta a miles de soldados

con sus monturas, así que no te entrometas.

—Llevo entrometiéndome en cosas la mitad de mi vida. Miles de

soldados con sus monturas o miles de caballos con sus jinetes, me da

totalmente igual. Lo único que sé es que yo he criado a Zaohua y no estoy

dispuesta a entregársela a otro.

Primera Hermana le quitó a la niña con un movimiento rápido y

después bajó del *kang* de un salto.

—¡Maldita larva de tortuga! —la insultó Madre—. ¿Cómo te atreves?

Zaohua empezó a llorar.

Madre bajó del *kang* de un salto y salió corriendo tras ellas.

En el patio comenzó el crepitar de los disparos. Después oímos un

montón de ruidos caóticos en el techo, encima de donde estábamos

nosotros, y a alguien que gritaba y rodaba hasta caer al suelo. Un pie

atravesó el techo, rompiéndolo y haciendo que entraran en la casa trozos de

barro y el brillo de las estrellas. Del exterior llegaban ruidos fuertes y

confusos y el sonido de los disparos y del choque metálico de las

bayonetas. También se oyó a un soldado gritar:

—¡No dejéis que se escapen!

Una docena de soldados, más o menos, pertenecientes al batallón de

demoliciones llegó corriendo con antorchas de keroseno; en el patio, la

noche se convirtió en día. Alguien, desde detrás de la casa, gritó:

—¡Atadlo! Ahora a ver cómo te escapas, mi pequeño tío.

El Comandante Lu, del batallón de demoliciones, irrumpió en el patio

y le dijo a Laidi, que estaba aterrorizada, agachada junto a la pared,

sujetando con fuerza a Sha Zaohua:

—Esta no es forma de comportarse, ¿no le parece, Señora Sha?

Zaohua estaba llorando.

Madre salió al patio.

Nosotros nos arremolinamos junto a la ventana para poder ver lo que

pasaba.

Un hombre yacía sobre el sendero, con el cuerpo lleno de agujeros y

rodeado de sangre, que formaba pequeños arroyos que serpenteaban en

todas las direcciones. El desagradable olor de la sangre caliente. El

nauseabundo olor del keroseno. La sangre que rezumaba de los agujeros de

bala borboteaba en algunas zonas. Todavía no estaba muerto: una de sus

piernas se agitaba espasmódicamente, mordía el suelo con la boca y giraba

el cuello de un lado a otro. No podíamos distinguir su cara. Las hojas de

los árboles se parecían al papel de plata, o al de oro. El mudo estaba frente

al Comandante Lu, agitando su espada y gritando. El hada-pájaro salió al

exterior, esta vez vestida, llevando algo que sólo podía ser una de las

camisetas del uniforme del mudo, que le llegaba hasta las rodillas pero

sólo le cubría los pechos y el vientre parcialmente. Sus tobillos, que

quedaban al descubierto, eran largos y blancos como la nieve; sus

pantorrillas, suaves y musculosas. Tenía los labios entreabiertos, y sus ojos

estaban fijos en las antorchas. Un escuadrón de soldados entró en el patio

con tres hombres atados; iban vestidos con uniformes de un color verde

oliva apagado. Uno de ellos, que se había puesto muy pálido, había sido

herido en el hombro, y todavía sangraba. Otro venía andando a la pata coja.

El tercero hacía un esfuerzo por elevar la cabeza, pero no lo lograba, ya

que los hombres que lo traían se la mantenían lo más abajo posible tirando

de una cuerda que pasaba alrededor de su cuello. El Comisario Jiang entró

en el patio, con una linterna en la mano; estaba tapada con un trozo de

satén rojo, que hacía que la luz tuviera un tono rojizo apagado. Los pies

desnudos de Madre resonaron en el suelo — *pa-da, pa-da*—, aplastando los

pequeños montículos de tierra que habían hecho los gusanos. Sin mostrar

ningún miedo, le preguntó al Comandante Lu:

—¿Qué está pasando aquí?

—Esto no tiene nada que ver contigo, tía —le dijo él.

El Comisario Jiang apuntó la luz rojo satén de su linterna al rostro de

Laidi. Ella se quedó donde estaba, quieta como un álamo.

Madre se acercó a Primera Hermana y le arrancó a Zaohua de las

manos. Acunando a la bebita entre sus brazos, le dijo, con un tono de voz

tranquilizador:

—Buena chica. No tengas miedo, que la abuela está aquí.

Los gritos de Zaohua se fueron apagando hasta que sólo sollozaba

suavemente.

Primera Hermana todavía tenía los brazos en una posición como si la

bebita siguiera en ellos, como si se hubiera quedado petrificada. Era una

visión desagradable. Tenía la cara de una palidez fantasmal, y la mirada se

le había congelado. Llevaba un uniforme de hombre de color verde, bajo el

cual sus grandes pechos apuntaban, turgentes, hacia afuera.

—Señora Sha, no es posible darles un trato más humano que el que les

hemos dado nosotros. En ningún momento hemos intentado obligarlos a

aceptar nuestra reorganización —dijo el Comandante Lu—. Pero nunca

debieron pasarse al lado japonés.

—Eso es algo que decide la gente. Yo sólo soy su esposa.

El Comisario Jiang dijo:

—Hemos oído que la Señora Sha es la jefa de personal del Comandante Sha.

—Lo único que yo sé —dijo Primera Hermana—, es que he venido a

buscar a mi hija. Si tenéis pelotas, id a luchar contra él. Coger a un bebé de

rehén no es la manera de luchar de un hombre digno de ese nombre.

—Señora Sha, usted está muy equivocada —dijo el Comisario Jiang

—. Sentimos mucho afecto por la Señorita Sha. Pregúntele a su madre.

Pregúntele a sus hermanas. El Cielo y la Tierra son nuestros testigos. Le

diré qué es lo que pensamos. Queremos a esa niña, y todo lo que hacemos

es por su bien. No queremos que esa niñita encantadora tenga por padres a

unos traidores.

—No tengo ni idea de qué está hablando —dijo Primera Hermana—.

Usted está gastando saliva inútilmente. Pero haga lo que quiera conmigo,

puesto que soy su prisionera.

El mudo entró en acción. Tenía un aspecto particularmente amenazador a la luz de todas esas antorchas. Su piel estaba casi negra, y

brillaba como si se hubiera untado con grasa de tejón. *Ah-ao, ah-ao, ah-ao.*

Ojos de lobo, nariz de jabalí, orejas de simio, cara de tigre. Rugió, alzó sus

gruesos y poderosos brazos, apretó los puños y adoptó una postura marcial.

Le dio una patada al cuerpo ya muerto del soldado que yacía sobre el

sendero y después se volvió hacia los tres prisioneros y les dio un puñetazo

en el rostro a todos, uno tras otro, acompañando cada golpe con un *ah-ao*.

Después regresó al punto de partida y lo hizo todo otra vez. *Ah-ao, ah-ao,*

ah-ao. Cada puñetazo era más terrible que el anterior. El último hizo que el hombre que recibió el golpe se cayera trastabillando al suelo. El Comisario le ordenó que se detuviera.

—¡Sol Callado, no debes pegar a los prisioneros!

El mudo se limitó a sonreír y señaló a Shangguan Laidi y después a sí mismo. Se acercó a Laidi y la cogió por el huesudo hombro con la mano izquierda, haciendo gestos a la gente que los observaba con la derecha. El hada-pájaro miraba las antorchas, absorta en la luz. Laidi levantó la mano izquierda y le dio al mudo una sonora bofetada en la mejilla derecha. El mudo soltó su hombro y se acarició la mejilla, con aspecto de sorpresa, como si no supiera de dónde le había venido el golpe. Entonces Primera Hermana levantó la mano derecha y le dio otra sonora bofetada en la mejilla izquierda, mucho más fuerte que la primera. El mudo se estremeció de la cabeza a los pies, y Primera Hermana dio un traspié hacia atrás por la fuerza del golpe. Sus hermosas cejas se arquearon, sus ojos de fénix se abrieron mucho y dijo, con los dientes apretados:

—¡Pedazo de bastardo, has destrozado a mi hermana pequeña!

—¡Lléváosla! —ordenó el Comandante Lu—. ¡No es sólo una chaquetera, también es una salvaje!

Los soldados cogieron rápidamente a Primera Hermana por los brazos.

—¿Cómo puedes ser tan estúpida, Madre? —gritó ella—.

¡Tercera

Hermana es un ave fénix y tú la has casado con ese mudo!

Justo en ese momento, un soldado llegó a toda prisa y dijo, sin aliento:

—Comandante, Comisario, las tropas del Comandante Sha han llegado al concejo de Shalingzi.

—Tranquilizaos todos. Quiero que el comandante de cada compañía

siga nuestro plan original y comience a colocar las minas en la tierra.

—Tía, es mejor que vengáis con nosotros al cuartel general del batallón, para que tú y tus niños estéis más protegidos —dijo el Comisario

Jiang.

—No —dijo Madre, sacudiendo la cabeza—. Si vamos a morir, que

sea en nuestro propio *kang*.

El Comisario Jiang envió un escuadrón de soldados junto a Madre y

otro al interior de la casa.

—Señor Amado —gritó Madre—, abre los ojos y mira lo que está

pasando.

Nuestra familia quedó encerrada en un ala de la casa de la familia

Sima. Había unos centinelas que guardaban la puerta. En la habitación

adyacente había encendidas unas lámparas de gas, y alguien que gritaba

desde ahí. Más allá de la aldea, el crepitar de los disparos era interminable.

El Comisario Jiang vino, caminando tranquilamente, hasta nuestros

apuestos; traía una lámpara con una pantalla de cristal.

El humo negro lo hacía toser, y a nosotros nos humedecía los ojos.

Después de colocar la lámpara en la mesa, dijo:

—¿Por qué estáis todos de pie? Por favor, sentaos, tomad asiento. —

Señaló unas sillas que había alineadas contra la pared—. Tía —dijo—, este

lugar, propiedad de tu segundo yerno, es bastante extravagante.

Se sentó, apoyando las manos sobre las rodillas, y sonrió sardónicamente. Primera Hermana se sentó al otro lado de la mesa,

enfrente del Comisario Jiang, y dijo, con una mueca de desagrado:

—Comisario Jiang, una cosa es invitar a una deidad, y otra cosa es

deshacerse de ella.

Jiang se rio.

—Con todo el esfuerzo que nos ha costado conseguir que viniera la

deidad, ¿por qué iba a querer deshacerme de ella?

—Madre —dijo Primera Hermana—, vamos, siéntate. A ti no te van a

hacer nada.

—No tenemos pensado hacerle nada a ninguno de vosotros —
dijo el

Comisario Jiang, sonriendo—. Por favor, tía, toma asiento.

Todavía con Zaohua en brazos, Madre se sentó en una silla
que había

en la esquina de la mesa. Octava Hermana y yo, que
estábamos aferrados a

la ropa de Madre, nos quedamos de pie a su lado. El joven
heredero de la

familia Sima apoyó la cabeza sobre el hombro de Sexta
Hermana, mientras

un arroyuelo de baba corría por su barbilla. Sexta Hermana
tenía tanto

sueño que no dejaba de dar cabezadas hacia adelante y hacia
atrás. Madre

la cogió del brazo y le dijo que se sentara bien. Ella abrió los
ojos, miró a

su alrededor e inmediatamente comenzó a roncar. El
Comisario Jiang sacó

un cigarrillo y golpeó uno de sus extremos contra la uña de su
dedo pulgar.

Después se registró los bolsillos, en busca de una cerilla. No la
encontró, y

a Primera Hermana le pareció algo para celebrar. Él se levantó
y se acercó

a la lámpara, se colocó el cigarrillo en la boca, se inclinó sobre
la llama,

cerró los ojos y comenzó a aspirar. La llama comenzó a bailar,
la punta del

cigarrillo se puso roja y brilló. Él se irguió de nuevo, se sacó el
cigarrillo

encendido de la boca y apretó los labios; dos columnas de
denso humo

salieron serpenteando por los agujeros de su nariz. El sonido seco de las explosiones, proveniente de algún lugar de las afueras de la aldea, hizo que temblaran las ventanas. El destello de los diversos fuegos iluminaba el cielo de la noche. Cada pocos segundos oíamos los llantos o los gritos de hombres que estaban ahí afuera, a veces con la claridad del tañido de una campana. El Comisario Jiang sonreía a pesar de todo, y miraba fijamente a Laidi como si la estuviera desafiando.

Laidi se movía en su asiento como si estuviera sentada sobre alfileres, haciendo que las patas de su silla crujieran una y otra vez. La sangre se le había ido del rostro y le temblaban las manos, que aferraban las patas de la silla.

—Las tropas de caballería del Comandante Sha han entrado en nuestro campo de minas —dijo simpáticamente el Comisario Jiang—. Es una pena, todos esos caballos.

—Vosotros... todos vosotros estáis soñando... —Primera Hermana se levantó apoyando las manos en los brazos de la silla, pero cayó de nuevo sobre ella cuando una serie de explosiones todavía más densa que la anterior partió el aire.

El Comisario Jiang se levantó y dio unos golpecitos en la celosía de

madera que separaba la habitación de las principales dependencias de la

casa y dijo, como si hablara para sí mismo:

—Pino coreano, todo ello. Me pregunto cuántos árboles hizo falta

cortar sólo para construir la casa solariega de la familia Sima.

—Levantó

la cabeza y miró a Primera Hermana—. ¿Cuántos cree usted? Las

columnas, las vigas del techo, las puertas y las ventanas, el entarimado del

suelo, las paredes, las mesas y las sillas y los bancos...

Ella se movió, incómoda, en la silla.

—¡Yo diría que un bosque entero, como mínimo! —dijo el Comisario

Jiang, con un toque de angustia en la voz, como si el bosque estuviera ante

su vista, reducido a tocones y ramas dispersas por todas partes —. Antes o

después, alguien hará esta cuenta —dijo despectivamente, dejando atrás el

bosque arrasado y acercándose a Primera Hermana. Se quedó frente a ella,

con las piernas abiertas y la mano derecha apoyada en la cadera; su muñeca

estaba doblada en un ángulo agudo—. Por supuesto —dijo—, tal como

nosotros lo vemos, Sha Yueliang no es alguien que haya decidido

definitivamente ser un chaquetero. En su momento fue un glorioso

luchador de la resistencia antijaponesa, y si dejara de lado su pasado más

reciente, nosotros estaríamos más que encantados de considerarlo un

camarada. Señora Sha, su marido pronto será nuestro prisionero, y será

cosa suya conseguir que vea la luz.

Primera Hermana golpeó el respaldo de la silla con la espalda.

—¡Nunca lo cogeréis! —dijo con voz muy aguda—. ¡No os equivoquéis con ese tema! ¡Su Jeep corre más que cualquier caballo!

—Bueno, ya veremos —dijo el Comisario Jiang, dejando caer el brazo

que tenía doblado y juntando las piernas.

Sacó un cigarrillo y se lo ofreció a Laidi, que hizo un gesto de rechazo, apartándose. Él se lo acercó un poco más. Laidi se fijó en la

misteriosa sonrisa que había en la cara del Comisario Jiang y, con mano

temblorosa, cogió el cigarrillo con dos dedos manchados de nicotina. El

Comisario Jiang se acercó su propio cigarrillo a la boca y sopló, haciendo

que la ceniza que había en la punta saliera volando y que el cigarrillo

adquiriera un color rojo brillante. Entonces le acercó el extremo que estaba

encendido a Laidi. Ella volvió a fijarse en su rostro. Todavía estaba

sonriendo. Laidi parecía nerviosa cuando se puso el cigarrillo entre los

labios y acercó la punta hasta tocar el extremo encendido del cigarrillo de

Jiang. Nos pareció oír el ruido de sus labios. Madre miraba fijamente la

pared, Sexta Hermana y el joven maestro Sima estaban medio dormidos,

Sha Zaohua no hacía ni un solo ruido. Una nube de humo surgió del rostro

de Primera Hermana. Levantó la cabeza y se inclinó hacia atrás, con el

pecho temblando. Los dedos con los que sostenía el cigarrillo estaban

húmedos, como barbos recién pescados del agua. La punta de su cigarrillo

se iba consumiendo, orgullosa, en dirección a su boca. Estaba completamente despeinada, unas profundas líneas avanzaban desde las

comisuras de sus labios y tenía unos círculos oscuros debajo de los ojos.

Poco a poco, la sonrisa fue desapareciendo del rostro del Comisario Jiang,

como agua sobre una plancha de metal caliente, encogiéndose hasta que

fue un puntito brillante del tamaño de la cabeza de un alfiler antes de

desaparecer con un breve susurro. Su sonrisa se retiró en dirección a la

nariz y se extinguió con un breve chasquido. Tiró el cigarrillo, que casi se

había consumido del todo, lo enterró con la punta del zapato y salió de la

habitación.

Lo oímos bramar en la habitación de al lado: «Tenemos que atrapar a

Sha Yueliang. Si se refugia en una ratonera, debemos entrar en ella y

sacarlo como sea». Después oímos el ruido que hizo el teléfono cuando lo

colgó violentamente.

Con tristeza en los ojos, Madre miró a Primera Hermana, que se

despatarró en la silla como si le hubieran extirpado todos los huesos del

cuerpo. Se acercó a ella, cogió la mano manchada de nicotina de su hija y

la examinó. Sacudió la cabeza. Primera Hermana se dejó resbalar hasta el

suelo, quedó arrodillada y se abrazó a las piernas de Madre. Cuando

levantó la vista, los labios le temblaban como a un bebé mientras mama.

Un extraño sonido brotó de entre sus labios. Al principio me pareció que se

estaba riendo, pero rápidamente me di cuenta de que estaba llorando. Se

secó las lágrimas y el moco en las piernas de Madre.

—Madre —le dijo—, si quieres saber la verdad, no ha pasado un solo

día sin que pensara en ti y en mis hermanas y en mi hermano...

—¿Te arrepientes de lo que hiciste? —le preguntó Madre.

Primera Hermana no reaccionó de inmediato. Al cabo de un rato, negó

con la cabeza.

—Eso está bien —dijo Madre—. El Señor te indica el camino que

debes seguir; el arrepentimiento hace infeliz al Señor.

Madre cogió a Zaohua y se la pasó a Primera Hermana.

—Échale un vistazo.

Primera Hermana acarició la carita morena de Sha Zaohua.

—Madre —dijo—, si me ejecuta, tendrás que criarla tú.

—Incluso en el caso de que no te ejecuten —dijo Madre—, yo soy

quien debería criarla.

Primera Hermana le acercó la niña otra vez a Madre, que le dijo:

—Sujétala un momento, que yo tengo que darle de comer a Jintong.

Madre vino hasta la silla y se levantó la blusa. Se agachó por la

cintura, y yo me arrodillé en la silla y empecé a mamar.

—Por decir la verdad, ese Sha Yueliang no es ningún cobarde, y me

veo obligada a aceptarlo como yerno, aunque sólo sea porque colgó todos

esos conejos del árbol. Pero nunca llegará muy lejos. ¿Cómo puedo

saberlo? Por el hecho de que colgara todos esos conejos del árbol. Vosotros

dos juntos no tenéis nada que hacer contra ese Jiang. Ese Jiang es una aguja

escondida en un trozo de algodón suave. Además de ese vientre tiene un

buen par de colmillos.

En la oscuridad de justo antes del alba, llegó una bandada de urracas

exhaustas que habían hecho de puente a través de la Vía Láctea;

descendieron y se instalaron en el tejado de nuestra casa, donde se pusieron

a gorjear interminablemente y me despertaron. Vi a Madre sentada en una

silla, con Sha Zaohua en brazos, mientras yo estaba sentado sobre las

rodillas de Laidi, que estaban frías como el hielo. Ella me envolvía

fuertemente la cintura con sus larguísimos brazos. Sexta Hermana y el

heredero de la familia Sima estaban durmiendo con las cabezas muy

juntas, exactamente igual que antes. Octava Hermana descansaba apoyada

en la pierna de Madre. En los ojos de Madre no había nada de luz, y las

comisuras de sus labios estaban curvadas hacia abajo como consecuencia

del agotamiento.

El Comisario Jiang entró en la habitación, nos miró y dijo:

—Señora Sha, ¿le gustaría ir a ver al Comandante Sha?

Primera Hermana me empujó y se levantó de un salto.

—¡Estás mintiendo! —gritó con voz ronca.

El Comisario Jiang levantó las cejas.

—¿Mintiendo? —preguntó—. ¿Y por qué iba a mentir?

Se acercó a la mesa, se agachó y apagó la lámpara de un soplo. Los

rayos rojos del sol entraron inmediatamente a través de la ventana abierta.

Haciendo un gesto cortés con la mano —aunque tal vez no fuera su

intención ser cortés—, dijo:

—Detrás de usted, Señora Sha. Como ya le dije antes, no pretendemos

cerrar todas las puertas. Si él admite sus errores y hace propósito de

enmienda, estamos dispuestos a darle la bienvenida como subcomandante

del batallón de demoliciones.

Primera Hermana se dirigió a la puerta caminando rígidamente, pero

se dio la vuelta para mirar a Madre antes de salir al exterior.

—Tú también puedes venir, tía —dijo el Comisario Jiang—, y el resto

de tus hijos también.

Cruzamos las múltiples puertas de la casa solariega de la familia

Sima, así como varios patios idénticos. En el quinto de estos patios vimos

a una docena de soldados heridos, más o menos, tumbados en el suelo. La

soldado mujer, la Señorita Tang, estaba vendándole la pierna a uno de los

hombres heridos, ayudada por mi quinta hermana, Pandi. Estaba tan

concentrada en su tarea que ni siquiera nos vio. Madre le susurró a Primera

Hermana:

—Esa es tu quinta hermana.

Primera Hermana le echó una mirada.

—Hemos pagado un alto precio —dijo el Comisario Jiang.
Una gran
puerta de madera se había colocado sobre el suelo del sexto
patio para que
hiciera de improvisado féretro para diversos cadáveres, cuyos
rostros
estaban tapados con una tela blanca—. Nuestro Comandante
Lu entregó su
vida heroicamente. Esa es una pérdida de un valor
incalculable. —Se
agachó y le quitó la tela a un rostro barbudo y manchado de
sangre—. Los
hombres nos han suplicado que les dejáramos desollar vivo al
Comandante
Sha, pero eso va en contra de nuestra política. Señora Sha,
nuestra buena fe
bastaría para conmover incluso a los fantasmas y a los
espíritus, ¿no cree
usted?
En el séptimo patio nos hizo rodear una pared enrejada y nos
encontramos junto a los altos escalones de la puerta principal
de la Casa
Solariega de la Felicidad.
Los soldados del batallón de demoliciones estaban corriendo
de un
lado para otro por la calle, con el rostro cubierto de polvo.
Algunos de ellos
conducían una docena de caballos, más o menos, del Este al
Oeste,
mientras algunos otros estaban supervisando a varias docenas
de civiles
que tiraban de un Jeep atado a una cuerda que iba del Oeste al
Este. Los

dos grupos se detuvieron al encontrarse frente a la puerta, y dos hombres que parecían oficiales de bajo rango llegaron corriendo. Se detuvieron, saludaron y se pusieron a informarle al Comisario Jiang, con un tono de voz tal que parecía que se estaban peleando. Uno le informó de que habían capturado trece caballos de combate. El otro le informó de que habían capturado un Jeep americano. Desgraciadamente, el radiador había estallado, por lo que hacía falta arrastrarlo. El Comisario Jiang los felicitó por haber hecho un buen trabajo. Mientras escuchaban las alabanzas de su comandante, ambos estaban de pie, sacando pecho, con los ojos rebosantes de luz.

Después, el Comisario Jiang nos condujo a la iglesia, cuya puerta estaba protegida por dieciséis centinelas armados. Jiang levantó la mano y los centinelas dieron un golpe en el suelo con las culatas de sus rifles, juntaron sonoramente los talones e hicieron un saludo con el rifle. Ahí estábamos nosotros, un puñado de mujeres y niños, convertidos de repente en generales que realizan una inspección militar.

Por lo menos eran sesenta, y tal vez fueran más, los prisioneros que,

vestidos con uniformes verde oliva, se apiñaban en el rincón
sudeste del
hall principal. Unos champiñones blancos habían brotado en el
techo, que
se estaba cayendo, empapado de lluvia y lleno de goteras. Un
escuadrón de
cuatro soldados armados con rifles de asalto vigilaba a los
prisioneros.
Sostenían los cartuchos de municiones en la mano izquierda, y
tenían
cuatro de los dedos de la derecha agarrando las culatas de los
rifles, que
eran tan suaves y brillantes como el muslo de una virgen; y el
quinto dedo
lo tenían apoyado sobre el curvo gatillo. Estaban de pie, de
espaldas a
nosotros. En el suelo, detrás de ellos, había una pila de
cinturones de cuero,
que parecían un nido de serpientes. La única manera que los
prisioneros
tenían de caminar era sujetándose los pantalones con las
manos.
Las comisuras de los labios del Comisario Jiang se curvaron
hacia
arriba en una sonrisa apenas visible. Tosió ligeramente, quizá
para hacer
notar su presencia, no lo sé. Perezosamente, los prisioneros
levantaron la
cabeza y nos miraron. Instantáneamente, sus ojos brillaron,
una vez los de
algunos, dos los de otros, cinco, seis o siete veces, nueve como
mucho, los

de otros. Esos fulgores de reconocimiento, que brillaban como fuegos

fatuos, seguramente iban dirigidos a Shangguan Laidi, si es que, como

afirmaba el Comisario Jiang, ella era el brazo derecho del Comandante

Sha. Las complejas emociones que atravesaron el corazón de Laidi, fueran

las que fueran, hicieron que sus ojos enrojecieran y que empalidciera su

rostro. Bajó la cabeza, como si quisiera esconderla en el pecho.

Los prisioneros me recordaron a los burros negros que pertenecían a

la banda de los mosqueteros. Cuando estaban encerrados en el patio de la

iglesia, también ellos se apiñaban en un rincón, veintiocho burros

individuales que formaban catorce pares: tú me mordisqueas el recto

mientras yo te muerdo con suavidad en el flanco.

Preocupaciones mutuas,

protección mutua, ayuda mutua. ¿Dónde había llegado a su fin este grupo

íntimo de burros? ¿Qué fue lo que los eliminó? ¿La guerrilla de Sima Ku

en la Montaña Ma'er? ¿O la policía secreta japonesa en la Montaña

Biceps? El día sagrado en que yo fui bautizado, habían tratado a Madre

cruelmente. Fueron los miembros de la banda de mosqueteros, mis

enemigos mortales. Ahora tendréis que ser castigados por el Padre, el Hijo

y el Espíritu Santo. Amén.

El Comisario Jiang se aclaró la garganta.

—Hombres de la brigada de Sha —les dijo—. ¿Tenéis hambre?

Los prisioneros volvieron a levantar la cabeza. Algunos obviamente

quisieron contestar, pero no se atrevieron a hacerlo. Otros no tenían

ninguna gana de contestar.

El guardaespaldas del Comisario Jiang dijo:

—¿Qué os pasa, títos, os ha comido la lengua el gato? El comisario

político os ha hecho una pregunta.

—¡Trátalos con educación! —El Comisario Jiang abroncó a su guardaespaldas, que se sonrojó y bajó la cabeza—. Hermanos* —continuó

—, sé que tenéis hambre y sed, y si alguno de vosotros tiene problemas de

estómago es probable que ahora esté sufriendo, que vea puntitos delante de

sus ojos y tenga sudores fríos. Intentad aguantar, sólo un poquito más. La

comida está en camino. Hay un montón de cosas necesarias que aquí no

tenemos, por lo que la comida no es demasiado buena. Hemos preparado

una cazuela de sopa de garbanzos verdes para calmaros la sed y refrescaros

un poco. A mediodía habrá rollitos hervidos de harina blanca y carne de

caballo frita con cebollino.

La felicidad se dibujó en el rostro de los prisioneros, algunos de los

cuales lograron reunir el valor para hablar en voz baja entre ellos.

—Hay un montón de caballos muertos —dijo el Comisario Jiang—,

todos ellos magníficos animales. Es una pena que os hayáis metido en

nuestro campo de minas. Cuando comáis la carne de caballo, dentro de un

ratito, quién sabe, tal vez os comáis vuestra propia montura, a pesar de que,

como se suele decir, «las mulas y los caballos pueden comportarse como

los señores, pero sólo son mulas y caballos». Adelante, pues, comed todo

lo que podáis. Para eso el hombre está en la cima de la cadena alimentaria.

Todavía continuaba hablando de caballos cuando una pareja de soldados mayores entró cargando con un enorme caldero, jadeando por el

esfuerzo. Dos soldados más jóvenes iban detrás. Cada uno de ellos llevaba

una pila de cuencos que subía desde su ombligo hasta justo debajo de la

barbilla. «¡Aquí está la sopa! ¡La sopa!», gritaban los soldados mayores,

como si alguien les estuviera impidiendo el paso. Los soldados jóvenes

hacían un esfuerzo para ver por encima de los cuencos apilados y encontrar

un lugar apropiado para dejarlos. Los dos soldados mayores se pusieron de

cuclillas y dejaron el caldero en el suelo, quedando casi sentados durante el

proceso. Los soldados jóvenes mantuvieron el cuerpo estirado cuando

doblaron las rodillas, colocaron las pilas de cuencos en el suelo y retiraron

las manos de debajo de ellos. Las pilas se balancearon adelante y atrás.

Liberados de su carga, los hombres se levantaron y se pasaron la manga

por las frentes sudorosas.

El Comisario Jiang cogió un gran cucharón de madera y revolvió la

sopa.

—¿Le habéis puesto azúcar morena? —les preguntó a los soldados

mayores.

—Tenemos que informarle, señor, de que no pudimos encontrar

azúcar morena, así que salimos a buscar un bote de azúcar granulada. Lo

encontramos en la casa de Cao. La anciana señora Cao no quería

compartirlo, y se aferraba al bote con todas sus fuerzas, como si le fuera la

vida en ello...

—Ya es suficiente. ¡Repartidlo entre estos hombres! —dijo el Comisario Jiang, dejando el cucharón. Entonces, como si se hubiera

acordado de repente de que nosotros también estábamos ahí,
se dio la

vuelta y nos preguntó—: ¿Y vosotros no queríais tomar un
cuenco cada

uno?

Con una mueca, Laidi dijo:

—El comisario no nos ha invitado a venir hasta aquí sólo para
tomar

una sopa de garbanzos verdes, ¿verdad?

—¿Y por qué no íbamos a tomarla? —dijo Madre—. Viejo
Zhang,

todas las chicas y yo tomaremos un cuenco.

—Madre —dijo Laidi—, ¿y si está envenenada?

Eso hizo soltar una gran carcajada al Comisario Jiang.

—Señora Sha, usted tiene mucha imaginación. —Recuperó el
cucharón, cogió un poco de sopa, la mantuvo en alto y la dejó
caer de

nuevo en el caldero para mostrar su aspecto y su aroma.

Después volvió a

dejar el cucharón—. Hemos puesto un paquete de arsénico y
dos paquetes

de matarratas en esta sopa. Un trago y vuestro estómago
explotará cuando

contéis hasta cinco, caeréis al suelo a la de seis y de todos los
orificios de

vuestro cuerpo empezará a manar sangre. Bueno, ¿alguien se
atreve a

tomársela?

Madre dio un paso al frente, cogió un cuenco y le limpió el
polvo con

la manga. Después se hizo con el cucharón, con el cual llenó el
cuenco de

sopa antes de pasárselo a Primera Hermana, que lo rechazó.
En ese

momento, Madre dijo:

—Entonces este cuenco es para mí.

Sopló sobre el líquido y tomó un par de sorbos. Después de un
par de

sorbos más, llenó otros tres cuencos y se los pasó a Sexta
Hermana, Octava

Hermana y el pequeño Sima.

—Ahora nos toca a nosotros —gritaron algunos de los
prisioneros—.

Danos un poco. Nos beberemos tres cuencos de eso, esté
envenenado o no.

Los dos soldados más mayores se hicieron cargo de los
cucharones, y

los dos más jóvenes se pusieron a distribuir los cuencos. Los
guardias

armados se desplazaron a los lados y se colocaron dándonos el
perfil.

Podíamos ver sus ojos, que estaban fijos en los prisioneros,
que ahora se

encontraban de pie, haciendo cola, sujetándose los pantalones
con una

mano y preparados para coger sus cuencos de sopa de
garbanzos verdes con

la otra. Cuando tenían los cuencos en la mano, miraban hacia
abajo con

precaución, temerosos de que el líquido caliente les quemara
los dedos.

Uno por uno iban volviendo lentamente hacia el fondo del
hall, donde se

sentaban de cuclillas, empleando ambas manos para sostener
la sopa, y

soplaban para enfriarla antes de comenzar a comer. Un soplo de aire

seguido por unos cuantos sorbos ruidosos: la forma, tantas veces

practicada, de comer sin quemarse el interior de la boca. El pequeño Sima,

que no tenía tanta experiencia, se metió una cucharada llena en la boca y

no podía ni escupirla ni tragarla, por lo que acabó con la boca quemada.

Mientras cogía su cuenco de sopa, uno de los prisioneros dijo:

—Tío Segundo... —El viejo soldado a cargo del cucharón levantó la

mirada y la fijó en el joven rostro que tenía delante—. ¿No me reconoces,

Tío Segundo? Soy yo, Pequeño Chang...

El viejo soldado le dio a Pequeño Chang un sonoro golpe con el

cucharón en el dorso de la mano.

—¿A quién estás llamando Tío Segundo? —dijo, burlonamente—.

¡Yo no tengo ningún sobrino que sea un chaquetero y lleve un uniforme

verde!

Gritando *aya*, Pequeño Chang soltó el cuenco, dejándolo caer justo

encima de su pie. Se quemó gravemente. Volviendo a gritar *aya*, dejó de

sujetarse los pantalones para agacharse a acariciarse el pie. Los pantalones

se le cayeron hasta las rodillas, dejando ver un par de calzoncillos sucios y

harapientos. Un tercer *aya* se le escapó cuando intentaba subirse los

pantalones y enderezarse de nuevo, mientras los ojos se le llenaban de

lágrimas.

—¡Viejo Zhang, hay unas instrucciones! —dijo el Comisario Jiang,

enfadado—. ¿Quién te ha dado permiso para pegarle a un prisionero?

Preséntate ante el sargento de armas. ¡Tres días en el calabozo!

Viejo Zhang protestó:

—Pero es que me ha llamado Tío Segundo...

—Apuesto a que eres su segundo tío —dijo el Comisario Jiang—.

¿Por qué intentar ocultarlo? Si hace lo que se le dice, puede convertirse en

miembro de nuestro batallón de demoliciones. ¿Cómo está esa quemadura,

jovenzuelo? Haremos que el médico te ponga un bálsamo dentro de un

rato. Entretanto, dadle otro cuenco, que se le ha caído la sopa, y ponedle

unos cuantos brotes extra.

El desgraciado y joven sobrino arrastró los pies de vuelta al fondo del

salón con su sopa, más cargada que las demás, mientras los prisioneros que

había a su espalda, formando cola, avanzaban para conseguir sus cuencos.

Ahora todos los prisioneros estaban bebiendo la sopa, llenando la

iglesia con los fuertes ruidos que hacían al sorber. De momento, ni los

soldados viejos ni los jóvenes tenían nada que hacer. Uno de los jóvenes

estaba ahí de pie, relamiéndose, y el otro tenía la mirada fija en mí. Uno de

los mayores rascaba el fondo del caldero con su cucharón, y el otro había

sacado una bolsita de tabaco y una pipa y se estaba preparando para

tomarse un descanso y fumar un poco. Madre me puso su cuenco en los

labios, pero yo lo rechacé; me desagradó lo basta que era la sopa. Mi boca

estaba adaptada a una cosa y sólo a una cosa: sus pezones.

Primera Hermana gruñó desdeñosamente. El Comisario Jiang estaba

mirándola, y ella se aseguró de dedicarle una expresión de desprecio.

—Supongo que yo también debería tomarme un cuenco de sopa de

garbanzos verdes —dijo.

—Por supuesto que debería —dijo el Comisario Jiang—. Mírese la

cara. Me recuerda a una berenjena seca. Viejo Zhang, un cuenco de sopa

para la Señora Sha, y deprisa. Que esté bien cargada.

—Quiero que esté poco cargada —dijo Primera Hermana.

—Entonces prepárasela poco cargada —dijo el Comisario Jiang.

Acercándose el cuenco a la boca, Primera Hermana tomó un sorbo.

—Le habéis puesto azúcar —dijo—. Comisario Jiang, ¿por qué no se

toma un cuenco? Debe tener la garganta seca después de tanto hablar.

El Comisario Jiang levantó la mano y se pellizcó la garganta.

—Desde luego. Prepárame un cuenco a mí también, Viejo Zhang.

Poco cargado.

Con el cuenco entre las manos, el Comisario Jiang charló de la calidad

de los garbanzos verdes con Primera Hermana. Le contó que en su ciudad

natal había una variedad de garbanzos verdes más harinosos, que se

ablandaban en cuanto el agua empezaba a hervir, mientras que los

garbanzos verdes locales no comenzaban a ablandarse al menos hasta que

pasaban un par de horas. Cuando agotaron el tema de los garbanzos verdes,

pasaron a hablar de los brotes de soja. Parecía que fueran expertos en la

materia. Cuando ya habían hablado casi de todas las variedades de

garbanzos, frijoles y alubias, y el Comisario Jiang estaba empezando con

los cacahuets, Primera Hermana tiró su cuenco al suelo y escupió

salvajemente.

—¿Qué clase de trampa me está tendiendo, Jiang?

—Señora Sha —dijo él—, no reaccione tan exageradamente. Vamos

ya, ¿no le parece? Hemos hecho esperar al Comandante Sha demasiado

tiempo.

—¿Dónde está? —preguntó burlonamente Primera Hermana.

—En un lugar que usted debe recordar muy bien, por supuesto —le

contestó Jiang.

Había más centinelas ante nuestra puerta que en la iglesia.

Uno de los grupos estaba situado en la puerta del ala este, al mando

del mudo, Sol Callado, que estaba sentado sobre un tronco que había junto

a la pared, jugando con su espada. El hada-pájaro se había posado sobre el

melocotonero, y picoteaba con sus dientes frontales un pepino que sujetaba

con las manos.

—Entre —le dijo el Comisario Jiang a Primera Hermana—. Intente

hacerlo entrar en razón. Tenemos la esperanza de que abandonará la

oscuridad y empezará a caminar hacia la luz.

En cuanto Primera Hermana entró en el ala este, dejó escapar un

chillido.

Entramos corriendo tras ella. Sha Yueliang estaba colgado de una de

las vigas. Llevaba un uniforme verde y un par de botas de cuero brillantes

que le llegaban hasta las rodillas. Yo lo recordaba de estatura media, pero

al verlo colgado ahí me dio la impresión de ser
excepcionalmente alto.

IX

Bajé del *kang* y me lancé sobre el regazo de Madre antes de
haber abierto

los ojos del todo. Salvajemente, le subí la blusa, cogí uno de
sus pechos

con las dos manos y atrapé el pezón entre los labios. La boca
se me llenó

de un sabor picante, y los ojos se me llenaron de lágrimas.
Escupí el pezón

y miré hacia arriba, sorprendido, confuso y un tanto
malhumorado. Madre

me acarició la cabeza y me sonrió como pidiéndome perdón.

—Jintong —me dijo—, ya tienes siete años, eres casi un
hombre. Ya

es hora de que dejes de tomar el pecho.

Antes de que se hubiera desvanecido el eco de sus palabras,
escuché la

risita, penetrante como el sonido de una campana, que había
soltado

Octava Hermana, Shangguan Yunü.

Una cortina cayó ante mis ojos, oscureciéndolo todo. Miré en
dirección al cielo justo antes de caer al suelo. Súbitamente me
sentía muy

desgraciado. Me di cuenta de que los pechos de Madre, cuyos
pezones

estaban recubiertos de pimienta, parecían una pareja de
palomas que

surcaban el cielo con los ojos enrojecidos. Intentando
destetarme, Madre se

había rociado los pezones con zumo de jengibre crudo, con ajo licuado, con

aceite de pescado maloliente, e incluso con un poco de rancias deposiciones de pollo. Esta vez se había puesto aceite de pimienta. Cada

vez que, en el pasado, me había intentado destetar, se había desalentado y

rendido cuando yo caía al suelo como si me hubiera muerto de repente. Y

esta vez yo estaba en el suelo esperando que ella fuera a lavarse los

pezones, como siempre había hecho en las ocasiones anteriores. Unas

escenas del terrorífico sueño que había tenido aquella noche comenzaron a

desplegarse ante mis ojos: Madre se había rebanado uno de los pechos y lo

había tirado al suelo:

«¡Vamos, sigue mamando! —me había dicho—. ¡Sigue mamando!».

Un gato negro había llegado corriendo, lo había cogido con la boca y

se lo había llevado a toda velocidad.

Madre me recogió del suelo y me sentó con fuerza cerca de la mesa

del comedor. Tenía una expresión muy seria en la cara.

—¡Puedes decir lo que quieras, pero esta vez voy a destetarte!
—me

dijo con firmeza—. ¿O es que tienes pensado tomar el pecho hasta que me

dejes hecha un trozo de leña seca? ¿Es ese tu plan, Jintong?

El pequeño Sima, Sha Zaohua y mi octava hermana, Yunü,
estaban
sentados alrededor de la mesa, comiendo fideos. Se volvieron
hacia mí y
me echaron unas miradas burlonas. Shangguan Lü estaba
sentada sobre un
saco de ceniza que había junto a la cocina, mirándome. Su
piel, agitada por
el viento, se parecía al papel higiénico rugoso y áspero. El
pequeño Sima
cogió un largo y ondulante fideo con sus palillos, lo sacó del
cuenco y lo
mantuvo en el aire, intentando impresionarme. Después, como
si fuera un
gusano, el fideo se metió, serpenteando, en su boca. ¡Qué
asco!

Madre colocó en la mesa un cuenco lleno de fideos humeantes
y me
pasó un par de palillos.

—Aquí tienes. Come —me dijo—. Prueba estos fideos que ha
hecho
tu sexta hermana.

Sexta Hermana, que estaba dándole de comer a Shangguan Lü
junto a
la cocina, se dio la vuelta y me echó una mirada hostil.

—A tu edad —me dijo—, y todavía tomas el pecho. ¡No tienes
remedio!

Yo le tiré el cuenco lleno de fideos.

Ella dio un salto. Estaba toda cubierta de fideos serpenteantes.

—Madre —gruñó—, ¡mira cómo lo has malcriado!

Madre me dio un golpe en la cabeza.

Yo salí corriendo y me lancé sobre Sexta Hermana, clavándole mis

garras en los pechos. Podía oírlos protestando, como pollitos mordidos por

las ratas. Ella se retorció de dolor, pero yo no la soltaba por nada del

mundo. Su rostro alargado y delgado tomó un color amarillento.

—Madre —gritó—. ¡Mira lo que hace, Madre!

Madre me golpeó en la cabeza.

—¡Cerdo! —me insultó—. ¡Pequeño y sucio cerdo!

Perdí la conciencia.

Cuando me desperté, tenía un dolor de cabeza terrible. El pequeño

Sima seguía jugando con los fideos, sin preocuparse lo más mínimo por lo

que estaba sucediendo a su alrededor. Sha Zaohua levantó la vista desde

detrás de su cuenco, con la cara llena de fideos, y me observó tímidamente.

Yo no pude evitar sentir que me miraba con respeto. Sexta Hermana, con

los pechos doloridos, estaba sentada lloriqueando en el umbral de la casa.

Shangguan Lü me dirigía una mirada maligna. Mi madre, que parecía a

punto de explotar de lo enfadada que estaba, contemplaba todos los fideos

que yo había tirado por el suelo.

—¡Pequeño bastardo! ¿Crees que estos fideos nos caen del cielo? —

Pescó un puñado de fideos, no, lo que pescó fue un nido de gusanos

ondulantes, y me apretó la nariz, cerrándomela, para obligarme a abrir la

boca y meterme los gusanos dentro—. ¡Cómetelos, cómetelos todos! ¡Has

mamado hasta el tuétano de todos mis huesos, pequeño monstruo!

Yo vomité todo, me liberé de sus brazos y salí corriendo al patio.

Shangguan Laidi estaba fuera. Todavía tenía puesto el abrigo negro

que no era de su talla y que no se había quitado en cuatro años. Estaba

agachada por la cintura, afilando un cuchillo en una piedra. Me lanzó una

sonrisa amistosa, pero poco después su expresión cambió.

—Esta vez lo mataré, seguro —dijo, apretando los dientes—. Ha

llegado su hora. Este cuchillo está más afilado que el viento del Norte, y

más frío, y voy a asegurarme de que comprenda que los asesinos pagan sus

crímenes con la vida.

Yo no estaba de humor para hacerle ningún caso. Todo el mundo

asumía que había perdido la cabeza, pero yo sabía que en realidad ella

fingía su locura, aunque no sabía para qué lo hacía. Aquella vez en el ala

oeste, donde ella se había instalado, se sentó en lo más alto de la piedra del

molino con las piernas colgando, cubiertas con la túnica negra.
Me contó

cómo era formar parte de la banda de Sha Yueliang, siempre
merodeando,

siempre al acecho, y que había vivido como una reina, y todas
las cosas

extrañas y maravillosas que había visto. Había tenido una caja
que cantaba

y un cristal que le podía acercar los objetos más distantes hasta
que los

tenía delante de sus narices. En aquella época me parecía que
todo eso era

una locura, pero no pasó mucho tiempo hasta que yo también
pude ver una

de esas cajas que cantaban, cuando Shangguan Pandi trajo una
a casa.

Durante su estancia con el batallón de demoliciones, había
vivido una vida

de tranquilidad y confort y había engordado, como
consecuencia de ello,

hasta ponerse como una yegua preñada. Colocó con cuidado el
objeto,

adornado con unas flores de bronce, sobre el *kang*, y dijo llena
de orgullo:

—Venid aquí, todos. ¡Os vais a quedar con la boca abierta! —
Quitó la

tela roja que la envolvía y mostró el secreto de la caja. Primero
hizo girar

varias veces una manecilla, y después dijo, con una sonrisa
misteriosa—:

Escuchad, así es como suenan los extranjeros cuando se ríen.

El sonido que salió de la caja en ese momento nos dejó casi

aterrorizados. La risa del extranjero sonaba como los llantos de los

fantasmas de los relatos que nos habían contado.

—¡Saca esa cosa de aquí! —exigió Madre—. ¡Ahora mismo!
¡No

quiero tener una caja de fantasmas en esta casa!

—Madre —le dijo Shangguan Pandi—, tu cerebro está demasiado

chapado a la antigua. Esto es un gramófono, no una caja de fantasmas.

Desde el patio llegó la voz de Laidi, diciendo:

—La aguja está gastada. Hay que ponerle una nueva.

—Señora Sha —dijo sarcásticamente Quinta Hermana—, no hace

ninguna falta que vengas aquí a pavonearte. ¡Eres una maldita zorra! —

añadió llena de odio—. Tendrían que haberte fusilado, y lo hubieran hecho

si no llega a ser por mí.

—¡Yo podría haberlo matado, y es lo que habría hecho si no me

hubieras dicho que me detuviera! —dijo Primera Hermana—. Quiero que

todos la miréis. ¿Os parece que es una jovencita virginal? Ese tal Jiang le

ha mordisqueado sus enormes pechos hasta que los dejó como un par de

nabos secos.

—¡Chaquetera, mierda de perro, chaquetera! —
Instintivamente,

Quinta Hermana se protegió los pechos, que comenzaban a declinar, con

los brazos, y siguió con los insultos—: ¡Hedionda esposa de un chaquetero

mierda de perro!

—¡Fuera de aquí, las dos! —dijo Madre, enfurecida—. ¡Salid de aquí,

id a moriros a cualquier parte, no quiero veros nunca más!

Ese episodio me insufló un cierto respeto por Shangguan Laidi. Estaba

relajándose junto al abrevadero del burro, donde habían crecido unas pajas,

y me dijo, con un tono de voz muy amistoso:

—¡Pequeño idiota!

—¡No soy idiota! —me defendí.

—Bueno, yo creo que sí lo eres. —Se levantó súbitamente el abrigo

negro, levantó las piernas muy arriba y me dijo, con un tono de voz suave

—: ¡Mira esto! —Un rayo de sol iluminó sus muslos, su vientre y sus

pechos, semejantes a las tetas de una cerda—. Ven aquí. —Vi que me

sonreía desde el otro extremo del abrevadero—. Ven aquí y toma de mi

pecho. Madre le dio el pecho a mi hija, así que yo te lo daré a ti, y así nadie

estará en deuda con nadie.

Me dirigí nerviosamente hacia el abrevadero, donde ella se había

arqueado como una carpa en el momento de saltar. Ella me agarró por los

hombros y me cubrió la cabeza con la mitad inferior de su abrigo negro. El

mundo se oscureció para mí. Y en esa oscuridad comencé a tantear con las

manos, curioso y tenso, fascinado por el misterio.

—Aquí, más aquí. —Su voz sonó muy lejana—. Pequeño idiota. —Me

metió uno de sus pezones en la boca—. Vamos, empieza a mamar,

cachorrito. No eres un verdadero Shangguan. Eres un pequeño bastardo

híbrido.

La amarga tierra que tenía en el pezón empezó a fundirse dentro de mi

boca. El sudor de su axila casi me asfixia. Yo sentía que me estaba

ahogando, pero ella me cogió la cabeza con las manos y apretó su cuerpo

contra el mío, como si quisiera introducir hasta el final su pecho grande y

duro en mi boca. Cuando ya no pude soportarlo más, le mordí el pezón.

Poniéndose en pie de un salto, me empujó hacia abajo; yo me deslicé por

su cuerpo hasta salir de debajo del abrigo, y me quedé acostado,

acurrucado, a sus pies, esperando el golpe que sabía que tendría que llegar.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas morenas y huesudas. Sus pechos se

alzaron bajo el abrigo negro, y desplegaron sus maravillosas plumas, hasta

que parecían dos palomas que acabaran de emparejarse.

Arrepintiéndome de lo que había hecho, estiré un brazo para tocar el

dorso de su mano con un dedo. Ella levantó la mano y me
acarició el
cuello.

—Hermanito bueno —me dijo suavemente—, no le cuentes a
nadie lo

que ha pasado hoy. —Yo asentí con convencimiento—. Voy a
compartir un

secreto contigo —me dijo—. Mi marido se me apareció en un
sueño para

decirme que no está muerto. Su alma se ha unido al cuerpo de
un hombre

rubio, de piel clara.

Este encuentro secreto con Laidi hizo que mi imaginación se
disparara

mientras me iba caminando calle abajo, donde un escuadrón
de cinco

soldados de demoliciones corría como si estuvieran
enajenados. En sus

rostros había una expresión de éxtasis. Uno de ellos, un
hombre gordo, me

hizo un gesto.

—¡Oye, pequeño amigo, los diablos japoneses se han rendido!
Vete a

casa y dile a tu madre que Japón se ha rendido. ¡La Guerra de
Resistencia

ha terminado!

Por la calle vi un montón de soldados aullando de alegría, y
cantando,

y saltando por todas partes, y entre ellos había también unos
cuantos

civiles. Era el año 1945. Los diablos japoneses se habían
rendido y a mí me

habían quitado el pecho. Laidi me había ofrecido el suyo, pero no había

leche en él, y su pezón estaba cubierto por una capa de tierra fría y

maloliente. Sólo pensar en ello me hacía sentir triste. Mi tercer cuñado, el

mudo, salió corriendo a la calle por la puerta del norte llevando consigo al

hada-pájaro. Madre lo había expulsado de nuestra casa, al igual que al resto

de los soldados de su unidad, tras la muerte de Sha Yueliang, así que él los

había instalado en su propia casa y el hada-pájaro se había ido con él. De

todas maneras, a pesar de que se habían ido a vivir lejos, los desvergonzados chillidos que soltaba el hada-pájaro brotaban con mucha

frecuencia de la casa del mudo, a altas horas de la noche, y conseguían

llegar hasta nuestros oídos. Ahora la traía hacia donde estábamos nosotros.

Ella yacía entre sus brazos con el vientre hinchado, vestida con un abrigo

blanco que parecía haber sido cortado con el mismo patrón que el abrigo

negro de Laidi; lo único que los diferenciaba era el color. Al ver el abrigo

del hada-pájaro me acordé del abrigo de Laidi, que a su vez me recordó a

los pechos de Laidi, y estos me recordaron a los pechos del hada-pájaro.

Entre las mujeres de la familia Shangguan, los pechos del hada-pájaro

merecían ser considerados de primera categoría. Eran
delicados,
encantadores, alegres, y acababan en unos pezones que se
elevaban
ligeramente hacia el cielo, vivaces como el hocico de un erizo.
¿Decir que
los pechos del hada-pájaro eran de primera categoría significa,
acaso, que
los de Laidi no lo eran? Sólo puedo dar una respuesta vaga.
Desde el
momento en que tomé conciencia de lo que sucedía a mi
alrededor,
descubrí que hay una amplia variedad de formas de la belleza
en lo que a
pechos se refiere. Y a pesar de que uno no debería nunca decir
muy a la
ligera que un determinado par es feo, se puede decir con
mucho facilidad
que un par de pechos es hermoso. Los erizos, a veces, son
hermosos, y lo
mismo pasa con los cachorros de cerdo. El mudo dejó al hada-
pájaro en el
suelo justo delante de mí. ¡*Ah-ao, ah-ao!* Agitó su inmenso
puño, que era
del tamaño del casco de un caballo, frente a mi nariz, pero
amistosamente.
Yo lo entendí. Los ¡*ah-ao, ah-ao!* que soltaba significaban lo
mismo que
«¡los diablos japoneses se han rendido!». Se lanzó calle abajo
como un
toro.
El hada-pájaro estiró la cabeza y me miró. Su vientre era

terriblemente grande, como el de una gigantesca araña. «¿Y tú qué eres,

una tórtola o un ganso salvaje?», dijo gorjeando. Tal vez me lo estuviera

preguntando, tal vez no. «Mi pájaro voló. ¡Mi pájaro se fue volando!».

Había una expresión de pánico en su rostro. Yo señalé la calle. Ella

desplegó los brazos, pisó fuerte el suelo con sus pies desnudos y, con un

gorjeo, salió corriendo hacia la calle. Avanzaba a gran velocidad. ¿Cómo

podía ser que fuera tan rápido con un vientre tan inmenso? Si no hubiera

sido por aquel vientre, probablemente habría levantado el vuelo. Fue

corriendo por la calle y se mezcló entre la multitud como un poderoso

avestruz.

Quinta Hermana llegó a casa a todo correr. También estaba embarazada, y sus protuberantes pechos habían goteado en su uniforme

gris. En contraste con el hada-pájaro, corría muy torpemente. El hada-

pájaro desplegaba los brazos al correr; Quinta Hermana corría sujetándose

la tripa. Quinta Hermana estaba jadeando, falta de aliento, como una yegua

que ha tirado de una carreta colina arriba. Pandi era la más rolliza de todas

las hijas de la familia Shangguan, y también era la más alta. Tenía unos

pechos salvajes, furiosos e intimidatorios que, cuando se bamboleaban,

hacían *peng-peng*, como si estuvieran llenos de gas. El rostro de Primera

Hermana estaba cubierto con un velo negro, y ella llevaba puesto su negro

abrigo. En la oscuridad de la noche, había entrado en el recinto de la

familia Sima, trepando desde una acequia cercana, y había ido siguiendo el

olor del sudor hasta una habitación brillantemente iluminada. Las losas que

cubrían el suelo del patio estaban resbaladizas, llenas de musgo verde.

Tenía el corazón en la garganta, a punto de salirse por la boca. La mano

en la que llevaba el cuchillo se le había anquilosado, y tenía una especie de

regusto a pescado en la boca. Echó un vistazo a través del hueco que había

en la celosía de una puerta, y lo que vio estuvo a punto de hacer que su

alma saliera volando de su cuerpo y que su corazón se detuviera: una gran

vela blanca, goteando cera por todas partes, brillaba con fuerza y

proyectaba unas carnosas sombras que bailaban sobre las paredes.

Desperdigada por el suelo de piedra estaba la ropa de Shangguan Pandi y

del Comisario Jiang. Un áspero calcetín de lana se hallaba junto a una

prenda de color amarillo albaricoque. Pandi, desnuda como vino al mundo,

estaba despatarrada sobre el moreno y huesudo cuerpo de Jiang Liren.

Primera Hermana irrumpió en la habitación, pero dudó cuando bajó la

mirada y vio las nalgas levantadas de su hermana y la hendidura en la base

de su espina dorsal, que brillaba por el sudor. Su enemigo, el hombre que

ella quería matar, estaba protegido. Levantando el cuchillo, gritó:

—¡Voy a mataros a los dos, voy a mataros!

Pandi rodó sobre sí misma hasta caer de la cama, y Jiang Liren agarró

la manta y se abalanzó sobre Primera Hermana, tirándola al suelo. Al

quitarle el velo del rostro, soltó una carcajada:

—¡Pensaba que serías tú!

Quinta Hermana estaba de pie junto a la puerta de la casa, gritando:

—¡Los japoneses se han rendido!

Me arrastró de nuevo hacia afuera, a la calle. Tenía la mano sudorosa,

era un sudor ácido y salado. Detecté, además del olor del sudor ácido, el

olor del tabaco. Ese olor provenía de su marido, Lu Liren. Para conmemorar la victoria sobre la Banda de Sha, en la que el Comandante Lu

había sacrificado su vida heroicamente, Jiang Liren se había cambiado el

nombre por el de Lu Liren. El olor de Lu Liren se diseminaba por toda la calle pasando por la mano de Quinta Hermana.

Fuera, en la calle, el batallón de demoliciones estaba entregado a una ruidosa celebración. Muchos de los soldados gritaban a pleno pulmón y chocaban unos contra otros alegremente. Uno de ellos se subió a la torre ruinosa del campanario, mientras la multitud que se había congregado abajo iba creciendo. La gente llegaba con gongs, o con cabras lecheras, e incluso haciendo girar por el aire pedazos de carne envueltos en grandes hojas de loto. Una mujer con unas campanas atadas a sus pechos realmente me llamó la atención. Estaba haciendo un extraño baile que hacía que sus pechos se menearan, con lo que las campanas tañían y tañían y tañían. El gentío levantó una nube de polvo; todos gritaban hasta quedarse afónicos.

El hada-pájaro, que estaba en medio de la multitud, lanzaba miradas hacia adelante y hacia atrás. El mudo levantó el puño y golpeó a un hombre que estaba a su lado. En un momento determinado, un grupo de soldados entró en el recinto de la familia Sima; al cabo de unos momentos, volvieron a salir llevando a Lu Liren sobre sus cabezas. Lo lanzaban al aire; llegaba tan

alto como las copas de los árboles cercanos, y cuando caía lo atrapaban y

lo volvían a lanzar hacia arriba... ¡*Hai-ya!* ¡*Hai-ya!* ¡*Hai-ya!*
Quinta

Hermana, sujetándose la tripa y llorando, gritaba: «¡Liren!
¡Liren!».

Intentó colarse entre los soldados, pero no lo consiguió.

El Sol cruzó rápidamente el cielo, aparentemente atemorizado por el

alboroto que se había armado abajo, y se apoyó en el suelo y se puso a

descansar sobre los árboles que crecían en una colina de arena. Ahora se le

veía más relajado, y estaba de color rojo brillante, inflamado y sudoroso;

echaba vapor y jadeaba como un anciano mientras observaba a la multitud

en la calle.

Primero cayó un hombre sobre el polvo. Después cayeron otros.

Lentamente, el polvo fue volviendo a posarse sobre la tierra, y cubrió los

rostros y las manos de los hombres, y sus uniformes manchados de sudor.

Había una serie de hombres, todos tirados, yaciendo rígidamente en el

polvo bajo los rayos del sol. Cuando llegó el crepúsculo, soplaron unas

brisas frescas procedentes de los pantanos y los cañaverales, que trajeron el

penetrante silbido de un tren que atravesaba el puente. La gente levantó las

orejas para escuchar. O tal vez yo fuera el único que lo hizo.
Habíamos

ganado la Guerra de Resistencia, pero a Shangguan Jintong lo
habían

desposeído de sus amados pechos. Pensé en la muerte. Tenía
ganas de

tirarme a un pozo, o al río.

Entre la multitud, una persona que tenía puesta una chaqueta
de color

caqui surgió lentamente del polvo. Estaba a cuatro patas y
empezó a clavar

las garras en la tierra, frente a ella, desenterrando algo del
mismo color que

su chaqueta, del mismo color que todas las demás cosas que
había ahí, en

la calle. Desenterró uno y luego otro. Hicieron unos ruidos
como si fueran

salamandras gigantes. En el medio de la celebración por haber
obtenido la

victoria en la Guerra de Resistencia, Tercera Hermana, el
hada-pájaro,

había traído una pareja de gemelos al mundo.

El hada-pájaro y sus bebés me hicieron olvidarme
momentáneamente

de mis problemas. Lentamente me fui acercando a ella para
echarles un

vistazo a mis nuevos sobrinos. No tuve más remedio que
pisarles las

piernas a algunos de los hombres que yacían en medio de la
calle, y la

cabeza a otros. Finalmente, me acerqué lo suficiente como
para poder

verles la piel, arrugada en la cara y en el cuerpo, a esos dos pequeños

tipejos de color terroso. Eran calvos como un par de exuberantes calabazas

verdes. Al llorar con la boca completamente abierta emitían unos suspiros

terroríficos, y por alguna razón incomprensible me imaginé que sus

cuerpos estaban cubiertos con una gruesa capa de escamas de pescado. Di

un paso atrás y, al hacerlo, le pisé la mano a un soldado sin darme cuenta.

Pero en lugar de darme un golpe, o de gritarme, se limitó a soltar un suave

gruñido y a incorporarse con lentitud hasta quedar sentado. Después, se

puso en pie muy despacio, y cuando se limpió el polvo de la cara vi que se

trataba de Lu Liren, el marido de Quinta Hermana. Estaba buscando a su

esposa, que se esforzaba por incorporarse y sentarse sobre el césped, junto

al muro. Ella salió corriendo hacia él, le envolvió la cabeza entre sus

brazos y se puso a frotársela frenéticamente.

—¡Hemos ganado, hemos ganado, la victoria es nuestra! Llamaremos

a nuestro hijo Shengli: Victoria —dijo Quinta Hermana.

Para entonces, el Sol ya estaba agotado, como un hombre que está a

punto de terminar su jornada de trabajo y de irse a dormir un poco. La luna

escupía unos rayos de luz muy clara, que le daban el aspecto de una viuda

anémica y sin embargo hermosa. Pasando un brazo alrededor de Quinta

Hermana, Lu Liren comenzó a alejarse justo cuando Sima Ku entraba en la

aldea a la cabeza de su batallón antijaponés.

Este batallón estaba formado por tres compañías. La primera compañía era la caballería, consistente en sesenta y seis caballos de raza

cruzada, mitad de Xinjiang y mitad de Mongolia, y sus jinetes, todos ellos

armados con ametralladoras de fabricación americana. A continuación

venía la compañía de las bicicletas, consistente en sesenta y seis bicicletas

marca Camel, cuyos conductores portaban armas alemanas. En tercer lugar

estaba la compañía de las mulas, consistente en sesenta y seis mulas

poderosas y veloces y sus jinetes, todos ellos armados con carabinas

japonesas M-38. También había una pequeña unidad especial, consistente

en trece camellos que llevaban el equipamiento necesario para reparar

bicicletas, así como piezas sueltas, además de herramientas para reparar

armas, piezas sueltas y municiones. También llevaban a Sima Ku y a

Shangguan Zhaodi, así como a sus hijas, Sima Feng y Sima Huang.

Montado sobre el lomo de otro camello más iba un americano llamado

Babbitt. Sobre el último de los camellos iba Sima Ting, moreno de piel,

vestido con unos pantalones militares y una camiseta de satén color

lavanda y con cara de pocos amigos.

Babbitt, que tenía los ojos de un color azul suave, el pelo fino y rubio

y los labios muy rojos, llevaba una chaqueta de cuero rojo sobre unos

pantalones de algodón pesado, con múltiples bolsillos, y unas botas de piel

de ciervo. Su aspecto era totalmente excepcional, e iba sentado en lo más

alto del lomo de su camello, moviéndose hacia adelante y hacia atrás,

cuando entró en la aldea con Sima Ku y Sima Ting.

El batallón de Sima Ku llegó a la aldea como un remolino. Los seis

caballos de la primera línea eran negros, y los montaban guapos y jóvenes

soldados vestidos con ropa de lana de color caqui. A sus botones de cobre

les habían sacado tanto brillo que resplandecían, y lo mismo pasaba con

sus botas de montar, las ametralladoras que llevaban en la mano y los

cascos que tenían puestos en la cabeza. Incluso los negros flancos de sus

caballos resplandecían. Los caballos fueron reduciendo la velocidad a

medida que se aproximaban al lugar en el que los soldados
yacían

despatarrados sobre la tierra. Mantenían la cabeza alta y se
encabritaron

cuando sus jinetes empezaron a disparar sus armas contra el
cielo cada vez

más oscuro, una chispeante ristra de balas de fogeo que
percutía en

nuestros oídos y hacía que las hojas cayeran planeando
lentamente hasta el

suelo. Lu Liren y Shangguan Pandi se asustaron por el ruido
de los disparos

y se separaron un paso.

—¿A qué unidad pertenecéis? —preguntó Lu Liren,
levantando la voz.

—A la unidad de tu abuelo —le respondió uno de los jinetes.

Sus palabras todavía resonaban en el aire cuando una lluvia de
balas

de fusil pasó casi rozando la cabeza de Lu Liren. Se lanzó al
suelo y quedó

despatarrado en una posición muy poco elegante, pero
rápidamente se

volvió a poner de pie y gritó:

—¡Soy el comandante y comisario político del batallón de
demoliciones, y exijo ver al oficial que esté al mando!

Su grito fue sofocado por otra lluvia de balas que cayó sobre el
espacio abierto que había alrededor de ellos. Los soldados del
batallón de

demoliciones se pusieron en pie tambaleándose. Los jinetes
lanzaron a sus

caballos hacia adelante, rompiendo filas para acabar con la
confusión que

reinaba entre la multitud que se encontraba en la calle. Los caballos eran pequeños y extremadamente ágiles. Cuando avanzaban, pisando a algunos de los hombres que todavía yacían en el suelo y embistiendo contra los que ya se habían levantado, parecían un grupo de gatos en busca de alguna presa, con sus flexibles cuerpos al acecho. En cuanto el primer contingente de caballería hubo pasado, los demás los siguieron, pisándoles los talones. A su paso, impactaban contra los soldados que estaban ahí de pie y los mandaban dando vueltas y chocándose entre ellos. Todo eso iba acompañado por un coro de gritos de pánico. Parecían árboles que, por estar enraizados en el suelo, no tuvieran más remedio que permanecer quietos y recibir los golpes. Incluso después de que hubieran pasado todos los caballos, la gente que seguía en la calle no estaba completamente segura de qué era lo que acababa de suceder. Entonces llegó la compañía de las mulas. Avanzaban al paso, en ordenadas filas, y también resplandecían; sus jinetes iban sentados orgullosamente, con las armas preparadas. Entretanto, la caballería había cerrado filas y volvía a la carga, aplastando a los maltrechos grupos de gente que había quedado en la calle

entre las dos compañías. Algunos de los soldados más astutos intentaron escaparse por las pequeñas callejuelas perpendiculares a la calle, pero sus vías de escape fueron bloqueadas con rapidez por los miembros de la compañía de las bicicletas, todos vestidos con ropas de civil de color violeta y montados en sus bicicletas marca Camel. Dispararon sus armas alemanas a los pies de los que pretendían huir, levantando un montón de polvo que les llegó a la cara y los hizo volver a toda velocidad hasta el medio de la calle principal. Antes de que pasara mucho tiempo, todos los oficiales y soldados del batallón de demoliciones habían quedado encerrados, como un rebaño en su redil, enfrente de la puerta de la Casa Solariega de la Felicidad.

Los soldados de la compañía de las mulas recibieron la orden de desmontar y colocarse a un lado, abriendo así un espacio para que aparecieran sus jefes. Los soldados del batallón de demoliciones miraban fijamente al lugar por donde debían llegar; lo mismo hacían los desgraciados ciudadanos que habían quedado atrapados con ellos. Yo tuve la premonición de que estos recién llegados tendrían alguna clase de

conexión con la familia Shangguan.

El Sol casi había desaparecido bajo la colina de arena, dejando sólo un

reborde rosáceo alrededor de las melancólicas copas de los árboles. Unos

cuervos de un color entre dorado y rojizo volaban rápidamente hacia

adelante y hacia atrás por encima de las cabañas de barro de los forasteros,

y los murciélagos llevaban a cabo una exhibición de vuelo aprovechando

los brillantes fulgores del crepúsculo. El silencio reinante era señal de que

los jefes llegarían en cualquier momento.

«¡Victoria! ¡Victoria!». El poderoso grito anunció la llegada de los

jefes. Vinieron desde el Oeste, montados en camellos adornados con

guirnaldas de satén rojo.

Sima Ku llevaba un uniforme de lana color verde aceituna y, sobre la

cabeza, una gorra militar ladeada, que él llamaba la gorra del burro. De su

pecho colgaba un par de medallas del tamaño de cascos de caballo, un

cinturón plateado donde llevaba las municiones colgaba de su cintura, y

también llevaba una cartuchera con una pistola sobre el lado derecho de la

cadera. Su camello levantó la cabeza, sacó hacia afuera sus lascivos labios,

levantó sus orejas de perro de peluche y entrecerró los ojos, que estaban

rodeados por larguísimas pestañas. Sacudiendo sus cascos
ungulados,
haciendo girar su cola serpenteante y apretando las nalgas, se
abrió paso
entre las mulas como un barco lo haría entre las olas, con Sima
Ku de
orgulloso timonel. Estiró las piernas, con sus magníficas botas
de montar
de cuero, sacó pecho, se reclinó levemente hacia atrás y
levantó una mano,
envuelta en un guante blanco, para colocarse mejor su gorra de
burro. Su
aseado rostro tenía una expresión de dureza que estaba más
allá de toda
descripción; los lunares rojos de su mejilla parecían hojas de
arce después
de una helada. Era un rostro que parecía haber sido tallado de
un bloque de
madera de sándalo rojo y después barnizado con tres capas de
aceite de
árbol de tung, anticorrosivo e impermeable. Los soldados de a
caballo y los
que iban montados en mulas dieron una palmada en las culatas
de sus
armas y gritaron al unísono.
Inmediatamente detrás del camello de Sima Ku apareció otro,
el que
llevaba a su esposa, Shangguan Zhaodi. No había cambiado
mucho durante
los años que habían pasado desde que la habíamos visto por
última vez.
Estaba igual de fresca y de hermosa, con un aspecto tan dulce
como

siempre. Sobre los hombros llevaba una túnica de seda blanca, y debajo

una chaqueta de satén amarillo y unos pantalones de seda rosa muy

amplios. En los pies llevaba unos minúsculos zapatos de cuero marrón.

Unos brazaletes de jade de un intenso color verde decoraban cada una de

sus muñecas, y ocho anillos adornaban sus dedos. De los lóbulos de sus

orejas colgaban unas exuberantes uvas verdes; más adelante, yo me

enteraría de que estaban hechas de jadeita.

No debo olvidarme de mis dos honorables sobrinas. Iban montadas en

un tercer camello, detrás de Zhaodi. Dos gruesas cuerdas que pasaban entre

las jorobas conectaban dos sillas de montar tejidas con ramas enceradas.

La chica que iba en la silla de la izquierda, con el pelo lleno de flores, era

Sima Feng. La que iba en la de la derecha, también con el pelo lleno de

flores, era Sima Huang.

El siguiente en entrar en mi campo de visión fue el americano,

Babbitt. Yo no tenía ni idea de qué edad tendría, pero la luz de la vida

brillaba en sus ojos verdes y gatunos, que sólo podían ser los de un hombre

joven, los de un gallo apenas suficientemente mayor como para montar una

gallina. Llevaba una llamativa pluma en la gorra, y aunque se balanceaba

acompañadamente con los movimientos de su camello, su posición nunca dejaba de ser erecta, como un niño tallado en madera, atado a un flotador y lanzado al río. Yo estaba impresionado, incluso desconcertado. Más adelante, cuando nos enteramos de quién era, me di cuenta de que montaba en camello como si estuviera en la cabina de un avión. Era piloto de las fuerzas aéreas norteamericanas, y había aterrizado con su camello bombardero en la calle principal del Gaomi del Noreste, a la hora del crepúsculo.

Sima Ting venía en último lugar. A pesar de que era miembro de la gloriosa familia Sima, llevaba la cabeza gacha y tenía un aspecto muy desanimado. Su camello, un animal con pinta polvorienta, cojeaba de una pata.

Lu Liren se recompuso y se acercó al camello de Sima Ku para dedicarle un arrogante saludo.

—Comandante Sima —le dijo—, permítame que le dé la bienvenida, a usted y a sus hombres, en calidad de huéspedes de nuestro cuartel general, en este día de júbilo nacional.

Sima se rio tan fuerte que se balanceó de derecha a izquierda hasta

que estuvo a punto de caerse al suelo. Dio un golpe en la peluda joroba que

tenía delante y dijo a las tropas que tenía a su lado, montadas en sus mulas,

y a la multitud en general, que estaba enfrente de él y a su espalda:

—¿Habéis oído la gilipollez que me acaba de decir? ¿Cuartel general?

¿Invitados? ¡Tú, miserable camello de campo! Esta es mi casa, la tierra de

mi linaje. ¡Cuando yo nací, la sangre de mi madre empapó esta misma

calle! Vosotros sois un puñado de garrapatas; habéis estado chupando la

sangre de nuestro Concejo de Gaomi del Noreste hasta dejarlo seco. ¡Ya es

hora de que os vayáis de aquí de una vez! Corred a esconderos en vuestras

conejas, que yo voy a recuperar mi casa.

Fue un discurso lleno de pasión. Los sonidos que empleó fueron ricos

y variados. Enfatizaba cada una de las frases dándole un golpe a la joroba

de su camello, y con cada uno de los golpes, el cuello del camello se

retorcía y los soldados rugían. Además, con cada uno de los golpes, el

rostro de Lu Liren empalidecía un poquito más. Finalmente, el camello,

que ya no podía aguantar más provocaciones, se echó hacia atrás, enseñó

los dientes y lanzó a través de la nariz algo repulsivo y pegajoso que fue a

impactar sobre la cara pálida de Lu Liren.

—¡Protesto! —gritó Lu Liren, exasperado, mientras se limpiaba el

moco de la cara—. ¡Protesto enérgicamente! ¡Voy a presentar una queja

ante la máxima autoridad!

—En este lugar —dijo Sima Ku—, la máxima autoridad soy yo, y te

comunico que tú y tus hombres tenéis media hora para iros de Dalan. Si

después de ese tiempo seguís aquí, emplearé mis armas contra vosotros.

—Un día de estos —dijo fríamente Lu Liren—, recogerás con amargura lo que has sembrado.

Ignorando a Lu Liren, Sima Ku ordenó a sus tropas:

—Escoltad a nuestros amigos hasta que salgan de aquí.

Las compañías de caballos y mulas cerraron filas y se desplazaron de

Este a Oeste. Los soldados del batallón de demoliciones fueron conducidos

hacia el camino que llevaba a nuestra casa. Un centinela armado, vestido

de civil, hacía guardia de pie, cada pocos metros, a ambos lados de la ruta.

Otros habían tomado posiciones sobre los tejados de las casas.

Una media hora después, la mayor parte de los integrantes del batallón de demoliciones estaba trepando a la orilla del otro lado del Río

de los Dragones. Estaban completamente empapados, y en sus rostros

brillaba la fría luz de la luna. Las tropas que quedaban se aprovecharon de

la confusión que reinaba en el río, bien para escaparse al bosque cercano,
bien para dejarse arrastrar por la corriente río abajo hasta estar lo
suficientemente lejos como para trepar a la orilla sin que nadie los viera,
escurrir la ropa y partir hacia su hogar en la oscuridad de la noche.

Unos cien soldados, más o menos, del batallón de demoliciones,
estaban de pie al otro lado del río como pollitos mojados. Se miraban unos
a otros, algunos llorando, otros secretamente satisfechos. Después de
observar a sus tropas desarmadas y abatidas, Lu Liren dio unas vueltas y
salió corriendo hacia el río, con la intención de ahogarse. Pero sus tropas lo
atraparon y no estaban dispuestas a permitirle que lo hiciera, por lo que se
quedó de pie, en la ribera, sumido en profundos pensamientos durante unos
cuantos minutos hasta que levantó la vista y gritó, a través del río, hacia la
ruidosa multitud que había al otro lado:
—¡Sima Ku, Sima Ting, preparaos! ¡Algún día volveré para vengarme! ¡El Concejo de Gaomi del Noreste no es vuestro, nos pertenece
a nosotros! ¡Hoy lo controláis vosotros, pero llegará el día, cuando ya todo
haya sido dicho y hecho, en que sea nuestro de nuevo!
Bueno, dejemos que Lu Liren y sus hombres se retiren a lamerse las

heridas. Yo tenía mis propios problemas y me tenía que ocupar de ellos.

Pensé si prefería ahogarme en el río o en un pozo, y me decidí por el río,

porque había oído que los ríos desembocan en el océano.

Aquel año en el

que el hada-pájaro había mostrado sus poderes por primera vez, una docena

de barcos de doble mástil, más o menos, había llegado navegando por el

río.

Contemplé a los soldados del batallón de demoliciones esforzándose

por cruzar el río bajo la fría luz de la luna. Salpicando, hundiéndose,

arrastrándose, agitaban las aguas del río, enviando olas en todas las

direcciones. Las tropas de Sima no eran tacañas con sus municiones.

Dispararon sus armas sobre el río, batiendo el agua como si quisieran

ponerla a punto de nieve. Si hubieran querido acabar con el batallón de

demoliciones, habría sido tan fácil como dispararle a un pez en un barril.

Pero lo que en realidad querían era asustarlos, por lo que solamente

mataron o hirieron a una docena de hombres, más o menos.

Unos años más

tarde, cuando el batallón de demoliciones regresó luchando como una

unidad independiente, todos los soldados y oficiales que tuvieron que

enfrentarse a un pelotón de fusilamiento tuvieron la sensación de que el

castigo no era proporcional al delito.

Vadeé el río lentamente hacia las aguas más profundas. La superficie,

que estaba de nuevo en calma, reflejaba fragmentos de luz, cientos de

ellos. Las algas se enredaban en mis pies. Los peces me mordisqueaban las

rodillas con sus bocas pequeñas y calientes. Seguí avanzando hasta que el

agua me llegaba por encima del ombligo. Sentí unos espasmos en las

tripas: un hambre insoportable. Entonces, los pechos de Madre, íntimos,

reverenciados e incomparablemente dotados de gracia, se me aparecieron

en la mente. Pero ella se había puesto pimienta picante en los pezones, y

me había insistido, una y otra vez: «Ya tienes siete años, ya es hora de que

dejes de tomar el pecho». ¿Cómo es que había llegado a vivir hasta los

siete años? ¿Por qué no me habría muerto antes de alcanzar esa edad? Las

lágrimas resbalaron por mis mejillas y se me metieron en la boca.

Realmente tenía que morir, no debía permitir que ninguna comida impura

contaminara mi boca y mi tracto digestivo. Envalentonado por esa idea, di

unos cuantos pasos más hacia adelante, y de repente el agua me engulló los

hombros. Noté las oscuras corrientes que avanzaban a toda velocidad sobre el lecho del río. Fijé los pies en el suelo para resistir la fuerza del agua. Un remolino me atrajo hacia sí; estaba aterrorizado. Cuando la rápida corriente del río se llevó el fango que había bajo mis pies, sentí que caía a más y más profundidad, mientras era empujado hacia adelante, directamente hacia ese terrible remolino. Luché, tratando de resistirme a esa fuerza, y comencé a gritar. Justo en ese momento escuché los gritos de Madre: «Jintong, Jintong, hijo mío... ¿dónde estás?». Después sonó una serie de gritos de mi sexta hermana, Niandi, de Primera Hermana, Laidi, y de una voz aguda y familiar y al mismo tiempo extraña; supuse que era la voz de mi segunda hermana, la que tenía anillos en todos los dedos, Zhaodi. Con un estremecimiento, caí hacia adelante y me tragó el remolino. Cuando desperté, lo primero que vi fue uno de los pechos de Madre, maravillosamente erecto. El pezón me observaba con delicadeza, como un ojo lleno de amor. El otro pecho ya estaba dentro de mi boca, y yo lo recorría con la lengua y lo frotaba contra mis encías; un verdadero torrente

de leche dulcísima me llenaba la boca. Sentí la fuerte fragancia del pecho

de Madre. Más adelante me enteré de que Madre se había quitado el aceite

de pimienta de sus pezones con el jabón de extractos de rosa que Segunda

Hermana, Zhaodi, le había entregado en un acto de respeto filial, y de que

también se había puesto un poco de perfume francés entre los pechos.

La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la luz de una

lámpara. Una docena de velas rojas, más o menos, se habían encendido en

unos candelabros de plata que se colocaron sobre unos elevados altares. Me

di cuenta de que había varias personas sentadas y de pie rodeando a Madre,

incluyendo a Sima Ku, mi segundo cuñado, que estaba alardeando de su

nuevo tesoro: un mechero que se encendía cada vez que él presionaba uno

de sus extremos. El Joven Maestro Sima observaba a su padre desde una

cierta distancia, indiferente, sin que se pudiera apreciar ninguna clase de

intimidad entre ellos.

Madre suspiró.

—Debería devolvértelo. El pobre ni siquiera tiene nombre.

—Ya que mi nombre, Ku, significa *almacén*, llenémoslo de grano:

liang. Lo llamaremos Sima Liang —dijo Sima Ku.

Madre dijo:

—¿Has oído? Desde ahora te llamas Sima Liang.

Sima Liang le echó una mirada de indiferencia a Sima Ku.

—Buen chico —dijo Sima Ku—. Me recuerdas a mí mismo cuando

era joven. Suegra, te agradezco que hayas protegido la vida del heredero de

la familia Sima. A partir de hoy, puedes dedicarte a disfrutar de la vida. El

Concejo de Gaomi del Noreste está bajo nuestro control.

Madre respondió con un movimiento de cabeza que no la comprometía a nada.

—Si quieres demostrar tu amor filial —le dijo a Zhaodi—, almacena

un poco de grano para mí. No quiero volver a pasar hambre en la vida.

La noche siguiente, Sima Ku organizó una gran celebración para

festejar la victoria nacional en la Guerra de Resistencia y su propio regreso

a su tierra natal. Se llenaron ocho árboles con un carro lleno de guirnaldas,

de petardos y de fuegos artificiales, después los hombres aplastaron dos

docenas de *woks* de hierro, de los que se usan para cocinar el cerdo, y

desenterraron unos explosivos que habían enterrado los soldados del

batallón de demoliciones. Con todo eso, construyeron un ingenio que

explotaría con inmensa fuerza. Los fuegos artificiales estuvieron

estallando sin interrupción a lo largo de la mitad de la noche,
haciendo caer
todas las hojas y las ramas más pequeñas de los ocho árboles.
Los
sorprendentes añicos de metal del gran ingenio iluminaron la
mitad del
cielo. Mataron una docena de cerdos y otra docena de vacas, y
después
sacaron una docena de cubas de vino de la última vendimia.
Tras haber
cocinado la carne, llenaron unas enormes fuentes con ella y las
pusieron
sobre unas mesas que habían instalado en medio de la calle.
Todo el mundo
podía coger todo lo que quisiera empleando unas bayonetas
que había
clavadas en los grandes trozos de carne. Si uno cortaba una
oreja de cerdo
y se la echaba a uno de los perros que merodeaban por
alrededor de las
mesas, nadie decía nada. Las cubas de vino estaban junto a las
mesas, y al
lado de cada una de ellas colgaba un cucharón. Cualquiera que
quisiera un
trago podía acercarse y servírselo. Y si a uno le apetecía darse
un baño
dentro de la cuba, a nadie le importaba. Ese fue el día de los
glotones de la
aldea. El hijo mayor de la familia Zhang, Zhang Qian'er,
comió y bebió
hasta caer muerto ahí mismo, en medio de la calle. Cuando se
llevaban su

cadáver, el vino y la comida se le salían por la boca y por la nariz.

Capítulo 4

I

Una tarde, un par de semanas después de que el batallón de demoliciones

hubiera sido expulsado de la aldea, Quinta Hermana, Pandi, le entregó a

Madre un bebé envuelto en un viejo uniforme militar.

—Madre —le dijo—, cógela.

Pandi estaba empapada; sus finas ropas se le habían pegado completamente a la piel. A mí me atraía la visión de sus pechos

redondeados y altos. Su pelo emanaba el aroma cálido de la malta

destilada. Sus pezones, semejantes a dátiles, se agitaban bajo su blusa, y yo

apenas era capaz de contenerme para no ir a morderlos y acariciarlos. No

me atrevía a hacerlo. Pandi, que siempre había tenido un temperamento

muy fogoso, carecía de la delicadeza de Primera Hermana, y bastaba con

muy poco para que se sintiera provocada y soltara una bofetada. Tal vez

habría merecido la pena. Me alejé y me puse fuera de su vista, escondido

tras un peral, mordiéndome la lengua y deseando ser un poco más valiente.

—¡Detente ahí mismo! —le gritó Madre—. ¡Y vuelve aquí!

—Madre —le dijo Pandi con un gesto de enfado—. Yo también soy

hija tuya. Si puedes ocuparte de sus bebés, también podrías ocuparte del mío.

—¿Es que soy la canguro de esta familia? —le contestó Madre igualmente enfadada—. En cuanto tenéis un bebé, me lo venís a traer a mí.

¡Ni siquiera los perros hacen eso!

—Madre —dijo Pandi—. Cuando todo nos iba bien, tú disfrutaste

compartiendo nuestra buena fortuna. Ahora que estamos en una racha de

mala suerte, ni siquiera nuestros hijos se pueden librar. ¿Es eso? Hay que

sujetar el cuenco bien, para que no se derrame el agua.

La carcajada de Primera Hermana surgió de la oscuridad, haciéndome

sentir escalofríos en toda la espina dorsal.

—Quinta Hermana —dijo con una frialdad total—, puedes decirle a

ese Jiang que algún día lo voy a matar.

—Primera Hermana —le contestó Pandi—. ¡Es demasiado pronto

para esa clase de proclamas! Ni siquiera la muerte limpiará el nombre del

chaquetero de tu marido, Sha Yueliang, así que es mejor que intentes no

precipitarte, porque si lo haces, nadie va a poder salvarte.

—¡Dejad de pelearos! —gritó Madre antes de sentarse pesadamente

en el suelo. Una luna grande y brillante trepó al alero de nuestro tejado e

iluminó con su brillo los rostros de las chicas Shangguan, de forma que parecía que estaban cubiertas de sangre. Madre sacudió la cabeza, apenada, y se puso a sollozar—. He malgastado mi vida criando a un puñado de ingratas que me maldicen a cambio de mis esfuerzos. Salid de mi vista, todas. ¡No quiero volver a veros nunca más!

Como si fuera un fantasma, Laidi entró en el ala del lado oeste, donde comenzó a murmurar como si Sha Yueliang estuviera ahí con ella. Lingdi regresó de los pantanos como en un sueño, con un puñado de sapos croando en la mano. Entró en el recinto trepando al muro que daba al Sur.

—¿Veis? —gruñó Madre—. Unas se han vuelto locas, otras se han vuelto estúpidas. Con una vida así, ¿para qué seguir viviendo? Madre dejó a la bebita de Quinta Hermana en el suelo y luego hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Después dio media vuelta y se dirigió hacia la casa sin echarle ni una mirada al bebé lloroso. Sima Liang estaba de pie, junto a la puerta, contemplando todo lo que pasaba. Madre le dio un golpe, y un coscorrón a Sha Zaohua en la cabeza al pasar a su lado.

—¿Por qué no os vais a moriros a otra parte?

Entró y cerró con un portazo. Oímos el ruido de cosas que se lanzaban

y golpeaban en el interior de la casa. Lo último que escuchamos fue un golpe sordo y pesado, como si hubiera caído al suelo un saco de grano. A mí se me ocurrió que debía ser el ruido de Madre que se había dejado caer sobre el *kang* cuando se le pasó el enfado. No podía verla tumbada en el *kang*, pero me la imaginaba así: con los brazos totalmente abiertos y sus manos, hinchadas pero huesudas, apoyadas con las palmas hacia arriba; la izquierda sobre los dos hijos de Lingdi, que probablemente serían mudos, y la derecha sobre las dos caprichosas y bellísimas niñas de Zhaodi. La luz de la luna iluminaba sus pálidos labios. Sus pechos yacían, aplanados, sobre sus costillas, completamente exhaustos. Ese hueco entre ella y las hijas de Sima debería ser para mí, pero mi lugar había desaparecido al tener ella el cuerpo tan estirado. Fuera, en el patio, la bebita que Pandi había envuelto en un raído uniforme militar gris yacía llorando en el camino que llevaba a la casa, que estaba un poco hundido en el suelo. Nadie le hacía ningún caso. Pandi dio unas vueltas alrededor de su hija y gritó salvajemente en dirección a la ventana de Madre:

—Espero que la cuides bien. ¡Llegará el día en que Lu Liren y yo

regresemos en pie de guerra!

Golpeando la estera de paja que cubría el *kang*, Madre le contestó,

también a gritos:

—¿Quieres que la cuide bien? ¡Te diré lo que voy a hacer con ella: la

voy a tirar al río para que se la coman las tortugas, o a un pozo para que se

la coman los sapos, o a una letrina para que se la coman las moscas!

—¡Adelante, hazlo! —le dijo Pandi—. Es mi hija, y yo soy tu hija, así

que es carne de tu carne y sangre de tu sangre.

Tras hacer ese comentario, Pandi se agachó para echarle un último

vistazo a la bebita que seguía en mitad del camino y después se dio la

vuelta y se dirigió a la calle. Cuando pasó junto al ala que daba al Oeste, se

tropezó y cayó al suelo. Protestando y lamentándose, se puso en pie, se

acarició los doloridos pechos e insultó hacia la puerta:

—¡Y tú, zorra, espera y verás!

Dentro de la habitación, Laidi se rio. Pandi me escupió antes de

marcharse con la cabeza bien alta.

A la mañana siguiente, cuando nos despertamos, vimos a Madre que

estaba ordeñando a la cabra lechera blanca para darle de comer a la bebita

de Pandi, que estaba acostada en una canastilla.

En esas mañanas de primavera de 1946 sucedieron muchas cosas en la

casa de la familia Shangguan. Antes de que el Sol hubiera aparecido por

encima de las montañas, un resplandor delgado y casi transparente flotaba

por el patio. En esos momentos, la aldea todavía estaba dormida, las

golondrinas dormían en sus nidos, los grillos hacían su música en el suelo

caliente de detrás de las cocinas y las vacas rumiaban junto a sus

pesebres...

Madre se sentaba en el *kang* y, con un gemido lastimero, se frotaba

los dedos doloridos. Con un gran esfuerzo, se echaba el abrigo por encima

de los hombros e intentaba que entraran en calor sus rígidas articulaciones

para poder abotonarse el vestido. Bostezaba, se frotaba la cara y abría

mucho los ojos mientras los pies le colgaban al borde del *kang*. Después

metía las puntas de los pies en los zapatos, bajaba al suelo, se tambaleaba

un poco y se agachaba para calzárselos del todo. Entonces se sentaba en un

banco que había al lado del *kang* para ver si todos los bebés dormidos

estaban bien antes de salir al exterior con un cubo, a buscar agua. Llenaba

el cubo echando cuatro o tal vez cinco cucharones y se iba al corral a darles
de beber a las cabras.

Había cinco cabras lecheras, tres negras y dos blancas. Todas tenían la
cara alargada y fina, los cuernos curvados y largas barbas. Sus
cabezas se juntaban cuando se ponían a beber del cubo. Madre cogía una
escoba y barría sus deposiciones, haciendo con ellas un montoncito que
después sacaba del corral. Luego salía a la calle en busca de tierra fresca y
la esparcía por el suelo. Después de cepillar a los animales, volvía a buscar
más agua para limpiarles los pezones, tras lo cual se los secaba con una
toalla. Las cabras balaban satisfechas. Para entonces, el Sol ya había
salido, y sus rayos, en los que se entremezclaban el rojo y el violeta, hacían
que se retiraran los brillos de la neblina. Madre volvía a la habitación,
cogía el *wok* y lo llenaba parcialmente de agua. «¡Niandi! — gritaba—. ¡Es
hora de levantarse!». Después echaba un poco de mijo y de garbanzos
verdes para que se ablandaran durante un tiempo, antes de añadir unos
brotes de soja y de ponerle la tapa al *wok*. Se agachaba y avivaba el fuego
de la cocina con unas pajas. *Fsssss*, encendía una cerilla, dejando un rastro

de humo sulfuroso a su alrededor. A su suegra, tumbada en una cama de

paja, los ojos le daban vueltas en sus órbitas. «Vieja bruja, ¿todavía estás

viva? ¿No va siendo hora de que te mueras?», suspiraba Madre. Las

legumbres crepitaban en la cocina, llenando el aire de un agradable aroma.

¡*Pop!* Un garbanzo suelto explotaba. «Niandi, ¿ya te has levantado?».

Sima Liang llegaba, con los ojos entrecerrados, del ala este, en dirección al baño. Unas volutas de humo verde salían de la chimenea. Los

cubos de agua golpeaban uno contra otro; Niandi se dirigía al río, a por

agua. *Baa*, hacían las cabras. *Uaa*, lloraba Lu Shengli. Sima Feng y Sima

Huang sollozaban intermitentemente. Los dos niños del hada-pájaro

gruñían: *Ao-ya-ya*. El hada-pájaro salía perezosamente por la puerta. Laidi

estaba de pie, junto a la ventana, cepillándose el pelo. Los caballos, en la

calle, relinchaban; se trataba de la compañía de caballería de Sima Ku, que

se dirigía al río para que bebieran los animales. Un montón de mulas

pasaba junto a la casa; se trataba de la compañía de mulas, que regresaba

del río. Sonaban unos timbrazos; se trataba de la compañía de bicicletas,

que realizaba sus entrenamientos. «Ven a hervir un poco de agua —le decía

Madre a Sima Liang—. ¡Jintong, hora de levantarse! Baja al río a lavarte la cara». Madre llevaba fuera cinco canastillas hechas con madera de sauce, las ponía al sol y metía un bebé en cada una de ellas. «Suelta a las cabras», le decía a Sha Zaohua. La chica, muy delgada, con el pelo revuelto y los ojos todavía llenos de sueño, entraba en el corral, donde las cabras la saludaban haciendo unos amistosos movimientos con sus cabezas cornudas y le lamían la tierra que tenía adherida a las rodillas. Le hacían cosquillas con la lengua. Ella les daba unos golpecitos en la cabeza con sus minúsculas manos y las insultaba a su manera infantil: «Diablillas de rabo corto». Después de quitarles el ronزال del cuello, le daba a una de ellas un toque en la oreja. «Vamos —le decía—. Tú eres la cabra de Lu Shengli». La cabra movía la cola alegremente y de un salto se acercaba a Shengli, que estaba tumbada en su canastilla, con los brazos y las piernas levantados en el aire, llorando con desesperación. La cabra abría sus patas traseras, retrocedía hasta situarse junto a la canastilla y empujaba sus ubres contra la cara de Shengli. Sus pezones buscaban a Shengli, y Shengli

buscaba los pezones de la cabra. Ambas sabían muy bien lo que tenían que hacer para satisfacerse mutuamente. Cada uno de los pezones era largo y estaba hinchado. Como una voraz barracuda, Shengli lo atrapaba con la boca y lo apretaba fuerte. Las cabras de Mudo Grande y de Mudo Pequeño, las cabras de Sima Feng y de Sima Huang, todas iban directamente hacia su dueño o su dueña y, de la misma manera, se acercaban a la boca de su bebé, sabiendo muy bien lo que tenían que hacer para que quedaran todos satisfechos. Las cabras se agachaban, con los ojos entrecerrados y las barbas temblando ligeramente.

«Ya está hirviendo el agua, abuela», le decía Sima Liang a Madre, que se encontraba fuera, lavándose la cara.

«Déjala hervir un poco más».

Las llamas envolvían la base del *wok* que estaba sobre la cocina que Viejo Zhang, el cocinero del batallón de demoliciones, había modificado.

Sima Liang, que iba vestido solamente con unos pantalones, era delgado como un raíl y tenía una expresión melancólica en la mirada. Lingdi regresaba con el agua; los dos cubos de agua se balanceaban en los extremos de la pértiga que traía apoyada sobre sus hombros. Los rizos le

caían hasta la cintura, en una trenza que iba atada con un bonito lazo de

plástico. Las cabras iban alternando los pezones que les ofrecían a los

bebés. «Comamos», decía Madre. Sha Zaohua era la encargada de poner la

mesa, y Sima Liang, el de colocar los cuencos y los palillos. Madre servía

las gachas: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete cuencos. Zaohua y

Yunü ponían los bancos en su lugar mientras Niandi le daba de comer a su

abuela. *Slurp, slurp*. Laidi y Lingdi entraban con sus propios cuencos y se

servían la comida. Sin mirarlas, Madre murmuraba: «No estáis nada locas

a la hora de comer». Sus dos hijas salían a comerse las gachas en el patio.

«He oído que el decimosexto regimiento independiente va a reconquistar la aldea», decía Niandi.

«Come», le contestaba Madre.

Yo estaba de rodillas ante ella, mamando.

«Madre, lo has malcriado. ¿Piensas darle el pecho hasta que se case?».

«No sería la primera vez que pasa algo así», contestaba Madre. Yo iba

pasando de un pezón al otro. «Jintong —me decía ella—. Voy a seguir

hasta que te hartes». Después se volvía a Niandi. «Después del desayuno,

llévate a las cabras a pastar y trae unos ajos silvestres para la comida».

Con las órdenes de Madre, la mañana llegaba a su fin.
Shengli cruzó a través del césped andando como un pato, y el suave
verdor le acarició la espalda. Su cabra estaba pastando, y solamente
mordisqueaba las puntas más tiernas de la hierba. Su cara, humedecida por
el rocío, tenía el aspecto arrogante y desdeñoso de una joven aristócrata.
Era una época caótica y ruidosa, pero en los pastos reinaban la paz y el
silencio. Había flores por todas partes, y su fragancia era embriagadora.
Estábamos tirados en el suelo alrededor de Niandi. Sima Liang estaba
mascando un tallo de hierba, que le dejaba las comisuras de los labios
llenas de un jugo verde. Sus ojos eran de color amarillo brillante, pero no
había en ellos ninguna alegría. La expresión de su rostro y el movimiento
que hacía al mascar le daban el aspecto de una gigantesca langosta. Sha
Zaohua estaba contemplando una hormiga que, subida sobre un tallo de
hierba, se rascaba la cabeza como si estuviera buscando una forma de
escapar. Con la punta de la nariz, toqué unas flores doradas; su aroma me
hizo cosquillas y estornudé con fuerza, cosa que asustó a Sexta Hermana,
Niandi, que estaba tumbada boca arriba. Abrió los ojos de repente y me

echó una mirada desagradable, frunciendo un poco los labios y arrugando

ligeramente la nariz antes de volver a cerrar los ojos. Parecía que estaba

cómoda, tumbada ahí, al sol. Su protuberante frente estaba brillante y

despejada, sin una sola arruga a la vista. Tenía las pestañas largas y un

poquito de vello sobre el labio superior, y su barbilla se lanzaba un poco

hacia arriba, como si fuera en busca de algo. De todas las chicas de la

familia Shangguan, sólo ella tenía unas orejas carnosas y a la vez llenas de

gracia. Llevaba una blusa blanca de popelina que había heredado de

Segunda Hermana, Zhaodi, una de esas que se abotonan por el frente. Su

trenza se apoyaba sobre su pecho como si fuera una anguila. Ahora, por

supuesto, tengo que hablar de sus pechos. Sin ser especialmente grandes,

eran bien duros y todavía no se habían desarrollado por completo, por lo

que conservaban su forma incluso cuando el cuerpo del que surgían estaba

tumbado de espaldas. Su piel suave y clara asomaba por los huecos que

quedaban entre los botones de la blusa, y yo tuve la tentación de hacerles

cosquillas con un tallo de hierba, pero no me atreví. Niandi y yo nunca nos

habíamos llevado bien. Ella no podía soportar que yo todavía tomara el

pecho, y hacerle cosquillas en el pecho habría sido lo mismo que

acariciarle el culo a un tigre. Habría sido la guerra. El que mascaba tallos

segúa

mascándolos,

la

que

contemplaba

hormigas

segúa

contemplándolas. Mientras comían, las cabras blancas tenían el aspecto de

aristócratas, y las negras el de viudas. Cuando hay demasiada comida, la

gente no sabe por dónde empezar; cuando hay demasiada hierba, las cabras

tienen el mismo problema. ¡*Achús!* ¡Así que las cabras también

estornudan, y bien fuerte! Sus ubres colgaban pesadamente. Era casi

mediodía. Cogí un tallo de hierba y decidí acariciarle el culo al tigre. Nadie

notó mi presencia mientras me deslizaba furtivamente con el tallo de

hierba, acercándome más y más a una abertura de su blusa, que estaba en

tensión debido a sus protuberantes pechos. Notaba latir la sangre en los

oídos y el corazón me daba saltos en el pecho como un conejo asustado. El

tallo de hierba tocó su clara piel. No hubo ninguna reacción.

¿Estaría

dormida?

Si era así, ¿por qué no se oía su respiración? Giré el extremo del tallo,

haciendo que la otra punta se agitara. Ella movió una mano y se rascó el

pecho, pero no llegó a abrir los ojos. Probablemente pensaría que se trataba

de una hormiga. Yo empujé el tallo un poco más y le hice dar vueltas. Ella

se dio una palmada en el pecho, cogió mi tallo de hierba y se hizo con él.

Se incorporó y me clavó los ojos, sonrojándose. Yo me reí.

«¡Pequeño

bastardo! —me insultó—. ¡Madre te ha malcriado terriblemente!». Me

echó sobre el césped y me pegó en el trasero un par de veces.

«¡Pero yo no

voy a seguir malcriándote!». Y echándome una mirada llena de furia,

añadió: «¡Cualquier día de estos te vas a ahorcar colgándote de un pezón!».

Aterrorizados por este arrebató, Sima Liang escupió el tallo de hierba

que estaba mascando y Zaohua dejó de contemplar la hormiga. Ambos me

miraron, evidentemente sorprendidos, y después miraron a Niandi de la

misma manera. Yo me las apañé para ponerme a llorar tímidamente, yendo

hacia la galería, ya que tenía la sensación de que no me había salido tan

mal la cosa. Niandi se puso de pie y sacudió la cabeza con orgullo,

lanzando su trenza de un lado a otro, por detrás de la cabeza. Shengli, por

aquel entonces, había logrado llegar hasta su cabra, pero esta intentaba

alejarse de ella, por lo que la agarró de un pezón. La cabra reaccionó

enfadándose y dándole un golpe. No podría decir si los balidos posteriores

significaban que estaba llorando o qué. Sima Liang se puso en pie de un

salto y, dando una serie de fuertes gruñidos, comenzó a correr lo más

rápido que pudo, asustando a una docena de langostas de alas rojas y a

varios pajarillos de color terroso. Moviéndose velozmente con sus

esqueléticas piernas, Zaohua fue corriendo hasta una zona donde unas

flores de color violeta aterciopelado asomaban por encima de los tallos de

hierba. Yo me levanté, avergonzado, di una vuelta alrededor de Niandi, me

situé detrás de ella y empecé a darle golpes en la espalda.

—Pégame, ¿vale? —le grité con todas mis fuerzas—. ¿Cómo te

atreves?

Sus nalgas eran tan duras y firmes que me hacía daño en las manos al

golpearlas. Cuando se le agotó la paciencia, se dio la vuelta, se agachó y

soltó un gruñido: abrió la boca, me enseñó los dientes, me clavó la mirada

y dejó escapar un aterrador aullido de lobo. A mí se me ocurrió

entonces que los rostros humano y canino pueden llegar a ser muy

similares. Me empujó la cabeza hacia atrás, tirándome de espaldas al suelo,

sobre el césped.

La cabra blanca se resistió débilmente cuando Niandi la agarró por los

cuernos. Shengli se dio prisa, se deslizó debajo del animal y estiró

esforzadamente la cabeza para poder llegar al pezón de la cabra y

metérselo en la boca, mientras le pateaba el vientre con ambos pies. Niandi

le acarició las orejas a la cabra; esta movió dócilmente la cola. Me invadió

un sentimiento de tristeza. Estaba claro que mi etapa de dependencia de la

leche de Madre estaba tocando a su fin, así que tendría que encontrar algo

para reemplazarla antes de que eso ocurriera definitivamente. Lo primero

que me vino a la cabeza fueron esos largos y ondeantes fideos, pero ese

pensamiento sólo me produjo desagrado. Y arcadas. Niandi levantó la vista

y me miró con escepticismo.

—¿Qué te pasa? —me preguntó con un tono de voz que mostraba lo

repugnante que yo le parecía. Yo hice un gesto con el brazo para indicarle

que no podía contestar. Más arcadas. Ella soltó a la cabra—. Jintong —me

dijo—, ¿cómo crees que vas a ser cuando seas mayor?

Yo no estaba seguro de adonde quería llegar.

—¿Por qué no pruebas la leche de cabra? —me preguntó. La visión de

Shengli mamando ávidamente debajo de su cabra me causó una fuerte

impresión—. ¿Estás decidido a ser el causante de la muerte de Madre? —

Me sacudió por los hombros—. ¿Sabes de dónde viene la leche? Es la

sangre de Madre lo que te estás bebiendo. Hazme caso y empieza a tomar

leche de cabra.

Yo asentí sin muchas ganas.

Así que ella se acercó a la cabra negra del mudo y la atrapó.

—Ven aquí —me dijo, mientras tranquilizaba a la cabra acariciándole

el lomo—. He dicho que vengas aquí. —Envalentonado gracias a la

amabilidad de su mirada, probé a dar un paso hacia ella, y después otro—.

Tumbate debajo de su tripa. ¿Ves cómo lo hace ella?

Entonces me acosté en el césped, echado sobre la espalda.

—Gran Mudo, échate un poco para atrás —dijo ella, empujando la

cabra negra hacia atrás.

Yo miré el cielo increíblemente azul de Gaomi del Noreste.
Unos

pájaros dorados atravesaban volando el aire plateado,
planeando en las

corrientes de viento y emitiendo unos sonidos dulcísimos. En
cualquier

caso, mi visión quedó rápidamente tapada por las ubres de la
cabra, que

colgaban justo encima de mi cara. Dos grandes pezones,
semejantes a

insectos, temblaban al acercarse a mi boca. Se frotaron contra
mis labios y,

al hacerlo, el temblor aumentó, como si estuvieran intentando
forzarme a

abrir la boca. Me hacían cosquillas en los labios, como
pequeñas descargas

de electricidad, y yo me sentía inmerso en una corriente de
algo que se

parecía a la felicidad. Me había imaginado que las tetas de las
cabras eran

blandas, en absoluto elásticas, un tanto algodonasas, y que
perderían su

forma en cuanto me las metiera en la boca. Ahora sabía que en
realidad

eran flexibles y duras, muy elásticas y para nada inferiores a
las de Madre.

Mientras me acariciaban los labios empecé a notar algo
caliente y líquido.

Tenía un sabor ovejuno que pronto se volvió dulce, el sabor de
los pastos y

las margaritas. Mi voluntad cedió, dejé de apretar los dientes,
mis labios se

abrieron y la teta de la cabra se me metió rápidamente en la boca, donde
empezó a vibrar llena de excitación y a soltar poderosos chorros de
líquido; algunos de ellos chocaban contra los lados de mi boca, pero la
mayoría se dirigía directamente a mi garganta. Estuve a punto de
ahogarme. Escupí esa teta, pero otra, más rápida y decidida, ocupó su
lugar.
Moviendo la cola, la cabra se alejó caminando como si nada. Los ojos
se me llenaron de lágrimas. Tenía la boca llena de un sabor ovejuno y tenía
ganas de vomitar, pero también me había quedado el sabor a pastos y
margaritas, por lo que pronto se me pasaron las ganas de devolver. Sexta
Hermana tiró de mí hasta que me puso de pie y me cogió en brazos y
empezó a correr en círculos. Vi cómo por toda su cara brotaban las pecas.
Sus ojos parecían piedras negras que hubieran sido extraídas del fondo de
un río, limpias y brillantes. «Hermanito, mi hermanito loco —decía ella,
muy excitada—, esto será tu salvación...».
—¡Madre! —gritó Sexta Hermana—. ¡Madre, Jintong ha bebido leche
de cabra! ¡Ha bebido leche de cabra!
Desde el interior de la casa llegó el sonido de un aplauso.

Madre dejó caer el rodillo manchado de sangre al lado del *wok*, abrió enormemente la boca y trató de recuperar el aliento; su pecho subía y bajaba con violencia. Shangguan Lü estaba acostada junto a un montón de paja, con un agujero en la cabeza del tamaño de una nuez. Octava

Hermana, Yunü, estaba acurrucada al lado de la cocina. Le faltaba un trozo

de oreja, como si se la hubiera mordido una rata; la sangre todavía

rezumaba, manchándole las mejillas y el cuello. Gritaba con todas sus

fuerzas, y de sus ojos ciegos brotaba un flujo constante de lágrimas.

—¡Madre, has matado a la abuela! —Sexta Hermana se estremeció,

horrorizada.

Madre se acercó y le tocó la herida a la abuela. Después, como si le

hubieran dado una descarga eléctrica, cayó al suelo sentada.

II

Como invitados especiales que éramos, subimos a la Montaña del Buey

Reclinado por la ladera llena de césped que daba al Sudeste. Íbamos a

contemplar una demostración a cargo del Comandante Sima Ku y del joven

americano Babbitt. El viento del Sudeste soplabá bajo un cielo soleado

cuando Laidi y yo ascendíamos a la montaña montados en el mismo burro.

Zhaodi y Sima Liang compartían otro animal. Yo iba sentado delante de

Laidi, que me sujetaba desde atrás. Zhaodi iba sentada delante de Sima

Liang, que simplemente se agarraba de sus ropas, ya que no le llegaban los

brazos para abrazarse a su vientre, donde crecía un miembro de la siguiente

generación de Simas. Nuestro contingente dio un rodeo para sortear la cola

del buey y, poco a poco, fue subiendo a su lomo, en el que crecían unas

hierbas agudas como agujas coronadas por dientes de león de color

amarillo. A pesar de que nos llevaban sobre sus lomos, a los burros no les

costaba ningún esfuerzo trepar.

Sima Ku y Babbitt nos adelantaron en sus caballos, con la excitación

pintada en el rostro. Sima Ku nos hizo un gesto con el puño cuando nos

pasó. En la cima de la montaña, un grupo de gente con la piel amarilla

gritaba hacia abajo. Sima Ku levantó su fusta y la descargó sobre la grupa

de su caballo. El caballo reaccionó y comenzó a subir aún más rápido; el

caballo de Babbitt lo seguía de cerca. Montaba a caballo de la misma

manera que montaba a camello, con la parte superior del cuerpo erecta

independientemente de cuánto se balanceara de un lado para otro. Tenía las

piernas tan largas que sus estribos casi tocaban el suelo, y su caballo daba

al mismo tiempo pena y risa, pero pese a todo galopaba sin problemas.

—Vamos un poco más rápido —dijo Segunda Hermana clavando sus

talones en el vientre del burro.

Era la jefa de nuestra delegación, la respetada esposa del comandante,

y nadie se atrevía a desobedecer sus órdenes. Los representantes del pueblo

y algunas celebridades locales la siguieron sin rechistar, a pesar de que

estaban sin aliento debido a lo empinado de la cuesta. El burro que nos

llevaba a Laidi y a mí iba pisándole los talones al que transportaba a

Zhaodi y a Sima Liang. Los pezones de Laidi se frotaban contra mi espalda

a través de la tela negra de su vestido, cosa que me transportó al episodio

en el abrevadero y me llenó de un enorme placer.

En la cima de la montaña, el viento era mucho más fuerte que más

abajo. De hecho, era tan fuerte que el cataviento golpeaba con fuerza; sus

trozos de seda roja y amarilla bailaban salvajemente, como las plumas de

la cola de un faisán. Había una docena de soldados, más o menos,

descargando las cosas que llevaban los camellos encima. Estas bestias, que

solían poner cara de pocos amigos, tenían la cola y las articulaciones de las

patas traseras unidas con excrementos secos. Los ricos pastos de Gaomi del

Noreste habían hecho engordar a los caballos y a los burros del Comandante Sima, así como a las vacas y a las cabras de los lugareños,

pero habían tenido el efecto contrario en la docena, más o menos, de

penosos camellos, a los que les estaba costando aclimatarse. Parecía que

les hubieran perforado las grupas con punzones, y sus patas tenían el

aspecto de la leña seca. Sus jorobas, que en circunstancias normales eran

altas y angulosas, parecían sacos vacíos que colgaban hacia un lado, como

si estuvieran a punto de caerse al suelo.

Los soldados desenrollaron una enorme alfombra y la pusieron sobre

el césped. «¡Ayudad a la esposa del comandante a bajarse de su burro!»,

ordenó Sima Ku. Los soldados se apresuraron a bajar a la embarazada

Zhaodi del burro, y después también ayudaron a Sima Liang a que

descendiera. Después fueron la cuñada del comandante, Laidi, su cuñado,

Jintong, y su joven cuñada, Yunü. Como huéspedes de honor que éramos,

nos sentamos sobre la alfombra. Todo el resto de la gente se quedó de pie,

detrás de nosotros. El hada-pájaro intentó esconderse entre la multitud, y cuando Segunda Hermana le hizo una señal para que viniera a reunirse con nosotros, ella primero escondió la cabeza detrás de Sima Ting y después se ocultó completamente tras él. Sima Ting, que tenía dolor de muelas, se quedó ahí de pie, tapándose la mejilla hinchada con la mano. El lugar en el que estábamos sentados correspondía a la cabeza del buey; su cara estaba justo frente a nosotros. El buey parecía que se disponía a juntar la boca con el pecho. Su cara era una colina escarpada que superaba ampliamente los trescientos metros de altura sobre el nivel del mar. Los vientos nos barrían la cabeza en su viaje hacia la aldea, sobre la cual flotaba la neblina, semejante a bocanadas de humo. Intenté localizar nuestra casa, pero lo que pude distinguir fue la hermosa residencia de Sima Ku, perfectamente diseñada, con sus siete entradas. El campanario de la iglesia y la torre de vigilancia de madera parecían pequeños y frágiles. El llano, el río, el lago y los pastos estaban rodeados por una docena, más o menos, de estanques, y poblados por un rebaño de caballos del tamaño de cabras y burros pequeños como perros; se trataba de las monturas del

Batallón de Sima. También se veían seis cabras lecheras del tamaño de conejos; esas eran nuestras cabras, la grande blanca era la mía. Madre se la había pedido a Segunda Hermana, quien se la había pedido al ayudante de campo de su marido, quien había enviado a alguien al distrito de la montaña Yi Meng a comprarla. Al lado de mi cabra había una niña pequeña. Su cabeza parecía una pelotita, pero yo sabía que era una mujer joven, no una niña pequeña, y que su cabeza en realidad era mucho más grande que una pelotita, puesto que se trataba de Sexta Hermana, Niandi.

Había sacado las cabras a pastar, no por su bien sino porque ella también quería contemplar la demostración.

Sima Ku y Babbitt habían desmontado. Sus caballos, pequeños y fuertes, estaban paseando por los alrededores de la cabeza del buey, en busca de alfalfa silvestre, reconocible por sus flores de color violeta.

Babbitt se acercó a un saliente de la montaña y miró hacia abajo, como si estuviera calculando la altura. Después miró hacia arriba, al cielo; no se veía nada más que azul, así que por ese lado no habría ningún problema.

Después de realizar esas observaciones, levantó una mano, aparentemente

para comprobar la fuerza del viento, a pesar de que la bandera ondeaba con

fuerza, nuestras ropas estaban henchidas y la corriente arrastraba un halcón

por el aire como si fuera una hoja seca. Sima Ku estaba detrás de él,

repitiendo exageradamente todos sus movimientos. Su rostro reflejaba la

misma seriedad, pero yo me di cuenta de que era de cara a la galería.

—De acuerdo —dijo Babbitt secamente—, podemos comenzar.

—De acuerdo —dijo Sima Ku del mismo modo—, podemos comenzar.

Los soldados trajeron dos fardos y desataron uno de ellos. Lo que

había en su interior era una sábana de seda blanca que parecía más grande

que el mismísimo cielo, y que tenía unos cordones blancos pegados a ella.

Babbitt les indicó a los soldados que ataran los cordones a las caderas y al

pecho de Sima Ku. Cuando eso estuvo hecho, tiró de ellos para asegurarse

de que estaban bien ajustados. Después movió la seda blanca como señal

para que los soldados la estiraran todo lo que pudieran.

Cuando llegó una

ráfaga de viento, los soldados la soltaron y se hinchó formando un enorme

arco, los cordones se pusieron en tensión y arrastró a Sima Ku por el suelo.

Él intentó ponerse de pie pero no pudo y comenzó a rodar por el suelo

como un burrito recién nacido. Babbitt corrió tras él y agarró el cordón que

le pasaba por la espalda.

—Cógelo —le gritó secamente—, coge el cordón de la dirección.

Sima Ku, volviendo aparentemente en sí, lo insultó:

—Babbitt, maldito asesino...

Segunda Hermana se levantó de la alfombra de un salto y salió corriendo detrás de Sima Ku. Pero no había dado más que unos pocos pasos

cuando el viento lo arrastró más allá del saliente de la montaña,

terminando abruptamente con sus insultos. Babbitt rugió:

—¡Tira del cordón que hay a tu izquierda! ¡Tira, idiota!

Todos corrimos hacia el borde de la montaña, incluida Octava Hermana, que iba tambaleándose hasta que Primera Hermana la cogió.

Para entonces, la sábana de seda se había convertido en una nube blanca,

doblada por uno de sus extremos, y Sima Ku iba colgando debajo de ella,

dando vueltas y agitándose como un pez en un anzuelo.

Babbitt volvió a rugir:

—¡Firme, idiota, firme! ¡Prepárate para tocar tierra!

La nube se fue alejando, llevada por el viento, y descendió lentamente

hasta que aterrizó en una lejana zona verde, donde se convirtió en una

extraña manta blanca que cubría la hierba.

Durante todo ese tiempo estuvimos al borde de la montaña
conteniendo la respiración, con la boca abierta, siguiendo la
sábana blanca
con la mirada hasta que se posó en el suelo; entonces,
cerramos la boca y
volvimos a respirar. Pero rápidamente nos pusimos en tensión
de nuevo
cuando nos dimos cuenta de que Segunda Hermana estaba
llorando. De
repente, se me ocurrió que el comandante podía haber
encontrado la
muerte en la caída. Todos nuestros ojos estaban clavados en
aquella tela
blanca, esperando un milagro. Y eso fue lo que sucedió: la
sábana comenzó
a moverse y un objeto negro salió arrastrándose de debajo de
ella y se puso
de pie. Agitando los brazos, dio unos gritos de excitación que
llegaron
hasta la cima de la montaña. Desde donde estábamos nosotros,
un rugido le
contestó.
La cara de Babbitt estaba de un color rojo intenso. Le brillaba
la punta
de la nariz, como si se la hubiera untado con aceite. Después
de anudar
unos cordones alrededor de su cuerpo y de atarse el otro fardo
a la espalda,
se puso de pie, estiró los brazos para desentumecerlos y
empezó a
retroceder lentamente. No podíamos quitarle la vista de
encima, pero él no

se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor y miraba fijamente hacia adelante. Cuando hubo reulado unos diez metros, se detuvo y cerró los ojos. Movía los labios, como si estuviera murmurando un conjuro. Cuando terminó, abrió los ojos y empezó a correr. Cuando llegó a la altura a la que nos hallábamos nosotros, se lanzó al aire, con el cuerpo extendido, y comenzó a caer como una piedra. Durante un momento a mí me pareció que no estaba cayendo, sino que en realidad el saliente al que estábamos asomados estaba ascendiendo, así como todo lo que había debajo. Entonces, de repente, una flor de un blanco purísimo, la más grande que había visto en mi vida, floreció en el cielo azul, sobre la hierba verde. Un rugido saludó a esta enorme flor blanca, llevada por el viento, bajo la cual colgaba firmemente Babbitt, como la pesa de una balanza. Tocó tierra en cuestión de segundos, justo en el medio de nuestro pequeño rebaño de cabras, que huyeron en todas direcciones como conejos asustados. Súbitamente, la gran flor blanca se deshizo sobre sí misma, como una burbuja, tapando a Babbitt y a la pastora Niandi. Sexta Hermana se estremeció del susto cuando una capa de blancura

cayó sobre ella. Sus cabras huyeron en todas direcciones y ella levantó la

mirada hasta encontrarse con el rosáceo rostro de Babbitt, que colgaba de

la nube blanca y no dejaba de sonreír. ¡Un dios había descendido a la tierra

de los mortales! O, al menos, eso fue lo que pensó ella. Como si estuviera

en trance, lo contempló caer rápidamente hacia ella, y su corazón se llenó

de reverencia y de un ardiente amor por él.

Todos los demás estiramos la cabeza hacia el abismo para ver qué

había pasado ahí abajo.

—Esto, sin ninguna duda, nos va a abrir los ojos —dijo Huang Tianfu,

que regentaba la tienda de ataúdes—. Un dios. He vivido setenta años y al

fin he visto a un dios descender a la tierra de los mortales.

El señor Qin el Segundo, que daba clases en la escuela de la localidad,

se acarició la barba de chivo, y suspiró.

—Al Comandante Sima ya se le notaba algo especial desde el día en

que nació. Cuando era alumno mío, me di cuenta de que estaba destinado a

hacer grandes cosas.

El señor Qin y el señor Huang estaban rodeados por los ancianos de la

aldea, y todos ellos estaban alabando a Sima Ku con expresiones similares

pero diferentes tonos de voz, maravillados por el espectacular milagro que

acababan de contemplar.

—No os podéis imaginar lo diferente que era de los demás — dijo el

señor Qin en voz alta para atraer la atención hacia sí y que quedara claro

que él había tenido una relación especial con Sima Ku, el hombre que

podía volar como un pájaro.

Un ruido agudo y penetrante llegó por el aire desde algún lugar más

allá de la multitud. Se parecía ligeramente al sonido que hace un pequeño

cachorro cuando llora reclamando su pezón, y se parecía más a los

chillidos de las gaviotas volando en círculos alrededor de los barcos, en el

río, que habíamos escuchado muchos años atrás. La carcajada del señor

Qin el Segundo se detuvo de forma abrupta, y la expresión de alegre

orgullo que tenía en el rostro se desvaneció. Todos nos dimos la vuelta

para ver de dónde había venido ese extraño sonido. Nos dimos cuenta de

que lo había hecho Tercera Hermana, Lingdi, pero apenas quedaba de ella

algo de «Tercera Hermana». Cuando emitió ese ruido extraño, agudo y

penetrante que nos hizo estremecer, se había transformado casi por

completo en el hada-pájaro. La nariz se le había convertido en un pico, los

ojos se le habían vuelto de color amarillo, el cuello se le había retraído

hasta quedar oculto en su torso, el pelo se le había transformado en plumas

y sus brazos ahora eran alas, que batió hacia arriba y abajo mientras

trepaba por la cada vez más escarpada ladera de la montaña, chillando

como si estuviera sola en el mundo y dirigiéndose directamente hacia el

precipicio. Sima Ting intentó interponerse para detenerla, pero no lo

consiguió, y el único resultado que obtuvo fueron unos cuantos desgarrones

en la ropa. Cuando salimos de nuestro asombro, ya estaba planeando por el

aire, tras saltar desde el precipicio. Prefiero decir que estaba *planeando* a

decir que se estaba *desplomando*. Una leve neblina verde se elevó del

césped.

Segunda Hermana fue la primera en echarse a llorar. El ruido que

hacía era muy molesto. Parecía totalmente natural que el hada-pájaro se

lanzara a volar desde un precipicio, así que ¿por qué lloraba? Pero

entonces, Primera Hermana, a quien yo siempre había considerado cínica y

traicionera

como

una
serpiente,
también
se
puso
a
llorar.

Inexplicablemente, incluso Octava Hermana, que no podía ver nada, se

unió a ellas. Su llanto sonaba como si estuviera hablando en sueños, y

estaba lleno de la pasión de alguien que necesitara pedir permiso para

desahogarse y expresar sus sentimientos. Un día, mucho después, Octava

Hermana me confesó que el ruido que hizo Tercera Hermana al impactar

contra el suelo le pareció como el del cristal cuando se rompe.

La multitud estaba excitada y estupefacta. La gente tenía la cara

petrificada y la mirada perdida. Segunda Hermana le hizo un gesto a un

soldado para que trajera una mula y se montó encima de ella, cogiéndose

del corto cuello del animal y saltando sobre su lomo. Clavó los talones en

el vientre de la mula, haciéndola salir al trote rápido. Sima Liang empezó a

correr detrás de la mula, pero fue detenido por un soldado antes de que

hubiera dado más de un par de pasos. El soldado lo levantó en brazos y lo

sentó sobre el caballo en el que había ido montado su padre,
Sima Ku,

hacía un rato.

Como si fuéramos un ejército en ruta, empezamos a descender
la

Montaña del Buey Reclinado. ¿Qué estarían haciendo Babbitt
y Niandi

bajo la nube blanca en aquel momento? Mientras bajaba a
lomos de mi

mula por el sendero montañoso, me exprimí el cerebro
intentando crear

una imagen de Niandi y de Babbitt bajo el paracaídas. Lo que
creo que vi

fue lo siguiente: él estaba de rodillas delante de ella,
sosteniendo un tallo

de hierba en la mano y cepillándole el pecho con sus
estambres

aterciopelados, igual que yo había hecho hacía no mucho
tiempo. Ella

estaba acostada, boca arriba, con los ojos cerrados, gimiendo
con

satisfacción, como un perro cuando se le acaricia la panza. Ahí
está,

levantando las patas y moviendo el rabo por el suelo de acá
para allá. ¡Y

ella hace lo que sea necesario para satisfacer a Babbitt! No
hacía mucho

había estado a punto de despellejarme por haberle hecho
cosquillas con un

tallo de hierba. Esa idea me malhumoró, aunque había en mí
mucho más

que mal humor. También había un sentimiento erótico
semejante a una

llama que me lamiera el corazón.

—¡Zorra! —la insulté, apretando las manos como si quisiera estrangularla.

Laidi se dio la vuelta.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó.

—Babbitt —murmuré yo—, Babbitt, el diablo americano de Babbitt

ha cubierto a Sexta Hermana.

Para cuando terminamos nuestra lenta y serpenteante bajada de la

montaña, Sima Ku y Babbitt ya se habían librado de sus cordones y estaban

de pie, con la cabeza gacha, frente a un terreno cubierto de un exuberante

césped verde. Tercera Hermana estaba tumbada pesadamente sobre el suelo

fangoso, boca arriba. El barro y la hierba se alternaban a su alrededor. La

expresión aviar había abandonado su rostro sin dejar ninguna huella. Tenía

los ojos ligeramente abiertos, y de su cara todavía sonriente emanaba una

sensación de tranquilidad. Los fríos haces de luz que surgían de sus ojos

me aguijoneaban el pecho y penetraban hasta mi corazón. Tenía el rostro

pálido y los labios parecían haber sido pintados con tiza. De la nariz, las

orejas y los ojos le salían unos hilillos de sangre, y unas cuantas hormigas

rojas le corrían muy excitadas por la cara.

Segunda Hermana se acercó lo más rápido que pudo, cayó de rodillas

ante el cuerpo de Tercera Hermana y dijo, estremeciéndose:

—Tercera Hermana, Tercera Hermana, Tercera Hermana...

Le pasó un brazo por debajo del cuello, como si quisiera ayudarla a

incorporarse, pero tenía el cuello blando y flexible como un trozo de goma,

y lo único que pudo hacer fue estirárselo. La cabeza quedó apoyada sobre

la articulación del brazo de Segunda Hermana, como un ganso muerto.

Rápidamente, Segunda Hermana apoyó de nuevo en el suelo la cabeza de

Tercera Hermana y le cogió la mano. También estaba blanda y flexible

como la goma. Segunda Hermana lloró y lloró.

—Tercera Hermana, oh, Tercera Hermana, ¿por qué nos has dejado?

...

Primera Hermana ni lloró ni gritó. Simplemente se arrodilló al lado de

Tercera Hermana y miró a la gente que estaba de pie a su alrededor. No

podía enfocar los ojos y tenía una mirada perdida, superficial, difusa. La

escuché suspirar y vi cómo se echaba hacia atrás y arrancaba la corola

aterciopelada de una delicada flor violeta, con la que limpió la sangre que

había salido de la nariz de Tercera Hermana, después la de los ojos y

finalmente la de las orejas. Una vez que hubo limpiado la sangre, se acercó la flor violeta a la nariz y la olió, inspiró completamente su aroma, y mientras lo hacía vi que una extraña sonrisa se dibujaba en su rostro y que los ojos se le iluminaban como a una persona que está en un cierto estado de intoxicación. Tuve la vaga sensación de que el alma trascendental, perteneciente a otro mundo, del hada-pájaro, estaba entrando en el cuerpo de Laidi a través de la corola aterciopelada y violeta de esa flor.

Sexta Hermana, que era la que más me preocupaba, se fue abriendo paso a codazos a través de la multitud de mirones y se acercó lentamente al cuerpo de Tercera Hermana. No se arrodilló ni lloró. Simplemente se quedó de pie a su lado, en silencio, tocándose nerviosamente el extremo de su coleta, con la cabeza gacha. En un determinado momento se sonrojaba, y un instante después su rostro empalidecía, y parecía una niña pequeña que se hubiera portado mal, aunque ya tenía el porte y el cuerpo de una mujer joven. Su pelo era negro y brillante, sus nalgas se levantaban tras ella, casi como si tuviera una tupida cola roja escondida ahí. Llevaba un

vestido *cheongsam* de seda blanca que había heredado de Segunda

Hermana, Zhaodi. Iba descalza, y tenía unos rasguños rojizos en las

rodillas provocados por las afiladas hojas de los cardos. La parte de atrás

de su *cheongsam* estaba llena de hierbas y florecillas silvestres aplastadas:

puntitos rojos aquí y allá, entre las grandes manchas de color verde

brillante... mis pensamientos se desplazaron bajo la nube blanca que la

había cubierto a ella y a Babbitt tan delicadamente, los tallos de hierba...

la cola tupida... mis ojos eran como sanguijuelas que le estuvieran

chupando la sangre, tan fuertemente estaban adheridos a sus pechos. Los

elevados y arqueados pechos de Niandi, con sus pezones como cerezas,

quedaban resaltados por la seda de su *cheongsam*. La boca se me llenó de

una saliva ácida. A partir de aquel momento, cada vez que veía un bonito

par de pechos, la boca se me llenaría de saliva. Yo anhelaba cogerlos,

mamar de ellos, anhelaba arrodillarme delante de todos los maravillosos

pechos que había en el mundo y entregarme a ellos como su hijo más

fiel... ahí estaban, protuberantes, y la seda blanca tenía una mancha como

de baba de perro, y me dolía en el alma, como si hubiera sido testigo

presencial de una escena en la que Babbitt le mordía los pezones a mi sexta

hermana. El cachorro de ojos azules había levantado la vista para observar

su barbilla, y mientras tanto ella le había acariciado el cabello dorado de su

cabeza con las mismas manos con las que me había golpeado tan

violentamente la espalda. Y eso que lo único que yo le había hecho era

cosquillas, y él incluso la había mordido. El terrible dolor que esto me

causaba suavizó mi reacción ante la muerte de Tercera Hermana. Pero

entonces, el llanto de Segunda Hermana me perturbó, y el llanto de Octava

Hermana era el sonido de la naturaleza, que me traía a la mente los

maravillosos recuerdos que tenía de la generosidad de Tercera Hermana, de

sus increíbles actos que podían lograr que los árboles se doblaran y que las

hojas cayeran, que podían provocar sacudidas en la tierra y temblores en el

cielo y que podían incitar a los fantasmas a aullar y a los demonios a

sollozar.

Babbitt dio unos cuantos pasos, acercándonos sus labios enrojecidos,

tan tiernos y suaves, y su roja cara, que estaba cubierta por una pelusilla

blanca. Sus pestañas eran blancas, y tenía la nariz grande y el cuello muy largo. Todos sus rasgos me resultaban desagradables. Abrió los brazos.

—Qué desgracia —dijo—, qué terrible desgracia. ¿Quién podía habérselo imaginado? —Dijo todo esto en un extraño idioma extranjero que ninguno de nosotros comprendía, y añadió algunos comentarios en chino que sí entendimos—: Vivía engañándose, creía que era un pájaro...

Las personas que se habían congregado a nuestro alrededor comenzaron a hablar entre ellas, principalmente sobre la relación que habían tenido el hada-pájaro y Hombre-Pájaro Han, y posiblemente mencionaron en algún momento a Sol Callado e incluso también a los dos hijos. Yo no sentía ningún interés en lo que decían, y en cualquier caso tampoco habría podido oírlo, ya que tenía en los oídos un zumbido que provenía de un avispero que había en la colina. Junto a él, un mapache estaba sentado, en cuclillas, enfrente de una marmota, un animal redondeado y carnoso con un par de minúsculos ojos muy juntos. Guo Fuzi, el hechicero de la aldea, que era un experto en comunicarse con los espíritus empleando la ouija y en capturar fantasmas, también tenía unos

ojos minúsculos y muy juntos y por eso se había ganado el apelativo de

«Marmota». Dio un paso adelante, surgiendo de entre la multitud, y dijo:

—Tío mayor, está muerta, y no la traeremos de nuevo a la vida llorando. Hace calor, así que llévala a casa, organízale un funeral y ponía a descansar en la tierra.

Yo no sabía qué tipo de relación de dependencia tenía con Sima Ku

para llamarlo Tío mayor, y tampoco sabía quién podría explicármelo. Pero

Sima Ku asintió con la cabeza y se frotó las manos.

—¡Mierda! —dijo—. ¡Qué terrible giro han dado las cosas!

Marmota estaba de pie detrás de mi segunda hermana, y sus minúsculos ojos se movían de un lado para otro.

—Tía mayor —dijo—, está muerta, y son los vivos los que cuentan. Si

sigues llorando así, ahora que estás embarazada, podría ocurrir una

verdadera tragedia. Además, ¿era nuestra tía una persona de verdad?

Después de todo, no, no lo era, era un hada entre los pájaros que había sido

enviada al mundo de los mortales como castigo por haber picoteado los

melocotones de la inmortalidad de la Madre del Oeste. Ahora que ha

concluido el tiempo que le había sido otorgado, ha regresado con

naturalidad al país de las hadas al que pertenece. Tú viste con tus propios

ojos el aspecto que tenía cuando caía por el precipicio, como si estuviera

borracha, como si se estuviera quedando dormida entre el cielo y la tierra,

flotando delicadamente. Si hubiera sido humana, no habría podido caer con

tanta gracia y desenvoltura...

Mientras hablaba del cielo y la tierra, Marmota intentaba levantar a

Segunda Hermana y ponerla de pie.

—Tercera Hermana —seguía diciendo ella—, qué muerte tan terrible...

—Bueno, basta —dijo Sima Ku haciendo un gesto de impaciencia con

la mano—. Ya es suficiente. Deja de llorar. Para alguien como ella, la vida

era un castigo. La muerte le ha dado la inmortalidad.

—Es culpa tuya —protestó Segunda Hermana—. ¡Tú y tus experimentos de piloto!

—Y he volado, ¿no? —dijo Sima Ku—. Vosotras, las mujeres, no

entendéis esta clase de acontecimientos. Oficial Jefe Ma, dispon que unos

hombres se la lleven de vuelta a casa, y después compra un ataúd y

encárgate de la organización del funeral. Ayudante Liu, lleva los

paracaídas otra vez a lo alto de la montaña. El Consejero Babbitt y yo

vamos a volar de nuevo.

Marmota consiguió que Segunda Hermana se pusiera de pie y se

dirigió a la multitud, diciendo:

—Vamos, todos, echad una mano.

Primera Hermana seguía de rodillas en el suelo, oliendo su flor, la que

se había manchado con la sangre de Tercera Hermana.

Marmota le dijo:

—Tía mayor, no hay ningún motivo para estar así de triste. Ha vuelto

al país de las hadas, y eso debería llenarnos a todos de alegría...

Acababa de pronunciar estas palabras cuando Primera Hermana

levantó la vista, sonrió de manera misteriosa y miró fijamente a Marmota.

Él murmuró algo pero no se atrevió a decir nada más, y se perdió a toda

prisa entre la multitud.

Laidi, llevando su corola de color violeta, se puso de pie con una

sonrisa dibujada en el rostro. Dio unos pasos hasta donde estaba el cadáver

del hada-pájaro, miró fijamente a Babbitt y se cubrió el cuerpo con su

holgada túnica negra. Se movía nerviosamente, como alguien con la vejiga

llena. Dio unos cuantos pasitos dramáticos, tiró a un lado la corola y se

lanzó sobre Babbitt, pasándole los brazos alrededor del cuello y pegando el

cuerpo contra el suyo.

—Lujuria —murmuró, como si tuviera fiebre—, sufrimiento...

Babbitt tuvo que luchar para poder soltarse de su abrazo. Con el rostro

cubierto de sudor, dijo, combinando palabras extranjeras con términos

autóctonos:

—No, por favor... No es a ti a quien yo quiero...

Como si fuera un perro con los ojos enrojecidos, Primera Hermana

escupió todos los comentarios ruines que se le ocurrieron, y después volvió

a lanzarse contra Babbitt. Él consiguió, a duras penas, evitar sus asaltos,

una, dos, tres veces, y acabó protegiéndose detrás de Sexta Hermana. A ella

no le gustó tener que servirle de protección, por lo que empezó a girar

sobre sí misma, como si fuera un perro que intenta librarse de una campana

que tiene atada a la cola. Primera Hermana se puso inmediatamente a dar

vueltas tras ella, mientras Babbitt, doblado por la cintura, luchaba por

mantener a Sexta Hermana entre él y su atacante. Dieron tantas vueltas que

me mareé, y un caleidoscopio de imágenes pasó ante mis ojos: caderas

arqueadas, torsos al ataque, nuca brillantes, caras sudorosas, piernas

torpes... Mi cabeza volaba, mi corazón era una tormenta de emociones.

Los aullidos de Primera Hermana, los gritos de Sexta Hermana, los jadeos

entrecortados de Babbitt y las ambiguas miradas de la gente que los observaba. Unas aceitosas sonrisas decoraban los rostros de los soldados, y los labios se les entreabrían y las barbillas les temblaban. Las cabras, con las ubres tan llenas que casi rozaban el suelo, se dirigieron hacia nuestra casa formando una perezosa fila; mi cabra iba al frente, abriendo camino. Brillaba el pelaje de los caballos y las mulas. Los pájaros graznaban mientras volaban en círculos por encima de nosotros, cosa que seguramente significaba que sus huevos estaban enterrados en el cercano césped. El pobre césped maltrecho. Los tallos de las flores destrozados por pies descuidados. Una temporada de libertinaje. Segunda Hermana al fin logró agarrar la túnica negra de Primera Hermana. Primera Hermana se estiró intentando atrapar a Babbitt con ambas manos. Los sucios términos que salían de su boca hacían que la gente se sonrojara de vergüenza. La túnica se le rasgó por la costura, dejando a la vista un hombro y parte de la espalda. Segunda Hermana pegó un salto y abofeteó a Primera Hermana, que dejó de luchar instantáneamente. En las comisuras de los labios se le había juntado una baba espumosa, y sus ojos parecían de vidrio. Segunda

Hermana la abofeteó una y otra vez, un poco más fuerte en cada ocasión.

Unos regueros de oscura sangre salieron serpenteando de su nariz y la

cabeza le dio un golpe contra el pecho como un girasol exhausto que se

dobra, y después cayó al suelo de cabeza.

Agotada, Segunda Hermana se sentó en el césped, jadeando entrecortadamente. Sus jadeos pronto se convirtieron en sollozos. Se

empezó a dar puñetazos en las rodillas como si quisiera marcar el ritmo de

sus sollozos.

Sima Ku no podía ocultar la excitación que había en su mirada. Tenía

los ojos clavados en la espalda desnuda de Primera Hermana. Una

respiración áspera, fuerte. No dejaba de frotarse los pantalones con las

manos, como si las tuviera manchadas con algo que nunca se limpiaría por

mucho que se frotara.

III

El banquete de bodas se organizó en la iglesia, que acababa de ser

encalada, al atardecer. Había una docena de bombillas brillantes, más o

menos, que colgaban de las vigas e iluminaban el *hall* con más fuerza que

la luz del día. Una máquina, en el pequeño patio, traqueteaba ruidosamente, enviando unas misteriosas corrientes eléctricas, a través de

cables, hasta las bombillas, que emitían una poderosa luz que vencía a la
oscuridad y atraía a las polillas, que morían chamuscadas en cuanto las
rozaban, y caían sobre las cabezas de los oficiales del Batallón de Sima y
de los altos cargos de Dalan. Sima Ku iba vestido con su uniforme. Su
rostro estaba radiante en el momento en que se puso de pie ante la cabecera
de la mesa y se aclaró la garganta.
—Por todos vosotros, miembros de la milicia y autoridades locales —
dijo—. El banquete de esta noche se ha organizado para celebrar el
matrimonio entre nuestro estimado amigo Babbitt y mi joven cuñada
Niandi. Un acontecimiento tan feliz se merece un aplauso de todo corazón.
Todo el mundo aplaudió con mucho entusiasmo. Ocupando la silla de
al lado de Sima Ku, vestido con un uniforme blanco y con una flor roja
metida en el bolsillo de la camisa, estaba como invitado de honor, también
radiante, el joven americano. Su pelo rubio, fijado con aceite de cacahuete,
estaba tan reluciente como si se lo hubieran lamido los perros. Niandi, que
estaba sentada en una silla a su lado, llevaba un vestido blanco, con un
escote muy amplio que dejaba ver la mitad superior de sus pechos. Yo casi

me desmayo. Durante la ceremonia de la boda, que se había celebrado más

temprano aquel mismo día, Sima Liang y yo habíamos recorrido la iglesia

tras ella, llevando la larga cola de su vestido, semejante a la de un faisán.

Llevaba en el pelo dos enormes rosas chinas. En su rostro, muy empolvado,

se dibujaba una expresión de alegre autocomplacencia. Afortunada Niandi,

qué poca vergüenza tenías. ¡Los huesos del hada-pájaro todavía no estaban

fríos, y tú ya te habías casado con el americano!

Sima Ku alzó una copa que tenía un brillo rojo por el vino que había

en su interior.

—El Señor Babbitt nos llegó del cielo, el cielo nos dio a Babbitt.

Todos vosotros fuisteis testigos personalmente de su demostración de

vuelo, y él también conectó estas lámparas eléctricas que nos están

iluminando. —Entonces se detuvo y señaló a las vigas—. Esto, amigos

míos, es la electricidad. Se la hemos robado al Dios del Trueno. Desde el

momento en que Babbitt apareció entre la niebla, a las fuerzas de nuestra

guerrilla les ha salido todo muy bien. Babbitt es el General de la Buena

Fortuna de nuestras tropas; ha llegado hasta nosotros con un montón de

estrategias brillantes. En breves momentos, hará una demostración que nos

dejará verdaderamente boquiabiertos a todos.

Entonces se dio la vuelta y señaló la sábana blanca que había sobre la

pared de detrás del estrado desde el que el Pastor Malory había predicado

en tiempos, y que después le había servido a la Señorita Tang, del batallón

de demoliciones, para soltar su arenga de resistencia contra los japoneses.

Un velo de oscuridad me ocultó los ojos: las luces eléctricas me estaban

cegando.

—Ahora que hemos ganado la guerra, el Señor Babbitt ha dicho que

quiere irse a casa. Para asegurarnos de que eso no ocurra, debemos hacer

todo lo que sea necesario para retenerlo aquí, debemos demostrarle todo lo

que sentimos por él. Y por eso me he decidido a ofrecerle a mi joven

cuñada, más hermosa que los ángeles del Cielo, en matrimonio. Brindemos

ahora por la felicidad del Señor Babbitt y de la Señorita Shangguan Niandi.

¡Por ellos!

Los invitados se pusieron de pie ruidosamente, chocaron sus copas y

las apuraron diciendo:

—¡Por ellos!

Niandi alzó su copa, mostrando el anillo de compromiso de oro que llevaba en el dedo, y la chocó contra la copa de Babbitt. Después brindó con Sima Ku y Zhaodi. En las pálidas mejillas de Zhaodi, que todavía no había recuperado las fuerzas después de dar a luz, se veían unas manchas rojas muy poco saludables.

—Ya es hora de que la novia y el novio beban —dijo Sima Ku—. A ver, vosotros dos, enlazad los brazos.

Obedeciendo, Babbitt y Niandi se engancharon por los brazos y se bebieron torpemente el vino que les quedaba en las copas, provocando un estruendoso delirio en los invitados, que inmediatamente brindaron por los recién casados antes de sentarse de nuevo y entrar en combate con sus palillos; las docenas de bocas que estaban masticando, todas al mismo tiempo, producían una irritante cacofonía de labios grasientos y mejillas sudorosas.

Sentados en nuestra mesa, junto a mí y a Sima Liang, Sha Zaohua y Octava Hermana, había un montón de mocosos que yo no conocía. Estuve observando cómo comían. Zaohua fue la primera que tiró los palillos y empezó a usar las manos. Tenía una pata de pollo en una mano y una

pezuña de cerdo en la otra y se las comía alternando un bocado de cada

una. Para ahorrar energía, los niños mantenían los ojos cerrados mientras

roían y mascaban, imitando a Octava Hermana, cuyas mejillas parecían

estar ardiendo y cuyos labios eran como nubes de color escarlata. Estaba

más hermosa que la novia. Cuando los niños empezaron a coger la comida

de las fuentes con las manos, sus ojos se abrieron. A mí me entristecía

verlos descuartizando los cuerpos de esos animales muertos.

Madre se había opuesto a que Sexta Hermana se casara con Babbitt,

pero ella le había dicho: «Madre, nunca le he contado a nadie que mataste a

la abuela». Eso había hecho que Madre se callara. Madre, con el aspecto de

una hoja que se hubiera secado al llegar el otoño, dejó de interferir en la

planificación de la boda. El banquete avanzaba según lo previsto: las

conversaciones en las mesas, y entre mesas distintas, habían terminado a

medida que se imponían los juegos de beber. Las existencias de alcohol

parecían infinitas, los platos seguían llegando desde la cocina como un

torrente y los camareros uniformados de blanco correteaban entre las

mesas con las bandejas alineadas con sus brazos. «Abran paso, aquí llegan

las albóndigas braseadas; abran paso, aquí llegan los capones a la parrilla;

abran paso, aquí llega el pollo estofado con champiñones».

Los invitados que había sentados en nuestra mesa eran todos «generales del plato limpio». Al grito de «abran paso, las costillas de cerdo

glaseado», unas relucientes costillas de cerdo apenas habían aterrizado en

el centro de nuestra mesa cuando varias manos grasientas se lanzaron a por

ellas. ¡Quema! Cogieron aire, intentando refrescarse la boca, como

serpientes venenosas. Pero ni siquiera eso sirvió para que tuvieran las

manos quietas; inmediatamente prosiguieron atrapando y despiezando los

grandes trozos de carne. Si la carne caía sobre la mesa, la recogían y se la

llevaban a toda prisa a la boca. No podían parar. Estiraban el cuello y

tragaban, con la boca abierta, frunciendo el ceño, mientras unas lágrimas

les asomaban en los ojos. En unos instantes, en la bandeja no quedaba nada

de carne ni de piel, nada más que unos huesos de color blanco plateado.

Después, incluso los huesos desaparecieron del plato; había llegado el

momento de roer las articulaciones y los tendones. Una luz verde brillaba

en los ojos de aquellos que no habían logrado atrapar nada y habían tenido

que conformarse con chuparse los dedos. Tenían el vientre hinchado como
pequeñas pelotas de cuero, y sus esqueléticas piernas colgaban tristemente
de los bancos. De sus estómagos brotaban unas burbujas verdosas
emitiendo un extraño ronroneo. Abran paso, el pescado agridulce. Un
camarero bajito y con una enorme panza, prominente mandíbula y mejillas
flácidas, todo vestido de blanco, apareció trayendo una enorme bandeja de
madera sobre la que había una fuente de cerámica blanca que contenía un
gran pescado amarillo braseado. Lo seguía una docena de camareros más,
cada uno más alto que el anterior y todos ellos vestidos de blanco; todos
llevaban idénticas bandejas de madera con idénticas fuentes de cerámica
blanca que contenían pescados amarillos braseados muy similares. El
último se parecía a una pértiga de transporte. Colocó la bandeja en el
centro de nuestra mesa y me hizo una mueca a mí. Su cara me resultaba
familiar. Tenía la boca torcida, uno de los ojos cerrado y la nariz surcada
de arrugas. Yo había visto su cara en algún otro lugar, pero ¿dónde?
¿Habría sido en la boda de Pandi y Lu Liren, del batallón de demoliciones?

El costado del pescado agri dulce estaba agujereado a cuchillo desde la

cabeza hasta la cola, y los agujeros estaban rellenos con un sirope agrio de

color naranja. Uno de sus ojos opacos estaba oculto bajo un lecho de

cebollas de color verde esmeralda; su cola triangular colgaba melancólicamente fuera de la fuente, como si todavía pudiera moverse

ligeramente. Las pequeñas garras grasientas atacaron tentativamente, y

como yo no tenía valor para contemplar cómo desfiguraban al pescado,

miré para otra parte. Más allá, en la mesa presidencial, Babbitt y Niandi

estaban de pie, con una copa de vino en la mano y con los brazos que les

quedaban libres entrelazados. Con una especie de gracia femenina, se

acercaron a nuestra mesa, en la que todas las miradas, salvo la mía, estaban

puestas sobre el cuerpo desfigurado del pobre pescado, cuya mitad superior

había quedado reducida a una espina dorsal azulada. Una pequeña garra

aferró la espina y la sacudió, con lo que las partes comestibles de la mitad

inferior se separaron de ella. En todos los platos que había sobre la mesa se

amontonaban unas pilas informes de pescado humeante. Como cachorros

de bestias salvajes, los niños se llevaban sus presas a su refugio para darse

un festín tranquilo. Ahora sólo quedaban la cabeza del
pescado, una bonita

y delicada cola y la espina dorsal que las unía. El mantel
blanco estaba

todo desordenado por todas partes salvo frente a mí; mi sitio
era un espacio

de pureza entre la basura, en el medio del cual había un vaso
lleno de vino

tinto.

—Brindemos, mis pequeños y queridos amigos —dijo Babbitt
simpáticamente, alzando su copa.

Su mujer también alzó su copa. Tenía algunos de los dedos
doblados

para agarrarla; los demás estaban estirados. Era como una
orquídea, con un

anillo de oro reluciendo en el centro. Un brillo frío y blanco
surgía de la

mitad superior de su pecho, que estaba descubierta. Mi
corazón empezó a

latir con fuerza.

Mis compañeros de mesa se pusieron en pie de un salto, con la
boca

completamente llena de pescado y la punta de la nariz, e
incluso la frente,

brillando por el aceite. Sima Ling, que estaba a mi lado,
engulló su bocado

de pescado y cogió una esquina del mantel para limpiarse las
manos y la

boca. Mis manos estaban limpias y suaves, mi aspecto era
intachable y el

pelo me relucía de lo brillante que estaba. Mi aparato digestivo
nunca

había recibido la demanda de procesar el cadáver de un animal, y mis
dientes nunca habían tenido que masticar las fibras de un vegetal. Todas
las garras grasientas alzaron sus copas descontroladamente y brindaron,
haciéndolas sonar contra las que alzaban los recién casados. Yo fui la única
excepción; me quedé atónito, con la mirada fija en los pechos de Niandi,
agarrado con ambas manos al borde de la mesa para no abalanzarme a
mamar de los pechos de mi sexta hermana.
Babbitt me miró lleno de sorpresa.
—¿Por qué no comes ni bebes? —me preguntó—. ¿No has comido
nada? ¿Ni un bocado?
Niandi bajó brevemente de su nube y recuperó algo de lo que la había
convertido en quien era. Me frotó la nuca con la mano que tenía libre y le
dijo a su marido:
—Mi hermano es casi un inmortal. No come lo que comen los mortales comunes.
La fragancia que emanaba su cuerpo hizo que mi corazón se pusiera a
latir con frenesí. Rebelándose contra mi voluntad, mis manos se lanzaron
adelante y le agarraron los pechos. Su vestido de seda era impresionantemente suave. Dio un alarido del susto y me tiró el vino a la

cara. Su rostro se había puesto de color escarlata y, mientras se
estiraba el

arrugado cuerpo de su vestido, me insultó:

—¡Pequeño bastardo!

El vino tinto me resbalaba por la cara, una cortina roja casi
transparente que caía sobre mis ojos. Los pechos de Niandi
eran como

globos rojos que explotaban juntos, haciendo un gran ruido,
dentro de mi

cabeza.

Babbitt me dio unas palmaditas en la cabeza con una de sus
grandes

manos.

—Los pechos de tu madre te pertenecen a ti, jovenzuelo —me
dijo,

guiñándome un ojo—. Pero los pechos de tu hermana me
pertenecen a mí.

Espero que algún día podamos ser amigos.

Yo retrocedí y miré su cómica y fea cara con odio. El
sufrimiento que

yo sentía en aquel momento excedía toda descripción. Aquella
noche, los

pechos de Sexta Hermana, tan brillantes, tan blandos y tan
suaves como si

estuvieran tallados en jade, joyas sin par, caerían en las manos
de ese

americano de piel clara, que los abrazaría o los acariciaría o
los amasaría a

voluntad. Los pechos de Sexta Hermana, de una blancura
lechosa, llenos de

miel, eran una golosina para la que no sería posible encontrar
rival en

ningún lado, ni en la tierra ni en el mar, y que acabaría en la boca de ese

americano con los dientes de marfil, para que él los mordiera, los

mordisqueara o los chupara hasta que sólo quedara de ellos su piel clara.

Pero lo que en realidad me volvía loco era el hecho de que esto era lo que

quería Sexta Hermana. Niandi, me diste una bofetada sólo por hacerte

cosquillas con un tallo de hierba y me tiraste el vino en la cara cuando

apenas te había tocado, pero lo toleras y te hace feliz que él te acaricie o te

muerda. No es justo. Vosotras, hatajo de zorras, ¿es qué no entendéis el

dolor que me causáis en el corazón? No hay nadie en la Tierra que

comprenda a los pechos ni los ame ni sepa cómo protegerlos igual que yo.

Y todas me tratáis como a un burro. Ese día lloré amargamente.

Babbitt me hizo una mueca y se encogió de hombros. Después cogió a

Niandi por el brazo y se marchó a brindar con el resto de las mesas. Llegó

un camarero con una sopera llena de sopa con trozos de huevo y algo que

parecía el pelo de un hombre muerto flotando en la superficie. Mis

compañeros de mesa imitaron a los de la mesa de al lado y empezaron a

tomar la sopa, sirviéndose con unas cucharas blancas, cuanto más espesa

mejor, y soplando para enfriarla un poco antes de sorberla. En nuestra

mesa, la sopa salpicaba y volaba en todas las direcciones.

Sima Liang me

intentó provocar:

—Prueba un poco, Pequeño Tío —me dijo—. Está rica, está tan rica

como la leche de cabra, por lo menos.

—No —le contesté yo—. No la quiero.

—Entonces siéntate. Todo el mundo te está mirando.

Miré a mi alrededor. No había nadie mirándome.

Del centro de cada una de las mesas salía vapor, que subía en volutas

hasta las lámparas eléctricas y se convertía en niebla antes de desaparecer.

Las mesas presentaban un montón de platos y copas desordenados, los

rostros de los invitados estaban ya un poco desencajados y el ambiente,

dentro de la iglesia, apestaba a alcohol. Babbitt y su esposa habían vuelto a

su mesa. Observé cómo Niandi se inclinaba hacia Zhaodi y le susurraba

algo. ¿Qué le habría dicho? ¿Sería algo sobre mí? Cuando Zhaodi asintió,

Niandi se echó hacia atrás, cogió una cuchara y la hundió en su sopa, y

después se la llevó a la boca, se humedeció los labios y se la tomó con

elegancia. Niandi conocía a Babbitt desde hacía poco más de un mes, pero ya se había convertido en una persona distinta. Un mes antes, era una vulgar sorbe-gachas. Un mes antes, hacía tanto ruido como cualquier otro cuando escupía en el suelo, o se sonaba la nariz. A mí me parecía desagradable, pero a la vez la admiraba. ¿Cómo podía ser que alguien cambiara tan rápido? Los camareros aparecieron trayendo el plato principal: unas bolas de masa hervida y esos fideos semejantes a gusanos que me habían quitado el apetito. También había unas empanadas multicolores. No soy capaz de ponerme a describir el aspecto que tenía la gente cuando comía. Yo estaba enfadado y tenía hambre. Madre y mi cabra debían estar esperándome ansiosamente. ¿Por qué, en ese caso, no me levantaba y me iba? Porque después de las palabras de Sima Ku, después de la comida, Babbitt iba a volver a demostrar la superioridad material y cultural de Occidente. Yo sabía que iba a poner una película, cosa que, por lo que me había podido enterar, consistía en una serie de imágenes en movimiento proyectadas sobre una pantalla gracias a la electricidad.

El banquete al fin terminó, y los camareros salieron con unos cubos y

se pusieron a limpiar las mesas y a retirar los platos y las copas,

metiéndolo todo en los cubos y haciendo mucho ruido. Lo que entraba en

esos cubos eran piezas de vajilla que se podían seguir usando perfectamente; lo que se llevaron eran trozos de cristal y de cerámica. Una

docena de soldados, más o menos, acudió a echar una mano, y cada uno de

ellos cogió un mantel, lo dobló y se lo llevó a toda velocidad. Después los

camareros regresaron para tender unos manteles limpios, sobre los cuales

colocaron uvas y pepinos, sandías y peras de Hebei; también había algo

llamado café de Brasil, que tenía el color de las batatas y emanaba un

extraño olor. Trajeron un montón de jarras, una tras otra, más de las que yo

era capaz de contar.

Y después un montón de tazas, una tras otra, también más de las que

era capaz de contar. Los invitados, que todavía estaban eructando después

de esa gran comilona, volvieron a sentarse y probaron vacilantemente unos

sorbos de café de Brasil, como si fuera alguna clase de medicamento chino.

Los soldados entraron trayendo una mesa rectangular sobre la que

situaron una máquina cubierta con un trozo de tela roja.

Sima Ku dio unas palmadas y anunció en voz alta:

—La película va a comenzar en unos minutos. Demos la bienvenida al

Señor Babbitt, que nos va a enseñar algo muy especial.

Babbitt se puso de pie en medio de un tumultuoso aplauso e hizo una

reverencia al público. Después se acercó a la mesa y quitó la tela roja,

descubriendo una máquina misteriosa y demoníaca. Sus dedos se movían

con destreza entre un montón de ruedas, grandes y pequeñas, hasta que

surgió un ruido sordo de las entrañas de la máquina. Un rayo de luz cortó el

aire y se posó sobre la pared de la iglesia que daba al Oeste.
Un rugido de
aprobación le dio la bienvenida; después se oyó el sonido de
unos taburetes
que alguien arrastraba por el suelo. La gente se volvió para
mirar la luz. Al
principio, se posó sobre el rostro del Cristo que había sobre la
cruz de
madera de azufaifo, que acababa de ser restaurada y clavada
de nuevo en la
pared. Los rasgos faciales del icono sagrado eran totalmente
irreconocibles, En el lugar donde en otro tiempo habían estado
los ojos,
ahora crecía un hongo medicinal de color amarillo llamado
lingzhi. Como
devoto cristiano que era, Babbitt había insistido en que la boda
se celebrara
en la iglesia. Durante el día, el Señor había contemplado los
ritos
matrimoniales que los unían a Niandi y a él con sus ojos
cubiertos de
hongos; ahora, cuando ya había caído la noche, él iluminaba
los ojos del
Señor con una luz eléctrica, ocultando los hongos con una
neblina blanca.
El rayo de luz comenzó a descender, desde el rostro de Cristo
hasta su
pecho, y desde ahí a su vientre, a sus partes bajas, que el
tallista chino
había tapado con una hoja de loto, y desde ahí hasta abajo,
hasta los dedos
de los pies. Finalmente, el rayo se quedó quieto sobre una
sábana

rectangular de tela blanca con unos anchos bordes negros que colgaba de la

pared gris. Babbitt lo ajustó hasta que encajaba perfectamente dentro de los

bordes negros, y después lo movió un poco más antes de dejarlo quieto. En

ese momento, oí que la máquina hizo un ruido semejante al del agua de

lluvia cuando cae, formando una cascada, desde el alero de un tejado.

—¡Apagad las lámparas! —gritó Babbitt.

Con el sonido de una pequeña explosión, las lámparas que colgaban de

las vigas se apagaron y nos quedamos a oscuras. Eso hizo que se

intensificara el rayo de luz de la máquina demoníaca de Babbitt. Había

nubes de pequeños mosquitos blancos bailando en el aire, y una polilla

blanca se situó, planeando erráticamente, en el centro del rayo, con lo que

su forma apareció de repente, varias veces ampliada, sobre la sábana

blanca. Oí los gritos de deleite del público, e incluso yo solté un aullido. Y

entonces, ahí mismo, delante de mis ojos, aparecieron las imágenes

eléctricas. De repente apareció una cabeza proyectada por la luz. Era la de

Sima Ku. La luz brillaba a través de los lóbulos de sus orejas, y todos

podíamos distinguir el fluir de la sangre. Su cabeza se movió cuando se dio

la vuelta y miró el punto desde el que salía la luz. Su rostro se aplanó y se puso blanco como una hoja de papel mientras tapaba una gran parte de la pantalla. El público empezó a gritar con fuerza.

—¡Siéntate! —le gritó Babbitt, lleno de ira, en el momento en que una delicada y blanca mano entraba en el haz de luz.

La cabeza de Sima Ku desapareció debajo de la luz. La pared hizo una serie de ruidos mientras unas manchitas oscuras parpadeaban en la pantalla; era la imagen y el sonido de disparos. Entonces sonó una música procedente de una caja que colgaba al lado de la pantalla. Sonaba un tanto parecido a un instrumento de cuerda, el *huqin*, y era también ligeramente similar a un instrumento de viento, el *suona*, pero no se trataba de ninguno de los dos. Era un sonido delgado y metálico, como el de unos fideos de garbanzos verdes aplastados contra el fondo de un colador.

En la pantalla aparecieron unos cuantos renglones de unas palabras temblorosas de color blanco, algunas grandes y otras pequeñas, que surgían desde abajo y ascendían poco a poco. Se oyeron más gritos de la gente. Se dice que el agua siempre fluye hacia abajo, pero estas palabras escritas en un idioma extranjero fluían en la dirección contraria, desapareciendo en la

oscuridad de la pared cuando alcanzaban la parte superior de la pantalla.

Un pensamiento alocado atravesó mi mente: ¿Aparecerían mañana por la

mañana todas esas palabras incrustadas en la pared de la iglesia? Entonces

en la pantalla vimos agua, fluyendo en el cauce de un río bordeado por

árboles donde unos ruidosos pájaros saltaban de rama en rama. Nos

quedamos boquiabiertos por la sorpresa; tan sorprendidos estábamos que

nos olvidamos de gritar. En la siguiente escena salía un hombre que

llevaba un rifle colgado a la espalda y la camisa abierta, dejando al

descubierto su torso peludo. Tenía un cigarrillo entre los labios, y unas

volutas de humo subían ondulantes desde la punta; también echaba humo,

de vez en cuando, por la nariz. ¡Dios mío, qué imagen! Un oso pardo salió

de un grupo de árboles y se dirigió hacia el hombre. En la iglesia sonaron

los chillidos de algunas mujeres, y se oyó cómo alguien amartillaba una

pistola. La silueta de alguien irrumpió de nuevo en medio del rayo de luz.

Era otra vez Sima Ku, revólver en mano. Tenía la intención de dispararle al

oso, pero su imagen en la pantalla había desaparecido.

—¡Siéntate, maldito idiota! —le gritó Babbitt—. ¡Siéntate! ¡Es una

película!

Sima Ku volvió a sentarse, pero para entonces el oso ya estaba muerto, tirado en el suelo, en la pantalla, y un torrente de sangre verde

brotaba de su pecho. El cazador estaba sentado junto a él, cargando de

nuevo su arma.

—¡Hijo de perra! —gritó Sima Ku—. ¡Qué buen tirador!

El hombre de la pantalla levantó la mirada, murmuró algo que yo no

pude comprender y puso una sonrisa autocomplaciente. Tras volver a

echarse el rifle a la espalda, se metió dos dedos en la boca y soltó un

silbido agudo, que reverberó en la iglesia. Un carro tirado por un caballo

llegó por la ribera del río. El caballo tenía un aspecto orgulloso y

desafiante, pero de un modo un tanto estúpido. Su arnés me resultaba

familiar, como si lo hubiera visto en alguna parte. Una mujer se levantó en

el carro, detrás de la vara; su larga cabellera se agitaba al viento, de una

forma que yo no podía distinguir de qué color era. Tenía una cara grande,

una frente prominente, unos ojos bellísimos y unas pestañas rizadas tan

negras y agudas como los bigotes de un gato. Su boca era enorme, con unos

labios negros y brillantes. A mí me daba la sensación de que no tenía

ninguna moral. Sus pechos rebotaban y bailaban como si
estuvieran

enloquecidos, como un par de conejos cogidos por el rabo.
Eran mucho

más grandes y más redondeados que ningunos de los de la
familia

Shangguan. Condujo el carro directamente hacia mí, al galope.
El corazón

me latía con fuerza, me temblaban los labios y me sudaban las
manos. Me

puse en pie de un salto, pero una poderosa mano se apoyó en
mi cabeza y

me empujó hasta dejarme de nuevo sentado en el banco. Me di
la vuelta

para mirar. El hombre tenía la boca completamente abierta. No
lo reconocí.

El espacio que había detrás de él estaba atestado de gente;
hasta había

gente bloqueando la entrada. Otros parecían estar colgados del
marco de la

puerta. Fuera, en la calle, la multitud clamaba por conseguir
entrar.

La mujer tiró de las riendas, el caballo se detuvo y ella bajó
del carro

de un salto. Se levantó el dobladillo de la falda, dejando al
descubierto sus

piernas de un color blanco lechoso, y le gritó al hombre, por lo
que yo

entendí. Después salió corriendo, sin dejar de gritar. Desde
luego, le estaba

gritando a él. Olvidándose del oso muerto, él se quitó el rifle
de la espalda,

lo tiró al suelo y salió corriendo detrás de la mujer. Vimos el rostro de ella,
sus ojos, su boca, sus dientes blancos, sus pechos bamboleantes. Y después
el rostro del hombre, sus cejas pobladas, sus ojos de halcón, su barba
lustrosa y una cicatriz brillante que tenía entre la ceja y la sien. Y de vuelta
al rostro de la mujer. Y después otra vez al del hombre. Los pies de la
mujer cuando se quitaba los zapatos. Los torpes pies del hombre. La mujer
corrió a los brazos del hombre. Sus pechos quedaron aplastados. Atacó la
cara del hombre con su enorme boca. La boca de él se posó sobre la de ella.
Después, tu boca está fuera, la mía está dentro. Dos bocas emparejadas.
Suspiros y gemidos, todos de la mujer. Después los brazos, echados sobre
un cuello o envolviendo una cintura. Las manos empezaron a moverse,
sobre mi cuerpo, sobre el tuyo, hasta que finalmente los dos cayeron sobre
el alfombrado césped y empezaron a retorcerse y a dar vueltas; en un
momento determinado, el hombre estaba arriba, y al instante siguiente era
ella la que estaba encima de él. Fueron girando por el suelo, dando más y
más vueltas, recorriendo una cierta distancia, y después se detuvieron. La

mano peluda del hombre se deslizó por debajo del vestido de la mujer y le cogió uno de sus redondeados pechos. Mi pobre corazón estaba a punto de desgarrarse, y unas lágrimas calientes me brotaron de los ojos. El rayo de luz se apagó y la pantalla quedó toda oscura. *Pop*, alguien encendió una lámpara que había junto a la máquina demoníaca. A mi alrededor, la gente jadeaba y suspiraba. El lugar estaba atestado, incluyendo a unos cuantos mocosos que estaban sentados en una mesa, enfrente de mí. Desde donde estaba, junto a la máquina, Babbitt parecía un mago celestial a la luz de la lámpara. Las ruedecillas de la máquina seguían girando sin parar. Al final, con el ruido de una pequeña explosión, se detuvieron. Sima Ku se puso de pie de un salto. —¡Maldita sea mi estampa! —dijo, soltando una sincera carcajada—.

¡No pares ahora, ponlo otra vez!

IV

Cuatro noches después, la proyección de la película se trasladó a la espaciosa era del recinto de la familia Sima, donde el Batallón de Sima — oficiales y soldados— y los familiares de los comandantes se sentaron en

asientos de honor, los notables de la aldea y del concejo se
sentaron unas
filas más atrás y los ciudadanos ordinarios se quedaron de pie
donde
pudieron encontrar un hueco. La gran sábana blanca se colgó
enfrente de
un estanque cubierto de lotos, detrás del cual se situaron,
sentados o de pie,
los ancianos, los tullidos y los enfermos, disfrutando de la
película desde
atrás, además de poder contemplar a la gente que la miraba
desde delante.

Ese día entró en los anales del Concejo de Gaomi del Noreste
y, ahora
que lo pienso, me doy cuenta de que ese día nada fue normal.
Hacía un
calor tremendo a mediodía, el sol estaba negro, el río traía
peces con el
vientre hacia arriba y caían pájaros del cielo. Un soldado joven
y lleno de
vitalidad fue derribado por el cólera mientras cavaba en el
suelo para
colocar los postes que sujetarían la pantalla, y cuando se
estaba retorciendo
por el suelo sufriendo unos dolores mortales, un líquido verde
comenzó a
salirle por la boca; eso no era normal. Docenas de serpientes
de color
violeta con manchas amarillas se arrastraban, en fila, por las
calles de la
aldea; eso no era normal. Las grullas blancas de los pantanos
se posaron

sobre los árboles que había en la entrada de la aldea; había bandadas de

ellas, y con su peso hacían que se resquebrajaran las ramas, y sus plumas

blancas cubrían los árboles. Agitaban las alas, estiraban el cuello como si

fuera serpientes, tenían las patas rígidas; eso no era normal. Zhang el

Valiente, que había recibido su apodo porque era el hombre más fuerte de

la aldea, lanzó una docena de piedras de molino de la era al estanque; eso

no era normal. A media tarde apareció un grupo de forasteros que estaban

de viaje. Se sentaron a la orilla del Río de los Dragones a comerse unas

tortitas finas como papel y a mascar unos rábanos. Cuando les preguntaron

de dónde venían, dijeron que de Anyang, y cuando les preguntaron por qué,

dijeron que para ver las películas. Cuando les preguntaron cómo se habían

enterado de que aquí se estaban proyectando películas, dijeron que las

buenas noticias viajan más rápido que el viento; eso no era normal. Madre,

de modo muy poco habitual en ella, contó un chiste sobre un yerno

estúpido, y eso tampoco era normal. Cuando se estaba poniendo el sol, el

cielo se puso radiante, con un estallido de colores que se modificaban sin

parar; eso tampoco era normal. Las aguas del Río de los Dragones corrían

de color rojo sangre, y eso tampoco era normal. Cuando comenzó a caer la

noche, los mosquitos formaron unos enjambres que flotaban sobre la era

como nubes negras, cosa que no era normal. Sobre la superficie del

estanque, unos lotos que habían florecido bastante tardíamente parecían

seres celestiales bajo el atardecer rojizo, y eso no era normal. La leche de

mi cabra tenía un desagradable olor a sangre, y eso, la verdad, no era

normal.

Después de tomar mi ración vespertina de leche, corrí como el viento

a la era con Sima Liang, atraídos por la película de una forma irresistible,

corriendo en dirección a la puesta de sol. Nos fijamos en las mujeres que

llevaban bancos mientras arrastraban a sus niños y en los ancianos con

bastones, puesto que eran los únicos a los que podíamos superar. Xu

Xian'er, un hombre ciego que tenía una voz ronca y cautivadora y que

sobrevivía cantando a cambio de unas monedas, iba delante de nosotros,

caminando bastante rápido y abriéndose camino golpeando el suelo con el

bastón. La propietaria de la tienda de aceite de cocina, una mujer entrada

en años que sólo tenía un pecho y a la que se conocía como Vieja Jin, le

preguntó:

—¿Por qué tienes tanta prisa, ciego?

—Soy ciego —dijo él—. ¿Tú también eres ciega?

Un anciano llamado Cara Blanca Du, un pescador que llevaba la típica

capa impermeable de los de su oficio y un taburete hecho con juncos

entrelazados, le preguntó:

—¿Cómo piensas ver una película, ciego?

—Cara Blanca —le contestó el ciego enfadado—, para mí eres una

mierda blanca. ¿Cómo te atreves a decir que soy ciego? Cierro los ojos

para poder ver más allá de los asuntos mundanos.

Hizo girar su bastón por encima de su cabeza hasta que el aire comenzó a silbar, y estuvo a punto de impactar en una de las piernas,

semejantes a las de una garza, de Cara Blanca Du. Du dio un paso hacia el

ciego y estaba a punto de golpearlo con su taburete de juncos cuando fue

detenido, justo a tiempo, por Semicírculo Fang, que tenía ese nombre

porque un oso le había devorado media cara una vez, cuando se hallaba en

lo alto de la Montaña Changbai cogiendo ginseng.

—Viejo Du —le dijo—, ¿qué pensará la gente si te pones a pelear con

un ciego? Todos vivimos en la misma ciudad. Ganamos algunas

discusiones y perdemos otras, pero siempre se trata de que alguien golpea

su cuenco contra el plato de otro. Así son las cosas. Ahí arriba, en la

Montaña Changbai, no es fácil encontrarse con un vecino de la aldea, así

que aquí uno se siente como si estuviera en familia.

Todo tipo de gente se había congregado en la era de la familia Sima.

Imaginaos, todas esas familias cenando, sentadas a la mesa, hablando sobre

los logros de Sima Ku mientras las mujeres más cotillas cotilleaban sobre

las chicas de la familia Shangguan. Nos sentíamos ligeros como plumas,

nuestras almas volaban por el aire y lo único que queríamos era que

estuvieran poniendo películas para siempre.

Sima Liang y yo habíamos reservado unos asientos justo delante de la

máquina de Babbitt. Poco después de que nos sentáramos, y antes de que

los diversos colores del cielo hubieran terminado de arder en el cielo del

poniente, un olor rancio y salado llegó hasta nosotros traído por las brisas

nocturnas. Justo enfrente de nosotros, en el suelo, había un círculo vacío

dibujado con cal viva. Han Guo Sordo, un aldeano que renqueaba, estaba

ocupado echando a la gente que se metía en el círculo con una rama de

árbol de parasol. Su aliento apestaba a alcohol y tenía trozos de puerro entre los dientes. Observándolo todo con sus ojos de mantis religiosa, sacudió sin ninguna compasión su rama de parasol y golpeó una flor de seda roja que tenía en la cabeza la pequeña hermana bizca de alguien llamado Cara de Sueño, haciéndola caer al suelo. Pequeña Bizca había tenido relaciones con los jefes de todas las unidades militares que se habían instalado en la aldea. En ese momento, llevaba una camiseta interior de satén que le había regalado Wang Baihe, el jefe de cuartel del Batallón de Sima. Su aliento a humo también era cosa del jefe de cuartel Wang. Maldiciendo, se agachó a recoger la flor, y aprovechó para hacerse también con un puñado de tierra, que le lanzó a Han Guo Sordo a los ojos. La tierra cegó a Han Guo, que tiró al suelo su rama de parasol y escupió con furia un montón de barro mientras se frotaba los ojos y la insultaba: —¡Que te jodan, pequeña puta bizca! ¡Que jodan a la hija de tu madre!

El bocazas de Zhao Seis, que vendía rollitos hechos al vapor, le dijo con voz suave:

—Han Guo Sordo, ¿por qué das tantos rodeos? ¿Por qué no te limitas

a decir que jodan a esa pequeña perra bizca?

Justo había acabado de pronunciar esas palabras cuando un pequeño

taburete de madera de ciprés le golpeó el hombro.

—¡Ay! —exclamó, dándose la vuelta.

Quien lo había atacado era el hermano de la chica bizca, Cara de

Sueño, un hombre delgado y con aspecto de estar exhausto que se peinaba

con raya al medio, como si tuviera una cicatriz, con un mechón cayendo a

cada lado. Iba vestido con una polvorienta camisa de seda gris, y estaba

temblando. Tenía el pelo grasiento y parpadeaba sin cesar.

Sima Liang me

contó en secreto que la chica bizca y su hermano tenían una historia.

¿Dónde habría oído ese jugoso cotilleo?

—Pequeño tío —me informó—, mi padre dice que mañana van a

fusilar al jefe de cuartel Wang.

—¿Y qué me dices de Cara de Sueño? ¿También lo van a fusilar a él?

—le pregunté, conteniendo la respiración.

Cara de Sueño una vez me había llamado bastardo, por lo que no

sentía ninguna simpatía por él.

—Iré a hablar con mi padre —dijo Sima Liang—, y conseguiré que

también fusilen a ese pequeño incestuoso.

—Muy bien —asentí, dando rienda suelta a mi odio—. ¡Que fusilen a

ese pequeño incestuoso!

Han Guo Sordo, con lágrimas en los ojos —que ahora le resultaban

casi inútiles—, agitaba los brazos en el aire. Zhao Seis le quitó el taburete

de las manos a Cara de Sueño antes de que pudiera golpearlo otra vez y lo

tiró por el aire.

—¡Que jodan a tu hermana! —le dijo directamente.

Cara de Sueño, con las manos convertidas en garras, cogió a Zhao Seis

por la garganta. Zhao Seis cogió a Cara de Sueño por el pelo, y los dos

fueron luchando hasta el círculo vacío, que estaba reservado para los

miembros del batallón de Sima. Estaban fuertemente aferrados. La chica

bizca se unió a la batalla para ayudar a su hermano, pero la mayor parte de

los puñetazos que dio acabaron en la espalda de él. Al final, en un raptó de

inspiración, se deslizó por alrededor de Zhao Seis hasta quedar a su

espalda, como un murciélago, buscó entre sus piernas y le agarró con

fuerza las pelotas, un movimiento que mereció un rugido de aprobación de

Cometa Guan, un experto en artes marciales. «¡Eso es, una captura de

melocotón inferior perfecta!». Con un alarido de dolor, Zhao Seis soltó a

su oponente y se dobló como una gamba cocida. Su cuerpo empezó a temblar, su rostro adquirió las tonalidades del oro en la cortina opaca de la noche. La chica bizca apretó con todas sus fuerzas. «¿No he oído la palabra joder? —susurró—. ¡Vamos, estoy esperando!». Zhao Seis cayó al suelo y ahí quedó tumbado, moviéndose espasmódicamente. Mientras tanto, Han Guo Sordo, con la cara bañada por las lágrimas, recogió su rama de árbol de parasol y, como la imagen del demonio que encabeza las procesiones en los entierros, empezó a sacudirla en todas las direcciones, sin preocuparse por quién podía recibir el golpe —alguien importante o un cualquiera—, impactando contra todo lo que se le pusiera al alcance. Su rama silbaba por el aire, mientras las mujeres chillaban y los niños lloriqueaban. Los que estaban en los límites externos de la multitud empujaban para acercarse a contemplar el divertido espectáculo y los que corrían peligro de ser alcanzados intentaban ponerse a salvo alejándose en dirección contraria. Los gritos barrían la zona como una ola cuando sube la marea, y los montones de gente chocaban, tropezándose y empujándose de un lado para

el otro. Yo vi cómo la rama golpeó a la chica bizca en plena espalda, y la
envió a trompicones contra la masa, donde se encontró con las manos de
los espíritus vengativos, unidas a las de los que no tenían mayor intención
que aprovechar para palpar algo. Entonces se escucharon sus aullidos de
protesta.

¡Bang! Un disparo. Sima Ku. Con una capa negra echada sobre los

hombros, y rodeado por sus guardaespaldas, se acercó a la multitud muy

enfadado junto a Babbitt, Zhaodi y Niandi.

—¡Dejadlo ya! —gritó uno de los soldados—. Si no, no habrá película.

Poco a poco, la multitud se fue tranquilizando. Sima Ku y sus acompañantes ocuparon sus asientos. Para entonces, el cielo se había

teñido de violeta y la oscuridad era casi total. Una delgada luna creciente

dejaba caer una luz mágica desde la esquina sudoeste del cielo. Atrapada

en su hechizo, una estrella solitaria brillaba y parpadeaba.

La compañía de caballos, la compañía de mulas y los soldados comunes ya se habían presentado. Habían formado dos columnas y

llevaban las armas montadas en los brazos o colgadas de la espalda, y no

dejaban de mirar a la multitud de mujeres que los rodeaba. Un grupo de

perros ansiosos se metió en la zona. Las nubes engulleron a la luna y la

oscuridad se instaló sobre la tierra. Los insectos que había posados sobre

los árboles comenzaron su melancólica cantinela por encima del ruidoso

fluir del río.

—Encended el generador —ordenó Sima Ku desde donde estaba

sentado, un poco a mi izquierda. Se encendió un cigarrillo con su mechero

y después apagó la llama con un elegante movimiento de mano.

El generador se había instalado en las ruinas de la casa de la mujer

musulmana. Las imágenes negras parpadeaban y una linterna emitió un haz

de luz. Por fin, la máquina revivió con un gran ruido; el sonido pasaba

alternativamente de agudo a grave, pero muy pronto se equilibró. Se

encendió una lámpara que había justo detrás de nuestras cabezas. «¡Ao!

¡Ao!», gritó la multitud, muy excitada. Yo me fijé en que la gente que

había delante se dio la vuelta para mirar a la lámpara, que hacía que en sus

ojos centelleara una luz verde.

Fue como la repetición de la primera noche: la luz buscó la pantalla,

iluminando las polillas y los saltamontes que pasaban por delante del rayo

y proyectando sus enormes y ágiles cuerpos sobre la tela blanca. Los

soldados y los civiles soltaban exclamaciones de asombro. De todos

modos, había muchas más cosas que eran diferentes de la primera noche.

Para empezar, Sima Ku no se puso en pie de un salto, y por lo tanto el haz

de luz no pasó a través de sus orejas. La oscuridad de los alrededores era

más profunda, cosa que magnificaba la intensidad de la luz. Era una noche

húmeda, y la brisa acuosa de los campos cercanos soplaba hacia nosotros.

El viento silbaba suavemente a través de los árboles. Los graznidos de los

pájaros llegaban desde el cielo, justo sobre nuestras cabezas. Oíamos a los

peces atravesando la superficie del río y los relinchos de las mulas atadas

en la ribera; estos animales habían traído a los visitantes de muy lejos. El

ruido de los perros llegaba desde lo más profundo de la aldea. Unos rayos

de luz verde brillaban en la parte inferior del cielo, hacia el Sudoeste, y

después se oía el rugir de los truenos. Un tren cargado con armas de

artillería aceleró en la Línea Jiaoji; el sonido rítmico que hacían las

inmensas ruedas metálicas al pasar sobre los raíles de acero era

maravillosamente compatible con los constantes *clics* que hacía el

proyector. Otra cosa que diferenciaba significativamente aquella noche era

mi falta de interés por la película que se veía en la pantalla. Esa tarde,

Sima Liang había dicho:

—Pequeño Tío, mi padre se ha traído una película nueva de Qingdao.

Está llena de imágenes de mujeres bañándose desnudas.

—Estás mintiendo —le había dicho yo.

—De verdad. Pequeño Du me dijo que el jefe de los soldados comunes

fue a buscarla en una motocicleta y está a punto de llegar. — Pero al final

acabamos viendo la misma película de siempre y, puesto que Sima Liang

me había mentido, le di un pellizco en la pierna—. No te he mentido. A lo

mejor ponen primero esta y después la nueva. Esperemos.

Lo que pasaba después de que muriera el oso me resultaba ya muy

trillado, así como la escena en la que el cazador y la mujer rodaban juntos

por el suelo. Me bastaba con cerrar los ojos para verla por completo, así

que me podía permitir fijarme en el resto de la gente, cotillear por aquí y

por allá, intentando ver lo que pasaba a mi alrededor.

Zhaodi, que todavía se encontraba débil después del parto, estaba

sentada en un sillón lacado en rojo que le habían traído especialmente para ella. Llevaba un abrigo de lana verde echado sobre los hombros. A su izquierda estaba el Comandante Sima, también sentado en un sillón, sobre cuya espalda descansaba su capa. Niandi estaba sentada a su izquierda, en una frágil silla de mimbre. Llevaba un vestido blanco, no el de otro, muy ajustado, de cuello alto. Al principio todos se sentaron muy rectos, con el cuello rígido y estirado, aunque de vez en cuando la cabeza del Comandante Sima se inclinaba ligeramente hacia la derecha, para susurrarle algo al oído a Niandi. Cuando el cazador se estaba fumando su cigarrillo, a Zhaodi ya se le había cansado el cuello y le dolía la cadera. Se fue deslizando poco a poco por la silla hasta que la cabeza le quedó apoyada en el respaldo. Lo único que yo podía percibir era el brillo de los adornos que tenía en el pelo y un débil aroma a alcanfor procedente de su vestido; también oía con claridad el sonido de su respiración irregular.

Cuando la mujer de los enormes pechos bajó de la carreta de un salto y salió corriendo, Sima Ku se movió y vi que Zhaodi estaba a punto de

quedarse dormida. Niandi, por el contrario, seguía sentada en una posición muy recta. El brazo izquierdo de Sima Ku comenzó a moverse muy lentamente, una sombra oscura y borrosa como la cola de un perro. Su mano, yo lo vi, su mano se apoyó sobre la pierna de Niandi. Ella se quedó tal como estaba, sin moverse, como si la pierna que Sima Ku estaba tocando no fuera la suya. Esa imagen me desagradó; no me hizo sentir enfado exactamente, y tampoco exactamente miedo. Tenía la garganta seca, y me pareció que estaba a punto de toser. Un relámpago de color verde, retorcido como la rama de un árbol viejo, partió en dos una nube gris que se cernía sobre el pantano semejante al algodón raído. La mano de Sima Ku se desplazaba de atrás hacia adelante, velozmente. Tosió como una cabra pequeña y después se movió en su asiento, dándose la vuelta para mirar hacia donde estaba el proyector. Yo me giré y también lo miré. Babbitt miraba con expresión estúpida un pequeño agujero por el que salía el haz de luz. El hombre y la mujer que había en la pantalla estaban abrazados y besándose. Los hombres de Sima Ku respiraban pesadamente. Sima Ku

introdujo la mano con fuerza entre las piernas de Niandi.

Lentamente, ella

levantó su mano izquierda, muy lentamente, hasta que llegó detrás de su

cabeza, como si se estuviera acariciando el pelo. Pero no se estaba

acariciando el pelo sino quitándose una horquilla. Después, la mano

empezó a descender. Ella siguió ahí sentada, tan recta y formal como

siempre, aparentemente absorta en la película. El hombro de Sima Ku dio

un respingo. Él contuvo el aliento, y lentamente retiró la mano izquierda.

Entonces volvió a toser como una cabra pequeña, una tos que sonaba vacía.

Soltando un suspiro, me giré para seguir mirando la pantalla pero sólo

vi unas imágenes borrosas. Me sudaban las palmas de las manos con un

sudor frío. ¿Debería contarle a Madre el secreto que había descubierto en

la oscuridad? No, no podía contárselo. No le había revelado el secreto del

día anterior, pero de todos modos ella se había dado cuenta.

Los relámpagos de color verde eran como acero fundido que iluminaba la colina de arena que ocupaban los hombres de Hombre-pájaro

Han, con todos sus árboles y sus cabañas y sus muros de barro. Eran como

dedos líquidos y ondulantes que acariciaban los árboles oscuros y las casas

marrones. Los truenos sonaban como vibrantes sábanas de metal cubiertas de óxido. El hombre y la mujer rodaban abrazados en la ribera cubierta de césped, y eso me recordó lo que había visto la noche anterior. La noche anterior, Sima Ku les había dicho a Madre y a Segunda Hermana que fueran a la iglesia a ver la película. Durante la escena en la que los protagonistas rodaban por el césped, Sima Ku se había levantado en silencio y se había marchado, y yo lo había seguido. Él había saltado el muro de un modo más acorde a un ladrón que a un comandante militar; seguro que, en algún momento de su vida, había sido ladrón. Había saltado el pequeño muro que daba al Sur y entrado en nuestro patio, siguiendo el mismo camino que había tomado mi tercer cuñado, Sol Callado. También el hada-pájaro había transitado a menudo por aquel camino. Yo no había tenido que saltar el muro, ya que conocía otra vía de entrada. Madre había echado el cerrojo a la puerta y había escondido la llave entre dos ladrillos cercanos. Yo era capaz de encontrarla con los ojos cerrados, pero tampoco me hizo falta, puesto que en la parte inferior de la puerta había un hueco para los perros que llevaba ahí desde los tiempos de Shangguan Lü. Los

perros ya no estaban, pero el agujero permanecía. Yo era
suficientemente

pequeño como para deslizarme a través de él, y también lo
eran Sima

Liang y Sha Zaohua. Ahora estaba del lado de dentro, en una
pequeña

habitación que servía de pasillo y que conducía a la zona oeste
del recinto.

Dos pasos más y ya me encontraba frente a la puerta que daba
al ala oeste.

Ahí todo estaba donde siempre había estado: la piedra del
molino, alfalfa

para alimentar a las mulas y la esterilla de paja de Laidi. Era
ahí, en esa

esterilla de paja, donde ella había perdido la compostura y se
había vuelto

loca. Para evitar que irrumpiera en la boda de Babbitt, Sima
Ku la había

atado de la muñeca al marco de la ventana y la había dejado
ahí tres días.

Yo suponía que quería liberar a Primera Hermana y ayudarla a
abrir los

ojos. ¿Qué fue lo que sucedió entonces?

La silueta de Sima Ku parecía más grande que nunca a la débil
luz de

las estrellas. No pudo verme, cuando logró entrar, porque yo
me había

escondido en un rincón. Oí un golpe poco después de que
entrara en la

habitación; se había tropezado con un cubo de metal que
habíamos puesto

ahí para que Laidi hiciera sus necesidades. Ella soltó una risita
en la

oscuridad. Una minúscula llama iluminó la habitación, y ahí estaba Laidi,
tumbada en su esterilla de paja, con el pelo todo revuelto a su alrededor y
los dientes blancos como la nieve. Su túnica negra no la cubría del todo.

¿Daba miedo? No era nada más ni nada menos que un demonio. Sima Ku

estiró la mano y le tocó la cara, pero ella no se asustó. La luz del mechero

se apagó. Las cabras, en su establo, dieron unas patadas en el suelo. Sima

Ku se rio y dijo:

—Somos cuñado y cuñada, y eso no tiene nada de malo, así que ¿por

qué no lo intentamos? Me pareció que a ti realmente te apetecía. Bueno,

aquí estoy...

Laidi chilló, haciendo un extraño sonido que atravesó el techo.

—No es poca cosa lo que has dicho hoy: deseo, sufrimiento... Tú eres

una ola y yo soy un barco. Tú eres una gotera y yo soy la lluvia. Soy tu

salvador.

Los dos empezaron a girar juntos como si se hubieran sumergido en

agua, como si estuvieran en un pozo lleno de anguilas. Los chillidos de

Laidi eran más agudos y penetrantes que lo que nunca habían sido los del

hada-pájaro. Sin hacer ni un ruido, me deslicé de nuevo a través del

agujero para los perros y salí otra vez a la calle, con el cuerpo pegajoso,
cubierto de sudor frío.

La película estaba a punto de terminar cuando Sima Ku volvió a entrar

en la iglesia silenciosamente. Al ver que se trataba del comandante, la

gente se apartó para que él pudiera pasar hasta su asiento. Cuando pasó a

mi lado, me acarició la cabeza, y yo detecté el olor de los pechos de Laidi

en su mano. Una vez en su asiento, le susurró algo a Segunda Hermana, y

ella pareció contestarle con una risa. Las luces se encendieron pillando al

público de improviso, y todo el mundo se quedó descolocado, como si no

supiera dónde estaba. Sima Ku se levantó y exclamó:

—Mañana por la noche, la proyección de la película será en la era.

Vuestro comandante quiere mejorar esta región a través de la introducción

de la cultura occidental.

Eso hizo que la gente volviera a la realidad, y el subsiguiente clamor

tapó por completo el sonido del proyector. Más tarde, cuando todos los

invitados ya se habían ido, Sima Ku le dijo a Madre:

—Bueno, señora, ¿qué le ha parecido? Valía la pena venir a verlo,

¿verdad? Ahora lo que voy a hacer es construir un cine para todo Gaomi

del Noreste. Este tipo, Babbitt, puede hacer casi cualquier cosa, y usted

debería agradecerme que se lo haya conseguido como yerno.

—Ya es suficiente —dijo Segunda Hermana—. Llevemos a Madre a casa.

—No puedes dejar de mover la cola —le dijo Madre—. El orgullo no

trae nada bueno. Me recuerdas a los perros cuando están comiendo mierda

en medio del gentío.

De un modo o de otro, Madre descubrió lo que había pasado esa noche

con Laidi. A la mañana siguiente, Sima Ku y Segunda Hermana vinieron a

traer la ración de grano y cuando estaban a punto de marcharse, Madre

dijo:

—Quiero hablar con mi yerno de un asunto.

—Sea lo que sea —le dijo Segunda Hermana—, puedes hablar delante

de mí.

—Adelante —insistió Madre, haciendo que Sima Ku pasara a la

habitación de al lado—. ¿Qué es lo que planeas hacer con ella? —le

preguntó Madre.

—¿Con quién?

—¡No te hagas el tonto conmigo! —le dijo Madre.

—No me estoy haciendo el tonto —dijo él.

—Elige el camino que quieras tomar —dijo Madre.

—¿De qué caminos me está hablando? —preguntó Sima Ku.

—Te lo voy a explicar —dijo ella—. El primer camino es casarte con

ella, tomarla como primera esposa, como segunda esposa o como una de

dos esposas de la misma categoría. Puedes negociar eso con mi segunda

hija. El segundo camino es matarla.

Sima Ku se frotó los lados de sus pantalones con las dos manos,

aunque en un estado mental muy diferente de la última vez que había

hecho tal cosa.

—Te doy tres días para que tomes una decisión. Ahora ya puedes irte.

Sexta Hermana estaba ahí sentada sin moverse, como si nada hubiera

pasado. Escuché toser a Sima Ku; hizo un ruido que me sobresaltó y me

entristeció al mismo tiempo. En la pantalla, el hombre y la mujer estaban

acostados, muy juntos, bajo un árbol. La cabeza de la mujer estaba apoyada

sobre el pecho del hombre. Ella estaba contemplando el fruto del árbol

mientras él mascaba una brizna de hierba, sumido en sus pensamientos. La

mujer se incorporó hasta quedar sentada y se volvió para mirarlo, con la

mitad superior de sus pechos bulbosos expuesta por encima del vestido. Su

escote parecía violeta, como el refugio de una anguila en las zonas menos

profundas del río. Esa era la cuarta vez que yo contemplaba ese refugio, y deseaba deslizarme dentro de él. Entonces, ella se movió ligeramente y el hueco desapareció. Le dio un empujón al hombre y le dijo algo, malhumorada, pero él siguió con los ojos cerrados y mascando la brizna de hierba. Poco después, ella le dio una bofetada y rompió a llorar. El ruido que hacía cuando lloraba no era muy diferente del que hacían las mujeres chinas. El hombre abrió los ojos y le escupió el jugoso tallo de hierba a la cara. Una fuerte ráfaga de viento hizo que el árbol de la pantalla se agitara, haciendo que sus frutos se chocaran unos contra otros. El sonido de las hojas al moverse llegaba suavemente desde la orilla del río, y yo no sabía si el viento de la pantalla hacía que se movieran las hojas junto al río o si el viento que venía del río hacía que se movieran las hojas en la pantalla. Otro relámpago envió un rayo de luz de color verde que atravesó el cielo, seguido por el sonido de un trueno. El viento iba en aumento, y los espectadores comenzaron a moverse, nerviosos e impacientes, en sus asientos. Un enjambre de gotas pasó a través del haz de luz. —Está lloviendo —gritó alguien, justo en el momento en que el

hombre avanzaba hacia la carreta, llevando a la mujer descalza en brazos,

con el vestido rasgado colgando de su cuerpo.

Sima Ku se levantó súbitamente.

—¡Apágalo! ¡Eso es todo! —dijo—. El agua va a estropear el proyector.

Estaba de pie bloqueando el haz de luz, cosa que generó rugidos de

desaprobación entre la multitud, por lo que se volvió a sentar. El agua caía

a chorros sobre la pantalla. El hombre y la mujer saltaron al río. Otro

relámpago serpenteó por el cielo. Su crujido se mantuvo en el aire durante

un montón de tiempo y oscureció el rayo de luz que salía del proyector.

Una docena de objetos negros, más o menos, llegaron volando. Daba la

impresión de que el relámpago hubiera desatado una lluvia de cagadas. En

algún lugar entre las filas de soldados del Batallón de Sima hubo una

violenta explosión. Una detonación atronadora, con estallidos de luces

verdes y amarillas, todo acompañado por el penetrante olor de la pólvora,

más o menos al mismo tiempo. Yo acabé sentado encima del vientre de

alguien y sentí algo caliente y húmedo en la cabeza. Me toqué la cara con

la mano; la tenía toda pegajosa. El aire estaba espeso por el hedor de la

sangre. La gente, presa del pánico y enceguecida, no dejaba de gritar. El

haz de luz iluminó espaldas curvadas, cabezas ensangrentadas, rostros

aterrorizados. El hombre y la mujer que se divertían en el río americano

habían quedado reducidos a pedazos. Relámpagos. Truenos. Sangre verde.

Trozos de carne humana volando por el aire. Una película americana. Una

granada de mano. Llamas doradas serpenteando desde el cañón de una

pistola. Que no cunda el pánico, hermanos. Otra serie de explosiones.

¡Madre! ¡Hijo! Un brazo rebanado vivo. Unos intestinos enrollados en una

pierna. Gotas de lluvia más grandes que monedas de plata. Una luz que

hacía daño a los ojos. Una noche llena de misterios. «¡Al suelo boca abajo,

aldeanos, y todos quietos! ¡Oficiales y soldados del Batallón de Sima,

todos quietos! ¡Soltad las armas si queréis vivir! ¡Soltadlas o moriréis!».

Las órdenes llegaban de todas partes, y caían sobre nosotros...

V

Antes de que se extinguiera la onda expansiva cayó sobre nosotros una

cantidad de antorchas encendidas que parecía infinita. Los soldados del

Decimosexto Regimiento independiente de Lu Liren se abrieron paso

amenazadoramente hacia nosotros, con sus negros impermeables echados sobre los hombros y sus rifles con las bayonetas montadas, gritando al unísono. Los que transportaban las antorchas eran civiles que llevaban unos pañuelos blancos atados a la cabeza, en su mayor parte mujeres con el pelo cortado a lo paje. Levantaban las brillantes antorchas, hechas con viejos trozos de prendas de algodón empapados de keroseno, todo lo que podían, para que iluminaran a los soldados del Decimosexto Regimiento.

Un crepitar de disparos surgió del medio del Batallón de Sima, y una docena, más o menos, de soldados del Decimosexto Regimiento cayó pesadamente al suelo, como sacos de grano. Pero los soldados que iban detrás de ellos ocuparon rápidamente su lugar, y una docena de granadas de mano voló por el aire hacia nosotros; sus explosiones sonaron como si el cielo se hubiera desplomado y la tierra se hubiera rajado. «Mis hombres, nos rendimos», gritó Sima Ku. Todos lanzaron las armas de cualquier manera al suelo iluminado por las abundantes antorchas.

Sima Ku sujetaba a Zhaodi entre sus brazos ensangrentados. —¡Zhaodi! —gritó—. Zhaodi, mi esposa querida, despierta... Una mano temblorosa me cogió por el brazo. Levanté la vista y, a la

luz de las antorchas, vi el rostro pálido de Niandi. Ella también yacía en el

suelo, aplastada bajo unos cuantos cuerpos desarticulados.

—Jintong, Jintong... —Apenas era capaz de hablar—. ¿Estás bien?

Me dolía la nariz y empecé a llorar.

—Estoy bien, Sexta Hermana —sollocé—. ¿Y tú qué tal? ¿Estás bien?

Ella extendió las dos manos hacia mí.

—Querido hermanito —suplicó—, ayúdame. Cógeme de las manos.

Yo tenía las manos verdes y aceitosas. Ella también. Aferré fuertemente sus manos, como si estuviera apresando barbos vivos, pero se

me escurrieron. Para entonces, todo el mundo estaba tirado en el suelo;

nadie se atrevía a levantarse. El rayo de luz seguía impactando sobre la

pantalla blanca, donde la ruptura de la pareja americana estaba alcanzando

su clímax. La mujer sujetaba un cuchillo sobre la figura del hombre, que

roncaba. El joven americano, Babbitt, gritaba ansiosamente, al lado del

proyector:

—¡Niandi! ¡Niandi! ¿Dónde estás?

—Estoy aquí, Babbitt, ayúdame, Babbitt...

Sexta Hermana extendió una mano en dirección a su Babbitt.

Respiraba con dificultad, y tenía el rostro cubierto de lágrimas y mocos. La

silueta alta y ágil de Babbitt comenzó a moverse en busca de Niandi. Tenía

problemas para andar, como un caballo atrapado en el fango.

—¡Quédate donde estás! —bramó alguien, pegando un tiro al aire—.

¡No te muevas!

Babbitt se tiró al suelo como si lo hubiera segado una espada.

Sima Liang apareció reptando. Un hilillo de sangre pegajosa le salía

de una oreja herida y le corría por la mejilla y por el cuello hasta llegar al

pelo. Me levantó y me palpó todo el cuerpo con sus rígidos dedos para

comprobar cómo estaba.

—Estás muy bien, Pequeño Tío —me dijo—. Tus brazos y tus piernas

están enteros.

Después se agachó, le quitó a Sexta Hermana los cuerpos que tenía

encima y la ayudó a ponerse de pie. Su vestido blanco de cuello alto estaba

todo salpicado de sangre.

Cuando la lluvia empezaba a calarnos, nos metieron como a ganado en

un molino que era el edificio más alto de todo el concejo y que se solía

usar como almacén. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que tuvimos un

montón de oportunidades de escapar. La fuerte lluvia apagó las antorchas

que llevaban los civiles del Decimosexto Regimiento, y los soldados se

iban empujando entre ellos al intentar protegerse del helado aguacero que

prácticamente los cegaba. Dos linternas amarillas eran lo único que

iluminaba el camino. Y a pesar de todo esto, nadie salió corriendo. Los

prisioneros y los guardias sufrían igualmente. Cuando nos aproximamos a

la deteriorada puerta de entrada, los soldados nos empujaron para quitarnos

de en medio y poder entrar ellos.

El molino temblaba bajo la tormenta, y cuando un relámpago iluminó

la zona, vi que el agua entraba formando una cascada a través del tejado de

chapa metálica. Una catarata con un brillo centelleante caía hacia afuera

resbalando por el alero de metal, y enviaba un torrente de agua grisácea

que bajaba por la acequia hasta la calle, al otro lado de la puerta del

recinto. Sexta Hermana, Sima Liang y yo íbamos separados en el duro

camino desde la era hasta el molino. Justo enfrente de mí había un soldado

del Decimosexto Regimiento que llevaba una capa impermeable negra.

Tenía unos labios demasiado finos como para taparle los dientes amarillos

y las encías violáceas. Sus ojos grises estaban nublados. Cuando se

extinguió un relámpago, estornudó ruidosamente en la oscuridad; un fuerte

olor a tabaco barato y a rábano me llegó directamente a la cara,

haciéndome unas desagradables cosquillas en la nariz. A mi alrededor
sonaban montones de estornudos. Yo quería localizar a Sexta Hermana y a
Sima Liang, pero no me atrevía a llamarlos, así que esperé al breve
resplandor del siguiente relámpago para buscarlos, mientras el tremendo
trueno que sonó después hacía que la tierra temblara y llenaba el aire con
un fuerte olor a azufre ardiendo. Distinguí el rostro amarillento y raquítrico
de Cara de Sueño detrás de un pequeño soldado. Parecía un gracioso
espectro que acabara de salir de su tumba. Su rostro pasó del amarillo al
violeta, su pelo parecía consistir en dos trozos de fieltro, la chaqueta de
seda se le había pegado al cuerpo, tenía el cuello completamente estirado,
su nuez de Adán era tan grande como un huevo de gallina y se le podían
contar las costillas. Sus ojos eran como los fuegos fatuos de un cementerio.
Justo antes del amanecer, la lluvia bajó en intensidad y el suave
repiqueteo de un calabobos sustituyó a los golpes del aguacero sobre el
tejado de chapa metálica. Los relámpagos decrecieron un poco, y sus
aterradoras luces azules y verdes dieron paso a unas mucho más tenues,

amarillas y blancas. Los truenos se habían alejado y los vientos soplaban desde el Noreste, agitando las láminas de metal del tejado y haciendo que el agua que se había estancado ahí arriba se colara y formara goteras. El viento, que se nos metía hasta los huesos y nos los congelaba, hacía que las articulaciones se nos quedaran tiesas, por lo que nos apelotonamos todos hasta quedar muy juntos, tanto los amigos como los enemigos. Las mujeres y los niños lloraban en la oscuridad. Yo sentí que los huevos me temblaban entre las piernas, provocándome unos dolorosos pinchazos en los intestinos que se me extendieron hasta el estómago. Me parecía que tenía las entrañas congeladas, como si fueran un trozo de hielo. Si alguien hubiera querido irse del molino en aquel momento, nadie se lo habría impedido, pero ninguno de nosotros lo intentó.

Un rato más tarde, un grupo de gente se presentó ante la puerta. Para entonces yo estaba medio inconsciente, apoyado contra la espalda de alguien que a su vez se apoyaba contra la mía. Un sonido de gente que caminaba a través de agua nos llegó desde más allá de la puerta del recinto; después, unos cuantos rayos de luz brillaron moviéndose en la oscuridad.

Un puñado de hombres, vestidos con impermeables, con todo el cuerpo

tapado menos el rostro, llegó hasta la entrada del molino.

—Hombres del Decimosexto Regimiento —gritó alguien—, salid.

Debéis regresar al cuartel general.

Los gritos eran bastante ásperos, pero yo me di cuenta de que aquella

voz era, en circunstancias normales, fuerte y clara, capaz de movilizar a la

gente. Supe de quién era en cuanto posé los ojos en él. El rostro que vi

sobre un impermeable y debajo de un sombrero era el del comandante y

comisario político del batallón de demoliciones, Lu Liren. Ya esa

primavera me habían llegado rumores de que su unidad se había alzado

como fuerza independiente, y aquí estaba.

—Daos prisa —ordenó Lu Liren—. Todas las demás unidades han

vuelto a sus cuarteles, así que ya es hora de regresar, camaradas, a secaros

los pies y beber una rica infusión de jengibre.

Los soldados salieron del molino lo más rápidamente que pudieron y

se colocaron en formación en la calle inundada. Muchos hombres que

parecían cuadros levantaron unos faroles y empezaron a dar órdenes a

gritos:

—¡Tercera compañía, seguidme! ¡Séptima compañía, seguidme!

Los soldados emprendieron la marcha detrás de los faroles y fueron

reemplazados por otros soldados vestidos con unas capas impermeables

armados con ametralladoras. El jefe del escuadrón saludó.

—Comandante —informó—, el escuadrón de seguridad se quedará

atrás para vigilar a los prisioneros.

Lu Liren le devolvió el saludo.

—Tenedlos bien vigilados. No dejéis que se escape ninguno. Quiero

un recuento a primera hora de la mañana. Si no me equivoco —dijo,

volviéndose hacia el molino con una sonrisa—, mi viejo amigo Sima Ku

está ahí dentro.

—¡Que te jodan a ti y a tus ancestros! —maldijo Sima Ku desde

detrás de una enorme piedra de molino—. ¡Jiang Liren, despreciable

sabandija, estoy aquí mismo!

—Te veré por la mañana —dijo Lu Liren, soltando una carcajada

antes de marcharse.

El jefe del escuadrón se quedó de pie bajo la luz de un farol.

—Sé que algunos tenéis armas escondidas —dijo—. Yo estoy a la luz

y vosotros en la oscuridad, cosa que me convierte en un blanco fácil. Pero

os recomiendo muy seriamente que desechéis esa clase de ideas, porque

soy el único al que daríais. Y entonces —y aquí hizo un movimiento con la

mano señalando la docena de soldados, más o menos, que estaban armados

con ametralladoras—, si ellos abren fuego, muchos más que uno de

vosotros caería. Nosotros tratamos bien a nuestros prisioneros. Mañana,

cuando se haga de día, os sacaremos de aquí. Los que quieran unirse a

nosotros serán recibidos con los brazos abiertos. Los que no quieran,

recibirán dinero para el viaje y se marcharán a sus casas.

El único sonido que se oía en el molino era el del agua que salpicaba.

El jefe del escuadrón ordenó a sus hombres que cerraran la puerta medio

podrida. La luz de su farol entraba a través de los huecos y las rendijas e

iluminaba varios rostros hinchados.

Cuando los soldados se marcharon hubo más espacio en el interior del

molino, así que yo pude acercarme al lugar donde había oído a Sima Ku

hacía solamente un instante. Tropecé con algunas piernas calientes y

temblorosas y oí la melodía de varios lamentos cadenciosos.

El inmenso

molino era una construcción ideada por Sima Ku y por su hermano Sima

Ting. Desde que fuera construido, ahí no se había molido ni un solo saco de

harina, porque la primera noche unas violentas ráfagas de viento habían

arrancado las aspas del molino, dejando en su lugar unos trozos de madera

que giraban ruidosamente durante todo el año. El lugar era suficientemente

grande como para alojar un circo. Una docena de piedras de molino del

tamaño de pequeñas colinas había quedado, obstinadamente, sobre el suelo

de ladrillos.

Dos días antes yo había ido a aquel lugar con Sima Liang para echar

un vistazo, porque él le había sugerido a su padre que lo convirtiera en una

sala de cine. Me estremecí en cuanto puse un pie en el molino. Un puñado

de ratas feroces nos salió al paso, llenando el inmenso edificio con sus

chillidos. Se detuvieron justo antes de llegar donde estábamos nosotros.

Una enorme rata blanca con los ojos rojos, que encabezaba el grupo, se

detuvo, se sentó sobre el trasero, levantó las garras delanteras, tan finas

que parecían haber sido talladas en jade, y se acarició los bigotes, blancos

como la nieve. Sus ojillos pequeños y brillantes se iluminaron mientras

docenas de ratas negras formaron un semicírculo detrás de ella,

mirándonos exultantes, preparadas para atacar. Lleno de miedo, retrocedí.

Estaba muy tenso y unas descargas heladas me subían y bajaban por la

espina dorsal. Sima Liang me protegió con su cuerpo, a pesar de que sólo

me llegaba por la barbilla. Primero se agachó, después se puso de cuclillas

y miró fijamente a los ojos a la rata blanca. Sin retroceder ni un poquito, la

rata dejó de acariciarse los bigotes y se sentó como si fuera un perro; la

boca y los bigotes le temblaban. Ni Sima Liang ni la rata iban a ceder.

¿Qué estarían pensando aquellas ratas, especialmente la blanca? ¿Y qué

estaría pasando por la mente de Sima Liang, un niño que solía hacerme

sentir desgraciado pero de quien cada vez me sentía más cerca? ¿Se trataba

de una competición que consistía en mantener la mirada? ¿O una batalla de

voluntades, como la de un alfiler y una espiga de trigo que intentan ver

cuál tiene la punta más afilada? Y si era así, ¿quién era el alfiler y quién

era la espiga de trigo? Realmente me pareció que oía a la rata decir: Este es

nuestro territorio y aquí no sois bienvenidos. Después oí a Sima Liang

decir: Este molino pertenece a la familia Sima. Lo construyeron mi tío y

mi padre, así que para mí es como estar en casa. Este es mi hogar. La rata

blanca dijo: El hombre que es fuerte es un rey, y el que es débil es un

ladrón. Sima Liang contraatacó con: Mil kilos de rata no pueden competir

con ocho kilos de gato. A lo que la rata blanca replicó: Tú eres un niño, no

un gato. En mi vida anterior, dijo Sima Liang, fui un gato de ocho kilos.

¿Cómo se te ocurre que me voy a creer eso?, dijo la rata blanca. Sima

Liang apoyó ambas manos en el suelo y sus ojos se almendraron y abrió la

boca para soltar un gruñido. *Miau, miau*, el penetrante maullido de un gato

hizo que temblaran las paredes del molino. *Miau, miau, miaaaau*, y la rata

blanca, confundida y presa del pánico, cayó de nuevo a cuatro patas y

estaba a punto de emprender la retirada cuando Sima Liang se abalanzó

sobre ella y la atrapó con una mano, aplastándola antes de que tuviera la

oportunidad de darle un mordisco. Las otras ratas huyeron en todas

direcciones. ¿Y yo? Imitando a Sima Liang, me lancé tras ellas, maullando

como un gato, pero desaparecieron antes de que pudiera darme cuenta.

Sima Liang soltó una carcajada y se volvió para mirarme. ¡Dios mío! Tenía

de verdad unos ojos de gato, iluminados por esas diabólicas luces verdes.

Tiró la rata blanca muerta al hueco del centro de una de las piedras de

molino. Los dos cogimos la manija de madera y empujamos con todas

nuestras fuerzas, pero no se movió ni un ápice, así que abandonamos y

empezamos a merodear por el interior del molino, yendo de una piedra a

otra, y descubrimos que todas las demás giraban con mucha facilidad.

—Pequeño Tío —me dijo Sima Liang—, montemos un molino nosotros.

Yo no supe qué contestar a esa propuesta, ya que las únicas cosas que

me importaban en la vida eran los pechos y la leche que contenían. Fue una

tarde gloriosa. La brillante luz del sol entraba a través de las fisuras del

techo de chapa metálica y de las celosías de la ventana y caía sobre el suelo

de ladrillo, donde abundaban las deposiciones de rata y de murciélago.

Vimos unos pequeños murciélagos de alas rojas colgando de las vigas, y

uno más grande, del tamaño de un sombrero cónico para protegerse de la

lluvia, deslizándose por el aire por encima de ellos. Sus chillidos sonaban

muy apropiados para su cuerpo, agudos y débiles, y me hicieron

estremecer. En el centro de todas las piedras de molino se habían hecho unos agujeros. Unas estacas de madera de abeto chino salían de ahí y subían hasta atravesar el techo de chapa metálica; en la punta de las estacas estaban las ruedas sobre las que unas aspas, durante muy poco tiempo, habían estado dando vueltas. Lo que habían creído Sima Ku y Sima Ting era que, cuando hubiera viento, las aspas girarían y harían que las ruedas también rotaran, con lo que las estacas y las piedras de molino de abajo se pondrían a dar vueltas. Pero la ingeniosa idea de los hermanos Sima había sido rechazada por la realidad.

Al pasar al lado de las piedras de molino, buscando a Sima Liang, distinguí unas cuantas ratas subiendo y bajando por las estacas. Había alguien sobre una de las piedras, con los ojos echando ascuas. Supe que era Sima Liang. Se agachó y me cogió de la mano con su garra helada. Con su ayuda, logré trepar, apoyando un pie en la manija de madera. La piedra estaba muy húmeda; un agua grisácea emergía desde el agujero del centro.

—¿Te acuerdas de esa rata blanca, Pequeño Tío? —me preguntó con aire misterioso. Yo asentí en la oscuridad—. Está aquí —dijo en voz baja

—. Voy a desollarla y a hacer unas orejeras para la abuela.

Un relámpago anémico cortó el lejano cielo del Sur como un cuchillo

y arrojó una débil luz en el interior del molino. Entonces vi la rata muerta

que tenía en la mano. Estaba toda mojada, y su asquerosa y raquítica cola

colgaba hacia abajo.

—Tírala por ahí —le dije.

—¿Y por qué? —me preguntó él, disgustado.

—Es asquerosa. No me digas que no te da asco.

En medio del silencio que se hizo entonces, oí que la rata muerta

volvía a caer en el agujero de la piedra de molino.

—Pequeño Tío, ¿qué crees tú que van a hacer con nosotros?

—me

preguntó tristemente.

Sí, ¿qué iban a hacer con nosotros? Un ruido de agua, al otro lado de

la puerta, indicó el cambio de guardia. Los nuevos guardias estaban

roncando como caballos.

—Hace frío —se quejó uno de ellos—. Esto no se parece nada a

agosto. ¿Crees que el agua se va a congelar?

—No digas tonterías —le contestó el otro.

—¿Te gustaría estar en casa, Pequeño Tío? —me preguntó Sima

Liang.

La cama de ladrillos, cómoda y calentita, el cálido abrazo de Madre,

los merodeos nocturnos de Gran Mudo y Pequeño Mudo, los
grillos encima
del horno, la dulce leche de cabra, el crujido de las
articulaciones de Madre
y su tos profunda, la risita boba de Primera Hermana fuera, en
el patio, las
suaves plumas de las lechuzas nocturnas, el sonido de las
serpientes
cazando ratones detrás del almacén... ¿cómo no iba a tener
ganas de estar
en casa, teniendo todo eso en cuenta? Sollocé.
—Escapémonos, Pequeño Tío —me dijo.
—¿Cómo nos vamos a escapar con esos guardias que hay en la
puerta?
—dije yo en voz baja.
Él me agarró del brazo.
—¿Ves esta estaca de abeto? —dijo, colocando mi mano sobre
la
estaca, que subía hasta el techo. Estaba húmeda—. Podemos
trepar hasta
arriba, hacer un agujero en el techo de chapa metálica y
escaparnos.
—¿Y entonces qué? —le pregunté yo, muy poco convencido.
—Bajamos al suelo de un salto —dijo él—. Y después, nos
vamos a
casa.
Intenté imaginarnos subidos en el tejado de chapa metálica,
oxidado y
ruidoso, y me empezaron a temblar las rodillas.
—Es demasiado alto —murmuré—. Nos romperíamos una
pierna si
saltamos desde ahí arriba.

—No te preocupes por eso, Pequeño Tío. Deja que yo me encargue de

todo. La primavera pasada ya salté de este tejado. Hay unos arbustos de

lilas debajo de los aleros. Sus ramas son muy flexibles y amortiguarán

nuestra caída.

Miré hacia arriba, al lugar en el que la estaca se encontraba con el

tejado de chapa metálica, a través del cual pasaban unos brillantes rayos de

luz. El agua se deslizaba lentamente por la estaca.

—Pronto se hará de día, Pequeño Tío. Vámonos —me dijo ansiosamente, metiéndome prisa.

¿Qué podía hacer yo? Asentí.

—Yo iré primero y quitaré un trozo de la chapa metálica —me dijo,

dándome una palmadita en el hombro para transmitirme que lo tenía todo

bajo control—. Echame una mano. —Se abrazó a la resbaladiza estaca,

pegó un salto y apoyó los pies sobre mis hombros—.

¡Levántate! —me

dijo, apremiante—. ¡Levántate!

Agarrándome a la estaca, me levanté. Las piernas me temblaban. Las

ratas que bajaban por la estaca chillaban al saltar al suelo. Sentí cómo se

empujaba con los pies e iba trepando por la estaca como una lagartija. Yo

lo observé ascendiendo poco a poco por la estaca, iluminado por la débil

luz que se colaba por las rendijas, resbalándose ligeramente hacia abajo de vez en cuando hasta que finalmente llegó a lo más alto. Entonces golpeó la chapa metálica con el puño, haciendo mucho ruido y dejando caer más agua de lluvia, que aterrizó sobre mi rostro. Un poco me entró en la boca y me dejó el amargo sabor del óxido, por no mencionar los pequeños trocitos de metal. Él jadeaba y gruñía en la oscuridad, debido al esfuerzo realizado. Oí cómo se movía la chapa de metal en el momento en que una cascada de agua impactó contra mí, y entonces me agarré fuertemente a la estaca para evitar que el agua me tirara de la piedra de molino en la que estaba subido. Sima Liang empujó con la cabeza para ampliar el tamaño del hueco. La chapa resistió un momento antes de ceder, y después un triángulo irregular se abrió en el techo, a través del cual se colaron unos rayos de luz gris procedentes de las estrellas. Entre las estrellas que había en el cielo, descubrí algunas que apenas brillaban. —Pequeño Tío —me dijo desde más allá de las vigas—, espera ahí, que voy a echar un vistazo. Después volveré y te ayudaré a subir. Impulsándose hacia arriba, asomó la cabeza por encima del techo,

hacia la nueva luz, para echar un vistazo.

—¡Hay alguien en el techo! —gritó uno de los soldados que hacían

guardia junto a la puerta.

Unas brillantes lenguas de luz atravesaron la oscuridad mientras una

lluvia de balas caía sobre la chapa metálica haciéndola resonar con fuerza.

Sima Liang se deslizó hacia abajo por la estaca con tanta rapidez que casi

me aplasta. Se enjuagó el agua de la cara y escupió un montón de

limaduras metálicas. Le castañeteaban los dientes.

—¡Ahí arriba hace un frío que pela!

La profunda oscuridad de justo antes de amanecer se había acabado, y

en el interior del molino empezaba a entrar la luz. Sima Liang y yo nos

acurrucamos juntos. Noté cómo su corazón latía a toda velocidad contra

mis costillas, como un gorrión febril. Yo empecé a llorar de desesperación.

Mientras me cepillaba la barbilla con su bonita y redondeada cabeza, me

dijo:

—No llores, Pequeño Tío. No se atreverán a hacerte daño. Tu quinto

cuñado es su superior.

Ahora había suficiente luz como para hacernos una buena idea de

cómo era el lugar en el que estábamos. Las doce enormes piedras de

molino, en una de las cuales habíamos estado subidos Sima Liang y yo, relucían majestuosamente. Su tío, Sima Ting, estaba subido en otra. Unas gotas de agua le caían desde la punta de la nariz en el momento en que nos guiñó un ojo. Unas ratas mojadas estaban subidas encima del resto de las piedras y cubrían su superficie por completo. Estaban muy juntas, acurrucadas unas contra otras. Sus pequeños ojillos somnolientos eran un brillo de color negro. Sus colas parecían gusanos. Daban pena y asco al mismo tiempo. El agua se colaba por las goteras del techo y se estancaba en el suelo, formando un montón de charcos. Los soldados del Batallón de Sima estaban de pie apiñados en pequeños grupos. Sus uniformes verdes, que ahora eran negros, se les pegaban al cuerpo. La mirada que había en sus ojos y la expresión de sus rostros eran terriblemente similares a las de las ratas. En general, los prisioneros civiles estaban por su cuenta. Sólo algunos de ellos se habían mezclado con los soldados, como el tallo de trigo que se encuentra de vez en cuando en un campo de maíz. Había más hombres que mujeres; algunas de ellas sostenían entre sus brazos a niños

que lloraban y sollozaban intermitentemente. Las mujeres
estaban sentadas

en el suelo. La mayor parte de los hombres estaba de rodillas,
salvo unos

pocos que estaban apoyados contra las paredes. Esas paredes
se habían

encalado, hacía algún tiempo, pero ahora estaban
completamente húmedas.

La pintura se había desconchado con la fricción contra las
espaldas de los

hombres, modificando los colores de sus ropas. Distinguí a la
chica bizca

entre la gente. Estaba sentada en el barro con las piernas
estiradas y con la

espalda apoyada contra la de otra mujer. Tenía la cabeza
inclinada sobre el

hombro, como si se le hubiera partido el cuello. Vieja Jin, la
mujer que

sólo tenía un pecho, estaba sentada sobre las nalgas de un
hombre. ¿Quién

sería él? Estaba despatarrado en el agua, boca abajo, y en la
superficie

flotaban sus blancos bigotes. Alrededor de estos se veían unos
coágulos de

sangre que se movían por el agua como pequeños renacuajos.
A Vieja Jin

sólo le había crecido el pecho derecho; el lado izquierdo de su
torso era

plano como una piedra de afilar, cosa que hacía que su pecho
pareciera

levantarse mucho más que lo normal, semejante a una colina
solitaria en la

llanura. El pezón era grande y duro, y casi le atravesaba la delgada blusa.

La gente solía llamarla «Bote de Aceite» porque decían que cuando ese

pezón se excitaba se podía colgar un bote de aceite de él. Unos decenios

más tarde, cuando al fin tuve la oportunidad de yacer sobre su cuerpo

desnudo, me di cuenta de que el único indicio de un pecho que había en su

lado izquierdo era un pequeño pezón del tamaño de un guisante, como una

peca que hablara de su existencia. Estaba sentada sobre las nalgas del

muerto, acariciándose su propia cara, como si estuviera loca. Se acariciaba

la cara y después se frotaba las manos contra las rodillas, como si acabara

de salir arrastrándose del escondrijo de una araña y se estuviera quitando

trozos de translúcida tela de araña de la cara. El resto de la gente había

adoptado diferentes y variadas posturas y actitudes; algunos lloraban, otros

se reían y otros mascullaban algo con los ojos cerrados. Una mujer movía

la cabeza hacia atrás y hacia adelante, como una serpiente de agua o una

grulla al borde del agua. Era la esposa de Geng Da'le, el vendedor de pasta

de gambas, y tenía el cuello largo y la cabeza pequeña, demasiado pequeña

para el tamaño de su cuerpo. La gente decía que era una serpiente que se

había convertido en persona, y su cabeza, desde luego, parecía confirmarlo.

Su cabeza sobresalía de un grupo de mujeres cuyas cabezas estaban todas

inclinadas hacia adelante, y en la fría humedad del molino, con su luz

sombría, la forma en la que se movía hacia adelante y hacia atrás era la

prueba que yo necesitaba para creer que alguna vez había sido una

serpiente y ahora estaba volviendo a convertirse en una. Me faltó valor

para echar un vistazo a su cuerpo, pero incluso cuando me obligué a mirar

hacia otra parte, su imagen permaneció conmigo.

Una serpiente de color limón se deslizó hacia abajo por una de las

estacas de abeto chino. Su cabeza era plana como una espátula, y su lengua

violeta salía de su boca como un dardo antes de volver a entrar. Cada vez

que tocaba la parte superior de la piedra del molino con la cabeza, se

quedaba quieta, daba un giro y se lanzaba en otra dirección, avanzando

directamente hacia las ratas que había en el centro de la piedra. Las ratas

mostraban las garras y se ponían a chillar frenéticamente. Cuando la

cabeza de la serpiente avanzaba en línea recta, su grueso cuerpo se

deslizaba con suavidad hacia abajo, dando vueltas alrededor de la estaca,

desenrollándose al moverse, y parecía que era la estaca y no la serpiente la

que estaba dando vueltas. Cuando llegó al centro de la piedra de molino,

levantó la cabeza súbitamente en el aire, a unos treinta centímetros de

altura, y la echó hacia atrás, como una mano. La parte de atrás de su cabeza

empezó a contorsionarse, se aplanó y se expandió, y el dibujo que se vio en

su cuello desplegado se parecía a una celosía. El movimiento de su lengua

violeta se aceleró; era una imagen terrorífica, y la acompañaba un silbido

que helaba la sangre. Las ratas se volvieron lo más pequeñas que pudieron,

chillando sin cesar. Una rata grande se levantó sobre las patas traseras y

enseñó sus garras, como si estuviera sosteniendo un libro, y después se

apoyó en las patas delanteras antes de salir volando por el aire, dentro de la

apertura triangular de la boca de la serpiente. La serpiente cerró la boca; la

mitad posterior de la rata quedó fuera, rígida, pero su cola tiesa todavía se

movía cómicamente.

Sima Ku estaba sentado sobre una estaca de abeto chino que estaba

tirada en el suelo, abandonada, con la cabeza escondida en el pecho y el

pelo totalmente revuelto. Segunda Hermana yacía sobre sus rodillas, con la cabeza metida en el hueco de su codo, boca arriba, con la piel del cuello muy tensa. Tenía la boca abierta; la mandíbula inferior colgaba pesadamente, formando un agujero negro en su rostro, de un blanco fantasmal. Segunda Hermana estaba muerta. Babbitt estaba sentado muy cerca de Sima Ku. Su rostro joven mostraba la expresión de un hombre viejo. La mitad superior del cuerpo de Sexta Hermana estaba apoyada encima de las rodillas de Babbitt, y no dejaba de retorcerse. Babbitt le acariciaba los hombros con una mano hinchada por tanta lluvia. Al otro lado de la decrepita puerta, un hombre delgadísimo se estaba preparando para suicidarse. Los pantalones se le habían caído hasta los muslos, descubriendo unos calzoncillos que se le habían soldado al cuerpo con barro. Quería atar su cinturón de algodón en lo alto del marco de la puerta, pero no era capaz de llegar tan arriba, ni siquiera dando saltos. Estaba tan débil que, cuando intentaba saltar, apenas se elevaba por encima del suelo. Me di cuenta, por la forma protuberante de la parte de atrás de su cabeza, que se trataba del tío de Sima Liang, Sima Ting. Al final, encontrándose

demasiado cansado para seguir intentándolo, se agachó, se subió los pantalones y se volvió a colocar el cinturón. Entonces se dio la vuelta y sonrió a la gente que lo estaba observando antes de dejarse caer sobre el barro y empezar a sollozar.

Los vientos matinales llegaron soplando desde los campos, como un gato mojado con una carpa brillante en la boca, paseándose con arrogancia sobre el tejado de chapa metálica. El Sol rojo del amanecer ascendió, saliendo de su refugio, lleno de agua de lluvia, goteando, exhausto. El Río del Dragón estaba muy crecido, y el sonido que hacían sus olas al romper parecía más fuerte que nunca en el silencio de la mañana. Estábamos sentados sobre la piedra del molino, y desde ahí contemplamos los primeros rayos del sol, rojos y neblinosos. Los cristales de las ventanas estaban inmaculados después de una noche de lluvia ininterrumpida. Los campos de agosto estaban justo delante de nosotros, sin que ni el tejado del edificio ni los árboles nos los taparan. Afuera, el agua de la lluvia había limpiado el polvo de las calles y ahora se podía ver el duro suelo de color castaño. La superficie de la calle relucía como si la hubieran barnizado.

Sobre la calle había un par de carpas rayadas que todavía no estaban completamente muertas; sus colas aún se movían débilmente. Pasó una pareja de hombres vestidos con uniformes grises. Uno era alto, el otro era bajito. El alto era delgado, el bajito era gordo. Iban inspeccionando la calle y llevaban una gran cesta de bambú llena de grandes peces. Tenían una docena, más o menos; había carpas rayadas, carpas de hierba e incluso una anguila plateada. Excitados por la visión de los dos peces en la calle, corrieron hacia ellos. En realidad, fueron a trompicones, como una grulla y un pato atados entre sí.

—¡Qué carpa enorme! —dijo el bajito y gordo.

—¡Hay dos! —dijo el alto y delgado.

Yo casi podía distinguir sus rostros cuando se agacharon a recoger los peces, y tuve la certeza de que eran dos de los camareros del banquete que hubo tras la boda de Sexta Hermana con Babbitt, una pareja de agentes infiltrados del Decimosexto Batallón. Los hombres que estaban de guardia delante de la puerta del molino los observaron recoger los peces. El jefe del pelotón bostezó y se acercó a donde estaban los dos hombres.

—Gordo Liu y Flaco Hou, esto es lo que se llama encontrar las pelotas

en los propios calzoncillos, o atrapar peces en seco.

—Jefe de Pelotón Ma —dijo Flaco Hou—, es una tarea dura.

—La verdad es que no, pero tengo hambre —contestó el Jefe de

Pelotón Ma.

—Ven a tomar una sopa de pescado —dijo Gordo Liu—. Por una

victoria como la nuestra, los soldados merecen comer bien y beber bien,

como recompensa.

—Tendréis suerte si esos pocos pescados son suficientes para vosotros, los cocineros —dijo el Jefe de Pelotón Ma—. Ni hablemos de los soldados.

—Tú eres un oficial, sea cual sea tu rango —dijo Flaco Hou—. Y los

oficiales deben aportar pruebas para respaldar lo que dicen, deben moderar

sus críticas en función de las necesidades políticas. No cabe hablar de

manera irresponsable.

—Sólo estaba bromeando. ¡No os toméis todo tan en serio!

—Flaco Hou —dijo el Jefe de Pelotón Ma—, en los meses que han

pasado desde la última vez que te vi, te has convertido en un charlatán.

Mientras discutían, Madre se acercó caminando lenta y pesadamente,

pero con decisión, hacia nosotros, con el sol rojo brillando a su espalda.

«Madre...», sollocé, bajando de la piedra de molino de un salto. Me

hubiera gustado ir volando a sus brazos, pero me resbalé y me caí al barro

que había al pie de la piedra.

Cuando volví en mí, lo primero que vi fue el rostro agitado de Sexta

Hermana. Sima Ku, Sima Ting, Babbitt y Sima Liang estaban de pie, a mi

lado.

—Madre está aquí —le dije a Sexta Hermana—. La vi con mis propios ojos.

Conseguí escapar de los brazos de Sexta Hermana y salí corriendo

hacia la puerta, pero choqué contra el hombro de alguien. Eso me detuvo

momentáneamente, pero volví a lanzarme, atravesando la masa de gente.

Llegué hasta la puerta y me tuve que parar. Golpeándola con los puños,

empecé a gritar: «¡Madre! ¡Madre!».

Un soldado introdujo la punta del cañón de su ametralladora por un

agujero que había en la puerta.

—¡Cálmate! Os dejaremos salir después del desayuno.

Madre escuchó mis gritos y comenzó a caminar más deprisa. Vadeó la

acequia que había junto al camino y se dirigió al molino. El Jefe de Pelotón

Ma la detuvo.

—¡Ya has llegado demasiado lejos, hermana mayor!

Pero Madre se deshizo de él de un empujón y siguió andando sin decir

ni una palabra. Tenía la cara iluminada por la luz roja. Parecía como si

estuviera manchada de sangre. Torcía la boca, poniendo un gesto de

enfado.

Los guardias cerraron filas rápidamente, formando una línea como

una pared negra.

—¡Deténgase ahí mismo, señora! —le ordenó el Jefe de Pelotón Ma

cogiendo a Madre por un brazo e impidiéndole avanzar ni un paso más.

Madre hizo un esfuerzo para liberarse de él—. ¿Quién es usted, y qué se

cree que está haciendo? —le preguntó enfadado el Jefe del Pelotón Ma, y

le dio un empujón que casi la tira al suelo.

—¡Madre! —grité yo, al otro lado de la puerta.

Los ojos de Madre se volvieron azules y su boca torcida se abrió

mucho, dejando escapar una serie de gruñidos. Se lanzó contra la puerta sin

pensar en nada más, pero el Jefe del Pelotón Ma tiró de ella desde atrás,

lanzándola dentro de la acequia que había junto al camino. El agua salpicó

en todas las direcciones. Madre se dio la vuelta en el agua y se puso de

rodillas. El agua le llegaba por el ombligo. Salió a cuatro patas de la

acequia. Tenía el pelo lleno de barro y totalmente empapado. Había

perdido uno de sus zapatos, pero avanzó, cojeando, sobre sus pies

inutilizados por el antiguo vendaje.

—¡He dicho que se detenga ahí! —El Jefe del Pelotón Ma levantó la

ametralladora y la apuntó hacia su pecho—. ¿Está usted intentando que los

presos se amotinen? —dijo, muy irritado.

—¡Quítate de mi camino!

—¿Qué se cree que está haciendo?

—¡Quiero encontrar a mi hijo!

Me puse a gritar más fuerte. Sima Liang, que estaba de pie a mi lado,

gritó:

—¡Abuela!

Sexta Hermana gritó:

—¡Madre!

Conmovidas por nuestros llantos, las mujeres que había en el molino

empezaron a sollozar. Sus lamentos se mezclaron con los ruidos de los

hombres que se sonaban la nariz y con los gruñidos de los guardias.

Nerviosos, los guardias dieron media vuelta y apuntaron sus armas a

la puerta podrida.

—¡No hagáis tanto escándalo! —gritó el Jefe del Pelotón Ma—.

Pronto saldréis de aquí. —Después se volvió hacia Madre—. Váyase a

casa, hermana mayor —le dijo intentando reconfortarla—. Si su hijo no ha

hecho nada malo, tiene mi palabra de que lo dejaremos en libertad.

—Mi niño —dijo ella en tono lastimero y rodeó corriendo al Jefe del

Pelotón Ma antes de dirigirse hacia la puerta.

El Jefe del Pelotón Ma se puso delante de ella de un salto.

—Hermana mayor —le dijo—. Se lo advierto. Un paso más y no

tendré más remedio que entrar en acción.

—¿Es que tú no tienes madre? ¿Es que no eres humano?

Madre le dio una bofetada y siguió avanzando, tambaleándose. Los

guardias que había en la puerta se apartaron para dejarla pasar.

El Jefe del Pelotón Ma, poniéndose una mano en la mejilla, les gritó:

—¡Detenedla!

Los guardias se quedaron quietos donde estaban, como si no hubieran

oído nada.

Madre estaba junto a la puerta. Yo saqué una mano por un agujero, y

me puse a moverla y a gritar.

Madre tiró del oxidado cerrojo y me di cuenta de que respiraba con

dificultad.

El cerrojo hizo un fuerte ruido metálico y una lluvia de balas atravesó

la puerta; cientos de astillas de madera cayeron sobre mí.

—¡No se mueva, señora! —chilló el Jefe del Pelotón Ma—.
¡La

próxima vez no fallaré! —añadió, pegando un tiro al aire.

Madre corrió el cerrojo y abrió la puerta de un empujón. Yo
corrí

hacia ella y hundí la cabeza en su seno. Sima Liang y Sexta
Hermana

vinieron detrás de mí.

A nuestra espalda, alguien gritó:

—¡Adelante, hombres! ¡Es nuestra ocasión!

Los hombres del Batallón de Sima se abalanzaron hacia la
puerta

como una ola gigante. Sus duros cuerpos chocaron contra
nosotros,

apartándonos de en medio. Caí al suelo, y Madre cayó encima
de mí.

El caos reinaba en el interior del molino; los lamentos, los
gritos y los

alaridos se superponían. A medida que los hombres del
Decimosexto

Regimiento iban cayendo, empujados por la masa, los
soldados del

Batallón de Sima se hacían con sus armas y empezaban a volar
las balas,

destrozando los cristales. El Jefe del Pelotón Ma fue lanzado a
la acequia,

desde donde empezó a disparar con su ametralladora; diez
soldados del

Batallón de Sima, más o menos, cayeron al suelo como
soldaditos de

juguete. Pero otros soldados se lanzaron a por él y lo
hundieron debajo del

agua mientras le propinaban puñetazos y patadas con ferocidad, salpicando en todas direcciones.

Varias unidades del Decimosexto Regimiento llegaron corriendo calle

abajo, gritando y disparando sus armas. Los soldados del Batallón de Sima

se dispersaron, pero fueron diezmados sin piedad.

En medio de toda esta actividad, nosotros estábamos con las espaldas

pegadas contra la pared del molino, y rechazábamos a empujones a

cualquiera que se nos acercara.

Un viejo soldado del Decimosexto Regimiento se colocó apoyado en

una de sus rodillas debajo de un álamo, cogió su rifle con ambas manos,

cerró un ojo y apuntó. El rifle se movió hacia arriba y un soldado del

Batallón de Sima cayó al suelo. Sonaban muchos disparos, y los cartuchos

usados caían al agua, donde chisporroteaban y formaban unas burbujas

humeantes. El viejo soldado apuntó otra vez, esta vez a un soldado grande

y moreno que estaba escapando hacia el Sur, a todo correr, y ya se había

alejado bastante. Iba saltando por un campo de garbanzos como un

canguro, dirigiéndose hacia el campo de sorgo que lo bordeaba. El viejo

soldado, sin ninguna prisa, disparó de nuevo. El crepitar de sus disparos

quedó sonando en el aire mientras el hombre que iba corriendo caía de

cabeza al suelo. El viejo soldado quitó el seguro de su rifle, dejando caer

un cartucho brillante que se arqueó en el aire hasta que sus extremos casi

se tocaron.

Entre todo lo que estaba pasando, me fijé en Babbitt. Era como una

mula sin cerebro en medio de un rebaño de ovejas. Rodeado de animales

que balaban por todas partes, él tiraba y empujaba, con los ojos como

platos, avanzando por el fango con sus pesados cascos, quitándose las

ovejas de en medio a base de coces. Sol Callado era como un tigre de

ébano. Agitaba su espada por encima de la cabeza y dirigía a una docena de

valientes espadachines cuyo objetivo era cortarles el paso a las ovejas.

Rodaban las cabezas, y unos alaridos que congelaban la sangre en las venas

se imponían sobre los sonidos del campo. Las ovejas supervivientes

corrían en cualquier dirección, sin saber dónde ir, intentando escapar.

Babbitt se detuvo y se puso a mirar a su alrededor, despistado. Volvió en sí

cuando el mudo cargó contra él y salió corriendo, lo más rápido que pudo,

hacia donde estábamos nosotros; estaba jadeante, sin aliento, y le caía una

espuma blanca de las comisuras de los labios. El viejo soldado lo apuntó.

—¡Viejo Cao, no dispaes! —gritó Lu Liren, destacándose entre la

multitud—. ¡Camaradas, no disparéis a ese americano!

Los hombres del Decimosexto Regimiento formaron una red humana,

cerrando filas a medida que se acercaban. Los prisioneros seguían

intentando escaparse, pero eran como peces atrapados en la red, y antes de

que pasara mucho tiempo ya los habían juntado, como a un rebaño, en la

calle que había frente al molino.

El mudo irrumpió en el grupo de prisioneros y le pegó a Babbitt un

puñetazo en el hombro. La fuerza del golpe hizo que diera una vuelta

completa sobre sí mismo. Cara a cara nuevamente con el mudo, balbuceó

algo en su idioma, algo que podía ser una maldición terrible o una protesta

formal. El mudo levantó su espada, que brilló reflejando la luz del sol.

Babbitt levantó los brazos, como si quisiera esquivar los fríos rayos de luz.

—Babbitt...

Sexta Hermana dio un salto desde detrás de Madre y trastabilló,

cayendo al suelo antes de poder dar ni un paso. Su pie izquierdo quedó

sobresaliendo desde abajo de su pierna derecha; ella quedó tirada en el

lodo pútrido.

—¡Que alguien detenga a Sol Callado! —ordenó Lu Liren.

Algunos

miembros del escuadrón de valientes del mudo lo cogieron por el brazo.

Unos gruñidos salvajes emergieron del interior de su garganta mientras

levantaba por el aire a los soldados que lo habían cogido como si fueran

muñecas de trapo. Lu Liren cruzó la acequia de un salto y levantó el brazo

—. ¡Sol Callado! —gritó—. ¡Acuérdate de las normas que tenemos para

los prisioneros!

Sol Callado dejó de luchar al ver a Lu Liren, y sus camaradas lo

soltaron. Se guardó la espada en el cinturón y agarró a Babbitt por la ropa.

Sus dedos eran como pinzas metálicas. Lo arrastró hasta donde estaba Lu

Liren. Babbitt le dijo algo a Lu Liren en su lengua extranjera.

Lu Liren le

contestó brevemente en el mismo idioma, apoyándose en unos enérgicos

gestos. Babbitt se quedó callado. Sexta Hermana se acercó a él, sollozando:

—Babbitt...

Babbitt saltó al otro lado de la acequia y tiró de Sexta Hermana para

ayudarla a levantarse. Su pierna izquierda colgaba inerte, como si se le

hubiera muerto, y él tuvo que sujetarla pasándole el brazo por alrededor de

la cintura. El vestido mugriento que llevaba, que parecía la piel arrugada
de una cebolla, pareció que se le iba a salir cuando sus pálidas nalgas
empezaron a deslizarse hacia el suelo. Se colgó del cuello de Babbitt, que
la sujetó colocando las manos debajo de sus axilas. Los dos, marido y
mujer, se mantenían más o menos de pie. Cuando los tristes ojos azules de
Babbitt se posaron sobre Madre, cojeó como pudo hacia ella, arrastrando a
Sexta Hermana, que ya no podía caminar.
—Mamá —le dijo él en chino, con los labios temblando y unos
enormes lagrimones en los ojos.
El agua se empezó a mover en la acequia; el Jefe de Pelotón Ma se
sacudió de encima el cadáver de un soldado del Batallón de Sima y se puso
en pie lentamente, como un gigantesco sapo. Su impermeable estaba
cubierto de agua, sangre y barro, los elementos que se encuentran
característicamente en el dorso de un sapo. Con las piernas dobladas, se
levantó temblando de miedo. Despertaba piedad. Se parecía a un oso, si
uno no miraba con mucha atención, y a un héroe si uno se fijaba mejor. Un
ojo se le había salido y colgaba al lado de su nariz como un trozo de

mármol brillante. Había perdido dos de los dientes frontales y la sangre le

goteaba de la mandíbula, que parecía de acero.

Una soldado con un botiquín de primeros auxilios se acercó a toda

velocidad para evitar que se cayera.

—¡Comandante Shangguan, este hombre está gravemente herido! —

gritó. Su delicada figura se curvaba bajo el peso de él.

En ese momento llegó corriendo Pandi, voluminosa como siempre

pero muy ágil, delante de dos hombres que transportaban una camilla.

Sobre la cabeza llevaba una minúscula gorra militar. La visera sobresalía

de su amplio y redondeado rostro. Solamente las orejas, que asomaban

desde debajo de su pelo cortado a lo paje, mantenían la delicada belleza de

una chica Shangguan.

Sin dudar ni un momento, tiró del ojo del Jefe de Pelotón Ma hasta

soltárselo y lo lanzó por ahí; fue rodando por el suelo fangoso durante unos

instantes antes de detenerse y quedarse mirándonos, lleno de hostilidad.

—Comandante Shangguan —dijo el Jefe de Pelotón Ma sentándose en

la camilla y señalando a Madre—. Dile al Comandante del Batallón Lu que

esta anciana señora ha roto la puerta...

Pandi le vendó la cara al Jefe de Pelotón Ma con gasa, dando vueltas y

más vueltas hasta que ya no podía ni abrir la boca. Después vino hasta

donde estábamos nosotros y llamó tentativamente a Madre.

—Yo no soy tu madre.

—Una vez te conté —le dijo Pandi—, que el río fluye hacia el Este

durante diez años y después hacia el Oeste los siguientes diez. Fíjate en el

barro que tienes en los pies cuando salgas del agua.

—Ya lo he visto —dijo Madre—. Ya lo he visto todo.

Pandi dijo:

—Sé todo lo que ha pasado en la familia. Tú has cuidado bien a mi

hija, Madre, así que te absuelvo de toda culpa.

—No necesito tu absolución. Ya he vivido suficiente tiempo.

—Hemos recuperado nuestra tierra. La hemos recuperado toda —dijo

Pandi.

Madre echó un vistazo a las nubes dispersas por el cielo y murmuró:

—Señor, abre tus ojos y observa este mundo...

Pandi se acercó y, sin mostrar ninguna emoción, me acarició la cabeza. Percibí el desagradable olor a medicina que tenía en la mano. No le

acarició la cabeza a Sima Liang, y yo supuse que él no le habría dejado

hacerlo. Él apretaba con fuerza sus pequeños dientes de animal salvaje, y si

ella hubiera intentado acariciarle la cabeza, probablemente él le habría

arrancado un dedo de un mordisco. Pandi sonrió sarcásticamente y se

volvió hacia Sexta Hermana.

—Has hecho bien. Los imperialistas americanos están proveyendo a

nuestros enemigos con aviones y material de artillería. Están ayudando a

nuestros enemigos a asesinar a la gente en los territorios liberados.

Abrazada a Babbitt, Sexta Hermana le dijo:

—Deja que nos vayamos, Quinta Hermana. Ya has matado a Segunda

Hermana. ¿Ahora nos toca a nosotros?

En ese momento, Sima Ku sacaba el cuerpo de Zhaodi del molino a

rastras, riéndose histéricamente. Un rato antes, cuando sus soldados habían

salido alocadamente del edificio, él se había quedado dentro. Sima Ku era

conocido por su meticulosidad en el vestir —los botones de su túnica

siempre estaban limpios y relucientes—, pero había cambiado de la noche

a la mañana. Su rostro parecía una alubia que se hubiera hinchado bajo la

lluvia y después se hubiera secado al sol: unas arrugas blancas lo cruzaban

de lado a lado. No había vida en su mirada y le habían salido canas en el

pelo. Arrastró el cuerpo vacío de sangre de Segunda Hermana hasta donde

estaba Madre y cayó de rodillas.

Madre tenía la boca torcida hacia un lado, y los huesos de la mejilla se

le movían hacia arriba y hacia abajo de una forma tan violenta que no era

capaz de decir ni una palabra. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se

agachó para tocarle la frente a Segunda Hermana y después le cogió la

mejilla con la mano y consiguió decirle:

—Zhaodi, mi pequeña niña, tú y tus hermanas elegisteis a los hombres

con los que os fuisteis y el camino que tomasteis. No quisisteis escuchar a

vuestra madre, así que no pude protegeros. Todas vosotras... a vuestra

suerte...

Sima Ku soltó el cadáver de Segunda Hermana y se acercó a Lu Liren,

que estaba rodeado por una docena, más o menos, de guardaespaldas, y se

dirigía hacia el molino. Sima se detuvo cuando estaba a unos pocos pasos

del otro hombre. Sus dos pares de ojos quedaron enganchados, aparentemente, en un combate mortal. Saltaban chispas, como si estuvieran

batiéndose con espadas. Tras unos cuantos asaltos todavía no había

vencedor. Tres carcajadas secas salieron de la boca de Lu Liren: *¡Ja, ja!*

¡Ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Sima Ku respondió con otras tres: *¡Je, je! ¡Je, je! ¡Je, je,*

je!

—Supongo que te ha ido bien desde la última vez que nos vimos,

Hermano Sima —dijo Lu Liren—. Fue hace un año cuando me echaste de

esta zona. ¡Me apuesto lo que sea a que nunca te habías imaginado que ibas

a correr el mismo destino alguna vez!

—Una deuda de seis meses se salda muy rápido —dijo Sima—. Pero

Hermano Lu, me has cobrado demasiados intereses.

—Estoy profundamente dolido por la trágica pérdida de tu esposa.

Pero esa es la esencia de las revoluciones. Cuando se extirpa un tumor,

siempre hay que sacrificar algunas células buenas. Pero eso no nos debe

impedir extirpar el tumor. Espero que comprendas esto.

—No gastes más saliva —dijo Sima Ku—. ¡Mátame ya!

—Los planes que tenemos para ti no son tan sencillos.

—Entonces tendrás que perdonarme si tomo las riendas de este asunto.

Sacó una pistola plateada, la amartilló y se volvió hacia Madre.

—Voy a hacer esto para vengar su pérdida —le dijo, y se puso la

pistola en la cabeza.

Lu Liren soltó una fuerte carcajada.

—¡Así que después de todo eres un cobarde! ¡Vamos, mátate, gusano

patético!

A Sima Ku le empezó a temblar la mano.

—¡Papá! —Era Sima Liang.

Sima Ku se volvió para mirar a su hijo. Lentamente fue dejando caer

la mano junto a su cuerpo. Dejó escapar una carcajada con la que se

burlaba de sí mismo y le pasó la pistola a Lu Liren.

—Toma, coge esto.

Lu Liren cogió la pistola y calculó su peso con la mano.

—Esto es un juguete para mujeres —dijo, entregándosela desdeñosamente a uno de sus hombres. Después pegó unas cuantas patadas

en el suelo. Tenía los pies empapados y llenos de barro—. En realidad, una

vez has entregado el arma, tu destino ya no está en mis manos. Mis

superiores decidirán si acabas en el Cielo o en el Infierno.

Negando con la cabeza, Sima Ku dijo:

—Me temo que estás totalmente equivocado, Comandante Lu. Para mí

no hay lugar ni en el Cielo ni en el Infierno. Mi lugar está entre esos dos

sitios, y cuando todo acabe, tú y yo estaremos en el mismo barco.

Lu Liren se volvió hacia los hombres que había a su espalda.

—Lleváoslos.

Los guardas se acercaron, empujaron suavemente a Sima Ku y a

Babbitt con sus rifles y les dijeron:

—¡Vamos, andando!

—Vámonos —le dijo Sima Ku a Babbitt—. A mí pueden matarme

cien veces, pero a ti no te tocarán ni un pelo.

Babbitt, que todavía estaba ayudando a Sexta Hermana a mantenerse

de pie, se acercó a Sima Ku.

—La Señora Babbitt puede quedarse —dijo Lu Liren.

—Comandante Lu —dijo Sexta Hermana—, le suplico que nos libere

a los dos como agradecimiento por haber ayudado a Madre a criar a Lu

Shengli.

Levantándose las gafas, que tenían una lente rota, le dijo a Madre:

—Hazla entrar en razón.

Madre sacudió la cabeza y se puso de cuclillas.

—Niños, echadme una mano —nos dijo a Sima Liang y a mí.

Así que Sima Liang y yo ayudamos a Madre a echarse el cuerpo de

Zhaodi a la espalda.

Cargando con su hija, Madre tomó el embarrado camino de vuelta a

casa, descalza, flanqueada por Sima Liang y por mí. Nosotros levantábamos una de las tiasas piernas de Zhaodi cada uno para que Madre

no tuviera que cargar con tanto peso. Las profundas huellas que iba

dejando en el embarrado camino con sus doloridos pies, antaño vendados,

todavía se podrían distinguir unos cuantos meses más tarde.

VI

El Río de los Dragones estaba a punto de desbordarse. Si miraba por la

ventana, desde mi cama, podía ver un agua turbia y amarillenta que rugía

en lo más alto del dique. Había un destacamento de soldados, de pie sobre

el dique, contemplando el río y discutiendo en voz alta.

Fuera, en el patio, Madre estaba haciendo unas tortitas a la plancha y

Zaohua se encargaba de avivar el fuego. Debido a que la leña todavía

estaba húmeda, las llamas eran de color amarillo oscuro y soltaban un

humo negro y denso que se expandía por el aire. El sol estaba un tanto

apagado.

Sima Liang vino dentro, trayendo con él el olor ácido de la acacia

japonesa.

—Están planeando llevarse a mi papá y a Sexta Tía y a su marido al

cuartel general de los militares —dijo en voz baja—. El marido de Tercera

Tía y los demás están construyendo una balsa para escaparse navegando río

abajo.

—Liang —lo llamó Madre desde fuera—. Baja al río con tu tío y tu

tía y que los demás se queden ahí. Diles que quiero que se vayan.

El río fluía rápido y sucio, llevando tallos de grano, boniatos,

animales muertos e incluso, en las zonas de mayor profundidad, árboles

enteros, con raíz y todo. El Puente del Río de los Dragones, del cual Sima

Ku había destruido tres pilares, había desaparecido bajo las furiosas aguas.

La única huella que quedaba de su existencia eran unos fuertes remolinos y

el ruidoso romper de las olas. Los arbustos de ambas riberas también

habían desaparecido, pero en algunos lugares, de vez en cuando, una rama

asomaba por encima de la superficie, todavía cubierta de hojas verdes.

Unas gaviotas grisáceas y azuladas volaban a ras del agua, rozando la

superficie de las olas y pescando ocasionalmente algún pequeño pez. La

orilla opuesta parecía una cuerda negra que aparecía y desaparecía ante la

vista, bailando sobre la espuma brillante de las aguas. Faltaban sólo unos

centímetros para que el río desbordara los diques. En algunos puntos, unas

lenguas de agua amarilla los lamían seductoramente, formaban remolinos

y caían resbalando por el otro lado.

Cuando llegamos a la orilla del río, Sol Callado estaba sujetándose su

impresionante órgano con la mano y meando en el agua. El líquido, del

color del whisky, hacía un ruido semejante al de una campana cuando

entraba en contacto con la superficie. Sonrió al vernos, sacó un silbato que

se había construido con un cartucho y nos deleitó con una serie de

reclamos de pájaros: el áspero llamado del tordo, el lamento superficial de

la oropéndola, el triste gemido de la alondra. Era maravilloso. Incluso su

rostro lleno de verrugas se ablandó un poco. Cuando tocó todo su

repertorio, sacudió el silbato para que se cayera la saliva y, emitiendo un

grao gutural, lo acercó hacia mí, evidentemente a modo de regalo. Pero yo

retrocedí asustado y me limité a mirarlo. Sol Callado, especie de demonio,

nunca olvidaré la expresión que tenías en la cara cuando estabas

despedazando gente con tu espada. Nuevamente me lo ofreció, y después

volvió a hacer *grao* con la mirada llena de agitación. Yo di un paso atrás.

Él vino hacia mí. Sima Liang, que estaba de pie a mi espalda, me dijo en

voz baja: «No lo cojas, Pequeño Tío. “El mudo silbador enfrentado a

alguien mejor”. Usa la cosa esa para llamar a los fantasmas en el

cementerio». ¡*Grao!* Empezando a ponerse nervioso, Sol Callado me puso

en la mano, a la fuerza, el objeto metálico, y después se dio la vuelta y se

dirigió hacia un grupo de hombres que estaban construyendo unas balsas de madera, sin hacernos ningún caso. Sima Liang me quitó el silbato de la mano y lo examinó cuidadosamente a la luz del sol, como si esperara que se le revelara algún secreto. «Pequeño Tío —me dijo—, yo nací bajo el signo del gato, no bajo uno de los doce signos del zodiaco, así que no hay ni un fantasma que sea rival para mí. Te guardaré esto». Se metió el silbato en uno de los múltiples bolsillos ocultos que tenía en sus pantalones, que le llegaban hasta las rodillas y estaban totalmente cubiertos de remiendos. En esos bolsillos había una gran cantidad de objetos raros e interesantes: una piedra que cambiaba de color a la luz de la luna, una pequeña sierra que se usaba para cortar tejas, huesos de albaricoque de diversas formas, incluso un par de garras de gorrión y las calaveras de dos ranas. También llevaba dientes de leche, los suyos, los de Octava Hermana y los míos. Madre los había tirado al patio, detrás de la casa, y él los había recuperado todos, cosa que no era fácil teniendo en cuenta la cantidad de mierdas de perro que había escondidas entre las altas hierbas silvestres. Pero él dijo: «Si de

verdad quieres encontrar algo, saldrá de su escondrijo de un salto». Ahora a

los tesoros que escondía en sus pantalones se había añadido un pequeño

silbato diabólico.

Como una fila de hormigas, más de una docena de soldados del

Decimosexto Regimiento aparecieron transportando unos troncos de pino

por una de las calles que desembocaban en la orilla del río.

¡Crash! ¡Bang! La torre de vigilancia de Sima Ting estaba sufriendo

un asalto. Sol Callado era quien lo dirigía, ordenándoles a sus hombres que

quitaran los postes y los ataran juntos con un grueso cable. Zunlong el

Viejo, el carpintero más habilidoso de la aldea, se encargaba de la

supervisión técnica. El mudo le gritaba como un gorila iracundo, y su

saliva volaba en todas las direcciones. Zunlong lo escuchaba muy

atentamente, de pie, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo;

llevaba una abrazadera en una mano y un hacha en la otra. Tenía apretadas

las rodillas, que estaban llenas de cicatrices, y sus pantorrillas de venas

protuberantes se veían rectas, rígidas. En los pies llevaba unos zuecos de

madera.

En ese momento, un guardia que tenía un rifle colgado a la espalda

bajó por la calle montado en una bicicleta. Después de aparcar la bici,

empezó a trepar al dique. A medio camino, se le metió uno de los pies en la

madriguera de una rata, y cuando lo sacó, un agua turbia salió a la

superficie.

—Mira —dijo Sima Liang—, el dique está a punto de ceder.

Los soldados, presa del pánico, abandonaron lo que estaban haciendo

y se quedaron con la mirada fija en aquel húmedo agujero.

Una extraña

expresión de terror se dibujó en el rostro del mudo mientras observaba la

furia del río, donde el agua llegaba a más altura que los edificios más altos

de la aldea. Sacando su espada y golpeando con ella la parte más alta del

dique, se quitó la camisa y los pantalones hasta que quedó ahí de pie

vestido solamente con unos calzoncillos que parecían hechos de aluminio.

Se volvió hacia sus hombres y soltó un gruñido. Como una bandada de

perdices asustadas, ellos se limitaron a quedarse mirándolo, boquiabiertos.

Finalmente, un soldado de cejas muy pobladas gritó:

—¿Qué quieres que hagamos? ¿Tirarnos al río?

El mudo se le acercó corriendo y lo cogió por el cuello de la camisa,

tirando tan fuerte de él que varios de los botones de plástico negro se le

soltaron. Muy excitado, el mudo escupió una palabra:
«Desnudaos». Todo

el mundo la oyó.

Zunlong miró el agujero y los remolinos que se formaban en el
río.

—Vosotros, soldados —dijo—, ese agujero ha sido hecho por
un

castor, lo que significa que más abajo es más ancho. Vuestro
comandante

quiere que os desnudéis para que podáis bajar a taparlo.
Adelante,

desnudaos. Si no lo hacéis ahora, será demasiado tarde.

Zunlong se quitó la chaqueta y la tiró a los pies del mudo.
Siguiendo

sus pasos, los soldados comenzaron a desnudarse. Uno
jovenzuelo se limitó

a quitarse la chaqueta y se dejó los pantalones puestos. El
mudo, que estaba

cada vez más enfadado, repitió la orden: «¡Desnudaos!
¡Desnudaos!

¡Desnudaos!». Cuando se ven acorralados, los perros saltan
por encima de

los muros, los gatos trepan a los árboles y los mudos hablan.
Bramaba una

y otra vez.

—Comandante —aulló el soldado joven—, ¡yo no llevo
calzoncillos!

El mudo cogió su espada y apoyó el reverso de la hoja sobre el
cuello

del soldado, dándole un par de golpecitos suaves. El pobre
soldado se puso

pálido y comenzó a tartamudear. «Me desnudaré, Abuelo
Mudo, ¿cómo

no?». Entonces se agachó, se desató las polainas y se quitó los
pantalones,

dejando al descubierto un trasero blanco como un lirio y una
picha sin casi

pelo, que se tapó rápidamente con las manos. El mudo se
volvió hacia el

guardia para que él también se desnudara, pero el hombre se
bajó corriendo

del dique, saltó sobre su bicicleta, se tambaleó un par de veces
y se marchó

a toda velocidad, gritando mientras pedaleaba:

—¡El dique está a punto de caerse! ¡El dique está a punto de
caerse!

Mientras Zunlong arrancaba un enrejado para las alubias que
había al

pie del dique y hacía una gran pelota con las vides y los
listones de madera,

el mudo hizo un montoncito con la ropa que se había quitado y la ató toda

con sus polainas. Varios soldados le ayudaron a llevar el fardo rodando

hasta lo alto del dique, donde él lo cogió. Ya se estaba preparando para

tirarse al agua cuando Zunlong señaló un gran remolino. Él se dirigió a su

caja de herramientas, sacó una botella plana de color verde y le quitó el

corcho. El olor a alcohol se expandió por el aire. El mudo empuñó la

botella, echó la cabeza hacia atrás y se la bebió entera. Después le hizo un

gesto a Zunlong mostrando el pulgar levantado y gritó «desnudaos»; todo

el mundo comprendió que eso significaba «bien». Con el fardo en la mano,

se zambulló en el río, cuyas aguas ya habían rebasado el dique. Para

entonces, la cueva del castor era del tamaño del cuello de un caballo, y

dejaba pasar un chorro de agua que serpenteaba hacia abajo, por la calle, y

se convertía en un fuerte y turbio torrente que muy pronto llegó hasta la

puerta de nuestra casa. Nuestros hogares parecían minúsculos castillos de

arena al lado del río furibundo. El mudo desapareció en el río; unas

burbujas y unos trozos de hierba señalaban el lugar en el que se había

zambullido. Las gaviotas volaban a ras de la superficie del agua. Sus ojillos negros y somnolientos estaban ansiosamente fijos, llenos de expectativas, en el punto en el que el mudo se había sumergido. Yo distinguía sus brillantes picos rojos y sus garras negras metidas debajo de sus vientres. Con una ansiedad creciente, mirábamos fijamente el agua. Una sandía oscura y reluciente pasó girando y fue engullida. Volvió a emerger unos cuantos metros más abajo, llevada por la corriente. Después vimos una raquítica rana negra esforzándose por nadar hacia nosotros desde el centro del fangoso río, luchando contra la corriente. Cuando llegó a las relativamente calmadas aguas que había junto a la orilla, vi las pequeñas ondulaciones que dibujaban sus patas sobre la superficie. Los soldados, cuyos rostros mostraban un nerviosismo creciente, estiraban el cuello para ver lo que estaba pasando. Parecían condenados que, formando una fila, esperaran la espada del verdugo. El que habían obligado a desnudarse por completo se tapaba las joyas de la familia con las manos mientras, él también, estiraba el cuello como una grulla para mirar.

Zunlong, por otra parte, observaba el agujero que había en el dique. Al ver
que nadie le prestaba atención, Sima Liang cogió la espada del mudo, un
arma que mataba hombres con la misma facilidad con que se corta un
melón, y deslizó el pulgar furtivamente por la hoja para comprobar lo
filosa que era.
—¡Muy bien! —gritó Zunlong—. ¡El agujero ya está tapado!
El salvaje chorro de agua que salía por el agujero era ahora una simple
gotera. Como un enorme pez negro, la cabeza del mudo emergió a la
superficie, haciendo que las gaviotas que daban vueltas alrededor
remontaran vuelo hacia el cielo aterrorizadas. Mientras se secaba el agua
de la cara con una mano, escupió lo que parecía un géiser de agua
embarrada. Zunlong les ordenó a los soldados que lanzaran la bola de vides
al río. El mudo la cogió con las dos manos y la metió en el agua para poder
subirse encima, con piernas y todo. Él también se hundió bajo la superficie,
pero sólo durante un momento. En el momento en que su cabeza
reapareció, cogió una bocanada de aire. Zunlong le acercó una larga rama
para ayudarlo a salir, pero el mudo la rechazó con un gesto de los brazos y
volvió a sumergirse bajo la superficie del agua.

En la aldea, el sonido de un gong fue seguido por un toque de bugle.

Unos cuantos soldados armados llegaron a la orilla del río desde todas las

calles adyacentes. Lu Liren y sus guardias aparecieron por la calle donde

vivíamos nosotros. En cuanto llegó al dique, gritó:

—¿Dónde está el peligro?

La cabeza del mudo emergió y desapareció muy rápidamente, cosa

que indicaba que ya estaba exhausto. Entonces Zunlong volvió a tenderle la

rama y tiró del mudo hasta la orilla del río, donde unos soldados lo

ayudaron a salir del agua arrastrándolo. Con las piernas temblorosas, se

sentó en el suelo.

—Comandante —le dijo Zunlong a Lu Liren—, si no hubiera sido por

este hombre, probablemente a estas alturas los aldeanos habrían servido de

pasto para las tortugas.

Lu se acercó al mudo y le hizo un gesto de satisfacción con el pulgar

hacia arriba. El mudo, que tenía toda la piel del cuerpo de gallina y el

rostro cubierto de lodo, se limitó a sonreír.

Los hombres de Lu Liren se pusieron a apuntalar el dique. Mientras

tanto, avanzaban los trabajos de construcción de las balsas, ya que los

prisioneros debían transportarse al otro lado del río a mediodía; allí los

esperarían unos soldados procedentes del cuartel general para escoltarlos.

Los soldados que se habían despojado de sus uniformes estaban aliviados.

Cuantas más alabanzas recibían, más aumentaba su energía, y por lo tanto

solicitaron quedarse para completar su misión, con o sin uniformes.

Entonces Lu Liren tuvo que volver al campamento en busca de un par de

pantalones para el pequeño soldado que estaba con el culo al aire. Le

sonrió al jovenzuelo y dijo:

—No tienes por qué avergonzarte por tener una picha pequeña y sin

pelo. —Mientras daba órdenes, Lu se volvió hacia mí y me preguntó—:

¿Cómo está tu madre? Shengli ya debe estar difícil de controlar.

Sima Liang me dio un codazo, pero yo no entendí qué era lo que

quería, así que dijo:

—La abuela quiere venir a despedirse de mi padre y le gustaría que la

esperaras.

Mientras tanto, Zunlong se había puesto manos a la obra y en cosa de

media hora había construido una balsa de varios metros de largo. Como no

tenían remos, aconsejó que se usaran palas de madera. Lu Liren dio la

orden. Después le contestó a Sima Liang:

—Ve a decirle a tu abuela que he aceptado su petición. —Miró al reloj

—. Vosotros dos ya podéis iros —nos dijo, pero no nos fuimos, porque

cuando miramos en dirección a la casa, vimos a Madre que salía por la

puerta llevando en un brazo una cesta de bambú tapada con un trozo de tela

blanca y en el otro una tetera de arcilla roja.

Zaohua salió tras ella con un manojo de cebolletas entre los brazos.

Detrás de ella iban las hijas gemelas de Sima Ku, Sima Feng y Sima

Huang. Las seguían los hijos gemelos del mudo y Tercera Hermana, Gran

Mudo y Pequeño Mudo. Después iba Lu Shengli, que acababa de aprender

a andar. En último lugar iba Shangguan Laidi, con el rostro abundantemente empolvado. La procesión avanzaba con lentitud. Las

gemelas miraban constantemente hacia las plantas de alubias y las

campanillas azules que crecían entre ellas, con la esperanza de ver alguna

libélula, mariposa o cigarra. Los gemelos miraban constantemente hacia

los árboles que se alineaban a ambos lados del camino: acacias, sauces y

moreras, con su corteza de color amarillo claro. Buscaban deliciosos

caracoles. Lu Shengli miraba al suelo en busca de charcos, y cuando veía

uno, se metía a chapotear en el agua y llenaba todo el sendero con el sonido

de sus inocentes carcajadas. Laidi iba caminando como una dama joven,

pero yo estaba tan lejos que sólo podía ver su rostro empolvado y no

distinguía sus facciones.

Lu Liren cogió unos binoculares del cuello de uno de sus guardias y

miró al otro lado del río. Un soldado que estaba a su lado le preguntó, con

cierta urgencia:

—¿Ya han llegado?

—No —dijo, sin dejar de mirar—. No hay ni rastro de ellos. Lo único

que veo es un cuervo picoteando una cagada de caballo.

—¿Les habrá pasado algo? —preguntó el guardia con ansiedad.

—No lo creo. Todos son magníficos tiradores, y nadie intentaría

interponerse en su camino.

De pronto apareció un grupo de hombres de piel oscura al otro lado

del río. El reflejo en movimiento del sol en la superficie creaba la ilusión

de que estaban de pie sobre el agua, no sobre el dique.

—Ahí están —dijo Lu Liren—. Que les indiquen con una señal que

estamos aquí.

Un joven soldado se puso en pie, levantó una pistola extraña, muy

corta y muy ancha, y pegó un tiro al aire. Una pelota amarilla se elevó

hacia el cielo, se quedó congelada un instante en lo alto y después volvió a

bajar describiendo una elegante curva y dejando un rastro de humo blanco

y emitiendo un sonido sibilante antes de caer al río. Algunas gaviotas

tuvieron la tentación de ir en su busca, pero cuando miraron mejor salieron

huyendo a toda velocidad mientras chillaban.

—Dales otra señal —dijo Lu Liren al ver que no había respuesta.

Esta vez el soldado sacó una bandera roja, la anudó al extremo de la

rama de la que se había deshecho Zunlong y la hizo ondear en el aire. Los

hombres que estaban en la otra orilla rugieron con aprobación.

—Bien —dijo Lu Liren, dejándose los binoculares colgados del

cuello, y se volvió hacia el joven oficial que había hablado con él hacía un

momento—. Oficial Qian, vuelve corriendo y dile al Jefe de Personal Du

que traiga los prisioneros. Y que se dé prisa. —El Jefe de Personal Du se

volvió y salió corriendo dique abajo.

Lu Liren se subió a la balsa de un salto y la pisó con fuerza para

comprobar lo resistente que era.

—No se romperá cuando esté en medio del río, ¿verdad? —le preguntó a Zunlong.

—No se preocupe, señor. Durante el otoño de 1921, los aldeanos

llevaron al Senador Zhao al otro lado del río, y yo hice la balsa que

emplearon en aquella ocasión.

—Estos son prisioneros importantes —dijo Lu Liren—. No puede

haber errores.

—No se preocupe, señor. Si hay algún error, puede cortarme nueve de

mis diez dedos.

—¿Y eso qué arreglaría? Si sucediera lo peor, ni siquiera serviría para

nada que me cortara nueve de *mis* diez dedos.

Madre encabezaba la procesión dique arriba. Allí la esperaba Lu

Liren.

—Tía —le dijo educadamente—, espere aquí un momento. Ahora los

van a traer. —Se agachó para acercar su cara a la de Lu Shangli. Asustada,

ella empezó a llorar, avergonzando a Lu, que se colocó bien las gafas y dijo

—: Ni siquiera conoce a su propio padre.

—Quinto Yerno —dijo Madre soltando un suspiro—. Todos estos

combates, de aquí para allá... ¿Cuándo va a acabar esto?

Lu tenía la respuesta preparada:

—No se preocupe. Dentro de dos años, como mucho dentro de tres,

tendrá la vida apacible que desea.

—Yo sólo soy una mujer y debería guardarme lo que pienso para mí,

pero ¿no podrías dejarlos ir? —dijo Madre—. Después de todo, ellos y tú

formáis parte de la misma familia.

—Querida Suegra —dijo Lu con una sonrisa—, yo no puedo tomar esa

decisión. Pero ¿cómo ha acabado usted con tantos yernos problemáticos?

Soltó una carcajada, un sonido jovial que alegró el ambiente en el

dique.

—¿No puedes pedirles a tus superiores que tengan clemencia?

—Por favor, Suegra, no se preocupe por esta clase de cosas.

Por la calle bajó un destacamento de guardias que escoltaban a Sima

Ku, Babbitt y Niandi. Sima Ku llevaba las manos atadas con una cuerda

detrás de la espalda. Las de Babbitt iban atadas por delante. Las de Niandi

estaban sin atar. Cuando pasaron por delante de nuestra casa, Sima Ku se

acercó a la puerta. Un guardia le bloqueó el paso. Sima Ku le escupió y le

gritó: «Quítate de en medio. Voy a despedirme de mi familia». Poniendo

las manos alrededor de la boca a modo de megáfono, Lu Liren gritó desde

el otro extremo de la calle: «Comandante Sima, no es necesario que entre.

Están todos aquí». Como si no lo hubiera oído, Sima se encogió de

hombros y, seguido por Babbitt y por Niandi, forzó la entrada al patio,

donde los tres estuvieron un rato sin hacer nada. Lu Liren miraba

constantemente al reloj mientras las tropas de escolta que estaban al otro

lado del río desplegaron una bandera roja y se pusieron a ondearla de un

lado a otro. El soldado que se encargaba de las señales, a su lado, agitó los

brazos como respuesta.

Finalmente, Sima Ku y sus acompañantes salieron del patio y se

dirigieron al dique.

—¡Preparad la balsa! —ordenó Lu Liren.

Una docena de soldados, más o menos, empujaron la balsa hasta

meterla en las aguas turbulentas del río. La balsa emergió rápidamente a la

superficie y la corriente la colocó en posición paralela a la orilla. Los

soldados aferraron fuertemente las manijas de cuerda para evitar que

partiera río abajo.

—Comandante Sima, Señor Babbitt —dijo Lu Liren—. Somos un

ejército benevolente. El principio que nos guía es el humanitarismo, y es

por eso que he permitido que vuestras familias vengan a despedirse de

vosotros. Por favor, no os demoréis demasiado.

Sima Ku, Babbitt y Niandi se acercaron a donde estábamos nosotros.

Sima sonreía. Babbitt parecía preocupado. Niandi estaba en un estado de

ánimo sombrío, parecía una mártir que no tuviera miedo a morir.

—Sexta Hermana —dijo Lu Liren en voz baja—, tú puedes quedarte.

Pero Niandi negó con la cabeza. Tenía la determinación de seguir a su marido.

Madre levantó el trozo de tela que tapaba la cesta que llevaba y

Zaohua le alcanzó una cebolleta pelada. Ella la partió por la mitad y la

metió en una tortita. Después sacó un bote de pasta de alubias y se lo pasó

a Sima Liang.

—Sujétalo —le dijo. Él lo cogió y se quedó quieto, mirándola fijamente—. No me mires a mí —le dijo ella—, mira a tu padre.

La mirada de Sima Liang se desplazó hasta el rostro de Sima Ku, que

a su vez miró a su fornido hijo de piel oscura. La sombra de una

preocupación le nublaba el rostro; era algo que casi nunca habíamos visto.

Hizo un movimiento con el hombro. ¿Se agacharía a tocar a su hijo? Sima

Liang abrió la boca.

—Papá —dijo en voz baja.

Los ojos amarillos de Sima Ku parecieron ponerse a girar en sus

órbitas. Conteniendo las lágrimas, dijo:

—No te olvides, hijo mío, de que ningún miembro de la familia Sima

ha muerto jamás en la cama. Espero que tú tampoco.

—Papá, ¿te van a fusilar?

Sima Ku echó una mirada a las turbias aguas del río por el rabillo del

ojo.

—Tu padre fracasó por ser demasiado blando, demasiado amable. No

te olvides, por lo tanto, de que si vas a ser un hombre malo, tendrás que

matar sin compasión, y si vas a ser un hombre bueno, tendrás que ir

siempre con la cabeza gacha para evitar pisar hormiga alguna. Lo que no

debes volverte nunca es un murciélago, y tampoco un pájaro ni un animal.

¿Te acordarás de esto?

Sima Ling asintió, mordiéndose la lengua.

Madre le dio una tortita rellena de cebolleta a Laidi, que se limitó a

devolverle la mirada. «¡Dásela a él!». Poniéndose roja de vergüenza, Laidi

evidentemente se había olvidado de su loca pasión de hacía tres días; la

tímida expresión de su rostro era la prueba de ello. Madre la miró primero

a ella y después a Sima Ku. Sus ojos fueron como un hilo de oro que juntó

la mirada de Laidi con la de Sima Ku. Esas miradas hablaban por sí

mismas. Laidi se quitó la túnica negra. Debajo llevaba una chaqueta

violeta, unos pantalones con bordados violetas y unas pantuflas de tela

violeta. Su figura era graciosa, y su cara delgada y encantadora. Sima Ku

había avivado su pasión, y al hacerlo había despertado en ella un

sentimiento nuevo: el mal de amores. Todavía era una mujer hermosa, bien

versada en el arte de la coquetería, una viuda atractiva. Él la miró

fijamente y le dijo: «Cuídate». Laidi le contestó haciendo un extraño

comentario: «Tú eres un diamante y él es un trozo de madera podrida». Se

acercó a él, mojó la tortita rellena de cebolleta en la pasta de alubias que

sujetaba Sima Liang y le dio una vuelta en el aire, con gran habilidad, para

que ni un poco de la pasta se cayera al suelo. Entonces se la acercó a Sima

Ku a la boca. Él echó la cabeza hacia atrás y después la agachó para darle

un bocado salvaje a la tortita, que masticó con dificultad, haciendo unos

fuertes ruidos. Se le inflaron las mejillas y dos grandes lagrimones

brotaron de sus ojos. Estiró el cuello para tragar, suspiró con fuerza y dijo:

«¡Estas cebolletas están buenísimas!».

Madre me dio una de las tortitas y le dio otra a Octava Hermana.

—Jintong —me dijo—, dale de comer a Sexto Cuñado. Yunü, dale de

comer a Sexta hermana.

Como había hecho Laidi antes que yo, mojé la tortita en la pasta

amarilla y se la acerqué a Babbitt a la boca. Sus labios torcidos se abrieron

para que mordiera un trocito minúsculo. Caían lágrimas de sus ojos azules.

Se agachó, apoyó sus sucios labios sobre mi frente y me dio un sonoro

beso. Después se acercó a Madre. Yo pensaba que le iba a dar un abrazo,

pero como tenía las manos atadas, lo único que pudo hacer fue agacharse y

tocar su frente con sus labios como una cabra que mordisquea un árbol.

—Nunca te olvidaré, Mamá —le dijo.

Octava Hermana se abrió paso hasta donde estaba Sima Liang y, con

la ayuda de este, mojó su tortita en la pasta de alubias. Sujetándola con

ambas manos, levantó la cabeza. Su frente parecía el caparazón de un

cangrejo, sus ojos eran dos pozos negros y oscuros, su nariz era recta y su

boca, muy ancha, tenía dos labios tiernos como pétalos de rosas. Mi octava

hermana, de la que yo siempre me había aprovechado, era verdaderamente

una piadosa ovejita.

—Sexta Hermana —gorjeó—, Sexta Hermana, esto es para ti.

Con los ojos llenos de lágrimas, Sexta Hermana cogió a Octava

Hermana en brazos.

—Mi pobre hermanita desgraciada —sollozó.

Sima Ku se terminó su tortita.

Durante todo ese tiempo, Lu Liren había estado observando el río con

el rabillo del ojo. Ahora se dio la vuelta y dijo:

—Ya es hora de subir a la balsa.

—Todavía no —dijo Sima Ku—. Yo tengo más hambre. En los viejos

tiempos, cuando un tribunal estaba a punto de ordenar la ejecución de un

criminal, se aseguraban de que hubiera comido antes todo lo que quisiera.

Vosotros, la gente del Decimosexto Regimiento, decís que sois un ejército

benevolente, así que lo mínimo que podéis hacer es dejarme que coma

todas las tortitas rellenas de cebolleta que quiera, sobre todo si tenemos en

cuenta que nuestra suegra las ha hecho con sus propias manos.

Lu Liren miró el reloj.

—De acuerdo —dijo—, adelante, come todo lo que quieras mientras

vamos transportando a Babbitt al otro lado del río.

El mudo y seis de sus soldados cogieron sus palas de madera y saltaron alegremente a la balsa, que se balanceó en el agua y se inclinó

hacia uno de los lados, de modo que la línea de flotación quedó por debajo

de la superficie del agua. En ambos lados de la embarcación entró agua

salpicando. Dos soldados que tenían las polainas arremangadas se echaron

hacia atrás para controlar la balsa. Lu Liren estaba preocupado.

—Anciano —le dijo a Zunlong—, ¿podrá llevar dos personas más?

—No. Que se bajen dos de los remeros.

—Han el Calvo y Pan Yongwang, volved aquí.

Con sus palas de madera en las manos, los dos bajaron de un salto de

la balsa, que se movió tanto que algunos de los soldados estuvieron a punto

de caerse al río. El mudo, que todavía iba en ropa interior, gruñó:

«¡Desnudaos! ¡Desnudaos! ¡Desnudaos!». Tras aquel día, nadie le volvió a

oír decir *grao* nunca más.

—¿Ya está? —le preguntó Lu Liren a Zunlong.

—Sí —dijo él, quitándole a un soldado la pala de las manos—. El

suyo es un ejército benevolente, y se ha ganado mi respeto. En el décimo

año de la República, transporté a un senador al otro lado del río. Si a usted

no le importa, para mí sería un honor servirle, incluso como bestia de

carga.

—Anciano —le dijo Lu Liren, claramente emocionado—, eso es lo

que yo tenía en mente, pero me daba vergüenza pedirte lo.
Contigo al

timón, sé que esta balsa está en buenas manos. ¿Quién tiene alcohol?

Un ordenanza se acercó con rapidez y le dio a Lu Liren una cantimplora de metal. Él desenroscó la tapa y se acercó la cantimplora a la nariz.

—Auténtico licor de sorgo —dijo—. Anciano, te ofrezco un trago de parte de mis superiores.

Entonces le alcanzó la cantimplora con ambas manos a Zunlong.

Conmovido por ese honor, Zunlong se frotó las manos para quitarse algo

del barro que tenía antes de aceptar la cantimplora y darle al menos diez

profundos tragos antes de devolvérsela a Lu Liren. Después se limpió la

boca con el dorso de la mano, mientras un enrojecimiento bajaba de su

rostro a su cuello, y desde ahí a su pecho.

—Me he bebido su licor, señor. Eso une nuestros corazones.

Sonriendo, Lu Liren dijo:

—¿Por qué limitarse a los corazones? Nuestros hígados también están

unidos, y nuestros pulmones, e incluso nuestros intestinos.

Parecía que a Zunlong se le iban a saltar las lágrimas cuando se subió

a la balsa, controlándola inmediatamente desde la popa. La balsa se

balanceó muy levemente. Lu Liren hizo un gesto de aprobación antes de

acercarse a Babbitt. Miró hacia abajo, hacia sus manos atadas, y le sonrió

como pidiéndole perdón.

—Sé que esto es duro para usted, Señor Babbitt. El Comandante Yu y

el Director Song preguntaron por usted personalmente, por lo que puede

esperar un trato cortés.

Babbitt levantó las manos.

—¿Es esto lo que llamas un trato cortés?

—En cierto modo, lo es —dijo Lu Liren tranquilamente—, y espero

que usted no insista. Ya es hora de que se vaya.

Babbitt nos echó un vistazo, diciéndonos adiós con los ojos antes de

darse la vuelta y subirse a la balsa de un salto. Esta vez se balanceó

fuertemente, y él con ella. Zunlong, desde atrás, lo ayudó a mantenerse en

pie con su pala.

Siguiendo los pasos de Babbitt, Niandi se agachó y me besó torpemente en la frente, y después besó a Octava Hermana mientras le

pasaba los dedos por el pelo suave, del color del lino.

—Mi pobre hermanita pequeña —dijo, soltando un suspiro—, espero

que el anciano de arriba tenga un buen plan para tu vida.

Después les hizo un gesto a Madre y a los niños que había en fila

detrás de ella y se dio media vuelta para subir a bordo de la balsa.

—Sexta Hermana, no hace ninguna falta que vayas —le recordó Lu

Liren.

Ella le contestó suavemente:

—Quinto Cuñado, hay un refrán popular que dice que el brazo que

pesa menos de una balanza no abandona su lugar, y un buen hombre no

abandona a su esposa. Tú y Quinta Hermana erais inseparables, ¿verdad?

—Sólo quiero lo mejor para ti —dijo Lu Liren—. Pero puedes hacer

lo que te parezca. Si quieres, sube a la balsa.

Dos de sus guardias cogieron a Niandi por los brazos y la depositaron

sobre la balsa. Babbitt la ayudó a que no perdiera el equilibrio.

La balsa estaba bastante hundida en el agua, y bastante desequilibrada

también. Algunas partes estaban completamente sumergidas y otras

estaban unos centímetros por encima de la superficie. Zunlong le dijo a Lu

Liren:

—Comandante Lu, es mejor que mis invitados vayan sentados, incluyendo a los remeros.

Entonces Lu Liren dio la orden:

—Sentaos todos. Señor Babbitt, por su propia seguridad, siéntese, por

favor.

Babbitt se sentó en la balsa o, para ser más precisos, se sentó en el

agua. Niandi se sentó frente a él, también en el agua.

El mudo y cinco de sus hombres se sentaron, tres a cada lado de la

balsa. Zunlong era el único que se quedó de pie, con las piernas

firmente plantadas en la popa de la balsa.

La pequeña bandera roja seguía ondeando al otro lado del río.

—Hazles una señal —le dijo Lu Liren al encargado de ello—, para

que estén preparados para recibir a los prisioneros.

El hombre sacó su pistola de balas de fogueo y disparó tres veces

hacia el cielo, lanzando tres llamaradas sobre la orilla opuesta, donde la

bandera roja dejó de ondear y un puñado de pequeños hombres negros se

pusieron a correr, reflejados en la plateada superficie del río.

Lu Liren miró el reloj.

—¡Botad la balsa!

Los dos soldados soltaron amarras y entonces Zunlong empujó con su

pala y los remeros introdujeron las suyas en el agua. La balsa salió a río

abierto y rápidamente viró hacia un lado; la corriente la arrastraba río

abajo. Como si estuvieran haciendo volar una cometa, los dos soldados que

se quedaron en el dique iban soltando cuerda a medida que la balsa se

alejaba.

En la otra orilla, los hombres miraban la balsa con ansiedad.

Lu Liren

se quitó las gafas y las limpió rápidamente con la manga.

Tenía la mirada

distante y un reborde blanco alrededor de los ojos, como esos pájaros que

se alimentan de peces-lobo. Se colocó el cordón que le sujetaba las gafas

detrás de las orejas. En el río, la balsa se balanceaba hacia ambos lados.

Debido a que no tenían ninguna experiencia en navegar en balsa, los

soldados movían sus palas hacia cualquier lado, haciendo que un agua

lodosa salpicara encima de la balsa y empapara la ropa de todos los que

iban a bordo. Babbitt, que todavía tenía las manos atadas, gritaba

aterrorizado. Sexta Hermana se agarraba a él como si le fuera la vida en

ello. Desde el lugar en que estaba sentado, en la popa, Zunlong gritaba:

—Despacio, hombres, despacio. No deis esos golpes. Tenéis que

remar juntos, esa es la clave.

Lu Liren disparó un par de veces al aire y todos los soldados levantaron la cabeza.

—Seguid el ritmo de Zunlong, remad juntos.

—Más despacio, hombres —dijo Zunlong—. Remad conmigo. Uno,

dos, uno, dos, uno, dos, así, despacito, uno, dos...

La balsa avanzó hasta el centro del río y allí aceleró,
impulsada por la
corriente. Babbitt y Sexta Hermana quedaron empapados por
las olas. Los
dos soldados que sujetaban las cuerdas gritaron:
«¡Comandante, ya no
queda cuerda que seguir soltando!». Para entonces, la balsa ya
había
avanzado unos cien metros río abajo y la cuerda estaba tensa
como un
cable. Los soldados se enroscaron los extremos alrededor de
sus brazos; la
cuerda les mordía profundamente la carne. Ellos se inclinaban
tanto hacia
atrás que prácticamente estaban acostados en el suelo, y los
talones
empezaron a deslizárseles por el lodo. Súbitamente, corrían el
peligro de
ser arrastrados al agua. Se pusieron a gritar cuando la balsa
empezó a
ladearse. «¡De prisa, salid corriendo! —gritó Lu Liren—. ¡He
dicho que
corráis, cabrones!». Al principio a trompicones, los dos
soldados salieron
corriendo mientras los hombres que estaban junto a la base del
dique se
apresuraban a quitarse de en medio. Un trozo de la cuerda se
rompió y la
balsa comenzó de nuevo su rápido descenso río abajo.
Zunlong siguió
marcando el ritmo a gritos mientras los soldados que iban a los
lados de la

balsa, doblados por la cintura, remaban con todas sus fuerzas.
Sus

movimientos se iban acompasando gradualmente, de manera
que mientras

la balsa seguía descendiendo por el río, también se desplazaba
en dirección

a la otra orilla.

Un momento antes, cuando la balsa corría peligro de volcar y
todas

las miradas estaban puestas en el río, Sima Liang había dejado
su cuenco

en el suelo y había dicho en voz baja: «Papá, date la vuelta».
Sima Ku, que

seguía masticando su tortita, se giró para mirar el río. Entonces
Sima Liang

corrió detrás de él, sacó un pequeño cuchillo hecho de hueso
—el que me

había regalado Babbitt— y empezó a cortar la cuerda que
ataba las manos

de su padre, concentrándose en la zona que estaba más cerca
de su cuerpo.

Mientras tanto, Madre rezaba en voz alta: «Señor Amado, da
muestras de

Tu compasión y permite que mi hija y mi yerno lleguen al otro
lado del río

sanos y salvos, Señor Amado y piadoso». Entonces oí que
Sima Liang

susurraba: «Ya puedes romper la cuerda, papá». Después se
dio la vuelta,

se guardó el cuchillo en el bolsillo con rapidez y volvió a
coger el cuenco.

Laidi seguía dándole de comer a Sima Ku. Mientras tanto, la
balsa, que ya

había avanzado unos cuantos cientos de metros río abajo, se aproximó a la orilla de enfrente.

Lu Liren se acercó a Sima Ku y le echó una mirada burlona.

—Sí que tienes buen apetito.

Sin dejar de masticar, Sima Ku masculló:

—Mi suegra hizo estas tortitas con sus propias manos y me las está

dando mi cuñada, así que ¿por qué no me las iba a comer?

Nunca voy a

volver a tener la oportunidad de comer tanto, ni de esta manera. ¿Me das

un poco de pasta?

Laidi sacó la cebolleta presionando la punta de la tortita y la mojó en

el cuenco de pasta que sujetaba Sima Liang, y después se la acercó a Sima

Ku a la boca. Él dio un inmenso bocado y siguió masticando con hambre.

Lu Liren hizo un gesto burlón con la cabeza y se acercó a donde

estábamos nosotros. Madre cogió en brazos a Shengli. La bebita se puso a

llorar y a luchar para que la soltaran. Lu Liren retrocedió torpemente.

—Hermano Sima —le dijo—, te envidio, pero no puedo ser como tú.

Sima Ku tragó la comida que tenía en la boca.

—Eso es un insulto, Comandante Lu. Tú eres el vencedor, y eso te

hace rey. Tú eres el cuchillo y yo soy la carne. Puedes cortarme en lonchas

o hacerme picadillo, y encima te burlas de mí.

—No me estoy burlando de ti —dijo Lu Liren—. La verdad es que

cuando llegues al cuartel general te darán la oportunidad de reparar tus

crímenes. Pero si lo único que eres capaz de ofrecer es resistencia, me

temo que no te gustará el resultado.

—He tenido una buena vida, con mucha comida buena y muchos

buenos ratos, y estoy preparado para morir, pero tendré que dejar a mis

hijos en tus manos.

—Por eso no te preocupes —dijo Lu Liren—. Si no fuera por la

guerra, tú y yo seríamos buenos parientes.

—Tú eres un intelectual —dijo Sima Ku—, y lo que dices suena casi

sagrado. Pero esa clase de parentesco sólo es resultado de acostarnos con

ciertas mujeres.

Se rio, pero yo me di cuenta de que no movió los brazos.

Los soldados que sujetaban las cuerdas volvieron. En la otra orilla, los

soldados que habían ido remando y los que iban a escoltar a los prisioneros

estaban remolcando la balsa de nuevo río arriba. Cuando hubieron

avanzado una cierta distancia, comenzaron a remar hacia nosotros otra vez.

Esta vez iban a bastante velocidad, pues ya tenían algo de práctica y se

coordinaban mejor con los dos soldados a su lado. Cruzaron el río muy rápido.

—Hermano Sima —dijo Lu Liren—, la hora de la comida está a punto de terminar.

Sima Ku soltó un eructo.

—Ya estoy saciado. Gracias, Suegra. A ti también, Cuñada, y a ti,

Yunü. Hijo, has estado sujetando ese cuenco todo el rato. Gracias.

Feng, Huang, haced caso a vuestra abuela y a vuestra tía. En caso de

apuro, id a buscar a Quinta Tía. Ella es importante ahora, mientras que

vuestro padre ha caído en desgracia. Pequeño Tío, crece bien y ponte

fuerte. Eras el favorito de tu segunda hermana. Ella decía a menudo que

Jintong algún día sería alguien especial, así que tienes que demostrarnos

que estaba en lo cierto.

Me puse tan triste que me empezó a doler la nariz.

La balsa se acercó a la orilla. El jefe de la escolta de los prisioneros,

un hombre con aspecto de estar muy seguro de sí mismo, iba sentado en el

medio. Se plantó en la orilla de un salto y saludó a Lu Liren, que le

devolvió el saludo. Se dieron la mano como viejos amigos.

—Viejo Lu —le dijo el hombre—, has luchado bien. El Comandante

Yu está encantado contigo, y el Comisario Song se ha enterado de todo.

Sacó una carta de la riñonera de cuero que llevaba al cinto y se la

ofreció a Lu Liren, que la cogió y metió una pistola de plata en la riñonera

del hombre.

—Aquí hay un trofeo de guerra para la pequeña Lan.

—Te lo agradezco mucho de su parte —dijo el hombre.

Entonces Lu Liren le dijo:

—Entrégamelo.

El hombre se quedó atónito.

—¿Que te entregue qué?

—El recibo por los prisioneros.

El hombre buscó una pluma y un trozo de papel en su riñonera y

escribió un recibo apresuradamente. Después se lo dio a Lu.

—Eres muy meticulado —le dijo.

Lu Liren se rio.

—No importa lo inteligente que sea el mono que hace trucos; nunca

podrá superar a Buda.

—Entonces yo debo ser el mono que hace trucos —dijo el hombre.

—No, soy yo —le contestó Lu.

Se dieron las manos y se rieron. Después el hombre dijo en voz baja:

—Viejo Lu, he oído que hay un proyector de cine en tus manos. En el

cuartel general también saben eso.

—Parece que tenéis las orejas muy largas —dijo Lu—.
Cuando

vuelvas, dile a tus superiores que lo enviaremos con un
proyeccionista

cuando se pase la crecida del río.

—Maldita sea —dijo Sima Ku, conteniendo la respiración—.
El tigre

mata a su presa para que se la coma el oso.

—¿Qué has dicho? —le preguntó el oficial escolta, claramente
disgustado.

—Nada.

—Si no me equivoco, tú eres el famoso Sima Ku.

—En persona —dijo Sima.

—Muy bien, Comandante Sima —le dijo el hombre—. Te
cuidaremos

bien si tú cooperas. Lo último que desearíamos es traer tu
cadáver de

vuelta.

Soltando una carcajada, Sima dijo:

—No me atreveré a intentar nada. Vosotros, los escoltas, sois
magníficos tiradores, y no me apetece ofrecerme como blanco
humano.

—Eso es lo que esperaba que dijeras. De acuerdo, entonces,
Comandante Lu. Eso es todo. Detrás de ti, Comandante Sima.
Sima Ku se subió en la balsa y se sentó.

El jefe de la escolta le dio de nuevo la mano a Lu Liren, se dio
la

vuelta y subió a bordo de un salto. Se sentó en la popa,
enfrente de Sima

Ku, con la mano apoyada en la pistola, que estaba guardada en
su funda.

—No hace falta que seas tan precavido —le dijo Sima—.
Tengo las

manos atadas, así que si saltara al río me ahogaría. Siéntate
más cerca y así

podrás echar una mano si la balsa empieza a ladearse.

Ignorando a Sima, el hombre les dijo en voz baja a los
soldados que

empuñaban los remos:

—Empezad a remar, y hacedlo con brío.

Todos los miembros de nuestra familia nos quedamos juntos
en la

orilla; sabíamos algo que los demás no sabían, y queríamos ver
qué iba a

pasar.

La balsa salió a río abierto y empezó a navegar. Los dos
soldados se

desplazaban rápidamente por el dique, soltando gradualmente
las cuerdas

que les envolvían los brazos. Cuando la balsa llegó al centro
del río, cogió

velocidad, enviando grandes olas hacia las orillas. Zunlong,
que para

entonces ya estaba ligeramente irritado, volvió a marcar el
ritmo, y los

soldados redoblaron sus esfuerzos con los remos. Las gaviotas
seguían a la

balsa, volando a poca altura. Cuando llegó a la zona donde el
agua fluía a

más velocidad, la balsa empezó a balancearse violentamente y
Zunlong se

cayó de espaldas al río. El jefe de la escolta se puso en pie de
un salto,

asustado, y estaba a punto de sacar su pistola cuando Sima Ku, que había

roto la cuerda que lo ataba y tenía las manos libres, se lanzó sobre él como

un tigre hambriento. Ambos cayeron a las furiosas aguas. El mudo y los

demás remeros entraron en pánico. Uno por uno, ellos también fueron

cayendo al agua. Los soldados que había sobre el dique soltaron las

cuerdas, con lo que la balsa se fue navegando libremente, corriente abajo,

como un pez grande y negro llevado por las olas.

Todo esto pareció ocurrir simultáneamente, y para cuando Lu Liren y

sus hombres se dieron cuenta de lo que había pasado, ya no quedaba a

bordo nadie que pudiera controlar la balsa.

—¡Disparadle! —ordenó Lu Liren.

Una cabeza se asomaba por encima de la superficie de las turbulentas

aguas de vez en cuando, pero los soldados no estaban seguros de si era la

de Sima Ku y no se atrevían a disparar. En total, había nueve hombres en el

agua, lo cual significaba que había una posibilidad entre nueve de que la

cabeza que veían fuera la de Sima Ku. Además, el río corría como un

caballo desbocado, por lo que aunque dispararan las posibilidades de dar en

el blanco eran mínimas.

Sima Ku se había escapado. Había crecido en la orilla del Río de los

Dragones y era un nadador experto que podía permanecer bajo el agua

cinco minutos sin respirar. Además, todas las tortitas y cebolletas que se

había comido le habían aportado un montón de energía.

Lu Liren estaba lívido. Le vimos un brillo frío en sus oscuros ojos

cuando nos miró. Sima Liang, que todavía estaba sujetando el cuenco de

pasta de alubias, se acurrucó contra las piernas de Madre fingiendo no ser

más que un testigo asustado. Acunando a Shengli entre sus brazos, Madre

bajó del dique en silencio. Todos los demás la seguimos, pegados a sus

talones.

Unos días más tarde oímos que solamente el mudo y Zunlong habían

conseguido llegar a tierra firme. El resto de los hombres, incluyendo al

fanfarrón jefe de la escolta, simplemente desapareció y nunca se

encontraron sus cuerpos. Pero nadie tenía ninguna duda de que Sima Ku

había logrado ponerse a salvo.

De todos modos, estábamos mucho más preocupados por el destino de

Sexta Hermana, Niandi y su marido americano, Babbitt. En esa época,

como continuaba la crecida y el río seguía rugiendo con fuerza, Madre

salía todas las noches y caminaba por el patio suspirando; el
sonido de sus
suspiros era tan fuerte que parecía que tapaba incluso el rugido
del río.

Madre había tenido ocho hijas; Laidi se había vuelto loca,
Zhaodi y Lingdi
habían muerto, Xiangdi se dedicaba a la prostitución y tal vez
también
estuviera muerta, Pandi estaba siempre con Lu Liren y las
balas silbaban
constantemente a su alrededor, por lo que podía morir en
cualquier
momento, y Qiudi había sido vendida a una rusa blanca, cosa
que no era
mucho mejor que estar muerta. Solamente quedaba Yunü a su
lado, pero
desgraciadamente era ciega. Quizá su ceguera era el único
motivo por el
que había permanecido junto a Madre. Por eso, si algo le
ocurriera a
Niandi, casi todas las jóvenes bellezas de la familia Shangguan
serían
apenas un recuerdo. Entre los suspiros de Madre, oíamos que
rezaba en voz
alta:
«Anciano del Cielo, Señor Amado, Virgen María bendita,
Guanyin
Bodhisattva del Mar del Sur, por favor, protegéd a nuestra
Niandi y a todos
los niños. Descargad toda la miseria, todo el dolor, todas las
enfermedades
del Cielo y de la Tierra sobre mi cabeza, pero mantened a mis
niños sanos

y salvos...».

Un mes más tarde, después de que las aguas volvieran a su cauce, nos

llegaron noticias de Sexta Hermana y de Babbitt desde la otra orilla del Río

de los Dragones. Había habido una terrible explosión en una cueva secreta

en las profundidades de la Montaña Da'ze. Cuando el polvo desapareció, la

gente entró en la cueva y encontró tres cuerpos abrazados, de dos mujeres y

un hombre. El hombre era un extranjero joven y rubio.

Aunque nadie

estaba preparado para decir que una de las mujeres era nuestra sexta

hermana, cuando Madre se enteró de la noticia, una sonrisa amarga se

dibujó en su rostro.

—Es todo culpa mía —dijo, antes de romper a llorar con fuerza.

VII

A finales de otoño, la estación del año más bonita en Gaomi del Noreste, la

inundación ya había concluido. Los campos de sorgo estaban de un color

tan rojo que parecía negro, y las cañas, que crecían profusamente, estaban

tan blancas que parecían amarillas. El sol, a primera hora de la mañana,

iluminaba los vastos campos cubiertos por la primera escarcha del año. Los

soldados del Decimosexto Regimiento empezaron a salir en silencio,

llevándose a todos sus caballos y mulas. Tras atravesar el deteriorado

punto que cruzaba el Río de los Dragones, desaparecieron detrás del dique

de la orilla norte y no los vimos más.

Cuando el Decimosexto Regimiento hubo partido, su comandante, Lu

Liren, asumió los cargos, recientemente creados, de gobernador del

Condado de Gaomi del Noreste y de comandante de la milicia del condado.

Pandi fue nombrada comandante del ejército del Distrito de Dalan, y el

mudo era su jefe de equipo. Su primera misión fue sacar todo lo que

hubiera en la mansión de la familia Sima —mesas, sillas, taburetes,

palanganas, jarras, todo lo que encontrara— y repartirlo entre los aldeanos.

Pero aquella misma noche todo regresó a la puerta del patio de la mansión.

Después, el mudo hizo que trajeran una cama de lujosa madera tallada a

nuestro jardín.

—No lo quiero —dijo Madre—. ¡Lléváoslo!

—¡Desnudaos! ¡Desnudaos! —dijo el mudo.

Entonces Madre se volvió hacia la Comandante Pandi, que en ese

momento estaba zurciendo unos calcetines, y le dijo:

—Pandi, llévate esta cama de aquí.

—Madre —le dijo Pandi—, es el signo de esta época. No puedes

oponerte a eso.

—Pandi —le dijo Madre—, Sima Ku es tu segundo cuñado. Su hijo y

su hija están aquí, bajo mi protección. ¿Qué pensará cuando regrese?

Pandi dejó de zurcir, cogió su rifle, se lo echó a la espalda y salió a

toda prisa de la casa. Sima Liang la siguió por la calle. Cuando volvió,

dijo: «Quinta Tía ha ido a la oficina del gobierno del condado». También

dijo que un palanquín de dos plazas había llevado a alguien muy

importante a la oficina. Iba acompañado por dieciocho guardaespaldas

armados. El Gobernador del Condado Lu lo había recibido con la cortesía

con la que un estudiante saluda a su tutor. Se decía que se trataba de un

famoso reformista agrario a quien se atribuía la invención de un slogan

muy conocido en la zona de Wei del Norte, en Shandong: «Matar a un

campesino rico es mejor que matar a un conejo silvestre».

El mudo envió a unos cuantos hombres para que se llevaran la cama.

Madre suspiró, aliviada.

—Abuela —dijo Sima Liang—, vámonos de aquí. Creo que va a pasar

algo malo.

—Tener buena suerte siempre está bien —dijo Madre—, y de la mala

suerte no se puede escapar. No te preocupes, Liang. Incluso si el de arriba

ordenara a sus generales divinos y a sus tropas celestiales que bajaran a la

Tierra, ¿qué les harían a un montón de viudas y huérfanos?

El hombre importante no apareció en público. Dos centinelas armados

hacían guardia de pie junto a la puerta de la mansión de la familia Sima, de

donde entraban y salían constantemente oficiales del condado con sus

rifles colgados a la espalda. Un día, cuando volvíamos a casa después de

sacar a pastar a nuestras cabras, nos encontramos con el equipo de distrito

del mudo y con varios oficiales del condado y militares. Bajaban andando

por la calle con Huang Tianfu, el propietario de la tienda de ataúdes, Zhao

Seis, el vendedor de rollitos hechos al vapor, Xu Bao, que llevaba el

molino donde se extraía aceite de cocina, Jin, la que sólo tenía un pecho,

propietaria de la tienda de aceite y un profesor de la academia de la

localidad, Qin Dos. Los llevaban custodiados. Los prisioneros, apesadumbrados, caminaban con los hombros caídos y la espalda doblada.

—Hombres —dijo Zhao Seis, girando el cuello para mirarlos a todos

—, ¿por qué hacéis esto? Os perdonaré los rollitos al vapor que me debéis.

¿Qué os parece?

Uno de los oficiales, un hombre con acento del Monte Wulian y la

boca llena de dientes metálicos, le dio una bofetada a Zhao.

—¡Gilipollas! —chilló—. ¿Quién te debe algo a ti? ¿De dónde ha

salido el dinero que tienes?

Los prisioneros no se atrevieron a decir ni una palabra más y siguieron avanzando con la cabeza gacha.

Aquella noche, mientras caía una lluvia heladora, una silueta sombría

saltó el muro de nuestro patio.

—¿Quién está ahí? —susurró Madre.

El hombre entró a toda prisa y se puso de rodillas en el camino que

llevaba a la puerta de la casa.

—Ayúdame, cuñada —dijo.

—¿Eres tú, Sima Ting?

—Soy yo —dijo él—. Ayúdame. Mañana van a organizar una gran

asamblea para llevarme ante un pelotón de fusilamiento.

Hemos sido

vecinos y compañeros durante un montón de años. Ahora te pido que me

salves la vida. —Madre abrió la puerta y Sima Ting se deslizó con rapidez

al interior de la casa. Temblaba en la oscuridad—. ¿Me puedes dar algo de

comer? ¡Estoy muerto de hambre!

Madre le dio una tortita. Él la cogió ansiosamente y la engulló en un

momento. Madre suspiró.

—La culpa es de mi hermano —dijo él—. Él y Lu Liren se han

convertido en enemigos mortales a pesar de que todos somos familia.

—Ya es suficiente —dijo Madre—. No quiero oír más. Puedes esconderte aquí dentro, pero después de todo yo soy su suegra. Finalmente, el misterioso hombre importante mostró su cara. Estaba

sentado en una tienda de campaña, escribiendo, con la pluma en la mano.

Sobre la mesa, frente a él, había un gran tintero con un dragón y un ave

fénix tallados. Tenía una barbilla prominente y una nariz larga y fina.

Llevaba un par de gafas con la montura negra, debajo de las cuales

brillaban sus pequeños ojos oscuros. Sus dedos eran largos, delgados y de

una palidez fantasmal, como los tentáculos de un pulpo. La mayor parte de

la era de la familia Sima estaba ocupada por los representantes de los

campesinos pobres de las dieciocho aldeas del Concejo de Gaomi del

Noreste, y había una serie de centinelas cada cuatro o cinco pasos,

rodeándolos. Estos centinelas eran miembros de los equipos de producción

del condado y del distrito militar. Los dieciocho guardaespaldas del

hombre importante estaban sobre el escenario, formando una fila, con el

rostro inexpresivo como el metal y una mirada asesina en los ojos, como
los Arhats de la leyenda. En la zona del público no se oía ni un ruido, ni
siquiera el llanto de los niños suficientemente mayores como para darse
cuenta. A los que eran demasiado pequeños para darse cuenta les metían un
pezón en la boca al mínimo gemido. Nos sentamos alrededor de Madre.
Contrastando con los nerviosos aldeanos que teníamos cerca, ella estaba
sorprendentemente tranquila, absorta en las tiras de cáñamo que tenía
apoyadas sobre las rodillas desnudas; las enlazaba para hacer suelas de
zapatos. Las tiras blancas le daban la vuelta alrededor de una pierna y se
unían en trozos idénticos de cuerda sobre la otra. Aquel día, un helador
viento del Noreste sopló desde el Río de los Dragones, que estaba
congelado, haciendo que los labios de la gente se pusieran de color violeta.
Algo sucedió antes de que comenzara la asamblea: el mudo y algunos
miembros del equipo militar del distrito trajeron a Zhao Seis y a una
docena de hombres, más o menos, hasta el borde de la era. Estaban atados
y llevaban unas placas con unas letras negras escritas en ellas, sobre las

cuales se habían pintado unas grandes equis de color rojo.
Cuando los

aldeanos los vieron, bajaron la cabeza y se quedaron en
silencio.

La gente escondía la cabeza entre las piernas para evitar que el
hombre importante les viera la cara mientras él recorría la
multitud con la

mirada. Madre, por el contrario, siguió dándole vueltas al
cáñamo, sin

apartar la vista del trabajo que estaba haciendo, y yo tuve la
sensación de

que la mirada siniestra se detuvo en ella durante un largo
periodo de
tiempo.

Lu Liren, que llevaba una cinta roja en la cabeza, se dirigió al
público;

mientras hablaba, escupía en todas direcciones. Había estado
sufriendo

migrañas, y nada se las lograba aliviar. Solamente la cinta
parecía hacer

disminuir el dolor ligeramente. Cuando terminó, le pidió
instrucciones al

hombre importante. El hombre se puso en pie con lentitud.
«Démosle la

bienvenida al Camarada Zhang Sheng, que nos dará
instrucciones sobre lo

que debemos hacer», dijo Lu Liren al tiempo que comenzaba a
aplaudir.

Los aldeanos estaban estupefactos en sus asientos,
preguntándose qué iba a
pasar.

El hombre importante se aclaró la garganta y empezó a hablar,

pronunciando todas y cada una de sus palabras muy lentamente. Su

discurso era como una tira de papel que se agitara en el frío viento del

Noroeste. Durante las décadas siguientes, cada vez que en un funeral veía

esos recortes de papel blanco llenos de encantamientos que se emplean

para mantener alejados a los espíritus malignos, me acordaba de ese

discurso.

Cuando el discurso hubo terminado, Lu Liren avanzó al frente y le

ordenó al mudo y a sus hombres, así como a varios oficiales que llevaban

Mausers enfundados, que arrastraran a los prisioneros al escenario como si

fueran una ristra de abetos. Los hombres ocuparon todo el escenario y

taparon la visión que los aldeanos tenían del hombre importante. «¡De

rodillas!», ordenó Lu Liren. Los hombres que eran más listos y rápidos

cayeron de rodillas. Los que lo eran menos, fueron empujados al suelo.

Abajo del escenario, la gente se miraba entre sí por el rabillo del ojo.

Algunos de los más audaces echaban un vistazo al escenario, pero la visión

de todos esos hombres de rodillas, con los mocos colgándoles de las

narices, les hacía bajar la cabeza de nuevo.

Un hombre flaco que había entre el público se levantó, con las piernas

temblorosas, y dijo, con su voz ronca a punto de quebrársele:

—Comandante del Distrito... Yo... Yo quiero expresar una queja...

—¡Muy bien! —gritó Pandi, muy excitada—. No hay por qué tener

miedo. ¡Sube al escenario!

La multitud se volvió para mirar al hombre. Era Cara de Sueño. Su

túnica de seda gris estaba deshilachada y rasgada; una de las mangas

colgaba de un hilo, dejando al descubierto su hombro moreno. El pelo, que

en otra época llevaba limpio y cuidadosamente peinado con raya, se le

había convertido en un nido de cuervos. Una ráfaga de frío viento lo hizo

estremecerse, mientras miraba a su alrededor atemorizado.

—¡Sube aquí y di lo que tengas que decir! —dijo Lu Liren.

—No tiene ninguna importancia —dijo Cara de Sueño—. Hablaré

desde aquí abajo, ¿de acuerdo?

—Sube —dijo Pandi—. Tú eres Zhang Decheng, ¿verdad? Me acuerdo

de que a tu madre una vez la obligaron a recorrer el pueblo con una

canasta, mendigando comida. Has sufrido amargamente y tu odio es

profundo. Sube aquí y háganos de ello.

Cara de Sueño atravesó la multitud y llegó caminando con sus piernas

arqueadas hasta el borde del escenario, que medía aproximadamente un metro de alto y estaba hecho de tierra compactada. Intentó subir de un salto, pero lo único que consiguió fue ensuciarse aún más la túnica.

Entonces un soldado se agachó, lo cogió por el brazo y tiró de él, levantándolo por el aire. Las piernas se le curvaron un poco más mientras él gritaba de dolor. El soldado lo depositó sobre el escenario. Aterrizó con las piernas tambaleantes; se movía como si estuviera apoyado sobre dos resortes, pero finalmente logró estabilizarse. Levantando la cabeza, se fijó en la multitud que había a sus pies y quedó perplejo ante todas las miradas que vio, que escondían innumerables emociones. Con las rodillas temblando, tartamudeó tímidamente algo que nadie ni siquiera oyó, y después se dio la vuelta para volver a bajar del escenario.

Pandi lo agarró por el hombro y lo arrastró hacia atrás, casi tirándolo al suelo. Con un aspecto cada vez más patético, él dijo:

—Por favor, deja que me vaya, Comandante del Distrito. Yo soy un Don Nadie. Por favor, deja que me vaya.

—Zhang Decheng —dijo ella cruelmente—, ¿de qué tienes miedo?

—Soy soltero, duermo perfectamente y camino con la cabeza bien

alta. No tengo nada que temer.

—Bueno, ya que no tienes nada que temer, ¿por qué no nos hablas? —

le dijo Pandi.

—Ya te lo he dicho, no es nada importante —dijo él—, así que mejor

vamos a olvidarlo.

—¿Crees que esto es una especie de juego?

—No te enfades, Comandante del Distrito. Hablaré. Lo que tenga que

pasar, que pase.

Cara de Sueño se dirigió hacia donde estaba Qin Dos y le dijo:

—Señor Dos, usted es un hombre culto. Una vez que fui a estudiar con

usted, lo único que hice fue quedarme dormido, ¿no es cierto?

¿Por qué me

pegó en la mano con una regla hasta que me la dejó como un sapo lleno de

verrugas? Y no fue sólo eso; también me puso un mote. ¿Se acuerda de

cuál era?

—¡Contéstale! —rugió Pandi.

El Señor Qin Dos levantó la cabeza hasta que su barba de chivo quedó

en posición horizontal, y murmuró:

—Eso fue hace mucho tiempo. Se me ha olvidado.

—Por supuesto que no se acuerda —dijo Cara de Sueño, con una

excitación creciente y una claridad cada vez mayor—. ¡Pero yo no me olvidaré nunca! Lo que usted dijo, anciano maestro, fue: «Zhang Decheng, para mí siempre tendrás Cara de Sueño». Con eso bastó para que yo tuviera que cargar con el nombre de Cara de Sueño desde entonces. Así es como me llaman los hombres y así es como me llaman las mujeres. Incluso los niños llenos de mocos me llaman Cara de Sueño. ¡Y por cargar con un nombre podrido como ese, todavía no me he casado, a la edad de treinta y ocho años! ¿Qué chica aceptaría casarse con un hombre llamado Cara de Sueño? Ese nombre me ha estropeado la vida para siempre. El pobre Cara de Sueño estaba tan enfadado que para entonces tenía el rostro empapado de lágrimas y de mocos. El oficial del condado de los dientes de metal cogió a Qin Dos por el pelo y tiró hasta que le hizo echar la cabeza hacia atrás.

—¡Habla! —le ordenó—. ¿Es verdad lo que dice Zhang Decheng?

—Sí, es verdad —contestó Qin Dos, y su barba de chivo temblaba como la cola de una cabra.

El oficial le empujó la cabeza a Qin Dos hasta que tocó la tierra del suelo con la cara.

—Escuchemos otras acusaciones —dijo.

Cara de Sueño se limpió los ojos con el dorso de la mano, se sonó la

nariz con los dedos y lanzó por el aire los mocos que se había sacado.

Aterrizaron en la tienda. Estremeciéndose del asco, el hombre importante

sacó un pañuelo y se limpió las gafas.

—Qin Dos —siguió Cara de Sueño—, usted es un elitista. Cuando

Sima Ku iba al colegio, le metió un sapo debajo del orinal de su dormitorio

y se subió al tejado para cantar una canción que se burlaba de usted. ¿Y qué

le hizo usted? ¿Le pegó con la regla? ¿Le gritó? ¿Le puso un mote? ¡No, no

y no!

—¡Esto es maravilloso! —dijo Pandi, muy excitada—. Zhang

Decheng ha planteado un problema muy serio. ¿Por qué Qin Dos no tuvo

valor para castigar a Sima Ku? Porque la de Sima Ku es una familia rica.

¿Y de dónde salió toda su riqueza? Comían rollitos hechos de harina

blanca, pero nunca trabajaron en un campo de trigo. Vestían con ropa de

seda, pero nunca criaron un gusano de seda. Se emborrachaban todos los

días, pero nunca destilaron ni una gota de alcohol.

Convecinos, estos ricos

terratenientes se han estado alimentando de nuestra sangre, nuestro sudor y

nuestras lágrimas. Redistribuir su tierra y su riqueza no es más que

recuperar lo que es, en justicia, nuestro.

El hombre importante aplaudió débilmente para mostrar su aprecio

por el discurso apasionado de Pandi. Todos los oficiales del condado y del

distrito, así como los guardias armados, se sumaron al aplauso.

Cara de Sueño no había terminado.

—Sima Ku es solamente un hombre, pero tiene cuatro esposas, y yo

no tengo ninguna. ¿Es eso justo?

El hombre importante frunció el ceño.

Lu Liren dijo:

—No es necesario que hablemos de ese asunto, Zhang Decheng.

—¿No? —disintió Cara de Sueño—. Pero si esa es la causa de mi

amargura. Por muy Cara de Sueño que yo sea, también soy un hombre, ¿no

es cierto? Tengo una herramienta de hombre colgando entre las piernas...

Lu Liren se acercó a Cara de Sueño para que concluyera su representación y levantó la voz para tapar su monólogo.

—Convecinos —dijo—, las palabras de Zhang Decheng quizá sean un

tanto rudas para nuestros oídos, pero lo que quiere decir está claro y es

innegable. ¿Por qué algunos hombres pueden casarse con cuatro, cinco o

más mujeres mientras alguien como Zhang Decheng no puede ni siquiera

encontrar una?

Entre el público comenzaron a surgir comentarios y muchas miradas

se posaron en Madre, cuyo rostro se ensombreció. Pero no había ninguna

señal de enfado ni de odio en su mirada, que estaba tan serena como un

plácido lago en otoño.

Pandi le dio un empujoncito a Cara de Sueño.

—Ya puedes bajar.

Él dio un par de pasos y se disponía a bajar del escenario cuando se

acordó de algo más. Se dio la vuelta y se acercó a Zhao Seis, lo cogió por

la oreja y le dio una sonora bofetada.

—Hijo de perra —le gritó—. Hoy también es tu día. ¡Seguro que te

has olvidado de cuando abusaste de la autoridad que te había dado Sima Ku

para maltratarme!

Zhao retorció el cuello y le dio un cabezazo a Cara de Sueño en el

estómago. Soltando un alarido, Cara de Sueño cayó al suelo y rodó hasta

caerse del escenario.

El mudo llegó a toda prisa y envió a Zhao Seis al suelo de un golpe.

Después se puso de pie sobre el cuello de Zhao, deformándole el rostro al

pobre hombre. Estaba sin aliento, pero a pesar de todo chillaba como si

estuviera poseído.

—¡Nunca conseguirás que admita nada, nunca! ¿No tienes conciencia? Tus crímenes son inimaginables...

Lu Liren se agachó para preguntarle al hombre importante qué debía

hacer. El hombre dio un golpe en la mesa con su mortero para tinta; esa era

la señal para que Lu Liren leyera un pliego de papel: «El rico campesino

Zhao Seis ha vivido de explotar a los demás. Durante la guerra contra

Japón, alimentó a sus compañeros de viaje. Cuando Sima Ku gobernaba la

zona, les proporcionó comida a los canallas de sus soldados. Ahora que la

reforma agraria está en marcha, ha hecho circular desagradables rumores

en clara oposición al Gobierno del Pueblo. Si un reaccionario como este no

es eliminado, el pueblo nunca podrá estar tranquilo. En el nombre del

Gobierno Popular del Condado de Gaomi del Noreste, por la presente

condeno a Zhao Seis a la muerte. ¡La sentencia será ejecutada inmediatamente!».

Dos de los soldados cogieron a Zhao Seis y lo arrastraron afuera como

a un perro muerto. Cuando llegaron al borde del estanque, que estaba lleno

de hierbas, los hombres se apartaron para dejarle sitio al mudo, que se puso

detrás de Zhao y le metió una bala en la nuca. Su cuerpo cayó pesadamente

al agua. Con la pistola echando humo todavía en la mano, el mudo volvió a subirse al escenario.

Los prisioneros aterrorizados que estaban sobre el escenario comenzaron a golpearse la cabeza contra el suelo. Para entonces, ya todos

se habían cagado encima. «Perdonadme, perdonadme...». La propietaria de

la tienda de aceite de cocina, Vieja Jin, avanzó a cuatro patas hasta donde

estaba Lu Liren y se abrazó a sus piernas.

—Gobernador del condado Lu —sollozó—, perdóneme. Se lo daré

todo a los aldeanos, el aceite, las semillas de sésamo, todas las propiedades

de mi familia. No me quedaré con nada, ni siquiera con un plato donde

echarles de comer a los pollos, pero no me quite la vida. Nunca volveré a

hacer negocios que exploten a la gente...

Lu Liren intentó liberarse de su abrazo, pero ella lo sujetaba con todas

sus fuerzas hasta que un oficial se acercó y le separó los dedos. Entonces

ella se arrastró hacia el hombre importante.

—¡Ocupaos de ella! —ordenó Lu Liren.

El mudo levantó la pistola y la golpeó en la sien. Se le quedaron los

ojos en blanco y cayó de espaldas; su único pecho quedó apuntando al cielo

brillante.

—¿Quién más quiere purgar su amargura? —le gritó Pandi a la gente.

Alguien empezó a llorar. Era el ciego, Xu Xian'er, que estaba apoyado

en un bastón de bambú amarillo.

—Ayudadlo a subir al escenario —dijo Pandi.

Nadie le ayudó, así que él se abrió camino dando golpecitos en el

suelo con su bastón. La gente se apartaba a su paso y llegó hasta el borde

del escenario. Entonces dos oficiales bajaron de un salto y lo subieron en

brazos.

Lleno de odio, Xu Xian'er golpeó el suelo con fuerza con su bastón,

haciendo agujeros en la tierra compactada.

—Di lo que tengas que decir, tío Xu —le dijo Pandi.

—Comandante —dijo Xu Xian'er—, ¿usted me puede garantizar que

seré vengado?

—No te preocupes. Ya has visto lo que acabamos de hacer por Zhang

Decheng.

—¡Entonces lo diré! —exclamó—. Lo diré. Ese bastardo de Sima Ku

llevó a mi mujer a la tumba, y después mi madre murió por el enfado que

eso le produjo. Me debe dos vidas. —De sus ojos ciegos empezaron a caer

las lágrimas.

—Tómate tu tiempo, tío —le dijo Lu Liren.

—En el decimoquinto año de la República, en 1926, mi madre invirtió

treinta dólares de plata para conseguirme una esposa, la hija de una

pordiosera de la Aldea del Oeste. Vendió una vaca y un cerdo, además de

dos sacos de trigo, y lo único que obtuvo a cambio fueron treinta dólares de

plata. Todo el mundo decía que mi mujer era guapa, pero esa palabra,

«guapa», era una profecía de la catástrofe. En esa época Sima Ku sólo tenía

dieciséis o diecisiete años, pero ni siquiera a esa edad era un buen tipo.

Como su familia tenía dinero y poder, tomó la costumbre de venir a mi

casa a cantar y tocar su *huqin* de dos cuerdas. Un día se llevó a mi mujer a

ver una ópera, y después la trajo a casa y abusó de ella. Mi esposa se

suicidó tragando opio, cosa que le sentó tan mal a mi madre que se colgó...

¡Sima Ku, me debes dos vidas! Quiero que el gobierno repare el daño que

me ha hecho... —Tras decir esto, cayó de rodillas. Un oficial del distrito se

acercó a ayudarlo a levantarse, pero él dijo—: No me levantaré si no me

vengáis...

—Tío —le dijo Lu Liren—, Sima Ku no se escapará de las redes de la

justicia, y cuando lo atrapemos, pagará por lo que te ha hecho.

—Sima Ku es un halcón de vuelo alto, el rey de los cielos —
dijo el

ciego—. Nunca lo cogeréis. Por eso le pido al gobierno que le
haga pagar

una vida por cada vida que me quitó. Ejecutad a su hijo y a su
hija.

Comandante, sé que usted es familia de Sima Ku, pero si es un
auténtico

dispensador de justicia, llevará a cabo mi petición. Si deja que
se

interpongan sus sentimientos personales, Xu el ciego se irá a
su casa y se

colgará, para que Sima no me atrape cuando regrese.

—Tío —logró decir Lu Liren—, cada dolor tiene su objetivo,
cada

deuda tiene su deudor. Sólo se puede hacer responsable de un
daño a la

persona que lo causó. Ya que Sima es el causante de esas
muertes, sólo se

le puede pedir cuentas a Sima. Los niños no tienen ninguna
culpa.

Xu golpeó el suelo con el bastón.

—Conciudadanos —gritó—, ¿habéis oído eso? No dejéis que
os

engañen. Sima Ku se ha escapado, Sima Ting está escondido y
los niños se

harán mayores antes de que os deis cuenta. El Gobernador del
Condado Lu

es familia de ellos, cosa que influye mucho. Conciudadanos,
Xu Xian'er

vivo no es más que este bastón, y muerto es poco más que
alimento para

los perros. Comparado con vosotros no soy nada, pero, conciudadanos, no

dejéis que esta gente os engañe...

Pandi explotó:

—¡Viejo ciego, tus demandas no son razonables!

—Señora Pandi —dijo Xu el ciego—, usted y el resto de los Shangguan son muy impresionantes. Cuando los diablos japoneses nos

invadieron, su cuñado mayor, Sha Yueliang, estaba al mando. Después,

durante el dominio del Kuomintang, su segundo cuñado, Sima Ku, controló

la zona con mano dura. Ahora usted y Lu Liren son los que mandan.

Ustedes, los Shangguan, son mástiles de banderas que no se pueden

derribar, embarcaciones que nunca naufragan. Algún día, cuando los

americanos gobiernen China, su familia podrá alardear de tener un cuñado

extranjero...

La cara de Sima Liang se había vuelto pálida como la de un fantasma.

No dejaba de apretar la mano de Madre. Sima Feng y Sima Huang tenían la

cabeza escondida debajo de sus axilas. Sha Zaohua estaba llorando, así

como Lu Shangli; también Octava Hermana, Yunü, se puso a llorar al poco

tiempo.

Su llanto llamó la atención de la gente, tanto de la que estaba sobre el

escenario como de la que estaba abajo. El oscuro hombre importante nos

echó una mirada.

Xu Xian'er estaría ciego, pero se arrodilló exactamente a los pies del

hombre importante.

—Señor —aulló entre lágrimas—, ¡haga algo por este viejo ciego!

Mientras aullaba se golpeó varias veces la cabeza contra el suelo hasta

que tuvo la frente cubierta de tierra.

Lu Liren miró al hombre importante, excusándose con los ojos. El

hombre importante le devolvió la mirada fríamente; era una mirada afilada

como un cuchillo. El rostro de Lu estaba chorreante de sudor, y la cinta que

tenía puesta se le había empapado; parecía que tuviera una herida en la

frente. Ya no estaba tranquilo y en paz; ahora miraba alternativamente a

sus pies y a la multitud que había abajo. Ya no le quedaba valor para

mantener contacto visual con el hombre importante.

Pandi también había perdido la compostura que se espera de una

comandante de distrito. Tenía la cara toda roja y el labio inferior le

temblaba.

—Viejo ciego Xu —gritó, con el tono de voz de una mujer del campo

—, ¡estás intentando liarla! ¿Qué te ha hecho a ti mi familia?
La zorra de
tu mujer sedujo a Sima Ku y se lo llevó al trigal. Entonces,
cuando los
pillaron, comió opio porque no podía mirar a la cara a la gente
decente. Y
no sólo es eso: la gente comentaba que tú solías pasarte la
noche
mordiéndola, como si fueras un perro. Ella le enseñaba a la
gente las
cicatrices que le dejabas en el pecho, ¿lo sabías? Tú fuiste el
causante de la
muerte de tu mujer. Lo que hizo Sima Ku estuvo mal, ¡pero la
mayor parte
de la culpa es tuya! Así que si hay que fusilar a alguien, yo
creo que
deberíamos empezar por ti.
—Excelencia, ¿ha oído usted eso? —dijo el ciego Xu—. En
cuanto
uno corta unos tallos de trigo, aparece un lobo.
Lu Liren intervino rápidamente para proteger a Pandi. Se
acercó e
intentó sacar a Xu Xian'er a empujones, pero Xu era
inamovible.
—Tío —le dijo Lu—, tienes razón en solicitar la ejecución de
Sima
Ku, pero no la de sus inocentes hijos.
Xu Xian'er no estaba de acuerdo, y razonó de este modo:
—¿Cuáles son los delitos que cometió Zhao Seis? Lo único
que hizo
fue vender unos cuantos rollitos. Se trataba de una disputa
personal con

Zhang Decheng, ¿no es cierto? Pero vosotros dijisteis que lo ajusticiaríais

y eso es lo que habéis hecho. Estimado Gobernador del Condado, no

descansaré hasta que ordene ejecutar a los descendientes de Sima Ku.

Alguien entre el público dijo en voz baja:

—La tía de Zhao Seis era la madre de Xu Xian'er; ellos son primos.

Lu Liren se acercó dubitativamente hasta donde estaba el hombre

importante con una sonrisa forzada dibujada en el rostro y, muy

avergonzado, le dijo algo. El hombre acarició el oscuro mortero para tinta

que tenía en la mano y su cara huesuda adoptó una expresión asesina.

Entonces miró fijamente a Lu Liren y le dijo con frialdad:

—¿De verdad esperas que yo me ocupe de algo tan insignificante

como esto?

Lu sacó un pañuelo para secarse el sudor de la frente; después se pasó

la mano por detrás de la cabeza y se ajustó la cinta, apretándola tanto que

su rostro se volvió del color de la cera. Dio unos pasos hasta situarse en el

borde del escenario y desde ahí anunció en voz alta:

—Somos el gobierno de las masas, y llevamos a cabo los deseos del

pueblo. Así que os dejo la decisión a vosotros. Todos aquellos que estén a

favor de ejecutar a los hijos de Sima Ku, que levanten la mano.

Enfurecida, Pandi le preguntó:

—¿Es que te has vuelto loco?

Los aldeanos que había frente al escenario agacharon la cabeza. No se

levantó ni una mano ni se oyó un solo ruido.

Lu Liren le lanzó una mirada de interrogación al hombre importante.

Con una mezcla de desprecio y burla, el hombre importante le dijo a

Lu Liren:

—Inténtalo de nuevo, pero esta vez pregúntales cuántos están a favor

de *no* ejecutar a los hijos de Sima Ku.

—Todos aquellos que estén a favor de *no* ejecutar a los hijos de Sima

Ku, que levanten la mano.

Las cabezas siguieron agachadas. No se levantó ni una mano ni se oyó

un solo ruido.

Madre se puso en pie lentamente.

—Xu Xian'er —dijo—, si lo que solicitas es una vida, puedes acabar

con la mía. Pero tu madre no se colgó; murió de una hemorragia que se

había originado en la época de los bandoleros. Mi suegra se encargó de

organizar su funeral.

El hombre importante se puso en pie y se fue al espacio abierto que

había detrás del escenario. Lu Liren lo siguió inmediatamente.
Ahí el

hombre importante le habló a Lu en voz baja y muy rápido,
levantando su

suave y blanca mano y moviéndola hacia abajo, como si fuera
un cuchillo.

Después se marchó, rodeado por sus guardaespaldas.

Lu Liren se quedó ahí de pie, con la cabeza gacha como un
trozo de

madera petrificado durante un largo rato antes de volver en sí.
Al fin

volvió, caminando como si sus piernas fueran de plomo, y nos
miró

fijamente y con una especie de locura. Los ojos parecían
habérsele

congelado en las órbitas. Tenía un aspecto patético subido ahí
arriba.

Finalmente, abrió la boca y habló:

—En este momento condeno a muerte Sima Liang, hijo de
Sima Ku.

¡La ejecución se llevará a cabo de inmediato! Y condeno a
muerte a Sima

Feng y a Sima Huang, hijas de Sima Ku. ¡La ejecución
también se llevará a

cabo de inmediato!

El cuerpo de Madre se estremeció, pero sólo por un instante.

—¡Os desafío a que lo intentéis! —dijo, cogiendo a las dos
niñas en

brazos.

Sima Liang se lanzó ágil y astutamente al suelo y empezó a
arrastrarse lentamente, alejándose poco a poco del escenario.
La multitud

lo protegía.

—Sol Callado, ¿por qué no cumples mis órdenes? —rugió Lu Liren.

—Tu maldita cabeza debe estar muy confusa —lo insultó Pandi—,

para dar una orden como esa.

—No está nada confusa, está completamente despejada —dijo Lu,

dándose un golpe en la cabeza con el puño.

Dudando, el mudo bajó del escenario seguido por dos soldados.

Cuando llegó reptando a la parte de atrás de la multitud, Sima Liang

se puso en pie de un salto, salió corriendo entre dos centinelas y trepó al

dique.

—¡Se va a escapar! —gritó uno de los soldados que estaban en el

escenario.

Un centinela echó mano de su fúsil, que llevaba al hombro, le quitó el

seguro, metió una bala en el cargador y disparó al aire. Para entonces, Sima

Liang ya estaba bien escondido entre los arbustos que había en lo alto del

dique.

El mudo y sus hombres se acercaron a nosotros. Sus hijos, Gran y

Pequeño Mudo, le echaron una mirada triste y desdeñosa. Él estiró su garra

de hierro. Madre le escupió en la cara. Él retrajo su garra y se limpió la

saliva del rostro, y después la estiró de nuevo. Madre escupió por segunda

vez, pero con menos fuerza. El escupitajo le cayó al mudo en el pecho.

Girando el cuello, él miró hacia atrás, a la gente que había sobre el

escenario. Lu Liren andaba de un lado a otro, con las manos apretadas

detrás de la espalda. Pandi estaba tomando aliento, de cuclillas, con la

cabeza metida entre las manos. Las caras de los oficiales del condado y del

distrito, así como las de los soldados armados, parecían esculpidas en

arcilla, como si fueran ídolos en un templo. La mandíbula del mudo, dura

como una roca, se movió espasmódicamente, en un acto reflejo.

—¡Desnudaos! —dijo—. ¡Desnudaos, desnudaos!

Madre sacó pecho y le dijo, chillando:

—¡Mátame a mí primero, cabrón!

Después se lanzó sobre él y le dio un zarpazo en la cara.

El mudo se acarició el rostro y después se llevó la mano ante los ojos

para ver si se le había quedado algo pegado a los dedos. Eso duró un

momento, y luego se puso los dedos debajo de la nariz y los olfateó en

busca de algún olor especial. Después sacó la lengua y los lamió intentando

detectar algún sabor especial. A continuación soltó una serie de gruñidos y

le dio un empujón a Madre, que cayó al suelo como una pluma. Nosotros

nos lanzamos sobre ella, llorando sin parar.

El mudo nos fue cogiendo uno por uno y nos tiró por ahí para quitarnos de en medio. Yo aterricé sobre la espalda de una señora. Sha

Zaohua aterrizó sobre mi vientre. Lu Shengli aterrizó sobre la espalda de

un señor mayor. Octava Hermana aterrizó sobre el hombro de una señora

aún más mayor. Gran Mudo estaba colgado del brazo de su padre, y por

mucho que este lo sacudía no lograba sacárselo de encima. Le mordió la

muñeca a su padre. Pequeño Mudo estaba abrazado a la pierna de su padre

y lo mordisqueaba en la huesuda rodilla. Dando una patada, el mudo envió

a ese hijo volando por el aire, justo contra la cabeza de un hombre de

mediana edad. Después agitó el brazo con todas sus fuerzas y envió a Gran

Mudo sobre el regazo de una anciana, con un trozo de carne de su padre

entre los dientes.

Cogiendo a Sima Feng con la mano izquierda y a Sima Huang con la

derecha, se marchó. Daba pasos muy altos, como si caminara a través del

barro. Cuando llegó al borde del escenario, lanzó a las dos chicas sobre él,

una tras otra. Las dos gritaron llamando a su abuela y se bajaron del

escenario de un salto. El mudo las capturó de nuevo y las volvió a subir.

Para entonces, Madre había logrado ponerse en pie y empezó a avanzar a

trompicones hacia el escenario, pero se cayó al suelo antes de poder dar ni

siquiera un par de pasos.

Lu Liren dejó de dar vueltas y dijo melancólicamente:

—A todos vosotros, pobres campesinos, os hago una pregunta: ¿Soy

un hombre o no lo soy? ¿No os podéis imaginar cómo me siento por tener

que fusilar a esas dos niñas? Se me parte el corazón. Después de todo, son

sólo unas niñas, y encima estoy emparentado con ellas. Pero precisamente

por ese motivo no tengo más remedio que tragarme mis lágrimas y

condenarlas a muerte. Salid de vuestro estupor, amigos míos. Al ejecutar a

las hijas de Sima Ku estamos evitando ir por el mal camino. Mirado

superficialmente, parece que estemos ejecutando a dos niñas. Pero no son

niñas lo que ejecutamos, sino un sistema social reaccionario que pertenece

al pasado. ¡Vamos a ejecutar a dos símbolos! Levantaos, amigos. ¡O sois

revolucionarios o sois contrarrevolucionarios, no hay término medio!

Gritaba con tanta fuerza que sufrió un ataque de tos. Se puso pálido y

le brotaron lágrimas en los ojos. Un oficial del condado se le acercó y
empezó a darle unas palmadas en la espalda, pero Lu le indicó con un gesto
que se apartara. Cuando hubo recuperado el aliento, se agachó y escupió
una flema. Con una voz que recordaba la de un tuberculoso, logró
balbucear:
—¡Ejecutad la sentencia!
El mudo subió al escenario de un salto, cogió a las dos niñas y las
llevó hasta el estanque, donde las dejó caer al suelo antes de retroceder
diez o quince pasos. Las chicas se abrazaron. Sus caras, largas y delgadas,
parecían cubiertas de polvo de oro. Miraron al mudo aterrorizadas mientras
él sacaba su pistola y la levantaba pesadamente. Le sangraba la muñeca y
le temblaba la mano por el esfuerzo de levantar la pistola, como si pesara
diez kilos. Después — *bang*— se oyó el sonido de un tiro. La mano se le
movió por el efecto del retroceso y un humo azul brotó de la boca del
arma. Dejó caer el brazo débilmente. La bala les pasó a las niñas por
encima de la cabeza e impactó contra el suelo al lado del estanque,
levantando un poco de barro por el aire.
Una mujer se acercaba paseando, bajaba por el sendero lleno de

hierbas que había a lo largo de la base del dique. Iba cloqueando en voz

alta, como una gallina madre que lleva a sus pollitos delante de ella. En el

instante en que apareció debajo del dique me di cuenta de que se trataba de

Primera Hermana, que había recibido permiso para no ir a la reunión por

estar perturbada mentalmente. En tanto viuda del traidor de Sha Yueliang,

debería haber estado en los primeros puestos de la lista de los que iban a

ser ejecutados, y si la gente hubiera sabido su aventura de una noche con

Sima Ku, habría sido fusilada dos veces. Cuando la vi arrojar a la red me

preocupé gravemente, pero ella corrió hasta el estanque y se plantó delante

de las dos niñas.

—¡Mátame a mí! —gritó como una loca—, ¡mátame a mí! ¡Yo me

acosté con Sima Ku y yo soy su madre!

La mandíbula del mudo empezó a temblar de nuevo. Era una señal

inconfundible de que unas perturbadoras olas azotaban su corazón. Levantó

la pistola de nuevo y dijo oscuramente:

—Desnudaos, desnudaos, desnudaos.

Sin pensárselo ni un instante, Primera Hermana se desabotonó la blusa

y enseñó sus pechos perfectos. El mudo se quedó mirándolos fijamente,

con los ojos desorbitados. La mandíbula le temblaba con tanta violencia

que parecía que estaba a punto de caérsele. Se puso una mano debajo de la

barbilla para mantenerla quieta y en su lugar, y después abrió la boca y

dijo, como quien escupe: «¡Desnudaos! ¡Desnudaos! ¡Desnudaos!».

Primera Hermana se quitó obedientemente la blusa; estaba desnuda de

cintura para arriba. Su rostro era moreno, pero su cuerpo brillaba

lustrosamente, como si fuera de porcelana de la mejor calidad. Aquella

oscura mañana se desnudó de cintura para arriba y atrapó al mudo en una

lucha de deseos. Él se acercó a ella con las piernas arqueadas, con el

aspecto de un muñeco de nieve cocinado al horno, que se va deshaciendo

parte por parte, primero un brazo, después una pierna, unos intestinos que

se enrollan en el suelo, como una serpiente, y un corazón rojo que le late

entre las manos. Todas esas partes dispersas se volvieron a unir con gran

dificultad cuando se arrodilló a los pies de Primera Hermana y se abrazó a

su cintura, apoyando su enorme cabeza sobre el vientre de ella.

Lu Liren y los demás estaban atónitos. Eran testigos de un cambio

impresionante y se quedaron boquiabiertos, como si tuvieran unos dulces

calientes y pegajosos en la boca. Era imposible imaginarse lo que estarían

pensando mientras contemplaban la escena junto al estanque.

—¡Sol Callado! —lo llamó débilmente Lu Liren, pero el poderoso Sol

Callado lo ignoró.

Pandi bajó del escenario de un salto y salió corriendo hasta el estanque, donde recogió la blusa del suelo y se la puso a Primera Hermana

sobre los hombros. Había ido con la intención de arrastrar a Primera

Hermana lejos de allí, pero la mitad inferior de esta ya se había unido al

mudo, y ¿cómo podía Pandi alejarla de eso? Lo que hizo fue coger la

pistola del mudo y darle un golpe con ella en el hombro. Él la miró. Tenía

los ojos llenos de lágrimas.

Lo que ocurrió entonces sigue siendo un misterio hasta el día de hoy.

En el momento en que Pandi estaba contemplando el rostro empapado de

lágrimas del mudo, que había entrado en una especie de trance; en el

momento en que Sima Feng y Sima Huang se levantaron, cogidas de la

mano, todavía aterrorizadas, y empezaron a mirar a su alrededor buscando

a su abuela; en el momento en que Madre volvió en sí y se puso a

murmurar algo mientras salía corriendo en dirección al estanque; en el

momento en que Xu Xian'er se reencontraba con su conciencia y decía:

«Gobernador del Condado, no los mate. Mi madre no se colgó y Sima Ku

no es el único culpable de la muerte de mi esposa»; en el momento en que

un par de perros se enzarzó en una pelea en las ruinas que había detrás de

la casa de la mujer musulmana; en el momento en que me vino el dulce

recuerdo del juego que había jugado con Laidi en el abrevadero de los

caballos y la boca se me llenó del sabor de las cenizas y del aroma elástico

de su pezón; en el momento en que todo el mundo intentaba imaginarse de

dónde había venido el hombre importante y dónde se había ido; en aquel

momento, dos hombres a caballo llegaron del Sudeste como un huracán.

Uno de los caballos era blanco como la nieve, y el otro negro como el

carbón. El jinete que montaba el caballo blanco iba totalmente vestido de

negro, incluyendo un pañuelo negro que le tapaba la mitad inferior de la

cara y un sombrero negro. El que iba en el caballo negro vestía todo de

blanco, incluyendo un pañuelo blanco que le tapaba la mitad inferior de la

cara y un sombrero blanco. Ambos llevaban un par de pistolas. Eran jinetes

muy experimentados; se inclinaban ligeramente hacia adelante y las

piernas les colgaban hacia abajo en línea recta. Cuando se acercaron al

estanque, dispararon varios tiros al aire. Daban tanto miedo que los

soldados armados, por no mencionar a los oficiales del condado y del

distrito, se tiraron todos al suelo, boca abajo. Los dos jinetes azotaron a sus

caballos y dieron unas vueltas en círculo alrededor del estanque; las

monturas se inclinaban describiendo hermosos arcos. Después volvieron a

disparar antes de darles con el látigo de nuevo y alejarse al galope. Las

colas de los caballos ondeaban en el aire detrás de ellos. Se desvanecieron

ante nuestros ojos; fue realmente un caso de algo que llega con el viento de

la primavera y se va con el viento del otoño. Daba la impresión de haber

sido un espejismo, a pesar de que eran totalmente reales. Poco a poco

recuperamos la compostura, y cuando miramos al suelo vimos a Sima Feng

y a Sima Huang tiradas junto al estanque, cada una con un agujero de bala

entre los ojos. Todo el mundo se quedó paralizado de miedo.

VIII

El día de la evacuación, los habitantes de las dieciocho aldeas del Concejo

de Gaomi del Noreste, gritando y llorando, condujeron a sus animales,
cargaron a sus pollos, ayudaron a sus mayores y se llevaron a sus niños
hasta la orilla norte del Río de los Dragones, de suelo alcalino y cubierta de
matojos de hierbas. Estaban todos al borde de un ataque de nervios. El
suelo estaba cubierto por una capa de álcali blanco, como una escarcha que
no se derritiera nunca. Las hojas de las plantas y las cañas que no habían
sido afectadas por el álcali eran amarillas, y sus algodonosos estambres se
agitaban y ondeaban mecidos por el viento helado. Los cuervos, que
siempre se sienten atraídos por los alborotos que se forman debajo de ellos,
planeaban en el cielo y lo llenaban con sus poéticos y punzantes chillidos:
Aah... Guah... Lu Liren, que había sido degradado a jefe sustituto del
condado, estaba de pie ante la mesa de sacrificio, hecha de piedra, de la
enorme cripta de un sabio de la dinastía Qing. Se desgañitaba como un
poseso dirigiéndose a la gente que había movilizado para que evacuaran la
zona. «Ahora que ha llegado lo más crudo del invierno, el Concejo de
Gaomi del Noreste está a punto de convertirse en un inmenso campo de

batalla, y quedarse aquí es equivalente a suicidarse». Las ramas de los

negros pinos estaban atestadas de cuervos, algunos de los cuales incluso se

habían posado sobre las estatuas de piedra de hombres y caballos. *Aah*,

chillaban, *guah*. Los sonidos que emitían no solamente modificaban el tono

de lo que decía Lu Liren sino que además hacían que aumentara el terror de

la gente y que se confirmara la necesidad de huir del peligro.

El disparo de una pistola indicó que la evacuación se ponía en marcha.

La oscura masa de gente empezó a salir de la aldea con un clamor. Los

burros rebuznaban y las vacas mugían, los pollos aleteaban en el aire y los

perros brincaban, las ancianas lloraban y los niños chillaban excitados,

todo al mismo tiempo. Un joven oficial que iba montado en un poni blanco

llevaba una bandera roja que colgaba tristemente de su mástil y se

arrastraba de un lado para otro por el camino lleno de baches y cubierto de

álcali que se dirigía hacia el Noreste. Guiando la procesión iba un

contingente de mulas que transportaban los archivos del gobierno del

condado, docenas de ellas, avanzando lánguida y laboriosamente hacia

adelante, con lentitud, bajo la atenta mirada de los jóvenes soldados.

Detrás de ellas iba un camello que había sobrevivido desde la época de

Sima Ku. Llevaba un par de cajas metálicas apoyadas directamente sobre

la sucia piel de su joroba. Había estado tantos años en Gaomi del Norte que

era más un buey que un camello. Detrás de él iba una docena, más o

menos, de portadores que llevaban la imprenta del condado y un torno

para el taller de reparaciones del equipo de producción. Todos eran

hombres morenos y robustos y llevaban unas camisas finas con los

hombros almohadillados, con forma de hojas de loto. Por la manera en la

que se tambaleaban al caminar, y por sus ceños fruncidos y sus bocas

abiertas, era fácil darse cuenta de lo pesada que era la carga que

transportaban. Cerrando la procesión iba la caótica multitud que formaban

los aldeanos.

Lu Liren, Pandi y un montón de oficiales del condado y del distrito

avanzaban y retrocedían por el borde de la carretera montados en sus mulas

y en sus caballos, haciendo todo lo que podían para poner un poco de orden

en esa evacuación masiva. Pero la gente iba hombro con hombro por la

estrecha carretera, y el arcén, más espacioso, los atraía. Cada vez más

personas cambiaban la carretera por el arcén, y así se fueron expandiendo a lo ancho. La procesión avanzaba lenta y ruidosamente hacia el Noreste, haciendo un jaleo terrible.

La multitud nos arrastraba, a veces por la carretera, a veces no; incluso había momentos en los que no sabíamos si estábamos en la carretera o no. Madre, que se había puesto una correa de cáñamo en torno al cuello, iba empujando un carrito con las ruedas de madera. Las manijas estaban tan separadas que se veía obligada a abrir ambos brazos. Un par de canastas rectangulares colgaba a los lados del carrito. La canasta de la izquierda llevaba a Lu Shengli, nuestros edredones y nuestra ropa. Gran Mudo y Pequeño Mudo iban en la canasta de la derecha. Sha Zaohua y yo, los dos cargados con cestas, íbamos caminando junto al carrito, uno a cada lado. Octava Hermana, la pequeña ciega, agarrada al abrigo de Madre, iba detrás de ella tropezándose una y otra vez. Laidi, que oscilaba entre la lucidez y la confusión, abría la marcha; se inclinaba hacia adelante para tirar mejor del carrito de la familia con una correa ajustada sobre sus hombros, como un voluntarioso buey. Teníamos todo el tiempo el rechinar

de las ruedas en los oídos. Los tres pequeños que iban en el carrito miraban constantemente el alboroto que había a su alrededor. Yo oía el crujido que hacían mis pies al pisar el suelo de álcali, y olía su penetrante aroma. Al principio me pareció divertido, pero después de recorrer unos cuantos kilómetros las piernas me empezaron a doler y sentí la cabeza pesada. Me estaba quedando sin fuerzas. El sudor me brotaba de debajo de los brazos.

Mi pequeña cabra lechera blanca, que era fuerte como un buey, venía trotando respetuosamente detrás de mí. Sabía lo que estábamos haciendo, por lo que no hubo ninguna necesidad de atarla para el viaje. Aquel día, los poderosos vientos del Norte se deslizaban dolorosamente en nuestras orejas. Unas pequeñas nubes de polvo blanco saltaban hacia arriba en el inabarcable y silvestre paisaje que teníamos alrededor. Compuesto de álcali, sal y salitre, el polvo nos irritaba los ojos, nos quemaba la piel y nos pudría la boca. La gente avanzaba contra el viento, con los ojos entrecerrados. Las camisas de los porteadores estaban empapadas de sudor y cubiertas de álcali, por lo que se habían puesto blancas de arriba a abajo. Cuando nos internamos en las pantanosas tierras

bajas, se puso realmente complicado lograr que las ruedas del carrito
siguieran girando. Primera Hermana tiraba con todas sus
fuerzas, y la
correa se le hundía cada vez más profundamente en el hombro.
Respiraba
con dificultad, haciendo unos ruidos como si se estuviera a
punto de morir.
¿Y Madre? Las lágrimas caían de sus melancólicos ojos y se
mezclaban
con el sudor de su rostro creando un entramado de surcos
violáceos. Octava
Hermana iba colgada de Madre, dando tumbos de un lado a
otro como un
pesado fardo, mientras nuestro carrito dejaba sus huellas
marcadas en la
carretera. Pero los otros carritos, los animales de carga y la
gente que venía
detrás las borrraban rápidamente. Los refugiados estaban por
todas partes,
una gran masa de rostros, algunos conocidos y otros no. El
viaje era muy
peligroso, tanto para la gente como para los caballos y los
burros. Los
únicos que lo llevaban relativamente bien eran los pollos que
iban en
brazos de las mujeres y mi cabra, que correteaba a mi lado
aunque se
detenía de vez en cuando a mordisquear las hojas secas de las
cañas.
La luz del sol hacía que la capa de álcali que cubría el suelo
brillara

dolorosamente, tanto que no podíamos mantener los ojos abiertos. El brillo

se extendía por el suelo como si se tratara de mercurio. La naturaleza

salvaje que se extendía ante nosotros se parecía al legendario Mar del

Norte.

Al mediodía, como si se tratara de una epidemia, la gente empezó a

sentarse en grupos sin que nadie hubiera dicho nada al respecto. Por la falta

de agua, tenían la garganta humeante y la lengua tan gruesa y desagradablemente salada que ya no podían hablar con normalidad. De la

nariz les salía aire caliente, pero tenían la espalda y el vientre fríos. Los

vientos del Norte les atravesaban la ropa empapada de sudor y los hacía

quedarse duros y tiesos.

Apoyada en el manillar de un carrito, Madre metió la mano en una de

las canastas y sacó unos rollitos hechos al vapor y al viento. Los partió en

varios trozos y nos los dio. Primera Hermana dio un solo bocado y se le

partió el labio; la sangre que rezumó manchó el rollito. Los pequeños que

iban en el carro, con las caras polvorientas y las manos sucias, parecían ser

siete partes de demonios del templo y tres partes de humanos. Con las

cabezas gachas, se negaron a comer. Octava Hermana mordisqueó uno de

los rollitos secos con sus delicados dientes blancos.

—Podéis darles las gracias a vuestros papás y a vuestras mamás por

todo lo que nos está pasando —dijo Madre, soltando un suspiro.

—Vámonos a casa, abuela —suplicó Sha Zaohua.

Sin contestarle, Madre echó un vistazo a la multitud de gente que

había sobre la colina y suspiró una vez más. Entonces me miró a mí.

—Jintong —me dijo—, a partir de hoy vas a empezar a comer otras

cosas.

Metió la mano en su bolsa y sacó una taza esmaltada con una estrella

roja. Después se acercó a mi cabra, se agachó y le limpió la tierra que tenía

en una de las ubres. Cuando la cabra se resistió, Madre me dijo que la

sujetara. Le abracé la fría cabeza y me puse a observar cómo le apretaba la

ubre al animal hasta que un líquido blanco empezó a gotear en el interior

de la taza. Me di cuenta de que la cabra no estaba cómoda, ya que se había

acostumbrado a que yo me tumbara debajo de ella y bebiera directamente

de sus ubres. No dejaba de mover la cabeza y de arquear la espalda como si

fuera una cobra. Durante todo el tiempo, Madre murmuraba, una y otra

vez, una frase terrible: «Jintong, ¿cuándo vas a empezar a comer comida

normal?». En el pasado yo había probado diversas comidas, pero incluso la mejor me había dado dolor de estómago, después de lo cual me había puesto a vomitar hasta que lo único que salía era un líquido amarillo. Miré a Madre avergonzado y empecé a criticarme severamente. Había causado interminables problemas a Madre, por no hablar de mí mismo. Sima Liang, en una ocasión, me había prometido curarme de esta excentricidad, pero no lo habíamos vuelto a ver desde el día en que se escapó. Su cara, pequeña y astuta, se me apareció ante los ojos. El recuerdo de las luces que emanaban de los agujeros de bala de color azul metálico que había visto en las frentes de Sima Feng y de Sima Huang hizo que se me pusiera la piel de gallina. Conjuré la imagen de ambas, yaciendo una al lado de la otra, en sus minúsculos ataúdes de madera de sauce. Madre había pegado unos pequeños trozos de papel rojo sobre los agujeros, convirtiendo las marcas de los balazos en pequeños y hermosos lunares. Después de llenar la taza hasta la mitad, Madre se levantó y encontró la botella de leche que la soldado llamada Tang le había dado para Sha Zaohua unos años atrás.

Desenroscó la tapa y vertió la leche, y después me dio la
botella y me
observó ansiosamente y, en cierto modo, como si me estuviera
pidiendo
perdón. Aunque yo dudé un poco antes de aceptar la botella,
no quería
decepcionar a Madre, y al mismo tiempo tenía ganas de dar mi
primer paso
hacia la libertad y la felicidad. Por eso me metí el pezón de
goma de color
yema en la boca. Por supuesto, no se podía comparar con los
de verdad, los
que tenía Madre en la punta de sus pechos. Los de ella eran el
amor, los de
ella eran la poesía, los de ella eran el más alto reino de los
cielos y el rico
suelo que hay debajo de las doradas olas de trigo. Tampoco se
podía
comparar con los pezones que tenía mi cabra lechera en sus
grandes ubres,
hinchadas y pecosas. Los de ella eran el tumulto de la vida, los
de ella eran
la emergencia de la pasión. Esto era un objeto sin vida; a pesar
de que era
resbaladizo, no estaba húmedo. Pero lo que me pareció
realmente aterrador
fue que no tenía ningún sabor. Las membranas mucosas de mi
boca notaron
algo frío y grasiento. Pero por ayudar a Madre, y a mí mismo,
reprimí mis
sentimientos de desagrado y lo mordí. Me habló mientras un
chorro de

leche, mezclado con el ácido sabor del suelo alcalino, se
lanzaba de una
forma rarísima sobre mi lengua y contra las paredes de mi
boca. Tomé otro
trago y me dije a mí mismo: Este por Madre. Otro trago. Este
por
Shangguan Jintong. Seguí tragándome la leche poco a poco.
Este por
Shangguan Laidi, por Shangguan Zhaodi, por Shangguan
Niandi, por
Shangguan Lingdi, por Shangguan Xiangdi, por todas las
Shangguan que
me han querido, que me han cuidado y me han ayudado, y por
el pequeño
diablillo de Sima Liang, que no tiene ni una gota de sangre
Shangguan en
sus venas. Contuve la respiración y, con este nuevo
instrumento, me fui
metiendo el líquido vital en el cuerpo. El rostro de Madre
estaba empapado
por las lágrimas cuando le devolví la botella. Laidi se rio,
radiante.
—Pequeño Tío se ha hecho mayor —dijo Sha Zaohua.
Obligándome a resistir los múltiples espasmos que sentía en la
garganta y el dolor secreto que tenía en las entrañas, avancé
unos cuantos
pasos, como si todo estuviera perfectamente, y eché una
meada en el
viento, entusiasmado por ver lo lejos y lo alto que podía enviar
el chorro de
líquido amarillo dorado. Vi la orilla del Río de los Dragones,
que no estaba

demasiado lejos de donde me encontraba yo; y más allá, muy vagamente,

se recortaban el campanario de la iglesia de nuestra aldea y la torre de

vigilancia del patio de Fan el Cuarto. Después de viajar durante toda la

mañana, sólo habíamos logrado recorrer una distancia lamentablemente

corta.

Pandi, que había sido degradada a presidenta de la Sociedad de Salvación Femenina del distrito, llegó cabalgando desde el Oeste, montada

en un viejo caballo, ciego de un ojo, y tenía una marca con un número en el

flanco derecho. El animal llevaba el cuello torcido, en un ángulo extraño, y

hacía un ruido sordo al pisar con sus cascos viejos y cansados mientras

corría hacia nosotros. Pandi se bajó del caballo dando un ágil y elegante

saltito, a pesar de que estaba embarazada. Yo le miraba el vientre

hinchado, intentando ver al niño que habría en su interior, pero los ojos no

me respondían y lo único que vi fueron unos pocos puntos de color rojo

oscuro sobre su uniforme gris.

—No te pares aquí, Madre —dijo Pandi—. Ahí adelante estamos

hirviendo agua. Ahí es donde tú deberías comer.

—Pandi —le dijo Madre—. De verdad, no queremos nada de lo que tengas.

—Debes aceptar, Madre —le dijo Pandi con ansiedad—. Cuando el

enemigo vuelva, esta vez será diferente. En el Distrito de Bohai asesinaron

a tres mil personas en un día. Los Cuerpos de Restitución de la Tierra a sus

Dueños han matado incluso a sus propias madres.

—No creo que nadie pueda matar a su propia madre —dijo Madre.

—No me importa lo que digas, Madre —insistió Pandi—. No pienso

dejarte regresar. Eso es dirigirse directamente a la red, un suicidio

evidente. Y si no te preocupas por ti misma, por lo menos preocúpate por

todos estos niños. —Sacó una pequeña botella de su mochila, le desenroscó

la tapa, hizo caer unas cuantas pastillas blancas y se las dio a Madre—.

Estas pastillas son vitaminas —le dijo—. Cada una de ellas proporciona

más nutrientes que una calabaza y dos huevos. Cuando estés agotada,

tómate una de estas y dale una a cada niño. Después de esta zona de suelo

alcalino, la carretera mejora un poco. La gente del Mar del Norte nos

recibirá con los brazos abiertos. Vámonos, Madre. Este no es un buen lugar

para ponerse a descansar.

Cogió al caballo por las crines, puso un pie sobre el estribo y se subió

a la silla de un salto. Yéndose al galope, gritó:

—¡Conciudadanos, poneos en marcha! ¡Hay agua caliente y aceite y

verduras a la sal y cebolletas esperándoos en la Colina de la Familia Wang!

Instada por ella, la gente se puso en pie y continuó su camino.

Madre envolvió las pastillas en un pañuelo y se las guardó en el

bolsillo. Después volvió a ajustarse la correa al cuello y cogió el manillar

del carrito.

—Bueno, niños, nos vamos.

La procesión de los evacuados era tan larga que no podíamos ver

ninguno de los dos extremos, ni el de adelante ni el de atrás. Caminamos

hasta llegar a la Colina de la Familia Wang, pero allí no había ni agua

caliente ni aceite, y desde luego, tampoco verduras a la sal ni cebolletas.

Para cuando llegamos a la aldea, la compañía de los burros ya se había

marchado. El suelo estaba lleno de trozos de paja y deposiciones de burro.

La gente encendía hogueras para cocinar su comida seca mientras algunos

niños extraían de la tierra ajos salvajes con ramas de árbol con forma de

horquilla. Cuando nos íbamos de la Colina de la Familia Wang, vimos al mudo y a una docena de miembros de su equipo de producción, más o menos, que venían en nuestra dirección para volver a entrar en la aldea. En lugar de desmontar, el mudo se sacó dos batatas a medio cocinar y un nabo de color rojo de debajo de la camisa y las lanzó en una de las canastas de nuestro carrito. Casi le abre la cabeza a Pequeño Mudo. Yo noté especialmente la sonrisa que le lanzó a Primera Hermana. Parecía un lobo gruñendo, o un tigre.

Cuando el sol se puso detrás de la montaña, entramos, arrastrando nuestras alargadas sombras, en una pequeña y animada aldea. Un denso humo blanco salía de todas las chimeneas. Los ciudadanos, exhaustos, estaban tirados en la calle, como troncos dispersos. Un grupo de enérgicos oficiales vestidos de gris iban dando saltitos de un lado a otro entre los aldeanos. Al comienzo de la ciudad, la gente estaba amontonada en torno al pozo para sacar agua. La multitud era aún más densa por la presencia del ganado. El sabor del agua fresca espabilaba a los aldeanos. Mi cabra empezó a balar muy fuerte. Laidi, llevando un gran cuenco —

aparentemente, un objeto valioso, hecho con una cerámica poco común—,

intentó abrirse paso hasta el pozo, pero constantemente la rechazaban a

empujones. Un viejo cocinero que trabajaba para el gobierno del condado

nos reconoció y nos trajo un cubo lleno de agua. Zaohua y Laidi se

acercaron a toda prisa, se pusieron a cuatro patas y sus cabezas se chocaron

cuando empezaron a beberse el agua a lengüetadas.

—¡Los niños primero! —le dijo Madre a Laidi, regañándola, que hizo

una pausa lo suficientemente larga como para que Zaohua metiera por

completo la cabeza en el cubo. Tomaba el agua a lame-tones como una

ternera sedienta. La única diferencia era que ella agarraba los bordes del

cubo con sus sucias manos—. Ya es suficiente. Te va a doler la tripa si

bebes demasiado —le dijo Madre, dándole un empujón para apartarla del

cubo.

Zaohua se lamió los labios para no desperdiciar ni una gota mientras

sus entrañas, humedecidas, comenzaban a hacer ruido. Después de beberse

su ración, Primera Hermana se puso de pie. Su vientre apuntaba hacia

afuera. Madre cogió un poco de agua para Gran Mudo y Pequeño Mudo.

Octava Hermana olfateó el aire y se acercó al cubo, se arrodilló a su lado y

sumergió la cara en el agua.

—¿Quieres beber un poco, Jintong? —me preguntó Madre.

Yo sacudí la cabeza. Ella llenó otro cuenco de agua mientras yo

soltaba a la cabra, que se habría ido al cubo corriendo hacía rato si yo no la

hubiera tenido sujeta por el cuello. La cabra, sedienta, bebió del cubo sin

levantar la cabeza ni una vez. El agua le entraba a borbotones por la

garganta y le hinchaba lentamente el vientre. El viejo cocinero expresó sus

sentimientos, no con palabras sino con un largo suspiro, y cuando Madre le

dio las gracias, suspiró otra vez, incluso más fuerte.

—¿Por qué has tardado tanto en venir aquí, Madre? —preguntó Pandi

críticamente.

Madre no le dio la satisfacción de contestarle. En cambio, lo que hizo

fue coger el manillar del carrito y nos llevó a todos, incluida la cabra,

dando vueltas y a trompicones a través del gentío hasta llegar a un pequeño

patio. Alrededor habían construido un muro de adobe. Fueron infinitos los

insultos y las quejas que recibimos mientras nos abríamos camino,

serpenteando por los minúsculos huecos que quedaban, entre la masa de

gente. Pandi ayudó a Madre a bajar a los pequeños del carrito para dejarlo,

junto a la cabra, en el exterior del patio, donde estaban atados los burros y

los caballos. No había ni cestos ni heno, por lo que los animales se

alimentaban de la corteza de los árboles. Dejamos el carrito en la calle

pero al final nos llevamos a la cabra dentro. Pandi me echó una mirada

significativa pero no dijo nada, ya que sabía que aquella cabra era como un

cordón umbilical para mí.

Dentro de la casa vimos una sombra oscura debajo de la brillante

lámpara. Un oficial del condado discutía de algo en voz alta. Oímos la

ronca voz de Lu Liren. Unos soldados armados holgazaneaban en el patio,

curándose los doloridos pies. Las estrellas brillaban en la profunda

oscuridad de la noche. Pandi nos llevó a una de las habitaciones laterales,

donde un débil farol proyectaba sombras fantasmales sobre las paredes.

Una anciana, vestida de luto, yacía en un ataúd destapado. Abrió los ojos

cuando entramos.

—Hacedme un favor, amables visitantes, y ponedle la tapa a mi ataúd

—dijo—. Quiero este espacio para mí.

—¿De qué va todo esto, Tía? —le preguntó Madre.

—Hoy es mi día de suerte —le contestó la anciana—. Haced eso por

mí, amables visitantes, ¿de acuerdo?

—Mírale el lado bueno, Madre —dijo Pandi—. Es mejor que dormir

en la calle.

Esa noche no dormimos bien. La discusión continuó, en la habitación

de al lado, hasta bien entrada la noche, y en cuanto terminó se empezaron a

oír ruidos de disparos procedentes de la calle. Ese alboroto fue seguido por

un tremendo incendio que se declaró en la aldea; las llamas ascendían

hacia el cielo como banderas de seda roja, iluminando nuestros rostros y el

de la anciana que estaba tumbada cómodamente en su ataúd. Cuando salió

el sol, ya no se movía más. Madre la llamó, pero ella no abrió los ojos. Al

tomarle el pulso, se constató que había muerto.

—Es una semiinmortal —dijo Madre, mientras le ponía la tapa al

ataúd con la ayuda de Primera Hermana.

Los días que siguieron fueron todavía más duros, y cuando llegamos a

la base de la montaña Da'ze, los pies de Madre y de Primera Hermana

estaban en carne viva. Gran Mudo y Pequeño Mudo se habían acatarrado, y

Shengli tenía fiebre y diarrea. Madre se acordó de las pastillas que nos

había dado Quinta Hermana y sacó una y se la dio a Shengli.
La pobre

Octava Hermana era la única que no estaba enferma. Habían
pasado dos

días enteros desde la última vez que habíamos visto a Pandi o,
para el caso,

a algún oficial del condado o del distrito. Habíamos visto al
mudo una vez,

cargando a un soldado herido sobre la espalda, un hombre al
que le habían

volado la pierna; la sangre le empapaba la inútil y rasgada
pernera del

pantalón. Iba sollozando:

—Haga una buena acción, Comandante, acabe conmigo, este
dolor me

está matando, ay, madre mía...

Debió ser el quinto día de viaje cuando vimos una montaña
muy alta,

blanca, cubierta de árboles, que se elevaba al norte. En la cima
había un

pequeño monasterio. Desde la orilla del Río de los Dragones,
detrás de

nuestra casa, se podía ver esta montaña los días más claros,
pero siempre

nos había parecido de color verde oscuro. Ahora, al verla
desde cerca, su

forma y su olor limpio y agradable hizo que me diera cuenta
de lo lejos de

casa que estábamos, de cuánto habíamos viajado. Cuando
íbamos

caminando por un ancho camino pavimentado con gravilla,
nos

encontramos con un destacamento de tropas de a caballo que venía a nuestro encuentro. Los soldados vestían igual que los del Decimosexto Regimiento. Nos pareció evidente, cuando pasaron a nuestro lado, avanzando en dirección contraria, que nuestro hogar se había convertido en un campo de batalla. Los soldados de infantería venían un poco más atrás, seguidos por un destacamento de burros que tiraban de carros cargados con piezas de artillería. En el hocico llevaban ramos de flores. Los soldados que iban montados sobre los enormes cañones tenían un aire de confianza y superioridad. Después de que pasara el destacamento de artillería, aparecieron los camilleros y dos columnas de tropas motorizadas. Las furgonetas iban cargadas con sacos de harina y de arroz, además de balas de heno. Nos echamos discretamente al borde del camino para dejar que pasaran las tropas. Algunos de los soldados de infantería se apartaban un momento de la fila para preguntar qué estaba sucediendo. En ese momento, Wang Chao, el barbero, que se había unido a la procesión con su ingenioso carrito de neumáticos de goma, se metió en problemas, pues a uno de los carros de

transporte de provisiones se le rompió el eje que unía sus
ruedas de

madera. El conductor le dio la vuelta al carro, quitó el eje y lo
examinó

detalladamente hasta que las manos se le pusieron negras de
grasa. Su hijo

no tendría más de quince o dieciséis años, y tenía ampollas en
la cara y en

los labios. Llevaba una camisa sin botones y un cinturón de
cáñamo.

—¿Qué ha pasado, papá? —preguntó.

—Se ha roto el eje, hijo.

El padre y el hijo sacaron la rueda del eje.

—¿Y ahora qué hacemos, papá?

El padre fue hasta el borde del camino y se limpió las manos
grasientas en la áspera corteza de un álamo.

—No podemos hacer nada —dijo.

En ese preciso momento, un soldado que sólo tenía un brazo y
que

llevaba un estrecho uniforme militar, un rifle a la espalda y un
gorro de

piel de perro sobre la cabeza, se salió de la fila de carros y se
acercó

corriendo.

—¡Wang Jin! —le gritó, muy enfadado—. ¿Qué estás
haciendo fuera

de la fila? ¿Qué pretendes? ¿Quieres avergonzar a nuestra
Compañía del

Hierro y del Acero?

—Instructor Político —dijo Wang Jin, frunciendo el ceño—,
se nos ha

roto un eje.

—No podía pasarte un poco antes ni un poco después,
¿verdad? Tenías

que esperar a que fuera el momento de entrar en combate,
¿no? Te dije que

comprobaras minuciosamente que tu carro estaba bien antes de
que

saliéramos, ¿te acuerdas? —dijo, y le dio una bofetada a Wang
Jin, muy

enfadado.

—¡Ay! —aulló Wang Jin, agachando la cabeza. Empezó a
salirle

sangre por la nariz.

—¿Por qué le pegas a mi padre? —le preguntó el valiente
jovenzuelo

al instructor político.

El instructor político se estremeció.

—No lo he hecho aposta —dijo—. Tienes razón, no debería
haberlo

hecho. Pero si las provisiones no llegan a tiempo a su destino,
haré que os

fusilen a los dos.

—No hemos roto el eje intencionadamente —dijo el
jovenzuelo—.

Somos pobres y tuvimos que pedirle el carro prestado a mi tía.

Wang Jin se sacó de la manga de su abrigo un poco de algodón
raído

que servía de relleno y se lo metió en la nariz para que le
dejara de sangrar.

—Instructor Político —murmuró—. Por favor, sea razonable.

—¿Razonable? —dijo el instructor político, amenazante—.
Conseguir

que las provisiones lleguen hasta el frente de batalla es razonable. No

conseguirlo no es razonable. Ya estoy harto de tus cuchicheos. ¡Vas a

transportar esos ciento quince kilos de mijo hasta el Concejo de Taoguan

aunque tengáis que cargarlos a vuestras espaldas!

—Instructor Político, usted siempre está diciendo que es importante

que seamos prácticos y realistas. Ciento quince kilos de mijo... es sólo un

niño... por favor, se lo ruego...

El instructor político levantó la vista hacia el cielo soleado y después

miró el reloj y echó un vistazo a los alrededores. Primero su mirada se

posó sobre nuestro carrito de ruedas de madera, y después en el de Wang

Chao, que tenía neumáticos de goma.

Wang Chao era un barbero con mucha experiencia, que estaba soltero

y había ganado un montón de dinero, una parte del cual se gastaba en su

comida favorita, cabeza de cerdo. Estaba bien alimentado; tenía la cabeza

cuadrada, grandes orejas y una complexión muy saludable. No tenía nada

que ver con un campesino. En su carrito llevaba una caja con sus

instrumentos de barbería y un carísimo edredón atado con una piel de

perro. El carrito estaba hecho de madera de acacia japonesa revestida de

aceite de árbol del tung, que hacía que la madera brillara. Era un carrito

con muy buen aspecto y que olía muy bien. Antes de ponerse en marcha,

había inflado los neumáticos para que el carrito se balanceara ligeramente

sobre la dura superficie del camino y apenas se movieran las cosas que

transportaba. Wang Chao era un hombre fuerte al que nunca le faltaba una

petaca de alcohol, de la que bebía a intervalos regulares mientras avanzaba

alegremente, cantando sus cancioncillas y pasándoselo en grande. Era la

aristocracia de los refugiados.

Los oscuros ojos del instructor político casi se le salen de las órbitas

al verlo; se acercó al borde del camino con una sonrisa en los labios.

—¿De dónde sois? —nos preguntó amablemente.

Nadie le contestó. Entonces sus ojos se clavaron en el rostro de Wang

Chao y su sonrisa se desvaneció. La sustituyó una mirada tan intensa como

una montaña y tan inaccesible como un monasterio remoto.

—¿Cómo te ganas la vida? —le preguntó, con los ojos fijos en la cara

de Wang Chao, grande y aceitosa.

Wang Chao, de un modo bastante estúpido, miró hacia otro lado, con

los labios sellados.

—Por el aspecto que tienes —le dijo el instructor político—, si no

eres un terrateniente, debes ser un granjero rico, y si no eres un granjero

rico, debes ser el propietario de alguna tienda. Seas lo que seas, está claro

que no te ganas la vida con el sudor de tu frente. ¡No, tú eres un parásito

que vive de explotar a otros!

—Se está equivocando conmigo, Comandante —protestó Wang Chao

—. Yo soy barbero, soy un hombre que se gana la vida trabajando con las

manos. Mi casa consiste en dos habitaciones cochambrosas y medio

derruidas. No tengo tierras, ni esposa, ni hijos. Si como lo que necesito,

nadie se queda con hambre. Como lo que haya en cada momento, sin

preocuparme por el futuro. En el distrito comprobaron mis antecedentes y

me dieron la categoría de artesano, que es la misma que la de campesino

medio, trabajo básico.

—¡Tonterías! —dijo el hombre que sólo tenía un brazo—. Tal como

yo lo veo, tienes una lengua muy ágil, pero ni siquiera un loro puede

engatusar a Tong Pass. ¡Voy a requisar tu carrito! —Entonces se volvió

hacia Wang Jin y su hijo—. ¡Descargad el mijo y ponedlo en este carrito!

—Comandante —dijo Wang Chao—, este carrito me ha costado los

ahorros de toda mi vida. Usted no debería apropiarse de los bienes de la

gente pobre.

El hombre que sólo tenía un brazo dijo, muy enfadado:

—Yo he dado un brazo por la victoria de la causa. ¿Cuánto crees que

vale un carrito? Nuestras tropas, en el frente, están esperando que lleguen

estas provisiones, y no quiero oír ni una sola protesta más.

—Usted y yo somos de distritos diferentes, señor —dijo Wang Chao

—. Y de condados distintos. Así que ¿qué autoridad tiene usted para

requisar mi carrito?

—¿A quién le importan los condados o los distritos? —dijo el hombre

que sólo tenía un brazo—. En el frente necesitan estos alimentos.

—No —dijo Wang—. No puedo permitirle que se lo lleve.

El hombre que sólo tenía un brazo se arrodilló sobre una pierna, sacó

una pluma y le quitó la tapa con los dientes. Después se apoyó un trozo de

papel en la rodilla y garrapateó algo en él.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó—. ¿Y de qué condado y distrito

vienes?

Wang Chao se lo dijo.

—El jefe de tu condado, Lu Liren, y yo somos viejos camaradas del

ejército, así que te diré lo que vamos a hacer. Cuando termine la batalla,

entrégale esto y él se ocupará de conseguirte un carrito nuevo.

Wang Chao nos señaló y dijo:

—Esa es la suegra de Lu Liren, señor. Esa es su familia.

—Señora —dijo el hombre que sólo tenía un brazo—, usted será mi

testigo. Dígale, simplemente, que la situación era crítica y que Guo Mofii,

instructor político de la Octava Compañía Militar del Distrito de Bohai,

tomó prestado un carrito que era propiedad del aldeano Wang Chao, y

pídale de mi parte que se encargue del asunto.

Entonces volvió a dirigirse a Wang Chao.

—Así queda todo arreglado —le dijo, poniéndole en la palma de la

mano el trozo de papel. Después se dio la vuelta y le dijo a Wang Jin de

mala manera—: ¿A qué estás esperando? ¡Si no conseguimos que las

provisiones lleguen a su destino a tiempo, tú y tu hijo cataréis el látigo, y

yo, Guo Mofii, cataré la bala! —Después se volvió hacia Wang Chao para

decirle—: Descarga todo lo que hay en tu carrito. ¡Y date prisa!

—¿Y yo qué debo hacer, señor? —le preguntó Wang Chao.

—Si estás preocupado por tu carrito, puedes venir con nosotros. En la

compañía de porteadores tenemos comida suficiente para una persona más.

Y cuando la batalla haya terminado, puedes llevarte tu carrito.
—Pero señor, yo vengo huyendo de ahí —dijo Wang Chao con lágrimas en los ojos.

—¿Quieres que saque la pistola y te meta una bala en el cuerpo? —le

preguntó el inspector político, enfurecido—. No tenemos ningún miedo a

derramar la sangre ni a hacer sacrificios por la revolución. No me puedo

creer que hagas tanto lío por un carrito de nada.

—Tía —dijo Wang Chao patéticamente—, usted es mi testigo. Madre asintió.

Wang Jin y su hijo se marcharon encantados con el carrito de neumáticos de goma de Wang Chao mientras el hombre que sólo tenía un

brazo le hacía una cortés reverencia a Madre. Después se dio la vuelta y

salió corriendo para alcanzar a sus hombres.

Wang Chao se sentó en su edredón con una expresión de dolor en el

rostro, murmurando para sí mismo: «¡Mira qué mala suerte! ¿Por qué

siempre me pasan estas cosas? ¿A quién habré ofendido?». Las lágrimas

resbalaban por sus mejillas regordetas.

Por fin conseguimos llegar al pie de la montaña, donde el camino de

grava se dividía en diez estrechos senderos, más o menos, que iban

serpenteando montaña arriba. Esa noche, los refugiados se reunieron en

grupos en los que se hablaba toda clase de dialectos para intercambiar información sobre el desarrollo del conflicto. Sufrimos los rigores de la noche abrazados entre los pequeños arbustos que crecían al pie de la montaña. Tanto al sur como al norte se oían sordas explosiones, semejantes a truenos, mientras la artillería desgarraba la oscuridad dibujando enormes arcos en el cielo con sus proyectiles. A medida que avanzaba la noche, el aire se fue poniendo cada vez más frío y húmedo, y un viento cortante surgía de entre las grietas de la montaña, agitando violentamente las hojas y las ramas de nuestro refugio y haciendo crepitar las hojas que habían caído al suelo. Los zorros aullaban lastimeramente en sus guaridas. Los niños enfermos se quejaban como gatos desgraciados. Las toses de los aldeanos más ancianos sonaban como golpes de gong. Fue una noche terrible, y cuando se hizo de día, encontramos docenas de cadáveres congelados en las concavidades de la montaña, cadáveres de niños, de ancianos e incluso de hombres y mujeres jóvenes. Nuestra familia logró sobrevivir gracias a la vegetación inusualmente baja: los árboles, con sus

hojas doradas, nos protegieron. Esos eran los únicos árboles
cuyas hojas no
se habían caído. Nos tumbamos todos juntos, sobre el
abundante césped
seco que había debajo de los árboles, abrazados sobre el único
edredón que
nos habíamos llevado. Mi cabra se recostó contra mi espalda,
convirtiéndose en un escudo que me protegía del viento. Las
peores horas
fueron las de después de la medianoche. El estruendo de la
artillería que
venía del sur solamente acentuaba el silencio de la noche. Los
gemidos y
lamentos de la gente penetraban profundamente en nuestros
corazones y
hacían que nos estremeciéramos. Una melodía muy parecida a
la del
popular «maullido del gato», el teatro de nuestra zona, sonaba
en nuestros
oídos. Se trataba de los sollozos de una mujer. Entre el
apabullante
silencio, estos ruidos cortaban las rocas, frías y húmedas, y
unas nubes
oscuras se cernían sobre el helado edredón que nos tapaba.
Después llegó
la lluvia, una lluvia glacial. Las gotas caían sobre el edredón,
caían sobre
las hojas amarillas que crepitaban, caían sobre las laderas de la
montaña,
caían sobre la cabeza de los refugiados, caían sobre las gruesas
pieles de
los lobos aullantes. La mayoría de las gotas de lluvia se
convertían en

granizo antes de impactar contra el suelo, donde empezaron a formar una

durísima capa.

Me vino a la cabeza aquella otra noche, años antes, en que el Viejo

Fan Tres nos había salvado de una muerte segura llevando su antorcha bien

alta; las llamas, como un potro de color rojo, bailaban en el aire. Aquella

noche yo había estado inmerso en un cálido mar de leche, aferrando un

pecho bien redondo con ambas manos y sintiéndome transportado al

Paraíso. Pero ahora esa atemorizadora aparición había retornado, como un

dorado rayo de luz que atraviesa la oscuridad, o como el haz de luz del

proyector de cine de Babbitt; cientos de gotitas heladas bailaban en la luz,

como escarabajos, mientras apareció una mujer con el pelo largo y suelto,

con una capa semejante a una puesta de sol echada sobre los hombros, con

unas perlas engarzadas que brillaban y lanzaban reflejos luminosos,

algunos largos y otros cortos. Su rostro cambiaba todo el tiempo; primero

era el de Laidi, después el del hada-pájaro, después el de la mujer que sólo

tenía un pecho, la Vieja Jin, y después, súbitamente, el de la mujer

americana...

—¡Jintong!

Madre me estaba llamando y me sacó de mis alucinaciones. En la

oscuridad, ella y Primera Hermana me estaban haciendo un masaje en los

brazos y en las piernas para traerme a su lado antes de que cayera en el

abismo de la muerte.

El sonido de alguien llorando llegó desde los arbustos bajos, en la luz

neblinosa de las primeras horas de la mañana. La gente, al encontrarse con

los cadáveres rígidos de sus seres queridos, daba rienda suelta a su dolor

con fuertes lamentos. Pero gracias a las hojas amarillas de los árboles bajo

los que nos habíamos refugiado y al deshilachado edredón que nos cubría,

nuestros siete corazones seguían latiendo. Madre repartió las pastillas que

le había dado Pandi. Yo dije que no quería comerme la mía, así que Madre

se la metió en la boca a mi cabra. Después de masticarla, la cabra se fijó en

las hojas de los arbustos que, al igual que las ramas de las que colgaban,

estaban cubiertas de una película de hielo, que también colgaba de las

rocas que se veían en la ladera de la montaña. No había viento, pero seguía

cayendo una lluvia helada que percutía fuertemente sobre las ramas. La

superficie de la montaña brillaba como un espejo.

Uno de los refugiados, que llevaba un burro con el cadáver de una
mujer encima, estaba intentando avanzar por uno de los senderos que
subían a la montaña. Pero la ascensión era complicada y peligrosa: el burro
resbalaba en el hielo constantemente, y cada vez que se ponía en pie, se
volvía a caer al suelo. El hombre intentaba ayudarlo, pero invariablemente
se caía también. No pasó mucho tiempo antes de que el cadáver se cayera
del lomo del animal y se cayera en una acequia. Justo en ese momento, un
gato montés de pelaje dorado salió de una de las grutas que había en la
montaña llevando un bebé en la boca y saltando con dificultad de roca en
roca, haciendo un esfuerzo para mantener el equilibrio mientras avanzaba.
Una mujer con el pelo revuelto perseguía al gato montés, temblando y
chillando mientras corría, pero también ella se caía constantemente entre
las rocas cubiertas de hielo. Cada vez que se caía, lograba ponerse de
nuevo de pie, sin desanimarse nunca, y continuaba la persecución, que le
estaba costando cara: se había abierto la barbilla, había perdido algunos
dientes, tenía una brecha en la parte de atrás de la cabeza, se le habían roto

las uñas, se había torcido un tobillo, y se le había dislocado un hombro,

además de sufrir traumatismos en varios órganos internos. Y sin embargo,

siguió persiguiéndolo hasta que el gato salvaje se frenó un poco y ella pudo

agarrarlo por la cola.

Todo el mundo estaba en peligro: el que tratara de moverse, se caía; el

que se quedara quieto, moriría congelado. Pero como morir congelado no

era una alternativa que se pudiera elegir, la gente continuaba cayéndose, y

pronto perdió de vista el objetivo de la evacuación. El monasterio que

había en lo alto de la montaña para entonces se había vuelto blanco y tenía

un aspecto glacial, el mismo que tenían los árboles que había a medio

camino hacia la cima. A aquella altura, la lluvia helada se convertía en

nieve. Por carecer del valor suficiente para intentar subir hasta arriba, la

gente se limitaba a dar vueltas constantemente junto al pie de la montaña.

Miramos hacia arriba y distinguimos el cuerpo de Wang Chao, el barbero,

colgando de un árbol; había pasado su cinturón por encima de una rama

baja, que el peso de su cuerpo casi había separado del tronco. Los tacones

de sus zapatos rozaban el suelo y tenía los pantalones bajados a la altura de

las rodillas y la chaqueta almohadillada atada a la cintura, para cuidar su

imagen, incluso después de muerto. Miré un instante su rostro amoratado,

con la lengua afuera, y me di la vuelta, asqueado, pero no pude evitar que

la imagen de su cara de muerto apareciera a menudo en mis sueños a partir

de aquel día. Nadie volvió a pensar en él, aunque varias personas con pinta

de ser muy simples empezaron a disputarse su lujoso edredón y la piel de

perro que lo tapaba. En medio de la pelea, un hombre alto y joven soltó

repentinamente un alarido de dolor; un hombre pequeño y mal encarado

que había junto a él le había arrancado de un mordisco un trozo de una de

sus protuberantes orejas. El tipo se escupió el lóbulo en la palma de la

mano, le echó un vistazo y se lo devolvió a su propietario antes de coger el

pesado edredón y la piel de perro. Para evitar caerse, dio unos saltitos que

lo llevaron al lado de un anciano, que rápidamente le dio un golpe en la

cabeza con un palo con forma de horquilla que usaba para que su carrito no

se le fuera rodando. El tipo bajito cayó al suelo como un saco de arroz. El

anciano cogió el edredón y se refugió junto a un árbol, sujetando su trofeo

con una mano y agitando amenazadoramente el palo con forma de horquilla con la otra. A algunos jóvenes y alocados diablillos se les pasó por la cabeza intentar quitarle el edredón al anciano, pero un simple roce de su palo los hacía caer al suelo. El anciano llevaba una larga túnica ceñida por la cintura con un trozo de tela áspera, de la que colgaban su pipa y una bolsita en la que llevaba el tabaco. Su barba larga y blanca estaba salpicada de partículas de hielo.

—¡Acercaos si queréis morir! —chillaba salvajemente, mientras parecía que se le alargaba la cara y unas luces verdes refulgían en sus ojos.

Sus posibles atacantes huyeron, presos del pánico.

Madre tomó una decisión: ¡Volvíamos!

Cogiendo el manillar del carrito, se dirigió al Sudoeste tambaleándose. El eje estaba cubierto de hielo, y crujía al avanzar. Pero servimos de ejemplo para otros que, sin decir ni una palabra, se pusieron a seguirnos. Algunos, incluso, nos adelantaron, pues tenían mucha prisa por regresar a sus hogares.

Las placas de hielo se resquebrajaban y estallaban bajo las ruedas; rápidamente fueron reemplazadas por la lluvia heladora que no dejaba de

caer. Antes de que pasara mucho tiempo, trozos de granizo del tamaño de

perdigones nos perforaban las orejas y nos pinchaban el rostro. El vasto

paisaje campestre comenzó a emitir una serie de fuertes ruidos cacofónicos. Volvíamos de un modo muy parecido al que nos habíamos

marchado: Madre empujaba el carrito desde atrás y Primera Hermana

tiraba de él desde delante. A Primera Hermana se le rompieron los zapatos

por la parte de atrás, dejándole al descubierto los talones, que se le

irritaron y enrojecieron por la congelación, con lo que se vio obligada a

caminar como si estuviera haciendo la danza del florecimiento del arroz.

Cada vez que Madre hacía girar el carrito, Primera Hermana giraba con él.

La cuerda estaba tan tensa que se cayó de bruces en más de una ocasión.

Llegó un momento en que gritaba a cada paso que daba. Zaohua y yo

también gritábamos, pero Madre no. Sus ojos brillaban con una luz azulada

mientras ella apretaba los dientes y se mordía el labio para darse ánimos.

Avanzaba con precaución pero también con coraje y con voluntad de

hierro. Sus minúsculos pies eran como dos palas que se hundían

poderosamente en el suelo. Octava Hermana la seguía en silencio, aferrada

a la ropa de Madre con una mano que se parecía a una
berenjena podrida y
empapada de agua.

Teníamos mucha prisa por volver a casa, y al mediodía ya
habíamos

llegado a la ancha carretera de grava con álamos alineados a
ambos lados.

A pesar de que el sol llevaba todo el día detrás de las nubes, el
cielo estaba

brillante y la carretera parecía estar toda pavimentada con
azulejos. Los

copos de nieve fueron reemplazando gradualmente el granizo,
tiñendo la

carretera, los árboles y los campos de los alrededores de color
blanco.

Vimos muchos cadáveres tirados a lo largo del camino,
cadáveres de seres

humanos y de animales; de vez en cuando aparecía alguna
golondrina,

alguna urraca o alguna gallina silvestre. Lo que no vimos fue
ni un cuervo

muerto. Sus plumas negras eran casi azules en contraste con la
blancura del

telón de fondo, y muy lustrosas. Se estaban dando un banquete
a costa de

los muertos, y lo festejaban de lo lindo.

Entonces nuestra suerte empezó a mejorar. Primero, junto a un
caballo

muerto encontramos un saco de paja cortada y mezclada con
habas y

salvado. Eso sirvió para llenarle el estómago a mi cabra, y las
sobras se

emplearon para taparles los pies a Gran Mudo y a Pequeño Mudo a modo

de protección contra el viento y la nieve. Cuando la cabra hubo comido

todo lo que quiso, lamió un poco de nieve para saciar su sed. Yo entendí lo

que me quería decir cuando me hizo un gesto con la cabeza. Cuando ya

estábamos de nuevo en la carretera, Zaohua dijo que olía a trigo tostado en

el aire. Madre le dijo que siguiera el rastro del olor. En una pequeña cabaña

que había en lo alto de una colina, al lado de un cementerio, descubrimos

el cuerpo de un soldado muerto; a su lado había dos sacos llenos de trigo

tostado. Nos habíamos acostumbrado a ver gente muerta, y ya no nos daba

ningún miedo, así que pasamos la noche en aquella cabaña.

Lo primero que hicieron Madre y Primera Hermana fue arrastrar el

cadáver del joven soldado fuera de la cabaña. Se había suicidado

apoyándose el rifle en el pecho y metiéndose el cañón en la boca; después,

tras quitarse un calcetín raído, había apretado el gatillo con el dedo gordo

del pie. La bala le había volado la tapa de los sesos; las ratas le habían

devorado las orejas y la nariz y le habían roído los dedos hasta los huesos,

dejándoselos como ramitas de sauce. Hordas de ratas observaron, con los

ojos enrojecidos, cómo Madre y Primera Hermana lo arrastraron al exterior. A pesar de que estaba agotada, Madre quiso dar gracias por la comida, así que se arrodilló sobre el suelo helado y, empleando la bayoneta del soldado, cavó un hoyo muy poco profundo para al menos enterrar su cabeza. Un pequeño hoyo como ese no suponía prácticamente nada para las ratas, que sobrevivían haciendo agujeros todo el tiempo, pero a Madre le sirvió de consuelo hacerlo.

La cabaña era apenas suficientemente grande para que cupiera nuestra pequeña familia y la cabra. Bloqueamos la puerta con el carrito y Madre se sentó junto a ella, armada con el rifle del soldado que se había volado la cabeza. Cuando cayó la noche, montones de personas intentaron entrar en nuestra pequeña cabaña. Muchos de ellos eran ladrones y vagabundos. Madre los ahuyentó a todos con el rifle. Un hombre con una boca enorme y unos ojos malévolos la desafió, preguntándole, mientras intentaba forzar la puerta: «¿Acaso sabes disparar con eso?». Madre lo apuntó con el rifle. No sabía disparar, así que Laidi se lo quitó, echó hacia atrás el cerrojo, tiró un cartucho que ya estaba usado y empujó el cerrojo hacia adelante, metiendo

una bala en la cámara. Después apuntó justo encima de la cabeza del

hombre y apretó el gatillo. Una columna de humo se elevó hacia el techo.

Al ver la forma en que Laidi manejaba el arma, me acordé de su historia

gloriosa, de la época en la que seguía a Sha Yueliang de batalla en batalla.

El hombre de la boca enorme salió huyendo, arrastrándose como un perro

al que se ha azotado con un látigo. Madre miró a Laidi con una expresión

de gratitud en los ojos, y después se levantó y entró en la cabaña,

cediéndole su puesto a la nueva guardia.

Aquella noche dormí como un bebé. No me desperté hasta que los

rojizos rayos del sol habían iluminado completamente el nevado y blanco

mundo. Quise arrodillarme y rogarle a Madre que nos dejara quedarnos en

aquella pequeña cabaña fantasmal, quedarnos ahí, al lado de aquel

cementerio, quedarnos en aquel bosquecillo de pinos cubierto de nieve.

«No nos vayamos de este lugar feliz, de este sitio de la suerte». Pero ella

cogió el carrito por el manillar y nos puso de nuevo en marcha. El rifle iba

junto a Shengli, debajo de nuestro edredón hecho jirones.

En la carretera había unos quince centímetros de nieve; crujía bajo

nuestros pies y bajo las ruedas del carrito. Pero ya no caía con demasiada

frecuencia, por lo que pudimos avanzar bastante rápido. El brillo del sol

era cegador y, por contraste, nos hacía parecer muy oscuros independientemente de la ropa que lleváramos. Madre, aquel día, estaba

más seca que nunca, tal vez debido a la presencia del rifle en la canasta y a

la habilidad para usarlo que había demostrado Laidi. Alrededor del

mediodía se había convertido en una especie de tirano, cuando un soldado

que volvía, rezagado, desde el sur, con un brazo en cabestrillo que daba la

impresión de que estaba herido, decidió registrar nuestro carrito. Madre le

dio una bofetada tan fuerte que la gorra gris que llevaba salió volando. El

soldado huyó corriendo sin ni siquiera detenerse a recuperar su gorra;

Madre la cogió y se la puso a mi cabra en la cabeza. La cabra iba muy

orgullosa con la gorra. Los refugiados, congelados y hambrientos, que

pasaban cerca de nosotros, se reían de una forma que sonaba peor que los

llantos y los lamentos, de la poca energía que les quedaba.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, después de que tomara

mi desayuno de leche de cabra, mi estado de ánimo era excelente. Pensaba

en cosas alegres y percibía todo con claridad. Miré a mi alrededor y

descubrí la imprenta del gobierno del condado y las cajas metálicas, llenas

de documentos, abandonadas al borde de la carretera. ¿Dónde estarían los

porteadores? No había forma de saberlo. ¿Y la compañía de mulas?

También había desaparecido.

En la carretera había mucho tráfico. Columnas de camilleros se

dirigían hacia el sur con su carga quejosa de soldados heridos. Los

camilleros iban jadeando, exhaustos, con los rostros bañados en sudor. Se

movían con rabia y daban patadas a la nieve, que salía volando por el aire.

Una mujer vestida de blanco avanzaba tambaleándose detrás de los

camilleros cuando uno de ellos tropezó y cayó; el soldado que llevaba,

estremeciéndose, se precipitó contra el suelo. Tenía toda la cabeza

vendada. Sólo se le veían los agujeros negros de la nariz y los labios

pálidos. Un soldado que llevaba una maleta de cuero colgada a la espalda

se acercó a toda prisa para maldecir al descuidado camillero y para

consolar al soldado herido. La reconocí de inmediato: era la mujer llamada

Tang, la camarada de Pandi. Maldecía a los hombres de la milicia

empleando los términos más groseros y les hablaba con
dulzura a los
soldados heridos. Vi que tenía unas profundas arrugas en la
frente y patas
de gallo junto a los ojos. La que había sido un soldado joven
y llena de
vitalidad se había convertido en una mujer ojerosa, madura y
recia. Ni
siquiera nos miró, y Madre no pareció reconocerla.
La fila de camilleros parecía inacabable. Nos echamos a un
lado de la
carretera para no entorpecer su marcha. Finalmente, cuando
pasó el último
camillero, vimos que la carretera helada había quedado hecha
un desastre
por el peso de todos los pasos que había tenido que soportar.
La nieve se
había derretido y ahora no era más que agua sucia y barro; la
que no se
había derretido estaba salpicada de sangre fresca, lo que le
daba el horrible
aspecto que tiene la carne cuando se está pudriendo. Me dio un
vuelco al
corazón cuando percibí el olor de la nieve derritiéndose
combinado con el
hedor de la sangre humana. Además, estaba el repulsivo olor
de los cuerpos
sudorosos. Volvimos a la carretera y nos pusimos en marcha,
ahora con
mucho más ansiedad. Incluso la cabra lechera, que se había
estado
pavoneando, orgullosa de su gorra militar, temblaba
atemorizada, como un

recluta en su primer día de combate. El resto de la gente deambulaba arriba y abajo por la carretera, incapaz de decidir si seguir avanzando o si retroceder. La carretera del Sudoeste llevaba a un campo de batalla, eso estaba claro, y nos situaría en medio de un bosque de armas y una tormenta de fuego cruzado. Todo el mundo sabía que las balas no tienen ojos, que las bombas no son muy dadas a pedir disculpas y que los soldados son como tigres que han bajado de la montaña, tigres que no son precisamente vegetarianos. La gente miraba interrogativamente hacia adelante y hacia atrás, pero no encontraba ninguna respuesta. Sin mirar a nadie, Madre se lanzó adelante con su carrito. Cuando volví la cabeza para echar un vistazo, me fijé en que algunos de los refugiados se habían dado la vuelta y se dirigían al Noreste, mientras otros habían decidido seguirnos.

IX

Pasamos la primera noche de después de la batalla en el mismo lugar en el que habíamos pasado la primera noche de la evacuación: en la misma habitación lateral que daba al mismo pequeño patio, donde estaba el ataúd en el que había yacido la anciana. La única diferencia era que casi todos los

edificios de la minúscula aldea habían sido destruidos; incluso la cabaña de

tres habitaciones donde habían estado viviendo Lu Liren y algunos

miembros del gobierno del condado ya no era más que un montón de

escombros. Llegamos a la aldea justo antes del anochecer, cuando el Sol

era una bola de color rojo sangre. La calle estaba llena de cuerpos rotos;

veinte cadáveres desfigurados, más o menos, habían sido apilados

ordenadamente en medio de una plaza, como si estuvieran conectados por

un hilo invisible. El aire estaba cálido y seco. Había unos cuantos árboles

con las ramas achicharradas, como si les hubiera caído un rayo. *¡Clanc!*

Primera Hermana le dio sin querer una patada a un casco que tenía un

agujero. Yo me caí al suelo tras tropezar con un montón de cartuchos

usados que todavía estaban calientes. Un olor a goma quemada flotaba en

el aire, mezclado con el penetrante olor de la pólvora. Un cañón solitario

asomaba por encima de una pila de ladrillos rotos, apuntando a las estrellas

heladas que parpadeaban en el cielo. La aldea estaba silenciosa como la

muerte. Nos parecía estar caminando por los legendarios salones del

Infierno. La cantidad de refugiados que nos seguía en el camino hacia casa se había ido reduciendo lentamente hasta que ya no quedaba ni uno; estábamos solos. Madre, cabezonamente, nos había traído hasta aquí. Mañana atravesaríamos la orilla norte del Río de los Dragones, cubierta de álcali, después cruzaríamos el propio río y desde ahí nos dirigiríamos a ese lugar que llamábamos nuestra casa. Estaríamos en casa. En casa. Entre las ruinas de la aldea solamente aquella pequeña cabaña de dos habitaciones quedaba en pie, como si siguiera existiendo especialmente para nosotros. Retiramos las vigas y los postes que habían caído contra la puerta, bloqueándola, y entramos. Lo primero que vimos fue el ataúd, que nos hizo darnos cuenta de que después de casi veinte días con sus veinte noches, estábamos exactamente en el mismo lugar en el que habíamos pasado la primera noche. —¡Es la voluntad del Cielo! —dijo Madre lacónicamente. En cuanto se hizo de día, Madre empezó a cargar a los niños y todas nuestras posesiones, incluido el rifle, en el carrito. Súbitamente, la carretera estaba atestada de gente. La mayoría llevaba uniformes militares, y todos iban equipados con cinturones de cuero de los

que colgaban granadas con la anilla de madera. Por el suelo,
aquí y allá
había cartuchos usados, y en la acequia que había al lado de la
carretera se
veían proyectiles de artillería junto a caballos muertos con los
vientres
abiertos por las explosiones. De repente, de forma abrupta,
Madre cogió el
rifle del carrito y lo tiró al agua helada de la acequia. Un
hombre que
portaba dos pesadas cajas de madera sobre los hombros nos
miró, sin salir
de su asombro. Entonces dejó las cajas en el suelo y se hizo
con el rifle.
Cuando nos acercábamos a la Colina de la Familia Wang, una
ráfaga
de aire caliente nos golpeó en el rostro, como si surgiera de un
enorme
horno para fundir metales. La aldea estaba cubierta de humo y
neblina, los
árboles de la entrada estaban llenos de hollín y millones de
moscas que
parecían estar fuera de lugar volaban en enjambres desde las
entrañas
podridas de los caballos muertos hasta los rostros de los seres
humanos
muertos.
Para evitar problemas, Madre se metió por un sendero que
rodeaba
nuestra aldea; como estaba muy mal empedrado, resultaba
muy difícil
avanzar por ese camino, así que tumbó el carrito en el suelo,
sacó una jarra

de aceite del manillar, mojó una pluma en el aceite y lo untó
en el eje y en

los tapacubos de las ruedas. Sus manos hinchadas parecían
tartas de sorgo

al horno.

—Vamos a ese bosquecillo a descansar un rato —dijo Madre,
cuando

terminó de engrasar el carrito.

Después de tantos días en la carretera, Shengli, Gran Mudo y
Pequeño

Mudo se habían acostumbrado a hacer lo que se les decía sin
rechistar.

Sabían que para poder ir montados en el carro tenían que pagar
con su

derecho a protestar. Las ruedas, recién engrasadas, ahora
cantaban en voz

alta. No muy lejos del sendero había un campo de sorgo
desechado; sobre

los oscuros tallos, algunos capullos secos apuntaban al cielo,
mientras

otros estaban inclinados hacia el suelo.

Cuando nos acercamos a los árboles, descubrimos un arsenal
de

artillería oculto entre la vegetación. Había docenas de cañones;
parecían

cuellos de tortugas envejecidas. Habían empleado ramas de
árboles a modo

de camuflaje. Las ruedas estaban profundamente enterradas en
el suelo. En

el suelo, entre los enormes cañones, había una fila de cajas.
Las que

estaban abiertas mostraban proyectiles de artillería
ordenadamente

guardados y muy bien protegidos. Los hombres encargados de manejar los

cañones, todos vestidos con ropas de camuflaje, estaban sentados o de pie

bajo los árboles, bebiendo agua en cuencos esmaltados. Un caldero con

asas de hierro estaba puesto encima de una parrilla, sobre una hoguera. En

el caldero se cocinaba carne de caballo. ¿Cómo podía yo saber que se

trataba de carne de caballo? Distinguí un casco de caballo, del que salían

unos larguísimos pelos, como barbas de chivo, asomando al borde del

caldero; una herradura brillaba al sol. El cocinero estaba echando una rama

de pino para avivar el fuego. Las lenguas de las llamas ascendían hacia el

cielo y el líquido que había en el caldero hervía y echaba humo, por lo que

la pata del pobre caballo no dejaba de temblar.

Un hombre que parecía un oficial se acercó corriendo y nos instó muy

amablemente a que diéramos media vuelta y nos marcháramos por donde

habíamos venido. Madre le contestó muy fría y segura de sí misma.

—Capitán —le dijo—, si nos obliga a hacerlo, nos iremos, pero

encontraremos otra forma de pasar dando un rodeo.

—¿Es que no temen por sus vidas? —dijo el hombre, evidentemente

sorprendido—. ¿Es que no teme perder a su familia bajo el fuego de la

artillería? Usted no sabe lo potentes que son estos cañones.

—Si hemos llegado tan lejos, no ha sido porque tengamos miedo a la

muerte, sino porque la muerte nos tiene miedo a nosotros — contestó

Madre.

El hombre se hizo a un lado.

—Son libres para ir donde quieran.

Seguimos avanzando, y atravesamos el desierto alcalino. La única

opción que teníamos era seguir los pasos de Madre. En realidad, seguíamos

los de Laidi. Durante todo el arduo viaje, Laidi tiró del carrito como una

bestia de carga que no se quejara nunca y, en los momentos en los que fue

necesario, se detuvo para disparar el rifle contra quienquiera que

amenazara nuestra seguridad cuando nos detuvimos a pasar la noche.

Gracias a eso se ganó mi admiración y mi respeto.

Cuanto más nos internábamos en el desierto, más difícil era avanzar

por la carretera, que estaba muy deteriorada por el pesado tránsito de los

últimos tiempos. Por ello, nos salimos de la carretera y empezamos a

marchar sobre el suelo alcalino. La nieve que no se había derretido hacía

que el suelo pareciera una cabeza sarnosa; los matojos de
hierba seca que
se veían de vez en cuando eran como mechones de pelo. A
pesar de que
daba la sensación de que en esa zona acechaba el peligro,
vimos varias
ruidosas bandadas de alondras que la sobrevolaban y un
puñado de conejos
silvestres del color de la hierba seca formando una beligerante
barrera
delante de un zorro blanco y atacándolo mientras chillaban con
gran
alegría. Seguro que por haber sufrido amargamente, y
albergando un
profundo odio por el zorro, habían organizado una carga
heroica. Detrás de
ellos, un montón de cabras salvajes, con la cara finamente
tallada, iban
avanzando por rachas. Yo no sabía si se estaban sumando al
ataque de los
conejos o si simplemente tenían curiosidad por lo que iba a
pasar.
Sobre la hierba, algo brilló a la luz del sol. Zaohua se acercó
corriendo, lo cogió y me lo dio a mí, que estaba al otro lado
del carrito. Era
un conjunto de cubiertos, platos y cazuelas portátil. Dentro
había
pescaditos fritos. Se lo devolví. Ella cogió uno de los
pescaditos y se lo
ofreció a Madre, que le dijo:
—Yo no quiero. Cómetelos tú.
Zaohua se comió los pescaditos con mucha delicadeza, como
una gata.

Gran Mudo, desde la canasta, sacó su sucia y pequeña mano y gruñó:

«¡Ao!». Pequeño Mudo hizo lo mismo. Los dos tenían el rostro un tanto

cuadrado, semejante a una calabaza, y los ojos muy altos, cosa que hacía

que pareciera que tenían la frente más pequeña de lo normal. Ambos tenían

la nariz chata y alejada de la boca, muy grande en los dos casos. Sus labios

superiores eran demasiado cortos y estaban un poco replegados hacia

arriba, por lo que no lograban taparles los dientes amarillentos. Zaohua le

echó una mirada a Madre para ver qué era lo que debía hacer, pero Madre

tenía la vista perdida en la lejanía, así que cogió dos pescaditos y le dio

uno a cada uno. La olla ya estaba vacía. Solamente quedaban algunas

raspas de pescado y unas gotas de aceite. Zaohua la lamió hasta dejarla

limpia.

—Descansemos un rato —dijo Madre—. Ya no falta mucho para

divisar la iglesia.

Yo me tumbé en el suelo alcalino y levanté la vista al cielo. Madre y

Primera Hermana se quitaron los zapatos y les dieron unos golpes contra el

manillar del carrito para quitarles el álcali que tenían dentro. Tenían los

talones como boniatos podridos. Repentinamente, una bandada de pájaros

aterrorizados pasó volando muy cerca del suelo. ¿Habrían visto un halcón?

No, era un par de aeroplanos de ala doble que atravesaban el cielo desde el

Sudeste. Hacían un ruido como el de mil ruedas que estuvieran girando

todas al mismo tiempo.

Al principio, volaban a mucha altura, y avanzaban lentamente, pero

cuando estaban justo encima de nuestras cabezas, empezaron a bajar en

picado y cogieron velocidad. Volaban con la gracia de cachorrillos alados,

a toda velocidad, con las hélices traqueteando a máxima velocidad, como

avispones que dan vueltas alrededor de la cabeza de una vaca. Cuando

pasaron, casi rozando la parte superior de nuestro carrito, uno de los

hombres que vimos a través del cristal nos sonrió como si fuera un viejo

amigo. Me dio la sensación de que lo conocíamos, pero antes de que

pudiera fijarme bien, él y su sonrisa aceleraron y se alejaron de mí con la

velocidad de un relámpago. Una violenta ráfaga de viento que arrastraba

una nube de polvo fino levantó las hierbas secas, la arena y las cagadas de

conejo y nos las lanzó como una lluvia de balas. La olla que tenía Zaohua

en la mano salió volando por el aire. Presa del pánico, di un salto,
escupiendo tierra, mientras el segundo aeroplano se lanzó sobre nosotros
aún más salvajemente, escupiendo dos largas lenguas de fuego desde el
vientre. Las balas levantaron toda la tierra que había a nuestro alrededor.
Dejando un rastro de humo negro, los aeroplanos giraron hacia un lado y se
fueron volando a través del cielo, por encima de la colina de arena. Las
llamaradas seguían saliendo desde debajo de sus alas, explotando y
haciendo un sonido semejante al de una jauría de perros ladrando, y
levantando por el aire nubes de tierra amarillenta. Planeaban y remontaban
el vuelo como las gaviotas cuando pasan a ras de la superficie del agua; se
dejaban caer salvajemente y después volvían a ascender de forma abrupta.
La luz del sol se reflejaba en los cristales, y sus alas adquirieron un color
azul brillante como el del acero. Los soldados que había sobre la colina de
arena quedaron bañados en un polvo gris y, entrando en pánico, se pusieron
a correr dando alaridos. Las llamas amarillas que surcaban el cielo sobre
sus cabezas anunciaban el insistente crepitar, de los disparos como una

constante ráfaga de viento. Los aeroplanos eran como
gigantescos pájaros
alucinados que rodaban por el cielo. El sonido de sus motores
parecía un
canto delirante. Uno de ellos se detuvo súbitamente y su
vientre empezó a
vomitar un denso humo negro. Rugiendo, se puso a moverse
de forma
descontrolada, dio unas vueltas sobre sí mismo y cayó en
picado en el
desierto, cavando una zanja en el barro. Las alas se
estremecieron durante
unos instantes antes de que una gran bola de fuego le
consumiera el
vientre, produciendo una explosión ensordecedora que hizo
saltar a todos
los conejos silvestres de la zona. El otro pájaro cogió altura,
soltó un
chillido de angustia y se alejó volando.
En ese momento nos dimos cuenta de que había desaparecido
la mitad
de la cabeza de Gran Mudo y de que en el vientre de Pequeño
Mudo había
un agujero grande como un puño. Todavía no estaba muerto, y
nos
mostraba el blanco de los ojos. Madre cogió un puñado de
tierra alcalina e
hizo presión con ella en el agujero, pero ya era demasiado
tarde para evitar
que brotara un burbujeante líquido verdoso y se le salieran los
intestinos.
Metió más y más tierra en el agujero, pero no consiguió
detener el flujo.

Los intestinos de Pequeño Mudo comenzaron a llenar la canasta. A mi
cabra se le doblaron las patas delanteras, y empezó a emitir unos sonidos
quejosos muy extraños; después se le contrajo violentamente la panza y
arqueó el lomo, mientras expulsaba por la boca un gran trozo de hierba a
medio digerir. Tanto Primera Hermana como yo nos inclinamos hacia
adelante y nos pusimos a vomitar. Madre, con las manos manchadas de
sangre fresca, se quedó quieta, contemplando con incredulidad los
intestinos. Le temblaban los labios. De pronto, abrió la boca y salió un
chorro de líquido rojo, seguido por unos lamentos fuertes y profundamente
dolorosos.

Poco después, una descarga de proyectiles de artillería desgarraba el
cielo dibujando curvas como bandadas de cuervos. Procedían del arsenal de
artillería que estaba oculto en el pequeño bosquecillo que había cerca de la
entrada de nuestra aldea. Unos destellos azules teñían el cielo de color lila.

El sol estaba de un color gris opaco y tenue. Después de la primera
descarga, el suelo tembló mientras los proyectiles silbaban por encima de
nuestras cabezas. Después vinieron las sordas explosiones de los impactos,

que hicieron que varias columnas de humo blanco subieran por el aire por

encima de nuestra aldea. Finalmente, los disparos se detuvieron, y hubo un

instante de silencio, rápidamente roto cuando los cañones de la otra orilla

del Río de los Dragones enviaron hacia donde estábamos nosotros una

respuesta que consistió en proyectiles aún más grandes. Algunos tocaron

tierra entre los árboles; otros cayeron en medio del desierto. Y así siguió la

cosa, como si se tratara de una serie de visitas familiares. Unas olas de aire

caliente barrían el desierto de un lado al otro. Después de

aproximadamente una hora, los árboles del bosquecillo empezaron a arder

y los cañones que había allí se quedaron en silencio, cosa que no hicieron

los de nuestra aldea; sus proyectiles caían cada vez más lejos. De repente,

por encima de la colina de arena, el cielo se coloreó de azul por unos

proyectiles que volaron silbando por el aire y aterrizaron en nuestra aldea.

Esta descarga ridiculizó a la que habían lanzado desde el bosquecillo, tanto

por la cantidad de proyectiles como por el efecto que tuvo. He descrito las

descargas procedentes del bosque como bandadas de cuervos. Pues bien,

estas que venían del otro lado de la colina de arena eran como pequeños

cerdos negros marchando en ordenadas formaciones, gruñendo en voz alta

y agitando la cola hasta entrar, persiguiéndose unos a otros, en nuestra

aldea. Pero cuando tocaron tierra ya no eran pequeños cerdos negros sino

grandes panteras negras, tigres, jabalís, que mordían todo lo que tocaban

con sus colmillos semejantes a sierras. Cuando las descargas de la artillería

se recrudecieron, los aeroplanos volvieron, pero esta vez eran doce,

volando en parejas, casi rozándose los extremos de las alas. Soltaron sus

huevos desde lo alto del cielo, huevos que abrieron agujeros en la tierra. ¿Y

entonces? Una columna de tanques salió ruidosamente de la aldea. En esa

época, yo no sabía que esas extrañas máquinas con cañones largos y

parecidos a trompas se llamaran tanques. Cuando la columna llegó al

desierto alcalino, los tanques se dispersaron, seguidos por un contingente

de soldados de infantería, todos protegidos con cascos, que subieron

trotando a un montículo y se pusieron a disparar hacia el cielo. *Bang, bang,*

bang. Bang, bang, bang. Bang, bang, bang, bang, bang, bang, bang. Tiro al

blanco. Nosotros nos refugiamos en uno de los cráteres que habían abierto

los proyectiles, donde algunos nos sentamos y otros se tiraron al suelo boca

abajo, pero con calma, como si no tuviéramos miedo.

Las ruedas de oruga que tenían los tanques empezaron a coger velocidad, una tras otra. Los tanques avanzaban haciendo un fuerte

estruendo. Ni las zanjass ni los desniveles les causaban el más mínimo

problema; sus trompas seguían apuntando hacia adelante. Avanzaban a

toda velocidad, chillando, rugiendo, escupiendo, como una columna de

tiranos enfurecidos. Hartos de escupir flemas, se pusieron a escupir bolas

de fuego; las trompas retrocedían con cada explosión. Lo único que tenían

que hacer para destruir una trinchera y dejar el suelo completamente plano

era pasar por encima un par de veces, yendo hacia adelante y hacia atrás.

Durante este proceso solían quedar enterrados unos cuantos hombrecitos de

color caqui. Todos los lugares por los que pasaban quedaban convertidos

en terreno recién labrado. Fueron rodando hasta la colina de arena, donde

una lluvia de balas cayó sobre ellos. *Bang, bang*. Apenas la notaron. No así

los soldados que venían detrás de ellos, que cayeron como moscas. Un

pelotón de hombres salió corriendo desde detrás de la colina de arena

portando unas antorchas hechas de tallos de sorgo. Las
lanzaron debajo de
los tanques. Algunos tanques volaron por el aire con una fuerte
explosión;
algunos hombres rodaron por el suelo frente a ellos. Unos
pocos tanques
murieron, otros quedaron heridos. Sobre la colina de arena
aparecieron más
hombres, que reaccionaron como pelotas de goma y se
lanzaron rodando
por la ladera para enfrentarse a los soldados que llevaban
casco. Sus gritos
se mezclaban caóticamente; tantos alaridos formaban una
masa sonora
incoherente. Puños por el aire, patadas bien dirigidas, cuellos
estrangulados, entrepiernas aplastadas, dedos mordidos, orejas
arrancadas,
ojos reventados. En los cuerpos entraban espadas plateadas; de
los cuerpos
salían espadas rojas. No se dejó de probar ni una sola de las
posibles
maneras de combatir. Un soldado pequeño estaba a punto de
perder frente a
uno grande, así que cogió un puñado de arena y le dijo:
—Hermano mayor, tú y yo somos primos lejanos. La esposa
de un
primo mío por parte de padre es tu hermana pequeña. Por eso
te pido por
favor que no me golpees con la culata de ese rifle, ¿vale?
—De acuerdo —le dijo el soldado grande—, por esta vez te
perdono,
ya que he estado invitado a tu casa a tomar unas copas. La
jarra con la que

sirves el vino es muy elegante. Ese tipo de artesanía se llama jarra del Pato

Mandarín.

Sin previo aviso, el soldado pequeño le tiró la arena a la cara al

grande, cegándolo temporalmente, y entonces se puso a su espalda

rápidamente y le abrió la cabeza con una granada de mano.

Aquel día pasaron tantas cosas que me tendrían que haber salido diez

pares de ojos para verlo todo, y necesitaría diez bocas para poder contarlos.

Los soldados que llevaban cascos cargaban en oleadas, pero los muertos se

iban apilando, formando una especie de pared, y no podían atravesarla.

Después trajeron unos lanzallamas, que echaban chorros de muerte y

hacían que la arena de la colina cristalizara. Y llegaron más aeroplanos,

que dejaron caer grandes tortitas y rollitos rellenos de carne, y también

montones de billetes de todos los colores. Cuando cayó la noche, agotados,

ambos bandos se detuvieron a descansar, pero solamente durante un rato;

poco después, la batalla volvió a comenzar, tan candente que el cielo y la

tierra se tiñeron de rojo, el suelo helado se ablandó y los conejos silvestres

cayeron como moscas, no por efecto de las armas sino como consecuencia

del miedo.

El fuego de los fusiles y las descargas de la artillería no se acababan

nunca. Las llamaradas iluminaban el cielo de una manera tan brillante que

apenas podíamos abrir los ojos.

Al amanecer, los soldados que iban con cascos arrojaron sus armas; se

rendían.

La primera mañana de 1948, los cinco miembros de mi familia,

además de la cabra, empezamos a cruzar cautelosamente el Río de los

Dragones, que estaba congelado, y logramos arrastrarnos hasta el otro lado.

Sha Zaohua y yo ayudamos a Primera Hermana a llevar el carrito hasta lo

alto, donde nos detuvimos a contemplar las grandes zonas donde el hielo

había quedado destrozado por el impacto de los proyectiles de la artillería,

y el agua que salía a borbotones por los agujeros. Mientras escuchábamos

el crujiente sonido del hielo partiéndose, nos sentimos agradecidos porque

ninguno de nosotros hubiera caído. La luz del sol empezó a iluminar poco a

poco el campo de batalla al norte del río, donde todavía olía a pólvora. Los

gritos de alegría, celebrando el triunfo, y una ráfaga de fuego que sonaba

de vez en cuando mantenían vivo el lugar. Los cascos en el suelo parecían

hongos, y yo entonces me acordé de Pequeño y Gran Mudo, a quienes

Madre había metido en el cráter que había producido una bomba, donde

yacían al descubierto, sin que nadie les hubiera echado ni siquiera un poco

de tierra por encima. Me obligué a mí mismo a darme la vuelta y echar un

vistazo hacia nuestra aldea, que de algún modo había logrado no quedar

reducida a escombros. Eso sí que fue un milagro. La iglesia todavía estaba

en pie, así como el molino. La mitad de las edificaciones cubiertas de

azulejos del recinto de la familia Sima había sido derruida, pero las

nuestras seguían en pie, salvo el techo de la estancia principal, que se había

estropeado porque un proyectil le había caído encima. Cuando entramos en

el patio intercambiamos algunas miradas, como si no conociéramos el

lugar, pero después todo fueron abrazos hasta que nos vinimos abajo y nos

pusimos a llorar, Madre la primera.

El sonido de nuestro llanto quedó abruptamente interrumpido por los

queridos sollozos de Sima Liang. Levantamos la vista y lo vimos, de

cucullas, subido a un albaricoque, con una expresión que recordaba la de

un animal salvaje. Llevaba una piel de perro cubriéndole los hombros.

Madre fue hacia él y él bajó del árbol de un salto, como una bocanada de

humo, y se arrojó a sus brazos.

Capítulo 5

I

La primera nevada del periodo de paz dejó los cadáveres cubiertos de

blanco, mientras los gorriones silvestres, hambrientos, daban saltitos sobre

la nieve. Sus gorjeos lastimeros sonaban como los ambiguos sollozos de

las viudas. A la mañana siguiente, el cielo tomó la apariencia del hielo

translúcido, y cuando el sol salió, de color rojo, en el levante, el espacio

que había entre el cielo y la tierra parecía una vasta superficie barnizada de

colores. Una alfombra blanca cubría la tierra, y cuando la gente salía de sus

casas, su aliento formaba un humo de color rosa; entonces atravesaban

tambaleándose la nieve virgen del lindero del campo que daba al Este, con

sus posesiones a la espalda, y se llevaban a sus vacas y ovejas en dirección

sur. Tras cruzar el Río de los Dragones, donde abundaban los cangrejos y

las almejas, se encaminaban hacia las impresionantes tierras altas y hacia

el importante «mercado de la nieve» del Concejo de Gaomi del Noreste, un

mercado que se instalaba sobre el suelo helado y donde se realizaban

transacciones comerciales, sacrificios ancestrales y celebraciones en medio

de la nieve.

En este ritual la gente sabía que tenía que guardarse sus ideas para sí

mismos, porque en cuanto abrieran la boca y las hicieran públicas, les

lloverían las catástrofes. En el mercado de la nieve, uno dedicaba sus

sentidos de la vista, el olfato y el tacto a aprehender todo lo que estaba

sucediendo alrededor; uno podía pensar, pero no debía decir nada. Lo que

le ocurriría a alguien que rompiera la prohibición de hablar era algo que

nadie nunca había preguntado, y mucho menos intentado explicar. Era

como si todo el mundo lo supiera y hubiera establecido un acuerdo tácito

para no divulgar la respuesta.

Los habitantes del Concejo de Gaomi del Noreste que sobrevivieron a

la carnicería, que fueron sobre todo mujeres y niños, se vistieron con sus

mejores galas para Nochevieja y se dirigieron, a través de la nieve, hacia

las tierras altas, con el helado olor de la nieve que había bajo sus pies

perforándoles la nariz. Las mujeres se cubrían la nariz y la boca con las

mangas de sus gruesos abrigos, y aunque parecía que estaban intentando

evitar el olor de la nieve, yo estaba seguro de que lo que querían evitar era decir algo. Un sonido sostenido de crujidos emergía desde la blanca superficie del suelo, y aunque la gente observaba la prohibición de hablar, su ganado no lo hacía. Las ovejas balaban, las vacas mugían, y los pocos caballos envejecidos y mulas cojas que habían conseguido sobrevivir a las múltiples batallas relinchaban. A lo largo del camino se veían perros salvajes y rabiosos que despedazaban los cadáveres con sus incansables garras y aullaban al sol como si fueran lobos. La única mascota de la aldea que había logrado no contagiarse la rabia, el perro ciego que pertenecía al monje taoísta Men Shengwu, caminaba tímidamente, siguiendo a su amo, a través de la nieve. El hogar de Men Shengwu era una cabaña de tres habitaciones que estaba enfrente de una pagoda hecha de ladrillo, en las tierras altas. Este hombre, que tenía ciento veinte años, practicaba una forma del arte de la magia conocida como «abstención de cereales». Los rumores decían que no había comido ningún alimento humano desde hacía diez años, y que sobrevivía exclusivamente a base de rocío, como las cigarras que viven en los árboles.

Los aldeanos pensaban que Men el Taoísta era medio hombre medio mortal. Se desplazaba siempre como si no quisiera que nadie notara su presencia, con pasos ligeros y ágiles. Su cabeza era calva y reluciente, semejante a una bombilla, y su barba blanca y espesa como un arbusto. Sus labios eran parecidos a los de una pequeña mula y sus dientes brillantes relucían como perlas. Tanto su nariz como sus mejillas eran rojizas, y tenía unas cejas blancas tan largas como plumas de ala de pájaro. Cada año aparecía en la aldea el día del solsticio de invierno para hacerse responsable de su tarea; elegir el «Príncipe de la Nieve» durante el mercado de la nieve anual, o mejor dicho, el Festival de la Nieve. Este Príncipe de la Nieve tenía la obligación de llevar a cabo algunas actividades sagradas en el mercado de la nieve, y en compensación recibía una considerable recompensa. Por este motivo, todos los aldeanos deseaban que sus hijos fueran los escogidos. Yo, Shangguan Jintong, fui elegido Príncipe de la Nieve aquel año. Después de visitar las dieciocho aldeas del Concejo de Gaomi del Noreste, Men el Taoísta se decidió por mí, cosa que demostraba que yo no era un

chico común. Madre lloró de alegría. Cuando iba por la calle,
las mujeres

me miraban con reverencia.

—Príncipe de la Nieve, oh, Príncipe de la Nieve —me
susurraban

dulcemente—, ¿cuándo va a nevar?

—No sé cuándo va a nevar. ¿Cómo iba a saberlo?

—¿Que el Príncipe de la Nieve no sabe cuándo va a nevar?
¡No, es

que no quieres revelar los secretos de la naturaleza!

Todo el mundo esperaba con impaciencia la primera nevada, y
yo más

que nadie. Al anochecer, dos días antes, unas nubes densas y
rojas

cubrieron todo el cielo; durante la tarde del día siguiente,
comenzó a nevar.

Al principio era solamente un polvillo, pero se fue
convirtiendo en una

tremenda tormenta de nieve, con unos copos del tamaño de
plumas de

ganso y, finalmente, unas bolas pequeñas y suaves. Las fuertes
ráfagas de

nieve, una tras otra, apagaron el sol. En las afueras, en los
pantanos, los

zorros y cánidos diversos aullaban, mientras los fantasmas de
los difuntos

malditos recorrían las calles y los callejones, lamentándose y
llorando. La

nieve, húmeda y pesada, azotaba las cortinas de papel de las
ventanas de

las casas. Los animales blancos se acurrucaban en los
alféizares, golpeando

las celosías con sus peludas colas. Esa noche yo estaba demasiado excitado

como para poder dormir. Tenía los ojos rebosantes de extrañas visiones; no

diré de qué visiones se trataba, porque sonaría demasiado banal para

cualquiera que no haya estado ahí para verlas.

Apenas se estaba empezando a hacer de día cuando Madre salió de la

cama y puso a hervir agua en un cazo para lavarme la cara y las manos.

Mientras lo hacía, me dijo que tenía que cuidar las zarpas de su cachorrito.

Incluso me cortó las uñas con unas tijeras. Cuando estuve todo limpio, me

selló la frente con la huella dactilar de su pulgar en tinta roja, como si

fuera una marca comercial. Después abrió la puerta y ahí estaba Men el

Taoísta, esperando de pie en el umbral. Había traído una túnica y una gorra

blancas, ambas hechas de brillante satén, muy suaves y agradables al tacto.

También me había traído una tradicional arma mágica del taoísmo.

Después de vestirme, me dijo que diera unos pasos sobre la nieve que había

en el patio.

—¡Maravilloso! —me dijo—. ¡Eras un verdadero Príncipe de la

Nieve!

Yo no podía sentirme más orgulloso. Madre y Hermana Mayor

estaban evidentemente satisfechas. Sha Zaohua me miraba con una

expresión de adoración. La cara de Octava Hermana estaba adornada con

una hermosa sonrisa, como una florecilla. La sonrisa que había en el rostro

de Sima Liang, en cambio, era más bien burlona.

Dos hombres me llevaron en un palanquín que tenía un dragón pintado

en el lado izquierdo y un fénix en el derecho. Wang Taiping, un porteador

profesional, encabezaba la marcha. Detrás iba su hermano mayor, Wang

Gongping, que también era porteador profesional. Ambos hermanos

tartamudeaban ligeramente al hablar. Unos años atrás habían intentado

evitar que los reclutara el ejército; Taiping se había cortado el dedo índice

y Gongping se había untado los testículos con aceite de croton, muy

irritante, para que pareciera que tenía una hernia. Cuando el jefe de la

aldea, Du Baochuan, se dio cuenta del engaño, los apuntó con su rifle y les

dio la posibilidad de elegir entre ser fusilados o irse a la línea de fuego en

calidad de porteadores, para llevar a los soldados heridos sobre sus

espaldas y transportar las municiones. Ellos respondieron tartamudeando

algo incoherente, por lo que escogió por ellos su padre, Wang Dahai, un

albañil que se había caído de un andamio durante la construcción de la iglesia y había quedado tullido. Los dos hombres transportaban su carga de forma rápida y sin apenas sacudirla, cosa que les había valido el reconocimiento de sus superiores, y cuando fueron desmovilizados, su comandante, Lu Qianli, les escribió sendas cartas de recomendación. Pero entonces el hermano menor de Du Baochuan, Du Jinchuan, que se había ido a la guerra con ellos, enfermó y murió súbitamente, y los hermanos transportaron su cuerpo de vuelta al hogar, recorriendo unos mil quinientos *li* y sufriendo lo indecible durante el camino. Cuando llegaron, Du Baochuan los acusó de haber asesinado a su hermano y les dio la bienvenida con dos sonoras bofetadas. Incapaces de decir nada sin tartamudear incontrolablemente, ellos sacaron las cartas de recomendación que les había escrito el comandante de su regimiento. Du Baochuan se las arrancó de las manos y las rompió en ese mismo momento. Después, moviendo una mano, les dijo: «El que es un desertor una vez, es un desertor para siempre». Lo único que pudieron hacer ellos fue tragarse su

amargura. Sus hombros, bien templados, eran duros como el
acero, y
tenían unas piernas muy bien entrenadas para su profesión. Ir
en un
palanquín transportado por ellos era como ir montado en una
barca que
navega corriente abajo. Se veían olas de luz que atravesaban el
yermo
nevado.

Un puente de piedra, apoyado en gruesos pilares de madera de
pino,
cruzaba el Río del Agua Negra. Se movió cuando pasamos,
haciendo que el
suelo crepitara bajo nuestros pies. Cuando llegamos al otro
lado, me di la
vuelta y me fijé en las huellas que nuestros pasos habían
dejado sobre el
yermo cubierto de nieve. Entonces distinguí a Madre, a
Primera Hermana y
a todos los niños pequeños de la familia que, junto a mi cabra,
venían
detrás de mí.

Los hermanos que portaban el palanquín me llevaron hasta las
tierras
altas, donde me dieron la bienvenida las miradas vivaces de la
gente que
había llegado antes que nosotros: hombres, mujeres y niños
nos esperaban
con la boca fuertemente cerrada. Los adultos tenían un aspecto
bastante
sombrio; los niños miraban todo con una expresión traviesa.
Guiados por Men el Taoísta, los hermanos me llevaron hasta
una

plataforma cuadrada de adobe que había en el medio de un
montículo,
donde vi un par de bancos detrás de un enorme incensario en
el que había
tres varitas de incienso. Depositaron el palanquín encima de
los bancos, de
modo que yo podía sentarme y me quedaban las piernas
colgando. El
silencioso frío me arañaba los dedos gordos de los pies como
un gato negro
y me mordisqueaba las orejas como uno blanco. El sonido del
incienso al
quemarse, cuando las cenizas se retorcían y caían sobre el
incensario como
una casa que se derrumba, era parecido al que hacen los
gusanos. Su aroma
me entraba por el agujero izquierdo de la nariz reptando como
una oruga, y
volvía a salir por la derecha. Men el Taoísta quemó un puñado
de dinero en
un brasero de bronce que había al pie de la plataforma; al
hacerlo,
compraba bienestar espiritual. Las llamas se parecían a
mariposas doradas
con las alas cubiertas de polvillo dorado. El papel era como
mariposas
negras que salían volando hacia el cielo hasta que se consumía
completamente, y después caía lentamente sobre la nieve,
donde
desaparecía rápidamente. Después Men el Taoísta se prosternó
delante de
la plataforma del Príncipe de la Nieve y les hizo una señal a
los hermanos

Wang indicándoles que me volvieran a levantar. Me dieron una especie de

cetro de madera envuelto en papel dorado. Uno de los extremos tenía

forma de cuenco y estaba envuelto en papel de plata. Era el bastón de

mando del Príncipe de la Nieve. Tras escogerme para que fuera el Príncipe

de la Nieve, Men el Taoísta me había contado que el fundador del mercado

de la nieve había sido su maestro, Chen el Taoísta, que había sido instruido

por Laozi, el fundador del taoísmo, y que cuando hubo seguido sus

instrucciones había subido al Cielo para convertirse en un inmortal y vivir

en una torre alojada en la cima de una montaña, donde comía piñones y

bebía agua de los arroyos, desplazándose por el aire de los pinos a los

álamos y de los álamos a su cueva. Men el Taoísta me explicó, con todo

detalle, las obligaciones y tareas del Príncipe de la Nieve. Yo ya había

cumplido con la primera de ellas, ser venerado por la multitud, y ya había

llegado el momento de cumplir con la segunda, que consistía en

inspeccionar el mercado de la nieve.

Ese era el momento álgido del Príncipe de la Nieve. Una docena de

hombres, vestidos con uniformes negros y rojos, daba un paso adelante y,

aunque no tenían nada en la mano, adoptaban la postura de músicos que

tocaran la trompeta, la *suona*, la corneta o los platillos.

Algunos inflaban los carrillos como si estuvieran soplando con todas

sus fuerzas. Cada pocos pasos, el que tocaba los platillos levantaba la mano

izquierda para levantar el instrumento imaginario y simulaba golpearlo con

el de la mano derecha. Los silenciosos sonidos recorrían largas distancias.

Los hermanos Wang se tambaleaban sobre sus agotadas piernas mientras la

ciudadanía abandonaba sus silenciosas transacciones comerciales y se

erguía, con los ojos bien abiertos y los brazos pegados a los lados del

cuerpo para contemplar la procesión del Príncipe de la Nieve. Los colores

de sus rostros, algunos conocidos y otros no, quedaban resaltados por el

brillo de la nieve; los rojos parecían dátiles, los negros parecían trocitos de

carbón, los amarillos parecían cera de abeja y los verdes parecían

cebolletas. Agité mi bastón de mando hacia donde estaba la gente; todos se

pusieron nerviosos instantáneamente, y movían las manos en el aire,

confundidos, y abrían la boca, como si estuvieran gritando. Pero nadie se

atreveía a hacer ni un ruido, ni siquiera lo deseaban. Una de las tareas

sagradas que me había encomendado Men el Taoísta era
abrirle la boca con

la punta de mi bastón a quienquiera que osara hacer algún
ruido y, después,

pegar un fuerte tirón y arrancarle la lengua.

Distinguí a Madre, a Primera Hermana y a Octava Hermana
entre la

multitud de gente que gritaba en silencio. También vi a los
otros, a Sha

Zaohua y a Sima Liang. A mi cabra le habían puesto una
máscara sobre la

boca, hecha de algodón blanco con la forma de un cono, para
que guardara

silencio. Se sostenía con una tira de algodón blanco que le
pasaba por

detrás de las orejas. La prohibición de hacer ruido no era
solamente para la

familia del Príncipe de la Nieve sino también para su cabra.
Agité mi

bastón en dirección a mi familia y todos me devolvieron el
saludo

levantando los brazos. Sima Liang hizo unos círculos con los
dedos y se los

llevó a los ojos, como si me estuviera mirando con unos
prismáticos. La

cara de Zaohua estaba radiante, como un pez en las
profundidades del

océano.

En el mercado de la nieve se vendía toda clase de cosas. La
primera

parada que hizo mi silenciosa guardia de honor fue en el
mercado de

zapatos. Solamente se exponían las sandalias de paja. Todas
estaban hechas
de hierbas de los pantanos suavizadas. Esa era la clase de
calzado que los
habitantes de Gaomi del Noreste usaban en invierno. Hu
Tiangui, padre de
cinco chicos que habían sobrevivido a la guerra y después
habían sido
enviados a hacer trabajos forzados, estaba ahí de pie apoyado
en una rama
de sauce, con unos carámbanos de hielo colgando de la
barbilla, que tenía
envuelta con un pedazo de tela de color blanco. Lo único que
llevaba
puesto era un saco de esparto todo deshilachado. Estaba
encorvado, y tenía
dos dedos mugrientos estirados; estaba regateando con Qiu
Huangshan, el
maestro artesano que hacía las sandalias. Qiu mostró tres
dedos y los
apoyó sobre los dos de Hu. Este, testarudamente, volvió a
estirar sus dos
dedos. Qiu contestó inmediatamente con tres. Así estuvieron
un rato, tres,
cuatro, cinco veces, hasta que Qiu retiró la mano y, con una
expresión de
dolor que pretendía mostrar su frustración, desató de la cuerda
de la que
colgaba su mercadería un par de sandalias de calidad inferior,
hechas con
los extremos verdosos de las hierbas. La boca abierta de Hu
Tiangui

expresaba en silencio lo enfadado que estaba. Se dio unos golpes en el pecho, miró en dirección al cielo y después señaló el suelo. Lo que quería decir era que todo eso era bastante raro. Empezó a revolver la pila de sandalias con su bastón, buscando un par de calidad superior, que fueran del color de la cera de abejas y tuvieran una suela gruesa y fuerte, hecha con las raíces de las hierbas de los pantanos. Qiu apartó el bastón de Hu, sacó cuatro dedos y los colocó bajo la nariz de Hu sin que le temblaran ni un poco. Una vez más, Hu miró al cielo y señaló el suelo. Su saco de esparto estaba a punto de caérsele cada vez que se movía. Después se agachó y desató el par de sandalias que había escogido, las apretó un poco y movió los pies. Sus zapatos destrozados, cuyas suelas de goma apenas seguían unidas a la parte superior, quedaron en el suelo frente a él. Apoyándose en su bastón, metió sus temblorosos pies en las nuevas sandalias y después sacó un billete todo arrugado de su bolsillo cosido con retales y lo tiró a los pies de Qiu Huangshan. Con el rostro desencajado por la rabia, Qiu lo maldijo en silencio y golpeó el suelo muy enfadado, pero se

agachó a recoger el deteriorado billete, lo estiró, lo cogió de una de las

esquinas y lo agitó en el aire para que la gente que estaba alrededor lo

pudiera ver con claridad.

Algunos movieron la cabeza en señal de empatía con él, pero otros

sonrieron estúpidamente. Avanzando con lentitud, ayudado por su bastón,

Hu Tiangui empezó a alejarse. Sus piernas estaban tiesas como tablones de

madera. Yo estaba enfadado con Qiu Huangshan, con su labia y sus dedos

ágiles, y en mi interior deseaba que su rabia le hiciera perder el control y

decir algo; si eso ocurría, yo, gracias a mi autoridad temporal, podría

arrancarle la lengua, su larga lengua, con mi bastón de mando. Pero él,

astutamente, se dio cuenta de lo que yo estaba pensando y guardó el billete

rosa en un par de sandalias que colgaban de su pértiga. Cuando cogió esas

sandalias, vi que estaban prácticamente llenas de billetes de colores

brillantes. Señaló a todos los artesanos que hacían sandalias que estaban a

su alrededor, uno por uno, y ellos me miraron obsequiosamente. Después

señaló, muy despacio, al dinero que había en las sandalias. Cuando hubo

terminado, me lanzó las sandalias reverentemente. Me rebotaron en el

vientre y cayeron en el suelo, frente a mí. Algunos de los billetes, que tenían imágenes de bobas ovejas regordetas que parecían estar esperando que las esquilaran o las degollaran, se salieron de las sandalias. A medida

que yo avanzaba, varios pares de sandalias más, todas llenas de dinero,

vinieron volando hacia mí.

En el mercado de la comida, Fang Meihua, la viuda de Zhao el Sexto,

estaba friendo ansiosamente unos rollitos rellenos en un *wok* plano. Su hijo

y su hija estaban sentados en una esterilla de paja, envueltos en una manta.

Sus cuatro ojos no dejaban de girar en sus órbitas. Había instalado unas

cuantas mesitas miserables enfrente de su cocina, y en ese momento había

seis robustos buhoneros, instalados frente a las mesas en unas esteras de

caña, comiendo rollitos y ajo. Los extremos superior e inferior de los

rollitos fritos eran de un color marrón crujiente; estaban tan calientes que

se los podía oír crepitar dentro de la boca de los hombres, y tan grasientos

que brotaba un aceite rojizo cada vez que los mordían.

Ninguno de los

propietarios de los otros puestos de rollitos ni ninguno de los vendedores

ambulantes de tortitas tenía un solo cliente. Todos contemplaban, llenos de

envidia, ese lugar frente al puesto de la Viuda Zhao, mientras golpeaban

los bordes de sus *woks*.

Cuando pasé montado en mi palanquín, la Viuda Zhao metió un billete

en un rollito, me apuntó a la cara y me lo lanzó con naturalidad. Yo lo

esquivé justo a tiempo, y el rollito impactó sobre el pecho de Wang

Gongping. La viuda Zhao me echó una mirada pidiéndome perdón y se

limpió las manos en un trapo grasiento. Tenía los ojos profundamente

hundidos en su pálido rostro, y los rodeaban dos círculos de color violeta

oscuro.

Un hombre alto y delgado salió de detrás del puesto donde se vendían

pollos vivos; las gallinas, aterrorizadas, cacareaban nerviosamente. La

propietaria del puesto negaba repetidamente con la cabeza. El hombre

caminaba de un modo muy particular: rígido como un tablón, avanzaba

rítmicamente, subiendo y bajando los hombros a cada paso que daba, como

si estuviera a punto de echar raíces en el suelo. Se trataba de Zhang

Enviado del Cielo, a quien todo el mundo llamaba con el apodo de Viejo

Maestro Cielo. Se dedicaba a la extraña labor de acompañar a los muertos

en el regreso a sus ciudades natales, y tenía el don de hacerlos ponerse de

nuevo en pie para que pudieran volver caminando hasta su hogar. Cada vez

que un habitante de Gaomi del Noreste moría lejos de casa, se contrataba a

Zhang para que lo trajera de vuelta. Y cada vez que un forastero moría en

el Concejo de Gaomi del Noreste, se lo contrataba para que se lo llevara.

¿Cómo alguien podía no venerar a un hombre que tenía la capacidad de

conseguir que un cadáver cruzara, caminando, todos los ríos y las

montañas que fuera necesario para volver a su hogar? Su cuerpo emanaba

un extraño olor, e incluso los perros más agresivos metían la cola entre las

piernas, se daban media vuelta y salían corriendo cuando él se acercaba.

Sentándose en el banco que había frente al *wok* de la viuda, estiró dos

dedos. En la confusa serie de gestos manuales que tuvo lugar a continuación entre él y la mujer, quedó claro que quería dos bandejas de

rollitos, que hacían un total de cincuenta; no solamente dos, no solamente

veinte. Entonces la viuda se apresuró a servir a este cliente de portentoso

estómago. A la mujer se le iluminó la cara, mientras de los puestos vecinos

llegaban miradas llenas de envidia. Yo deseé que dijeran algo, pero ni

siquiera la envidia tenía la fuerza suficiente como para que abrieran la

boca.

Enviado del Cielo se sentó sin hacer ruido, fijó la mirada en la viuda

mientras ella trabajaba y dejó las manos apoyadas tranquilamente sobre

sus rodillas. Un saco de tela negra le colgaba del cinturón, pero nadie sabía

lo que contenía. Durante el último otoño había tenido que encargarse de un

trabajo complicado: escoltar a un buhonero que vendía pergaminos para la

celebración del año nuevo y que había fallecido en la Aldea de Aiqiu, en el

Condado de Gaomi del Noreste, hasta su hogar, que estaba muy lejos, en

dirección noreste. Tras aceptar la tarifa, el hijo del hombre dejó su

dirección y se adelantó con el objetivo de preparar un recibimiento para su

padre. Dada la gran cantidad de cadenas montañosas que Enviado del Cielo

tendría que atravesar, la gente dudaba de que alguna vez regresara. Pero lo

había hecho, y por el aspecto que tenía, no hacía mucho tiempo. ¿Estaría su

dinero en la bolsa de tela? Sus sandalias de paja estaban destrozadas, y se

le veían los dedos gordos, muy hinchados, y los tobillos, en los huesos.

Cuando la hermana pequeña de Cara de Sueño, Belleza Bizca, pasó

caminando junto a mi palanquín con una gran calabaza, me echó una
mirada provocativa, flirteando conmigo. Tenía las manos enrojecidas por
el frío. En el momento en que pasó por delante del puesto de la Viuda
Zhao, a la viuda le empezaron a temblar violentamente las manos. Sus
miradas se encontraron y sus ojos de enemigas mortales soltaron unos
destellos de color rojo. Ni siquiera la visión de la mujer que había
asesinado a su marido bastó para que la Viuda Zhao violara la prohibición
de hablar en el mercado de la nieve. Y sin embargo, yo me di cuenta de que
le hervía la sangre. La Viuda Zhao tenía la cualidad de no dejar que nada,
ni siquiera la rabia, la apartara de su trabajo. Tras llenar un enorme cuenco
de cerámica blanca con la primera tanda de rollitos, se lo puso delante a
Enviado del Cielo, que estiró un brazo. A la Viuda Zhao le llevó un
momento darse cuenta de lo que quería. Se dio un golpecito en la frente,
como pidiendo disculpas, y después cogió una jarra, de la que sacó dos
grandes cabezas de ajo de color violeta, y se los ofreció. Después llenó un
pequeño cuenco negro con una salsa de chile y sésamo y también la puso

delante de Enviado del Cielo, como atención especial de la casa. Los

buhoneros que estaban en las esteras de caña levantaron la mirada

poniendo cara de desaprobación, censurándola por agasajar a Zhang

Enviado del Cielo, quien muy despacio y muy satisfecho comenzó a pelar

un ajo mientras esperaba que se enfriaran un poco los rollitos. Después

colocó los blancos dientes de ajo que había pelado sobre la mesa, en fila,

por orden de tamaño, como una columna de soldados. De vez en cuando

cambiaba uno o dos de lugar, para perfeccionar la columna. No se puso a

comer —o más bien a inhalar— los rollitos hasta que mi palanquín siguió

adelante, en dirección al mercado de calabazas.

Junto a la base de la pagoda, que no estaba dedicada a ninguna deidad

en particular, había una minúscula cabaña. El aroma sutil del incienso al

quemarse se percibía desde detrás de la puerta. Enfrente del incensario

había un gran caldero de madera lleno de nieve virgen. Detrás, se veía un

taburete de madera: el trono del Príncipe de la Nieve. Men el Taoísta

levantó la cortina de gasa que separaba la silenciosa cabaña del exterior,

entró y me cubrió la cara con un trozo de satén blanco. Yo sabía, por las

instrucciones que me había dado, que mientras estuviera
llevando a cabo

esta empresa no debía quitarme el velo. Escuché cómo se
deslizaba

silenciosamente fuera de la cabaña. A partir de entonces, lo
único que pude

oír fueron los sonidos de mi suave respiración, los débiles
latidos de mi

corazón y el leve chisporroteo que hace el incienso al
quemarse.

Gradualmente comencé a escuchar también el delicado crujir
de la nieve

bajo los pies de la gente que se acercaba caminando a donde
yo estaba.

Entró una chica pisando el suelo con mucha suavidad. Lo
único que yo

podía ver a través del velo era el perfil de una chica alta cuyo
cuerpo

apestaba a pelo de cerdo quemado. No tenía ninguna pinta de
ser de Dalan;

lo más probable era que fuera de la Aldea de la Colina de
Arena, donde

había una familia que se dedicaba al negocio de hacer cepillos
artesanalmente. En cualquier caso, viniera de donde viniera, el
Príncipe de

la Nieve estaba obligado a ser imparcial, así que metí las
manos en la nieve

que había en el caldero para limpiarlas de impurezas. Después,
las extendí

hacia ella. La costumbre era que todas las mujeres que
quisieran engendrar

un hijo durante el siguiente año, y aquellas que quisieran que
la leche les

llenara los pechos y los mantuviera jóvenes y saludables, se
levantaran la

blusa, mostraran los pechos y recibieran una caricia del
Príncipe de la

Nieve, que se quedaba quieto con las manos extendidas.
Ocurrió

exactamente como tenía que ocurrir: dos esponjosos y
carnosos montículos

se apretaron contra mis manos heladas. La cabeza empezó a
darme vueltas

mientras una cálida corriente de alegría atravesaba mis manos
y se

expandía por todo mi cuerpo. La mujer empezó a jadear
incontrolablemente mientras sus pechos se frotaban contra las
yemas de

mis dedos; después, como un par de palomas excitadas, se
fueron volando.

Apenas había podido palpar el primer par de pechos y ya se
habían

ido. Mi decepción se convirtió en deseo cuando metí las
manos en la nieve

para volver a purificarlas. Esperé con impaciencia a que
llegara el

siguiente par, que no pensaba dejar escapar tan fácilmente.
Cuando

llegaron, los agarré y no quería soltarlos. Eran pequeños y
deliciosos, ni

muy blandos ni muy duros, como rollitos recién sacados del
horno. A pesar

de que no podía verlos, sabía que eran blancos como la nieve,
suaves y

brillantes, con sus minúsculos pezones semejantes a pequeños
hongos.

Aferrándolos, pronuncié en silencio una plegaria, con todos mis buenos deseos. Los apreté por primera vez: «Que tengas trillizos varones y rechonchos». Los apreté por segunda vez: «Que tu leche fluya como una fuente». Los apreté por tercera vez: «Que tu leche sea maravillosamente dulce, como el rocío del amanecer». Ella se lamentó suavemente antes de retirarse, dejándome fuertemente desconsolado. Me entristecí y empecé a sentirme avergonzado. Para castigarme, enterré las manos en la nieve hasta que las yemas de mis dedos tocaron el suave fondo del caldero, y no las saqué hasta que se me adormecieron los brazos hasta el codo.

El Príncipe de la Nieve levantaba sus purificadas manos para bendecir a las mujeres del Concejo de Gaomi del Noreste. Sentí una oscura melancolía hasta que unos pechos caídos y bamboleantes se frotaron contra mis manos.

Cacareaban como gallinas testarudas y tenían unas delicadas manchitas cutáneas. Pellizqué los dos pezones exhaustos y después retiré las manos.

El aliento oxidado que emanaba de la boca de la mujer atravesó el velo de gasa y me llegó a la cara. El Príncipe de la Nieve no discrimina. Que tus

deseos se hagan realidad. Si deseas un hijo, que te nazca un niño. Si deseas

una hija, que te nazca una niña. Y que tengas toda la leche que necesites.

Tus pechos siempre estarán sanos, pero si lo que deseas es volver a ser

joven, el Príncipe de la Nieve no puede ayudarte.

Los pechos que se acercaron en cuarto lugar eran como dos codornices

a punto de explotar; tenían las plumas marrones, el pico inflexible y el

cuello corto y poderoso. Esos picos inflexibles no dejaron de picotearme en

las palmas de las manos en ningún momento.

El quinto par de pechos parecía esconder dos avisperos, porque

empezaron a zumbiar en cuanto los toqué. Su superficie se calentó debido a

que todos los insectos pugnaban por salir, haciéndome cosquillas en las

manos mientras administraban sus bendiciones.

Aquel día acaricié al menos ciento veinte pares de pechos. Uno tras

otro, me fueron aportando más y más sentimientos e impresiones con

respecto a los pechos femeninos; era como ir pasando las páginas de un

libro. Pero el unicornio acabó con todas esas gustosas impresiones. Era

como un rinoceronte a la carga, como un terremoto que arrasara el almacén

de mi memoria, como un toro salvaje entrando violentamente en un jardín.

Había estirado las manos. Para entonces las tenía muy hinchadas y casi sin sensibilidad. Intentaba cumplir con las obligaciones del Príncipe de la Nieve y me quedé esperando al siguiente par de pechos. Entonces oí una risita familiar, pero los pechos no llegaron. Una cara rojiza, unos labios rojos, unos pequeños ojos oscuros... De repente, el rostro de la joven que había flirteado conmigo me vino a la memoria. Mi mano izquierda tocó un pecho grande y redondeado; mi mano derecha no tocó nada, y en aquel momento me di cuenta de que la Vieja Jin, la mujer de un solo pecho, había llegado. Tras estar a punto de que la fusilaran después de una pelea grupal, esta provocativa viuda, que tenía una tienda de aceite de sésamo a su cargo, se había casado con el hombre más pobre del pueblo, un mendigo sin techo llamado Un Ojo Fang Jin, y ahora era la esposa de un pobre campesino. Su marido tenía un solo ojo; ella tenía un solo pecho. Era una pareja hecha en el cielo. La Vieja Jin en realidad no era vieja, pero los rumores sobre su particular manera de hacer el amor circulaban con insistencia entre los hombres de la aldea e incluso habían llegado a mis oídos en más de una ocasión, aunque yo no entendía

la mayor parte de lo que se decía. Cuando tenía la mano izquierda sobre su pecho, me cogió la derecha y se la acercó también; ahora, su pecho, que era mucho más redondo de lo habitual, estaba en contacto con mis dos manos.

Guiado por ella, lo palpé hasta el último centímetro. Era una montaña solitaria que se alzaba en el lado derecho de su pecho. La mitad superior era una colina tranquila y relajante, y la mitad inferior era una abrupta semiesfera. El suyo era el pecho más cálido que había tocado en mi vida.

Me recordaba a un gallo recién vacunado; estaba tan caliente que casi saltaban chispas. Era suave y brillante, y aún lo hubiera sido más de no ser por el calor. El extremo de la semiesfera abrupta se expandía hacia el espacio como un cuenco de vino hacia abajo, y lo coronaba un pezón que apuntaba ligeramente hacia arriba. Era duro un instante y blando al instante siguiente, como una bala de goma. Varias gotas de un líquido fresco se me pegotearon en la mano, y entonces me acordé de algo que me había contado un pequeño aldeano que se había ido de viaje al Sur, para vender seda. Me había dicho que la lujuriosa Vieja Jin, era como una papaya, una

mujer que rezumaba fluidos blanquecinos en cuanto se la tocaba. Como yo
nunca había visto una papaya, lo único que me podía imaginar era que se
trataba de una fruta fea que causaba una atracción mortal. El pecho único
de la Vieja Jin hizo que se interrumpieran las actividades sagradas del
Príncipe de la Nieve. Mis manos eran como esponjas empapadas en el
calor de su pecho, y me daba la sensación de que mis caricias también la
satisfacían a ella. Gruñendo como un cerdito, me cogió la cabeza y se la
acercó a su seno, donde su pecho candente me quemó la cara. Entonces la
oí murmurar en voz baja: «Querido niño... mi querido niño...».

Se había roto la ley del mercado de la nieve.

Una sola palabra llamaba al desastre.

* * *

Un Jeep verde aparcó en la plaza que había frente a la casa de Men el
Taoísta. Cuatro policías especiales, vestidos con uniformes de color caqui,
con insignias de algodón blanco bordadas sobre los bolsillos del pecho,
salieron a toda prisa y con gran agilidad y precisión irrumpieron a través
de la puerta de la casa. Volvieron a aparecer, unos instantes más tarde,
llevando a Men el Taoísta esposado. Cuando lo condujeron hasta el Jeep a

empujones, me echó una mirada desolada pero no dijo nada.
Se limitó a
subir al Jeep sumisamente.
Tres meses más tarde, Men Shengwu, Men el Taoísta, el jefe
de una
secta reaccionaria que subía furtivamente a lo alto de una
colina para
enviar señales con balas de fogueo a otros agentes secretos,
fue fusilado
junto al Puente Encantado en la capital del condado. Su perro
ciego salió
corriendo tras el Jeep, persiguiéndolo por la nieve, hasta que le
voló la
cabeza un francotirador que iba en el coche.

II

Estornudé y me desperté. Una luz dorada procedente de la
lámpara de
keroseno barnizaba las relucientes paredes. Madre estaba
sentada junto a la
lámpara cepillando la dorada piel de una comadreja; sobre las
rodillas
tenía apoyadas unas tijeras. La peluda cola de la comadreja
saltaba y daba
brincos entre sus manos. Un hombre sucio y con una cara
semejante a la de
un mono, vestido con un abrigo militar de color marrón, estaba
sentado en
un taburete frente al *kang*, rascándose el cuero cabelludo,
metiéndose los
dedos tullidos debajo del pelo gris.
—¿Eres tú, Jintong? —me preguntó, con una mirada llena de
melancolía que hacía brillar sus ojos oscuros.

—Jintong —me dijo Madre—, este es tu... es tu primo mayor,
Sima...

Era Sima Ting. Hacía años que no lo veía. ¡Y qué mal lo
habían

tratado esos años! Sima Ting, el jefe del concejo que se había
subido a la

torre del vigía hacía tantos años, lleno de vitalidad y de
energía... ¿Dónde

estaba ahora? Y sus dedos, rojos como zanahorias maduras,
¿dónde

estaban?

En el momento en que los misteriosos jinetes les habían
destrozado la

cabeza a Sima Feng y a Sima Huang, Sima Ting había salido
de un salto

del abrevadero para caballos que había junto al ala oeste de
nuestra casa,

como una carpa que salta fuera del agua, mientras el crepitar
de los

disparos le perforaba los tímpanos. Rodeó la casa corriendo a
toda

velocidad, como un burro aterrorizado, y dio una vuelta tras
otra. El ruido

de los cascos de los caballos subió por la calle como una ola.
Me tengo que

escapar, pensaba él, no puedo quedarme aquí esperando a que
me maten.

Con la cabeza llena de cáscaras de trigo, trepó por encima del
muro de

nuestro patio por la parte que daba al Sur y aterrizó en un
montón de

mierda de perro. Tirado en el suelo, escuchó unos ruidos
alborotados que

venían de la calle, y a cuatro patas llegó hasta un viejo
almacén de heno,
que descubrió que compartía con una gallina ponedora que
tenía una cresta
de color rojo brillante. Lo siguiente que oyó, sólo unos
segundos más tarde,
fue un golpe pesado y sordo y el crujido de una puerta al
hacerse trizas.
Inmediatamente después, un grupo de hombres con el rostro
cubierto con
máscaras negras salió al patio y se dirigió hacia el muro.
Aplastaron las
hierbas y el césped que había junto a la base del muro con sus
zapatos de
tela de gruesas suelas. Todos iban armados con rifles de
repetición de color
negro. Moviéndose con la confianza de bandidos temerarios,
pasaron por
encima del muro como una bandada de golondrinas negras. Se
preguntó
por qué llevaban la cara tapada, pero cuando más adelante se
enteró de la
muerte de Sima Feng y Sima Huang, un rayo de luz se filtró
entre las nubes
de su mente, aclarando cosas que no había comprendido hasta
entonces.
Los hombres se dispersaron por el terreno. Preocupándose
solamente por
su cabeza, y dejando que su trasero se ocupara de sí mismo, se
metió
dentro del montón de heno a esperar un desenlace.
—El Número Dos es el Número Dos, y yo soy yo —le dijo
Sima Ting

a Madre, a la luz de la lámpara—. Que eso quede claro, Cuñada.

—Entonces él te llamará Tío Mayor. Jintong, este es tu tío mayor,

Sima Ting.

Antes de volver a deslizarme en el sueño, vi cómo Sima Ting se

sacaba una pequeña medalla de oro del bolsillo y se la daba a Madre.

—Cuñada —le dijo en voz baja y muy avergonzado—, quiero enmendarme y compensar mis crímenes.

Tras salir del pajar reptando, Sima Ting escapó furtivamente de la

aldea en la oscuridad de la noche. Medio mes más tarde, fue reclutado y

enviado a una unidad de camilleros, donde su compañero resultó ser un

hombre joven y de rostro oscuro. Durante una de las batallas, por culpa de

una explosión, perdió tres dedos de la mano izquierda. Pero no dejó que el

dolor le impidiera llevar al hospital al jefe de un escuadrón que había

perdido una pierna cargándolo a su espalda.

Lo escuché charlando interminablemente, contando todas sus extrañas

aventuras, como los jóvenes cuando se inventan historias para que nadie se

fije en sus errores. La cabeza de Madre se balanceaba a la luz de la

lámpara. Un brillo dorado le cubría la cara. Las comisuras de sus labios

estaban curvadas ligeramente hacia arriba, en un gesto que parecía de burla.

Cuando me desperté, a primera hora de la mañana, un olor asqueroso

me llegó a la nariz. Vi a Madre sentada en una silla, apoyada contra la

pared, profundamente dormida. Sima Ting se había instalado en un banco

que había cerca del *kang*. También él dormía, y se parecía a un águila

posada en un árbol. El suelo, delante del *kang*, estaba cubierto de colillas

amarillentas.

Ji Qiongzhi, que después sería mi maestra en la escuela, vino del

gobierno del condado y puso en marcha una campaña para que las mujeres

pudieran casarse en segundas nupcias en la ciudad de Dalan. Con ella

vinieron unas cuantas oficiales femeninas que actuaron como una manada

de caballos salvajes. Organizaron una reunión para todas las viudas del

concejo con la intención de publicitar su campaña y que pudieran volver a

casarse. Gracias a sus activas movilizaciones y a todo lo que organizaron,

prácticamente todas las viudas de nuestra aldea encontraron marido.

Las únicas viudas con las que no funcionó esta campaña fueron las de

la familia Shangguan. Nadie se atrevió a pedir la mano de mi hermana

mayor, Laidi; todos los solteros de la localidad sabían que había sido la

esposa del traidor Sha Yueliang, que Sima Ku, antes de huir de la

revolución, se había aprovechado de ella; y que también había sido la

esposa del soldado revolucionario Sol Callado. Incluso después de la

muerte, estos tres hombres no eran de los que uno quiere tener como

enemigos. Madre estaba dentro del grupo de edad que Ji Qiongzhi había

establecido, pero se negó a casarse de nuevo. Cuando una oficial se

presentó ante la puerta de nuestra casa para intentar convencer a Madre,

esta la echó con una salva de maldiciones.

—¡Sal de mi casa! —aulló Madre—. ¡Pero bueno, si soy más mayor

que tu madre!

Sin embargo, y muy extrañamente, cuando la propia Ji Qiongzhi vino

a casa a intentarlo personalmente, Madre se dirigió a ella con total

cordialidad:

—Jovencita —le dijo—, ¿con quién has pensado que me podría casar?

—Alguien más joven que tú no sería buena idea, tía —le dijo Ji

Qiongzhi—, y el único hombre que hay en tu grupo de edad es Sima Ting.

A pesar de que en su historial hay algunas manchas, ha compensado todo

con sus meritorios servicios. Además, ya tenéis una relación bastante

especial.

Con una sonrisa ácida, Madre dijo:

—Jovencita, su hermano pequeño es cuñado mío.

—¿Y eso qué importa? —dijo Ji Qiongzhi—. No sois parientes de sangre.

La ceremonia nupcial en la que se casaban cuarenta y cinco viudas

tuvo lugar en la vieja y decrepita iglesia. Yo asistí, a pesar de que estaba

muy enfadado. Madre ocupó su lugar entre las viudas. Parecía que se había

puesto un tinte rosa en la cara. Sima estaba de pie con los hombres,

rascándose la cabeza con su mano tullida todo el tiempo, tal vez para

disimular lo incómodo que se sentía.

En nombre del gobierno, Ji Qiongzhi le regaló una toalla y una pastilla de jabón a cada una de las parejas. El jefe del concejo les otorgó

unos certificados de matrimonio. Madre se sonrojó como una joven

virginal al recibir la toalla y el certificado.

En mi mente dominaban unos pensamientos retorcidos. La cara me

ardía y me sentía avergonzado de Madre. En el lugar de la pared donde

había estado el Cristo de madera de azufaifo no había más que polvo. Y

sobre la plataforma donde me había bautizado el Pastor Malory había un

puñado de hombres y mujeres avergonzados. Parecían asustados; tenían la

mirada huidiza, como si fueran una banda de ladrones. A pesar de que a

Madre se le había llenado el pelo de canas, ahí estaba, a punto de casarse

con el hermano mayor de su propio cuñado. Una de las oficiales lanzó unos

pétalos secos de rosas de China, que sacó de una calabaza vaciada, en

dirección a las patéticas y lamentables nuevas parejas. Algunas aterrizaron

sobre el pelo gris de Madre, que se lo había alisado con resina de olmo. Su

cabello caía como cae la lluvia sucia, como caen las plumas viejas de un

pájaro.

Como un perro cuya alma hubiera levantado el vuelo, me escabullí en

silencio de la iglesia. Ahí, en medio de la vieja calle, vi al Pastor Malory

con una túnica negra echada sobre los hombros,
vagabundeando

lentamente, solitario. Tenía la cara salpicada de barro, y unos
tiernos

brotes amarillos de trigo le crecían en la cabeza. En sus ojos,
que parecían

grandes uvas heladas, brillaba la luz de la tristeza. Le conté, en
voz alta,

que mi madre se había casado con Sima Ting. Vi cómo el
rostro se le

desencajaba de dolor; después, mientras yo lo observaba, su
figura y la

túnica negra comenzaron a deshacerse y a disolverse en
volutas de un

humo negro y hediondo.

Hermana Mayor estaba en el patio. Tenía el cuello, blanco
como la

nieve, doblado hacia abajo. Se estaba lavando el pelo, que era
negro y

exuberante. En aquella posición, sus adorables pechos
rosáceos cantaban

como un par de oropéndolas de voz sedosa. Cuando se irguió,
unas gotas de

agua cristalina se deslizaron hacia abajo por el valle que
separaba sus

pechos. Se recogió el pelo en una coleta con una mano
mientras

entrecerraba los ojos, mirándome con un gesto burlón.

—¿Te das cuenta de que se ha casado con Sima Ting? —le
pregunté.

Otra vez su mirada burlona. No me hizo ningún caso. Madre
entró en

la casa dándole la mano a Shangguan Yunü, llevando todavía unos

vergonzados pétalos de rosa pegados a la cabeza. Sima Ting, un tanto

deprimido, venía detrás de ellas. Hermana Mayor cogió la palangana y

lanzó su contenido por el aire; el agua dibujó un abanico luminoso. Madre

suspiró pero no dijo nada. Sima Ting me ofreció su medalla, quizá para

congraciarse conmigo, quizá para mostrarme su valía, pero yo me limité a

mirarlo fijo y solemnemente. En su rostro sonriente había un trazo de

hipocresía. Él miró hacia otro lado y disimuló su incomodidad con una tos.

Yo tiré la medalla por ahí. Voló por encima del tejado, como un pájaro, y

detrás de ella se movía, como si fuera la cola, un lazo de color dorado.

—¡Ve a buscarla! —me dijo Madre, muy enfadada.

—¡No! —le dije yo, desafiante.

—Déjalo, olvídalo —dijo Sima Ting—. No hay ninguna necesidad de

conservarla.

Madre me dio una bofetada.

Yo caí de espaldas y rodé por el suelo.

Madre me dio una patada.

—¡Avergüénzate! —le espeté, lleno de veneno—. ¡No tienes vergüenza!

La cabeza de Madre cayó por el peso de la tristeza y un fuerte lamento

salió de su boca. Entonces se dio la vuelta y entró corriendo en la casa,

bañada en lágrimas. Sima Ting suspiró antes de instalarse debajo del peral

a fumar un poco.

Unos cuantos cigarrillos más tarde, se levantó y me dijo:

—Entra ahí y habla con tu Madre, sobrino. Haz que deje de llorar.

Después se sacó el certificado de matrimonio del bolsillo, lo rompió

en varias tiras y las tiró al suelo justo antes de salir del patio, caminando

muy encorvado, anciano, como una vela que se va derritiendo mientras

sopla el viento.

III

Cuando estaba en el punto álgido de la etapa en la que fanfarroneaba

incesantemente, Sima Ku le regaló unas gafas que parecían estar hechas

con diamantes a su venerado maestro Qin Er, que era miope. Ahora, con

aquel regalo contrarrevolucionario posado sobre la nariz, Qin estaba

sentado en un púlpito de ladrillo con un grueso volumen de literatura china

entre las manos. La voz le temblaba mientras nos daba clase a nosotros, los

de la clase de primero del Concejo de Gaomi del Noreste. Eramos un grupo

de alumnos cuyas edades diferían dramáticamente. Las pesadas gafas se le

iban deslizándose hasta llegar a la mitad del puente de la nariz;
un único
moco verde y grasiento le colgaba de la punta, y amenazaba
con caer al
suelo pero, de algún modo, seguía colgando. «Las cabras
grandes son
grandes», dijo él. A pesar de que ya estábamos en el sexto
mes, uno de los
más cálidos del año, él estaba ahí sentado vestido con una
túnica negra a
rayas, de cuerpo entero, y una gorra de satén negro con una
borla roja. «Las
cabras grandes son grandes», repetimos nosotros, gritando las
palabras que
había dicho él e intentando imitar su tono de voz. «Las cabras
pequeñas
son pequeñas», dijo él tristemente. El ambiente de la
habitación era
sofocante, estaba oscura y húmeda. Ahí estábamos, sentados,
descalzos y
sin camisa, con el cuerpo cubierto de un sudor grasiento,
mientras nuestro
profesor, con ropa de invierno, la cara pálida y los labios
morados, parecía
estar a punto de congelarse. «Las cabras pequeñas son
pequeñas»,
resonaron nuestras voces en la habitación, que olía a orina
rancia, como un
corral de cabras que no se ha limpiado en mucho tiempo. «Las
cabras
grandes y las cabras pequeñas suben corriendo la colina... Las
cabras

grandes y las cabras pequeñas suben corriendo la colina... Las cabras

grandes corren, las cabras pequeñas balan... Las cabras grandes corren, las

cabras pequeñas balan». Dado mi profundo conocimiento de las cabras, yo

sabía que las grandes, con sus ubres colgando, no podían correr; si apenas

podían caminar. En cuanto a las cabras pequeñas, era perfectamente

posible que balaran y, llegado el caso, que corrieran. Las cabras grandes

pastaban perezosamente en los prados, mientras las pequeñas corrían

alrededor balando. Sentí la tentación de levantar la mano para preguntarle

al venerable profesor cuál era su opinión, pero no me atreví a hacerlo.

Delante de él había una regla con la que imponía la disciplina; su único uso

era golpear las manos de los alumnos desobedientes. «Las cabras grandes

comen mucho... Las cabras grandes comen mucho... Las cabras pequeñas

comen poco... Las cabras pequeñas comen poco...». Esos enunciados eran

verdaderos. Por supuesto, las cabras grandes comen más que las cabras

pequeñas, y las cabras pequeñas comen menos que las cabras grandes. «Las

cabras grandes son grandes... Las cabras pequeñas son pequeñas...». Con

eso, volvimos atrás y comenzamos todo de nuevo. El profesor seguía

recitando incansablemente, pero el orden empezó a trastocarse en la clase.

Uno de los estudiantes, Wu Yunyu, el hijo de un empleado de una granja,

era un chico alto y robusto de dieciocho años. Ya se había casado, con una

viuda que era la propietaria de una tienda de tofu y que era ocho años

mayor que él y estaba en la última fase del embarazo. Estaba a punto de ser

papá. Este papá incipiente se sacó una pistola oxidada de debajo del

cinturón y apuntó a la borla roja de la gorra de Qin Er. «Las cabras grandes

corren... Las cabras grandes... *¡Bang! Ja,ja, ja, ja, corren...*». El profesor

levantó la vista; sus ojos grises y ovinos nos escrutaron por encima de las

gafas de falsos diamantes. Era tan miope que probablemente no veía nada.

Entonces se puso de nuevo a leer. «Las cabras pequeñas balan... *¡Bang!* ».

Wu Yunyu le pegó otro tiro imaginario, y la borla roja de la gorra del viejo

profesor se tambaleó. Las carcajadas retumbaron en la habitación. El

profesor cogió la regla y dio un golpe en la mesa. «¡Silencio!», ordenó,

como si fuera un juez. El recitado volvió a empezar. Guo Qiusheng, un

chico de diecisiete años, hijo de un campesino pobre, se
levantó de donde
estaba sentado de cuclillas y se acercó, caminando sobre las
puntas de los
pies, hasta el púlpito, donde se quedó de pie detrás del
maestro, se mordió
el labio inferior con sus ratoniles dientes incisivos y gesticuló
como si
estuviera metiendo proyectiles en un mortero a través de la
boca de su
cañón, que resultaba ser la parte superior de la huesuda cabeza
del
profesor. Entonces disparó su arma imaginaria una y otra vez.
En la clase
comenzó a reinar el caos; todos nos echábamos hacia adelante
y hacia
atrás, muertos de risa. Xu Lianhe, un chico muy grande,
empezó a aporrear
su pupitre, mientras Fang Shuzhai, que era más bajito pero
más gordo,
desgarró todas las páginas de su libro y las lanzó por el aire
para que
revolotearan como mariposas.
El viejo profesor se puso a dar golpes en la mesa, pero eso no
hizo que
las cosas se calmaran. Miraba constantemente por encima de
sus gafas,
intentando determinar la causa de todo aquel escándalo.
Mientras tanto,
Guo Qiusheng seguía adelante con su humillante
representación a espaldas
de Qin Er, arrancándoles extraños alaridos a todos los chicos
idiotas que

rondaban los quince años. Entonces la impertinente mano de Guo Qiusheng

rozó la oreja del anciano profesor, quien se dio la vuelta y la atrapó.

—¡Recita la lección! —ordenó el viejo profesor, muy digno.

Guo Qiusheng se quedó de pie, en el púlpito, con los brazos colgando

a ambos lados del cuerpo, intentando representar el papel del estudiante

obediente. Pero la sonrisa burlona que se dibujó en su rostro lo traicionó.

Metió los labios hacia dentro de modo que su boca tomó la forma de un

ombligo. Después cerró un ojo y echó la boca a un lado todo lo que pudo. A

continuación apretó los dientes y empezó a mover las orejas.

—¡Recita la lección! —rugió enfadado el profesor.

Guo Qiusheng empezó: «Las chicas grandes son grandes, las chicas

pequeñas son pequeñas, las chicas grandes asustan a las pequeñas».

En medio de las carcajadas delirantes que se oyeron a continuación,

Qin Er se levantó apoyándose en el borde de la mesa. Su barba canosa

temblaba mientras él murmuraba:

—¡Un chico malo! ¡A los chicos malos no se les puede enseñar nada!

A tientas, encontró su regla, cogió la mano de Guo Qiusheng y la

colocó sobre la mesa. ¡*Pa!* La regla impactó salvajemente sobre la mano

de Guo Qiusheng, quien aulló roncamente. El profesor lo miró a los ojos y

levantó la regla por encima de su cabeza, pero su brazo quedó congelado en

el aire cuando vio la mirada insolente de un matón proletario en el rostro

de Guo; sus ojos de acero negro brillaban con un odio desafiante. En la

mirada reumática del profesor se vio una expresión de derrota. Después

dejó caer el brazo a un lado débilmente, con la regla en la mano.

Murmurando algo inaudible, se quitó las gafas, las guardó en una funda

metálica, envueltas en un trozo de tela azul y se las metió en el bolsillo.

También se guardó la regla, con la que en otros tiempos había castigado a

Sima Ku, en la túnica. Hecho eso, se quitó la gorra de la cabeza, le hizo una

reverencia a Guo Qiusheng, después se volvió y nos hizo una reverencia al

resto de la clase y exclamó, con una voz lastimera que sugería a un tiempo

tristeza y repugnancia:

—Caballeros, yo, Qin Er, soy un viejo loco y testarudo. No soy mejor

que la mantis que creía que podría detener un tren. He sobrestimado mis

capacidades. He superado la edad en la que servía para algo y me he

cubierto de vergüenza aferrándome a la vida. ¡Os he ofendido

profundamente, y lo único que puedo hacer es suplicar vuestro perdón!

Entonces juntó las manos por las palmas a la altura del vientre y las

movió en señal de respeto unas cuantas veces antes de volver a encorvarse

como una gamba cocida y de dejar el aula con unos pasos ligeros y

temblorosos. Cuando estuvo fuera, oímos el turbio sonido de su voz.

Así concluyó nuestra primera clase del día.

La segunda era la clase de música.

¡Música! Nuestra profesora, Ji Qiongzhi, que había sido enviada por

el gobierno del condado, apoyó el extremo de su puntero en la pizarra,

donde había unas grandes palabras escritas con tiza, y dijo con una voz

muy aguda: «Para la clase de música no usaremos ningún libro de texto.

Nuestros libros de texto estarán aquí —y se señaló la cabeza y el pecho—,

y aquí —y se señaló el diafragma. Se dio la vuelta y se puso a escribir en la

pizarra mientras siguió diciendo—: Hay muchas maneras distintas de hacer

música: con una flauta o con un violín, tarareando una cancioncilla o

cantando un aria. Todo eso es música. Quizá no lo comprendáis ahora, pero

algún día lo entenderéis. Cantar puede ser una forma de orar, pero no

siempre lo es. Cantar es una actividad musical importante y, ya que

estamos en una aldea remota como esta, será el aspecto más importante de

nuestras clases de música. Así que hoy vamos a aprender una canción —

continuó, mientras escribía en la pizarra».

Desde donde yo estaba sentado, mirando por la ventana, podía ver al

hijo de un contrarrevolucionario, Sima Ting, y a la hija de un traidor, Sha

Zaohua. A ninguno de los dos les habían concedido autorización para

asistir a las clases, y les habían encargado que cuidaran de las ovejas

mientras miraban con curiosidad y deseo el edificio de la escuela. Estaban

entre un césped que les llegaba por las rodillas, rodeados por una docena de

girasoles, más o menos, de tallos gruesos, anchas hojas verdes y brillantes

flores amarillas. Todos esos rostros amarillos reflejaban la melancolía que

reinaba en mi corazón. Al ver esos ojos relucientes, los míos se llenaron de

lágrimas. Mientras observaba la ventana, con sus gruesas celosías de

madera de sauce, me imaginé que me convertía en un zorzal y salía

volando para bañarme en la dorada luz del sol de la tarde estival y posarme

encima de uno de aquellos girasoles, junto a los afidios y las mariquitas.

La canción que nos enseñó aquel día era el *Himno de la liberación de*

las mujeres. La profesora se dobló por la cintura para garrapatear las

últimas frases en la parte inferior de la pizarra. La solidez de su espalda

erguida me recordaba al lomo de una yegua. Una flecha emplumada, cuya

punta había sido untada con resina de peral, pasó velozmente a mi lado y le

impactó en la espalda. Las risotadas malignas resonaron en el aula. El

arquero, Ding Jingou, que se sentaba justo detrás de mí, agitó su arco de

bambú triunfalmente una o dos veces antes de esconderlo con rapidez. La

profesora de música retiró la flecha del blanco y sonrió al examinarla.

Después la lanzó sobre la mesa, donde se quedó pegada, de pie, temblando

durante unos instantes.

—Buen tiro —dijo tranquilamente, dejando el puntero y quitándose la

chaqueta militar que tenía puesta, que estaba ya blanca por las innumerables veces que se había lavado.

Sin la chaqueta, su blusa blanca, de manga corta y escote en V, nos

dejó maravillados. La llevaba metida por debajo de los pantalones, que

iban ceñidos con un ancho cinturón de cuero que, con el paso de los años,

se había vuelto negro y brillante. Tenía la cintura fina, los pechos altos y

redondeados y las caderas anchas. También sus pantalones militares se habían decolorado por los múltiples lavados. Por último, llevaba un par de zapatillas blancas muy a la moda. Para conseguir que su aspecto fuera más atractivo, se apretó el cinturón un poco más delante de nosotros. Sonrió y desplegó todo el encanto de un hermoso zorro blanco, pero su sonrisa desapareció tan rápido como había venido, y entonces mostró la ferocidad de un zorro blanco.

—Habéis echado a Qin Er. ¡Qué héroes! —Con una sonrisa despectiva y burlona, despegó la flecha de la mesa y nos la mostró, cogiéndola con tres dedos—. ¡Qué flecha tan impresionante! —dijo—. ¿Es de Li Guang?

¿O quizá de Hua Rong? ¡Que alguien se atreva a ponerse en pie y asumir lo que ha hecho!

Sus encantadores ojos negros recorrieron el aula. Nadie se levantó.

Entonces ella cogió el puntero. ¡*Pang!* Dio un fuerte golpe en la mesa.

—Os lo advierto —dijo—, en mi clase no quiero saber nada de vuestros truquitos de pandilleros, así que os los guardáis en un trozo de algodón y os vais a casa a hacérselos a vuestras madres.

—¡Profesora, mi madre está muerta! —gritó Wu Yunyu.

—¿La madre de quién está muerta? —preguntó ella—. ¡Ponte en pie!

—Wu Yunyu se puso en pie, aparentando despreocupación—. Ven aquí al

frente, donde yo pueda verte.

Wu Yunyu, que llevaba una grasienta gorra de piel de serpiente que le

cubría su finísimo pelo —y la llevaba todo el tiempo, decían, incluso por la

noche, mientras dormía, y cuando se metía a bañarse en el río — se dirigió,

pavoneándose, al frente de la clase.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella, sonriendo.

Wu Yunyu le dijo su nombre, dándose aires de fanfarrón.

—Escuchad, estudiantes —dijo ella—, yo me llamo Ji Qiongzhi. Me

quedé huérfana cuando era un bebé y pasé los primeros siete años de mi

vida en un vertedero de basura. Después me uní a un circo ambulante. No

hay ninguna clase de gamberro o delincuente que yo no conozca. Aprendí a

saltar en moto pasando por un aro en llamas, a caminar por la cuerda floja,

a tragar sables y a escupir fuego. Después me convertí en domadora de

animales; empecé con perros y luego me dediqué a los monos, a los osos y

finalmente a los tigres. Puedo enseñarle a un perro a saltar por un aro, a un

mono a que se suba a un poste, a un oso a montar en bicicleta y a un tigre a

que se tumbe y rueda por el suelo. A los diecisiete años me incorporé al ejército revolucionario. He combatido contra el enemigo; muchas veces he metido la espada limpia y la he sacado roja brillante. Cuando tenía veinte años me mandaron a la Academia Militar del Sur de China, donde aprendí actividades deportivas, pintura, canto y danza. A los veinticinco años me casé con Ma Shengli, jefe del departamento de inteligencia de la Oficina de Seguridad Pública y campeón de lucha libre; puedo pelearme con él en igualdad de condiciones.

Se echó hacia atrás el pelo, que llevaba corto. Tenía una cara morena, saludable, revolucionaria, unos pechos vivaces que empujaban contra su camisa con orgullo, una nariz valiente, unos labios orgullosos y salvajes y unos dientes tan blancos como la piedra caliza.

—Yo, Ji Qiongzhi, no tengo miedo a los tigres —dijo muy secamente, mirando con desprecio a Wu Yunyu—. ¿Crees que te voy a tener miedo a ti?

Mientras expresaba su desprecio, le acercó el puntero, metiéndole el extremo debajo de la gorra; luego, con un rápido movimiento de muñeca, se la sacó de la cabeza como quien da la vuelta a una tortita en una sartén,

con un sonido sibilante. Todo ocurrió en un instante. Wu se tapó la cabeza

con ambas manos. Su cráneo parecía una patata podrida. La expresión

arrogante que tenía desapareció sin dejar rastro y fue reemplazada por una

mirada de profunda estupidez. Con las manos todavía sobre la cabeza,

levantó la mirada, buscando el objeto que ocultaba su desfiguración.

Estaba en el aire, muy arriba, bailando y girando encima del puntero,

dando vueltas como la hélice de un artista de circo. La imagen de su gorra

danzando con tanta gracia, de un modo tan cautivador, hizo que a Wu

Yunyu el alma se le cayera a los pies. Con otro quiebro de la muñeca de

ella la gorra despegó, ascendió por el aire y volvió a aterrizar sobre el

puntero para seguir dando vueltas. Yo estaba fascinado. Ella volvió a

lanzarla al aire, pero esta vez dirigió ese objeto feo y maloliente de modo

que cayera a los pies de Wu Yunyu.

—Vuelve a ponerte ese sombrero inmundo en la cabeza y arrastra tu

culo hasta tu asiento —le dijo, mirándolo con asco—. He comido más sal

que tú fideos —dijo, cogiendo la flecha que estaba encima de la mesa. Su

mirada se posó en uno de los estudiantes—. ¡Tú! ¡Te estoy hablando a ti!

—le dijo fríamente—. ¡Tráeme ese arco!

Ding Jingou se levantó muy nervioso, subió al estrado y, obedientemente, depositó el arco sobre la mesa.

—¡Vuelve a tu asiento! —le dijo ella, cogiendo el arco. Lo probó—.

¡Este bambú es demasiado blando, y la cuerda está prácticamente

inservible! Las mejores cuerdas para arcos se hacen con tendones de vaca.

Colocó la flecha llena de plumas en la cuerda de pelo de caballo, tensó

ligeramente el arma y apuntó a la cabeza de Ding Jingou. Él se escondió

bajo su pupitre, aterrorizado. Justo en ese momento, una mosca empezó a

zumbar en la luz que entraba por la ventana. Ji Qiongzhi apuntó

cuidadosamente. *Tuing*, hizo la cuerda de pelo de caballo. La mosca cayó

al suelo.

—¿Alguien quiere otra demostración? —preguntó. Nadie dijo ni pío.

Entonces, ella sonrió dulcemente y un hoyuelo se le formó en la barbilla—.

Ya podemos empezar. Esta es la letra de la canción de hoy:

En la sociedad antigua, las cosas eran así:

Un pozo, un pozo oscuro y seco, muy profundo, en el suelo.

La gente corriente aplastada y las mujeres en lo más bajo, en lo más bajo de todo.

En la sociedad nueva, las cosas son así:

Un sol, un sol brillante y cálido, muy alto, sobre las cabezas de

los campesinos.

Las mujeres tienen la libertad deponerse en pie en lo más alto, en

lo más alto de todo.

IV

Mi capacidad para memorizar las letras y mi talento para la música

destacaban entre los alumnos de la clase de Ji Qiongzhi.

Mientras yo

cantaba «y las mujeres en lo más bajo», Madre tenía en la mano una

botella envuelta en una toalla y llena de leche de cabra y me llamaba una y

otra vez desde el otro lado de la ventana:

—¡Jintong, ven a tomar la leche!

Sus gritos y el olor de la leche me distrajeron un poco, pero cuando la

clase estaba a punto de acabar, yo había sido el único que pudo terminar de

cantar la canción sin equivocarse ni en un pulso. Eramos cuarenta

estudiantes en aquella clase, y yo era el único al que Ji Qiongzhi felicitó.

Después de preguntarme cómo me llamaba, me dijo que me pusiera de pie

y me hizo cantar el *Himno de la liberación de las mujeres* desde el

principio hasta el final. Cuando la clase hubo concluido, Madre me alcanzó

la leche por la ventana. Yo no sabía si cogerla o no, y entonces ella me

dijo:

—Bébetela, hijo. Madre está orgullosa de ver lo bien que lo estás

haciendo.

En la clase se oyeron unas risas apagadas.

—Cógela, hijo. No tienes nada de lo que avergonzarte —dijo Madre.

Ji Qiongzhi se acercó caminando y se puso a mi espalda. Apoyada en

su puntero, miró por la ventana y dijo con un tono de voz amistoso:

—Ya veo que eres tú, tía. Por favor, te pido que a partir de ahora no

vuelvas a interrumpir la clase.

Echando un vistazo al interior de la clase, Madre le contestó respetuosamente:

—Profesora, es mi único hijo y, por desgracia, no ha comido nunca

comida de verdad. Cuando era pequeño se alimentaba de mi leche, y ahora

lo único que toma es leche de cabra. Esta mañana la cabra no ha dado lo

suficiente y quería asegurarme de que toma algo más para aguantar todo el

día.

Ji Qiongzhi sonrió y dijo:

—Cógela. No tengas a tu madre ahí esperando.

La cara me ardía cuando cogí la botella que me había traído. Ji Qiongzhi le dijo a Madre:

—Pero tiene que comer comida de verdad. ¿No pretenderás que

arrastre a su cabra lechera cuando vaya al instituto o a la universidad, no?

—Probablemente se imaginó a un estudiante universitario entrando en un

aula con una cabra atada a un ronzal, porque soltó una carcajada sincera,

una carcajada sin un ápice de maldad, y preguntó—: ¿Cuántos años tiene?

—Trece. Nació en el año del conejo —le contestó Madre—. Yo

también estoy preocupada por él, pero vomita cualquier otra cosa que

coma. Le da un dolor de estómago tan fuerte que empieza a sudar

muchísimo. Me asusto cada vez que le pasa.

—Ya basta, Madre —dije yo, de mal humor—. Por favor, no digas

nada más. Y no quiero la leche.

Le intenté dar la botella a través de la ventana. Ji Qiongzhi me hizo

una caricia en la oreja con un dedo.

—No seas así, estudiante Shangguan. Ya irás superando tus problemas

gradualmente, pero de momento deberías tomarte esa leche. — Me di la

vuelta y vi un montón de ojos brillantes clavados en mí, y sentí una

profunda vergüenza—. Ahora escuchadme —dijo Ji—. No debéis reiros de

las debilidades de los demás.

Entonces salió de la clase.

De cara a la pared, me bebí la leche lo más rápido que pude y le

devolví la botella a mi Madre por la ventana.

—Madre —le dije—, por favor, no vuelvas nunca más por aquí.

Durante el intervalo que hubo entre las clases, Wu Yunyu y Ding

Jingou se portaron estupendamente y se quedaron sentados en sus asientos

sin ninguna expresión en el rostro. Fang Shuzhai, el chico gordo, se sacó el

cinturón, se subió a su pupitre y lo colgó de una viga para jugar al juego

del ahorcado. Después, imitando la voz aguda de una viuda, empezó a

sollozar y a quejarse tristemente: «Perro Dos, Perro Dos, ¿cómo has podido

hacer eso? Con los brazos extendidos has vuelto junto al creador y has

dejado a tu pequeña mujer durmiendo sola noche tras noche. Un gusano ha

anidado en mi corazón, así que me voy a ahorcar. Te veré junto a las

fuentes del Río Amarillo».

Estuvo sollozando y quejándose tristemente hasta que dos regueros de

lágrimas le empezaron a correr por las pequeñas y regordetas mejillas de

cerdito que tenía. También le goteaba la nariz y su contenido se le metía en

la boca. «¡No puedo seguir viviendo!», se lamentó poniéndose de puntillas

y metiendo la cabeza en la horca que había construido con el cinturón.

Cogió la supuesta soga con ambas manos, se inclinó hacia adelante y pegó

un salto. «¡No puedo seguir viviendo!», gritó. Volvió a saltar. «¡Ya he

vivido lo suficiente!». Las carcajadas que resonaban en el aula tenían algo

extraño. Wu Yunyu, que todavía estaba reconcomiéndose de rabia, apoyó

las dos manos sobre su pupitre, estiró una pierna y le dio una patada al

pupitre que Fang Shuzhai tenía debajo. Este se quedó colgando y

estremeciéndose, se aferró a la soga con las dos manos, luchando por su

vida. Sus piernas cortas y rechonchas se agitaban en el aire, pero a cada

instante más y más lentamente. La cara se le empezó a poner morada y

echaba espuma por la boca, hasta que un estertor mortal sonó desde lo más

profundo de su garganta. «¡Está muerto!», gritaron, aterrorizados, varios de

los chicos más pequeños, y salieron corriendo de la clase. Fuera, en el

patio, se pusieron a dar patadas en el suelo mientras gritaban: «¡Está

muerto! ¡Fang Shuzhai se ha colgado!». Los brazos de Fang Shuzhai

colgaban, inertes, a sus lados, y sus piernas ya no se agitaban. Con un

espasmo, su cuerpo se estiró al máximo. Desde dentro de sus pantalones nos llegó el sonido de un fortísimo pedo, que se deslizó como una serpiente, mientras en el patio el resto de los estudiantes corrían como locos. Ji Qiongzhi salió de la sala de profesores con un grupo de hombres cuyos nombres, así como las asignaturas que impartían, yo desconocía.

«¿Quién está muerto? ¿Quién?», preguntaron mientras se dirigían hacia la clase, tropezando con algunos restos de la obra que todavía no habían sido retirados. Un puñado de estudiantes excitados y presa del pánico abrió la marcha; cada vez que uno de ellos se volvía para mirar atrás, daba un traspié. Saltando como una gacela, Ji llegó a la clase en cuestión de segundos. Parecía un poco confundida por pasar de la brillante luz del sol a una habitación tan oscura.

—¿Dónde está? —preguntó.

El cuerpo de Fang Shuzhai yacía pesadamente en el suelo como el de un cerdo muerto. Su cinturón se había partido en dos. Ji se arrodilló y lo puso boca arriba. Frunciendo el ceño, levantó los labios para taparse los agujeros de la nariz. Fang Shuzhai apestaba como un demonio. Ella le colocó un dedo debajo de la nariz y entonces le dio un

violento pellizco entre la boca y la nariz. Inmediatamente, Fang Shuzhai

levantó un brazo y le agarró la mano. Con el ceño todavía fruncido, ella se

puso en pie y le dio una patada a Fang Shuzhai.

—¡Levántate! ¿Quién tiró ese pupitre?

Su expresión y su voz mostraban con claridad lo enfadada que estaba.

Se puso frente a toda la clase.

—Yo no lo he visto.

—Yo no lo he visto.

—Yo no lo he visto.

—Bueno, y entonces ¿quién lo ha visto? O mejor, ¿quién de vosotros

lo hizo? ¿Qué tal si demostráis un poco de valor por una vez?

Todos estábamos con la cabeza completamente gacha. Fang Shuzhai

no dejaba de sollozar.

—¡Cállate! —le dijo ella, dando un golpe en la mesa—. Si de verdad

quieres tantas ganas de morir, no hay nada que hacer. Luego te enseñaré

unos cuantos métodos infalibles. Y no me creo que ninguno de vosotros

viera quién tiró el pupitre. Shangguan Jintong, tú eres un chico sincero.

Dímelo tú.

Yo bajé la cabeza aún más.

—Levanta la cara y mírame —me dijo—. Sé que tienes miedo, pero te

doy mi palabra de que no tienes nada que temer.

Yo levanté la mirada y contemplé su rostro de revolucionaria,
sus

hermosos ojos, y me sentí mecido por un sentimiento como el
que se siente

mecido por el viento del otoño.

—Espero que tengáis el valor para denunciar a la gente mala y
las

acciones dañinas —dijo ella, muy tensa—. Es una cualidad
muy necesaria

entre la juventud de la nueva China.

Yo giré la cabeza ligeramente a la izquierda, y me encontré
con la

mirada intimidatoria de Wu Yunyu. Entonces dejé caer
nuevamente la

cabeza sobre el pecho.

—Wu Yunyu, hazme el favor de levantarte —dijo ella
tranquilamente.

—¡Yo no fui! —bramó él.

Ella se limitó a sonreír y a decirle:

—¿Por qué estás tan susceptible? ¿Por qué gritas?

—Bueno, porque yo no fui —murmuró él, repiqueteando con
las uñas

de los dedos en la superficie del pupitre.

—Wu Yunyu —le dijo ella—, la gente que vale la pena
siempre

asume la responsabilidad de sus actos.

De repente, él dejó de repiquetear sobre el pupitre y levantó
lentamente la cabeza. La expresión de su rostro se había vuelto
malvada.

Tiró su libro al suelo, envolvió su pizarra de mano y sus tizas
en un trozo

de tela azul y se lo metió bajo el brazo. Después, con una mueca burlona,

dijo:

—¿Y qué pasa si le di una patada a ese pupitre? ¡No me pienso quedar

en esta escuela de mierda! Para empezar, yo nunca quise venir, pero tú me

convenciste.

Entonces se dirigió hacia la puerta caminando con arrogancia. Era alto

y de complexión grande, la imagen perfecta de un individuo rudo y poco

razonable. Ji Qiongzhi se puso debajo de la puerta, bloqueándole el paso.

—¡Quítate de en medio! —dijo él—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Ji sonrió dulcemente y le dijo:

—¡Voy a enseñarle a un gamberro mamón —y le dio una patada en la

rodilla con el pie derecho— que si haces cosas dañinas —Wu Yunyu aulló

de dolor y cayó al suelo— serás castigado!

Wu cogió la pizarra de mano y se la lanzó a Ji Qiongzhi. Le impactó

en el torso. Protegiéndose el pecho herido con los brazos, Ji soltó un

quejido. Wu Yunyu se puso en pie y dijo, con un tono de voz fanfarrón que

intentaba disimular su miedo:

—No me asustas. Soy un granjero arrendatario de tercera generación.

Toda mi familia, mis tías, mis tíos, mis sobrinas, mis sobrinos... son

campesinos pobres. ¡Yo nací en la cuneta de una carretera donde mi madre

mendigaba para comer!

Acariciándose el pecho dolorido, Ji Qiongzhi dijo:

—Odio ensuciarme las manos con un perro rastrero como tú.

—Estiró

los dedos de sus manos y los volvió a cerrar. *¡Crac! ¡Crac!* Le crujieron los

nudillos—. Me da igual que seas un granjero arrendatario de tercera

generación o un granjero arrendatario de trigésima generación.

¡Igual voy a

darte una lección!

Súbitamente, su puño impactó contra la mejilla de Wu. Él gritó y se

tambaleó al recibir el golpe. El siguiente puñetazo le cayó en las costillas,

y después recibió una patada en el tobillo. Cayó despatarrado al suelo,

llorando como un bebé. Entonces Ji lo cogió por el cuello y lo levantó

hasta ponerlo de pie, sonriendo mientras le miraba su fea cara. Lo fue

llevando hacia la puerta, le dio un rodillazo en el estómago y lo empujó

con fuerza. Wu Yunyu quedó tirado boca arriba sobre un montón de

ladrillos.

—En este mismo instante —dijo Ji Qiongzhi—, quedas expulsado de

la escuela.

V

Me estaban esperando en el sendero que iba de la escuela a la aldea, cada

uno con una elástica vara de morera en la mano. La brillante luz del sol

hacía que sus rostros resplandecieran como si estuviesen cubiertos de cera.

La agradable calidez de los rayos del sol le daba un lustre especial a la

gorra de piel de serpiente y a la mejilla inflamada de Wu Yunyu, a los

sinistros ojos de Guo Qiusheng, a las orejas semejantes a setas de Ding

Jingou y a los dientes renegridos de Wei Yangjiao, que en la aldea tenía

fama de ser particularmente astuto. Yo pensaba pasar junto a ellos por uno

de los lados del camino, pero Wei Yangjiao me bloqueó el paso con su vara

de morera.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté tímidamente.

—¿Que qué estamos haciendo? Escucha, pequeño bastardo —dijo, y

el blanco de sus ojos bizcos se desplazaba por sus órbitas como una polilla

—, le vamos a dar una lección a un bastardo hijo de un diablo extranjero y

pelirrojo.

—Pero si yo no os he hecho nada —protesté.

La vara de Wu Yunyu cayó sobre mi espalda, creando unas cálidas

corrientes de dolor. Después se sumaron los demás: las cuatro varas de

morera me golpeaban en el cuello, en la espalda, en los costados y en las

piernas. Para entonces yo estaba aullando, así que Wei Yangjiao sacó un

cuchillo con un mango de hueso y lo agitó delante de mis narices.

—¡Cállate! —me ordenó—. ¡Si no dejas de gritar, te corto la lengua,

te arranco los ojos y te rebano la nariz!

La luz del sol refulgió fríamente en la hoja. Aterrorizado, cerré la

boca. Entonces me inmovilizaron apoyándose encima de mí con las

rodillas y empezaron a azotarme con sus varas en la parte posterior de las

piernas, como lobos que se lanzan en manada sobre una oveja y se la llevan

a lo más profundo del bosque. El agua fluía silenciosamente por las

acequias, a ambos lados del sendero. Unas burbujas ascendían a la

superficie y soltaban un hedor que se hacía más intenso a medida que

avanzaba la tarde. Yo les suplicaba, una y otra vez:

—Dejadme ya, hermanos mayores.

Pero con eso sólo conseguía que me golpearan más fuerte, y cada vez

que gritaba, Wei Yangjiao estaba ahí para hacerme callar. No tenía más

remedio que aceptar la paliza en silencio e ir adonde me quisieran llevar.

Después de cruzar un puente hecho de tallos secos, me
hicieron parar
en un campo de flores de ricino. Para entonces, tenía toda la
espalda
mojada, pero no podría decir si se trataba de sangre o de pis.
Los rayos
rojos del atardecer se filtraban entre sus cuerpos mientras ellos
se
colocaban en fila. Las puntas de sus varas de morera estaban
todas
desgarradas, y de un color tan verde que parecía negro. Las
gruesas hojas
del ricino, semejantes a abanicos, se habían convertido en la
morada de
diversos saltamontes con grandes vientres que chirriaban
sombriamente. El
fuerte olor de las flores de ricino me hizo saltar las lágrimas.
Wei Yangjiao
se volvió hacia Wu Yunyu y le preguntó con obsecuencia:
—¿Qué vamos a hacer con él, hermano mayor?
Acariciándose la mejilla inflamada, él murmuró:
—Yo digo que lo matemos.
—No —dijo Guo Qiusheng—, no podemos hacer eso. Su
cuñado es el
ayudante del gobernador del condado, y su hermana también
es una oficial.
Si lo matamos, estamos acabados.
—Podemos matarlo —dijo Wei Yangjiao—, y arrojar su
cuerpo al Río
del Agua Negra. En cuestión de días será pasto de las tortugas
marinas y
nos habremos librado del listillo.

—No cuentes conmigo si piensas matarlo —dijo Ding Jingou—. Su

cuñado, Sima Ku, que ha matado a un montón de gente, sería capaz de

aparecer y eliminar a todas nuestras familias.

Los escuché debatir sobre mi destino como si fuera un observador

desinteresado. No tuve miedo, y ni se me pasó por la cabeza la posibilidad

de salir corriendo. Estaba en un estado de ánimo expectante. Incluso tuve

tiempo para dirigir la vista hacia lo lejos, a la distancia, donde vi praderas

teñidas de color rojo sangre junto a la dorada Montaña del Buey Reclinado

hacia el Sudeste, y una infinita extensión de tierras de cultivo de color

verde oscuro hacia el Sur. Las orillas del Río de Agua Negra, que

serpenteaba hacia el Este, quedaban ocultas por unos altos tallos y

reaparecían tras unos más bajos. Bandadas de pájaros blancos formaban

algo parecido a hojas de papel volando sobre la corriente de agua que

estaba fuera del alcance de mi vista. Algunos episodios del pasado me

vinieron a la cabeza, uno tras otro, y de pronto me dio la sensación de que

llevaba sobre la Tierra por lo menos cien años.

—Vamos, matadme —les dije—. Podéis matarme. ¡Ya he vivido

bastante!

Una expresión de sorpresa cruzó sus ojos. Tras intercambiar unas

miradas entre ellos, se volvieron todos hacia mí, como si no me hubieran

oído bien.

—¡Adelante, matadme! —dije con decisión antes de ponerme a llorar.

Unas lágrimas pegajosas rodaron por mi cara y se me metieron en la

boca, saladas, como la sangre de pescado. Mi súplica los había colocado en

una posición extraña. Volvieron a intercambiar unas miradas, dejando que

sus ojos hablaran por ellos. Entonces subí la apuesta inicial:

—Os lo suplico, caballeros, acabad conmigo de una vez. No me

importa cómo lo hagáis, sólo os pido que sea rápido, para no sufrir mucho.

—Crees que no tenemos agallas para matarte, ¿verdad? —dijo Wu

Yunyu, cogiéndome la barbilla con sus dedos ásperos y mirándome

fijamente a los ojos.

—No —dije yo—. Estoy seguro de que las tenéis. Lo único que digo

es que lo hagáis rápido.

—Chicos —dijo Wu Yunyu—, nos ha puesto en una situación peliaguda, y la única manera de resolverla es matándolo.

Ahora ya no

podemos echarnos atrás. No importa lo que pase. Ha llegado la hora de

acabar con él.

—Entonces hazlo tú —dijo Guo Qiusheng—. Yo no pienso hacerlo.

—¿Es que te estás amotinando? —dijo Wu, cogiendo a Guo por los

hombros y sacudiéndolo—. Somos cuatro langostas sobre el mismo

alambre, así que es mejor que a nadie se le ocurra abandonar. Si lo

intentas, me encargaré de que todo el mundo se entere de lo que le hiciste a

esa chica tontaina de la familia Wang.

—Esperad —dijo Wei Yangjiao—. Dejad de discutir. Sólo estamos

hablando de matarlo. Si queréis saber la verdad, yo soy el que mató a esa

vieja en la Aldea del Puente de Piedra. No tenía ningún motivo, sólo quería

probar mi cuchillo. Siempre pensé que debía ser difícil matar a alguien,

pero ahora sé que es facilísimo. Le metí el cuchillo entre las costillas y fue

como cortar un pastel de tofu. *Slurp*. Se lo metí hasta el mango. Cuando

saqué el cuchillo, ya estaba muerta. No hizo ni un ruido. —Se frotó la hoja

del cuchillo contra los pantalones y dijo—: Mirad.

Apuntó a mi estómago y me clavó el cuchillo. Yo cerré los ojos lleno

de felicidad, y me pareció que realmente veía la sangre verdosa que salía a

borbotones de mi vientre y le empapaba la cara. Salieron corriendo hacia la

acequia, donde se echaron agua para limpiarse la sangre, pero el agua

parecía un jarabe rojo y translúcido y en lugar de limpiarles el rostro se lo

ensució todavía más. Mientras la sangre chorreaba, las tripas se me

salieron y se deslizaron por el sendero que conducía hasta la acequia,

donde quedaron a merced de la corriente. Con un grito de alarma, Madre se

metió en la acequia de un salto para recuperar mis tripas. Se las fue

enrollando alrededor del brazo, vuelta tras vuelta, hasta que llegó donde

estaba yo. Agotada por el peso de mis intestinos, respiraba con dificultad y

me miraba con tristeza.

—¿Qué te ha pasado, niño?

—Me han matado, Madre.

Sus lágrimas me cayeron sobre el rostro. Después, se arrodilló y me

metió las tripas en el vientre, pero estaban tan resbaladizas que en cuanto

lograba meter un trozo, se volvía a salir, y la rabia y la frustración la

hacían llorar cada vez más. Finalmente se las apañó para meterlas de

nuevo. Después se sacó una aguja e hilo de entre los cabellos y me cosió

como a un abrigo roto. Noté un dolor extraño y punzante en el vientre y

sentí que los ojos se me abrían de golpe. Todo lo que había visto hasta ese

momento era una ilusión. Lo que realmente había pasado es que me habían

tirado al suelo, habían sacado sus impresionantes pollas y me estaban

meando en la cara. Me parecía que el suelo, todo húmedo, daba vueltas.

Sentí como si me estuviera debatiendo por salir de un pozo de agua.

—¡Tío! ¡Pequeño Tío!

—¡Tío! ¡Pequeño Tío!

Los gritos de Sima Liang y de Sha Zaohua —graves los de uno,

agudos los de la otra— surgieron desde detrás de los cultivos de ricino.

Abrí la boca para contestarles y se me llenó de pis. Mis atacantes se

guardaron a toda prisa las mangueras, se subieron los pantalones y

desaparecieron entre las plantas de ricino.

Sima Liang y Sha Zaohua estaban de pie junto al puente, llamándome

sin verme, como solía hacer Yunü. Sus gritos se cernieron sobre los

campos durante un largo rato, llenándome de tristeza el corazón y

nublándome la garganta. Hice un esfuerzo por ponerme en pie, pero antes

de que pudiera erguirme volví a caer boca abajo. Entonces escuché a

Zaohua, que gritaba muy excitada:

—¡Ahí está!

Me levantaron entre los dos, cogiéndome por los brazos. Yo estaba inestable como un *punching-ball*. Cuando Zaohua me vio bien la cara, abrió mucho la boca y empezó a berrear. Sima Liang se agachó para tocarme la espalda y me hizo aullar de dolor. Se miró la mano, roja de sangre y verde de las varas de morera. Le crujieron los dientes.

—Pequeño Tío, ¿quién te ha hecho esto?

—Fueron ellos...

—¿Quiénes son ellos?

—Wu Yunyu, Wei Yangjiao, Ding Jingou y Guo Qiusheng.

—Vámonos a casa, Pequeño Tío. La abuela está muy preocupada. Y vosotros, Wu, Wei, Ding, Guo, bastardos, quiero que me escuchéis con atención. Os podéis ocultar hoy, pero no mañana. Podéis escabulliros la primera mitad del mes, pero no a partir del quince. ¡Si le volvéis a tocar un pelo a mi pequeño tío, en vuestros hogares se tendrán que poner de luto!

Los gritos de Sima Liang todavía resonaban por el aire cuando Wu, Wei, Ding y Guo salieron del campo de plantas de ricino, riéndose a carcajadas.

—¡Pero bueno! ¿De dónde ha salido este alfeñique, y qué se ha creído para hablar así? ¿Es que no tiene miedo de perder la lengua?

Cogieron sus varas de morera y, como una jauría de perros, se

abalanzaron sobre nosotros.

—Zaohua, tú cuida a Pequeño Tío —gritó Sima Liang echándome a

un lado y apresurándose a enfrentarse con nuestros atacantes, que eran

todos más grandes que él.

Se quedaron atónitos ante su valiente carga, casi suicida, y antes de

que pudieran levantar las varas, Sima Liang hundió la cabeza en el vientre

del cruel y malhablado Wei Yangjiao, que se dobló sobre sí mismo y cayó

al suelo, haciéndose una bola, como un erizo herido. Los otros tres

atacantes descargaron sus varas sobre Sima Liang, que se protegió la

cabeza con los brazos y salió corriendo. Ellos le pisaban los talones.

Comparado con el pelele de Shangguan Jintong, Sima Liang, el pequeño

lobo, era un ejemplar muy interesante. Gritaban mientras corrían, muy

excitados. Estaban de caza; la batalla había empezado sobre el letargo del

prado. Si Sima Liang era un pequeño lobo, Wu, Guo y Ding eran chuchos

enormes y salvajes, pero bastante torpes. Wei Yangjiao era un cruce,

medio perro y medio chucho, y por eso había sido el primer objetivo de

Sima Liang. Al dejarlo fuera de combate, se había librado del líder del

grupo. Al principio Sima corrió muy rápido, pero después bajó un poco la

velocidad, empleando una táctica inventada para lidiar con los zombis, que

consiste en cambiar constantemente de dirección para evitar que se puedan

acercar a uno. Varias veces estuvieron a punto de tropezarse y caer al tener

que cambiar súbitamente de dirección. Las hierbas, que llegaban a la altura

de las rodillas, se separaban y se juntaban de nuevo cuando ellos pasaban,

asustando a los pequeños conejos silvestres, que salían asustados de sus

madrigueras. A uno de ellos no le dio tiempo a quitarse de en medio y fue

aplastado por el pesado pie de Wu Yunyu. Sima Liang no se limitaba a

correr solamente. De vez en cuando, se daba la vuelta y cargaba contra sus

perseguidores. Haciendo zigzag, había abierto una brecha suficientemente

grande como para poder volverse y atacarlos, uno por uno, a la velocidad

del rayo. Cogió un trozo de barro y se lo tiró a la cara a Ding Jingou; le dio

un mordisco en el cuello a Wu Yunyu; y empleó la técnica de Belleza

Bizca contra Guo Qiusheng: le cogió lo que le colgaba de la entrepierna y

tiró con todas sus fuerzas. Los tres matones quedaron heridos, pero Sima

Liang había recibido un montón de golpes en la cabeza durante la lucha.

Cada vez corrían más despacio. Sima Liang se retiró hacia el puente. Sus

perseguidores estrecharon filas; estaban jadeando, sin resuello, como un

viejo fuelle. Entonces volvieron a salir tras él, nuevamente en grupo. Para

entonces, Wei Yangjiao ya se había recuperado y se había unido a sus

colegas. Era como un gato al acecho. Agachándose, se puso a andar a gatas,

abriéndose paso con las manos. Su cuchillo de mango de hueso estaba

tirado en el suelo, frío. «¡Hijo de puta! ¡Hijo bastardo de un terrateniente!

¡Te voy a matar me cueste lo que me cueste!». Iba maldiciéndolo en voz

baja mientras avanzaba a tientas. Los trozos blancos de sus ojos bizcos,

como polillas, saltaban de un lado a otro, semejantes a huevos pintados.

Sha Zaohua, viendo clara la ocasión, saltó como un gamo, cogió el cuchillo

que había en el suelo y lo agitó con las dos manos. Wei Yangjiao se puso

de pie y estiró un brazo hacia ella. «¡Devuélvemelo, semilla de traidor!»,

gruñó, amenazante. Sin decir nada, Zaohua retrocedió hacia mí, alejándose

de Wei Yangjiao, sin apartar la vista ni un momento de sus zarpas callosas.

Él se intentó abalanzar sobre ella varias veces, pero siempre tuvo que

contenerse, pues ella interponía la punta del cuchillo. Para entonces, Sima

Liang se había batido en retirada hasta el puente.

—¡Wei Yangjiao, maldito gilipollas! —juró en voz alta Wu Yunyu—.

¡Ven aquí y mata a este bastardo hijo de un terrateniente! ¡Trae tu culo

gordo hasta aquí!

Wei Yangjiao le susurró a Zaohua:

—¡Volveré a ocuparme de ti más tarde!

Intentó arrancar una planta de ricino para usarla como arma, pero era

demasiado gruesa, así que le cortó una de las ramas y, agitándola en el aire,

se dirigió hacia el puente.

Zaohua se pegó mucho a mí para protegerme y avanzamos

tambaleándonos hasta el estrecho puente. El agua fluía rápidamente por la

acequia que pasaba por abajo, y arrastraba cardúmenes de minúsculas

carpas. Algunas saltaban por encima del puente, otras caían sobre él y se

quedaban dando coletazos angustiosamente, arqueando en el aire sus

elegantes cuerpos. Yo tenía la entrepierna toda pegajosa, y en todas las

partes del cuerpo donde me habían golpeado —la espalda, las nalgas, las

pantorrillas, el cuello— sentía un ardor terrible, como si me estuvieran

quemando. Una sensación dulce y amarga a la vez, como el
sabor del
hierro oxidado, me llenaba el corazón; a cada paso que daba,
me temblaba
el cuerpo y se me escapaba un suspiro por entre los labios. Iba
con el brazo
echado por encima del hombro huesudo de Sha Zaohua, y
aunque intentaba
erguirme para ejercer un poco menos de presión sobre ella, no
podía
hacerlo.

Sima Liang iba trotando por el sendero, bajando en dirección a
la
aldea. Cuando sus perseguidores se le acercaban demasiado,
aceleraba, y
cuando perdían velocidad, él hacía lo mismo. Mantenía una
distancia lo
suficientemente pequeña para que ellos no perdieran el interés,
pero no
tanto como para permitir que lo atraparan. La neblina ascendía
desde los
campos a ambos lados del sendero, teñida de rojo por el sol
que se ponía;
las ranas atestaban las acequias y croaban sordamente. Wei
Yangjiao le
susurró algo al oído a Wu Yunyu, y entonces se dividieron.
Wei y Ding
cruzaron la acequia y corrieron hacia los extremos opuestos
del campo. Wu
y Guo continuaron la persecución, pero a un ritmo más
relajado.

—Sima Liang —le gritaron—. Sima Liang, un auténtico
guerrero no

sale corriendo. Quédate ahí si tienes huevos, y luchemos.

—Corre, hermano mayor —gritó Sha Zaohua—. ¡Que no te líen!

—¡Tú, pequeña zorra! —dijo Wu Yunyu, girándose hacia ella y

agitando un puño—. ¡Te voy a dar una paliza que te vas a cagar!

Sha Zaohua dio un paso adelante, dejándose a su espalda y blandió el cuchillo.

—Vamos —dijo con valentía—. ¡No te tengo ningún miedo!

Cuando Wu se acercaba, Zaohua me empujaba con el trasero para

hacerme retroceder. Sima Liang se acercó y gritó:

—¡Cabeza costrosa, si te atreves a tocarla, te juro que voy a envenenar

a esa maloliente vendedora ambulante de tofu que tienes por madre!

—¡Corre, hermano mayor! —gritó Sha Zaohua—. Esos dos chuchos,

Wei y Ding, te van a rodear.

Sima Liang se detuvo sin saber si avanzar o retroceder. Tal vez se

detuvo por algún motivo, puesto que tanto Wu Yunyu como Guo Qiusheng

también se detuvieron. Mientras tanto, Wei Yangjiao y Ding Jingou

aparecieron desde el campo, cruzaron la acequia y venían acercándose

lentamente por el sendero. Sima Liang se quedó quieto, con pinta de estar

muy tranquilo, secándose la frente sudorosa. Fue entonces cuando oí los

gritos de Madre, traídos por el viento que venía de la aldea. Sima Liang se

metió en la acequia de un salto y salió corriendo por un estrecho camino

que dividía los dos campos de cultivo, el de sorgo y el de maíz.

—¡Muy bien, chicos! —gritó Wei Yangjiao, muy excitado—. ¡Vamos a por él!

Como una bandada de patos, se metieron en la acequia y se lanzaron

en persecución de su presa. Las hojas de los tallos de sorgo y de maíz

impedían que se viera el sendero, por lo que para enterarnos de lo que

estaba pasando tuvimos que escuchar con atención los ruidos que hacían

las plantas al crujir y los gritos, semejantes a ladridos, de los perseguidores.

—Espera a la abuela aquí, Pequeño Tío, que yo voy a ayudar al

Hermano Liang.

—Zaohua —le dije—, estoy asustado.

—No tengas miedo, Pequeño Tío. La abuela llegará dentro de un

momento. ¡Abuela! —gritó—. Van a matar al hermano Liang. ¡Grita!

—¡Madre! ¡Estoy aquí! Aquí estoy, Madre...

Zaohua saltó valientemente a la acequia. El agua le llegaba hasta el

pecho. Chapoteó, creando unas ondas verdes sobre la superficie del agua, y me preocupé pensando que se iba a ahogar. Pero salió por el otro lado, con el cuchillo en la mano y las delgadas piernas llenas de barro. Se quitó los zapatos y los dejó ahí tirados antes de meterse por el estrecho sendero y desaparecer de la vista.

Como una vaca vieja que protege a su ternero, Madre vino corriendo, tambaleándose a un lado y al otro, y cuando llegó a mi lado estaba sin resuello. Su pelo parecía estar hecho de hilos dorados, y un brillo cálido y amarillento le barnizaba el rostro.

—¡Madre! —grité.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. Me dio la sensación de no poder aguantar más tiempo de pie. Trastabillé, me fui hacia adelante y caí sobre su seno caliente y húmedo.

—Hijo mío —dijo Madre, entre lágrimas—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Wu Yunyu y Wei Yingjiao... —dije yo, sollozando.

—¡Esa pandilla de matones! —dijo Madre, apretando los dientes—.

¿Y dónde se han ido?

—¡Están persiguiendo a Sima Liang y a Sha Zaohua! —le contesté, y

señalé el camino por el que se habían ido.

Del camino salían nubes de niebla. Un animal salvaje aulló desde las profundidades del misterioso sendero. Desde aún más lejos llegaron los ruidos de la lucha y los chillidos de Zaohua.

Madre miró hacia atrás, hacia la aldea, que ya estaba envuelta en una espesa niebla. Me cogió de la mano y decidió meterse en la acequia, donde el agua que rápidamente me subió por la pernera del pantalón estaba caliente como el engrudo que se emplea para engrasar los ejes de los carros. Madre, debido a su cuerpo pesado y a sus pequeños pies, tenía dificultades para avanzar por el barro, pero se aferró a unas plantas que había al otro lado de la acequia y consiguió salir de ella.

Llevándome de la mano, se metió por el estrecho sendero. Tuvimos que avanzar de cuclillas para evitar que los afilados bordes de las hojas nos arañaran la cara y los ojos. Las enredaderas y las hierbas silvestres prácticamente cubrían el camino, y las ortigas me hacían escocer las plantas de los pies. Yo iba sollozando lastimeramente. Por haberme metido en el agua, las heridas me dolían muchísimo. El único motivo por el que no me caía al suelo era que Madre me tenía aferrado fuertemente por el brazo.

Estaba oscureciendo, y las extrañas criaturas que se escondían en las

profundas, serenas y aparentemente interminables tierras de cultivo

comenzaban a agitarse. Tenían los ojos verdes y la lengua de un rojo

brillante. De sus puntiagudas narices salían unos fuertes ronquidos. Yo

tenía la vaga sensación de que estaba a punto de internarme en el Infierno.

¿Podía ser que esa persona que me llevaba de la mano, que jadeaba como

un buey y que avanzaba hacia adelante con una idea fija fuera realmente mi

madre? ¿O era un demonio que había adoptado su aspecto y me conducía a

las profundidades del Infierno? Intenté liberarme de su mano, pero lo único

que conseguí es que me apretara todavía más fuerte.

Finalmente, el aterrador sendero llegaba a un claro luminoso. Al sur

se extendían los campos de sorgo, como un bosque ilimitado y oscuro. Al

norte, el yermo. El sol estaba a punto de ponerse, y los grillos, desde la

tierra baldía, chirriaban en coro. Un horno de ladrillos nos saludó con su

color rojo encendido. Detrás de varios montones de ladrillos sin hornear,

Sima Liang y Sha Zaohua estaban librando una fogosa guerra de guerrillas

contra los cuatro matones. Ambos bandos se habían atrincherado tras

sendas filas de ladrillos de adobe, que empleaban como proyectiles para

lanzárselos al enemigo. Como eran más pequeños y más débiles, Sima

Liang y Sha Zaohua estaban en desventaja; apenas eran capaces de lanzar

los misiles con sus raquíticos brazos. Wu Yunyu y sus tres colegas les

tiraban tantos trozos de ladrillos rotos que Sima Liang y Sha Zaohua no se

atrevían a asomar la cabeza por encima de su montón.

—¡Parad ahora mismo! —gritó Madre—. ¡Pandilla de cerdos matones!

Embriagados en medio de la batalla, los cuatro atacantes no le prestaron ninguna atención a la reacción de enfado de Madre, y

continuaron disparando sus misiles, asomándose por los costados de su

montón de ladrillos para flanquear a Sima Liang y a Sha Zaohua.

Arrastrando a la niña tras él, Sima se lanzó como una flecha hacia el horno

abandonado. Un trozo de baldosa impactó contra la cabeza de Zaohua, que

se tambaleó soltando un alarido de dolor y pareció a punto de caer al suelo.

Todavía tenía el cuchillo en la mano. Sima Liang cogió un par de ladrillos,

se puso al descubierto de un salto y se los lanzó al enemigo, que se refugió

de inmediato. Madre me dejó en el campo de sorgo, donde no se me veía,

abrió los brazos y entró a la carga en el campo de batalla,
moviéndose
como si estuviera realizando la danza de la cosecha del arroz.
Sus zapatos
se quedaron incrustados en el fango, y sus pies,
lamentablemente
pequeños, quedaron al descubierto. Sus talones iban dejando
huecos en el
barro, de los que rezumaba agua.
Sima Liang y Zaohua se expusieron saliendo por uno de los
extremos
del muro de ladrillos. Cogidos de la mano, salieron corriendo a
trompicones en dirección al horno. Para entonces, la luna, de
color rojo
sangre, ya había ascendido silenciosamente al cielo. Las
sombras violáceas
de Sima Liang y de Sha Zaohua se estiraban por el suelo. Las
sombras de
los cuatro matones se estiraban mucho más. Zaohua retrasaba
un poco a
Sima Liang, y cuando estaban al descubierto, delante del
horno, un ladrillo
que había lanzado Wei Yangjiao lo hizo caer al suelo. Zaohua
salió
corriendo directamente hacia Wei con el cuchillo en la mano,
pero él se
hizo a un lado y esquivó su embestida. Entonces llegó Wu
Yunyu y la tiró
al suelo.
—¡Quieto ahí! —gritó Madre.
Como buitres que despliegan las alas, los cuatro atacantes se

arremangaron y empezaron a darles patadas a Sima Liang y a Sha Zaohua,

una tras otra. Ella gritaba lastimeramente; él no hizo ni un solo ruido.

Rodaron por el suelo, tratando de esquivar los pies de sus atacantes,

quienes, bajo la luz de la luna, parecían estar absortos en un extraño baile.

Madre se tropezó y cayó, pero volvió a ponerse en pie, testarudamente, y cogió a Wei Yangjiao por el hombro, y no lo soltaba. Él,

que era conocido por su astucia y por su maldad, lanzó los codos hacia

atrás, golpeándola en ambos pechos. Con un fuerte alarido, Madre

retrocedió, perdió el equilibrio y cayó sentada al suelo. Yo me eché cuerpo

a tierra y escondí la cara en el barro. Entonces me pareció que me salía

sangre negra de los ojos.

Pese a todo, se pusieron a golpear a Sima Liang y a Zaohua en un

ataque de furia salvaje. En aquel momento, una figura enorme con el pelo

largo y despeinado, la barba descuidada, el rostro cubierto de hollín y todo

vestido de negro salió del horno. Se movía con rigidez. Salió arrastrándose

y se puso en pie con mucha torpeza. Entonces levantó un puño que parecía

tan grande como un martinete, lo dejó caer sobre Wu Yunyu y le destrozó

la clavícula. Este héroe de ocasión se sentó en el suelo y se puso a llorar

como un bebé. Los otros tres tipos duros se quedaron paralizados.

—¡Es Sima Ku! —gritó Wei Yangjiao, alarmado.

Se dio la vuelta, dispuesto a salir corriendo, pero al oír el rugido de

enfado de Sima Ku, él y los demás se quedaron congelados donde estaban.

Sima Ku volvió a levantar el puño; esta vez, aplastó un ojo de Ding Jingou.

El siguiente puñetazo le hizo salir la bilis por la boca a Guo Qiusheng.

Antes de recibir el siguiente puñetazo, Wei Yangjiao cayó de rodillas y

empezó a golpear el suelo con la cabeza, prosternándose y suplicando por

su vida:

—¡Perdóneme, viejo maestro, perdóneme! Estos tres me obligaron a

unirme a ellos. Me dijeron que me darían una paliza si no lo hacía, que me

harían saltar todos los dientes de la boca... por favor, viejo maestro,

perdóneme...

Sima Ku dudó sólo por un momento antes de propinarle a Wei

Yangjiao una patada que lo mandó rodando por el suelo. A duras penas

consiguió ponerse en pie y salió corriendo como un conejo asustado. Poco

después, su voz, semejante a un ladrido, rompía el silencio y se cernía

sobre el camino que conducía a la aldea:

—¡Id a capturar a Sima Ku! ¡Sima Ku, el líder de los Cuerpos de

Restitución de la Tierra a sus Dueños, ha vuelto! ¡Id a capturarlo!

Sima Ku ayudó a Sima Liang y a Sha Zaohua a ponerse en pie, y después a Madre.

La voz de Madre se quebró:

—¿Eres una persona o un fantasma?

—Suegra... —sollozó Sima Ku, pero no pudo continuar.

—Papá, ¿de verdad eres tú?

—Hijo —contestó Sima Ku—. Estoy orgulloso de ti. —Sima Ku se

volvió hacia Madre—. ¿Quién queda en casa?

—No hagas preguntas —dijo Madre, muy nerviosa—. Tienes que

escaparte de aquí.

El sonido de un gong golpeado frenéticamente llegó de la aldea, junto

al crepitar de los disparos de rifle.

Sima cogió a Wu Yunyu y le dijo, hablando muy despacio, para que

no hubiera ningún malentendido:

—¡Escucha, pedazo de mierda, dile a la pandilla de tortugas de la

aldea que si alguien se atreve a ponerle la mano encima a cualquiera de

mis parientes, yo, Sima Ku, iré personalmente a borrar a toda su familia de

la faz de la tierra! ¿Me has entendido?

—Entiendo —dijo Wu Yunyu con ansiedad—. Entiendo.

Sima Ku lo soltó y Wu volvió a caer al suelo.

—¡Date prisa, vete ya! —Madre golpeó el suelo con la mano para que

él se pusiera en marcha.

—Papá —sollozó Sima Liang—. Quiero ir contigo...

—Sé buen chico —dijo Sima Ku—, y vete con tu abuela.

—Por favor, papá, llévame contigo.

—Liang —le dijo Madre—, no hagas que tu padre se retrase más.

Tiene que irse de aquí ahora mismo.

Sima Ku se arrodilló delante de Madre y se prosternó.

—Madre —le dijo, lleno de tristeza—, el chico se va a tener que

quedar contigo. En esta vida nunca te he podido pagar la deuda que tengo

contigo, así que tendrás que esperar a la próxima vida.

—He perdido a las dos niñas, Feng y Huang —le contestó Madre con

los ojos llenos de lágrimas—. Por favor, no me odies por ello.

—No fue culpa tuya. Y ya me he vengado de eso.

—Vete, entonces. Vete. Corre rápido, vuela lejos. La venganza solamente sirve para generar más de lo mismo.

Sima Ku se puso en pie y se metió a toda prisa en el horno. Salió un

momento después, con un impermeable de paja y una ametralladora. De su

cinturón colgaba un montón de brillantes municiones. Instantes después ya

había desaparecido en el campo de sorgo, haciendo que los tallos

susurraran con fuerza. Cuando se hubo ido, Madre le gritó:

—Escucha lo que te digo: corre rápido, vuela lejos y no te detengas a

matar a nadie más.

El silencio regresó al campo de sorgo. La luz de la luna caía como una

cascada de agua. Una marea de ruidos humanos se aproximaba rápidamente hacia nosotros desde la aldea.

Wei Yangjiao venía en cabeza, guiando a un variopinto grupo de gente

formado por integrantes de las milicias locales y fuerzas de seguridad del

distrito hacia el horno. Llevaban faroles, antorchas, rifles y lanzas

adornadas con borlas de color rojo. Rodearon el horno aparatosamente. Un

oficial de la seguridad pública llamado Yang, que tenía una pierna

ortopédica, se apoyó contra un montón de ladrillos y gritó, utilizando un

megáfono:

—¡Ríndete, Sima Ku! ¡No tienes escapatoria!

El oficial Yang continuó así durante un rato, sin que desde el interior

del horno nadie le contestara. Al final, sacó su pistola y disparó dos veces

apuntando a la oscura entrada. Las balas impactaron contra las paredes de

dentro, produciendo un sonoro eco.

—¡Traedme unas granadas! —gritó el oficial Yang.

Un miliciano se le acercó reptando sobre su vientre, como un lagarto,

y le entregó dos granadas con anillas de madera. Yang le quitó la anilla a

una, la lanzó en la dirección del horno y se echó cuerpo a tierra tras los

ladrillos, esperando que explotara. Cuando lo hizo, lanzó la otra, con

idéntico resultado. La onda expansiva llegó muy lejos, pero del horno no

salió ni un ruido. Yang volvió a coger el megáfono.

—Sima Ku, tira el arma y no te haremos daño. Tratamos bien a

nuestros prisioneros.

Como única respuesta se oyó el chirrido de los grillos y el croar de las

ranas en las acequias.

Yang se armó de valor y se puso en pie con el megáfono en una mano

y la pistola en la otra.

—¡Seguidme! —les gritó a los hombres que tenía detrás.

Dos valientes milicianos, uno armado con un rifle y el otro con una

lanza adornada con una borla roja, se lanzaron tras él. La pierna ortopédica

de Yang hacía un ruidito metálico a cada tambaleante paso que daba.

Entraron en el viejo horno sin consecuencias, y volvieron a salir unos

instantes más tarde.

—¡Wei Yangjiao! —bramó el oficial Yang—. ¿Dónde está?

—Juro que vi a Sima Ku salir de ese horno. Pregúntales a ellos si no

me crees.

—¿Era Sima Ku? —El oficial Yang miró a Wu Yunyu y a Guo Qiusheng, Ding Jingou yacía en el suelo, inconsciente—. ¿No os habréis

equivocado?

Wu Yunyu miró, incómodo, hacia los campos de sorgo y balbuceó:

—Creo que era...

—¿Y estaba solo?

—Sí.

—¿Iba armado?

—Creo que... una ametralladora... llevaba municiones por todas

partes...

Wu Yunyu acababa de pronunciar esas palabras cuando el oficial

Yang y todos los hombres que habían venido con él cayeron al suelo como

hierba segada.

VI

En la iglesia se organizó una clase abierta al público. En cuanto los

alumnos llegaban a la puerta, rompían a llorar, como si estuvieran

cumpliendo órdenes. El ruido que hacían cientos de alumnos —la Escuela

Primaria de Dalan se había convertido, para entonces, en la más importante

de todo el Concejo de Gaomi del Noreste— llorando todos a la vez

atronaba desde un extremo de la calle al otro. El recién llegado director se

subió a los escalones de piedra y exclamó, con un acento muy marcado:

«¡Silencio, niños, silencio!». Entonces se sacó del bolsillo un pañuelo gris

y con él se secó los ojos primero y después se sonó fuertemente la nariz.

Cuando los alumnos dejaron de llorar, siguieron a sus profesores en

fila de a uno, entraron en la iglesia y se alinearon sobre un gran cuadrado

que había dibujado con tiza en el suelo. Las paredes estaban llenas de

dibujos de todos los colores, con diversas explicaciones escritas debajo.

Cuatro mujeres se situaron en las esquinas con un puntero en la mano.

La primera era nuestra profesora de música, Ji Qiongzhi, que había

sido castigada por pegarle a un alumno. Tenía la cara de un color amarillo

ceroso y era evidente que estaba bastante deprimida. Sus ojos, que en otro

tiempo habían sido radiantes, ahora estaban fríos y faltos de vitalidad. El

nuevo jefe del distrito, con un rifle colgado al hombro, estaba de pie en el

púlpito del Pastor Malory mientras Ji señalaba los dibujos que había a su

espalda y leía las descripciones que los acompañaban.

La primera docena de dibujos, más o menos, describía el entorno

natural del Concejo de Gaomi del Noreste, su historia y la situación en la

que se encontraba la sociedad antes de la Liberación. Después vino el

dibujo de un nido de serpientes venenosas con rojas lenguas bífidas. Sobre

cada una de las cabezas de las serpientes había un nombre escrito; sobre

una de las cabezas más grandes estaba el nombre del padre de Sima Ku y

Sima Ting.

—Bajo la cruel opresión de estas serpientes chupasangres —dijo Ji

Qiongzhi monótonamente—, los habitantes del Concejo de Gaomi del

Noreste se vieron atrapados en un abismo de sufrimiento, y vivieron en

peores condiciones que las bestias de carga.

Entonces señaló el dibujo de una anciana que tenía un rostro semejante al de un camello. La mujer portaba una canasta vieja y

deteriorada y un cuenco para pedir limosna; una monicaca esquelética iba

agarrándola por el dobladillo de la chaqueta. Unas hojas negras, con unas

líneas quebradas que indicaban que caían desde la esquina superior

izquierda del dibujo, mostraban el frío que hacía.

—Una cantidad innumerable de gente tuvo que abandonar sus hogares

y dedicarse a mendigar, para ser atacados por los perros de los terratenientes, que les dejaban las piernas desgarradas y ensangrentadas.

El puntero de Ji Qiongzhi se desplazó al siguiente dibujo. Una puerta

negra, de dos hojas, ligeramente entreabierta. Sobre la puerta colgaba una

placa de madera dorada en la que había escritas cinco palabras: *Casa*

Solariega de la Felicidad. Una pequeña cabeza, cubierta con una gorra

adornada con una borla roja, asomaba por la abertura de la puerta.

Evidentemente, se trata del hijo mimado de un tiránico terrateniente. Lo

que me pareció raro fue la manera en la que el artista había dibujado a este

mocoso: con sus mejillas rosadas y sus ojitos brillantes, lo que debería

haber sido una imagen repugnante era en realidad algo muy atractivo. Un

inmenso perro amarillo tenía los dientes hundidos en la pierna de un niño

pequeño. Llegados a este punto, una de las niñas empezó a sollozar. Era

una alumna en la escuela de la Aldea de la Colina de Arena, una «chica» de

diecisiete o dieciocho años que iba a segundo. Todos los demás estudiantes

se dieron la vuelta para mirarla, pues tenían curiosidad por saber por qué

lloraba. Uno de ellos levantó el brazo y gritó una consigna, interrumpiendo

el relato de Ji Qiongzhi. Ella, a pesar de todo, siguió con el puntero en la

mano y esperó pacientemente, con una sonrisa en el rostro. El que había

gritado la consigna, entonces, comenzó a gemir aterrorizado, aunque ni una

sola lágrima brotó de sus ojos inyectados en sangre. Miré a mi alrededor;

todos los alumnos estaban llorando. Las olas de sonido ascendían y caían.

El director, que estaba de pie donde todo el mundo podía verlo, se había

tapado la cara con el pañuelo y se estaba dando golpes en el pecho con el

puño. Unas brillantes gotas de baba caían por la cara pecosa del chico que

había a mi lado, Zhang Zhongguang, que también se estaba dando golpes

en el pecho, primero con una mano, luego con la otra, quizá porque estaba

enfadado, quizá porque estaba triste. Su familia había recibido la categoría

de granjeros arrendatarios, a los que no se podía desalojar, pero antes de la

Liberación Nacional yo había visto muchas veces a este hijo de un granjero

arrendatario en el mercado de Dalan acompañando a su padre, que se

dedicaba al juego y las apuestas. El chico solía estar comiendo un trozo de

cabeza de cerdo a la barbacoa envuelto en una hoja de loto fresca. Al final

siempre acababa con las mejillas, e incluso la frente, cubiertas de grasa de

cerdo. Ahora tenía la barbilla llena de baba procedente de esa boca abierta

que había consumido tanto cerdo grasiento. A mi derecha había una chica

corpulenta que tenía un dedo de más en cada mano, junto al pulgar, un

dedo tierno, amarillento, semejante al capullo de una flor. Creo que su

nombre era Du Zhengzheng, pero todos la llamábamos Seis-Seis Du. Ahora

se tapaba el rostro con las manos mientras sus sollozos sonaban como el

zureo de las palomas, y aquellos pequeños y encantadores dedos de más se

agitaban sobre su cara como las colas enroscadas de los lechoncitos. De

entre sus dedos surgieron dos sombríos rayos de luz. Por supuesto, vi

muchos más estudiantes cuyos rostros estaban humedecidos por las

lágrimas que eran reales y tan preciosas que nadie quería secárselas. Yo,

por el contrario, no pude derramar ni una; ni siquiera podía imaginarme

cómo esos pocos dibujos mal hechos podían partirle el corazón a los

alumnos de ese modo. En cualquier caso, yo no quería que se me notara,

puesto que me había dado cuenta de que la siniestra mirada de Seis-Seis

Du se había posado sobre mi cara, y yo sabía que le caía fatal. Íbamos a la

misma clase y compartíamos banco, y una tarde, cuando
estábamos ahí

sentados recitando la lección a la luz de una lámpara, me había
tocado el

muslo a hurtadillas con uno de sus dedos de más, sin dejar de
recitar. Yo

me había puesto en pie de un salto, presa del pánico,
interrumpiendo la

clase, y cuando la profesora me pegó un grito, yo solté lo que
había pasado.

Fue una estupidez, sin duda, ya que se supone que a los chicos
les gustan

estos contactos con las chicas. E incluso si a uno no le gustan,
no tiene por

qué hacer tanto lío. Pero yo no me di cuenta de eso hasta
muchos años más

tarde, y cuando al fin lo hice, sacudí la cabeza, preguntándome
por qué no

había... Pero en aquel momento, esos dedos parecidos a
orugas me dieron

una mezcla de miedo y asco. Cuando la acusé, ella quiso que
la tierra la

tragara de la vergüenza que le dio; por suerte, era una clase
vespertina, y

las tenues lámparas que había delante de cada alumno
solamente daban un

halo de luz del tamaño de una sandía. Agachó la cabeza y
entre todas las

miradas obscenas que le estaban clavando los fisgones que
había a su

alrededor, balbuceó: «Fue sin querer. Estaba intentando
cogerle la

goma...». Como un completo idiota, yo dije: «Mentira, lo hizo aposta. Me

dio un pellizco». «¡Shangguan Jintong, cállate!».

Así que además de que la profesora de música y literatura, Ji Qiongzhi, me mandara callar, había logrado convertir a Du Zhengzheng en

mi enemiga. Al día siguiente me encontré una lagartija muerta en la bolsa

que llevaba a la escuela, y me imaginé que había sido ella quien la metió

ahí. Y, pese a todo, ahora, mientras recordaba estos sombríos acontecimientos, era el único que tenía la cara seca, sin lágrimas ni babas.

Eso podía traerme graves problemas.

Si Du Zhengzheng aprovechaba esta oportunidad para vengarse... Ni

siquiera quería pensarlo. Así que me tapé la cara con las manos y, abriendo

mucho la boca, empecé a hacer ruidos como si estuviera llorando. Pero no

lloré, simplemente no pude.

Ji Qiongzhi alzó la voz para ahogar el sonido del llanto.

—La reaccionaria clase de los terratenientes vivía una vida de lujuria

y excesos. ¡Sima Ku, por ejemplo, tenía cuatro esposas!

Golpeó el puntero con impaciencia contra uno de los dibujos, que era

un retrato de Sima Ku pero con cabeza de lobo y cuerpo de oso; tenía los

largos y peludos brazos sobre cuatro atractivas y demoníacas mujeres. Las

dos que estaban a la izquierda tenían cabeza de serpiente. Las dos de la

derecha tenían unas tupidas colas amarillas. Detrás de ellas había una

pandilla de pequeños demonios, que obviamente eran los hijos de Sima Ku.

Entre ellos tenía que estar Sima Liang, el héroe de mi infancia. ¿Pero cuál

de ellos era? ¿El gato, con orejas triangulares a ambos lados de la frente?

¿O la rata, la que tenía un hocico puntiagudo y llevaba una chaqueta roja y

sacaba las garras por el extremo de las mangas? Sentí que la fría mirada de

Du Zhengzheng me recorría de arriba a abajo.

—La cuarta esposa de Sima Ku, Shangguan Zhaodi —dijo Ji Qiongzhi

en voz alta pero sin ninguna pasión, señalando al dibujo de una mujer con

una larga cola de zorro—, se alimentaba de toda clase de delicias de tierra

y de mar. Lo único que le quedaba por comer era la delicada piel

amarillenta que los gallos tienen en las patas, por lo que un montón de

gallos de Sima fueron sacrificados para satisfacer sus extravagantes

deseos.

¡Eso es mentira! ¿Cuándo se había comido mi hermana la piel amarilla de la pata de un gallo? Ni siquiera comía pollo. ¡Y nunca se

habían sacrificado los gallos de Sima! Las calumnias que estaban contando

de mi segunda hermana me llenaron de enfado y de una sensación de

traición. Y unas lágrimas provocadas por un sentimiento complejo

asomaron a mis ojos. Me las sequé lo más rápido que pude, pero no

dejaban de brotar.

Cuando hubo terminado de adoctrinarnos, Ji Qiongzhi se hizo a un

lado, respirando pesadamente, exhausta. Entonces ocupó su lugar una

mujer que acababa de llegar, enviada por el gobierno del condado: la

Profesora Cai. Tenía unas cejas muy finas sobre unos tersos párpados, y

una voz clara y melódica. Los ojos se le llenaron de lágrimas incluso antes

de comenzar a hablar. El trozo de la lección que iba a dar ella tenía un

tema que provocaba mucha rabia: *Los monstruosos crímenes de los*

Cuerpos de Restitución de la Tierra a sus Dueños. Cai llevó a cabo su tarea

escrupulosamente, señalando los encabezamientos de todos los dibujos y

leyéndolos en voz alta, como si se tratara de una clase de vocabulario. El

primero de los dibujos representaba una luna creciente parcialmente

escondida detrás de unos negros nubarrones en el ángulo superior derecho.

En la esquina superior izquierda había unas hojas negras que dejaban unas

líneas oscuras a su paso. Pero esta ilustración era del viento del otoño, no del invierno. Debajo de las nubes negras y la luna creciente, sacudidas por los helados vientos otoñales, estaba el cabecilla de todas las fuerzas del mal de Gaomi del Noreste, Sima Ku, vestido con un abrigo militar y una bandolera, con la boca abierta, enseñando los colmillos y con unas gotas de sangre cayéndole de la lengua, que le colgaba como a un perro. En la garra que asomaba por la manga izquierda, Sima Ku tenía un cuchillo ensangrentado, y en la de la derecha un cuchillo; unas llamas muy mal dibujadas salían del cañón, pues acababa de disparar unas cuantas balas.

No llevaba pantalones. El abrigo militar le colgaba hasta el comienzo de su peluda cola de zorro. Un grupo de bestias salvajes y horrendas le pisaba los talones. Uno de ellos tenía el cuello completamente estirado; se trataba de una cobra que escupía un veneno de color rojo.

—Este es Chang Xilu, un granjero rico y reaccionario de la Aldea de la Colina de Arena —dijo la Profesora Cai, señalando la cabeza de la cobra

—. Y este otro —dijo, mientras su puntero se apoyaba sobre un perro salvaje—, es Du Jinyuan, el despótico terrateniente de la misma aldea.

Du Jinyuan llevaba un palo con púas (que goteaba sangre, por supuesto). A su lado estaba Hu Rikui, un mercenario de la Colina de la

Familia Wang. Temía un aspecto más o menos humano, pero su rostro era

alargado y fino, parecido al de una mula. El granjero rico y reaccionario

Ma Qinyun, del Caserío del Condado Dos, era un oso grande y torpe. Todos

juntos formaban un grupo de bestias salvajes con cara de asesinos que se

lanzaban al asalto del Concejo de Gaomi del Noreste bajo el liderazgo de

Sima Ku.

—Los Cuerpos de Restitución de la Tierra a sus Dueños empezaron

una frenética guerra clasista y en cuestión de solamente diez días,

empleando todos los medios que tenían al alcance, incluidos los más

crueles, asesinaron a 1388 personas.

Cai tocó unas imágenes que representaban a los terratenientes miembros de dichos cuerpos cometiendo brutales asesinatos, uno tras otro,

con lo que arrancó lamentos de dolor de los alumnos. Era como un

diccionario a gran escala de impactantes métodos de tortura, que

combinaba textos con vividas ilustraciones. En los primeros dibujos se

veían algunos métodos de ejecución tradicionales: decapitaciones,

pelotones de fusilamiento, y cosas semejantes. Pero después, gradualmente, las escenas se volvían más creativas:

—Esto que veis aquí son enterramientos —dijo la Profesora Cai—.

Como su nombre indica, la víctima es enterrada viva.

Docenas de hombres con el rostro muy pálido estaban de pie, en el

fondo de una gran fosa. Sima Ku estaba al borde de la fosa, dando

instrucciones a una pandilla de miembros de los cuerpos de restitución, que

echaban tierra dentro.

—Según el testimonio de una mujer que sobrevivió, la anciana Señora

Guo —dijo la profesora, y leyó el texto que había debajo de la ilustración:

«Los bandidos de los cuerpos de restitución se cansaron de hacer el

trabajo, y obligaron a los cuadros revolucionarios y a los civiles comunes a

cavar sus propias fosas y a enterrarse unos a otros. Cuando la tierra les

llegaba al pecho, las víctimas empezaban a tener dificultades para respirar.

Sentían como si el pecho les estuviese a punto de explotar. La sangre se les

subía rápidamente a la cabeza. Cuando llegaban a ese punto, los bandidos

de los cuerpos de restitución disparaban sus armas contra las cabezas de

sus víctimas, haciendo que la sangre y los sesos dieran saltos por el aire de

hasta un metro de altura».

El rostro de la Profesora Cai, que se sentía un tanto mareada, estaba

blanco como una sábana. Los gemidos de los alumnos hacían temblar las

vigas, pero yo tenía los ojos completamente secos. Según las fechas que

aparecían debajo de los dibujos, cuando Sima Ku lideraba los cuerpos de

restitución y cometían salvajes asesinatos en el Concejo de Gaomi del

Noreste, yo me encontraba con Madre y con algunos cuadros revolucionarios y otros activistas en unos refugios situados a lo largo de la

orilla noreste del río. Sima Ku, Sima Ku, ¿era realmente tan cruel? La

Profesora Cai apoyó la cabeza contra el dibujo de los enterramientos de

gente viva. Un pequeño miembro de los cuerpos de restitución estaba

levantando una pala llena de tierra por encima de su cabeza, y parecía

como si estuviera a punto de enterrarla. Unas translúcidas gotas de sudor le

corrían por el rostro. Empezó a resbalar, apoyada en la pared, hasta que

cayó al suelo, arrastrando la ilustración con ella. Quedó sentada en el

suelo, con la espalda contra la pared y el dibujo tapándole la cara. Un

polvillo gris, procedente de la pared, se depositó lentamente sobre el papel

blanco.

El rumbo que tomaron los acontecimientos hizo que los estudiantes
dejaran de gemir. Varios oficiales del distrito llegaron corriendo y se
llevaron a la Profesora Cai por la puerta. El jefe del distrito, un hombre de
mediana edad que tenía unos rasgos muy comunes y el rostro repleto de
lunares, dejó la mano apoyada en la culata de madera del rifle que llevaba
colgado a la espalda y dijo con voz severa:
—Estudiantes, camaradas, ahora vamos a invitar a la pobre y anciana
campesina de la Aldea de la Colina de Arena, la Señora Guo, para que nos
cuenta su experiencia personal. ¡Que pase la Señora Guo!
Todos nos volvimos y miramos hacia la pequeña y maltrecha puerta
que conducía de la iglesia a lo que había sido la residencia del Pastor
Malory. Silencio, silencio, un silencio súbitamente roto por un
interminable gemido que llegó hasta la iglesia desde el patio que había al
frente. Dos oficiales abrieron la puerta empujándola con la espalda y
entraron, ayudando a la Señora Guo, una anciana con el pelo canoso que se
tapaba la boca con la manga y sollozaba lastimeramente. Todo el mundo,
en la iglesia, se unió a su explosión de lágrimas durante no menos cinco
minutos, hasta que al fin ella se secó las lágrimas, se sacudió la manga y

dijo:

—No lloréis, niños. Las lágrimas no pueden hacer revivir a los muertos. Nosotros tenemos que seguir viviendo.

Los alumnos dejaron de llorar y la observaron. En mi opinión, lo que

dijo era muy simple, pero tenía un significado profundo. En cierto modo,

dio la impresión de ser una persona reservada cuando preguntó, de una

forma un tanto confusa:

—¿Qué se supone que debo decir? No hay ninguna necesidad de

hablar del pasado.

Se dio la vuelta como si se fuera a ir, pero fue detenida por la directora de la Liga de Mujeres de la Colina de Arena, Gao Hongying, que

corrió hacia ella y le dijo:

—Vieja Tía, habíamos quedado en que nos ibas a hablar, ¿no es

verdad? Ahora no puedes echarte atrás.

Gao estaba visiblemente disgustada. El jefe de distrito dijo cordialmente:

—Vieja Tía, cuéntales cómo los miembros de los Cuerpos de Restitución de la Tierra a sus Dueños enterraban a la gente viva. Tenemos

que educar a nuestros jóvenes de manera que el pasado no caiga en el

olvido. Como dijo el Camarada Lenin, «olvidar el pasado es una forma de

traición».

—Bueno, puesto que incluso el Camarada Lenin quiere que hable, eso

es lo que haré. —La Señora Guo suspiró—. Aquella noche había luna llena,

y estaba tan brillante que podría haber bordado bajo su luz. No hay muchas

noches como esa. Cuando era pequeña, un señor mayor me contó que se

acordaba de que había habido una luna blanca como aquella durante la

época de la Rebelión Taiping. No podía dormir, estaba preocupada, tenía la

sensación de que iba a suceder algo malo, así que me levanté para ir a

pedirle prestado un patrón para hacer zapatos a la madre de Fusheng, en la

Calle Oeste y, ya que estaba, comentarle a Fusheng que necesitaba

encontrar una esposa para un sobrino mío que ya estaba en edad de casarse.

Cuando salía por la puerta, vi a Pequeño León, que llevaba una espada

grande y brillante, con la madre y la esposa de Jincai, y sus dos hijos. El

mayor sólo tenía unos siete u ocho años, y la pequeña, una niña, apenas

dos. El chico iba caminando junto a su abuela, asustado, llorando. La

esposa de Jin-cai llevaba en brazos a la pequeña, que también lloraba

asustada. Jin-cai tenía una herida hecha con una espada, un corte grande,

profundo y ensangrentado en el hombro. Al fijarme, casi me muero del

susto. Tres tipos con aspecto malvado, que a mí me sonaban de algo y que

también estaban armados con espadas, iban andando detrás de Pequeño

León. Intenté esconderme para que no me vieran, pero ya era tarde; ese

bastardo de Pequeño León me había visto. Resulta que la madre de

Pequeño León y yo somos medio primas, por lo que él dijo:

—¿No es mi tía esa que está ahí?

—Pequeño León —le dije yo—, ¿cuándo has vuelto?

Él me contestó:

—Anoche.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Nada —me dijo—. Buscar un lugar para que duerma esta familia.

No me sonó nada bien, así que le dije:

—Son nuestros vecinos, León, aunque las cosas se pongan feas.

—No hay ningún problema, ni siquiera entre mi padre y ellos —me

dijo él—. De hecho, mi padre y el suyo son hermanos de sangre. Pero él

colgó a mi padre de un árbol y le pidió dinero.

—No sabía lo que hacía —dijo la madre de Jincai—. Perdónalo, hazlo

por la generación anterior. Me pondré de rodillas y me prosternaré ante ti.

—Madre —dijo Jincai—, no supliques.

—Jincai, estás empezando a hablar como un hombre —le dijo Pequeño León—. No me extraña que te hayan hecho jefe de la milicia.

—No vas a durar más que unos días —dijo Jincai.

—Tienes razón —dijo Pequeño León—, me imagino que duraré diez

días, o un par de semanas. Pero me basta con esta noche para ocuparme de

ti y de tu familia.

Yo intenté aprovecharme de mi edad para convencerlo, y le dije:

—Deja que se vayan, Pequeño León. Si no los dejas, ya no serás más

mi sobrino.

Pero él se limitó a mirarme fijamente y me dijo:

—¿Quién demonios es tu sobrino? ¡No me vengas ahora con parentescos! Esa vez que aplasté a uno de tus pollitos sin querer, me

abriste la cabeza con un palo.

—León, ¿qué clase de persona eres? —Él se dio la vuelta y les preguntó a los hombres que iban con él—: Chicos, ¿a cuántos hemos

matado hoy?

Uno de ellos le dijo:

—Contando con esta familia, exactamente noventa y nueve.

—Tú, mujer anciana, eres una tía tan lejana que tendrás que sacrificarte para que pueda llegar a un número redondo.

Cuando oí eso, se me puso el pelo de punta. ¡Ese bastardo estaba

hablando de matarme! Me metí en la casa corriendo, pero en realidad no

podía escapar de ellos. Para Pequeño León, la familia no significaba nada.

Cuando pensaba que su mujer tenía una aventura, metió una granada entre

las cenizas del fogón, pero su madre se levantó muy temprano y se puso a

limpiar el fogón y fue ella quien se encontró con la granada. Yo me había

olvidado de aquel incidente y ahora iba a pagarlo caro, y todo por ser tan

bocazas. Nos llevaron a Jincai y a su familia y a mí hasta la Aldea de la

Colina de Arena, donde uno de ellos empezó a cavar una gran fosa. No le

llevó mucho tiempo, puesto que el suelo era muy arenoso. La luna brillaba

tanto que veíamos todo lo que había en el suelo —briznas de hierba, flores,

hormigas, babosas— como si fuera de día. Pequeño León se acercó al

borde del foso para echar un vistazo.

—Hacedlo un poco más hondo —dijo—. Jincai es grande como una

mula, el cabrón.

El hombre continuó cavando. La arena húmeda volaba de un lado a

otro. Pequeño León le preguntó a Jincai:

—¿Tienes algo que decir?

—León —dijo Jincai—, no voy a suplicarte nada. Maté a tu padre,

pero si no lo hubiera hecho yo, lo habría hecho algún otro.

—Mi padre era un hombre austero que vendía mariscos con el tuyo.

Ahorró algo de dinero y se compró unos acres de terreno.

Desgraciadamente para tu padre, alguien le robó el dinero.

Dime, ¿cuál fue

el delito de mi padre?

—¡Compró tierras, ese fue su delito!

—Jincai, dime la verdad. ¿A quién no le gustaría tener un terreno?

¿Qué me dices de tu padre, por ejemplo? ¿O de ti?

—A mí no me lo preguntes —dijo Jincai—. No puedo contestar esa

pregunta. ¿El hoyo ya es suficientemente profundo?

El hombre que cavaba dijo que sí. Sin decir ni una palabra, Jincai se

metió dentro de un salto. Solamente su cabeza asomaba por encima del

nivel del suelo.

—León —dijo—, quiero gritar una cosa.

—Adelante —dijo León—. Hemos sido amigos desde que éramos

niños e íbamos con el culo al aire, así que te mereces un trato especial.

Adelante, grita lo que quieras.

Jincai pensó un momento y después levantó el brazo izquierdo y gritó

con todas sus fuerzas:

—¡Larga vida al Partido Comunista! ¡Larga vida al Partido Comunista! ¡Larga vida al Partido Comunista!

Fueron solamente tres gritos.

—¿Eso es todo? —dijo Pequeño León.

—Eso es todo.

—Vamos —dijo León—, grita un poco más. Tienes una buena voz.

—No —dijo Jincai—. Eso es todo. Con tres veces es suficiente.

Pequeño León le dio un ligero codazo a la madre de Jincai.

—Muy bien —le dijo—. Ahora vas tú, tía.

La madre de Jincai cayó de rodillas y tocó el suelo con la frente, pero

Pequeño León se limitó a cogerle la pala de las manos al otro hombre y la

usó para empujarla al interior de la fosa. El otro hombre empujó a la

esposa y a los hijos de Jincai. Los niños berreaban. Su madre también.

—¡Parad ya! —les ordenó Jincai—. Cerrad la boca y no me hagáis

pasar vergüenza.

Su esposa y sus hijos dejaron de llorar. Entonces uno de los hombres

me señaló y dijo:

—¿Y qué hacemos con esta, jefe? ¿También la metemos dentro?

Antes de que Pequeño León pudiera contestar, Jincai gritó:

—Pequeño León, dijiste que esta fosa era para mi familia. No quiero

ningún extraño aquí abajo.

—No te preocupes, Jincai —dijo Pequeño León—. Te comprendo

perfectamente. Con esta anciana vamos a...

Se volvió hacia donde estaban los demás.

—Chicos, ya sé que estáis cansados, pero cavad otro hoyo para enterrarla a ella.

Los hombres se dividieron en dos grupos, uno para cavar una fosa para mí y el otro para rellenar la fosa donde estaba Jincai con su familia.

La hija de Jincai empezó a llorar.

—Mamá, me está entrando arena en los ojos.

Entonces la esposa de Jincai le tapó la cabeza a la niña con las amplias mangas de su blusa. El hijo de Jincai intentó esforzadamente

trepar por la pared de la fosa para escapar, pero le dieron un golpe con una

pala que lo mandó de nuevo al fondo. El niño empezó a berrear. La madre

de Jincai, por su parte, se sentó en el suelo y rápidamente quedó enterrada

bajo la arena. Jadeaba por la falta de aire.

—¡Partido Comunista, ah, Partido Comunista! —gruñó—. ¡Por tu

culpa estamos muriendo nosotras, las mujeres!

—¡Así que por fin lo has entendido, ahora, que estás a punto de morir!

—dijo Pequeño León—. Jincai, lo único que tienes que hacer es gritar:

«Abajo el Partido Comunista» tres veces y le perdonaré la vida a un

miembro de tu familia. De ese modo, habrá alguien que visite tu tumba en

el futuro.

Tanto la madre como la esposa de Jincal le rogaron que lo hiciera:

—¡Dilo, Jincal, dilo de una vez!

Con la cara tapada casi completamente por la arena, Jincal levantó la

mirada con orgullo.

—¡No, no lo diré!

—De acuerdo, tienes agallas —dijo Pequeño León lleno de admiración, y le cogió la pala a uno de sus hombres, la hundió en la arena y

echó una palada más a la fosa.

La madre de Jincal ya no se movía. La arena le llegaba a su mujer por

el cuello. Ya había enterrado a su hija y casi le cubría del todo la cabeza a

su hijo, que levantaba los brazos y seguía esforzándose por salir de ahí. A

su esposa le salía sangre negra de la nariz y las orejas. Del agujero negro

en que se había convertido su boca se escaparon las palabras «qué

sufrimiento, ay, qué sufrimiento». Pequeño León hizo una pausa en su

trabajo y le dijo a Jincal:

—Bueno, ¿qué me dices ahora?

Jadeando como un buey, Jincal, que tenía la cabeza hinchada como

una cesta, le contestó:

—Ni hablar, Pequeño León.

—Como fuimos amigos cuando éramos pequeños —dijo Pequeño

León—, te daré una oportunidad más. Lo único que tienes que hacer es

gritar: «Larga vida al Partido Nacionalista» y te sacaré de ahí.

Con los ojos muy abiertos, y mirándolo fijamente, Jincái balbuceó:

—Larga vida al Partido Comunista...

Enfurecido, Pequeño León comenzó a echar arena en la fosa otra vez.

La esposa y los hijos de Jincái quedaron enterrados muy pronto, pero

todavía se notaban movimientos justo debajo de la superficie, lo que

indicaba que aún no estaban muertos del todo. De repente, nos impactó ver

la cabeza hinchada de Jincái elevarse de un modo terrorífico. Ya no podía

hablar y le salía sangre de la nariz y de los ojos. Las venas de la frente se le

habían hinchado hasta tener el tamaño de gusanos de seda. Entonces

Pequeño León empezó a saltar para apisonar bien la tierra. Después, se

sentó en cuclillas delante de la cabeza de Jincái.

—Bueno, ¿qué me dices ahora? —le preguntó.

Jincái ya no podía contestarle. Pequeño León le dio unos golpeitos en

la cabeza con el dedo y le dijo:

—A ver, chicos, ¿queréis probar los sesos humanos?

—¿Quién va a querer comer eso? —dijeron—. Me da ganas de vomitar.

—Hay gente que los ha comido —dijo Pequeño León—. El Jefe de

Destacamento Chen, por ejemplo. Me dijo que si se le pone un poco de

salsa de soja y unas tiras de jengibre, sabe como el tofu en gelatina.

El hombre que estaba cavando el otro pozo salió de él y dijo:

—¡Ya está listo, señor!

Pequeño León se acercó a echar un vistazo.

—Ven aquí, tía lejana, y dime qué opinas de esta cripta que te he

hecho.

—León —dije yo—, León, ten un poco de compasión y perdónale la

vida a esta anciana.

—¿Y para qué quiere vivir alguien tan viejo como tú? Si te dejo ir,

tendré que encontrar a alguien que ocupe tu lugar, puesto que necesito

llegar a cien para hacer un número redondo.

Entonces yo le dije:

—En ese caso, acaba conmigo con tu espada. ¡Ser enterrada viva es

demasiado horrible!

Lo único que me dijo ese hijo de perra engendrado por una tortuga

fue:

—La vida es constante sufrimiento. Pero cuando mueras, irás directamente al Cielo.

Y entonces me empujó dentro de la fosa. Justo entonces apareció un

montón de gente, gritando para anunciar su llegada. Venían de la Aldea de

la Colina de Arena. Uno de ellos era Sima Ku, el segundo del administrador de la Casa Solariega de la Felicidad. Mucho tiempo atrás yo

había cuidado a su tercera esposa, así que pensé: ha llegado mi salvador.

Llegó caminando con aire arrogante, con sus botas de montar. Había

envejecido un montón durante los años que habían pasado desde la última

vez que yo lo había visto.

—¿Quién eres? —preguntó.

—¿Yo? ¡Soy Pequeño León!

—¿Qué estás haciendo?

—Enterrando a una gente.

—¿A quién?

—Al jefe de los milicianos de la Colina de Arena, Jincai, y a su familia.

Sima Ku se acercó al hoyo en el que estaba yo.

—¿Quién está ahí abajo?

—¡Segundo Patrón, sálveme! —grité yo—, yo cuidé a su tercera

esposa. Soy la mujer de Guo Loguo.

—Ah, eres tú —dijo él—. ¿Cómo has caído en sus manos?

—Hablé cuando no debía. Sea compasivo, Segundo Patrón.

Sima Ku se volvió hacia Pequeño León.

—Deja que se vaya —le dijo.

—Si hago eso, Jefe del Equipo, no llegaré a un número redondo.

—Olvídate de los números. Límitate a matar a quien merezca que lo maten.

Uno de sus hombres colocó la pala de modo que yo pudiera salir de la

fosa. Podéis decir lo que queráis, pero Sima Ku es un hombre razonable, y

si no hubiera sido por él, ese bastardo de Pequeño León me habría

enterrado viva.

Los oficiales se llevaron de la habitación a la anciana señora Guo,

arrastrándola y empujándola.

La Profesora Cai, con la cara pálida, cogió su puntero y volvió al

punto donde se había desmayado y comenzó de nuevo a hacer sus

descripciones de las torturas. A pesar de que se le saltaban las lágrimas

mientras seguía con su monótono sermón, hablando con una voz desolada,

los estudiantes ya no lloraban más. Recorrí con la mirada los rostros de

toda esa gente que había estado golpeándose el pecho y dando patadas en el

suelo; ahora se veían los efectos del agotamiento y de la impaciencia.

Todos aquellos dibujos, rezumantes de sangre, se habían vuelto insípidos,

como si fueran tortitas que han estado empapadas durante días y que

después se han puesto a secar. Comparado con lo que nos había contado la

anciana señora Guo, cuya experiencia personal la había investido con la

voz de la autoridad, los dibujos y las explicaciones habían perdido su

capacidad de despertar nuestras emociones.

VII

Me sacaron a rastras de la escuela. En la calle se había congregado una

multitud; estaba claro que me esperaban a mí. Dos milicianos con la cara

mugrienta se me acercaron y me ataron con un trozo de cuerda que era

suficientemente largo como para que me diera una docena de vueltas al

cuerpo, o más, y todavía sobró un poco para que uno de los guardias

armados la cogiera y fuera tirando de mí. El otro hombre venía detrás,

empujándome suavemente con la boca del cañón de su rifle.

Toda la gente

que nos cruzamos por el camino se me quedaba mirando, boquiabierta.

Después, desde la otra punta de la calle, otro grupo de personas atadas se

acercó hasta donde estaba yo. Venían tambaleándose. Eran mi madre, mi

primera hermana, Sima Liang y Sha Zaohua. Shangguan Yunü y Lu

Shengli, que no iban atadas, intentaban abrazarse a Madre todo el tiempo, y

todo el tiempo uno de los corpulentos milicianos las empujaba a un lado.

Nos encontramos en el cuartel general del distrito —la Casa Solariega de

la Felicidad—, donde nos limitamos a intercambiar miradas. Yo no tenía

nada que decir, y estoy seguro de que a ellos les pasaba lo mismo.

Escoltados por los milicianos, atravesamos varios patios hasta llegar a

la última habitación, la que quedaba más al sur, y ahí nos amontonamos

todos. La ventana del muro que daba al Sur era un enorme agujero. Su

celosía y sus persianas de papel estaban destrozadas, como para ofrecer las

actividades del interior del edificio al escrutinio público.

Distinguí a Sima

Ting, encogido en un rincón, con el rostro pálido. Le faltaban los dientes de

delante. Nos echó una mirada llena de tristeza. Detrás de la ventana se

encontraba el último pequeño jardín, rodeado por un alto muro, una parte

del cual había sido atravesado como para abrir una puerta especial. Los

guardias patrullaban la zona. Los uniformes se les hinchaban debido al

viento del Sur que soplaba desde los campos.

Aquella noche, el oficial del distrito colgó cuatro lámparas de gas del

techo de la habitación, e hizo que llevaran una mesa y seis sillas. También

trajo látigos de cuero, estacas, varas de ratán, cable de acero, cuerdas, un

cubo y una escoba. Además de todo esto, instaló un dispositivo

ensangrentado para degollar a los cerdos, un cuchillo de carnicero, un

pequeño cuchillo para desollar animales, unos ganchos de hierro para

colgar la carne y un cubo para guardar la sangre. Todo lo necesario para

montar un matadero.

Escortado por un escuadrón de milicianos, el Inspector Yang entró en

la habitación. Su pierna ortopédica crujía a cada paso que daba. Tenía los

carrillos caídos y unas lorzas de grasa debajo de las axilas que le hacían

separar los brazos del cuerpo, como un yugo que le colgara del cuello. Se

sentó detrás de la mesa y, ociosa y tranquilamente, comenzó a prepararlo

todo para interrogarnos. Primero se sacó del bolsillo trasero una Mauser de

color azul brillante, la amartilló y la dejó sobre la mesa. Entonces le dijo a

uno de los milicianos que le trajera un megáfono, que depositó junto a la

pistola. Después trajo una petaca de tabaco y una pipa, que depositó junto

al megáfono. Por último, se agachó, se quitó la pierna ortopédica —con el

zapato y el calcetín puestos— y la colocó en una de las esquinas de la

mesa. La pierna se veía de un color rosa que daba miedo bajo la brillante

luz de la lámpara, y tenía una serie de cicatrices negras en la pantorrilla.

Tanto el zapato como el calcetín estaban muy desgastados. Quedó sobre la

mesa como si fuera uno de los leales guardaespaldas del Inspector Yang.

Otros oficiales del distrito se sentaron sombríamente a ambos lados

del Inspector Yang, con las plumas en la mano, delante de unos cuadernos

de notas. Los milicianos apoyaron sus rifles contra la pared, se arremangaron y cogieron látigos y estacas. Como si fueran guardias del

yamen, formaron dos filas, una enfrente de la otra, respirando pesadamente.

Lu Shengli, que se había entregado voluntariamente, aferraba la
pierna de Madre y lloraba. De las puntas de las largas pestañas de Octava
Hermana también colgaban algunas lágrimas, aunque ella sonreía. Era
cautivadora incluso en las circunstancias más difíciles, y comencé a
sentirme culpable por haberla privado de los pechos de Madre cuando
éramos pequeños. Madre miraba inexpresiva y fijamente a las lámparas.
El Inspector Yang rellenó su pipa y pasó una cerilla por encima de la
áspera superficie de la mesa. Se encendió con un chasquido. Juntó
ruidosamente los labios aspirando de la pipa para que el tabaco comenzara
a arder. Después tiró la cerilla y tapó la cazoleta de la pipa con el pulgar
antes de volver a aspirar profundamente, haciendo mucho ruido, mientras
echaba el blanco humo por la nariz. Después quitó las cenizas dándole un
golpe a la cazoleta contra la pata del taburete en el que estaba sentado. Tras
dejar la pipa sobre la mesa, cogió el megáfono y se lo llevó a la boca de
manera que el extremo abierto apuntaba hacia la gente que había al otro
lado de la ventana.

—Shangguan Lu, Shangguan Laidi, Shangguan Jintong, Sima Liang,

Sha Zaohua —dijo con voz grave—. ¿Sabéis por qué os hemos traído aquí?

Todos nos volvimos para mirar a Madre, que todavía tenía los ojos

clavados en la lámpara. Tenía la cara tan hinchada que la piel estaba casi

transparente. Movió los labios una vez o dos, pero no dijo nada. Se limitó a

sacudir la cabeza.

El Inspector Yang dijo:

—Sacudir la cabeza no es forma de contestar a mi pregunta.

Basándonos en los testimonios de la gente y en la exhaustiva investigación

que han llevado a cabo las autoridades, hemos conseguido una amplia serie

de pruebas. Durante un largo periodo de tiempo, la familia Shangguan,

bajo la supervisión de Shangguan Lu, ocultó el paradero del contrarrevolucionario más importante del Concejo de Gaomi del Noreste,

un hombre que ha hecho correr una incalculable cantidad de sangre, Sima

Ku, el enemigo público. Además, hace muy poco, uno de los miembros de

la familia estropeó el salón de actos de la escuela y llenó la pizarra de la

iglesia de eslóganes reaccionarios. Solamente por estos delitos podríamos

fusilar a toda vuestra familia. Pero siguiendo nuestra política actual,

estamos dispuestos a daros otra oportunidad, una última oportunidad para

que podáis salvar la vida. Queremos que nos reveléis el
escondite secreto

del malvado bandido Sima Ku, para poder traer a ese lobo
feroz ante la

justicia sin demora. En segundo lugar, queremos que confeséis
haber

estropeado el salón de actos de la escuela y haber escrito los
eslóganes

reaccionarios, a pesar de que ya sabemos quién es el culpable
de ello.

Esperamos que seáis completamente honestos, y como
contrapartida

seremos muy indulgentes. ¿Comprendéis lo que digo?

Respondimos con silencio.

El Inspector Yang levantó la pistola y la golpeó contra la mesa,
sin

apenas apartarse de la boca el megáfono, que seguía
apuntando a la

ventana.

—Shangguan Lu —bramó—, ¿has oído lo que he dicho?

Con voz tranquila, Madre dijo:

—Esto es una trampa para incriminarnos.

—Una trampa para incriminarnos —dijimos los demás,
haciéndole

eco.

—¿Una trampa para incriminaros, decís? No es nuestra
costumbre

incriminar a la gente inocente, pero tampoco lo es dejar que
los culpables

campen por sus respetos. Colgadlos a todos.

Nos resistimos y gritamos, pero lo único que conseguimos fue
retrasar

un poco lo que era inevitable. Nos ataron las manos a la espalda y nos colgaron de las vigas de la casa de Sima Ku. Madre colgaba de la viga que había más hacia el sur, seguida de Shangguan Laidi, Sima Liang y yo. Sha Zaohua estaba detrás de mí. Me dolían los brazos, pero eso era soportable.

El dolor que sentía en las articulaciones de los hombros, por el contrario, era espantoso. La cabeza nos quedaba colgando hacia adelante, con el cuello estirado al máximo. Era imposible mantener las piernas rectas, era imposible no estirar el empeine y era imposible evitar que los dedos gordos de los pies apuntaran directamente hacia el suelo. Yo no podía dejar de gimotear, pero Sima Liang no hacía ni un ruido. Shangguan Laidi se lamentaba, pero Sha Zaohua guardaba silencio. El peso de Madre hacía que su cuerda se tensara como un cable. Ella fue la primera en empezar a sudar, y la que más sudaba. Un vapor casi incoloro le salía del despeinado cabello. Shengli y Yunü la agarraron por las piernas y la movían hacia adelante y hacia atrás, así que los milicianos las apartaron a un lado empujándolas como a un par de pollitos recién nacidos. Ellas volvieron a toda prisa y fueron apartadas de nuevo.

—Inspector Yang —dijeron los hombres—, ¿quiere que colguemos

también a estas dos?

—¡No! —dijo el Inspector Yang con firmeza—. Haremos todo como

está mandado.

Sin querer, Shengli le quitó a Madre uno de los zapatos. El sudor se

deslizó por su cuerpo hasta la punta del dedo gordo, y desde ahí cayó al

suelo como si se tratara de lluvia.

—¿Ya estáis dispuestos a hablar? —nos preguntó el Inspector Yang

—. Confesad y os bajaré de ahí inmediatamente.

Haciendo un esfuerzo para levantar la cabeza y recuperar el aliento,

Madre dijo casi sin voz:

—Suelta a los niños... Yo soy la que te interesa a ti...

—¡Los haremos hablar! —dijo él, dirigiéndose a la ventana—.

¡Pegadles, pegadles con fuerza!

Los milicianos cogieron los látigos y las estacas y, dando unos gritos

aterradores, comenzaron a golpearnos sistemáticamente. Yo me estremecía

de dolor, al igual que Primera Hermana y que Madre. Sha Zaohua

reaccionó con absoluto silencio, probablemente porque se desmayó. En

cuanto al Inspector Yang y a los oficiales del distrito, estuvieron todo el

tiempo pegando puñetazos en la mesa e insultándonos a gritos. Algunos de

los milicianos arrastraron a Sima Ting hasta el dispositivo para degollar

cerdos mientras le pegaban en el trasero con una vara metálica. Con cada

uno de los golpes, él soltaba un grito agónico. «¡Segundo Hermano, hijo de

perra, ven aquí y confiesa tus delitos! No podéis pegarme así, no después

de todo lo que he hecho...». Uno de los milicianos descargaba su estaca

una y otra vez, sin decir ni una palabra, como si estuviera golpeando un

trozo de carne podrida. Uno de los oficiales golpeó una cantimplora de

cuero con su látigo mientras otro azotaba una bolsa de arpillera con el

suyo. Los gritos y los fuertes crujidos, algunos reales y otros no, llenaban

la habitación. Los ruidos se mezclaban confusamente. Los látigos y las

estacas bailaban bajo la brillante luz de las lámparas de gas.

Cuando pasó aproximadamente el tiempo que dura una clase, soltaron

la cuerda que estaba atada a la celosía y Madre se precipitó al suelo.

Después soltaron la siguiente, y Primera Hermana se precipitó al suelo.

Los demás las seguimos uno a uno. Un miliciano trajo un cubo lleno de

agua y nos echó agua fría en la cara con un cucharón, haciendo que

recuperáramos el sentido inmediatamente. Me dolía cada una de las

articulaciones del cuerpo.

—¡Lo de esta noche sólo ha sido una advertencia! —bramó el Inspector Yang—. Quiero que os lo penséis muy bien. ¿Estáis dispuestos a

hablar o no? Si habláis, os perdonaremos todos vuestros delitos. Si no, lo

peor todavía no ha llegado.

Cogió su pierna ortopédica, guardó la pipa y metió la pistola en su

funda; después les ordenó a los milicianos que nos vigilaran bien antes de

darse la vuelta y salir cojeando por la puerta acompañado por sus

guardaespaldas, chirriando a cada paso.

Los milicianos cerraron la puerta con pestillo y se apoyaron en la

pared, agachados, a fumar. Se dejaron los rifles apoyados sobre el pecho.

Nosotros nos acurrucamos alrededor de Madre, sollozando e incapaces de

decir ni una sola palabra. Ella nos acarició la cabeza con sus manos

hinchadas. Sima Ting gemía de dolor.

—Oídmeme —dijo uno de los milicianos—, decidle lo que quiere oír. El

Inspector Yang puede hacer confesar a una estatua de piedra. Vuestros

cuerpos son de carne y hueso. ¿Cuántos días os creéis que aguantarán? Con

mucha suerte, llegaréis a pasado mañana.

Uno de los otros dijo:

—Si Sima Ku es el hombre que dicen que es, debería entregarse.

Durante esta época puede esconderse en las tierras de cultivo, protegerse

tras esa cortina verde. Pero en cuanto llegue el invierno, quedará al

descubierto. Tu yerno es un tigre muy extraño. A finales del mes pasado,

un escuadrón de la policía lo tenía rodeado en un cañaveral junto al Lago

del Caballo Blanco, pero se les escapó y consiguió matar a siete u ocho de

sus perseguidores con una sola ráfaga de ametralladora. Y además, el jefe

del escuadrón resultó herido en la pierna.

Los milicianos parecían estar insinuando algo. Yo no estaba seguro de

qué se trataba. Pero habían dejado caer algunas noticias sobre Sima Ku.

Después de dejarse ver junto al horno de ladrillos, había desaparecido

como un guijarro en medio del océano. Le habíamos dicho que se fuera

volando muy alto, muy lejos, pero se había quedado cerca de Gaomi del

Noreste, sembrando el caos y buscándonos problemas. El Lago del Caballo

Blanco estaba al sur del Caserío del Condado Dos, a unos cuatro o cinco

kilómetros de Dalan.

Al día siguiente, al mediodía, Pandi viajó desde la capital del condado. Estaba enfurecida, y tenía la intención de hacer que los oficiales

del distrito pagaran por lo que habían hecho. Pero cuando salió de la

oficina del jefe del distrito, quien vino a vernos con ella, ya se había

calmado. No la habíamos visto en seis meses, y no teníamos ni idea de qué

era lo que hacía en el cuartel general del condado. Había perdido mucho

peso, pero las manchas de leche seca que tenía en la blusa indicaban que

estaba amamantando. Nos quedamos mirándola fijamente.

—Pandi —le preguntó Madre—, ¿qué mal hemos hecho? Pandi

levantó la vista hacia el jefe del distrito, que estaba mirando por la

ventana. Los ojos se le llenaron de lágrimas y dijo:

—Madre... ten paciencia... confía en el gobierno... el gobierno nunca

le haría daño a alguien inocente...

En el mismo momento en el que Pandi intentaba torpemente consolarnos, en el cementerio familiar del Erudito Ding, situado en el

espeso bosquecillo de pinos que hay más allá del Lago del Caballo Blanco,

Cui Fengxian, una viuda de la Aldea de la Boca de Arena, golpeaba

rítmicamente la lápida que cubría la tumba del Erudito Ding, en la que

estaban grabados unos comentarios sobre sus heroicas hazañas. Los

sonidos que hacía se mezclaban con el *du-du-du* de un pájaro carpintero

que hacía su trabajo en un árbol. Las blancas plumas de la cola de una

urraca gris, semejantes a un abanico, avanzaban resbalando por el cielo,

sobre las copas de los árboles. Después de aporrear encima de las

inscripciones durante un buen rato, Cui Fengxian se sentó a esperar ante el

altar. Tenía el rostro empolvado e iba bien vestida y con la ropa limpia.

Una cesta de bambú tapada le colgaba del brazo, y todo ello le daba el

aspecto de una joven recién casada que va de visita a la casa de sus padres.

Sima Ku apareció desde detrás de la lápida, haciendo que ella saltara hacia

atrás, aterrorizada.

—¡Maldito fantasma! —dijo ella—. Me has dado un susto de muerte.

—¿Desde cuándo una espíritu de zorro como tú tiene miedo de los

fantasmas?

—Así que esas tenemos —dijo ella—, sigues tan mordaz como

siempre.

—¿Qué quieres decir con «así que esas tenemos»? Todo es maravilloso, nunca me ha ido mejor. —Y añadió—: Esos aldeanos

bastardos hijos de tortuga se creen que me van a capturar, ¿verdad? ¡Ja, ja,

ja! ¡Soñar es gratis! —Le dio unos golpecitos al rifle automático que tenía

apoyado sobre el pecho, a la Mauser alemana plateada que llevaba en el

cinturón y a la pistola Browning que iba enfundada en su cartuchera—. Mi

suegra quiere que me vaya de Gaomi del Noreste. ¿Por qué iba a hacerlo?

Este es mi hogar, el sitio en el que están enterrados mis ancestros. Conozco

íntimamente cada brizna de hierba, cada árbol, cada montaña, cada río.

Aquí es donde yo disfruto, e incluso hay una maldita espíritu de zorro

como tú, así que te lo tengo que preguntar: ¿Por qué iba a querer irme?

En los pantanosos cañaverales, una bandada de patos silvestres asustados levantó vuelo, y Cui Fengxian estiró el brazo y le tapó la boca

con la mano a Sima Ku. Él le apartó la mano y dijo:

—No hay nada de lo que preocuparse. Más allá les he dado una

lección a los del Octavo Ejército de Caminos. A esos patos los deben haber

asustado los buitres.

Cui lo arrastró cementerio adentro y le dijo:

—Tengo una cosa importante que contarte.

Fueron andando entre los matorrales y las zarzas hasta llegar a un

enorme panteón. «¡Ay!», gritó Cui Fengxian al pincharse un dedo con una

zarza. Sima Ku se echó la ametralladora a la espalda y encendió un farol, y

después se dio la vuelta y le cogió la mano.

—¿Te ha atravesado la piel? —le preguntó—. Déjame ver.

—Estoy bien —dijo ella, intentando soltarse.

Pero él ya se había metido el dedo de ella en la boca y lo chupaba con

fuerza. Ella gimió.

—Eres un maldito vampiro.

Sima Ku soltó el dedo, cubrió la boca de ella con la suya y le aferró

los pechos con sus grandes y toscas manos. Ella se retorció apasionadamente y dejó que su cesta cayera al suelo. Unos huevos de color

marrón salieron rodando por el suelo de ladrillo. Sima Ku la levantó y la

tumbó sobre la gran cubierta de la cripta...

Sima Ku yacía desnudo sobre la cubierta de la cripta, con los ojos

medio cerrados, lamiéndose las puntas de su sucio y amarillento bigote,

que no había recortado en mucho tiempo. Cui Fengxian le estaba

masajeando los grandes nudillos de una mano con sus suaves dedos.

Súbitamente, apoyó su ardiente rostro contra el huesudo torso de él, que

olía como un animal salvaje, y comenzó a morderlo.

—Eres un demonio —le dijo, con un toque de desesperanza en la voz

—. Nunca vienes a verme cuando las cosas te van bien, pero en cuanto te

encuentras en problemas, vienes y me envuelves con tus tentáculos... Sé

bien que cualquier mujer que se líe contigo va a pasarlo mal,
pero no puedo

controlarme. Tú agitas tu cola y yo corro detrás de ti como si
fuera una

perra... Dime, demonio, ¿qué poder maligno tienes para hacer
que las

mujeres te sigan, incluso cuando saben que las estás
conduciendo al

Averno, y que se metan sin dudarlo, con los ojos bien abiertos?

Sima Ku sonrió a pesar de que el comentario de ella lo había
puesto

triste. Le cogió la mano y se la apretó contra su pecho, de
modo que ella

sintió la fuerza de los latidos de su corazón.

—Tienes que confiar en esto, en mi corazón, en la sinceridad
de mi

corazón. Yo les entrego el corazón a las mujeres.

Cui Fengxian sacudió la cabeza.

—Sólo tienes un corazón. ¿Cómo puedes dárselo a diferentes
mujeres

al mismo tiempo?

—Aunque se lo dé a muchas, sigue siendo sincero. Y también
esto lo

es —dijo, soltando una carcajada libidinosa mientras su mano
se deslizaba

hacia abajo por su cuerpo.

Cui Fengxian le dio un pellizco en los labios.

—¿Qué voy a hacer con un monstruo como tú? ¡Incluso
cuando te

persiguen hasta el punto que tienes que dormir en tu tumba,
encuentras

tiempo para hacer tonterías y jugar!

Con una risotada, Sima Ku dijo:

—Cuanto más lo intentan, más me apetece jugar. Las mujeres son

auténticos tesoros, tesoros entre los tesoros. Son lo más precioso que hay.

Volvió a tocarle los pechos.

—Oye, lascivo —dijo ella—, ya basta. Ha pasado algo en tu casa.

—¿Qué? —preguntó él sin dejar de acariciarla.

—Se los han llevado a todos y los tienen encerrados. Tienen a tu

suegra, a tus cuñadas la mayor y la menor, a tu hijo, a tu pequeño cuñado, a

las hijas de tus cuñadas la mayor y la quinta y a tu hermano mayor. Los

han encerrado en la casa de la familia. Por la noche, los cuelgan de las

vigas y los azotan con látigos y les pegan con estacas... Se me rompe el

corazón. No creo que puedan soportarlo más que un día más.

Las manos de Sima Ku quedaron petrificadas frente al pecho de Cui

Fengxian. Bajó de la cripta de un salto, cogió su rifle automático y se

agachó para salir del panteón. Cui Fengxian lo abrazó y le suplicó:

—No vayas. Estás buscando que te maten.

Cuando se calmó, se sentó junto a un ataúd y engulló uno de los

huevos duros. La luz del sol se filtraba entre las zarzas y caía sobre su

mejilla hinchada y sobre las canas que tenía en las sienes. La yema del huevo se le quedó en la garganta. Tosió y la cara se le empezó a poner morada. Cui Fengxian le dio unas palmadas en la espalda y un masaje en el cuello hasta que la comida por fin le bajó por el gaznate. La pobre tenía la cara bañada en sudor.

—¡Me has dado un susto de muerte! —dijo, jadeando, mientras dos

grandes lágrimas caían sobre la mejilla de Sima Ku y rodaban hacia abajo.

Él se puso en pie de un salto; casi se golpea la cabeza contra el techo

del panteón. Unas llamaradas de odio parecieron brotarle de los ojos.

—¡Hijos de perra, os voy a arrancar la piel!

—Por favor, no vayas —le suplicó Cui Fengxian abrazándolo de

nuevo—. Yang el lisiado te ha preparado una trampa. Incluso una vieja

mujer de pelo largo como yo puede darse cuenta de lo que está intentando.

Usa la cabeza. Si irrumpes allá tú solo, caerás directamente en su trampa.

—¿Y entonces qué debo hacer?

—Sigue el consejo de tu suegra y vete lo más lejos de aquí que puedas. Yo iré contigo, si no soy una carga, aunque se me deshagan las plantas de los pies.

Sima Ku la cogió de la mano y le dijo con gran emotividad:

—Soy un hombre muy afortunado por haber conocido a tantas mujeres buenas. Todas han querido dármele todo y entregarse a mí en

cuerpo y alma. ¿Qué más puede pedirle un hombre a esta vida? Pero ya no

puedo causarte ningún daño más. Ahora vete, Fengxian, y no vengas a

buscarme nunca más. No te pongas triste cuando te enteres de que he

muerto. He tenido una buena vida...

Con lágrimas en los ojos, ella asintió y se quitó un peine hecho de

cuerno de buey de la cabeza y se lo pasó amorosamente a Sima Ku por el

pelo. Lo tenía enmarañado y salpicado de canas. Al peinarlo, salieron

trozos de hierba, caparazones rotos de caracoles y pequeños insectos. Le

dio un húmedo beso en la frente y le dijo, con voz tranquila: «Te esperaré».

Después recogió su cesta y salió del panteón arrastrándose. Abriéndose

paso entre las zarzas, abandonó el cementerio. Sima Ku se quedó ahí

sentado sin moverse hasta mucho después de que ella se hubiera marchado,

con los ojos fijos en las zarzas iluminadas por el sol, que se balanceaban

con delicadeza.

A la mañana siguiente, Sima Ku se arrastró fuera del panteón, dejando

dentro sus armas, y fue dando un paseo hasta el Lago del Caballo Blanco,

donde se dio un baño. Después, como quien se va de excursión a

contemplar la naturaleza, dio una vuelta alrededor del lago, observándolo

todo, entablado conversaciones con unos pájaros que había posados sobre

las cañas y echando carreras con los conejos que corrían al lado del

sendero. Caminó por los bordes de esas zonas pantanosas, deteniéndose a

cada rato para recoger florecillas silvestres rojas y blancas; después se las

acercaba a la nariz para aspirar su fragancia. Más tarde recorrió

ampliamente los pastos, desde donde vio, a lo lejos, la Montaña del Buey

Reclinado, que parecía dorada por los rayos del sol que se ponía. Cuando

pasaba por el puente que cruza el Río del Agua Negra, dio unos cuantos

brincos, como si quisiera comprobar si era sólido. El puente se balanceó y

crujió. Sintiéndose como un niño travieso, se abrió los pantalones y expuso

su desnudez; entonces miró hacia abajo y le gustó lo que vio. Dejó caer un

torrente de humeante orina al río. Cuando esta impactaba sobre la

superficie del agua, salpicando fuerte y rítmicamente, aulló: «Ah, ah, ah ya

ya». El sonido de su voz se expandió por todas partes antes de regresar a él.

A la orilla del río, un pequeño pastorcillo bizco hacía restallar su látigo.

Eso atrajo la atención de Sima Ku. Miró al niño y este lo miró a su vez.

Ambos sostuvieron la mirada hasta que comenzaron a reírse.

—Sé quién eres, niño —le dijo Sima Ku, soltando una risita—. ¡Tus

piernas son de madera de peral, tus brazos son de madera de albaricoque y

tu madre y yo hicimos tu pequeño pito con un pedazo de barro!

Enfadado por este comentario, el niño lo maldijo:

—¡Que le den a tu vieja!

Este insulto vil hizo que a Sima Ku se le agitara el corazón. Los ojos

se le humedecieron y suspiró profundamente. El pastor volvió a hacer

restallar el látigo para que sus cabras se dirigieran hacia el sol poniente. Su

sombra se alargó mientras comenzó a cantar, con su voz aguda e infantil:

«En 1937, los japoneses vinieron a las llanuras. Primero tomaron el Puente

de Marco Polo, y después el Paso de Shanhai. Construyeron unas vías de

tren que llegaban hasta nuestra ciudad, Jinan. Después, los japoneses

dispararon sus cañones, pero el soldado del Octavo Ejército de Caminos

amartilló su rifle, apuntó y... *pang*, un oficial japonés cayó, estirando las

piernas mientras su alma emprendía el vuelo...». Antes de que la canción

se terminara, unas lágrimas calientes brotaron de los ojos de Sima Ku.

Tapándose la ardiente cara con las manos, se sentó de cuclillas sobre el

punto de piedra...

Después se lavó en el río el rostro surcado por las lágrimas, sacudió su

ropa para quitarle toda la tierra que tenía encima y comenzó a caminar

lentamente siguiendo la acequia, que estaba llena de flores de colores

estridentes. A medida que iba anocheciendo, los graznidos de los pájaros se

volvían más lóbregos y escalofriantes. La variedad de colores que había en

el cielo formaba una gigantesca mancha. Los aromas de las flores que

había por todos lados, algunos muy fuertes y otros sutiles, embriagaban a

Sima Ku; simultáneamente, los olores de las hierbas, a veces amargos y a

veces picantes, lo sacaban de su embriaguez. Tanto el Cielo como el

Infierno parecían muy remotos, la eternidad parecía transcurrir en un abrir

y cerrar de ojos, y estos pensamientos lo llenaban de una profunda

angustia. Las langostas desovaban sobre el sendero gris que había junto a

la acequia, y parecían cubrirlo por completo: frotaban sus blandos

abdomenes contra el duro y embarrado suelo mientras mantenían levantada

la parte superior del cuerpo; era una escena de sufrimiento y de dolor al

mismo tiempo. Mientras observaba cómo se ondulaban sus abdómenes

largos e inconexos, se acordó de su infancia y de su primer amor, una

jovencita de piel clara con las cejas depiladas que era la amante de su

padre, Sima Weng. Cuánto le habría gustado frotar su cartilaginosa nariz

contra sus pechos...

La aldea estaba ahí mismo, un poco más adelante. El humo de las

cocinas subía dibujando volutas por el aire, y el olor de los humanos se

hacía cada vez más pesado. Se agachó para coger un crisantemo silvestre y

aspirar su fragancia con la intención de quitarse de la cabeza todas esas

imágenes del pasado y de abandonar sus fantasiosos pensamientos.

Después decidió dirigirse a una brecha que habían abierto recientemente en

el muro sur del hogar de su familia. Un miliciano que estaba escondido en

el agujero salió de un salto, amartilló su rifle y gritó:

—¡Alto! ¡No des ni un paso más!

—Esta es mi casa —contestó Sima Ku con frialdad.

El guardia se quedó atónito durante unos instantes. Después pegó un

tiro al aire y gritó salvajemente:

—¡Es Sima Ku! ¡Sima Ku está aquí!

Sima Ku miró cómo el miliciano salió corriendo, arrastrando su rifle
tras él, y murmuró:
—¿Por qué corre? ¡Qué cosa!
Volvió a inhalar el aroma de la flor amarilla y tarareó la cancioncilla
antijaponesa que había cantado el pastor. Estaba decidido a hacer una
entrada digna. Pero el primer paso que dio fue en falso, y cayó dentro de un
hoyo que habían cavado enfrente de la brecha, precisamente para atraparlo
a él. Un escuadrón de policías del condado que estaba haciendo guardia
noche y día en el terreno que había detrás del muro apareció inmediatamente, saliendo de su escondite. Los agujeros negros de docenas
de cañones de rifles apuntaban a Sima Ku, que estaba atrapado y que se
había cortado los pies con unos tallos de bambú afilados.
—¿Qué creéis que estáis haciendo? —les dijo, despectivamente,
atravesado por el dolor—. He venido a entregarme. ¿Para qué construís una
trampa para jabalís salvajes para atraparme?
El investigador jefe se agachó, ayudó a Sima Ku a salir del agujero y
le puso unas esposas.
—¡Liberad a los miembros de la familia Shangguan! —bramó—.
¡Estoy aquí para responder por lo que he hecho!

IX

Para satisfacer las demandas de los habitantes de Gaomi del Noreste, el juicio público contra Sima Ku se celebró en la plaza donde él y Babbitt habían proyectado su primera película al aire libre. En ese lugar, originalmente, se encontraba la era de su familia, pero ahora había allí una plataforma de tierra prensada que apenas se levantaba por encima del nivel del suelo. En aquel punto era donde Lu Liren había liderado a las masas en la campaña de la reforma agraria. Como preparación para la llegada de Sima Ku, los oficiales del distrito habían enviado al lugar una serie de milicianos armados la noche anterior, para que sacaran de la tierra un montón de arena con el que reconstruir la plataforma. Querían que fuera tan alta como los diques del Río de los Dragones, y que cavarán una trinchera que rodeara la plataforma por los cuatro costados. Después la llenarían de un agua aceitosa y gris. Cuando todo eso estuvo terminado, autorizaron el envío de una cantidad de dinero suficiente para comprar quinientos kilos de mijo, que después intercambiaron en un mercado que había a unos quince kilómetros de la aldea por dos carros llenos de telas

muy bien tejidas de color amarillo dorado. Con ellas erigieron una inmensa

tienda sobre la plataforma y después la cubrieron con hojas de papel de

todos los colores en las que habían escrito un montón de consignas;

algunas mostraban rabia, otras expresaban júbilo. La tela que sobró se

extendió sobre la plataforma. A los lados sobraba un poco, que daba la

impresión de formar cascadas de oro. El jefe del distrito, acompañado por

el gobernador del condado, se acercó personalmente para inspeccionar el

lugar donde iban a llevarse a cabo los interrogatorios. De pie sobre la

elegante plataforma, que resultaba muy cómoda para los pies y que se

parecía al escenario de una ópera, contemplaron las turbias aguas azules

del Río de los Dragones, que fluía hacia el Este. Un viento frío hacía que se

les hincharan las mangas y las perneras de los pantalones hasta el punto de

que parecían salchichas. El gobernador del condado se frotó la nariz

enrojecida y se volvió para preguntarle en voz muy alta al jefe del distrito:

—¿Quién es el responsable de esta obra maestra?

Incapaz de decidir si el gobernador del condado lo decía

sarcásticamente o estaba siendo elogioso, el jefe del distrito le respondió

con ambigüedad:

—Yo participé en la planificación, pero él se hizo cargo del trabajo.

—Señaló a un oficial del Comité de Propaganda del Distrito que estaba de

pie, a un lado del escenario.

El gobernador del condado le echó una mirada al sonriente oficial y

asintió con la cabeza. Después, bajando la voz un poco pero no lo

suficiente como para que la gente que había a su espalda no lo oyera, dijo:

—¡Esto se parece más a una coronación que a un juicio público! El

Inspector Yang llegó cojeando en ese momento e hizo una respetuosa

reverencia ante el gobernador del condado, que lo caló inmediatamente y le

dijo:

—El condado reconoce el excepcional servicio que has hecho al

organizar la captura de Sima Ku. Pero en tus planes has incluido la tortura

de los miembros de la familia Shangguan, cosa que ha sido censurada.

—Lo que cuenta es haber traído al demonio asesino de Sima Ku ante

la justicia —contestó apasionadamente el Inspector Yang—, y para

lograrlo habría dado mi pierna buena alegremente.

El juicio público se programó para la mañana del octavo día del

duodécimo mes lunar. Los aldeanos, cubiertos por el frío resplandor de las

estrellas del alba, bajo el helador semblante de la luna,
comenzaron a afluir
al lugar para tomar parte en la diversión. Cuando empezó a
amanecer, la
plaza estaba atestada de gente. Algunos estaban detrás de unas
verjas que
se habían levantado en la orilla del Río de los Dragones. En el
momento en
el que el sol apareció tímidamente, lanzando sus rayos sobre
las cejas y las
barbas cubiertas de escarcha de la gente, un vaho rosado les
salía de la
boca. Mucha gente había olvidado que era la mañana en la
que,
normalmente, se comían unos cuencos de gachas de arroz
afrutadas, pero
no los miembros de mi familia. Madre intentó contagiarnos su
fingido
entusiasmo, pero el llanto constante de Sima Liang nos tenía a
todos de un
humor de perros. Como una pequeña madre, Octava Hermana
buscó a
tías una esponja que había encontrado entre la arena, a la
orilla del río, y
le secó sus copiosas lágrimas a Sima Liang. Lloraba sin hacer
ni un solo
ruido, cosa que era peor que si hubiera estado berreando a
pleno pulmón.
Primera Hermana se quedó cerca de Madre, que corría de un
lado a otro
muy ocupada, preguntándole una y otra vez:
—Madre, si muere, ¿se esperará que yo muera con él?

—¡Deja de decir tonterías! —la abroncó Madre—. ¡No se
esperaría

eso de ti ni siquiera si estuvierais casados!

Cuando repitió la misma pregunta por décima o duodécima
vez,

Madre perdió la paciencia y le dijo significativamente:

—Laidi, ¿acaso a ti te importan las apariencias? Cuando te
liaste con

él, no fue nada más que un cuñado beneficiándose a su cuñada.
Eso, para

cualquiera, es un acto indecente.

Primera Hermana estaba atónita.

—Madre —le dijo—, has cambiado.

—Sí, he cambiado —dijo Madre—, pero sigo siendo la
misma.

Durante los últimos diez años, como mínimo, muchos
miembros de la

familia Shangguan han caído como tallos de cebolletas y otros
han nacido

para ocupar sus lugares. Allí donde hay vida, la muerte es
inevitable. Morir

es fácil; lo difícil es vivir. Y cuanto más difícil se vuelve, más
fuerte es la

voluntad de seguir viviendo. Y cuanto mayor es el miedo a la
muerte,

mayor es el esfuerzo que se hace por conservar la vida. Yo
quiero seguir

aquí el día que mis hijos y mis nietos lleguen a la cumbre, así
que espero

que todos os comportéis. ¡Hacedlo por mí!

Con los ojos humedecidos por las lágrimas, pero echando
chispas, nos

miró a todos, uno tras otro, y al fin se detuvo en mí, como si yo fuera el
depositario de todas sus esperanzas. Eso me dio un miedo y una ansiedad
increíbles, puesto que, con la única excepción de mi capacidad para
memorizar las lecciones escolares y para cantar el *Himno de la liberación*
de las mujeres, no se me ocurría ni una sola cosa en la que yo fuera
especialmente bueno. Yo era un llorica. Tenía miedo hasta de mi propia
sombra y era un alfeñique, una especie de oveja castrada.
—Preparaos —dijo Madre—. Vamos a despedirnos de él como se
debe. Es un cabrón, pero también es un hombre digno de ser llamado así.
En otro tiempo, aparecían hombres como él cada ocho o diez años, pero me
temo que ahora estamos ante el último de su estirpe.
Nos quedamos, reunidos en familia, junto al dique del río, contemplando cómo la gente que nos rodeaba se escabullía. Nos echaron
muchas miradas con el rabillo del ojo. Sima Liang intentó acercarse, pero
Madre lo cogió por el brazo.
—Quédate aquí, Liang. Miraremos desde una cierta distancia. Si nos
acercamos mucho, sólo conseguiremos que él tenga un motivo más de
preocupación.

El Sol se levantaba cada vez más alto en el cielo mientras
varios
camiones Llenos de soldados armados y con la cabeza cubierta
con cascos
iban cruzando sigilosamente el Río de los Dragones y
atravesando la
brecha que había en el dique. Los hombres tenían el aspecto de
quien se
sabe enfrentado a un enemigo poderoso. Después de que los
camiones se
detuvieran al lado de la tienda, los soldados saltaron al suelo
por parejas y
se organizaron rápidamente para formar una muralla humana.
Después, dos
soldados descendieron de uno de los camiones y abrieron la
puerta trasera.
Entonces apareció Sima Ku con un par de relucientes esposas
en las manos,
custodiado por un escuadrón de soldados. Trastabilló cuando
lo empujaron
para que bajara, pero inmediatamente lo recogió un soldado
alto y robusto
que, evidentemente, había sido escogido para desempeñar esa
tarea. Sima
Ku, con las piernas hinchadas y cubiertas de una espesa
sangre, avanzó
tambaleándose junto a sus captores, dejando unas huellas
malolientes en la
tierra. Lo condujeron hasta la tienda, sobre la plataforma. Los
testigos
forasteros, que veían a Sima Ku por primera vez y se lo habían
imaginado

como un demonio asesino, medio hombre y medio bestia, un monstruo con
colmillos y un rostro verdoso y feroz, comentaron más tarde que se habían
sentido decepcionados al verlo en persona. Este hombre de mediana edad,
con la cabeza rapada y unos ojos grandes y tristes, no tenía un aspecto
amenazante en absoluto. Por el contrario, les dio la impresión de ser una
persona sin ninguna malicia, cándido y de buen corazón, por lo que se
preguntaron si la policía no se habría equivocado al arrestarlo. El juicio se puso en marcha rápidamente. Comenzó con la lectura, por
parte del magistrado, de la lista de los delitos de Sima Ku, y concluyó con
el dictamen de la sentencia de muerte. Después, los soldados lo hicieron
bajar de la plataforma. Cojeaba al caminar, por lo que los soldados tenían
que sujetarlo de los brazos. La procesión se detuvo al borde del estanque,
en el infame lugar destinado a las ejecuciones. Sima Ku se volvió para
mirar hacia el dique. Tal vez nos viera, tal vez no.
—¡Papá! —le gritó Sima Liang, pero Madre le tapó inmediatamente
la boca con la mano.
—Liang —le susurró al oído—, sé buen chico y haz lo que te digo. Sé
cómo te sientes, pero es muy importante que no hagamos que tu papá se

sienta peor de lo que ya se siente. Deja que se enfrente a este último

desafío libre de preocupaciones.

Las palabras de Madre funcionaron como un conjuro mágico y transformaron a Sima Liang, que parecía un perro rabioso, en una dócil oveja.

Dos soldados con aspecto de forzudos cogieron a Sima Ku por los

hombros y lo obligaron a darse la vuelta para que quedara de frente al

estanque de las ejecuciones. La acumulación de agua de lluvia a lo largo de

treinta años se asemejaba al aceite de limón. Desde ahí, la imagen de su

rostro demacrado, con las mejillas llenas de cicatrices, le devolvió la

mirada. Dándole la espalda al escuadrón de soldados, mirando hacia el

estanque, vio las caras de innumerables mujeres reflejadas en el agua. Sus

fragancias ascendían desde la superficie, y súbitamente se apoderó de él

una sensación fuerte: la de su propia fragilidad. Unas turbulentas y

emocionantes olas perturbaron la calma de su corazón. Liberándose de los

soldados que lo tenían atrapado, se dio la vuelta, dándole un susto al

director del Departamento Judicial de la Oficina de Seguridad del

Condado, así como a los verdugos, que eran conocidos por su capacidad de

matar sin ni siquiera pestañear.

—¡No dejaré que me disparéis por la espalda! —gritó estridentemente.

Al situarse frente a las pétreas miradas de sus verdugos, sintió punzadas de dolor procedentes de las cicatrices que tenía en las mejillas.

Sima Ku, para quien la dignidad era tan importante, fue asaltado por los

remordimientos cuando los acontecimientos del día anterior afloraron a su mente.

Cuando el representante legal le había hecho entrega del documento

en el que se lo condenaba a ser ejecutado, Sima Ku lo había recibido lleno

de alegría. El representante le había preguntado si tenía una última petición

que hacer. Frotándose la perilla, él había dicho: «Me gustaría que un

peluquero me afeitara la cabeza», a lo que el representante le había

contestado: «Se lo transmitiré a mis superiores».

Llegó el peluquero, portando su pequeña maleta, y se acercó a la celda

del condenado con evidente inquietud. Después de afeitarse la cabeza de un

modo muy irregular, dirigió su cuchilla hacia la barba. Pero cuando había

realizado la mitad del trabajo, le hizo un rasguño en la mejilla, arrancándole un chillido a la víctima. El peluquero se asustó tanto que se

plantó en la puerta de la celda de un salto y buscó protección
situándose

entre los dos guardias armados.

—El pelo de este tipo es más espinoso que las cerdas de un
puerco —

dijo el peluquero, mostrándole a los guardias la cuchilla—. Me
ha

estropeado la cuchilla. Y su barba es todavía peor. Es como un
cepillo de

púas metálicas. Toda su fuerza debe estar concentrada en las
raíces de su

barba.

El peluquero recogió sus cosas y estaba a punto de marcharse
cuando

lo detuvo un insulto de Sima Ku:

—Tú, hijo de perra, ¿qué te crees que estás haciendo?
¿Quieres que

vaya a encontrarme con mis antepasados con media cara
afeitada?

—Tú, condenado —le contestó el peluquero—. Tu barba está
demasiado dura, y estás concentrando toda tu fuerza ahí.

Sin saber si reírse o echarse a llorar, Sima Ku le dijo:

—No le echas la culpa al retrete si no puedes cagar. No tengo
ni idea

de a qué te refieres cuando dices que concentro toda mi fuerza
en no sé qué

sitio.

—Estás gruñendo todo el tiempo. Si eso no es concentrar tu
fuerza,

¿qué es? —le contestó el peluquero astutamente—. No estoy
sordo,

¿sabes?

—¡Cabron! —le dijo Sima Ku—. Estoy gruñendo por el daño que me haces.

Uno de los guardias le dijo al peluquero:

—Tienes trabajo, así que cállate ya y termina de afeitarlo.

—No puedo —dijo él—. Buscad a un maestro peluquero.

Sima Ku suspiró y dijo:

—Mierda. ¿Dónde habéis encontrado a esta basura? Quitadme las

esposas, chicos, y me afeitaré yo mismo.

—¡De ninguna manera! —dijo uno de los guardias—. Si esto es una

estratagema para atacarnos y escapar, o para suicidarte, será responsabilidad nuestra.

—¡Que le den a tu vieja! —bramó Sima Ku—. Quiero ver a la persona

que esté al mando —añadió, golpeando ruidosamente las esposas contra los

barrotes de la ventana.

Una oficial de seguridad llegó corriendo.

—Sima Ku, ¿qué te crees que estás haciendo? —le preguntó.

—Mírame la cara —dijo Sima—. Me ha afeitado media cara y luego

ha parado diciendo que mi barba es demasiado dura. ¿A ti te parece

comprensible?

—No —dijo ella, dándole una palmada en el hombro al peluquero—.

¿Por qué no terminas de afeitarlo?

—Su barba es demasiado dura. Y está todo el tiempo concentrando su

fuerza en las raíces...

—¡Que le den a todos tus antepasados! ¡Deja ya esa tontería sobre la

fuerza que concentro!

El peluquero levantó y mostró su cuchilla estropeada en defensa de su

argumento.

—¿Por qué no actúas como un hombre, amiga? —le dijo Sima Ku a la

oficial—. Quítame las esposas y yo mismo me afeitaré. Es el último favor

que pido en mi vida.

La oficial, que había participado en la captura de Sima, dudó durante

unos momentos antes de volverse hacia uno de los guardias y decirle:

—Quítaselas.

Con mucha aprensión, el guardia hizo lo que le habían dicho y después se apartó, de un salto, de la zona de peligro. Sima Ku se frotó las

muñecas hinchadas y estiró un brazo con la palma de la mano hacia arriba.

Entonces la oficial le quitó la cuchilla al barbero y se la depositó sobre la

mano a Sima, quien la cogió y clavó su mirada en los oscuros ojos de ella,

semejantes a uvas, que coronaban unas pobladas pestañas.

—¿No tienes miedo de que te ataque, o de que huya, o de que me quite

la vida?

—Si lo hicieras —dijo ella sonriendo—, no serías Sima Ku.

Soltando un suspiro, Sima dijo:

—¡Nunca soñé que sería una mujer quien me entendiera de verdad!

Ella sonrió con sorna.

Sima se quedó mirando los labios rojos y duros de la mujer, y después

dejó caer la mirada hasta su pecho, que se arqueaba hacia arriba por debajo

de su uniforme de color caqui.

—Tienes unos bonitos pechos, hermanita —le dijo.

Ella apretó los dientes, muy enfadada, y dijo:

—¿Eso es lo único en lo que puedes pensar el día de antes de tu

muerte?

—Hermanita —le contestó Sima con voz sombría—, me he follado a

un montón de mujeres en mi vida, y lo único de lo que me arrepiento es de

no haberme follado nunca a una comunista.

Ella se puso furiosa y le dio una bofetada tan fuerte y tan sonora que

un poco de polvo se desprendió de las vigas. Él sonrió picaramente y le

dijo:

—Tengo una joven cuñada que es comunista. Sus convicciones

políticas son tan firmes como sus hermosos pechos...

Sonrojándose, la oficial escupió a Sima a la cara y le dijo, gruñendo

en voz baja:

—¡Andate con cuidado, chucho sarnoso, o te voy a cortar las pelotas!

Sima Ting gritó, con una voz llena de tristeza y de rabia, sacando a

Sima Ku de sus angustiosos pensamientos. Miró y vio a un escuadrón de

milicianos arrastrando a su hermano mayor hacia la multitud de

espectadores. «¡Soy inocente! ¡Inocente! ¡He prestado un buen servicio!

¡Rompí relaciones con mi hermano hace mucho tiempo!». Nadie hizo

ningún caso a las llorosas súplicas de Sima Ting. Sima Ku suspiró y un

sentimiento de culpa se apoderó poco a poco de su corazón. Cuando todo

iba bien, el tipo había sido un hermano bueno y leal, aunque a veces no se

pudiera confiar en lo que decía.

Sima Ting tenía las piernas como de goma, hasta el punto que no

podía mantenerse de pie. Un oficial de la aldea le preguntó:

—Dime, Sima Ting, ¿dónde está escondido el tesoro de la Casa

Solariega de la Felicidad? ¡Si no me lo dices, correrás la misma suerte que

él!

—No hay ningún tesoro escondido. Durante la reforma agraria ya

cavaron hasta una profundidad de un metro y no encontraron nada —se

defendió el desgraciado hermano de Sima Ku.

Este sonrió y dijo:

—¡Deja de refunfuñar, Hermano Mayor!

—¡Es todo por tu culpa, cabrón! —protestó Sima Ting. Sima Ku se

limitó a sacudir la cabeza y a sonreír con amargura.

—¡Basta ya de tonterías! —los reprendió el oficial de la aldea, con la

mano apoyada en la culata de su pistola—. ¡Llevaos a ese hombre! ¿Es que

no tenéis educación? —Mientras se llevaban de allí a Sima Ting, el oficial

añadió—: Pensábamos que esta sería una buena ocasión para sonsacarle

algo.

El oficial que estaba al mando de la ejecución levantó una banderita

roja y exclamó en voz alta:

—Preparados...

Los hombres que formaban el pelotón de fusilamiento levantaron sus

armas, esperando la orden. Una sonrisa helada se dibujó en el rostro de

Sima Ku, que miraba fijamente las negras bocas de los rifles que lo

apuntaban. Un resplandor rojizo se elevó por encima del dique, y el olor de

las mujeres invadió el cielo y la tierra. Sima Ku gritó:

—¡Las mujeres son una cosa maravillosa!

El sordo crepitar de los disparos le abrió la cabeza a Sima Ku como si

fuera un melón maduro. La sangre y los sesos saltaron en todas

direcciones. Su cuerpo se quedó momentáneamente rígido y después se precipitó hacia adelante. En aquel momento, como en la escena culminante de una obra de teatro que se produce justo antes de que caiga el telón, la viuda Cui Fengxian, de la Aldea de la Boca de Arena, vestida con una chaqueta de satén rojo y unos pantalones de satén verde, y con el pelo adornado con un ramillete de sedosas flores de color amarillo dorado, llegó volando desde lo alto del dique y se tumbó en el suelo al lado de Sima Ku.

Yo supuse que empezaría a llorar junto al cadáver, pero no lo hizo. Tal vez la imagen del cráneo destrozado de Sima Ku hizo que se quedara sin un ápice de valor. Sacó de su cinturilla un par de tijeras; yo pensé que se las iba a clavar en el pecho para acompañar a Sima Ku en la muerte. Pero no lo hizo. Ante los ojos de todo el mundo, le clavó las tijeras a Sima Ku en su pecho muerto. Después se tapó la cara, rompió el silencio con breves chillidos de dolor y se marchó tambaleándose lo más rápido que pudo.

La multitud de espectadores se quedó ahí de pie. Parecían estacas de madera. Las últimas palabras de Sima Ku, decididamente poco elegantes, se habían abierto paso hasta lo más profundo de sus corazones,

produciéndoles un leve cosquilleo pícaro mientras se retiraban del lugar.

¿Son realmente las mujeres una cosa maravillosa? Tal vez lo sean. Sí,

definitivamente las mujeres son una cosa maravillosa, pero dicho esto, hay

que añadir que en realidad no son «una cosa».

Capítulo 6

I

El día del decimoctavo cumpleaños de Shangguan Jintong, Shangguan

Pandi se llevó a Lu Shengli con ella. Jintong estaba sentado en el dique,

contemplando melancólicamente cómo las gaviotas planeaban por encima

del río. Sha Zaohua salió del bosque y le entregó su regalo de cumpleaños,

un pequeño espejo. A la chica, que tenía la piel muy morena, ya le habían

crecido unos bonitos pechos. Sus ojos oscuros, ligeramente bizcos,

parecían guijarros en el fondo del río, y estaban llenos del brillo de la

pasión.

—¿Por qué no lo guardas para dárselo a Sima Liang cuando vuelva?

—dijo Jintong.

Ella se metió la mano en el bolsillo y sacó un espejo más grande.

—Este es para él.

—¿De dónde has sacado tantos espejos? —le preguntó Jintong,

evidentemente sorprendido.

—Los robé de la cooperativa —dijo ella en voz baja—. He conocido a

una maga ladrona en el Mercado de Wopu que me ha cogido de aprendiz.

Cuando mi aprendizaje concluya, si necesitas algo, no tienes más que

pedírmelo y yo lo robaré para dártelo. Mi profesora le robó el reloj a un

tipo de la propaganda soviética quitándoselo de la muñeca, y además le

sacó un diente de oro de la boca.

—Pero eso va contra la ley.

—Ella me dijo que los hurtos menores van contra la ley, pero no los

robos de alto nivel. —Examinando entre sus manos los dedos de Jintong, le

dijo—: Tienes unos dedos suaves y finos. Podrías ser un buen ladrón.

—No, yo no. Me falta valor. Pero Sima Liang sí que podría, tiene

agallas y siempre está alerta. Él es tu hombre. Puedes enseñarle cuando

vuelva.

Zaohua se guardó el espejo grande, diciendo:

—Liangzi, Liangzi, ¿cuándo vas a volver?

Sonaba como una mujer madura.

* * *

Sima Liang había desaparecido hacía cinco años. Enterramos a Sima

Ku al día siguiente al que lo fusilaron, y Sima Liang partió aquella noche.

El viento frío y húmedo del Noreste hacía que las jarras y los cazos
desconchados que colgaban de la pared cantaran oscuramente.
Nos
sentamos sin hacer nada frente a un farol solitario, y cuando el viento
apagó la llama, nos quedamos a oscuras. Nadie hablaba. Todos
nos
habíamos quedado impresionados por la escena que tuvo lugar
en el
entierro de Sima Ku. Como no teníamos ataúd, tuvimos que
envolver su
cuerpo en una esterilla de paja, como se envuelve un puerro en
una tortita,
muy apretado, y lo atamos con una cuerda. Una docena de
personas, más o
menos, ayudó a llevar su cuerpo hasta el cementerio público,
donde
cavamos un hoyo. Después nos quedamos de pie junto a la
cabecera de la
tumba, donde Sima Liang cayó de rodillas y se prosternó. Ni
una lágrima le
corrió por la cara, donde se dibujaban bonitas arrugas. Yo tenía
ganas de
decir algo para que mi querido amigo se sintiera mejor, pero
no se me
ocurrió nada. Cuando volvíamos a casa, me dijo en voz baja:
—Me voy a marchar, Pequeño Tío.
—¿Dónde? —le pregunté yo.
—No lo sé.
En el momento en que el viento apagó la llama del farol, creí
ver una

vaga y oscura figura saliendo silenciosamente por la puerta, y
tuve la
certeza de que Sima Liang se había marchado, aunque no oí ni
un ruido. Se
fue como si nada. Madre lo buscó metiendo un largo palo de
bambú hasta
el fondo en todos los pozos secos y los estanques profundos de
la zona,
pero yo sabía que estaba perdiendo el tiempo, puesto que Sima
Liang no
era de los que se suicidan. Después Madre mandó a gente a
buscarlo por las
aldeas vecinas, pero lo único que obtuvo fueron informaciones
contradictorias. Una persona dijo que lo había visto en un
circo ambulante,
y otra dijo que había visto el cuerpo de un niño pequeño al
lado de un lago,
con el rostro picoteado por los buitres. Unos reclutas que
acababan de
volver del noreste dijeron que lo habían visto cerca de un
puente sobre el
Río Yalu. En aquella época la Guerra de Corea se estaba
calentando, y la
aviación militar norteamericana bombardeaba todos los días.
Miré el pequeño espejo que me había dado Zaohua. Esa fue la
primera
vez que pude contemplar bien mis propios rasgos. A los
dieciocho años
tenía una mata de pelo amarillo, unas orejas pálidas y
carnosas, unas cejas
del color del trigo maduro y unas pestañas amarillentas que
proyectaban su

sombra sobre unos ojos de un profundo color azul. Tenía la
nariz alta, los
labios rosados y la piel cubierta de un fino vello. En honor a la
verdad, yo
ya tenía una idea de cuál era mi aspecto, y me la había hecho
mirando a
Octava Hermana. Con una cierta tristeza, me vi forzado a
admitir que
Shangguan Shouxi definitivamente no era nuestro padre y que,
fuera quien
fuera, se parecía al hombre del que la gente a veces hablaba en
voz muy
baja. Éramos, me di cuenta, descendientes ilegítimos del
clérigo sueco, el
Pastor Malory; un par de bastardos. Un aterrador sentimiento
de
inferioridad me aguijoneó el corazón. Me teñí el pelo de negro
y me
oscurecí el rostro, pero no podía hacer nada con el color de
mis ojos; tenía
ganas de arrancármelos. Recordé historias que había oído
sobre gente que
se había suicidado tragando oro, así que rebusqué en el joyero
de Laidi
hasta que encontré un anillo de oro que databa de los tiempos
de Sha
Yueliang. Estirando el cuello, me lo tragué, y después me
tumbé en el *kang*
a esperar a la muerte. Mientras tanto, Octava Hermana estaba
sentada al
borde del *kang* enrollando hilo. Cuando Madre volvió del
trabajo en la

cooperativa y me vio ahí tirado, se quedó sin aliento de la sorpresa. Yo me

imaginaba que ella se avergonzaría, pero lo que encontré fue una mirada de

enfado que me aterrorizó. Me cogió por el pelo y de un tirón me hizo

sentarme. Después me empezó a dar bofetadas, una tras otra, hasta que me

sangraban las encías y me pitaban los oídos; me hizo ver las estrellas.

—Sí, el Pastor Malory era tu padre. ¿Y qué? Lávate la cara y el pelo,

quítate eso que te has puesto, sal a la calle con la cabeza bien alta y

exclama: «¡Mi padre fue el Pastor Malory, el sueco, y eso me convierte en

un heredero de la realeza y en alguien muy superior a vosotros, tortugas!».

Mientras me decía eso y me seguía abofeteando, Octava Hermana

continuaba sentada enrollando sus hilos en silencio, como si nada de esto

tuviera que ver con ella.

Estuve sollozando durante todo el tiempo que pasé frente a la palangana lavándome la cara. El agua salía negra. Madre se quedó de pie a

mi espalda, maldiciendo en voz baja, pero yo sabía que ya no era el blanco

de sus insultos. Cuando terminé, cogió un poco de agua limpia con un

cucharón y me la echó por encima de la cabeza. Justo entonces comenzó a

llorar. El agua me resbaló por la nariz y por la barbilla y cayó en la

palangana que había en el suelo, haciendo que el agua que había allí se

aclarara lentamente. Cuando me estaba secando el pelo, Madre me dijo:

—En aquella época yo no podía hacer nada, hijo. Eres lo que eres, así

que ponte en pie bien erguido y actúa como un hombre. Ya tienes

dieciocho años; ya no eres un niño. Sima Ku tuvo sus defectos, un montón

de ellos, pero vivió la vida como un hombre, y eso es algo que vale la pena

imitar.

Yo asentí obedientemente, pero de repente me acordé del anillo de

oro. Justo cuando estaba a punto de contarle lo que había hecho, Laidi

entró corriendo en casa, sin aliento. Acababa de empezar a trabajar en la

fábrica de cerillas del distrito y llevaba un delantal blanco en el que se

veían las siguientes palabras impresas: *Luz Estelar. Fábrica de Cerillas de*

Dalan.

—¡Madre! ¡Ha vuelto! —exclamó, muy nerviosa.

—¿Quién? —preguntó Madre.

—El mudo —dijo Primera Hermana.

Madre se secó las manos y miró el rostro demacrado de Primera

Hermana.

—Me temo que es tu destino, Hija.

El mudo, Sol Callado, entró *andando* en el patio delantero de nuestra

casa. Había envejecido desde la última vez que lo habíamos visto. Su pelo

canoso asomaba por debajo de la gorra militar que llevaba en la cabeza.

Tenía los legañosos ojos más nublados que nunca. Su mandíbula se parecía

a un arado oxidado. Llevaba un uniforme amarillo nuevo, con una túnica de

cuello alto, abotonada por la garganta, y una hilera de brillantes medallas

prendidas en la pechera. Sus brazos largos y poderosos terminaban en un

par de relucientes guantes blancos. Apoyaba las manos sobre unos

pequeños taburetes con ribetes de cuero. Iba sentado sobre una almohadilla

de piel sintética que tenía adherida. Las amplias perneras de sus pantalones

estaban dobladas y las llevaba atadas a la cintura; debajo de esta, se

adivinaban dos muñones. Esa era la imagen que el mudo, que no habíamos

visto en años, nos ofrecía ahora. Apoyándose con sus poderosos brazos

sobre los pequeños taburetes, desplazó su cuerpo hacia adelante y se acercó

a nosotros. La almohadilla que llevaba adherida a la cadera brillaba con un

tono rojizo cuando le daba la luz.

Con cinco tambaleantes movimientos, se acercó a unos tres metros de
nosotros; se quedó a una distancia suficiente como para no tener que
levantar la cabeza para mirarnos a la cara. Me enjuagué el pelo y un
montón de agua sucia salpicó y cayó al suelo, fluyendo hacia él. Apoyando
las manos detrás de la espalda, retrocedió un poco, y entonces me di cuenta
de que la estatura de las personas depende sobre todo de sus piernas. La
mitad superior de Sol Callado parecía más gruesa, más robusta y más
amenazante que nunca. A pesar de que había quedado reducido a un torso,
seguía siendo increíblemente aterrador. Nos miró a los ojos, y un montón
de emociones distintas afloró a su rostro moreno. Le tembló la mandíbula
de un modo muy parecido al que lo hacía años atrás, y gruñó una y otra vez
la misma palabra: «Desnudaos, desnudaos, desnudaos...». Dos hileras de
lágrimas que parecían diamantes le brotaron en sus ojos ligeramente
dorados y se deslizaron hacia abajo por sus mejillas.
Alzando las manos al aire, hizo una serie de gestos acompañando a las
palabras «desnudaos, desnudaos, desnudaos», y entonces me di cuenta de
que no lo habíamos visto desde que se había ido al noreste a investigar el

paradero de sus hijos, Gran y Pequeño Mudo. Tapándose la cara con una

toalla, Madre entró corriendo en la casa. Lloraba sin parar. El mudo

comprendió al instante lo que le pasaba y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Madre volvió trayendo dos gorras manchadas de sangre; me las dio y

me indicó que se las entregara. Olvidándome completamente del anillo de

oro que me había tragado, me dirigí hacia él. Cuando estuve delante de él,

se fijó en mi cuerpo, delgado como un raíl, y sacudió la cabeza tristemente.

Yo primero me agaché, pero después cambié de idea y me puse de cuclillas

ante él, le entregué las gorras y señalé hacia el Noreste. Vinieron a mi

cabeza diversas imágenes de aquel lamentable viaje: el mudo llevándose a

un soldado herido del frente cargándolo sobre su espalda y, mucho peor, la

horripilante visión de los dos pequeños mudos muertos, yaciendo

abandonados en un cráter producido por un proyectil. Cogió una de las

gorras, se la llevó a la cara y la olisqueó profundamente, igual que un perro

de caza olería a un asesino que se ha dado a la fuga o a un cadáver. Se

colocó la gorra entre los muñones y me cogió la otra de las manos,

olisqueándola de la misma manera antes de guardarla junto a su
compañera. Después, sin preocuparse por si nos parecía bien, entró dando
bandazos en la casa e inspeccionó todos los rincones de todas las
habitaciones, desde los salones hasta el depósito de grano y la despensa.
Después volvió a salir para echarle un vistazo a la edificación anexa que
había en la esquina sudeste del recinto. Incluso metió la cabeza en el
gallinero. Yo lo seguí a todas partes, cautivado por su forma ágil y única de
desplazarse de un sitio a otro. En la habitación donde dormían Primera
Hermana y Sha Zaohua, se sentó en el suelo, junto al *kang*, y agarró el
borde con ambas manos. Fue una visión que me llenó de tristeza. Pero lo
que ocurrió después demostró que yo me había equivocado al sentir
lástima de él. Todavía aferrado al borde del *kang*, tiró de sí mismo hasta
quedar suspendido en el aire; era un despliegue de fuerza que yo solamente
había visto en los espectáculos de feria. Cuando su cabeza asomó por
encima del borde, flexionó los brazos ruidosamente y se lanzó sobre el
kang. Aterrizó de cualquier manera, pero sólo tardó un instante en sentarse
bien.

Ahora, sentado en la cama de Primera Hermana, parecía el
cabeza de
familia o un auténtico líder, y yo, de pie junto a la cabecera de
la cama, me
sentí como un visitante no deseado en un dormitorio ajeno.
Primera Hermana estaba en la habitación de Madre. La oí
llorar.

—Échalo de aquí, Madre —dijo entre lágrimas—. No lo quise
ni
cuando tenía piernas. Ahora, que no es más que medio
hombre, lo quiero
todavía menos.

—Es muy fácil invitar a una deidad a que forme parte de la
vida de
uno, niña, pero es muy difícil conseguir que se vaya.

—¿Y quién lo ha invitado?

—Yo me equivoqué cuando lo hice —dijo Madre—. Te
entregué a él

hace dieciséis años, y ahora ha llegado la hora de nuestro justo
castigo.

Madre le alcanzó al mudo un cuenco lleno de agua caliente. Él
exteriorizó una cierta emoción al cogerlo y vaciarlo de un
trago.

—Estaba segura de que habrías muerto —dijo Madre—. Me
sorprende

que sigas vivo. Yo fracasé en mi intento de proteger a los
niños, y mi dolor

por ello es más grande que el tuyo. Vosotros erais sus padres,
pero yo era

su cuidadora. Parece que has servido bien al gobierno, y
espero que ahora

te cuiden bien. Hace dieciséis años, arreglé vuestra boda
siguiendo nuestras
costumbres feudales. Pero en la sociedad nueva la gente ya no
se casa así.

Tú eres un destacado representante del gobierno, y nosotros
somos una
familia de viudas y huérfanos. Deberías dejarnos vivir lo
mejor que
podamos. Además, en realidad Laidi nunca se casó contigo.
Eso fue cosa
de mi tercera hija. Te lo suplico, déjanos en paz. Que el
gobierno se ocupe
de ti como te mereces.

Sin hacerle ningún caso a Madre, el mudo atravesó la cortina
de papel
con un dedo y miró el patio a través del agujero. Mientras
tanto, Primera
Hermana había encontrado un par de tenazas que databan de la
época de su
abuela y entró en la habitación blandiéndolas con ambas
manos.

—¡Tú, bastardo mudo! —gruñó—. ¡Tú, pedazo de muñón
humano, sal
de nuestra casa!

Se lanzó contra él con las tenazas, pero él se limitó a extender
la mano
y las atrapó en el aire. Ella lo intentó con todas sus fuerzas
pero no logró
que las soltara. En medio de aquella desesperadamente
desigual
competición de fuerzas, una sonrisa petulante se dibujó en el
rostro del

mudo. Débilmente, Primera Hermana soltó las tenazas y se cubrió la cara

con las manos.

—Mudo —le dijo entre lágrimas—, no sé lo que has pensado, pero sea

lo que sea, olvídale. Me casaría con un cerdo antes que contigo.

Desde la calle llegó un estallido de platillos seguido por los gritos de

un grupo de gente. Lo encabezaba el jefe del distrito.

Atravesaron la puerta

del patio de nuestra casa. Eran una docena, más o menos, de cuadros del

partido, y un puñado de niños de la escuela que portaban ramos de flores.

El jefe del distrito entró en la casa, se inclinó por la cintura y felicitó a

Madre en voz alta.

—¿Por qué? —le preguntó Madre con frialdad.

—Por la bendición del Cielo, tía —le dijo él—. Deja que me explique.

Fuera, en el patio, los niños agitaban las flores en el aire y gritaban:

«¡Enhorabuena! ¡Grandes honores y enhorabuena de todo corazón!».

—Tía —dijo el jefe del distrito—, hemos estado revisando los documentos de la reforma agraria y hemos llegado a la conclusión de que

fuisteis erróneamente clasificados como campesinos de nivel medio-alto.

El declive de vuestra situación familiar y todos los problemas que habéis

tenido os convierten en campesinos pobres, y así os hemos re-clasificado.

Esta es la primera parte de las alegres noticias. También hemos estudiado

algunos documentos procedentes de la época de la masacre japonesa de

1939 y hemos llegado a la conclusión de que tu suegra y tu marido

desempeñaron un papel importante en la resistencia a los invasores

japoneses, por lo que deberían ser honrados con el título de mártires.

Merecen recuperar su estatus original, y tu familia merece disfrutar de los

honores de ser descendientes de la revolución. Esa es la segunda parte de

las alegres noticias. En consonancia con estas reparaciones y rehabilitaciones, la escuela de la aldea ha decidido aceptar a Shangguan

Jintong como alumno. Para compensar el tiempo que ha perdido, le será

asignado un tutor, y tu nieta Sha Zaohua también tendrá la oportunidad de

recibir una educación. En este momento, la compañía de teatro del condado

acepta estudiantes, y haremos todo lo que esté en nuestra mano para que

ella sea una de los que cojan. Esta es la tercera parte de las alegres noticias.

La cuarta parte de las alegres noticias, por supuesto, es que el héroe de

primera clase del movimiento voluntario de resistencia, tu yerno, Sol

Callado, ha regresado a casa cubierto de gloria. La quinta parte de las

alegres noticias es que el hospital para veteranos convalecientes ha dado el

paso sin precedentes de aceptar a tu hija Shangguan Laidi como enfermera

de primer nivel. Recibirá un salario mensual, pero no tendrá que aparecer

por el hospital. La sexta parte de las alegres noticias es verdaderamente

alegre, y consiste en la celebración del reencuentro entre el héroe de la

resistencia y su esposa, de la que estaba separado. El gobierno del distrito

organizará la ceremonia. ¡Tía, como abuela revolucionaria que eres, vas a

disfrutar de seis alegres acontecimientos!

Madre se quedó ahí quieta, con los ojos como platos y la boca abierta,

como si le hubiera caído un rayo. El cuenco que tenía en la mano se hizo

trizas contra el suelo.

Mientras tanto, el jefe del distrito señaló a uno de los oficiales, que se

separó del grupo de escolares y se acercó, seguido por una joven que

llevaba un ramo de flores. El oficial le entregó un sobre blanco al jefe del

distrito.

—El certificado de descendiente de un mártir —le susurró.

El jefe del distrito lo cogió y se lo ofreció a Madre con ambas manos.

—Tía, este es el certificado de mártir.

A Madre le temblaron las manos al cogerlo. La joven dio un paso

adelante, se puso frente a Madre y le apoyó un ramo de flores blancas en la

parte interior del codo. Después el oficial le entregó un sobre rojo al jefe

del distrito.

—Certificado de empleo —le dijo.

El jefe del distrito cogió el sobre y se lo ofreció a Primera Hermana.

—Este es tu certificado de empleo —le dijo.

Primera Hermana se quedó quieta, con las manos todas manchadas de

hollín detrás de la espalda, por lo que el jefe del distrito extendió una

mano, le cogió un brazo y le puso el sobre rojo en la mano.

—Te lo mereces —le dijo.

La joven le colocó a Primera Hermana un ramo de flores rojas bajo el

brazo. A continuación el oficial le entregó al jefe del distrito un sobre

amarillo.

—Notificación de matriculación en la escuela —dijo.

El jefe del distrito me ofreció el sobre.

—Pequeño Hermano —me dijo—, tu futuro promete ser brillante, así

que debes estudiar mucho.

Cuando la joven me dio un ramo de flores amarillas, me di cuenta de

que sus ojos transmitían un extraordinario afecto. El delicado perfume de

las doradas flores me recordó al anillo de oro que todavía tenía en el

estómago. ¡Si hubiera sabido que iba a pasar todo esto, no me lo habría

tragado! El oficial le entregó un sobre violeta al jefe del distrito.

—La compañía de teatro.

El jefe del distrito, con el sobre en la mano, buscó con la mirada a Sha

Zaohua, que apareció dando un saltito desde el otro lado de la puerta y lo

cogió. Él le estrechó la mano.

—Estudia mucho, chica —le dijo—, y conviértete en una gran actriz.

La joven le entregó a Zaohua un ramo de flores violetas. Cuando ella

las cogió, una medalla brillante cayó al suelo. El jefe del distrito se agachó

a recogerla. Tras leer lo que había escrito en ella, se la entregó al mudo,

que estaba sentado en el *kang*. Yo sentí una repentina y alegre excitación

cuando el mudo se la prendió en el pecho. Evidentemente, ahora nuestra

familia contaba con un ladrón de primera clase. Por último, el jefe del

distrito recibió el único sobre que quedaba —uno de color azul — del

oficial y dijo:

—Camarada Sol Callado, este es un certificado de tu boda con

Shangguan Laidi. El distrito se ha ocupado de todos los detalles. Lo único

que tenéis que hacer es poner ahí vuestras huellas dactilares un día de

estos.

La joven extendió la mano y le entregó al mudo un ramo de flores

azules.

—Tía —dijo el jefe del distrito—, ¿tienes algo que decir? No seas

tímida. ¡Todos somos una gran familia feliz!

Madre miró con preocupación a Primera Hermana, que se había

quedado quieta, sujetando su ramo de flores rojas. Uno de los lados de la

boca le temblaba hasta la altura de la oreja. Del rabillo del ojo le brotaron

algunas lágrimas brillantes que cayeron sobre sus flores, como rocío,

cubriendo sus pétalos.

—En la nueva sociedad —dijo Madre, tentativamente—, deberíamos

escuchar la opinión de nuestros hijos...

—Shangguan Laidi —dijo el jefe del distrito—, ¿tienes algo que

decir?

Primera Hermana nos miró y suspiró.

—Supongo que es mi destino.

—¡Magnífico! —dijo el jefe del distrito—. ¡Ordenaré que venga

alguna gente a preparar la casa para que podamos celebrar la ceremonia

mañana!

La noche antes de que Shangguan Laidi se casara formalmente con el

mudo, expulsé el anillo de oro.

* * *

La docena de doctores, más o menos, que había en el hospital del

condado, se organizaron en una unidad médica que, bajo la dirección de un

especialista procedente de la Unión Soviética, logró por fin desengancharme de mi dieta láctea y curarme de mi aversión a la comida

normal empleando las teorías de Pavlov. Liberado de ese pesado yugo, me

incorporé a la escuela. Comencé a estudiar y, antes de que pasara mucho

tiempo, me había convertido en el alumno más aventajado del primer curso

de la Escuela Intermedia de Dalan. Aquella fue la época más gloriosa de

toda mi vida. Pertenecía a la familia más revolucionaria de la zona, era

más listo que nadie, tenía un aspecto físico envidiable y una cara que hacía

que todas las chicas bajaran la mirada, avergonzadas, y gozaba de un

apetito voraz. En la cafetería de la escuela, solía zamparme un enorme

trozo de pan de maíz y una gorda cebolla verde mientras charlaba y reía

con los otros chicos. Cuando llevaba seis meses en la escuela, ya me

habían adelantado dos cursos y me había convertido en el delegado de
tercero de la clase de ruso. Me admitieron en la Liga Juvenil sin tener que
solicitarlo, y en muy poco tiempo me eligieron miembro de la rama joven
del comité de propaganda, cuya principal función era cantar canciones
populares rusas en ruso. Tenía una voz fuerte, rica como la leche y potente
como una gorda cebolla verde, que invariablemente apagaba las voces de
los que cantaban junto a mí. En resumen, fui la estrella más brillante de la
Escuela Intermedia de Dalan durante la segunda mitad de los años 50, y el
alumno favorito de la Profesora Huo, una hermosa mujer que había servido
como intérprete de los expertos rusos que visitaban el país. Ella solía
alabarme delante de los demás estudiantes, diciendo que tenía un don para
los idiomas. Para ayudarme a mejorar mi conocimiento del ruso, me
consiguió una amiga con la que cartearme. Se trataba de una chica que
estaba en el noveno curso en una ciudad soviética y que era la hija de un
experto soviético que había trabajado en China. Se llamaba Natasha.
Intercambiamos fotos. Me miraba con una ligera expresión de sorpresa en
los ojos. Tenía unas pestañas exuberantes y rizadas.

II

Shangguan Jintong sintió que se le aceleraba el corazón y que la sangre le

subía a la cabeza; la mano con la que sostenía la foto le empezó a temblar

de forma incontrolable. Los gruesos labios de Natasha se levantaban

ligeramente mostrando unos dientes casi cegadores de tan blancos, y la

cálida y delicada fragancia de las orquídeas pareció elevarse ante sus ojos

mientras una dulce sensación hacía que le doliera la nariz. Contempló el

rubísimo pelo que le caía sobre los sedosos hombros. Un vestido escotado

y con cuello en forma de U, que seguro que había pertenecido a su madre o

a una hermana mayor, le caía, muy suelto, desde sus pequeños y

respingones pechos. Su largo cuello y su escote no dejaban nada a la

imaginación. Por alguna misteriosa razón, de los ojos de él brotaron unas

lágrimas, produciendo un efecto semejante a mirar a través de un cristal

empañado. Mientras seguía disfrutando de esa visión casi directa de sus

pechos, el dulce aroma de la leche penetró en su alma y se imaginó que oía

una llamada procedente del lejano Norte. Estepas cubiertas de hierba hasta

donde alcanzaba la vista, un denso bosque de melancólicos abedules, una

pequeña cabaña en lo más profundo del bosque, abetos
blanqueados por la
nieve y el hielo... unas encantadoras escenas desfilaron ante
sus ojos como
una secuencia de fotografías. Y en medio de cada una de las
imágenes se
encontraba la joven Natasha, con un ramo de flores violetas
entre los
brazos. Jintong se tapó los ojos con las manos y lloró de
alegría; las
lágrimas se deslizaron hacia abajo resbalando a través de sus
dedos.
Durante toda aquella noche, Jintong osciló entre el sueño y la
vigilia
mientras Natasha paseaba de un lado a otro delante de él con
el dobladillo
del vestido arrastrándole por el suelo. En su fluido ruso, él
desnudó su
corazón ante ella, pero la expresión de su rostro pasó de la
felicidad al
enfado, cosa que lo arrancó de las cumbres de la excitación y
lo llevó hasta
las profundidades de la desesperanza. Y sin embargo, una
simple sonrisa
hipnotizadora lo volvió a transportar a las alturas.
Al amanecer, el chico de la litera de abajo, un tipo llamado
Zhao
Fengnian que tenía dos hijos, se quejó:
—Shangguan Jintong, ya sé que hablas un ruso maravilloso,
pero
tienes que dejar que los demás duerman.
Tras dejar que la cautivadora imagen de Natasha se
desvaneciera, y

con un dolor de cabeza terrible, Jintong se disculpó
cáusticamente ante

Zhao Fengnian, que se dio cuenta de que tenía el rostro pálido
y los labios

llenos de ampollas.

—¿Estás enfermo?

Sufriendo, negó con la cabeza, y se sintió de repente como si
sus

pensamientos fueran en un coche que surcara un terreno
montañoso y

resbaladizo, donde existe el riesgo de perder súbitamente el
control y

despeñarse. En la base de la montaña, donde abunda la hierba,
la hermosa

Natasha se levanta el dobladillo de la falda y corre
silenciosamente hacia

él...

Cogió el poste de la litera y se puso a golpearlo con la cabeza
una y

otra vez.

Zhao Fengnian hizo llamar al instructor político, Xiao Jingang,
que

había formado parte de una brigada de trabajadores armados y
era un

hombre que provenía de un medio realmente proletario. Una
vez había

jurado que llevaría a la Profesora Huo ante un pelotón de
fusilamiento por

llevar faldas cortas, cosa que él consideraba una degeneración
moral. Sus

ojos sombríos, en un rostro que era duro como el acero,
hicieron que

Jintong sufriera un instantáneo escalofrío. La cabeza le dejó de dar vueltas

y le pareció como si lo estuvieran sacando de unas arenas movedizas.

—¿Qué te pasa, Shangguan Jintong? —le preguntó severamente Xiao

Jingang.

—¡Xiao Jingang, palurdo de cara aplastada, métete en tus asuntos!

Para que el hombre lo ayudara, con su severidad, a librarse de la

imagen de Natasha, que lo tenía fuertemente aferrado, lo único que se le

ocurrió fue hacer que se enfadara.

Xiao le dio un manotazo en un costado de la cabeza.

—¡Pequeño gilipollas! —lo insultó—. ¿Quién eres tú para hablarme

de ese modo? ¡No permitiré que un mocoso enchufado de Huo Lina me

trate así!

Durante el desayuno, cuando estaba sentado mirando su cuenco de

gachas de maíz, a Jintong se le revolvió el estómago, y se dio cuenta de

que su terrible aversión a toda comida que no fuera leche materna se había

vuelto a apoderar de él. Entonces cogió el cuenco y, empleando los restos

de lucidez que quedaban en su mente turbia, se obligó a empezar a beberse

las gachas. Pero en cuanto vio el líquido, un par de pechos vivarachos

parecieron surgir del cuenco, que se le cayó de las manos y se hizo añicos

contra el suelo. Las gachas calientes le salpicaron las piernas, pero no

sintió nada.

Sus compañeros de clase, asustados, lo arrastraron inmediatamente a

la enfermería, donde la enfermera de la escuela le limpió las piernas y le

frotó las quemaduras con un ungüento, y después les dijo a sus compañeros

que se lo volvieran a llevar al dormitorio.

Una vez allí, rompió la fotografía de Natasha y arrojó los trozos al río

que pasaba por detrás de la escuela. Entonces observó cómo Natasha, hecha

trizas, se alejaba corriente abajo y llegaba a un remolino, donde sus trozos

volvieron a unirse y, como si fuera una sirena desnuda, se quedó flotando

en la superficie. Su pelo, rizado y húmedo, le caía hasta las caderas.

Sus compañeros de clase, que lo habían seguido hasta el río, vieron

que abría los brazos y se sumergía en el agua después de gritar algo.

Algunos de ellos salieron corriendo hacia la orilla del río, y otros volvieron

a toda prisa a la escuela en busca de ayuda. Hundiéndose bajo la superficie

del agua, Jintong vio a Natasha nadando como un pez entre las algas.

Intentó llamarla, pero se le llenó la boca de agua y su grito quedó ahogado.

Cuando Jintong abrió los ojos, estaba acostado sobre el *kang* de

Madre. Intentó incorporarse, pero Madre lo sujetó y le metió en la boca la

tetina de una botella llena de leche de cabra. Débilmente se acordó de que

la vieja cabra había muerto hacía mucho tiempo. ¿De dónde habría salido

esa leche? Ya que no lograba que su testaruda mente se pusiera a

funcionar, cerró los ojos, agotado. Madre y Primera Hermana hablaban de

un exorcismo, pero el débil sonido de sus voces parecía provenir de una

botella lejana.

—Debe estar poseído —dijo Madre.

—¿Poseído? —preguntó Primera Hermana—. ¿Por quién?

—Creo que es un espíritu de zorro maligno.

—¿Podría tratarse de esa viuda? —preguntó Primera Hermana—.

Adoraba a un hada-zorro cuando estaba viva.

—Tienes razón —le contestó Madre—. No debería haber venido a

buscar a Jintong... Apenas hemos tenido la oportunidad de disfrutar unos

días felices...

—Madre —dijo Primera Hermana—, estos días, que tú llamas felices,

han sido una tortura para mí. Ese medio hombre mío me va a aplastar hasta

matarme... es como un perro, pero como un perro inútil.

Madre, no me

eches la culpa si hago algo.

—¿Por qué te iba a echar la culpa? —dijo Madre.

Jintong estuvo metido en la cama durante dos días, y su mente se fue

aclarando poco a poco. La imagen de Natasha seguía flotando ante sus

ojos. Cuando se lavaba, el lloroso rostro de ella se le aparecía en el lavabo.

Cuando se miraba en el espejo, ella estaba ahí para devolverle la sonrisa.

Cada vez que cerraba los ojos, escuchaba el sonido de su respiración.

Incluso podía sentir su pelo suave acariciándole la cara y sus cálidos dedos

recorriéndole el cuerpo. Su madre, asustada ante su errática conducta, lo

seguía a todas partes, retorciéndose las manos con nerviosismo y

lloriqueando como una niña pequeña. Su propio rostro demacrado le

miraba desde el agua del depósito, y le sostenía la mirada.

—¡Está ahí dentro!

—¿Quién está ahí dentro? —le preguntó su madre.

—¡Natasha! Y está triste.

Ella observó cómo su hijo metía la mano en el depósito de agua. Ahí

dentro no había nada más que agua, pero su hijo, muy excitado, murmuraba

palabras que ella no podía comprender, así que se lo llevó de allí y le puso

la tapa al depósito. Pero Jintong cayó de rodillas frente a una palangana y

comenzó a hablar en un idioma extraño al espíritu que habitaba en el agua.

En cuanto su madre tiró el agua de la palangana, Jintong apretó los labios

contra la ventana, como si quisiera besar su propio reflejo.

Las lágrimas brillaron en la cara de su madre. Jintong vio a Natasha

bailando en esas lágrimas, saltando de una a otra.

—¡Ahí está! —dijo, con una expresión de estupidez en el rostro,

señalando la cara de su madre—. Natasha, no te vayas.

—¿Dónde está?

—En tus lágrimas.

Madre se secó las lágrimas a toda prisa.

—¡Ahora ha pegado un salto y se te ha metido en los ojos! —gritó

Jintong.

Finalmente, su madre comprendió. Natasha aparecía en cualquier

parte donde hubiera un reflejo. Entonces tapó todos los recipientes que

contenían agua, enterró los espejos, cubrió las ventanas con un papel negro

y no le dejaba a su hijo mirarla a los ojos.

Pero Jintong veía a Natasha tomar forma en la oscuridad. Había

pasado de un estado en el que intentaba todo cuanto fuera posible para

evitar a Natasha a otro en el que la perseguía frenéticamente. Ella, por su

parte, había pasado de un estado en el que estaba en todos
lados a otro en el
que se escondía en cualquier lugar. Gritando «escúchame,
Natasha», él se
dirigió corriendo hacia un rincón oscuro. Ella se metió
arrastrándose en
una ratonera que había debajo de un armario. Él acercó su cara
al agujero e
intentó meterse detrás de ella. En su imaginación, lo
consiguió, y la siguió
por un serpenteante pasadizo, gritándole: «No te escapes de
mí, Natasha.
¿Por qué me haces esto?». Natasha salió arrastrándose por otro
agujero y
desapareció.
Él la buscó por todas partes, y al final la descubrió pegada a la
pared;
se había estirado hasta volverse fina como una hoja de papel.
Él corrió
hacia allí y empezó a palpar la pared con ambas manos, como
si le
estuviera acariciando la cara. Agachándose por la cintura,
Natasha se
escurrió entre sus brazos y fue gateando hasta la chimenea de
la cocina;
muy pronto tuvo toda la cara cubierta de hollín. Él se puso de
rodillas al
pie de la cocina y extendió una mano para quitarle el hollín de
la cara, pero
no salía. Por el contrario, él se llenó de hollín la suya.
Sin saber qué más hacer, Madre cayó de rodillas, se prosternó
y

decidió convocar al gran exorcista, el Mago Ma, que hacía años que no

ponía en práctica sus conocimientos.

El espiritista llegó vestido con una larga túnica negra y con el pelo

suelto, colgándole hasta la altura de los hombros. Venía descalzo; tenía

ambos pies manchados de color rojo brillante. En una mano llevaba una

espada hecha de madera de melocotonero, y murmuraba cosas que nadie

podía comprender. En cuanto lo vio, Jintong se acordó de todas las

extrañas historias que había oído sobre el hombre en cuestión y, como si se

hubiera tragado una cucharada de vinagre, sintió un estremecimiento. En

su mente confusa se abrió un hueco y la imagen de Natasha se desvaneció,

al menos por el momento. El mago tenía un rostro de color violáceo oscuro

y unos ojos saltones que le daban un aspecto salvaje. Tosió y escupió una

flema; fue parecido a ver a un pollo soltar una de sus húmedas deposiciones. Blandiendo en el aire su espada de madera, realizó un

extraño baile. Se cansó rápido y se situó, de pie, al lado de la palangana;

diciendo un conjuro, escupió dentro. Después, cogiendo la espada con

ambas manos, se puso a revolver el agua, que poco a poco se fue volviendo

roja. Esto fue seguido por otro baile. Cuando volvió a cansarse se dedicó a

revolver el agua de nuevo, hasta que adquirió el color de la sangre fresca.

Tirando su espada, se sentó en el suelo, respirando pesadamente. Arrastró a

Jintong a su lado y le dijo:

—Mira en la palangana y dime qué es lo que ves.

Jintong percibió un dulce olor a hierbas cuando clavó la mirada en la

superficie del agua, semejante a un espejo; se quedó asombrado al ver la

cara que lo miraba fijamente. ¿Cómo podía ser que Jintong, tan lleno de

vida, se hubiera convertido en un joven ojeroso, lleno de arrugas y

sumamente feo?

—¿Qué ves? —insistió el mago.

La cara ensangrentada de Natasha brotó muy lentamente de la palangana y se fundió con la suya; Natasha se deslizó fuera de su vestido y

señaló una herida ensangrentada que tenía en el pecho.

—Shangguan Jintong —le dijo—, ¿cómo puedes ser tan despiadado?

—¡Natasha! —le dijo Jintong, estremeciéndose y metiendo la cara en

el agua.

Entonces oyó que el mago les decía a Madre y a Laidi:

—Ya está bien. Podéis llevarlo de nuevo a su habitación.

Jintong se puso en pie de un salto y se lanzó contra el mago de la

montaña. Era la primera vez en su vida en que atacaba a alguien. ¡Qué valor hace falta para atacar a alguien que se relaciona con fantasmas y demonios! Y todo por Natasha. Le cogió al mago la perilla canosa con la mano izquierda y tiró con todas sus fuerzas, haciendo que al hombre se le estirara la boca hasta adoptar la forma de un óvalo negro. Una saliva que olía de una manera repugnante le resbaló por la mano. Protegiéndose el pecho herido con una mano, Natasha se sentó sobre la lengua del mago y miró a Jintong con admiración. Espoleado por aquella mirada, él tiró de la perilla aún más fuerte, empleando ahora las dos manos. El cuerpo del mago se dobló dolorosamente hasta que se parecía a la Esfinge del manual de geografía. Moviéndose con torpeza, golpeó a Jintong en la pierna con su espada de madera. Pero Jintong no sintió ningún dolor, gracias a Natasha, e incluso si lo hubiera sentido, no habría soltado a su presa, porque Natasha estaba dentro de la boca de ese hombre. La idea de lo que ocurriría si le soltaba la barbilla lo hizo estremecerse. El mago masticaría a Natasha hasta convertirla en papilla y después se la tragaría y ella descendería por

su aparato digestivo. ¡Los intestinos del mago eran algo asqueroso! ¡Date prisa, Natasha, sal de ahí!, le gritó ansiosamente. Pero ella se quedó sentada sobre la lengua del mago, como si estuviera sorda. La perilla del hombre estaba cada vez más resbalosa, porque la sangre procedente del pecho de Natasha le había empapado los bigotes. Él seguía tirando con ambas manos, y la sangre de ella le manchaba los dedos. El mago tiró su espada, extendió ambas manos, cogió a Jintong por las orejas y tiró con todas sus fuerzas. A Jintong se le abrió mucho la boca y oyó los chillidos de Madre y de Primera Hermana, pero nada iba a hacer que le soltara la perilla al mago. Los dos combatientes daban vueltas en círculos por el patio, seguidos por Madre y Primera Hermana, hasta que Jintong se tropezó con algo que había en el suelo. Entonces dejó de tirar durante un instante que fue aprovechado por el mago para morderle una de las manos. Tenía la sensación de que le iban a arrancar las orejas de los lados de la cabeza, y le habían mordido el dorso de la mano hasta los huesos. Dio un alarido de dolor, pero ese dolor no era nada comparado con el que sentía en

el corazón. Todo se volvió borroso. Frenéticamente, pensó en Natasha. El

mago se la había tragado y ahora ella estaba dentro de su estómago,

deshaciéndose en sus jugos digestivos. Las pinchudas paredes de su

estómago la estaban desmigajando sin piedad. La imagen borrosa que

había ante él se oscureció hasta que todo estaba negro, como el vientre de

una sepia.

Sol Callado, que había salido a comprar una botella, entró en el patio.

Gracias a su mirada perspicaz y a su rica experiencia de soldado, se dio

cuenta inmediatamente de lo que estaba pasando. Con toda la calma del

mundo, dejó la botella junto a la base de la pared de la habitación lateral.

«¡Jintong tiene problemas! —gritó Madre—. ¡Sálvalo!». Sol Callado se

situó sin ningún esfuerzo detrás del mago, levantó los dos pequeños

taburetes y los dejó caer simultáneamente sobre sus pantorrillas. El

hombre cayó al suelo como una piedra. Los taburetes de Sol Callado se

alzaron en el aire por segunda vez y volvieron a impactar sobre los brazos

del caído, que le soltó las orejas a Jintong. Los taburetes de Sol golpearon

violentamente las orejas del mago; este abrió la boca y le soltó la mano a

Jintong antes de caer rodando al suelo. Apretó los dientes y extendió la mano para coger su espada. Sol Callado rugió; el hombre se estremeció.

Para entonces, Jintong, que había empezado a gemir, hizo un esfuerzo por recomponerse y cargar de nuevo contra el mago, decidido a abrirle el vientre en canal y rescatar a Natasha. Pero Madre y Primera Hermana lo atenazaron entre sus brazos y lo sujetaron. El mago huyó de Sol Callado, que estaba agazapado como un tigre, listo para saltar.

Muy poco a poco Jintong fue recuperando el equilibrio, pero no el apetito. Entonces Madre fue a ver al jefe del distrito, que inmediatamente envió a alguien a comprar leche de cabra. Jintong pasaba la mayor parte del tiempo acostado en la cama, y sólo ocasionalmente se levantaba a estirar las piernas. Sus ojos estaban más apagados que nunca. Cada vez que se acordaba de la pobre Natasha y de su pecho sangrante, las lágrimas le rodaban por las mejillas. No tenía ninguna gana de hablar, y sólo rompía su silencio de vez en cuando para murmurar algo en voz baja; pero en cuanto alguien se le acercaba, se quedaba callado.

Una brumosa mañana, mientras estaba mirando al techo acostado en

la cama, cuando apenas se le habían secado las lágrimas por el pecho

herido de Natasha, sintió que se le tapaba la nariz y se le ablandaba el

cerebro. Necesitaba volver a dormirse inmediatamente. De pronto, un

aullido estridente y sobrecogedor salió de la habitación de Laidi y el mudo,

erizándole el vello y quitándole las ganas de dormir. Levantó las orejas

para enterarse de lo que estaba pasando, pero sólo escuchó un zumbido en

los tímpanos. Estaba a punto de cerrar los ojos cuando sonó otro estridente

aullido, esta vez aún más largo y más aterrador. Llevado por la curiosidad,

se deslizó fuera de la cama y se acercó, caminando de puntillas, a la puerta

de la habitación que daba al Este para echar un vistazo a través de una

fisura que había. Sol Callado, completamente desnudo, era una enorme

araña negra que se abrazaba a la delgada y suave cintura de Laidi. Tenía los

protuberantes labios cubiertos de baba mientras le chupaba a Laidi un

pezón primero y después el otro. Ella tenía el cuello estirado a lo largo de

la cama, y su rostro, boca arriba, estaba blanco como las hojas exteriores

de un repollo. Sus pechos redondos, los mismos que Jintong había visto

cuando ella se había tumbado en el abrevadero de la mula
hacía muchos

años, eran como amarillentos rollitos hechos al vapor que
yacían

esponjosamente sobre sus costillas. Tenía sangre en la punta
de los pezones

y marcas de mordiscos en el pecho y en la parte superior de los
brazos. Sol

Callado había convertido el cuerpo de Laidi, que en otro
tiempo había sido

tan hermoso y suave, en algo parecido a un pescado sin
escamas. Sus largas

piernas desnudas estaban extendidas sobre la cama.

Cuando Jintong comenzó a sollozar, Sol Callado cogió una
botella que

había junto a la cabecera de la cama y la lanzó contra la
puerta; Jintong

salió corriendo al patio, donde cogió un ladrillo y lo tiró contra
la ventana.

—¡Mudo! —le gritó—. ¡Vas a tener una muerte horrible!

Apenas había pronunciado estas palabras cuando lo venció el
agotamiento. La imagen de Natasha flotó un instante ante sus
ojos y se

desvaneció rápidamente como una bocanada de humo.

El poderoso puño del mudo atravesó la ventana. Jintong
retrocedió

aterrorizado hasta el árbol de parasol, desde donde vio cómo el
puño volvió

a meterse en la habitación y un chorro de pis amarillo salió por
el agujero y

cayó en un cubo que había bajo la ventana, colocado ahí para
eso.

Apretando los dientes, muy enfadado, Jintong se dirigió a la habitación

lateral, donde una extraña figura se le acercó. El extraño caminaba

agachado, arrastrando sus largos brazos tras él. Debajo de la cabeza

afeitada y de las cejas canosas y pobladas, sus grandes ojos negros,

rodeados por unas finas arrugas, eran tan intimidantes que era difícil

mirarlos fijamente. Unos cardenales morados —algunos grandes y otros

pequeños— le cubrían el rostro, y tenía las orejas llenas de cicatrices y

hechas jirones, con quemaduras en algunas partes y signos de congelación

en otras; parecían las orejas secas y arrugadas de un mono. Llevaba una

túnica gris, de cuello alto, que no le quedaba bien y que apestaba a

naftalina. A ambos lados de su cuerpo colgaban unas manos huesudas, con

las uñas todas rotas, que se agitaban de manera incontrolable.

—¿A quién buscas? —dijo Jintong con una expresión de asco en la

voz, asumiendo que se trataría de uno de los camaradas de armas del mudo.

El hombre hizo una respetuosa reverencia y le contestó, con lengua de

trapo, articulando las palabras con torpeza:

—Casa... Shangguan Lingdi... soy... Hombre-pájaro... Han...

III

Hombre-pájaro Han me impresionó terriblemente el día que se presentó en

nuestra casa. Yo recordaba débilmente algo relacionado con un hada-

pájaro, pero era solamente que había tenido unos asuntos románticos con el

mudo; eso y un incidente que consistía en que el hada había saltado desde

una montaña. Pero no recordaba nada de este extraño cuñado. Me aparté a

un lado para dejarlo pasar justo en el momento en que Laidi, con una

sábana blanca alrededor de la cintura y desnuda de ahí para arriba, salía

corriendo al patio. El puño del mudo atravesó la cortina de papel, seguido

por la mitad superior de su cuerpo. «¡Desnudaos! —dijo—, ¡desnudaos!».

Laidi, llorando, tropezó y cayó. La sábana se le había manchado de rojo por

la sangre que había abajo. Y así fue como apareció ante Hombre-pájaro

Han: atormentada y medio desnuda, con la sangre goteándole por las

piernas.

Entonces regresó Madre, seguida por Octava Hermana. Traían una

cabra. No pareció muy sorprendida por la antiestética pinta de Primera

Hermana, pero en cuanto vio a Hombre-pájaro Han cayó redonda al suelo.

No fue hasta mucho más tarde que Madre me contó que se había dado cuenta, de inmediato, de que él había vuelto a reclamar lo que se le debía, y que nosotros tendríamos que devolverle, con intereses, todos los pájaros que nos habíamos comido hacía quince años antes de que él se viera obligado a escapar a Japón, donde había llevado una vida muy primitiva.

La llegada de Hombre-pájaro Han acabaría con la prosperidad y el estatus que habíamos logrado sacrificando a la hija mayor de Madre. Pero eso no impidió que preparara una suntuosa comida de bienvenida. Este extraño pájaro que había caído del cielo se sentó, como en trance, en nuestro patio, y se dedicó a observar las ocupaciones de Madre y de Laidi en la cocina. Conmovida por el maravilloso relato que hizo Hombre-pájaro sobre los quince años que había pasado escondido en Japón, Laidi se olvidó temporalmente de lo que sufría en manos del mudo, que se movía por el patio y le echaba miradas provocativas a Hombre-pájaro.

En la mesa, Hombre-pájaro manejaba los palillos con tanta torpeza que no fue capaz de coger ni un solo trozo de carne, así que Madre se los quitó y lo instó a comer con las manos. Él levantó la cabeza.

—¿Ella... mi... esposa?

Madre miró con odio al mudo, que estaba mordisqueando la cabeza de un pollo.

—Ella —contestó Madre—, se ha ido muy lejos.

Madre, con su amable forma de ser, no podía negarse a aceptar la

petición de Hombre-pájaro de quedarse a vivir con nosotros, por no

mencionar las exhortaciones del jefe del distrito y de la Administración

Civil: «No tiene ningún otro sitio al que ir, y es nuestro deber satisfacer las

necesidades de alguien que ha vuelto a nuestro encuentro desde el Infierno.

Y no es sólo eso...». «No hace falta que me digas nada más —lo

interrumpió Madre—. Pero manda a alguna gente para que nos ayude a

prepararle la habitación lateral».

De esa manera, Hombre-pájaro Han se instaló en las dos habitaciones

donde en otro tiempo había vivido el hada-pájaro. Madre bajó de las

polvorientas vigas del techo el dibujo, marcado por los insectos, del hada-

pájaro, y lo colgó en la pared que daba al Norte. Cuando el Hombre-pájaro

vio el dibujo, dijo:

—Sé quién mató a mi esposa, y algún día de estos me vengaré.

La extraordinaria historia de amor entre Primera Hermana y Hombre-

pájaro Han fue como una amapola del pantano de la que se extrae el opio:

tóxico pero salvajemente hermoso. Aquella tarde, el mudo se fue a la

cooperativa a comprar algo de alcohol. Primera Hermana estaba limpiando

su ropa interior debajo del melocotonero mientras Madre se quedó sentada

en su *kang* haciendo un plumero con las plumas de un gallo. Entonces oyó

un ruido procedente de la puerta y vio a Hombre-pájaro Han, que había

vuelto a cazar pájaros, salir al patio sin hacer ruido con un precioso

pajarito posado sobre un dedo. Se acercó al melocotonero y se quedó

mirando el cuello de Laidi. El pajarito pio de una forma encantadora y le

temblaron las plumas. El remolino de sus piadas tocó las finas cuerdas de

la pasión de ella. Una sensación de remordimiento se asentó profundamente en el corazón de Madre. Aquel pájaro no era ni más ni

menos que la encarnación del dolor y el sufrimiento del Hombre-pájaro

Han. Observó cómo Laidi levantaba la cabeza y contemplaba el bonito

pecho, de color rojo sangre, del ave, y sus ojos negros y conmovedores, del

tamaño de semillas de sésamo. Madre vio que a Laidi se le encendían las

mejillas y que los ojos se le llenaban de lágrimas, y se dio cuenta de que el

apasionado canto del pájaro estaba levantando el telón que a ella tanto le preocupaba. Pero no tenía ninguna capacidad para detener lo que estaba sucediendo; sabía que cuando se agitaban los sentimientos de una chica Shangguan, ni una manada de caballos podía desviar el curso de los acontecimientos. Desesperada, cerró los ojos.

A Laidi el corazón le latía con fuerza; con las manos todavía llenas de jabón, se puso lentamente de pie, maravillada por el hecho de que un pájaro tan minúsculo, no más grande que una nuez, pudiera piar de una manera tan cautivadora. Y, mucho más importante, le parecía que le estaba enviando un mensaje misterioso, una tentación excitante pero aterradora semejante a una azucena de agua de color violeta que flota en un estanque bajo la luz de la luna. Luchó para resistir la tentación, y se levantó con la intención de meterse en casa, pero sus pies parecían haberse enraizado en el suelo y sus manos se dirigieron hacia el pájaro como si tuvieran voluntad propia. Hombre-pájaro hizo un leve movimiento de muñeca y el pajarito voló por el aire y se posó en la cabeza de Laidi, que sintió sus delicadas garras escarbándole el cabello. Las piadas penetraron en su

cabeza. Miró fijamente a los ojos amables, ansiosos, paternos y bellos de

Hombre-pájaro Han, y la envolvió la poderosa sensación de que la vida

había sido injusta con ella. Él le hizo un gesto de asentimiento con la

cabeza y se dirigió a sus habitaciones. El minúsculo pajarito salió volando

de la cabeza de Laidi para seguirlo al interior de la casa.

Ella se quedó ahí de pie, aturdida, y oyó a Madre que la llamaba desde

el *kang*. Pero en lugar de volverse, rompió a llorar y, sin ninguna sensación

de vergüenza, entró corriendo en la habitación lateral, donde Hombre-

pájaro Han la esperaba con los brazos abiertos. Las lágrimas de ella le

humedecieron el pecho. Él dejó que lo golpeará con los puños cerrados, e

incluso le acarició los brazos y la espalda mientras ella le pegaba. Mientras

tanto, el minúsculo pajarito se posó en la mesa del altar que había ante el

dibujo, donde se puso a piar muy excitado. Unas pequeñas estrellas

semejantes a gotas de sangre parecían brotarle del minúsculo pico.

Laidi se quitó la ropa tranquilamente y se señaló las cicatrices que

tenía como resultado de los abusos del mudo.

—Mira esto, Hombre-pájaro Han —se quejó—. Mira esto. Mató a mi

hermana y ahora intenta hacer lo mismo conmigo. Y lo va a conseguir. Me

ha hecho envejecer.

Rompiendo de nuevo a llorar, se echó sobre la cama de él.

Aquella fue la primera vez que Hombre-pájaro Han veía realmente un

cuerpo de mujer. En su rostro se reflejó la sorpresa mientras pensaba en las

mujeres, esos objetos sobrenaturales que, por su desgraciada experiencia

vital, no había podido conocer. Era la cosa más hermosa que había visto

nunca. Se emocionó tanto que se puso a llorar al contemplar sus largas

piernas, sus caderas redondeadas, sus pechos, que estaban aplanados contra

la ropa de cama, su fina cintura y la delicada, brillante piel, semejante al

jade, de todo su cuerpo, más delicada aún que la de su rostro, a pesar de las

cicatrices. Después de haberlos contenido durante quince tortuosos años,

mientras se preocupaba por no volver a caer en manos de sus perseguidores, sus deseos de juventud se fueron inflamando lentamente.

Sintió que le fallaban las rodillas y se arrodilló junto a Laidi y le cubrió las

plantas de los pies de cálidos y trémulos besos.

Laidi sintió que unas chispas azules crepitaban en sus pies y comenzaban a subir hasta cubrirle todo el cuerpo. Su piel se tensó como un

tambor, y después se relajó. Se dio la vuelta, se abrió de piernas, arqueó el

cuerpo y le echó los brazos al cuello a Hombre-pájaro Han. Su boca

experta atrajo hacia sí al virginal Hombre-pájaro. Después dejó de besarlo

apasionadamente para decirle, casi sin aliento:

—¡Quiero que se pudra ese mudo cabrón, ese endemoniado muñón

humano! ¡Quiero que los pájaros le arranquen los ojos a picotazos!

Para que no se oyeran los gritos de su pasión, Madre cerró la puerta

fuertemente y salió al patio y se puso a golpear una olla muy deteriorada.

En ese momento, los niños de la escuela se dedicaban a buscar por las

calles toda clase de objetos metálicos usados para llevar a los hornos de

fundir: ollas, espátulas, cucharones, pestillos de puertas, dedales e incluso

anillas de las que llevan los bueyes en la nariz. Pero nuestra familia, por

disfrutar del prestigio del héroe de guerra Sol Callado y del legendario

Hombre-pájaro Han, quedó exenta de entregar utensilios. Madre esperó con

impaciencia a que Hombre-pájaro y Laidi terminaran de hacer el amor.

Debido a sus sentimientos de culpabilidad por los abusos que Laidi había

sufrido en manos del mudo y a la simpatía que le tenía a Hombre-pájaro

Han por lo mal que lo había pasado en el extranjero, además de la gratitud

que sentía por todos los deliciosos pájaros que nos había proporcionado

quince años atrás, por no mencionar el respetuoso recuerdo por su adorada

Lingdi, asumió el papel de protectora de la ilícita relación que se

estableció entre los dos amantes sin ser siquiera consciente de que lo hacía.

A pesar de que podía anticipar las trágicas consecuencias que sin ninguna

duda sobrevendrían, decidió hacer todo lo que pudiera para proteger su

secreto y para, como mínimo, retrasar lo inevitable. Pero en cuanto un

hombre como Hombre-pájaro Han se exponía a la pasión y el cariño de una

mujer, no había fuerza sobre la Tierra que pudiera contenerlo. Era un

hombre que había sobrevivido quince años en los bosques, como un animal

salvaje; era un hombre que se había mantenido entre la vida y la muerte día

tras día durante quince años, y desde su punto de vista un tipo como el

mudo no valía más que una estaca de madera. Para Laidi, una mujer que

había conocido a Sha Yueliang, a Sima Ku y a Sol Callado, tres hombres

completamente distintos, una mujer que había sentido el calor de la batalla,

que había tenido la experiencia de la prosperidad y la fama y
que había

llegado a la cima del delirio y del placer con Sima Ku y a las
degradantes

profundidades del abuso físico a manos de Sol Callado,
Hombre-pájaro

Han significaba la satisfacción absoluta. Su contacto,
profundamente

agradecido, le aportaba las gratificaciones de un amor
paternal; su torpe

inocencia en la cama le aportaba las gratificaciones de
iniciarlo en el sexo;

y su ansiedad por consumir la fruta prohibida y su pasión
desenfrenada le

aportaban las gratificaciones del sexo y las gratificaciones de
vengarse del

mudo. De este modo, cada uno de sus encuentros iba
acompañado de

lágrimas calientes y de sollozos. No había ni el más ligero
rastros de

lascivia; se trataba de la dignidad y la tragedia humanas.
Cuando hacían el

amor, sus corazones rebalsaban de palabras no dichas.

El mudo, con una botella de alcohol colgada del cuello,
avanzó

tambaleándose por la calle llena de gente. Se había levantado
el polvo,

pues un grupo de trabajadores empujaba unos carros llenos de
minerales de

hierro del Este hacia el Oeste mientras otros grupos empujaban
carros del

mismo color del Oeste al Este. Mezclándose con ambas
pandillas, el mudo

iba dando pequeños saltitos hacia adelante; para él era un gran salto

adelante[7]. Todos los trabajadores miraban con respeto la brillante medalla

que llevaba prendida al pecho y se detenían para dejarlo pasar, cosa que

para él era enormemente satisfactoria. A pesar de que no les llegaba a los

demás hombres más que a la altura de los muslos, era el más animoso y

lleno de vida de todos. Desde aquel momento, pasaba la gran mayoría de

las horas de luz en la calle. Solía ir desplazándose a saltitos desde el

extremo este de la calle hasta el extremo oeste, ahí se refrescaba dándole

unos cuantos tragos a su botella y después volvía dando saltitos por el

mismo camino. Y mientras él se dedicaba a su gran salto adelante, Laidi y

Hombre-pájaro Han llevaban a cabo su gran salto adelante en el suelo o en

la cama. El mudo acababa cubierto de polvo y de suciedad; sus pequeños

taburetes ya se habían desgastado unos tres centímetros, y la esterilla de

goma que llevaba en la espalda se había roto y tenía un agujero. Todos los

árboles que había en la aldea se habían cortado para servir como leña en

los hornos instalados en los patios traseros de las casas. Una capa de humo

se cernía sobre los campos. Yo me había unido a los cuerpos de
erradicación de gorriones, que marchaban portando unas
pértigas de bambú
con tiras de tela roja, acompañados por el sonido de los gongs
y se
dedicaban a perseguir a los gorriones de una aldea a otra,
evitando que
encontraran comida y que se posaran, de modo que acababan
cayendo al
suelo de la calle exhaustos y hambrientos. Varios estímulos me
habían
curado el mal de amores, y también había superado mi
obsesión con la
leche de Madre y mi repulsión a la comida. Pero mi prestigio
había caído
en picado. Mi profesora de ruso, Huo Lina, a quien estaba
consagrado,
había sido declarada una derechista y la habían enviado a la
granja de
reforma a través del trabajo que había junto al Río de los
Dragones, a tres
kilómetros de Dalan. Vi al mudo por la calle y él me vio a mí,
pero nos
limitamos a saludarnos con el brazo y seguimos nuestro
camino.
La escandalosa temporada de celebraciones en el Concejo de
Gaomi
del Noreste, durante la cual las llamas encendían el cielo, llegó
a su
término muy rápidamente, dando paso a una nueva y sombría
etapa. Una

lluviosa mañana de otoño, doce camiones cargados de piezas de artillería
aparecieron haciendo un gran estruendo por la pequeña carretera que
llegaba a Dalan desde el Sudeste. Cuando entraron en la aldea, el mudo
avanzaba tambaleándose por el suelo mojado, completamente solo.
Durante los últimos días había saltado tanto que se había quedado
exhausto, y ahora se desplazaba con indiferencia. Sus ojos tenían una
expresión apática, sin vida, y debido a todo el alcohol que tomaba, se le
había hinchado el torso. La llegada de la compañía de artillería lo
revigorizó. De una forma que, por lo visto, fue inadecuada, se dirigió al
medio de la calle para bloquear el convoy. Los soldados se quedaron
quietos un momento, pestañeando, bajo la lluvia, mirando al extraño medio
hombre que había en medio de la calle. Un oficial que llevaba una pistola
colgando de la cintura saltó de la cabina de uno de los camiones y lo
insultó, muy enfadado: «¿Estás cansado de vivir, imbécil de mierda?». De
una manera increíble teniendo en cuenta que la calle estaba resbaladiza, él
estaba mutilado y las ruedas del camión eran muy altas, el mudo había

avanzado a saltos por la calle quedando fuera de la vista del conductor, que sólo había visto una ráfaga de color marrón frente al camión y había pegado un frenazo sin tiempo para evitar que el parachoques tocara la amplia frente del mudo. Aunque el golpe no le hizo una herida, hizo que le saliera un gran cardenal de color violeta. El oficial no había terminado de insultarlo cuando vio la mirada de halcón del mudo y sintió que le daba un vuelco al corazón. Justo en aquel momento, sus ojos se posaron en la medalla que el mudo llevaba prendida en su uniforme hecho jirones. Juntando los pies, le hizo una profunda reverencia y gritó: «¡Mis excusas, señor! ¡Por favor, perdóneme!». Esta satisfactoria reacción le subió la moral al mudo. Se echó a un lado de la carretera para dejar que pasara el convoy. Los soldados lo saludaban desde los camiones que iban pasando lentamente, y él les devolvía el saludo tocándose la visera de la gorra con la punta de los dedos. Los camiones dejaban la carretera destrozada a su paso. Soplaban un viento del Noroeste, seguía cayendo la lluvia y la carretera estaba medio oculta en la neblina helada. Unos pocos gorriones que habían sobrevivido se

deslizaban entre la lluvia, mientras algunos perros empapados,
quietos

debajo de una propaganda que había al lado del camino,
habían quedado

cautivados por la visión de los movimientos del mudo.

El paso de la compañía de artilleros marcó el fin de la
temporada de

celebraciones. El mudo se retiró a casa, abatido. Como solía,
golpeó la

puerta con uno de sus pequeños taburetes. La puerta se abrió
sola, haciendo

un fuerte crujido. Había vivido en un mundo de silencio
durante tanto

tiempo que Hombre-pájaro Han y Laidi habían logrado
ocultarle su

adulterio. Durante meses, había pasado la mayor parte de las
horas de luz

en la calle, cerca de los hornos de fundir, y después se había
arrastrado a

casa a dormir como un perro muerto. Y cuando llegaba la
mañana

siguiente, ya estaba de nuevo en la puerta, sin tiempo para
dedicárselo a

Laidi.

La recuperación del oído por parte del mudo bien se pudo
atribuir a su

encuentro con el camión que topó contra él. El toque en su
frente debió

haber aflojado lo que fuera que le taponaba las orejas. El
crujido de la

puerta lo sorprendió, y después oyó el repiquetear de la lluvia
sobre las

hojas y los ronquidos que soltaba su suegra mientras dormía;
se había

olvidado de cerrar la puerta. Pero lo que lo impactó más
profundamente

fueron los gemidos de dolor y de placer procedentes de la
habitación de

Laidi.

Olisqueando el aire como un sabueso, detectó el húmedo olor
del

cuerpo de ella y se dirigió, tambaleándose, hacia la habitación
que daba al

Este. La lluvia se había filtrado a través de su almohadilla de
goma,

empapándole la espalda, y sentía unas dolorosas punzadas
alrededor del

ano.

Imprudentemente, habían dejado la puerta abierta; en el
interior ardía

una vela. En el dibujo, los ojos del hada-pájaro brillaban con
frialidad. Con

su primera mirada distinguió las largas, peludas y
envidiablemente fuertes

piernas de Hombre-pájaro Han. Las nalgas de Hombre-pájaro
se movían

hacia arriba y hacia abajo. Debajo de él, Laidi arqueaba la
cadera hacia

arriba. Sus pechos se agitaban en todas las direcciones. Su
alborotado pelo

negro se movía sobre la almohada de Hombre-pájaro Han. Ella
se agarraba

fuertemente a las sábanas. Los intensos gemidos que tanto le
habían

excitado provenían de la masa de pelo negro. La escena estaba iluminada

como por una explosiva llama verde. El mudo aulló como si fuera un

animal herido y lanzó uno de sus taburetes, que voló hasta el hombro de

Hombre-pájaro, rebotó en la pared y cayó junto al rostro de Laidi. Después

arrojó el otro taburete; este impactó sobre el trasero de Hombre-pájaro, que

se volvió y fulminó con la mirada al mudo, que estaba calado hasta los

huesos y temblaba de frío y sonreía con aire de suficiencia. Laidi se estiró

y se quedó donde estaba, aplastada contra la cama, jadeando, y cogió la

manta para taparse. «Nos has descubierto, mudo cabrón, ¿y qué?». Se sentó

e insultó al mudo, que se impulsó sobre sus manos, como una rana.

Atravesó el umbral de un salto, y de otro se plantó a los pies de Hombre-

pájaro Han. Arremetió con la cabeza. Las manos de Hombre-pájaro volaron

hacia sus ingles para proteger el órgano que sólo hacía unos momentos

estaba llevando a cabo una actuación magistral. Con un chillido, se dobló

en dos mientras unas gotas de sudor amarillo le resbalaban por la cara. El

mudo embistió de nuevo, esta vez con más fuerza, atrapando a Hombre-

pájaro por los hombros con sus poderosos brazos, semejantes a los

tentáculos de un pulpo. Al mismo tiempo, le envolvió la garganta con sus

callosas manos, las trampas de hierro en las que se concentraba toda su

fuerza. Hombre-pájaro cayó al suelo, con la boca abierta en una mueca de

terror y los ojos dándole vueltas y a punto de salirse de las órbitas.

Laidi salió de su estado de pánico, cogió el pequeño taburete que

había quedado al lado de su almohada y salió de la cama de un salto,

desnuda. En cuanto sus pies tocaron el suelo, atacó al mudo golpeándole

los brazos con el taburete, pero fue como si estuviera golpeando el tronco

de un árbol, así que decidió ir a por su cabeza. Se oyó un ruido sordo, como

si estuviera golpeando un melón maduro. Después dejó caer el taburete y

cogió el pesado pasador de la puerta; le dio unas vueltas por el aire y lo

hizo impactar contra la cabeza del mudo, que soltó un quejido pero se

mantuvo en pie. Cuando Laidi le golpeó por segunda vez, el mudo soltó la

garganta de Hombre-pájaro, se tambaleó un momento y cayó de cabeza

contra el suelo. Hombre-pájaro se desplomó encima de él.

El ruido que salía de la habitación de al lado despertó a Madre, que

corrió hasta la puerta; cuando llegó, todo había terminado, y el resultado

era lamentablemente obvio. Vio a Laidi, desnuda, ligeramente apoyada

contra la puerta, y después vio cómo dejaba caer el pasador manchado de

sangre y salía al exterior y se ponía a caminar bajo el aguacero, como si

estuviera en trance. La lluvia resbalaba por su cuerpo y sus feos pies

chapoteaban en los charcos llenos de barro que había en el suelo del patio.

Llegó hasta el pilón y ahí se puso de cuclillas y se lavó las manos.

Madre se acercó y, a rastras, quitó a Hombre-pájaro de encima del

mudo. Después, pasándole el hombro por debajo del brazo, lo ayudó a subir

a la cama. Con una cierta sensación de asco, lo tapó con la manta. Le

escuchó gemir, cosa que significaba que el héroe legendario no corría

peligro de morir. Entonces volvió hacia donde estaba el mudo y, al

levantarlo como si fuera un saco de arroz, se dio cuenta de que tenía dos

chorritos de un líquido oscuro saliéndole por la nariz. Le puso el dedo

debajo de la nariz para detectar algún signo de vida, pero dejó caer la

mano; el cadáver del mudo, todavía caliente, estaba sentado, muy recto, y

ya nunca más volvería a inclinarse.

Después de limpiarse en la pared la sangre que se le había quedado en
el dedo, Madre volvió a su habitación, muy confundida, y se acostó
vestida. Diversos episodios de la vida del mudo le llegaron a la memoria, y
cuando se acordó del mudo y sus hermanos sentados en el muro,
creyéndose los reyes del mundo, soltó una fuerte carcajada.
Fuera, en el
patio, Laidi se frotaba incansablemente las manos, una y otra vez, mientras
un charco de espuma de jabón se iba formando a sus pies.
Aquella tarde,
Hombre-pájaro salió al patio, con una mano en la garganta y la otra en las
ingles, y levantó a Laidi del suelo. El cuerpo de ella se había quedado frío
como el hielo. Laidi le abrazó por el cuello y empezó a reírse tontamente.
Un poco más tarde, un joven oficial militar con los labios de color
rosa y los dientes de un blanco centelleante, acompañado por el secretario
del jefe del distrito, entró en el patio llevando una palangana cubierta con
un papel rojo. Llamaron a voces, y como nadie les contestó, entraron
directamente hasta la habitación de Madre.
—Tía —le dijo el secretario—, este es el Comandante Song, de la
compañía de artillería pesada. Ha venido a rendir tributo al Camarada Sol

Callado.

—Le ruego que acepte mis disculpas, tía —dijo el Comandante Song,

muy avergonzado—. Uno de nuestros camiones estuvo a punto de llevarse

por delante al Camarada Sol, y le hizo un chichón en la frente.

Madre se sentó en la cama, dando un respingo.

—¿Qué has dicho?

—La carretera estaba muy resbaladiza —dijo el Comandante Song—,

y el parachoques de uno de nuestros camiones le golpeó en la cabeza.

—Y cuando volvió a casa —dijo Madre, soltando algunas lágrimas—,

gimió un rato y después murió.

El joven comandante de la compañía se puso pálido. Estaba a punto de

llorar cuando dijo:

—Tía, frenamos inmediatamente, pero la carretera estaba muy resbaladiza...

Cuando el experto médico llegó a examinar el cuerpo, Laidi, muy

elegantemente vestida y cargada con un paquete, dijo:

—Madre, me voy. Aceptaré las cosas como son, pero no puedo dejar

que estos soldados carguen con la culpa.

—Ve a informar a las autoridades —dijo Madre—. La norma siempre

ha sido que una mujer embarazada tiene que dar a luz antes de...

—Sí, lo entiendo. De hecho, nunca en mi vida he entendido nada con tanta claridad.

—Yo me ocuparé de cuidar a tu hijo.

—Esa es mi única preocupación, Madre.

Entonces se dirigió a la habitación lateral, donde informó:

—No hay ninguna necesidad de que investiguen. Yo lo golpeé con uno

de sus taburetes y después lo maté con el pasador de una puerta. Estaba

estrangulando a Hombre-pájaro Han cuando lo hice.

Hombre-pájaro entró en el patio. Traía un montón de pájaros muertos.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. Ahora hay medio hombre menos en

el mundo, un poco de basura menos, y soy yo quien lo ha matado.

La policía esposó a Laidi y a Hombre-pájaro Han y los arrestaron.

Cinco meses más tarde, una policía le trajo a Madre un bebito esquelético como un gato enfermo y le contó que Laidi sería fusilada al día

siguiente. La familia tenía derecho a reclamar el cuerpo, pero si

decidíamos no hacerlo, sería enviado al hospital para que lo diseccionaran.

La policía también informó a Madre de que Hombre-pájaro Han había sido

condenado a cadena perpetua y pronto comenzaría a cumplir su pena en El

Cuenco de Tarim, en la Región Autónoma de Uighur, lejos de Gaomi del

Noreste. Se permitía a la familia visitarlo por última vez.
Para entonces, yo había sido expulsado de la escuela por destruir los
árboles del campus, mientras que Zaohua había sido expulsada de la
compañía de teatro por robar.
—Vamos a reclamar su cuerpo —dijo Madre.
—No veo por qué —dijo Zaohua.
—Cometió un delito capital y se merece un balazo, pero no fue un
acto abyecto.
Más de diez mil personas acudieron a presenciar la ejecución de
Shangguan Laidi. Un camión trajo a la prisionera y condenada al lugar
donde se cumpliría la sentencia, en el Puente de los Pesares.
Hombre-
pájaro Han iba en el camión con ella. Para evitar cualquier posible arrebato
de última hora, los encargados de la ejecución les habían tapado la boca a
los dos.
Poco después del fusilamiento de Laidi, la familia recibió la noticia
de la muerte de Hombre-pájaro Han. De camino a la prisión, se las había
apañado para escapar y había muerto bajo las ruedas del tren.

IV

Para poder reclamarle miles de hectáreas de tierras de cultivo al Concejo
de Gaomi del Noreste, todos los hombres y las mujeres jóvenes y no

discapacitados de la aldea de Dalan fueron organizados en equipos en la

Granja del Río de los Dragones, gestionada por la comunidad. El día en que

se asignaron las tareas, el director me preguntó:

—¿Y tú en qué eres bueno?

En aquel momento yo tenía tanta hambre que me pitaban los oídos,

por lo que no pude oírlo bien. Entonces abrió la boca, mostrando un diente

de acero inoxidable que estaba justo en el centro, y me preguntó de nuevo,

esta vez más fuerte:

—¿En qué eres bueno tú?

Yo acababa de distinguir a mi profesora, Huo Lina, que iba por la

carretera cargando con un saco de estiércol, y por eso me acordé de que

ella había dicho que yo tenía un talento natural para el ruso, así que dije:

—Hablo muy bien el ruso.

—¿El ruso? —dijo él, con un tono de voz despectivo, mientras su

diente de acero inoxidable relucía bajo la luz del sol—. ¿Cómo de bien? —

preguntó burlona y desdeñosamente—. ¿Suficientemente bien como para

hacer de intérprete entre Kruschov y Mikoyan? ¿Podrías hacerte cargo de

redactar un comunicado conjunto chino-soviético? Escucha, jovencito. Hay

gente que ha estudiado en la Unión Soviética y que aquí se dedica a

acarrear el estiércol. ¿Te crees que tu ruso es mejor que el de ellos?

Todos los jóvenes jornaleros que estaban esperando que se les asignara una tarea soltaron unas cuantas carcajadas a mi costa.

—Lo que te estoy preguntando es a qué te dedicas cuando estás en tu

casa, qué es lo que sabes hacer mejor.

—En casa me ocupaba de una cabra. Eso es lo que mejor hacía.

—Muy bien —dijo el director despectivamente—. De acuerdo, eso es

lo que tú sabes hacer bien. El ruso y el francés, el inglés y el italiano, todo

eso no sirve para nada. —Garapateó algo en una hoja de papel y me la

entregó—. Dirígete a la brigada de animales. Dile a la Comandante Ma que

te encargue algo.

Cuando me dirigía hacia allí, un viejo jornalero me dijo que la Comandante Ma Ruilian era la esposa del director de la granja, Li Du;

dicho de otro modo, era la Primera Dama. Cuando me presenté para que

me asignara una tarea, con una mochila y mi ropa de cama a la espalda,

ella estaba en la granja de reproducción haciendo una demostración de

cruza de animales. En el patio, atados, había varios animales hembra en

periodo de ovulación: una vaca, una burra, una oveja, una cerda y una

coneja doméstica. Había también cinco asistentes —dos hombres y tres

mujeres— que iban vestidos con batas blancas y llevaban mascarillas

cubriéndoles la boca y la nariz y guantes de goma en las manos y que

sujetaban los utensilios necesarios para el proceso de inseminación.

Estaban de pie, y parecían tropas de asalto preparadas para el combate. Ma

Ruilian llevaba un corte de pelo de chico, y los rasgos de su cara eran

toscas como los de una yegua. La forma de su cabeza era redonda y su tez

muy morena; sus ojos, estrechos y alargados; su nariz, roja; sus labios,

carneosos; su cuello, corto; su caja torácica, gruesa y sus pechos,

redondeados y pesados como un par de montículos funerarios. «¡Mierda!

—pensé para mis adentros—. ¿Cómo que Ma Ruilian? ¡Esa es Pandi! Debe

haberse cambiado el nombre por la mala reputación que ha adquirido el

apellido Shangguan». Y entonces, Li Du tenía que ser Lu Liren, que

anteriormente se había llamado Jiang Liren y tal vez antes alguna otra cosa

Liren. El hecho de que esta pareja con nombres cambiantes hubiera sido

enviada ahí debía significar que habían caído en desgracia.

Ella llevaba una

camiseta de manga corta, de algodón, de diseño ruso, y un par de

pantalones negros muy arrugados sobre unas zapatillas altas de deporte.

Tenía un cigarrillo de la marca Salto Adelante y el humo verdoso dibujaba

volutas entre sus dedos, semejantes a zanahorias. Le dio una calada al

cigarrillo.

—¿Está aquí el periodista de la granja?

Un hombre de mediana edad, de rostro cetrino, que tenía puestas unas

gafas de leer, llegó corriendo desde detrás de donde se amarraban los

caballos, doblado por la cintura.

—Estoy aquí —dijo—. Aquí estoy.

Traía una pluma estilográfica apoyada sobre un cuaderno de notas

abierto; estaba preparado para ponerse a escribir. La Comandante Ma se rio

en voz alta y le dio unas palmaditas en el hombro con su mano regordeta.

—Veo que ha venido el mismísimo editor jefe.

—La unidad de la Comandante Ma siempre está donde está la noticia

—dijo él—. No confiaría en nadie más para este trabajo.

—¡El viejo Yu, siempre tan riguroso con su trabajo! —dijo Ma Ruilian en tono halagador, y volvió a darle unas palmaditas en el hombro.

El editor palideció y escondió el cuello entre los hombros,
como si

tuviera miedo de coger frío. Más tarde me enteré de que este
tipo, Yu

Zheng, que editaba el boletín informativo de la localidad,
había sido el

director y editor del periódico del Comité Provincial del
Partido hasta que

lo habían destituido por derechista.

—Hoy voy a proporcionarte una noticia de portada —dijo Ma
Ruilian,

echándole una significativa mirada al educado Yu Zheng y
dándole una

profunda calada a su cigarrillo, ya convertido en colilla; casi se
quema los

labios.

Después se lo sacó de la boca, deshaciendo el papel y dejando
que las

pocas hebras de tabaco que quedaban volaran por el aire. Este
pequeño

truco que tenía era suficiente para frustrar a los que se
dedicaban a buscar

colillas en el suelo. Exhalando una última bocanada de humo,
les preguntó

a sus asistentes:

—¿Preparados?

Le contestaron alzando sus utensilios. Sonrojándose, se
retorció las

manos y dio unas palmadas, nerviosa. Después cogió una
servilleta para

secarse las manos; estaba sudando.

—El esperma de caballo, ¿quién tiene el esperma de caballo?

—

preguntó en voz alta.

El asistente que tenía el esperma de caballo dio un paso adelante y

dijo:

—Yo, lo tengo yo.

Sus palabras quedaron ahogadas por la mascarilla que llevaba tapándole la boca. Ma Ruilian señaló a la vaca.

—Dáselo a ella —dijo—, insemínala con el esperma de caballo.

El hombre dudó un instante; primero miró a Ma Ruilian y después a

sus colegas asistentes, que estaban en fila detrás de él, como si estuviera a

punto de decir algo.

—No te quedes ahí parado —dijo Ma Ruilian—. ¡Si quieres que esto

funcione tienes que golpear cuando el hierro está candente!

Con una mirada traviesa, el asistente dijo:

—Sí, señora —y llevó el esperma de caballo hasta donde estaba atada

la vaca.

Mientras su asistente le metía el utensilio para inseminar a la vaca,

Ma Ruilian se quedó con la boca entreabierta, respirando pesadamente,

como si le estuvieran introduciendo el instrumento a ella y no a la vaca.

Pero inmediatamente después, dio una rápida serie de instrucciones.

Ordenó que el esperma de toro envolviera al óvulo de la oveja y que el

esperma de carnero se fundiera con el óvulo de la coneja. Bajo su

dirección, el esperma de burro se le introdujo a la cerda y el esperma de

cerdo fue inyectado en el útero de la burra.

El rostro del editor del boletín informativo de la granja no tenía

ningún brillo; se quedó con la boca abierta, y era imposible saber si estaba

a punto de echarse a llorar o a reír. Una de las asistentes, la que sujetaba el

esperma de carnero, una mujer con las pestañas muy rizadas sobre unos

ojos pequeños pero brillantes y negros en los que apenas se veía la parte

blanca, se negó a ejecutar la orden de Ma Ruilian. Tiró su utensilio para

inseminar en una bandeja de porcelana y se quitó los guantes y la

maskarilla, dejando al descubierto el fino bigotito que tenía sobre el labio

superior, una bonita nariz y una barbilla con una hermosa curva.

—¡Esto es una farsa! —dijo, muy enfadada.

—¿Cómo te atreves? —aulló Ma Ruilian dando una palmada y escrutando el rostro de la mujer—. A menos que me equivoque —dijo

oscuramente—, eres una ultraderechista, y eso es lo que serás siempre,

¿verdad?

La mujer agachó débilmente la cabeza hasta rozar el pecho con la
barbilla, como si esta fuera una hoja de hierba que se dobla por el peso de
la escarcha.

—Sí, tienes razón —dijo—. Llevo toda la vida siendo ultraderechista.

Pero, de todos modos, a mí me parece que son cuestiones que no tienen

nada que ver; una es científica y la otra es política. Los asuntos políticos

son veleidosos, se mueven por capricho, el negro se vuelve blanco y el

blanco se vuelve negro. Pero la ciencia es constante.

—¡Cállate la boca! —Ma Ruilian gesticulaba y farfullaba como una

máquina de vapor fuera de control—. ¡No te voy a dejar soltar tu veneno en

mi granja de reproducción! ¿Quién eres tú para venir a hablar de política?

¿Sabes cómo se llama la política? ¿Sabes de qué se alimenta?
¡La política

está en el corazón de todo el trabajo! La ciencia, aislada de la política, no

es verdadera ciencia. En el diccionario del proletariado, la ciencia no

trasciende a la política. La burguesía tiene su ciencia burguesa y el

proletariado tiene su ciencia proletaria.

—¡Si la ciencia proletaria —contestó la mujer, asumiendo un enorme

riesgo—, insiste en cruzar ovejas con conejos con la esperanza de crear una

nueva especie animal, entonces, por lo que a mí respecta, eso que tú llamas

ciencia proletaria no es más que un montón de mierda de perro!

—Qiao Qisha, ¿cómo puedes ser tan arrogante? —A Ma Ruilian los

dientes le castañeteaban de furia—. Mira al cielo y mira después al suelo.

Deberías intentar comprender la complejidad de las cosas. ¡Decir que la

ciencia proletaria es mierda de perro te convierte en una reaccionaria

radical! ¡Ese comentario, por sí solo, bastaría para que te metamos en la

cárcel, o incluso para que te llevemos ante un pelotón de fusilamiento!

Pero viendo lo joven y lo guapa que eres... —Shangguan Pandi, ahora

llamada Ma Ruilian, suavizó el tono—. Voy a pasarlo por alto esta vez,

pero espero que sigas adelante con tu trabajo en la granja de reproducción.

Si te niegas, no me importa que seas la flor de la Facultad de Medicina o la

hierba de la Facultad de Agricultura. ¡Puedo acabar con ese caballo de los

cascos gigantes, así que no te creas que no puedo acabar contigo!

El editor del boletín informativo, un hombre bien intencionado,

intervino:

—Pequeña Qiao, haz lo que dice la Comandante Ma. Después de todo,

esto es un experimento científico. En el Distrito de Tianjin lograron

injertar algodón en un árbol de parasol, y arroz en unas cañas. Lo leí en *El*

Periódico Popular. Esta es una época en la que se derrumban las

supersticiones y se libera el pensamiento, una época para hacer milagros.

Si puedes engendrar una mula cruzando un burro con un caballo, ¿quién

dice que no vas a poder crear una nueva especie animal cruzando una oveja

con un conejo? Vamos, haz lo que te dice.

La flor de la Facultad de Medicina, la ultraderechista Qiao Qisha,

sintió que se estaba poniendo roja; tenía la cara como una remolacha y

unas lágrimas de indignación asomaron a sus ojos.

—¡No! —dijo obstinadamente—. ¡No pienso hacerlo! ¡Va en contra

del sentido común!

—Estás comportándote como una tonta, pequeña Qiao —dijo el

editor.

—Por supuesto que es tonta. ¡Si no, no sería ultraderechista!
—

disparó Ma Ruilian, ofendida ante lo mucho que se preocupaba el editor

por Qiao Qisha.

El editor agachó la cabeza y se mordió la lengua.

Uno de los otros asistentes dio un paso adelante.

—Lo haré yo, Comandante Ma. Meter esperma de un carnero en una

coneja no es nada. Ni siquiera me importaría que me ordenara inyectar el

esperma del Director Li Du en el útero de una cerda.

El resto de los asistentes rompió a reír, y el editor del boletín informativo disimuló su risa haciendo como si estuviera tosiendo.

—¡Deng Jiarong, pedazo de cabrón! —lo insultó Ma Ruilian, enfurecida—. ¡Esta vez te has pasado!

Deng se quitó la mascarilla, dejando al descubierto su insolente rostro

caballuno. Desdeñosa y audazmente, dijo:

—Comandante Ma, yo no soy de derechas y nunca lo he sido. En mi

familia somos tres generaciones de mineros, tan rojos y honrados como el

que más, así que no intente intimidarme como ha hecho con la pequeña

Qiao.

Entonces se dio la vuelta y se marchó; Ma Ruilian tuvo que desahogarse con Qiao Qisha.

—¿Vas a hacerlo o no? Si te niegas, te retiraré los cupones de cereales

durante lo que queda de mes.

Qiao Qisha se contuvo y se contuvo hasta que ya no pudo contenerse

más. Las lágrimas le empezaron a caer poco a poco por las mejillas y

después se puso a llorar abiertamente. Cogió el utensilio para la

inseminación sin ponerse los guantes, se acercó tambaleándose hasta la

coneja —un animal negro, atado con un trozo de cuerda roja— y la sujetó

para que no intentara escaparse.

En aquel momento, Pandi, ahora llamada Ma Ruilian, se percató de mi

presencia.

—¿Y tú qué haces aquí? —me preguntó con frialdad.

Yo le entregué la nota que me había escrito el director administrativo

de la granja. Ella la leyó.

—Vete a la granja de los pollos —me dijo—. Allí les hace falta una

persona más.

Después me dio la espalda y le dijo al editor del boletín informativo:

—Viejo Yu, vete a escribir tu noticia. Puedes obviar las partes innecesarias.

Él le hizo una reverencia.

—Te traeré las galeradas para que las corrijas —le dijo.

Después se volvió hacia Qiao Qisha.

—En consonancia con tus deseos, Qiao Qisha, quedas apartada del

módulo de reproducción. Coge tus cosas y preséntate en la granja de los

pollos. —Finalmente, se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Qué estás

esperando?

—No sé dónde está la granja de los pollos —le dije.

Ella miró el reloj.

—Ahora voy hacia allá. Puedes venir conmigo.

Se detuvo cuando el muro encalado de la granja de los pollos apareció

ante nuestros ojos. Íbamos por un sendero embarrado que llevaba a la

granja de los pollos a través de un vertedero de chatarra. La pequeña

acequia que había junto al sendero estaba roja por el óxido, y la zona,

rodeada por una valla, estaba llena de hierbas que cubrían las huellas de los

tanques desguazados, cuyos oxidados cañones apuntaban hacia el cielo

azul. Unas tiernas enredaderas florecidas de campanillas envolvían la

mitad que quedaba de una pesada pieza de artillería. Una libélula

descansaba sobre la boca de un cañón antiaéreo. Varias ratas correteaban

entrando y saliendo de la torreta desde donde se manejaba el cañón. Los

gorriones habían construido un nido en uno de los cañones para criar allí a

sus polluelos, y los alimentaban con insectos de color verde esmeralda.

Una niña pequeña con un lazo en el pelo estaba sentada, aburrida, sobre la

ennegrecida rueda de una cureña, y se dedicaba a observar a unos niñitos

que golpeaban los mandos de uno de los tanques con piedras. Ma Ruilian,

que se había quedado unos instantes contemplando la desolación del

vertedero de chatarra, se volvió hacia mí. Ya no era la comandante que daba órdenes a todo el mundo en el módulo de reproducción, y me preguntó:

—¿Cómo están todos en casa?

Yo me di la vuelta y miré fijamente el cañón antiaéreo y las campanillas que brotaban como pequeñas mariposas, intentando ocultar mi enfado. ¿Qué clase de pregunta era esa, viniendo de alguien que se había ido y se había cambiado el nombre?

—Hubo una época en la que parecía que ibas a tener un futuro brillantísimo —me dijo—. Estábamos muy contentos contigo. Pero Laidi lo estropeó todo. Por supuesto, no fue sólo culpa suya. La estupidez de Madre también...

—Si no quieres nada más de mí —le dije—, iré a presentarme a la granja de los pollos.

—¡Vaya, veo que has desarrollado todo un carácter desde la última vez que te vi! —dijo ella—. Eso está muy bien, me da esperanzas. Ahora que nuestro Jintong ya ha cumplido los veinte, es hora de subirse la bragueta y abandonar el pezón.

Yo me eché a la espalda la ropa de cama que llevaba y me dirigí hacia la granja de los pollos.

—¡Espera un momento! Hay algo que tienes que comprender.
Las

cosas no nos han ido nada bien en estos últimos años. Cada
vez que

abrimos la boca, la gente nos acusa de tener inclinaciones
derechistas. No

hemos tenido opción.

Se sacó del bolsillo un trozo de papel y metió la mano en una
bolsita

que llevaba colgada del cuello en busca de algo para escribir.
Tras

garrapatear unas palabras, me entregó el papelito y me dijo:

—Pregunta por la Directora Long y dale esto.

Yo lo cogí.

—¿Hay algo más? Si es así, quiero que me lo digas.

Ella dudó un momento y después me dijo:

—¿Tienes idea de lo difícil que ha sido para el viejo Lu y para
mí

llegar a estar donde estamos ahora? Por favor, no nos causes
ningún

problema. Te ayudaré en lo que pueda en privado, pero en
público...

—No lo digas. Cuando decidiste cambiarte el nombre,
terminaste tu

relación con la familia Shangguan. Ya no eres mi hermana, así
que no me

cuentes eso de «te ayudaré en lo que pueda en privado».

—¡Magnífico! La próxima vez que veas a Madre, dile que Lu
Shengli

está muy bien.

Sin prestarle más atención, me puse a andar, siguiendo la valla

oxidada y simbólica que tenía agujeros lo suficientemente grandes como

para que se colara una vaca a pastar entre aquellos vestigios de la guerra.

Me dirigía hacia el muro blanco de la granja de los pollos y estaba muy

satisfecho de cómo me había comportado. Sentía como si hubiera ganado

una batalla decisiva. Id al infierno, Ma Ruilian y Li Du, e id al infierno

todos los cañones oxidados semejantes a un puñado de tortugas que sacan

la cabeza del caparazón. Todos vosotros, chasis de morteros, escudos

contra proyectiles de artillería, alas de bombarderos, id todos al infierno.

Rodeé unas plantas imponentes y me encontré al borde de un campo

cubierto por una especie de red de pesca, entre dos filas de edificios con

tejados de color rojo. En su interior había cientos de pollos blancos que se

movían constantemente de una manera perezosa. Un gallo grande y

solitario con una cresta roja y brillante estaba posado en lo alto, como un

rey que vigilara a su harén, cacareando con fuerza. El cloqueo de las

gallinas podía volver loco a cualquiera.

Le di la notita que me había escrito Ma Ruilian a una mujer que sólo

tenía un brazo, la Directora Long. Echándole un simple vistazo a su fría

cara me di cuenta de que no se trataba de una mujer corriente.

—Llegas en el momento justo, jovencito —me dijo, después de leer la

nota—. Estas son tus obligaciones: por la mañana tienes que rastrillar las

deposiciones de los pollos, recogerlas y llevarlas a la granja de los cerdos.

Después tienes que ir a la planta de procesamiento de los alimentos y traer

la comida para pollos que necesitamos. Por la tarde, tú y Qiao Qisha, que

llegará muy pronto, llevaréis la producción de huevos del día a la oficina

de administración de la granja, y desde ahí iréis al depósito de grano y

traeréis la comida para pollos refinada para el día siguiente. ¿Entendido?

—Entendido —le contesté, mirando fijamente a la manga vacía.

Adoptó un aire despectivo cuando se dio cuenta de dónde miraba yo.

—Aquí solamente hay dos normas. La primera es no dormirse en el

trabajo y la segunda es no robar comida.

La luna iluminó todo el cielo aquella noche. Yo me acosté en unas

cajas de cartón aplastadas en el almacén del dormitorio de los pollos, y

descubrí lo difícil que era conciliar el sueño entre el suave murmullo de las

gallinas. Estaba al lado del dormitorio de las mujeres, que alojaba a una

docena, más o menos, de cuidadoras de pollos. Sus ronquidos me llegaban

atravesando la delgada pared junto al ruido de alguien que hablaba en

sueños. Una triste luz lunar se colaba por la ventana y las fisuras de la

puerta, iluminando las palabras que había escritas en las cajas:

VACUNA PARA LA GRIPE AVIAR

MANTÉNGASE EN UN LUGAR SECO

Y ALEJADO DE LA LUZ

FRÁGIL, NO APILAR

ESTE LADO VA ARRIBA

Lentamente, la luz de la luna fue deslizándose por el suelo hasta que

empecé a oír el rugido de los tractores marca *El Este es rojo* que trajinaban

por los campos, al comienzo del verano, conducidos por los miembros del

turno nocturno del destacamento de tractores para el cultivo de las tierras

vírgenes. El día anterior, Madre me había acompañado ante el jefe de la

aldea, llevando en brazos al bebé que habían dejado Hombre-pájaro Han y

Laidi.

—Jintong —me dijo—, acuérdate de que cuanto más exigente sea el

trabajo, más duro te hará y mejor te preparará para la lucha por la vida. El

Pastor Malory solía decir que él había leído la *Biblia* de cabo a rabo y que

en eso se resumía todo. No te preocupes por mí. Tu madre es como un
gusano; puedo vivir allá donde haya un poco de tierra sucia.
—Madre —le dije yo—, voy a comer con moderación y así
podré
enviarte lo que me sobre.
—No quiero que hagas eso —me dijo ella—. Si mis hijos comen todo
lo que necesitan, para mí es suficiente.
Cuando llegamos a la orilla del Río de los Dragones, le dije:
—Madre, Zaohua se ha convertido en una experta en...
—Jintong —me dijo ella, con un deje de frustración en la voz
—,
durante todos estos años, ni una sola chica de la familia
Shangguan ha
seguido los consejos de nadie.
En algún momento, en medio de la noche, se oyó un gran
alboroto
proveniente de donde estaban los pollos. Me puse en pie de un
salto y
pegué la cara a la ventana. Entonces vi un montón de pollos
bullendo bajo
la red, que estaba hecha jirones, como olas coronadas de
espuma. Un zorro
verdoso saltaba entre ellos bajo la acuosa luz de la luna, como
un
ondulante lazo de satén de color verde. Dando la voz de
alarma, las
mujeres de la habitación de al lado se apresuraron a salir,
medio
desvestidas. A la cabeza de ellas iba la Comandante Long con
su único

brazo, armada con una pistola negra. El zorro llevaba una
gallina bien
gorda entre sus fauces, y correteaba junto a la base del muro.
Las patas de
la gallina arañaban el suelo. La Comandante Long disparó;
vimos una
llamarada que salió del cañón de su pistola. El zorro se detuvo
y dejó caer
la gallina al suelo. «¡Le has dado!», gritó una de las mujeres.
Pero los
brillantes ojos del zorro escudaron los rostros de las mujeres.
Su cara
alargada tenía un halo a la luz de la luna, y adoptó una
expresión de
desdén. Las mujeres quedaron asombradas ante aquella mueca
burlona, y la
Comandante Long dejó caer el brazo junto a su cuerpo, pero
rápidamente
se armó de valor y disparó de nuevo. Esta vez ni se acercó; de
hecho,
impactó en el suelo y levantó un poco de tierra al lado de
donde estaban las
mujeres. Sin mayor preocupación, el zorro volvió a coger la
gallina y se
deslizó despreocupadamente entre los barrotes metálicos del
cercado. Las
mujeres contemplaron su partida como si estuvieran en trance.
Como una
bocanada de humo verde, el zorro desapareció entre los
vestigios de la
guerra que había en el vertedero de chatarra, donde las hierbas
alcanzaban

una gran altura y los fuegos fatuos proliferaban: se trataba de un paraíso

para un zorro.

A la mañana siguiente, noté que me pesaban mucho los párpados

cuando iba tirando de un carrito cargado hasta los topes de deposiciones de

pollo, llevándolas hacia la granja de los cerdos. Cuando di vuelta a la

esquina del vertedero de chatarra, oí un grito a mi espalda. Me giré y vi a

la derechista Qiao Qisha que corría con brío hacia mí.

—La directora me envió a ayudarte —dijo con indiferencia.

—Tú empuja desde atrás —le dije yo—, y yo tiro.

Las dos ruedas del pesado carrito se atascaban constantemente en la

tierra húmeda de la estrecha carretera, y cada vez que eso pasaba yo tenía

que darme la vuelta y tirar hacia arriba con todas mis fuerzas, arqueando

tanto la espalda que casi daba con el suelo. Al mismo tiempo, ella

empujaba todo lo que podía. Cuando lográbamos liberar las ruedas, me

echaba un vistazo antes de que yo me diera la vuelta de nuevo. La visión de

sus ojos de color negro azabache, el delicado vello sobre su labio superior,

su hermosa nariz y la bonita curva de su barbilla, así como la expresión de

su cara, que rebosaba sentidos ocultos, me recordaron al zorro que había

visto en el gallinero. Esas miradas iluminaron un rincón oculto de mi cerebro.

La granja de los cerdos estaba a un par de kilómetros de la de los

pollos, y el camino pasaba junto a un pozo lleno de fertilizantes para uso

de la unidad de plantas y jardines. Mi profesora, Huo Lina, pasó a nuestro

lado transportando un saco lleno de abono; su delgada cintura sufría bajo el

peso de su carga, tanto que parecía que estaba a punto de quebrarse en dos.

En la granja de los cerdos, entregamos las deposiciones de pollo que

llevábamos a la encargada, Ji Qiongzhi, mi antigua profesora de música,

que echó el viscoso y maloliente producto en los comederos de los cerdos.

Uno de los miembros del equipo de procesamiento de alimentos era

un tipo atlético que era capaz de alcanzar los dos metros, en salto de altura,

empleando una técnica moderna. Por supuesto, era derechista. Se mostró

muy preocupado por Qiao Qisha y fue extremadamente simpático

conmigo; era uno de esos derechistas alegres, no como esos que están todo

el día con el ceño fruncido. Llevaba una toalla anudada al cuello y un par

de gafas, y trabajaba alegremente con el pulverizador, que llenaba el aire

de polvo. El jefe de este equipo era otro caso especial, un hombre

analfabeto que se llamaba Guo Wenhao que se inventaba unas letrillas que

se cantaban en toda la granja. En el primer viaje que hicimos, transportando un forraje basto hecho de batatas, nos deleitó con una de sus

letrillas:

«Había una vez la jefa de una granja, Ma Ruilian, que tenía una

novedosa vocación. Se dedicaba a llevar a cabo experimentos en la planta

de reproducción, cruzando ovejas y conejos con gran emoción. Enfadó a su

asistente, Qiao Qisha, y le dio un golpe en su panzón. Un caballo y un

burro engendran una mula, pero una oveja conejo sería una nueva creación.

Si una oveja se puede casar con un conejo, un verraco puede emplear a Ma

Ruilian para la gestación. Muy enfadada, se lo contó a Li Du y le expresó

su insatisfacción. El tolerante Director Li le recomendó un poco de

meditación. Estos derechistas —le dijo— no han entendido la reconversión. La Pequeña Qiao fue a la Facultad de Medicina, Yu Zheng

emplea el boletín informativo para hacer su obra de creación, Ma Ming

estudió en América, esa extraña nación, y el diccionario de Zhang Jie no

necesita ninguna aclaración. Incluso el derechista Wang Meizan, cuya

cabeza es ajena a toda sensación, es un gran atleta, motivo de celebración...».

—¡Eh, vosotros, derechistas! —gritó Guo Wenhao.

Wang Meizan juntó las piernas.

—¡Ey! —le contestó—. Cargad a la niña Qiao de forraje.

Wang le contestó:

—Ya va, Jefe Guo.

Wang Meizan llenó nuestro carrito de forraje mientras Guo Wenhao

me preguntó, imponiéndose al rugido del pulverizador:

—¿Eres un Shangguan?

—Sí —le dije—, soy el pequeño bastardo de la familia Shangguan.

—Un bastardo puede convertirse en un gran hombre. Vosotros, los

Shangguan, sois una familia increíble: Sha Yueliang, Sima Ku, Hombre-

pájaro Han, Sol Callado, Babbitt. Sois realmente especiales...

Cuando volvíamos con los alimentos a la granja de los pollos, Qiao

Qisha me espetó:

—¿Cómo te llamas?

—Shangguan Jintong. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada —me dijo—. Trabajamos juntos, así que bien podríamos

saber cómo nos llamamos. ¿Cuántas hermanas tienes?

—Ocho. No, siete.

—¿Y qué pasó con la octava?

—Es una traidora —le contesté, molesto—. Eso es todo lo que necesitas saber.

Todas las noches el mismo zorro venía a acosar a los pollos, y una de

cada dos veces se llevaba una gallina. Las noches en que no robaba una

gallina no era porque no pudiera sino porque no quería. Sus actividades

nocturnas eran de dos tipos: había noches en que tenía hambre y otras en

que simplemente quería molestar. Esto sacaba de quicio a las cuidadoras

de los pollos y hacía que no pudieran dormir. La Comandante Long le

disparó al menos veinte balas al zorro, pero nunca le rozó ni un pelo.

—Ese zorro es un demonio, sin ninguna duda —dijo una de las

mujeres—. Habrá hecho un encantamiento que lo protege de las balas.

—¡Tonterías! —dijo una mujer alta, apodada Mula Salvaje, expresando su radical desacuerdo—. Un zorro sarnoso no puede

convertirse en un demonio.

—Si eso es cierto, ¿cómo puede ser que la Comandante Long, que era

una magnífica tiradora en la milicia, fallara una y otra vez? —le preguntó

la otra mujer.

—Creo que lo hace aposta. Se trata de un zorro macho, después de

todo —dijo con procacidad Mula Salvaje—. Quizá un visitante verde y

guapo se mete en su cama a altas horas de la noche, cuando todo está en

calma.

La Comandante Long se quedó de pie, bajo la red hecha jirones,

escuchando en silencio la conversación de las mujeres, toqueteando su

pistola, aparentemente perdida en sus propios pensamientos.

Las

carcajadas libertinas la sacaron de sus meditaciones. Dándole unos

golpecitos a su gorra gris con el cañón de la pistola, se metió en el

gallinero, bordeando la zona donde las gallinas ponían, y se plantó enfrente

de Mula Salvaje, que estaba recogiendo huevos.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —le preguntó, enfadada.

—Yo no he dicho nada —le contestó tranquilamente Mula Salvaje,

con un huevo marrón sobre la palma de la mano.

—¡Te he oído! —dijo la Comandante Long, enfurecida, golpeando la

alambrada con la pistola.

—¿Y qué es lo que has oído exactamente? —le preguntó provocativamente Mula Salvaje.

El rostro de la Comandante Long adquirió el color del huevo que tenía

Mula Salvaje en la mano.

—¡Esto no te lo perdonaré jamás! —farfulló rabiosa, dándose la

vuelta para marcharse. Estaba realmente enfurecida.

Mula Salvaje se quedó mirándole la espalda y le dijo:

—¡Si una tiene un corazón puro, ni siquiera el diablo la puede asustar!

No dejes que su aspecto serio te engañe, zorro. Arde en deseos, desde

luego. La otra noche, ¿crees que no lo vi con mis propios ojos?

—Mula Salvaje —la aconsejó una de las mujeres, más prudente—, ya

basta. ¿Cómo haces para sacar esa energía de los ciento cincuenta gramos

de fideos que te dan de comer?

—¿Ciento cincuenta gramos de fideos? ¡Que se vayan a la mierda,

ella y sus ciento cincuenta gramos de fideos!

Se sacó un alfiler del pelo, hizo un agujero a ambos lados del huevo

que tenía en la mano y lo chupó rápidamente hasta dejarlo seco. Después lo

dejó con los otros. Aparentemente estaba lleno.

—Si alguien quiere denunciarme, que lo haga. Mi padre me ha encontrado marido en el noreste, así que me marché de aquí el mes que

viene. Allí hay suficientes patatas como para formar montañas. ¿Tú, por

ejemplo, estás pensando en denunciarme? —le preguntó a Jintong, que se

encontraba amontonando las deposiciones de los pollos con una pala, junto

a la ventana—. Sería típico que lo hiciera alguien como tú, un gallito

perfumado. Eres justo de la clase de gente a la que nuestra jefa sin brazo

suele tratar con favoritismo. ¡Una vieja vaca como ella, con esos dientes

podridos, tiene que pastar en hierbas tiernas!

Jintong quedó totalmente ofuscado por este ataque verbal.

Levantando

la pala frente a sí, dijo:

—¿Quieres un poco de esta mierda de pollo?

Aquella tarde, cuando pasaron junto al pozo lleno de fertilizantes de la

unidad de plantas con su carga, cuatro cajones llenos de huevos, Qiao

Qisha le pidió a Jintong que se detuviera. Él fue frenando lentamente y

bajó las manijas del carrito hasta que las apoyó en el suelo.

—¿Has visto eso? —le preguntó Qiao Qisha cuando él se dio la vuelta

—. Todas roban huevos, incluso la Comandante Long. ¿Has visto a esa

Mula Salvaje? Está en plena forma. Esas mujeres comen mucho más de lo

que necesitan.

—Pero estos huevos ya han sido pesados —dijo Jintong—. ¿Tenemos

que pasar hambre mientras transportamos un montón de huevos? Yo estoy

a punto de desfallecer de hambre.

Cogiendo dos huevos, se metió en el recinto vallado y desapareció

detrás de dos tanques. Unos instantes más tarde, regresó con lo que

parecían dos huevos llenos y los volvió a poner en su sitio.

—Qiao Qisha —dijo Jintong, preocupado—, eso es como un gato que
intenta tapar su propia mierda. Cuando pesen estos cajones en la granja se
darán cuenta de lo que ha pasado.
Ella soltó una carcajada.
—¿Te crees que soy idiota? —le dijo, cogiendo otros dos huevos y
acercándose a él—. Ven conmigo —le dijo.
Jintong la siguió al interior del recinto, donde un polen blancuzco
flotaba por encima de unos altos tallos de artemisa, llenando el aire de una
fragancia embriagadora. Ella se puso de cuclillas junto a un tanque y
extrajo algo envuelto en papel de un hueco que había entre la banda
neumática del tractor y la rueda. El lugar donde escondía el producto de
sus delitos. Ahí había un minúsculo taladro, una aguja hipodérmica, un
trozo de tela cubierta de goma y teñida del color de una berenjena y un par
de pequeñas tijeras. Taladró uno de los huevos para hacer un minúsculo
orificio, y después metió por él la aguja hipodérmica y, lentamente, extrajo
el contenido.
—Abre la boca —dijo, y la vació en la garganta de Jintong, convirtiéndolo en cómplice.
Cuando terminó, sacó agua de un casco de acero dado la vuelta que

había en el suelo, junto al tanque, y la empleó para rellenar la cáscara del

huevo. Finalmente, cortó un pequeño trozo de tela y tapó el orificio. Lo

hizo todo con gran eficiencia.

—¿Esto es lo que os enseñan en la Facultad de Medicina? —preguntó

Jintong.

—Exactamente —dijo ella—. ¡Cómo robar huevos!

Cuando pesaron los huevos, incluso habían ganado unos veinticinco

gramos.

El tema del robo de huevos se acabó de forma abrupta un par de

semanas más tarde. Las lluvias de mitad del verano marcaron el comienzo

de la temporada de muda de las gallinas, y la producción de huevos

descendió considerablemente. Un día se detuvieron en el lugar de siempre

con su carga de un cajón y medio de huevos y entraron en el recinto a

través de la valla mojada. Los capullos de artemisa estaban repletos de

semillas, y una niebla húmeda se cernía sobre los vestigios de la guerra.

Los restos oxidados emanaban un olor espeso, semejante al de la sangre.

Sobre una de las ruedas de un tanque descansaba una rana. La imagen de su

piel verde y pegajosa provocaba en Jintong una sensación de incomodidad.

Cuando Qiao Qisha le echó el chorrillo de huevo en la boca, le dio una

repentina náusea. Llevándose la mano a la garganta, le dijo:

—Este huevo sabe a podrido, y está frío.

—Dentro de un par de días, tendrás suerte si eres capaz de conseguir

huevos podridos y fríos. Esto se nos acaba.

—Sí —dijo Jintong—, las gallinas están a punto de mudar.

—Qué tonto eres —le dijo ella—, me pregunto si no intuyes nada

sobre mí.

—¿Sobre ti? —dijo Jintong, negando con la cabeza—. ¿Y qué iba a

intuir?

—Nada, olvídate de lo que te he dicho. Ya tienes bastante con lo que

pasa con tu familia, y yo sólo complicaría las cosas aún más.

—No sé de qué estás hablando —dijo Jintong—. Todo esto me parece

muy confuso.

—¿Por qué no me has preguntado nada sobre mis orígenes? —le dijo

ella.

—No estoy pensando en casarme contigo, así que ¿por qué iba a

hacerlo?

Ella se quedó de piedra unos instantes, y luego sonrió.

—Así habla un verdadero Shangguan, siempre con algún sentido

oculto. ¿Quién dice que tengas que casarte conmigo para preguntarme por

mis orígenes?

—Mi profesora, Huo Lina, dijo una vez que es de muy mala educación

preguntarle a una chica por sus orígenes.

—¿Te refieres a la que transporta el abono?

—Habla ruso maravillosamente —dijo Jintong.

Con un gesto de desdén, Qisha dijo:

—He oído que tú eras su alumno favorito.

—Supongo que sí.

Con la intención de fardar, pavoneándose, Qisha soltó un largo monólogo en perfecto ruso, claramente mucho más complejo de lo que

Jintong podía comprender.

—¿Te has enterado de algo?

—Creo que era un cuento popular muy triste sobre una niña pequeña...

—¿Eso es todo lo que puede decir el alumno favorito de Huo Lina?

Un gato con tres patas, un tigre de papel, un farol que apenas da luz, una

funda de almohada vacía —dijo ella.

Después recogió los cuatro huevos que había rellenado y emprendió el

camino de regreso.

—Yo estudié con ella menos de seis meses. —Jintong se defendió—:

Esperas demasiado de mí.

—No tengo tiempo para esperar nada de ti —le contestó ella.

Las húmedas plantas de artemisa le habían rozado la blusa, que se le

había pegado a los pechos, que estaban bien redondeados debido a los
sesenta y ocho huevos que se había comido y que contrastaban fuertemente
con su flaca figura. Un sentimiento de ternura y de melancolía invadió a
Jintong, mientras una sensación de familiaridad con esta hermosa
derechista se instalaba en su cabeza, penetrando como un ejército de
hormigas. De manera instintiva, estiró un brazo para tocarla, pero justo en
ese momento ella se agachó y pasó ágilmente a través de la valla de
alambre. Unos instantes más tarde, oyeron el sonido de una carcajada
burlona de la Comandante Long al otro lado de la valla.
La Comandante Long estuvo manoseando uno de los huevos rellenos,
dándole vueltas una y otra vez. Jintong le miraba fijamente la mano; le
temblaban las rodillas. Qiao Qisha, por su parte, miraba altanaramente a
los cañones que apuntaban hacia el cielo, que parecían estar disparando
alaridos silenciosos. Una fina lluvia le dejaba gotas translúcidas en la
frente que después caían deslizándose por los costados de su nariz. Jintong
vio en sus ojos la mirada de despectiva tranquilidad que era tan común
entre las chicas Shangguan cuando se enfrentaban a una situación adversa.

En aquel momento, se dio cuenta de cuáles eran los orígenes de ella y, al

mismo tiempo, comprendió por qué le había hecho tantas preguntas sobre

su familia durante los meses que habían pasado trabajando juntos.

—¡Un genio! —dijo burlonamente la Comandante Long—. Enhorabuena por tu formación.

Después, sin previo aviso, le lanzó el huevo relleno a Qiao Qisha,

alcanzándola en plena frente. La cáscara se rompió, a Qisha le tembló la

cabeza y se le quedó toda la cara manchada de agua sucia.

—Seguidme al cuartel general de la granja —dijo la Comandante

Long—. Allí recibiréis el castigo que os merecéis.

—Shangguan Jintong no tiene nada que ver con esto —dijo Qisha—.

Él solamente es culpable de no delatarme, igual que yo no he delatado a las

demás, que no sólo roban y se comen los huevos sino también las gallinas.

Dos días más tarde, Qiao Qisha perdió el derecho a recibir su ración

de cereales durante medio mes, y fue enviada a la unidad de plantas para

que se dedicara al transporte de abono, trabajando con Huo Lina. Ahí, las

dos hablantes de ruso fueron vistas con mucha frecuencia blandiendo sus

palas llenas de abono, una frente a la otra, y maldiciendo en ruso. Jintong

conservó su puesto en la granja de los pollos, donde menos de la mitad de

las gallinas ponedoras había sobrevivido. La docena de mujeres, más o

menos, que trabajaban allí, fueron enviadas a trabajar en el campo durante

el turno de noche, con lo que solamente la Comandante Long y Jintong

quedaron encargados de cuidar a las gallinas que habían sobrevivido a la

época de muda en aquella granja en la que, poco tiempo atrás, había habido

tanta actividad. En cuanto al zorro, continuó sus incursiones. La lucha

contra este maleante se convirtió en la principal tarea de la Comandante

Long y de Jintong.

Una noche de verano, cuando unos oscuros nubarrones engulleron a la

luna, el zorro regresó. En el momento en que se dirigía a la puerta con una

gallina sin plumas en las fauces, avanzando con aire arrogante, la

Comandante Long hizo sus dos disparos habituales, que se habían

convertido en una especie de ceremonia de despedida. Entre el embriagador aroma de la pólvora, ambos se quedaron mirándose a la cara.

El croar de las ranas y los graznidos de las aves llegaron con el viento,

desde los campos lejanos, mientras la luna se abría paso entre las nubes y

lubricaba los cuerpos de los dos combatientes con su luz.

Jintong oyó a la

Comandante Long soltar un gruñido, y cuando la miró se dio cuenta de que

su rostro se había alargado y vuelto aterrador. El brillo de sus dientes era

de una blancura temible. Y aún había más: una cola peluda hinchaba la

parte trasera de sus pantalones como si llevara un globo inflado. ¡La

Comandante Long era un zorro! Entonces, en su cabeza se hizo la luz, una

luz horripilante: ella era una zorra, la pareja del zorro ladrón, y por eso

siempre fallaba cuando le disparaba. El visitante verde que Mula Salvaje

había dicho que entraba con frecuencia en su dormitorio bajo la brumosa

luz de la luna era aquel zorro transfigurado. Un nocivo olor a zorro

saturaba el ambiente. Se quedó boquiabierto cuando la vio venir hacia él,

con la pistola humeante todavía en la mano. Tirando el palo que llevaba,

Jintong salió corriendo hacia su dormitorio, soltando alaridos, y en cuanto

hubo entrado apoyó el hombro contra la puerta, para impedirle el paso.

Entonces oyó cómo ella entraba en la habitación de al lado. Estaba sola. La

luz de la luna daba contra la pared, que se mantenía en pie gracias a unos

listones de madera que tenía clavados. Ella empezó a arañar la pared con

sus garras, murmurando algo en voz baja. Sin previo aviso, dio un golpe

que abrió un agujero en la pared y entró en la habitación de él, completamente desnuda. Había recuperado su forma humana. Sólo una

horrible cicatriz, semejante a la abertura de una bolsa de arpillera cuando

se encuentra fuertemente cerrada, ocupaba el lugar en el que anteriormente

había estado su brazo. Sus pechos sobresalían, duros y pesados, como los

pesos de una balanza. Cayó de rodillas a los pies de Jintong y le abrazó las

piernas con su único brazo. Sollozando como una anciana llorona, le dijo:

—¡Shangguan Jintong, apiádate de una mujer desgraciada!

Jintong luchó por librarse de su abrazo, pero ella levantó la mano y lo

atrapó por el cinturón, y tiró tan fuerte que se lo quitó y le bajó los

pantalones. Cuando él se agachó para subírselos, ella lo aferró del cuello

con el brazo y de la cintura con las piernas. Gracias a esa extraña llave, ella

se las apañó para desvestirlo. Cuando lo hubo conseguido, le dio un

golpecito en la sien; los ojos le empezaron a girar en sus órbitas y cayó al

suelo, rígido como se queda un pez fuera del agua. La Comandante Long le

mordisqueó cada centímetro del cuerpo, pero no fue capaz de liberarlo del

terror que lo tenía atenazado. Enfurecida por su fracaso, corrió de nuevo a

la habitación de al lado, cogió la pistola, se colocó el cañón entre las

piernas y metió dos balas en la recámara. Después, apuntando el arma al

bajo vientre de él, le dijo:

—Tienes dos posibilidades: o haces que se levante, o le pego un tiro.

El brillo de sus ojos le bastó a Jintong para saber que hablaba en serio.

Esos pechos, duros como el hierro, no dejaban de bambolearse. Una vez

más, Jintong observó cómo su rostro se alargaba y le crecía una peluda

cola por detrás, lentamente, hasta tocar el suelo.

Durante los siguientes días, en los que lloviznó constantemente, la

Comandante Long hizo todo lo que pudo para convertir a Jintong en un

hombre; recurrió tanto a darle aliento como a amenazarlo, pero al final

fracasó; para entonces, ya escupía sangre. En los últimos momentos, antes

de apuntarse a sí misma con la pistola, se limpió la sangre que tenía en la

barbilla y dijo con tristeza: «Long Qingping, ah, Long Qingping, tienes

treinta y nueve años y sigues siendo virgen. Todo el mundo sabe que eres

una heroína, pero nadie se da cuenta de que también eres una mujer, y de
que has desperdiciado tu vida...». Tosió y se encogió de hombros. Su
rostro moreno palideció y, dando un largo grito, escupió un montón de
sangre, cosa que le dio un asco terrible a Jintong, que se quedó con la
espalda pegada a la puerta. Las lágrimas caían rodando por la cara de Long
Qingping; con una mirada de resentimiento, se acercó a él a gatas, levantó
la pistola y se apoyó el cañón en la sien. Hasta entonces, Jintong no había
comprendido la fuerza de seducción de un cuerpo de mujer. Ella levantó el
codo, dejando ver el fino vello que tenía bajo el brazo, y se sentó sobre sus
talones mientras una nube de humo dorado estallaba ante los ojos de
Jintong. La zona fría de entre sus piernas se hinchó súbitamente, llena de
sangre caliente. La inconsolable Long Qingping apretó el gatillo —si, en
aquel momento, hubiera mirado hacia atrás, la tragedia se habría evitado—
y Jintong vio una nube de humo ocre en el pelo de su sien mientras sonó un
seco disparo de pistola. El cuerpo de la mujer se agitó brevemente antes de
desplomarse sobre el suelo. Jintong corrió a su lado y le dio la vuelta a

toda prisa; entonces quedó expuesto el agujero negro que se había hecho en la sien, rodeado por unas minúsculas partículas de pólvora. Un montón de oscura sangre le salía del interior de la oreja y le corría por los dedos a Jintong. Los ojos de Long Qingping habían quedado abiertos, y todavía expresaban su sufrimiento. La piel de su pecho se movía como se mueven las ondas sobre la superficie de un estanque. Jintong la cogió entre sus brazos, presa del remordimiento, y cumplió el último deseo de ella mientras se le iba la vida. Finalmente, se apartó de encima de ella, completamente agotado. Las chispas de luz que quedaban en los ojos de la mujer se apagaron cuando se le cerraron los párpados. Una cortina grisácea se instaló en medio de su cabeza mientras miraba aquel cuerpo, ya sin vida. Fuera caía una lluvia torrencial, una grisura cegadora que penetraba en la habitación y se tragaba los cuerpos de ambos.

V

Llevaron a Shangguan Jintong al gallinero para interrogarlo. Tenía las piernas desnudas y totalmente empapadas por la lluvia, que estallaba contra los tejados, caía en cascadas desde los aleros y anegaba el recinto.

Desde aquel momento que había pasado con Long Qingping,
la lluvia no

había dejado de caer, y sólo se había suavizado unos instantes
para volver

más fuerte que nunca.

El agua casi le llegaba por las rodillas. Envuelto en un
chubasquero

negro, el jefe de la sección de seguridad estaba sentado de
cuclillas sobre

su silla. Dos días y dos noches de interrogatorios no habían
producido

ningún resultado. El hombre fumaba constantemente,
encendiendo un

cigarrillo con el anterior. El agua que lo rodeaba estaba llena
de colillas

empapadas, y el ambiente era agobiante por el acre olor a
humo.

Frotándose los ojos enrojecidos, el jefe de sección bostezó,
agotado, así

como el oficial encargado de tomar notas. Después cogió un
cuaderno que

había sobre el húmedo escritorio y se quedó mirando fijamente
lo que

había ahí escrito, salpicado de manchas. Después extendió la
mano y cogió

a Jintong por una oreja; entonces le dijo, aullando:

—¿Primero la violaste y después la mataste?

Jintong se quedó ahí de pie, sollozando, pero ya no le
quedaban

lágrimas.

—No la maté —repetía una y otra vez—, y no la violé...

—No tienes por qué contármelo —dijo el jefe de sección, que estaba a

punto de perder la paciencia—. Pero dentro de poco llegará un experto

médico del condado. Va a traer unos perros de presa consigo. Si me lo

cuentas ahora, se considerará una confesión voluntaria.

—No la maté —dijo una vez más, somnoliento—, y no la violé.

El jefe de sección sacó un paquete de cigarrillos, lo estrujó y lo lanzó

al agua. Frotándose los ojos por el sueño que tenía, le dijo al oficial

encargado de tomar notas:

—Vete al cuartel general de la granja, Sol, y llama al Departamento

de Seguridad del Condado. Diles que vengan lo antes que puedan. —

Olisqueó el aire—. El cuerpo está empezando a apestar; si no vienen con

rapidez, nos estropearán la investigación.

—Jefe —dijo el hombre—, ¿está usted loco? Ya intenté llamar antes

de ayer y no logré comunicarme. La lluvia ha arrancado los postes de

teléfono.

—¡Mierda! —dijo el jefe de sección, bajando de un brinco de su silla.

Entonces se puso su gorra para la lluvia y vadeó la habitación hasta

llegar a la puerta y sacó la cabeza al exterior para echar un vistazo. Una

rugiente cortina de agua le empapó la brillante espalda
mientras corría
hacia el sitio donde había tenido lugar la ilícita relación entre
Jintong y la
Comandante Long. Fuera, en el patio, el agua limpia se
mezclaba con la
sucia, y unos cuantos pollos muertos flotaban en su superficie.
Las pocas
gallinas que habían logrado sobrevivir estaban posadas en lo
alto del muro,
agachando la cabeza y cloqueando lastimeramente. Jintong
tenía un dolor
de cabeza terrible y le castañeteaban los dientes. Además,
tenía la mente en
blanco; sólo veía recurrentemente los movimientos de la
Comandante
Long desnuda. Después de penetrar impulsivamente su cuerpo
moribundo,
había sentido unos horribles remordimientos, pero ahora lo
único que
sentía hacia ella era asco y enfado. Hizo un esfuerzo para
librarse de su
imagen pero, como le había sucedido con Natasha años atrás,
la tenía
empecinadamente metida en la cabeza. La diferencia era que
la de Natasha
era una imagen hermosa y juvenil, mientras que la de la
Comandante Long
era repulsiva y demoníaca. En el momento en que le
arrastraban fuera para
interrogarle, tomó la decisión de no revelar los escabrosos
detalles de lo

que había ocurrido. Yo no la violé y yo no la maté. Ella intentó forzarme y,

cuando me negué y me resistí, se quitó la vida. Eso era todo lo que estaba

dispuesto a contar bajo la presión del implacable interrogatorio.

El jefe de seguridad volvió y sacudió la cabeza para quitarse el agua

que tenía en el cuello.

—¡Maldición! —exclamó—. Está totalmente hinchada. Se parece a

los despojos de un cerdo. Es repugnante.

Se pellizcó la garganta.

Fuera, a lo lejos, la chimenea de ladrillos rojos de la cafetería se

desplomó hasta el suelo, sin dejar de vomitar un humo negro, e hizo que se

derrumbara con ella todo el edificio —el tejado, las ventanas, las persianas

venecianas y lo demás—, enviando una torre de agua grisácea hacia el

cielo con un fuerte rugido.

—El edificio se ha caído —exclamó el jefe de seguridad—. ¿Y ahora

qué? ¡Que le den a este interrogatorio de mierda, ahora ya no vamos a

poder comer!

El derrumbamiento de la cafetería hizo que se pudieran ver ampliamente los campos, sin que nada los tapara. También permitió la

aterradora visión de un océano de agua que llegaba hasta el horizonte. Los

diques del Río de los Dragones asomaban a la superficie aquí y allá, pero la

cantidad de agua que había caído los había vuelto completamente inútiles.

La lluvia caía irregularmente sobre el terreno, como si saliera de una

gigantesca regadera que se moviera a toda velocidad por el cielo. Justo

debajo de la regadera, el aguacero rugía poderosamente y los torrentes de

agua formaban una neblina sobre el campo; en otras partes, la luz del sol

iluminaba el suave fluir de las aguas que habían crecido hasta inundarlo

todo. Por estar situada en el punto más bajo de las tierras bajas y

pantanosas de Gaomi del Noreste, la Granja del Río de los Dragones había

sido irrigada con agua procedente de tres condados distintos. Poco después

de que se derrumbara la cafetería, todas las restantes construcciones de la

granja, desde las que estaban hechas con paredes de adobe hasta las que

tenían techos de tejas, cayeron hechas trizas al agua, que no dejaba de fluir.

Sólo hubo una excepción: el depósito de grano, que había sido diseñado y

construido por un derechista que se llamaba Liang Badong. Algunas partes

del gallinero, hecho con ladrillos procedentes del cementerio, también

lograron mantenerse en pie, pero el agua ya estaba a punto de alcanzar las

ventanas. Los bancos y los taburetes flotaban en el agua, que le llegaba

hasta el ombligo a Jintong, que también empezó a flotar en su silla.

Por todas partes sonaban gritos de angustia. La gente luchaba esforzadamente contra la crecida. «¡Dirigios hacia los diques!», gritó alguien.

El oficial de la sección de seguridad encargado de tomar notas abrió la

ventana de una patada y salió huyendo, seguido por las maldiciones del

jefe de la sección, que se volvió hacia Jintong y le dijo: «Sígueme».

Así, Jintong siguió al jefe de la sección hasta el patio, donde el hombre tuvo que mover los brazos hacia adelante y hacia atrás, dentro del

agua, para lograr mantenerse en pie. Jintong echó un vistazo a su espalda y

vio un puñado de gallinas posadas sobre el tejado, junto al maligno zorro.

El cadáver de Long Qingping salió flotando de la habitación y se fue detrás

de él. Él apretó el paso, pero el cadáver también empezó a avanzar más

rápido, y cuando cambió de dirección, el cadáver tomó su mismo rumbo.

Los restos mortales de Long Qingping casi hicieron que se cagara de

miedo. Finalmente, un mechón de su pelo quedó atrapado en la valla de

alambre que rodeaba los vestigios de la guerra y Jintong pudo escaparse de

ella. Los cañones de la artillería asomaban por encima de la superficie del

agua embarrada. De los tanques, solamente las torretas y los cañones

quedaban a la vista, como enormes tortugas que estiraran mucho el cuello

para sacarlo del agua. Cuando los dos hombres llegaron a la unidad de los

tractores, la granja de los pollos se derrumbó.

En el garaje de la unidad de los tractores, un grupo de gente se había

amontonado sobre dos cosechadoras rusas de color rojo, y unos cuantos

más estaban intentando subir a bordo; cuando lo lograban, empujaban a

otros que se caían al agua.

Una oleada de agua arrastró al jefe de la sección de seguridad, con lo

cual Jintong recuperó su libertad. Él y varios derechistas se dirigieron,

todos cogidos de la mano, hacia el Río de los Dragones, bajo el liderazgo

de Wang Meizan, el saltador de altura. El ingeniero civil Liang Badong

cerraba la marcha. Huo Lina, Ji Qiongzhi, Qiao Qisha y otras personas que

no conocía caminaban entre los dos hombres. Ahí iba también Jintong, que

avanzaba medio andando y medio nadando. Qiao Qisha le tendió la mano.

Las blusas mojadas de las mujeres se les pegaban al cuerpo, y era casi

como si estuvieran desnudas. Por la fuerza de la costumbre, aunque no le

gustaran, Jintong se fijó subrepticamente en los pechos de Huo Lina, Ji

Qiongzhi y Qiao Qisha, que lo transportaron al paisaje onírico de su

juventud e hicieron que la imagen de Long Qingping se le fuera de la

cabeza. Sintió que se convertía en una mariposa que salía volando del

interior del ennegrecido cuerpo de la Comandante Long para secar sus alas

al sol y revolotear por un jardín lleno de pechos que emitían una misteriosa

fragancia.

Jintong se sorprendió pensando que deseaba poder estar para siempre

ahí, atravesando esa agua, pero la visión del dique del Río de los Dragones

acabó con sus esperanzas. Los trabajadores de la granja que se amontonaban en lo alto del dique estaban cogidos por los hombros. Las

aguas fluían lentamente hacia abajo y al caer creaban una ligera neblina

que se extendía por el aire. No había golondrinas, no había gaviotas. En

dirección sudoeste, Dalan estaba envuelto en la blancura producida por la

lluvia. Miraran donde miraran, veían el caos que había causado el agua.

Cuando la cabaña de tejas rojas que se empleaba como
almacén de

grano al fin cayó, la Granja del Río de los Dragones se
convirtió,

sencillamente, en un gigantesco lago. Desde el dique subían
los sonidos de

gente sollozando; lloraban los izquierdistas, lloraban los
derechistas. El

Director Li Du, un hombre que no veían casi nunca, sacudía su
canosa

cabeza —es decir, la cabeza de Lu Liren— y gritaba
estridentemente:

—No lloréis, camaradas. Sed fuertes. Si nos mantenemos
unidos,

superaremos toda clase de problemas...

De pronto, se llevó la mano al pecho y empezó a tambalearse.
El jefe

de la sección administrativa intentó sujetarlo, pero no pudo, y
el director

cayó desplomado al suelo lleno de barro.

—¿Hay algún doctor por aquí? ¡Rápido, que venga alguien
con

conocimientos médicos! —aullaba el hombre.

Qiao Qisha y un derechista llegaron corriendo. Le tomaron el
pulso a

la víctima y le levantaron los párpados para mirarle los ojos.
Después le

pellizcaron el canal de debajo de la nariz y el espacio entre el
pulgar y el

índice, pero no sirvió de nada.

—Ha muerto —dijo el hombre, con el tono de voz de quien
constata

un hecho irreversible—. Ataque al corazón.

Ma Ruilian abrió la boca y dejó escapar unos sollozos que subían por

la garganta de Shangguan Pandi.

Cuando cayó la noche, la gente se juntó para mantener el calor. Un

aeroplano con unas parpadeantes lucecitas verdes apareció en el cielo,

haciendo que renaciera la esperanza. Pero pasó de largo, como una cometa,

y no regresó. En algún momento, en medio de la noche, dejó de llover, y

hordas de ranas se pusieron a croar. Era un coro que desgarraba los

tímpanos. Unas pocas estrellas se atrevieron a brillar en el cielo; parecía

que estuvieran a punto de caerse. Durante un breve descanso de las ranas,

el viento silbó a través de las ramas de los árboles que flotaban a nuestro

alrededor. De repente, alguien se zambulló en el agua y reapareció de

inmediato, con el vientre hacia arriba, como un enorme pez. Nadie gritó

pidiendo ayuda; nadie pareció ni siquiera darse cuenta. Poco tiempo

después, alguien más se tiró al agua y, en esta ocasión, la reacción sobre el

dique fue, si cabe, de mayor indiferencia aún.

La luz de las estrellas iluminaba a Qiao Qisha y a Huo Lina mientras

se dirigían a Jintong.

—Quiero hablarte de mis orígenes pero dando un rodeo —le dijo Qiao

Qisha.

Después se volvió hacia Huo Lina y le habló en ruso durante varios

minutos. Huo Lina, con la mayor objetividad, tradujo lo que ella le decía.

—Cuando tenía cuatro años, me vendieron a una mujer blanca, una

rusa. Nadie me explicó nunca por qué esta mujer había querido comprar

una niña china. —Qiao Qisha continuó en ruso y Huo Lina siguió

traduciéndola—. Un día, la mujer rusa murió de una intoxicación etílica y

a mí me tocó vagabundear por las calles hasta que el gerente de una

estación de ferrocarril me tomó a su cuidado. Él y su familia me trataron

como si fuera su hija. Después de la Liberación, en 1949, conseguí que me

admitieran en la Facultad de Medicina. Pero después, durante una época de

intercambio de puntos de vista, dije que hay gente pobre que es mala, al

igual que hay gente rica que es buena, y me pusieron la etiqueta de

derechista. Creo que soy tu séptima hermana.

Qisha le estrechó la mano a Huo Lina para darle las gracias. Después

cogió de la mano a Jintong y lo llevó a un lado, donde le dijo en voz baja:

—He oído algunas cosas sobre ti. Yo estudié medicina. Tu profesora

me contó que te habías acostado con esa mujer antes de que se suicidara.

¿Es cierto?

—Fue después de que lo hiciera —dijo Jintong entrecortadamente.

—Eso es detestable —dijo ella—. El jefe de la sección de seguridad

era un imbécil. Esta crecida te ha salvado la vida. Lo sabes, ¿verdad?

Jintong asintió con la cabeza.

—Vi cómo las aguas se llevaban su cadáver, así que no tienen ninguna

prueba en tu contra —dijo con voz inexpresiva la mujer que decía ser mi

séptima hermana—. Mantente firme. Di que nunca te has acostado con

ella. Si es que conseguimos sobrevivir a esta inundación, claro.

La predicción de Qiao Qisha se cumplió. La crecida había venido en

ayuda de Jintong. Para cuando el investigador jefe del Departamento de

Seguridad del Condado y un examinador médico llegaron en una balsa de

goma, la mitad de la gente yacía inconsciente sobre el dique del Río de los

Dragones, y el resto había sobrevivido alimentándose de las algas en

proceso de descomposición que habían pescado del río, como caballos

famélicos. En el momento en que los hombres se bajaron de la balsa, se

vieron rodeados de gente hambrienta y esperanzada.

Respondieron

enseñando sus insignias, desenfundando sus pistolas y anunciando que

estaban ahí para investigar la violación y el asesinato de una heroica mujer.

Entonces estalló un estruendo de voces profiriendo exabruptos e insultos.

El investigador, con cara de pocos amigos, exigió ver al jefe de los

supervivientes y fue guiado hasta donde estaba Lu Liren, que yacía sobre el

suelo embarrado; el uniforme gris se le había desgarrado por lo mucho que

se le había hinchado el cuerpo. «Es él». Tapándose la nariz, el investigador

dio una vuelta completa alrededor del cuerpo de Lu Liren, que estaba

comenzando a pudrirse y atraía a montones de moscas.

Entonces se puso a

buscar al jefe de la sección de seguridad de la granja, que había informado

del crimen por teléfono. Le dijeron que al hombre se lo había llevado el

río, aferrado a un tablón, hacía tres días. El investigador se detuvo frente a

Ji Qiongzhi; las pétreas miradas que intercambiaron revelaban los

complejos sentimientos de una pareja que se ha divorciado.

—La muerte de una persona, estos días, importa más o menos lo

mismo que la muerte de un perro, ¿verdad? —le dijo ella—.
¿Qué es lo que
vas a investigar?

El investigador echó un vistazo a todos los cadáveres que
flotaban en

el agua opaca, algunos de animales y otros de seres humanos,
y dijo:

—Esas son dos cosas distintas.

Entonces se fueron a buscar a Shangguan Jintong y
comenzaron a

acribillarlo a preguntas, empleando diversas estrategias
psicológicas. Pero

Jintong se mantuvo firme y se negó a revelar su secreto.

Algunos días más tarde, tras caminar con dificultad
atravesando un

mar de barro que les llegaba hasta las rodillas, el concienzudo
investigador

jefe y el examinador médico encontraron el cuerpo de Long
Qingping, que

se había quedado enganchado en la verja de alambre.

Pero cuando el examinador estaba tomando unas fotografías
del

cuerpo, este explotó como una bomba de relojería; su piel
putrefacta y sus

pegajosos jugos ensuciaron el agua de una amplia zona a su
alrededor. Lo

único que permaneció enganchado en la valla fue el esqueleto.
El

examinador médico sacó la calavera, con su agujero de bala, y
la examinó

desde todos los ángulos posibles. Llegó a dos conclusiones: el
cañón estaba

apoyado sobre la sien cuando se hizo el disparo y, aunque tenía toda la

pinta de tratarse de un suicidio, era posible que hubiera sido un asesinato.

Se prepararon para llevarse a Jintong, pero fueron rápidamente rodeados por algunos derechistas.

—Fíjate bien en este chico —dijo Ji Qiongzhi, aprovechándose de su

especial relación con el investigador jefe—. ¿Te parece alguien capaz de

cometer una violación y un asesinato? Esa mujer era un demonio

terrorífico. Este chico, en cambio, fue alumno mío.

Para entonces, el investigador jefe estaba a punto de suicidarse debido

al hambre y al penetrante hedor.

—El caso está cerrado —dijo, harto de todo el asunto—. Long Qingping se quitó la vida.

Entonces él y el examinador médico treparon a su balsa de goma y

volvieron al cuartel general. Pero en cuanto la balsa se alejó un poco de la

orilla, se dio la vuelta y fue engullida por la corriente, perdiéndose río

abajo.

VI

Durante la primavera de 1960, cuando la campiña se llenó de los cadáveres

de las víctimas de la hambruna, algunos miembros de la unidad de

derechistas de la Granja del Río de los Dragones quedaron convertidos en

un rebaño de rumiantes que rastreaban el suelo en busca de algún vegetal
con el que combatir el hambre. A cada persona le correspondían unos
cuarenta gramos diarios de cereales, menos lo que sisaban el encargado del
almacén, el gerente del comedor y otros individuos importantes. Lo que
quedaba resultaba suficiente para llenar un cuenco de gachas con tan poca
sustancia que uno podía verse reflejado en el líquido. En cualquier caso,
eso no los liberaba de sus obligaciones en la reconstrucción de la granja.
Además, con la ayuda de los soldados de la unidad de artillería local,
sembraron mijo en unas cuantas hectáreas de tierra fangosa. Al abono se le
añadió veneno para mantener a raya a los ladrones. Era tan potente que el
suelo se llenó de cadáveres de grillos, gusanos y muchos otros insectos
variados que el derechista Fang Huawen, que era un biólogo con bastante
experiencia, nunca había visto. Los pájaros que se alimentaban de estos
insectos caían al suelo, rígidos, y los bichos que acudían a devorar sus
cuerpos pegaban un salto y morían antes de caer al suelo.
En primavera, cuando las plantas de mijo llegaban a la altura de las
rodillas, ya había toda clase de vegetales listos para ser cosechados, y los

derechistas, cuando salían al campo, se atiborraban de todo lo que podían encontrar mientras hacían su trabajo. Durante los periodos de descanso, se sentaban en las zanjias y regurgitaban las hojas que tenían en el estómago para volver a masticarlas y deshacerlas todo lo que pudieran. En las comisuras de sus labios se acumulaba una saliva verdosa. Sus rostros estaban tan hinchados que la piel se les había vuelto translúcida.

Menos de diez trabajadores de la granja se libraron de contraer hidropesía. El nuevo director, que se llamaba Pequeño Viejo Du, fue uno de ellos; el encargado del almacén del grano, Guo Zilan, también se libró; todo el mundo sabía que hurtaban forraje para caballos. El Agente Especial Wei Guoying tampoco la padeció, ya que por tener un perro lobo recibía una ración extra de carne. Otro hombre que se libró fue uno llamado Zhou Tianbao. En la infancia, se había volado tres dedos con una bomba casera, y unos años más tarde había perdido un ojo cuando su propio rifle se le había disparado en la cara. Había sido designado encargado de la seguridad de la granja, y dormía durante el día y hacía la ronda por toda la granja durante la noche, armado con una escopeta checa, sin dejarse ni un rincón

por vigilar. Lo habían alojado en una pequeña cabaña hecha con chapas metálicas situada en una esquina de la chatarrería militar; de allí, por las noches, tarde, emanaba con mucha frecuencia un fragante olor a carne cocinada. Ese olor hacía que a la gente que estaba en la zona le resultara prácticamente imposible dormir. Una noche, Guo Wenhao se arrastró hasta la cabaña y estaba a punto de asomarse a la ventana cuando oyó el ruido sordo de la culata de un rifle golpeada contra el suelo.

—Maldito seas —juró Zhou Tianbao, y la luz de su ojo bueno atravesó la oscuridad—. ¡Un contrarrevolucionario! ¿Qué haces merodeando por aquí?

Zhou le incrustó el cañón de su arma en la espalda a Guo.

—¿Qué estás cocinando ahí dentro, Tianbao? —preguntó Guo maliciosamente—. ¿Por qué no me dejas probarlo?

—No creo que tengas agallas para probarlo —refunfuñó Zhou en voz baja.

—La única cosa de cuatro patas que no me comería es una mesa —dijo Guo—. Y la única cosa de dos patas que no me comería es una persona.

Zhou se rio.

—Lo que estoy cocinando es precisamente carne humana.

Al oír eso, Guo Wenhao dio media vuelta y salió corriendo.

La noticia de que Zhou Tianbao comía carne humana se extendió rápidamente, haciendo que todo el mundo entrara en pánico. La gente dormía con un ojo abierto, aterrorizada ante la idea de que Zhou iría a buscarlos para prepararse su próxima comida. Con la intención de acallar el rumor, Pequeño Viejo Du convocó una reunión para anunciar que había estado investigando el asunto y había descubierto que lo que Zhou Tianbao cocinaba y comía eran ratas que encontraba en tanques abandonados. Entonces le dijo a todo el mundo, y especialmente a los derechistas, que dejaran de comportarse como apestosos intelectuales y que aprendieran de Zhou Tianbao y se abrieran a nuevas fuentes de alimentos de modo que pudieran ahorrar grano, incluso durante las épocas de vacas flacas, para enviárselo a las gentes de otras partes del mundo que estaban peor que nosotros. Wang Siyuan, un licenciado por la Facultad de Agricultura, propuso que cultiváramos champiñones empleando la madera podrida para hacerlos crecer. Pequeño Viejo Du le dijo que le parecía bien y que se pusiera en marcha. Dos semanas más tarde, el plan de los champiñones

hizo que se envenenaran más de cien personas. Algunas no padecieron más que un episodio de vómito y diarrea, pero otros sufrieron una locura transitoria y no se les entendía nada de lo que decían, como si estuvieran hablando en un idioma desconocido. La sección de seguridad pensó que se trataba de un acto de sabotaje, pero el departamento de sanidad lo atribuyó a una intoxicación alimentaria. Como consecuencia de todo esto, Pequeño Viejo Du fue censurado y el derechista Wang Siyuan fue catalogado como ultraderechista. La mayor parte de las víctimas pudieron ser atendidas a tiempo y rápidamente estuvieron fuera de peligro. Huo Lina, por el contrario, no pudo salvarse. Después de su muerte, circuló el rumor de que había estado liada con un hombre que trabajaba en la cocina al que todo el mundo llamaba Zhang Cara de Viruela y que gracias a eso conseguía raciones de comida mayores que las de los demás. Alguien dijo que un domingo por la noche, durante la proyección de la película, los había visto deslizándose en la oscuridad hacia una zona de hierbas altas. La muerte de Huo Lina afectó a Jintong de una manera especialmente dura. Además, no podía creerse que alguien de buena familia, que había

sido educada en Rusia, se entregara a un ser tan feo y basto como Zhang

Cara de Viruela a cambio de un poco más de sopa. Lo que le sucedió más

adelante a Qiao Qisha le demostraría que se equivocaba. Y es que cuando

una mujer está tan subalimentada que sus pechos se le aplanan y deja de

tener el periodo, el respeto que siente por sí misma y la castidad la

abandonan. El pobre Jintong iba a ser testigo del incidente completo, desde

el principio hasta el final.

Durante la primavera llegaron a la granja unos bueyes para arar la

tierra. Antes de que pasara mucho tiempo, descubrieron que no había

suficientes hembras como para cruzarlos, por lo que castraron a cuatro

toros con el propósito de que engordaran y sirvieran de alimento. Ma

Ruilian todavía estaba a cargo de la unidad de animales domésticos, pero

disfrutaba de un poder considerablemente menor desde que Li Du había

muerto. Por eso, cuando Deng Jiarong se marchó con los ocho testículos, lo

único que pudo hacer ella fue quedarse mirándole la espalda. Cuando se le

hizo la boca agua al detectar el aroma de los testículos asándose en la

parrilla de Deng Jiarong, en la planta de reproducción, le dijo a Chen San

que fuera y le trajera algunos. Deng exigió, a cambio, una cierta cantidad

de forraje para caballos, a lo que Ma Ruilian accedió de mal humor;

finalmente intercambiaron medio kilo de tortas de alubias secas por uno de

los testículos.

El trabajo que le encargaron a Jintong consistía en pasear a los bueyes, por la noche, para impedir que se tumbaran y se les abrieran las

heridas. Un anochecer, cuando estaba completamente oscuro, se dirigió a la

acequia de irrigación de la zona este de la granja. Allí condujo a los

animales a un bosquecillo de sauces, donde los ató a los árboles. Ya

llevaba cinco noches seguidas paseándolos y le pesaban tanto las piernas

como si las tuviera llenas de plomo. Se sentó en el suelo, apoyándose en

uno de los árboles, sintiendo los párpados cada vez más pesados. Estaba a

punto de quedarse dormido cuando le llegó a la nariz el aroma dulce y

fresco de unos rollitos recién cocidos y todavía calientes. Su espíritu se

conmovió y se le abrieron los ojos como platos. Entonces vio al cocinero

Zhang Cara de Viruela caminando hacia atrás con un rollito hecho al vapor

insertado en un pincho; lo movía en el aire como si fuera un cebo. Y eso es

lo que era exactamente. A un metro de distancia Qiao Qisha, la flor de la

Facultad de Medicina, lo seguía con la vista clavada fija y ávidamente en el rollito. La débil luz del sol poniente le dibujaba un halo alrededor de su cara regordeta y parecía recubrirla con sangre de perro. Ella caminaba con dificultad, jadeando y extendiendo la mano para intentar coger el rollito.

En más de una ocasión estuvo a punto de tocarlo, pero Zhang Cara de Viruela daba un tirón y lo alejaba de su alcance, sonriendo maliciosamente.

Ella gimoteaba como un cachorrito maltratado. Pero cada vez que estaba a punto de rendirse, frustrada, el aroma del rollito la volvía a atraer; era como si la pusiera en trance. Qiao Qisha, que, cuando todo el mundo recibía ciento cincuenta gramos de cereales, se podía permitir negarse a inseminar a una coneja con esperma de carnero, había perdido la fe en la política y en la ciencia ahora que la ración se había reducido a treinta gramos por día. El instinto animal la empujaba hacia el rollito al vapor, y no tenía ninguna importancia quién lo estuviera sujetando. Lo siguió hasta lo más profundo del bosquecillo de sauces. Aquella mañana, Jintong había dedicado su tiempo de descanso a ayudar a Chen San a segar el heno, por lo

que había recibido ochenta gramos de tarta de alubias secas.
Eso le dio

suficiente energía como para poder controlarse y resistir la
tentación de

unirse al desfile del rollito. Más adelante se demostraría que
durante la

hambruna de 1969, Zhang intercambió comida por sexo con
casi todas las

derechistas de la granja. Qiao Qisha era la última que le
quedaba. La más

joven, más hermosa y más obstinada de todas las mujeres
derechistas no le

resultó más difícil de conquistar que las demás. Bajo los rayos
del sol

poniente, de un color rojo sangre, Jintong contempló la
violación de su

séptima hermana.

Lo que para la granja había sido una inundación catastrófica,
para los

saucos resultó una época maravillosa. Unas raíces aéreas y
rojizas brotaban

con profusión de los troncos negros, como las antenas de las
criaturas

oceánicas, y sangraban cuando se partían. Estos enormes
doseles parecían

mujeres locas, enfurecidas, con los pelos al viento. De todas
las ramas

habían brotado unas hojas tiernas, suaves, flexibles, acuosas,
que

habitualmente eran de un ligero color amarillo pero ahora
habían adoptado

tonalidades rosadas. Jintong tenía la sensación de que tanto las
ramas como

las hojas debían ser verdaderamente exquisitas, y mientras contemplaba lo

que sucedía ante sus ojos, se llenó la boca de ramitas y hojas de sauce.

Finalmente, Zhang Cara de Viruela tiró el rollito al suelo. Qiao Qisha

se lanzó a toda prisa a cogerlo y se lo metió en la boca incluso antes de

incorporarse. Zhang Cara de Viruela se colocó detrás de ella, le levantó la

falda, le bajó las mugrientas bragas rojas hasta los tobillos y, con gran

habilidad, le separó las piernas. Después de hacerlo, sacó su miembro, que

no se había visto afectado por la hambruna de 1960, y se lo introdujo.

Como un perro que roba un trozo de comida, ella se obligó a soportar el

dolor de su ataque por detrás mientras engullía el alimento. Siguió

haciendo el movimiento de tragar incluso cuando ya se lo hubo terminado

todo. El dolor que sentía en la entrepierna no era nada comparado con el

placer que le reportaba la comida. Por lo tanto, mientras Zhang Cara de

Viruela continuaba moviéndose vigorosamente detrás de ella, enloquecido,

haciendo que su cuerpo temblara y se estremeciera, ella no dejó en ningún

momento de comer. Las lágrimas le humedecieron los ojos, pero fue una

reacción física porque se había atragantado con el rollito,
totalmente al
margen de cualquier sentimiento. Quizá, cuando hubo
terminado de
engullir la comida, se diera cuenta del dolor que sentía en la
espalda,
porque cuando se enderezó se dio la vuelta para mirar hacia
atrás. El rollito
estaba seco y le había resultado difícil de ingerir y le había
hecho daño en
la garganta, por lo que estiró el cuello hacia adelante como si
fuera un
pato. Zhang Cara de Viruela todavía estaba dentro de ella, y la
cogió de la
cintura con un brazo mientras, con la mano que le había
quedado libre, se
sacó otro rollito medio espachurrado del bolsillo y lo arrojó al
suelo,
enfrente de ella. Ella avanzó un paso y volvió a agacharse. Él
seguía
pegado a su cuerpo, con una mano apoyada en su cadera
mientras la
empujaba hacia abajo, con la otra, por el hombro. Esta vez,
mientras se
comía el rollito, le dejó libertad incondicional para hacer lo
que quisiera,
sin interferir en absoluto.

Jintong mascaba con ferocidad las ramitas y las hojas de
sauce; estas
eran una exquisitez que, por algún motivo, había pasado
inadvertida hasta
entonces. Al principio, su sabor era dulce, pero cuando las
tragó se dio

cuenta de que la dulzura inicial era rápidamente reemplazada por una
amargura nauseabunda que las hacía imposibles de tragar. Esta era la razón
por la que la gente no las comía. Siguió mascando y los ojos se le
humedecieron. A través de la neblina provocada por las lágrimas vio que el
drama que había tenido lugar ante sus ojos había concluido y que Zhang
Cara de Viruela había abandonado la escena, dejando a Qiao Qisha ahí, de
pie, mirando a su alrededor como si no supiera quién era. Después ella
también se marchó, golpeándose la cabeza contra las ramas más bajas de
los sauces.
Abrazándose a uno de los árboles, Jintong, agotado, apoyó la frente
contra la corteza.
La larga primavera estaba a punto de acabarse; el mijo ya estaba
maduro, cosa que indicaba que los días de la hambruna estaban llegando a
su fin. Con el fin de asegurarse de que los trabajadores tuvieran la energía
necesaria para recoger la cosecha de mijo, las autoridades enviaron un
cargamento de tartas de alubias a la granja. Había suficiente para darle
unos cien gramos a cada uno. Pero del mismo modo que Huo Lina había

muerto por comer champiñones, el organismo de Qiao Qisha no podría tolerar toda esa comida extra y ella moriría también.

Estaba en la cola, con toda la gente que aguardaba el turno para recibir su ración. Los encargados de repartir la comida eran Zhang Cara de Viruela y uno de los cocineros. Sujetando un cuenco para arroz, ella estaba en la cola justo delante de Jintong. Él vio cómo Zhang Cara de Viruela le guiñaba un ojo a su séptima hermana mientras le servía su ración, pero ella estaba demasiado absorta en el aroma de la comida como para hacerle caso. Estallaron unas protestas por las pequeñas disparidades que había en el reparto, y Jintong tuvo la sensación, vaga pero dolorosa, de que Qisha iba a obtener más de lo que le correspondía. Había llegado la orden de que cada ración de cien gramos tenía que durar dos días, pero todo el mundo se llevaba lo que le tocaba a su casa y se comía hasta la última migaja.

Aquella noche hubo un flujo constante de gente que corría al pozo en busca de agua. La comida se les había hinchado en el estómago, y Jintong pudo disfrutar del placer casi olvidado de sentirse lleno. Eructaba y se tiraba pedos constantemente, y el olor de las tartas de alubias surgía por ambas

vías. A la mañana siguiente, a la puerta del baño se había formado una
cola; las tartas de alubias habían causado estragos en el
organismo de la
gente, que había estado pasando hambre demasiado tiempo.
Nadie sabía cuánto había comido Qiao Qisha, nadie excepto
Zhang
Cara de Viruela, que no decía nada. Y Jintong no tenía
ninguna gana de
manchar la reputación de su séptima hermana. Se había dado
cuenta de que
el vientre de ella estaba protuberante, como una cuba de agua.
Más tarde o
más temprano, pensó él, todos ellos morirían, ya fuera de
inanición o por
comer en exceso, así que ¿por qué preocuparse?
La causa de su muerte estaba clara, así que no hizo falta
emprender
ninguna investigación. Y puesto que su cadáver no se iba a
conservar
mucho tiempo debido al calor del verano, llegó la orden de
que la
enterraran de inmediato. No hubo ataúd ni, por supuesto,
ninguna clase de
ceremonia. A algunas de las derechistas se les ocurrió vestirla
con la ropa
más bonita que tenía, pero la imagen de su vientre
grotescamente hinchado
y las nauseabundas burbujas de espuma que se le habían
formado en los
labios les dio tanto asco que abandonaron la idea. Finalmente,
algunos de

los derechistas varones consiguieron en la unidad de los tractores un trozo de lona hecha jirones, la envolvieron en ella y cerraron los extremos con alambre. Después la subieron a un carro y la transportaron a una zona de césped que estaba al lado de la chatarrería de vestigios de la guerra, donde cavaron un hoyo y la enterraron junto a Huo Lina y enfrente del esqueleto de Long Qingping, al que le faltaba el cráneo, ya que el examinador médico se lo había llevado.

VII

Caía la noche cuando Jintong entró en la casa. Había pasado un año desde la última vez que había estado ahí. El hijo de Laidi y Hombre-pájaro Han estaba en una cuna con un baldaquín que colgaba del árbol de parasol, asegurada por ambos lados. A pesar de que era moreno y muy delgado, era un niño mucho más saludable que la mayoría de los de su época.

—¿Tú quién eres? —le preguntó Jintong, bajándole un poco las sábanas. El pequeño parpadeó y miró a Jintong con curiosidad, clavándole sus ojos oscuros—. ¿No me reconoces? Soy tu tío.

—Abuela... *Yao, yao*.

El niño apenas hablaba. Tenía la barbilla llena de baba.

Jintong se sentó en la puerta a esperar a que saliera Madre. Era su

primer viaje a casa desde que lo habían enviado a la granja, y le habían

dicho que no tenía que volver si no quería. Cuando pensaba en todas esas

hectáreas de mijo se ponía furioso, porque cuando se hiciera la cosecha, a

los trabajadores de la granja se les iba a ofrecer una verdadera comida. Y

fue entonces cuando a Jintong y a unos cuantos jóvenes más los habían

apartado de la plantilla de trabajadores. Pero unos días después, esa rabia

desapareció, porque justo cuando los derechistas se dirigían en sus rojas

cosechadoras rusas a los campos para empezar a trabajar, una terrible

granizada destrozó el mijo maduro, que acabó mezclándose con el barro.

El niño no le hizo ningún caso mientras estuvo sentado en la puerta.

Unos papagayos con las plumas de color verde esmeralda bajaron del árbol

de parasol y volaron en círculos alrededor de la cuna. El niño los siguió

con sus brillantes ojos, mientras ellos revoloteaban a su alrededor sin

ningún miedo. Algunos incluso se posaron en el borde de la cuna, y otros lo

hicieron sobre sus hombros y lo picotearon en las orejas mientras él

imitaba sus roncós chillidos.

Jintong se quedó sentado, aburrido, en la puerta, con los ojos cerrados.

Se acordó del viaje en barca, a través del río, y de la expresión de sorpresa

en el rostro del barquero, Huang Laowan. El Puente del Río de los

Dragones había sido arrastrado por la corriente durante las inundaciones

del año anterior, así que la Comuna Popular había puesto a funcionar un

transbordador. Un joven soldado muy hablador, proveniente de algún lugar

del sur del país, lo había acompañado en el trayecto de un lado del río al

otro. El hombre agitó un telegrama delante de las narices de Huang

Laowan y le metió prisa para que zarpara.

—Vámonos ya, tío. Mira lo que dice aquí: tengo que estar de regreso

con mi unidad a mediodía. ¡Y en estos tiempos, una orden militar puede

hacer que se tambalee una montaña!

Huang Laowan reaccionó ante las prisas del soldado con un silencio

gélido. Encogiéndose de hombros, se apoyó en la proa del transbordador

como un cormorán y se puso a observar los veloces movimientos del agua

del río. Un rato después, una pareja de oficiales que volvían a la comuna de

la ciudad se subieron a bordo y se instalaron en cada uno de los lados del

transbordador.

—¡Vamos, viejo Huang, en marcha! —lo instó uno de ellos—.

Tenemos que volver para participar en una reunión importante.

—Nos vamos en un minuto —dijo Huang con un tono de voz apagado

—. La estoy esperando a ella.

La mujer subió a bordo de un salto. Llevaba un laúd. Se sentó justo

enfrente de Jintong. Iba maquillada y tenía los labios pintados de rojo, pero

no lo suficiente como para ocultar lo cetrina que era su tez.

Los oficiales la

miraron desvergonzadamente.

—¿De qué aldea eres? —le preguntó uno de ellos, poniendo un cierto

tono de superioridad.

Ella levantó la cabeza y se quedó mirando al hombre. Sus ojos sombríos, que habían estado apuntando al suelo desde que se había subido

al transbordador, adquirieron un brillo salvaje que denotaba hostilidad. A

Jintong le dio un vuelco al corazón. La expresión que esta mujer cetrina

tenía en los ojos le dio la sensación de que la hacía capaz de conquistar a

cualquier hombre, al que ella escogiera, y de que nunca ningún hombre la

conquistaría. La piel de su rostro estaba ligeramente flácida, y unas

profundas arrugas le surcaban el cuello, pero Jintong se dio cuenta de que

sus dedos eran finos y esbeltos y de que tenía las uñas esmaltadas, una

señal clara de que no era ni de lejos tan mayor como su rostro y su cuello

la hacían parecer. Con la mirada clavada en el oficial, abrazó el laúd con

fuerza acercádoselo al pecho, como si fuera una niña.

Huang Laowan se levantó y se dirigió a la popa, donde cogió una

pértiga de bambú con la que empujó hasta sacar el transbordador del bajío,

lo hizo dar vuelta y salir al río abierto, dejando una estela blanca a su paso.

Avanzaba deslizándose sobre el agua como si fuera un enorme pez. Las

golondrinas pasaban rozando la superficie. El frío hedor de las algas

flotaba a su alrededor. Los pasajeros estaban ahí sentados, con aire

taciturno, pero el oficial que se había dirigido a la mujer no podía soportar

el silencio.

—¿Tú no eres el Shangguan que...?

Jintong reaccionó mirándolo con indiferencia. Sabía qué era lo que el

hombre había dejado sin decir, por lo que le contestó de la forma a la que

se había acostumbrado:

—Así es, soy Shangguan Jintong, el bastardo.

Lo directo de la respuesta y lo autodenigratorio de la actitud que la

acompañaba crearon una situación extraña, ya que la arrogancia con que la

gente se comporta con frecuencia en la esfera pública quedaba cuestionada

y amenazada. Eso lo situaba fuera de juego, y su modo de volver a aparecer

era recurriendo a la lucha de clases a través de una serie de claras

insinuaciones. El oficial evitó cuidadosamente mirar a Jintong. Mantuvo la

vista fija en la pértiga de bambú de Huang Laowan.

—Dicen que esos agentes secretos de los Estados Unidos y de Chiang

Kai-shek proceden todos del Concejo de Gaomi del Noreste, que son

hombres que en otro tiempo estuvieron al servicio de Sima Ku. Te lo digo

yo: todos esos que tienen las manos manchadas con la sangre del pueblo

fueron entrenados por un asesor americano. Huang Laowan, ¿puedes

adivinar quién era ese asesor? ¿No? Me han dicho que lo has visto alguna

vez. No es ningún otro que el tirano que unió su destino al de Sima Ku en

el Condado de Gaomi del Noreste, el hombre que ponía las películas.

¡Babbitt! Y dicen que su apestosa y vieja mujer, Shangguan Niandi, incluso

organizó un banquete para los agentes secretos, ¡y le dio a cada uno de

ellos una suela de zapatilla hermosamente bordada!

La mujer del laúd miró furtivamente a Jintong; él sintió los ojos de

ella, y vio que sus dedos se agitaban con nerviosismo junto a la caja de

resonancia del instrumento.

El oficial de la comuna no había hecho más que empezar.

—Jovencito —dijo—, ahora vosotros, los soldados, tenéis la oportunidad de hacer algo por vuestro país. ¡Si algún día atrapas a uno de

esos agentes secretos, te habrás ganado el respeto de tus compatriotas!

El joven soldado le dio un golpe al telegrama que llevaba.

—Ya sabía que estaba pasando algo gordo —dijo—, por eso aplacé mi

boda y vuelvo a toda prisa a mi unidad.

Cuando el transbordador atracó en la orilla opuesta, el joven soldado

fue el primero en bajarse de un salto. La mujer del laúd se entretuvo, como

si quisiera hablar con Jintong.

—Ven con nosotros a la comuna —le dijo el oficial con severidad.

—¿Por qué? —dijo ella—. ¿Por qué habría de hacerlo?

Él le arrancó el laúd de las manos y lo sacudió. Algo repiqueteó en su

interior. Se puso rojo de lo excitado que estaba, y la nariz, semejante a un

gusano, le empezó a temblar.

—¡Un transmisor! —exclamó—. ¡O tal vez una pistola!

La mujer se acercó e intentó quitárselo, pero él se hizo a un lado y ella

cerró las manos en el aire.

—¡Devuélvemelo! —exigió.

—¿Que te lo devuelva? —dijo él, con tono burlón—. ¿Qué hay

escondido ahí dentro?

—Un objeto personal femenino.

—¿Un objeto personal femenino? Ven conmigo a la comuna, señora

ciudadana.

Una mirada feroz se dibujó en el demacrado rostro de la mujer.

—Te he pedido amablemente que me lo devuelvas, hijo.

Puedes

golpear la montaña para asustar a los tigres todo lo que quieras. Ya he visto

esta manera de robar, a plena luz del día, un montón de veces.

La gente que

vive de los demás no me resulta nada novedosa.

—¿A qué te dedicas? —preguntó el oficial, comenzando a perder la

confianza.

—Eso no es asunto tuyo. ¡Ahora devuélveme mi laúd!

—No estoy autorizado para hacerlo —dijo él—. Me gustaría que

vinieras conmigo a la comuna.

—¡Le robas a la gente a plena luz del día! ¡Eres peor que los japoneses!

El oficial se dio la vuelta y salió en dirección al cuartel general de la

comuna, el recinto que en otros tiempos había pertenecido a la familia

Sima.

—¡Ladrón! —gritó la mujer, y salió corriendo detrás de él—.

¡Matón,

sanguijuela asquerosa!

Sintiendo que esta mujer tenía que tener algo que ver con la familia

Shangguan, Jintong repasó mentalmente el destino de todas sus hermanas.

Laidi estaba muerta, al igual que Zhaodi, Lingdi y Qiudi. Y aunque no

había visto el cadáver de Niandi, sabía que ella también estaba muerta.

Pandi se había cambiado el nombre y ahora era Ma Ruilian, y a pesar de

que todavía estaba viva, era como si ya se hubiera muerto. Así que sólo

quedaban Xiangdi y Yunü. Los dientes de la mujer estaban amarillentos y

tenía la cabeza bien grande. Las comisuras de los labios le apuntaban hacia

abajo cuando le gritaba al oficial, y una luz verde surgía de sus ojos, como

si fuera una gata defendiendo a sus crías. Tenía que tratarse de Xiangdi, la

que se había vendido. Cuarta Hermana, que se había sacrificado por la

familia hasta tal punto. ¿Qué tendría escondido en el interior del laúd?

Jintong estaba cavilando sobre el misterio del laúd cuando Madre, que

para entonces era poco más que piel y huesos, entró en la casa a toda prisa.

Cuando oyó que ella echaba el cerrojo de la puerta, levantó la vista justo a

tiempo para verla entrar apresuradamente desde la habitación lateral.

Entonces él la llamó y al mismo tiempo rompió a llorar, como un niño

pequeño del que han abusado. Aparentemente sorprendida de verlo, ella no

logró decir ni una palabra. Por el contrario, se tapó la boca con las manos,

se dio la vuelta y salió al patio corriendo. Fue directamente hacia el

albaricoque, junto al cual estaba el pilón de madera lleno de agua; ahí cayó

de rodillas, se aferró al borde con ambas manos, estiró el cuello, abrió la

boca y vomitó. Un montón de alubias, todavía secas, salió a borbotones,

cosa que hizo que el agua del pilón salpicara hacia todos lados. Cuando

recuperó el aliento, levantó la cabeza para mirar a su hijo y se le llenaron

los ojos de lágrimas. Intentó decir algo antes de agacharse de nuevo y

ponerse a vomitar un poco más. Jintong se quedó mirando la aterradora

imagen de su madre con el cuello estirado, los hombros hundidos y el

cuerpo sufriendo unos fuertes espasmos que provenían de sus zonas más

profundas. Cuando se le pasaron las arcadas, metió la mano en el agua y

pescó las alubias secas con una expresión de satisfacción en el rostro.

Finalmente, se puso de pie, se acercó a su hijo que era alto pero débil y le

dio un abrazo.

—¿Por qué no volviste a casa antes? —le preguntó con un tono de

cierto reproche—. Son sólo tres kilómetros. —Antes que él pudiera

contestarle, continuó—: Poco después de que te marcharas, encontré un

trabajo manejando el molino de la comuna, el que está en el recinto de la

familia Sima. Rompieron el molino de viento, así que ahora hay que

hacerlo girar manualmente. Du Wendou fue el que me consiguió el trabajo.

Me pagan un cuarto de kilo de batatas por día. Si no fuera por ese trabajo,

ya no estaría aquí para darte la bienvenida. Y tampoco estaría Papagayo.

Fue entonces cuando Jintong se enteró de que el hijo de Hombre-

pájaro Han se llamaba Papagayo. Seguía en la cuna, berreando a todo

volumen.

—Ve a cogerlo y yo voy a haceros la comida a los dos.

Madre enjuagó las alubias secas que había sacado del pilón y las

metió en un gran cuenco, que quedó casi lleno. Percibiendo una expresión

de sorpresa en el rostro de Jintong, le dijo:

—Es lo que hay que hacer, hijo. No te burles de mí. He hecho muchas

cosas malas a lo largo de mi vida, pero esta es la primera vez que robo

algo.

Él apoyó la cabeza sobre el hombro de su madre y le dijo con tristeza:

—No digas eso, Madre. Eso no es robar. E incluso si lo fuera, hay

cosas que son mucho peores que robar.

Madre sacó un mortero para ajos de debajo de la cocina y lo empleó

para machacar las alubias. Después añadió un poco de agua fría para hacer

una pasta.

—Vamos, hijo, cómetelo —le dijo, pasándole el cuenco—. No me

atrevo a encender el fuego porque vendrían a ver qué es lo que estoy

cocinando, y eso no debe suceder.

—¿Cómo se te ocurrió hacer esto? —le preguntó Jintong tristemente

mientras observaba su cabeza cana y ligeramente temblorosa.

—Al principio me las escondía en los calcetines, pero me pillaron y

me hicieron sentir peor que un perro. Después todo el mundo empezó a

comer alubias. Una vez que estaba moliendo alubias me metí algunas en la

boca. Cuando volvía a casa, sentía un peso en el estómago, tan fuerte que

apenas podía caminar. Sabía que mi vida corría peligro y me asusté.

Entonces me metí un palillo en la garganta y las vomité en el patio. Estaba

lloviendo, así que las dejé ahí. A la mañana siguiente vi que, por la lluvia,

se habían vuelto blancas, y Papagayo estaba a cuatro patas comiéndoselas.

Me dijo que tenían un sabor muy dulce y me preguntó qué eran. Aunque ya

era grande, nunca había visto una alubia. Me metió algunas en la boca y

eran dulces y pegajosas. Una delicia. Cuando se acabaron, Papagayo me

pidió más, y entonces fue cuando se me ocurrió. Al principio necesitaba

meterme un palillo para provocarme los vómitos... oh, qué sensación...

pero ahora ya me he acostumbrado y lo único que tengo que hacer es

agachar la cabeza... el estómago de tu madre se ha convertido en un

depósito de grano... pero me temo que la de hoy ha sido la última vez.

Todas las mujeres con las que trabajo en el molino estaban haciendo lo

mismo, y el encargado se ha dado cuenta de que siempre falta un montón

de comida, y nos ha amenazado con ponernos una mordaza...

Después se pusieron a hablar de las experiencias que había tenido

Jintong en la granja durante el año anterior, y le contó todo a Madre,

incluyendo su relación sexual con Long Qongping, la muerte de Qiudi y de

Lu Liren y que Pandi se había cambiado el nombre.

Madre se quedó sentada, en silencio, hasta que la luna apareció

sigilosamente por el cielo del Este y arrojó su luz en el patio y a través de

la ventana.

—No hiciste nada malo, hijo —le dijo ella finalmente—. El alma de

esa joven, Long, encontró la paz, y a partir de ahora la consideraremos

parte de la familia. Espera a que la situación mejore un poco y traeremos a

casa sus restos y los de tu séptima hermana.

Madre cogió en brazos a Papagayo, que tenía tanto sueño que se

tambaleaba hacia adelante y hacia atrás, y lo llevó a la cama.

—En una época había tantos Shangguan que éramos como un rebaño

de ovejas. Ahora ya quedamos muy pocos.

Jintong se obligó a preguntar:

—¿Y qué pasa con Octava Hermana?

Soltando un suspiro, ella lo miró, avergonzada. Daba la impresión de

que le estaba pidiendo que la perdonara.

Incluso cuando ya tenía veinte años, Yunü era como una niña pequeña,

una asustadiza y pudorosa niña pequeña. Siempre había sido como una

crisálida que había pasado la vida metida dentro de un capullo, sin querer

causarle ningún problema a su familia. Durante los lúgubres y lluviosos

meses del verano, escuchaba melancólicamente el ruido que hacía Madre

en el patio cuando se ponía a vomitar. Los truenos retumbaban a lo lejos, el

viento agitaba las hojas de los árboles y se cernía en el aire el olor a

quemado de los relámpagos chisporroteando, pero ningún sonido era lo

suficientemente fuerte como para tapar los ruidos que hacía Madre, que le

daban arcadas, así como ningún olor podía disimular el hedor procedente

de sus vómitos. El ruido que hacían las alubias al caer al agua penetraba en

el alma de la chica. Por un lado deseaba que se acabara, pero por otro

quería que continuara para siempre. Le daba asco el olor de los jugos y la

sangre del estómago de Madre, pero al mismo tiempo se sentía agradecida.

Cuando Madre machacaba las alubias con el mortero, ella sentía como si

fuera su corazón lo que estaba aplastando. Y cuando Madre le alcanzaba el

cuenco de alubias, con su olor tosco, frío y pegajoso, unas lágrimas

calientes asomaban a sus ojos ciegos y la encantadora boca que tenía

temblaba con cada cucharada de aquel viscoso puré. Pero nunca verbalizó

la inmensa sensación de gratitud que sentía en su interior.

El año anterior, la mañana del séptimo día del séptimo mes, cuando

Madre estaba a punto de marcharse al molino, Yunü le había espetado:

—¿Qué aspecto tienes, Madre? —Extendiendo hacia ella sus delicadas manos, le había dicho—: Déjame tocarte la cara, por favor.

Madre suspiró y dijo:

—Pequeña niña boba, con lo mal que están las cosas, ¿es eso lo único

que deseas?

Acercó su rostro a las manos de Octava Hermana y dejó que la acariciara con sus suaves dedos, que tenían un olor húmedo y fresco.

—Ve a lavarte las manos, Yunü. Hay agua en el pilón.

Cuando Madre se hubo marchado, Octava Hermana salió de la cama.

Oyó a Papagayo cantando feliz en su cuna; su voz se confundía con los

gorjeos de los pájaros, con el sonido de los caracoles reptando y soltando

su baba sobre la corteza de los árboles y con el ruido que hacían las

golondrinas al construir un nido en el alero del tejado de la casa.

Olisqueando el aire, siguió el aroma del agua limpia hasta llegar al pilón.

Se agachó enfrente de él. Su encantadora cara se reflejaba en el agua, de la

misma manera que la imagen de Natasha se había encontrado con los ojos

de Jintong, pero ella no podía verse. No había mucha gente que le hubiera

visto la cara a esta chica Shangguan. Tenía la nariz alta, la piel clara, el

pelo suave y amarillento y un cuello largo y delgado,
semejante al de un
cisne. Cuando sintió el agua fría en la punta de la nariz, y
después en los
labios, sumergió el rostro en ella. El agua le entró por la nariz,
cosa que la
devolvió a la realidad, y entonces sacó la cabeza de abajo del
agua. Tenía
un zumbido en los oídos, y la nariz le dolía y se le había
hinchado. En
cuanto se golpeó un poco las orejas con las manos para que
saliera el agua,
oyó el gorjeo de los papagayos en los árboles y el llanto de
Papagayo Han,
que llamaba a su octava tía. Fue caminando hasta el árbol, y
allí extendió
una mano y le acarició la naricita mucosa. Después, sin decir
una palabra,
salió del recinto del patio, encontrando la puerta a tientas.
Madre le secó las lágrimas con el dorso de la mano.
—Tu octava hermana se marchó porque pensaba que era una
carga —
dijo en voz baja—. A tu octava hermana nos la envió su padre,
el Rey
Dragón. Pero se le acabó el tiempo, y ahora ha regresado al
Océano del
Este para seguir viviendo en forma de Princesa Dragón...
Jintong quería consolar a su madre, pero no encontró las
palabras para
hacerlo, así que se limitó a toser para disimular el dolor que
sentía en el
corazón.

Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta. Madre tembló

brevemente antes de esconder el mortero y decirle a Jintong:

—Abre la puerta. Vete a ver quién es.

Jintong abrió la puerta. Era la mujer del transbordador. Estaba de pie,

en el umbral de la casa, con su laúd en brazos.

—¿Eres Jintong? —le preguntó con su minúscula voz, parecida a la de

un mosquito.

Shangguan Xiangdi había vuelto a casa.

VIII

Cinco años más tarde, una mañana de invierno, Xiangdi estaba acostada,

esperando a la muerte, pero de repente se levantó de la cama.

La nariz se le

había podrido, y de ella sólo quedaba un agujero negro, y estaba ciega de

ambos ojos. Se le había caído prácticamente todo el pelo, y el que le

quedaba formaba unos mechones de color oxidado, diseminados por su

cuero cabelludo arrugado y reseco. Después de llegar a tientas hasta el

armario, trepó en un taburete y bajó su antiguo laúd, cuya caja estaba toda

deteriorada. Después salió al patio. La luz del sol le calentó el cuerpo a

esta mujer cuya carne, en proceso de descomposición, olía a moho.

Levantó la cabeza hacia el sol; lo miró sin verlo. Madre, que estaba en el

patio haciendo una estera para el equipo de producción, se levantó.

—Xiangdi —le dijo, preocupada—, pobre hija mía, ¿qué haces aquí

fuera?

Xiangdi se sentó apoyada en la base del muro, estirando las piernas

llenas de escamas. Se le veía el vientre, pero hacía mucho tiempo que el

recato no desempeñaba ningún papel en su vida, y ya no le molestaba el

frío. Madre corrió al interior de la casa en busca de una manta y se la echó

a Xiangdi sobre las piernas.

—Mi preciosa hija, toda tu vida, tú...

Le secó las pocas lágrimas que tal vez tuviera en los ojos y volvió a

tejer esteras.

Los gritos de los niños de la escuela primaria sonaron muy cercanos:

«¡Ataquemos, ataquemos, ataquemos a todos los enemigos de clase!

¡Llevemos a cabo la Gran Revolución Cultural Proletaria!».

Sus roncros

lemas iban en todas direcciones, por las calles y los senderos.

Unos dibujos

infantiles y unos lemas mal escritos pero intensos adornaban todas las

paredes del barrio. Los habían pintado con tizas de colores.

Xiangdi dijo, en voz muy baja:

—Madre, me he acostado con diez mil hombres y he ganado un

montón de dinero. Con ese dinero, compré oro y joyas
suficientes como

para que tengáis comida para el resto de vuestras vidas. —
Acarició la caja

del laúd, que el oficial de la comuna había aplastado, y dijo—:
Estaba todo

aquí, Madre. Mira esta perla; brilla incluso por la noche. Es un
regalo que

me hizo un cliente japonés. Si la coses a una gorra y te la
pones por la

noche, ilumina el camino como si fuera un farol... Este ojo de
gato lo

cambié por diez anillos y un rubí... Este par de pulseras de oro
es un regalo

de Viejo Maestro Xiong, con quien perdí la virginidad. —Uno
a uno, fue

quitando todos los preciosos recuerdos que había traído en el
interior del

laúd—. Ya no tienes por qué preocuparte, Madre. Ahora tienes
todo esto.

Solamente esta esmeralda es suficiente para comprar
quinientos kilos de

harina, y este collar vale, por lo menos, un burro... Madre, el
día que me

metí en el abismo en llamas de la prostitución, hice la promesa
de que me

encargaría de darles una buena vida a mis hermanas, ya que
acostarse con

un hombre no es diferente de acostarse con mil. Es para eso
que he

comerciado con mi cuerpo. He llevado este laúd conmigo allá
donde he

ido. Encargué que hicieran este relicario de la longevidad especialmente

para Jintong. Asegúrate de que lo lleve siempre consigo... Madre, esconde

todas estas cosas donde los ladrones no puedan encontrarlas, y no dejes que

la Asociación de Campesinos Pobres te las quite... Lo que tienes aquí es el

sudor y la sangre de tu hija... ¿Vas a esconderlas?

Ahora el rostro de Madre estaba empapado en lágrimas. Abrazó con

fuerza el cuerpo sifilítico de Xiangdi y sollozó:

—Mi preciosa hija, me has roto el corazón... Con todo lo que hemos

pasado, nadie ha sufrido tanto como mi Xiangdi...

Jintong acababa de volver de la calle; una pandilla de Guardias Rojos

le había abierto la cabeza cuando él estaba barriendo. Se quedó de pie, bajo

el árbol de parasol, escuchando la conmovedora historia de Cuarta

Hermana. Los Guardias Rojos habían clavado una fila de letreros en la

puerta de entrada al recinto donde estaba su casa, en los que se leían cosas

como: *Familia de traidores; Refugio de los Cuerpos de Restitución de la*

Tierra a sus Dueños; Casa de putas. Entonces, mientras oía a su hermana

moribunda, tuvo ganas de cambiar la palabra «putas» por «hijas

abnegadas» o «mártires». Hasta ese momento, había guardado las

distancias con su hermana debido a su enfermedad. Ahora deseaba no

haberlo hecho. Se acercó a ella, le cogió la mano, que estaba helada, y le

dijo:

—Cuarta Hermana, gracias por el relicario... Ahora lo llevo encima.

El brillo de la felicidad iluminó los ojos ciegos de Cuarta Hermana.

—¿De verdad? ¿No te hace sentir mal? No le cuentes a tu esposa de

dónde lo sacaste... Déjame tocarlo... A ver si te va bien.

Durante los últimos momentos que Xiangdi pasó sobre la faz de la

tierra, todas las pulgas que tenía abandonaron su cuerpo, intuyendo,

supongo, que ya no tendrían más sangre que chupar.

Una sonrisa, una fea sonrisa, se dibujó en sus labios y dijo, con voz

entrecortada:

—Mi laúd... Déjame tocar algo... para ti.

Rasgueó las cuerdas una o dos veces antes de que la mano se le

quedara colgando, quieta, y la cabeza se le cayera a un lado.

Madre lloró solamente un instante. Después se levantó y dijo:

—Mi preciosa hija, ya has dejado de sufrir.

Dos días después de enterrar a Xiangdi, cuando todo estaba volviendo

a la calma, un equipo de ocho derechistas de la Granja del Río de los

Dragones trajo el cuerpo de Shangguan Pandi hasta la puerta.

Un hombre con un brazalete rojo, que lo distinguía como su jefe,

llamó a la puerta.

—¡A ver, Shangguans, venid a recuperar vuestro cuerpo!

—Esa no es mi hija —le dijo la Madre al jefe.

El jefe, que era miembro de la unidad de los tractores, conocía a

Jintong, por lo que le dio un trozo de papel.

—Esta es la carta de tu hermana. Siguiendo el espíritu del humanismo

revolucionario, os la hemos traído a casa. No os podéis imaginar lo pesada

que es. Estos derechistas han quedado extenuados por transportar su

cuerpo.

Jintong asintió, excusándose ante los derechistas, y después desdobló

el trozo de papel. Estaban escritas las siguientes palabras:

Soy Shangguan Pandi, no Ma Ruilian. Después de pasarme veinte

años colaborando con la revolución, así es como he terminado.

Cuando muera, suplico a las masas revolucionarias que lleven mi

cuerpo a Dalan y se lo entreguen a mi madre, Shangguan Lu.

Jintong se acercó a la puerta sobre la cual habían traído el cuerpo, se

agachó y quitó el papel blanco que le cubría el rostro. Pandi tenía los

globos oculares hinchados, como a punto de salirse de las cuencas, y la

lengua afuera. Le volvió a tapar la cara rápidamente y se arrojó a los pies

de los ocho derechistas, diciendo:

—Os lo suplico, por favor, llevadla al cementerio. Aquí no hay nadie

que pueda hacerlo.

Entonces Madre empezó a gemir en voz muy alta.

Después de enterrar a su quinta hermana, Jintong iba caminando por

la calle, arrastrando una pala, cuando fue detenido por una pandilla de

Guardias Rojos. Le colocaron en la cabeza una gorra con unas orejas de

burro hechas de papel, y él sacudió la cabeza; entonces la gorra se cayó al

suelo y vio que le habían escrito su nombre encima, con una X roja

tachándolo. La tinta roja y la tinta negra se habían corrido y mezclado,

como si se tratara de sangre. Debajo de su nombre leyó las palabras

«Necrófilo y Asesino». Cuando los Guardias Rojos comenzaron a pegarle

en las nalgas con un palo, soltó un aullido, a pesar de que sus pantalones

almohadillados impedían que le doliese demasiado. Uno de los Guardias

Rojos cogió la gorra, le ordenó que se pusiera de cuclillas como Wu

Dalang, el personaje de la ópera cómica, y le puso la gorra nuevamente en

la cabeza, pero esta vez le dio unos golpes para que no se le cayera.

—¡Sujétala! —le ordenó un Guardia Rojo que tenía un aspecto temible—. ¡Si se te vuelve a caer, te vamos a partir las piernas! Sujetándose la gorra con ambas manos, Jintong bajó la calle a trompicones. En la puerta de la Comuna Popular, vio una fila de gente; todos llevaban gorras con orejas de burro. Ahí estaba Sima Ting, con el vientre tan hinchado y tenso que la piel se le había vuelto casi transparente; el director de la escuela primaria; el instructor político de la escuela secundaria, además de cinco o seis oficiales de la comuna, que habían perdido su aire arrogante, y un buen puñado de gente a la que, en una ocasión, Lu Liren había obligado a ponerse de rodillas sobre la plataforma de tierra, enfrente de todo el mundo. Después Jintong vio a su madre. Al lado de ella estaba Papagayo Han, y junto a este se encontraba la Vieja Jin, la mujer que solamente tenía un pecho. Las palabras «Escorpión Madre, Shangguan Lu» estaban escritas en la gorra de Madre. Papagayo Han no llevaba gorra, pero la Vieja Jin sí, además de un viejo zapato que le habían colgado al cuello para señalar su indecencia. Acompañados por ruidosos tambores y gongs, los Guardias Rojos empezaron el desfile público de los Demonios-Bueyes y los Espíritus-Serpientes. Era el último día de mercado

antes del Año Nuevo, y las calles estaban atestadas de gente que había salido a hacer compras. Los vendedores se apiñaban a ambos lados de la calle con montones de sandalias de paja, calabazas, hojas de ñame y otros artículos agrícolas que se vendían mucho. Todo el mundo iba vestido con abrigos almohadillados que brillaban tras un invierno lluvioso entre los humos grasientos. Muchos de los hombres más mayores llevaban los pantalones ceñidos con cinturones de cáñamo, y el aspecto general de la gente no era muy diferente del que tenía en el Festival de la Nieve, quince años atrás. La mitad de la gente que había asistido al Festival de la Nieve había muerto durante los tres años que había durado la hambruna, y los que habían sobrevivido ahora eran hombres y mujeres ya ancianos. Unos pocos de ellos todavía podían recordar lo gracioso y elegante que había estado el Príncipe de la Nieve de aquel último Festival, Shangguan Jintong. En aquella época nadie se hubiera podido imaginar que un día, años más tarde, se convertiría en un necrófilo y asesino.

Los Demonios-Bueyes y los Espíritus-Serpientes caminaban inexpresivamente mientras los Guardias Rojos les golpeaban el trasero con

estacas, de un modo más simbólico que real. El sonido de los gongs y los tambores hacía retumbar la tierra, y los lemas, proferidos a gritos, hacían que los tímpanos de todo el mundo vibraran con fuerza. Las masas de gente señalaban con el dedo y discutían animadamente. Mientras caminaban, Jintong sintió que alguien le pisaba el pie derecho, pero no hizo caso.

Cuando sucedió por segunda vez, levantó la vista y vio que la Vieja Jin tenía los ojos clavados en él, a pesar de que iba con la cabeza agachada y el cabello amarillento le tapaba las orejas enrojecidas.

—Maldito Príncipe de la Nieve —la oyó decir—. ¡Todas las chicas estaban esperándote y tenías que hacerlo con un cadáver!

Él hizo como que no la había oído y siguió andando, con la mirada fija en los talones de la persona que iba delante.

—Ven a verme cuando todo esto termine —la oyó decir, y entonces se sintió muy confundido. Esa provocación inadecuada le pareció indignante.

Sima Ting, que iba cojeando junto a los demás, se tropezó con un ladrillo y cayó al suelo. Los Guardias Rojos le dieron algunas patadas, pero él no reaccionó, así que uno de los más bajitos empezó a saltar sobre su espalda. Todos oímos un ruido sordo, como el de un globo que explota, y

vimos un chorrito de un líquido amarillo que le salía de la boca. Madre se arrodilló y le giró la cabeza para verle la cara. «¿Qué pasa, tío?». Sus ojos se abrieron un poco, lo justo para enseñar el blanco y, tras echarle esa última mirada a Madre, se cerraron para siempre. Los Guardias Rojos arrastraron su cuerpo hasta la acequia que había junto a la carretera y la procesión continuó.

Jintong distinguió una figura que se movía graciosamente entre la multitud y la reconoció de inmediato. Llevaba un abrigo de pana negra, una bufanda marrón y un antifaz, de una blancura cegadora, que le tapaba la boca y la nariz, de modo que lo único que se le veía eran los oscuros ojos y las pestañas. ¡Sha Zaohua! Estuvo a punto de gritar su nombre. Ella se había marchado después de que fusilaran a Primera Hermana; durante los siete años que habían transcurrido desde entonces, él había oído insistentemente un rumor sobre una ladrona que le había robado un pendiente a la Princesa Sihanouk, y siempre había sabido que sólo podía tratarse de Zaohua. A juzgar por su aspecto, parecía haberse convertido en una mujer joven pero madura. Entre todos los ciudadanos vestidos de negro

que había en el mercado, destacaban los que llevaban bufandas y antifaces;

eran los primeros jóvenes urbanos que habían sido enviados al campo, y

Zaohua era la que tenía más pinta de urbanita de todos ellos. Estaba en el

umbral del restaurante de la cooperativa mirando hacia donde se

encontraba él. El sol cayó sobre su rostro y Jintong vio que sus ojos

brillaban como un par de relucientes canicas. Tenía las manos metidas en

los bolsillos de su abrigo. Llevaba un par de pantalones de pana azul, con

un corte a la moda de la época; Jintong los vio fugazmente cuando ella

avanzó hacia la puerta del almacén. Un anciano sin camisa salió del

restaurante a todo correr y se metió en la procesión de Demonios-Bueyes y

Espíritus-Serpientes; lo perseguían dos hombres que no eran de la aldea. El

anciano tenía tanto frío que la piel se le había vuelto prácticamente negra.

Llevaba los pantalones, blancos y toscamente almohadillados, subidos

hasta el pecho. Intentando abrirse paso entre la multitud, se metió una

tortita en la boca, y estuvo a punto de atragantarse con ella. Los dos

hombres lo atraparon y entonces él rompió a llorar, llenando la comida que

quedaba de mocos y saliva. «¡Tenía hambre! —sollozó—. ¡Hambre!». Los dos hombres hicieron una mueca de asco ante la visión de los húmedos y sucios restos de la tarta, que se le había caído al suelo. Uno de ellos la recogió con dos dedos y la observó detenidamente; le daba asco, pero pareció que pensaba que era una lástima tirarla. «No te la comas, hombre —le dijo alguien entre la multitud—. Ten piedad de él». El hombre tiró la tarta al suelo, a los pies del anciano, y bramó: «¡Vamos, cómetela, viejo cabrón, y espero que te atragantes con ella!». Entonces sacó un pañuelo para limpiarse los dedos y se marchó con su acompañante. El anciano recogió la tarta húmeda y pegajosa y se la llevó hasta un muro cercano, donde se apoyó para terminársela lentamente.

Sha Zaohua entraba y salía de la masa de gente. Un uniformado trabajador del sector del petróleo, que llevaba una gorra de piel de perro, se abrió paso hacia ellos de un modo muy llamativo. Tenía los ojos cubiertos de cicatrices y llevaba un cigarrillo en los labios. Avanzó, poniéndose de lado, a través de la multitud. Todo el mundo lo miraba con envidia, y cuanto más importante se sentía, más le brillaban los ojos. Jintong lo

reconoció y quedó conmovido por su aspecto. Las ropas hacen al hombre;

las monturas hacen al caballo. Un uniforme de trabajador y una gorra de

piel de perro habían convertido al matón aldeano Fang Shixian en un

hombre nuevo. Muy poca de la gente que se amontonaba ahí había visto

alguna vez uno de esos bastos uniformes azules, bien gruesos por el

abundante almohadillado que tenían —el algodón sobresalía entre las

puntadas— y evidentemente muy calientes. Un jovenzuelo que parecía un

mono oscuro y que tenía un pelo parecido al nido de una rata le pisaba los

talones a Fang Shixian. Llevaba unos pantalones a rayas con un roto en la

entrepierna por el que se le había salido un poco de algodón de relleno que

parecía la cola de una oveja; llevaba también una chaqueta almohadillada

cuyos botones hacía mucho tiempo que se habían caído, dejándole el

vientre al aire libre. La gente que iba en la procesión se empujaba y

achuchaba para conservar el calor. De repente, el jovenzuelo pegó un salto,

le quitó a Fang la gorra de piel de perro de la cabeza, se la colocó en la

suya y salió correteando entre la multitud como un perro astuto. Los gritos

arreciaron y los empujones y los achuchones se multiplicaron.
Fang

Shixian levantó la mano y se tocó la cabeza; le llevó un
momento darse

cuenta de lo que había sucedido, y después él también
comenzó a gritar y

se lanzó en persecución del jovenzuelo, quien no corría
particularmente

rápido, como si estuviera esperando a su perseguidor. Fang lo
siguió,

maldiciendo todo el tiempo. No miraba la carretera que había
ante él; tenía

la mirada clavada en los rayos de sol que hacían brillar los
pelos de perro

de su gorra. Se iba chocando con la gente, que le devolvía los
empujones y

lo hacía girar sobre sí mismo. El episodio que se estaba
desarrollando en la

calle atrajo la atención de todo el mundo, incluso la de los
pequeños

generales de los Guardias Rojos, que dejaron de lado durante
un momento

la lucha de clases, abandonando su Demonios-Bueyes y sus
Espíritus-

Serpientes para abrirse paso a empellones a través de la gente
y disfrutar

del espectáculo. El jovenzuelo corrió hasta la puerta que había
frente al

molino de acero de la Comuna Popular, donde unas chicas
vendían

cacahuets tostados, cosa que no estaba permitida; por eso
tenían que estar

siempre alerta, preparadas para salir huyendo en cualquier momento. A

pesar de que ya estaba bien avanzado el invierno, de la superficie de un

estanque cercano salía vapor, debido a todos los residuos líquidos, de un

color rojizo, que le llegaban del molino. El jovenzuelo se quitó la gorra y

la lanzó al estanque. La gente se quedó momentáneamente asombrada, pero

pocos instantes después se pusieron a dar voces de nuevo, regodeándose,

disfrutando y expresando su aprobación por lo que había hecho. La gorra se

quedó flotando en el agua, negándose a hundirse bajo la superficie. Lo

único que Fang Shixian pudo hacer fue acercarse hasta el borde del

estanque y maldecir.

—¡Pequeño cabrón, ya verás cuando caigas en mis manos!

Pero para aquel entonces el pequeño cabrón estaba muy lejos, y Fang

se limitó a caminar hacia un lado y otro, contemplando su gorra y

parpadeando, lleno de furia. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Vamos, joven, vete a casa y trae una pértiga de bambú. Así podrás

sacarla —le gritó alguien.

—Si haces eso, hasta que regreses dará tiempo a que se hundan diez

gorras de piel de perro —dijo otro.

Como si tuviera la intención de darle la razón, la gorra ya había

comenzado a deslizarse hacia abajo de la superficie.

—Desnúdate y ve a buscarla —dijo alguien más.

—¡El que la coja se la queda!

Sufriendo un repentino ataque de pánico, Fang se quitó el uniforme y

se quedó solamente con un par de calzoncillos. Dio unos pasos en el agua,

vacilantes al principio, y avanzó hasta que le llegaba por los hombros.

Finalmente, en cualquier caso, consiguió recuperar la gorra. Pero cuando

estaba en el agua y la atención de todo el mundo se dirigía a él, Jintong vio

que el jovenzuelo surgió de la nada, cogió el uniforme de Fang y

desapareció por una callejuela, una figura esbelta y ágil que se perdió de

vista. Cuando Fang salió del estanque, con la gorra en la mano, lo único

que le esperaba para darle la bienvenida era un par de zapatos y un par de

calcetines agujereados.

—¿Dónde está mi ropa? —gritó, y sus gritos rápidamente se convirtieron en sollozos agonizantes. Cuando se dio cuenta de que le

habían robado la ropa y que lo de la gorra había sido una artimaña, que

había caído en la trampa de un profesional, gritó—: ¡Dios mío, me quiero

morir!

Con la gorra todavía en la mano, saltó al estanque. Por todos lados se

oyeron gritos que decían «¡salvadlo!», pero nadie tenía ninguna gana de

desnudarse y de meterse en el agua tras él. Con el gélido viento que hacía y

el suelo lleno de hielo, aunque el agua estuviera caliente, entrar sería

mucho más fácil que salir. Por lo tanto, mientras Fang Shixian se revolcaba

en el agua, la gente se limitaba a comentar el procedimiento del ladrón.

—¡Genial! —decían—. ¡Sencillamente genial!

¿Se había olvidado Madre de que estaba desfilando en público? Fuera

cual fuera la respuesta, esta mujer de edad, que había criado a un montón

de hijas y era la suegra de muchos jóvenes renombrados, tiró al suelo su

gorra con orejas de burro y se plantó ante el estanque de un salto.

—¿Cómo podéis quedaros sin hacer nada mientras se ahoga un hombre? —recriminó a la gente.

Entonces le cogió una escoba a un vendedor ambulante que estaba

instalado por ahí cerca, se fue a la orilla del estanque y gritó:

—Oye, sobrino Fang, ¿es que te has vuelto loco? ¡Rápido, agárrate a

esta escoba y te sacaré de ahí!

La salobre agua, aparentemente, había hecho que Fang cambiara de

opinión con respecto a acabar con todo, así que se agarró a la escoba y,
como un pollo desplumado, logró salir del estanque. Tenía los labios
amoratados y los ojos apenas se le movían. Tampoco podía hablar. Madre
se quitó la chaqueta y se la pasó por los hombros, con lo que inmediatamente se convirtió en un personaje cómico. La gente no sabía si
reírse o llorar.
—Ponte los zapatos, joven sobrino —le dijo Madre—, y luego vete a
tu casa corriendo lo más rápido que puedas. Tienes que hacer ejercicio y
sudar mucho si no quieres morir de un catarro.
Desgraciadamente para él, los dedos se le habían congelado y los tenía
rígidos, por lo que no se podía poner los zapatos, así que algunas de las
personas que estaban mirando, conmovidas por la amabilidad de Madre, lo
ayudaron hasta que consiguieron ponerle los zapatos. Después lo
levantaron y lo llevaron al trote. Las piernas, entumecidas, le arrastraban
por el suelo.
Vestida sólo con una fina blusa, Madre se abrazó sus propios hombros
para darse calor mientras contemplaba cómo se llevaban a rastras a Fang
Shixian. Mucha gente le echaba miradas de admiración, pero Jintong no

estaba entre ellos. Fang Shixian, al fin y al cabo, había sido el encargado de
la unidad de seguridad de los granjeros el año anterior. Día tras día, cuando
los miembros de la comuna se marchaban a casa, era él quien se ocupaba
de registrarlos y de inspeccionar sus cestos. Un día, cuando recorría el
camino de vuelta a casa, Madre se había encontrado un ñame en la
carretera, lo había cogido y se lo había guardado en su cesto de paja. Fang
Shixian lo había encontrado y la había acusado de robo. Cuando Madre
negó que la acusación fuera cierta, el hijo de perra la había abofeteado,
haciéndole sangrar la nariz. La sangre le había manchado la solapa de la
camisa, la misma camisa blanca que tenía puesta ahora. ¡Un haragán como
él, que iba pavoneándose por ahí sólo porque lo habían clasificado como
campesino pobre! ¿Por qué no habría dejado que se ahogara? Sus
sentimientos por ella, en aquel momento, se acercaron al asco.
En la puerta del matadero de la comuna, Jintong vio a Zaohua, de pie
frente a un letrero rojo con un lema escrito en letras amarillas, y tuvo la
certeza de que ella había tenido algo que ver con la desgracia de Fang
Shixian. El jovenzuelo probablemente era su aprendiz. Si ella era capaz de

robarle un anillo de diamantes del dedo a la Princesa Mónica,
a pesar de

las fuertes medidas de seguridad que la rodeaban en el
Restaurante del Mar

Amarillo, no podía estar interesada por el uniforme de un
trabajador. No,

aquello había sido una venganza contra el malvado que había
abofeteado a

su abuela. La imagen que Jintong tenía de Zaohua se
transformó de manera

inmediata. Tal como él lo veía, dedicarse al robo era una
desgracia, y lo

había sido desde épocas inmemoriales. Pero ahora consideraba
que lo que

había hecho Zaohua estaba bien. Ser un ladrón vulgar, por
supuesto, no era

nada honroso, pero alguien como Zaohua, una ladrona
inmortal, merecía

las más altas alabanzas. En su opinión, la familia Shangguan
había

levantado otra gloriosa bandera para que ondeara en el viento.

El pequeño jefe de los Guardias Rojos, que estaba enfadado
por lo que

había hecho Madre, cogió un megáfono a pilas, que era un
objeto extraño

en aquella época pero muy apropiado y necesario para las
actividades

revolucionarias y, en el estilo del que había sido jefe de la
redistribución

de la tierra del Concejo de Gaomi del Noreste décadas atrás,
exclamó, con

una voz enfermiza y temblorosa: «Revolucionarios,
camaradas, Guardias

Rojos, camaradas de armas, campesinos pobres inferiores e intermedios:

no os dejéis confundir por la fingida amabilidad de la antigua contrarrevolucionaria Shangguan Lu, que está intentando distraernos de nuestros esfuerzos...».

Este jefe de los Guardias Rojos, Guo Pinggen, era en realidad el hijo

maltratado del excéntrico Guo Jingcheng, un hombre que le había roto una

pierna a su mujer y después le había advertido que no llorara. Cuando la

gente pasaba junto a su casa, solía oír ruidos de golpes y sollozos ahogados

de mujer. Un tal Li Wannian, un hombre de buen corazón, una vez decidió

intentar terminar con todo eso, pero en cuanto abrió la puerta recibió el

impacto de una piedra que fue volando hacia él. Guo Pinggen había

heredado el carácter cruel y despiadado de su padre. Al comienzo de la

Revolución Cultural, le había dado una patada terrible a un profesor que se

llamaba Zhu Wen, destrozándole el hígado.

Cuando terminó su exhortación, se echó el megáfono a la espalda, se

acercó a Madre y le dio una patada en la rodilla, en un lugar bien elegido.

«¡Arrodíllate!», le ordenó. Soltando un alarido de dolor, Madre se hincó de

rodillas. Después la agarró de una oreja y le ordenó: «¡Levántate!».

Acababa de ponerse de pie cuando recibió otra patada que la mandó al suelo de nuevo. Entonces él apoyó un pie sobre su espalda. Administraba todas sus palizas de modo que le dieran un sentido concreto al conocido lema revolucionario «Golpea a todos los enemigos de clase hasta que caigan al suelo, y después súbete encima de ellos».

El fuego de la rabia comenzó a arder en el corazón de Jintong cuando vio a su madre recibiendo golpes; salió corriendo hacia Guo Pinggen con los puños cerrados, pero fue detenido por una siniestra mirada de Guo. Vio dos profundas arrugas que iban desde la boca hasta la barbilla de este líder revolucionario, que era, también, poco más que un niño. Le daban un cierto aspecto de reptil prehistórico. Jintong relajó los puños, en un gesto instintivo. Le dio un vuelco el corazón y estaba a punto de preguntarle a Guo qué se creía que estaba haciendo cuando el joven Guardia Rojo levantó una mano; la pregunta de Jintong se convirtió en un lamento:

—Madre...

Entonces cayó de rodillas al lado de su madre, quien alzó la cabeza con dificultad y lo miró.

—¡Levántate, inútil hijo mío!

Jintong se puso en pie mientras Guo Pinggen les hacía una señal a los

Guardias Rojos para que con sus palos, sus gongs y sus tambores rodearan

a los Demonios-Bueyes y a los Espíritus-Serpientes y recomenzaran el

desfile por el mercado. Volvió a coger su megáfono para exhortar al

público del mercado a que gritara los lemas con él; el efecto que en la

gente tenía su voz, extrañamente alterada, era como si le estuviera dando

veneno. Fruncían el ceño, pero nadie respondió a su llamada.

Mientras tanto, Jintong estaba ahí de pie, sumido en sus fantasías. Era

un día soleado. Armado con la legendaria espada de la Fuente del Dragón,

hizo que arrastrasen a Guo Pinggen, Zhang Pingtuan, Fang el Ratonil, Perro

Liu, Wu Wunyu, Wei Yangjiao y Guo Qiusheng al escenario. Allí, él los

obligó a ponerse de rodillas y a mirar de frente la brillante punta de su

espada.

—¡Vuelve ahí, pequeño bastardo! —ladró uno de los pequeños generales de los Guardias Rojos dándole un puñetazo a Jintong en el

vientre—. ¡Ni se te ocurra pensar en escaparte!

La fantasía de Jintong le había llenado los ojos de lágrimas, pero el

puño en el estómago lo trajo de vuelta a la realidad, que le pareció peor que

nunca. El camino que se abría ante él estaba cubierto de una niebla impenetrable, pero en ese momento se produjo una disputa entre la facción de Guoping y el Regimiento Rebelde del Mono de Oro, bajo el liderazgo de Wu Yunyu, y lo que había comenzado como una batalla dialéctica pronto condujo a los empujones y, finalmente, a la guerra.

Wu Yunyu empezó con una patada, que Guo respondió con un puñetazo. Después arremetieron el uno contra el otro. Guo le quitó a Wu la gorra, que era algo muypreciado para él, y le arañó la cabeza sarnosa hasta sacarle sangre. Wu le metió los dedos a Guo en la boca y tiró con todas sus fuerzas, haciéndole una raja junto a la comisura de los labios. En cuanto las facciones de los Guardias Rojos se dieron cuenta de lo que estaba pasando, la cosa se convirtió en una guerra de pandillas y en un abrir y cerrar de ojos las estacas surcaban el aire y los ladrillos volaban de un lado para el otro; los participantes en la pelea, llenos de sangre, estaban decididos a luchar hasta la muerte. El subordinado de Wu Yunyu, Wei Yangjiao, apuñaló a dos de los combatientes en el vientre con la punta de acero de su lanza, adornada con borlas rojas. De las heridas rezumaba la sangre y una materia

pegajosa y grisácea. Guo Pinggen y Wu Yunyu retrocedieron para poder dirigir a sus tropas durante el combate. En aquel momento, Jintong vio a la joven con la cara tapada por un velo, en quien había reconocido a Zaohua, pasando al lado de Guo Pinggen. Pareció que le cepillaba la cara con la mano al pasar, pero al cabo de un momento él soltó un fuerte lamento agonizante y Jintong vio que le había aparecido un tajo en el rostro, como si le hubiera salido una segunda boca. La sangre salía de la herida a borbotones; era una visión terrorífica. Se dio la vuelta y salió corriendo en dirección a la clínica de la comuna. En aquel momento eso era lo único que le importaba. Al ver que la batalla se había vuelto mortal y que podrían acabar cubiertos de sangre, los vendedores ambulantes empaquetaron sus cosas y desaparecieron por las múltiples callejuelas adyacentes. Uno de los dos combatientes con heridas en el vientre murió de camino a la clínica, y al otro le hizo falta una transfusión de sangre para quedar fuera de peligro. La sangre procedía de las venas de los Demonios-Bueyes y los Espíritus-Serpientes. Cuando recibió el alta de la clínica, en

ninguna unidad de los Guardias Rojos quisieron saber nada de él, ya que su

sangre de campesino pobre ya no era pura; ahora, la sangre de los

enemigos de clase —los terratenientes, los campesinos ricos y los

contrarrevolucionarios históricos— corría por sus venas.

Según Wu

Yunyu, Wang Jinzhi se había convertido en un enemigo de clase, como un

árbol frutal al que le hubieran hecho un injerto, y poseía los cinco males.

El pobre Wang había sido miembro de la combativa unidad de propaganda

de la Facción del Viento y el Trueno. Incapaz de soportar la soledad,

decidió formar su propia facción, el Equipo de Lucha del Unicornio, y

dotarlo de un sello, una bandera y unos brazaletes oficiales. Incluso les

pidió a los encargados del sistema de comunicación con el público de la

comuna que le dejaran cinco minutos de su tiempo de emisión en antena.

Él mismo elegía los temas y las noticias que daba, y se dedicaba a contar

desde los progresos de la facción del Unicornio hasta anécdotas históricas

relacionadas con Dalan, cotilleos interesantes, escándalos sexuales, asuntos

de interés general, etcétera. El programa se emitía tres veces por día, por la

mañana, a mediodía y por la noche. Antes de que comenzaran las

emisiones, los representantes de las distintas facciones se sentaban, por

orden, en un banco, esperando su turno. El Unicornio recibió el último

espacio del día, así que cuando pasaban sus cinco minutos ponían *La*

Internacional y así concluía la programación de la jornada.

En esa época, en la que no había radionovelas ni programas de música, el espacio de cinco minutos del Unicornio servía de entretenimiento para los ciudadanos del Concejo de Gaomi del Noreste.

Mientras alimentaban a sus cerdos, estaban sentados a la mesa o

descansaban tumbados en la cama, la gente levantaba las orejas, llena de

expectativas. Una noche, el locutor del Unicornio dijo: «Campesinos

pobres de nivel bajo y medio, camaradas de armas de la Revolución, según

fuentes bien informadas, la persona que en una ocasión atacó al antiguo

dirigente de la Facción del Viento y el Trueno, Guo Pinggen, haciéndole un

profundo tajo en la cara, fue la infame ladrona Sha Zaohua. La ladrona Sha

es la hija del traidor Sha Yueliang, quien campó por sus respetos durante

años en el Concejo de Gaomi del Noreste, y de Shangguan Laidi, quien

asesinó a un servidor público y fue ejecutada por su delito. En su juventud,

la ladrona Sha conoció a un extraño hombre en la Montaña del Sudeste de

Lao, quien le enseñó artes marciales. Es capaz de volar sobre los aleros y

de trepar por las paredes, y es una maestra prestidigitadora capaz de vaciar

un bolsillo o de hacerse con un bolso en las mismas narices de su dueño,

que nunca se dará cuenta de lo que ha pasado. Según mis fuentes, dignas de

todo crédito, la ladrona Sha llegó subrepticamente al Concejo de Gaomi

del Noreste hace tres meses y ya ha establecido contactos en cada una de

sus aldeas y en cada uno de sus caseríos. Mediante el uso de la intimidación y la coerción, ha reclutado a un amplio número de

subordinados que la mantienen informada de todo lo que sucede y

funcionan como un pequeño ejército de espías. El jovenzuelo que le quitó

la gorra de piel de perro al campesino pobre Fang Shixian en el mercado de

Dalan era uno de los cómplices de la ladrona Sha. La ladrona Sha ha

ejercido su malévolo oficio en grandes ciudades. Tiene muchos alias, pero

el que se oye con más frecuencia es Golondrina Sha. El objetivo de su

furtivo retorno a Gaomi del Norte es vengar las muertes de su padre y de su

madre, y el tajo que le hizo a Guo Pinggen en la mejilla sería el primer paso

de todas las represalias de clase que está dispuesta a tomar. Se espera que

en los próximos días haya incidentes incluso más crueles y terribles. Se ha

informado de que una de las herramientas que emplea es una moneda de

bronce que colocó en una vía de tren cuando iba a pasar una locomotora. Es

más fina que el papel, y tan afilada que puede cortar un pelo por la mitad.

Cuando corta piel, la herida tarda diez minutos en comenzar a sangrar y la

víctima no siente ningún dolor hasta que han pasado veinte. La ladrona Sha

esconde esta arma entre los dedos; con un movimiento tan veloz que pasa

desapercibido, puede cortarle la arteria carótida a un hombre, causándole la

muerte de forma instantánea. Las habilidades de la ladrona Sha no tienen

parangón. Cuando estaba estudiando con su maestro, introducía diez

monedas en un cazo lleno de aceite hirviendo y después metía los dedos

desnudos y las iba sacando, una tras otra, sin quemarse ni un poco. Sus

movimientos son tan rápidos y tan precisos que apenas se pueden ver.

Camaradas de armas de la Revolución, campesinos pobres de nivel bajo y

medio, los enemigos que empleaban pistolas han sido eliminados, pero los

que emplean monedas siguen entre nosotros, y es seguro que nos van a combatir con diez veces más mentiras y cien veces más frenesí». *¡Se acabó el tiempo, se acabó el tiempo!* Eso es lo que los oyentes escucharon, repentinamente, en la emisora pública. «Ya casi he terminado, ya casi he terminado». *No, eso ha sido todo. ¡El Unicornio no puede continuar mientras suena La Internacional!* «¿No podríamos continuar un poquito más?». Pero la melodía de *La Internacional* empezó a sonar de forma abrupta.

A la mañana siguiente, a través de la misma emisora pública, el programa del Regimiento Rebelde del Mono de Oro rechazó con todo lujo de detalles la leyenda de Sha Zaohua propagada por el Unicornio y después le atribuyó a esta facción todos los delitos. Las organizaciones de masas emitieron una declaración conjunta retirándole al Unicornio sus privilegios de emisión y ordenándoles a los dirigentes de esta facción que la dismantelaran en menos de cuarenta y ocho horas y que destruyeran el sello oficial y todos los materiales de propaganda.

A pesar de que el Regimiento Rebelde del Mono de Oro desmintió la

existencia de una súperladrona llamada Sha Zaohua, le ordenaron a una

serie de agentes secretos y centinelas que observaran a la familia

Shangguan. No fue hasta la primavera siguiente, durante el Festival de

Qingming, cuando una furgoneta de la policía del Departamento de

Seguridad del Condado vino a llevarse a Jintong, que Wu Yunyu, quien

para entonces había ascendido a la posición de presidente del Comité

Revolucionario de Dalan, liberó de sus tareas a los agentes y a los

centinelas, que simulaban ser reparadores de *woks*, afiladores de cuchillos

y zapateros.

Cuando estaban vaciando y limpiando la Granja del Río de los

Dragones, se descubrió un diario que había escrito Qiao Qisha. En él había

dejado un detallado testimonio de la ilícita relación que habían tenido

Shangguan Jintong y Long Qingping. El resultado de esto fue que el

Departamento de Seguridad del Condado hizo arrestar a Jintong acusado de

asesinato y necrofilia y, antes incluso de que comenzara la investigación,

lo condenó a quince años de prisión, que tendría que comenzar a cumplir

en un campo de reforma mediante el trabajo que estaba a la orilla del Mar

Amarillo.

Capítulo 7

I

Era la primera primavera de los años ochenta. Jintong, tras cumplir su condena, estaba sentado en un rincón apartado de la sala de espera de una estación de autobuses, sintiéndose avergonzado y confundido mientras esperaba el autobús que lo llevaría a Dalan, la capital del Concejo de Gaomi del Noreste.

Los quince largos años que habían pasado le parecían verdaderamente un mal sueño. Estuvo intentando recordar hasta que le empezó a doler la cabeza, pero lo único que logró conjurar fueron fragmentos de su memoria, todos ligados a una luz brillante que le aguijoneaba los ojos como pedazos de cristal incrustados en barro. Se acordó del primer momento en que le pusieron las esposas en las muñecas y del reflejo de luz que le abrasó los ojos justo antes de que la oscuridad lo envolviera y escuchara los gritos de su madre en la distancia: «¿Con qué derecho arrestáis a mi hijo? Mi hijo es un hombre bueno que nunca le ha hecho daño a nadie...». Y después se acordó de los días que pasó aterrorizado en el calabozo esperando que se dictara su sentencia, y de cómo cada noche, en la tenue luz de su celda, se

había visto obligado a practicar sexo oral con el barbudo
guardián... y se
acordó del calor insoportable que azotaba el campo de trabajo,
ese desierto
de sal, y de la luz cegadora que allí había. Los guardianes
llevaban gafas de
sol, cosa que a los presos no se les permitía. En cualquier
dirección que
mirara, la luz salina, viciada, cegadora, arrancaba lágrimas de
los ojos que
estaban expuestos al aire salado... Después se acordó de
algunas escenas
recogiendo leña en el espantoso frío del invierno, cuando la
luz del sol
chisporroteaba sobre el suelo cubierto de nieve y refulgía en
los cañones de
las escopetas de los guardianes. El ensordecedor sonido de los
disparos de
escopeta lo hizo enderezarse, y entonces miró en dirección al
sol y vio una
figura deslumbrantemente oscura que se tambaleaba y caía al
suelo.
Después se enteró de que se trataba de un preso que había
intentado
escaparse, con el resultado de que uno de los guardianes le
había pegado un
tiro... Entonces sus pensamientos lo llevaron a un verano en el
que los
estallidos de los relámpagos del tamaño de pelotas de
baloncesto habían
iluminado el cielo, por encima de los campos. Aterrorizado,
cayó de

rodillas. «Padre Celestial —rezó—, perdóname. No he hecho nada malo.

Por favor, no me lances un rayo... Déjame seguir viviendo... Déjame que

sobreviva a mi condena y recupere la libertad... Quiero ver a mi madre una

vez más...». El estallido de otro trueno hizo temblar el cielo, y cuando

volvió en sí vio una cabra tirada a su lado, muerta por el impacto de un

rayo. El olor de la carne quemada se cernía en el aire...

Fuera, justo antes del amanecer, el cielo seguía oscuro. La docena de

bombillas que colgaban en la sala de espera no tenía más función que la

decorativa; la poca luz que había en el interior procedía de un par de

lámparas de pared de pocos vatios. Los diez bancos, más o menos, que

había ahí estaban monopolizados por jóvenes muy a la moda que yacían

roncando y hablando en sueños; uno de ellos tenía las rodillas dobladas y

las piernas cruzadas y sus pantalones de pata de elefante parecían estar

hechos de planchas metálicas. La brumosa luz del sol a primera hora de la

mañana se fue filtrando gradualmente por la ventana e iluminando el lugar,

y Jintong, a medida que examinaba la ropa de los durmientes que había a

su alrededor, se dio cuenta de que había vuelto al mundo en una época

nueva. A pesar de los escupitajos, de los mugrientos trozos de papel e

incluso de las ocasionales manchas de orina, pudo ver que el suelo estaba

construido con un magnífico mármol. Y a pesar de que las paredes servían

para que descansaran un montón de moscas negras, gordas pero cansadas,

se veía que el dibujo del papel que las cubría era brillante y atractivo. Para

Jintong, que acababa de salir de una cabaña de adobe de un campo para

reformular a la gente a través del trabajo, todo lo que había alrededor era

fresco y nuevo, completamente extraño, y esto hacía que su desasosiego se

volviera más profundo.

Finalmente el sol del amanecer iluminó la hedionda sala de espera y

los pasajeros comenzaron a moverse. Un joven con la cara llena de granos

y el pelo todo despeinado se incorporó en su banco, se rascó los pies y los

dedos gordos, cerró los ojos mientras sacaba un cigarrillo con filtro muy

espachurrado y se lo encendió con un mechero de plástico. Tras darle una

profunda calada, carraspeó y escupió un montón de flema en el suelo.

Después metió lentamente los pies en los zapatos y pisoteó la viscosidad

que había echado. Se volvió hacia la mujer que estaba tumbada a su lado y

le dio unas palmaditas en la espalda. Ella gimió seductoramente mientras se desperezaba. «El autobús ya está aquí», dijo él, en un tono de voz más alto de lo necesario. Ella se incorporó con lentitud, se frotó los ojos con las manos enrojecidas y bostezó grandiosamente. Cuando por fin se dio cuenta de que su acompañante la había engañado, le dio unos cuantos puñetazos en broma y bostezó una vez más antes de volver a estirarse sobre el banco.

Jintong estudió la cara regordeta de la joven, su nariz pequeña y grasienta y la blanca y arrugada piel de su vientre, que asomaba por debajo de su camiseta rosa. Con un gesto impertinente, el hombre deslizó la mano izquierda, en la que llevaba un reloj digital, por debajo de la blusa de ella y le acarició el pecho plano, despertando en Jintong un sentimiento que hacía mucho tiempo que había quedado atrás y que le mordió el corazón como un gusano de seda que se da un banquete de hojas de morera. Por primera vez, al menos aparentemente, se le ocurrió esta idea: ¡Dios mío, tengo cuarenta y dos años! Un hombre de mediana edad que nunca tuvo la oportunidad de crecer. Las muestras de afecto del joven hicieron que a este observador

secreto se le pusieran rojas las mejillas; entonces miró en otra dirección.

La implacable naturaleza del paso del tiempo tendió una capa de profunda

tristeza sobre su estado de ánimo, ya de por sí sombrío, y sus pensamientos

se dispararon salvajemente. He vivido en el mundo cuarenta y dos años, y

¿qué es lo que he conseguido? El pasado es como un camino lleno de

neblina que conduce a las profundidades de un desierto; a su espalda, uno

solamente puede ver unos pocos pasos, y delante nada más que niebla. Ya

ha pasado más de la mitad de mi vida. Mi pasado está completamente

desprovisto de gloria, mi pasado es sórdido, me da asco incluso a mí. La

segunda mitad de mi vida comenzó el día que me dejaron en libertad. ¿Qué

es lo que me espera?

En ese momento vio un mural hecho con cristales y porcelana en la

pared de enfrente de la sala de espera: un musculoso hombre, tapado con

una hoja de higuera, abrazaba a una mujer que tenía los pechos descubiertos y llevaba una larga coleta. Las miradas de vehemente deseo

que distinguió en las caras de la joven pareja —medio humana, medio

inmortal— hicieron que sintiera un triste vacío en su corazón. Había

experimentado esa sensación antes, infinidad de veces,
recostado en el
suelo, en el campo de reforma mediante el trabajo del Mar
Amarillo, y
mirando el vasto cielo azul. Cuando su rebaño de ovejas
pastaba a lo lejos,
Jintong solía mirar al cielo, sin alejarse mucho de la fila de
banderas rojas
que señalaba el límite de la zona donde podían estar los
reclusos,
patrullada por guardianes montados y armados que iban
siempre
acompañados por perros mestizos, vástagos de los perros
militares que
habían pertenecido a los antiguos soldados y de los chuchos
locales, que
interrumpían sus perezosas rondas poniéndose a ladrarles
inútilmente a las
espumosas olas del mar que rompían justo al otro lado del
dique.
Durante la decimocuarta primavera de su reclusión, conoció a
uno de
los hombres que había sido encarcelado por intentar asesinar a
su mujer, un
tipo con gafas llamado Zhao Jiading. Era un hombre educado;
había sido
profesor en una Facultad de Derecho y Ciencias Políticas antes
de que lo
arrestaran. Sin ahorrarse ni un solo detalle, le relató a Jintong
cómo había
planeado envenenar a su esposa. Su plan, perfectamente
organizado, era

una obra de arte, y pese a ello su mujer había sobrevivido.
Jintong le

correspondió contándole detalladamente su caso. Cuando
terminó, Zhao

dijo, emocionado:

—Hermosa historia, es pura poesía. Lástima que nuestras
leyes no

toleren la poesía. Bueno, si en su momento yo hubiera... No,
olvidalo. ¡Es

una estupidez! Te han impuesto una condena demasiado dura.
Pero en fin,

ya has cumplido catorce de tus quince años, así que ahora no
tiene sentido

lamentarse por ello.

Cuando el director del campo de reforma a través del trabajo
proclamó que ya había llegado el momento de que recuperara
la libertad y

que podía irse a casa, lo que sintió fue que le dejaban
abandonado. Con

lágrimas en los ojos, suplicó:

—¿No puedo quedarme aquí el resto de mi vida, señor?

El oficial que le había dado la noticia lo miró con incredulidad
y

sacudió la cabeza.

—¿Y por qué ibas a querer hacer eso?

—Porque no sé cómo voy a sobrevivir ahí afuera. Soy un
inútil, soy

peor que un inútil. El oficial le ofreció un cigarrillo y le dio
fuego.

—Vamos —le dijo, dándole una palmadita en el hombro—, el
mundo

de ahí afuera es mejor que el de aquí.

Como nunca había aprendido a fumar, le dio una profunda calada al cigarrillo y casi se muere de asfixia. Las lágrimas le salían de los ojos a borbotones.

Una mujer con cara de sueño, vestida con un uniforme azul y un sombrero, pasó a su lado, barriendo indolentemente las colillas y las mondas de frutas que había en el suelo. La expresión de su rostro mostraba cuánto odiaba su trabajo. Se dedicaba a empujar suavemente a la gente que dormía en el suelo con el pie o con la escoba. «¡Arriba! —les gritaba—, ¡levántate!», mientras pasaba la escoba por los charcos llenos de pis y lo empujaba hacia ellos. Sus gritos y sus empujones los obligaban a sentarse o a ponerse de pie. Los que se ponían de pie se estiraban, bostezando, y los que se quedaban sentados en el suelo acababan recibiendo algún impacto de su recogedor o de su escoba, y entonces también tenían que levantarse de un salto.

Y en cuanto lo hacían, ella barría el periódico sobre el que se habían acostado y se lo llevaba con el recogedor. Jintong, que estaba acurrucado en un rincón, no logró librarse de sus diatribas. «¡Apártate! —le ordenó—.

¿Es que estás ciego?». Empleando la actitud vigilante que había

desarrollado durante los quince años que había estado en el campo, se echó

a un lado de un salto y vio cómo ella señalaba, enfadada, a su bolsa de

viaje de lona. «¿De quién es eso? —bramó—. ¡Quítalo de ahí!». Él recogió

la bolsa que contenía todas sus propiedades y no la volvió a dejar en el

suelo hasta que ella hubo pasado la escoba por esa zona una o dos veces.

Después, volvió a sentarse.

En el suelo, enfrente de él, había un montón de basura. La mujer echó

el contenido de su recogedor en el montón y después se dio la vuelta y se

marchó. Todas las moscas que estaban instaladas en la basura y que ella

molestó zumbaron unos instantes en el aire antes de volver a posarse.

Jintong levantó la mirada y vio una serie de puertas a lo largo de la pared

donde estaban aparcados los autobuses. Encima de cada una de ellas había

un cartel con un número de ruta y un destino. La gente hacía cola detrás de

algunas de las vallas metálicas, esperando que les picaran sus billetes.

Cuando localizó la puerta que daba al autobús número 831, con destino

Dalan y la Granja del Río de los Dragones, una docena de personas, más o

menos, ya estaba haciendo cola. Algunos fumaban, otros charlaban y aún

otros estaban sentados, en silencio, sobre su equipaje. Al observar su

billete con atención, se dio cuenta de que la hora de embarque era a las

7:30, pero el reloj de la pared indicaba que ya eran las 8:10. Sintió cómo le

atravesaba el pánico mientras se preguntaba si su autobús ya habría

abandonado la estación. Con su bolsa de viaje hecha jirones en la mano, se

apresuró a ponerse a la cola, detrás de un hombre de rostro inexpresivo que

llevaba una bolsa de cuero negro, y le echó una mirada furtiva a la gente

que guardaba cola delante de él. Por algún motivo todos le resultaban

familiares, pero no era capaz de recordar el nombre de ninguno de ellos. A

su vez, ellos parecían observarlo; algunos tenían pinta de estar sorprendidos, y otros de sentir simplemente curiosidad. Ahora no sabía qué

hacer. Deseaba ver una cara amiga, una cara que perteneciera a su hogar,

pero tenía miedo de que lo reconocieran, y sintió que las palmas de la

mano se le ponían pegajosas.

—Camarada —le dijo, tartamudeando, al hombre que iba delante de él

—, ¿este es el autobús que va a Dalan?

El hombre le miró de arriba a abajo del mismo modo que hacían los

oficiales del campo, cosa que lo puso ansioso como una hormiga en una sartén caliente. En su interior Jintong se veía a sí mismo como un camello en medio de un rebaño de ovejas, un bicho raro; y si él tenía esa imagen, ¡cuál no tendrían los demás! La noche anterior, cuando se había contemplado en el espejo empañado que había en la pared de un mugriento baño público, lo que le había devuelto la mirada era una cabeza exageradamente grande cubierta de un finísimo pelo que no era ni rojo ni amarillo. Tenía la cara llena de manchas, como la piel de un sapo, y surcada por profundas arrugas. Su nariz era de color rojo brillante, como si alguien se la hubiera pellizcado, y una barba de tres días crecía alrededor de sus labios regordetes. Al darse cuenta de que los ojos del hombre le estaban escrutando, se sintió envilecido, degradado y sucio. El sudor de las palmas de sus manos ya le había humedecido los dedos. El hombre respondió a su pregunta limitándose a señalar con la boca hacia el letrero rojo del cartel que había sobre la puerta. Entonces apareció un carrito de cuatro ruedas empujado por una mujer gorda vestida con un uniforme blanco.

—Rollitos rellenos —ofreció con una voz aguda e infantil—.
¡Rollitos

de cerdo caliente y cebolletas, recién sacados del horno!

Su rostro, enrojecido y grasiento, tenía un brillo saludable. En
el pelo

se había hecho la permanente y tenía infinidad de ricitos, como
los que las

pequeñas ovejas australianas que Jintong había pastoreado
tenían en el

lomo. Sus manos parecían rollitos recién sacados del horno, y
sus dedos

rechonchos eran como salchichas.

—¿Cuánto cuesta medio kilo? —le preguntó un tipo que
llevaba una

chaqueta con cremallera.

—No los vendo al peso —dijo ella.

—Bueno, pues ¿cuánto cuesta uno?

—Veinticinco fen.

—Deme diez.

Ella quitó la tela que los cubría, que alguna vez había sido
blanca pero

ahora estaba casi completamente negra, cogió un trozo de un
periódico que

colgaba a uno de los lados del carrito y cogió diez rollitos con
unas pinzas.

El cliente sacó un fajo de billetes y se puso a buscar alguno
pequeño para

pagarle; en ese momento, todas las miradas de la gente se
dirigieron a sus

manos.

—¡Los campesinos de Gaomi del Noreste se lo han montado
bien

estos últimos dos años! —dijo con envidia un hombre que llevaba un

maletín de cuero negro.

Chaqueta con Cremallera dejó de devorar un rollito durante unos

instantes y le contestó:

—¿Esa cara que pones es de avidez, viejo Huang? Si es así, vete a

casa, rompe ese cuenco de arroz de hierro que tienes y vente conmigo a

vender pescado.

—¿Qué tiene de especial el dinero? —dijo Maletín de Cuero—. A mí

me parece que es como un tigre que baja de las montañas, y no me apetece

nada que me muerda.

—¿Y por qué te preocupas por cosas como esa? —le dijo Chaqueta

con Cremallera—. Los perros muerden a la gente, los gatos también, e

incluso los conejos, si se asustan. Pero nunca he oído decir que el dinero

mordiera a nadie.

—Eres demasiado joven para comprenderlo —dijo Maletín de Cuero.

—No empieces con ese rollo de tío anciano y sabio, viejo Huang. Y

deja de abofetearte la cara para que se te hinchen las mejillas. Fue el jefe

de tu concejo el que proclamó que los campesinos tenían derecho a meterse

en negocios y hacerse todo lo ricos que pudieran.

—No te dejes llevar de esa manera, jovencito —dijo Maletín de Cuero

—. El Partido Comunista no olvidará su propia historia, así que te

recomiendo que tengas cuidado.

—¿Cuidado con qué?

—Con una segunda serie de reformas agrarias —dijo enfáticamente

Maletín de Cuero.

—Adelante, llevad a cabo vuestra reforma —le contestó Chaqueta con

Cremallera—. Todo lo que gano me lo gasto en mí mismo, en comer, en

beber y en pasármelo bien, ya que la verdadera reforma es imposible. ¡No

me verás llevando la vida que llevaba el tonto de mi anciano abuelo!

Trabajó como un perro, deseando no tener que comer ni que cagar para

poder ahorrar lo suficiente como para comprarse unas pocas hectáreas de

tierra improductiva. Después llegó la reforma agraria y ¡chas! , lo

clasificaron como terrateniente, lo llevaron al puente y vuestra gente le

pegó un balazo en la cabeza. Bueno, yo no soy mi abuelo. Yo no pienso

ahorrar nada de dinero, me lo voy a comer todo. Y después, cuando se lleve

a cabo vuestra segunda serie de reformas agrarias, seguiré siendo un

auténtico campesino pobre.

—¿Hace cuánto le quitaron a tu padre la etiqueta de terrateniente, Jin

Zhuzi? —preguntó Maletín de Cuero—. ¡Y aquí estás tú, fanfarroneando!

—Huang —dijo Chaqueta con Cremallera—, eres como un sapo que

intenta detener un carromato: te sobrestimas. ¡Vete a casa y ahórcate! ¿Te

crees que puedes inmiscuirte en las políticas gubernamentales? Lo dudo

mucho.

Justo en ese momento, un pordiosero vestido con un abrigo hecho

jirones y atado con un cable de electricidad de color rojo se acercó a ellos;

llevaba en la mano un cuenco todo descascarillado en el que había una

docena de monedas, más o menos, y unos pocos billetes inmundos. Con la

mano temblorosa, le acercó el cuenco a Maletín de Cuero.

—Hermano mayor, ¿tienes algo para mí? ¿Me puedes dar algo para

comprar un rollito relleno?

El hombre retrocedió.

—¡Apártate de mí! —le dijo, muy enfadado—. Ni siquiera he terminado de desayunar.

El pordiosero le echó una mirada a Jintong, y este notó la expresión de

desprecio en sus ojos. Se dio la vuelta para ver a quién más le podía

mendigar. La depresión de Jintong se agravó. ¡Incluso un pordiosero te

rehúye, Jintong! El pordiosero se dirigió al tipo de la chaqueta con cremallera.

—Hermano mayor, apiádate de mí con unas pocas monedas, o quizá con un rollito relleno...

—¿Cómo está clasificada tu familia? —le preguntó Chaqueta con Cremallera.

—Campesinos pobres —contestó el pordiosero tras una breve pausa

—. Desde hace ocho generaciones.

Chaqueta con Cremallera soltó una carcajada.

—¡Ir al rescate de los campesinos pobres es mi especialidad!

Entonces metió en el cuenco los dos rollitos rellenos que le quedaban,

envueltos en el periódico grasiento. El pordiosero se metió ansiosamente

uno en la boca, y el periódico grasiento se le quedó pegado a la barbilla.

De repente se armó un alboroto en la sala de espera. Una docena, más

o menos, de revisores vestidos con uniformes y gorras azules, evidentemente hastiados, surgió de su oficina con perforadoras para los

billetes. El frío brillo de sus ojos mostraba su asco por los pasajeros que

estaban esperando. Tras ellos, un montón de gente se arremolinaba

empujándose unos a otros, tratando de abrirse paso hacia las puertas de

embarque. Un hombre con un megáfono a pilas se colocó en el pasillo y

bramó:

—¡Pónganse a la cola! ¡Formen colas! No vamos a empezar a picar

los billetes hasta que no hayan formado unas colas bien ordenadas. Todos

los empleados, que escuchen bien: ¡Hasta que no formen colas, no picamos

los billetes!

A pesar de todo, la gente se arremolinó en torno a los encargados de

picar los billetes. Los niños comenzaron a llorar y una mujer muy morena

de cara, que tenía un niño pequeño en los brazos, una bebita a la espalda y

un par de gallos en la mano maldijo en voz alta a un hombre que la estaba

empujando. Sin hacerle ningún caso, él levantó una caja de cartón llena de

bombillas por encima de su cabeza y siguió intentando abrirse paso hacia

adelante. La mujer le dio un golpe en la espalda, pero él se limitó a darse la

vuelta para mirarla.

A Jintong lo empujaron tanto hacia atrás que acabó el último de la

fila. Reuniendo el poco valor que le quedaba, aferró fuertemente su bolsa y

se lanzó hacia adelante, pero en cuanto acababa de empezar a avanzar, un

codo huesudo se le clavó en el pecho; viendo las estrellas y soltando un

gemido, se desplomó contra el suelo.

—¡Pónganse a la cola! ¡Formen colas! —bramaba el hombre del

megáfono una y otra vez—. ¡Hasta que no formen colas, no picamos los

billetes!

La encargada de picar los billetes del autobús con destino Dalan, una

chica que tenía todos los dientes torcidos, se abrió paso entre la gente con

la ayuda de su sujetapapeles y de su perforadora. Llevaba la gorra ladeada,

por lo que su pelo negro caía hacia abajo formando cascadas. Muy

enfadada, se puso a dar patadas al suelo mientras gritaba:

—Vamos, apártense. Si no, van a recibir un montón de pisotones.

Entonces se volvió, enfurecida, a su oficina. En ese momento, las dos

manecillas del reloj se juntaron en el número 9.

La pasión de la gente se enfrió en cuanto la encargada de picar los

billetes se declaró en huelga. Jintong se quedó al margen de la gente,

regodeándose en secreto por el rumbo que habían tomado los acontecimientos. Sentía cierta simpatía por la encargada de picar los

billetes, pues la veía como una protectora de los débiles. Para entonces, las

demás puertas ya se habían abierto y los pasajeros intentaban abrirse paso

a empujones por el estrecho pasillo que quedaba entre dos
barricadas,
como una vía fluvial obligada a circular entre bancos de arena.
Un hombre joven, musculoso, bien vestido y de estatura media
se
acercó portando una caja en la que había un par de extraños
papagayos
blancos. Sus ojos, de color negro azabache, le llamaron la
atención a
Jintong, y los papagayos blancos enjaulados le recordaron a
los papagayos
que volaban haciendo círculos por encima del hijo de Hombre-
pájaro Han
y Laidi, decenios atrás, durante su primer viaje a casa desde la
Granja del
Río de los Dragones. ¿Sería él? A medida que Jintong lo
observaba
minuciosamente, la fría pasión de Laidi y la resuelta inocencia
de Hombre-
pájaro Han empezaron a asomarse a la cara del hombre.
Jintong,
sorprendido, soltó un suspiro. ¡Qué grande está! El niño
moreno que él
había conocido en la cuna se había convertido en un hombre.
Ese
pensamiento hizo que tomara conciencia de su propia edad, e
inmediatamente se sintió un hombre en decadencia y se dio
cuenta de que
ya no estaba en la flor de la vida. Una inmensa apatía y una
fuerte
sensación de vacío lo invadieron, y se vio a sí mismo como
una hoja de

hierba seca y mustia, cuyas raíces se hunden en una tierra estéril, que ha

nacido en silencio, ha crecido en silencio y ahora está muriendo en

silencio.

El joven de los papagayos se acercó a la puerta donde picaban los

billetes para echar un vistazo. Varios de los pasajeros le saludaron, y él les

respondió de forma chulesca antes de bajar la vista para mirar el reloj.

—Papagayo Han —gritó alguien entre el gentío—. Tú tienes buenos

contactos y se te da muy bien hablarle a la gente. Ve a decirle a esa joven

que vuelva.

—No os ha querido picar los billetes porque yo no había llegado.

—¡Deja de fanfarronear! Te creeremos cuando consigas que venga.

—Bueno, ahora poneos todos en fila. ¡Y dejad de empujaros! ¿Para

qué empujáis? ¡Poneos en fila! ¡He dicho que os pongáis en fila!

Los organizó, medio en broma, obligándolos a formar una cola ordenada que llegaba hasta los bancos de la sala de espera.

—Si veo que alguien da un empujón o se sale de la cola, bueno, voy a

coger a su madre y... ¿me habéis entendido? —Hizo un gesto obsceno—.

Además, todo el mundo va a poder subirse, antes o después. Y si alguien no

cabe dentro, se podrá montar arriba, donde va el equipaje, a disfrutar del

aire fresco y de las magníficas vistas. A mí no me importaría ir sentado ahí

arriba. Bueno, ahora esperad aquí mientras yo voy a buscar a esa chica.

Cumplió su palabra; ella salió de la oficina, todavía enfadada pero con

Papagayo Han a su lado acribillándola con su labia.

—Querida tía, no vale la pena enfadarse con gente de esta calaña.

Son la escoria de la sociedad, son gamberros y zorrillas, los melones

contrahechos y las peras ácidas, los gatos muertos y los perros podridos, la

pasta de gambas en mal estado. Eso es lo que son todos estos. Si te pones a

pelear con ellos, lo único que consigues es rebajarte a su nivel. O, todavía

peor, el enfado puede hacerte engordar un montón, y al pobre tío eso no le

gustaría nada, ¿verdad?

—¡Cállate ya, papagayo asqueroso! —le dijo ella, dándole un golpe en

el hombro con su perforadora de billetes—. ¡Nunca vas a pasar por mudo!

¿eh?

Papagayo Han hizo una mueca.

—Tía —le dijo—, tengo un par de hermosos pájaros para ti. Sólo

tienes que decirme cuándo quieres que te los traiga.

—¡Qué manera de hablar! ¡Eres como una tetera sin fondo!
¿Dices

que tienes unos pájaros hermosos? ¡Ja! ¡Llevas
prometiéndomelos como

un año, y todavía no he visto ni una pluma!

—Esta vez lo digo en serio. Te voy a enseñar un pájaro de
verdad,

para variar.

—Si tuvieras corazón, dejarías de hablar tanto de esos
hermosos

pájaros y me regalarías esta pareja de papagayos blancos.

—No puedo darte estos —dijo—. Estos son para cruzarlos.
Acaban de

llegar de Australia. Pero si lo que quieres son papagayos
blancos, el año

que viene te daré una pareja. ¡Te lo prometo, y si no lo hago,
no soy tu

Papagayo Han!

Cuando se abrió la estrecha puerta, la gente inmediatamente
intentó

meterse como pudo. Papagayo Han, con la jaula en la mano, se
quedó al

lado de la encargada de picar los billetes.

—Ya lo ves, tía —dijo—. ¿Cómo se puede discutir que los
chinos son

gente de calidad inferior? Lo único que saben hacer es darse
empujones, a

pesar de que con eso solamente consiguen que las cosas vayan
más

despacio.

—Lo único que puede producir vuestro Concejo de Gaomi del
Noreste

son bandidos y salteadores de caminos. Sois un puñado de salvajes —dijo

ella.

—No es buena idea intentar coger todos los peces del río con una sola

red, tía. Aquí hay alguna buena gente. Por ejemplo, fíjate en...

Se detuvo a mitad de la frase cuando vio a Shangguan Jintong avanzando tímidamente hacia él desde el final de la cola.

—Si no me equivoco —le dijo—, tú eres mi pequeño tío.

Tímidamente, Jintong le contestó:

—Yo... Yo también te he reconocido.

Papagayo Han le cogió la mano a Jintong y se la estrechó con entusiasmo.

—Has vuelto, Pequeño Tío —le dijo—. Por fin. La abuela ha llorado

hasta casi quedarse ciega pensando en ti.

Para entonces el autobús estaba tan lleno que había gente que sacaba

medio cuerpo por la ventana. Papagayo Han dio la vuelta al autobús y

subió por la escalera hasta el portaequipajes, donde retiró la red protectora

y ató fuertemente la jaula con sus papagayos. Después extendió la mano

hacia abajo para coger la bolsa de viaje de Jintong. No sin algo de miedo,

este subió detrás de su bolsa hasta el portaequipajes. Papagayo Han lo

cubrió con la red protectora.

—Pequeño Tío —le dijo—, agárrate fuerte a los hierros.

Bueno, en

realidad no creo que sea necesario. Este autobús es más lento que una cerda

vieja.

El conductor, con un cigarrillo colgándole de los labios y una taza de

té en la mano, se acercó perezosamente al autobús.

—¡Papagayo! —le gritó—. ¡Eres realmente un hombre-pájaro! Pero

no me echas la culpa si te caes de ahí y la palmas en medio de la carretera.

Papagayo Han le lanzó un paquete de cigarrillos al conductor, que lo

atrapó en el aire, se fijó en la marca y se lo metió en el bolsillo.

—Ni siquiera el anciano del cielo podría tratar con alguien como tú —

le dijo.

—Tú límitate a conducir el autobús, abuelo —dijo Papagayo Han—.

Y haznos un favor a todos: ¡Que no se te estropee tan a menudo!

El conductor tiró de la puerta y la cerró a su espalda, sacó la cabeza

por la ventana y dijo:

—Uno de estos días, este autobús destartado se va a caer en pedazos.

Yo soy el único que sabe arreglarlo. Si cambiarais al conductor, ni siquiera

podría sacarlo de la estación.

El autobús se deslizaba lentamente sobre la carretera de grava que

llevaba al Concejo de Gaomi del Noreste. Se cruzaron con muchos

vehículos, incluyendo algunos tractores, que venían en dirección contraria

y que pasaban con mucho cuidado al lado del autobús, que se movía con

gran lentitud. Sus ruedas levantaban tanto polvo y lanzaban tanta gravilla

por el aire que Jintong no se atrevía a abrir los ojos.

—Pequeño Tío, la gente dice que te trataron muy mal cuando te

encerraron —dijo Papagayo Han, mirando a Jintong a los ojos.

—Supongo que se puede decir eso —dijo suavemente Jintong—. O se

puede decir que fue lo que me merecía.

Papagayo le ofreció un cigarrillo. Él no lo cogió. Entonces Papagayo

lo volvió a meter en el paquete y, empatizando con él, le echó un vistazo a

sus manos ásperas y callosas.

—Debe haber sido terrible —le dijo, mirándolo nuevamente a la cara.

—No es para tanto cuando uno se acostumbra.

—Han cambiado un montón de cosas en estos últimos quince años —

dijo Papagayo—. La Comuna Popular se desmanteló y se parceló la tierra.

Después se montaron granjas privadas. De ese modo, todo el mundo tiene

comida sobre la mesa y ropas en el armario. Las viejas casas se

destruyeron; se puso en marcha un programa de unificación.
La abuela no

se llevaba nada bien con esa maldita vieja que tengo por
esposa, así que se

mudó a la pagoda de tres dormitorios que pertenecía al viejo
taoísta, Men

Shengwu. Ahora que has vuelto, ya no estará sola.

—¿Y cómo... Cómo se encuentra?

—Físicamente está muy bien —dijo Papagayo—, salvo de la
vista.

Pero todavía puede cuidarse sola. No voy a ocultarte nada,
Pequeño Tío.

Yo soy un calzonazos. Mi esposa, maldita sea, viene de una
familia de

gamberros proletarios y no tiene ni la menor idea de lo que son
las

obligaciones filiales. Se mudó a la casa y la abuela se fue
inmediatamente.

A lo mejor la conoces; es la hija de Viejo Geng, que vendía
pasta de

gambas, y de esa mujer serpiente... No es una mujer, es una
serpiente

endemoniada y tentadora. Yo estoy dedicando toda mi energía
a ganar

dinero, y en cuanto consiga ahorrar cincuenta mil... ¡La voy a
echar a

patadas!

El autobús se detuvo en la cabeza del Puente del Río de los
Dragones,

donde se bajaron todos los pasajeros, incluido Jintong, con la
ayuda de

Papagayo Han. Lo primero que atrajo su mirada fueron una
fila de casas

nuevas, construidas en la orilla norte del río, y un puente de cemento que no estaba lejos del antiguo, que era de piedra. Los vendedores de frutas, cigarrillos, golosinas y cosas semejantes habían instalado sus puestos cerca de la cabeza del puente. Papagayo Han le señaló unos edificios que había en la orilla norte.

—El gobierno del concejo cambió sus oficinas y la escuela de lugar, y

el recinto que antiguamente pertenecía a la familia Sima ha sido tomado

por Gran Diente de Oro —el hijo de Wu Yunyu, un gilipollas—, que

instaló ahí una fábrica de píldoras anticonceptivas y junto a ella produce

ilegalmente licores y matarratas. El tipo no hace absolutamente nada por

los demás. Olfatea el aire —le dijo, levantando una mano—. ¿A qué te huele?

Jintong vio una alta chimenea hecha de placas metálicas que se

elevaba por encima del recinto de la familia Sima; vomitaba unas grandes

nubes de humo verdoso. Esa era la fuente del olor que había en el aire, que

revolvía el estómago.

—Me alegro de que la abuela se haya mudado de aquí —dijo

Papagayo Han—. Todo ese humo la habría asfixiado. En esta época, el lema es: «Ocho inmortales atraviesan el mar, y cada uno demuestra sus habilidades personales». Ya no se habla de clases ni de lucha. Lo único que le importa a la gente ahora es el dinero. Yo tengo cien hectáreas de tierras en la Colina de Arena, y mucha ambición. He montado una granja para criar aves exóticas. Me he dado un plazo de diez años para traer todas las aves exóticas del mundo aquí, al Concejo de Gaomi del Noreste. Para entonces, habré ahorrado suficiente dinero como para poder tener influencias. Entonces, empleando el dinero y las influencias, lo primero que voy a hacer es erigir un par de estatuas de mis padres en la Colina de Arena...

Estaba tan entusiasmado con sus planes para el futuro que los ojos se le encendieron y brillaban con un fuerte tono azul y echó su escuálido pecho hacia adelante, como una paloma henchida de orgullo. Jintong se dio cuenta de que cuando no estaban vendiendo algo, los encargados de los puestos que había junto a la cabeza del puente se dedicaban a observarlos a él y a Papagayo Han, que no dejaba de gesticular ni un instante. Entonces

volvió su sentimiento de inferioridad; además, se arrepentía de no haber

ido a ver a Wei Jinzhi, el sucio barbero del campo de reforma mediante el

trabajo, para que lo afeitara y le cortara el pelo antes de marcharse.

Papagayo Han se sacó unos cuantos billetes del bolsillo y se los puso

en la mano a Jintong.

—No es mucho, Pequeño Tío, pero acabo de empezar y las cosas

todavía no me van del todo bien. Además, la vieja de mi esposa todavía me

controla estrictamente el dinero que gasto. No me atrevería a tratar a la

abuela como se merece ni aunque pudiera. Cuando me cuidaba, estuvo a

punto de toser sangre. No podía haberle resultado más duro, y eso es algo

que yo no olvidaré ni cuando sea viejo y se me caigan los dientes. Pienso

ayudarla a que esté bien cuando lleve a cabo mis planes.

Jintong le devolvió los billetes a Papagayo Han.

—Papagayo —le dijo—, no puedo aceptarlo.

—¿Es que te parece poco?

Su comentario hizo que Jintong se sintiera avergonzado.

—No, no es eso...

Papagayo volvió a ponerle los billetes a Jintong en su mano sudorosa.

—Entonces es que menosprecias a tu sobrino, por inútil, ¿verdad?

—Viendo en lo que me he convertido yo, no tengo derecho a

menospreciar a nadie. Tú eres especial, eres mil veces mejor que tu tío, que

es un incapaz absoluto...

—Pequeño Tío —dijo Papagayo—, la gente no te comprende.

La

familia Shangguan está formada por dragones y fénix, que dan origen a

tigres y panteras. Es una pena que los tiempos no nos hayan sido

favorables, que hayamos tenido que vivir a contracorriente.

Mírate,

Pequeño Tío; tienes la misma cara que Genghis Khan. Ya llegará tu

momento. Pero primero tienes que irte a casa y disfrutar de poder pasar

unos cuantos días junto a la abuela. Después ven a verme a la Reserva

Oriental de los Pájaros.

Papagayo fue y le compró a uno de los vendedores un puñado de

plátanos y una docena de naranjas. Las metió en una bolsa de nailon, se la

entregó a Jintong y le dijo que se la llevara a la abuela. Se despidieron

sobre el nuevo puente. Cuando Jintong miró hacia abajo, para contemplar

el agua brillante, sintió que empezaba a dolerle la nariz.

Encontró entonces

un lugar aislado y dejó la bolsa en el suelo y se dirigió a la orilla del río,

donde se lavó la cara. La tenía llena de tierra y mugre. Tiene razón,

pensaba. Ya que estoy en casa, tengo que apretar los dientes y hacer algo

memorable; por la familia Shangguan, por Madre y por mí mismo.

Haciendo un gran esfuerzo de memoria, logró encontrar el camino

hasta el antiguo hogar familiar, donde tantos acontecimientos emocionantes habían tenido lugar. Pero lo que encontró fue una vasta

extensión de terreno, un descampado donde un *bulldozer* estaba derribando

los últimos restos del muro que había rodeado la casa. Entonces volvió a

acordarse de lo que le había dicho Papagayo cuando iban en lo alto del

autobús: los tres condados de Gaomi, Pingdu y Jiaozhou habían cedido una

porción de terreno para construir una nueva ciudad, cuyo centro sería

Dalan. El lugar en el que estaba, por lo tanto, pronto se habría convertido

en una próspera ciudad, y en el lugar donde había estado su casa iba a

levantarse, según estaba planeado, un alto edificio de siete plantas que

alojaría las oficinas del Gobierno Metropolitano de Dalan.

Las calles ya se habían ensanchado; las habían pavimentado con grava

sobre arcilla y a sus lados habían cavado unas profundas zanjales en las que

unos obreros estaban ocupados enterrando unas gruesas cañerías de agua.

La iglesia estaba completamente arrasada y sobre la casa de la familia

Sima se cernía un enorme cartel en el que se podía leer *Gran Compañía*

Farmacéutica China. Una flota de viejos y destartalados camiones estaba

aparcada en lo que en otros tiempos habían sido los terrenos de la iglesia.

Todas las piedras del molino de la familia Sima estaban tiradas, aquí y

allá, medio enterradas en el barro, y en el lugar donde se había alzado el

molino ahora se estaba construyendo un edificio circular. Entre el

estruendo producido por una hormigonera y el penetrante olor del alquitrán

caliente, pasó junto a un montón de peritos y de obreros; casi todos ellos se

habían emborrachado bebiendo cerveza. Finalmente, salió de la inmensa

obra que una vez había sido su aldea y tomó el sendero de tierra que

llevaba al puente de piedra para cruzar al otro lado del Río del Agua Negra.

Mientras cruzaba el puente hacia la orilla sur del río, divisó la majestuosa pagoda de siete pisos en lo alto de la colina. El Sol se estaba

poniendo y sus rayos de un rojo encendido parecían a punto de prenderle

fuego a los ladrillos y de convertir los trozos de paja que había entre ellos

en cenizas. Una bandada de palomas voló en círculo alrededor de la

estructura. Una única columna de humo blanco emergía desde la cocina de

la cabaña que había en la parte frontal. En los campos reinaba un silencio

sepulcral, roto solamente por el estruendo que hacían las máquinas pesadas

en las diversas obras. Jintong sintió como si le hubieran vaciado la cabeza

hasta secársela, pero unas lágrimas calientes se deslizaron por su rostro

hasta las comisuras de sus labios.

A pesar de que el corazón estaba a punto de salirse del pecho, se

obligó a seguir avanzando hacia la pagoda sagrada. Mucho antes de llegar,

vio una figura de pelo canoso de pie, enfrente de la pagoda, apoyada en un

bastón fabricado con el mango de un viejo paraguas, observando cómo él

se acercaba. Sentía tanto cansancio en las piernas que dar cada paso le

costaba un esfuerzo enorme. Las lágrimas seguían fluyendo sin

interrupción. Como la paja del edificio, el cabello blanco de Madre parecía

estar en llamas. Con un grito ahogado, Jintong cayó de rodillas y apretó el

rostro contra las rodillas de ella, deformadas por toda una vida de trabajo

físico. Se sintió como si estuviera en el fondo del océano, donde los

sonidos, los colores y las formas dejan de existir. De algún profundo lugar

de su memoria le llegó el olor de la leche de Madre, inundando todos sus sentidos.

II

Al poco tiempo de regresar a casa, Jintong cayó gravemente enfermo. Al

principio se trataba solamente de una debilidad en los miembros y un dolor

en las articulaciones, pero después sufrió ataques de vómitos y diarrea.

Madre se gastó todo lo que había ahorrado a lo largo de los años juntando

chatarra y vendiéndola en pagarle a diversos médicos procedentes de

distintos lugares de Gaomi del Noreste, pero ninguna de las inyecciones

que le pusieron ni de las medicinas que le recetaron hizo que mejorara. Un

día de agosto, la cogió de la mano y le dijo:

—Madre, durante toda mi vida no te he dado más que problemas.

Ahora que estoy a punto de morirme, ya no tendrás que sufrir más...

Ella le apretó la mano.

—¡Jintong, no te permito que hables así! Todavía eres joven. Yo ya

estoy ciega de un ojo, pero todavía veo que vendrán buenas épocas más

adelante. El sol brilla, las flores tienen un aroma celestial y nosotros

tenemos que seguir avanzando hacia el futuro, hijo mío...

Dijo esto con toda la energía que pudo reunir, pero unas tristes

lágrimas ya le habían salpicado la huesuda mano.

—Madre, habla todo lo que quieras, pero no servirá para nada
—dijo

Jintong—. La he vuelto a ver. Se había rellenado con yeso el agujero de

bala de la sien y tenía en la mano un trozo de papel con su nombre y el mío

escritos en él. Me dijo que había conseguido nuestro certificado de

matrimonio y que esperaba que me casara con ella.

—Querida hija —dijo Madre, entre lágrimas, al espacio vacío que

tenía ante ella—. Querida hija, no merecías la muerte. Lo sé, y para mí eres

como mi propia hija. Jintong estuvo quince años en la cárcel por ti, y ya ha

pagado completamente su deuda. Te pido que muestres un poco de

compasión y que le perdones. De esa manera, esta vieja solitaria tendrá a

alguien que la cuide. Tú eres una chica sensata. Como dice el refrán, la

vida y la muerte son dos caminos distintos, y hay que tomar uno o el otro.

Perdónale, hija querida. Esta mujer vieja y ciega te lo suplica de rodillas...

Mientras su madre rezaba, Jintong vio el cuerpo desnudo de Long

Qingping en la ventana soleada. Sus pechos, que parecían de hierro,

estaban cubiertos de orín. Ella se abrió de piernas desvergonzadamente y

brotó un puñado de champiñones blancos y redondos. Pero cuando miró más detenidamente, Jintong se dio cuenta de que se trataba de un montón de redondeadas cabezas de bebés, no de champiñones, y todas ellas estaban unidas. Cada una de esas minúsculas cabezas tenía un rostro perfecto y estaba cubierta por un pelo amarillento y aterciopelado. Todas las caritas tenían la nariz alta, los ojos azules, los lóbulos de las orejas delgados como papel, como la piel de las alubias metidas en agua. Todos los niños le gritaban; su voz era suave y débil, pero clara como una campana. ¡Papá! ¡Papá! Aquellos gritos le llenaron de miedo el corazón, así que cerró los ojos. Los niños se soltaron y se lanzaron hacia él, aterrizando sobre su cara y su cuerpo. Le tiraron de las orejas, le metieron los dedos en la nariz y le arañaron la cara sin dejar de gritar: ¡Papá! Él cerró los ojos apretándolos con todas sus fuerzas, pero eso no impidió que siguiera viendo a Long Qingping frotándose los pechos oxidados con papel de lija, haciendo un ruido que le provocaba dolor en los oídos. Ella le miró fijamente con una expresión en la que se combinaban la melancolía y la rabia, y siguió

frotándose los pechos hasta que parecía que se le habían vuelto de una

madera brillante y recién barnizada que emitía un frío brillo que se

concentraba alrededor de los pezones y, como un rayo helado, penetraba

directamente hasta lo más hondo de su corazón. Jintong se estremeció y

perdió el conocimiento.

Cuando se despertó, vio una vela encendida en el alféizar de la ventana y una lámpara de aceite colgada de la pared. Poco a poco, el rostro

atormentado de Papagayo Han se materializó en medio de la parpadeante

luz.

—¿Qué ha pasado, Pequeño Tío?

Su voz parecía venir desde muy lejos. Intentó contestarle, pero no

pudo lograr que sus labios se movieran. Agotado, cerró los ojos para dejar

de ver la luz de la vela.

—Te doy mi palabra —oyó decir a Papagayo Han—. No se va a morir.

No hace mucho tiempo que leí un libro de adivinación del futuro; Pequeño

Tío tiene el rostro de alguien que encontrará la riqueza y la buena fortuna,

alguien que va a vivir una larga vida.

—Papagayo —dijo Madre—, nunca en mi vida he suplicado nada,

pero ahora te suplico a ti.

—Abuela, cuando me hablas así parece como si me estuvieras

maldiciendo.

—Tú conoces un montón de gente, y por eso te pido que consigas un

carro y te lleves a tu tío al hospital del condado.

—Eso no es necesario, abuela. Las instalaciones de nuestra ciudad son

tan buenas como las de las ciudades grandes. Los doctores locales son

mejores que los que hay en el hospital del condado. Dado que el Doctor

Leng ya lo ha visto, no hace ninguna falta ir a ningún otro lugar. Se graduó

el primero de su clase en la Facultad de Medicina de la Unión, y después

estudió en el extranjero. Si dice que no hay ningún tratamiento para esto,

es que no hay ningún tratamiento.

Con expresión de desánimo, Madre le dijo:

—Papagayo, no necesitamos tu labia. Deberías irte. Si llegas tarde a

tu casa, tendrás que vértelas con esa esposa que tienes.

—Antes o después me voy a liberar de esas cadenas. Toma, abuela,

coge estos veinte yuan y compra algo de comer que le guste a Pequeño Tío.

—Guárdate tu dinero —le dijo ella—. Vete ya. A tu Pequeño Tío no le

apetece comer nada.

—Tal vez a él no, pero tú necesitas comer algo. Tú me criaste hasta

que me convertí en un hombre, abuela. Sufrimos la opresión del gobierno y

éramos tan pobres que apenas conseguimos sobrevivir.
Después de que se
llevaran a Pequeño Tío, me colgaste a tu espalda y te pusiste a
mendigar,
llamando a la puerta de las casas de todo Gaomi del Noreste.
Cuando
pienso en las cosas que tuviste que hacer es como si una daga
me
atravesara el corazón, y no puedo evitar ponerme a llorar.
Eramos los
últimos de los últimos. Si no hubiera sido así, jamás habría
aceptado
casarme con esa bruja. ¿No sabes que es así, abuela? Pero esta
época
infernál está a punto de acabarse. He pedido un préstamo para
mi Reserva
Ornitológica Oriental, y el alcalde ha aprobado que me lo
concedan. Si esto
funciona, será gracias a mi prima, Lu Shengli. Ella es la
gerente del Banco
de la Industria y el Comercio de Dalan. Es joven y talentosa, y
se hace lo
que ella dice. Abuela, no te preocupes. Iré a hablar con ella. Si
ella no nos
ayuda con la enfermedad de Pequeño Tío, ¿quién lo va a
hacer? Ella es otra
miembro de esta familia a la que tú criaste hasta que se hizo
mayor. Sí, iré
a hablar con ella. Se ha hecho toda una reputación. Tiene un
coche con
chófer, y come como una reina: palomas con sus dos patas,
tortugas con

sus cuatro patas, cangrejos con sus ocho patas, camarones
redondeados,
cohombros de mar llenos de espinas, escorpiones venenosos y
huevos de
cocodrilos no venenosos. A esa prima mía ya no le interesa la
carne de pato
ni de pollo ni de cerdo ni de perro. Sé que a lo mejor suena un
poco mal,
pero el collar de oro que lleva es tan grueso como una correa
de perro.
Lleva anillos de platino y de diamantes en los dedos y una
pulsera de jade
en la muñeca. Las monturas de sus gafas son de oro y tienen
lentes de
cristal natural, y todos sus modelos están hechos por
diseñadores italianos,
y sus perfumes franceses tienen un aroma que puedes recordar
durante el
resto de tu vida...

—¡Papagayo, coge tu dinero y vete! —le interrumpió Madre
—. Y no

vayas a hablar con ella. La familia Shangguan no necesita
tener parientes
ricos de esa clase.

—Ahí te equivocas, abuela. Podría llevar a Pequeño Tío al
hospital en

carro, pero para conseguir cualquier cosa, hoy en día, hacen
falta contactos.

La diferencia en el trato que le dan a un paciente que lleve yo
y a un

paciente que lleve mi prima es como la que hay entre la noche
y el día.

—Así es como ha sido siempre —dijo Madre—. Que tu tío muera o sobreviva está en manos del destino. Si la fortuna lo acompaña, vivirá. Si no, ni siquiera los milagrosos cuidados de los doctores Hua Tuo y Bian Que, en el caso de que volvieran a la Tierra, podrían salvarle. Ahora vete y no me hagas enfadar.

Papagayo tenía más cosas que decir, pero Madre golpeó la punta de su bastón contra el suelo, muy enfadada, y le dijo:

—Papagayo, por favor, haz lo que te digo. ¡Coge tu dinero y vete!

Papagayo se marchó. Jintong, que todavía estaba en una especie de duermevela, oyó a Madre sollozando fuera de la casa. El viento nocturno hacía susurrar la hierba seca de la pagoda. Un poco más tarde, la oyó trajinando en la cocina, de donde emanaba un olor a plantas medicinales que llegaba hasta su habitación. Le dio la sensación de que su cerebro se había encogido hasta transformarse en una mera lámina, y el aroma de las plantas medicinales se abría paso hasta esa lámina como a través de un tamiz. Ah, ese sabor dulce es del sujo, el sabor amargo es de la hierba que hace que el alma regrese, el sabor ácido es del trébol, el sabor salado es del

diente de león, el sabor picante es del arrancamojos siberiano.
Dulce,

amargo, ácido, salado y picante, los cinco sabores; también
hay algo de

verdolaga, de pinelia, de lobelia china, de corteza de morera,
piel de peonia

y melocotón desecado. Apparently, Madre había
conseguido casi todas

las distintas plantas medicinales disponibles en Gaomi del
Noreste y las

estaba cociendo en una gran olla. La mezcla de aromas, que
combinaban

olor a vida y olor a tierra, fue penetrando en su cerebro como
si fluyera por

una poderosa cañería, limpiando la suciedad, arrastrándola y
abriendo su

mente. Jintong pensó en el exuberante y verde césped que
había fuera, en

los campos abiertos cubiertos de flores y en las grullas que
surcaban los

pantanos. Un grupo de dorados crisantemos silvestres atraía a
las abejas,

cargadas de polen. Oyó la pesada respiración de la tierra y el
sonido de las

semillas cayendo al suelo.

Madre entró en la habitación y lo bañó empleando algodón
empapado

en la mezcla de plantas medicinales. Se dio cuenta de que él
estaba

avergonzado.

—Hijo —le dijo—, aunque vivas hasta los cien años, para mí
siempre

serás un niño pequeño.

Lo limpió de la cabeza a los pies, incluyendo la suciedad que tenía

entre los dedos de los pies. El viento del atardecer entraba en la habitación

y el aroma del brebaje de hierbas se volvía cada vez más intenso. Jintong

nunca se había sentido tan fresco ni tan limpio como en aquel momento.

Entonces oyó a Madre sollozando y murmurando algo junto a la casa, al

lado de un muro de botellas de licor vacías. Se puso a dormir y, por

primera vez, no se despertó sobresaltado por una pesadilla. Durmió hasta el

amanecer. Cuando abrió los ojos, por la mañana, la nariz se le llenó de olor

a leche fresca. Era una leche distinta de la de Madre y de la de cabra, que él

había probado, e intentó determinar cuál era su origen. Le vino a la cabeza

la sensación que había tenido hacía muchos años, cuando, siendo el

Príncipe de la Nieve, había tenido que bendecir a un montón de mujeres

acariciándoles los pechos. Lo que más añoranza le produjo era el último

pecho que había acariciado aquel día, el de la propietaria de la tienda de

aceite de sésamo, Vieja Jin, la mujer con un solo pecho.

Madre se puso muy contenta cuando vio que se estaba recuperando.

—¿Qué te apetece comer, hijo? —le preguntó—. Te haré lo que

quieras. He ido a la ciudad y le he pedido prestado algo de dinero a Vieja

Jin. Un día de estos va a venir con un carrito y se va a llevar todas estas

botellas, como pago.

—Vieja Jin... —El corazón de Jintong se puso a latir con fuerza—.

¿Qué tal está?

Con su único ojo bueno —aunque un tanto defectuoso— le echó una

mirada a su hijo, sorprendida al ver lo nervioso que se había puesto, y soltó

un suspiro, exasperada.

—Se ha convertido en la «reina de la basura» de toda la zona. Se ha

comprado un coche y tiene cincuenta empleados que se dedican a fundir el

plástico y la goma usados. Económicamente le va muy bien, pero su

marido es un inútil. Jin tiene muy mala reputación, pero no me quedaba

más remedio que ir a verla. Es tan generosa como siempre ha sido. Ya ha

rebasado los cincuenta y, cosa bien rara, incluso ha tenido un hijo...

Como si le hubieran dado una bofetada en plena cara, Jintong se

incorporó bruscamente, como alguien que hubiera visto el rostro piadoso,

de color rojo brillante, de Dios. Se le ocurrió una idea que lo puso

contento: Después de todo, mis sentimientos eran adecuados. Estaba

seguro de que el pecho de un solo ojo de Vieja Jin apuntaba hacia su

habitación y que los pechos lijados de Long Qingping se batían en retirada.

—Madre —le espetó, no sin algo de vergüenza—, ¿puedes salir un

momento antes de que llegue?

Madre se quedó un momento en blanco, sin comprender nada, pero

recuperó la compostura y le dijo:

—Hijo, has logrado ahuyentar al demonio de la muerte, así que haré

cualquier cosa que me pidas. Me voy.

Jintong se tumbó boca arriba, muy excitado, y rápidamente quedó

inmerso en aquel aroma que daba la vida, que provenía de su memoria, no

del exterior, y le envolvía por completo. Cerró los ojos y vio el rostro

redondeado y suave de ella. Tenía los ojos tan oscuros como siempre,

húmedos y seductores, y cada uno de sus movimientos parecía destinado a

robarles el alma a los hombres. Se movía con rapidez, como una cometa, y

su pecho, que el tiempo no había arañado, se movía debajo de su camisa de

algodón, como si estuviera intentando escaparse. Muy lentamente, el

aroma espiritual que brotaba de su corazón y el aroma material que brotaba

del pecho de Vieja Jin se unieron, como una pareja de mariposas en celo.

Se tocaron y se fundieron en uno rápidamente. Él abrió los ojos y ahí, de pie junto a su cama, estaba Vieja Jin, exactamente igual que él se la había imaginado.

—Pequeño hermano —le dijo ella muy emocionada, agachándose y cogiendo la crispada mano de él entre las suyas, con los oscuros ojos rebosantes de lágrimas—, mi querido pequeño hermano, ¿qué te pasa?

La ternura femenina le derritió el corazón. Arqueando el cuello como un perrito recién nacido que todavía tiene que abrir los ojos, le mordisqueó

el pecho con sus labios febriles. Sin dudar ni un instante, ella se levantó la

camisa y acercó su pecho rebosante, redondo como un melón, hacia el

rostro de él. Su boca buscó el pezón; el pezón buscó su boca. Cuando los

labios de Jintong la envolvieron temblando y ella entró temblando en su

boca, ambos estaban calientes, a punto de hervir, y gemían enloquecidos.

Unos poderosos chorros de leche dulce y caliente impactaron contra las

membranas de su boca y convergieron en la abertura de su garganta, por

donde se dirigieron hacia abajo, hacia un estómago que últimamente había

rechazado todo lo que había recibido. Al mismo tiempo, ella sintió que el

morboso encaprichamiento por el que una vez había sido un precioso niño

pequeño, y que había estado alimentando durante décadas, abandonaba su

cuerpo junto a la leche...

Él mamó de su pecho hasta vaciárselo y después, como un bebé, se

quedó dormido con el pezón en la boca. Ella le acarició el rostro

tiernamente y, con mucha delicadeza, retiró el pezón. La boca de él tembló

un instante y después ella vio cómo el color volvía a su cara cetrina. Madre

estaba de pie, al lado de la puerta, contemplándolos con tristeza. Pero lo

que Jin percibió en la cara ajada de la anciana no fue ni desaprobación ni

celos; se parecía, más bien, a la autodesaprobación y a la gratitud. Vieja Jin

se volvió a meter el pecho debajo de la camisa y le dijo decididamente:

—Quería hacerlo, tía. Es algo que he querido hacer toda la vida. Él y

yo tuvimos un vínculo en una vida anterior.

—Siendo así —le dijo Madre—, no te daré las gracias.

Vieja Jin sacó un fajo de billetes.

—Vieja tía, el otro día calculé mal. Esa pila de botellas que hay ahí

atrás vale más de lo que te di.

—Cuñada —dijo Madre—, no creo que el Hermano Fang vaya a

ponerse contento cuando se entere.

—Si tiene una botella cerca, está contento. Yo estoy horriblemente

ocupada estos días, y sólo puedo venir una vez al día. Cuando yo no esté

por aquí, dale algo ligero y acuoso.

Bajo los cuidados de Vieja Jin, Jintong recuperó la salud rápidamente.

Como una serpiente durante la época de la muda, se despojó de una capa de

piel muerta. Durante dos meses enteros, el único alimento que ingirió se lo

dio Vieja Jin. En las frecuentes ocasiones en que le sonaban las tripas de

hambre, bastaba con que pensara en la comida común y corriente para que

los intestinos se le cerraran dolorosamente. El ceño de su madre, que se

había relajado cuando él se había librado de la muerte, empezó a fruncirse

de nuevo. Cada mañana, él se ponía frente al muro de botellas que había

junto a la casa, mientras el viento soplaba en los cuellos de las botellas,

como un niño que espera a su madre o una mujer que espera a su amante,

con la mirada ansiosamente fija en la carretera que venía de la nueva y

bulliciosa ciudad, atravesando el campo abierto, hacia donde estaba él,

lleno de impaciencia.

Un día, Jintong estuvo esperando a Vieja Jin desde el amanecer hasta

el crepúsculo, pero ella no apareció. Él se quedó de pie hasta que se le entumecieron las piernas y se le empezó a nublar la vista. Entonces se sentó, apoyado en el pequeño muro de botellas silbantes. Cuando el Sol se puso, esa música sonaba muy melancólica e hizo que su sensación de abandono se hiciera más profunda. Las lágrimas rodaron, inadvertidas, por sus mejillas.

Apoyándose en su bastón, Madre se quedó mirándolo burlonamente bajo un cielo cada vez más oscuro; en su expresión se combinaban la pena por las desgracias que le pasaban a su hijo y el enfado por su incapacidad para superarlas. Lo observó durante un rato, sin decir ni una palabra, y después se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa, acompañada por el sonido que hacía el bastón contra el suelo.

A la mañana siguiente, Jintong cogió la hoz de la familia y una canasta y se fue andando hasta la zanja más cercana. De desayuno se había comido un par de batatas blandas, con los ojos muy abiertos, como si le estuvieran arrancando la piel a tiras. Ahora le dolía muchísimo el estómago y tenía un sabor ácido en la garganta. Mientras, guiándose por el olfato, se dirigió hacia el lugar del que provenía la delicada fragancia de la

menta salvaje, y tuvo que hacer un esfuerzo para no vomitar.
Se había

acordado de que en la sección de adquisiciones de la
cooperativa estaban

dispuestos a comprar menta. Por supuesto, la única razón para
recoger

menta no era ganar algo de dinero extra. Mucho más
importante era que

pensaba que podría ayudarlo a combatir su adicción a la leche
de Vieja Jin.

Las plantas crecían desde la mitad de la ladera hasta el borde
del agua, y su

olor era revitalizante. Jintong se dio cuenta de que incluso veía
mejor.

Respiraba profundamente, con el deseo de llenarse los
pulmones con el

aroma de la menta. Después comenzó a cortar las plantas,
empleando las

técnicas que había ido perfeccionando a lo largo de los quince
años que

estuvo en el campo de reforma mediante el trabajo, y en poco
tiempo había

dejado un reguero de tallos cortados de menta, con su savia
blanca y sus

delgados filamentos.

Cuando bajaba por la ladera, descubrió un agujero del tamaño
de un

cuenco de arroz. Su terror inicial rápidamente se convirtió en
excitación,

puesto que se le ocurrió que debía ser la madriguera de un
conejo.

Regalarle a Madre un conejo silvestre serviría para alegrarle
un poco la

vida. Comenzó a meter en el agujero el mango de su hoz, y a agitarlo. Algo se movía ahí dentro, lo oyó, cosa que significaba que el agujero estaba habitado. Entonces se sentó, aferrando con fuerza su hoz, y se quedó esperando. El conejo asomó la cabeza por el agujero, poco a poco, hasta que mostró su aterciopelado morro. Jintong intentó darle con la hoz, pero el conejo escondió la cabeza justo a tiempo. La vez siguiente, en cambio, sintió cómo la hoz penetraba profundamente en la cabeza del conejo; tirando de ella hacia atrás, apareció el resto del animal, todavía agitándose, y cayó ante sus pies. La punta de la hoz se le había clavado al conejo en el ojo; de ahí salía un hilo de sangre que corría por la brillante hoja del arma.

Los pequeños ojos del conejo, que parecían de marfil, apenas eran ahora unas minúsculas rendijas. De repente, Jintong sintió un escalofrío que le recorría todo el cuerpo. Entonces tiró la hoz al suelo, subió como pudo hasta lo alto de la ladera y se puso a mirar a su alrededor como un niño que tuviera serios problemas y necesitara ayuda.

Madre ya estaba ahí, justo a su lado.

—¿Qué estás haciendo, Jintong? —le preguntó con una voz quebrada por la edad.

—Madre —dijo él, desesperado—, he matado a un conejo...
Ay,

pobrecito... ¿Qué es lo que he hecho? ¿Por qué he tenido que matarlo?

—Jintong —le dijo Madre con una severidad en la voz que nunca

había empleado con él—, tienes cuarenta y dos años ¡y te comportas como

un mariquita! No te he querido decir nada estos últimos días, pero ya no

puedo aguantarme más. Sabes que no voy a estar aquí contigo siempre.

Cuando yo me haya ido, tendrás que cargar con las responsabilidades

familiares y seguir adelante con tu vida. No puedes continuar así.

Mirándose las manos con asco, Jintong se limpió la sangre del conejo

con un poco de tierra. La cara le ardía debido a las críticas de Madre; no

estaba nada contento.

—Tendrás que salir al mundo y hacer algo. No tiene por qué ser nada

grandioso.

—¿Y qué puedo hacer, Madre? —dijo él, desanimado.

—Esto es lo que puedes hacer. Sé un hombre y coge ese conejo y baja

con él hasta el Río del Agua Negra. Desóllalo, quítale las entrañas,

límpialo y después tráelo a casa y cocínalo para tu madre. No he probado la

carne desde hace seis meses, por lo menos. A lo mejor te cuesta desollarlo

y quitarle las entrañas al conejo, y te sientes cruel. Pero ¿no es igualmente

cruel que un hombre adulto tenga que estar mamando del pecho de una

mujer? Que nunca se te olvide que la leche de una mujer es su alma, y

chuparla hasta secarla es diez veces más cruel que matar a un conejo. Si

piensas esto, serás capaz de hacerlo y eso te proporcionará un sentimiento

satisfactorio. Matar a un animal no debe traer remordimientos al cazador

por acabar con una vida, sino darle placer. Y eso es porque sabe que los

millones de animales y de pájaros que hay en el mundo fueron creados por

Jehová para satisfacer las necesidades humanas. Los seres humanos son la

cúspide de la vida; la gente representa el alma de la tierra.

Jintong asintió vigorosamente y sintió que algo duro se le instalaba

poco a poco en el pecho. Le dio la sensación de que su corazón, que hasta

entonces parecía haber estado flotando en agua, estaba empezando a

hundirse.

—¿Sabes por qué Vieja Jin dejó de venir?

Jintong miró a Madre a la cara.

—Fuiste tú...

—¡Sí, fui yo! Fui a hablar con ella. No podía quedarme sin hacer nada

mientras mi hijo se echaba a perder.

—Tú... ¿Cómo has podido hacer eso?

Ella continuó, sin hacerle caso:

—Le dije que si realmente ama a mi hijo, que se acueste con él, pero

que yo no iba a permitir que siguieras mamando de su pecho.

—¡Su leche me salvó la vida! —gritó Jintong estridentemente

—. ¡Si

no hubiera sido por su leche, yo ahora estaría muerto,
pudriéndome,

sirviendo de alimento para los gusanos!

—Eso ya lo sé. ¿Te crees que me voy a olvidar alguna vez de
que te ha

salvado la vida? —dijo, dando un golpe en el suelo con su
bastón—. Todos

estos años he estado actuando como una idiota, pero al fin he
comprendido

que es mejor dejar que un niño muera que permitir que se
convierta en una

criatura inútil e incapaz de alejar la boca de un pezón de mujer.

—¿Y qué dijo ella? —preguntó él, lleno de ansiedad.

—Es una buena mujer. Me dijo que me fuera a casa y te dijera
que

siempre habrá una almohada para ti en la cama de Vieja Jin.

—Pero es una mujer casada... —Jintong se había puesto
pálido.

Madre le lanzó un desafío con la voz temblorosa y a punto de
enloquecer.

—Si no demuestras que tienes agallas, es que no eres hijo mío.
Vete a

verla. No necesito un hijo que se niega a crecer. Lo que quiero
es a alguien

como Sima Ku, o como Hombre-pájaro Han, un hijo que no tenga miedo de

causarme problemas, si eso es lo que hay que hacer. ¡Quiero un hombre

que orine de pie!

III

Armado de un recién descubierto coraje, cruzó el Río del Agua Negra,

como Madre le había dicho que hiciera, y fue a ver a Vieja Jin. Con la

ayuda de Madre, esto tenía que ser el comienzo de su nueva vida de

hombre de verdad. Pero a medida que avanzaba por la carretera en

dirección a la ciudad recientemente creada, su valor lo abandonó del

mismo modo que va perdiendo aire una rueda con un pinchazo. Los altos

edificios, con sus incrustaciones de mosaicos a los lados, resultaban

impresionantes a la luz del sol. En varias obras, los brazos amarillos de las

grúas levantaban inmensas piezas prefabricadas y las colocaban en su

lugar. Los insistentes martillos neumáticos le castigaban los tímpanos y las

soldadoras eléctricas, montadas en vigas metálicas, iluminaban el cielo con

un brillo más fuerte que el del sol. Unas volutas de humo blanco dibujaban

tirabuzones alrededor de una torre, y sus ojos comenzaron a vagar de un

lado a otro. Madre le había dado instrucciones para llegar a la planta de

reciclaje de Vieja Jin, que estaba cerca de la bahía donde había muerto

Sima Ku hacía tantos años. Algunos de los edificios que había a los lados

de la ancha calle asfaltada ya estaban terminados, y otros todavía estaban

creciendo. No quedaba ni rastro del recinto de la familia Sima. La Gran

Compañía Farmacéutica China había desaparecido. Varias excavadoras

enormes estaban cavando unas profundas zanjas en el suelo. Donde en otro

tiempo estuvo la iglesia, ahora un alto edificio de siete plantas, de color

amarillo brillante, sobresalía por encima de todos los demás como un

nuevo rico con un diente de oro. Unas letras rojas, cada una del tamaño de

una oveja adulta, proclamaban del modo más reluciente posible el poder y

el prestigio de la Oficina de Dalan del Banco Chino de la Industria y el

Comercio.

La planta de reciclaje de Vieja Jin se extendía sobre una amplia zona,

al otro lado de una valla hecha con planchas de yeso. La chatarra se

separaba según la categoría a la que perteneciera: las botellas vacías

formaban una enorme pared que deslumbraba a la vista, un prisma

montañoso de cristales rotos; los viejos neumáticos se amontonaban en grandes pilas; el plástico viejo formaba un montículo más alto que los tejados de las casas; justo en medio de todo el metal desechado había un obús al que le faltaban las ruedas. Docenas de obreros, con toallas que les tapaban la mitad inferior de la cara, correteaban como hormigas por todas partes. Algunos se dedicaban a arrastrar ruedas de aquí para allá, mientras otros clasificaban los distintos materiales, y otros más cargaban o descargaban camiones. Un perro lobo negro estaba atado a la base de un muro con una cadena procedente de una vieja noria que todavía conservaba su envoltura de plástico rojo. Parecía mucho más feroz que los chuchos del campo de reforma mediante el trabajo. Tenía un pelaje que parecía haber sido encerado. Tirados en el suelo, enfrente del perro, había un pollo asado entero y una manita de cerdo medio comida. El guardián tenía el pelo largo y despeinado, los ojos llenos de légañas y la cara surcada por profundas arrugas; si se le observaba con atención, se parecía al jefe de la milicia de la Comuna de Dalan original. En el patio había un enorme horno para

fundir el plástico. Una chimenea gorda y de poca altura,
construida con
láminas metálicas, vomitaba un humo negro que tenía un
extraño olor. El
polvo se desplazaba a ras de suelo. Un grupo de chatarreros se
había
congregado alrededor de una gigantesca balanza, discutiendo
con el
hombre encargado de ella. Jintong lo reconoció; era Luán
Ping, que había
trabajado de dependiente en la antigua cooperativa de Dalan.
Un anciano
de pelo canoso entró en la planta sobre un carro de tres ruedas;
se trataba
de Liu Daguan, que en tiempos había sido el director de la
sucursal del
Departamento de Correos y Telecomunicaciones. Era famoso
por su
manera de pavonearse, y ahora era el encargado del comedor
de los obreros
que trabajaban para Vieja Jin. Sintiendo que el coraje lo
abandonaba poco a
poco, Jintong se quedó de pie en el patio, con aspecto de
desamparado.
Pero entonces se abrió una ventana en el sencillo edificio de
dos pisos que
había enfrente de él, y allí estaba la capitalista Vieja Jin, con
su único
pecho, metida en un albornoz de color rosa, sujetándose el
pelo con una
mano y saludándolo con la otra.
—¡Hijo adoptivo! —la oyó gritar con absoluto descaro—.
¡Sube aquí!

A Jintong le dio la impresión de que toda la gente que había en el

patio se dio la vuelta para observar cómo se dirigía hacia el edificio, con la

cabeza gacha. Sentir sus miradas hacía que caminara con torpeza. ¿Qué

hago con los brazos? ¿Debo cruzarlos? ¿O dejarlos colgando? ¿Me meto

las manos en los bolsillos o las junto detrás de la espalda? Al final decidió

dejar los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo y seguir con los

hombros encorvados, caminando como había caminado durante los quince

años que había pasado en el campo, como un perro al que han azotado con

un látigo y que se escabulle con el rabo entre las piernas y la cabeza gacha

pero sin dejar de vigilar lo que pasa a su alrededor, desplazándose lo más

rápidamente posible junto a un muro, como si fuera un ladrón. Cuando

Jintong llegó al principio de las escaleras, Vieja Jin le gritó, desde el

segundo piso:

—Liu Daguán, mi hijo adoptivo está aquí. Pon un par de platos más.

Fuera, en el patio, alguien —él no supo quién sería— cantó una

asquerosa coplilla: *Si un niño quiere crecer y hacerse fuerte, necesita*

veinticuatro madres adoptivas, muy lascivas...

Mientras iba subiendo por la escalera de madera, el intenso aroma del perfume bajaba hacia él flotando por el aire. Levantó la mirada tímidamente y vio a Vieja Jin, de pie, en lo alto de las escaleras, con las piernas abiertas y una mirada burlona dibujada en su rostro empolvado. Él se detuvo y se aferró al pasamanos de metal. Tenía las palmas de las manos completamente sudadas.

—Sube, hijo adoptivo —le dijo ella, a modo de bienvenida. Su mueca burlona había desaparecido.

Él se obligó a seguir subiendo hasta que una suave mano le cogió por la muñeca. En el oscuro pasillo, sintió como si el olor de su cuerpo le arrastrara hacia un cubil de seducción, una habitación brillantemente iluminada, con una buena moqueta y las paredes bien empapeladas. Unas bolas de colores hechas de papel colgaban del techo. En el centro de la habitación había un escritorio, y sobre él descansaba la funda de una pluma estilográfica.

—Eso es sólo por las apariencias. Yo apenas leo, y no escribo casi nada.

Jintong se quedó con la vista clavada al suelo. No tenía ninguna gana de mirarla a los ojos. De repente, ella se rio y dijo:

—No puedo creer que esto esté pasando. Esta debe ser una primera

vez sin precedentes.

Él levantó la vista y se encontró con su mirada seductora.

—Hijo adoptivo —le dijo—, no permitas que los ojos se te salgan de

sus órbitas y se te caigan al suelo y te hagan daño en los pies. Mírame. Con

la cabeza levantada, eres un lobo; con la cabeza agachada, eres un cordero.

La cosa más infrecuente del mundo es que una madre le prepare un

encuentro sexual a su propio hijo; tu madre me impresionaría aunque sólo

lo hubiera pensado. ¿Sabes lo que me dijo? —Vieja Jin imitó la voz de

Madre—: «Si vas a salvar a alguien, querida cuñada, tienes que ir hasta el

final; si vas a despedirte de un invitado, acompáñalo hasta la puerta. Le has

salvado con tu leche, pero no puedes alimentarlo durante todo lo que le

queda de vida, ¿no es cierto?». Tenía razón, porque ya tengo más de

cincuenta años. —Se dio unas palmaditas en el albornoz, sobre el pecho—.

Este tesoro que tengo no se mantendrá erguido mucho tiempo más, lo use

como lo use. Cuando tú lo acariciaste, hace treinta años, estaba, como se

decía popularmente hace un tiempo, «rebosante de alegría y lleno de vida,

combativo y siempre dispuesto a una buena lucha». Pero ahora habría que

decir eso de «el fénix, después de su apogeo, no puede competir ni con un

pollo». Tengo una deuda contigo, una deuda que contraje en una vida

anterior. No quiero pensar por qué, y tampoco es importante que tú lo

sepas. Lo único que es importante es que mi cuerpo ha hervido a fuego

lento, durante treinta años, hasta estar completamente cocinado. Ahora eres

tú el que tiene que decidir qué clase de banquete quieres darte.

Jintong se quedó mirando fijamente su único pecho, como si estuviera

en trance, inspirando con avidez su perfume y el de la leche que contenía,

sin prestar ninguna atención a los muslos que ella había dejado al

descubierto para él. Fuera, en el patio, el encargado de la balanza gritó:

—Aquí hay un tipo que nos quiere vender esto, jefa —y levantó un

grueso cable—. ¿Lo queremos?

Vieja Jin sacó la cabeza por la ventana.

—¿Por qué me molestas por algo así? —dijo, enfadada—. Adelante,

cógelo. —Cerró la ventana de un golpe—. ¡Maldita sea! Compro cualquier

cosa que me vendan. No deberías sorprenderte tanto. Ocho de cada diez

personas que tienen algo para vender son ladrones. Yo compro cualquier

cosa que se use en la obra. Tengo barras para soldar,
herramientas en sus
envoltorios originales, varillas de acero. No rechazo nada. Lo
compro toda
al precio de chatarra y después me doy la vuelta y lo vendo
como si fuera
nuevo, y de ahí salen mis ganancias. Sé que todo esto
desaparecerá en
cualquier momento, y por eso empleo la mitad del dinero que
gano en
darles de comer a esos cabrones que hay ahí abajo y me gasto
la otra mitad
en lo que yo quiera. Te lo tengo que decir claramente: al
menos la mitad de
los hombres más listos y sofisticados de la zona han visitado
mi cama. ¿Y
sabes lo que significan para mí? —Jintong negó con la cabeza
—. Durante
toda mi vida —dijo ella, volviendo a darse unas palmaditas en
el pecho—,
esto ha sido lo que me ha proporcionado todo lo que yo quería.
Todos esos
estúpidos cuñados tuyos, desde Sima Ku hasta Sha Yueliang,
alguna vez se
quedaron dormidos con este pezón en la boca, pero ninguno de
ellos ha
significado nada para mí. ¡En toda mi vida el único que me ha
hecho arder
de pasión has sido tú, pequeño bastardo! Tu madre me contó
que sólo has
estado con una mujer una vez, y que se trataba de un cadáver,
y que ella se

imaginaba que eso era el origen de tus males. Entonces yo le dije que no se preocupara, que al menos para una cosa soy muy buena. «Dile a tu hijo que venga a verme —le dije—, y lo convertiré en un hombre de acero».

Vieja Jin se abrió seductoramente el albornoz. Debajo no llevaba

nada. Las partes blancas de su cuerpo eran blancas como la nieve, y las

partes negras, negras como el carbón. Con el rostro bañado por el sudor,

Jintong se sentó débilmente en la moqueta.

Ella soltó una risita.

—Tienes miedo, ¿verdad? No hay nada que temer, hijo adoptivo. Los

pechos quizá sean el tesoro de una mujer, pero hay tesoros todavía

mejores. Si vas con prisa, no puedes comer un tofu humeante. Ponte de pie

y déjame que solucione tus problemas.

Le arrastró hasta su dormitorio como si fuera un perro muerto. Las

paredes resplandecían, llenas de colores. La cama, cerca de la ventana,

estaba apoyada sobre una alfombra bien gruesa. Ella lo desvistió como si él

fuera un niño pequeño y travieso. Al otro lado de la ventana, que iluminaba

la luz del sol, el patio estaba lleno de hombres yendo de un lado para otro.

Acordándose de los movimientos de Hombre-pájaro Han, Jintong se cubrió

la entrepierna con las manos y se puso de cuclillas. Entonces vio su propio
reflejo en un espejo que había en el vestidor y que iba desde el suelo hasta
el techo; era tan repugnante que estuvo a punto de vomitar.
Vieja Jin
empezó a desternillarse de risa; sonaba muy joven, muy lasciva, con esa
risa que salía volando por encima del patio como una paloma.
—Dios mío, ¿dónde has aprendido eso? No soy un tigre, ¿sabes? ¡No
pienso arrancártela de un mordisco! —Entonces le dio un suave
empujoncito con el pie—. ¡Levántate, es la hora de bañarse!
Condujo a Jintong hasta el cuarto de baño, donde encendió la luz y le
mostró una bañera rosa que había detrás de un panel de cristal esmerilado.
Las paredes que la rodeaban estaban recubiertas de azulejos. También
había una cómoda italiana de color café y un calentador de agua japonés.
—Todas estas cosas se las compré a chatarreros. En esta época, la
mitad de los habitantes de Dalan se dedican a robar. Aquí no tengo agua
corriente caliente, así que necesito calentar el agua para el baño. —Señaló
a los cuatro calentadores de agua que había situados alrededor de la bañera
—. Me paso la mitad del día en remojo, en la bañera. En la primera mitad

de mi vida no me di ni un solo baño caliente, así que ahora me estoy

poniendo al día. Pero tú lo has pasado peor que yo, hijo. No me imagino

que en el campo de reforma mediante el trabajo os proporcionarán agua

caliente para que os bañéis.

Mientras hablaba, fue encendiendo los cuatro calentadores, que

comenzaron a verter agua caliente en la bañera. En muy poco tiempo la

habitación estaba llena de vapor. Vieja Jin le empujó dentro de la bañera,

pero él se estremeció y se salió de un salto. Ella lo volvió a empujar hasta

dentro.

—Resiste un poco —dijo ella—. Se enfriará en un minuto.

Entonces él apretó los dientes mientras toda la sangre que tenía en el

cuerpo pareció subírsele a la cabeza. Sintió un extraño picor por todas

partes. No era realmente doloroso, y tampoco entumecedor; era algo a

medio camino entre la ansiedad y la gloria. Se relajó y dejó que su cuerpo

se deslizara débilmente debajo del agua mientras los cuatro chorros

golpeaban su cuerpo con flechas de agua. A través del vapor vio cómo

Vieja Jin se despojaba de su albornoz, entraba en la bañera como una gran

cerda blanca y lo cubría con su cuerpo suave y reluciente. De repente el

vapor olía a perfume. Cogiendo una pastilla de un aromático jabón de
baño, ella le lavó la cabeza, la cara y el cuerpo, que quedó rápidamente
cubierto de espuma. Él se rindió débilmente, y cuando el pezón de ella le
rozó la piel, estuvo a punto de morir de éxtasis. La tierra y la mugre
abandonaron su cuerpo mientras los dos se movían y se agitaban en la
bañera. El pelo de Jintong y su corta barba quedaron limpios y bienolientes. Cualquier otro hombre se hubiera lanzado sobre ella, pero él
se limitó a seguir ahí tumbado y a dejar que ella lo limpiara y pellizcara
por todas partes.
Cuando salieron del baño, ella tiró por la ventana los harapos que él
llevaba puestos desde el campo de reforma y le puso ropa interior limpia.
Después lo ayudó a vestirse con un traje de Pierre Cardin que tenía
guardado para la ocasión. Tras completar su atuendo con una corbata, con
la que tuvo una momentánea lucha, le peinó el pelo, le puso un poco de
gomina coreana, le recortó la barba y lo roció de colonia.
Después lo
condujo hasta el espejo del vestidor, donde un alto, guapo e imponente
hombre chino vestido a la moda occidental le devolvió la mirada.

—¡Dios mío! —exclamó Vieja Jin—. ¡Pareces una estrella de cine!

Él se sonrojó y se dio la vuelta. Pero lo que había visto le había

gustado. No era el Shangguan Jintong que había sobrevivido a base de

huevos robados en la Granja del Río de los Dragones, y desde luego no era

el Shangguan Jintong que había estado apacentando al ganado en el campo

de reforma mediante el trabajo.

Vieja Jin lo condujo hasta un sofá que había al pie de la cama y le

ofreció un cigarrillo, que él rechazó. Temerosamente, aceptó el té que ella

le alcanzó. Ella se reclinó sobre el edredón doblado que había sobre el

lecho, estiró las piernas con naturalidad y se tapó con el albornoz mientras

fumaba ociosamente un cigarrillo que se había encendido, exhalando

anillos de humo. Durante el baño se le habían ido los polvos del rostro, y se

le veían algunas arrugas y unas pocas pecas oscuras, y cuando cerraba los

ojos para que no le entrara el humo se le formaban patas de gallo.

—Nunca en mi vida he visto un hombre más inocente —dijo, mirándolo de reojo—. ¿Es que soy una bruja vieja y fea?

Incapaz de aguantar la mirada penetrante que le echaba ella con los

ojos entrecerrados, Jintong bajó la cabeza y se apoyó las manos en las

rodillas.

—No —le dijo—, no eres vieja y no eres fea. Eres la mujer más

hermosa del mundo.

—Pensaba que tu madre me había mentido —dijo ella, y sonaba un

tanto desmoralizada—. Pero ya veo que lo que me dijo era cierto, hasta el

último detalle. —Apagó el cigarrillo en un cenicero y se incorporó—. El

incidente con aquella mujer... ¿realmente pasó eso?

Él estiró el cuello; no estaba acostumbrado a llevar ni el cuello almidonado ni la corbata, y se sentía constreñido. Tenía la cara toda

sudorosa. Se empezó a frotar las rodillas y se dio cuenta de que estaba a

punto de ponerse a llorar.

—No te preocupes —le dijo ella—. Preguntaba por preguntar. Eres un

pequeño idiota.

Al mediodía, una docena de hombres, más o menos, se les sumó para

almorzar. Todos iban vestidos con trajes occidentales y zapatos de cuero.

Cogiéndolo de la mano, ella les presentó a Jintong a sus invitados.

—Este es mi hijo adoptivo. Parece una estrella de cine, ¿no creéis?

Los hombres le miraron con sus ojos inteligentes. Uno de ellos, un

hombre que llevaba el pelo peinado hacia atrás y tenía un Rolex de oro en

la muñeca con la correa intencionalmente suelta, dijo con un guiño lascivo:

—¡Vieja Jin, eres una vaca vieja dándose un banquete en unos pastos

nuevos y tiernos!

Jintong se acordó de que Vieja Jin le había presentado a ese hombre

de mediana edad diciéndole que era el presidente de alguna comisión.

—¡Que le den a tu madre! —dijo Vieja Jin—. Este hijo mío es el Niño

de Oro sentado a los pies de la Reina Madre de Occidente, y es un

caballero en todos los sentidos. No como vosotros, perros cachondos. A

vosotros os atraen las mujeres como a los mosquitos les atrae la sangre. Os

lanzáis a hincarles los dientes aunque os aplasten de un manotazo.

—Vieja Jin —saltó un hombre calvo—, tú eres la única a la que

queremos hincarle el diente. —La parte inferior de los carrillos se le movía

cuando hablaba, tanto que con mucha frecuencia tenía que ponerse las

manos en las mejillas para evitar que la boca le temblara y se le deformara

—. ¡Qué carne tan sabrosa!

—Vieja Jin, le estás copiando una página al libro de la Emperatriz Wu

—dijo un fornido joven con el pelo ondulado y los ojos como un pececito

de colores—. ¡Te has hecho con un niño bien guapo!

—Todos vosotros tenéis vuestras segundas y terceras esposas, pero yo

no puedo... —Vieja Jin se detuvo—. Callaros esas bocazas sucias. Si no os

andáis con cuidado, me encargaré de que todo el mundo se entere de todos

vuestros secretos.

Un hombre con las cejas muy pobladas y las mejillas hundidas levantó

su copa de vino y se acercó a Jintong.

—Hermano mayor Shangguan Jintong, por ti y por tu liberación del

campo.

Ahora que su secreto había sido descubierto, Jintong tuvo ganas de

meterse a cuatro patas debajo de la mesa.

—¡Le tendieron una trampa para incriminarle! —gritó Vieja Jin, muy

indignada—. Jintong es un hombre honrado que nunca haría lo que le

imputaron.

Los hombres empezaron a susurrar entre ellos. Después se levantaron

y, uno tras otro, brindaron por Jintong. Como él nunca había bebido

alcohol, no hizo falta mucho para que la cabeza le empezara a dar vueltas.

Los rostros de los hombres adquirieron el aspecto de girasoles

bamboleándose en el viento, y tuvo la desconcertante sensación de que

tenía que aclarar algo con esta gente. Levantó su copa y dijo:

—Yo lo hice... con ella, pero su cuerpo todavía estaba caliente... sus

ojos todavía estaban abiertos... y sonrió...

—¡Bueno, eso sí que es un hombre de verdad! —oyó decir a uno de

los girasoles, cosa que le hizo sentirse mejor justo antes de caer boca abajo

sobre la comida que había en la mesa.

Cuando despertó, se dio cuenta de que estaba completamente desnudo

en la cama de Vieja Jin. Ella estaba ahí, a su lado, también desnuda,

apoyada en el edredón, con un vaso de vino en la mano, viendo un vídeo.

Era la primera vez en su vida que Jintong veía una televisión en color; en

el campo había visto la tele un ratito en un aparato en blanco y negro, que

ya era bastante sorprendente, pero las imágenes en color hacían que

desconfiara de sus propios ojos. Sobre todo porque un hombre y una mujer

desnudos estaban retozando ahí mismo, en la pantalla. Un sentimiento de

culpa hizo que agachara la cabeza. Entonces oyó a Vieja Jin soltar una

risita.

—Ya puedes dejar de disimular, hijo. Levanta la cabeza y mira bien.

Te hace falta ver cómo lo hace la gente.

Jintong levantó la cabeza y echó un par de miradas furtivas.

Un

escalofrío le recorrió la médula.

Vieja Jin se inclinó y apagó el vídeo. Unos puntitos blancos aparecieron en la pantalla hasta que ella apagó la televisión. Cuando

encendió la lámpara de la mesita de luz, las paredes se iluminaron en un

tono amarillo suave. Las cortinas de color azul pálido caían desde la

ventana hasta la cama como en una cascada. Vieja Jin sonrió y se puso a

provocarlo con los pies.

Jintong tenía la garganta seca como un pozo abandonado; la mitad

superior de su cuerpo estaba caliente como si estuviera en ascuas, y la

mitad inferior era como un charco de agua estancada. Tenía la vista

clavada en el redondeado pecho de ella, que le colgaba hasta el ombligo y

se combaba ligeramente hacia la izquierda. Sus labios se entreabrieron y él

se acercó a ella para metérselo en la boca, pero Vieja Jin lo apartó,

haciendo que se moviera provocativamente. Irritado por su rechazo, él la

cogió por los suaves hombros para intentar que se diera la vuelta. Ella se

giró hacia él; su pecho apareció ante la vista como un cisne silvestre

asustado, pero inmediatamente se movió y quedó oculto. No pasó mucho

tiempo antes de que se vieran metidos en un combate, en el que uno

luchaba por encontrar el pecho y la otra por apartarlo de él.
Así estuvieron
hasta quedar agotados. Finalmente, Vieja Jin, demasiado
exhausta como
para seguir impidiéndoselo, aceptó que él apoyara la cabeza en
su seno y,
sin pensar en otra cosa, se metiera el pezón en la boca con
tanta fuerza que
fue un milagro que no se tragara el pecho entero. Una vez se
hubo rendido
y hubo entregado el pezón, toda su voluntad de lucha
desapareció.
Gimiendo de placer, se puso a acariciarle el pelo con los dedos
mientras él
se dedicaba a mamarle el pecho hasta vaciárselo.
Después de hacerlo, Jintong se durmió como un bebé. Vieja
Jin,
ardiendo de pasión, probó todos los trucos que sabía para
despertar al
hombre-niño, pero él siguió roncando.
A la mañana siguiente, ella se despertó soltando un lánguido
bostezo y
miró a Jintong. La niñera le trajo a su hijo para que le diera de
comer y
entonces Jintong vio al bebé, que todavía no había cumplido ni
un mes,
mirándole con ojos rebosantes de odio.
—Ahora no —le dijo Vieja Jin a la niñera, frotándose el pecho
—.
Vete a comprarle una botella de leche en la lechería.
Cuando la niñera se hubo ido discretamente, Vieja Jin lo
insultó:

—Jintong, bastardo, has chupado tan fuerte que me has hecho sangre.

Él sonrió como pidiendo disculpas y se quedó mirando la mano que

tapaba su tesoro. El demonio del deseo volvió a aparecer, y él empezó a

acercarse, pero esta vez ella se puso de pie y se llevó el pecho a la

habitación de al lado.

Aquella noche, Vieja Jin se puso un grueso abrigo almohadillado

sobre un sujetador de lona hecho especialmente para ella. Se ciñó la cintura

con un ancho cinturón con tachuelas metálicas de los que usan los maestros

de artes marciales. Se había abrochado los botones del abrigo hasta las

caderas. Algunos trozos de algodón asomaban por la abertura. De cintura

para abajo iba desnuda a excepción, curiosamente, de un par de zapatos

rojos de tacón. En cuanto Jintong vio cómo iba vestida, sintió que se

encendía un fuego en su interior. Se excitó de una manera inmediata e

impresionante: tenía una erección tan grande que le golpeaba contra la

panza. Ella se disponía a inclinarse como un animal en celo, pero Jintong,

demasiado rebotante de deseo como para esperar, la tiró sobre la alfombra

y, como un tigre que se abalanza sobre su presa, la tomó allí mismo y en

aquel instante.

Dos días más tarde, Vieja Jin presentó a sus empleados al nuevo

director general, Shangguan Jintong. Iba vestido con un traje italiano,

hecho a mano, con una corbata de seda Lacrosse y un abrigo de sarga de

color camello. Remataba su conjunto una boina francesa, que llevaba un

poco ladeada. Estaba ahí de pie, con los brazos en jarras, como un gallo

que acaba de bajarse de la espalda de una gallina: agotado pero altanero,

dándole la cara al variopinto grupo de trabajadores de la empresa de Vieja

Jin. Hizo un breve discurso, para el que se inspiró, tanto en lo que al

lenguaje como en lo que a los gestos respecta, en la forma en que los

guardianes del campo de reforma mediante el trabajo se dirigían a los

reclusos, y vio, en los ojos de los empleados, una mezcla de envidia y odio.

Con Vieja Jin como guía, Jintong visitó todos y cada uno de los

rincones de Dalan, donde le presentaron a gente que tenía relaciones

comerciales —directas o indirectas— con la planta de reciclaje y con los

diversos puntos de venta. Comenzó a fumar cigarrillos importados y a

beber licores importados, aprendió todos los secretos del *mah-jongg* y se

hizo un maestro en las artes de organizar recepciones, dar sobornos y evadir impuestos; en una ocasión, incluso cogió la delicada mano de una joven camarera en el restaurante de la Posada de los Dragones Reunidos; ella se aturulló y se le cayó el vaso que tenía en la mano, que se hizo añicos. Él sacó un fajo de billetes y se los metió en el bolsillo de su uniforme blanco.

—Aquí hay una cosita para ti —le dijo.

Ella le dio las gracias con voz insinuante y coqueta.

Noche tras noche, como un granjero que nunca se cansara, cultivaba las fértiles tierras de Vieja Jin. A ella su inexperiencia y su torpeza le proporcionaban un placer especial y una clase de excitación nueva; sus gritos despertaban frecuentemente a los exhaustos trabajadores que dormían en sus chozas.

Una noche, un hombre que sólo tenía un ojo entró en el dormitorio de Vieja Jin con la cabeza erguida. Al verlo, Jintong se estremeció y empujó a Vieja Jin hacia el costado de la cama antes de apresurarse a taparse con la manta. Había reconocido al hombre a la primera; se trataba de Fang Jin, quien en una época había estado a cargo de la brigada de producción de la

Comuna Popular y era el marido legal de Vieja Jin.

Vieja Jin se sentó sobre la cama con las piernas cruzadas.

—¿No te acabo de dar mil yuan? —le preguntó, con un tono de voz

que mostraba cierta irritación.

Fang Jin se sentó en el sofá de cuero italiano que había enfrente de la

cama, donde tuvo un acceso de tos; entonces escupió un pegote de flema

sobre la hermosa alfombra persa que había a sus pies. La mirada de odio

que le echó con su ojo bueno era suficientemente ardiente como para

encender un cigarrillo.

—Esta vez no he venido en busca de dinero —dijo él.

—¿Y entonces qué es lo que quieres? —le preguntó ella, airada.

—¡Vuestras vidas!

Fang sacó un cuchillo de debajo de su chaqueta y, con una agilidad

sorprendente para su edad, se puso en pie de un salto sobre el sillón y se

lanzó a la cama.

Con un chillido de terror, Jintong rodó hasta el extremo más alejado

de la cama y se envolvió en la manta. Estaba tan petrificado que no podía

ni moverse. Entonces vio, aterrorizado, el frío brillo del cuchillo que Fang

Jin apretaba contra su pecho.

Como un pez que da coletazos en el suelo, Vieja Jin se situó entre

Fang Jin y Jintong, de modo que la punta del cuchillo ahora apuntaba a su pecho.

—¡Si no eres el hijo ilegítimo de una primera esposa, me apuñalarás a mí primero! —dijo fríamente.

Apretando los dientes, Fang Jin le dijo:

—Putas, putas asquerosas...

A pesar de la violencia de sus palabras, la mano que sujetaba el

cuchillo comenzó a temblar.

—No soy ninguna puta —dijo Vieja Jin—. El sexo es la forma en que

una puta se gana la vida, pero yo en realidad pago por ello.

¡Soy una mujer

rica que ha abierto un burdel para disfrutarlo ella misma!

El rostro desolado de Fang Jin se agitó como el océano cuando hay

olas. Algunos mocos líquidos le colgaban de los finos bigotillos de rata que

tenía, y le caían hasta la barbilla.

—¡Te voy a matar! —dijo con voz estridente y trató de clavarle el

cuchillo a Vieja Jin en el pecho, pero ella esquivó el golpe rodando hacia

un lado y el arma se clavó en la cama.

De una patada, logró echar a Fang Jin de la cama. Hizo restallar, como

si fuera un látigo, su cinturón de artes marciales, se deshizo de su cortísima

bata, se quitó el sujetador de lona y lanzó los zapatos por el aire, y después

se dio unas lascivas palmadas en el vientre; el sonido a hueco asustó tanto

a Jintong que casi se sale de su propia piel.

—A ver, viejo ataúd —le gritó—. ¿Puedes hacerlo? Sube aquí si

puedes hacerlo. ¡Y si no, vete de una puta vez!

Para cuando logró levantarse, medio encorvado, Fang Jin estaba

sollozando como un bebé. Con los ojos clavados en la pálida piel de Vieja

Jin, que no dejaba de moverse, se empezó a dar puñetazos en el pecho y a

lamentarse, desesperado:

—Putas, eres una puta, un día de estos os voy a matar a los dos...

Después, salió corriendo.

La paz volvió a la habitación. El estruendo de una sierra eléctrica

llegó desde el taller de carpintería, mezclándose con el silbido de un tren

que entraba en la estación. En aquel momento, Jintong escuchó el lóbrego

sonido del viento que silbaba a través de las botellas de licor vacías de su

hogar. Vieja Jin se despatarró delante de él, y él se fijó en su único pecho,

extendido en toda su fealdad sobre su cuerpo; el oscuro pezón parecía un

cohombro de mar seco.

Ella lo miró con frialdad.

—¿Puedes hacerlo así? —le dijo—. No, no puedes, ya lo sé.

Shangguan Jintong, eres una mierda de perro que no se queda pegada a la

pared, eres un gato muerto que no puede subirse al árbol.

¡Quiero que te

vayas de aquí cagando leches, como ha hecho Fang Jin!

IV

Excepto por el hecho de que su cabeza era más bien pequeña, la mujer de

Papagayo Han, Geng Lianlian, era realmente una mujer despampanante,

especialmente su tipo. Tenía las piernas largas, las caderas hermosas y

redondeadas, la cintura estrecha y delicada, los hombros finos, los pechos

bien formados y un cuello largo y recto. Del cuello para abajo, no había

ningún motivo de queja, puesto que lo había heredado todo de su madre, la

culebra de agua. Cuando pensaba en su madre, Jintong se acordaba de

aquella noche tormentosa que había pasado en el molino, hacía muchos

años, en la época de la guerra civil. Su cabeza, pequeña y plana como la

hoja de una pala, se bamboleaba bajo la lluvia y entre la niebla de las

primeras horas de la mañana, y realmente parecía ser tres partes mujer y

siete partes culebra.

Después de que Vieja Jin lo despidiera, Jintong estuvo vagabundeando

por las calles y las callejuelas de la cada vez más próspera ciudad de

Dalan. No se atrevía a ir a casa a ver a su madre. Le había enviado el dinero que cobró como indemnización; a pesar de que para enviarle el giro había tenido que estar tanto tiempo haciendo cola en la oficina de correos como habría tardado en llevárselo hasta la pagoda, a pesar de que ella tendría que ir a la misma oficina de correos a recoger el dinero y a pesar de que el empleado de allí se quedaría muy sorprendido por su forma de actuar, eso era lo que había hecho.

Cuando sus pasos lo llevaron hasta el distrito de la Colina de Arena, descubrió que la oficina del Departamento de Cultura había erigido dos monumentos en la colina. Uno conmemoraba a los setenta y siete mártires que los Cuerpos de Restitución de la Tierra a sus Dueños habían enterrado vivos. El otro conmemoraba la valiente lucha contra los imperialistas alemanes llevada a cabo por Shangguan Dou y Sima Daya, que habían dado su vida por la causa hacía casi un siglo. El texto, escrito en una prosa clásica prácticamente incomprensible, hizo que a Jintong la cabeza se le pusiera a dar vueltas y que sus ojos casi se le salieran de las órbitas. Un grupo de chicos y chicas —estudiantes universitarios, a juzgar por su

aspecto— se había reunido alrededor de los monumentos.

Todos hablaron

de ellos animadamente antes de juntarse para sacarse una foto de grupo. La

chica de la cámara llevaba unos pantalones muy ajustados de color gris

azulado cuyos extremos, acampanados, estaban todos cubiertos de arena

blanca. A la altura de las rodillas estaban desgarrados de forma asimétrica.

Encima llevaba un jersey amarillo de cuello vuelto increíblemente

abultado que le colgaba desde los hombros como la papada de una vaca. En

el pecho se había prendido una insignia del Presidente Mao y, sobre el

jersey, todavía llevaba de manera informal un chaleco con bolsillos de

todos los tamaños. Estaba agachada por la cintura, levantando la espalda al

aire como un caballo que está haciendo sus cosas.

—¡Bueno! —dijo—. No os mováis. ¡He dicho que no os mováis!

Después empezó a buscar a alguien que les sacara la foto. Su mirada

se posó en Jintong, que todavía llevaba el conjunto que le había regalado

Vieja Jin. La chica dijo algo en un idioma extranjero que él no comprendió,

aunque se dio cuenta de que ella le había tomado por un turista.

—¡Oye, chica, si me hablas en chino podré entender lo que dices!

Ella tragó saliva, probablemente sorprendida por su fuerte acento

local. ¡Que alguien de una tierra lejana venga a China y realmente aprenda

el dialecto de Gaomi del Noreste es algo impresionante!, supuso él que ella

estaría pensando, e incluso él soltó un suspiro. Qué maravilloso sería que

un extranjero de verdad pudiera hablar como alguien de Gaomi del

Noreste. Pero, por supuesto, alguien así ya había existido: el sexto yerno de

la familia Shangguan, Babbitt. Por no mencionar al Pastor Malory, que

hablaba chino mejor que Babbitt.

—Señor —dijo la chica sonriendo—, ¿le importaría sacarnos una

foto?

Contagiado por su vitalidad, Jintong se olvidó por un momento de su

situación, se encogió de hombros y puso una cara que había visto que los

extranjeros ponían en las películas. Resultó muy convincente. Cogió la

cámara que ella le dio y la observó explicarle qué botón tenía que apretar;

después dijo «*okay*» e hizo algunos comentarios en ruso. Eso produjo el

efecto deseado: la chica lo miró con evidente interés antes de darse la

vuelta y salir corriendo hacia los monumentos, donde se apoyó en los

hombros de sus amigos. Él miró por el objetivo, como un verdugo, y la enfocó solamente a ella, dejando a todos sus amigos fuera de cuadro. *Clic*.

Jintong apretó el botón. «*Okay*», dijo de nuevo. Unos instantes más tarde estaba solo delante de los monumentos, contemplando cómo se marchaban todos los jovenzuelos. Un aura de juventud quedó en el ambiente, y él le inspiró ávidamente. Tenía un sabor de boca amargo, como si se hubiera comido un caqui demasiado pasado. Tenía también la lengua de trapo y una desagradable sensación en el estómago.

Apoyó la mano en el monumento y se sumió irremediablemente en fantasiosos pensamientos, y si la mujer de su sobrino, Geng Lianlian, no hubiera acudido a su rescate, se podría haber quedado mustio ahí mismo, sobre el monumento de mármol, como un pájaro muerto. Ella llegaba desde la ciudad conduciendo una moto verde con sidecar. Jintong no tenía ni la menor idea de por qué se detuvo junto al monumento, pero se quedó contemplando admirativamente su encantadora figura.

—¿Eres tú Shangguan Jintong, mi tío?

Él, a modo de respuesta, se sonrojó.

—Soy Geng Lianlian, la mujer de Papagayo Han —dijo ella— . Ya sé

que él sólo dice cosas terribles de mí, como si fuera una especie de tigresa.

Jintong asintió ambiguamente.

—Me he enterado de que Vieja Jin te ha puesto de patitas en la calle

—dijo ella—. Pero bueno, no es ningún problema; he venido a contratarte

para nuestra Reserva Ornitológica Oriental. Estoy convencida de que tus

tareas, tu salario y tus beneficios te van a parecer satisfactorios, así que no

hace falta ni que preguntes.

—Pero yo soy un inútil, no sé hacer nada.

Ella sonrió.

—Te vamos a proponer algo que sí que sabes hacer —dijo, cogiéndole

de la mano antes de que pudiera responderle con algún otro comentario

autodespectivo—. Ven conmigo —añadió—. He dedicado la mayor parte

del día a correr por toda la ciudad buscándote.

Le indicó a Jintong que se sentara en el sidecar junto a un guacamayo

gigante atado con una cadena, que le miró con cara de pocos amigos y soltó

un chillido. Lianlian extendió una mano y le dio unas palmaditas al ave

antes de soltarle la cadena.

—Viejo Amarillo —le dijo—, vete volando a casa y notifícale al

director que el tío ya está en camino.

El ave, dando un torpe saltito, se subió al borde del sidecar, y desde ahí bajó al arenoso suelo. Como un niño que está aprendiendo a andar, se tambaleó hacia adelante mientras dio unos cuantos pasos y después abrió las rígidas alas y se elevó por el aire. Después de subir unos cien o ciento veinte metros, se dio la vuelta y se lanzó en picado hacia la motocicleta.

—Viejo Amarillo —dijo Lianlian, levantando la vista hacia el ave, que volaba en círculos alrededor de ellos—, vete ya. Deja de hacerte el gracioso. Cuando llegue a casa te daré unos cuantos pistachos. Emitiendo un chillido de satisfacción, el pájaro pasó rozando las copas de los árboles y se dirigió hacia el Sur.

Lianlian se apoyó en el motor de arranque y se subió a la motocicleta, giró el manillar y salió a toda velocidad calle abajo; el viento los despeinó a los dos. Avanzaron por una carretera recientemente pavimentada, y pronto llegaron a una zona pantanosa, donde la Reserva Ornitológica Oriental ocupaba una zona vallada de al menos cien hectáreas. La extravagante puerta de entrada al recinto, que se parecía a un arco conmemorativo, estaba protegida por dos vigilantes que llevaban unos

cinturones de Sam Browne cruzándoles el pecho y unas pistolas de juguete apoyadas en la cadera. Cuando pasó Lianlian, la saludaron. Inmediatamente después de la puerta había una montaña artificial de piedras de Taihu enfrente de un estanque con una fuente rodeada de grullas que parecían de verdad pero no lo eran. El guacamayo que había venido volando, precediéndolos, descansaba junto al estanque. Cuando vio a Lianlian se puso a seguirla, dando saltitos con torpeza. Papagayo Han, maquillado como un payaso de circo y con unos guantes blancos en las manos, salió corriendo de una pequeña construcción de la que, sobre la puerta, colgaban unas cortinas bordadas con cuentas.

—Bueno, tío, por fin hemos logrado que vinieras. Siempre he dicho que en cuanto las cosas empezaran a funcionar bien por aquí, comenzaría a saldar mis deudas. —Mientras hablaba, agitaba un reluciente bastón de plata—. El cielo y la tierra son inmensos, pero no tanto como la bondad de la abuela. Por eso, la primera deuda que debo saldar es con ella. Mandarle un saco lleno de carne no la haría muy feliz, y tampoco regalarle un bastón de oro. Pero que le consigamos trabajo a su hijo, por el contrario, la hace infinitamente feliz.

—Bueno, ya es suficiente —dijo Lianlian, hablando como un superior

le habla a un subordinado—. ¿Ya has entrenado al mainá? Juraste que

serías capaz de hacerlo.

—¡No te preocupes por eso, querida esposa! —Papagayo representaba

el papel de un payaso, haciendo profundas reverencias—. Será capaz de

cantar diez canciones distintas, tienes mi palabra.

—Tío —dijo Lianlian, volviéndose hacia Jintong—, podemos hablar

sobre tu nuevo trabajo dentro de un rato. Primero te voy a enseñar todo

esto.

Como director de relaciones públicas de la Reserva Ornitológica

Oriental, Jintong recibió instrucciones de Lianlian para que se fuera diez

días a un balneario, donde se ocupó de él una masajista tailandesa. Después

fue a un salón de belleza a que le hicieran diez limpiezas de cutis. Salió

totalmente rejuvenecido, un hombre nuevo. Lianlian no reparaba en gastos

para vestirlo a la última moda, rociarle abundantemente con colonia

Chanel y asignarle una joven para que atendiera sus necesidades diarias.

Todas estas extravagancias incomodaban a Jintong. En lugar de darle una

ocupación concreta, Lianlian se dedicaba a llenarle la cabeza con diversos

conocimientos sobre pájaros y a mostrarle proyectos de ampliación de la

reserva. Para cuando terminaron, él estaba convencido de que el futuro de

la Reserva Ornitológica Oriental era, de hecho, el futuro de la ciudad de

Dalan.

Una noche, aunque todo estaba en calma, Jintong no pudo conciliar el

sueño y estuvo dándose la vuelta una y otra vez en su mullido colchón

Simmons. Cuando recapituló y meditó sobre lo que había sido su vida

hasta aquel momento, se dio cuenta de que el estilo de vida del que

disfrutaba en la reserva ornitológica era prácticamente un milagro. ¿Qué

tiene pensado esta mujer de cabeza pequeña para mí?

Acariciándose el

pecho y los antebrazos, que ahora estaban más carnosos y bonitos,

finalmente se quedó dormido, y casi de inmediato soñó que le habían

crecido plumas de pavo real por todo el cuerpo. Abanicándose con las

plumas de la cola, semejantes a una espléndida y hermosa pared, vio miles

de puntitos danzando de un lado para otro. De repente Geng Lianlian y

unas cuantas mujeres con pinta de malvadas aparecieron y se pusieron a

arrancarle las plumas de la cola para regalárselas a sus amigos ricos y

poderosos. Él se quejó en el lenguaje de los pavos reales. Tío, le dijo

Lianlian, si no me dejas que te arranque las plumas, ¿para qué me sirves?

Entonces agarró un puñado de sus coloridas plumas y tiró. Jintong se

estremeció y se despertó. Tenía el rostro cubierto de un sudor frío y notó

inmediatamente un dolor en el trasero. Aquella noche no pudo volver a

dormirse. Mientras escuchaba a los pájaros que combatían en los pantanos,

estuvo reflexionando sobre el sueño que había tenido, tratando de analizar

lo que significaba exactamente; era algo que había aprendido en el campo

de reforma mediante el trabajo.

A la mañana siguiente Lianlian lo invitó a desayunar en su oficina.

También compartía este honor su marido, el maestro adiestrador de

pájaros, Papagayo Han. En cuanto Jintong atravesó la puerta, un mainá

negro posado en una percha de oro le dio la bienvenida diciéndole «buenos

días». El ave erizó su plumaje al *hablar*, y él se preguntó si sus oídos no lo

habrían engañado. Dio una vuelta alrededor del pájaro intentando encontrar

de dónde salía ese sonido.

—Shangguan Jintong —dijo el mainá—. Shangguan Jintong.

El saludo del ave le sorprendió y le puso eufórico. Le miró, asintió y

le dijo:

—Buenos días. ¿Cómo te llamas?

El pájaro volvió a erizar su plumaje y dijo:

—¡Bastardo! ¡Bastardo!

—¿Has oído eso, Papagayo? —dijo Lianlian—. ¿Eso es lo que le has

estado enseñando a tu pequeña mascota?

Papagayo le dio una bofetada al mainá.

—¡Bastardo! —lo insultó.

—¡Bastardo! —le hizo eco el mainá, un tanto mareado.

Evidentemente avergonzado, Papagayo se volvió hacia Lianlian.

—Maldición —le dijo—, ¿has visto alguna vez algo parecido a este

pájaro? Es como un niño pequeño. Puedes intentar enseñarle a hablar

decentemente hasta el agotamiento, pero no sirve para nada. Después dices

una palabrota y se la aprende a la primera.

Lianlian le ofreció a Jintong un poco de leche fresca y un huevo de

avestruz pasado por agua. Ella comía como un pajarito, casi sin hambre,

pero Jintong tenía tanta hambre como un cerdo. Lianlian se preparó una

taza de café Nestlé, que tenía un aroma maravilloso.

—Tío —le dijo—. Los ejércitos se entrenan durante mil días para

combatir uno. Ha llegado la hora de que demuestres sus habilidades.

Jintong tragó saliva, sorprendido; después sufrió un ataque de hipo.

— *Ern* —dijo, tartamudeando—, ¿y qué... qué puedo hacer?

Obviamente molesta por su hipo, ella le clavó sus crueles ojos grises

en la boca. Debido a ese matiz de crueldad, sus ojos, que habitualmente

eran tiernos, de pronto se volvían increíblemente intimidatorios, y a

Jintong le recordaban los de su madre y los de esas serpientes de los

pantanos que son capaces de tragarse un ganso entero. Esa idea hizo que se

le pasara el hipo.

—¡Hay un montón de cosas que puedes hacer!

De sus ojos grises salieron unos rayos de ternura, haciendo que recuperaran su mágica belleza.

—Tío —le dijo—, ¿sabes qué es lo único que necesitamos para llevar

a cabo nuestros planes? Por supuesto que lo sabes. Es dinero. El balneario

nos costó dinero. Esa masajista tailandesa de enormes pechos nos costó

dinero. ¿Sabes cuánto costó ese huevo de avestruz que te acabas de comer?

—Le mostró los cinco dedos—. ¿Cincuenta? ¿Quinientos? ¡No, cinco mil!

Cada cosa que hacemos cuesta dinero, y para que la Reserva Ornitológica

Oriental prospere necesitamos un montón. ¡No ochenta, ni cien mil, ni

doscientos o trescientos mil, sino millones, decenas de millones! Y para conseguirlos necesitamos el apoyo del gobierno. Necesitamos préstamos bancarios, y los bancos son propiedad del gobierno. Los directores de los bancos hacen lo que se le antoja a la alcaldesa, y ¿a quién escucha la alcaldesa?

Lianlian sonrió, miró a Jintong y contestó la pregunta que ella misma

había planteado:

—¡A ti! ¡A ti te escucha!

Volvió el hipo.

—Tranquilízate, tío. Escucha con atención. La nueva alcaldesa de

Dalan no es cualquiera; es precisamente tu mentora, Ji Qiongzhi.

Y la primera persona por la que preguntó cuando fue nombrada fuiste

tú. Piénsalo un momento, tío. Después de tantos años, sigue acordándose

de ti. No es posible que haya una emoción más profunda que esa.

—O sea que debo ir a verla y decirle: mentora Ji, soy Shangguan

Jintong y me gustaría que le concediera un préstamo de varios millones de

yuan a mi sobrina para su reserva ornitológica. ¿Es eso? —dijo Jintong.

Lianlian se empezó a reír en voz alta. Dándole un delicado golpecito

en el hombro, le dijo:

—Tío bobo, mi tío bobo, la verdad es que te mereces tu reputación de

hombre inocente. Yo te explicaré cómo tienes que hacerlo.

Durante las dos semanas siguientes, Lianlian adiestró a Jintong del

mismo modo en que Papagayo adiestraba a sus pájaros; día y noche, estuvo

enseñándole lo que a una mujer importante le gusta que le digan. El día

antes del cumpleaños de Ji Qiongzhi, Lianlian dirigió el ensayo general en

su dormitorio. Vestida con un camisón blanco casi transparente, representó

el papel de la Alcaldesa Ji con un cigarrillo en una mano y una copa de

buen vino en la otra y unas pantuflas bordadas en los pies. Sobre la

almohada había un filtro de amor. Jintong, que llevaba un traje hecho a

mano y unas gotas de colonia francesa, empujó con suavidad la puerta con

adornos de cuero; tenía unas cuantas plumas de pavo real apoyadas en un

brazo y un loro adiestrado en el otro.

En cuanto entró en la habitación, el prestigio y la actitud de Ji

Qiongzhi le dejaron petrificado. A diferencia de Lianlian, no iba vestida

con un atrevido camisón; lo que llevaba era un viejo uniforme militar

abotonado hasta el cuello. Y no se estaba fumando un cigarrillo ni tenía

una copa de vino en la mano. No hace falta decir que tampoco había un

filtro de amor sobre la almohada. De hecho, no le recibió en su dormitorio.

Se estaba fumando una pipa de los tiempos de Stalin que echaba un olor

apestoso a tabaco ordinario, y bebía té en una desmesurada taza de

porcelana medio desconchada en la que se podían leer las palabras *Granja*

del Río de los Dragones. Estaba sentada en una destartada silla de ratán y

tenía los pies, cubiertos con unos malolientes calcetines de nailon,

apoyados sobre el escritorio que había delante de ella. Cuando él entró, se

encontraba enfrascada en la lectura de un documento mimeografiado. Al

verlo, lo arrojó a un lado.

—¡Bastardo! ¡Chinche asquerosa!

A Jintong casi se le doblan las piernas, y estuvo a punto de dejarse

caer de rodillas frente a ella. Ella bajó los pies del escritorio y los metió en

sus zapatos, apoyándose en los tacones. Entonces le dijo:

—Ven aquí, Shangguan Jintong. No tengas miedo, no lo decía en

serio.

Si hubiera seguido las instrucciones de Lianlian, en aquel momento

Jintong debería haberle hecho una profunda reverencia y después, con

lágrimas en los ojos, tendría que haberla mirado fijamente a los pechos

pero sólo durante unos diez segundos. Más que eso habría dado la

impresión de que tenía intenciones inoportunas; menos que eso era una

falta de respeto. Después, tendría que haberle dicho: «Ji Qiongzhi, mi

querida profesora, ¿todavía te acuerdas de este alumno inútil que tuviste?».

Pero ella le había llamado por su nombre antes de que él pudiera abrir

la boca y le había mirado analíticamente de la cabeza a los pies, con la

misma vivacidad en los ojos que siempre había tenido. Él se sintió

incómodo y deseó poder dejar caer lo que llevaba y salir corriendo todo lo

rápido que le permitieran sus pies. Ella olisqueó el aire.

—¿Con cuánta colonia te ha rociado Geng Lianlian? —dijo con tono

burlón.

Se levantó y abrió una ventana para que entrara el fresco aire de la

noche. A lo lejos, las soldadoras eléctricas hacían saltar chispas en las

vigas de acero, muy por encima del suelo, como si fueran fuegos

artificiales en una noche de vacaciones.

—Toma asiento —le dijo—. No tengo nada que ofrecerte, sólo un

vaso de agua. —Cogió del carrito del té una taza a la que le faltaba el asa y

se fijó con detenimiento en la mugre que tenía en el fondo—:
Mejor no.

Está inmunda y me da pereza ir a lavarla. Me estoy haciendo
mayor. El

tiempo es implacable. Después de pasarme el día corriendo de
un lado para

otro, se me han hinchado las piernas como un pan con
levadura.

«Cuando saque el tema de la edad que tiene y se queje de que
se está

haciendo mayor, tío, no debes darle la razón. Incluso aunque
su rostro

parezca una calabaza seca, lo que tienes que decirle es...».
Entonces, él

repitió una por una las palabras que Geng Lianlian le había
hecho

memorizar:

—Profesora, salvo por el hecho de que estás un poco más re-
llenita,

tienes exactamente el mismo aspecto que tenías cuando nos
enseñabas

canciones, hace tantos años. ¡Pareces una mujer de veintisiete
o veintiocho

años, desde luego de no más de treinta!

Con una mueca burlona, Ji dijo:

—Geng Lianlian te ordenó que me dijeras eso, ¿verdad?

—Sí —dijo él, y se sonrojó.

—Jintong, no puedes cantar una canción sólo memorizando la
letra.

Te prometo que estás perdiendo el tiempo chupándome el culo
de esa

manera. ¡Menos de treinta años, sí! ¡Y una mierda! No hace falta que nadie me diga que me estoy haciendo mayor. El pelo se me ha vuelto gris, cada vez veo peor, mis dientes amenazan con caerse y la piel me cuelga hacia abajo. Hay más cosas, pero preferiría no tener que hablar de ellas. La gente me elogia cuando estoy delante, pero cuando me doy la vuelta me maldice, en silencio o en voz alta. «¡Vieja aprovechada!». «¡Vieja bruja!». Como lo has reconocido, no te lo tendré en cuenta. También podría haberte echado a la calle. Pero bueno, toma asiento. No te quedes ahí de pie. Jintong le ofreció el puñado de plumas de pavo real.

—Profesora Ji, Geng Lianlian me pidió que te diera estas plumas y te dijera: «Profesora, estas cincuenta y cinco plumas son un regalo de cumpleaños que reflejan tu belleza».

—¡Más mentiras de mierda! —dijo Ji—. Un pavo real es bonito, pero no es tan bonito como un pollo posado en una percha. Llévate esas flores y devuélveselas. ¿Y eso que es, un loro de los que hablan? — Señaló a la jaula que él llevaba—. Descúbrela y déjame echar un vistazo. Jintong quitó la cubierta de seda roja y dio unos golpecitos en la jaula. El loro somnoliento que había en su interior desplegó las alas y dijo:

«¿Cómo está usted, cómo está usted, Profesora Ji?». Ji Qiongzhi le dio un puñetazo a la jaula, asustando tanto al pájaro que se puso a saltar de un lado para otro. Sus hermosas plumas hacían mucho ruido cuando se golpeaban contra las paredes de la caja. Soltando un suspiro, Ji dijo:

—¿Que cómo estoy? Hecha una mierda, así es como estoy. — Volvió a llenar su pipa y la chupó como un anciano desdentado—. Hombre-pájaro

Han plantó una semilla de dragón —dijo—. ¡Pero lo que ha salido tras tanto esfuerzo no ha sido más que una pulga! ¿Para qué te dijo Geng Lianlian que vinieras a verme?

Jintong tartamudeó:

—Me dijo que te invitara a visitar la Reserva Ornitológica Oriental.

—Ese no es el verdadero motivo —dijo Ji, cogiendo su taza de té y dándole un trago. Después, golpeándola contra la mesa, dijo —: Lo que realmente quiere es un préstamo bancario.

V

Un magnífico día de primavera, Ji Qiongzhi elevó el estatus de Jintong: iba a encabezar una delegación formada por las personalidades más influyentes de Dalan y por los directores del Banco de la Construcción, el

Banco de la Industria y del Comercio, el Banco Popular y el Banco de la

Agricultura, a los que invitó especialmente, para hacer una visita a la

Reserva Ornitológica Oriental. Lu Shengli, una mujer de porte majestuoso,

aquel día se vistió de una forma muy sencilla, pero cualquier persona que

tuviera una mínima idea podía darse cuenta de que precisamente esa

sencillez era una declaración de elegancia, y que toda su ropa *sencilla*

estaba hecha por diseñadores extranjeros.

Unas cuarenta lujosas limusinas, o más, se detuvieron junto a la

puerta de la Reserva Ornitológica Oriental, de la que colgaban dos faroles

de color rojo de tres metros de diámetro que contenían más de cien

alondras de cuello plateado. Papagayo Han había adiestrado a los pájaros

para que comenzaran a cantar en cuanto oyeran el sonido de los motores de

los automóviles. Los faroles vibraban al son de las canciones de las

alondras, música natural de insuperada e inolvidable belleza. El arco que

techaba la puerta alojaba más de setenta nidos de vencejos dorados,

también adiestrados con mano mágica por Papagayo Han. En una placa de

madera que había junto a la puerta estaban escritos el nombre de los

vencejos en inglés y una detallada descripción de las aves en chino y en inglés. Llamaba especialmente la atención el hecho de que los nidos casi transparentes tenían un alto valor nutricional. Cada uno de ellos costaba 3000 yuan. Para la ocasión, Geng Lianlian había instalado en secreto varios cientos de altavoces en los árboles de los alrededores que llenaban la zona con los sonidos grabados de reclamos. Justo al otro lado de la puerta había una serie de carteles donde decía: *Los pájaros llaman, las flores cantan*. En cada cartel había una palabra a tamaño gigante. Al principio, los observadores supusieron que la palabra «cantan» era un error, pero pronto se dieron cuenta de que estaba perfectamente elegida, puesto que las flores de la Reserva Ornitológica Oriental de hecho parecían estar cantando mientras se bamboleaban al compás de los reclamos de los pájaros, que eran casi ensordecedores. Una bandada de pollos silvestres muy bien entrenados realizó un baile de bienvenida en el medio del patio, juntándose por parejas y dando vueltas por el aire alternativamente, en perfecta sincronía con la música. ¡No pueden ser pollos silvestres! Tenía que

tratarse de una bandada de jóvenes caballeros (con vistas a la continuidad
estética, Papagayo Han solamente había adiestrado a pájaros varones), una
bandada de jóvenes dandis que han formado un coro multicolor que
encandilaba a los observadores. Geng Lianlian y Jintong condujeron a los
visitantes al salón de actos de la reserva, donde Papagayo Han, vestido con
un traje ceremonial que tenía unas flores rojas bordadas, los estaba
esperando con la batuta en la mano. Su aspecto era impresionante. Una vez
que los visitantes estuvieron dentro, una joven asistente apretó un
interruptor. El salón se llenó de luz y veinte papagayos atigrados que
estaban posados en una percha horizontal, justo enfrente de la entrada,
cantaron al unísono: «¡Bienvenidos, bienvenidos, bienvenidos de todo
corazón; bienvenidos, bienvenidos, bienvenidos de todo corazón!». Los
visitantes les respondieron con un aplauso clamoroso. Antes de que su eco
se hubiera apagado, una bandada de pequeños lúganos salió volando. Cada
uno de ellos llevaba un trozo de papel rosa doblado en el pico, que dejaron
caer sobre las manos de los visitantes. Al desdoblarlos, leyeron lo

siguiente: *¡Os saludamos, honorables personalidades!* Los receptores

chasquearon la lengua, maravillados. Después aparecieron dos mainás

vestidos con unas chaquetas rojas y unos pequeños sombreros verdes.

Balanceándose, se acercaron hasta un micrófono que había en el medio del

escenario, y uno de ellos anunció altaneramente: «Señoras y caballeros,

¿qué tal están?». El segundo mainá lo tradujo a un perfecto inglés.

«Gracias por honrarnos con su presencia. Agradeceremos sus valiosos

consejos» (otra vez traducido al inglés). El director del Departamento

Municipal para el Comercio, que sabía mucho inglés, comentó: «Puro

inglés de Oxford». «Ahora, para que disfruten, les ofreceremos una versión

de l *Himno de la liberación de las mujeres*, interpretado por Mainá de

Montaña». Un mainá de montaña, vestido con un traje de color violeta, se

acercó caminando hasta el micrófono y le hizo una reverencia al público,

tan profunda que todos pudieron verle dos manchas amarillas que tenía en

la parte de atrás de la cabeza. Después dijo: «Hoy voy a interpretar una

canción histórica que le dedico respetuosamente a la Alcaldesa Ji. Espero

que a todos les guste. Gracias». Otra profunda reverencia expuso ante la

vista del público las dos manchas, mientras diez canarios subieron al

escenario dando pequeños saltitos para cantar los primeros compases con

sus encantadoras voces. El mainá de montaña comenzó a moverse y su voz

se elevó por el aire, cantando:

En la sociedad antigua, las cosas eran así:

Un pozo, un pozo oscuro y seco, muy profundo, en el suelo.

La gente corriente aplastada y las mujeres en lo más bajo, en lo

más bajo de todo.

En la sociedad nueva, las cosas son así:

Un sol, un sol brillante y cálido, muy alto, sobre las cabezas de

los campesinos.

Las mujeres tienen la libertad deponerse en pie en lo más alto, en

lo más alto de todo.

La canción concluyó en medio de un aplauso atronador.

Lianlian y

Jintong le echaron una mirada furtiva a Ji Qiongzhi para ver cuál era su

reacción. Estaba sentada tranquilamente, sin aplaudir ni gritar ni

exteriorizar ningún sentimiento de aprobación. Lianlian empezó a

retorcerse.

—¿Qué es lo que le pasa? —le preguntó en voz baja a Jintong,

dándole un ligero codazo. Él sacudió la cabeza.

Lianlian se aclaró la garganta para que todo el mundo le prestara atención.

—Ahora quiero invitar a nuestros honorables visitantes al comedor.

Debido a que la Reserva Ornitológica Oriental es una empresa nueva y

tiene unos fondos limitados, sólo les podemos ofrecer una cena modesta.

Nuestro chef ha preparado un «banquete de cien pájaros» en su honor.

La aviaria pareja de maestros de ceremonias se acercaron a toda prisa

al micrófono para anunciar al unísono:

—Banquete de cien pájaros, banquete de cien pájaros, abundantes

delicias. Desde avestruces hasta colibríes. Desde patos reales hasta pollos

de plumaje azul. Grullas de cresta roja y tórtolas de cola larga. Avutardas e

ibis, picogordos y patos mandarines, pelícanos y periquitos. Aves roe

amarillas, tordos y pájaros carpinteros. Cisnes, cormoranes, flamencos...

Ji Qiongzhi salió con una expresión muy seria en la cara antes de que

los mainás terminaran la lista de todas las aves que había en el menú. Sus

subordinados la siguieron a regañadientes. En cuanto hubo entrado en su

coche, Lianlian dio una patada al suelo, enfadada, y gruñó:

—¡Qué bruja! ¡Una maldita aprovechada!

Al día siguiente, Geng Lianlian recibió una transcripción de las partes

más relevantes de una reunión que se había celebrado en el Ayuntamiento.

«¿Una reserva ornitológica? —había dicho Ji Qiongzhi—. ¿Quieren dinero

del gobierno? ¡No recibirán ni un céntimo mientras yo sea la alcaldesa de

esta ciudad!».

Lianlian soltó una risita cuando llegó la noticia.

—Vieja de mierda. Pero nosotros vamos a seguir sin bajarnos del

burro, cantando nuestra canción, y ya veremos lo que sucede.

Después le dio instrucciones a Jintong para que enviara los regalos,

que ya habían preparado, a los hogares de la gente que había ido a ver el

espectáculo, excepto a Ji Qiongzhi. Entre los regalos se incluían medio kilo

de nido de golondrina y un ramillete de plumas de pavo real. Los visitantes

más importantes, es decir, los directores de bancos, recibirían medio kilo

adicional de nido de golondrina.

Jintong dudó.

—Yo... no puedo hacer esa clase de cosas.

En menos de un segundo, los ojos grises de Lianlian se convirtieron

en ojos de serpiente.

—No puedes hacerlo —dijo gélidamente—. Entonces me temo que

tendré que pedirte que busques trabajo en otra parte, tío. Quién sabe, tal

vez esa maravillosa profesora tuya te encuentre un puesto oficial en algún

sitio.

—Podemos poner al tío de portero, o algo así —propuso Papagayo

Han.

—¡Cállate! —le dijo entre dientes Lianlian—. Será tu tío, pero no es

el mío. Esto no es una residencia de la tercera edad.

—Te recomiendo que no mates y te comas al burro cuando ha terminado de trabajar en la noria —masculló Papagayo.

Lianlian tiró la taza de café que tenía en la mano hacia la cabeza de

Papagayo. De sus ojos surgieron unos rayos amarillos, su boca se abrió

salvajemente y dijo:

—¡Salid de aquí, salid de aquí echando leches! ¡Los dos! ¡Si me

hacéis enfadar, os voy a usar de alimento para las águilas!

Aterrorizado, Jintong se apoyó las dos manos sobre el pecho.

—Es todo culpa mía, sobrina. Debería morirme mil veces. No soy

humano, soy la escoria de la sociedad. No la tomes con mi sobrino. Me iré

de aquí. Me habéis alimentado, me habéis proporcionado ropa, y os

devolveré todo lo que os debo, aunque tenga que dedicarme a recoger

basura o botellas vacías.

—¡Qué buena idea! —se burló Lianlian—. Eres un maldito imbécil.

Cualquiera que se haya pasado la vida colgando de la boca, aferrado a los

pezones de las mujeres, es inferior a un perro. Si yo fuera tú, ya me habría

colgado de un árbol hace mucho tiempo. El Pastor Malory plantó una

semilla de dragón, pero lo único que cosechó fue una pulga. No, tú no eres

una pulga. Una pulga puede, al menos, saltar por el aire, muy alto. En el

mejor de los casos, eres una chinche apestosa, y tal vez ni siquiera llegues

a eso. ¡Eres como un piojo que llevara tres años pasando hambre!

Tapándose las orejas, Jintong huyó de la Reserva Ornitológica Oriental, pero por muy rápido que corriera, las afiladas pullas de Lianlian

le seguían hiriendo. Presa de la confusión, se dirigió a un campo de cañas

que estaban todas amarillentas y marchitas debido a que no habían sido

cortadas desde el año anterior. Las cañas nuevas ya habían crecido unos

quince centímetros. Penetró hasta lo más profundo del campo y,

momentáneamente, quedó incomunicado con el mundo exterior. El viento

hacía susurrar las plantas secas; el olor amargo de las plantas nuevas se

elevaba desde el suelo embarrado. El corazón estaba a punto de partírsele

y, cayendo al suelo, comenzó a llorar lastimeramente,
aporreándose su
gran y torpe cabeza con las manos llenas de fango. Como si
fuera una
ancianita, se puso a gritar entre sollozos: «¿Por qué me dejaste
nacer,
Madre? ¿Cómo has podido criar un trozo de basura tan inútil
como yo?
Tendrías que haberme tirado al retrete justo después de nacer.
¡Madre, he
vivido la vida como alguien que no es ni humano ni demonio!
Los adultos
se han metido conmigo, los niños se han metido conmigo, los
hombres se
han metido conmigo, las mujeres se han metido conmigo, los
vivos se han
metido conmigo, los muertos se han metido conmigo...
Madre, ya no
puedo más, ha llegado la hora de que abandone este mundo.
¡Señor del
Cielo, abre los ojos, márame lanzándome un rayo! Madre
Tierra, ábrete y
trágame. ¡Madre, ya no lo soporto más! Me ha insultado y me
ha
vilipendiado a la cara...».

Cuando se agotó de llorar y de gritar, se acostó en el suelo
embarrado,
pero estaba tan incómodo que tuvo que levantarse de
inmediato. Se sonó la
nariz, que se le había puesto roja de tanto llorar, y se secó las
lágrimas de
la cara. Había sido un buen llanto, y ahora se sentía mucho
mejor. Entonces

se fijó en un nido de alcaudón que había entre las cañas, y después en una serpiente deslizándose por el suelo. Se quedó petrificado durante unos instantes, pero después se alegró de no haberle dado a la serpiente la oportunidad de treparle por la pernera del pantalón. El nido del alcaudón hizo que se acordara otra vez de la Reserva Ornitológica Oriental. La serpiente hizo que pensara en Geng Lianlian, y entonces el corazón se le fue llenando lentamente de rabia. Le dio una fuerte patada al nido, pero como estaba atado a las cañas con tallos de cola de caballo, el nido se quedó donde estaba y además él estuvo a punto de perder el equilibrio. Entonces desató el nido, lo tiró al suelo y lo pisoteó hasta aplastarlo con los dos pies. «¡Maldita Reserva Ornitológica de porquería! ¡Hijo de perra! ¡Esto es lo que te mereces! ¡Te voy a aplastar y a borrar de la faz de la tierra! ¡Hijo de perra!». Dar tantos pisotones y patadas hizo que aumentaran su valor y su furia, así que se agachó y arrancó una caña, con tan mala suerte que se cortó la palma de la mano con su afilada hoja. Ignorando el dolor, levantó la caña por encima de su cabeza y se fue en

busca de la serpiente. Se la encontró deslizándose entre los capullos

morados de las cañas más jóvenes. Avanzaba a toda prisa por el suelo.

«¡Geng Lianlian! —gritó, levantando de nuevo la caña sobre su cabeza—,

¡eres una serpiente venenosa! ¡Te equivocaste metiéndote conmigo, y

ahora tu vida me pertenece!». Golpeó con la caña con todas sus fuerzas. No

sabía si le había dado a la serpiente en la cabeza o en el cuerpo, pero estaba

seguro de que le había dado porque se curvó inmediatamente, levantó la

cabeza, que atravesaban unas cuantas rayas negras, y se puso a silbar,

mirándole fijamente con sus maliciosos ojos grises. Jintong se estremeció

y se le puso el vello de punta. Estaba a punto de golpearla otra vez con la

caña cuando la serpiente comenzó a deslizarse hacia él.

Llamando a su

madre a gritos, tiró la caña al suelo y se alejó de allí lo más rápido que

pudo, sin preocuparse por los cortes en la cara que se hacía con las afiladas

hojas al correr. No se detuvo a recuperar el aliento hasta que estuvo seguro

de que la serpiente no le había seguido. Ya no le quedaba nada de fuerza en

los músculos, la cabeza le daba vueltas y se sintió, de repente, muy débil.

Además, su estómago rugía de lo vacío que estaba. En la distancia, la

puerta con forma de arco de la Reserva Ornitológica Oriental destellaba

bajo la brillante luz del sol. El graznido de las grullas se elevaba hasta las

nubes. En la época que acababa de dejar atrás era la hora del almuerzo. El

dulce aroma de la leche fresca, el olor del pan y la fragancia de las

codornices y los faisanes se le aparecieron súbitamente, todos a la vez, y

comenzó a arrepentirse de haber sido tan impulsivo. ¿Por qué me fui? ¿Qué

me hubiera costado entregar unos pocos regalos? Se dio una bofetada. No

le dolió, así que volvió a hacerlo. Esta vez le picó un poco. Se armó de

valor y se pegó un tortazo. Le dolió tanto que dio un salto en el aire. Tenía

un dolor punzante en la mejilla. «¡Shangguan Jintong, eres un bastardo por

haber permitido que tu obsesión por guardar las apariencias te cause tanto

sufrimiento!», se insultó en voz alta. Sus pies le llevaron hacia la Reserva

Ornitológica Oriental. Sigue. Un hombre de verdad sabe cómo ir con la

cabeza bien alta cuando tiene que hacerlo, y cómo agacharse cuando es

necesario agacharse. Pídele perdón a Geng Lianlian, admite que te

equivocaste y suplícale que te deje volver. ¿Para qué sirven las apariencias

cuando uno ha caído tan bajo? ¿Las apariencias? Eso es un lujo para la

gente adinerada, no para la gente como tú. Que te haya llamado una

chinche apestosa no te convierte en una. O, ya puestos, en un piojo. Se

reprendió a sí mismo, se enrabietó consigo mismo, se compadeció y se

perdonó a sí mismo, sintió su propio dolor, se explicó a sí mismo lo que

estaba pasando, se descubrió a sí mismo dando vueltas alrededor del

problema, se dio una lección a sí mismo y, antes de que pudiera darse

cuenta, se encontró ante la puerta de la Reserva Ornitológica Oriental.

Estuvo un rato caminando de un lado para otro, sin decidirse a hacer

nada. A veces reunía coraje y se disponía a entrar, pero se arrepentía justo

cuando estaba a punto de hacerlo. Cuando un hombre de verdad dice que se

larga, ni cuatro caballos pueden retenerlo. Si aquí no hay lugar para mí, lo

habrá en otra parte. Un buen caballo no come la hierba que ha pisoteado.

No pienso agachar la cabeza aunque me muera de hambre. Voy a

mantenerme erguido en el viento aunque me muera de frío. Lucharé por

hacer un buen papel, pero no por un poco de pan. Tal vez nos falte comida,

pero nos sobra voluntad. Todo el mundo tiene que morir alguna vez, y

tenemos que dejar un nombre para la historia. Se estuvo diciendo todas

estas frases hechas, tratando de reforzar su decisión, pero en cuanto se

alejaba unos cuantos pasos, daba media vuelta y regresaba frente a la

puerta. Jintong se enfrentaba a un dilema. Esperaba, contra toda esperanza,

encontrarse casualmente con Papagayo Han o con Lianlian ahí mismo, en

la puerta. Pero luego escuchó que Papagayo Han gritaba algo y salió

corriendo y se ocultó detrás de un árbol. Ahí se quedó, escondido, muy

cerca de la puerta, hasta que se puso el Sol. Entonces le echó un vistazo a la casa y vio que la ventana de Lianlian estaba suavemente iluminada, y la melancolía se adueñó de su estado de ánimo. Continuó mirando pero no se le ocurrió nada, y al final se dio la vuelta y se forzó a ponerse en marcha en dirección a la ciudad.

Fue el olor a comida lo que lo llevó, instintivamente, hasta el mercado nocturno de tentempiés de la ciudad. Originalmente, ahí se había ubicado el centro de entrenamiento en artes marciales, pero ahora era el lugar donde se vendían sabrosos refrigerios. Cuando llegó, las tiendas todavía estaban abiertas. Sus brillantes luces de neón se encendían y se apagaban.

Los tenderos holgazaneaban en la entrada de las tiendas, escupiendo cáscaras de pipas de sandía mientras esperaban en vano a algún cliente. La escena que se desarrollaba en la calle adoquinada era bastante acogedora. El asfalto refulgía, mojado, y ambos lados de la calle estaban iluminados con lámparas eléctricas que daban una cálida luz roja. Los propietarios de los puestos callejeros iban vestidos con uniformes blancos y altos sombreros. En la entrada había un cartel que decía:

EL SILENCIO ES ORO

AQUÍ TU BOCA ES PARA COMER, NO PARA HABLAR
TU COLABORACIÓN SERÁ RECOMPENSADA

A Jintong jamás se le había ocurrido que las reglas del mercado de la nieve se abrirían paso hasta este pequeño mercado de tentempiés. Una neblina rosácea se elevaba por encima de la calle gracias a las lámparas rojas, enmarcando a los propietarios de las tiendas mientras estos hacían señas a la gente que pasaba con los ojos y con las manos, y proporcionándole un aura furtiva y misteriosa a la zona. Las pandillas de chicos y chicas, vestidos con ropas de colores brillantes y alegres, con los brazos entrelazados o pasándose la mano por encima del hombro, abrazados, echaban miradas al pasar pero observaban escrupulosamente la prohibición de hablar. Formaban parte de un majestuoso espectáculo y compartían el extraño y divertido estado de ánimo de lo que no era ni un juego ni una broma. Parecían pequeñas bandadas de pájaros que se tambaleaban hacia un lado y hacia el otro y picoteaban aquí y allá. Los compradores y los vendedores se veían igualmente atrapados en la seriedad del momento. Cuando Jintong puso un pie en esta calle silenciosa, tuvo la inmediata sensación de regresar a sus raíces y, por un momento, se olvidó

de su hambre y de la humillación que había sufrido aquella mañana. Le dio

la sensación de que el silencio había derribado todas las barreras que

separan a la gente.

Un poco después de medianoche, un frío y húmedo viento del Sudeste

lo cubrió como la piel de una serpiente. Había estado caminando de un lado

para otro y finalmente había regresado al mercado nocturno, que ya había

cerrado, para refugiarse allí. Las lámparas rojas ya estaban apagadas, con

lo cual solamente unas pocas y tenues farolas iluminaban la calle, ahora

llena de plumas y pieles de serpiente. Los trabajadores de la limpieza

estaban barriendo los desperdicios. Algunos jóvenes gamberros estaban

involucrados en una pelea a puñetazos en la que nadie decía ni una palabra.

Cuando le vieron, dejaron de golpearse y se quedaron observándole.

Intercambiaron unas miradas, uno de ellos dio una señal con los ojos y

cayeron como un enjambre sobre Jintong. Antes de que se diera cuenta de

lo que estaba pasando, se encontró en el suelo, despojado de su traje, sus

zapatos y todas las demás cosas que llevaba salvo la ropa interior. Después,

dando un fuerte silbido, sus torturadores desaparecieron como un

cardumen de peces en medio del océano.

Jintong se lanzó en persecución de los gamberros ladrones, subiendo

por una oscura calle, bajando por otra, medio desnudo y descalzo. Guardar

silencio ya no le preocupaba en absoluto, y alternaba insultos con

lamentos. Las plantas de sus pies, que habían quedado blandas y suaves

tras su paso por el balneario, sufrían al contacto con los trozos de ladrillos

y de baldosas que había por el suelo. Simultáneamente, el helador aire de

la noche le cortaba la piel, que le había quedado más tierna que nunca

gracias a la masajista tailandesa. En aquel momento, se dio cuenta de que

la gente que ha pasado años en el Infierno no sufre especialmente sus

suplicios, pero no les ocurre lo mismo a aquellos que han vivido en

circunstancias más celestiales. Ahora le parecía que lo habían enviado al

nivel más bajo del Infierno, y se sentía más desgraciado de lo que nunca se

había sentido. Se acordó del agua hirviendo de las saunas del balneario, y

eso hizo que le pareciera que el frío amargo le penetraba en los huesos

hasta el tuétano. Cuando pensó en los días de pasión que había pasado

junto a Vieja Jin, se recordó a sí mismo que entonces también había estado

desnudo, pero entonces estar desnudo era placentero. ¿Y ahora?

Recorriendo las calles, a altas horas de la noche, se sentía como un zombi.

Los perros habían sido prohibidos, en la ciudad, por orden municipal.

Una docena, más o menos, de perros abandonados, había convertido unos

montones de basura en su hogar. Había algunos pastores alemanes de

aspecto fascista, mastines que se comportaban como leones, *shar-peis* a los

que se les estaba cayendo la piel, y algunas otras razas. A veces comían

tanto, quedaban tan llenos de alimentos, que envenenaban el aire con sus

pedos. En otras ocasiones, por el contrario, pasaban tanta hambre que

apenas eran capaces de arrastrarse. Los perreros del Departamento

Municipal de Protección del Medio Ambiente eran sus enemigos mortales.

Hacía no mucho tiempo, Jintong se había enterado de que el hijo de Zhang

Huachang, el director de ese departamento, había sido escogido entre los

cientos de niños de una guardería por una jauría de perros salvajes, que se

lo habían llevado y lo habían devorado. El hijo de Zhang estaba montando

en un tirovivo cuando un perro lobo negro cayó como un águila, planeando

desde un puente colgante, y aterrizó precisamente en el asiento que

ocupaba el pobre niño. Le cogió el cuello entre sus fauces mientras una

variopinta jauría de chuchos salió de su escondrijo para escoltar al perro

lobo y protegerlo. Pasaron, sin darse ninguna prisa, junto a los profesores

de la guardería, que se habían quedado petrificados, y se llevaron al hijo

del director del departamento. La famosa figura radiofónica, el Unicornio,

dedicó unos cuantos programas a este atemorizador incidente que se

emitieron por la emisora local y en los que se llegó a la sorprendente

conclusión de que la jauría de perros se trataba, en realidad, de los

miembros de una banda de delincuentes disfrazados. Cuando Jintong vestía

ropas limpias y comía como un rey, esta noticia no le había causado

ninguna impresión. Pero ahora no podía pensar en otra cosa. La ciudad,

entonces, había acuñado el lema: «Ama a tu ciudad y mantenía bien

limpia», y la recogida de basuras se había convertido en una de las

prioridades, por lo que los perros habían quedado reducidos a piel y

huesos. Los perreros iban armados con rifles automáticos importados y con

rayos láser en la mirilla, cosa que obligaba a los perros a pasar el día

escondidos en las alcantarillas, sin atreverse a salir. Sólo subían al suelo

por la noche, para buscar comida. Ya habían matado al *shar-pei* que

pertenecía a los dueños de una tienda de muebles, y se lo habían comido.

Jintong, con sus carnes tentadoramente desnudas, corría el peligro de

convertirse en el siguiente plato.

El mastín se acercó a él caminando sobre unas patas que eran tan

grandes como los puños de una persona. Sus colmillos brillaban entre sus

labios levantados hacia arriba. De lo más profundo de su garganta

surgieron diversos gruñidos. Dos perros lobos que podrían ser gemelos

estaban justo detrás de él, uno a cada lado, como si fueran su escolta. En

sus largas y delgadas caras había una expresión siniestra. Varios otros

chuchos venían detrás.

Estaban a punto de atacarlo. El pelaje del lomo se les había erizado.

Lentamente, Jintong comenzó a retroceder tras agacharse y coger un par de

piedras negras. Su primer impulso había sido darse la vuelta y salir

corriendo, pero entonces se había acordado de un consejo que le había dado

Hombre-pájaro Han en una ocasión: «Cuando estás cara a cara con un

animal salvaje, lo peor que puedes hacer es correr. No hay ningún animal

de dos patas que corra más que uno de cuatro. Tu única oportunidad es

mirarlo fijamente hasta que baje la mirada».

Los perros siguieron avanzando, seguros de que ese gran trozo de

carne tierna que había enfrente de ellos estaba a punto de sufrir un ataque

de nervios, acercándose más y más a la parálisis absoluta. Le empezaron a

fallar los pasos mientras sentía que sus piernas se le volvían de goma y su

cuerpo se tambaleaba de un lado al otro. Las piedras estaban a punto de

resbalársele de las manos y el fétido sudor característico del miedo

rezumaba por todos sus poros.

A Jintong se le estaban poniendo los ojos vidriosos. Las piedras se le

cayeron al suelo. Entonces supo que el momento de su liberación de las

preocupaciones mundanas había llegado. Pero ¿cómo podía ser que su vida

en la tierra terminara en los estómagos de unos perros callejeros?

Exhausto, se acordó de su madre y se acordó de Vieja Jin, que con su único

pecho, podía medirse a cualquier hombre vivo y nunca dejaría de ganarle.

No tenía energía para seguir pensando esta clase de cosas. Se sentó en unos escalones y su único deseo fue que los perros acabaran con él rápidamente.

Odiaba pensar que tal vez dejarían una pierna, o algo así. Zamparos hasta el último trozo, lamed hasta la última gota de sangre y dejad que la desaparición de Shangguan Jintong sea un misterio completo.

Un ternero díscolo vino a rescatar a Jintong. Fue un cabeza de turco milagroso. El ternero, gordo y grasiento, con un pelaje que parecía de fino satén, se había escapado de una carnicería cercana. Su carne era evidentemente más abundante que la de Jintong, por lo que los perros abandonaron su ataque a este en cuanto posaron la mirada en el gordo ternerito. Jintong miró cómo el ternero, aterrorizado, salía corriendo para meterse justo en medio de la jauría. Dando un certero salto, el mastín hundió sus colmillos en el cuello del ternero. Con un gemido lastimero, este cayó al suelo de lado, y los perros lobos se lanzaron a por su vientre, desgarrándolo y abriéndolo en un instante. El resto de los perros se unió a la matanza; prácticamente levantaban al ternero en el aire mientras lo despedazaban, miembro a miembro.

Jintong salió corriendo, evitando las calles oscuras. La próxima vez,
Dios lo sabe, si vuelvo a encontrarme con esos perros, no habrá ningún
ternero que venga a mi rescate. Ahora estoy al descubierto. Seguro que
tendré más suerte si voy donde está la gente y trato de agenciarme unos
harapos para cubrirme el cuerpo. Si todo lo demás falla, iré a casa de
Madre. Si es necesario, seguiré sus pasos y me dedicaré a hurgar en la
basura; ya he tenido una buena vida estos últimos años con Vieja Jin y
Geng Lianlian. Y si me muero ahora, a los cuarenta y dos años, ¿qué más
da?
No había ningún lugar que estuviera más al descubierto que la plaza
del mercado de la ciudad, con su cine, que tenía un museo a un lado y una
biblioteca al otro. En el frente de los tres edificios había unos altos
escalones; todos tenían luces giratorias y paredes de cristal azul que se
elevaban hacia el cielo. A menudo había pasado junto al cine en el coche
de Lianlian, pero nunca se había dado cuenta de lo grande que era. Ahora,
en su papel de Príncipe Jintong abandonado por la fortuna, vagabundeo
solitario por la plaza y le pareció inmensa, vista al completo. La plaza

estaba cubierta con unas baldosas octogonales de cemento. El dolor que

sentía en los pies lo estaba matando. Se miró una de las plantas; tenía al

menos diez ampollas del tamaño de uvas, algunas de las cuales ya habían

reventado y rezumaban un líquido claro. Las que estaban llenas de sangre

eran lais que más dolían. Cuando vio unas cuantas deposiciones de

animales, en el suelo de la plaza, se imaginó que eran mierdas de perro; esa

idea le hizo sentir terror.

Una ráfaga de viento hizo que algunas bolsas de plástico pasaran

agitándose por el aire, junto a él. Salió corriendo tras ellas a pesar del

dolor que sentía en los pies. Cogía una y se ponía a perseguir a otra,

dejando unas huellas ensangrentadas por toda la plaza. La segunda bolsa se

quedó enganchada en las ramas de: un acebo, así que la atrapó y se quedó

sentado a pesar de que el viento helado y las baldosas frías le causaban un

punzante dolor en el recto, envolviéndose los pies con las bolsas de

plástico; entonces: se dio cuenta de que había muchas otras atrapadas en

las ramas del árbol, y con un frenesí loco pero lleno de felicidad, las cogió

todas y se envolvió los pies con ellas. Después se levantó y comenzó a

andar de nuevo, satisfecho al ver que las plantas de sus pies pisaban sobre algo más mullido y cómodo, y que los penetrantes dolores de antes apenas se notaban. El ruido que hacía al pisar con aquellos pies de plástico viajaba hasta muy lejos.

El retumbar de las máquinas pesadas llegaba hasta él desde la orilla del Río de los Dragones. Aquí, en el distrito rebautizado Osmanthus, la gente estaba en su casa durmiendo tranquilamente. Todas las luces de la zona estaban apagadas salvo urnas pocas que iluminaban algunas ventanas de la Mansión Osmanthus, recientemente construidas, que se encontraban al sudeste de donde estaba él y era el edificio más lujoso de la ciudad.

Finalmente decidió dirigirse hacia la pagoda y quedarse con su madre.

Ahora ya no volvería a apartarse de su lado, pasara lo que pasara. Si por eso se le consideraba un caso irrecuperable, así sería. Tal vez no podría cenar huevos de avestruz, o bañarse en una sauna, pero no tendría que volver a preocuparse por caer tan bajo, por tener que caminar solo por la calle, medio desnudo, con bolsas de plástico en lugar de zapatos.

A lo largo del recorrido pasó junto a un montón de tiendas y le llamó

la atención un brillante escaparate; se detuvo, aunque no habría debido

hacerlo, frente a seis maniqués vestidos a la moda que se encontraban

frente a la ventana. Tres eran masculinos y tres femeninos. Lo que le llamó

la atención, además de las cabelleras doradas o de color negro azabache, de

sus elegantes e inteligentes frentes, de sus narices elevadas, de sus pestañas

rizadas, de la expresión de ternura que tenían en los ojos y de los labios

suaves y rojizos de los maniqués femeninos fue, por supuesto, los pechos,

altos y redondeados. Cuanto más los miraba, más le parecía que estaban a

punto de cobrar vida. El dulce aroma de los pechos femeninos atravesaba

el cristal del escaparate y le calentaba el corazón. No recuperó el buen

juicio hasta que se golpeó la cabeza contra el frío cristal. Temiendo que su

locura iba a apoderarse de él de nuevo, y que esta vez ya nunca lo

abandonaría, se obligó a darse la vuelta y a marcharse mientras tuviera la

cabeza despejada. Pero no había ido muy lejos cuando volvió sobre sus

pasos y, levantando las manos al cielo en un gesto de súplica, dijo: «¡Por

favor, Señor, déjame tocarlos! Necesito tocarlos. Nunca volveré a pedirte

nada más en toda mi vida».

Se lanzó contra los maniqués y sintió cómo se resquebrajaba el

cristal, pero no oyó ningún ruido. Cuando extendió los brazos para tocarles

los pechos, los maniqués cayeron al suelo. Él se tiró sobre ellos, puso la

mano sobre un pecho rígido y entonces se dio cuenta, horrorizado: «¡Dios

mío, no tiene pezón!».

Los ojos y la boca se le llenaron de un líquido salado y agrio mientras

caía a un abismo sin fondo.

VI

Hacia el final de la década de los ochenta, la Oficina de Actividades

Culturales del Departamento Municipal de Cultura decidió construir un

parque de atracciones en la zona elevada que hasta entonces ocupaba la

pagoda. El director condujo a un *bulldozer* rojo, a una docena, más o

menos, de policías reasignados armados con cachiporras, a un testigo

oficial de la Notaría Municipal y a periodistas de la televisión y de la

prensa escrita hasta el lugar, y allí rodearon la casa que había enfrente de la

pagoda. Entonces les leyó en voz alta a Jintong y a su madre la proclamación del gobierno:

«Después de un minucioso estudio, se ha determinado que la casa que

hay enfrente de la pagoda es de propiedad pública y pertenece al Concejo

de Gaomi del Noreste; no es, por lo tanto, propiedad privada de la familia

Shangguan. Su casa se ha vendido por un precio justo y el dinero se ha

entregado a su pariente Papagayo Han. La familia Shangguan está

cometiendo una violación de la ley al ocupar la casa, y debe desalojar el

lugar en menos de seis horas. De lo contrario, serán culpables de ocupación

de un inmueble público sin autorización».

—¿Comprendéis lo que he leído? —les preguntó el director, con un

tono agresivo y malhumorado.

Sentada tranquilamente en su cama, Madre le respondió:

—Vuestros tractores tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

—Shangguan Jintong —dijo el director—, tu anciana madre ha

perdido la cabeza, me temo. Ve a hablar con ella. Las personas sabias se

adaptan a las circunstancias. Estoy seguro de que no quieres que el

gobierno te considere un enemigo.

Jintong, que había pasado tres años en un sanatorio mental por atravesar el escaparate de la tienda y destrozar un maniquí, negó con la

cabeza, obstinado. Tenía una prominente cicatriz en la frente, y sus ojos

vidriosos mostraban la profundidad de sus trastornos mentales.
Cuando el

director sacó su teléfono móvil, Jintong cayó de rodillas,
cogiéndose la

cabeza con las manos y suplicando:

—Por favor, electrochoques no... electrochoques no... soy un
trastornado mental...

—La vieja está perdiendo el juicio —dijo el director—, y el
joven ya

lo ha perdido. ¿Y ahora qué?

—Tenemos esto grabado en una cinta —dijo el testigo del
gobierno—,

¡así que si no se marchan por su propio pie, tendremos que
llevárnoslos

nosotros!

El director le hizo una señal a los policías, que sacaron a
Jintong y a

su madre a rastras fuera de la casa. Ella, con el pelo canoso
ondeándole al

viento, luchó como un viejo león, pero Jintong, en cambio, se
limitaba a

suplicar:

—Por favor, no me den más electrochoques... electrochoques
no...

soy un trastornado mental...

Cuando su madre les opuso resistencia e intentó abrirse paso
hacia las

cabañas de paja, la policía la ató de pies y manos. Tenía tanta
rabia que

empezó a echar espuma por la boca antes de desmayarse.

La policía tiró los pocos y destartalados muebles y la ropa de
cama,

toda hecha jirones, al patio. Después, el *bulldozer* rojo levantó su enorme

pala con una fila de dientes de acero y avanzó haciendo un gran estruendo

y vomitando humo por su chimenea hacia la pequeña casa. En la mente de

Jintong, venía a por él, y por eso se quedó muy pegado a la húmeda base de

la pagoda, esperando a la muerte.

En ese momento crítico, Sima Liang, a quien no se veía desde hacía

años, cayó del cielo en medio de todos.

VII

De hecho, unos diez o quince minutos antes, me había fijado en el

helicóptero de color verde aceituna que estaba dando vueltas en el aire por

encima de Dalan. Como una libélula, gigante, se deslizó por el cielo,

volando cada vez más bajo. En algunos momentos parecía que estaba a

punto de rozar la puntiaguda cúpula de la pagoda con su redondeado

vientre. Las ráfagas de viento que soltaba su rotor hacían que me zumbaran

los oídos, cada vez con más fuerza a medida que el helicóptero descendía

con la cola bien levantada. Una gran cabeza se asomó a través de la

ventana de la tenuemente iluminada cabina y miró hacia el suelo. Pero la

persona se movió y quedó fuera del alcance de la vista antes de que yo

podiera fijarme bien en su cara. El *bulldozer* rugía y sus orugas

traqueteaban mientras levantaba su pala dentada y se dirigía hacia la casa

como un estrambótico dinosaurio. El viejo taoísta, Men Shengwu, vestido

con su habitual túnica negra, surgió como una aparición enfrente de la

pagoda y, con la misma rapidez, se esfumó. Lo único que yo podía pensar

era: «No me den más electrochoques, soy un trastornado mental. ¿Es que

eso no es suficiente?».

El helicóptero volvió, y esta vez se inclinó hacia un lado escupiendo

un humo amarillo. La figura de una mujer se asomó desde la cabina y gritó,

con una vez apenas audible sobre el ensordecedor sonido — *zum, zum,*

zurn— de los rotores:

—Parad... No podéis demoler eso... Edificios históricos... Qin

Wujin...

Qin Wujin era el nieto del Señor Qin Er, que nos había dado clases a

Sima Ku y a mí. Era el responsable de la Oficina de Reliquias Culturales,

pero estaba más interesado en el desarrollo que en la conservación, y en

aquel momento estaba examinando un gran cuenco de porcelana celadón

que pertenecía a nuestra familia. Sus ojos brillaban muchísimo. Le

temblaba la parte inferior de los carrillos; el grito proveniente del

helicóptero, evidentemente, había hecho que se sobresaltara. Miró al cielo

y el helicóptero dio otra vuelta y lo envolvió en un chorro de humo

amarillo.

Al final aterrizó enfrente de la pagoda. Después de que se hubiera

posado en el suelo, cuando ya estaba seguro, las hojas planas de su rotor

continuaban dando vueltas tontamente — *zum, zum, zum*—. Cada vuelta que

daban era un poco más lenta que la anterior, hasta que finalmente se

detuvieron abruptamente. La bestia estaba ahí posada, mirando con los ojos

abiertos como platos. En su vientre se abrió una trampilla, enmarcada en la

luz de la cabina, y por la escalera bajó un hombre que llevaba un abrigo de

cuero, seguido por una mujer que vestía una cazadora de color naranja

brillante sobre una falda de lana de un naranja más apagado. Los músculos

de sus pantorrillas se tensaban a cada paso que daba. Tenía un rostro digno,

circunspecto y rectangular debajo de un denso remolino de pelo negro y

brillante. La reconocí instantáneamente: era la hija de Lu Liren y mi

hermana Pandi, Lu Shengli, la antigua directora de la sucursal del Banco de

la Industria y el Comercio que había en la ciudad. Acababa de ser

ascendida al cargo de alcaldesa tras la muerte de la alcaldesa titular, Ji

Qiongzhi, que había fallecido debido a una hemorragia cerebral que, según

alguna gente, había sido causada por un ataque de rabia. Shengli había

heredado el aspecto físico de mi quinta hermana pero tenía una pinta más

elegante, demostrando que cada generación supera a la anterior. Caminaba

con la cabeza muy alta y con el pecho echado hacia adelante, como un

caballo de carreras pura sangre. Un hombre de mediana edad, con la cabeza

muy grande, bajó las escaleras detrás de ella. Llevaba un traje de diseño y

una corbata muy ancha.

El hombre se estaba quedando calvo, pero su cara era la de un niño

pequeño y travieso, con unos vivaces ojillos sumamente misteriosos. Una

nariz bulbosa se cernía sobre una boca bonita y pequeña, de labios gruesos,

y sus grandes, bellos y carnosos lóbulos de las orejas colgaban pesadamente hacia abajo semejantes a la papada de un pavo. Yo nunca

había visto un hombre con una cara como esa; ni una mujer, por supuesto.

Las personas que tienen ese aspecto majestuoso parecen estar destinadas a

ser emperadores, a tener suerte en el amor, a disfrutar de la compañía de

tres esposas, seis consortes y setenta y dos concubinas. Podía ser Sima

Liang, pero yo no me atrevía a creérmelo. Al principio, él no me vio, cosa

que a mí no me pareció mal, puesto que seguramente no me reconocería.

Shangguan Jintong era un antiguo paciente de un sanatorio mental, un

hombre con un trauma sexual. Inmediatamente detrás de él venía una

mujer mestiza que era más alta y más grande que Lu Shengli. Tenía los

ojos hundidos y los labios de un color rojo sangre.

Lu Shengli siguió con la mirada clavada en el hombre. Una sonrisa

cautivadora asomaba a su cara, que habitualmente tenía una expresión

severa. Esa sonrisa era más valiosa que los diamantes y más atemorizadora

que el veneno. El director de Actividades Culturales se acercó a ella,

caminando torpemente con nuestro cuenco de porcelana celadón entre las

manos.

—Alcaldesa Lu —le dijo—, qué bueno que haya venido a contemplar

cómo trabajamos.

—¿Qué tenéis planeado hacer? —preguntó ella.

—Vamos a construir un parque temático en torno a esta antigua

pagoda que funcionará como atracción turística para los chinos y los extranjeros.

—¿Por qué no me informaron?

—Es algo aprobado por su antecesora, la Alcaldesa Ji.

—Ya que fue una decisión suya, tendremos que volver a pensarlo. La

pagoda está bajo la protección municipal, y no quiero que derribéis la casa

de enfrente. Vamos a reinstaurar las actividades del mercado de la nieve.

¿Crees que será muy entretenido instalar unos pocos juegos electrónicos de

pacotilla, unos horribles coches de choque y unos juegos de mesa

ordinarios? ¿Qué tiene todo eso de entretenido? Camarada, si queremos

atraer al turismo y hacernos con su dinero, necesitamos más visión. Les he

propuesto a los vecinos de la ciudad que aprendan del espíritu innovador de

la Reserva Ornitológica Oriental, que se atrevan a internarse en territorios

que nadie ha hollado todavía y que se dediquen a crear algo nuevo y

distinto. ¿Qué entendemos por «reformas»? ¿Qué significa «apertura»?

Con estos términos, queremos decir que hay que pensar con audacia y

actuar con atrevimiento. Tal vez haya cosas que no puedas pensar, pero no

hay nada que no puedas hacer. La Reserva Ornitológica Oriental se halla en

el proceso de implementación de su Plan Fénix. Cruzando avestruces,
faisanes dorados y pavos reales, tienen el proyecto de crear un ave que,
hasta ahora, sólo existe en la mitología: el fénix.
Se había vuelto adicta a la oratoria, por lo que cuanto más hablaba,
más excitada se sentía, como los cascos de un caballo que no pueden dejar
de correr. El testigo del gobierno y los policías se habían quedado
completamente paralizados. El reportero de la emisora local de televisión,
un hombre que se había ganado una buena reputación como subordinado
del director del Departamento de Radio y Televisión, Unicornio, enfocaba
con su cámara a la Alcaldesa Lu Shengli y a sus honorables invitados. Los
reporteros de los periódicos locales salieron súbitamente de su apatía y se
pusieron a correr por todos lados, arrodillándose y poniéndose de pie para
sacarles fotos a los dignatarios.
Finalmente Sima Liang vio a Madre, que estaba tumbada enfrente de
la pagoda, atada de pies y manos. Entonces se tambaleó hacia atrás,
moviendo la cabeza de un lado a otro. Estuvo a punto de echarse a llorar.
Después se puso de rodillas, primero lentamente, pero después se prosternó
ante ella con rapidez en cuanto sus rótulas tocaron el suelo.

—¡Abuela! —dijo, con un fuerte gemido—. Abuela...

Ese gesto no fue nada artificioso, como su rostro surcado por las

lágrimas se encargó de demostrar, por no hablar de los mocos que le caían

de la nariz. A Madre le fallaba la vista, pero intentó enfocarlo. Sus labios

temblaron.

—¿Eres tú, pequeño Liang?

—Abuela, abuela querida, soy yo, Sima Liang. Tú me criaste desde

que era un bebé. —Madre intentó acercarse rodando—. Prima —dijo Sima

Liang, poniéndose en pie—, ¿por qué has atado a mi abuela de ese modo?

—Es todo culpa mía, primo —dijo Lu Shengli, muy incómoda.

Después se volvió hacia Qin Wujin y susurró, con los dientes apretados—.

¡Hijos de perra!

Las rodillas de Qin empezaron a temblar, pero él se las apañó para que

no se le cayera nuestro cuenco de porcelana celadón.

—Espérate a que vuelva a mi oficina... no, no vamos a esperar. ¡Estás

despedido! Ahora vete y redacta una autocrítica.

Entonces se agachó y se puso a liberar a Madre. Cuando se encontraba

con un nudo con el que no podía, lo desataba con los dientes. Era una

escena conmovedora. Después de ayudar a Madre a ponerse en pie, dijo:

—Siento mucho haber llegado tan tarde.

Madre tenía una expresión de desconcierto en el rostro.

—¿Tú quién eres?

—¿No me reconoces, abuela? Soy Lu Shengli.

Madre sacudió la cabeza.

—No te pareces a ella. —Entonces se volvió hacia Sima Liang —.

Liang, déjame tocarte. Quiero ver si has engordado —dijo, y le acarició la

cabeza—. Eres mi pequeño Liang, no hay duda —le dijo—. La gente

cambia con los años, pero la forma de su cráneo no. Ahí es donde tu

destino está escrito. Tienes mucha carne en los huesos, mi niño. Parece que

te ha ido bien. Por lo menos, comes bien.

—Sí, abuela, como bien —sollozó Sima Liang—. Ya se han terminado nuestras penurias. De ahora en adelante, puedes relajarte y

disfrutar de la buena vida. ¿Dónde está mi Pequeño Tío? ¿Cómo le va?

Sima Liang y yo estábamos prácticamente frente a frente. ¿Debía

continuar actuando como si fuera un enfermo mental o debía presentarme

ante él con la cabeza bien clara? Tras una separación de casi cuarenta años,

si se encontrara conmigo y pensara que soy un enfermo mental, sería un

golpe muy duro para él. Por eso decidí que mi amigo de la infancia

merecía verme como a un ser humano normal e inteligente.

—¡Sima Liang!

—¡Pequeño Tío!

Nos abrazamos. Su colonia me embriagó. Tras dar un paso atrás, le

miré a los furtivos ojos. Él suspiró, como si fuera un hombre profundamente sabio, y yo me di cuenta de que le había dejado un rastro de

lágrimas y mocos en la chaqueta del traje, perfectamente planchado, que

llevaba. Después vi que Lu Shengli extendía el brazo, como si quisiera

estrecharme la mano, pero en cuanto le ofrecí la mía, ella retiró la suya,

cosa que me dio vergüenza y rabia simultáneamente. ¡Mierda, Lu Shengli,

has olvidado tu pasado, has olvidado la historia!

Y olvidar la historia es una forma de traición. Has traicionado a la

familia Shangguan, y a un representante de... ¿A quién puedo representar

yo? A nadie, supongo, ni siquiera a mí mismo.

—¿Qué tal te va, Pequeño Tío? Lo primero que hice cuando llegué fue

preguntar por ti y por la abuela.

¡Sucias mentiras! Lu Shengli, has heredado la salvaje imaginación de

Shangguan Pandi, que hace mucho tiempo dirigió la sección del ganado de

la Granja del Río de los Dragones, pero no heredaste su sinceridad ni su

transparencia. La mujer eurasiática que había venido con Sima Liang se me

acercó para estrecharme la mano. Tuve que sacarme el sombrero ante Sima

Liang: la forma en que había regresado, con esta mujer mestiza, que se

parecía a la actriz de la película que había proyectado Babbitt hacía tantos

años, colgada del brazo, era una manera de glorificar a sus ancestros.

Aparentemente, el frío no la afectaba, porque la mujer llevaba un vestido

muy fino; sus protuberantes pechos apuntaban hacia mí.

—¿Cómo estás? —me dijo en un chino vacilante.

—Nunca me hubiera imaginado que nuestro Pequeño Tío acabaría así

—dijo Lu Shengli tristemente.

Pero Sima Liang se rio.

—Dejadlo todo en mi mano —dijo—. Yo me encargaré de solucionar

este problema. Señora Alcaldesa, voy a construir el hotel más impresionante de la ciudad, justo en el centro. Voy a invertir cien millones

en él. También me encargaré de aportar el dinero que sea necesario para

conservar la pagoda. En cuanto a la reserva ornitológica de Papagayo Han,

estoy esperando un informe que he encargado para ver si también me

conviene invertir ahí. Tú eres una auténtica descendiente de la familia

Shangguan, y como alcaldesa tienes todo mi apoyo. Pero espero no volver

a ver a la abuela atada de esa manera nunca más.

—Tienes mi palabra —dijo Lu Shengli—. Ella y el resto de la familia

recibirán la mejor de las atenciones.

El Gobierno Municipal de Dalan y el magnate Sima Liang se pusieron

de acuerdo en que la construcción del hotel sería una empresa conjunta. La

ceremonia en la que se firmó el contrato tuvo lugar en la sala de reuniones

de la Mansión Osmanthus. Después de la firma, lo seguí hasta la suite

presidencial. Mientras caminaba, veía mi reflejo en el suelo, semejante a

un espejo. Colgada de la pared había una lámpara que tenía la forma de una

mujer desnuda que transportaba una jarra de agua sobre la cabeza; sus

pezones parecían cerezas maduras.

—Pequeño Tío —me dijo Sima Liang, soltando una carcajada—, no te

hace falta fijarte en eso. Te voy a enseñar algo mucho más real dentro de

un momento.

Se dio la vuelta y gritó:

—¡Manli! —La mujer mestiza entró en la habitación—. Me gustaría

que le dieras un baño a mi Pequeño Tío, y que lo vistieras con ropa nueva.

—No, Liang —me opuse yo—, no.

—Pequeño Tío —me dijo él—, tú y yo somos como hermanos. Venga

lo que venga, sea bueno o malo, tú y yo lo compartiremos.
Cualquier cosa

que desees, alimentos, ropas, diversiones, lo único que tienes
que hacer es

pedírmela. Si te reprimes por un falso sentido de la educación
es como si

me dieras una bofetada en plena cara.

Manli me condujo al cuarto de baño. Llevaba un vestido corto
con

unas finas correas. Con una sonrisa seductora, me dijo, en un
chino

malísimo:

—Cualquier cosa que quieras, Pequeño Tío, yo estoy aquí para
proporcionártela. Son órdenes del Señor Sima.

Dicho esto, comenzó a quitarme la ropa, de la misma manera
que

Vieja Jin, la mujer de un solo pecho, había hecho años atrás.
Yo farfullé

débilmente algunas objeciones, pero acabé dejándola hacer.
Mis ropas,

hechas jirones, acabaron en una bolsa de plástico negro. Una
vez estuve

desnudo, me tapé con las manos. Ella señaló la bañera.

—Por favor —me dijo.

Me senté en la bañera y ella abrió los grifos; varios chorros de
agua

caliente empezaron a salir de los orificios que había a lo largo
de toda la

bañera, dándome un delicado masaje y haciendo que las capas
de mugre

que tenía pegadas al cuerpo se fueran cayendo. Mientras tanto,
Manli, que

se había puesto un gorro de ducha y se había despojado del vestido, se
quedó ahí de pie, desnuda, delante de mi vista, pero sólo por un momento;
después se metió en la bañera y se sentó a horcajadas encima de mí.
Comenzó a acariciarme y a masajearme por todas partes, haciendo que me
diera la vuelta para un lado y para el otro, hasta que yo finalmente me armé
de valor y me metí uno de sus pezones entre los labios. Ella chasqueó la
lengua un poco y después paró. Poco después volvieron los chasquidos y
paró de nuevo. Sonaba como un motor que no acaba de arrancar. Sólo había
tardado un minuto en descubrir mi flaqueza, y sus pechos pronto se
inclinaron hacia abajo, decepcionados. Pasada la excitación, me lavó por
delante y por detrás, me peinó el cabello y me envolvió con un albornoz
suave y esponjoso.

VIII

—Bueno, ¿qué me dices, Pequeño Tío? —Sima Liang estaba sentado en un
sofá de cuero, con un puro de la isla filipina de Luzón en la mano y una
sonrisa en los labios—. ¿Cómo te sientes?
—Me siento maravillosamente bien —le contesté, lleno de agradecimiento—. Mejor de lo que nunca me había sentido.

—El día de tu salvación ha llegado, gracias a mí —me dijo—.
Ahora

vete a vestirte. Hay algo que quiero enseñarte.

Fuimos hasta el centro comercial de Dalan en una limusina
que se

detuvo enfrente de una tienda de lencería recientemente
decorada. Para

cuando nos bajamos y anduvimos hasta el gigantesco
escaparate lleno de

maniqués, un grupo de gente se había congregado alrededor
del Cadillac,

como si fuera una extraña embarcación con una cabeza de
dragón tallada

en la proa. Por encima de la puerta, el nombre de la tienda —
Lencería

Ponte Guapa— estaba escrito con una caligrafía muy florida.
Y debajo del

nombre, el lema de la tienda: *Moda Elegante en Prendas*
Intimas para

Damas.

—¿Y bien? —me preguntó Sima Liang.

—¡Es estupendo! —dije yo, muy excitado.

—Me alegro de que te guste, porque esta tienda la vas a llevar
tú.

¡Qué sorpresa!

—Yo no puedo manejar algo como esto —protesté.

Sima Liang sonrió.

—Tú eres un experto en pechos de mujeres, así que ¿quién
mejor que

tú para vender sujetadores?

Sima me condujo, atravesando la silenciosa puerta automática,
al

interior de la espaciosa tienda, donde los trabajos de decoración todavía

continuaban. Las cuatro paredes eran cuatro espejos desde un extremo

hasta el otro. El techo era de un material metálico que también reflejaba

las imágenes. El supervisor del equipo de limpieza se acercó a toda prisa y

nos hizo una reverencia.

—Este es el momento de hacer cualquier cambio que se te ocurra,

Pequeño Tío —me dijo Sima.

—No me acaba de gustar el nombre *Ponte Guapa* —dije yo.

—Tú eres el experto. ¿Cómo quieres llamarla?

—Unicornio —dije, sin dudar ni un instante—. *Unicornio: Todo un*

Mundo de Sujetadores.

Después de un breve silencio, Sima se rio y dijo:

—¡Pero siempre vienen de a dos!

—Unicornio —repetí yo—. Me gusta.

—Tú eres el jefe —dijo Sima—, y se hace lo que tú decides.

—

Entonces se volvió hacia el supervisor—. Que hagan un cartel nuevo ahora

mismo: *Ponte Guapa* se ha convertido en *Unicornio*. Mmm, *Unicornio*,

Unicornio. No está nada mal. Es inconfundible. ¿Ves, Pequeño Tío? Ya te

dije que eres la persona más adecuada para el puesto. Aunque me pusieras

una pistola en la cabeza, yo no podría encontrar un nombre más estiloso

que ese para esta tienda.

—Las mujeres no te van a dejar que les acaricies los pechos sólo

porque a ti te apetezca —dijo el director del Departamento de Radio y

Televisión mientras revolvía su Nescafé con una minúscula cucharita de

plata.

Tenía el pelo canoso, cosa que demostraba que había tenido una vida

larga y dura, y lo llevaba muy bien peinado hacia atrás. Su rostro era

moreno, pero no sucio. Sus dientes estaban amarillos, pero estaban bien

cepillados. Sus dedos tenían manchas amarillentas, pero la piel era suave.

Se encendió un cigarrillo de una cara marca china y me miró por el rabillo

del ojo antes de preguntarme:

—¿Crees acaso que puedes hacer lo que te venga en gana sólo porque

tienes el apoyo de un hombre de negocios rico como Sima Liang?

—No, por supuesto que no. —De algún modo me las apañé para

controlar mi enfado y parecer lo más respetuoso posible—. Director del

Departamento —le dije a ese hombre que se había labrado una magnífica

reputación durante la Revolución Cultural y que todavía conservaba todo

su poder—, sea lo que sea lo que me quieres decir, por favor, dímelo

claramente.

— *Je, je* —se rio, adoptando un aire despectivo—. Este hijo de Sima

Ku, un contrarrevolucionario con las manos manchadas de sangre de los

aldeanos de Gaomi del Noreste, se ha convertido en un invitado de honor

en Dalan debido a unas pocas monedas miserables que ha logrado reunir.

Como se suele decir: «¡Con dinero, puedes hacer que el mismo diablo haga

girar el molino!». Shangguan Jintong, ¿qué eras tú antes de todo esto? Un

necrófilo y un paciente de un sanatorio mental. ¡Y ahora eres un alto

ejecutivo!

El odio de clase hizo que los ojos de este hombre que todo el mundo

llamaba el Unicornio se volvieran de un color rojo brillante. Aplastó su

cigarrillo con tanta fuerza que empezó a rezumar alquitrán licuado.

—Pero hoy yo no he venido aquí para hacer propaganda revolucionaria —dijo con tono grave—. He venido por la fama y la riqueza.

Yo estuve escuchando lo que decía sin interrumpirlo. ¿Qué le podía

importar a Shangguan Jintong, que había estado sufriendo abusos toda la

vida?

—Tú sabes —le dijo—, y nunca te olvidarás, que esa vez que
tu

madre y tú estuvisteis desfilando por todo el mercado de
Dalan, yo sufría

en nombre de la revolución. Sí, así es, todavía me acuerdo de
lo que sentí

cuando me diste una bofetada. Bueno, entonces creé el Equipo
de Lucha

del Unicornio y me puse a hacer mi propio programa, llamado
El

Unicornio, en la emisora pública del Comité Revolucionario, y
lo utilicé

para emitir una serie de educativos programas que trataban de
la

Revolución Cultural. Cualquiera que ronde los cincuenta años
sabe quién

era el Unicornio. En los treinta años que han pasado, he
empleado el

seudónimo de El Unicornio y he publicado ochenta y ocho
artículos, que

han sido muy celebrados, en diversos periódicos y revistas
nacionales. La

gente asocia el nombre Unicornio conmigo. Y ahora llegas tú
y asocias mi

nombre a la ropa interior femenina. Sima Liang y tú sois tan
ambiciosos

que no os importa nada si le hacéis daño a alguien. Lo que
estáis haciendo

no es ni más ni menos que una loca venganza de clase y una
descarada

difamación de mi buen nombre. Voy a desenmascararos en la
prensa y os

voy a llevar a juicio. Será un ataque a dos bandas, empleando las armas de

la opinión pública y la ley. Será una lucha a muerte.

—Será un placer.

—Shangguan Jintong, no des por hecho que como Lu Shengli es la

alcaldesa tú ya no tienes nada que temer. Mi cuñado es el vicesecretario

del Comité Provincial del Partido, un cargo superior al de alcaldesa.

Además, conozco todos los altibajos de su pasado, así que al Unicornio no

le costaría demasiado bajarla de su pedestal.

—Pues adelante. Yo no tengo nada que ver con ella.

—Naturalmente —continuó—, el Unicornio tiene la mejor de las

intenciones, y tú y yo, después de todo, somos conciudadanos de Dalan. Lo

único que te pido es que me des un trato justo.

—Por favor, ve al grano, venerado Director del Departamento.

—Lo que estoy diciendo es que creo que podemos arreglar esto en

privado.

—¿Cuánto?

Extendió tres dedos.

—No estoy interesado en conseguir dinero, así que dejémoslo en

treinta mil. Eso es calderilla para alguien como Sima Liang. También me

gustaría que consiguieras que la Alcaldesa Lu Shengli me nombrara

vicepresidente de la Comisión Permanente de la Junta Municipal. Si no,

desataré el infierno sobre vosotros y os costará muy caro.

Sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—Director del Departamento —le dije, poniéndome en pie—, tendrás

que hablar con Sima Liang sobre los arreglos económicos. La tienda de

lencería acaba de abrir, y todavía no hemos ganado ni un céntimo. Y como

lo ignoro absolutamente todo sobre cuestiones oficiales, no hay nada que

pueda decirle a Lu Shengli.

—¡Mierda! O sea que ese es su juego, ¿verdad? —dijo Sima Liang,

sonriendo—. ¡Pero si ni siquiera ha indagado un poco para averiguar cuáles

son mis intenciones! Me ocuparé de ese cabrón, Pequeño Tío. Me

encargaré de que acabe tragándose sus propios dientes. Se cree que, con un

par de cosillas que sabe sobre el chantaje, va a poder desplumar a los

pudientes, ¿no? ¡Bueno, pues nuestro Unicornio, por una vez, ha

encontrado a su amo!

Unos días más tarde, Sima Liang vino a verme.

—Estás al mando, Pequeño Tío. Ahora vamos a ver qué eres capaz de

hacer. Ya me he encargado de ese idiota del Unicornio. No me preguntes

cómo. A partir de ahora ya no nos va a molestar más. Es la dictadura de las

clases acaudaladas lo que a él le preocupa. Bueno, diviértete y siéntete

orgullosa. No te preocupes por si pierdes o ganas dinero. A la familia

Shangguan le ha llegado la hora de dar la nota. Mientras yo tenga dinero, tú

tendrás dinero, así que ¡a por todas! ¡El dinero es un asco, no es más que

mierda de perro! Ya he dado instrucciones para que a la abuela le lleven

siempre todo lo que necesite. Yo ahora me tengo que ir, tengo un

importante viaje de negocios y no volveré en menos de un año, más o

menos. Te haré instalar un teléfono. Así podré llamarte si ocurre cualquier

cosa. Y por favor, no me preguntes dónde voy o dónde he estado.

El negocio iba viento en popa en *Unicornio: Todo un Mundo de*

Sujetadores. La ciudad estaba creciendo a gran velocidad, y se construyó

otro puente sobre el Río de los Dragones. El lugar donde en otros tiempos

estuviera la Granja del Río de los Dragones ahora era el emplazamiento de

un par de enormes fábricas de tejidos de algodón, una fábrica de fibras

químicas y una de fibras sintéticas. Toda esa zona era famosa por su

industria textil.

IX

La noche del 7 de marzo de 1991, mientras en el exterior caía una débil

llovizna, Shangguan Jintong, director ejecutivo de *Unicornio: Todo un*

Mundo de Sujetadores, estaba muy emocionado. Tenía la cabeza llena de

ideas mientras daba vueltas por la tienda, muy contento, después de que se

apagaran las luces. En el piso de arriba, las dependientas se reían. El dinero

entraba a carradas. Como necesitaba más personal, había puesto algunos

anuncios en televisión. Al día siguiente más de doscientas jóvenes se

presentaron para solicitar empleo. Todavía excitado, apoyó la cabeza

contra el escaparate y se puso a observar lo que sucedía en la calle.

También quería despejarse y calmarse un poco. Las tiendas a ambos lados

de la calle ya habían concluido su jornada y estaban cerradas. Sus anuncios

de neón relampagueaban bajo la lluvia. El autobús número 8, una línea que

se había inaugurado hacía muy poco, iba y venía entre la Colina de Arena y

el Pozo de Ocho Lados.

Mientras Jintong estaba ahí de pie, un autobús se detuvo debajo del

árbol de parasol que había enfrente del Restaurante Cien Pájaros. Una

mujer joven se bajó. Durante un momento pareció ligeramente perdida,

pero después se dio cuenta de dónde estaba *Unicornio: Todo un Mundo de*

Sujetadores, y cruzó la calle. Jintong esperaba en el interior, a oscuras. Ella

tenía puesto un impermeable color huevo de pato, pero llevaba la cabeza

descubierta. Se había peinado el pelo, que era casi azul, hacia atrás,

mostrando una frente amplia y brillante. Su pálido rostro parecía envuelto

por la lúgubre neblina, y Jintong llegó a la conclusión de que habría

enviado muy recientemente. Después se enteró de que había acertado de

pleno. Por algún motivo, la llegada de la mujer le atemorizó; tenía la

extraña sensación de que la melancolía que ella emanaba había atravesado

el grueso escaparate y se estaba diseminando por toda la tienda. Incluso

antes de llegar al lugar, ya lo había convertido en un velatorio. Jintong

sintió ganas de esconderse, pero ya era demasiado tarde. Era como un

insecto paralizado por la mirada de un sapo depredador. La mujer del

impermeable tenía precisamente esa clase de mirada penetrante. No se

podía negar que sus ojos eran hermosos, hermosos pero atemorizadores. Se

detuvo justo enfrente de Jintong. Él estaba en una zona oscura y ella debajo

de la luz, con lo cual no debería haber podido verlo ahí de pie, delante de

un expositor de acero inoxidable; pero evidentemente le había visto, y

evidentemente sabía quién era. Sus intenciones estaban claras. Esos gestos

que había hecho hacía un momento debajo del árbol de parasol, mirando

hacia todos lados, sólo habían formado parte de una representación para

confundirlo. Más adelante le diría que Dios la había guiado directamente

hacia él, pero él no se lo creyó, pues estaba convencido de que todo

formaba parte de un plan premeditado, sobre todo cuando se enteró de que

la mujer, que se había quedado viuda hacía muy poco tiempo, era la hija

mayor del director del Departamento de Radio y Televisión, el Unicornio,

quien, según pensaba Jintong, estaba detrás de todo.

Parecían amantes que se encuentran. Ella estaba delante de él, separada sólo por un panel de cristal manchado con unas gotas de lluvia

semejantes a lágrimas que se deslizaban por uno solo de los lados. Ella

sonrió, mostrando un par de hoyuelos que, con el paso del tiempo, se

habían convertido en arrugas. Incluso a través del cristal, Jintong pudo oler

su agrio aliento de viuda, que hacía que en su corazón se empezaran a agitar unas poderosas olas de compasión. Jintong miró a la mujer como si fuera una amiga a la que hacía mucho tiempo que no veía, y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero todavía más lágrimas brotaron de los de ella, empapándole completamente las pálidas mejillas. A él no se le ocurrió ningún motivo para no abrirle la puerta, así que se la abrió. Súbitamente, la lluvia comenzó a caer con más fuerza. Mientras el olor del aire frío y húmedo y el de la tierra embarrada entraban en la tienda, ella se lanzó a sus brazos como si fuera lo más natural. Sus labios buscaron los de Jintong. Las manos de él se deslizaron debajo del impermeable de ella y le agarró el sujetador, que parecía estar hecho de cartulina. El olor a tierra fría que salía de su pelo y de su cuello lo sacó de su trance, e inmediatamente le quitó las manos de encima, deseando no haberla tocado nunca. Pero del mismo modo que la tortuga que se ha tragado el anzuelo dorado, su deseo fue vano. No se le ocurrió ningún motivo para no llevarla a su habitación privada. Cerró con llave después de entrar, pero después le pareció que era

inapropiado, por lo que se apresuró a abrir de nuevo antes de servirle un vaso de agua y ofrecerle asiento. Ella prefirió quedarse de pie y él se frotó las manos nerviosamente. Sentía desprecio por sí mismo, tanto por su acto provocativo como por su mal comportamiento. Si cortándose un dedo hubiera podido absolverse de sus propios pecados y retroceder media hora en el tiempo, lo habría hecho sin dudarle ni un instante. Pero eso no era posible; ni siquiera cortándose un dedo lograría la absolución. La mujer a la que había besado y acariciado estaba de pie en su habitación privada tapándose la cara con las manos y gimoteando. Las lágrimas se le deslizaban entre los dedos y goteaban sobre su impermeable. No contenta con sus gemidos, empezó a berrear, mientras los hombros se le movían convulsivamente. Jintong se obligó a contener el asco que sentía por esta mujer, que olía como un animal que vive en una cueva, y la condujo a una silla giratoria italiana tapizada con cuero rojo. Pero en cuanto se hubo sentado, él la puso de nuevo de pie y le ayudó a quitarse el impermeable, que estaba empapado con una mezcla de lluvia, sudor, mocos y lágrimas.

Fue entonces cuando Jintong se dio cuenta de que estaba ante una mujer

verdaderamente fea: tenía la nariz aplastada, los labios protuberantes y la

barbilla puntiaguda; su cara se parecía a la de una rata. ¿Cómo había

logrado resultarle atractiva cuando estaba de pie frente al escaparate?

Alguien me está tendiendo una trampa, sin embargo ¿quién? Pero todavía

le esperaba una sorpresa más grande. En cuanto le quitó el abrigo, estuvo a

punto de dar un grito de alarma. Lo único que llevaba esta mujer, cuya piel

estaba cubierta de lunares oscuros, era un sujetador azul de *Unicornio*:

Todo un Mundo de Sujetadores con la etiqueta con el precio todavía

colgando. Con un gesto de vergüenza, se cubrió la cara con las manos.

Poniéndose nervioso, Jintong se acercó corriendo a ella con el impermeable en las manos, para taparla, pero ella se lo quitó de encima.

Entonces él cerró con llave, bajó las cortinas y le preparó una taza de café

instantáneo.

—Jovencita —le dijo—, merezco la muerte, nada más y nada menos.

Por favor, no llores. No hay nada que me moleste más que una mujer

llorando. Si dejas de llorar, me puedes llevar a la policía mañana por la

mañana, o puedes darme sesenta y tres bofetadas, o me arrodillaré y me

golpearé la cabeza contra el suelo sesenta y tres veces... basta con que

gimotees un poco para que yo me sienta desbordado por la culpa, así que te

suplico... te suplico...

Sacó un pañuelo y le secó el rostro; ella se lo permitió, levantando la

cara hacia él como un pajarito. Haz tu papel, Shangguan Jintong, pensaba

él, hazlo pase lo que pase. Eres como un cerdo que recuerda la comida pero

no los golpes, así que haz lo que sea necesario para sacarla de aquí.

Después puedes ir al templo más cercano, encender un poco de incienso y

dar gracias a Bodhisattva. Lo último que quieres es pasarte otros quince

años en un campo de reforma mediante el trabajo.

Cuando hubo terminado de secarle la cara, cogió la taza de café con

las dos manos.

—Toma, jovencita, bébete esto, por favor.

Ella le volvió a echar una mirada seductora. Él sintió como si diez mil

flechas le atravesaran el corazón, abriéndole diez mil pequeños agujeros

donde vivían diez mil serpenteantes gusanos. Con la expresión de alguien

que está confuso de tanto llorar, ella se inclinó hacia Jintong y le dio un

sorbo al café. Había dejado de llorar, pero seguía gimoteando como una

niña pequeña, y Jintong, que había pasado quince años en un campo de

reforma mediante el trabajo y otros tres en una institución para enfermos

mentales, estaba empezando a enfadarse con ella por su actuación.

—Jovencita —le dijo, tratando de echarle el impermeable sobre los

hombros—, se está haciendo tarde, ya es hora de que te vayas a casa.

Los labios de ella se separaron en una mueca y la taza de café que

tenía en la mano siguió los contornos de su pecho y de su abdomen y se

hizo añicos contra el suelo. ¡*Crac!* Entonces empezó a llorar de nuevo, esta

vez más fuerte que antes, como si quisiera que toda la ciudad fuera testigo

de su sufrimiento. Unas llamas de rabia se encendieron en el corazón de

Jintong, pero no se atrevió a dejar que asomara ni una pequeña chispa.

Afortunadamente, sobre la mesa había un par de bombones de chocolate

envueltos en un papel dorado, como un par de minúsculas bombas. Cogió

uno, le quitó el papel y le metió la oscura golosina en la boca.

—Jovencita —le dijo, apretando los dientes para que la voz le saliera

pasablemente suave—, no llores. Cómete este bombón...

Ella lo escupió. Aterrizó en el suelo, donde dio un par de vueltas como un pequeño zurullo, ensuciando la alfombra de lana. La chica seguía llorando. Jintong le quitó el papel al segundo bombón de chocolate y también se lo metió en la boca. Ella no estaba de humor para obedecer a nadie, por lo que se disponía a escupirlo cuando él le tapó la boca con la mano. Entonces ella cerró el puño e intentó darle un tortazo. Él lo esquivó, agachando la cabeza de forma que su rostro quedó justo a la altura del sujetador azul, bajo el cual los pechos de ella, de un blanco lechoso, saltaban. El enfado de Jintong se esfumó y fue reemplazado por un sentimiento de compasión. Ahora que su razón había desaparecido, abrazó los helados hombros de ella. Después llegaron los besos y las caricias. El bombón de chocolate, derretido, sirvió para que sus labios se fusionaran. Pasó un rato muy, muy largo. Él sabía que no había ninguna manera de librarse de esta mujer antes del amanecer, sobre todo ahora que se habían besado y abrazado con tanta fuerza. Mientras crecían sus sentimientos mutuos, crecía su sentido de la responsabilidad. —¿Qué es lo que he hecho para disgustarte tanto? —le preguntó ella,

entre lágrimas.

—Nada —contestó Jintong—. Soy yo el que me disgusta. Tú no me

conoces. He pasado mucho tiempo en la cárcel y en un sanatorio mental. A

cualquier mujer que se me acerque le esperan cosas terribles. No quiero

hacerte ningún daño, jovencita.

—No hace falta que me expliques nada —dijo ella, tapándose la cara

con las manos y poniéndose a sollozar de nuevo—. Sé que no soy

suficientemente buena para ti... pero te amo, te he amado en secreto

durante mucho tiempo... lo único que quiero es que me dejes quedarme a

tu lado un rato... y me hagas una mujer feliz.

Dicho esto, se dio la vuelta, cruzó la habitación, se quedó quieta

durante unos instantes y abrió la puerta.

Profundamente conmovido, Jintong se maldijo por su pequeñez de

espíritu y por haber pensado tan mal de aquella mujer. ¿Cómo puedes dejar

que alguien con un corazón tan puro, una viuda que ha sufrido tanto, se

marche llena de tristeza? ¿Por qué eres tú mejor que ella? ¿Crees que un

viejo verde como tú se merece el amor de una mujer? ¿De verdad vas a

dejar que se marche en medio de la noche, bajo la lluvia? ¿Y qué pasará si

se muere de frío, o si se encuentra con una de esas pandillas de gamberros?

Salió a toda prisa al pasillo y la alcanzó. Con los ojos todavía llenos

de lágrimas, ella le echó los brazos al cuello y dejó que él la llevara de

vuelta a su habitación. El olor de su pelo grasiento hizo que deseara

haberla dejado marchar, después de todo, pero se obligó a acostarla en su

cama.

Poniendo ojos de corderito, ella le dijo:

—Soy tuya. Todo lo que tengo es tuyo.

X

En el momento de poner su huella dactilar en el certificado de matrimonio,

Jintong no podía haberse sentido peor, pero lo hizo de todos modos. Sabía

que no amaba a aquella mujer; de hecho, la odiaba. En primer lugar, no

tenía ni idea de la edad que tenía. En segundo lugar, no sabía cómo se

llamaba. Y en tercer lugar, su origen era un absoluto misterio. Cuando

salieron del registro civil, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Ella hizo una mueca, enfadada, y abrió la carpeta roja donde llevaba el

certificado de matrimonio.

—Mira bien —le dijo—. Está ahí escrito.

Y ahí estaba, negro sobre blanco: Wang Yinzhi, habiendo expresado

su deseo de casarse y habiendo cumplido todos los requisitos de las Leyes

de Matrimonio de la República Popular China...

—¿Eres pariente de Wang Jinzhi? —preguntó él.

—Es mi padre.

Todo se oscureció. Jintong se había desmayado.

Soy un idiota. Me he subido a bordo de un barco lleno de ladrones. ¿Y

qué puedo hacer ahora? Casarse es fácil; divorciarse no lo es. Ahora estoy

más convencido que nunca de que Wang Jinzhi está detrás de todo esto.

Maldito Unicornio. Sólo porque Sima Liang le hizo sufrir, ha pergeñado

este siniestro plan para castigarme a mí. ¿Dónde estás, Sima Liang?

Con lágrimas en los ojos, ella le dijo:

—Jintong, sé lo que estás pensando y te equivocas. Yo te quiero. Esto

no tiene nada que ver con mi padre. De hecho, me amenazó con

desheredarme si me casaba contigo. Me preguntó qué veía en ti, y me

recordó que era de conocimiento público que tú estuviste en la cárcel por

necrofilia y que pasaste unos cuantos años en una institución para

enfermos mentales. «¿Qué importa si tienes un cuñado forrado de dinero o

una sobrina alcaldesa?», me preguntó. Somos pobres, pero no de espíritu ni

en valores morales... Todo está bien, Jintong —continuó ella, mirándolo

fijamente a través de la neblina que tenía en los ojos—, podemos presentar

una demanda de divorcio, si quieres, y yo seguiré con mi vida...

Las lágrimas de ella caían sobre el corazón de él. Tal vez estaba

permitiendo que sus sospechas le dominaran. ¿Qué tiene de malo aceptar

que alguien te ama?

Wang Yinzhi era un genio para cuestiones de dirección de empresa.

Se puso a trabajar y revisó minuciosamente la estrategia comercial de

Jintong. Se le ocurrió construir una fábrica justo detrás de la tienda para

producir sus propios sujetadores Unicornio, de la mejor calidad. De

repente, Jintong se había convertido en poco más que una figura

decorativa, y pasaba la mayor parte de su tiempo frente a la televisión,

donde emitían constantemente anuncios de los sujetadores Unicornio:

Ponte un Unicornio y sentirás que tu vida comienza de nuevo.

Cuando llevas un Unicornio, la fortuna te sonríe.

Un actor de tercera fila agitaba un sujetador frente a la cámara:

Ponte un Unicornio y tu maridito se volverá loco.

Quítatelo y la suerte te abandonará.

Asqueado con lo que estaba viendo, Jintong apagó la televisión y se

puso a dar vueltas sobre la exuberante alfombra de lana de su habitación,

en la que ya había creado un sendero de tanto pasearse de un lado para otro.

El ritmo de sus pasos se aceleraba, su excitación crecía, su mente estaba

cada vez más confusa, como una cabra muerta de hambre y encerrada. Pero

se cansó pronto. Entonces se sentó y volvió a encender la televisión con el

mando a distancia. Estaban poniendo *La hora del Unicornio*. El programa,

que consistía en entrevistas y documentales biográficos, trataba de las

mujeres más influyentes de Dalan. Lu Shengli y Geng Lianlian ya habían

aparecido.

La conocida sintonía del programa, el agradable son de la Fortuna

llamando a la puerta, precedió a la voz del locutor: «Este programa está

patrocinado por Lencería Unicornio. Ponte un Unicornio y sentirás que tu

vida comienza de nuevo. El unicornio es el animal del amor. Me calienta el

corazón día y noche». El logotipo del Unicornio apareció llenando toda la

pantalla. La imagen: una mezcla entre un rinoceronte y un pecho con su

pezón.

«Nuestra invitada de hoy es Wang Yinzhi. Gracias a la dinámica

estrategia comercial de la Señora Wang, los hombres y las mujeres jóvenes

de Dalan pueden llevar con orgullo productos de la marca Unicornio. Ya no

se limitan a la lencería; ahora la firma también hace gorras y calcetines y

muchas otras cosas». En ese momento, el micrófono se desplazó hasta la

boca de la directora general de Unicornio, Wang Yinzhi, que estaba

cubierta de abundante pintalabios.

«Señora Directora General, la primera pregunta que me gustaría

hacerle es: ¿Cómo se le ocurrió un nombre tan extraño como “Unicornio”

para su tienda, su fábrica y su línea de ropa?». La sonrisa de ella rebosaba

confianza. Mirándola un instante uno se daba cuenta de que era una mujer

educada, inteligente, rica y poderosa, una mujer a tener en cuenta. «Es una

historia más bien larga —contestó ella—. Hace más de tres décadas, mi

padre adoptó el pseudónimo de El Unicornio. Según él, el unicornio es un

animal mágico que se parece, al menos hasta cierto punto, al rinoceronte.

Es el “cuerno mágico del corazón” que simboliza un encuentro en los

antiguos textos. Amantes, cónyuges, amigos, ¿no son un cuerno mágico del

corazón? Por eso lo escogí como nombre para nuestra tienda. El siguiente

paso lógico era convertirlo en una marca. Cuerno mágico del corazón, sí,

cuerno mágico del corazón, ¿no te parece que solamente el sonido te

transporta a un mundo emocionante y dichoso? Pero me temo que me estoy

dejando llevar, y que todos los amigos que nos están viendo, esos cuernos

mágicos del corazón, no necesitan que yo les explique nada». ¡Cállate de una vez! —farfulló Jintong, indignado—. ¿Cómo te

atreves a atribuirte eso? ¡Un día de estos te voy a *unicornear*!

Sentada frente a la presentadora del programa, una mujer con los

dientes delanteros muy salidos, Wang Yinzhi hablaba y hablaba sin parar.

«Por supuesto, mi marido jugó un papel importante en la primera época de

la tienda, pero después cayó enfermo y ahora está convaleciente y me ha

dejado sola ante la lucha. El unicornio es un auténtico luchador, y

considero que es mi deber preservar su espíritu de lucha». «¿Y cuál es su

objetivo, si me permite la pregunta?», inquirió la presentadora de dientes

de conejo. «Convertir al Unicornio en una firma conocida a nivel nacional

en un plazo de tres años; a nivel internacional, en uno de diez; y,

finalmente, llegar a ser la primera marca del mundo de artículos de

lencería».

Jintong le lanzó el mando a distancia a la imagen televisada de Wang

Yinzhi. ¿Es que no tienes ninguna vergüenza? El mando a distancia rebotó

en la televisión y cayó al suelo. Mientras tanto, en la pantalla, Wang

Yinzhi seguía hablando interminablemente. Los rellenos prominentes que

llevaba bajo el sostén, semejantes a dos pequeños paraguas que levantaban

su fina blusa, cautivaban a una inmensa cantidad de espectadores jóvenes.

«Señora Directora General, no hace muchos años que las jóvenes

occidentales se implicaron en un movimiento de liberación de los pechos,

diciendo que los sujetadores no son muy distintos de los dañinos corsés

que llevaban las mujeres en el siglo XVII. ¿Cuál es su opinión al respecto?».

«¡Se trata de pura y simple ignorancia! —dijo Wang Yinzhi categóricamente—. Esos corsés estaban hechos de lona y de tablillas de

bambú, como si fueran armaduras, así que claro que eran dañinos. Yo diría

que se puede comparar la historia de amor de las mujeres europeas con el

corsé con la forma en que las mujeres chinas se vendaban los pies. Pero ni

el corsé ni los pies vendados son comparables con los sujetadores

modernos, especialmente con los productos Unicornio. Nuestros

sujetadores satisfacen tanto las necesidades de la belleza como las de la

salud. En Unicornio tenemos en cuenta estos dos aspectos, y hacemos todo

lo posible para cumplir con las exigencias estéticas y biológicas».

Jintong cogió una taza de té para lanzársela al televisor, pero en el

último momento apuntó a la pared, que estaba toda recubierta de un papel

almohadillado. Sin hacer apenas ruido, rebotó en el suelo alfombrado.

Algunas hojas mohosas y un poco de té rojo salpicaron contra la pared y la televisión.

Una mustia hoja de té quedó pegada contra la pantalla de 29 pulgadas

de la televisión, semejante a una barba debajo de su boca. «¿Puedo

preguntarle, Señora Directora General, si usted lleva puesto un sujetador

Unicornio?», preguntó la presentadora de los dientes de conejo, intentando

ser aguda. «Por supuesto que sí», dijo ella, levantando las manos y

moviéndose un poco los falsos pechos, de un modo que parecía

inconsciente pero que en realidad era totalmente intencionado: un poco de

publicidad gratuita. «¿Y qué nos puede contar de su vida familiar, Señora

Directora General? ¿Diría usted que es feliz?». «La verdad es que no

mucho —contestó con franqueza—. Mi marido sufre de psicosis. Pero es

un hombre bueno y decente».

—¡Eso es una gilipollez! —Jintong pegó un respingo en el sillón—.

Todo esto es un complot contra mí. Me dices cosas dulces a la cara y luego

me apuñalas por la espalda. Me tienes en arresto domiciliario.

La cámara enfocó a Wang Yinzhi desde un ángulo que mostraba su

sinistra sonrisa, como si supiera que Jintong estaba en casa viéndola en

televisión.

Se levantó, apagó la tele y empezó a dar vueltas por la habitación

ansiosamente, como un simio enjaulado, con las manos aferradas detrás de

la espalda. Su enfado aumentaba por momentos.

—¿Psicosis? ¡Eres tú la que sufre una maldita psicosis! ¿Dices que no

puedo ocuparme del negocio? ¡Yo digo que sí que puedo! Lo que pasa, hija

de puta, es que no me dejas. No eres una mujer real, eres una mujer de

pedra. ¡Un espíritu de un sapo hermafrodita! —Un maremágnun de

diferentes sentimientos se apoderó de Shangguan Jintong. Aquella tarde de

primavera de 1993, exhausto, se acostó boca abajo en la alfombra, que

aparentaba ser antigua pero no lo era, y se puso a sollozar incontrolablemente.

Para cuando sus lágrimas habían empapado un trozo de alfombra del

tamaño de un cuenco, su sirvienta filipina entró en la habitación.

—La cena está lista, señor —le dijo, colocando una cesta llena de

comida sobre la mesa.

Después sacó un cuenco de arroz glutinoso, un plato de cordero asado

con nabos, otro de pequeñas gambas con apio y un cuenco de sopa

agridulce con trozos de pez cabeza de serpiente. Entonces le ofreció un par

de palillos que aparentaban ser de marfil y lo instó a que comiera.

Jintong no tenía ninguna gana de comerse los humeantes alimentos

que había desplegados frente a él. Volviéndose hacia la sirvienta, con los

ojos hinchados de llorar, le gritó:

—¿Qué soy yo? ¡Dime qué soy!

La pobre chica estaba tan asustada que se quedó petrificada donde

estaba, con los brazos colgando a ambos lados de su cuerpo.

—No lo sé, señor...

—¡Eres una maldita espía! —Jintong tiró los palillos sobre la mesa—.

¡Estás trabajando en la sombra para Wang Yinzhi, maldita espía!

—No entiendo, señor, no sé qué es lo que quiere decir...

—Has puesto en mi comida un veneno de los que actúan lentamente.

¡Quieres verme muerto! —Cogiendo los platos, vació su contenido sobre la

mesa. Después le lanzó el cuenco de sopa a la sirvienta—.

¡Fuera de mi

vista, perra espía!

Ella salió aullando de la habitación, con toda la ropa húmeda y pegajosa.

Wang Yinzhi, contrarrevolucionaria, enemiga del pueblo, insecto

chupasangre, maldita derechista, esbirra del capitalismo, capitalista

reaccionaria, degenerada, traidora de clase, parásita, miserable sinvergüenza atada al poste de la ignominia histórica, bandida, chaquetera,

gamberra, delincuente, enemiga de clase encubierta, monárquica, hija filial

y virtuosa nieta del viejo Confucio, apologista del feudalismo, defensora

de la restauración del sistema esclavista, portavoz de la declinante clase

terrateniente... Se puso a llamarla con todos los términos políticos

insultantes que había aprendido durante las turbulentas décadas

precedentes; en eso consistió el ataque verbal que emprendió contra Wang

Yinzhi. Esta noche tú y yo la vamos a tener, y va a ser la última vez. O

muere el pez o se rompe la red. Sólo uno de nosotros quedará en pie.

¡Cuando chocan dos ejércitos, la victoria es para los más valientes!

Wang Yinzhi abrió la puerta, con un llavero de oro en la mano,
y se

quedó de pie en el umbral.

—Aquí estoy —le dijo con una sonrisa desdeñosa—. Veamos
de qué

estás hecho.

Armándose de valor, Jintong dijo:

—¡Te voy a matar!

—Bueno —dijo ella soltando una carcajada—, una chispa de
vida, al

fin. Si realmente tienes las agallas para matar a alguien, te
habrás ganado

mi respeto.

Entró despreocupadamente en la habitación, esquivando la
comida

que había por el suelo, y se detuvo enfrente de Jintong y le dio
un golpe en

la cabeza con su llavero.

—¡Bastardo desagradecido! —lo insultó—. Me gustaría saber
de qué

te quejas tanto. Vives en el mejor hotel de la ciudad y tienes
una sirvienta

que te prepara la comida. Estiras los brazos y te visten, abres
la boca y te

alimentan. Vives como un emperador. ¿Qué demonios quieres?

—Quiero... quiero mi libertad —masculló Jintong.

Ella se quedó de piedra durante unos instantes antes de estallar
en una

sonora carcajada.

—Yo no restrinjo tu libertad —le dijo, tras reírse un buen rato
—. De

hecho, puedes irte ahora mismo. ¡Vete!

—¿Quién eres tú para decirme que me vaya? Esta es mi tienda, y si

alguien se va a ir de aquí, eres tú, no yo.

—¡Ni lo sueñes! —dijo Wang Yinzhi—. Si yo no me hubiera hecho

cargo del negocio, te habrías hundido aunque tuvieras cien tiendas. ¡Y

tienes el valor de decir que la tienda es tuya! Ya llevas un año viviendo a

mi costa; nadie puede pedir más. Ahora ha llegado el momento de que

recuperes tu preciosa libertad. Ahí está la puerta. Esta habitación, esta

noche, está reservada para otra persona.

—Soy tu legítimo esposo y no me iré si no me da la gana.

—Legítimo esposo —repitió Wang Yinzhi empalagosamente—.

Esposo. ¿Crees que mereces ese nombre? ¿Has cumplido con tus

obligaciones como esposo? ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—Sí, si tú haces lo que yo te diga.

—¿Cómo te atreves? —explotó Wang Yinzhi—. ¿Me tomas por una

puta? ¿Te crees que puedes darme órdenes cuando tú quieras?

Se le puso la cara de un color rojo brillante y sus horribles labios

comenzaron a temblar. Entonces le tiró las llaves que tenía en la mano

contra la frente. Un dolor agudo se abrió paso hasta su cerebro mientras un

líquido caliente y pegajoso le empapaba las cejas. Levantó la mano para tocarse la frente y cuando la retiró vio un dedo ensangrentado, justo en el momento en el que irrumpía en la habitación una pareja de hombres que él conocía. Uno de ellos llevaba un uniforme de la policía; el otro iba con una túnica de juez. El policía era Wang Tiezhi, el hermano menor de Wang Yinzhi; el juez era su cuñado, Huang Xiao-jun. Se fueron directos a por Jintong.

—¿Qué te parece, cuñado? —dijo el policía, empujándolo con el hombro—. Si alguien se aprovecha de una mujer, no es un verdadero hombre, ¿no crees?

El juez le dio un rodillazo en la espalda.

—Mi hermana ha sido muy buena contigo. ¿Es que tu conciencia no te dice nada?

Cuando Jintong estaba a punto de decir algo en su defensa, un puñetazo en el estómago lo hizo caer de rodillas. Un líquido agrio le salió de la boca. Después el policía lo remató con un fuerte golpe de karate en el cuello. El cuñado juez había servido en el ejército como oficial explorador durante diez años, y tenía una mano tan poderosa que podía romper tres

ladrillos de un solo golpe. Jintong se sintió aliviado de que se mantuviera a
cierta distancia; en caso contrario, le habría hecho falta mucha suerte para
conservar la cabeza sobre los hombros. Llorar, se dijo a sí mismo. No van a
pegarle a un hombre que está llorando. Llorar es lo que hace la gente débil.
Llorar es suplicar compasión, y los hombres de verdad nunca suplican
compasión. Pero siguieron pegándole aunque se quedó de rodillas en el
suelo, llorando y gimoteando.
Wang Yinzhi también lloraba, lloraba de verdad, como una mujer de
la que han abusado.
—No llores, hermanita —dijo el juez—. No vale la pena. Divorciáte.
No tienes por qué desperdiciar tu juventud.
—Oye, tú —dijo el policía—. Supongo que piensas que la familia
Wang es un blanco fácil para ti. Bueno, pues tu sobrina la alcaldesa ha sido
suspendida temporalmente de sus funciones y está siendo investigada. Ya
no podrás seguir acosando a la gente impunemente gracias a tus contactos.
Todo eso está a punto de acabarse.
El policía y el juez levantaron a Jintong y lo sacaron a rastras de la
habitación, atravesando el oscuro pasillo y la tienda brillantemente

iluminada hasta llegar a la calle, donde lo dejaron caer al lado de un

montón de basura. Como se decía durante la Revolución Cultural, lo

barrieron hasta la pila de basura de la historia. Dos gatos enfermos que

había entre los desperdicios maullaron lastimeramente. Él asintió con la

cabeza, como pidiéndoles perdón. Estamos en el mismo barco, gatos, a

punto de naufragar, así que no puedo ayudarlos.

Jintong llevaba por lo menos seis meses sin ver a su madre, desde que

Wang Yinzhi le había impuesto un régimen de arresto domiciliario, y

anhelaba ver la luz brillando en su ventana y oler el encantador aroma de

las lilas que había debajo. El año pasado, en esta época, Wang Yinzhi era

una mujer sombría que daba vueltas debajo de la ventana de Jintong. Ahora

el sombrío era él, y escuchaba las estentóreas carcajadas de los dos

cuñados que salían por aquella misma ventana. Ella tenía muy buenos

contactos en Dalan; por todos lados había gente dispuesta a protegerla, por

lo que él no era rival para ella. Es otra noche lluviosa, pero hace más frío.

Las lágrimas se deslizan por el cristal del escaparate, pero esta vez son

mías, no tuyas. ¿Cuántas noches puede encontrarse una persona, a lo largo

de su vida, sin un hogar al que regresar? En esta época, el año pasado, me

dio miedo dejarla vagabundeando sola por la noche; hoy, eso es

exactamente lo que estoy haciendo yo.

Antes de que pudiera darse cuenta, tenía el pelo empapado por la

lluvia y la nariz totalmente tapada, señal inequívoca de que se había

acatarrado. También tenía hambre y se arrepentía de haberle tirado aquella

maravillosa sopa a la sirvienta en lugar de habérsela comido. Pero ahora

que lo pensaba mejor, el enfado de Wang Yinzhi no le parecía del todo

injustificado. A cualquier mujer que tenga un inútil por marido no le queda

más remedio que hacerse cargo de las cosas. Tal vez, se le ocurrió, todavía

le quede una oportunidad. Ella me ha pegado, pero yo no le devolví el

golpe. Estuve mal al tirar la sopa, pero me puse a cuatro patas y lamí un

poco de ella como parte del castigo que me infligieron los dos hombres.

Mañana, a primera hora de la mañana, volveré y me disculparé ante ella y

ante la sirvienta filipina. Ahora debería estar roncando sobre mi colchón,

en casa. Quizá me venga bien sufrir un poco.

Entonces se acordó del alero que había enfrente del Cine Popular, que

era un lugar tan bueno como cualquier otro para refugiarse de la lluvia, y

se dirigió hacia allí. Su decisión de pedirle disculpas a Wang Yinzhi a la

mañana siguiente le sirvió para tranquilizarse bastante. Entonces se fijó en

los extremos del cielo lleno de niebla, que estaban iluminados por la luz de

las estrellas. Ya tienes cincuenta y cuatro años. La mierda te llega casi

hasta el cuello, así que ha llegado la hora de que dejes de meterte en

problemas. ¿A ti qué te importa si Wang Yinzhi ha dormido con un hombre

o con cien? Un cornudo es un cornudo.

XI

Las lágrimas me bañaban las mejillas, que se me habían hinchado de tanto

abofetearme a mí mismo, pero la única reacción que logré de Wang Yinzhi

fue un gesto de desdén. Esta mujer de sangre fría no dio ninguna señal de

que tuviera la intención de perdonarme; lo que hizo fue jugar con su

llavero mientras contemplaba mi actuación.

—Yinzhi, como dice el refrán, un día de vida matrimonial significa

cien días de sentimientos confusos. Te suplico que me des otra oportunidad.

—El problema es que nosotros no hemos tenido ni un día de vida

matrimonial.

—¿Y qué me dices de aquella noche de marzo de 1991? Eso debería

contar.

La observé mientras ella recordaba la noche del 7 de marzo de 1991.

De repente su rostro se sonrojó, como si la hubiera humillado.

—¡No! —dijo indignada—. ¡Eso no cuenta! ¡Fue un acto indecente,

un intento de violación!

Su caracterización me sorprendió y me indignó. Me pregunté cómo

podía haberme preocupado por perder una mujer que era capaz de tratarme

de esa manera. Shangguan Jintong, después de toda una vida de llantos y

gimoteos, ¿no crees que ya es hora de que intentes cambiar? Que se quede

con la tienda, que se quede con todo, pero yo quiero mi libertad.

—De acuerdo, entonces. ¿Cuándo presentamos la demanda de divorcio?

Ella sacó un trozo de papel.

—Firma esto y está hecho. Por supuesto —añadió—, como soy una

persona decente y justa, te voy a dar treinta mil yuan. Firma aquí.

Firmé. Mientras me entregaba una libreta de ahorros a mi nombre, le

pregunté:

—¿No es necesario que comparezca ante los tribunales?

—Ya me he ocupado de todo —dijo ella, tirándome los formularios de

la solicitud de divorcio, que ya estaban completamente rellenos—. Eres

libre —me dijo.

Ahora que había caído el telón de este drama, me sentí verdaderamente más libre y despreocupado de lo que nunca me había

sentido. Antes de que llegara la noche, ya había vuelto a casa, con Madre.

Unos días antes de que muriera Madre, la alcaldesa de Dalan, Lu

Shengli, fue hallada culpable de aceptar sobornos y condenada a muerte

con un año de gracia. Geng Lianlian y Papagayo Han, que fueron hallados

culpables de pagar sobornos, fueron encadenados y encerrados en una

prisión. Su Plan Fénix había resultado ser una gigantesca patraña, y se

concluyó que los préstamos millonarios que Lu Shengli, como alcaldesa,

había concedido a la Reserva Ornitológica Oriental, se habían empleado,

en su mayor parte, como sobornos. El resto lo habían despilfarrado. Los

intereses de los préstamos nunca se recuperaron y, por supuesto, el dinero

de los préstamos tampoco, pero los bancos no hicieron nada por miedo a

que la reserva quedaría patas arriba. De hecho, ese miedo era compartido

por toda la Municipalidad de Dalan. Con el tiempo, la fraudulenta reserva

acabó cerrando sus puertas y perdió a todos los pájaros, la
hierba silvestre
cubrió las plumas y las deposiciones de pájaros que había por
todo el
recinto, y sus trabajadores tuvieron que buscarse otro empleo.
Pero siguió
existiendo en los libros de contabilidad de todos los bancos de
la localidad,
y los intereses siguieron creciendo.
Sha Zaohua, que estaba desaparecida desde hacía años,
regresó de
dondequiera que estuviese. Se había cuidado bien, y parecía
una mujer de
treinta y tantos años. Pero cuando fue a la pagoda a visitar a
Madre, esta le
dio la bienvenida con frialdad. Durante los días que siguieron
a su llegada,
estaba encaprichada con Sima Liang, que también había vuelto
a la ciudad.
Mostró una canica de cristal, que según ella representaba el
amor que él
sentía por ella, y un espejo, que pensaba regalarle. Dijo que se
había
reservado para él todos esos años. Pero en su ático de la
Mansión
Osmanthus, Sima Liang tenía demasiadas cosas en la cabeza
como para
que volviera a despertar su historia de amor con Zaohua. A
pesar de todo,
ella lo seguía a todas partes, cosa que a él le resultaba irritante.
—Querida prima —le bramó un día—, ¿qué te crees que estás
haciendo? Te he ofrecido dinero, vestidos, joyas, pero no
quieres nada de

eso. ¿Qué es lo que quieres?

Sacó la mano del dobladillo de la chaqueta y se sentó con fuerza en el

sofá, enfadado y frustrado. Entonces, sin darse cuenta, le dio un golpe con

el pie a un florero que contenía una docena de rosas rojas y violáceas, más

o menos, que quedaron acostadas sobre la mesa, que ahora estaba

completamente empapada. Zaohua, que llevaba puesto un vestido negro

casi transparente, se puso de rodillas sobre la alfombra mojada y miró

fijamente a Sima Liang a la cara. Él no pudo evitar echarle una mirada con

el rabillo del ojo. La cabeza de ella era pequeña y en su larguísimo cuello

solamente unas pocas líneas estropeaban la perfecta textura de la piel.

Debido a su vasta experiencia con mujeres, él sabía que el cuello era el

único sitio que siempre, indefectiblemente, delataba la edad de una mujer.

¿Cómo podía ser que Zaohua, que ya había rebasado los cincuenta, hubiera

conseguido evitar que su cuello se pareciera a un trozo de salchicha o a un

pedazo de madera seca? Desde ahí, su mirada se desplazó a los huecos de

debajo de los hombros y al escote que dejaba a la vista el cuello

redondeado de su vestido, y se dio cuenta de que ninguna parte del cuerpo

de ella parecía pertenecer a una mujer de cincuenta y tantos años. Más bien

parecía una flor que se hubiera conservado en frío durante medio siglo, o

una botella de algún magnífico licor que hubiera estado cincuenta años

enterrado al pie de un granado. Una flor congelada está esperando que la

cojan; una antigua botella de licor exige que se la beban. Sima Liang

extendió un brazo y le tocó delicadamente la rodilla. Ella gimió y su rostro

adoptó un color rojo brillante, como una radiante puesta de sol.

Lanzándose sobre él, le pasó los brazos por alrededor del cuello y le metió

la cara en su ardiente seno, frotándose los pechos contra él una y otra vez

hasta que una sustancia aceitosa empezó a salirle de la nariz y las lágrimas

asomaron a sus ojos.

—Sima Liang, te he esperado durante más de treinta años.

—No me digas eso —dijo él—. Treinta años. ¿Sabes que eso me

convierte en culpable de un montón de cosas?

—Soy virgen.

—¿Ladrona y virgen? ¡Si eso es verdad, me voy a tirar por la ventana!

Zaohua empezó a llorar, dolida por su comentario. Pero entonces,

cuando la rabia se apoderó de ella, se lanzó a sus pies de un salto, se quitó

el vestido y se tumbó en la alfombra delante de él.

—Sima Liang, ven, haz tú de juez. ¡Si no soy virgen, seré yo la que se

tire por la ventana!

Antes de salir de la habitación, Sima Liang miró a la madura virgen y

le dijo con mucha labia:

—En fin, que me lleven los demonios. Eres virgen.

Más allá del sarcasmo, dos lágrimas brotaron de sus ojos. Por su

parte, Zaohua, que seguía tumbada sobre la alfombra, levantaba la vista

para mirarlo y tenía los ojos húmedos por la alegría y el enamoramiento.

Cuando Sima Liang regresó a la habitación, Zaohua estaba sentada en

el alféizar de la ventana, completamente desnuda. Era evidente que lo

estaba esperando.

—Bueno, ¿soy o no soy virgen? —dijo con frialdad.

—Prima —le contestó Sima Liang—, olvídate del acto. Piensa que me

he pasado casi toda la vida rodeado de mujeres. Además, si yo me quisiera

casar contigo, ¿que me importaría que fueras virgen o no?

Zaohua contestó con un chillido que hizo que Sima Liang comenzara a

notar un sudor frío. Una mirada azul, semejante a un gas venenoso, surgió

de sus ojos. Él saltó hacia ella en el mismo momento en que ella se echaba

hacia atrás. Lo último que él vio fueron los talones enrojecidos de los

desnudos pies de ella dirigiéndose hacia abajo.

Soltando un suspiro, Sima Liang se volvió hacia mí, que entraba a

toda prisa en la habitación para ver qué pasaba; ese chillido me había

helado la sangre.

—¿Has visto eso, Pequeño Tío? Si me tiro por la ventana tras ella, no

seré un digno hijo de Sima Ku. Pero lo mismo pasará si no me tiro. ¿Qué

debo hacer?

Yo abrí la boca para decir algo, pero no pude articular ni una palabra.

Cogiendo un paraguas que alguna mujer se había olvidado en su ático,

me dijo:

—Pequeño Tío, si me muero, ocúpate de mi cuerpo. Y si no, viviré

para siempre.

Abrió el paraguas y gritando «¡mierda!» a pleno pulmón se lanzó por

la ventana y cayó como una fruta madura.

Prácticamente cegado por el pánico, asomé la mitad superior de mi

cuerpo por la ventana y aullé:

—Sima Liang... Sima Liang...

Pero él estaba demasiado ocupado cayendo como para prestarme

atención. La gente que había abajo estiraba el cuello para presenciar el

espectáculo, sin hacerle caso al cuerpo de Sha Zaohua, que estaba

espachurrada como un perro muerto sobre el cemento, enfrente de ellos.

Todos vieron cómo Sima Liang bajaba en paracaídas, atravesaba la copa de

un plátano y caía sobre un grupo de acebos, tan bien podados como el

bigote de Stalin. El impacto hizo que salieran unas oleadas de algo que

parecía fango verde. La gente se empezaba a amontonar alrededor de los

árboles cuando apareció Sima Liang como si nada hubiera sucedido,

dándose unas palmaditas en el trasero para quitarse la suciedad de los

pantalones y saludando al gentío. Tenía la cara de todos los colores, como

las vidrieras de la iglesia a la que íbamos cuando éramos niños. «Sima

Liang», le grité yo, lloriqueando. Él se abrió paso a empujones entre la

gente, fue andando hasta la entrada del edificio y llamó a un taxi amarillo.

Abrió la puerta y se metió dentro de un salto antes de que el portero,

vestido con un uniforme violeta, pudiera reaccionar. El taxi aceleró y se

alejó dejando atrás una estela de humo negro. Después dio la vuelta a una

esquina y se metió entre el tráfico. Se había ido.

Yo solté un gran suspiro, como si me estuviera despertando de una

pesadilla. Era un día radiante, soleado, embriagador y perezoso, de esos

que parecen estar cargados de esperanza pero en realidad ocultan un

montón de trampas. La luz del sol refulgía en la pagoda de siete pisos, en

las afueras de la ciudad, donde vivía Madre.

—Hijo —dijo Madre débilmente—, llévame a la iglesia. Será la

última vez...

Con mi madre, casi ciega, cargada a la espalda, caminé durante cinco

horas por la calle que pasaba por detrás de la residencia de la Opera de

Pekín y llegaba más allá del arroyo contaminado que fluía junto a la planta

de tintes químicos. Finalmente encontré la iglesia, que había sido

restaurada recientemente. Enclavada en medio de un fila de casas

achaparradas, era una construcción sencilla y tenía aspecto de estar

ligeramente abandonada; ya no tenía nada que ver con el lugar imponente

que había sido en tiempos. El frente de la iglesia y los dos lados del

camino estaban atestados de bicicletas adornadas con lazos de todos los

colores. Sentada en la entrada había una anciana cuyo aspecto era una

mezcla de taquillera y espía de las actividades secretas que podían estar

teniendo lugar en el interior. Nos hizo un gesto amistoso con la cabeza y

nos dejó pasar. El patio estaba completamente lleno de gente, y dentro de

la iglesia había incluso más. Todos ellos escuchaban con atención el

sermón que les estaba soltando un anciano pastor lleno de arrugas, que

tendía a arrastrar las palabras. Tenía las arrugadas manos juntas sobre el

púlpito, iluminadas por un rayo de sol. Entre los parroquianos había

personas mayores y niños pequeños, pero la gran mayoría consistía en

niñas y mujeres jóvenes, todas sentadas en los bancos, tomando notas en

las biblias abiertas que tenían apoyadas en las rodillas. Una anciana que

reconoció a Madre nos dejó un lugar contra la pared, debajo de una vieja

acacia llena de flores blancas semejantes a gigantescos copos de nieve. La

atmósfera era sofocante. Un altavoz pegado al tronco del árbol hacía llegar

las palabras del pastor a todos los que estaban ahí congregados. Era difícil

decir si los crujidos y las interferencias eran producto de la antigüedad del

altavoz o de la del pastor. Nos sentamos en silencio y lo escuchamos hablar

monótona e interminablemente, exhortando a los parroquianos a llevar una

vida pura y a transitar el camino del bien.

Cuando concluyó el sermón, la multitud, con lágrimas en los ojos,
cantó Amén a coro. Después se escucharon los sonos de un órgano de tubos
que había a un lado y que tocaba un himno final que conocían todos los
fieles. Los que eran capaces de cantar, lo hicieron, y en voz alta. Los que
no lo eran, tararearon la melodía lo mejor que pudieron. Así concluyó el
servicio. Algunos de los parroquianos se pusieron de pie y se estiraron, y
otros se quedaron sentados, hablando en voz baja entre ellos.
Madre se sentó en el banco con las manos apoyadas en las rodillas y
los ojos cerrados, como si se hubiera quedado dormida. No corría ni un
soplo de aire, pero de repente las flores blancas cayeron del árbol encima
de nosotros, como si alguien hubiera desconectado la corriente de fuerza
magnética que las mantenía unidas a las ramas. Su aroma se expandió por
el patio mientras un montón de ellas le caía a Madre en el pelo, en el
cuello, en los lóbulos de las orejas, en las manos, en los hombros y a su
alrededor, en el suelo.
¡Amén!

El viejo pastor, habiendo concluido su sermón, se dirigió a la puerta
de la iglesia y, apoyándose en el marco de la puerta, contempló el

maravilloso espectáculo floral que había ante sus ojos. Tenía un mechón de pelo rojo y despeinado, los ojos de un color azul profundo, la nariz rojiza y una fuerte barba amarillenta. Unas fundas de metal le cubrían algunos dientes. Sorprendido por la visión, me puse en pie. ¿Sería este el padre legendario que nunca conocí? La anciana que conocía a Madre se acercó cojeando, con sus pies vendados, para presentarnos.

—Este es el Pastor Malory, el hijo mayor de nuestro antiguo pastor. Ha venido desde Lanzhou para hacerse cargo de la iglesia. Este es Shangguan Jintong, el hijo de Shangguan Lu, que es parroquiana desde hace mucho tiempo.

En realidad sus presentaciones eran innecesarias, porque antes de que pronunciara nuestros nombres, Dios ya nos había revelado a cada uno el origen del otro. Este hombre, el hijo bastardo del Pastor Malory y de una mujer musulmana, que era medio hermano mío, me estrechó con firmeza entre sus brazos peludos y, con los ojos llenos de lágrimas, me dijo:

—¡Te he estado esperando desde hace mucho tiempo, hermano!



MO YAN cuyo nombre real es Guan Moye, es un escritor chino que nació

en Gaomi, Shandong, el 17 de febrero de 1955. Su pseudónimo significa

«no hables», en recuerdo a su infancia y a la Revolución Cultural maoísta,

durante la que sus padres le dijeron constantemente que no hablara para no

decir nada inconveniente.

Tras trabajar en una fábrica de petróleo, Mo Yan consiguió, alterando su

certificado de nacimiento para tener edad suficiente, entrar en el Ejército

Popular de Liberación chino. Siendo soldado empezó a escribir, y al

conseguir un puesto en la Escuela de Arte y Literatura del Ejército, pudo

dedicarse por completo a esta afición.

Se hizo conocido en occidente gracias a la adaptación de dos de sus

novelas a la película *Sorgo rojo* , dirigida por Zhang Yimou, y reconoce

estar influido por escritores occidentales, en especial Gabriel García

Márquez, Tolstói y Faulkner, aunque se le conoce sobre todo como «*el*

Kafka chino».

Fue candidato al *Premio Neustadt* de 1988 y al *Premio Man Asian* en 2007.

En 2009 obtuvo el *Premio Newman de Literatura China*.

Varias de sus

obras fueron prohibidas en su país natal, de entre las que destaca *Grandes*

pechos, amplias caderas, una visión de la historia china a través de los ojos

de una mujer.

En 2012 recibió el máximo galardón de la Academia Sueca, el *Premio*

Nobel de Literatura.

Obras

Sorgo rojo (1987).

Las baladas del ajo (1988).

La república del vino (1992).

Grandes pechos, amplias caderas (1996).

Shifu, harías cualquier cosa por divertirte (1999).

El suplicio del aroma de sándalo (2001).

La vida y la muerte me están desgastando (2006).

Cambios (2010).

Rana (2011).

¡Boom! (2013).

Notas

[1] Un *li* es una medida china de distancia que equivale, aproximadamente, a

medio kilómetro [N. del T.]. <<

[2] El día del año nuevo chino, se escriben pareados celebratorios sobre unos

cartones rojos que se cuelgan a ambos lados de las puertas [N. del T.]. <<

[3] Una sopa china que casi siempre se hace con arroz y que se suele tomar

de desayuno [N. del T.]. <<

[4] Ceremonia en la que los niños recorren las calles portando faroles, que

marca el final de las celebraciones del Año Nuevo chino [N. del T.]. <<

[5] Una especie de violín chino [N. del T.]. <<

[6] Festividad que celebra la llegada de la primavera [N. del T.]. <<

[7] El autor juega con el famoso «Gran Salto Adelante», nombre con el que

se conoce a una amplia serie de revolucionarias medidas políticas,

económicas y sociales con las que se intentó modernizar China a fines de

la década de los cincuenta [N. del T.]. <<

Table of Contents

[Lista de personajes principales](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Autor](#)

[Notas](#)

Document Outline

- [Lista de personajes principales](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Autor](#)
- [Notas](#)